Teresa de Lisieux
Obras Completas

INDICE GENERAL

Carta del M.R.P. Felipe Sáinz de Baranda, Prepósito General de la orden de los Carmelitas Descalzos
Presentación, de Mons. Guy Gaucher
Prólogo
Hitos importantes en la historia de Teresa
- Alençon
- Lisieux: los Buissonets
- La gracia de Navidad
- En el Carmelo
- El noviciado
- Los años oscuros
- El priorato de la madre Inés
- Nuevo priorato de la madre María de Gonzaga

Introducción a la edición española
Introducción a los manuscritos autobiográficos

LOS TEXTOS

MANUSCRITOS AUTOBIOGRAFICOS

Manuscrito dedicado a la madre Inés de Jesús-Manuscrito A

Capítulo I - ALENÇON (1873 ― 1877) [2rº]
- El cántico de las Misericordias del Señor
- Rodeada de amor
- Viaje a Le Mans
- Mi carácter
- Yo lo escojo todo
- NOTAS

Capítulo II - EN LOS BUISSONNETS (1877―1881)
- Muerte de mamá
- Lisieux
- Delicadezas de papá
- Primera confesión
- Fiestas y domingos en familia
- Visión profética
- Trouville
- NOTAS

Capítulo III - AÑOS DOLOROSOS (1881 - 1883)
- Alumna en la Abadía
- Días de vacación
- Primera comunión de Celina
- Paulina en el Carmelo
- Extraña enfermedad
- La sonrisa de la Virgen
- NOTAS

Capítulo IV - PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (1883―1886)
- Estampas y lecturas
- Primera comunión
- Confirmación
- Enfermedad de los escrúpulos
- Señora de Papinau
- Hija de María
- Nuevas separaciones
- NOTAS

Capítulo V - DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD (1886―1887)
- La sangre de Jesús
- Pranzini, mi primer hijo

La Imitación y Arminjon
Deseos de entrar en el Carmelo
Confidencia a mi padre
Mi tío cambia de opinión
Oposición del superior
Viaje a Bayeux
NOTAS
Capítulo VI - EL VIAJE A ROMA (1887)
París: Nuestra Señora de las Victorias
Suiza
Milán, Venecia, Bolonia, Loreto
El coliseo y las catacumbas
Audiencia con León XIII
Nápoles, Asís, regreso a Francia
Tres meses de espera
NOTAS
Capítulo VII - PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO (1888―1890)
Confesión con el P. Pichon
Teresa y sus superioras
La Santa Faz
Toma de hábito
Enfermedad de papá
Pequeñas virtudes
NOTAS
Capítulo VIII - DESDE LA PROFESIÓN HASTA LA OFRENDA AL AMOR (1890―1895)
Toma de velo
Madre Genoveva de Santa Teresa
Epidemia de la gripe
Retiro del P. Alejo
Priorato de la madre Inés
Entrada de Celina
Fin del Manuscrito A
NOTAS
Explicación del "Escudo de Armas"

Carta a sor María del Sagrado Corazón - Manuscrito B

Capítulo IX - MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1rº]
Los secretos de Jesús
La Venerable Ana de Jesús
Todas las vocaciones
Arrojar flores
El pajarillo
El águila divina
Fin del Manuscrito B
NOTAS

Manuscrito dirigido a la madre María de Gonzaga - Manuscrito C

Capítulo X - LA PRUEBA DE LA FE (1896―1897) [1rº]
Teresa y su priora
El ascensor divino
Primeras hemoptisis
La mesa de los pecadores
La vocación misionera
La caridad
NOTAS
Capítulo XI - LOS QUE USTED ME DIO (1896―1897)
Novicias y hermanos espirituales
Instrumentos de Dios
El pincelito
Poder de la oración y el sacrificio

Sor San Pedro
Los misioneros
Atráeme, y correremos
Fin del Manuscrito C
NOTAS

CARTAS

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS
Durante cincuenta años
La primera edición de las Cartas
La «sinfonía teresiana»
La «Correspondencia General»
Teresa y los destinatarios de sus cartas
Guiada por el Espíritu

PRIMER PERÍODO - LA INFANCIA
(abril 1877-noviembre 1886)
Cta 1 A Luisa Magdelaine *4 de abril de 1877*
Cta 2 A Juana y María Guérin *12-17 de abril de 1877*
Cta 3 A María *10-17 de junio de 1877*
Cta 4 A María Guérin *16 de septiembre de 1877*
Cta 5 A Paulina *26 de junio de 1878*
Cta 6 A Paulina *1 de diciembre de 1880*
Cta 7 A Paulina *4 (?) de julio de 1881*
Cta 8 A Celina (Fragmentos) *23 de abril de 1882*
Cta 9 A la madre María de Gonzaga *Noviembre-diciembre de 1882 (?)*
Cta 10 A Celina *29 de abril de 1883*
Cta 11 A sor Inés de Jesús *1-6 de marzo de 1884*
Cta 12 A María *8 de mayo de 1884*
Cta 13 A Celina *8 de mayo de 1884*
Cta 14 A María Guérin *1883-1885*
Cta 15 A Celina *1883-1885*
Cta 16 A la señora Guérin (Fragmentos) *10-17 de mayo de 1885*
Cta 17 A María *21 de mayo de 1885*
Cta 18 Al señor Martin *25 de agosto de 1885*
Cta 19 A María Guérin *26 de junio de 1886*
Cta 20 A María Guérin *15 de julio de 1886*
Cta 21 A María *2 de octubre de 1886*

SEGUNDO PERÍODO - LA ADOLESCENCIA
(Navidad de 1886-Abril 1888)
Cta 22 A Celina *31 de marzo de 1887*
Cta 23 A María Guérin *27 de junio de 1887*
Cta 24 A Juana Guérin *27 de junio de 1887*
Cta 25 A María Guérin *14 de julio de 1887*
Cta 26 A María Guérin *18 de agosto de 1887*
Cta 27 A sor Inés de Jesús *8 de octubre de 1887*
Cta 28 Al P. Pichon *23 de octubre de 1887*
Cta 29 A Leonia *23-30 (?) de octubre de 1887*
Cta 30 A sor Inés de Jesús y sor María del Sagrado Corazón *6 de noviembre de 1887*
Cta 31 A María Guérin *10 de noviembre de 1887*
Cta 31 B A María Guérin *14 de noviembre de 1887*
Cta 32 A la señora de Guérin *14 de noviembre de 1887*
Cta 33 A sor María del Sagrado Corazón *14 de noviembre de 1887*
Cta 34 A sor Inés de Jesús *14 de noviembre de 1887*
Cta 35 A María Guérin *19 de noviembre de 1887*
Cta 36 A sor Inés de Jesús *20 de noviembre de 1887*
Cta 37 A María Guérin *25 de noviembre de 1887*
Cta 38 B A Mons. Hugonin *3-8 (?) de diciembre de 1887*
Cta 39 Al abate Révérony *16 de diciembre de 1887*
Cta 40 A Mons. Hugonin *Principios de enero de 1888*

Cta 41 Al canónigo Delatroëtte *13-30 de enero de 1888*
Cta 42 A sor María del Sagrado Corazón *21 de febrero de 1888*
Cta 43 B A sor Inés de Jesús *18 (?) de marzo de 1888*
Cta 44 A Mons. Hugonin *27 de marzo de 1888*
Cta 45 A sor Inés de Jesús *27 de marzo de 1888*

TERCER PERÍODO - EL POSTULANTADO
(9 de abril de 1888-10 de enero de 1889)
Cta 46 Al señor Martin *29 de abril de 1888*
Cta 47 A Celina *8 de mayo de 1888*
Cta 48 Al señor Martin *8 de mayo de 1888*
Cta 49 A sor María del Sagrado Corazón *12-20 de mayo de 1888*
Cta 50 A María Guérin *13 de mayo de 1888*
Cta 51 Al señor Martin *17 de mayo (?) de 1888*
Cta 52 Al señor Martin *Mayo-junio (?) de 1888*
Cta 53 A Celina *17 de junio de 1888*
Cta 54 A sor Inés de Jesús *4 (?) de julio de 1888*
Cta 55 A sor Inés de Jesús *5-9 de julio de 1888*
Cta 56 A sor Inés de Jesús *11 de julio de 1888*
Cta 57 A Celina *23 de julio de 1888*
Cta 58 Al señor Martin *31 de julio de 1888*
Cta 59 Al señor Guérin *22 de agosto de 1888*
Cta 60 A la señora de Guérin *28 de agosto de 1888*
Cta 61 Al señor Martin *25 de agosto de 1888*
Cta 62 A María Guérin *septiembre de 1888*
Cta 63 Al señor Martin *30 de septiembre de 1888*
Cta 64 Al señor Martin *8-15 de octubre (?) de 1888*
Cta 65 A Celina *20 de octubre de 1888*
Cta 66 Al señor Martin *15 de noviembre de 1888*
Cta 67 A la señora de Guérin *18 de noviembre de 1888*
Cta 68 Al señor Martin *25 de noviembre de 1888*
Cta 69 A María Guérin *noviembre (?) de 1888*
Cta 70 A la madre San Plácido *Primeros de diciembre de 1888*
Cta 71 A la señora de Guérin *28 de diciembre de 1888*
Cta 72 Al señor Martin *30 de diciembre de 1888*
Cta 73 A la señora de Guérin *2 de enero de 1889*
Cta 74 A sor Inés de Jesús *6 de enero de 1889*
Cta 75 A sor María del Sdo. Corazón *6 ó 7 de enero de 1889*
Cta 76 A sor Inés de Jesús *7 de enero de 1889*
Cta 77 Al señor Martin *8 de enero de 1889*
Cta 78 A sor Inés de Jesús *8 de enero de 1889*
Cta 79 A sor María del Sdo. Corazón *8 de enero de 1889*
Cta 80 A sor Marta de Jesús *10 de enero de 1889*

CUARTO PERÍODO - EL NOVICIADO
(enero de 1889-septiembre de 1890
Cta 81 A Celina *23-25 (?) de enero de 1889*
Cta 82 A Celina *28 de febrero de 1889*
Cta 83 A Celina *5 de marzo de 1889*
Cta 84 A la señora de Guérin *12 de marzo de 1889*
Cta 85 A Celina *12 de marzo de 1889*
Cta 86 A Celina *15 de marzo de 1889*
Cta 87 A Celina *4 de abril de 1889*
Cta 88 A María Guérin *24 de abril de 1889*
Cta 89 A Celina *26 de abril de 1889*
Cta 90 A Celina *17 (?) de abril de 1889*
Cta 91 A sor María del Sgdo. Corazón *Finales de mayo de 1889*
Cta 92 A María Guérin *30 de mayo de 1889*
Cta 93 A María Guérin *14 de julio de 1889*
Cta 94 A Celina *14 de julio de 1889*
Cta 95 A sor Inés de Jesús *Julio-agosto (?) de 1889*
Cta 96 A Celina *15 de octubre de 1889*

Cta 97 A la señora de Guérin *15 de octubre de 1889*
Cta 98 A Celina *22 de octubre de 1889*
Cta 99 A la señora de Guérin *18 de noviembre de 1889*
Cta 100 A los señores Guérin *30 de diciembre de 1889*
Cta 101 A Celina *31 de diciembre de 1889*
Cta 102 A Celina *27 de abril de 1890*
Cta 103 A sor Inés de Jesús *4 (?) de mayo de 1890*
Cta 104 A sor Inés de Jesús (Fragmentos) *5-6 de mayo de 1890*
Cta 105 A Celina *10 de mayo de 1890*
Cta 106 A sor Inés de Jesús *10 de mayo de 1890*
Cta 107 A Celina *19-20 de mayo de 1890*
Cta 108 A Celina *18 de julio de 1890*
Cta 109 A María Guérin *27-29 de julio de 1890*
Cta 110 A sor Inés de Jesús *30-31 de agosto de 1890*
Cta 111 A sor María del Sdo. Corazón *30-31 de agosto de 1890*
Cta 112 A sor Inés de Jesús *1 de septiembre de 1890*
Cta 113 A sor María del Sdo. Corazón *2-3 de septiembre de 1890*
Cta 114 A sor Inés de Jesús *3 de septiembre de 1890*
Cta 115 A sor Inés de Jesús *4 de septiembre de 1890*
Cta 116 A sor María del Sdo. Corazón *7 de septiembre de 1890*
Cta 117 A María del Sdo. Corazón *8 de septiembre de 1890*
Cta 118 «Carta de invitación a las bodas» *8-20 de septiembre (?) de 1890*
Cta 119 A sor Marta de Jesús *23 de septiembre de 1890*
Cta 120 A Celina *23 de septiembre de 1890*

QUINTO PERÍODO - EN EL NOVICIADO. LOS AÑOS OSCUROS
(septiembre de 1890-febrero de 1893)

Cta 121 A María Josefa de la Cruz *28 de septiembre de 1890*
Cta 122 A Celina *14 de octubre de 1890*
Cta 123 A la señora de Guérin *15 de octubre de 1890*
Cta 124 A Celina *20 de octubre de 1890*
Cta 125 A la señora de Guérin *17 de noviembre de 1890*
Cta 126 A Celina *3 de abril de 1891*
Cta 127 A Celina *26 de abril de 1891*
Cta 128 A sor María del Sdo. Corazón *5 de julio de 1891*
Cta 129 A Celina *23 de julio de 1891*
Cta 130 A Celina *23 de julio de 1891*
Cta 131 A la señora de La Néele (Juana Guérin) *17 de octubre de 1891*
Cta 132 A Celina *20 de octubre de 1891*
Cta 133 A la señora de Guérin *16 de noviembre de 1891*
Cta 134 A Celina *26 de abril de 1892*
Cta 135 A Celina *15 de agosto de 1892*
Cta 136 A María Guérin *16 de octubre de 1892*
Cta 137 A Celina *19 de octubre de 1892*
Cta 138 A la señora de Guérin *17 de noviembre de 1892*
Cta 139 A los señores Guérin *30 de diciembre de 1892*

SEXTO PERÍODO - EL PRIORATO DE LA MADRE INÉS DE JESÚS
(febrero de 1893-marzo de 1896)

Cta 140 A la madre Inés de Jesús *20 de febrero de 1893*
Cta 141 A Celina *25 de abril de 1893*
Cta 142 A Celina *6 de julio de 1893*
Cta 143 A Celina *23 de julio de 1893*
Cta 144 A Celina *23 de julio de 1893*
Cta 145 A Celina *2 de agosto de 1893*
Cta 146 A la señora de Guérin *10 de agosto de 1893*
Cta 147 A Celina *13 de agosto de 1893*
Cta 148 A Leonia *13 de agosto de 1893*
Cta 149 A Celina *20 (?) de octubre de 1893*
Cta 150 A la señora de la Néele *22 de octubre de 1893*
Cta 151 A Leonia *5 de noviembre de 1893*
Cta 152 A la señora de Guérin *17 de noviembre de 1893*

Cta 153 Al señor Guérin *Diciembre (?) de 1893*
Cta 154 A Leonia *27 de diciembre de 1893*
Cta 155 A los señores Guérin *29 de diciembre de 1893*
Cta 156 A la madre Inés de Jesús *21 de enero de 1894*
Cta 157 A Celina *Marzo o mayo de 1894*
Cta 158 A Leonia *Marzo (?) de 1894*
Cta 159 A Celina Maudelonde *29 de marzo de 1894*
Cta 160 A sor María Luisa Vallée *3 de abril de 1894*
Cta 161 A Celina *26 de abril de 1894*
Cta 162 A Celina *26 de abril de 1894*
Cta 163 A sor Teresa Dositea (Leonia) *20 de mayo de 1894*
Cta 164 A sor Teresa Dositea (Leonia) *22 de mayo de 1894*
Cta 165 A Celina *7 de julio de 1894*
Cta 166 A la señora de Pottier (Celina Maudelonde) *16 de julio de 1894*
Cta 167 A Celina *18 de julio de 1894*
Cta 167 bis A la señora de Guérin *19 de julio de 1894*
Cta 168 A Celina *5-10 de agosto de 1894*
Cta 169 A Celina *19 de agosto de 1894*
Cta 170 A sor Teresa Dositea (Leonia) *20 de agosto de 1894*
Cta 171 A sor Teresa Dositea (Leonia) *11 de octubre de 1894*
Cta 172 A la señora de Guérin *17 de noviembre de 1894*
Cta 173 A sor Teresa Dositea (Leonia) *Enero de 1895*
Cta 174 A sor Genoveva (Celina) *Finales de enero de 1895*
Cta 175 A sor Teresa Dositea (Leonia) *24 de febrero de 1895*
Cta 176 A sor Teresa Dositea (Leonia) *28 de abril de 1895*
Cta 177 A María Guérin *7 de julio (?) de 1895*
Cta 178 A la señora de Guérin *20-21 de julio de 1895*
Cta 179 A sor Genoveva *Después del 8 de septiembre de 1895*
Cta 180 A la señora de La Néele *14-15 y 17 de octubre de 1895*
Cta 181 A la señora de Guérin *16 de noviembre de 1895*
Cta 182 A sor Genoveva *23 de febrero de 1896*
Cta 183 A sor Genoveva *24 de febrero de 1896*
Cta 184 A sor Genoveva *24 de febrero de 1896*
Cta 185 A sor Genoveva *24 de febrero-27 de marzo de 1896*

SÉPTIMO PERÍODO - NUEVO PRIORATO DE LA MADRE MARÍA DE GONZAGA
(21 de marzo de 1896-30 de septiembre de 1897)
Cta 186 A Leonia *11 de abril de 1896*
Cta 187 A sor María de la Trinidad *30 de abril de 1896*
Cta 188 A sor María de la Trinidad *7 de mayo de 1896*
Cta 189 Al P. Roulland *23 de junio de 1896*
Cta 190 A la madre María de Gonzaga *29 de junio de 1896*
Cta 191 A Leonia *12 de julio de 1896*
Cta 192 A la señora de Guérin *16 de julio de 1896*
Cta 193 Al P. Roulland *30 de julio de 1896*
Cta 194 A sor María de San José *8-17 de septiembre (?) de 1896*
Cta 195 A sor María de San José *8-17 de septiembre (?) de 1896*
Cta 196 A sor María del Sagrado Corazón *13 (?) de septiembre de 1896*
Cta 197 A sor María del Sagrado Corazón *17 de septiembre de 1896*
Cta 198 Al abate Bellière *21 de octubre de 1896*
Cta 199 A sor María de San José *20-30 de octubre de 1896*
Cta 200 A sor María de San José *Finales de octubre (?) de 1896*
Cta 201 Al P. Roulland *1 de noviembre de 1896*
Cta 202 A la señora de Guérin *16 de noviembre de 1896*
Cta 203 A la madre Inés de Jesús *4 de diciembre de 1896*
Cta 204 A la madre Inés de Jesús *18 de diciembre de 1896*
Cta 205 A sor María de San José *Diciembre (?) de 1896*
Cta 206 A sor María de san José *Diciembre (?) de 1896*
Cta 207 A sor Genoveva *Diciembre (?) de 1896*
Cta 208 A sor Genoveva *Invierno 1896-1897*
Cta 209 A sor Genoveva *Invierno 1896-1897 (?)*
Cta 210 A sor Genoveva *Invierno 1896-1897 (?)*

Cta 211 A sor Genoveva *24 de diciembre de 1896*
Cta 212 A sor María de la Trinidad *24 de diciembre de 1896*
Cta 213 Al abate Bellière *26 de diciembre de 1896*
Cta 214 A sor Genoveva *3 de enero de 1897 (?)*
Cta 215 A sor María del Sdo. Corazón *Comienzos de 1897*
Cta 216 A la madre Inés de Jesús *9 de enero de 1897*
Cta 217 A sor María de San José *Enero de 1897 (?)*
Cta 218 Al Hermano Simeón *27 de enero de 1897*
Cta 219 A la madre Inés de Jesús *22 de febrero de 1897*
Cta 220 Al abate Bellière *24 de febrero de 1897*
Cta 221 Al P. Roulland *19 de marzo de 1897*
Cta 222 A la madre Inés de Jesús *19 de marzo de 1897*
Cta 222 bis Al señor Guérin *3 de abril de 1897*
Cta 223 A la madre Inés de Jesús *4-5 de abril de 1897*
Cta 224 Al abate Bellière *25 de abril de 1897*
Cta 225 A sor Ana del Sgdo. Corazón *2 de mayo de 1897*
Cta 226 Al P. Roulland *9 de mayo de 1897*
Cta 227 A sor Genoveva *13 de mayo de 1897*
Cta 228 A sor Genoveva *Abril-mayo de 1897 (?)*
Cta 229 A la madre Inés de Jesús *23 de mayo de 1897*
Cta 230 A la madre Inés de Jesús *28 de mayo de 1897*
Cta 231 A la madre Inés de Jesús *30 de mayo de 1897*
Cta 232 A la madre Inés de Jesús *30 de mayo de 1897*
Cta 233 A la madre Inés de Jesús *1 de junio de 1897*
Cta 234 A sor María de la Eucaristía *2 de junio de 1897*
Cta 235 A sor María de la Eucaristía *2 de junio de 1897*
Cta 236 A sor María de la Trinidad *2 de junio de 1897*
Cta 237 A la madre Inés de Jesús *2 de junio de 1897*
Cta 238 A Leonia *3 de junio de 1897*
Cta 239 A la madre Inés de Jesús *3 de junio (?) de 1897*
Cta 240 A sor María de la Trinidad *3 (?) de junio de 1897*
Cta 241 A sor Marta de Jesús *Junio de 1897 (?)*
Cta 242 A sor María de la Trinidad *6 de junio de 1897*
Cta 243 A sor Genoveva *7 de junio de 1897*
Cta 244 Al abate Bellière *9 de junio de 1897*
Cta 245 A la madre Inés de Jesús *Junio (?) de 1897*
Cta 246 A sor María de la Trinidad *13 de junio de 1897*
Cta 247 Al abate Belliére *21 de junio de 1897*
Cta 248 A Leonia *Finales de junio (?) de 1897*
Cta 249 A sor María de la Trinidad *Mediados de julio (?) de 1897*
Cta 250 A sor María de San José *Julio (?) de 1897*
Cta 251 A sor Marta de Jesús *Junio-julio (?) de 1897*
Cta 252 A la madre Inés de Jesús *13 de julio de 1897*
Cta 253 Al abate Bellière *13 de julio de 1897*
Cta 254 Al P. Roulland *14 de julio de 1897*
Cta 255 A los señores Guérin *16 de julio de 1897*
Cta 256 A sor Marta de Jesús *16 (?) de julio de 1897*
Cta 257 A Leonia *17 de julio de 1897*
Cta 258 Al abate Bellière *18 de julio de 1897*
Cta 259 A sor Genoveva *22 de julio de 1897*
Cta 260 A los señores Guérin *24-25 (?) de julio de 1897*
Cta 261 Al abate Bellière *26 de julio de 1897*
Cta 262 A sor Genoveva *3 de agosto de 1897*
Cta 263 Al abate Bellière *10 de agosto de 1897*
Cta 264 A sor María de la Trinidad *12 de agosto de 1897*
Cta 265 A sor María de la Eucaristía *22 de agosto de 1897*
Cta 266 Al abate Belliére *25 de agosto de 1897*

POESIAS

Introducción

PN 1 El rocío divino
PN 2 A nuestra madre y maestra querida
PN 3 Santa Cecilia
PN 4 Cántico para obtener la canonización de Juana de Arco
PN 5 Mi canto de hoy
PN 6 El retrato de una alma que amo
PN 7 Canto de gratitud a la Virgen del Carmen
PN 8 Plegaria de la hija de un santo
PN 9 Plegaria de una hija exiliada
PN 10 Historia de una pastora convertida en reina
PN 11 Para la toma de hábito de María Inés de la Santa Faz
PN 12 Junto a tí, Virgen María
PN 13 La Reina del cielo a su hija querida
PN 14 A nuestro padre san José
PN 15 El átomo del Sagrado Corazón
PN 16 Canto de agradecimiento a la esposa de Jesús
PN 17 Vivir de amor
PN 18 El cántinco de Celina
PN 18 bis Quien tiene a Jesús lo tiene todo
PN 19 El átomo de Jesús-Hostia
PN 20 Mi cielo en la tierra
PN 21 Cántico de un alma que ha encontrado el lugar de su reposo
PN 22 A mi madre querida, el bello ángel de mi infancia
PN 23 Al Sagrado Corazón de Jesús
PN 24 Jesús, Amado mío, acuérdate
PN 25 Mis deseos junto a Jesús escondido en su prisión de amor
PN 26 Responsorios de santa Inés
PN 27 Recuerdo del 24 de febrero de 1896
PN 28 El cántico eterno cantado en el destierro
PN 29 Recuerdo del 30 de abril de 1896
PN 30 Glosa a lo divino
PN 31 Cántico de sor María de la Trinidad
PN 32 Mi cielo
PN 33 Lo que pronto veré
PN 34 Arrojar flores
PN 35 A nuestra Señora de las Victorias
PN 36 Sólo Jesús
PN 37 (Un pobre ramillete son de fiesta...)
PN 38 (Jesús, esucha mi ruego)
PN 39 (Francis ha adoptado esta divisa)
PN 40 Las sacristanas del Carmelo
PN 41 Como quiero amar
PN 42 (Niño, conoces mi nombre)
PN 43 La pajarera del niño Jesús
PN 44 A mis hermanitos del cielo
PN 45 Mi alegría
PN 46 A mi ángel de la guarda
PN 47 A Teófano Vénard
PN 48 Mis armas
PN 49 A nuestra Señora del Perpetuo Socorro
PN 50 A Juana de Arco
PN 51 Una rosa deshojada
PN 52 El abandono es el fruto delicioso del Amor
PN 53 A sor maría de la Trinidad ("un lirio entre espinas")
PN 54 Por qué te amo, María

ORACIONES

Introducción

Querida Santísima Virgen
Billete de su profesión
Miradas de amor a Jesús
Homenaje a la Santísima Trinidad
Flores místicas
Ofrenda al amor misericordioso
Oración a Jesús en el sagrario
Oración para el abate Bellière
Oración de Celina y Teresa
Ofrenda del día
Que yo me parezca a tí
Consagración a la Santa Faz
Padre eterno, tu Hijo único
Al Niño Jesús
Padre eterno, ya que me has dado
A la Santa Faz
Señor Dios de los ejércitos
Santos inocentes
Acto de fe
Oración para alcanzar la humildad
Si yo fuese la Reina del cielo

ULTIMAS CONVERSACIONES

Introducción
El "cuaderno Amarillo de la madre Inés
abril de 1897
mayo de 1897
junio de 1897
julio de 1897
agosto de 1897
septiembre de 1897
Ultimas conversaciones con Celina
Ultimas conversaciones recogidas por maría del Sagrado Corazón
Otros dichos de Teresa a la madre Inés de Jesús
Otras conversaciones de Teresa
Sor Genoveva
Sor María del Sagrado Corazón
Sor María de la Eucaristía
Sor María de la Trinidad
Sor Teresa de San Agustín
Sor María de los Ángeles
Sor Amada de Jesús
Anónimo

ESCRITOS VARIOS

Introducción
I. En los Buissonnets (entre 1880 y 1888)

Notas de retiros
5-7 de mayo de 1884. Notas del retiro
17-20 de mayo de 1885. Notas del retiro
Octubre de 1885. Notas del retiro
Notas cronológicas (1884-1886)
Comuniones
Dictado y ejercicios de redacción
Dictado (5 de junio de 1880)
Enero de 1885. Ejercicios de redacción
15 de octubre de 1885. Ejercicios de redacción
Diciembre de 1886 - Enero de 1887. Ejercicio de redacción

Marzo (?) de 1886. Ejercicio de redacción
1887. Ejercicio de redacción
Junio de 1887. Ejercicio de redacción
Marzo o abril de 1887. Ejercicio de redacción
Notas sacadas de Arminjon
30 de mayo de 1887. Copia
4-5 de junio de 1887. Copia

II.En el Carmelo (1888-1897)

Estampas bíblicas
Est 1 Cristo en la cruz (julio-agosto de 1896)
Est 2 Juana de Arco en prisión (julio? de 1896)
Est 3 La adoración de los pastores (segundo semestre de 1898)
Est 4 La Sagrada Familia (verano de 1896)
Est 5 y 6 «Recuerdo del breve destierro» (agosto-septiembre de 1896)
Est 7 La Navidad (agosto de 1896 - marzo de 1897)
Est 8 Ecce Homo - Virgen de los Dolores (agosto de 1897?)
Est 9 El Niño Jesús («de Messine» - 1897)
Memorias sobre la madre Genoveva
Confidencias de la madre Genoveva. Relato (después del 8 de septiembre de 1890)
Memoria sobre la madre Genoveva. Relato (primavera de 1892)
Textos diversos
24 de noviembre de 1888. Testamento de san Juan de la Cruz
Primavera (?) de 1889. Notas del retiro (P. Pichon). Copia
24 de noviembre de 1891. Testamento de san Juan de la Cruz
19 de marzo de 1892. Testamento de san José. Copia
1892-1893. Consejo espiritual. Nota
1892-1895. Sentencias para estampas. Copia
20 de febrero de 1893. Exhortación del canónigo Delatroëtte
12 de junio de 1896. Deseo del Sagrado Corazón
Comienzos de julio de 1896. «Mil vidas...»
Julio de 1896. Para la fotografía del P. Roulland
Alrededor del 20 de junio de 1896. Fechas
21 de noviembre de 1896. Cartas de Teófano Vénard
Diciembre de 1896. Boletín del Sagrado Corazón
1 de mayo de 1897. P. Mazel
Junio de 1897. «Me colmas de alegría»
Selecciones bíblicas
Concordancia pascual (1896 ó 1897)
Recordatorio del señor Martin (1894)
Album de la madre María de Gonzaga

A.M.D.G.

[Image]

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ

OBRAS COMPLETAS
(Escritos y Últimas palabras)

Traducción: Manuel Ordóñez Villarroel, OCD.

Editorial Monte Carmelo

BURGOS
1996

Título original: SAINTE THÉRÈSE DE L'ENFANT-JÉSUS ET DE LA SAINTE-FACE

Oeuvres Complètes
(Textes et Dernières paroles)
Paris, Éd. du Cerf-Desclée de Brouwer, 1992

INTRODUCCIÓN

Esta primera edición, en un solo volumen, de las *Obras Completas* (Textos y últimas palabras) de Santa Teresa de Niño Jesús y de la Santa Faz ha sido realizada bajo la dirección de Jacques Lonchampt.

Es fruto de los trabajos de la «Edición del Centenario» (1971-1992), edición crítica llevada a cabo por un equipo formado por sor Cecilia, del Carmelo de Lisieux, Mons. Guy Gaucher, o.c.d., obispo auxiliar de Bayeux y Lisieux, sor Genoveva, o.p., del monasterio de Clairefontaine (fallecida en 1981) y Jacques Lonchampt, con la colaboración del P. Bernard Bro, o.p., y de Jeanne Lonchampt.

Los textos teresianos han sido fijados por sor Cecilia según los manuscritos originales (a excepción de los Escritos varios).

CASA GENERALIZIA CARMELITANI SCALZI
Corso d'Italia, 38
00198 ROMA
Tel. (06) 856.578 - 860.958

9 noviembre 1990

Mons. Guy Gaucher, O.C.D.
Obispo auxiliar de Bayeux y Lisieux

Paz y esperanza en el Señor.

Muy querido Padre:

Le ruego disculpe mi tardanza en contestar a su carta del 17 de septiembre pasado. La recibí en vísperas de salir para Polonia y luego para Checoslovaquia y Hungría, y he tenido que diferir hasta hoy mi respuesta, que no ofrece ninguna indecisión ni duda alguna respecto a la oportunidad de retomar la causa del Doctorado de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Muy al contrario, comparto plenamente esa iniciativa, convencido de la indiscutible actualidad de su «caminito» en la presente hora de la Iglesia y del mundo. En mis recientes viajes a la Unión Soviética, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, así como en los demás países de Europa central y oriental, he podido constatar hasta qué punto Teresa es conocida y amada. Ella es, verdaderamente, la santa más popular, la santa universal de nuestro tiempo.

En el horizonte del tercer milenio cristiano -¡en 1997 celebraremos el centenario de su muerte!-, la misión de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz se nos muestra con una nueva claridad, gracias muy especialmente a la edición crítica de sus Obras Completas y a un conocimiento mejor documentado de su biografía. A estos trabajos usted personalmente ha contribuido mucho. Y yo, en nombre de toda la Orden del Carmen, le estoy altamente agradecido, así como a todos los que han colaborado y siguen colaborando con usted en ellos.

Es seguro que el proyecto del Doctorado contribuirá a escrutar todavía con mayor profundidad la doctrina de Teresa. «A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y los doctores» (Ms B 3rº). Numerosos teólogos se han dejado ya «iluminar» por Teresa. Sólo citaré, de entre ellos, al añorado Padre Urs von Balthasar, quien ha mostrado cómo Teresa ha fecundado y rejuvenecido la teología. En su última gran obra, su Theologik: der Geist der Wahrheit, *¿no cita a santa Teresa de Lisieux junto a santa Catalina de Sena para ilustrar cómo «el Espíritu Santo se manifiesta en cada uno según las necesidades» de la Iglesia (cf 1 Cor 12,7; op. cit. p. 347)? Imagino aquí*

la alegría de Teresa en el cielo: cuando sor María de la Trinidad hizo notar a su maestra las grandes semejanzas que encontraba entre el «caminito» y la doctrina de un teólogo dominico, Teresa exclamó: «¡Qué alegría me das! No puedes imaginártelo. Saberme apoyada por un sabio, por un teólogo famoso, me produce una alegría incomparable».

«Cuando llegue a puerto, le enseñaré*», escribía la joven carmelita moribunda al abate Bellière (Cta 258). Sí, nosotros estamos hoy en condiciones de reconocerlo y de alabar por ello al Señor: el «maná escondido», el «alimento totalmente espiritual» que Teresa soñaba con repartir (cf Cta 261), lo han acogido y hecho vida «un gran número de almas pequeñas, una legión de pequeñas víctimas» (Ms B 5vº). Gentes que han experimentado y verificado en su propia existencia ese «caminito muy recto, muy corto y totalmente nuevo» (Ms C 2vº) en el que Jesús había instruido antes en secreto a la humilde carmelita (cf Ms A 83rº; Cta 196).*

A partir de la primera aparición de la Historia de un alma*, los testimonios de esto que venimos diciendo son innumerables. Teresa ha enseñado el «camino de la confianza sencilla y amorosa» (Cta 261) y «el del sufrimiento unido al amor» (Cta 258) tanto a los más humildes cristianos como a los papas, a una multitud de hombres y mujeres de todas las culturas y de todas las clases sociales, a muchos jóvenes sedientos de absoluto, lo mismo en las antiguas Ordenes religiosas de tan diversas espiritualidades que en las nuevas comunidades y movimientos cristianos nacidos después del Concilio. Pero también más allá de las fronteras confesionales surgen testigos de la presencia de Teresa: entre los ortodoxos, los protestantes, e incluso entre los musulmanes. Hago votos por que otros estudien esta amplia irradiación de la enseñanza teresiana, para hacernos comprender mejor su alcance ecuménico y religioso universal. Sí, la Patrona de las Misiones hace resonar su «doctrinita» (Cta 196) hasta los confines de la tierra.*

Juan Pablo II subrayaba en Lisieux que el carisma de Teresa es a la vez «la confirmación *y la* renovación *de la verdad más fundamental y más universal» de la Revelación. El genio de santa Teresa de Lisieux ha inspirado a literatos como Bernanos, a filósofos como Jean Guitton («Teresa lleva el sello de la modernidad») y Edith Stein, a predicadores, a fundadores, a artistas, poetas, cineastas, pintores y arquitectos; y esta enumeración no es, ciertamente exhaustiva. Así, el ámbito multiforme de la cultura se abre a la investigación y a la reflexión de cuantos quieran asumir la tarea de ayudarle a usted en la misión que Mons. Pican le ha confiado de reiniciar la causa del Doctorado de Teresa de Lisieux. Por mi parte, puedo asegurarle la colaboración del cuerpo de profesores de nuestra Facultad Pontificia Teológica Teresianum de Roma. Cuente también con la oración de todos los carmelitas y las carmelitas, que reconocen gustosos a la pequeña Teresa como «el Doctor por excelencia del amor de Jesús», como la llamó el Padre Léthel en su hermoso trabajo sobre la Teología de los Santos.*

Permítame, querido Padre, concluir esta carta haciendo mías estas palabras del Padre María Eugenio: «En cada momento crucial de la historia, el Espíritu Santo coloca un guía, en cada civilización que surge él da un maestro encargado de dispensar su luz. En los umbrales de este mundo nuevo que se anuncia, Dios ha colocado a Teresa del Niño Jesús. ¿Será una profecía expresar esta nuestra convicción, que se apoya en la obra ya realizada, en la amplitud del campo en que se desarrolla -que no es otro que el del mundo entero- en el poder y la pureza de la luz que de ella brota, y afirmar que Teresa se contará y se cuenta ya entre los grandes maestros espirituales de la Iglesia?
Junto a santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, así lo creo y así lo espero, santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz será la Doctora de la Iglesia del tercer milenio, la Doctora de la civilización del amor.

Reciba, querido Monseñor, mis sentimientos fraternales, en unión de oraciones,

FELIPE SAINZ DE BARANDA
Prepósito general

PRESENTACIÓN

por Mons. Guy Gaucher

Este libro que tienes entre las manos es un libro largamente esperado. Es el resultado de cuarenta y cinco años de un trabajo que comenzó Mons. André Combes, que prosiguió el P. François de Sainte-Marie, o.c.d., y que luego continuó un equipo formado por carmelitas de Lisieux, religiosas, religiosos y laicos. Tenemos que agradecer al Carmelo de Teresa que, al abrir sus ricos archivos, haya permitido llevar a feliz término esta obra tan esencial para la Iglesia y para el mundo1.

No ocultamos la alegría que nos ha producido esta publicación: por primera vez, la obra escrita de santa Teresa del Niño Jesús resulta fácilmente accesible en un solo volumen, que puede ser a la vez libro de lectura, de trabajo o de oración.

En realidad, esta edición no aporta ninguna revelación nueva, pues es el resultado de la edición de los *Manuscritos autobiográficos* de 1956 y de la «Edición del Centenario» (1971-1988) -en la que se ofrecía, con todas las garantías de autenticidad, la integralidad de la obra escrita de Teresa- y las *Derniers Entretiens*, palabras recogidas por las hermanas de Teresa al final de su vida.

En realidad, una lógica rigurosa habría exigido una presentación en dos volúmenes: uno con los Escritos y otro con los Dichos; pero el trabajo crítico sobre estas últimas (los «logia») aún no se ha terminado2, y la vida ha prevalecido sobre la lógica: habría sido una pena no incorporar aquí las *Ultimas Conversaciones*, que recogen las palabras de una Teresa enferma, tan veraz, tan espontánea, en la cima de la santidad, mientras la tuberculosis la va destruyendo y la prueba interior es para ella una auténtica tortura. Este «totum», lejos de volver caduca la «Edición del Centenario»3 cuantos quieran profundizar en las riquezas teresianas consultando las introducciones, notas, apéndices, secciones de crítica textual, documentos complementarios, etc. Esa edición seguirá siendo indispensable para proseguir los trabajos de fondo -que es de pensar que se multiplicarán- con la mirada nueva de generaciones nuevas.

Y es que la obra teresiana aún no ha sacado a la luz todos sus secretos. Y decimos «la obra teresiana». Pues subsiste una paradoja: mientras Teresa de Lisieux es conocida en el mundo entero, sigue siendo desconocida aún por muchos: su vida tan corta y tan sencilla, sus rosas deshojadas sobre el mundo pueden llamar a engaño.

Es cierto que un número incontable de «almas pequeñas» -los pobres de Yavé, los pequeños del Evangelio- han logrado percibir ese misterio, y también -lo cual es más asombroso- numerosos intelectuales, como Emmanuel Mounier cuando observaba: «Teresa es una filigrana del Espíritu Santo»4.

En el siglo XX, en una época caracterizada por una prodigiosa transformación del mundo, una joven, que vivió durante nueve años enclaustrada en un carmelo desconocido, fue proclamada por Pío XI, en 1927, patrona de todas las misiones, al igual que el jesuita san Francisco Javier. Uno de sus predecesores, san Pío X, la había llamado «la santa más grande de los tiempos modernos», cuando ella querría haber sido la más pequeña, a ejemplo de María de Nazaret convertida en la Reina de los hombres y de los ángeles.

Este libro no es tan sólo un punto de llegada. Marca también una etapa, ya que el hecho de haber reunido toda su obra en un volumen da una nueva coloración al conjunto.

La doctrina de Teresa es absolutamente inseparable de su vida. En efecto, su «*doctrinita*» (Ms B 1 vº) brotó de los acontecimientos de su corta existencia. La joven carmelita no escribió ningún tratado sistemático. Hay que recorrer a lo largo y a lo ancho el «puzzle» de sus escritos para elaborar una visión de conjunto; lo cual explica la existencia de algunas variaciones en las múltiples definiciones del camino de la infancia espiritual, corazón del mensaje de Teresa que hunde sus raíces en el Evangelio, su guía fundamental. Jesús es su único «*Director*» (Ms A 71rº; 74rº, etc.), san Juan de la Cruz su padre espiritual, y la fundadora de la reforma, la *Madre* de Avila, le suministra el molde de su vida de carmelita. Pero el camino de sor Teresa del Niño Jesús fue un camino solitario. El Espíritu Santo guió con paso firme y presuroso su «*carrera de gigante*» (Ms A 44vº) que iba a ser extraordinariamente corta. Con la perspectiva que da la historia, nosotros podemos hoy comprobar cómo un providencial designio de Amor dirigió su vida que no cesó de interiorizarse más y más, y a la vez de expanderse hasta alcanzar las dimensiones del universo.

Una de las ventajas que ofrece este libro es precisamente que se puede pasar fácilmente de una Poesía a un Oración, o de una Carta a un pasaje de los Manuscritos. La cronología profunda es, en primer lugar, la de «la historia de un alma». Teresa, que era tan amiga de precisar las fechas, tuvo conciencia de que con el paso del tiempo, un día se iba a revelar en su existencia una historia de santidad. Para ella, la comunión de los santos era una realidad vital: toda su vida religiosa estaba arraigada en esa comunión y Teresa no albergaba duda alguna acerca de la fecundidad que brotaría de su vida escondida con el Dios escondido (Is 45,15).

Un fenómeno prodigioso en esta historia, cuando se la mira a un cierto nivel de profundidad y no se la reduce simplemente a la crónica de una familia cristiana del siglo XIX, es que en ella cada uno de los Martin tiene en ella su lugar en íntima conexión con el de los demás. Y esta historia continúa5...

Otro tema de reflexión: estas páginas -auténtico «best seller» mundial- no han tenido por autor a un escritor: «*...no escribo para hacer una obra literaria, sino por obediencia...*» (Ms C 6rº). Y en efecto, los Manuscritos autobiográficos sólo son unos «cuadernos de obediencia». Las Poesías, la mayoría de las veces, le han sido encargadas por las carmelitas, y el «Teatro» va rimando las fiestas comunitarias para recreación y edificación de las religiosas. Teresa escribe muchas veces sus cartas a la carrera, pues tiene poco tiempo. Y sin embargo, de esos borradores de ortografía vacilante, y que no estaban destinados a la publicación, surge una doctrina coherente y de una transparente sencillez que desafía el análisis de los teólogos.

La experiencia demuestra que es posible pasar de largo ante el mensaje de Teresa, no traspasar su lenguaje, que es el del mundo religioso de finales del siglo XIX. Pero a las nuevas generaciones, ávidas de autenticidad, no las llama a engaño ese lenguaje. ¿Qué puede importarles su lenguaje, si Teresa les brinda la exigencia de un Amor único, el de Jesús, acrisolado en el fuego de la prueba de la fe y de la esperanza, y que produce un impacto decisivo en sus vidas cotidianas, absolutamente normales?

La inagotable Teresa no ha terminado todavía de desvelar sus secretos. En 1965, Daniel Rops concluía su *Histoire de l'Eglise du Christ* con cincuenta páginas sobre ella,y la veía como un símbolo universal6. Después de Concilio Vaticano II, nos hemos percatado de que las intuiciones de Teresa, adelantándose mucho a su tiempo, eran muy próximas a los temas mayores del concilio7. Pues ella se halla presente en las grandes corrientes espirituales de este siglo y ha inspirado a numerosos santos y beatos de los tiempos modernos8. De Benedicto XV a Juan Pablo II, todos los papas han sido, en mayor o en menor medida, teresianos: el conjunto de sus declaraciones es una mina fecunda9.

Recordemos solamente la parte esencial de la homilía del primer papa- peregrino a Lisieux, el 2 de junio de 1980: «De Teresa, podemos decir, convencidos, que el Espíritu de Dios permitió a su corazón revelar directamente a los hombres de este tiempo *el misterio fundamental*, la realidad fundamental del Evangelio: el hecho de que hemos recibido realmente «un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar ¡Abbá! ¡Padre!». El *caminito* es el camino de la «santa infancia»»10.

Durante la visita *ad limina apostolorum* de los obispos del oeste de Francia, el 14 de febrero de 1992, el mismo Juan Pablo II declaraba en su alocución: «La santa patrona de las misiones es de vuestra misma región. Desde Lisieux, Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz ha hecho irradiar en el mundo su ardor misionero. Su enseñanza espiritual continúa llegando al corazón de los fieles de cualquier condición y de todas las culturas. Es justo que le pidamos que ayude a los católicos de Francia a seguir su camino de santidad y a desarrollar su solidaridad para con sus hermanos de Europa, de Africa y de otras partes del mundo compartiendo así con ellos los dones que han recibido de Cristo, nuestra salvación»11.

Se comprende así mejor por qué, retomando un «dossier» abierto en 1932 por el P. Desbuquois, jesuita de la Acción Popular (1869-1959), los obispos de Francia, reunidos en Lourdes en asamblea plenaria, hayan votado el 29 de octubre de 1991 una petición a Juan Pablo II para que santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz sea declarada Doctora de la Iglesia12.

¿No había escrito ella misma en septiembre de 1896: «*A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y los doctores...* (Ms B 3rº); «*... siento dentro de mí la vocación (...) de doctor...*» (2 vº)? Ahora bien, podemos comprobar cómo Dios ha colmado todos sus deseos: «*... el Señor siempre me ha dado* lo que he deseado, o mejor, me ha hecho desear lo que quería darme» (Ms C 31rº).

Quiera Dios que este libro pueda contribuir a hacer realidad este deseo, lo cual será fuente de gracias para la Iglesia y para el mundo en la hora de la «nueva evangelización». En esta esperanza, aguardaremos serenamente la decisión de la Iglesia a la escucha del Espíritu Santo.

Mons. Guy Gaucher
obispo auxiliar de Bayeux y Lisieux

PRÓLOGO

Este volumen, en el que se recogen todos los textos y los últimos dichos de santa Teresa de Lisieux, ha sido realizado al mismo tiempo que la revisión y la ejecución de la edición crítica hoy conocida bajo el título de «Nueva Edición del Centenario», entre el centenario del nacimiento (1873) y el de la muerte de la joven carmelita (1897).

Por lo tanto, en él se encontrará lo sustancial de las introducciones y de las notas de los ocho volúmenes de que consta la edición crítica (que asciende a cerca de 5.000 páginas), si bien hay una cierta disparidad en la reducción de las notas según los diversos libros -más breves en las Cartas y en las Ultimas Conversaciones, más largas en los Manuscritos autobiográficos, las Poesías y las Oraciones-, dado que los recortes que hemos hecho en notas e introducciones varían mucho de un libro a otro. Las notas clave, de las que se hará un repertorio al final del volumen -al menos de las más importantes-, permitirán estudiar en toda su amplitud los temas principales de la enseñanza teresiana.

Por lo que se refiere a las citas de autores distintos de Teresa, siempre será posible remontarse de las notas de la presente edición, en la que aparecen abreviadas o simplemente su referencia, a los textos más desarrollados que se

citan in extenso *en los volúmenes de la «Nouvelle Edition du Centenaire». Esto atañe particularmente a las fuentes, seguras o probables, de los pensamientos expresados por Teresa.*

Los textos han sido fijados por sor Cecilia, del Carmelo de Lisieux, de acuerdo a los manuscritos originales. No hemos recogido aquí las justificaciones de ese trabajo, que sí se ofrecen en la edición crítica, a la que se puede recurrir si se desea.

Con el fin de poner al lector en contacto directo con Teresa, hemos creído conveniente ofrecer un texto lo menos recargado que nos fuera posible, remitiendo todas las notas a un apartado especial [al final del volumen] [en esta edición electrónica, para mayor facilidad de consulta, se colocan al final de cada capítulo]. Sin embargo, nos ha parecido importante introducir una novedad: indicar al margen las referencias bíblicas, tan numerosas en ciertos pasajes, y que forman parte de la meditación teresiana. En las notas, cuando remitimos a otras notas importantes, lo indicamos mediante el signo + .

En orden a facilitar una orientación rápida, ofrecemos al lector dos registros biográficos: en primer lugar una cronología escueta aunque muy detallada; y luego, unos «Hitos importantes en la historia de Teresa» (aquí a continuación), que permiten situar un determinado escrito de Teresa en su contexto histórico y psicológico.

J.L.
A.M.D.G.
[Image]

HITOS IMPORTANTES EN LA HISTORIA DE TERESA

ALENÇON

Por sus raíces familiares, Teresa de Lisieux es, en primer lugar, Teresa de Alençon. Allí es donde abre sus ojos a la vida el 2 de enero de 1873.

Alençon, testigo inolvidable de los «*años soleados*» de su niñez (Ms A 11vº), se identifica sobre todo, para ella, con la imagen de sus padres.

Luis Martin ronda los cincuenta años cuando nace la novena de sus hijas. Cuando tenía veinte años, había solicitado ser admitido en los religiosos del Gran San Bernardo. Pero en vano. Durante toda su vida conservará esa inclinación al «silencio y a la paz de la soledad profunda». A los treinta y cinco años opta por el matrimonio (1858). Su profesión es la de relojero-joyero (1850-1870), pero en realidad menos en plan de comerciante que de artista. En el hogar, su bondad desbordante se convierte en ternura para con sus hijas.

Celia Martin, a sus cuarenta y un años, afronta con alegría una nueva maternidad. Pero esta mujer, tan sensible como enérgica, lleva ya los estigmas de un gran agotamiento físico y sobre todo de un profundo sufrimiento moral. La pérdida de cuatro hijos todavía muy pequeñitos y las prolongadas vigilias en el trabajo de encaje -auténtica tela de araña- del «punto de Alençon» la han consumido prematuramente.

Inmersos en las tareas temporales, los Martin no se cierran en ellas. La fe, clave de toda su existencia, los invita a ver los bienes de esta tierra como una sombra de los que han de venir. La búsqueda de un «más allá» de los horizontes terrestres se traduce, en él, en una atracción especial por las peregrinaciones, y en ella en una aspiración nostálgica del cielo.

De momento, Teresa va descubriendo su ciudad natal. Los cuatro puntos cardinales de su universo infantil son fáciles de fijar: la casa del gobernador, que puede contemplar desde el balcón de su casa de la calle de San Blas (Ms A 9vº); siguiendo por la acera de la izquierda, desembocaba en la iglesia de Nuestra Señora, donde había sido bautizada el 4 de enero de 1883; otra meta para sus paseos era la estación: ¡qué alegría ver aparecer de nuevo allí a Paulina cuando llegaban las vacaciones! (Ms A 7rº); pero el privilegio más ansiado era la visita al Pabellón, pequeña propiedad de su padre al sur de un meandro del Sarthe (Ms A 11vº)..

Un hechizo más: el de los paseos dominicales por la campiña circundante. Las flores de los campos, el oro de los trigales maduros, las «*lejanías*» semitonadas la llenan de poesía.

«Empezaba a disfrutar de la vida» (Ms A 11rº)

Abril-septiembre de 1877
4 años

Un «*diablillo» de cuatro años»* (10vº): así aparece Teresa en el umbral de sus escritos. «*¡Qué feliz era yo a esa edad!»* (11rº). Cuatro hermanas mayores que ella la colman de atenciones y de regalos. Las dos mayores -diez y siete y quince años y medio- se extasían ante todo lo que hace su benjamina. María no puede ocultar su orgullo por su ahijada y alumna. Paulina, que está de interna en un colegio, recibe durante las vacaciones de Pascua las primeras confidencias de su «angelito» (CG p. 97), para quien ella era ya su «*ideal de niña»* (6rº).

Leonia, una adolescente difícil de catorce años, ocupa «*un lugar muy destacado»* en el afecto de la niña. Y Celina, tres años y medio mayor que ella, es la compañera soñada de sus juegos. A su afán por «*actuar como ella»* en todo (5vº) debemos dos de las primeras cartas de Teresa (Cta. 2 y 3).

Pero esa felicidad de la infancia va a pasar prematuramente «*por el crisol del sufrimiento»* (12rº) La señora Martin se extingue al amanecer del 28 de agosto de 1877, tras grandes sufrimientos. No ha cumplido todavía los cuarenta y seis años. «*No recuerdo haber llorado mucho*, observará más tarde Teresa. *No le hablaba a nadie de los profundos sentimientos que me embargaban»* (12vº). Habrá de pasar bastante tiempo para que la profunda impresión que entonces sufrió la niña salga a la superficie. A partir del día de la inhumación de su madre, Teresa buscará refugio en los brazos de Paulina (13vº).

La última mirada de la moribunda había sido para su cuñada, la señora Guérin. Con el fin de tener a sus hijas más cerca de su tía, el señor Martin decide trasladar su hogar a Lisieux. Para él, a sus cincuenta y cuatro años, esto es un auténtico desenraizamiento. Pero las huérfanas, comenzando por Teresa (13vº),se muestran encantadas con esa solución.

LISIEUX: LOS BUISSONNETS

Una vida «tranquila y feliz» (Ms A 22rº)

Noviembre de 1977-octubre de 1881
4/8 años

El señor Guérin, a instancias de su cuñado, encuentra en Lisieux, cerca de su propio domicilio, «una casa preciosa coronada por un mirador». «En la casa, no nos pueden ver desde ninguna parte», y en cambio desde ella «se disfruta de una deliciosa panorámica de la villa» (CG pp. 112-113).

El 15 de noviembre de 1877, las cinco hermanas Martin, acompañadas por su tío, dejan para siempre la casa de la calle San Blas. Al día siguiente, y sin esperar a su padre, que se ha quedado en Lisieux por asuntos de negocios, se instalan en los Buissonnets. En este marco apacible pasará Teresa más de diez años.

Y en la «bebé» convergen las ternuras de sus hermanas mayores, convertidas ahora en pequeñas madres; pero sobre todo, las de su padre, su «*rey querido»,* que le muestra un «*amor verdaderamente maternal»* (13rº).

A comienzos de enero de 1878, a Leonia y a Celina se las confía a las benedictinas de la ciudad. «*Mamá Paulina»* (17rº) se convierte entonces, para Teresa, en una maestra de escuela exigente y cariñosa. La alumna se muestra tan aplicada, que antes de cumplir los siete años ya sabe escribir sola.

En esa su existencia sobresalen algunos acontecimientos:

- *invierno de 1879-1880:* primera confesión, que la hace sentirse «*contenta y ligera»* (16vº);
- *13 de mayo de 1880:* primera comunión de Celina, uno de los días más hermosos en la vida de Teresa (25vº);
- *verano de 1879 ó 1880:* visión misteriosa de su padre, encorvado, envejecido, con el rostro cubierto, mientras él en esos momentos se encuentra en Alençon (19rº-21rº).

Las cartas que le escriben (cf CG pp. 116-127) nos la muestran abierta y alegre, sobre todo al contacto con la naturaleza: flores, pájaros, y «*ese mar inmenso»* que la llena de asombro (21vº/22rº).

«Lo bastante crecida para empezar a luchar» (Ms A 22rº)

Octubre de 1881-febrero de 1884
8/11 años

Teresa tiene ya ocho años y medio. En el mes de octubre de 1881, entra como medio-pensionista en la Abadía de las benedictinas. Pero esa solitaria que es la niña mimada de los Buissonnets no consigue integrarse en el grupo. A *«la pobre florecilla»* le resulta muy amargo el paso de la «*tierra selecta»* a la «*tierra común»* (22rº). Por eso, a pesar

de sus éxitos escolares -pues consigue fácilmente los primeros puestos- y a pesar, sobre todo, del cariño de las religiosas, Teresa definirá esos cinco años del pensionado como «*los años más tristes de su vida» (ibid.).*

Su gran sueño, en esa época, era el de irse un día con Paulina «*a un desierto lejano»* (25vº). En efecto Paulina, que anda ya por los veintiún años, tiene puestos sus ojos en el «desierto» del Carmelo. Su partida se decide rápidamente. Teresa se entera de ella por sorpresa en el verano de 1882. Fue un golpe brutal (26rº).

El 2 de octubre de 1882, con la muerte en el alma, recibe «*el último beso»* de su segunda madre (26vº). En adelante, tan sólo conseguirá «*apenas dos o tres minutos al final del tiempo de locutorio»* donde la familia visita todos los jueves a la nueva carmelita, sor Inés de Jesús. Y «*pensaba en lo más hondo del corazón: ¡¡¡He perdido a Paulina!!!»* (27rº). Durante el invierno siguiente, la salud de Teresa se altera. En Pascua se declara una aguda crisis.

El 23 de marzo de 1883, el señor Martin se lleva a María y a Leonia a París para las celebraciones de la Semana Santa. Teresa, minada ya por la pena y confiada al cuidado de sus tíos, no puede superar esta breve separación. En la tarde de Pascua, 25 de marzo, el señor Guérin, sin darse cuenta, termina de conmocionarla al evocar el recuerdo de la señora Martin (27vº). Unas horas más tarde, la niña es presa de un temblor nervioso, seguido de crisis de terror y de alucinaciones. Se llama urgentemente al señor Martin y a sus hijas. María se instala a la cabecera de la niña, en casa de los Guérin, pues no está en condiciones de ser trasladada a los Buissonnets (28rº).

El deseo de volver a abrazar a Paulina en su toma de hábito produce un vuelco en la enfermedad. Es el 6 de abril. Pero al día siguiente, ya en los Buissonnets, nueva recaída. Las penosas manifestaciones se multiplican. La «*extraña enfermedad»* desconcierta al Dr. Notta, que por un momento habla de «baile de San Guido» pero que excluye formalmente el histerismo.

Tras cinco semanas de angustia, la fe de la familia Martin obtiene por fin la curación que la ciencia es incapaz de proporcionar. El domingo 13 de mayo de 1883, día de Pentecostés, la niña se siente repentinamente liberada por «*la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen»* (30rº).

Teresa, totalmente restablecida, puede disfrutar de unas vacaciones extraordinarias que el señor Martin ofrece a sus hijas en la segunda quincena de agosto de 1883. Teresa no había vuelto a ver Alençon desde el 15 de noviembre de 1877. «*Podría decir que durante mi estancia en Alençon fue cuando hice mi presentación en sociedad. Todo era alegría y felicidad en torno a mí»* (32vº). En esta ocasión conoce al P. Pichon, director espiritual de su hermana mayor, María. Enseguida se siente a gusto con este religioso tan sumamente acogedor. Y la jovencita de diez años no siente el menor apuro cuando su padre la invita a dar un beso al sacerdote.

Pero allá en lo hondo, y durante mucho tiempo, Teresa va a sufrir «*dolores de alma»*: miedo de haber simulado la enfermedad en la primavera de 1883 (cf 28vº, 31rº), miedo de haber mentido al presumir de «*una sonrisa de la Reina de los cielos»* el 13 de mayo (30vº/31rº). De estos sufrimientos no se verá liberada hasta noviembre de 1887, y luego en mayo de 1888.

«Un recuerdo sin nubes» (Ms A 32vº)

Febrero de 1884-mayo de 1885
11/12 años

Los tres meses que precedieron a la primera comunión de Teresa marcan uno de los tiempos fuertes en el diálogo espiritual entre la niña y su «*madrecita»* (33rº; cf las doce cartas de sor Inés en CG p. 157-171). Tan sólo se conserva una contestación de Teresa. En realidad, su verdadera respuesta fue su extraordinaria generosidad.

María toma parte muy activa en la preparación de su hermanita (33rº). Y Teresa recoge cada día docenas de «*flores»* para el Niño Jesús: rosas, violetas, margaritas, flor de espino, lirios, miosotis, etc. La niña las «*perfuma»* con jaculatorias amorosas (breves oraciones, sugeridas también por Paulina). Por la noche, anotaba el total en el «*precioso librito»* que la carmelita había preparado para ella.

De esta manera, el simbolismo de la flor entra en el vocabulario, o, mejor dicho, en la espiritualidad de Teresa. En 1896, en plena floración de su genio místico, no sabrá descubrir una expresión mejor de su amor apasionado a Jesús que su gesto infantil de los Buissonnets: arrojar flores (Ms B 4rº/vº; PN 34)... hasta el día en que el símbolo se convierta en realidad. En su cama de la enfermería, la flor que deshoje será su propia vida.

El año 1884 representa una cima espiritual en la vida de Teresa adolescente. La autobiografía nos habla bien a las claras de la densidad de experiencia mística que va ligada a estas fechas enormemente importantes:

- *8 de mayo de 1884,* primera comunión: «*no fue ya una mirada, sino una fusión*» entre Jesús y Teresa (35rº);
- *22 de mayo, Ascensión,* recibe por segunda vez la Eucaristía: «*Ya no vivo yo, es Jesús quien vive en mí*» (36rº);
- *14 de junio*, recibe el «*sacramento de amor*» (36vº), la confirmación. Al decir de Celina, Teresa se prepara para recibirlo con una «santa embriaguez»;
- a lo largo del año 1884 hay otra comunión que hace nacer en su corazón «*un gran deseo de sufrir*»; repite una y otra vez: *¡»Oh Jesús!, dulzura inefable, cámbiame en amargura todos los consuelos de la tierra!»* (36rº/vº).

La necesidad de cambiar de aires para curar una tosferina hace que Teresa pueda disfrutar de unas alegres vacaciones en Saint-Ouen-le-Pin, en una propiedad de la señora Fournet, madre de la señora Guérin. «Era una sencilla casita de campo, en una finca arrendada a unos granjeros». Teresa dibuja esta casa el 23 de agosto. «Los estanques y el arroyito de la finca despertaron en ella un gran interés, y, al otro lado de los pastizales, un minúsculo bosquecillo, meta frecuente de nuestros paseos». En Saint-Ouen, «el rostro de Teresa está siempre radiante de felicidad» (CG p. 178).

«En los pañales de la niñez» (Ms A 44vº)

Mayo de 1885-noviembre de 1886
12/13 años

Después de una semana de agradables vacaciones en Deauville (3-10 de mayo) en el chalet de la familia Roses, Teresa asiste en la Abadía al retiro de preparación para su «*segunda comunión*» (21 de mayo de 1885). «*Lo que nos dijo el Padre (Domin) es muy horroroso...*» (Notas del retiro: cf *infra* «Escritos varios»). Esas ideas, al caer en un espíritu psíquicamente débil (Cta 16), desencadenaron en Teresa «*la terrible enfermedad de los escrúpulos (..); imposible decir lo que sufrí durante un año y medio*» (39rº).

Su hermana mayor, María, se convierte entonces en su «*único oráculo*» (41 rº). La madrina necesita armarse de paciencia para escuchar todas las noches la confesión, empañada en lágrimas, de su hermanita. Teresa se vuelve «*verdaderamente insoportable por su extremada sensibilidad*» (44vº).

En julio de 1885, volvemos a encontrarla «*francamente feliz*» en Saint-Ouen-le-Pin (CG p 195). En septiembre, lo pasó «*muy bien en Trouville*» en compañía de Celina (41vº). Pero la vuelta al internado, en octubre de 1885, sin «*su inseparable*», excede a sus fuerzas. Pronto cae enferma de tristeza. El señor Martin se ve obligado a traer de nuevo a su hija a casa. Tiene sólo trece años. Su padre hará que Teresa complete su educación con clases particulares en casa de la señora Papineau (Cta 19 y Ms A 39vº-40rº).

En julio de 1886, de nuevo en Trouville, en casa de su tía Guérin, se siente como desterrada sin su madrina. Al cabo de dos o tres días hay que repatriarla a los Buissonnets.

Es fácil, pues, adivinar su estupor cuando se entera de la próxima partida de María para el claustro (42vº). El 7 de octubre, Leonia ingresa de improviso en las clarisas de Alençon. El 15, María atraviesa el umbral del Carmelo. «*De la alegre y numerosa familia de los Buissonnets ya sólo quedaban las dos últimas hijas...*» (43vº). Humanamente, Teresa se hunde.

Pero, al igual que en 1883, la gracia suple a la naturaleza. Tras una oración angustiada a sus cuatro hermanitos y hermanitas del cielo, Teresa siente que recobra la paz y se ve liberada de los escrúpulos (44rº). Sin embargo, todavía no ha llegado el momento de su «*total conversión*» (45rº): ésta llegará en la noche de Navidad de 1886.

LA GRACIA DE NAVIDAD

La noche de Navidad de 1886 marca un giro de 180 grados en la vida de Teresa. Esta, en 1895, pensará que esa noche inauguró el período de su vida «*más hermoso de todos y el más lleno de gracias del cielo*» (45vº). Y para definir ese acontecimiento clave, recurre a las palabras más densas: «*milagro*»(44v), «*conversión*» (*ibid.* y 86rº, Cta 201). Y se vuelve lírica a la hora de describirlo (44vº).

Es tal la transformación, que, quince meses más tarde, la niña llorona de ayer estará en condiciones de alistarse entre las hijas de Teresa de Avila -y ésta quería que sus hijas fuesen muy varoniles (cf Cta 201).

En este período podemos distinguir varias etapas:

* *Navidad de 1886-octubre de 1887*, meses de plenitud humana y espiritual;
* *octubre de 1887*, mes de lucha por su vocación;
* *noviembre-diciembre de 1887*, viaje a Roma y su prolongación;

* *enero-abril de 1888*, espera serena del Carmelo.

«Las brisas perfumadas de la aurora» (Cta 142)

Esta expresión, inspirada en el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, servirá a Teresa en 1893 para caracterizar ese año excepcional de 1887. La autobiografía lo confirma: para ella fue como un despertar de todo su ser. Creció «*en estatura y sobre todo en gracia*» (47vº).

Desarrollo físico: tiene ya catorce años. «Mi bebé tan crecido», le escribirá María en mayo de 1887 (CG p. 228); «la gran Teresa», dice Juana Guérin (CG p. 230).

Desarrollo intelectual: «*Mi espíritu, liberado ya los escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, comenzó a desarrollarse. Yo siempre había amado siempre lo grande, lo bello, pero en esta época me entraron unos deseos enormes de saber*» (46vº). A las clases de su institutriz, añade «*estudios especiales de historia y de ciencias*», además de clases especiales de dibujo que le da Celina (52rº).

Pero, sobre todo, desarrollo espiritual: Jesús, dice ella misma, *me instruía en secreto en las cosas de su amor*» (49rº). De momento debemos contentarnos con enunciar las gracias más señaladas:

* *mayo de 1887*: lectura de las conferencias del P. Arminjon, «*una de las mayores gracias de mi vida*» (47rº/vº);
* *julio*: despertar de la dimensión apostólica, ante una imagen de Cristo crucificado, en la catedral de San Pedro (45vº);
* *julio-agosto*: entrega sin reservas por conseguir la salvación del criminal Pranzini, su «*primer hijo*» (45vº/46vº);
* *verano*, conversaciones espirituales con Celina en el mirador de los Buissonnets (48rº);
* «*transportes de amor*» a Dios (52rº/vº).

Desde entonces, «*la llamada divina era tan apremiante que, si hubiera tenido que pasar por entre llamas, lo habría hecho por ser fiel a Jesús*» (49rº). El domingo de Pentecostés, 29 de mayo, Teresa obtiene de su padre el permiso para entrar en el Carmelo a los quince años. Celina se ha convertido también para ella en una aliada, en «*una hermana de alma*» (47vº). Tras la partida de María para el Carmelo, Celina y Teresa gozan de «*la vida más dulce con que unas jóvenes pueden soñar*» (49vº). En el futuro, vivirán «*juntas*» su aventura espiritual.

«A punta de espada» (Cta 201)

Navidad 1886-octubre 1887
13/14 años

El 8 de octubre, tres meses escasos antes de las fiesta de Navidad, fecha que había elegido para su entrada en el Carmelo, Teresa se arriesga por fin a hablar a su tío Guérin. La primera reacción es negativa (Cta 27). Quince días más tarde, el 22 de octubre, se produce un viraje total por influjo de sor Inés de Jesús (cf *infra*, Ms A 51vº, notas 230-231).

Pero entonces el canónigo Delatroëtte, superior del Carmelo, pone un veto categórico (52rº). La insistencia de las carmelitas tan sólo conseguirá un mayor empecinamiento en ese *no* obstinado.

En cambio, el capellán del Carmelo, el abate Youf, es favorable al proyecto. «¡Una niña tan encantadora! Yo la quiero mucho» (CG p. 256). Y aprueba el recurso al obispo de Bayeux.

El 31 de octubre, Teresa se presenta ante Mons. Hugonin, acompañada por su padre. Con el cabello recogido en un moño para aparentar ser mayor, Teresa despliega los recursos de su mejor elocuencia (55rº). El obispo se muestra paternal, pero no responde ni que sí ni que no: estudiará la cuestión con el Sr.Delatroëtte (54vº, 55vº).

De hecho, será el vicario general, Mons. Révérony, quien tomará la última decisión. Hombre prudente y con un gran aprecio por la vida religiosa, tendrá pronto ocasión de examinar con detención a la candidata.

Las tres cartas de Teresa (Cta 27 a 29) tan sólo nos ofrecen un eco desvaído de la compleja diplomacia cuyos meandros vemos desvelados por la *Correspondance Général*. Lo que sí nos revelan esas tres cartas son los sentimientos de Teresa en medio de esas contiendas: «*Mi alma estaba sumida en la amargura, pero también en la paz, pues lo único que buscaba era la voluntad de Dios*» (55vº).

El viaje a Roma

Noviembre-diciembre de 1887
14 años

El viaje a Roma: todo un acontecimiento para aquella época. El acontecimiento -humanamente hablando- de la vida de Teresa. «*El solo me enseñó más que largos años de estudios*» (55vº).

Las ocho cartas de Teresa pueden llamarnos a engaño respecto a su actitud en ese viaje. En ellas aparece preocupada por un solo objetivo: «*obtener una sola palabra del papa*» (Cta 35). ¿Vivirá, pues, ese viaje ausente del mundo que la rodea? Nada de eso. Algunos meses más tarde, las cartas a su padre probarán que esta pequeña normanda no ha olvidado ni su realismo para apreciar «*la exquisita cocina italiana*» ni su humorismo para tomar buena nota de la jerga pintoresca de los guías romanos.

De este viaje de un mes, en compañía de la nobleza normanda y de setenta y tres sacerdotes -casi una tercera parte del grupo-, la autobiografía recordará una doble lección: la fragilidad de las grandezas humanas (55vº/56rº) y la urgente necesidad de orar por los sacerdotes (56rº).

La correspondencia que se intercambia entre Lisieux por una parte -el Carmelo y los Guérin- y «*los tres peregrinos*» por la otra -el señor Martin, Celina y Teresa- es de una frecuencia excepcional (cf CG pp. 261-324).

Del Carmelo salen las directivas espirituales... y a veces las diplomáticas; lo cual no impedirá que la audiencia del 20 de noviembre sea todo un fracaso (Cta 36). Celina echará la culpa de ello a Mons. Révérony. Teresa, por su parte, no dejará «*de esperar contra toda esperanza*» (64vº).

Los peregrinos regresan a Lisieux el 2 de diciembre. Sin más tardanza, se vuelven a empezar las negociaciones para llevar a buen puerto «*el asunto*»: la entrada de la aspirante en el Carmelo para Navidad.

Ante la enconada intransigencia del superior, el Sr. Delatroëtte, sor Inés de Jesús está a punto de capitular. Y entonces la madre María de Gonzaga y el señor Guérin toman cartas en el asunto. Se trata de jugar hábilmente la última carta: el arbitraje del obispo de Bayeux. Del 18 al 24 de diciembre, Teresa se dirige todas las mañanas al correo con su padre (67vº), esperando encontrar una respuesta a sus cartas (Cta 38 y 39) a Mons. Hugonin y al Sr. Révérony.

«El valor del tiempo» (Ms A 68vº)

Navidad de 1887-9 de abril de 1888
15 años el 2 de enero de 1888

La Navidad encuentra a Teresa en los Buissonnets: la respuesta de Bayeux no ha llegado... «*Fue una prueba muy dura para mi fe*» (67vº).

El 28 de diciembre, la madre María de Gonzaga recibe de Mons. Révérony la autorización para admitir sin demora a la aspirante. A Teresa se la informa el 1 de enero; pero, sor Inés, en un cambiazo desconcertante, no quiere saber nada de la entrada de su hermana más pequeña en el Carmelo antes de Pascua. El motivo: la cuaresma. Fue una prueba de un «*carácter muy particular*» *(68rº)*, más dura todavía que la anterior.

Teresa reacciona con generosidad. Reanuda sus clases semanales con la señora Papinau. Y sobre todo, comprende «*el valor del tiempo*» y lo hace rendir al máximo siendo fiel en las cosas pequeñas (68vº). Ese mes de marzo de 1888 lo considerará como «*uno de los más hermosos*» de su vida (UC p.698). Será también uno de los tiempos fuertes de sus intercambios espirituales, por escrito, con su «*confidente*» (Cta 43B), sor Inés de Jesús.

«No sabría decir cuán dulces recuerdos me ha dejado esta espera. Tres meses se pasan muy pronto, y por fin llegó el momento tan ardientemente deseado» (68vº).

EN EL CARMELO

«¡Estoy aquí para siempre, para siempre...!» (Ms A 69vº)

En la mañana del 9 de abril de 1888, tras «*una última mirada a los Buissonnets*», Teresa asiste con los suyos a la misa de siete en el Carmelo. Y luego, el desgarramiento de la separación, el último beso a su familia, y sobre todo a su anciano padre, que la bendice entre lágrimas (*ibid.*). La comunidad se encuentra reunida a la puerta del monasterio para recibir a la postulante. El superior, Sr. Delatroëtte sólo tiene, como palabras de bienvenida, un breve

discurso glacial (cf *infra*, 69rº, nota 301). La descortés amonestación no quebranta el ánimo de Teresa. Con paso firme, franquea el umbral de la clausura.

El monasterio, situado al fondo de una depresión insalubre, en las proximidades del Orbiquet, cuenta apenas cincuenta años de existencia. Teresa conocía tan sólo las inmediaciones del mismo. Ahora lo descubre por dentro. Y se sorprende agradablemente: «*Todo me parecía maravilloso*» (69vº). Alrededor del coro, verdadero eje de la vida monástica, una veintena de celdas y los principales lugares conventuales forman un cuadrilátero de ladrillos rojos, de proporciones armoniosas. Completa el conjunto una huerta, a la que da su encanto una avenida de castaños que bordea un pequeño campo de heno: «el prado».

Teresa es conducida a su celda. En esta habitación de paredes enyesadas hay justamente lo necesario: la cama, un simple jergón sobre una tarima, y unos muebles rudimentarios. Ni agua, ni electricidad, ni calefacción. Ni tampoco horizontes: a tres metros, el tejado de pizarra de un edificio anexo, que sin embargo no impide que entre el sol durante toda la tarde. Allí se experimenta algo así como una sensación de soledad y de paz: «*Me creía transportada a un desierto. Nuestra celdita, sobre todo, me encantaba*» (*ibid.*). Teresa vivirá en ella por lo menos cinco años. Allí escribirá sus cartas, sentada en un banquito, con un atril portátil sobre las rodillas, y por las noches a la luz de una lámpara de gasolina.

La postulante no viste hábito especial, sino sólo una esclavina encima de su largo vestido azul de jovencita, y el clásico gorrito.

Hace seis años que Teresa conoce a la mayor parte de las carmelitas que viven en este monasterio. Está, en primer lugar, «*su madre querida*», a la que en adelante llamará «*nuestra Madre*». Durante los primeros meses, Teresa tendrá que controlarse para no caer en un afecto alienante hacia ella (cf Ms C 22rº). Cuando la llevaron al coro, por la mañana, nada más entrar, pudo captar la mirada de bondad de la madre Genoveva (Ms A 69vº), la fundadora, una santa bondadosa y humilde de corazón.

En el noviciado, es recibida por sor María de los Angeles, religiosa de cuarenta y tres años, «*el tipo acabado de las primitivas carmelitas*» (70vº). La maestra tiene ya otras tres novicias a su cargo: sor María Filomena, de cuarenta y ocho años; sor María del Sagrado Corazón, hermana carnal y madrina de Teresa, de veintiocho años de edad; y sor Marta de Jesús, de veintitrés años, postulante conversa, huérfana, de inteligencia mediocre y de modales toscos, que pondrá a prueba con frecuencia la paciencia de su nueva compañera.

Sor Teresa del Niño Jesús aborda su vocación sin hacerse ilusiones de ninguna clase (69vº). Salvo pequeñas diferencias, marcadas por el ritmo de las estaciones, seguirá siempre el mismo horario desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre (cf *infra*, Apéndices). Su trabajo se reduce a tareas sin brillo: arreglar la ropería, barrer un claustro, una escalera y un pasillo, y un poco de trabajo en la huerta como ejercicio físico. Todos los días, sor María de los Angeles reúne a las novicias para explicarles la Regla, las Constituciones y las costumbres de la Orden. La maestra declarará más tarde: «Sor Teresa del Niño Jesús tenía tal intuición de la virtud y de la perfección religiosas, que, por así decirlo, bastaba con instruirla (sobre ello) para que las llevase a la práctica con perfección» (PA, p. 348).

Primeros pasos: «más espinas que rosas» (Ms A 69vº)

9 de abril de 1888-5 de enero de 1889

15/16 años

En el campo epistolar, el postulantado representa un conjunto homogéneo de cincuenta y cuatro documentos, veintiocho de los cuales son cartas manuscritas de Teresa (Cta 46 a 73). La cronología, en general, está bien fijada. Durante este período de nueve meses, se pueden delinear tres períodos:

- *9 de abril-23 de junio*: todo marcha bien. En el Carmelo, la forma de comportarse de Teresa sorprende incluso a la priora. «No es necesario decirle ni una sola palabra, todo en ella es perfecto...», escribe la madre María de Gonzaga a la señora Guérin (CG p. 369). Las *fiestas radiantes del mes de mayo*» -profesión y toma de velo de sor María del Sagrado Corazón (71rº)- tienen su coronación en una entrevista liberadora con el P. Pichon. Después de una confesión general, el Padre asegura a la postulante que ésta no ha cometido nunca un solo pecado mortal (70rº). Fue el final de las turbaciones interiores que venía sufriendo desde hacía cinco años.

Desde los Buissonnets no dejan de llegar regalos al monasterio. Apenas hay un día en que el señor Martin no deje en la portería algún regalo en especie.

- *23 de junio-31 de octubre*: El señor Martin, profundamente afectado por las confidencias de Celina, que le anuncia también su vocación de carmelita, abandona de improviso el domicilio. Es una alarma breve, pero que traumatiza a

sus hijas. La grafía de Teresa conserva las huellas. Sin embargo, encuentra fuerzas para dominar su ansiedad y sustentar así el ánimo de Celina (Cta 57 y 65).

Además, adaptarse a la vida comunitaria exige sufrimientos. La «*débil caña»* experimenta su debilidad (Cta 55). Pero su generosidad no sufre mengua alguna. La comunidad decide admitir a Teresa a la toma de hábito. La fiesta está ya preparada, pero una brusca recaída del señor Martin obliga a aplazar la ceremonia.

- *31 de octubre-3 de enero*: el debilitamiento mental del padre hace vivir a sus hijas un mes de noviembre cargado de angustia. Luego, la «*curación»* inesperada invita a fijar finalmente la fecha para la toma de hábito. Teresa ve amanecer sus dieciséis años sumida en una profunda alegría (Cta 73).

La autobiografía señalará con gran acierto lo que fue ese año 1888: «*Sí, el sufrimiento me tendió sus brazos, y yo me arrojé en ellos con amor»* (69vº).

«Todo será para él, todo» (Cta 76)

5-10 de enero de 1889
16 años

La toma de hábito tendrá lugar el día 10. El retiro de Teresa, que comenzó el 5 por la noche, durará por tanto cuatro días en vez de tres. La postulante se comunica con los demás por escrito.

Los mensajes de Teresa, redactados de prisa, sin preocuparse en absoluto por el estilo, en pobres papeles a veces escritos por detrás, tienen a menudo un tono patético. Como ella misma confiesa: «*todo es tristeza»* (Cta 78):

- «*privada de todo consuelo»* (Cta 76) durante sus tres o cuatro horas diarias de oración: «*Al lado de Jesús, nada, ¡sequedad!, ¡sueño!...»* (Cta 74);
- acribillada por «*alfilerazos»* en la vida comunitaria: «*las criaturas, ¡ay!, las criaturas»* (Cta 74);
- no menos preocupada que sus hermanas por el señor Martin, continuamente amenazado por un nuevo ataque.

Pero la prueba va educando su fe. «*Creo que el trabajo de Jesús durante estos ejercicios ha consistido en despojarme de todo lo que no es él»* (Cta 78).

La fiesta del 10 de enero es totalmente radiante. «*No faltó nada, ni siquiera la nieve»* (72rº). También para el señor Martin fue un día gozoso. «*Mi Rey querido nunca había estado tan guapo y tan digno... Fue la admiración de todo el mundo»* (*ibid.*).

EL NOVICIADO

Con la toma de hábito se inaugura para Teresa el año canónico del noviciado. Dentro de un año, la joven religiosa podrá emitir los votos perpetuos (en aquella época no existía la profesión temporal). En enero de 1890 cumplirá exactamente los diecisiete años que exigen las Constituciones para poder hacer el compromiso definitivo. Pero los superiores creerán más prudente hacerla esperar: le impondrán una prórroga de ocho meses (73vº).

El marco religioso sigue siendo el mismo del año anterior. El 13 de febrero de 1889,la madre María de Gonzaga es reelegida priora para otros tres años. Y mantiene a sor María de los Angeles en su cargo de maestra de novicias. En el mes de marzo, sor Filomena pasa del noviciado a la comunidad. Sor María del Sagrado Corazón se convierte así en la decana del noviciado.

La novicia se va haciendo cada vez más al ambiente. En el Oficio coral, entona las antífonas, recita los versículos, lee las lecturas de maitines. Todo ello en latín.

Cuando le llega el turno, atiende durante una semana los oficios de comunidad: tocar la campana, servir y leer durante las comidas. Nombrada «segunda de oficio», bajo la dependencia de sor Inés de Jesús, prepara el agua y la «cerveza», a mediodía y por la noche, barre el refectorio y se encarga del cuartito de *«San Alejo»,* pegado al refectorio, refugio de las arañas a las que tiene verdadero horror (CA 13.7.18).

Si nos atenemos a las fotografías de esa época (VTL nº 5 y 6, y DLTH pp. 142 y 145, enero de 1889), la novicia respira alegría. Una alegría no fingida, pero que no debe llamarnos a engaño. *«Al fin del mundo*, escribirá Teresa, *¡cuántas personas se quedarán asombradas»* respecto a ella! (70rº). En 1889, dice, *«al exterior nada reflejaba mi sufrimiento, tanto más doloroso cuanto que sólo yo lo conocía»*(*ibid.*). La autobiografía es muy parca en confidencias. Diez páginas le bastan para despachar veinte meses de noviciado. *«Todo lo que acabo de escribir en*

pocas palabras requeriría muchas páginas de pormenores y detalles, pero esas páginas no se leerán nunca en la tierra» (75rº).

Sin embargo, la correspondencia permite levantar un poco el velo y seguir esta etapa, una de las más patéticas de la vida de Teresa.

«Nuestra gran riqueza» (Ms A 86rº)

Enero-mayo 1889
16 años

Para el señor Martin, la ceremonia del 10 de enero fue *«su triunfo, su última fiesta aquí en la tierra»* (72rº). Pero *«su gloria de un día fue seguida de una pasión dolorosa»* (73rº). Esa pasión la describen las cartas de 1889 en todo su realismo. El drama estalla el 12 de febrero, cuando las alucinaciones toman un cariz alarmante para quienes lo rodean. El enfermo ve «cosas espantosas, carnicerías, batallas», se arma para defender a sus hijas Leonia y Celina (cf CG p. 456). El señor Guérin decide trasladar inmediatamente a su cuñado a una casa de salud, al Buen Salvador de Caen. La prueba golpea a la «reinecita» en pleno corazón: *«¡No, ese día ya no dije que podía sufrir todavía más!»* (73rº). Teresa no ignora que, en Lisieux, algunas personas la responsabilizan de la enfermedad de su padre, profundamente sacudido por la partida de sus hijas, una detrás de otra, para el Carmelo. Su sufrimiento es tan agudo, que, durante un año, los nombres *padre* y *papá* no aparecen sino rara vez en su correspondencia.

Las doce cartas de Teresa fechadas en ese período expresan muy gráficamente su valentía y su fortaleza interior: su contenido pone bien a las claras el triunfo de su fe; su grafía revela el desgarramiento de su corazón. La mayor parte de estas cartas están dirigidas a Celina, quien se queda con Leonia en Caen, junto al señor Martin.

La sombra de esta prueba se cierne como un manto de luto sobre todo el período del noviciado. Pero ese velo de dolor se irá transformando poco a poco en un velo de Verónica. A través de las lágrimas, Teresa aprende a *reconocer*, tras el rostro de su padre humillado, los rasgos del Siervo sufriente.

«La Faz ensangrentada de Jesús» (Cta 95)

Julio-octubre de 1889
16 años

Los meses pasan. La esperanza de que el señor Martin pueda curarse se va esfumando. Sus hijas han de aprender a vivir con este dolor lacerante en lo hondo del corazón. Teresa no se conforma con aceptar pasivamente la situación. Se mete de lleno en la realidad que están viviendo. De ahí su inmensa capacidad de sufrimiento.

De ahí también sus expresiones de angustia (Cta 94 y 95). Pero salta enseguida a la esperanza del cielo, del *cara a cara* eterno (*ibid.*). Esta expresión, que ha encontrado no hace mucho en Arminjon, reviste para ella en esos momentos un colorido especial: a lo único que aspira es a volar cuanto antes hacia el *«rostro de Jesús»* (Cta 96).

En la correspondencia de esta época es claramente perceptible el influjo de la carmelita de Tours, sor María de San Pedro (muerta en 1848). Una estampa que le da la madre María de Gonzaga (cf Cta 98) intensifica la piedad de Teresa en esa misma dirección. Esa estampa representa el rostro ensangrentado de Jesús (DLTH pp. 140-141). En ella se puede leer este texto: «Lo que yo quiero de ti, alma fiel, es AMOR..., un amor humilde que se anonade, un amor generoso que se olvide de sí...». Anonadarse, olvidarse de sí para consolar a Jesús, he aquí la máxima aspiración de Teresa (71rº).

Una noche de ese verano de 1889, la novicia recibe una gracia mística en la gruta de Santa María Magdalena, al fondo del pequeño cementerio del convento (CA 11.7.2).

En septiembre y octubre, en ausencia del sacristán y de las hermanas torneras, se encomienda a las dos novicias, Marta y Teresa, el barrido de la capilla exterior. Un día, contará más tarde sor Marta, Teresa, «en un arrebato de amor, se arrodilla en el altar y golpea la puerta del sagrario, diciendo: *«¿Estás ahí, Jesús? Respóndeme, por favor»*» (PA p. 413).

«Esperaré todo el tiempo que quieras» (74rº)
Noviembre 1889-marzo 1890
16/17 años

Pocos acontecimientos tienen lugar en este invierno de 1889-1890. La novicia, *«privada de todo consuelo»* en su vida de oración, se aplica *«sobre todo a la práctica de las virtudes pequeñas»* (74vº). En los días de Navidad se le van a exigir dos nuevos desprendimientos:

- el de los Buissonnets, un *«nido»* ahora ya desierto. El señor Martin, que sigue hospitalizado, ya nos los volverá a ver. El 25 de diciembre se rescinde el contrato de alquiler. En una última visita, Celina arranca para su hermana una hoja de hiedra (cf CG p. 513);

- y el del retraso impuesto a su profesión, que ella esperaba poder hacer el 11 de enero de 1890 (73vº).

Teresa asiste con sus hermanas a la continua decandencia de su padre, «¡cuya gloria ha pasado ya!». - *«Sí, pero* - prosigue ella- *su humillación pasará también, y un día él nos seguirá, o, mejor, le seguiremos nosotras a él al cielo, y entonces uno de sus blancos cabellos nos iluminará»* (16-19/2/1890; cf CG p. 1145).

«El más bello de los lirios» (Cta 105)

Abril-julio de 1890

17 años

Antes de finales de julio de 1890 no se tomará ninguna decisión respecto a la profesión de Teresa. Las cuatro cartas o billetes escritos de su mano durante esos cuatro meses son de una enorme riqueza espiritual.

En esta época, el objeto privilegiado de su contemplación es la Santa Faz. La novicia se nutre cada vez más de los textos bíblicos que había ido espigando muy especialmente durante la cuaresma anterior (Cta 108). El canto cuarto del Siervo de Yavé la marca con una impronta indeleble. Así lo manifestará en su lecho de muerte (CA 5.8.9).

Una vez más una estampa produce en Teresa una *«fuerte impresión»* (cf 31vº) al poner ante sus ojos la Faz dolorida de Jesús (DLTH p.149). Es una preciosa miniatura en pergamino que sor Inés de Jesús había pintado en honor de Celina: un velo de la Verónica sostenido en un ramo de nueve lirios (Cta 102). La impresiona sobre todo un detalle: *«su sangre divina rocía nuestras corolas»* (*ibid.*). Y el texto de la Carta 108 se concluye con un «Fragmento de un cántico de Nuestro Padre san Juan de la Cruz». Es la primera vez que Teresa cita expresamente a su maestro espiritual. *«¡Cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz...! A la edad de diecisiete y dieciocho años no tenía otro alimento espiritual»* (83rº).

«¡Que tú, Jesús, lo seas todo...! (Billete de profesión, Or 2)
Julio-septiembre de 1890
17 años

«El tiempo de los esponsales... ¡se le hizo muy largo a la pobre Teresita!» (73vº). El superior, Sr. Delatroëtte, juzgaba a la novicia «demasiado joven para asumir compromisos irrevocables para toda la vida» (CG p. 552). Sin renunciar a su opinión, se somete al parecer favorable de Mons. Hugonin. La fecha para la profesión queda fijada para el 8 de septiembre de 1890.

Teresa se prepara para ella durante unos ejercicios espirituales de diez días, que comienza en la noche del 28 de agosto. *«La aridez más absoluta y casi casi el abandono fueron mis compañeros»* (75vº).

El 2 de septiembre llega la bendición de León XIII para la profesa y «para su venerable padre, el santo anciano, tan probado por el sufrimiento» (CG p. 562). Teresa quería asociar a su padre a este gran acontecimiento de su vida (Cta 112 y 115). El 8 de septiembre, *«obligada»* a pedir su curación, hará esta súplica: *«¡Dios mío, por favor, que sea tu voluntad que papá se cure!»* (CA 23.7.6).

En la mañana del día de su profesión, la novicia *«inundada por un río de paz»* (76vº), se consagra al Señor hasta la muerte. A cambio, tan sólo pide a Jesús *«la paz, y también el amor, un amor infinito, sin otro límite que tú mismo...»*, y una vez más la gracia del *«martirio»* y la de salvar *«muchas almas»* (Or 2).

Esa ceremonia íntima se completa, el 24 de septiembre, con la toma del velo negro, una ceremonia pública. Fue un día *«velado por las lágrimas»* (77rº) a consecuencia de una decepción de última hora, *«un dolor difícil de entender»* (Cta 120): la ausencia del señor Martin, cuya bendición había esperado recibir con tanta ilusión su reinecita. De ahora en adelante, ya no habrá para ella más rey que *«el Rey del Cielo»* (CG p. 587). Sí, *«que tú, Jesús, lo seas todo...!»*

EN EL NOVICIADO: LOS AÑOS OSCUROS

Al día siguiente de su profesión, Teresa comienza a vivir su vida de carmelita tal como la había intuído en su niñez (26rº). El amplio velo que ocultaba su rostro a los asistentes a la ceremonia, en la mañana del 24 de septiembre, es más que un símbolo. Su destino humano y espiritual se va a jugar ya para siempre «en lo interior» de un claustro y de su vida oculta. Si nos fijamos únicamente en los *Manuscritos autobiográficos*, la trama de los acontecimientos es de lo más tenue en los años 1890-1893, durante los cuales sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz completa su formación. Conviene, pues, situarla en el marco de sus relaciones familiares y comunitarias.

Con su padre, que desde febrero de 1889 se encuentra ingresado en una casa de salud, la comunicación ya no es posible: «El silencio se fue haciendo cada vez mayor en torno al nombre venerado de quien nosotras adorábamos. En la comunidad, donde hasta entonces había gozado de un cierto prestigio, si se lo pronunciaba, era en voz baja, como si fuera el de un hombre casi deshonrado» (Madre Inés de Jesús, «Souvenirs intimes», p. 83).

El trato con Leonia se reduce a las visitas semanales en el locutorio. Ni una sola carta (que se conserve) en esos tres años. A sus veintisiete años cumplidos, Leonia sigue buscando su camino por «rutas arenosas» (CG p. 213).

Toda la solicitud de Teresa se vuelca sobre Celina. Una solicitud que raya la inquietud. No es que tema que su hermana pueda morir prematuramente (aunque esta posibilidad no quede excluida, cf Cta 124); pero, en cierto modo, ¿no acabará su doble por *«entregar su corazón a un mortal»*? (82rº). El casamiento de su hermana: *«Lo único que no podía aceptar»* (*ibid.*). Pero es que esa morena inteligente y alegre les gusta a los jóvenes. A pesar de que piensa en la vida consagrada, su forma de actuar no tiene nada de afectado. Y Teresa, con un instinto de madre más incluso que de hermana, presiente que el corazón de Celina es aún un terreno disputado. Así se explican, en gran medida, la apología de la virginidad y la insistencia en el *«sólo Jesús»*, tan presentes en la mayoría de las cartas a su hermana.

La atención del tío y la tía Guérin se encuentra absorbida por las idas y venidas de los nuevos esposos, Juana y Francis La Néele (1/10/1890). María, por su parte, ha visto confirmada su vocación de carmelita el día de la toma de velo de Teresa. Pero su confidente ahora es Celina. Y así, ante los Guérin, Teresa vuelve a ocupar el segundo plano de los años de su infancia.

En el Carmelo, las circunstancias van levantando algunas barreras entre ella y sus hermanas mayores, sus *«madrecitas»* de antaño, Paulina y María. En febrero de 1891, un cambio de oficio la privará del trato diario con sor Inés de Jesús en el cargo de refitolera. En el mes de julio siguiente, María del Sagrado Corazón sale del noviciado.

En cambio, Teresa consigue llegar a una apertura más confiada con la maestra de novicias, sor María de los Angeles (CA 2.9.2) Y aprieta la *«mano maternal»* (Cta 129) de su priora, la madre María de Gonzaga.

Aparte de sus superioras y del capellán, el abate Youf, dos religiosas completan el círculo de sus relaciones cotidianas: sor San Estanislao, una buena viejita de la que es ayudante en la sacristía, y sor Marta de Jesús, su compañera de noviciado. En julio de 1892 se les unirá una postulante, sor María Magdalena.

A falta de acontecimientos exteriores relevantes, podemos tomar los ejercicios espirituales de octubre de 1891 y 1892 como líneas divisorias en su caminar:

- *septiembre de 1890-octubre de 1891:* una ascensión difícil;
- *octubre 1891-octubre 1892:* un paso más ágil;
- *octubre 1892-febrero 1893:* la bajada hacia el valle.

Y entonces, con la elección de sor Inés de Jesús para priora el 20 de febrero de 1893, Teresa atraviesa un nuevo umbral.

«Esas horas en que todo parece faltarnos» (Cta 129)

Septiembre de 1890-octubre de 1891
17/18 años
Ante todo y sobre todo, Teresa se nos presenta en toda su lozanía de desposada: *«El corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él»* (Cta 122). El ejemplo de sus primos La Néel es un estímulo para ella (77rº). Pero ese *«delicioso corazón a corazón»* (Cta 122) no durará mucho.

El eclipse de su *sol* paterno (Cta 139) irá acompañado de una especie de eclipse interior. La tristeza la invade por momentos: ¿la amará Dios de verdad (cf 78rº), la amará ese único Padre al que desde ahora va a poder *«decir con verdad: Padre nuestro, que estás en el cielo»*? (Cta 127).

Arrancada de la *«tierra extranjera»* (Cta 127), dirige sus aspiraciones hacia *«nuestra tierra natal»* (Cta 130), hacia aquel *hermoso cielo* que en la noche de su profesión le parecía estar al alcance de la mano (77rº). Pero también en eso el suelo le falla bajo los pies: ¿existirá realmente un cielo? (cf 80vº).

Su mejor guía en esta ascensión a toda prueba: san Juan de la Cruz, cuyas obras constituyen por entonces su único *«alimento espiritual»* (83rº). Del doctor de las noches, Teresa irá recibiendo dócilmente las lecciones del desasimiento interior.

Teresa es una auténtica carmelita -también, y sobre todo- por su celo apostólico, alentado por la madre María de Gonzaga y por sor María de los Angeles, y del que quiere contagiar a Celina. Y así hace participar a su hermana de un salvamento más difícil todavía que el de Pranzini: la conversión del ex-carmelita Jacinto Loyson, «el fraile renegado» como dice la prensa, *«nuestro hermano»* como dirá Teresa.

La llama que vela en su corazón comienza a brillar discretamente como el fuego bajo las cenizas. El capellán, Sr. Youf, se lo hace notar así un día a la madre Inés. Cuando entra en el monasterio para llevar la comunión a la madre Genoveva, que está enferma, Teresa lo acompaña en su condición de sacristana, cubierta con el velo: «Cuando veo a su hermana tan cerca de mí por el claustro, mientras llevo el Santísimo Sacramento, me hace siempre pensar en esos cirios benditos que arden en las iglesias y a cuya sola vista uno se siente inclinado a la oración y al recogimiento» (Madre Inés, NPPA).

«El invierno ha pasado» (cf Ms A 12vº)

Octubre 1891-octubre 1892
18/19 años

Este año, el áster, *«florecilla misteriosa»* en la simbología de Teresa y de Celina, se abrió *«casi de golpe»*, no a pesar sino gracias a los rigores del invierno (cf Cta 132). ¿Tal vez la historia de Celina? Mejor aún, la historia de Teresa: *«Tú eres yo»*. Como una floración inesperada, los *«consuelos»* vuelven a salpicar su camino.

Durante los ejercicios espirituales que hace la comunidad del 7 al 15 de octubre, Teresa, que está viviendo *«grandes pruebas interiores de todo tipo»* (80vº), se siente de pronto *«maravillosamente comprendida, incluso adivinada»* por el predicador de los mismos, el P. Alejo Prou. Este Padre franciscano la lanza *«a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor»*, asegurándole que sus faltas *«no desagradaban a Dios»* (*ibid.*).
El 24 de noviembre, Mons. Hugonin entra en clausura para las celebraciones del centenario de san Juan de la Cruz. El obispo se muestra de lo más paternal con *«su hijita»*. Le prodiga *«mil caricias»* en presencia de la comunidad (73rº).

El 5 de diciembre se extingue la madre Genoveva. Es la primera vez que Teresa ve morir a alguien. Ese espectáculo le parece *«encantador»* (78vº). Poco después, recibe en un sueño la herencia maternal: la fundadora le deja *su corazón* (79rº).

Al día siguiente de Navidad, la gripe se abate sobre el Carmelo y en ocho días siega la vida de tres religiosas. Sólo permanecen en pie las tres más jóvenes, una de ellas Teresa, que dará toda su talla. Su abnegación y su sangre fría acabarán por vencer las persistentes prevenciones del superior, el Sr. Delatroëtte.

Con la primavera, Teresa ve por fin reaparecer el sol: el 10 de mayo de 1892 el señor Martin vuelve a su casa. ¡Un sol velado, ciertamente! Y es conmovedor el encuentro del 12 de mayo, en la última visita al locutorio, en que el anciano pronuncia estas únicas palabras: «¡Al cielo!» Sin embargo, la «reinecita» experimenta *«un consuelo muy dulce»* (Cta 138) al saber que su padre estará en Lisieux rodeado de los suyos.

Su vida espiritual se alimenta cada vez más en las fuentes de la revelación: en la Sagrada Escritura, y *«por encima de todo, el Evangelio»* (83vº).

«Jesús me manda que baje...» (Cta 137)

Octubre 1892 febrero 1893
19/20 años

En 1892 -al igual que en 1891 y en 1893-, Teresa retrasa sus ejercicios espirituales personales hasta después del 8 de septiembre, aniversario de su profesión, para acceder a los deseos de sor Marta (cf CG p. 647 y 673). El 19 de octubre confía a Celina las luces que recibió a lo largo de estos ejercicios: *«bajar para poder servir de morada a Jesús»* (Cta 137). Esta importante intuición esboza el estilo contemplativo que caracterizará a Teresa de Lisieux; y esa orientación se irá confirmando en los años venideros: *«Tú quieres escalar una montaña*, dirá un día a Celina, *y Dios quiere hacerte bajar a lo hondo de un fértil valle»* (CR p. 29).

De este tiempo de gracia de finales de 1892, la autobiografía tan sólo conserva un acontecimiento: la conversación con sor Marta alrededor del 8 de diciembre (cf Ms C 20vº). Teresa ha decidido abrir los ojos a su compañera, que vive apegada a la madre María de Gonzaga *«como el perro se encariña con su dueño»* (*ibid.*). Cuando sor Inés de Jesús conoce el proyecto, advierte a su joven hermana de que es mucho lo que se juega, teniendo en cuenta el carácter suspicaz de la priora. *«Ya lo sé*, responde Teresa, *pero como ahora estoy segura de que es mi deber hablar, no debo mirar las consecuencias*» (Madre Inés, NPPA). De esta manera, el *«pincelito»* inaugura su obra sobre las almas. Y los resultados son alentadores.

Una alusión ocasional a la Madre de Dios (Cta 137) arroja un rayo de luz sobre su contemplación en esa época: una presencia mariana que va ahondando en ella el sentimiento de la fraternidad con Jesús.

En el plano familiar, la situación se estabiliza. Los *«tres años de martirio*» del señor Martin (cf Ms A 73rº) han tocado a su fin. Las grandes humillaciones dan paso a «una infancia muy dulce». También Teresa, dejando atrás los *«años dolorosos»* (Cta 138), vuelve a conectar con los *«recuerdos de la juventud»* (Cta 139). Reaparece la jovialidad (*ibid.* y Cta 136). Se anuncia así la Teresa «mística y cómica» de 1893.

EL PRIORATO DE LA MADRE INÉS DE JESÚS

La elección de Paulina Martin para el cargo de priora, el 20 de febrero de 1893, crea un clima afectivo propicio para el desarrollo espiritual de Teresa. El trienio 1893-1896 se sitúa para ella bajo el signo *«de la paz y del amor»* (Cta 143). Pero que nadie se lo imagine como una eterna e idílica primavera.

Los primeros meses del priorato de la madre Inés transcurren en un clima de euforia (Cta 142). La vuelta de la *«madrecita»,* renovado manantial de poesía y de ternura, contribuye a que la primavera y el verano de 1893 sea uno de los períodos más líricos de la vida de Teresa.

Pero una llamada interior sacará pronto a la carmelita de su oasis. El otoño y el invierno de 1893-1894 son testigos de un enérgico esfuerzo de desasimiento. No es casual que sea en este momento (enero de 1894) cuando su escritura, que hasta entonces había sido inclinada, se endereza.

El camino de su éxodo pasa entonces por un nuevo *«desierto árido y sin agua»* (Cta 165). Un sufrimiento multiforme la purifica *«como el oro en el crisol»* (*ibid.*).

La muerte del señor Martin (29 de julio de 1894) y la entrada de Celina en el convento seis semanas más tarde (14 de septiembre): dos grandes acontecimientos familiares que descubren a Teresa, cada uno a su manera, *«la inmensidad del amor»* que Dios le tiene (CA 16.7.2 y Ms A 82 vº). Pronto, en la libreta escriturística que trae Celina, dos textos fundamentales (Prov 9,4 e Is 66,13.12) la confirmarán en esa experiencia íntima y le revelarán el *«caminito»* por el que entrará ya sin billete de retorno.

Efectivamente, en 1895 Teresa alcanza una nueva cumbre. Y es en estos precisos momentos cuando la madre Inés la invita a que ponga por escrito sus recuerdos de la infancia.

La mirada en profundidad de la autobiografía pone de manifiesto la asombrosa coherencia de un itinerario cuyo recorrido han ido detallando las cartas. Esa visión justifica la importancia que confiere la narradora a su *«conversión»* de Navidad de 1886. La contemplativa de 1895, investida por *«las oleadas de la ternura infinita»* al día siguiente de su ofrenda al Amor (9 de junio de 1895), está en condiciones de valorar la enorme importancia de aquella liberación afectiva. Teresa ya no cesará de conquistar y de defender hasta el último día esa libertad total para el Amor. Por eso podrá escribir, tres meses antes de su muerte: *«Gozo ya del premio prometido a los que luchan valientemente. Siento que ya no necesito negarme todos los consuelos del corazón, pues mi alma está afianzada en el Unico a quien quería amar»* (cf Ms C 22rº). Hasta llegar aquí, todas las ternuras recibidas u ofrecidas tenían que pasar por el crisol de la prueba. Las cartas de 1893-1896 ilustran, mejor que cualquier otro documento, esta ley, que se aplica en primer lugar a las personas más queridas de Teresa: su *«madrecita»*, su *«hermana gemela»* Celina, para no hablar de su *«rey querido»* a quien de tantas maneras fue perdiendo durante los años precedentes.

Dialéctica misteriosa y constructiva, pues, la del priorato de *«su Mamá»* (cf Cta 106). Desde el día en que Paulina se convierte en su *«Jesús viviente»* (Ms A 80vº), la armonía reencontrada entre la naturaleza y la gracia crea el terreno propicio para que Teresa camine hacia una maduración indiscutible. Las cuarenta y seis cartas escritas en ese período no permiten -ni el contenido ni la grafía- duda alguna a este respecto. Teresa, sin embargo, no se deja encadenar. Ha venido al Carmelo, *«no por Paulina, sino sólo por Jesús»* (26rº).

Le faltaba aún un *«gran sacrificio... extremadamente doloroso»* (82vº): la partida de Celina para una fundación en el Canadá. Pero Jesús *«se conformó con la aceptación»* (*ibid.*). Sin embargo, Teresa tendrá que perder a Celina durante algún tiempo, en una forma que su corazón *«maternal»* sentirá de manera diferente. También de esta prueba habría podido escribir: *«Esas páginas no se leerán nunca en la tierra»* (75rº). Con todo, la correspondencia deja adivinar algunas palabras sueltas.

El descanso en el valle (cf Cta 142)

Febrero - septiembre 1893)
20 años

En los comienzos de este priorato de la madre Inés podemos observar cómo se desarrolla entre Teresa y Celina un diálogo de una rara intensidad. La riqueza de las cartas del mes de julio es algo que merece la pena subrayar.

Celina, que tiene ya veinticuatro años, atraviesa una crisis delicada. A pesar de su ternura filial -habría ya que decir: maternal- hacia su padre enfermo, le cuesta no poder convertir aún en realidad su vocación. Leonia la deja para volver a la Visitación. María Guérin se decide por el Carmelo. Celina se siente como dislocada. Por si fuera poco, el P. Pichón la pone en una situación falsa ante sus hermanas al pedirle que guarde secreto acerca de un proyecto de fundación en el Canadá. Y finalmente, la madre Inés tiene miedo a que su «Celino» acabe emborrachándose con un tren de vida un tanto mundano: recepciones en casa de los Guérin, servidumbre numerosa. Para neutralizar esas tentaciones, recurre a Teresa, «la tocadora de lira», quien escribe con una frecuencia inusitada.

La antigua priora, María de Gonzaga, ha sido nombrada maestra de novicias, mientras que sor María de los Angeles había sido elegida como subpriora. La Madre Inés pide a Teresa, ahora decana del noviciado, que se encargue de sus dos compañeras, sor Marta de Jesús y sor María Magdalena.

La pluma de sor María de los Angeles nos ha dejado un sabroso bosquejo de la fisonomía de Teresa a los veinte años: «Sor Teresa del Niño Jesús. 20 años. Novicia y joya del Carmelo, su querido benjamín. Oficio de pintura, en el que sobresale sin haber recibido nunca más lecciones que la de ver trabajar a nuestra Reverenda Madre, su hermana querida. Grande y fuerte, con un aire de niña, un tono de voz y una expresión idem, que ocultan en ella una sabiduría, una perfección y una perspicacia de cincuenta años. De espíritu siempre sereno, y totalmente dueña de sí en todo y para con todas. Una verdadera santita, a quien se le podría dar la comunión sin confesarla, y a la vez con una cabecita llena de picardía para sacarle chispa a todo. Mística, cómica, todo se le da..., es capaz de hacernos llorar de devoción o desternillarnos de risa en los recreos» (a la Visitación de Le Mans, abril-mayo 1893).

La correspondencia de estos seis meses, una especie a sinfonía hecha de frescor y de paz, expone varios temas que desarrollará dos años más tarde en el manuscrito A.

»Nuestras almas permanecen libres» (Cta 149)

Septiembre de 1893 - junio de 1894
20/21 años)

El 8 de septiembre de 1893 expira para Teresa el tiempo de noviciado, pero ella misma pide que se le prolongue. La madre Inés saca provecho de este estado de cosas en favor de las otras dos novicias: sor Marta, cuyo noviciado no terminará hasta septiembre de 1894, ya sor María Magdalena, que acaba de tomar el hábito. Pero con esta hermana triste y melancólica, marcada por una niñez desgraciada, Teresa verá cómo se estrellan todos sus progresos.

Los oficios de la joven profesa siguen siendo sin brillo: trabajos de pintura (estampas, ornamentos para la iglesia); oficio de «tercera» quizás, a menos que la obediencia no le haya encomendado ser segunda portera. Está bajo la dirección de sor San Rafael, una monja buena y bondadosa, pero con unas manías capaces «de hacer perder la paciencia a un ángel» (María de la Trinidad, PO, p. 458).

Teresa entra en estos momentos en una fase crítica de su evolución humana y espiritual. Su «hueso» *-»esencia de su vida»* (Cta 147)- sigue su trabajo de secreta germinación. Pueden verse algunos indicios de ello en el resurgir de

su deseo de partir para Saigón, lo cual la substraería a las dulzuras alienantes del cariño familiar (cf CG, p. 728); o en la necesidad de elevarse hacia lo *alto* (Cta 151); o en esas ansias crecientes de martirio que atestiguan otros documentos de esa misma época (cf por ejemplo el poema *A Santa Cecilia*, PN 3).

Teresa toma las riendas de su vida. Enero de 1894 confirma la gracia de Navidad de 1886 y la vuelve a lanzar a su *«carrera de gigante»* (44v).

»Como el oro en el crisol» (Cta 165)

Junio - septiembre de 1894
21 años

Varios episodios cardíacos repetidos, en mayo y en junio, anuncian que está próximo el final del señor Martin. Sobreviene en La Musse el 2 de julio de 1904. Al igual que cuando la muerte de su madre (Ms A 12vº), Teresa guarda en su interior *«los profundos sentimientos»* que experimenta. Pero la alegría acaba venciendo al dolor. Y Teresa *«vuelve a encontrar»* a su padre «revestido de gloria» después de haber sido «probado como el oro en el fuego» (textos del recordatorio del señor Martin).

Y al mismo tiempo se prepara para volver a encontrase con Celina. *«El más íntimo de sus deseos, el más grande de todos»*, la entrada de su compañera de la infancia en el mismo Carmelo que ella, *«un sueño inverosímil»* (81vº), está a punto de convertirse en realidad. Es fácil imaginar su decepción cuando, a comienzos de agosto, revela finalmente a sus hermanas los planes del P. Pichon: éste la llama al Canadá, dispuesto a enrolarla bajo el estandarte de san Ignacio, como fundadora de un instituto secular «ante litteram». Clamor unánime. Las dos hermanas mayores no pueden contener su indignación. De esta aguda prueba, el cariño de Teresa hacia su hermana saldrá *«depurado como el oro en el crisol»* (Cta 168).

Nuevas pruebas, del cuerpo y del alma, contribuyen también a pulirla durante esas mismas semanas:

- la enfermedad que ataca a su organismo desde el pasado invierno, y con gran fuerza, ya que Teresa sigue los ayunos desde los veintiún años (enero de 1894). Una ronquera pertinaz exigirá pronto ser tratada por medio de cauterizaciones;

- dificultades, desde un principio, con sor María de la Trinidad, una postulante de veinte años. Sus aires de *«conejo montés»* (Cta 167) a la burguesita bien educada de los Buissonnets;

- y más dolorosas que esas «cruces exteriores» son *la turbación, o al menos las tinieblas»* (Cta 165). *«Ni siquiera sé ya dónde estoy»*. Con todo, de vez en cuando, una *«dulce voz se deja oír, una voz más dulce que el soplo de la primavera»* (*ibid.*) Se acerca la hora del gran descubrimientos...

»¡Qué dulce es el camino del amor!» (Ms A 83rº)

Octubre 1894 - marzo 1896
21/23 años

El 14 de septiembre de 1894, tras seis años de separación, Celina y Teresa se vuelven a encontrar bajo el mismo techo.Los *Consejos y Recuerdos* de sor Genoveva nos han legado la sustancia de la nueva relación que se instaura entre ellas.

Al final del mandato de la madre Inés afloja el ritmo de la correspondencia. La actividad literaria de Teresa se despliega en otros campos:¡ una veintena de poemas y cinco obras de teatro en este período!

Pero, sobre todo, Teresa comienza en enero de 1895 la redacción de su autobiografía, que continuará en ratos perdidos a lo largo del año. La trascendencia de esta relectura de su vida, precisamente en 1895, no puede pasarse por alto. Las cartas dejan en la sombra zonas enteras de la vida de la carmelita. Es el caso de dos acontecimientos de gran importancia que tuvieron lugar en estos años.

El primero se sitúa a finales de 1894. Mientras Teresa hojea una libreta de textos escriturísticos que le ha traído Celina, la voz misteriosa que desde hace un año guía sus pasos titubeantes pronuncia claramente su nombre por medio de *la boca de la sabiduría eterna: Si alguno es pequeñito, que venga a mí y beba»* (Ms C 3rº). Ese pequeñito es ella misma, Teresa, «*la más pequeña... la última»* (Cta 173). «*Entonces me acerqué»*)3rº). Acaba de descubrir su *«caminito»*, un atajo hacia la santidad. Un atajo también hacia el cielo: desde la muerte de su padre sobre todo, su ser aspira hacia «*la Patria»* donde *«más de la mitad de la familia goza ya de la visión de Dios»* (Cta 173). Además,

sabe que está enferma (cf CG 796). *«Morir de amor»* en breve plazo, ésa es ya *«su esperanza»* (PN 17, 26 de febrero de 1895).

El segundo acontecimiento decisivo consiste en la llamada de Jesús, en la mañana del nueve de junio de 1895, fiesta de la Santísima Trinidad, a *«aceptar su Amor infinito»* como nunca antes lo había hecho. Y Teresa se ofrece *«como víctima de holocausto al Amor misericordioso»* (Or 6). El 11 de junio, Celina se une a esta ofrenda. Algunos días más tarde, una llama de amor *«hiere»* a Teresa, pero, aparte de la priora, nadie conoce el secreto (cf CG pp. 808-810). Pues la santa se hunde voluntariamente en la pequeñez y en la insignificancia. Sólo tiene ya un deseo: *«amar a Jesús con locura»* (Ms A 82vº) y *«cumplir siempre con el más absoluto abandono la voluntad de Dios»* (84vº).

En ese año 1895 hay que anotar también el regreso al hogar de los Guérin de Leonia, que el 20 de julio abandona por tercera vez el convento, mientras que María Guérin entra en el Carmelo de 15 de agosto, y la adopción por parte de Teresa de su primer hermano espiritual, el abate Bellière, un seminarista de vocación frágil, que le ha confiado la madre Inés. Ello supone una gran alegría para Teresa (Ms C 31vº/32rº), pero la relación epistolar no comenzarán hasta octubre de 1896, bajo el priorato de la madre María de Gonzaga.

NUEVO PRIORATO DE LA MADRE MARÍA DE GONZAGA

En el punto al que hemos llegado, la *«lámpara»* de que habla Teresa en el Ms C (12rº) podría representarla a ella misma, verdadera lámpara ardiente, aunque hasta entonces escondida, y a partir de ahora colocada en el candelero.

En el otoño de 1895, parafraseaba en una poesía un versículo evangélico que le era muy querido: «He venido a traer fuego a la tierra» (Lc 12,49): *«En mi alma has encendido ese fuego del cielo, / y yo quiero, también, derramar sus ardores. / Una débil centella, ¡oh misterio de vida!, / levantar puede sola un grandísimo incendio»* (PN 24). Las cartas de estos dieciocho últimos meses dan fe de ese incendio que se va extendiendo más y más, en su Carmelo y fuera de él.

A comienzos de 1896, la comunidad está formada pro veinticuatro miembros. El 21 de marzo, las dieciséis hermanas capitulares se reúnen para elegir priora. Tras siete escrutinios, se produce una escasa mayoría, la madre María de Gonzaga sale elegida por los pelos. Sor María de los Angeles es reelegida subpriora, la madre Inés de Jesús y sor Estanislao consejeras.

El nombramiento de la maestra de novicias corresponde por derecho a la priora. La mirada de la madre María de Gonzaga se fija en Teresa que durante el priorato anterior la ha ayudado en ese cargo. Con sólo veintitrés años de edad y consciente de las susceptibilidades que iba a suscitar, Teresa declina el nombramiento. Pero asumirá esa función hasta que se le agoten las fuerzas.

A partir de estas elecciones, reunirá diariamente a las cinco jóvenes hermanas, de las cuales tres son ya profesas, durante media hora. Profundiza con ellas la Regla del Carmelo y las Constituciones. Las instruye en las mil costumbres que regulan en esa época cada detalle de la vida religiosa. Responde a sus preguntas, corrige sus faltas. «No es una conferencia propiamente dicha, no hay nada de sistemático» (cf CSG, p. 6), sino más bien un diálogo vivo y directo, que ella sabe animar como nadie. Las sucesivas ediciones de la *Historia de un alma* nos ofrecerán los «consejos y recuerdos» recogidos así por las novicias.

El resto de su tiempo Teresa lo reparte entre la sacristía, que ahora dirige sor María de los Angeles; el trabajo de pintura, en el ella que realiza su parte de trabajo retribuido; y la ropería, para la que se ha ofrecido voluntariamente con el fin de ayudar a sor María de San José, una religiosa de temperamento inestable.

Con la priora, madre María de Gonzaga, tras *«el agua vivificante de la humillación»*, llega *«ahora el sol»* (Ms C 1vº). El cambio de superiora parece incluso representar una suerte para Teresa en esos momentos.

En efecto, la madre Inés tenía tendencia a reducir las relaciones al círculo familiar, en sintonía con la vida «poco abierta al exterior» que ella había siempre conocido, primero en Alençon y luego en los Buissonnets. Ella ponía el acento en la vida escondida, en la fidelidad a la ascesis, que incluyese una intención reparadora por los pecadores. Buscaba más la *calidad* del amor que su difusión.

La madre María de Gonzaga, por el contrario, siente una necesidad congénita de relación. Desde su vuelta al priorato, abre puertas y ventanas, sin dejarse atar por la letra de la ley. Y encuentra en Teresa lo mejor de sus aspiraciones personales: espíritu misionero e impulso místico. Favoreciendo su desarrollo, secunda, consciente o inconscientemente, el dinamismo del Espíritu en Teresa y la ayuda a descubrir su plena estatura. Al centrar su celo

apostólico en un objetivo concreto (encargarse de las novicias y de unos hermanos espirituales), le permite superar la doble prueba que acaba de llamar a su puerta en Pascua de 1896:

- ofensiva de la tuberculosis, que llega hasta la hemoptisis (2 y 3 de abril);
- brusca entrada en el túnel (cf Ms C 4vº/7rº).

Para Teresa ya no habrá descanso hasta su muerte. *«Tengo que caminar hasta mi último momento»* (Cta 239); necesidad espiritual, más que física:

- *marzo-septiembre de 1896:* Teresa supera, por la caridad, sus sufrimientos de cuerpo y de alma. El amor gana a la noche por velocidad;
- *septiembre-noviembre de 1896:* restablecida aparentemente gracias a un régimen fortificante, vive durante su retiro privado horas de una gran densidad espiritual (redacción del Ms B);
- *diciembre de 1896 - abril de 1897:* desde la llegada de los primeros fríos comienza una recaída definitiva. en vez de una partida para el Extremo Oriente, a lo que hay que encararse es a la muerte a corto plazo;
- *abril-septiembre de 1896:* con energía y abandono, Teresa afronta el último combate. Consagra sus fuerzas a transmitir su *«camino de confianza y de amor»* (Cta 226) por medio de sus cartas, de su último cuaderno (Manuscrito C) y de sus últimas conversaciones. La difusión de este *«caminito»* -así lo presiente ella- estará en el mismo corazón de su misión póstuma: *«misión de hacer amar a Dios como yo le amo»* (CA 17.7).

»Olvidarme de mí misma para gloria de Dios y salvación de las almas» (cf Cta 193)

Marzo - septiembre de 1896
23 años

Y abordamos aquí uno de los capítulos más densos en la vida de la santa. Tendremos que conformarnos con esbozar el cuadro a grandes rasgos.

2-3 de abril: en la noche del Jueves al Viernes Santo, y luego en la noche de este último día, las primeras hemoptisis. Teresa exulta de alegría. Percibe *«como un dulce y lejano murmullo* (que le anuncia) *la llegada del Esposo»* (Ms C 5rº).

*Unos días después*Pascua (5 de abril), se siente *«invadida por las más densas tinieblas»*, el pensamiento del cielo se , en contraste con la alegría de la le vuelve (Ms C 5vº). Las semanas siguientes, *«la tormenta ruge»* con todas sus fuerzas (cf Ms B 2vº).

30 de abril: profesión de sor María de la Trinidad, seguida de la toma de velo (7 de mayo). Teresa canta con san Juan de la Cruz. *«Sin arrimo y con arrimo, / sin luz y a oscuras viviendo, / todo me voy consumiendo»* (PN 30).

10 de mayo: un relámpago rasga la noche. Recibe en un sueño la visita de la fundadora (española) del Carmelo en Francia. Durante algún tiempo vuelve a sentir *«que existe un cielo y que ese cielo está poblado de almas que* (la) *quieren»* (Ms B 2vº).

30 de mayo: la madre María de Gonzaga le confía *«los intereses espirituales de un misionero»* (Ms C 33rº), el P. Roulland. La carmelita acompaña con la oración a su *«hermano»*, en su viaje de despedida y luego a bordo del *Natal* que lo llevará a Su-Tchuen.

21 de junio: para la fiesta de la priora, Teresa prepara una pieza de teatro sobre un tema de actualidad: ¡Ana Vaughan! La lectura de las *Memorias* de la ex-luciferiana, «convertida» un año antes (13/6/1895), la ha impresionado fuertemente las semanas anteriores. Ese misterioso personaje (mítico, pero esto no se sabrá hasta abril de 1897) suscita tomas de posición apasionadas y contradictorias. De esas «revelaciones», Teresa sólo recoge un aspecto: el ensañamiento de Lucifer contra los conventos, y en especial contra la Orden del Carmen. E invita a sus hermanas a entregarse intrépidamente a la lucha con la única arma verdaderamente irresistible: la humildad (cf RP 7).

Julio-agosto: la caridad no cesa de ampliar más y más los límites del deseo, reclamando *«un lugar más espacioso»* (Cta 193). La desmesura de sus aspiraciones hace sufrir a la carmelita *«un verdadero martirio»* (Ms B 3rº). De manera instintiva, busca inspiración y una respuesta en los genios universalistas del Antiguo y del Nuevo Testamento: Isaías y san Pablo.

»La caridad..., clave de mi vocación» (Ms B 3vº)

Septiembre-diciembre de 1896

23 años

Con la «Carta a sor María del Sagrado Corazón» (Manuscrito B), la correspondencia de Teresa llega a su más alta cumbre. Este texto inagotable está considerado, desde hace ya varios decenios, como una joya de la literatura cristiana. Queremos precisar aquí su contexto biográfico.

En los primeros días de septiembre, un sacerdote de París, Roger de Teil, hace partícipe a la comunidad de sus gestiones en favor de la Causa de las dieciséis carmelitas de Compiègne, martirizadas en 1794. Su celo suscita el entusiasmo de Teresa.

El 7 de septiembre por la noche, entra en ejercicios espirituales para diez días, sus últimos ejercicios privados. El 8 de septiembre, sexto aniversario de su profesión, Teresa consagra una parte de su tiempo libre a contestar a una petición que le había hecho anteriormente su hermana María del Sagrado Corazón: exponer por escrito su «pequeña doctrina». Esas páginas serán, sobre todo, una anámnesis de las gracias recibidas durante los últimos cinco meses y que culminan en el descubrimiento de su vocación personal *«en el corazón de la Iglesia»: «¡Mi vocación es el Amor!... ¡Así lo seré todo!»* (Ms B 3vº).

En los días siguientes, intercambia billetes y cartas con su hermana mayor, María, y probablemente también con sor María de San José, esa monjita tan poco atractiva y a quien Teresa intenta liberar de su egocentrismo contagiándole su celo misionero.

El 18 de septiembre, se reintegra a la vida de la comunidad. E incluso reanuda la observancia regular, de la que estaba dispensada desde la primavera debido a su estado de salud. Y obtiene permiso para añadir algunas penitencias supererogatorias.

Del 8 al 15 de octubre, el P. Godofredo Madelaine, premonstratense, da ejercicios espirituales a la comunidad. Teresa le manifiesta sus tentaciones contra la fe. El le aconseja que lleve el *Credo* permanentemente sobre su corazón. Y ella decide escribirlo con su propia sangre.

El *21 de octubre*, Teresa dirige al abate Bellière sus primeras líneas personales. A este seminarista, a quien acaba de sacudir violentamente un servicio militar tumultuoso, le dedicará una carta bimestral, hasta las vacaciones de verano de 1897.

El *31 de octubre*, llega el primer correo de China del P. Roulland. El misionero pide refuerzos de Francia para el Carmelo de Saigon, donde ha hecho escala. Teresa se interroga. Una novena con esta intención le aportará pronto una respuesta.

Sus tinieblas espirituales, que en septiembre son todavía intermitentes (cf Ms B 5rº), van a hacerse más densas. Teresa llega a las puertas de su último invierno y de su noche más larga... A la hora en que se va a eclipsar para ella *«la antorcha luminosa de la fe»* (Ms C 6rº), otra luz se eleva en su corazón, como un resplandor de aurora cuya claridad no cesará de crecer en los meses subsiguientes: *«la antorcha de la caridad»* (Ms C 12rº). Es en esta época cuando transcribe un versículo muy significativo de Isaías: *«Cuando partas tu pan con el hambriento y llenes de consuelo al afligido, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía»* (Is 58,10).

»Mi desierto, así lo espero, será breve» (Cta 220)

Diciembre 1896-abril 1897

23/24 años

Las cartas del invierno 1896-1897 nos hacen asistir al declive progresivo e irreversible de Teresa. La enferma, forzada a aislarse intermitentemente en su celda, se comunica con sus hermanas por medio de cortos billetes.

Los datos biográficos en este período son escuetos.

El *2 de febrero de 1897*, en un cántico dedicado a su amigo del cielo Teófano Vénard (decapitado el 2/2/1861), Teresa canta: *«El universo entero* (a sus ojos) *es sólo un punto. / Mi flaco amor y mis pequeños sufrimientos, / bendecidos por El, / hacen amar a Dios más allá de los mares».* (PN 47).

»Mas allá de los mares» en el tiempo y en el espacio: el *8 de febrero*, en una obra de teatro compuesta en honor de san Estanislao, pone en labios de su héroe , Estanislao de Kostka, la gran pregunta que la asedia, la *única* que ya le importa: *«Dime que los bienaventurados pueden seguir trabajando por la salvación de las almas... Si en el paraíso*

no puedo trabajar por la gloria de Jesús, prefiero seguir en el destierro y luchar por El» (RP 8). *«Amar a Jesús y hacerlo amar»*: éste es su único deseo póstumo (cf Cta 219, 220, 221). Programa que Teresa se esfuerza por hacer realidad *hic et nunc,* llegando hasta el límite de sus fuerzas.

El *3 de marzo,* comienza con la comunidad los ayunos cuaresmales. El *25 de marzo,* para la profesión de sor María de la Eucaristía, compone el poema *Mis armas* (PN 48), que termina así: *«Moriré sobre el campo de batalla, / ¡las armas en la mano!»*

En esa determinación no hay el más mínimo estoicismo. La jovialidad ilumina la correspondencia de este último invierno. De nuevo en una poesía Teresa nos ofrece el secreto de su alegría: *«¿Qué me importa la vida? ¿Qué me importa la muerte? ¡Amarte, ése es mi gozo!»* (PN 45, 21/1/1897).

»No muero, entro en la vida» (Cta 244)

Abril-septiembre 1897
24 años
¡Qué largo camino desde aquel 4 de abril de 1877 en que, sin saber «ni siquiera sostener en la mano un palillero», Teresa escribía su primera «carta» sobre las rodillas de Paulina! Ahora está ya cerca el día en que tendrá que dictar a su hermana sus últimos mensajes. Le quedan menos de seis meses de vida. Vamos a recorrer, a grandes trazos, esta última etapa.

4 de abril - 4 de junio: antes de terminar la cuaresma, cuyos ayunos ha tratado de soportar, Teresa cae gravemente enferma. Los signos de la tuberculosis son ya evidentes: rostro encendido por la fiebre, falta total de apetito, agotamiento que apenas le permite estar de pie. Durante estas semanas de transición, Teresa va siendo dispensada progresivamente de asistir al Oficio coral, del oficio de ropera, de las recreaciones comunitarias, del cuidado de las novicias. A partir del 6 de abril, la madre Inés empieza a anotar las palabras de su hermana, sustancia de lo que será el «Cuaderno amarillo». Durante los ejercicios espirituales de la Ascensión a Pentecostés, se intercambian entre ellas varios billetes, que ayudan a recomponer el clima de las «Ultimas Conversaciones». La toma de velo de sor María de la Eucaristía, el 2 de junio, será para Teresa la última fiesta familiar.

6 de junio - 8 de julio;: tras una grave alarma, que le da el 9 de junio la certeza de que morirá pronto, la enferma experimenta una remisión. Los ratos que tiene de calma los consagra ahora a la redacción del Manuscrito C. Lo empieza el 3 de junio, por orden de la madre María de Gonzaga, escribe buena parte de él bajo los castaños, y quedará sin acabar en los primeros días de julio.

8 de julio - 25 de agosto: con la vuelta de las hemoptisis el 6 de junio, y el traslado a le enfermería el 8, Teresa parece encontrarse ya a las puertas de la muerte. Una reacción del organismo retrasa el final. Dieciocho mensajes (Cta 249 a 266), que son otras tantas victorias del amor sobre el agotamiento, tendrán como destinatarios principales a sus *«hermanitas las novicias»* y a los dos misioneros *«que Jesús* (le) *ha dado por hermanos»* (Ms C 33vº). Mauricio Bellière es objeto de un visible predilección: es preciso ayudar a ese seminarista inconstante a desprenderse valientemente de los lazos del pasado y sobre todo de la obsesión de su miseria. A este dócil discípulo dedicará Teresa una de sus enseñanzas más preciosas sobre *«el camino de la confianza sencilla y amorosa»* (Cta 261).

25 de agosto - 30 de septiembre: la enferma, demasiado débil ya para escribir, y pronto incluso para hablar, entra en el silencio. Tras una dura agonía, Teresa muere con un último *«¡Dios mío, te amo!»* en los labios. «Acababa de levantar los ojos al cielo, ¿qué estaba viendo?» (CG p. 1072). Durante las horas que siguieron al fallecimiento, «era la suya una belleza fascinante, con una sonrisa expresiva que parecía estar diciendo: Dios no es más que amor y misericordia» (Madre Inés, PA, p. 206).

A.M.D.G.
[Image]

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La presente edición de la *Historia de un alma* ha sido tomada de la nueva traducción de las *Obras Completas* de santa Teresita (Nueva Edición del Centenario, en un volumen) que está preparando nuestra Editorial y que verá la luz en fechas muy próximas. Es, pues, como una primicia de la misma.

Por eso, los criterios que se enuncian en la precedente Introducción a los Manuscritos Autobiográficos son sustancialmente válidos para la presente edición popular de la *Historia de un alma*. Señalaremos, no obstante, algunas peculiaridades de este nuestra edición.

La traducción ha sido realizada en base a la nueva edición francesa de los escritos de santa Teresita en un volumen: *Oeuvres Complètes (Textes et Dernières Paroles)*, Cerf―Desclée de Brouwer, 1992), dirigida por Jacques Lonchampt y fruto de los trabajos de la «Edición del Centenario» entre los años 1971 y 1992.

Al hacer la traducción castellana, hemos tenido muy presente la del P. Emeterio García Setién, la mejor, sin duda alguna, que existe hasta el presente, y que ha sido repetidamente editada por nuestra Editorial «Monte Carmelo». En numerosas ocasiones podrá observarse que nuestra traducción coincide exactamente con la suya. Es natural: es difícil hacerlo mejor, y, además, no me parece sensato cambiar por el mero prurito de cambiar...

En orden a agilizar la presentación del texto y la misma lectura, he creído conveniente introducir algunas modificaciones respecto a la edición francesa de las *Oeuvres Complètes:*

- Conservar la división en capítulos que presentaba la anterior Edición del Centenario, así como los títulos y subtítulos de los mismos, pero incorporando estos últimos al cuerpo del texto.

- Modificar con gran libertad la división de los párrafos dentro de cada capítulo, así como la puntuación, signos de interrogación, exclamación y algún otro pequeño detalle.

- Suprimir gran parte de las notas y aparato crítico, manteniendo únicamente las que nos ha parecido que podían tener un mayor interés para los lectores de este tipo de edición.

- Mantenemos, de la edición francesa, el criterio de indicar *al margen* las citas bíblicas que usa Teresita y de publicar todas las notas juntas al final de la obra (en esta edición electrónica, para mayor facilidad de consulta, las notas se colocan al final de cada capítulo).

Casi a las puertas ya del primer centenario de su muerte, esperamos que esta nueva edición del la *Historia de un alma* sirva para difundir su mensaje de confianza y de amor a Dios y a los hermanos, corazón el Evangelio.

INTRODUCCIÓN A LOS MANUSCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

Los avatares de la *Historia de un alma -Manuscritos autobiográficos-* de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz son hoy día bien conocidos, merced a la edición *facsímil* del P. Francisco de Santa María -acompañada por tres volúmenes de introducciones, notas textuales y críticas, tablas y concordancias (Carmelo de Lisieux, 1956)- y a la edición popular que se hizo al año siguiente. Aquí nos limitaremos a publicar los documentos básicos: Manuscrito A, Manuscrito B y Manuscrito C, o *Historia de un alma (*).*

1. Los antecedentes...

Dos de estos tres textos de inapreciable valor (e indirectamente, de rebote, también el tercero) se los debemos a la hermana mayor de Teresa, María del Sagrado Corazón. Ella misma lo contó en el Proceso Ordinario, respondiendo a la pregunta: "¿Qué sabe usted sobre el origen de este manuscrito (la *Historia de un alma*) y de su integridad?»

«Una noche de invierno, después de Maitines, estábamos calentándonos sor Genoveva, nuestra madre priora Inés de Jesús y yo, reunidas con sor Teresa. Esta nos contó dos o tres anécdotas de su niñez. Entonces yo le dije a nuestra madre priora, Inés de Jesús: "¿Cómo es posible que le permitas componer pequeñas poesías para complacer a unas y a otras, y que no escriba para nosotras algo de sus recuerdos de la infancia? Ya lo verás, es un ángel que no vivirá mucho tiempo en la tierra, y entonces habremos perdido todos esos detalles tan interesantes para nosotras". En un primer momento, nuestra Madre vaciló, pero luego, ante nuestra insistencia, dijo a la Sierva de Dios que le gustaría que para el día de su santo le entregara el relato de su infancia *(Manuscrito A*).

«(...) Más tarde, la madre Inés de Jesús, viendo que sor Teresa estaba muy enferma, persuadió a la R.M. María de Gonzaga, que era la priora, a que mandase a Teresa escribir la historia de su vida religiosa, que constituye la segunda parte del manuscrito *(Manuscrito C)*. Por último, yo misma le pedí, durante su último retiro (1896), que me pusiera por escrito lo que yo llamaba su "doctrinita". Así lo hizo, y cuando se imprimió la "Historia de su vida", se añadieron estas páginas, como una tercera parte *(Manuscrito B)*» (PO, p. 237).

La madre Inés precisa: «A comienzos del año 1895, dos años y medio antes de la muerte de sor Teresa», y confirma el relato de María del Sagrado Corazón (aunque sin mencionar la presencia de sor Genoveva). Indica también que Teresa «se reía, como si se estuvieran riendo de ella», y continúa:

«La Sierva de Dios puso manos a la obra por obediencia, pues yo era entonces su madre priora. Escribió únicamente durante sus ratos libres, y me entregó el cuaderno el 20 de enero de 1896, para mi santo. Yo estaba en la oración de la tarde. Al pasar para dirigirse a su sitio, sor Teresa del Niño Jesús se arrodilló y me entregó aquel tesoro. Yo le contesté con una simple inclinación de cabeza y dejé el manuscrito en mi asiento, sin abrirlo. No tuve tiempo para leerlo hasta después de las elecciones de este mismo año, en la primavera. Me di cuenta entonces de la virtud de la Sierva de Dios, pues, una vez cumplido su acto de obediencia, no volvió a preocuparse del asunto, ni me preguntó nunca si había leído su cuaderno o qué pensaba de él. Un día le dije que no había tenido tiempo de leer nada, y no mostró el menor disgusto.

«Su relato me pareció incompleto. Sor Teresa del Niño Jesús había insistido sobre todo en su infancia y en su primera juventud, como yo le había pedido; su vida religiosa quedaba apenas esbozada (...).
«Pensé que era una verdadera lástima que no hubiera escrito con la misma amplitud lo referente a su vida en el Carmelo, pero en aquellas fechas yo había ya dejado de ser priora y la madre María de Gonzaga había vuelto a ocupar este cargo. Me imaginaba que ella no iba a prestar a este escrito el mismo interés que le prestaba yo, y no me atreví a decirle nada. Pero, finalmente, cuando vi que sor Teresa del Niño Jesús se había puesto muy enferma, me decidí a intentar lo imposible. La noche del 2 de junio de 1897, cuatro meses antes de la muerte de sor Teresa, hacia medianoche, fui a ver a nuestra madre priora. "Reverenda Madre, le dije, no puedo irme a dormir sin antes confiarle un secreto. Siendo yo priora, sor Teresa escribió para mí, por complacerme y por obediencia, algunos recuerdos de su infancia. Los he vuelto a leer el otro día. Son bonitos, pero no creo que usted pueda sacar de ahí gran cosa que le sirva para escribir su circular después de su muerte, pues no hay en ellos casi nada sobre su vida religiosa. Si usted se lo mandase, podría escribir algo más serio, y no me cabe la menor duda de que lo que usted obtenga va a ser incomparablemente mejor que lo que tengo yo". Dios bendijo mi gestión, y a la mañana siguiente nuestra Madre ordenó a sor Teresa del Niño Jesús que continuase su relato» (PO pp. 146―147; cf PA p. 201).

Su hermana Celina (sor Genoveva de Santa Teresa) que iba conociendo los cuadernillos del Ms A a medida que su hermana los iba escribiendo, ofrece detalles interesantes acerca de la forma de trabajar de Teresa: «No tenía ningún plan prefijado cuando comenzó el manuscrito. Escribió únicamente por obediencia, esforzándose no obstante por narrar algunos hechos concernientes a cada uno de los miembros de su familia, con el fin de dar gusto a todos con este relato de los recuerdos de su juventud. Su manuscrito era, en efecto, un 'recuerdo de familia', destinado exclusivamente a sus hermanas. Esto explica la espontaneidad familiar con que fue escrito, así como ciertos detalles infantiles ante los que su pluma habría retrocedido si hubiera previsto que este escrito iba a salir del círculo de sus hermanas. Escribía a ratos perdidos, durante los escasos momentos que le dejaban libres la Regla y sus ocupaciones en el cuidado de las novicias. No hizo borrador alguno, escribía a vuela pluma, y sin embargo el manuscrito no contiene tachaduras.» (PO p. 274).

La descripción de Celina pone bien de manifiesto que los Manuscritos se asemejan más al género epistolar que al de las notas íntimas, para no hablar de los «tratados espirituales». Es ésta una clave de lectura muy importante, porque explica no sólo el hechizo y la espontaneidad del estilo de Teresa, sino también la irradiación contagiosa de una personalidad como la suya, transparente al amor y a la gracia de Dios (cf JEAN GUITTON sobre la palabra en Teresa, UC, p. 114s, nota 26).

2. Teresa y la publicación de su «obra»

Teresa escribió los Manuscritos A y C por obediencia a sus prioras, y el Manuscrito B a petición de su hermana María del Sagrado Corazón. Ella, personalmente, no pensaba en dejar un rastro escrito de sus recuerdos ni de sus pensamientos. Sin embargo, sus cartas y sus poesías eran para ella a la vez un medio de expresión y una forma de difundir su amor a Cristo. También supo desde el principio que, en cierto modo, el Manuscrito C estaba destinado a la publicación, puesto que la razón que la madre Inés había dado a la madre María de Gonzaga para que le «mandase» escribirlo era la redacción de su «Circular necrológica»...

Teresa tomó muy en serio la idea de la publicación (cf *Poésies*, II. pp. 25ss), y en las Ultimas Conversaciones hace múltiples referencias a la misma, en parte probablemente para sostener la moral de sus hermanas (cf CA 27.5.1).

A medida que corre el tiempo, se va interesando más y más por esta obra póstuma (cf CA 25.6.2; 10.7.2; 11.7.3; 20.7.3; 29.7.7; 1.8.2; y NV 1.8.2 en UC, II, p. 243; CA 25.9.2). «En su lecho de muerte, concedía una gran importancia a esta publicación y veía en ella un medio de apostolado. Un día me dijo con firmeza: *'Después de mi muerte, habrá que publicar el manuscrito sin demora. Si lo retrasas, y si cometes la imprudencia de hablar a alguien*

, excepto a nuestra Madre, el demonio te tenderá mil trampas par impedir esta publicación, que sin embargo es muy importante. Pero si haces todo lo que está en tus manos para que nadie la entorpezca, entonces no tengas miedo a los obstáculos que puedas encontrar. En mi misión, como en la de Juana de Arco, la voluntad de Dios se cumplirá , a pesar de las envidias de los hombres. -Entonces, ¿crees que con ese manuscrito harás el bien a las almas? *-Sí, es un medio del que Dios se servirá para escucharme. Hará bien a toda clase de almas, excepto a las que vayan por caminos extraordinarios»* (Madre Inés, PA p. 202, donde se recogen dichos de Teresa pronunciados en diversas ocasiones: cf PO p. 147, 176, 202―201; CA 27.7.6; 9.8.2).

Es innegable que Teresa dejó a la madre Inés como su «editora». Esta declaró bajo juramento que su hermana le había dicho: *«Madre, todo lo que te parezca conveniente suprimir o añadir en el cuaderno de mi vida, yo misma lo suprimo o lo añado. Recuerda esto más tarde, y no tengas el menor escrúpulo a este respecto».* (PO p. 247; cf PA p. 201―202; CA y NV, en UC, II, p. 174―75); y en otra ocasión, a propósito del Ms C: *«No he escrito lo que quería* -me dijo tristemente-, *habría necesitado una mayor soledad. Sin embargo, mi pensamiento está ahí, no tienes más que ordenarlo»* (PA p. 173). El P. Francisco de Santa María comenta con razón: «Suprimir, añadir, clasificar: las tres operaciones que la autora de los manuscritos preveía y aprobaba, y que su editora realizó después ampliamente. Podrá discutirse, ciertamente, sobre el número y la conveniencia de esas modificaciones. Pero el problema de su derecho a hacerlo es incuestionable: la firma en blanco estaba puesta» (Mss I, donde podrán encontrarse las referencia a los Procesos sobre esta cuestión).

3. La «Historia de un Alma»

En el Proceso Ordinario la madre Inés declaró: «Fui yo quien tuvo la iniciativa de proponer esta publicación (la *Historia de un alma*) después de su muerte. Al releer los manuscritos que tenía entre las manos, tuve la impresión de poseer un tesoro que podría hacer mucho bien a las almas».

A la pregunta: «¿Concuerda perfectamente el libro impreso con el autógrafo de la Sierva de Dios, de manera que se pueda leer el uno por el otro con seguridad?», la madre Inés respondió (el 17/8/1910): «Hay algunos cambios, pero son de poca importancia y no alteran el sentido general y sustancial del relato. Estos cambios son los siguientes: 1º La supresión de algunos pasajes muy cortos, que relatan detalles íntimos de la vida familiar durante su niñez; 2º la supresión de una o dos páginas, cuyo contenido me parecía poco interesante para lectores ajenos al Carmelo; 3º y por fin, como la historia manuscrita se componía de tres partes -una dirigida a mí (sor Paulina), otra a su hermana María, y la última cronológicamente a sor María de Gonzaga, que entonces era priora-, ésta, que dirigió la publicación del manuscrito, exigió algunos retoques de detalle en las partes dirigidas a sus hermanas, a fin de que, en razón de una mayor unidad, toda la obra pareciese dirigida a ella» (p. 149).

Tras esta deposición, el tribunal decidió con gran acierto «establecer un ejemplar auténtico del Autógrafo, según las normas del derecho en esta materia, e incluirlo en los documentos del Proceso» (PO p. 150), lo que se hizo el 29 de agosto de 1911 (PO pp. 599―720).

En cuanto al comportamiento de la madre María de Gonzaga, que alguien ha considerado como un indicio de celos enfermizos, quizás convenga ser más prudentes que la madre Inés, quien en su nota del 22 de noviembre de 1907 habla de «subterfugio» (en la primera página del Manuscrito A). En el PO, en 1910, se conforma con invocar la preocupación por dar «una mayor unidad» a la *Historia de un alma* . Sin duda, hay que situarse en el contexto de la época para poder apreciar esa iniciativa singular.

En 1898, la madre María de Gonzaga era priora, y su autoridad seguía siendo sólida en la comunidad. ¿No era una decisión prudente ante las hermanas (por parte de ambas Madres, de común acuerdo) el que la madre María de Gonzaga asumiese la responsabilidad, no sólo de la *publicación*, sino también de la *obligación* impuesta *por obediencia* a Teresa de escribir sus «recuerdos» (ya fuese en 1895, o en 1896 como se corrigió en el Manuscrito A, o en 1897 para el Manuscrito C)?

Una orden de esta índole no había sido dada nunca a nadie más. Si se hubiese dicho a la comunidad que se trataba de una «historia de familia», de una «orden» de la madre Inés a su hermana menor, para complacer a sus parientes..., ¿no habría perdido el Manuscrito A parte de su prestigio, de su valor espiritual, a los ojos de las hermanas que no tenían en tan alta estima al «clan Martin»? Se puede, pues, pensar que, si la «orden» venía de la madre María de Gonzaga, que conocía a Teresa desde que ésta tenía nueve años, la *Historia de un alma* cobraba ya de entrada un valor «religioso» totalmente distinto. En ese caso, en 1907 o en 1910, cuando la gloria de Teresa rebasaba ya ampliamente los muros del monasterio (y con la madre María de Gonzaga muerta en 1904), ya no era necesario tomar tantas precauciones ante la comunidad, mientras que la necesidad de ofrecer una explicación a los jueces eclesiásticos era algo muy real. Sin embargo, la interpretación de que fuera un «subterfugio» no deja de aparecer como hipotética.

4. El trabajo de la Madre Inés

Gracias a la publicación de *La première Histoire d'une âme* de 1898 en la «Nouvelle Edition du Centenaire», será posible emitir un juicio sobre lo que la madre Inés llamaba «algunos *cambios de poca importancia»*, realizados por ella en aquel entonces... El P. Francisco de Santa María ha reconstruido a la perfección el «proceso» de la madre Inés, presentando alternativamente tanto la acusación como la defensa:

«Ciertamente, no hubiera sido posible publicar textualmente los cuadernos de Teresa. (...) En una época en la que se daba tanta importancia a la perfecta corrección del estilo y al respeto escrupuloso de los convencionalismos literarios, ¿cómo se iban imprimir los borradores de una joven religiosa desconocida, sin cubrirse de ridículo y sin traicionarla incluso a ella misma? Tanto el contenido del relato como la forma exigían ciertos retoques. (...)
«Pero hay que reconocer que, en el campo de las correcciones, la editora de la *Historia de un alma* se mostró altamente generosa. (...) La madre Inés de Jesús corrigió estas páginas como corregía en los Buissonnets las composiciones titubeantes de la niña Teresa. (...) Su propia psicología y su espíritu impulsivo la inclinaban a poner un sello personal en los escritos que habían puesto en sus manos y a retocarlos de una manera casi espontánea. Por otra parte, para ella lo importante era llegar a las almas, hacerles bien, luchando contra los últimos resabios de jansenismo que aún quedaban flotando en ciertos círculos religiosos. Teresa -así lo creía- era, en sus manos, un magnífico instrumento para llevar a cabo esa labor. A fin de cuentas -pensaba-, el tenor literal de sus escritos no importaba tanto. Convenía incluso alejar de ellos todo lo que pudiese provocar en el lector alejamiento o rechazo.

«De hecho, la madre Inés de Jesús *reescribió* la autobiografía de Teresa. (...) Sin duda, el contenido del relato sigue siendo fundamentalmente el mismo, y el fondo de la doctrina también, pero la forma es distinta en la medida en que el temperamento de la madre Inés no es el de Teresa. (..) Ciertamente, estas modificaciones no han impedido a las almas entrar verdaderamente en contacto con Teresa y dejarse penetrar por su doctrina. Pero en el plano estrictamente científico, es inútil tratar de conciliar las exigencias de la crítica moderna con la manera en que fue retocado el texto original. (...) En una sinopsis en la que los dos textos aparecen uno al lado del otro, y en el que se señalan las divergencias, desde las de menor entidad hasta las más importantes, hemos detectado más de 7.000 variantes» (Mss I, p. 78).

Entre las opciones más discutibles de la madre Inés, hay que señalar la distorsión de la cronología y, por tanto, el cambio de perspectiva que supone el utilizar la carta a sor María del Sagrado Corazón (Ms B) como conclusión de toda la *Historia de un alma*, cuando lo que en realidad refleja el Ms C, escrito poco antes de su muerte, es el último rostro de Teresa. Esta anomalía se mantendrá hasta 1955, incluso después de que en 1914 se fijase críticamente la adjudicación de cada uno de los manuscritos a sus verdaderos destinatarios. Solo la edición del P. Francisco de Santa María pondrá fin a la misma.

5. Las modificaciones de la «Historia de un Alma»

En cuanto la madre Inés terminó la revisión, salió la primera edición de la *Historia de un alma* en la tipografía San Pablo, de Bar―le―Duc, el 30 de septiembre de 1898, o sea un año exactamente después de la muerte de Teresa. Sor María del Sagrado Corazón le había dicho a ésta poco antes: «Me va a costar mucho consolar a la madre Inés, que va a sufrir mucho con (tu) muerte», y Teresa le había respondido: *«No te preocupes, la madre Inés no tendrá tiempo para pensar en su dolor, pues estará tan ocupada conmigo hasta el fin de su vida, que no podrá dar abasto a todo»* (PO p. 255; cf PA p. 245; UC p. 572). Una vez más fue un buen profeta: este libro, del que se tiraron con cierta timidez 2.000 ejemplares, se va a propagar con creciente rapidez, dando origen a milagros, «lluvias de rosas» y de cartas (cincuenta diarias en 1911, quinientas en 1915), y finalmente al Proceso de beatificación. Y todo ello cargó sobre los hombros de la madre Inés.

Precisamente la proximidad de los Procesos va a plantear el problema de fondo. A pesar de los esfuerzos que harán los testigos por minimizar las diferencias entre los manuscritos originales y el texto de la *Historia de un alma*, aquéllas son demasiado importantes para pasar desapercibidas. En la edición de 1907, sólo se dice al lector que el manuscrito original ha sido dividido en capítulos. Luego, en la de 1914, se restablece la distinción de los tres manuscritos (PA p. 202), después que María del Sagrado Corazón devolvió «a su estado primitivo el texto original», del que «se envió a Roma una copia auténtica» (*ibid.*). Con todo, Mons. Lemonnier, obispo de Bayeux y Lisieux, afirma en su carta introductoria: «Esta modificación no cambia casi nada en el texto impreso hasta ahora...».

6. Las correcciones de los Manuscritos

A pesar de estas declaraciones oficiales de índole tranquilizadora, a la madre Inés y a sus hermanas no les faltaron preocupaciones en relación con los manuscritos. El libro apenas sufrió otras modificaciones que las que acabamos de indicar: cualquier otro cambio sustancial hubiera sido peligroso para su reputación de autenticidad. Pero hubo que adaptar los manuscritos de Teresa a las diversas peripecias y coyunturas de su gloria póstuma... Y en primer lugar,

a las consecuencias de la exigencia de la madre María de Gonzaga (cf *supra*). He aquí lo que la madre Inés escribía a este respecto, el 22 de noviembre de 1907, en el propio cuaderno de Teresa, en la *primera página* del Manuscrito A:

«El manuscrito de sor Teresa del Niño Jesús consta de dos partes, es decir, de dos cuadernos distintos. El primero de ellos fue escrito a petición de su hermana Paulina, sor Inés de Jesús, que había sido elegida priora en 1893. El segundo cuaderno fue escrito a petición de la Reverenda Madre María de Gonzaga, elegida priora en 1896. Esta Reverenda Madre sólo daba su asentimiento para la publicación del manuscrito con el título de *Historia de un alma* a condición de que pareciese que todo había sido dedicado a ella. Algún tiempo después de la publicación de la obra, una religiosa de la comunidad pidió a la madre María de Gonzaga que le enseñase el manuscrito original. Ella, no queriendo por nada del mundo que, ni entonces ni más tarde, se supiese que la primera parte no había sido dirigida a ella, decidió (siguiendo un consejo que le dieron) que se quemase el Manuscrito. Para salvarlo de la destrucción, la madre Inés de Jesús propuso borrar su nombre y cambiarlo por el de la madre María de Gonzaga. Al mismo tiempo suprimió, con ayuda de un raspador, ciertos pasajes dirigidos exclusivamente a ella y que no podían acomodarse a la madre María de Gonzaga. Esto es lo que explica las numerosas tachaduras que hay en este cuaderno y las incongruencias que inevitablemente se derivan de este subterfugio.

«En el momento en que va a introducirse la Causa de la Sierva de Dios Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, autora de este manuscrito, la madre Inés de Jesús ha creído una obligación de conciencia dar a conocer la verdad por la presente acta y firmarla con su nombre, tomando por testigos a las tres religiosas, dignas de fe, que forman su consejo.

Sor Inés de Jesús, Priora
Sor María de los Angeles, Subpriora
Sor Magdalena de Jesús, Procuradora
Sor Teresa de San Agustín, Consejera».

Al dorso de esta primera página del Ms A figura otra advertencia de la madre Inés, el 28 de mayo de 1910:

«En abril de 1910, sor María del Sagrado Corazón (María), hermana mayor de la Sierva de Dios, restableció, en base a datos seguros, los pasajes de este manuscrito que habían sido tachados».

Así pues, una nueva fuente de tachaduras: la reconstrucción del texto original (en concreto, las «correcciones de atribución») por obra de María, que no tenía mayor idea de las exigencias de la crítica... Olvida ciertas correcciones y aprovecha la ocasión para introducir también algunas modificaciones de detalle. Y la propia madre Inés, tan perfeccionista, en sus lecturas y relecturas de los manuscritos de su hermana a lo largo de los años, hará nuevos retoques, de estilo, de ortografía, de puntuación, que a veces llegan a afectar el sentido...

7. Hacia una edición crítica

La edición, en 1948, de las Cartas de Teresa -en una versión tan rigurosa y completa como podía permitirlo la tenacidad del abate Combes y la resistencia, tan conmovedora como obstinada, de sor Genoveva- abre el camino para una versión auténtica de la *Historia de un alma*. Los argumentos del abate Combes en su hermosa carta del 11/9/1947 a sor Genoveva no caerán en saco roto1.

Además, por esas mismas fechas, el P. María Eugenio del Niño Jesús, Definidor General de la Orden del Carmen, escribía a la madre Inés: «La Iglesia ha hablado. La santidad y la misión doctrinal de santa Teresa del Niño Jesús están universalmente reconocidas. De ello se sigue que ella pertenece ya a la Iglesia y a la historia. Para refutar y evitar las interpretaciones erróneas o incompletas, y para ir profundizando progresivamente en la doctrina y en alma de la Santita, no nos basta con los documentos y los textos que tan generosamente se nos han ofrecido; sólo los originales pueden permitirnos descubrir la dinámica del pensamiento, el ritmo -en cierto sentido- de su vida y toda la luz de unas fórmulas normalmente tan precisas y tan fijas» (Carta del 3/9/1947).

La madre Inés, con ochenta y seis años de edad, no tenía ya fuerzas para afrontar esa publicación, que minaba en parte la obra de su vida y amenazaba con perturbar intensamente a los fervientes entusiastas de la *Historia de un alma*. Pero no se opuso, y el 2 de noviembre de 1950 le dijo a sor Genoveva: «Te encargo que, después de mi muerte, lo hagas tú en mi nombre». El Carmelo de Lisieux se había embarcado así de manera irreversible en la edición crítica e integra de la obra de Teresa.

8. Un texto cuasi―definitivo

Cuando en 1950 el abate Combes dejó de ocuparse de los manuscritos, fue nombrado director de la obra el P. Francisco de Santa María (Francisco Liffort de Buffévent), carmelita descalzo. Con la edición en facsímil que él realizó, gracias al trabajo magistral de la Imprenta Draeger, de Montrouge, se dio un paso considerable, casi definitivo, en la edición de los manuscritos de Teresa, gracias a la publicación conjunta de las notas históricas del P. Francisco y, sobre todo, de los estudios minuciosos, línea por línea, de Raymond Trillat y Félix Michaud de todas las adiciones, supresiones y tachaduras de los *Manuscritos autobiográficos* (nuevo nombre que se dio a la obra de Teresa, para señalar un ruptura con el texto anterior). Progreso y ruptura concretadas para el gran público en la edición impresa de esos mismos *Manuscritos* en 1957 (cf las justificaciones del P. Francisco en esa obra, pp. IX―XV) 1.

Esta última publicación es la que ha servido de base para la edición crítica publicada en 1992 en la «Nouvelle Edition du Centenaire» y para el texto del presente volumen, con las modificaciones exigidas por nuevos enfoques críticos (inevitables después de treinta y cinco años de estudios sobre un texto tan duramente castigado).

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN GENERAL

1 Esos archivos han revelado también una abundante iconografía, que es una perfecta ilustración de este «Totum»: *Thérèse de Lisieux*, de Pierre Descouvement y Helmuth Nils Loose, 336 pp., con 600 documentos fotográficos, Ed. du Cerf, 1991.

2 Han aparecido ya numerosos elementos en *Vie thérésienne*.

3 Esta edición ha recibido el Gran Premio de la Academia francesa, Premio del Cardenal-Grente (Fundación Broquette-Gonin), en junio de 1989. Revisada, corregida y completada (con la aparición de los *Manuscritos autobiográficos* y la recuperación de la primera *Historia de un alma* de 1898), vuelve a salir con el título de «Nouvelle Edition du Centenaire» (Cerf/DDB, 1992).

4 Cf B. Bro, *La Gloire et le Mendiant*, pp. 16-17.

5 La causa de beatificación de los esposos Martin ha superado ya diversas etapas preparatorias.

6 *Un combat pour Dieu*, tomo XII; «La meilleure Bibliothèque», 1962-1965, pp. 341-373.

7 Cf ETIENNE MICHELIN, «Thérèse de l'Enfant-Jésus au coeur de Vatican II», en *Thérèse de l'Enfant-Jésus, Docteur de l'Amour*, Ed. du Carmel, 1990/1991, pp. 73-110.

8 Citemos, por ejemplo, a los santos Rafael Kalinowski, carmelita polaco (1835-1907), y a Maximiliano Kolbe (1894-1941); al beato Daniel Brottier (1876-1936); a las beatas Teresa Benedicta de la Cruz, carmelita (Edith Stein: 1891-1942), Isabel de la Trinidad, carmelita (1880-1906), Teresa de los Andes, carmelita chilena (1900-1920)... Otros más, cuya causa de beatificación está ya abierta: el Padre M.-J. Lagrange, o.p. (1876-1936); Marta Robin (1902-1981); el Padre J.M. Poppe, sacerdote belga (1890-1924); el Padre María Eugenio del Niño Jesús, o.c.d. (1894-1967)...

9 Todos esos textos se encuentran reunidos en VT, nº 92, octubre de 1983, y 93, enero de 1984.

10 «Le Livre de poche», nº 5478, p. 176.

11 *La Documentation catholique*, nº 2047, 5 de abril de 1992, p. 305.

12 *Idem*, nº 2040, 15 de diciembre de 1991, p. 1087.

A.M.D.G.
[Image]

MANUSCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

MANUSCRITO DEDICADO A LA REVERENDA MADRE INÉS DE JESÚS

Manuscrito «A»

CAPÍTULO I

ALENÇON (1873 ― 1877) [2rº]

J.M.J.T.

Jesús

Enero de 1895

Historia primaveral de una Florecita blanca,
escrita por ella misma
y dedicada a la Reverenda Madre Inés de Jesús.

El cántico de las Misericordias del Señor

A ti, Madre querida, a ti que eres doblemente mi madre, quiero confiar la historia de mi alma... El día que me pediste que lo hiciera, pensé que eso disiparía mi corazón al ocuparlo de sí mismo; pero después Jesús me hizo comprender que, obedeciendo con total sencillez, le agradaría. Además, sólo pretendo una cosa: comenzar a cantar lo que un día repetiré por toda la eternidad: «¡¡¡Las misericordias del Señor !!!»...

Antes de coger la pluma, me he arrodillado ante la imagen de María (la que tantas pruebas nos ha dado de las predilecciones maternales de la Reina del cielo por nuestra familia), y le he pedido que guíe ella mi mano para que no escriba ni una línea que no sea de su agrado. Luego, abriendo el Evangelio, mis ojos se encontraron con estas palabras: «Subió Jesús a una montaña y fue llamando a los que *él quiso*, y se fueron con él» (San Marcos, cap. II, v. 13). He ahí el misterio de mi vocación, de mi vida entera, y, sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesús ha querido dispensar a mi alma... El no llama a los que son dignos, sino a los que *él quiere*, o, como dice san Pablo: «Tendré misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca. No es, pues, cosa del que quiere o del que se afana, sino de Dios que es misericordioso» (Cta. a los Romanos, cap. IX, v. 15 y 16).

Durante mucho tiempo me he preguntado por qué tenía Dios preferencias, por qué no recibían todas las almas las gracias en igual medida. Me extrañaba verle prodigar favores extraordinarios a los santos que le habían [2vº] ofendido, como san Pablo o san Agustín, a los que forzaba, por así decirlo, a recibir sus gracias; y cuando leía la vida de aquellos santos a los que el Señor quiso acariciar desde la cuna hasta el sepulcro, retirando de su camino todos los obstáculos que pudieran impedirles elevarse hacia él y previniendo a esas almas con tales favores que no pudiesen empañar el brillo inmaculado de su vestidura bautismal, me preguntaba por qué los pobres salvajes, por ejemplo, morían en tan gran número sin haber oído ni tan siquiera pronunciar el nombre de Dios...

Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas...

Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. El ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a los lirios y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...

Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia [3rº] con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos; y ha creado al pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Estas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...

Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el momento preciso se abra hasta la más humilde margarita, de la misma manera todo está ordenado al bien de cada alma.

Seguramente, Madre querida, te estés preguntando extrañada adónde quiero ir a parar, pues hasta ahora nada he dicho todavía que se parezca a la historia de mi vida. Pero me has pedido que escribiera lo que me viniera al

pensamiento, sin trabas de ninguna clase. Así que lo que voy a escribir no es mi vida propiamente dicha, sino mis *pensamientos* acerca de las gracias que Dios se ha dignado concederme.

Me encuentro en un momento de mi existencia en el que puedo echar una mirada hacia el pasado; mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas exteriores e interiores. Ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanto la cabeza y veo que en mí se hacen realidad las palabras del salmo XXII: «El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... Aunque camine por cañadas [3vº] oscuras, ningún mal temeré, ¡porque tú, Señor, vas conmigo!» Conmigo el Señor ha sido siempre compasivo y misericordioso..., lento a la ira y rico en clemencia... (Salmo CII, v. 8). Por eso, Madre, vengo feliz a cantar a tu lado las misericordias del Señor... Para *ti sola* voy a escribir la historia de la *florecita* cortada por Jesús. Por eso, te hablaré con confianza total, sin preocuparme ni del estilo ni de las numerosas digresiones que pueda hacer. Un corazón de madre comprende siempre a su hijo, aun cuando no sepa más que balbucir. Por eso, estoy segura de que voy a ser comprendida y hasta adivinada por ti, que modelaste mi corazón y que se lo ofreciste a Jesús...

Me parece que si una florecilla pudiera hablar, diría simplemente lo que Dios ha hecho por ella, sin tratar de ocultar los regalos que él le ha hecho. No diría, so pretexto de falsa humildad, que es fea y sin perfume, que el sol le ha robado su esplendor y que las tormentas han tronchado su tallo, cuando está íntimamente convencida de todo lo contrario.

La flor que va a contar su historia se alegra de poder pregonar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesús. Reconoce que en ella no había nada capaz de atraer sus miradas divinas, y que sólo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella...

El la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un *perfume virginal*. El hizo que la precedieran ocho lirios deslumbrantes de blancura. El, en su amor, quiso preservar a su florecita del aliento envenenado del mundo; y apenas empezaba a entreabrirse su corola, este divino Salvador la trasplantó a la montaña del Carmelo, donde los dos lirios que la habían rodeado de cariño y acunado dulcemente en la primavera de su vida expandían ya [4rº] su suave perfume...

Siete años han pasado desde que la florecilla echó raíces en el jardín del Esposo de las vírgenes, y ahora *tres* lirios -contándola a ella- cimbrean allí sus corolas perfumadas; un poco más lejos, otro lirio se está abriendo bajo la mirada de Jesús. Y los dos tallos benditos de los que brotaron estas flores están ya reunidos para siempre en la patria celestial... Allí se han encontrado con los otros cuatro lirios que no llegaron a abrir sus corolas en la tierra... ¡Ojalá Jesús tenga a bien no dejar por mucho tiempo en tierra extraña a las flores que aún quedan el destierro! ¡Ojalá que pronto el ramo de lirios se vea completo en el cielo3!

Rodeada de amor

Acabo, Madre, de resumir en pocas palabras lo que Dios ha hecho por mí. Ahora voy a entrar en los detalles de mi vida de niña. Sé muy bien que donde cualquier otro no vería más que un relato aburrido, tu *corazón de madre* encontrará verdaderas delicias... Además, los recuerdos que voy a evocar son también tuyos, pues a tu lado fue transcurriendo mi niñez y tengo la dicha de haber tenido unos padres incomparables que nos rodearon de los mismos cuidados y del mismo cariño. ¡Que ellos bendigan a la más pequeña de sus hijas y le ayuden a cantar las misericordias del Señor...!

En la historia de mi alma, hasta mi entrada en el Carmelo, distingo tres períodos bien definidos4. El primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos. Se extiende desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra madre querida para la patria del cielo.

[4vº] Dios me concedió la gracia de despertar mi inteligencia en muy temprana edad y de que los recuerdos de mi infancia se grabasen tan profundamente en mi memoria, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer. Seguramente que Jesús, en su amor, quería hacerme conocer a la madre incomparable que me había dado y que su mano divina tenía prisa por coronar en el cielo...

Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de *amor*. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho *amor* a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. Y así, quería mucho a papá y a mamá, y les demostraba de mil maneras mi cariño, pues era muy efusiva.. Sólo que los medios que empleaba, a veces eran raros, como lo demuestra este pasaje de una carta de mamá:

«La niña es un verdadero diablillo, que viene a acariciarme deseándome la muerte: "¡Cómo me gustaría que te murieras, mamaíta...!" La riñen, y me dice: "¡Pero si es para que vayas al cielo! ¿No dices que tenemos que morirnos para ir allá?" Y cuando está con estos arrebatos de amor, desea también la muerte a su padre». [5rº]

Y mira lo que el 25 de junio de 1874, cuando yo tenía apenas 18 meses, decía mamá de mí:

«Tu padre acaba de instalar un columpio. Celina está loca de contenta, ¡pero hay que ver columpiarse a la pequeña! Es de risa; se sostiene como una jovencita, no hay peligro de que suelte la cuerda, y cuando va demasiado despacio se pone a gritar. La sujetamos por delante con otra cuerda, pero a pesar de todo yo no me siento tranquila cuando la veo colgada allá arriba.

«Ultimamente me ocurrió una curiosa aventura con la pequeña. Tengo costumbre de ir a la Misa de cinco y media. Los primeros días, no me atrevía a dejarla sola; pero al ver que nunca se despertaba, me decidí a hacerlo. La acuesto en mi cama y arrimo la cuna de manera que sea imposible que se caiga. Pero un día me olvidé de acercar la cuna. Llego, y la pequeña ya no estaba en la cama. En ese mismo momento escuché un grito; miro y la veo sentada en una silla que había frente a la cabecera de mi cama, con la cabecita apoyada en el respaldo y durmiendo un mal sueño, pues estaba enfadada. No puedo explicarme cómo pudo caer sentada en aquella silla, pues estaba acostada. Di gracias a Dios de que no le hubiera pasado nada; fue realmente providencial, pues debería haber caído rodando al suelo. El ángel de la guarda ha velado por ella, y las almas del purgatorio, a las que todos los días rezo una oración por la pequeña, la protegieron. Así me explico yo lo sucedido..., tú explícatelo como quieras...».

Al final de la carta mamá añadía:

«Ahora la niña ha venido a pasarme la manita por la cara y a darme un beso. Esta criatura no quiere dejarme ni un instante y no se aparta de mi lado. Le gusta mucho salir al jardín, [5vº], pero si yo no estoy allí no quiere quedarse y se echa a llorar y no para de hacerlo hasta que me la traen...»

(Y éste es un pasaje de otra carta):

«Teresita me preguntaba el otro día si iría al cielo. Yo le dije que sí, si se portaba bien, y me contestó: "Ya, y si no soy buena, iré al infierno... Pero sé muy bien lo que haré en ese caso: me echaré a volar contigo, que estarás en el cielo, ¿y cómo se las arreglará Dios para cogerme...? Tú me apretarás muy fuertemente entre tus brazos." Y leí en sus ojos que estaba firmemente convencida de que Dios no podría hacerle nada mientras estuviese en brazos de su madre...
«María quiere mucho a su hermanita, y dice que es muy buena. No es extraño, pues esta criatura tiene miedo a darle el menor disgusto. Ayer quise darle una rosa, pues sé que le gustan mucho, pero se puso a suplicarme que no la cortase, porque María se lo había prohibido. Estaba excitadísima. No obstante, le di dos y no se atrevía a aparecer por casa. En vano le decía que las rosas eran mías: "Que no, decía ella, que son de María..."

«Es un niña que se emociona con gran facilidad. Cuando hace algún pequeño desaguisado, todo el mundo tiene que saberlo. Ayer rasgó sin querer una esquinita del empapelado y se puso que daba lástima, había que decírselo enseguida a su padre. Cuando éste llegó, cuatro horas más tarde, ya nadie pensaba en lo sucedido, pero ella fue corriendo a decirle a María: "Dile enseguida a papá que he rasgado el papel". Y estaba allí como un criminal que espera su condena; pero tiene su teoría de que, si se acusa, la perdonarán más fácilmente».

[4vº sigue] Quería mucho a mi *madrina* 6.

Parecía que no, pero me fijaba mucho en todo lo que se hacía y se decía a mi alrededor, y me parece que juzgaba ya las cosas como ahora. Escuchaba muy atentamente lo que María enseñaba a Celina, para actuar yo como ella. [6rº] Después que salió de la Visitación, para obtener el favor de ser admitida en su cuarto durante las clases que le daba a Celina, me portaba muy bien y hacía todo lo que me mandaba. Por eso, me colmaban de regalos, que, pese a su escaso valor, me hacían mucha ilusión.

Estaba muy orgullosa de mis dos hermanas mayores, pero mi *ideal* de niña era Paulina... Cuando estaba empezando a hablar y mamá me preguntaba «¿En qué piensas?», la respuesta era invariable: «¡En Paulina...!» Otras veces pasaba mi dedito por el cristal de la ventana y decía: «Estoy escribiendo: ¡Paulina...!»

Oía decir con frecuencia que seguramente Paulina sería *religiosa*, y yo entonces, sin saber lo que era eso, pensaba: *Yo* también *seré religiosa*. Es éste uno de mis primeros recuerdos, y desde entonces ya nunca cambié de intención... Fuiste tú, Madre querida, la persona que Jesús escogió para desposarme con él; tú no estabas entonces a mi lado, pero ya se había creado un lazo entre nuestras almas... Tú eras mi *ideal*, yo quería parecerme a ti, y tu ejemplo fue lo que me arrastró, desde los dos años de edad, hacia el Esposo de la vírgenes. ¡Cuántos hermosos pensamientos

quisiera confiarte! Pero tengo que continuar con la historia de la florecilla, con su historia completa y general, pues si quisiera hablar detalladamente de sus relaciones con «Paulina», ¡tendría que dejar de lado todo lo demás...!

Mi querida Leonia ocupaba también un lugar importante en mi corazón. Me quería mucho. Por las tardes, cuando toda la familia salía a dar un paseo, era ella quien me cuidaba... Aún me parece estar escuchando las lindas tonadas que me cantaba para dormirme... Buscaba la forma de contentarme en todo; por eso, me habría dolido mucho darle algún disgusto. [6vº] Me acuerdo muy bien de su primera comunión, sobre todo del momento en que me cogió en brazos para hacerme entrar con ella en la casa rectoral. ¡Me parecía tan bonito ser llevada en brazos por una hermana mayor toda vestida de blanco como yo...! Por la noche, me acostaron temprano, pues yo era muy pequeña para quedarme al solemne banquete; pero aún estoy viendo a papá trayéndole, a los postres, a su reinecita unos trozos de tarta...
Al día siguiente, o pocos días después, fuimos con mamá a casa de la compañerita de Leonia7. Creo que fue ese día cuando nuestra mamaíta nos llevó detrás de una pared para hacernos beber un poco de vino después de la comida (que nos había servido la pobre señora de Dagorau), pues no quería dejar en mal lugar a la buena mujer pero tampoco quería que nos faltase nada... ¡Qué tierno es el corazón de una madre! ¡Y cómo expresa su ternura en mil detalles previsores en los que nadie pensaría...!

Ahora me falta hablar de mi querida Celina, la compañerita de mi infancia, pero son tantos los recuerdos, que no sé cuáles elegir. Voy a extraer algunos pasajes de las cartas que mamá te escribía a la Visitación, pero no voy a copiarlo todo, pues sería demasiado largo...

El 10 de julio de 1873 (año de mi nacimiento), te decía:

«La nodriza8 trajo el jueves a Teresita. Se pasó todo el tiempo riendo. La que más le gustó fue la pequeña Celina. Se reía con ella a carcajadas. Se diría que ya tiene ganas de jugar, no tardará en hacerlo. Se sostiene sobre las piernecitas, más tiesa que una estaca. Creo que pronto empezará a andar y que tendrá buen carácter. Parece muy inteligente y tiene pinta de predestinada...»

[7rº] Pero cuando mostré mi cariño a mi querida Celinita, fue sobre todo después de dejar a mi nodriza. Nos entendíamos muy bien; sólo que yo era mucho más vivaracha y mucho menos ingenua que ella. Aunque tenía tres años y medio menos, me parecía que fuésemos de la misma edad. Este pasaje de una carta de mamá te hará ver lo buena que era Celina y lo mala que era yo:

«Mi Celinita está decididamente inclinada a la virtud. Es ésta una inclinación profunda de su ser. Tiene un alma candorosa y siente horror al pecado. En cuanto al huroncillo, no sabemos lo que saldrá de él. ¡Es tan pequeño y tan atolondrado! Tiene una inteligencia superior a la de Celina, pero es mucho menos dulce, y, sobre todo, de una terquedad casi indomable. Cuando dice "no", no hay nada que la haga ceder; aunque la metiésemos un día entero en el cuarto de los trastos, dormiría allí antes que decir "sí"...

«Sin embargo, tiene un corazón de oro, es muy cariñosa y sincera. Es curioso verla correr tras de mí para acusarse: -Mamá, he empujado a Celina, pero sólo una vez, la he pegado una vez, pero no lo volveré a hacer. (Y así, en todo lo que hace). El jueves por la tarde, fuimos a dar un paseo hacia la estación, y se empeñó en entrar en la sala de espera para ir a buscar a Paulina. Corría delante con una alegría que daba gloria verla. Pero cuando vio que teníamos que volvernos sin subir al tren para ir a buscar a Paulina, se pasó todo el camino llorando».

Esta última parte de la carta me recuerda la dicha que sentía al verte volver de la Visitación. Tú, Madre querida, me cogías en brazos y María cogía en los suyos a Celina. Entonces yo te hacía mil caricias y me echaba [7vº] hacia atrás para admirar tu larga trenza... Luego me dabas una tableta de chocolate que habías guardado durante tres meses. ¡Imagínate qué reliquia era eso para mí...!

Viaje a Le Mans

Me acuerdo también del viaje que hice a Le Mans9 . Era la primera vez que iba en tren. ¡Qué alegría verme viajar sola con mamá...! Sin embargo, ya no recuerdo por qué, me eché a llorar, y nuestra pobre mamaíta sólo pudo presentar a nuestra tía de Le Mans a un feo *bichito* todo enrojecido por las lágrimas que había derramado en el camino... No guardo ningún recuerdo de la visita al locutorio, a no ser del momento en que mi tía me pasó un ratoncito blanco y una cestita de cartulina llena de bombones, sobre los que *campeaban* dos preciosos anillos de azúcar, justamente del tamaño de mi dedo. Inmediatamente exclamé: «¡Qué bien! ¡Ya tengo un anillo para Celina!» Pero, ¡ay dolor!, cojo la cesta por el asa, doy la otra mano a mamá y nos vamos. A los pocos pasos, miro la cesta y veo casi todos los bombones desparramados por la calle, como si fueran los guijarros de Pulgarcito... Miro más atentamente y veo que uno de los preciosos anillos había corrido la suerte fatal de los bombones... ¡Ya no tenía nada que llevar a Celina...! Entonces estalla mi dolor, pido volver sobre mis pasos, pero mamá no parece hacerme

caso. ¡Aquello era demasiado! A mis *lágrimas* siguieron mis *gritos*... No podía comprender que mamá no compartiese mi dolor, y eso acrecentaba todavía más mi sufrimiento...

Mi carácter

Vuelvo ahora a las cartas en las que mamá te habla de Celina y de mí. Es el mejor medio que puedo emplear para darte a conocer mi carácter. He aquí un pasaje en el que mis defectos brillan en todo su esplendor:

[8rº] «Celina está entretenida con la pequeña jugando a los dados, y riñen de vez en cuando. Celina cede para añadir una perla a su corona. Yo me veo obligada a reprender a esta pobre niña, que coge unas rabietas terribles cuando las cosas no salen a su gusto y se revuelca por el suelo como una desesperada pensando que todo está perdido. Hay momentos en que es más fuerte que ella, y se le corta la respiración. Es una niña muy nerviosa. De todas maneras, es un encanto, y muy inteligente, y se acuerda de todo».

¡Ya ves, Madre mía, qué lejos estaba yo de ser una niña sin defectos! Ni siquiera se podía decir de mí «que fuese buena cuando estaba dormida», pues de noche era todavía más revoltosa que de día. Mandaba a paseo todas las mantas, y (dormida y todo) me daba golpes contra los largueros de mi camita; el dolor me despertaba, y entonces decía: «¡Mamá, me *he golpeado...!* Nuestra pobre mamaíta se veía obligada a levantarse y comprobaba que, en efecto, tenía chichones en la frente y me había *golpeado*. Me tapaba bien y volvía a acostarse; pero al cabo de un momento yo volvía a *golpearme*. De suerte que se vieron obligados a *atarme* en la cama. Todas las noches, la pequeña Celina venía a anudar las incontables cuerdas destinadas a evitar que el diablillo se *golpease* y despertara a su mamá. Esta medida dio buen resultado, y desde entonces ya fui *buena* mientras *dormía*...

Tenía también otro defecto (estando despierta), del que mamá no habla en sus cartas, que era un gran amor propio. No voy a darte más que dos ejemplos para no alargar demasiado mi narración. Un día, me dijo mamá: «Teresita, si besas el suelo, te doy cinco céntimos». Cinco céntimos eran para mí toda una fortuna, y para ganarlos no tenía que bajar demasiado de mi *altura*, pues mi *exigua* estatura no me separaba muchos palmos de suelo. Sin embargo, mi orgullo se rebeló a [8vº] la sola idea de *besar el suelo*, y poniéndome muy tiesa le dije a mamá: -¡No, mamaíta, prefiero quedarme sin los cinco céntimos...!

En otra ocasión teníamos que ir a Grogny, a visitar a la señora de Monnier. Mamá le dijo a María que me pusiese mi precioso vestido azul celeste, adornado de encajes, pero que no me dejara los brazos al aire, para que el sol no me los tostase. Yo me dejé, con la indiferencia propia de las niñas de mi edad; pero interiormente pensaba que habría estado mucho más bonita con los bracitos al aire.

Con una forma de ser como la mía, si hubiera sido educada por unos padres sin virtud, o incluso si hubiese sido mimada por Luisa10 como Celina, habría salido muy mala, y tal vez hasta me habría perdido... Pero Jesús velaba por su pequeña prometida y quiso que todo redundase en su bien; incluso sus defectos, que, corregidos a tiempo, le sirvieron para crecer en la perfección...

Como tenía *amor propio* y también *amor al bien*, en cuanto empecé a pensar seriamente (y lo hice desde muy pequeña), bastaba que me dijeran que algo no estaba *bien* para que se me quitasen las ganas de hacérmelo repetir dos veces... Veo con agrado que en las cartas de mamá, a medida que iba creciendo, le daba mayores alegrías. Como no tenía más que buenos ejemplos a mi alrededor, quería seguirlos como la cosa más natural del mundo. Esto es lo que escribía en 1876:

«Hasta Teresa quiere ponerse a veces a hacer prácticas 11... Es una niña encantadora, más lista que el hambre, muy vivaracha, pero de corazón sensible. Celina y ella se quieren mucho. Se bastan solas para entretenerse. Todos los días, en cuanto acaban de comer, Celina va a buscar su gallo y atrapa al primer golpe la gallina de Teresa. Yo no consigo hacerlo, pero ella es tan hábil que la coge a la primera. Después se van las dos con sus animalitos a sentarse al amor de la [9rº] lumbre, y así se entretienen un buen rato. (La gallina y el gallo me los había regalado Rosita, y yo le di el gallo a Celina).

«El otro día Celina durmió conmigo y Teresa se acostó en el segundo piso en la cama de Celina. Había pedido a Luisa que la bajase abajo para vestirla, y cuando Luisa subió a buscarla encontró la cama vacía.Teresa había oído a Celina y había bajado con ella. Luisa le dijo: -¿O sea, que no quieres bajar a vestirte? -No, Luisa, no, nosotras somos como las dos gallinitas, que no pueden separarse. Y al decir esto, se abrazaban y se estrechaban la una contra la otra...

«Luego, por la tarde, Luisa, Celina y Leonia se fueron al Círculo Católico y dejaron en casa a la pobre Teresa, que entendía perfectamente que ella era demasiado pequeña para ir, y decía: -¡Si por lo menos quisieran acostarme en

la cama de Celina...! Pero no, no quisieron... Ella no dijo nada y se quedó sola con su lamparita. Al cuarto de hora estaba ya profundamente dormida...»

Otro día, mamá escribía también:

«Celina y Teresa son inseparables, no es fácil ver a dos niñas que se quieran tanto. Cuando María viene a buscar a Celina para la clase, la pobre Teresa se queda hecha un mar de lágrimas. ¡Ay, qué va a ser de ella si se va su amiguita...! María se compadece y se la lleva también, y la pobre criatura se pasa dos o tres horas sentada en una silla. Le dan unas cuentas para que las ensarte o algún trapo para que cosa; no se atreve a rebullir y lanza con frecuencia profundos suspiros. Cuando se le desenhebra la aguja, intenta volver a enhebrarla, y es curioso verla cuando no lo consigue y sin atreverse a molestar a María. Pronto se ven dos gruesas lágrimas correr por sus mejillas... María [9vº] la consuela inmediatamente y le vuelve a enhebrar la aguja, y el pobre angelito sonríe a través de sus lágrimas...»

Recuerdo, en efecto, que no podía vivir sin Celina, y que prefería levantarme de la mesa sin terminar el postre a no irme tras ella. En cuanto se levantaba, me volvía en mi silla alta, pidiendo que me bajasen, y nos íbamos las dos juntas a jugar.

A veces nos íbamos con la hija de gobernador12, lo cual me gustaba mucho a causa del parque y de los preciosos juguetes que nos enseñaba; pero más que nada iba allí por complacer a Celina, ya que prefería quedarme en nuestro jardincito *raspando las tapias*, pues quitábamos todas las brillantes lentejuelas que había en ellas y luego íbamos a vendérsela *a papá* que nos las compraba muy serio.

Los domingos, como yo era muy pequeña para ir a las funciones religiosas, mamá se quedaba a cuidarme. Yo me portaba muy bien y andaba de puntillas mientras duraba la misa. Pero en cuanto veía abrirse la puerta, se producía una explosión de alegría sin igual: me precipitaba al encuentro de mi *preciosa* hermanita, que llegaba *adornada como una capilla*13..., y le decía: «¡Celina, dame enseguida pan bendito!» A veces no lo traía, porque había llegado demasiado tarde... ¡Qué hacer entonces? Yo no podía pasarme sin él, era *«mi misa»*... Pronto encontré la solución: «¿No tienes pan bendito? ¡Pues hazlo!» Dicho y hecho: Celina cogía una silla, abría la alacena, cogía el pan, cortaba una rebanada, y rezaba muy *seria* un *Ave María* sobre él. Luego me lo ofrecía, y yo, después de hacer con él la señal de la cruz, lo comía con *gran devoción*, encontrándole exactamente el mismo *gusto* [10rº] que el del *pan bendito*...

Con frecuencia hacíamos juntas *conferencias espirituales*. He aquí un ejemplo que entresaco de las cartas de mamá:

«Nuestras dos queridas pequeñas, Celina y Teresa, son ángeles de bendición, tienen una naturaleza verdaderamente angelical. Teresa constituye la alegría y la felicidad de María, y su gloria. Es increíble lo orgullosa que está de ella. La verdad es que tiene salidas de lo más sorprendentes para su edad y le da cien vueltas a Celina, que tiene el doble de años. El otro día decía Celina: "¿Cómo puede estar Dios en una hostia tan pequeña?" Y la pequeña contesto: "Pues no es tan extraño, porque Dios es todopoderoso". "¿Y qué quiere decir todopoderoso?" "¡Pues que hace todo lo que quiere"...»

Yo lo escojo todo

Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retazos para hacer más. Encima de todo venía acostada su muñeca. «Tomad, hermanitas -nos dijo-, *escoged*, os lo doy todo para vosotras». Celina alargó la mano y cogió un mazo de orlas de colores que le gustaba. Tras un momento de reflexión, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: «*¡Yo lo escojo todo!», y cogí la cesta sin más ceremonias.* A los testigos de la escena la cosa les pareció muy justa, y ni a la misma Celina se le ocurrió quejarse (aunque la verdad es que juguetes no le faltaban, pues su padrino la colmaba de regalos, y Luisa encontraba la forma de agenciarle todo lo que deseaba).

Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida. Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser *santa* había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma [10vº] era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de *escoger* entre los sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: «Dios mío, *yo lo escojo todo*. No quiero ser *santa a medias*, no me asusta sufrir por ti, sólo me asusta una cosa: conservar mi *voluntad*. Tómala, ¡pues "yo *escojo todo"* lo que tú quieres...!

Pero tengo que cortar. No debo adelantarme todavía a hablarte de mi juventud, sino de aquel diablillo de cuatro años.

Recuerdo un sueño que debí tener por esta edad, y que se me grabó profundamente en la imaginación. Una noche soñé que salía a dar un paseo, yo sola, por el jardín. Al llegar al pie de la escalera que tenía que subir para llegar él, me paré, sobrecogida de espanto. Delante de mí, cerca del emparrado, había un bidón de cal y sobre el bidón estaban bailando dos *horribles diablillos* con una agilidad asombrosa a pesar de las planchas que llevaban en los pies. De repente, fijaron en mí sus ojos encendidos y luego, en ese mismo momento, como si estuvieran todavía más asustados que yo, saltaron del bidón al suelo y fueron a esconderse en la ropería, que estaba allí enfrente. Al ver que eran tan poco valientes, quise saber lo que iban a hacer y me acerqué a la ventana. Allí estaban los pobres diablillos, corriendo por encima de las mesas y sin saber qué hacer para huir de mi mirada; a veces se acercaban a la ventana mirando nerviosos si yo seguía allí, y, al verme, volvían a echar a correr como desesperados.

Seguramente este sueño no tiene nada de extraordinario. Sin embargo, creo que Dios ha querido que lo recuerde siempre para hacerme ver que un alma en estado de gracia no tiene nada que temer de los demonios, que son unos cobardes, capaces de huir ante la mirada de un niño...

[11rº] Voy a copiar aquí otro pasaje que encuentro en las cartas de mamá. Nuestra pobre mamaíta presentía ya el final de su destierro 14:

«Las dos pequeñas no me preocupan. Están muy bien las dos, son naturalezas privilegiadas; sin duda alguna, serán buenas. María y tú podréis educarlas perfectamente. Celina no comete nunca la menor falta voluntaria. También la pequeña será buena; no diría una mentira ni por todo el oro del mundo. Tiene una agudeza como no la he visto en ninguna de vosotras».

«El otro día estaba en la tienda con Celina y con Luisa. Hablaba de sus prácticas y discutía animadamente con Celina. La señora le preguntó a Luisa: ¿Qué es lo que quiere decir? Cuando juega en el jardín, no se oye hablar más que de prácticas? La señora de Gaucherin se asoma a la ventana para tratar de entender qué significa esa discusión sobre las prácticas...

«Esta criatura constituye nuestra felicidad. Será buena, se le ve ya el germen: no sabe hablar más que de Dios, y por nada del mundo dejaría de rezar sus oraciones. Me gustaría que la vieras contar cuentos, no he visto nunca cosa más graciosa. Encuentra ella solita la expresión y el tono apropiados, sobre todo cuando dice: "Niño de rubios cabellos, ¿dónde crees que está Dios?" Y cuando llega a aquello de "Allá arriba, en lo alto del cielo azul", dirige la mirada hacia lo alto con una expresión angelical. No nos cansamos de hacérselo repetir, ¡resulta tan hermoso! Hay algo tan celestial en su mirada, que uno se queda extasiado...»

Madre mía querida, ¡qué feliz era yo a esa edad! Empezaba ya a gozar de la vida, se me hacía atractiva la virtud y creo que me hallaba en las mismas disposiciones que hoy, con un gran [11vº] dominio ya sobre mis actos.

¡Ay, qué rápidos pasaron los años soleados de mi niñez! Pero también ¡qué huella tan dulce dejaron en mi alma! Recuerdo ilusionada los días en que papá nos llevaba al *Pabellón*15. Hasta los más pequeños detalles se me grabaron en el corazón...

Recuerdo, sobre todo, los paseos del domingo, en los que siempre nos acompañaba mamá... Aún siento en mi interior las profundas y *poéticas* impresiones que nacían en mi alma a la vista de los campos de trigo esmaltados de *acianos* y de flores silvestres. Me gustaban ya los *amplios horizontes*... El espacio y los gigantescos abetos, cuyas ramas tocaban el suelo, dejaban en mi alma una impresión parecida a la que siento hoy todavía a la vista de la naturaleza...

Con frecuencia, durante esos largos paseos, nos encontrábamos con algún pobre, y Teresita era siempre la encargada de llevarles la limosna, cosa que le encantaba. Pero a menudo también, pareciéndole a papá que el camino era demasiado largo para su reinecita, la llevaba a casa antes que a las demás (muy a su pesar); y entonces, para consolarla, Celina llenaba de margaritas su linda cestita y, a la vuelta, se las daba. Pero, ¡ay!, la pobre abuelita16 pensaba que su nieta tenía demasiadas y cogía una buena parte de ellas para su Virgen... Esto no le gustaba a Teresita, pero se guardaba muy bien de decir nada, pues había adquirido la buena costumbre de no quejarse nunca. Incluso cuando le quitaban lo que era suyo o cuando la acusaban injustamente, prefería callarse y no excusarse, lo cual no era mérito suyo sino virtud natural... ¡Qué lastima que esta buena disposición se haya desvanecido...!

[12rº] Sí, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso que daba, y mi carácter alegre contribuía también a hacerme agradable la vida.

Pero un nuevo período se iba a abrir para mi alma. Tenía que pasar por el crisol de la prueba y sufrir desde mi infancia, para poder ofrecerme mucho antes a Jesús. Igual que las flores de la primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeros rayos del sol, así también la florecita cuyos recuerdos estoy escribiendo tuvo que pasar también por el invierno de la tribulación...

NOTAS AL CAPÍTULO I

1 Iniciales de Jesús, María, José, Teresa de Avila. Encabezamiento que se usa en el Carmelo, y que encontraremos en Teresa en casi todas partes.

2 La «Virgen de la Sonrisa», que en la actualidad remata la urna de la Santa. Juega un papel fundamental en la vida de Teresa, curándola, en su infancia, de su enfermedad nerviosa (29vº/31rº) y acompañándola en su agonía en la enfermería.
3 Familia de Teresa: en ese momento, *tres lirios* en el Carmelo; *otro lirio* (Leonia) en la Visitación; *los dos tallos benditos* (sus padres), que se han encontrado ya con *los cuatro lirios*, los hermanos y hermanas muertos en temprana edad.

4 Primera infancia en Alençon (hasta la muerte de su madre); infancia en Los Buissonnets (hasta la gracia de Navidad de 1886); y luego, desde 1886 hasta la fecha de redacción del Ms A (1895).

5 En este lugar, Teresa incluye una hoja (5rº/vº), para transcribir varios pasajes de cartas de la señora de Martin que le había facilitado la madre Inés.

6 Su hermana María. Había salido del internado (la Visitación de Le Mans) el 2/8/1875.

7 Armandina Dagorau, su compañera de primera comunión, a la que la señora de Martin había «vestido, según la emotiva costumbre de las familias acomodadas de Alençon. Esta niña no se separó de Leonia un solo instante de este hermoso día; y por la noche, en el banquete solemne, la pusieron en el puesto de honor» (HA).

8 Rosa Taillé, que vivía en Semallé, a dos horas de camino de Alençon. Teresa estuvo a sus cuidados desde el 15 ó el 16 de marzo de 1873 hasta el 2 de abril de 1874.

9 El 29/3/1875, visita a la hermana de la señora de Martin, sor María Dositea, en la Visitación.

10 Luisa Marais, criada de la familia Martin en Alençon.

11 «Sacrificios».

12 El gobierno civil se encontraba en la calle San Blas, enfrente de la casa de la familia Martin.

13 Expresión del señor Martin.

14 La enfermedad, de índole cancerosa, cuyos primeros síntomas aparecieron ya en 1865, se declaró abiertamente en octubre de 1876.

15 Pequeña propiedad que el señor Martin había comprado antes de casarse (actualmente, calle del Pabellón de santa Teresa).

16 La madre del señor Martin.

A.M.D.G.

[Image]

CAPÍTULO II

EN LOS BUISSONNETS (1877―1881)

Muerte de mamá
Todos los detalles de la enfermedad de nuestra querida madre siguen todavía vivos en mi corazón. Me acuerdo, sobre todo, de las últimas semanas que pasó en la tierra.

Celina y yo vivíamos como dos pobres desterradas. Todas las mañanas, venía a buscarnos la señora de Leriche17 y pasábamos el día en su casa. Un día, no habíamos tenido tiempo de rezar nuestras oraciones antes de salir, y por el camino Celina me dijo muy bajito: -«¿Tenemos que decirle que no hemos rezado...» -«Sí», le contesté, y entonces ella se lo dijo muy tímidamente a la señora de Leriche, que nos respondió: -«Bien, hijitas, ahora las haréis». Y dejándonos solas en una habitación muy grande, se fue... Entonces Celina me miró y dijimos: «¡Ay, no es como con mamá...! Ella nos hacía rezar todos los días...»

Cuando jugábamos con las niñas, nos perseguía de continuo el recuerdo de nuestra madre querida. Una vez que a Celina le dieron un albaricoque, se inclinó hacia mí y me dijo muy bajito: «No lo comeremos, se lo daré a mamá». Pero, ¡ay!, nuestra pobre mamaíta estaba ya demasiado enferma para comer las frutas de la tierra. Ya sólo en el cielo podría *saciarse* con la gloria de Dios y *beber* con Jesús el *vino misterioso* del que él habló en la última cena cuando dijo que lo compartiría con nosotros en el reino de su Padre.

También la impresionante ceremonia de la unción de los enfermos se quedó grabada en mi alma. Aún veo el lugar donde yo estaba, al lado de Celina. Estábamos las cinco colocadas por [12vº] orden de edad, y nuestro pobre papaíto estaba también allí sollozando...

El día de la muerte de mamá18, o al día siguiente, me cogió en brazos, diciéndome: «Ve a besar por última vez a tu pobre mamaíta». Y yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de mi madre querida...

No recuerdo haber llorado mucho. No le hablaba a nadie de los profundos sentimientos que me embargaban… Miraba y escuchaba en silencio... Nadie tenía tiempo para ocuparse de mí, así que vi muchas cosas que hubieran querido ocultarme. En un determinado momento, me encontré frente a la tapa del ataúd... Estuve un largo rato contemplándolo. Nunca había visto ninguno. Sin embargo, comprendía... Era yo tan pequeña, que, a pesar de la baja estatura de mamá, tuve que *levantar* la cabeza para verlo entero, y me pareció muy *grande*... y muy *triste*...

Quince años más tarde, me encontré delante de otro ataúd, el de la madre Genoveva . Era del mismo tamaño que el de mamá, ¡y me pareció estar volviendo a los días de mi infancia...! Todos los recuerdos se agolparon en mi mente. Era la misma Teresita la que miraba; pero ahora había *crecido* y el ataúd le parecía *pequeño*: ya no necesitaba *levantar* la cabeza para verlo, tan sólo la *levantaba* para contemplar el *cielo*, que le parecía muy *alegre*, porque todas sus pruebas se habían terminado y el invierno de su alma había pasado para siempre...

El día en que la Iglesia bendijo los restos mortales de nuestra mamaíta del cielo, Dios quiso darme otra madre en la tierra, y quiso que yo misma la eligiese libremente. Estábamos juntas las cinco, mirándonos entristecidas. También Luisa estaba allí, y al vernos a Celina y a mí, dijo: «¡Pobrecitas, ya no tenéis madre!» Entonces Celina se echó en brazos de María, diciendo: «¡Bueno, tú serás mi mamá!» Yo estaba acostumbrada a [13rº] imitarla en todo; sin embargo, me volví hacia ti, Madre mía, y como si el futuro hubiera rasgado ya su velo, me eché en tus brazos, exclamando: «¡Pues mi mamá será Paulina! »

Como ya dije antes, a partir de esta época de mi vida entré en el segundo período de mi existencia, el más doloroso de los tres, sobre todo tras la entrada en el Carmelo de la que yo había escogido para que fuese mi segunda «mamá». Este período se extiende desde la edad de cuatro años y medio hasta la de catorce19, época en la que recuperé mi carácter de la niñez, a la vez que entraba en lo serio de la vida.

Tengo que decirte, Madre, que a partir de la muerte de mamá, mi temperamento feliz cambió por completo. Yo, tan vivaracha y efusiva, me hice tímida y callada y extremadamente sensible. Bastaba un mirada para que prorrumpiese en lágrimas, sólo estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mí, no podía soportar la compañía de personas extrañas y sólo en la intimidad del hogar volvía a encontrar mi alegría. Sin embargo, seguía rodeada de la mas delicada *ternura*.. El corazón tan *tierno* de papá había añadido al amor que ya tenía un amor verdaderamente maternal... Y tú, Madre, y María ¿no erais para mí las más tiernas y desinteresadas de las madres...? No, si Dios no hubiese prodigado a su florecilla esos sus rayos bienhechores, nunca ella hubiera podido aclimatarse a la tierra, pues era todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, y necesitaba calor, el suave rocío y las brisas de primavera. Nunca le faltaron [13vº] todas esas ayudas, Jesús hizo que las encontrase incluso bajo la nieve del sufrimiento.

Lisieux

No sentí la menor pena al dejar Alençon; a los niños les gustan los cambios, y vine contenta a Lisieux20. Me acuerdo del viaje y de la llegada al anochecer a la casa de mi tía. Aún me parece estar viendo a Juana y a María esperándonos a la puerta... Me sentía muy feliz de tener unas primitas tan buenas. Las quería mucho, lo mismo que

a mi tía y, sobre todo, a mi tío; sólo que él me daba miedo y no me hallaba tan a gusto en su casa como en los Buissonnets21, donde mi vida sí que fue verdaderamente feliz...

Por la mañana, tú te acercabas a mí, preguntándome si había ofrecido ya mi corazón a Dios; luego me vestías, hablándome de él, y a continuación rezaba mis oraciones a tu lado.

Después venía la clase de lectura. La primera palabra que logré leer sola fue ésta: «cielos». Mi querida madrina se encargaba de las clases de escritura, y tú, Madre, de todas las demás. No tenía gran facilidad para aprender, pero sí buena memoria. El catecismo, y sobre todo la Historia Sagrada, eran mis asignaturas preferidas, las estudiaba con verdadero placer; en cambio la gramática me hizo derramar muchas lágrimas... ¿Te acuerdas del masculino y el femenino?

En cuanto terminaba la clase, subía al mirador22 para llevarle a papá mi condecoración y mis notas. ¡Qué feliz me sentía cuando podía decirle: «Tengo un 5 sin *excepción, Paulina* lo dijo la *primera*...!» Pues cuando te preguntaba yo si tenía 5 sin excepción y tú me contestabas que sí, era para mí como obtener un punto menos. También me dabas vales, y cuando había reunido un cierto número de ellos conseguía un recompensa y un día de asueto. Recuerdo que esos días [14rº] se me hacían mucho más largos que los otros, cosa que a ti te agradaba pues era señal de que no me gustaba estar sin hacer nada.

Delicadezas de papá

Todas la tardes me iba a dar un paseíto con papá. Hacíamos juntos una visita al Santísimo Sacramento, visitando cada día una nueva iglesia. Fue así como entré por vez primera en la capilla del Carmelo. Papá me enseñó la reja del coro, diciéndome que al otro lado había religiosas. ¡Qué lejos estaba yo de imaginarme que nueve años más tarde iba a encontrarme yo entre ellas...!

Terminado el paseo (durante el cual papá me compraba siempre un regalito de cinco o diez céntimos), volvía a casa. Hacía entonces los deberes, y después me pasaba todo el resto del tiempo brincando en el jardín en torno a papá, pues *no sabía* jugar a las muñecas. Una cosa que me encantaba era preparar tisanas con semillas y cortezas de árbol que encontraba por el suelo; luego se las llevaba a papá en una linda tacita; nuestro pobre papaíto suspendía su trabajo y, sonriendo, hacía como que bebía, y antes de devolverme la taza me preguntaba (como a hurtadillas) si había que tirar el contenido; algunas veces yo le decía que sí, pero la mayoría de ellas volvía a llevarme mi preciosa tisana para que me sirviese para más veces...

Me gustaba cultivar mis florecitas en el jardín que papá me había regalado. Me entretenía levantando altarcitos en un hueco que había en medio de la tapia; cuando terminaba, corría a buscar a papá y arrastrándole detrás de mí le decía que cerrase bien los ojos y que no los abriera hasta que yo se lo mandase. El hacía todo lo que yo quería y se dejaba conducir ante mi jardincito. Entonces yo gritaba: «¡Papá, abre los ojos!» El los abría [14vº] y, por complacerme, se quedaba extasiado, admirando lo que a mí me parecía toda una obra de arte...

Si quisiera contar otras mil anécdotas de esta índole que se agolpan en mi memoria, nunca terminaría... ¿Cómo relatar todas las caricias que *«papá»* prodigaba a su reinecita? Hay cosas que siente el corazón y que ni la palabra ni siquiera el pensamiento pueden expresar...

¡Qué hermosos eran para mí los días en que mi rey querido me llevaba con él a pescar! ¡Me gustaban tanto el campo, las flores y los pájaros! A veces intentaba pescar con mi cañita. Pero prefería ir a sentarme *sola* en la hierba florida. Entonces mis pensamientos se hacían muy profundos, y sin saber lo que era meditar, mi alma se abismaba en una verdadera oración... Escuchaba los ruidos lejanos... El murmullo del viento y hasta la música difusa de los soldados, cuyo sonido llegaba hasta mí, me llenaban de dulce melancolía el corazón... La tierra me parecía un lugar de destierro y soñaba con el cielo...

La tarde pasaba rápidamente, y pronto había que volver a los Buissonnets. Pero antes de partir, tomaba la merienda que había llevado en mi cestita. La *hermosa* rebanada de pan con mermelada que tú me habías preparado había cambiado de aspecto: en lugar de su vivo color, ya no veía más que un pálido color rosado, todo rancio y revenido... Entonces la tierra me parecía aún más triste, y comprendía que sólo en el cielo la alegría sería sin nubes...

Hablando de nubes, me acuerdo que un día el hermoso cielo azul de la campaña se encapotó y que pronto se puso a rugir la tormenta. Los relámpagos hacían surcos en las nubes oscuras y vi caer un rayo a corta distancia. Lejos de asustarme, estaba encantada: ¡me parecía que Dios [15rº] estaba muy cerca de mí...! Papá no estaba en absoluto tan contento como su reinecita; no porque tuviese miedo a la tormenta, sino porque la hierba y las grandes margaritas (que levantaban más que yo) centelleaban de piedras preciosas y teníamos que atravesar varios prados antes de encontrar un camino; así que mi querido papaíto, para que los diamantes23 no mojasen a su hijita, se la echó a hombros a pesar de su equipo de pesca.

Durante los paseos que daba con papá, le gustaba mandarme a llevar la limosna a los pobres con que nos encontrábamos. Un día, vimos a uno que se arrastraba penosamente sobre sus muletas. Me acerqué a él para darle una moneda; pero no sintiéndose tan pobre como para recibir una limosna, me miró sonriendo tristemente y rehusó tomar lo que le ofrecía. No puedo decir lo que sentí en mi corazón. Yo quería consolarle, aliviarle, y en vez de eso, pensé, le había hecho sufrir. El pobre enfermo, sin duda, adivinó mi pensamiento, pues lo vi volverse y sonreírme. Papá acababa de comprarme un pastel y me entraron muchas ganas de dárselo, pero no me atreví. Sin embargo, quería darle algo que no me pudiera rechazar, pues sentía por él un afecto muy grande. Entonces recordé haber oído decir que el día de la primera comunión se alcanzaba todo lo que se pedía. Aquel pensamiento me consoló, y aunque todavía no tenía más que seis años, me dije para mí: «El día de mi primera comunión rezaré por *mi pobre*». Cinco años más tarde cumplí mi promesa, y espero que Dios habrá escuchado la oración que él mismo me había inspirado que le dirigiera por uno de sus miembros dolientes...

[15vº] Amaba mucho a Dios y le ofrecía con frecuencia mi corazón, sirviéndome de la breve fórmula que mamá me había enseñado24. Sin embargo, un día, o mejor una tarde del mes de mayo, cometí una falta que vale la pena contar aquí. Esta falta me ofreció una buena ocasión para humillarme y creo que he tenido de ella perfecta contrición.

Como era demasiado pequeña para ir al mes de María, me quedaba en casa con Victoria25 y hacía con ella mis devociones ante *mi altarcito de María*, que yo arreglaba a mi manera. Era todo tan pequeño, candeleros y floreros, que dos *cerillas*, que hacían de velas, bastaban para alumbrarlo. En alguna que otra ocasión, Victoria me daba la sorpresa de regalarme dos cabitos de vela, pero raras veces. Una tarde, estaba todo preparado para ponernos a rezar, y le dije: «Victoria, ¿quieres comenzar el Acordaos? Voy a encender». Ella hizo ademán de empezar, pero no dijo nada y me miró riéndose. Yo, que veía que mis *preciosas cerillas* se consumían rápidamente, le supliqué que dijese la oración. Ella continuó callada. Entonces, levantándome, le dije a gritos que era mala y, saliendo de mi dulzura habitual, empecé a patalear con todas mis fuerzas.... A la pobre Victoria se le quitaron las ganas de reír, me miró asombrada y me enseñó los cabos de vela que había traído...Y yo, después de haber derramado lágrimas de rabia, lloré lágrimas de sincero arrepentimiento, con el firme propósito de no volver a hacerlo nunca...

En otra ocasión me ocurrió una nueva aventura con Victoria, pero de ésta no tuve que arrepentirme, pues conservé perfectamente la calma. Yo quería un tintero, que estaba sobre la chimenea de la cocina. Como era muy pequeña para cogerlo, le pedí muy *amablemente* a Victoria que [16rº] me lo diese, pero ella se negó, diciéndome que me subiese a una silla. Cogí una silla sin replicar, pero pensando que ella no había sido nada amable que digamos. Y queriendo hacérselo saber, busqué en mi cabecita el insulto que más me ofendía. Ella, cuando estaba enfadada conmigo, solía llamarme «mocosa», lo cual me humillaba mucho. Así que, *antes de bajarme* de la *silla*, me volví hacia ella con gran *dignidad* y le dije: «¡Victoria, eres una *mocosa!*» Y me escapé corriendo, dejándola que meditase las profundas palabras que acababa de dirigirle... El resultado no se hizo esperar, pues pronto la oí gritar: «¡Señorita María..., Teresa acaba de llamarme *mocosa*!» Vino María y me hizo pedirle perdón, pero lo hice sin contrición, pues me parecía que si Victoria no había querido estirar su *largo brazo* para hacerme un *pequeño favor*, merecía bien el título de *mocosa*...

Sin embargo, Victoria me quería mucho, y yo también a ella. Un día me sacó de un *gran aprieto*, en el que yo había caído por mi culpa. Victoria estaba planchando y tenía a su lado un cubo de agua. Yo estaba mirándola, balanceándome (como de costumbre) en una silla. De repente, me falló la silla y caí, pero no al suelo, sino *¡¡¡dentro del cubo...!!!* Estaba tocando la cabeza con los pies, y llenaba el *cubo* como un pollito llena el huevo... La pobre Victoria me miraba enormemente sorprendida, pues nunca había visto cosa igual. Yo no veía la hora de salir del *cubo*, pero imposible, la prisión era tan justa que no podía hacer el menor movimiento. Con cierta dificultad, Victoria me salvó del *gran aprieto*; lo que no pudo salvar fue mi vestido y todo lo demás, y se vio obligada a cambiarme, pues estaba hecha una sopa.

Otra vez me caí en la chimenea. Por suerte el fuego no estaba [16vº] encendido, y Victoria no tuvo más trabajo que el de levantarme y sacudirme la ceniza que me cubría de pies a cabeza. Todas estas aventuras me sucedían los miércoles, mientras tú y María estabais en el canto.

Primera confesión

Fue también un miércoles cuando vino a visitarnos el Sr. Ducellier26. Cuando Victoria le dijo que no había nadie en casa, más que Teresita, entró a la *cocina* para verme, y estuvo mirando mis deberes. Me sentí muy orgullosa de recibir a mi confesor, pues había hecho poco antes mi primera confesión.

¡Qué dulce recuerdo aquel...! ¡Con cuánto esmero me preparaste, Madre querida, diciéndome que no era a un hombre a quien iba a decir mis pecados, sino a Dios! Estaba profundamente convencida de ello, por lo que me

confesé con gran espíritu de fe, y hasta te pregunté si no tendría que decirle al Sr. Ducellier que lo amaba con todo el corazón, ya que era a Dios a quien le iba a hablar en su persona...

Bien instruida acerca de todo lo que tenía que decir y hacer, entré al confesonario y me puse de rodillas; pero al abrir la ventanilla, el Sr. Ducellier no vio a nadie: yo era tan pequeña, que mi cabeza quedaba por debajo de la tabla de apoyar las manos. Entonces me mandó ponerme de pie. Obedecí en seguida, me levanté y, poniéndome exactamente frente a él para verle bien, me confesé como una persona *mayor*, y recibí su bendición con *gran fervor*, pues tú me habías dicho que en esos momentos las *lágrimas* del *Niño Jesús* purificarían mi alma. Recuerdo que en la primera exhortación que me hizo me invitó, sobre todo, a que tener devoción a la Santísima Virgen, y yo prometí redoblar mi ternura hacia ella. Al salir del confesonario, me sentía tan contenta y ligera, que nunca había sentido tanta alegría en mi [17rº] alma. Después volví a confesarme en todas las fiestas importantes, y cada vez que lo hacía era para mí una verdadera *fiesta*.

Fiestas y domingos en familia

¡Las *fiestas*...! ¡Cuántos recuerdos me trae esta palabra...! ¡Cómo me gustaban las *fiestas*...! Tú, Madre querida, sabías explicarme tan bien todos los misterios que en cada una de ellas se encerraban, que eran para mí auténticos días de cielo. Me gustaban, sobre todo, las procesiones del Santísimo. ¡Qué alegría arrojar flores al paso del Señor...! Pero en vez de dejarlas caer, yo las lanzaba lo más alto que podía, y cuando veía que mis hojas deshojadas tocaban la sagrada custodia, mi felicidad llegaba al colmo...

¡Las fiestas! Si bien las grandes eran raras, cada semana traía una muy entrañable para mí.: «el domingo». ¡Qué día el domingo...! Era la fiesta de Dios, la fiesta del *descanso.* Empezaba por quedarme en la cama más tiempo que los otros días; además, mamá Paulina mimaba a su hijita llevándole el chocolate a la cama, y después la vestía como a una reinecita...

La madrina venía a peinar los rizos de su *ahijada*, que no siempre era buena cuando le alisaban el pelo, pero luego se iba muy contenta a coger la mano de su *rey,* que ese día la besaba con mayor ternura aún que de ordinario.

Después toda la familia iba a misa. Durante todo el camino, y también en la iglesia, la reinecita de papá le daba la mano. Su sitio estaba junto al de él, y cuando teníamos que sentarnos para el sermón, había que encontrar también dos sillas, una junto a otra. Esto no resultaba muy difícil, pues todo el mundo parecía encontrar tan entrañable el ver a un anciano tan *venerable*27 con una *hija tan pequeña*, que la gente se apresuraba a cedernos el asiento. Mi tío, que ocupaba los bancos de los mayordomos, gozaba al vernos llegar y decía que yo era su [17vº] rayito de sol...

No me preocupaba lo más mínimo que me mirasen. Escuchaba con mucha atención los sermones, aunque no entendía casi nada. El primero que *entendí*, y que me *impresionó profundamente*, fue uno sobre la pasión, predicado por el Sr. Ducellier, y después entendí ya todos los demás. Cuando el predicador hablaba de santa Teresa, papá se inclinaba y me decía muy bajito: «Escucha bien, reinecita, que está hablando de tu santa patrona». Y yo escuchaba bien, pero miraba más a papa que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermoso rostro...! A veces sus ojos se llenaban de *lágrimas* que trataba en vano de contener. Tanto le gustaba a su alma abismarse en las verdades eternas, que parecía no pertenecer ya a esta tierra... Sin embargo, su carrera estaba aún muy lejos de terminar: tenían que pasar todavía largos años antes de que el hermoso cielo se abriera ante sus ojos extasiados y de que el Señor enjugara las *lágrimas* de su servidor fiel y cumplidor...

Pero vuelvo a mi jornada del domingo. Aquella *alegre* jornada, que pasaba con tanta rapidez, tenía también su fuerte tinte de *melancolía.* Recuerdo que mi felicidad era total hasta Completas28. Durante esta Hora del Oficio, me ponía a pensar que el día de *descanso* se iba a terminar, que al día siguiente había que volver a empezar la vida normal, a trabajar, a estudiar las lecciones, y mi corazón sentía el peso del *destierro* de la tierra... y suspiraba por el descanso eterno del cielo, por el *domingo* sin ocaso de la *patria*...

Hasta los paseos que dábamos antes de volver a los Buissonnets dejaban en mi alma un sentimiento de tristeza. En ellos la familia ya no estaba completa, pues papá, por dar gusto a mi tío, le dejaba a María o a *Paulina* la tarde de los domingos. [18rº] Sólo me sentía realmente contenta cuando me quedaba yo también. Prefería eso a que me invitasen a mí sola, pues así se fijaban menos en mí.

Mi mayor placer era oír hablar a mi tío, pero no me gustaba que me hiciese preguntas, y sentía mucho miedo cuando me ponía sobre *una* de sus rodillas y cantaba con voz de trueno la canción de Barba Azul...

Cuando papá venía a buscarnos, me ponía muy contenta. Al volver a casa, iba mirando las *estrellas*, que titilaban dulcemente, y esa visión me fascinaba... Había, sobre todo, un grupo de *perlas de oro* en las que me fijaba muy gozosa, pues me parecía que tenían forma de T (poco más o menos esta forma). Se lo enseñaba a papá, diciéndole

que mi nombre estaba escrito en el cielo, y luego, no queriendo ver ya cosa alguna de esta tierra miserable, le pedía que me guiase él. Y entonces, sin mirar dónde ponía los pies, levantaba bien alta la cabeza y caminaba sin dejar de contemplar el cielo estrellado...

¿Y qué decir de las veladas de invierno, sobre todo de las de los domingos? ¡Cómo me gustaba sentarme con Celina, después de la *partida* de *damas,* en el regazo de papá...! Con su hermosa voz, cantaba tonadas que llenaban el alma de pensamientos profundos..., o bien, meciéndonos dulcemente, recitaba poesías impregnadas de verdades eternas.

Luego subíamos para rezar las oraciones en común, y la reinecita se ponía solita junto a su rey, y no tenía más que mirarlo para saber cómo rezan los santos...

Finalmente, íbamos todas, por orden de edad, a dar las buenas noches a papá y a recibir un beso. La *reina* iba, naturalmente, la última, y el *rey*, para besarla, la [18vº] cogía por los *codos*, y ella exclamaba bien alto: «Buenas noches, papá, hasta mañana, que duermas bien». Y todas las noches se repetía la escena...

Después mi mamaíta me cogía en brazos y me llevaba hasta la cama de Celina, y yo entonces le decía: «Paulina, ¿he sido hoy bien buenecita...? ¿Vendrán los *angelitos a volar a mi alrededor* ?» La respuesta era siempre *sí*, pues de otro modo me hubiera pasado toda la noche llorando... Después de besarme, al igual que mi querida madrina, *Paulina* volvía a bajar y la pobre Teresita se quedaba completamente sola en la oscuridad. Y por más que intentaba imaginarse a los *angelitos volando a su alrededor*, no tardaba en apoderarse de ella el terror; las tinieblas le daban miedo, pues desde su cama no alcanzaba a ver las estrellas que titilaban dulcemente...

Considero una auténtica gracia el que tú, Madre querida, me hayas acostumbrado a superar mis miedos. A veces me mandabas sola, por la noche, a buscar un objeto cualquiera en alguna habitación alejada. De no haber sido tan bien dirigida, me habría vuelto muy miedosa, mientras que ahora es difícil que me asuste por nada...

A veces me pregunto cómo pudiste educarme con tanto *amor* y delicadeza, y sin mimarme, pues la verdad es que no me dejabas pasar ni una sola imperfección. Nunca me reprendías sin motivo, pero tampoco te volvías *nunca* atrás de una decisión que hubieras tomado. Tan convencida estaba yo de esto, que no hubiera podido ni querido dar un paso si tú me lo habías prohibido. Hasta papá se veía obligado a someterse a tu voluntad. Sin el consentimiento de *Paulina,* yo no salía de paseo; y si cuando papá me pedía que fuese, yo respondía: «Paulina no quiere», [19rº] entonces él iba a implorar gracia para mí. A veces Paulina, por complacerlo, decía que sí, pero Teresita leía en su cara que no lo decía de corazón y entonces se echaba a llorar y no había forma de consolarla hasta que *Paulina* decía que *sí* y la *besaba* de *corazón.*

Cuando Teresita caía enferma, como le sucedía todos los inviernos, es imposible decir con qué ternura maternal era cuidada. Paulina la acostaba en su propia cama (merced incomparable) y le daba todo lo que le apetecía. Un día, Paulina sacó de debajo de la almohada una *preciosa navajita suya* y se la regaló a su hijita, dejándola sumida en un arrobamiento imposible de describir. -«¡Paulina!, exclamó, ¿así que me quieres tanto, que te privas por mí de tu preciosa navajita que tiene una *estrella de nácar*...? Y si me quieres tanto, ¿sacrificarías también tu *reloj* para que no me muriera...» -«No sólo sacrificaría mi reloj para que no te murieras, sino que lo sacrificaría ahora mismo por verte pronto curada». Al oír esas palabras de *Paulina*, mi asombro y mi gratitud llegaron al colmo...

En verano, a veces tenía mareos, y Paulina me cuidaba con la misma ternura. Para distraerme -y éste era el mejor de los remedios-, me *paseaba* en *carretilla* alrededor del jardín; y luego, bajándome a mí, ponía en mi lugar una matita de margaritas y la *paseaba* con mucho *cuidado* hasta mi jardín, donde la colocaba con gran solemnidad...

Paulina era quien recibía todas mis confidencias íntimas y aclaraba todas mis dudas... En cierta ocasión, le manifesté mi extrañeza de que Dios no [19vº] diera la misma gloria en el cielo a todos los elegidos y mi temor de que no todos fueran felices. Entonces Paulina me dijo que fuera a buscar el vaso grande de papá y que lo pusiera al lado de mi dedalito, y luego que los llenara los dos de agua. Entonces me preguntó cuál de los dos estaba más lleno. Yo le dije que estaba tan lleno el uno como el otro y que era imposible echar en ellos más agua de la que podían contener. Entonces mi Madre querida me hizo comprender que en el cielo Dios daría a sus elegidos tanta gloria como pudieran contener, y que de esa manera el último no tendría nada qué envidiar al primero. Así, Madre querida, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, sabías tú dar a mi alma el alimento que necesitaba...

¡Con qué alegría veía yo llegar cada año la entrega de premios...! Entonces como siempre, se hacía *justicia*, y yo no recibía más recompensas que las que había merecido. *Sola* y de pie en medio de la *noble asamblea*, escuchaba la sentencia, que era leída por el rey de Francia y Navarra. El corazón me latía muy fuerte al recibir los premios y la

corona..., ¡era para mí como una imagen del juicio...! Inmediatamente después de la entrega, la reinecita se quitaba su vestido blanco, y se apresuraban a disfrazarla para que tomara parte en la *gran representación*...!

Visión profética

¡Qué alegres eran aquellas fiestas familiares...! ¡Y qué lejos estaba yo entonces, viendo a mi rey querido tan radiante, de presagiar las tribulaciones que iban a visitarlo...!

Un día, sin embargo, Dios me mostró, en una *visión* verdaderamente extraordinaria, la imagen *viva* de la prueba que él quería prepararnos de antemano, pues su cáliz se estaba ya llenando.

Papá se encontraba de viaje desde hacía varios días, y aún faltaban dos [20rº] para su regreso. Serían las dos o las tres de la tarde, el sol brillaba con vivo resplandor y toda la naturaleza parecía estar de fiesta.

Yo estaba sola, asomada a la ventana de una buhardilla que daba a la huerta grande. Miraba al frente, con el alma ocupada en pensamientos risueños, cuando vi delante del lavadero, que se encontraba justamente allí enfrente, a un hombre vestido exactamente igual que papá, de la misma estatura y con la misma forma de andar; sólo que estaba *mucho más encorvado*... Tenía la *cabeza* cubierta29 con una especie de delantal de color indefinido, de suerte que no le puede ver la cara. Llevaba un sombrero parecido a los de papá. Lo vi avanzar con paso regular, bordeando mi jardincito... De pronto un sentimiento de pavor sobrenatural invadió mi alma; pero inmediatamente pensé que seguramente papá había regresado y que se ocultaba para darme una sorpresa. Entonces le llamé a gritos, con voz trémula de emoción: «¡Papá, papá...!» Pero el misterioso personaje no pareció oírme y prosiguió su marcha regular sin siquiera volverse. Siguiéndole con la mirada, le vi dirigirse hacia el bosquecillo que cortaba en dos la avenida principal. Esperaba verlo reaparecer al otro lado de los grandes árboles, ¡pero la visión profética se había desvanecido...!

Todo esto no duró más que un instante, pero se grabó tan profundamente en mi corazón, que aún hoy, quince años después..., conservo tan vivo su recuerdo como si la visión estuviese todavía delante de mis ojos...

María estaba contigo, Madre mía, en una habitación que tenía comunicación con aquella en la que yo me encontraba. Y al oírme llamar a papá, tuvo una sensación de pavor y pensó, según me dijo después, que debía estar ocurriendo algo extraordinario. Disimulando su emoción corrió junto a mí, preguntándome qué me pasaba para estar llamando a papá que estaba en Alençon. [20vº] Entonces le conté lo que acababa de ver. Para tranquilizarme, María me dijo que seguramente habría sido Victoria, que, para meterme miedo, se había cubierto la cabeza con el delantal. Pero al preguntarle, Victoria aseguró que ella no había salido de la cocina. Además, yo estaba bien segura de haber visto a un hombre y de que ese hombre tenía todas las trazas de papá. Entonces fuimos las tres al otro lado del macizo de árboles, y al no encontrar la menor huella de que alguien hubiese pasado por allí, tú me dijiste que no pensara más en ello...

Pero no pensar más en ello era algo que no estaba en mi poder. Mi imaginación me representaba una y otra vez la escena misteriosa que había visto... Muchas veces también intenté levantar el velo que me ocultaba su significado, pues en el fondo del corazón abrigaba la íntima convicción de que esta visión tenía un *sentido* que algún día se me iba a revelar...

Ese día se hizo esperar largo tiempo, pero catorce años más tarde Dios mismo rasgó ese velo misterioso. Estábamos en licencia sor María del Sagrado Corazón y yo, y hablábamos como siempre de cosas de la otra vida y de nuestros recuerdos de la infancia. Yo le recordé la visión que había tenido a la edad de seis a siete años, y de pronto, al contar los detalles de aquella extraña escena, comprendimos las dos a la vez lo que significaba... Era a *papá* a quien yo había visto, caminando encorvado por la edad... Era él, llevando en su rostro venerable y en su cabeza encanecida el signo de su prueba *gloriosa*30... Así como la Faz adorable de Jesús estuvo velada durante su Pasión, así tenía que estar también velada la faz de su fiel servidor en los días de sus sufrimientos, para que en la patria celestial pudiera resplandecer junto a su Señor, el Verbo eterno... Y desde el seno de esa gloria inefable, nuestro querido padre, que reina ya en el cielo, nos ha alcanzado la gracia de comprender la visión [21rº] que su reinecita había tenido a una edad en la que no era de temer que sufriera una ilusión. Desde el seno de la gloria, nos ha alcanzado el dulce consuelo de comprender que, diez años antes de nuestra gran tribulación, Dios quiso mostrárnosla ya, como un padre hace vislumbrar a sus hijos el porvenir glorioso que les tiene preparado y se complace en considerar por adelantado las riquezas incalculables que constituirán su herencia...

¿Pero por qué Dios me concedió precisamente a mí esta revelación? ¿Por qué mostró a una niña tan pequeña algo que ella no podía comprender, algo que, de haberlo comprendido, la hubiera hecho morir de dolor? ¿Por qué...? Es éste, sin duda, uno de esos misterios que comprenderemos en el cielo ¡y que será para nosotras causa de eterna admiración...!

¡Qué bueno es el Señor...! El acompasa siempre sus pruebas a las fuerzas que nos da. Como acabo de decir, yo nunca hubiera podido soportar ni tan siquiera la idea de los amargos sufrimientos que me reservaba el porvenir... Era incapaz hasta de pensar, sin estremecerme, que papá *pudiese morir*...

Una vez, estaba subido a lo alto de una escalera, y como yo quedaba justamente debajo de él, me gritó: «Apártate, chiquitita, que si caigo te voy a aplastar». Al oír eso, me sublevé interiormente, y, en vez de apartarme, me pegué más a la escalera, pensando: «Por lo menos, si papá se cae, no tendré el dolor de verle morir, pues yo moriré con él».

Me es imposible decir lo mucho que quería a papa. Todo en él me causaba admiración. Cuando me explicaba sus ideas (como si yo fuese ya una jovencita), yo le decía ingenuamente que seguro que si decía [21vº] todas esas cosas a los hombres importantes del gobierno, vendrían a buscarlo para hacerlo rey, y entonces Francia sería feliz como no lo había sido nunca... Pero en el fondo me alegraba (y me lo reprochaba a mí misma como si fuese un pensamiento egoísta) de que no hubiese nadie más que yo que *conociese bien* a papá, pues sabía que si llegara a ser rey de Francia, sería desdichado, porque ésta es la suerte de todos los monarcas; y, sobre todo, ya no sería mi rey, ¡un rey sólo para mí...!

Trouville

Tenía yo seis o siete años cuando papá nos llevó a Trouville. Nunca olvidaré la impresión que me causó el mar. No me cansaba de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios.

Recuerdo que, durante el paseo que dimos por la playa, un señor y una señora me miraban correr feliz junto a papá y, acercándose, le preguntaron si *era suya*, y dijeron que era una niña muy guapa. Papá les respondió que sí, pero me di cuenta de que les hizo señas de que no me dirigiesen elogios...

Era la primera vez que yo oía decir que era guapa, y me gustó, pues no creía serlo. Tú ponías gran cuidado, Madre querida, en alejar de mí todo lo que pudiese empañar mi inocencia, y sobre todo en no dejarme escuchar ninguna palabra por la pudiese deslizarse la vanidad en mi corazón. Y como yo sólo hacía caso a tus palabras y a las de María, y vosotras nunca me habíais dirigido un solo piropo, no di mayor importancia a las palabras y a las miradas de admiración de aquella señora.

Al atardecer, a esa hora en la que el sol parece querer bañarse en la inmensidad de las olas, dejando tras de sí un *surco luminoso*, iba a sentarme, a solas con Paulina, en una roca... Y allí recordé el cuento conmovedor de «El surco de oro»31...

Estuve contemplando durante mucho tiempo aquel surco luminoso, imagen de la gracia que ilumina el camino que debe recorrer la barquilla de airosa vela blanca... Allí, al lado de Paulina, hice el propósito de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesús, para que pueda navegar en paz hacia la patria del cielo...

Mi vida discurría serena y feliz. El cariño de que vivía rodeada en los *Buissonnets* me hacía, por decirlo así, crecer. Pero ya era, sin duda, lo suficientemente grande para empezar a luchar, para empezar a conocer el mundo y las miserias de que está lleno...

NOTAS AL CAPÍTULO II

17 Esposa de un sobrino del señor Martin, que le había cedido la joyería en 1870.

18 El 28 de agosto de 1877; tenía cuarenta y cinco años.

19 La gracia de Navidad de 1886; pronto va a cumplir 14 años (cf Ms A 45rº/vº).

20 El 15/11/1877. El señor Martin había decidido vivir en Lisieux para acercar a sus hijas a su familia materna: el señor Guérin y su esposa, y sus dos hijas, Juana y María. Isidoro Guérin tenía una farmacia en la plaza de San Pedro. El en persona vino a buscar a sus sobrinas.

21 La HA precisa: «Al día siguiente nos llevaron a nuestra nueva casa, quiero decir a los Buissonnets, un barrio solitario situado muy cerca del precioso paseo llamado "Jardín de la Estrella». La casa me pareció encantadora: un mirador, desde donde se extendía la vista hasta muy lejos, un jardín inglés delante de la fachada, otra huerta grande detrás de la casa. Todo aquello era una hermosa novedad para mi joven imaginación. Y en efecto, esta risueña

morada se convirtió en escenario de muchas y gratas alegrías y de inolvidables escenas familiares». El barrio se llamaba de los «Buissonnets», y las hermanas Martin cambiaron ese nombre, para su nueva vivienda, por el de los «Buissonnets», que muy probablemente era la denominación primitiva del barrio.

22 Segundo piso, tipo buhardilla, en la fachada de los Buissonnets.

23 Las gotas de lluvia o las lágrimas de Teresa (cf 54rº/vº, 63vº, 78vº).

24 Teresa repetía con frecuencia esta ofrenda a lo largo del día: *Dios mío, te ofrezco mi corazón; tómale si quieres, para que ninguna criatura pueda adueñarse de él, sino sólo tú, mi buen Jesús* (citado por S. PIAT, *Historia de una familia*, Burgos, Monte Carmelo, 1950, p. 208.

25 Victoria Pasquer, sirvienta de la familia Martin.

26 Párroco de la catedral de San Pedro.

27 En 1880 el señor Martin tenía cincuenta y siete años.

28 En aquella época se rezaban inmediatamente después de Vísperas, al principio de la tarde.

29 Sor María del Sagrado Corazón confirma el aspecto profético de este detalle, cuando indica que al principio de su terrible enfermedad «se veía con mucha frecuencia (al señor Martin) cubrirse la cabeza» (PA pp. 244―245).

30 La parálisis cerebral, que obscurecerá las facultades del señor Martin al final de su vida y que lo obligará a ingresar en un sanatorio psiquiátrico. Cf 71vº al 75vº.

31 De un libro de lecturas. *La Tirelire aux histoires [La hucha de los cuentos]*, de Luisa S.W.Belloc (bajo el título de «El sendero de oro»). Se trata del sueño simbólico de una niña que va navegando sobre el surco de oro del sol poniente, imagen de la gracia. Pero este episodio hay que situarlo, sin duda alguna, en otro año, en 1879 ó 1881.

A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO III

AÑOS DOLOROSOS (1881 - 1883)

Alumna en la Abadía

Tenía yo ocho años y medio cuando Leonia salió del internado y yo ocupé su lugar en la Abadía32.

He oído decir muchas veces que el tiempo pasado en el internado es el mejor y el más feliz de la vida. Para mí no lo fue. Los cinco años que pasé en él fueron los más tristes de toda mi vida. Si no hubiera tenido a mi lado a mi querida Celina, no habría aguantado allí ni un mes sin caer enferma... La pobre florecita había sido acostumbrada a hundir sus frágiles raíces en una *tierra selecta*, hecha expresamente para ella. Por eso se le hizo muy duro verse en medio de flores de toda especie, que tenían a menudo raíces muy poco delicadas, y obligada a encontrar en una *tierra ordinaria* la savia que necesitaba para vivir...

Tú me habías educado tan bien, Madre querida, que cuando llegué al internado era la más adelantada de las niñas de mi edad. Me pusieron en [22vº] una clase en la que todas las alumnas eran mayores que yo.

Una de ellas, de 13 a 14 años de edad, era poco inteligente, pero sabía imponerse a las alumnas, e incluso a las profesoras. Al verme tan joven, casi siempre la primera de la clase y querida por todas las religiosas, se ve que sintió envidia -muy comprensible en una pensionista- y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños éxitos...
Dado mi natural tímido y delicado, no sabía defenderme, y me contentaba con sufrir en silencio, sin quejarme *ni siquiera a ti* de lo que sufría. Pero no tenía la suficiente virtud para sobreponerme a esas miserias de la vida y mi pobre corazoncito sufría mucho...

Gracias a Dios, todas las tardes volvía al hogar paterno, y allí se expansionaba mi corazón. Saltaba al regazo de mi rey, diciéndole las notas que me habían dado, y sus besos me hacían olvidar todas las penas...

¡Con qué alegría anuncié el resultado de mi *primera composición* (una composición sobre la *Historia Sagrada*)! Sólo me faltó *un punto* para llegar al máximo, por no haber sabido el nombre del padre de Moisés. Era, por lo tanto, la

primera de la clase y traía un hermosa condecoración de plata. Como premio, papá me regaló una *preciosa monedita* de veinte céntimos que eché en un bote destinado a recibir casi todos los jueves una nueva moneda, siempre del mismo *valor*... (De este bote sacaba yo dinero en determinadas fiestas solemnes, cuando quería dar de mi bolsillo una limosna para la colecta de la Propagación de la Fe u otras obras parecidas.) *Paulina*, encantada con el triunfo de su pequeña alumna, le regaló un [23rº] aro muy bonito, para animarla a seguir siendo tan estudiosa.

Buena necesidad tenía la pobre niña de estas alegrías de la familia. Sin ellas, la vida del internado habría sido demasiado dura para ella.

Días de vacación

Los jueves por la tarde nos daban asueto. Pero no era como los *asuetos* de *Paulina*, y no los pasaba con papa en el mirador... Tenía que jugar, no con mi *Celina*, cosa que me gustaba mucho cuando estábamos *las dos solas*, sino con mis primitas y con las pequeñas Maudelonde33. Era para mí un verdadero martirio, y como no sabía jugar como las demás niñas, no era una compañera agradable. Sin embargo, hacía todo lo posible por imitar a las otras, sin conseguirlo, y me aburría enormemente, sobre todo cuando había que pasarse toda la tarde *bailando cuadrillas*. Lo único que me gustaba era ir al *jardín de la estrella*34. Allí era la primera en todo: como cogía flores en cantidad y sabía encontrar las más bonitas, despertaba la envidia de mis compañeras...

Otra cosa que también me gustaba era quedarme sola con María, lo cual sólo ocurría por casualidad: como entonces no tenía a Celina Maudelonde que la arrastrase a *juegos corrientes*, me dejaba elegir a mí, y yo elegía alguno totalmente nuevo. María y Teresa se convertían en *ermitañas*, que no tenían más que una pobre cabaña, un pequeño campo de trigo y unas pocas legumbres que cultivar. Su vida transcurría en continua contemplación; o sea, una de las ermitañas reemplazaba a la otra en la oración cuando había que ocuparse de la vida activa. Todo se hacía con tal armonía, con tal silencio y con un estilo tan religioso, que resultaba perfecto. Cuando nuestra tía venía a buscarnos para ir a dar un paseo, continuábamos el juego también en la calle. Las dos ermitañas rezaban [23vº] juntas el rosario, sirviéndose de los dedos para no exhibir su devoción ante un público indiscreto. Pero un día, la más joven de las ermitañas se olvidó: le habían dado un pastel para la merienda, y ella, antes de comerlo, hizo una gran señal de la cruz, lo que hizo reír a todos los profanos del siglo...

María y yo nos entendíamos a la perfección. Hasta tal punto teníamos los mismos gustos, que una vez nuestra *unión* de *voluntades* se pasó de la raya. Volviendo una tarde de la Abadía, yo le dije a María: «Guíame, voy a cerrar los ojos». «Yo también quiero cerrarlos», me respondió. Dicho y hecho. Cada una hizo *su propia voluntad* sin *discutir*... Ibamos por la acera, por lo que no teníamos por qué temer a los coches. Tras un delicioso paseo de varios minutos, y de saborear el placer de caminar a ciegas, las dos pequeñas atolondradas cayeron sobre unas cajas colocadas a la puerta de una tienda, o, mejor dicho, las tiraron al suelo. El tendero salió, todo furioso, a recoger su mercancía. Las dos ciegas voluntarias se levantaron ellas solas y escaparon *a todo correr*, con los ojos *bien* abiertos y perseguidas por los justos reproches de Juana, que estaba tan enfadada como el tendero...

En consecuencia, como castigo, decidió separarnos, y desde aquel día María y Celina fueron juntas, mientras que yo iba con Juana. Eso puso fin a nuestra excesiva *unión* de *voluntades* y no les vino mal a las mayores, que nunca estaban de acuerdo y se pasaban todo el camino discutiendo. De esa manera, la paz fue completa.

Primera comunión de Celina

Aún no he dicho nada de mi íntima relación con Celina. [24rº] Si fuera a contarlo todo, nunca acabaría...

En Lisieux se cambiaron los papeles: Celina se convirtió en un travieso diablillo y Teresa ya no era más que una niñita muy buena, pero excesivamente *llorona*... Eso no era obstáculo para que Celina y Teresa se quisiesen cada día más. A veces había entre ellas pequeñas discusiones, pero no era nada serio, y en el fondo estaban siempre de acuerdo.

Puedo decir que *nunca* mi querida hermanita me dio el menor *disgusto*, sino que fue para mí como un rayo de sol, una fuente continua de alegría y de consuelo... ¿Quién podrá decir con qué intrepidez me defendía en la Abadía cuando alguien me acusaba...? Se preocupaba tanto por mi salud, que a veces me cansaba. De lo que no me cansaba era de *verla jugar*. Ponía en fila a toda la tropa de nuestras muñecas y les daba clase como una maestra consumada; sólo que tenía mucho cuidado de que las suyas se portasen siempre bien, mientras que a las mías las echaba a menudo de clase por su mala conducta...

Me contaba todas las cosas nuevas que aprendía en clase, lo cual me divertía mucho, y la tenía por un pozo de ciencia.

Me había dado el título de «hijita de Celina», y así, cuando se enfadaba conmigo, su mejor muestra de que estaba enojada era decirme: «¡Ya no eres mi hijita, se acabó, me *acordaré por toda la vida*...!» Entonces yo no tenía más remedio que echarme a llorar como una Magdalena, suplicándole que me volviese a admitir como su hijita. Inmediatamente me besaba y me prometía que ya no se volvería a *acordar* de *nada*... Y para consolarme, cogía una de sus muñecas y le [24vº] decía: «Cariño, besa a tu tía». Una vez, la muñeca tenía tanta prisa por besarme tiernamente, que me metió sus dos bracitos por *la nariz*... Celina, que no lo había hecho adrede, me miraba estupefacta, viendo a la muñeca colgándome de la nariz. La *tía* no tardó mucho en rechazar las efusiones demasiado tiernas de su *sobrina*, y se echó a reír con todas las ganas ante tan singular aventura.

Lo más divertido era vernos comprar las dos a la vez, en la tienda, los aguinaldos. Nos escondíamos cuidadosamente la una de la otra. Con sólo 50 céntimos teníamos que comprar, por lo menos, cinco o seis objetos diferentes, y la cuestión era quién compraría las *cosas más bonitas.* Encantadas con nuestras compras, esperábamos con impaciencia el primer día del año para poder ofrecernos una a otra nuestros *magníficos regalos*. La primera que se despertaba se apresuraba a felicitarle a la otra el año nuevo. Luego nos entregábamos los *aguinaldos* y las dos nos quedábamos extasiadas ante los *tesoros* que la otra había conseguido con 50 céntimos...

Esos regalitos nos causaban casi tanto placer como los *ricos aguinaldos* de mi *tío*.

Por lo demás, eso no era más que el principio de nuestras alegrías. Aquel día nos vestíamos a toda prisa y estábamos al acecho para saltar al cuello de papá. En cuanto salía de su habitación, toda la casa se llenaba de gritos de alegría y nuestro papaíto se mostraba feliz de vernos tan contentas...

Los aguinaldos que María y Paulina daban a sus hijitas no eran de gran valor, pero les causaban tambien *una gran alegría*... Y es que en esa edad aún no estábamos *embotadas*; nuestra alma, en toda su lozanía, se abría como una flor, feliz de recibir el rocío de la mañana... Un mismo soplo mecía nuestras corolas, y lo que hacía gozar o sufrir a [25rº] una hacía gozar o sufrir a la vez a la otra.

Sí, nuestras alegrías eran comunes. Lo comprobé muy bien el día de la primera comunión de mi querida Celina. Yo no iba aún a la Abadía, pues sólo tenía siete años; pero conservo en mi corazón el dulcísimo recuerdo de la preparación que tú, Madre querida, le hiciste hacer a Celina. Todas las tardes la sentabas en tu regazo y le hablabas del acto tan importante que iba a realizar. Yo escuchaba, ávida de prepararme también, pero muy frecuentemente me decías que me fuera porque era todavía demasiado pequeña. Entonces me ponía muy triste y pensaba que cuatro años no eran demasiados para prepararse a recibir a Dios...

Una tarde, te oí decir que a partir de la primera comunión había que empezar una nueva vida. En ese mismo momento decidí no esperar a ese día, sino comenzarla al mismo tiempo que Celina...

Nunca supe cuánto la quería como durante su retiro de tres días. Era la primera vez en mi vida que estaba lejos de ella y que no me acostaba en su cama... El primer día me olvidé de que no iba a volver, y guardé un manojito de cerezas, que papá me había comprado, para comerlo con ella; cuando vi que no llegaba, sentí mucha pena. Papá me consoló diciéndome que al día siguiente me llevaría a la Abadía para ver a mi Celina y que podría darle otro manojo de cerezas...

El día de la primera comunión de Celina me dejó una impresión parecida a la de la mía. Al despertarme por la mañana, yo sola en aquella cama tan grande, me sentí *inundada* de *alegría*. «¡Es hoy...! Ha llegado el gran día...» No me cansaba de [25vº] repetir estas palabras. Me parecía que era yo la que iba a hacer la primera comunión. Creo que ese día recibí grandes gracias, y lo considero como uno de los más *hermosos* de mi vida...

Paulina en el Carmelo

He vuelto un poco atrás para evocar este delicioso y dulce recuerdo. Ahora quiero hablarte de la dolorosa prueba que vino a destrozar el corazón de Teresita cuando Jesús le arrebató a su querida *mamá*, a su *Paulina* ¡a la que tan tiernamente quería...!

Un día, yo había dicho a Paulina que me gustaría ser solitaria, irme con ella a un desierto lejano. Ella me contestó que ése era también su deseo y que *esperaría* a que yo fuese mayor para marcharnos. La verdad es que aquello no lo dijo en serio, pero Teresita sí lo había tomado en serio. Por eso, ¿cuál no sería su dolor al oír un día hablar a su querida Paulina con María de su próxima entrada en el Carmelo...?

Yo no sabía lo que era el Carmelo, pero comprendí que Paulina iba a dejarme para entrar en un convento, comprendí que no me *esperaría* y que iba a perder a mi segunda *madre*... ¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón...? En un instante comprendí lo que era la vida. Hasta entonces no me había parecido tan triste, pero

entonces se me apareció en todo su realismo, y vi que no era más que un puro sufrimiento y una continua separación35. Lloré lágrimas muy amargas, pues aún no comprendía la *alegría* del sacrificio. Era *débil*, tan *débil*, que considero una gracia muy grande el haber podido soportar una prueba como aquella, que parecía muy superior a mis fuerzas... Si me hubiese ido enterando poco a poco de la partida de mi Paulina querida, tal vez no hubiera sufrido tanto; pero [26rº] al saberlo de repente, fue como si me hubieran clavado una espada en el corazón.

Siempre recordaré, Madre querida, con qué ternura me consolaste... Luego me explicaste la vida del Carmelo, que me pareció muy hermosa. Evocando en mi interior todo lo que me habías dicho, comprendí que el Carmelo era el *desierto* adonde Dios quería que yo fuese también a esconderme... Lo comprendí con tanta evidencia, que no quedó la menor duda en mi corazón. No era un sueño de niña que se deja entusiasmar fácilmente, sino la *certeza* de una llamada de Dios: quería ir al Carmelo, no por *Paulina*, sino *sólo* por *Jesús*... Pensé *muchas* cosas que las palabras no pueden traducir, pero que dejaron una gran paz en mi alma.

Al día siguiente, confié mi secreto a Paulina, quien, viendo en mis deseos la voluntad del cielo, me dijo que pronto iría con ella a ver a la madre priora del Carmelo y que tendríamos que decirle lo que Dios me hacía sentir...

Se escogió un domingo para esta solemne visita, y mi apuro fue grande cuando supe que María G.36 debería acompañarme, por ser yo aún demasiado pequeña para ver a las carmelitas37. Sin embargo, yo tenía que encontrar la forma de quedarme a solas con la priora, y he aquí lo que se me ocurrió. Le dije a María que, ya que teníamos el privilegio de ver a la madre priora, debíamos ser muy amables y educadas con ella, y que por eso debíamos confiarle nuestros *secretos*; así que cada una tendría que salir un momento, y dejar a la otra a solas con la Madre. María creyó lo que le decía, y, a pesar de su repugnancia a confiar *secretos que no tenía*, nos quedamos a solas, una después de otra, con la madre María de Gonzaga.

[26vº] Después de escuchar mis *importantes confidencias*, la Madre creyó en mi vocación, pero me dijo que no recibían postulantes de *nueve años*, y que tendría que esperar hasta los dieciséis... Yo me resigné, a pesar de mis vivos deseos de entrar cuanto antes y de hacer la primera comunión el día de la toma de hábito de Paulina...
Ese día me echaron piropos por segunda vez. Sor Teresa de San Agustín, que había bajado a verme, no se cansaba de llamarme guapa. Yo no pensaba venir al Carmelo para recibir alabanzas; así que, después de la visita, no cesaba de repetirle a Dios que yo quería ser carmelita *sólo por él*.

Durante las pocas semanas que mi querida Paulina permaneció todavía en el mundo, procuré aprovecharme bien de ella. Todo los días, Celina y yo le comprábamos un pastel y bombones, pensando que ya pronto no volvería a comerlos. Estábamos continuamente a su lado, sin dejarle ni un minuto de descanso.

Por fin, llegó el *2 de octubre*, día de lágrimas y de bendiciones, en que Jesús cortó la primera de su flores, destinada a ser la *madre* de las que pocos años después irían a reunirse con ella.

Aún me parece estar viendo el lugar donde recibí el último beso de *Paulina*. Luego, mi tía nos llevó a todas a Misa, mientras papá subía a la montaña del Carmelo para ofrecer su *primer sacrificio*...

Toda la familia lloraba, de modo que, al vernos entrar en la iglesia, la gente nos miraba extrañada. A mí me daba igual, y no por eso dejé de llorar. Creo que, si el mundo entero se hubiera derrumbado a mi alrededor, no me habría dado cuenta. Miraba al hermoso cielo azul, y me maravillaba de que el sol pudiese seguir brillando con [27rº] tanto resplandor mientras mi alma estaba inundada de tristeza...

Tal vez, Madre querida, te parezca que exagero la pena que sentí... Comprendo muy bien que no debiera haber sido tan grande, pues tenía la esperanza de volver a encontrarte en el Carmelo, pero mi alma estaba LEJOS de estar *madura* y tenía que pasar por muchos crisoles antes de alcanzar la meta que tanto deseaba...

El 2 de octubre era el día fijado para volver a la Abadía, y no tuve más remedio que ir, a pesar de mi tristeza...

Por la tarde, nuestra tía vino a buscarnos para ir al Carmelo, y vi a mi *Paulina querida* detrás de las *rejas*... ¡Ay, cuánto he sufrido en ese locutorio del Carmelo...!

Como estoy escribiendo la historia de mi alma, debo decírselo todo a mi Madre querida, y confieso que los sufrimientos que precedieron a su entrada no fueron nada en comparación con los que vinieron después...

Todos los jueves, íbamos *en familia* al Carmelo. Y yo, que estaba acostumbrada a hablar con *Paulina* de corazón a corazón, apenas si conseguía dos o tres minutos al final de la visita, que, por supuesto, me pasaba llorando, y luego me iba con el corazón desgarrado... No comprendía que si tú dirigías preferentemente la palabra a Juana y María,

en vez de hablar con tus hijitas, era por delicadeza hacia nuestra tía... No lo comprendía, y pensaba en lo más hondo del corazón: «¡¡¡He perdido a Paulina!!!»

Extraña enfermedad

Es asombroso ver cómo se desarrolló mi espíritu en medio del sufrimiento. Se desarrolló de tal manera, que no tardé en caer enferma.

La enfermedad que me aquejó provenía, ciertamente, del demonio. Furioso por tu entrada en el Carmelo, quiso vengarse en mí del daño que nuestra familia iba a causarle en el futuro. Pero lo que él no sabía era que la [27vº] amorosa Reina del cielo velaba por su frágil florecilla, que ella le *sonreía* desde lo alto de su trono y que se aprestaba a calmar la tempestad en el mismo momento en que su flor iba a quebrarse sin remedio...

Hacia finales de año, me sobrevino un continuo dolor de cabeza, pero que se podía aguantar bien. Podía seguir estudiando, y nadie se preocupó por mí. Esto duró hasta el día de Pascua de 188338.

Papá había ido a París con María y Leonia, y nuestra tía nos llevó a su casa a Celina y a mí. Una tarde, nuestro tío me llevó con él y empezó a hablarme de mamá y de recuerdos pasados con tal bondad, que me emocionó profundamente y me hizo llorar. Entonces me dijo que era demasiado sensible y que necesitaba mucho distraerme, y que mi tía y él habían decidido tratar de hacérnoslo pasar bien durante las vacaciones de Pascua. Esa tarde teníamos que ir al Círculo Católico; pero viendo que estaba demasiado cansada, mi tía me hizo acostar. Al desnudarme, me entró un extraño temblor. Creyendo que tenía frío, mi tía me envolvió entre mantas y me puso botellas calientes, pero nada pudo reducir mi agitación, que duró casi toda la noche. Al volver mi tío del Círculo Católico con mis primas y Celina, se quedo muy sorprendido al encontrarme en aquel estado, que juzgó muy grave, pero no quiso decirlo por no asustar a mi tía. Al día siguiente, fue a buscar al doctor Notta39, el cual coincidió con mi tío en que tenía una enfermedad muy grave, que nunca había padecido una niña tan joven como yo.

Todos estaban consternados. Mi tía tuvo que dejarme en su casa y me cuidó con una solicitud verdaderamente *maternal*.

Cuando papá volvió de París con mis hermanas mayores, Amada40 los recibió con una cara tan triste, que María [28rº] creyó que me había muerto... Pero esta enfermedad no era de muerte, sino, como la de Lázaro, para que Dios fuera glorificado...

Y así lo fue, en efecto, por la admirable resignación de mi pobre *papaíto*, que creyó que «su hijita se iba a volver loca o que se iba a morir».

¡Lo fue también por la de *María*...! ¡Cuánto sufrió por causa mía...! ¡Y qué agradecida le estoy por los cuidados que tan desinteresadamente me prodigó...! Su corazón le dictaba lo que yo necesitaba, y, verdaderamente, un *corazón* de *madre* es mucho más *sabio* que el de un médico y sabe *adivinar* lo que conviene para la enfermedad de su hijo...

La pobre María tuvo que venir a instalarse en casa de mi tío, pues era imposible trasladarme por entonces a los Buissonnets.

Entretanto, se acercaba la toma de hábito de Paulina. Delante de mí evitaban hablar de ello, pues sabían la pena que sentía por no poder ir; pero yo hablaba de ello con frecuencia, diciendo que para entonces ya estaría lo bastante bien para ir a ver a mi Paulina querida.

Y en efecto, Dios no quiso negarme ese consuelo, o, mejor, quiso consolar a su querida *prometida*, que tanto había sufrido con la enfermedad de su hijita... He observado que Jesús no quiere probar a su hijas en el día de sus esponsales, esta fiesta debe ser una fiesta sin nubes, un anticipo de las alegrías del paraíso. ¿No lo ha demostrado ya cinco veces41...?

Pude, pues, *abrazar* a mi Madre querida, *sentarme* en su regazo y colmarla de caricias... Pude contemplarla radiante con su blanco vestido de desposada... ¡Sí, fue un *hermoso día,* en medio de mi oscura prueba! Pero aquel día pasó veloz... Pronto hube de subir al coche que me llevó muy lejos de Paulina..., muy lejos de mi Carmelo querido.

Al llegar a los Buissonnets, me hicieron acostar a mi pesar, pues aseguraba [28vº] que estaba totalmente curada y que ya no necesitaba más cuidados. ¡Pero, ay, sólo estaba todavía en los comienzos de mi prueba...! Al día siguiente, volví a estar igual que antes, y la enfermedad se agravó tanto, que, según los cálculos humanos, no tenía remedio...

No sé cómo describir una enfermedad tan extraña. Hoy estoy convencida de que fue obra del demonio42, pero durante mucho tiempo después de mi curación creí que había fingido estar enferma, y eso fue para mi alma un verdadero *martirio*.

Se lo dije así a María, que me tranquilizó lo mejor que pudo con su *bondad* habitual. Lo dije en la confesión, y también mi confesor intentó tranquilizarme, diciéndome que no era posible que hubiese simulado estar enferma hasta el punto que yo lo había estado. Dios, que, sin duda, quería purificarme, y sobre todo *humillarme*, me dejó en este *martirio íntimo* hasta mi entrada en el Carmelo, donde el Padre de nuestras almas43 barrió como con la mano todas mis dudas, y desde entonces quedé totalmente tranquila.

No es extraño que temiese haber fingido estar enferma sin estarlo de verdad, pues decía y hacía cosas que no pensaba. Parecía estar en un continuo delirio, diciendo palabras que no tenían sentido, y sin embargo estoy *segura* de que no perdí *ni un solo instante el uso de la razón*... Con frecuencia me quedaba como desmayada, sin hacer el menor movimiento; en esos momentos, me habría dejado hacer todo lo que hubieran querido, incluso matarme; sin embargo, oía todo lo que se decía a mi alrededor, y todavía me acuerdo de todo. En una ocasión me aconteció estar mucho tiempo sin poder abrir los ojos, y abrirlos un instante al encontrarme sola...

Pienso que el demonio había recibido un poder *exterior* sobre mí, pero [29rº] que no podía acercarse a mi alma ni a mi espíritu, a no ser para inspirarme grandísimos *terrores* a ciertas cosas, por ejemplo a las medicinas sencillísimas que intentaban en vano hacerme tomar..

Pero si Dios permitía al demonio acercarse a mí, me enviaba también ángeles visibles...

María no se separaba de mi cama, cuidándome y consolándome con la ternura de una madre. Nunca me demostró el más ligero enfado, y eso que yo le daba mucho trabajo, pues no soportaba que se alejase de mi lado. Sin embargo, tenía necesariamente que ir a comer con papá, pero yo no cesaba de llamarla durante todo el tiempo que no estaba. Victoria, que se quedaba a mi cuidado, a veces no tenía más remedio que ir a buscar a mi querida «mamá», como yo la llamaba... Si María quería salir, tenía que ser para ir a Misa o para ver a *Paulina*; sólo entonces yo no decía nada...

Nuestros tíos eran también muy buenos conmigo. Mi querida tiíta venía *todos* los *días* a verme y me traía mil golosinas.

También fueron a visitarme otras personas amigas de la familia; pero yo pedí a María que les dijese que no quería recibir visitas. No me gustaba «ver a la gente sentada alrededor de mi cama como *ristras de cebollas* y mirándome como a un bicho raro». La única visita que me gustaba era la de nuestros tíos.

Me sería imposible decir cuánto creció mi cariño hacia ellos a partir de esta enfermedad. Comprendí como nunca que ellos no eran para nosotros unos parientes cualquiera. ¡Qué razón tenía nuestro papaíto cuando nos repetía tantas veces estas palabras que acabo de escribir! Más tarde él mismo supo por experiencia que no se había equivocado, y seguro que ahora proteje y bendice a quienes le prodigaron tan generosos cuidados... Yo todavía estoy en el destierro, y no sabiendo cómo demostrarles mi gratitud, sólo tengo una manera de aligerar mi corazón: ¡rezar por estos familiares tan queridos que fueron y que siguen siendo tan buenos conmigo!

También Leonia era muy buena conmigo, y hacía todo lo posible por distraerme. Yo, a veces, la hacía sufrir, pues se daba perfectamente cuenta de que María era insustituible a mi lado...

¿Y mi Celina querida? ¿Qué no hizo por su Teresa...? Los domingos, en vez de salir de paseo, venía a encerrarse horas enteras con una pobre niña que parecía idiota. Verdaderamente, [29vº] se necesitaba mucho amor para no huir de mí... ¡Hermanitas queridas, cuánto os hice sufrir...! Nadie os hizo *sufrir* tanto como yo, y nadie recibió nunca tanto *amor* como el que vosotras me prodigasteis... Gracias a Dios, tendré el cielo para resarcirme. Mi Esposo es enormemente rico, y yo meteré la mano en sus tesoros de *amor* para poder devolveros centuplicado todo lo que sufristeis por causa mía...

Mi mayor consuelo mientras estuve enferma era recibir carta de *Paulina*. La leía y la releía hasta sabérmela de memoria... Un día, Madre querida, me mandaste un reloj de arena y una de mis muñecas vestida de carmelita. Es imposible decir la alegría que sentí... A mi tío no le gustó. Decía que, en vez de hacerme pensar en el Carmelo, habría que alejarlo de mi mente. Yo, por el contrario, pensaba que la esperanza de ser un día carmelita era lo único que me hacía vivir...

Me encantaba trabajar para Paulina. Le hacía pequeños trabajos en cartulina, y mi ocupación preferida era hacer coronas de margaritas y de miosotis para la Santísima Virgen. Estábamos en el mes de mayo. Toda la naturaleza se vestía de flores y respiraba alegría. Sólo la «florecita» languidecía y parecía marchita para siempre...

La sonrisa de la Virgen

Sin embargo, tenía un sol cerca de ella. Ese sol era la *estatua milagrosa* de la Santísima Virgen, que le había hablado por dos veces a mamá44, y la florecita volvía muchas, muchas veces su corola hacia aquel astro bendito...

Un día vi que papá entraba en la habitación de María, donde yo estaba acostada, y, dándole varias monedas de oro con expresión muy triste, le dijo que escribiera a París y encargase unas misas a Nuestra Señora de las Victorias para que le curase a su pobre hijita. ¡Cómo me emocionó ver la fe y el amor de mi querido rey! [30rº] Hubiera deseado poder decirle que estaba curada, ¡pero le había dado ya tantas alegrías falsas! No eran mis deseos los que podían hacer ese *milagro*, pues la verdad es que para curarme se necesitaba un milagro...

Se necesitaba un *milagro*, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo hizo.

Un domingo45 (durante el novenario de misas), María salió al jardín, dejándome con Leonia, que estaba leyendo al lado de la ventana.

Al cabo de unos minutos, me puse a llamar muy bajito: «Mamá... mamá». Leonia, acostumbrada a oírme llamar siempre así, no hizo caso. Aquello duró un largo rato. Entonces llamé más fuerte, y, por fin, volvió María. La vi perfectamente entrar, pero no podía decir que la reconociera, y seguí llamando, cada vez más fuerte: «Mamá...» *Sufría mucho* con aquella lucha violenta e inexplicable, y María sufría quizás todavía más que yo. Tras intentar inútilmente hacerme ver que estaba allí a mi lado, se puso de rodillas junto a mi cama con Leonia y Celina. Luego, volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una *madre* que pide la vida de su hija, *María* alcanzó lo que deseaba...

También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cielo, suplicándole con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella...

De repente, la Santísima Virgen me pareció *hermosa*, tan *hermosa*, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen».

En aquel momento, todas mis penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de pura alegría... ¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Sí, [30vº] pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces *desaparecería mi felicidad*.

Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido... Precisamente a ella y a sus súplicas fervientes debía yo la gracia de las *sonrisa* de la Reina de los cielos. Al ver mi mirada fija en la Santísima Virgen, pensó: «¡Teresa está curada!» Sí, la florecita iba a renacer a la vida. El *rayo* luminoso que la había reanimado no iba ya a interrumpir sus favores. No actuó de golpe, sino que lentamente, suavemente fue levantando a su flor y la fortaleció de tal suerte, que cinco años más tarde abría sus pétalos en la montaña del Carmelo.

Como he dicho, María había adivinado que la Santísima Virgen me había concedido alguna gracia secreta. Así que, cuando me quedé a solas con ella, me preguntó qué había visto. No pude resistirme a sus tiernas e insistentes preguntas; y sorprendida de ver que mi secreto había sido descubierto sin que yo lo revelara, se lo confié enteramente a mi querida María...

Pero, ¡ay!, como lo había imaginado, mi dicha iba a desaparecer y a convertirse en amargura... El recuerdo de aquella gracia inefable que había recibido fue para mí, durante cuatro años, un verdadero *sufrimiento del alma*. Sólo volvería en encontrar mi dicha a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, y entonces la recibí en *toda* su *plenitud*... Más adelante volveré a hablar de esta segunda gracia de la Santísima Virgen. Ahora quiero contarte, Madre mía, cómo mi dicha se convirtió en tristeza.

María, después de escuchar el ingenuo y sincero relato de «mi gracia», me pidió permiso para contarlo en el Carmelo, y no podía decirle que no....

En mi primera visita a ese Carmelo querido me sentí inundada de gozo al ver a mi *Paulina* vestida con el hábito de la Virgen. [31rº] Fue un momento muy dulce para las dos... Teníamos tantas cosas que decirnos, que a mí no me salía nada, me ahogaba de emoción...

La madre María de Gonzaga también estaba allí y me daba mil muestras de cariño. Vi también a otras hermanas, y delante de ellas me preguntaron por la gracia que había recibido, y [María] me preguntó si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús, y si había mucha luz, etc.

Todas estas preguntas me turbaron y me hicieron sufrir. Yo no podía decir más que una cosa: «La Santísima Virgen me había parecido *muy hermosa*..., y la había visto *sonreírme.* Lo *único* que me había impresionado era su rostro.

Por eso, al ver que las carmelitas se imaginaban otra cosa muy distinta (mis sufrimientos del alma respecto a mi enfermedad ya había comenzado), me imaginé que *había mentido*...

Seguramente, si hubiera guardado mi secreto, habría conservado también mi felicidad. Pero la Santísima Virgen permitió este tormento para bien de mi alma. Sin él, tal vez hubiera tenido algún pensamiento de vanidad, mientras que, tocándome en suerte la *humillación*, no podía mirarme a mí misma sin un sentimiento de *profundo horror*...

¡Sólo en el cielo podré decir cuánto sufrí...!

NOTAS AL CAPÍTULO III

32 Internado de las benedictinas, que funcionaba en la Abadía de Notre―Dame―du―Pré [Nuestra Señora del Prado], en Lisieux. Allí se encontrará Teresa con sus primas Guérin y con su hermana Celina, medio pensionista como ella.

33 Primas carnales de las hijas de los Guérin.

34 Parque en forma de estrella, en el camino de Pont―l'Evêque [Puente del Obispo], no lejos de los Buissonnets, que más tarde fue parcelado.

35 La separación es una de las obsesiones de Teresa, de la que nunca llegará a liberarse por completo (cf Ms A 9rº, 41rº, 43vº, 62rº, 68vº; Cta 21, 134, 167, entre otras). Sin embargo, en Ms C 9rº/vº puede verse el heroísmo con que habría aceptado el exilio de sus hermanas a Indochina.

36 María Guérin, futura sor María de la Eucaristía.

37 En aquella época sólo los familiares cercanos y las jóvenes podían ver a las carmelitas.

38 El 25 de marzo; Teresa tenía diez años.

39 Este médico, al que consultó la señora de Martin durante su enfermedad, atendió al señor Martin desde 1887 hasta 1889; al parecer, no entendió nada de la enfermedad de Teresa.

40 Amada Roger, cocinera de la familia Guérin.

41 Las tomas de hábito de las cinco hermanas Martin (incluida Leonia).

42 Esta era la opinión de los Guérin, como lo declaró Juana de La Néele en el PO (pp. 240―241). Según el Dr. Gayral, se trataba de una neurosis tras seis meses de angustia: «Al vivir en la impresión de que su segunda mamá la había abandonado, cayó en una conducta de regresión a la infancia para hacerse mimar como un bebé» (revista Carmel, 1959,2, pp. 81―96).

43 El P. Almiro Pichon, jesuita.

44 Una sola vez, después de la muerte de la pequeña Elena, según una nota de la madre Inés.

45 El día de Pentecostés, 13/5/1883; Teresa llevaba cuarenta y nueve días enferma.

A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO IV

PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (1883―1886)

Al hablar de las visitas a las carmelitas, me viene a la memoria la primera, que tuvo lugar poco después de la entrada de *Paulina*. Me olvidé de hablar de ella más arriba, pero hay un detalle que no quiero omitir.

La mañana del día en que debía ir al locutorio, reflexionando sola en la cama (pues era allí donde hacía yo mis meditaciones más profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba yo siempre a mi Amado), me preguntaba cómo me llamaría en el Carmelo. Sabía que había ya en él una sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podían quitarme mi bonito nombre de Teresa. De pronto, pensé [31vº] en el *Niño* Jesús, a quien tanto quería, y me dije: «¡Cómo me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús!»
En el locutorio *no dije nada* del *sueño* que había tenido completamente despierta. Pero al preguntar la madre *María de Gonzaga* a las hermanas qué nombre me pondrían, se le ocurrió darme el nombre que yo había *soñado*... Me alegré enormemente, y aquella feliz coincidencia de pensamientos me pareció una delicadeza de mi Amado, el Niño Jesús.

Estampas y lecturas

Me he olvidado también de algunos pequeños detalles de ni niñez de antes de tu entrada en el Carmelo. No te he hablado de mi amor a las estampas y a la lectura... Y, sin embargo, a las preciosas estampas que tú me dabas como premio debo una de las más dulces alegrías y de las más fuertes impresiones que me han incitado a la práctica de la virtud... Me pasaba las horas muertas mirándolas. Por ejemplo, la «*florecita* del divino Prisionero» era tan sugestiva, que me quedaba ensimismada mirándola. Al ver que el nombre de *Paulina* estaba escrito al pie de la florecita, me hubiera gustado que el de Teresa estuviera también allí, y me ofrecía a Jesús para ser su *florecita*...

No sabía jugar, pero me gustaba mucho la lectura46, y me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente tenía unos *ángeles* de la tierra que me elegían unos libros que, a la vez que me distraían, alimentaban mi espíritu y mi corazón. Además, no podía dedicar a la lectura más que un determinado tiempo, lo cual era para mí motivo de grandes sacrificios, pues muchas veces tenía que interrumpirla en lo más interesante de un pasaje...

Esta afición a la lectura duró hasta mi entrada en el Carmelo. Me sería imposible decir el número de libros que pasaron por mis manos; pero nunca permitió Dios que leyera ni uno sólo que pudiera hacerme daño. Es cierto que, al leer ciertos relatos caballerescos, no siempre percibía en un primer momento la *realidad* de la *vida*; pero pronto Dios me daba a [32rº] entender que la verdadera gloria es la que ha de durar para siempre y que para alcanzarla no es necesario hacer obras deslumbrantes, sino esconderse y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha...

Así, al leer los relatos de las hazañas patrióticas de las heroínas francesas, y en especial las de la *venerable* JUANA DE ARCO, me venían grandes deseos de imitarlas. Me parecía sentir en mi interior el mismo ardor que las había animado a ellas y la misma inspiración celestial.

Por entonces recibí una gracia que siempre he considerado como una de las más grandes de mi vida, ya que en esa edad no recibía las *luces* de que ahora me veo inundada. Pensé que había nacido para la *gloria*, y, buscando la forma de alcanzarla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de escribir. Me hizo también comprender que mi *gloria* no brillaría ante los ojos de los mortales, sino que consistiría en ¡¡¡llegar a ser una gran *santa*...!!!

Este deseo podría parecer temerario, si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era, y que aún soy después de siete años vividos en religión. No obstante, sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos -que no tengo *ninguno*-, sino en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Sólo él, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará *santa*.

Yo no pensaba entonces que para llegar a la santidad había que sufrir mucho. Dios no tardó en mostrármelo, enviándome las pruebas que he contado antes...

Ahora he de reanudar mi relato en el punto en que lo había dejado.

Tres meses después de mi curación, papá nos llevó de viaje a Alençon. Era la primera vez que volvía allí, y fue muy grande mi alegría al volver a ver los parajes en los que había transcurrido ni niñez, [32vº] y sobre todo al poder rezar sobre la tumba de mamá y pedirle que me protegiera siempre...

Dios me concedió la gracia de no conocer el mundo, a no ser justo para despreciarlo y alejarme de él. Podría decir que durante mi estancia en Alençon fue cuando hice mi *presentación* en *sociedad*. Todo era alegría y felicidad en torno a mí. Me veía festejada, mimada, admirada. En una palabra, durante quince días mi vida sólo se vio sembrada de flores... Y confieso que aquella vida tenía sus encantos para mí. La Sabiduría tiene mucha razón cuando dice: «El hechizo de las bagatelas del mundo seduce hasta a las mentes sin malicia». A los diez años, el corazón se deja fácilmente deslumbrar. Por eso considero como una gracia muy grande el no haberme quedado en Alençon. Los amigos que teníamos allí eran demasiado mundanos y compaginaban demasiado las alegrías de la tierra con el servicio de Dios. No pensaban lo bastante en la *muerte*, y sin embargo la *muerte* ha venido a visitar a un gran número de personas a las que yo conocí, ¡¡¡jóvenes, ricas y felices!!! Me gusta volver con el pensamiento a los lugares *encantadores* donde vivieron, preguntarme dónde están, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida... Y veo que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol..., y que el *único bien* que vale la pena es amar a Dios con todo el corazón y ser *pobres* de espíritu aquí en la tierra...

Tal vez Jesús quiso mostrarme el mundo antes de hacerme la *primera visita*, para que eligiera más libremente el camino que iba a prometerle seguir.

Primera comunión

La época de mi primera comunión ha quedado grabada en mi corazón como un recuerdo sin nubes. Creo que no podía estar mejor preparada de lo que lo estuve, y mis sufrimientos del alma desaparecieron durante casi un año. Jesús quería darme a gustar la alegría más plena posible en este valle de lágrimas...

[33rº] ¿Recuerdas, Madre querida, el precioso librito que me preparaste47 tres meses antes de mi primera comunión...? Aquel librito me ayudó a preparar metódica y rápidamente mi corazón; pues si bien es cierto que ya lo venía preparando desde hacía mucho tiempo, era necesario darle un nuevo impulso, llenarlo de *flores nuevas* para que Jesús pudiese descansar a gusto en él...

Todos los días hacía un gran número de prácticas, que eran otras tantas *flores*. Decía también un número todavía mayor de jaculatorias, que tú me habías escrito para cada día en el librito, y esos actos de amor eran los *capullos* de las flores...

Todas las semanas tú me escribías una linda cartita, que me llenaba el alma de pensamientos profundos y me ayudaba a practicar la virtud. Aquella carta era un consuelo para tu pobre hijita, que hacía un *sacrificio tan grande* al aceptar que no fueras tú quien la preparara cada tarde en tu regazo, como lo habías hecho con Celina...

María reemplazó a Paulina. Me sentaba en su regazo y allí escuchaba *con avidez* lo que me decía. Creo que todo su corazón, tan *grande* y tan *generoso*, se volcaba en el mío. Como los grandes guerreros enseñan a sus hijos el oficio de las armas, así me hablaba ella de las *luchas* de la vida y de la palma que se entregará a los vencedores... María me hablaba también de las riquezas inmortales que podemos atesorar fácilmente cada día, y de la desgracia que sería pasar junto a ellas sin querer tomarse la molestia de extender la mano para cogerlas. Luego me enseñaba la forma de ser *santa* por la fidelidad en las cosas más pequeñas. Me dio la hojita «El renunciamiento», que yo meditaba con auténtico placer...

¡Y qué elocuente que era mi querida madrina! Me hubiera gustado no ser yo la única que escuchase sus profundas enseñanzas. Me *llegaban* tan *a lo hondo*, que, en mi ingenuidad, pensaba que hasta los más grandes pecadores se habrían conmovido como yo, y que, abandonando sus riquezas perecederas, sólo querrían ganar ya [33vº] las del cielo...

Hasta entonces, nadie me había enseñado todavía la forma de hacer oración, a pesar de que tenía muchas ganas. Pero María pensaba que era ya bastante piadosa, y no me dejaba hacer más que mis oraciones.

Un día, una de las profesoras de la Abadía me preguntó qué hacía los días libres cuando estaba sola. Yo le contesté que me metía en un espacio vacío que había detrás de mi cama y que podía cerrar fácilmente con la cortina, y que allí *«pensaba»*. -¿Y en qué piensas?, me dijo. -Pienso, en Dios, en la vida..., en la ETERNIDAD, bueno, *pienso*48... La religiosa se rió mucho de mí. Más tarde, le gustaba recordarme aquel tiempo en que yo *pensaba*, y me preguntaba si todavía seguía *pensando*... Ahora comprendo que, sin saberlo, hacía oración y que ya Dios me instruía en lo secreto.

Los tres meses de preparación pasaron rápidamente, y pronto tuve que entrar en ejercicios, y para ello hacerme pensionista interna y dormir en la Abadía.

Me resulta imposible expresar el dulce recuerdo que me dejaron estos ejercicios. Verdaderamente, si había sufrido mucho en el internado, la dicha inefable de aquellos pocos días pasados a la espera de Jesús me compensó abundantemente... No creo que se puedan saborear estas alegrías en otra parte que en las comunidades religiosas.

Como éramos pocas niñas, era fácil ocuparse de cada una en particular, y nuestras profesoras nos prodigaron en esos días unos cuidados verdaderamente maternales. De mí se ocupaban aún más que de las otras. Todas las noches, la primera profesora venía con su linternita a darme un beso en la cama y me demostraba un gran cariño. Una noche, ganada por su bondad, le dije que iba a confiarle un secreto; y sacando misteriosamente mi *precioso librito* de debajo de la almohada, se lo enseñé con los ojos resplandecientes de alegría...

Por la mañana, me resultaba muy divertido ver a todas las alumnas levantarse apenas nos despertaban [34rº], y hacer lo que todas. Pero yo no estaba acostumbrada a arreglarme sola, y María no estaba allí para *rizarme* el pelo. Así que tenía ir tímidamente a presentar mi peine a la profesora encargada del cuarto de tocador, la cual se reía al ver a una jovencita de once años que no sabía arreglarse por sí sola; pero me peinaba, aunque no con la *delicadeza* de María; sin embargo, no me atrevía a *chillar*, como hacía todos los días bajo la *delicada* mano de mi *madrina*...

Durante estos ejercicios pude comprobar que era una niña mimada y rodeada de cariño como pocas en el mundo, sobre todo entre las niñas huérfanas de madre... Todos los días, María y Leonia venían a verme con papá, que me colmaba de caricias. Así que no sufrí por estar lejos de la familia y no hubo nada que oscureciese el hermoso cielo de mis ejercicios.

Escuchaba con mucha atención las pláticas que nos daba el Sr. abate Domin49, y hasta escribía un resumen de las mismas. En cuanto a mis propios *pensamientos*, no quise escribir ninguno, segura de que me acordaría bien de ellos, como así fue...

Me gustaba mucho ir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre mis compañeras por un *gran crucifijo* que me había regalado Leonia y que llevaba puesto en el cinturón como los misioneros. Aquel crucifijo despertaba la envidia de las religiosas, que pensaban que, al llevarlo, yo quería imitar a mi *hermana la carmelita*...

¡Y sí, hacia ella volaban mis pensamientos! Yo sabía que *mi Paulina* estaba de ejercicios como yo50, no para que Jesús se entregase a ella, sino para entregarse ella a Jesús51, y aquella soledad, pasada en la espera, me resultaba por eso doblemente grata...

Recuerdo que una mañana me habían llevado a la enfermería porque tosía mucho (desde mi enfermedad, las profesoras se preocupaban mucho por mi salud: por un ligero dolor de cabeza, o si me veían más pálida que de [34vº] costumbre, me mandaban ya a tomar el aire o a descansar en la enfermería). Vi entrar a mi *Celina querida*; había conseguido permiso para verme, a pesar de estar en ejercicios, para regalarme una estampa que me gustó mucho; era «La florecita del Divino Prisionero». ¡Cómo me gustó recibir este recuerdo de manos de *Celina*...! ¡Cuántos sentimientos de amor no me ha inspirado...!

La víspera del gran día recibí por segunda vez la absolución. La confesión general me dejó una gran paz en el alma, y Dios no permitió que viniera a turbarla ni la más ligera nube.

Por la tarde pedí perdón a *toda* la *familia*, que fue a verme, pero sólo pude hablar el lenguaje de las lágrimas, pues estaba demasiado emocionada... Paulina no estaba allí, pero sabía que estaba muy cerca de mí con el corazón. Me había mandado con María un *preciosa estampa*, que no me cansaba de admirar y de hacer admirar a todo el mundo...

Había escrito al P. Pichon para encomendarme a sus oraciones, y diciéndole también que pronto sería carmelita y que entonces él sería mi director espiritual. (Y así ocurrió efectivamente cuatro años más tarde, pues en el Carmelo pude abrirle mi alma...). María me entregó una carta *suya*. ¡Realmente, era feliz...! Todas las alegrías me llegaban juntas. Lo que más me gustó de su carta fue esta frase: «¡Mañana celebraré el santo sacrifico por ti y por Paulina!» El 8 de mayo Paulina y Teresa quedaron más unidas que nunca, pues Jesús parecía fundirlas en una, inundándolas de sus gracias...
Finamente llegó el más hermoso de los días. ¡Qué inefables recuerdos han dejado en mi alma hasta los *más pequeños detalles* de esta jornada de cielo...! El gozoso despertar de la aurora, los besos *respetuosos* y tiernos de las profesoras y de las [35rº] compañeras mayores... La gran sala repleta de *copos de nieve*, con los que nos iban vistiendo a las niñas una tras otra. Y sobre todo, la entrada en la capilla y el precioso canto *matinal* «¡Oh altar sagrado, que rodean los ángeles!»

Pero no quiero entrar en detalles. Hay cosas que si se exponen al aire pierden su perfume, y hay *sentimientos* del *alma* que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin que pierdan su sentido íntimo y celestial. Son como

aquella «piedra blanca que se dará al vencedor, en la que hay escrito un nombre nuevo que *sólo conoce* el que la recibe».

¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de *amor*. Me sentía amada, y decía a mi vez: «Te amo y me entrego a ti para siempre».

No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo, Jesús y la pobre Teresita se habían *mirado* y se habían comprendido... Aquel día no fue ya una *mirada*, sino una *fusión*. Ya no eran *dos*: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano. Sólo quedaba Jesús, él era el dueño, el rey. ¿No le había pedido Teresa que le quitara su *libertad*, pues su *libertad* le daba miedo? ¡Se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fuerza divina...!

Su alegría era demasiado grande y demasiado profunda para poder contenerla. Pronto la inundaron lágrimas deliciosas, con gran asombro de sus compañeras, que más tarde comentaban entre ellas: «-¿Por qué lloraba? ¿Habría algo que la atormentaba? -No, sería porque no tenía a su madre a su lado, o a su hermana la carmelita a la que tanto quiere». No comprendían que cuando toda la alegría del cielo baja a un corazón, este corazón *desterrado* no puede soportarlo sin deshacerse en lágrimas...

No, el día de mi primera comunión, no me entristecía la ausencia de mamá: ¿no estaba el cielo [35vº] dentro de mi alma, y no ocupaba en él un lugar mi mamá desde hacía mucho tiempo? Entonces, al recibir la visita de Jesús, recibía también la de mi madre querida, que me bendecía y se alegraba de mi felicidad...

Y no lloraba tampoco la ausencia de Paulina. Qué duda cabe que me habría encantado verla a mi lado, pero hacía mucho tiempo que había aceptado ese sacrificio. Aquel día, sólo la alegría llenaba mi corazón; y yo me unía a mi Paulina, que se estaba entregando de manera irrevocable a Quien tan amorosamente se entregaba a mí...

Por la tarde, fui yo la encargada de pronunciar el acto de consagración a la Santísima Virgen. Era justo que yo, que había sido privada tan joven de la madre de la tierra, *hablase e*n nombre de mis compañeras a mi Madre del cielo. Puse toda mi alma al *hablarle* y al consagrarme a ella, como una niña que se arroja en los brazos de su Madre y le pide que vele por ella. Y creo que la Santísima Virgen debió de mirar a su florecita y *sonreírle.* ¿No la había curado ella con su *sonrisa visible...?* ¿No había ella depositado en el cáliz de su florecita a su Jesús, la Flor de los campos y el Lirio de los valles...?

Al atardecer de aquel hermoso día, volví a encontrarme con mi familia de la tierra. Ya por la mañana, después de Misa, había abrazado a *papá* y a todos mis queridos parientes. Pero ahora fue la verdadera reunión. Papá, tomando de la mano a su reinecita, se dirigió al *Carmelo...* Allí vi a mi *Paulina,* convertida en esposa de Cristo. La vi con su velo, blanco como el mío, y con su corona de rosas... ¡Fue una alegría sin amarguras! ¡Esperaba reunirme pronto con ella, y esperar juntas el *cielo!*

No fui insensible a la fiesta de familia que tuvo lugar en aquel atardecer de mi primera comunión. El precioso reloj que me regaló mi rey me gustó muchísimo. Pero mi alegría era serena, y nada vino a turbar mi paz interior.

María me acostó con ella la noche que siguió a aquel hermoso día, pues a los días más radiantes les sigue la oscuridad, y sólo el día de la primera, de la única, [36rº] de la eterna comunión del cielo será un día sin ocaso...

El día siguiente a mi primera comunión fue también un día hermoso, pero estuvo teñido de melancolía. Ni el precioso vestido que María me había comprado, ni todos los regalos que había recibido me llenaban el corazón. Sólo Jesus podía saciarme. Ansiaba el momento de poder recibirle por segunda vez.

Aproximadamente un mes después de mi primera comunión, fui a confesarme para la fiesta de la Ascensión, y me atreví a pedir permiso para comulgar. Contra toda esperanza, el Sr. abate me lo concedió, y tuve la dicha de arrodillarme a la Sagrada Mesa entre papá y María. ¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron las lágrimas con inefable dulzura. Me repetía a mí misma sin cesar estas palabras de san Pablo: «Ya no vivo yo, ¡es Jesús quien vive en mí...!»

A partir de esta comunión, se fue haciendo cada vez mayor mi deseo de recibir al Señor. Obtuve permiso para comulgar en todas las fiestas importantes. La víspera de estos días dichosos, María me ponía al atardecer en su regazo y me preparaba como lo había hecho para mi primera comunión. Recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que probablemente yo no transitaría por ese camino, sino que Dios me llevaría siempre como a una niña...

Al día siguiente, después de comulgar, me volvieron a la memoria las palabras de María. Y sentí nacer en mi corazón un *gran deseo* de *sufrir*52, y, al mismo tiempo, la íntima convicción que Jesús me tenía reservado un gran número de cruces. Y me sentí inundada de tan *grandes* consuelos, que los considero como una de las *mayores* gracias de mi vida.

El sufrimiento se convirtió en mi sueño dorado. Tenía un hechizo que me fascinaba, aun sin acabar de conocerlo. Hasta entonces, había sufrido sin *amar* el sufrimiento; a partir de ese día, sentí por él [36vº] un verdadero amor.

Sentía también el deseo de no amar más que a Dios y de no hallar alegría fuera de él. Con frecuencia, durante las comuniones, le repetía estas palabras de la Imitación: «¡Oh, Jesús, *dulzura* infinita, cámbiame en *amargura* todos los consuelos de la tierra53...!» Esta oración brotaba de mis labios sin esfuerzo y sin dificultad alguna. Me parecía repetirla, no por propia voluntad, sino como una niña que repite las palabras que le inspira un amigo...
Más adelante te diré, Madre querida, cómo tuvo a bien Jesús hacer realidad mi deseo y cómo sólo él fue siempre mi *dulzura* inefable. Si te hablase de ello ahora, tendría que anticipar el relato de mis años de juventud, y aún me quedan por contar muchos detalles de mi vida de niña.

Confirmación

Poco después de mi primera comunión entré de nuevo en ejercicios espirituales para la confirmación54. Me preparé con gran esmero para recibir la visita del Espíritu Santo. No entendía cómo no se cuidaba mucho la recepción de este sacramento de *amor*. Normalmente, para la confirmación sólo se hacía un día de retiro. Pero como Monseñor no pudo venir para el día fijado, tuve el consuelo de pasar dos días de soledad. Para distraernos, la profesora nos llevó al Monte Casino55, donde cogí a manos llenas *margaritas gigantes* para la fiesta del Corpus.

¡Qué gozo sentía en el alma! Al igual que los apóstoles, esperaba jubilosa la visita del Espíritu Santo... Me alegraba al pensar que pronto sería una cristiana perfecta, y, sobre todo, que iba a llevar eternamente marcada en la frente la cruz misteriosa que traza el obispo al administrar este sacramento...

Por fin, llego el momento feliz. No sentí ningún viento impetuoso al descender el Espíritu Santo, sino más bien aquella *brisa tenue* cuyo susurro escuchó Elías en el monte Horeb...

Aquel día recibí la fortaleza para *sufrir*, ya que pronto iba a comenzar el martirio de mi alma...

[37rº] Mi Leonia querida fue la madrina, y estaba tan emocionada, que no dejó de llorar durante toda la ceremonia. Recibió conmigo la sagrada comunión, pues aquel día feliz tuve la dicha de volver a unirme a Jesús.

Pasadas estas fiestas deliciosas e inolvidables, mi vida volvió a la *normalidad*; es decir, tuve que reanudar la vida de pensionista, que tan penosa me resultaba.

Aquellos días que rodearon mi primera comunión, me gustaba convivir con las niñas de mi edad, todas ellas llenas de buena voluntad y decididas, como yo, a tomar en serio la práctica de la virtud. Pero ahora tenía que volver a ponerme en contacto con alumnas muy diferentes, disipadas, que no querían guardar el reglamento, y eso me hacía muy desgraciada.

Yo era de carácter alegre, pero no sabía jugar a los juegos de las niñas de mi edad. Muchas veces, en el recreo, me apoyaba en un árbol y desde allí contemplaba el *espectáculo* sumida en profundas reflexiones.

Había inventado un juego que me gustaba mucho. Consistía en enterrar a los pobres pajaritos que encontrábamos muertos bajo los árboles. Muchas alumnas se animaron a ayudarme, de forma que nuestro cementerio quedó muy bonito, todo plantado de árboles y flores proporcionados al tamaño de nuestros pajaritos.

También me gustaba contar historietas que yo misma inventaba a medida que me iban viniendo a la imaginación. Entonces mis compañeras me rodeaban presurosas, y a veces algunas de las mayores se unían al grupo de las oyentes. Una misma historia solía durar varios días, pues me gustaba hacerla cada vez más interesante a medida que iba viendo en los rostros de mis compañeras la impresión que producía. Pero la profesora no tardó en prohibirme ese oficio de *orador*, pues quería vernos jugar y *correr*, en lugar de *discurrir*...

Retenía con facilidad el sentido de lo que estudiaba, pero me costaba trabajo aprender de memoria. Por eso, el año que precedió a mi primera comunión, pedía [37vº] permiso casi todos los días para estudiar el catecismo durante el recreo. Mi esfuerzos se vieron coronados por el éxito, y fui siempre la primera. Si, por casualidad, perdía ese puesto por una *sola palabra que hubiera olvidado*, mi dolor se exteriorizaba en lágrimas amargas que el Sr. abate Domin no

sabía cómo calmar... Estaba muy contento de mí (excepto cuando lloraba) y me llamaba su *doctorcito*, debido a mi nombre de Teresa.

Una vez, la alumna que me seguía no supo hacer a su compañera la pregunta del catecismo56. El Sr. abate preguntó en vano a toda la fila de alumnas, hasta llegar a mí, y entonces dijo que quería ver si merecía el primer puesto. Yo, en mi *profunda humildad*, no deseaba otra cosa, y, levantándome, muy segura de mí misma, contesté a lo que se me preguntaba sin cometer ni un solo error, con gran asombro de toda la clase...

Mi interés por el catecismo continuó, después de mi primera comunión, hasta que salí del internado.

Me iba muy bien en los estudios y era casi siempre la primera. En lo que más descollaba era en historia y en redacción. Todas mis profesoras me tenían por una alumna muy inteligente. Pero no sucedía lo mismo en casa de mi tío, donde pasaba por ser una pequeña ignorante, buena y dulce, sí, pero poco capaz y torpe...

No me extraña esa opinión que mis tíos tenían de mí, y que sin duda aún siguen teniendo, pues apenas hablaba y era muy tímida, y cuando escribía, mi *letra* de *gato* y mi ortografía, que no es más que normalita, no eran para *entusiasmar* a nadie...

Verdad es que las pequeñas labores de costura, de bordado y otras por el estilo se me daban bien y a gusto de mis profesoras. Pero la manera *torpe* y desmañada de sujetar la *labor* justificaba la opinión poco favorable que tenían de mí.

Todo esto lo considero como una gracia, pues Dios, que quería mi corazón [38rº] sólo para él, escuchaba ya mi súplica, «cambiándome en amargura todos los consuelos de la tierra»57. Y, por cierto, que tenía una gran necesidad de ello, pues no era precisamente insensible a los elogios. Con bastante frecuencia alababan delante de mí la inteligencia de las demás, pero nunca la mía, por lo que llegué a la conclusión de que no era inteligente, y me resigné a no serlo...

Mi corazón sensible y cariñoso se hubiera entregado fácilmente si hubiera encontrado un corazón capaz de comprenderlo.

Intenté trabar amistad con algunas niñas de mi edad, sobre todo con dos de ellas. Yo las quería, y también ellas me querían a mí en la medida en que *podían*. Pero, ¡¡¡ay, qué *raquítico* y *voluble* es el corazón de las criaturas...!!! Pronto comprobé que mi amor no era correspondido. Una de mis amigas tuvo que irse a su casa, y regresó pocos meses después. Durante su ausencia, yo la *había recordado* y había guardado cuidadosamente un pequeña sortija que me había regalado. Al ver de nuevo a mi compañera, me alegré mucho, pero, ¡ay!, sólo logré de ella una mirada indiferente... Mi amor no era comprendido. Lo sentí mucho, y no quise *mendigar* un cariño que me negaban. Pero Dios me ha dado un corazón tan fiel, que cuando ama a alguien limpiamente, lo ama para siempre; por eso, seguí rezando por mi compañera y aún la sigo queriendo...

Al ver que Celina se había *encariñado* de una de nuestras profesoras, yo quise imitarla; pero como no sabía *ganarme* la simpatía de las criaturas, no pude conseguirlo.

¡Feliz ignorancia, que me ha librado de tantos males...! ¡Cómo le agradezco a Jesús que no me haya hecho encontrar más que «amargura en las amistades de la tierra»! Con un corazón como el mío, me habría dejado atrapar y cortar las alas, y entonces ¿cómo hubiera podido «volar y hallar reposo»? ¿Cómo va a poder unirse íntimamente a Dios un corazón entregado al afecto de las criaturas?58... Pienso que es imposible. Aunque no he llegado a beber de la copa emponzoñada [38vº] del amor demasiado ardiente de las criaturas, *sé* que no me equivoco. ¡He visto a tantas almas volar como pobres mariposas y quemarse las alas, seducidas por esta *luz engañosa*, y luego volver a la verdadera, a la dulce luz del *amor*, que les daba nuevas alas, más brillantes y más ligeras, para poder volar hacia Jesús, ese Fuego divino «que arde sin consumirse»!

¡Sí, lo sé! Jesús me veía demasiado débil para exponerme a la tentación. Tal vez me hubiera dejado quemar toda entera por esa *luz engañosa*, si la hubiera visto brillar ante mis ojos... Pero no fue así. Yo sólo he encontrado amargura donde otras almas más fuertes encuentran alegría y se desasen de ella por fidelidad.

No tengo, pues, ningún mérito por no haberme entregado al amor de las criaturas, ya que sólo la misericordia de Dios me preservó de hacerlo... Reconozco que, sin El, habría podido caer tan bajo como santa María Magdalena, y las profundas palabras de Nuestro Señor a Simón resuenan con gran dulzura en mi alma... Lo sé muy bien: «Al que poco se le perdona, poco ama»59. Pero sé también que a mí Jesús me ha *perdonado mucho más* que a *santa María Magdalena*, pues me ha perdonado *por adelantado*, impidiéndome caer.

¡Cómo me gustaría saber explicar lo que pienso...! Voy a poner un ejemplo.

Supongamos que el hijo de un doctor muy competente encuentra en su camino una piedra que le hace caer, y que en la caída se rompe un miembro. Su padre acude enseguida, lo levanta con amor y cura sus heridas, valiéndose para ello de todos los recursos de su ciencia; y pronto su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. ¡Qué duda cabe de que a ese hijo le sobran motivos para amar a su padre!

Pero voy a hacer otra suposición. El padre, sabiendo que en el camino de su hijo hay una piedra, se apresura a ir antes que él y la retira (sin que nadie lo vea). Ciertamente que el hijo, [39rº] objeto de la ternura previsora de su padre, si DESCONOCE la desgracia de que su padre lo ha librado, no le manifestará su gratitud y le *amará menos* que si lo hubiese curado... Pero si llega a saber el peligro del que acaba de librarse, ¿no lo *amará todavía mucho más*?

Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un *Padre* que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los *justos* sino a los *pecadores*. El quiere que yo le *ame* porque me ha *perdonado*, no mucho, sino *todo*. No ha esperado a que yo le *ame mucho*, como santa María Magdalena, sino que ha querido que YO SEPA hasta qué punto él me ha amado a mí, con un amor de admirable prevención, para que ahora yo le ame a él ¡con *locura*60...!

He oído decir que no se ha encontrado todavía un alma pura que haya amado más que un alma arrepentida. ¡Cómo me gustaría desmentir esas palabras...!

Enfermedad de los escrúpulos

Veo que me he alejado mucho del tema, así que me apresuro a volver a él.

El año que siguió a mi primera comunión transcurrió, casi todo él, sin pruebas interiores para mi alma. Pero durante el retiro para la segunda comunión61 me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos... Hay que pasar por ese martirio para saber lo que es. ¡Imposible decir lo que sufrí durante un año y *medio*...! Todos mis pensamientos y mis acciones, aun los más sencillos, se me convertían en motivo de turbación. La única forma de recobrar la paz era contárselo a María62, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a decirle hasta los pensamientos extravagantes que tenía acerca de ella misma. En cuanto soltaba mi carga, disfrutaba por un momento de paz; pero esa paz pasaba como un relámpago, y enseguida volvía a comenzar mi martirio.

¡Cuánta paciencia tuvo que tener mi querida María para escucharme [39vo] sin dar nunca muestras de cansancio...!

Apenas volvía de la Abadía, ya se ponía a rizarme el pelo para el día siguiente (pues, para dar gusto a papá, la reinecita llevaba todos los días el pelo rizado, con gran admiración de sus compañeras, y especialmente de las profesoras, que no veían a niñas tan bien atendidas por sus padres). Durante la sesión, yo no dejaba de llorar, contando todos mis escrúpulos.

Al terminar el año, Celina terminó sus estudios y regresó a casa. Y la pobre Teresa, que tuvo que volver sola al colegio, no tardó en caer enferma. El único atractivo que la retenía en el internado era vivir con su inseparable Celina; sin ella, «su hijita» ya no podía seguir allí...

Señora de Papinau

Salí, pues, de la Abadía a la edad de 13 años, y continué mi educación recibiendo varias clases a la semana en casa de la «Sra. de Papinau»63. Era una persona muy buena, y *muy culta*, pero con ciertos aires de solterona. Vivía con su madre, y era una maravilla ver las buenas migas que hacían las tres (pues la *gata* era también de la *familia,* y yo tenía que soportar que ronronease sobre mis cuadernos, e incluso admirar su linda figura).

Tenía la ventaja de vivir en la intimidad de la familia. Como los Buissonnets quedaban demasiado lejos para las piernas ya un poco viejas de mi profesora, había pedido que fuera yo a su casa para las clases.

Cuando llegaba, normalmente no encontraba más que a la anciana señora de Cochain, que me miraba «con sus grandes ojos claros» y luego llamaba con voz serena y juiciosa: «¡Señora de Papinau..., la se...ñorita Te...resa está aquí...!» Su hija le contestaba inmediatamente, con voz *infantil*: «Ya voy, mamá». Y luego empezaba la clase.

Estas clases tenían también la ventaja (además de la instrucción que en ellas recibía) de hacerme conocer el mundo... ¡Quién lo hubiera creído...! En aquella sala, amueblada a la antigua, yo asistía con frecuencia, rodeada de libros y de cuadernos, [40rº] a visitas de toda índole: sacerdotes, señoras, señoritas, etc. La señora de Cochain llevaba la batuta de la conversación todo lo que podía, para que su hija pudiera darme la clase; pero esos días no

aprendía apenas nada: con la nariz encima del libro, escuchaba todo lo que decían, e incluso lo que más me valiera no haber escuchado, pues la vanidad se desliza muy fácilmente en el corazón... Una señora decía que yo tenía un pelo precioso; otra, al despedirse, creyendo que yo no la oía, preguntaba quién era aquella muchacha tan bonita. Y esas palabras, tanto más halagadoras cuanto que no se decían delante de mí, dejaban en mi alma una sensación de placer que me demostraba a las claras lo llena de amor propio que yo estaba.

¡Qué lástima me dan las almas que se pierden...! Es tan fácil extraviarse por los senderos floridos del mundo... Ciertamente, para un alma un tanto elevada, la dulzura que él ofrece va mezclada de amargura, y el vacío *inmenso* de los *deseos*64 nunca podrá llenarse con las alabanzas de un instante... Pero si mi corazón no se hubiese *elevado hacia Dios desde su primer despertar*, si el mundo me hubiese sonreído desde mi entrada en la vida, ¿qué habría sido de mí...?

¡Madre querida, con cuánta gratitud canto las misericordias del Señor...! ¿No me retiró él del mundo, según las palabras de la Sabiduría, «antes que la malicia pervirtiera mi conciencia y que la perfidia sedujera mi alma...»?

También la Santísima Virgen velaba por su florecita, y no queriendo que se marchitase al contacto con las cosas de la tierra, se la llevó a *su montaña* antes de que se abriese su corola... Mientras esperaba la llegada de ese momento feliz, Teresita iba creciendo en el amor a su Madre del cielo, y para demostrarle ese amor hizo *algo* que le *costó mucho* y que voy a contar en pocas palabras a pesar de su *extensión*.

Hija de María

[40vº] Casi inmediatamente después de mi entrada en la Abadía, ingresé en la Congregación de los Santos Angeles. Me gustaban mucho los ejercicios de devoción que en ella se prescribían, pues sentía una especial inclinación a invocar a los bienaventurados espíritus celestiales, y en particular al que Dios me dio para que fuera el compañero de mi destierro .

Poco tiempo después de mi primera comunión, la banda de aspirante a las Hijas de María sustituyó a la de los Santos Angeles, pero abandoné la Abadía sin haber sido recibida en esa congregación de la Santísima Virgen. Como salí antes de terminar los estudios, no se me permitía entrar en ella como antigua alumna. Confieso que ese privilegio no me atraía demasiado; pero pensando que todas mis hermanas habían sido «hijas de María», no quería ser menos hija que ellas de mi Madre del cielo, y fui muy humildemente (a pesar de lo mucho que costaba) a pedir permiso para ingresar en la congregación de la Santísima Virgen, en la Abadía. La primera profesora no quiso negármelo, pero me puso como condición que tenía que venir al colegio dos días a la semana , por la tarde, para demostrar que era digna de ser admitida.

Este permiso, lejos de agradarme, me costó enormemente. Yo no tenía, como las demás alumnas, una *profesora amiga* con quien poder ir a pasar el tiempo. Así es que me conformaba con ir a saludar a la profesora, y luego trabajaba en silencio hasta que terminaba la clase de labores. Nadie se fijaba en mí. Así que subía a la tribuna de la capilla y me estaba allí delante del Santísimo hasta que papá venía a buscarme.

Este era mi único consuelo. ¿No era, acaso, Jesús mi *único amigo*...? No sabía hablar con nadie más que con él. Las conversaciones con las criaturas, incluso las conversaciones piadosas, me cansaban el alma... Sentía que vale más hablar con Dios que [41rº] hablar de Dios, ¡pues se suele mezclar tanto amor propio en las conversaciones espirituales...!

¡Sólo por la Santísima Virgen iba a la Abadía...!

A veces me sentía *sola*, muy sola. Como en los días de mi vida de internado, cuando me paseaba triste y enferma por el enorme patio, yo repetía siempre estas palabras, que hacían renacer siempre la paz y la fuerza en mi corazón: «La vida es tu navío, no tu morada65». Cuando era pequeñita, estas palabras me levantaban la moral. Y todavía hoy, a pesar de los años, que hacen que desaparezcan tantos sentimientos de piedad infantil, la imagen del navío sigue cautivando mi alma y la ayuda a soportar el destierro... ¿No dice la Sabiduría que la vida es «como nave que surca las aguas agitadas sin dejar rastro alguno de su travesía...?»

Cuando pienso en estas cosas, mi alma se abisma en el infinito y me parece estar tocando ya las riberas eternas... Me parece estar ya recibiendo el abrazo de Jesús... Creo ver a mi Madre del cielo salirme al encuentro con papá..., con mamá... y con los cuatro angelitos... Creo estar gozando, por fin, para siempre de la verdadera, de la única vida de familia...

Nuevas separaciones

Pero antes de ver a la familia reunida en el *hogar paterno* del cielo, tenía que sufrir aún muchas separaciones.

El mismo año en que fui recibida como hija de la Santísima Virgen, ésta me arrebató a mi querida María66, el único sostén de mi alma... María era quien me guiaba, quien me consolaba, quien me ayudaba a practicar la virtud, ella era mi único oráculo. Es cierto que Paulina ocupaba un lugar privilegiado en mi corazón, pero Paulina estaba lejos, muy lejos de mí... Me había costado un verdadero martirio acostumbrarme a vivir sin ella, a ver interpuestos entre ella y yo unos muros infran―[41vº]queables, pero al fin había acabado por aceptar la triste realidad: había perdido a Paulina, casi como si se hubiera muerto. Ella me seguía queriendo, sí, y rezaba por mí; pero a mis ojos, *mi Paulina* querida se había convertido en una santa que ya no sabía de las cosas de la tierra, y las miserias de su pobre Teresa, si las conociera, le extrañarían y la llevarían a no quererla tanto... Además, aunque hubiera querido confiarle mis secretos, como en los Buissonnets, no hubiera podido hacerlo, pues las visitas en el locutorio eran sólo para María. Celina y yo no teníamos permiso para entrar más que al *final*, y justo el tiempo para que se nos oprimiese el corazón...

Por eso, no tenía en realidad más que a María, que me era, por así decirlo, indispensable. Sólo a ella le contaba mis escrúpulos; y la obedecía tan ciegamente, que mi confesor nunca llegó a conocer mi vergonzosa enfermedad: yo sólo le decía el número de pecados que María me permitía confesar, ni uno mas. Así que podría haber pasado por el alma menos escrupulosa del mundo, a pesar de serlo en sumo grado.

María sabía, pues, todo lo que pasaba en mi alma y conocía también mis deseos del Carmelo; y yo la quería tanto, que no podía vivir sin ella. Todos los años, nuestra tía nos invitaba a ir, turnándonos, a su casa de Trouville. A mí me gustaba mucho ir, pero con María; cuando no la tenía a mi lado, me aburría mucho.

Una vez, sin embargo, me lo pasé bien en Trouville67. Fue el año en que papá realizó el viaje a Constantinopla. Para distraernos un poco (pues estábamos muy tristes porque papá estaba tan lejos), María nos mandó a Celina y a mí a pasar quince días en la playa. Yo me divertí mucho, porque tenía conmigo a Celina. Nuestra tía nos daba todos los gustos posibles: paseos en burro, pesca de agujas, etc.

Yo era todavía muy niña [42rº], a pesar de mis doce años y medio. Me acuerdo de la alegría que sentí cuando me puse las preciosas cintas azules que mi tía me regaló para el pelo; y también me acuerdo que me confesé en Trouville de esa complacencia infantil, que me parecía pecado...

Una noche, tuve una experiencia que me abrió mucho los ojos. María (Guérin), que casi siempre estaba enferma, *lloriqueaba* con frecuencia, y entonces mi tía la mimaba y le prodigaba los nombres más tiernos, sin que por eso mi querida primita dejase de lloriquear y de quejarse de que le dolía la cabeza. Yo, que tenía también casi todos los días dolor de cabeza, y no me quejaba, quise una noche imitar a María y me puse a lloriquear echada en un sillón, en un rincón de la sala. Enseguida Juana y mi tía vinieron solícitas a mi lado, preguntándome qué tenía. Yo les contesté, como María: «Me duele la cabeza». Pero al parecer eso de quejarme no se me daba bien, pues no puede convencerlas de que fuese el dolor de cabeza lo que me hacía llorar. En lugar de mimarme, me hablaron como a una persona mayor y Juana me reprochó el que no tuviera confianza con mi tía, pues pensaba que lo que yo tenía era un problema de conciencia... En fin, salí sin más daño que el haber trabajado en balde y muy decidida a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fábula de «El asno y el perrito68». Yo era como el *asno*, que, viendo las caricias que le hacían al *perrito*, fue a poner su pesada pata sobre la mesa para recibir también él su ración de besos. Pero, ¡ay!, si no recibí palos, como el pobre animal, recibí realmente el pago que me merecía, y la lección me curó para toda la vida del deseo de atraer sobre mí la atención de los demás. ¡El único intento que hice para ello me costó demasiado caro...!

Al año siguiente, que fue el de la partida de mi querida madrina, nuestra tía me volvió a invitar, pero en esta ocasión a mí sola, y me encontré tan perdida y tan fuera de lugar, que al [42vº] cabo de dos o tres días caí enferma y tuvieron que llevarme de vuelta a Lisieux69. La enfermedad, que temían que fuese grave, no era más que nostalgia de los Buissonnets, y apenas puse los pies en ellos me curé ...
Bien, pues a esa niña iba Dios a arrebatarle el único apoyo que la ataba a la vida...

En cuanto supe la decisión de María, tomé la resolución de no volver a apegar mi corazón a nada en la tierra...

Después de salir del internado, me había instalado en el cuarto de pintura de *Paulina* y lo había arreglado a mi gusto. Era una verdadera leonera, una mezcla de objetos de piedad y curiosidades, un jardín y una pajarera...

Así, por ejemplo, en el fondo destacaba sobre la pared una *gran cruz* de madera negra, sin Cristo, y unos dibujos que me gustaban. En otra pared, una cesta adornada con muselina y con cintas de color rosa con hierbas finas y flores. Finalmente, en la otra pared, campeaba el retrato de *Paulina* a los diez años. Y bajo este retrato tenía una

mesa sobre la que estaba colocada una *gran jaula* en la que había encerrados un *gran* número de pájaros cuyo gorjeo melodioso aturdía a los visitantes, pero no a su amita, que los quería mucho...

Tenía también el «mueblecito blanco», repleto de mis libros de texto, cuadernos, etc.; y sobre este mueble tenía colocada una estatua de la Santísima Virgen con floreros siempre llenos de flores naturales y con candeleros; y, todo alrededor, una gran cantidad de imagencitas de santos y santas, cestitas de conchas, cajas de cartulina, etc. Por último, delante de la ventana, mi jardín *colgante*, en el que cuidaba macetas (con las flores más raras que lograba encontrar). Tenía también, en el interior de «mi museo», una jardinera, en la que ponía mi planta favorita...

Frente a la [43rº] ventana, estaba colocada la mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre el tapete, en el medio, tenía puesto un *reloj de arena*, una imagencita de san José, un portarrelojes, cestas de flores, un tintero, etc... Algunas sillas *rotas* y la preciosa cuna de muñecas de *Paulina* completaban mi ajuar.

Realmente, esta pobre buhardilla era un mundo para mí, y, como el Sr. de Maistre, también yo podría componer un libro titulado «Paseo alrededor de mi cuarto». En esta habitación me gustaba pasarme horas enteras, estudiando y meditando ante el hermoso panorama que se abría ante mis ojos...

Al conocer la partida de María, mi *cuarto* perdió para mí todo su encanto. No quería separarme ni un solo instante de la hermana querida que pronto iba a levantar el vuelo... ¡Cuántos actos de paciencia le hice practicar! *Cada vez* que pasaba ante la puerta de su habitación, llamaba hasta que me abría y la besaba con toda el alma; quería hacer provisión de besos para todo el tiempo que iba a verme privada de ellos.

Un mes antes de su entrada en el Carmelo, papá nos llevó a Alençon, pero este viaje estuvo muy lejos de parecerse al primero: todo fue para mí tristeza y amargura. Imposible decir cuántas lágrimas lloré sobre la tumba de mamá porque me había olvidado de llevar un ramillete de acianos que había cogido para ella.

Verdaderamente, en *todo* encontraba motivos para sufrir. Todo lo contrario que ahora, pues Dios me concede la gracia de no abatirme por nada pasajero. Cuando me acuerdo del pasado, mi alma desborda de gratitud al ver los favores que he recibido del cielo. Se ha operado en mí tal cambio, que estoy desconocida... Verdad es que deseaba alcanzar la gracia «de tener un dominio absoluto sobre mis acciones, de ser su dueña y no su esclava70». [43vº] Estas palabras de la Imitación me llegaban muy a lo hondo, pero, por así decirlo, tenía que comprar con mis deseos esta gracia inestimable. No era todavía más que una niña que no parecía tener otra voluntad que la de los demás, lo cual hacía decir a la gente de Alençon que era débil de carácter...

Fue durante este viaje cuando Leonia entró a prueba en las clarisas71. A mí me dolió su *extraña* entrada, pues la quería mucho y no pude darle un abrazo antes de que se fuera.

Nunca olvidaré la bondad y la confusión de nuestro pobre papaíto cuando vino a comunicarnos que Leonia vestía ya el hábito de clarisa... A él, igual que a nosotras, le parecía una cosa muy rara, pero no quería decir nada al ver lo disgustada que estaba María. Nos llevó al convento y allí sentí una *congoja* como nunca la había sentido a la vista de un monasterio. Me produjo el efecto contrario al del Carmelo, donde todo me dilataba el alma... Tampoco me entusiasmó más la vista de las religiosas, y no sentí la menor tentación de quedarme con ellas.

No obstante, nuestra pobre Leonia estaba muy guapa con su nuevo traje. Nos dijo que la miráramos bien a *los ojos*, pues ya no volveríamos a verlos (las clarisas no se dejan ver más que con los ojos bajos). Pero Dios se conformó con dos meses de sacrificio, y Leonia volvió a enseñarnos *sus ojos* azules, muy a menudo bañados en lágrimas...

Al dejar Alençon, yo pensé que Leonia se quedaría con las clarisas, por lo que me alejé de la *triste* calle de la *Media Luna* con el corazón muy apenado. Ya no quedábamos más que tres, y pronto nuestra querida María nos iba también a dejar...

¡El 15 de octubre fue el día de la separación! De la alegre y numerosa familia de los Buissonnets ya sólo quedaban las dos últimas hijas... Las palomas habían huido del nido paterno, y las que aún quedaban hubiesen querido volar tras ellas, pero sus alas [44rº] eran aún demasiado débiles para que pudieran levantar el vuelo...

Dios, que quería llamar hacia sí a la más pequeña y más débil de todas, se apresuró a hacerle crecer las alas. El, que se complace en mostrar su bondad y su poder sirviéndose de los instrumentos menos dignos, quiso llamarme a mí antes que a Celina, que sin duda merecía más que yo este favor. Pero Jesús conocía muy bien mi debilidad, y por eso me escondió a mí primero en las cavernas de la roca.

Cuando María entró en el Carmelo, yo era todavía muy escrupulosa. Como ya no podía confiarme a ella, me volví hacia el cielo. Me dirigí a los cuatro angelitos72 que me habían precedido allá arriba, pues pensé que aquellas almas

inocentes, que nunca habían conocido ni las turbaciones ni los miedos, deberían tener compasión de su pobre hermanita que estaba sufriendo en la tierra.

Les hablé con la sencillez de un niño, haciéndoles notar que, al ser la última de la familia, siempre había sido la más querida y la más colmada de ternuras por mis hermanas, y que si ellos hubieran permanecido en la tierra me habrían dado también sin duda alguna pruebas de cariño... Su partida para el cielo no me parecía una razón suficiente para que me olvidasen; al contrario, ya que se hallaban en situación de disponer de los tesoros divinos, debían tomar de ellos la *paz* para mí y mostrarme así que también en el cielo se sabe amar...

La respuesta no se hizo esperar. Pronto la paz vino a inundar mi alma con sus olas deliciosas, y comprendí que si era amada en la tierra, también lo era en el cielo...

A partir de aquel momento, fue creciendo mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas, y me gusta conversar a menudo con ellos y hablarles de las tristezas del destierro... y de mi deseo de ir pronto73 a reunirme con ellos en la patria...

NOTAS AL CAPÍTULO IV

46 Esta afición a la lectura la conservará siempre, pero se concentrará casi exclusivamente en la Sagrada Escritura, san Juan de la Cruz, la Imitación de Cristo (que aprenderá casi de memoria) y algunos autores espirituales, como Arminjon; cf Ms A 83vº; Ms B 1vº; Ms C 25rº.

47 Era un método que proponía para cada día una serie de sacrificios y de breves oraciones, simbolizados en flores y perfumes.

48 Cf PO pp. 548 y ss. Y un recuerdo más antiguo de Celina: «Soñaba con la vida eremítica, y a veces se aislaba (...) detrás de las cortinas de su cama, para hablar con Dios. Tenía entonces siete u ocho años» (PO p. 269).

49 Capellán de las benedictinas y confesor de Teresa en la Abadía. Esas primeras pláticas están sin duda en el origen de su *terrible enfermedad de escrúpulos* (cf 39rº).

50 Para su profesión, que estaba prevista para el mismo día (8 de mayo).

51 Hermoso paralelismo entre la eucaristía y la profesión; pero después de su primera comunión, Teresa *se entregará para siempre* (35rº).

52 La reacción de Teresa es asombrosa: *desea el sufrimiento*, pide que se le *cambien en amargura todos los consuelos de la tierra* (36vº). En una palabra, *a partir de ese día*, *lo elige todo* (cf Ms A 10rº, 30vº; CA 25.7.1; y UC p. 413).

53 *Imitación*, III, 26, 3.

54 El sábado, 14/6/1884, dirigidos por Mons. Hugonin. Celina da fe del extraordinario entusiasmo de Teresa (PO p. 266―267).

55 Una pequeña colina en la parte posterior de la huerta de las benedictinas; el Corpus era al día siguiente de la confirmación.

56 Las preguntas y respuestas había que aprenderlas de memoria, y tenían que decirlas de carrerilla, preguntándose unas a otras.

57 De nuevo *Imitación*, III, 26, 3.

58 Cf SAN JUAN DE LA CRUZ: «Y por tanto, el alma que en él [en el ser de la criaturas] pone su afición (...) en ninguna manera podrá unirse (...) con el infinito ser de Dios» (*Subida al Monte Carmelo*, 1,4,4).

59 La palabra *ama*, escrita en grandes caracteres, parece querer salirse de la página.

60 Esa es la característica del amor de Teresa a Jesús; cf Ms A 52vº, 82vº, 83vº; Ms B 3rº, 4rº/vº, 5vº; y siete veces en las Cartas. ― La letra y los subrayados de todo este párrafo muestran a las claras que Teresa escribe bajo una fuerte emoción, arrastrada por el tema que trata, y en el que está legando algo fundamental para ella.

61 17―20/5/1885.

62 Cuenta María: Los escrúpulos «se redoblaban, sobre todo, la víspera de sus confesiones. Venía a contarme todos sus supuestos pecados. Yo trataba de curarla diciéndole que tomaba sobre mí sus pecados, que ni siquiera eran imperfecciones, y no le permitía acusarse más que de dos o tres que yo misma le indicaba. (...) Pronto volvió a inundar su alma la paz» (PO pp. 241―242). Ese martirio duró por lo menos año y medio.

63 Una señora de cincuenta y un años. El ritmo de las clases parece haber sido flexible y espaciado.

64 Una expresión análoga en Cta 93 (a propósito de las tentaciones de María Guérin): *Las criaturas son demasiado pequeñas para llenar el vacío inmenso que Jesús ha abierto en ti*.

65 Teresa cita, con un error, un verso de *Réflexion*, poema de Lamartine que al señor Martin le gustaba recitar: «El tiempo es tu navío, no tu morada».

66 El 15/10/1886.

67 Finales de septiembre de 1885, durante el viaje del señor Martin a Constantinopla (cf DR. CADÉOT, *Louis Martin*, pp. 78ss).

68 Fábula de Lafontaine (libro IV, 5).

69 En julio de 1886.

70 *Imitación*, III, 38,1.

71 Leonia entró por una cabezonada en las clarisas de Alençon, amigas de su madre, el 7/10/1886, y salió el 1 de diciembre.

72 Sus hermanitos y hermanitas muertos en temprana edad.

73 Una palabra favorita de Teresa (218 veces en los escritos). Este *pronto* de la impaciencia por ir al cielo se encuentra en todas las épocas en las cartas y en las poesías.
A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO V

DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD

(1886―1887)

Si el cielo me colmaba de gracias, no era porque yo lo mereciese, pues era aún muy imperfecta. Es cierto que tenía un gran deseo de practicar [44vº] la virtud, pero lo hacía de una manera muy peregrina. He aquí un ejemplo.

Como era la más pequeña, no estaba acostumbrada a arreglármelas yo sola. Celina arreglaba la habitación donde dormíamos las dos juntas, y yo no hacía ni la menor labor de la casa. Después de la entrada de María en el Carmelo, a veces, por agradar a Dios, intentaba hacer la cama, o bien, cuando Celina no estaba, le metía por la noche sus macetas de flores. Como he dicho, hacía esas cosas *únicamente por Dios*, y por tanto no tenía por qué esperar el *agradecimiento* de las criaturas. Pero sucedía todo lo contrario: si Celina tenía la desgracia de no parecer feliz y sorprendida por mis pequeños servicios, yo no estaba contenta y se lo hacía saber con mis lágrimas...

Debido a mi extremada sensibilidad, era verdaderamente insoportable. Si, por ejemplo, sucedía que hacía sufrir involuntariamente un poquito a un ser querido, en vez de sobreponerme y no *llorar*, *lloraba* como una Magdalena, lo cual aumentaba mi falta en lugar de atenuarla, y cuando comenzaba a consolarme de lo sucedido, *lloraba* por *haber llorado*. Todos los razonamientos eran inútiles, y no lograba corregirme de tan feo defecto.

No sé cómo podía ilusionarme con la idea de entrar en el Carmelo estando todavía, como estaba, en *los pañales* de la *infancia*74...

Era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme *crecer* en un momento, y ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad75. En esa *noche* luminosa que esclarece las delicias de la Santísima Trinidad, Jesús, el

dulce *niñito* recién nacido, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz... En esta *noche*, en la que él se hizo *débil* y doliente por mi amor, me hizo a mí *fuerte* y valerosa; me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por así decirlo, «una carrera de gigante ».

[45rº] Se secó la fuente de mis lágrimas, y en adelante ya no volvió a abrirse sino muy raras veces y con gran dificultad, lo cual justificó estas palabras que un día me habían dicho: «Lloras tanto en la niñez, que más tarde no tendrás ya lágrimas que derramar...»

Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión.

Volvíamos de la Misa de Gallo, en la que yo había tenido la dicha de recibir al Dios *fuerte* y *poderoso*.

Cuando llegábamos a los Buissonnets, me encantaba ir a la chimenea a buscar mis zapatos. Esta antigua costumbre nos había proporcionado tantas alegrías durante la infancia, que Celina quería seguir tratándome como a una niña, por ser yo la pequeña de la familia... Papá gozaba al ver mi alborozo y al escuchar mis gritos de júbilo a medida que iba sacando las sorpresas de mis *zapatos encantados*, y la alegría de mi querido rey aumentaba mucho más mi propia felicidad.

Pero Jesús, que quería hacerme ver que ya era hora de que me liberase de los defectos de la niñez, me quitó también sus inocentes alegrías: permitió que papá, que venía cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de mis zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que me traspasaron el corazón: «¡Bueno, menos mal que éste es el último año...!»

Yo estaba subiendo las escaleras, para ir a quitarme el sombrero. Celina, que conocía mi sensibilidad y veía brillar las lágrimas en mis ojos, sintió también ganas de llorar, pues me quería mucho y se hacía cargo de mi pena. «¡No bajes, Teresa! -me dijo-, sufrirías demasiado al mirar así de golpe dentro de los zapatos».

Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! Reprimiendo las lágrimas, bajé rápidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazón, cogí los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fui sacando *alegremente* todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recobrado ya su buen humor, y Celina creía estar *soñando* ... Felizmente, era un hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la conservaría ya para siempre...!

[45vº] Aquella *noche* de *luz* comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...

La obra que yo no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi *buena voluntad*, que nunca me había faltado.

Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús *mismo cogió* la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de *almas*, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la *caridad*, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto76 a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!

La sangre de Jesús

Un domingo77, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas...

También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: *«¡Tengo sed!»*. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la *sed* de *almas*... No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los *grandes pecadores*; *ardía* en deseos de arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado.

Pranzini, mi primer hijo

Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles78. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno79, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables.

Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí [46rº] a Dios todos los méritos infinitos80 de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal.

Tampoco quería decírselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que acabé por confiarle mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a *mi pecador*. Yo acepté, agradecida, pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable.

En el fondo de mi corazón yo tenía la plena *seguridad* de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se *confesase* ni diese *muestra alguna de arrepentimiento*, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo *«una señal»* de arrepentimiento...

Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papá nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico «La Croix». Lo abrí apresuradamente, ¿y qué fue lo que vi...? Las lágrimas traicionaron mi emoción y tuve que esconderme... Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el *crucifijo* que le presentaba el sacerdote ¡y *besó* por *tres veces* sus *llagas sagradas*...! Después su alma voló a recibir la sentencia *misericordiosa*81 de Aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse...

Había obtenido «la señal» pedida, y esta señal era la fiel reproducción de las [46vº] gracias que Jesús me había concedido para inclinarme a rezar por los pecadores. ¿No se había despertado en mi corazón la sed de almas precisamente ante las *llagas de Jesús*, al ver gotear su sangre divina? Yo quería darles a beber esa *sangre inmaculada* que los purificaría de sus manchas, ¡¡¡y los labios de «mi *primer hijo*» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...!

A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!»

Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la *sangre* de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su *rocío divino*. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le deba de *beber*, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor...

En poco tiempo Dios supo sacarme del estrecho círculo en el que yo daba vueltas y vueltas sin acertar a salir. Al contemplar ahora el camino que él me hizo recorrer, es grande mi gratitud.

Pero he de reconocer que, si el paso más importante estaba dado, todavía eran muchas las cosas que tenía que dejar.

Mi espíritu, liberado ya de los escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, comenzó a desarrollarse. Yo siempre había amado lo grande, lo bello, pero en esta época me entraron unos deseos enormes de *saber*. No me conformaba con las clases y con los deberes que me ponía mi profesora, y me dediqué a hacer por mi cuenta estudios extras de *historia* y de *ciencias*. Las otras materias me eran indiferentes, pero estos dos campos del saber despertaban todo mi interés. Y así, en pocos meses adquirí más conocimientos que durante todos mis años de estudio.

¡Pero eso no era más que vanidad y aflicción de espíritu...! Me venía con frecuencia a la memoria el capítulo de la Imitación en que se habla de las *ciencias*. Pero, no obstante, yo encontraba la forma de seguir, diciéndome a mí misma que, estando en edad de estudiar, ningún mal había [47rº] en hacerlo.

No creo haber ofendido a Dios (aunque reconozco que perdí inútilmente el tiempo), pues sólo le dedicaba un número limitado de horas, que no quería rebasar, a fin de mortificar mi deseo exacerbado de saber...

Estaba en la edad más peligrosa para las chicas. Pero Dios hizo conmigo lo que cuenta Ezequiel82 en sus profecías: «Al pasar junto a mí, Jesús vio que yo estaba ya en la edad del amor. Hizo alianza conmigo, y fui *suya*... Extendió su manto sobre mí, me lavó con perfumes preciosos, me vistió de bordados y me adornó con collares y con

joyas sin precio... Me alimentó con flor de harina, miel y aceite *en abundancia*... Me hice cada vez más hermosa a sus ojos y llegué a ser como una reina...»

Sí, Jesús hizo todo eso conmigo. Podría repetir esas palabras que acabo de escribir y demostrar que todas ellas, una por una, se han realzado en mí; pero las gracias que he referido más arriba son ya prueba suficiente de ello. Sólo voy a hablar del alimento que me dio *«en abundancia»*.

La Imitación y Arminjon

Desde hacía mucho tiempo yo me venía alimentando con «la flor de harina» contenida en la Imitación. Este era el único libro que me ayudaba, pues no había descubierto todavía los tesoros escondidos en el Evangelio. Me sabía de memoria casi todos los capítulos de mi querida Imitación, y ese librito no me abandonaba nunca; en verano lo llevaba en el bolsillo, y en invierno en el manguito, era ya una costumbre. En casa de mi tía se divertían mucho a costa de eso, y abriéndolo al azar, me hacían recitar el capítulo que tenían ante los ojos.

A mis 14 años, con mis deseos de saber, Dios pensó que era necesario añadir a «la flor de harina miel y aceite en abundancia». Esa miel y ese aceite me los hizo encontrar en las charlas del Sr. abate Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura. Este libro se lo habían prestado a papá mis queridas carmelitas; por eso, contra mi [47vº] costumbre (pues yo no leía los libros de papá), le pedí permiso para leerlo.

Esa lectura fue también una de las mayores gracias de mi vida. La hice asomada a la ventana de mi cuarto de estudio, y la impresión que me produjo es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla...

Todas las grandes verdades de la religión y los misterios de la eternidad sumergían mi alma en una felicidad que no era de esta tierra... Vislumbraba ya lo que Dios tiene reservado para los que le aman (pero no con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón). Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción con los insignificantes sacrificios de la vida, quería *amar, amar apasionadamente* a Jesús y darle mil muestras de amor mientras pudiese...

Copié varios pasajes sobre el amor perfecto y sobre la acogida que Dios dispensará a sus elegidos cuando *él mismo* sea su grande y eterna recompensa. Y repetía sin cesar las palabras de amor que habían abrasado mi corazón...

Celina se había convertido en la confidente íntima de mis pensamientos. Desde la noche de Navidad ya podíamos comprendernos: la diferencia ya no existía, pues yo había crecido en estatura83, y sobre todo en gracia.

Anteriormente a esta época, yo me quejaba con frecuencia de no conocer los secretos de Celina; ella me contestaba que yo era demasiado pequeña, y que tendría que crecer la altura de un taburete para que pudiese tener confianza en mí... A mí me gustaba subirme a aquel precioso taburete cuando estaba junto a ella, y le decía que me hablase íntimamente; pero la treta no me daba resultado, la distancia nos seguía separando...

Jesús, que quería hacernos progresar juntas, formó en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo *hermanas del alma*. Se hicieron realidad en nosotras las palabras del Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz84 (cuando la esposa exclama, hablando al Esposo):

«A zaga de tu huella,
las jóvenes discurren al camino,
al toque de [48rº] centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino».

Sí, seguíamos muy ligeras las huellas de Jesús. Las centellas de amor que él sembraba a manos llenas en nuestras almas y el vino fuerte y delicioso que nos daba a beber hacían desaparecer de nuestra vista las cosas pasajeras, y de nuestros labios brotaban emisiones de amor inspiradas por él.

¡Qué dulces eran las conversaciones que todas las noches teníamos en el mirador! Con la mirada hundida en la lejanía, contemplábamos la blanca luna que se elevaba lentamente por detrás de los altos árboles... y los reflejos plateados que derramaba sobre la naturaleza dormida, las brillantes estrellas que titilaban en el azul profundo..., el soplo ligero de la brisa nocturna que hacía flotar las nubes de nieve. Y todo elevaba nuestras almas hacia el cielo, del que no contemplábamos todavía más que «el límpido reverso»...

No sé si me equivoco, pero creo que la expansión de nuestras almas se parecía a la de santa Mónica y su hijo, cuando en el puerto de Ostia caían los dos sumidos en éxtasis a la vista de las maravillas del creador...

Me parece que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos. Como dice la Imitación, a veces Dios se comunica en medio de un fuerte resplandor, a veces «tenuemente velado, bajo sombras y figuras»85. De esta manera se dignaba manifestarse a nuestras alma, ¡pero qué *fino* y *transparente* era el velo que ocultaba a Jesús de nuestras miradas...! No había lugar para la duda, ya no eran necesarias la fe ni la esperanza: el *amor* nos hacía encontrar en la tierra al que buscábamos. «Al encontrarlo solo en la calle, nos besó, para que en adelante nadie pudiera despreciarnos».

Gracias tan grandes no podían quedar sin frutos, y éstos fueron abundantes. La práctica de la virtud se nos hizo dulce y natural. Al principio, mi rostro delataba muchas veces el combate, pero poco a poco esa impresión fue desapareciendo y la renuncia se me hizo fácil, incluso desde el primer momento. Ya lo dijo Jesús: «Al [48vº] que tiene se le dará, y tendrá de sobra». Por una gracia acogida con fidelidad, me otorgaba cantidad de gracias nuevas...

Se entregaba a mí en la sagrada comunión con mucha más frecuencia de la que yo me hubiera atrevido a esperar. Yo tenía como norma de conducta comulgar todas las veces que el confesor me lo permitiera, sin fallar una sola vez, pero dejando que fuese él quien decidiese cuántas, sin pedírselo nunca yo. En esa época no tenía la *audacia* que ahora tengo; de haberla tenido, hubiera actuado de distinta manera, pues estoy convencida de que un alma debe decir a su confesor el deseo que siente de recibir a su Dios. El no baja del cielo *un día y otro día* para quedarse en un copón dorado86, sino para encontrar otro cielo que le es infinitamente más querido que el primero: el cielo de nuestra alma, creada a su imagen y templo vivo de la adorable Trinidad...

Jesús, que veía mis deseos y la rectitud de mi corazón, permitió que mi confesor me dijese que durante el mes de mayo comulgase cuatro veces por semana; y cuando pasó ese hermoso mes, todavía añadió una quinta más cada vez que cayese alguna fiesta. Al salir del confesonario, brotaron de mi ojos lágrimas muy dulces. Me parecía como si Jesús mismo quisiera entregarse a mí, pues echaba muy poco tiempo para confesarme y nunca dije ni una palabra acerca de mis sentimientos interiores.

El camino por el que iba eran tan recto y luminoso, que no necesitaba más guía que a Jesús... Comparaba a los directores a espejos fieles que reflejaban a Jesús en las almas, y decía que en mi caso Dios no se servía de intermediarios, sino que actuaba directamente él...

Deseos de entrar en el Carmelo

Cuando un jardinero rodea de cuidados a una fruta que quiere que madure antes de tiempo, no es para dejarla colgada en el árbol, sino para presentarla en una mesa ricamente servida. Con parecida intención [49rº] prodigaba Jesús sus gracias a su florecita... El, que en los días de su vida mortal exclamó en un transporte de alegría: «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla», quería hacer resplandecer en mí su misericordia. Porque yo era débil y pequeña, se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las *cosas* de su *amor*. Si los sabios que se pasan la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme, se hubieran quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu...

Como dice san Juan de la Cruz en su Cántico:

«Sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía87».

Ese lugar era el Carmelo. Pero antes de «sentarme a la sombra de Aquel a quien deseaba», tenía que pasar por muchas pruebas. Pero la llamada divina era tan apremiante, que si hubiera tenido que *pasar* entre *llamas*, lo habría hecho por ser fiel a Jesús...

Sólo encontré *un alma* que me animase en mi vocación: la de mi *Madre querida*... Mi corazón encontró en el suyo un eco fiel; y sin ella, yo no habría llegado en modo alguno a la ribera bendita que la había acogido a ella cinco años antes en su suelo impregnado del rocío celestial...

Sí, hacía cinco años que yo estaba separada de ti, *Madre querida*, y creía que te había perdido. Pero en el momento de la prueba fue tu mano la que me indicó el camino que debía seguir... Necesitaba ese consuelo, pues las visitas al locutorio del Carmelo me resultaban cada vez más penosas; no podía hablar de mis deseos de entrar, sin verme

rechazada. María pensaba que era demasiado joven y hacía todo lo posible por impedirme entrar; y tú misma, Madre, a fin de probarme, tratabas a veces de moderar mi entusiasmo [49vº]. En fin, que si no hubiese tenido verdadera vocación, me hubiera vuelto atrás desde el primer momento, pues en cuanto empecé a responder a la llamada de Jesús me encontré con obstáculos.

No quise hablarle a Celina de mis deseos de entrar tan joven en el Carmelo, y eso aumentó mi sufrimiento, pues me resultaba muy difícil ocultarle nada... Pero este sufrimiento no duró mucho, pues pronto mi hermanita querida se enteró de mi determinación, y, lejos de intentar disuadirme, aceptó con un valor admirable el sacrificio que Dios le pedía; para entender cuán grande era ese sacrificio, habría que saber hasta qué punto estábamos unidas...

Una misma alma, por así decirlo, nos hacía vivir. Desde hacía algunos meses, disfrutábamos juntas de la vida más dulce que unas jóvenes puedan soñar. Todo alrededor de nosotras respondía a nuestros gustos. Teníamos una gran libertad. En una palabra, yo solía decir que nuestra vida era en la tierra el *ideal* de la *felicidad*...

Pero apenas habíamos comenzado a saborear este *ideal* de la *felicidad*, tuvimos que renunciar libremente a él, y mi querida Celina no se rebeló ni por un instante.

Sin embargo, podría haberse quejado, ya que Jesús no la llamaba a ella la primera... Tenía la misma vocación que yo, por lo cual le tocaba a ella partir antes... Pero así como, en tiempos de los mártires, los que quedaban en la cárcel daban gozosos el beso de paz a sus hermanos que partían primero para combatir en la arena, y se consolaban pensando que tal vez a ellos se les reservaba para combates todavía mayores, igualmente *Celina* dejó alejarse a su Teresa y se quedó sola para el glorioso y sangriento combate al que Jesús la tenía destinada como *privilegiada* de su *amor*...

Celina, pues, se convirtió en confidente de mis luchas y de mis sufrimientos, y tomó en ellos tanta parte como si se hubiera tratado de su propia vocación. De parte de ella no temía yo ninguna oposición.

Confidencia a mi padre

Lo que no sabía era qué medio emplear para decírselo a papá... ¿Cómo hablarle de separarse de su reina, a él que acababa de sacrificar a sus tres hijas mayores88...? ¡Cuántas luchas interiores no tuve que sufrir antes [50rº] de sentirme con ánimos para hablar...! Sin embargo, tenía que decidirme. Yo iba cumplir catorce años y medio, y sólo seis meses nos separaban de la hermosa *noche* de *Navidad*, en que había decidido ingresar a la misma hora en que el año anterior había recibido «mi gracia».

Escogí el día de *Pentecostés* para hacerle a papá mi gran confidencia. Todo el día estuve suplicando a los santos apóstoles que intercedieran por mí y que me inspiraran ellos las palabras que habría de decir... ¿No eran ellos, en efecto, quienes tenían que ayudar a aquella niña tímida que Dios tenía destinada a ser apóstol de apóstoles por medio de la oración y el sacrificio...?

Hasta por la tarde, al volver de Vísperas, no encontré la ocasión de hablar a mi papaíto querido. Había ido a sentarse al borde del aljibe, y desde allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol, cuyos rayos habían perdido ya su ardor, doraba las copas de los altos árboles, en los que los pajarillos cantaban alegres su oración de la tarde.

El hermoso rostro de papá tenía una expresión celestial. Comprendí que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos bañados ya en lágrimas. Me miró con ternura, y cogiendo mi cabeza la apoyó en su pecho, diciéndome: »¿Qué te pasa, reinecita... Cuéntamelo...» Luego, levantándose, como para disimular su propia emoción, echó a andar lentamente, manteniendo mi cabeza apoyada en su pecho.

A través de las lágrimas, le confié mi deseo de entrar en el Carmelo, y entonces sus lágrimas se mezclaron con las mías; pero no dijo ni una palabra para hacerme desistir de mi vocación. Simplemente se contentó con hacerme notar que yo era todavía muy joven para tomar una decisión tan grave.
Pero yo defendí tan bien mi causa, que papá, con su modo de ser sencillo y recto, quedó pronto convencido89 de que mi deseo era el de Dios; y con su fe profunda, me dijo que Dios le hacía un gran honor al pedirle así a sus hijas.

Seguimos paseando un largo rato. Mi corazón, confortado por la bondad con que aquel padre incomparable había acogido mis confidencias, [50vº] se volcó dulcemente en el suyo. Papá parecía gozar de esa alegría serena que da el sacrificio consumado. Me habló como un santo, y me gustaría acordarme de sus palabras para transcribirlas aquí, pero sólo conservo de ellas un recuerdo demasiado perfumado para poderlo expresar.

De lo que sí me acuerdo perfectamente es de la acción *simbólica* que mi querido rey realizó sin saberlo. Acercándose a un muro poco elevado, me mostró unas *florecillas blancas*, parecidas a lirios en miniatura ; y tomando una de aquellas flores, me la dio, explicándome con cuánto esmero Dios la había hecho nacer y la había conservado hasta aquel día. Al oírle hablar, me parecía estar escuchando mi propia historia, tanta semejanza había entre lo que Jesús había hecho con aquella *florecilla* y con *Teresita* ...

Recibí aquella flor como una reliquia, y observé que, al querer cogerla, papá había arrancado todas sus *raíces* sin troncharlas, como si estuviera destinada a seguir viviendo en otra tierra más fértil que el blando musgo en el que habían transcurrido sus primeras alboradas... Era exactamente lo mismo que papá acababa de hacer conmigo poco antes al permitirme subir a la montaña del Carmelo y abandonar el dulce valle testigo de mis primeros pasos por la vida.

Puse mi florecita blanca en mi libro de la Imitación, en el capítulo titulado: «Del amor a Jesús sobre todas las cosas», y todavía sigue allí. Sólo el tallo se ha roto muy cerca de la raíz, y Dios parece decirme con eso que pronto romperá los lazos de su florecita y que no la dejará marchitarse en la tierra.

Una vez obtenido el consentimiento de papá, pensé que podría volar ya sin temor alguno hacia el Carmelo. Pero muchos y muy dolorosos contratiempos debían aún someter a prueba mi vocación.

Mi tío cambia de opinión

Cuando fui a comunicarle a mi tío la decisión que había tomado, lo hice temblando90. Me prodigó las mayores muestras de ternura, pero no me dio permiso para irme; al contrario, me prohibió [51rº] hablarle de mi vocación antes de cumplir los 17 años. Era un atentado a la prudencia humana, decía, dejar entrar en el Carmelo a una niña de 15 años. Siendo la vida de las carmelitas a los ojos del mundo una vida propia de filósofos, sería hacer un grave daño a la religión permitir que la abrazase una niña sin experiencia... Todo el mundo hablaría, etc... etc... Hasta llegó a decir que para decidirle a dejarme partir haría falta un *milagro*.

Vi claro que todos mis razonamientos serían inútiles, así que me fui con el corazón sumido en la más profunda amargura.

Mi único consuelo era la oración. Suplicaba a Jesús que hiciese el *milagro* que exigía mi tío, ya que sólo a ese precio podría yo responder a su llamada.

Pasó bastante tiempo91 hasta que me atreví a volver a hablarle a mi tío; me costaba horrores ir a su casa. El, por su parte, no parecía pensar ya en mi vocación; pero supe más tarde que mi enorme tristeza lo predispuso mucho a mi favor.

Antes de hacer brillar en mi alma un rayo de esperanza, Dios quiso enviarme un martirio sumamente doloroso, que duró *tres días*92. Nunca como en aquella prueba comprendí de bien el dolor de la Santísima Virgen y de san José mientras buscaban al divino Niño Jesús... Me encontraba en un triste desierto, o, mejor, mi alma parecía un frágil esquife, abandonado sin piloto a merced de las olas tempestuosas...

Lo sé, Jesús estaba allí, dormido en mi barquilla; pero la noche era tan negra, que me era imposible verle. Ni una luz. Ni siquiera un relámpago que viniese a surcar las sombrías nubes... Es cierto que es muy triste el resplandor de los relámpagos; pero, al menos, si la tormenta hubiese estallado abiertamente, habría podido ver por un momento a Jesús... Pero era la *noche*, la noche profunda del alma... Y como Jesús en el huerto de la agonía, me sentía *sola*, sin encontrar consuelo alguno ni en la tierra ni en el cielo. ¡¡¡Como si el mismo Dios me hubiese abandonado...!!!

La naturaleza parecía participar también de mi amarga tristeza: durante esos tres días, el sol no hizo brillar ni uno de [51vº]sus rayos y la lluvia cayó a torrentes. (He observado que en todas las ocasiones importantes de mi vida la naturaleza ha sido como una imagen de mi alma. En los días de lágrimas el cielo lloraba conmigo; en los días de alegría el cielo enviaba con profusión sus alegres rayos y ni una sola nube oscurecía el cielo azul...)

Por fin, al cuarto día, que era *sábado*, día dedicado a la dulce Reina del cielo, fui a ver a mi tío. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al ver que me miraba y que me hacía entrar en su despacho sin que yo le hubiese manifestado deseo alguno de hacerlo...! Empezó dirigiéndome tiernos reproches por portarme con él como si le tuviera miedo, y luego me dijo que no hacía falta pedir un *milagro*: que él sólo había pedido a Dios que le diera «una simple inclinación del corazón», y que había sido escuchado...

Ya no sentí la tentación de pedir un *milagro*, pues para mí el *milagro ya estaba concedido*: mi tío no era el mismo.

Sin hacer la menor alusión a la «prudencia humana», me dijo que yo era una florecita que Dios quería cortar, y que él no seguiría oponiéndose a ello...

Esta respuesta definitiva era realmente digna de él. Por tercera vez, este cristiano de otros tiempos permitía que una de las hijas adoptivas de su corazón fuera a sepultarse lejos del mundo.

También mi tía fue admirable por su ternura y su prudencia. No recuerdo que, durante el tiempo de mi prueba, me haya dicho una sola palabra que pudiera aumentarla. Yo veía que le daba mucha pena su pobre Teresita. Por eso, cuando obtuve el consentimiento de mi tío, también ella me dio el suyo, aunque no sin hacerme ver de mil maneras que mi partida le iba a costar mucho... ¡Ay, qué lejos estaban nuestros queridos parientes de sospechar [52rº] entonces que tendrían que renovar otras dos veces ese mismo sacrificio...! Pero Dios, al tender la *mano* para seguir pidiendo, no la presentó *vacía*: sus amigos más queridos pudieron beber en ella, y con abundancia, la fuerza y el valor que tanto necesitaban...

Pero mi corazón me ha llevado muy lejos del tema; vuelvo a él casi a disgusto.

Después de la respuesta de mi tío, ya comprenderás, Madre mía, [51vº sigue] con qué alegría emprendí el camino de regreso a los Buissonnets bajo «un *hermoso cielo* en el que las nubes se habían disipado por completo»...

También en mi alma había cesado la noche. Jesús, despertándose, me había devuelto la alegría, el ruido de la olas se había calmado. En lugar del viento de la prueba, henchía mi vela una brisa ligera, y yo creía que pronto llegaría a la *ribera* bendita que ya divisaba muy cerca de mí. Y esa ribera estaba, en efecto, muy cerca de mi barquilla; pero aún debía levantarse *más* de una *tormenta*, que ocultaría a su vista el faro luminoso, haciéndole temer que se había alejado para siempre de la playa tan ardientemente deseada...

Oposición del superior

Pocos días después de haber conseguido el consentimiento de mi tío, fui a verte, Madre querida, y te hablé de mi alegría por que todas mis pruebas hubiesen ya pasado. Pero ¡cuáles no fueron mi sorpresa y mi aflicción al oírte decir que [52rº] el Superior no permitía que entrara antes de los 21 años...!

Nadie había pensado en esta oposición, la más invencible de todas. Sin embargo, sin desanimarme, yo misma fui con papá y con Celina a ver a nuestro Padre, para intentar conmoverle haciéndole ver que tenía verdadera vocación de carmelita.

Nos recibió con gran frialdad. Y por más que mi *incomparable* papaíto unió sus instancias a las mías, nada pudo hacerle cambiar de parecer. Me dijo que no había ningún peligro en esperar, que yo podía llevar vida de carmelita en mi casa, que no estaría todo perdido porque no me diera disciplina, etc... etc... Por último, añadió que él no era más que el *delegado de Monseñor*, y que si éste quería permitirme entrar en el Carmelo, él no tendría nada que decir...

Salí de la rectoral hecha un mar de *lágrimas*; gracias a Dios, estaba escondida bajo el paraguas, pues la *lluvia* caía torrencialmente.

Papá no sabía cómo consolarme... Me prometió llevarme a Bayeux en cuanto se lo pedí, pues estaba decidida a *conseguir mi propósito*. Llegué incluso a decir que iría hasta el *Santo Padre*, si Monseñor no quería permitirme entrar en el Carmelo a los 15 años...

Muchas cosas pasaron antes del viaje93 a Bayeux. Exteriormente, mi vida parecía la misma. Seguía estudiando, Celina me daba clases de dibujo, y mi experta profesora encontraba en mí muchas cualidades para su arte.
Sobre todo, crecía en el amor de Dios. Sentía en mi corazón unos ímpetus que hasta entonces no conocía. A veces tenía verdaderos trasportes de amor. Una noche, no sabiendo cómo decirle a Jesús que le amaba y cómo deseaba que fuese amado y glorificado en todas partes, pensé con dolor que él nunca podría recibir en el infierno un solo acto de amor; y entonces le dije a Dios que, por agradarle, aceptaría gustosa verme sumergida allí, a fin de que fuese *amado* eternamente en ese lugar de blasfemias... Yo sabía bien que eso no podía glorificarle, porque él sólo desea nuestra felicidad. Pero cuando se [52vº] ama, una siente necesidad de decir mil locuras.

Si hablaba de esa manera, no era porque el cielo no atrajera mis deseos, sino porque en aquel entonces mi único cielo era el amor, y sentía, como san Pablo, que nada podría apartarme del objeto divino que me había hechizado...

Antes de abandonar el mundo, Dios me concedió el consuelo de contemplar de cerca las *almas* de los *niños* . Al ser la más pequeña de la familia, nunca había tenido esta suerte. He aquí las tristes circunstancias que me la depararon.

Una buena mujer, pariente de nuestra sirvienta, murió en la flor de la edad, dejando tres niños muy pequeños. Durante su enfermedad, trajimos a nuestra casa a las dos niñas pequeñas, la mayor de la cuales no tenía todavía seis años. Yo me encargaba de cuidarlas durante todo el día, y era para mí un auténtico placer ver con qué candor creían todo lo que les decía. Tiene que dejar el santo bautismo en las almas un germen muy profundo de las virtudes teologales, ya que aparecen ya desde la infancia, y basta la esperanza de los bienes futuros para hacerles aceptar los sacrificios.

Cuando quería ver a mis dos niñas haciendo buenas migas entre ellas, en vez de prometer juguetes o bombones a la que cediese primero, les hablaba de las recompensas eternas que el Niño Jesús daría en el cielo a los niñitos buenos. La mayor, cuya razón empezaba ya a despertarse, me miraba con ojos resplandecientes de alegría, me hacía mil preguntas encantadoras sobre el Niño Jesús y su hermoso cielo, y me prometía entusiasmada ceder siempre ante su hermana. Y me decía que jamás en la vida olvidaría lo que la «gran señorita», como ella me llamaba, le había enseñado...

Viendo de cerca a estas almas inocentes, comprendí la desgracia que supone el no formarlas bien desde su mismo despertar, cuando se asemejan a la cera blanda sobre la que se puede dejar grabada la huella de las virtudes, pero también la huella del mal... Comprendí lo que dice Jesús en el Evangelio: «Mejor sería ser arrojado al mar que escandalizar a uno solo de estos pequeños».

[53rº] ¡Cuántas almas llegarían a la santidad si fuesen bien dirigidas...!

Sé muy bien que Dios no tiene necesidad de nadie para realizar su obra. Pero así como permite a un hábil jardinero cultivar plantas delicadas y le da para ello los conocimientos necesarios, reservándose para sí la misión de fecundarlas, de la misma manera quiere Jesús ser ayudado en su divino cultivo de las almas.

¿Qué ocurriría si un jardinero desmañado no injertase bien los árboles? ¿Si no conociese bien la naturaleza de cada uno de ellos y se empeñase en hacer brotar rosas de un melocotonero...? Haría morir al árbol, que, sin embargo, era bueno y capaz de producir frutos.

De la misma manera hay que saber reconocer desde la infancia lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin acelerarla ni frenarla nunca.

Como los pajaritos aprender a *cantar* escuchando a sus padres, así los niños aprenden la ciencia de las virtudes, el *canto* sublime del amor de Dios, de las almas encargadas de formarles para la vida.

Recuerdo que entre mis pájaros tenía un canario que cantaba de maravilla. Tenía también un pardillo al que le prodigaba cuidados verdaderamente *maternales* porque lo había adoptado antes que pudiese gozar la dicha de la libertad. Este pobre prisionerito no tenía padres que le enseñasen a cantar, pero como oía de la mañana a la noche a su compañero el canario lanzar sus alegres trinos, quiso imitarlo... Empresa difícil para un pardillo, por lo que a su dulce voz le costó mucho acordarse a la voz vibrante de su profesor de música. Era asombroso ver los esfuerzos que hacía el pobrecito, pero al fin se vieron coronados por el éxito, pues su canto, aunque un poco más apagado, era absolutamente idéntico al del canario.

[53vº] ¡Madre mía querida! Tu fuiste quien me enseñó a mí a cantar... Tu voz me cautivó desde la infancia, y ahora ¡¡¡me encanta oír decir que me parezco a ti!!! Sé cuánto me falta para ello, pero, a pesar de mi debilidad, espero cantar eternamente el mismo cántico que tú...

Antes de mi entrada en el Carmelo, tuve también otras muchas experiencias sobre la vida y las miserias del mundo. Pero esos detalles me llevarían demasiado lejos. Voy a reanudar el relato de mi vocación.

Viaje a Bayeux

El 31 de octubre fue el día fijado para mi viaje a Bayeux. Partí sola con papá, con el corazón henchido de esperanza, pero también muy emocionada al pensar que iba a presentarme al obispo. Por primera vez en mi vida iba a hacer un visita sin que me acompañaran mis hermanas, ¡y esta visita era nada menos que a un *obispo*94! Yo, que nunca hablaba, a no ser para contestar a las preguntas que me hacían, tenía que explicar por mí misma el motivo de mi visita y exponer las razones que me movían a solicitar la entrada en el Carmelo. En una palabra, iba a tener que demostrar la solidez de mi vocación.

¡Cuánto me costó hacer ese viaje! Tuvo que concederme Dios una gracia muy especial para que pudiera vencer mi gran timidez... Aunque también es verdad que «para el amor nada hay imposible, porque todo lo cree posible y

permitido»95. Y realmente sólo el amor de Jesús podía hacerme vencer aquellas dificultades y las que vendrían más tarde, pues quiso hacerme comprar mi vocación a costa de pruebas muy grandes...

Hoy, que gozo de la soledad del Carmelo (descansando a la sombra de Aquel a quien tan ardientemente deseé), creo que he comprado mi dicha a muy bajo precio y estaría dispuesta a soportar sufrimientos mucho mayores para alcanzarla si aún no la tuviese.

Cuando llegamos a Bayeux, *llovía* a cántaros. Papá, que no quería ver a su reinecita entrar en el obispado con su *hermoso vestido* hecho una sopa, la hizo subir a un ómnibus que nos llevó a la catedral. Allí comenzaron mis desgracias.

Monseñor, con todo su presbiterio, estaba asistiendo a un solemne funeral. La iglesia estaba llena de señoras vestidas de luto, y todo el mundo me miraba a mí con mi [54rº] vestido claro y mi sombrero blanco. Hubiera querido salir de la iglesia, pero no había ni que pensarlo a causa de la lluvia. Y para humillarme más todavía, Dios permitió que papá, con su sencillez patriarcal, me hiciese pasar hasta el fondo de la catedral; yo, por no disgustarlo, obedecí de buen grado y ofrecí aquella distracción a los habitantes de Bayeux, a los que deseaba no haber conocido en mi vida...

Por fin pude respirar tranquila en una capilla que había detrás del altar mayor, y allí me quedé un largo rato rezando con fervor, en espera de que la lluvia cesase y nos dejase salir.

Al salir, papá me hizo admirar la belleza del edificio, que al estar vacío parecía mucho mayor. Pero a mí sólo una idea me ocupaba el pensamiento, y no podía encontrarle gusto a nada.

Fuimos directamente a ver al Sr. Révérony96, que estaba informado de nuestra llegada y que había fijado él mismo la fecha del viaje; pero estaba ausente. Así que tuvimos que andar errando por las calles, que me parecieron *muy tristes*.

Por fin, volvimos cerca del obispado, y papá me llevó a un hotel en el que no hice honor al buen cocinero.

Mi pobre papaíto me demostraba una ternura casi increíble. Me decía que no me preocupase, que seguro que Monseñor me concedería lo que iba a pedirle.

Después de descansar un poco, volvimos en busca del Sr. Révérony. Llegó al mismo tiempo que nosotros un señor, pero el Vicario general le pidió cortésmente que esperara y nos hizo entrar a nosotros primero en su despacho (el pobre señor tuvo tiempo de aburrirse, pues nuestra visita fue larga).

El Sr. Révérony se mostró muy amable, pero creo que le sorprendió mucho el motivo de nuestro viaje. Después de mirarme sonriente y de hacerme algunas preguntas, nos dijo: «Voy a presentarles a Monseñor, tengan la bondad de acompañarme». Y al ver brillar lágrimas en mis ojos, añadió: «¡Pero bueno!, estoy viendo diamantes... ¡No podemos enseñárselos a Monseñor...!»

Nos hizo atravesar varios aposentos muy amplios, adornados [54vº] con retratos de obispos. Viéndome en aquellos enormes salones, me sentía como una pobre hormiguita y me preguntaba qué me atrevería a decirle a Monseñor.

El estaba paseando por una galería con dos sacerdotes. Vi que el Sr. Révérony le decía unas palabras y volvía con él. Nosotros lo esperábamos en su despacho, donde había tres enormes sillones colocados delante de la chimenea en la que chisporroteaba un buen fuego.

Al ver entrar a Su Excelencia, papá se arrodilló a mi lado para recibir su bendición. Luego Monseñor hizo tomar asiento a papá en uno de los sillones, se sentó frente a él, y el Sr. Révérony quiso que yo ocupara el del medio. Rehusé cortésmente, pero él insistió, diciéndome que tenía que demostrar si era capaz de obedecer. Me senté enseguida, sin pensarlo dos veces, y tuve que pasar por la vergüenza de verle a él tomar una silla mientras yo me veía arrellanada en un sillón donde habrían cabido cómodamente cuatro como yo (y más cómodas que yo, ¡pues me hallaba muy lejos de estarlo...!)

Yo esperaba que hablaría papá, pero me dijo que explicara yo misma a Monseñor el motivo de nuestra visita. Lo hice lo más *elocuentemente* que pude. Pero Su Excelencia, acostumbrado a *la elocuencia*, no pareció conmoverse mayormente por mis razones. Una sola palabra del Superior me hubiera valido mucho más que todas ellas, pero lamentablemente no la tenía y su oposición no abogaba precisamente en mi favor...

Monseñor me preguntó si hacía mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmelo. -«Sí, Monseñor, muchísimo tiempo...» -«¡Vamos!, replicó riendo el Sr. Révérony, ¿no dirás que hace *quince años* que lo estás deseando?» -«Desde luego, respondí yo riendo también. Pero no hay que quitar muchos años, porque deseo ser religiosa desde que tengo uso de razón, y deseé el Carmelo desde que lo conocí, porque me parecía que en esta Orden se verían satisfechas todas las aspiraciones de mi alma».

[55rº] No sé, Madre querida, si fueron éstas exactamente mis palabras, creo que lo dije todavía peor; pero, bueno, ese fue el sentido.

[54vº sigue] Monseñor, creyendo agradar a papá, intentó hacer que me quedara con él algunos años más. Por eso, no fue poca su *sorpresa* y su *edificación* al verlo ponerse de mi parte e interceder para que me concediera permiso para volar a los quince años.

Sin embargo, todo fue inútil. Dijo que antes de tomar una decisión, era indispensable tener una entrevista con el *Superior* del *Carmelo*.

Nada podía yo escuchar que me causase una pena mayor, pues conocía la abierta oposición de nuestro Padre. Así que, sin tener en cuenta ya la recomendación del Sr. Révérony, hice algo más que *enseñar diamantes* a Monseñor: ¡se los *regalé*...!

Vi muy bien que estaba emocionado. Poniendo su mano en mi cuello, apoyó mi cabeza sobre su hombro y me acarició como creo que nunca [55rº] había acariciado a nadie. Me dijo que no todo estaba perdido, que estaba muy contento de que hiciese el viaje a Roma para afianzar mi vocación, y que, en vez de llorar, debería alegrarme. Añadió que, a la semana siguiente, tenía que ir a Lisieux y que le hablaría de mí al párroco de Santiago, y que no dudase que en Italia recibiría su respuesta.

Comprendí que era inútil seguir insistiendo. Además, ya no tenía nada más que decir, pues había agotado todos los recursos de mi *elocuencia*.

Monseñor nos acompañó hasta el jardín. Papá le *hizo reír mucho* contándole que, para aparentar más edad, me había hecho recoger el pelo. (Este detalle no lo echó Monseñor en saco roto, pues cuando habla de su «hijita» nunca deja de contar las historia de su pelo...)

El Sr. Révérony quiso acompañarnos hasta la puerta del jardín del obispado, y dijo a papá que nunca se había visto una cosa así: «¡Un padre tan deseoso de entregar a Dios su hija como ésta de ofrecerse a él!»

Papá le pidió algunas explicaciones sobre la peregrinación, entre otras cómo había que ir vestidos para presentarse ante el Santo Padre. Aún lo estoy viendo darse vuelta ante el Sr. Révérony, diciéndole: «¿Estaré bien así...?»

El le había dicho también a Monseñor que si él no me daba permiso para entrar en el Carmelo, yo pediría esta gracia al Sumo Pontífice.

Era muy sencillo en sus palabras y en sus modales mi querido rey, pero era tan *guapo*... Tenía una distinción tan natural, que debió de agradarle mucho a Monseñor, acostumbrado a verse rodeado de personajes que conocían todas las reglas de la etiqueta, pero no al *Rey* de *Francia* y de *Navarra* en *persona* con su *reinecita* ...

Cuando llegué a la calle, volvieron a correr las lágrimas, pero no tanto a causa de mi disgusto cuanto por ver que mi papaíto querido acababa de hacer un viaje inútil... El, que saboreaba ya por adelantado la alegría de enviar un telegrama al Carmelo anunciando la feliz respuesta de Monseñor, se veía obligado a [55vº] volver sin respuesta de ninguna clase...

¡Qué disgusto tan grande tenía yo...! Me parecía que mi futuro estaba roto para siempre. Cuanto más me acercaba a la meta, más veía embrollarse mis asuntos.

Mi alma estaba hundida en la amargura, pero también en la paz, pues lo único que buscaba era la voluntad de Dios.

En cuanto llegamos a Lisieux, fui a buscar consuelo en el Carmelo, y lo encontré a tu lado, Madre querida. ¡No!, nunca olvidaré todo lo que tú sufriste por mi causa. Si no temiera profanarlas sirviéndome de ellas, podría repetir las palabras que Jesús dirigió a los apóstoles la noche de su Pasión: «*Tú* has permanecido siempre conmigo en mis pruebas...»

También mis *queridísimas* hermanas me ofrecieron muy *dulces consuelos*...

NOTAS AL CAPÍTULO V

74 Expresión de san Juan de la Cruz en *Noche oscura*, I, cap. 12.

75 En la noche del viernes 24 al sábado 25 de diciembre de 1886, el día de la «conversión» de Paul Claudel, y la «primera Navidad cristiana» de Carlos de Foucauld.

76 Uno de los grandes temas teresianos.

77 En julio de 1887, según las *Novissima Verba*. Estampa de Cristo en la cruz, de Müller.

78 Enrique Pranzini, de treinta y un años de edad, había degollado a dos mujeres y a una niña para robar, el 17/3/1887, en París. Su procesó concluyó el 13/7/1887 con la condena a muerte y fue guillotinado el 31/8. - Obsérvese que Teresa, en el Ms A, no siempre es fiel a la cronología; su iniciativa en favor de Pranzini tiene lugar dos meses después de pedir permiso a su padre para entrar en el Carmelo (50rº/vº).

79 Teresa habla muy raras veces del infierno.

80 Gesto extraordinario el de esta adolescente de catorce años, al ofrecer *los méritos infinitos de Nuestro Señor* (cf Cta 129 vº; Or 6,16). A Teresa le gusta subrayar el carácter *infinito* de los méritos de Jesús. Cf también Or 7, 10, 13; Ms A 32rº.

81 Teresa no olvidó a Pranzini, y más tarde, en el Carmelo, cuando tenía algunos recursos, mandaba decir una misa por su *hijo* (PO p. 283 y CR p. 98).

82 Teresa toma la cita de Ezequiel de san Juan de la Cruz (*Cántico Espiritual*, canc. 23, 6). Nótese cómo Teresa, a pesar de su pudor, nunca vacila en expresar con toda su fuerza el sentimiento amoroso, sea humano sea divino.

83 Medía 1'62 m., y era la más alta de las hermanas Martin (cf CR p. 43).

84 *Cántico Espiritual*, canc. 25, texto citado también en la Cta 137, 1rº.

85 *Imitación*, 43, 4.

86 Teresa insiste en su deseo de comulgar frecuentemente, incluso a diario, gracia que alcanzará para sus hermanas después de su muerte.

87 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, canc. 3 y 4.

88 María, Paulina y Leonia que acababa de comunicar su deseo de entrar en la Visitación de Caen, cosa que hará el 16/7/1887; Teresa habló con su padre el 29 de mayo (Pentecostés).

89 El señor Martin ya se esperaba la partida de la última de sus hijas (PO p. 515), pero el golpe fue sin duda muy duro para un hombre que había tenido, el 1 de mayo, un primer ataque de parálisis con hemiplejia parcial.

90 El 8/10/1887 (cf Cta 27), por tanto cuatro meses después de haber hablado con su padre. Se necesitaba la autorización del señor Guérin.
91 En realidad, quince días.

92 Dura tuvo que ser esa prueba para que Teresa multiplique de ese modo las imágenes: *noche* negra, sin tan siquiera un *relámpago*, como si fuera un presentimiento de la prueba de la fe de los últimos años.

93 Pocos días en realidad. Simple libertad literaria para permitirle a Teresa incluir aquí cierto número de detalles sobre su vida, que no quiere dejar para después del relato de su viaje a Roma.

94 Mons Hugonin, obispo de Bayeux desde hacía veinte años.

95 *Imitación*, III, 5, 4.

96 Vicario general.

A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO VI

EL VIAJE A ROMA (1887)

Tres días después del viaje a Bayeux, tenía que emprender otro mucho más largo: el viaje a la ciudad eterna97...

¡Qué viaje aquél...! Sólo en él aprendí más que en largos años de estudios, y me hizo ver la vanidad de todo lo pasajero y que todo es aflicción de espíritu bajo el sol...

Sin embargo, vi cosas muy hermosas; contemplé todas las maravillas del arte y de la religión; y, sobre todo, pisé la misma tierra que los santos apóstoles y la tierra regada con la sangre de los mártires, y mi alma se ensanchó al contacto con las cosas santas...

Me alegro mucho de haber estado en Roma; pero comprendo a quienes, en el mundo, pensaron que papá me había hecho hacer este largo viaje para hacerme cambiar de idea sobre la vida religiosa. Y la verdad es que hubo cosas en él capaces de hacer vacilar una vocación poco firme.

Celina y yo, que nunca habíamos vivido entre gentes del gran mundo, nos encontramos metidas en medio de la nobleza, de la cual se componía casi exclusivamente la peregrinación98. Pero todos aquellos títulos y aquellos «de», lejos de deslumbrarnos, no nos parecían más que humo...Vistos de lejos, me habían ofuscado un poco alguna vez, pero de cerca, vi que «no todo lo que brilla es oro» y comprendí estas palabras [56rº] de la Imitación: «No vayas tras esa sombra que se llama el gran nombre, ni desees tener muchas e importantes relaciones, ni la amistad especial de ningún hombre99».

Comprendí que la verdadera grandeza está en el *alma*, y no en el *nombre*, pues como dice Isaías: «El Señor dará *otro nombre* a sus elegidos», y san Juan dice también: «Al vencedor le daré una piedra blanca, en la que hay escrito un *nombre nuevo* que sólo conoce quien lo recibe». Sólo en el cielo conoceremos, pues, nuestros títulos de nobleza. Entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que merece. Y el que en la tierra haya querido ser el más pobre y el más olvidado, por amor a Jesús, ¡ése será el primero y el más *noble* y el más rico...!

La segunda experiencia que viví se refiere a los sacerdotes. Como nunca había vivido en su intimidad, no podía comprender el fin principal de la reforma del Carmelo. Orar por los pecadores me encantaba; ¡pero orar por las almas de los sacerdotes, que yo creía más puras que el cristal, me parecía muy extraño...!

En *Italia* comprendí *mi vocación*. Y no era ir a buscar demasiado lejos un conocimiento tan importante...

Durante un mes conviví con muchos sacerdotes *santos*, y pude ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles... Si los *sacerdotes santos*, a los que Jesús llama en el Evangelio «sal de la tierra», muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús: «Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?»

¡Qué hermosa es, Madre querida, la vocación que tiene como objeto *conservar* la *sal* destinada a las almas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser *apóstoles* de *apóstoles*, rezando por ellos mientras ellos evangelizan a las almas con su palabra, y sobre todo con su ejemplo...

[56vº] He de detenerme, pues si continuase hablando de este tema, ¡no acabaría nunca...!

Voy a contarte mi viaje, Madre querida, con algún detalle; perdóname si te doy demasiados, pues no pienso lo que voy a escribir, y lo hago en tantos ratos perdidos, debido al poco tiempo libre que tengo, que mi narración quizás te resulte aburrida... Me consuela pensar que en el cielo volveré a hablarte de las gracias que he recibido y que entonces podré hacerlo con palabras amenas y arrobadoras... Allí nada vendrá ya a interrumpir nuestros desahogos íntimos y con una sola mirada lo comprenderás todo... Mas como ahora necesito todavía emplear el lenguaje de esta triste tierra, trataré de hacerlo con la sencillez de un niño que conoce el amor de su madre...

París: Nuestra Señora de las Victorias

La peregrinación salía de París el 7 de noviembre, pero papá nos llevó allí unos días antes para que la visitáramos.

Una mañana100, a las tres de la madrugada, atravesaba la ciudad de Lisieux, que aún dormía. Muchas emociones pasaron en esos momentos por mi alma. Sabía que iba hacia lo desconocido y que allá lejos me esperaban grandes cosas... Papá iba feliz. Cuando el tren arrancó, él se puso a cantar aquella vieja canción: «Rueda, rueda, diligencia, que ya estamos en camino».

Llegamos a París por la mañana, y comenzamos enseguida a visitar la ciudad. Nuestro pobre papaíto se desvivió por complacernos, así que en poco tiempo teníamos vistas todas las maravillas de la capital.
Yo *sólo* encontré *una* que verdaderamente me encantara, y esa maravilla fue: «Nuestra Señora de las Victorias». ¡Imposible decir lo que sentí a sus pies...! Las gracias que me concedió me emocionaron tan profundamente, que sólo mis lágrimas traducían mi felicidad, como en el día de mi primera comunión... La Santísima Virgen me hizo sentir que había sido *realmente ella quien me había sonreído y curado*. Comprendí que velaba por mí y que yo era *su* hija; y que, entonces, yo no podía darle ya [57rº] otro nombre que el de *«mamá»*, que me parecía mucho más tierno que el de Madre...

¡Con qué fervor le pedí que me amparara siempre y que convirtiera pronto mi sueño en realidad, escondiéndome a *la sombra de su manto virginal*...! Ese había sido uno de mis primeros deseos de niña... Luego, al crecer, había comprendido que sólo en el Carmelo podría encontrar de verdad el manto de la Santísima Virgen, y hacia esa fértil montaña volaban todos mis deseos...

Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiese empañar mi pureza. No ignoraba que en un viaje como éste a Italia, se encontrarían muchas cosas capaces de turbarme, sobre todo porque, al no conocer el mal, temía descubrirlo, por no haber experimentado todavía que para el puro todo es puro y que las almas sencillas y rectas no ven mal en ninguna parte, pues el mal sólo existe en los corazones impuros y no en los objetos inanimados...

Rogué también a san José que velase por mí. Desde mi niñez le tenía una devoción que se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Todos los días le rezaba la oración: «San José, padre y protector de las vírgenes».

Con esto, emprendí sin miedo el largo viaje. Iba tan bien protegida, que me parecía imposible tener miedo.

Después de consagrarnos al Sagrado Corazón en la basílica de Montmartre, salimos de París el lunes 7 muy de madrugada. No tardamos en ir conociendo a las demás personas de la peregrinación. Yo, que era tan tímida que no solía atreverme casi a hablar, me hallé completamente libre de tan molesto defecto. Con gran sorpresa mía, hablaba libremente con todas las grandes damas, con los sacerdotes, e incluso con el obispo de Coutances. Como si hubiese vivido siempre en ese mundo.

Creo que [57vº] todo el mundo nos quería, y a papá se le veía orgulloso de sus hijas. Pero si él estaba orgulloso de nosotras, nosotras no lo estábamos menos de él, pues en toda la peregrinación no había un caballero más apuesto ni distinguido que mi querido rey. Le gustaba verse acompañado de Celina y de mí, y muchas veces, cuando no íbamos en coche y yo me alejaba de su lado, me llamaba para que le diese el brazo como en Lisieux...

El Sr. abate Révérony se fijaba muy atentamente en todo lo que hacíamos. Con frecuencia le sorprendía mirándonos de lejos. En la mesa, cuando yo no estaba enfrente de él, encontraba la manera de inclinarse para verme y para escuchar lo que decía. Quería, sin duda, conocerme para saber si yo era realmente capaz de ser carmelita. Y creo que debió quedar satisfecho del examen, pues al *final* del *viaje* pareció estar bien dispuesto en mi favor. Pero en Roma estuvo muy lejos de serme favorable, como luego diré.

Suiza

Antes de llegar a la ciudad eterna, meta de nuestra peregrinación, tuvimos ocasión de contemplar muchas maravillas. Primero fue Suiza, con sus montañas cuyas cimas se pierden entre las nubes, y sus impetuosas cascadas despeñándose de mil diferentes maneras, y sus profundos valles plagados de helechos gigantes y de brezos rosados.

¡Cuánto bien, Madre querida, hicieron a mi alma todas aquellas maravillas de la naturaleza derramadas con tanta *profusión*! ¡Cómo la hicieron elevarse hacia Quien quiso sembrar de tanta obra maestra esta tierra nuestra de destierro que no ha de durar más que un día...! No tenía ojos bastantes para mirar. De pie, pegada a la ventanilla, casi se me cortaba la respiración. Hubiera querido estar a los dos lados del vagón, pues, al volverme, contemplaba paisajes de auténtica fantasía y totalmente diferentes de los que se extendían ante mí.

Unas veces nos hallábamos en la cima de una montaña. A nuestros pies, [58rº] precipicios cuya profundidad no podía sondear nuestra mirada parecían dispuestos a engullirnos...

Otras veces era un pueblecito encantador, con sus esbeltas casitas de montaña y su campanario sobre el que se cernían blandamente algunas nubes resplandecientes de blancura...

Allá más lejos, un ancho lago, dorado por los últimos rayos del sol. Sus ondas, serenas y claras, teñidas del color azul del cielo mezclado con las luces rojizas del atardecer, ofrecían a nuestros ojos maravillados el espectáculo más poético y encantador que se pueda imaginar...

En lontananza, sobre el vasto horizonte, se divisaban las montañas cuyos contornos imprecisos hubieran escapado a nuestra vista si sus cumbres nevadas, que el sol volvía deslumbrantes, no hubiesen añadido un encanto más al hermoso lago que nos fascinaba...

La contemplación de toda esa hermosura hacía nacer en mi alma pensamientos muy profundos. Me parecía comprender ya en el tierra la grandeza de Dios y las maravillas del cielo...

La vida religiosa se me aparecía *tal cual es*, con sus *sujeciones* y sus pequeños sacrificios realizados en la sombra. Comprendía lo fácil que es replegarse sobre uno mismo y olvidar el fin sublime de la propia vocación, y pensaba: Más tarde, en la hora de la prueba, cuando, prisionera en el Carmelo, no pueda contemplar más que una esquinita del cielo estrellado, me acordaré de lo que estoy viendo hoy; y ese pensamiento me dará valor; y al ver la grandeza y el poder de Dios -el único a quien quiero amar-, olvidaré fácilmente mis pobres y mezquinos intereses. Ahora que «mi *corazón* ha *vislumbrado* lo que Jesús tiene preparado para los que lo aman», no tendré la desgracia de apegarme a unas *pajas*...

Milán, Venecia, Bolonia, Loreto

Después de haber admirado el poder de Dios, pude también admirar el que él ha concedido sus criaturas.

La primera ciudad de Italia que visitamos fue Milán. La catedral, toda de mármol blanco, y con sus estatuas suficientemente numerosas como para formar un pueblo innumerable, [58vº] la visitamos hasta en sus mas pequeños detalles.

Celina y yo éramos intrépidas. Siempre íbamos las primeras y seguíamos muy de cerca a Monseñor para ver todo lo referente a las reliquias de los santos y escuchar bien las explicaciones. Por ejemplo, mientras él celebraba el santo sacrificio sobre la tumba de san Carlos, nosotras estábamos con papá detrás del altar, con la cabeza apoyada en la urna que guarda el cuerpo del santo revestido de sus ornamentos pontificales. Y así hacíamos en todas partes... Excepto cuando se trataba de subir adonde la dignidad de un obispo no lo permitía, pues en tales casos sabíamos muy bien separarnos de Su Excelencia...

Dejando a las tímidas señoras tapándose la cara con las manos después de subir a los primeros campaniles que coronaban la catedral, nosotras seguimos a los peregrinos más audaces y llegamos hasta lo alto del *último* campanario de mármol, y tuvimos el placer de contemplar a nuestros pies la ciudad de Milán, cuyos numerosos habitantes parecían un *pequeño hormiguero*...

Bajamos de nuestro pedestal, y comenzamos nuestros paseos en coche, que iban a durar un mes ¡y que iban a saciarme para siempre de mis ganas de *rodar* sin nunca cansarme!

El camposanto nos gustó todavía más que la catedral. Todas aquellas estatuas de mármol blanco, a las que el cincel del genio parece haber insuflado vida, están colocadas por el enorme campo de los muertos con una especie de estudiado descuido que, para mi gusto, aumenta aún más su encanto... Uno casi se siente tentado de acercarse a consolar a aquellos personajes idealizados que te rodean. Su expresión es tan real, y su dolor tan sereno y resignado, que uno no puede por menos de reconocer los pensamientos de inmortalidad que debían llenar el corazón de los artistas que realizaron esas obras de arte

Hay una niña arrojando flores sobre la tumba de sus padres. Parece como si el mármol hubiera perdido su pesadez y los delicados pétalos se deslizaran entre los dedos de la niña; el viento parece dispersarlos, y parece [59rº] también hacer flotar el velo ligero de las viudas y las cintas con que las jóvenes adornan sus cabellos.

Papá estaba tan encantado como nosotras. En Suiza se había sentido cansado; pero aquí recobró su jovialidad y disfrutó del hermoso espectáculo que contemplábamos. Su alma de artista se reflejaba en las expresiones de fe y de admiración que aparecían en su hermoso rostro.

Un señor ya mayor (francés), que no tenía, sin duda, un alma tan poética, nos miraba con el rabillo del ojo y decía malhumorado, como con aire de lamentar el no poder compartir nuestra admiración: «¡Pero qué entusiastas son los franceses»! Creo que aquel pobre señor hubiera hecho mejor quedándose en su casa, pues no me pareció que estuviera satisfecho del viaje; con frecuencia se ponía a nuestro lado, y de su boca no salían mas que quejas: estaba descontento de los coches, de los hoteles, de las personas, de las ciudades, en suma, de todo... Papá, con su habitual grandeza de alma, trataba de animarlo, le cedía su sitio, etc.; en definitiva, se encontraba siempre a gusto en todas partes y era de un temperamento diametralmente opuesto al de su desagradable vecino... ¡Cuántos y cuán diferentes personajes encontramos! ¡Y qué interesante el estudio del mundo cuando uno está a punto de abandonarlo...!

En Venecia la escena cambió por completo. Allí, en lugar de los ruidos de las grandes ciudades, sólo se oyen, en medio del silencio, los gritos de los gondoleros y el murmullo del agua agitada por los remos.

Venecia no carece de encantos, pero a mí me pareció una ciudad triste. El palacio de los Duces es espléndido; pero resulta también triste, con sus enormes salones en los que se hace una verdadera ostentación de oro, de maderas, de los mármoles más preciosos y de los cuadros de los más célebres maestros. Hace ya muchos años que sus bóvedas sonoras han dejado de escuchar la voz de los gobernadores pronunciando sentencias de vida o de muerte en aquellas salas que atravesábamos... Han dejado de sufrir los desdichados prisioneros encerrados por los duces en los calabozos y en las [59vº] mazmorras subterráneas...

Al visitar aquellas espantosas prisiones, me parecía estar viviendo en los tiempos de los mártires, ¡y me habría gustado poder quedarme allí para imitarlos...! Pero tuvimos que salir prontamente y pasar el puente de los suspiros, así llamado a causa de los suspiros de alivio que daban los condenados al verse libres del horror de los sótanos, a los que preferían la muerte...

Desde Venecia nos dirigimos a Padua, donde veneramos la lengua de san Antonio. Y de allí a Bolonia, donde vimos el cuerpo de santa Catalina, que conserva la huella del beso del Niño Jesús.

Muchos son los detalles interesantes que podría dar sobre cada ciudad y sobre las mil peripecias de nuestro viaje, pero sería para nunca acabar, por lo que sólo voy a escribir los detalles más importantes.

Respiré al salir de Bolonia. Esa ciudad se me había hecho insoportable a causa de los estudiantes que la llenaban y que formaban un auténtico cerco a nuestro alrededor cuando teníamos la desgracia de salir a pie, y sobre todo a causa de la pequeña aventura que me sucedió con uno de ellos101. Me alegré de emprender el camino hacia Loreto.

No me extraña que la Santísima Virgen haya elegido este lugar para transportar a él su bendita casa102. Allí la paz, la alegría y la pobreza reinan como soberanas. Todo es sencillo y primitivo. Las mujeres han conservado su vistoso traje italiano y no han adoptado, como en otras ciudades, la *moda* de *París*. En una palabra, ¡Loreto me encantó!

¿Y qué puedo decir de la santa casa...? Me emocionó profundamente encontrarme bajo el mismo techo que la Sagrada Familia, contemplar las paredes en las que Jesús posó sus ojos divinos, pisar la tierra que José regó con su sudor y donde María llevó en brazos a Jesús después de haberlo llevado en su seno virginal... Visité la salita donde el ángel se apareció a la Santísima Virgen... Metí mi rosario en la pequeña escudilla del Niño Jesús... ¡Qué recuerdos tan maravillosos...!

[60rº] Pero nuestra mayor alegría fue recibir al *mismo Jesús* en su *casa* y convertirnos en su templo vivo en el mismo lugar que él honró con su presencia.
Es costumbre en Italia conservar el Santísimo, en las iglesias, sólo en un altar, y solamente allí se puede recibir la sagrada comunión. Este altar se encuentra en la misma basílica donde está la Santa Casa, encerrada como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos gustó, pues queríamos recibir la comunión, no en el *estuche*, sino en el mismo *diamante*.

Papá, con su finura habitual, hizo como todo el mundo. Pero Celina y yo fuimos a buscar a un sacerdote que nos acompañaba por todas partes, y que en aquel preciso momento se disponía a celebrar la santa misa, por un privilegio especial, en la Santa Casa. Pidió *dos hostias pequeñas*, que puso en la patena con la hostia grande. Ya comprenderás, Madre querida, cuál sería nuestra ilusión al recibir las *dos juntas* la sagrada comunión en aquella casa bendita... Fue una alegría totalmente celestial que no se puede expresar en palabras. ¿Qué será entonces cuando recibamos la comunión en la morada celestial del rey de los cielos...? Allí ya no veremos que se nos acaba la alegría, ni existirá ya la tristeza de la partida, y para llevarnos un recuerdo no tendremos que *rascar furtivamente* las paredes santificadas por la presencia divina, pues su *casa* será la nuestra por toda la eternidad....

Dios no quiere darnos su casa de la tierra; se conforma con enseñárnosla para hacernos amar la pobreza y la vida escondida. La que nos reserva es su propio palacio de la gloria, donde ya no le veremos escondido bajo las apariencia de un niño o de una blanca hostia, ¡¡¡sino tal cual es en el esplendor de su gloria infinita...!!!

El coliseo y las catacumbas

Ahora sólo me falta ya hablar de Roma. ¡De Roma, meta de [60vº] nuestro viaje, donde yo esperaba encontrar el consuelo, pero donde encontré la cruz...!

Llegamos a Roma de noche y dormidos. Nos despertaron los empleados de la estación, que gritaban: «Roma, Roma». No era un sueño, ¡estaba en Roma...!

El primer día lo pasamos extramuros, y fue quizás el más delicioso de todos, pues todos los monumentos han conservado su sello de antigüedad, mientras que en el centro de Roma, ante el fausto de los hoteles y de las tiendas, uno tiene la impresión de estar en París.

Aquel paseo por la campiña romana me ha dejado un gratísimo recuerdo. No hablaré de los lugares que visitamos, pues hay bastantes libros que los describen por extenso, sino solamente de las principales *emociones* que viví.

Una de las más dulces fue la que me hizo estremecerme a la vista del *Coliseo*. Por fin, podía ver aquella arena en la que tantos mártires habían derramado su sangre por Jesús, y ya me disponía a besar la tierra que ellos habían santificado. ¡Pero qué decepción la mía! El centro no era más que un montón de escombros que los peregrinos tenían que conformarse con mirar, pues una valla les impedía entrar. Por otra parte, nadie sintió la tentación de intentar meterse por en medio de aquellas ruinas...

¿Pero valía la pena haber venido a Roma y quedarse sin bajar al Coliseo...? Aquello me parecía imposible. Ya no escuchaba las explicaciones del guía, sólo un pensamiento me rondaba por la cabeza: bajar a la arena...

Al ver pasar a un obrero con una escalera, estuve a punto de pedírsela. Afortunadamente no puse en práctica mi idea, pues me habría tomado por loca...

Se dice en el Evangelio que la Magdalena, perseverando junto al sepulcro y agachándose *insistentemente* para mirar dentro, acabó por ver dos ángeles. Yo, igual que ella, aun reconociendo la imposibilidad de ver cumplidos mis deseos, [61rº] seguía agachándome hacia las ruinas, adonde quería bajar.

Por fin, no vi ángeles, pero sí *lo que buscaba*. Lancé un grito de alegría y le dije a Celina: «¡Ven corriendo, vamos a poder pasar...!»

Inmediatamente sorteamos la valla, hasta la que en aquel sitio llegaban los escombros, y comenzamos a escalar las ruinas, que se hundían bajo nuestros pies.

Papá nos miraba, completamente asombrado de nuestra audacia, y no tardó en indicarnos que volviéramos. Pero las dos fugitivas ya no oían nada. Lo mismo que los guerreros sienten aumentar su valor en medio del peligro, así nuestra alegría iba en aumento en proporción al trabajo que nos costaba alcanzar el objeto de nuestros deseos.

Celina, más previsora que yo, había escuchado al guía, y acordándose de que éste acababa de señalar un pequeño adoquín marcado con una cruz como el lugar en el que combatían los mártires, se puso a buscarlo. No tardó en encontrarlo, y, arrodillándonos sobre aquella tierra sagrada, nuestras almas se fundieron en una misma oración...

Al posar mis labios sobre el polvo purpurado por la sangre de los primeros cristianos, me latía fuertemente el corazón. Pedí la gracia de morir también mártir por Jesús, y sentí en el fondo del corazón que mi oración había sido escuchada...

Todo esto sucedió en muy poco tiempo, y después de coger algunas piedras, volvimos hacia los muros en ruinas para volver a comenzar nuestra arriesgada empresa. Papá, al vernos tan contentas, no tuvo valor para reñirnos, y me di cuenta de que estaba orgulloso de nuestra valentía...

Dios nos protegió visiblemente, pues los peregrinos no se dieron cuenta de nuestra empresa por estar algo más lejos que nosotros, ocupados sin duda en contemplar las magníficas arcadas, de las que el guía estaba resaltando

«las pequeñas *cornisas* y los *cupidos* colocados sobre ellas»103. Y así, ni él ni los «señores abates» se enteraron de la alegría que embargaba nuestros corazones...

También las catacumbas me dejaron una gratísima impresión. Son [61vº] tal como me las había imaginado leyendo su descripción en la vida de los mártires. La atmósfera que allí se respira está tan llena de fragancia, que, después de pasar en ellas buena parte de la tarde, me daba la impresión de haber estado tan sólo unos instantes...
Teníamos que llevarnos algún recuerdo de las catacumbas. Así que, dejando que se alejase un poco la procesión, *Celina* y *Teresa* se deslizaron las dos juntas hasta el fondo del antiguo sepulcro de santa Cecilia y cogieron un poco de la tierra santificada por su presencia.

Antes del viaje a Roma, yo no tenía especial devoción a esta santa. Pero al visitar su casa, convertida en iglesia, y el lugar de su martirio, al saber que había sido proclamada reina de la armonía, no por su hermosa voz ni por su talento musical, sino en memoria del *canto virginal* que hizo oír a su Esposo celestial escondido en el fondo de su corazón, sentí por ella algo más que devoción: una auténtica *ternura* de *amiga*... Se convirtió en mi santa predilecta, en mi confidente íntima... Todo en ella me fascina, sobre todo su *abandono* y su *confianza* sin límites, que la hicieron capaz de virginizar a unas almas que nunca habían deseado más alegrías que las de la vida presente...

Santa Cecilia se parece a la esposa del Cantar de los Cantares. Veo en ella «un *coro* en medio de un campo de batalla...» Su vida no fue más que un canto melodioso, aun en medio de las mayores pruebas, y no me extraña, pues «el santo Evangelio *reposaba sobre su corazón*» y *en su corazón reposaba* el Esposo de las vírgenes...

También la visita a la iglesia de Santa Inés fue para mí muy dulce. Allí iba a visitar en su casa a una *amiga* de la *infancia*. Le hablé largamente de la que tan dignamente lleva su nombre, e hice todo lo posible por conseguir una reliquia de la angelical patrona de mi Madre querida para traérsela. [62rº] Pero no pudimos conseguir más que una piedrecita roja que se desprendió de un rico mosaico cuyo origen se remonta a los tiempos de santa Inés y que ella debió de mirar muchas veces. ¿No resulta encantadora la amabilidad de la santa, al regalarnos ella misma lo que buscábamos y que nos estaba prohibido tomar...? Siempre me ha parecido aquello una delicadeza y una prueba del amor con que la dulce santa Inés mira y protege a mi Madre querida...

Audiencia con León XIII

Seis días pasamos visitando las principales maravillas de Roma, y el *séptimo* vi la mayor de todas: «León XIII...»

Deseaba que llegase aquel día, y al mismo tiempo lo temía. De él dependía mi vocación, pues la respuesta que debía recibir de Monseñor no había llegado y había sabido, *Madre querida*, por una carta tuya, que ya no estaba muy bien dispuesto en mi favor. Así que mi única tabla de salvación era el permiso del Santo Padre...

Pero para obtenerlo, había que pedirlo. Tenía que *atreverme a hablar «al Papa»* delante de todo el mundo. Y simplemente el pensarlo me hacía temblar. Sólo Dios sabe, y mi *querida Celina*, lo que sufrí antes de la audiencia. Nunca olvidaré cómo me acompañó ella en todas mis pruebas; parecía como si mi vocación fuese la suya.

(Los sacerdotes de la peregrinación se dieron cuenta de cómo nos queríamos. Una noche estábamos en una reunión tan numerosa, que faltaban sillas; entonces Celina me sentó sobre sus rodillas y nos miramos con tanto cariño, que un sacerdote exclamó: «¡Cómo se quieren! ¡Esas dos hermanas serán siempre inseparables!» Sí, nos queríamos; pero nuestro cariño era tan *puro* y tan fuerte, que el pensamiento de la separación no nos inquietaba, pues sabíamos que nada en el mundo, ni siquiera el océano, podría alejarnos una de otra... Celina veía tranquila cómo mi [62vº] barquilla se iba acercando a la ribera del Carmelo y se resignaba a quedarse en el mar tempestuoso del mundo todo el tiempo que Dios quisiera, segura de que un día también ella llegaría a la ribera objeto de nuestros deseos...)

El domingo 20 de noviembre, vestidas según la etiqueta del Vaticano (es decir, de negro, y con mantilla de encaje por tocado) y adornadas con una gran medalla de León XIII que colgaba de una cinta azul y blanca, hicimos nuestra entrada en el Vaticano, en la capilla del Sumo Pontífice.

A las 8, nuestra emoción fue muy profunda al verle entrar para celebrar la santa Misa... Tras bendecir a los numerosos peregrinos congregados a su alrededor, subió las gradas del altar y nos demostró con su piedad, digna del Vicario de Jesús, que era verdaderamente «el *Santo* Padre». Cuando Jesús bajó a las manos de su Pontífice, mi corazón latió con fuerza y mi oración se hizo ardiente. Sin embargo, la confianza llenaba mi corazón. El Evangelio de ese día contenía estas palabras: «No temas, pequeño rebaño, porque mi Padre ha tenido a bien daros su reino».

No, no temía. Esperaba que muy pronto sería mío el reino del Carmelo. No pensaba entonces en aquellas otras palabras de Jesús: «Yo os transmito el reino como me lo transmitió mi Padre a mí». Es decir, te reservo cruces y

tribulaciones; así te harás digna de poseer ese reino por el que suspiras. Si fue necesario que Cristo sufriera, para entrar así en su gloria, si tú quieres tener un sitio a su lado, ¡tendrás que beber el cáliz que él mismo bebió...! Ese cáliz me lo presentó el Santo Padre, y mis lágrimas fueron a mezclarse con la amarga bebida que se me ofrecía.

Después de la misa de acción de gracias que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia.

León XIII estaba sentado en un gran sillón. Vestía simplemente [63rº] una sotana blanca y una muceta del mismo color, y en la cabeza no llevaba más que un pequeño solideo. A su lado estaban, de pie, varios cardenales, arzobispos y obispos, pero yo sólo los vi globalmente, pues mi atención estaba centrada en el Santo Padre.

Ibamos desfilando procesionalmente ante él. Cada peregrino, cuando le llegaba su turno, se arrodillaba, besaba el pie y la mano de León XIII, recibía su bendición y dos guardias nobles le tocaban, por ceremonia, indicándole así que debía levantarse (al peregrino, pues me explico tan mal, que podría entenderse que era al Papa).

Antes de entrar en el salón pontificio, yo estaba completamente decidida a *hablar*; pero sentí que mi valor flaqueaba cuando vi a la derecha del Santo Padre ¡al «Señor *Révérony*...! Casi en aquel mismo instante nos dijeron de *su* parte que *prohibía hablar* a León XIII, pues la audiencia se estaba prolongando demasiado...

Yo me volví hacia mi Celina querida para conocer su opinión. «¡Habla!», me dijo104. Un momento después estaba yo a los pies del Santo Padre. Después de besarle la sandalia, me presentó la mano; pero en lugar de besársela, junté las mías y elevando hacia su rostro mis ojos bañados en lágrimas, exclamé:

«¡Santísimo Padre, tengo que pediros una gracia muy grande...!»

Entonces el Sumo Pontífice inclinó hacia mí su cabeza, de manera que mi rostro casi tocaba el suyo, y vi sus *ojos negros* y *profundos* que se fijaban en mí y parecían querer penetrarme hasta el fondo del alma.

«¡Santísimo Padre, en honor de vuestras bodas de oro, permitidme entrar en el Carmelo a los 15 años...!»

Sin duda, la emoción hacía temblar mi voz. Por lo que el Santo Padre, volviéndose hacia el Sr. Révérony, que me miraba asombrado y disgustado, le dijo:

«No comprendo bien».

Si Dios lo hubiera permitido, le habría sido fácil al Sr. Révérony alcanzarme lo que deseaba, pero Dios quería darme cruz, y no consuelo.

«Santísimo Padre (respondió el Vicario General), se trata de *una niña* que desea entrar en el Carmelo a los 15 años; pero los superiores están en estos momentos estudiando la cuestión».

«Bueno, hija mía, respondió el Santo Padre mirándome bondadosamente, haz lo que te digan los superiores»:

Entonces, apoyando mis manos [63vº] en sus rodillas, hice un último intento y le dije con voz suplicante:

«¡Sí, Santísimo Padre! Pero si usted dijese que sí, todo el mundo estaría de acuerdo».

Me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba:

«Vamos... vamos... *Entrarás si Dios lo quiere*...» (Y su acento tenía un no sé qué de tan penetrante y convincente, que aún me parece estar oyéndole).

Animada por la bondad del Santo Padre, quise seguir hablando, pero los dos guardias nobles me *tocaron cortésmente*, para que me levantase; y viendo que con eso no bastaba, me cogieron por los brazos y el Sr. Révérony les ayudó a levantarme, pues seguía con las manos juntas apoyadas en las rodillas del Santo Padre, y tuvieron que arrancarme de sus pies *a viva fuerza*...

Mientras me *quitaban de en medio* de esa manera, el Santo Padre acercó su mano a mis labios y después la levantó para bendecirme. Entonces los ojos se me llenaron de lágrimas, y el Sr. Révérony pudo contemplar al menos tantos *diamantes* como había visto en Bayeux...

Los dos guardias nobles me llevaron en volandas, por así decirlo, hasta la puerta, donde un tercero me dio un medalla de León XIII.

Celina, que iba detrás de mí, acababa de ser testigo de la escena que acababa de ocurrir. Casi tan emocionada como yo, tuvo no obstante valor para pedir al Santo Padre una bendición para el Carmelo. El Sr. Révérony, con voz, malhumorada, respondió:

«El Carmelo ya está bendecido».
Y el Santo Padre contestó con ternura:
«Sí, sí, ¡ya está bendecido!»

Papá se había acercado a los pies de León XIII antes que nosotras (con los caballeros)105. El Sr. Révérony había estado con él encantador, presentándolo como el *padre* de *dos carmelitas*. El Santo Padre, como muestra de especial benevolencia, posó su mano sobre la cabeza venerable de mi querido rey, como marcándole con un *sello misterioso* en nombre de Aquel de quien era verdadero representante...

Ahora que este *padre de cuatro carmelitas* está en el cielo, ya no es la mano del Pontífice la que reposa sobre su frente, [64rº] profetizándole el martirio... Es la *mano* del Esposo de las Vírgenes, la del Rey de la gloria, la que hace resplandecer la cabeza de su fiel servidor. ¡Y ya nunca esa mano adorada dejará de apoyarse en la frente que ella misma ha glorificado...!

Mi papá querido se llevó un disgusto muy grande cuando, al salir de la audiencia, me encontró deshecha en lágrimas, e hizo todo lo posible por consolarme; pero en vano...

En el fondo del corazón yo sentía una gran paz, puesto que había hecho absolutamente todo lo que estaba en mis manos para responder a lo que Dios pedía de mí. Pero esa *paz* estaba en el *fondo*, mientras la *amargura* inundaba mi alma, pues Jesús callaba106. Parecía estar ausente, nada me revelaba su presencia... Tampoco aquel día el sol se atrevió a brillar, y el hermoso cielo de Italia, cargado de oscuros nubarrones, no cesó de llorar conmigo...

Todo había terminado. El viaje no tenía ya el menor atractivo para mí, pues su objetivo había fracasado

Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre deberían haberme consolado: ¿no eran, en realidad, una verdadera profecía? A pesar de todos los obstáculos, se realizó lo que *Dios quiso*. No *permitió* a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino *lo que quería él*...

Desde hacía algún tiempo, me había ofrecido al Niño Jesús para ser su *juguetito*107. Le había dicho que no me tratase como a uno de esos juguetes caros que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlos, sino como a una pelotita sin valor que pudiera tirar al suelo, o golpear con el pie, o *agujerear*, o dejarla en un rincón, o bien, si le apetecía, estrecharla contra su corazón. En una palabra, quería *divertir* al *Niño Jesús*, agradarle, entregarme a sus *caprichos infantiles*... Y él había escuchado mi oración...

En Roma Jesús *agujereó* su juguetito. Quería ver lo que había dentro. Y luego, una vez que lo vio, satisfecho de su descubrimiento, dejó caer su [64vº] pelotita y se quedó dormido...

¿Y qué hizo mientras dormía dulcemente, y qué fue de la pelotita abandonada...? Jesús soñó que seguía *divirtiéndose* con su juguete, tirándolo y cogiéndolo una y otra vez; y luego, que, después de haberlo echado a rodar muy lejos, lo estrechaba contra su corazón sin dejarlo alejarse ya nunca más de su manita...

Imagínate, Madre querida, lo triste que se sentiría la pelotita al verse *tirada por el suelo*... Sin embargo, no dejé de esperar contra toda esperanza.

Unos días después de la audiencia con el Santo Padre, papá fue a visitar al hermano Simeón108, y encontró allí al Sr. Révérony, que se mostró muy amable. Papá le reprochó jovialmente que no me hubiese ayudado en mi *difícil empresa*, y luego le contó la historia de su *reina* al hermano Simeón. El venerable anciano escuchó su relato con gran interés, tomó incluso algunas notas y dijo emocionado: «¡Estas cosas no se ven en Italia!»

Creo que aquella entrevista causó muy buena impresión al Sr. Révérony, que a partir de entonces no dejó de darme muestras de que *por fin* estaba convencido de mi vocación.

Nápoles, Asís, regreso a Francia

Al día siguiente de la memorable jornada, tuvimos que salir de madrugada para Nápoles y Pompeya. El Vesubio, en nuestro honor, no dejó de meter ruido en todo el día, dejando escapar entre sus *cañonazos* una espesa columna de

humo. Las huellas que ha dejado en las ruinas de Pompeya son horribles y muestran el poder de Dios, que «mira a la tierra y la hace temblar, toca los montes y humean...»

Me hubiera gustado pasearme sola por entre las ruinas y meditar en la fragilidad de las realidades humanas, pero la cantidad de viajeros quitaba a la ciudad destruida buena parte de su melancólico encanto...

En Nápoles fue todo lo contrario. La *gran cantidad* de coches de dos caballos hizo que resultara espléndido nuestro paseo al monasterio de San Martín, situado en la cima de [65rº] una alta colina que dominaba toda la ciudad. Lamentablemente, los caballos que nos conducían se desbocaban a cada paso, y más de una vez creí llagada mi última hora. Por más que el cochero repetía continuamente la palabra mágica de los conductores italianos: «Appipó, appipó...», los pobres caballos estaban empeñados en volcar el coche. Por fin, gracias a la protección de nuestros ángeles de la guarda, llegamos a nuestro magnífico hotel.

A lo largo de todo nuestro viaje nos alojamos en hoteles principescos. Nunca antes me había visto rodeada de tanto lujo. Y aquí sí que cabe decir que la riqueza no hace la felicidad, pues yo me habría sentido mucho más feliz bajo un techo de paja con la esperanza del Carmelo, que entre artesonados de oro, escaleras de mármol blanco y tapices de seda, con amargura en el corazón...

Comprendí bien que la alegría no se halla en las cosas que nos rodean, sino en lo más íntimo de nuestra alma; se la puede poseer lo mismo en una prisión que en un palacio. La prueba está en que yo soy más feliz en el Carmelo, aun en medio de mis sufrimientos interiores y exteriores, que entonces en el mundo, rodeada de las comodidades de la vida y *sobre todo* de la ternura del hogar paterno...

Llevaba el alma sumida en la tristeza. Sin embargo, exteriormente era la misma, pues creía que nadie conocía la petición que había hecho al Santo Padre. Pronto me convencí de lo contrario. Habiéndome quedado sola con Celina en el vagón (los demás peregrinos habían bajado a la cantina de la estación, aprovechando unos pocos minutos de parada), vi que el Sr. Legoux, Vicario General de Coutances, abría la puerta y mirándome me decía sonriendo: «¿Cómo está nuestra pequeña carmelita...?» Entonces comprendí que toda la peregrinación conocía mi secreto109. Gracias a Dios, nadie me habló sobre ello, pero, por la simpatía con que me miraban, me di cuenta de que mi petición no les había producido mala [65vº] impresión, sino todo lo contrario...

En la pequeña ciudad de Asís tuve ocasión de subir al coche del Sr. Révérony, un honor que no le fue concedido a *ninguna dama* durante todo el viaje. Te cuento cómo conseguí ese privilegio.

Después de visitar los lugares impregnados por el aroma de las virtudes de san Francisco y santa Clara, terminamos en el monasterio de Santa Inés, hermana de santa Clara.

Yo había estado contemplando a mis anchas la cabeza de la santa y cuando me retiraba, una de las últimas, me di cuenta de que había perdido el cinturón. Lo *busqué* en medio de la muchedumbre. Un sacerdote se compadeció de mí y me ayudó; pero después de habérmelo encontrado, le vi alejarse, y yo me quedé sola *buscando*, pues aunque tenía el cinturón no me lo podía poner, pues faltaba la hebilla... Por fin, la vi brillar en un rincón. Cogerla y ajustarla al cinturón no me llevó mucho tiempo, pero todo el trabajo anterior sí que me lo había llevado. Así que me quedé de una pieza al ver que estaba sola al salir de la iglesia. Todos los coches, y eran muchos, habían desaparecido, excepto el del Sr. Révérony. ¿Qué decisión tomar? ¿Echarme a correr detrás de los coches, que ya no se veían, exponiéndome a perder el tren, con la consiguiente preocupación de mi querido papá, o bien pedir un sitio en la calesa del Sr. Révérony...?

Me decidí por esta última solución. Con la mayor amabilidad y lo menos *apurada* que pude, a pesar de mi *apuro*, le expuse mi crítica situación y lo puse a él mismo en un *apuro*, pues su coche iba lleno de los más distinguidos *caballeros* de la peregrinación. Imposible encontrar una plaza libre. Pero un caballero muy galante se apresuró a bajar, me hizo ocupar su asiento, y se puso él modestamente al lado del cochero. Parecía una ardilla atrapada en un cepo, y estaba muy lejos de encontrarme a gusto, rodeada de todos aquellos personajes ilustres, y sobre todo del más *temible* de todos ellos, frente al cual iba sentada... Sin embargo, estuvo muy [66rº] amable conmigo, interrumpiendo de vez en cuando su conversación con los caballeros para hablarme del *Carmelo*.

Antes de llegar a la estación, todos aquellos *grandes personajes* sacaron sus *grandes* monederos para dar una propina al cochero (que ya estaba pagado). Yo hice lo mismo, y saqué mi *diminuto* monedero, pero el Sr. Révérony no me permitió sacar mis preciosas *moneditas* y prefirió dar él una *grande* de las suyas por los dos.

En otra ocasión volví a encontrarme a su lado en el ómnibus. Estuvo más amable todavía, y me prometió hacer todo lo que pudiera para que entrase en el Carmelo...

Aunque estos breves encuentros pusieron un poco de bálsamo en mis llagas, no pudieron evitar que el regreso fuese mucho menos placentero que la ida, pues ya no tenía la esperanza «del Santo Padre». No encontraba ayuda alguna en la tierra, que me parecía un desierto agostado y sin agua. *Sólo* en Dios tenía puesta toda mi esperanza... Acababa de conocer por experiencia que vale más recurrir a él que a sus santos...

La tristeza de mi alma no fue obstáculo para que pusiese un gran interés en los santos lugares que visitábamos.

En Florencia tuve la dicha de contemplar a santa María Magdalena de Pazzis, colocada en medio del coro de las carmelitas, que nos abrieron la reja. Como no sabíamos que íbamos a disfrutar de tal privilegio, y muchas personas deseaban hacer tocar sus rosarios en el sepulcro de la santa, no había nadie más que yo que pudiese pasar la mano por entre la reja que nos separaba de él. Por eso, todos me traían sus rosarios, y yo me sentía muy orgullosa de mi oficio...

Siempre tenía que encontrar la forma de *tocarlo todo*. Así, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén (en Roma) pudimos venerar varios fragmentos de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos, encerrado en un magnífico relicario de oro labrado, pero sin cristal, por lo que, al venerar la sagrada reliquia, encontré la forma de pasar mi *dedito* por una [66vº] de las aberturas del relicario y pude *tocar* el clavo que bañó la sangre de Jesús...

La verdad es que era demasiado atrevida... Por suerte, Dios, que conoce el fondo de los corazones, sabe que mi intención era pura y que por nada del mundo hubiera querido desagradarle. Me portaba con él como un *niño* que piensa que todo le está permitido y mira como suyos los tesoros de su padre.

Todavía hoy sigo sin comprender por qué en Italia se excomulga tan fácilmente a las mujeres. A cada paso nos decían: «¡No entréis aquí... No entréis allá, que quedaréis excomulgadas...!» ¡Pobres mujeres! ¡Qué despreciadas son...! Sin embargo, ellas aman a Dios en número mucho mayor que los hombres, y durante la pasión de Nuestro Señor las mujeres tuvieron más valor que los apóstoles, pues desafiaron los insultos de los soldados y se atrevieron en enjugar la Faz adorable de Jesús... Seguramente por eso él permite que el desprecio sea su lote en la tierra110, ya que lo escogió también para sí mismo... En el cielo demostrará claramente que sus pensamientos no son los de los hombres, pues entonces los *últimos* serán los *primeros*...

Más de una vez, durante el viaje, no tuve la paciencia de esperar al cielo para ser la primera... Un día en que visitábamos un convento de Padres carmelitas, no me conformé con seguir a los peregrinos por las galerías *exteriores* y me metí por los claustro *interiores*... De pronto vi a un anciano carmelita que desde lejos me hacía señas de que me alejase; pero yo, en vez de marcharme, me acerqué a él y, señalándole los cuadros del claustro, le di a entender por señas que eran bonitos. El se dio cuenta, por mis cabellos que caían sobre la espalda y por mi aspecto juvenil, que era una niña, me sonrió con bondad y se alejó, al ver que no tenía delante de él a una enemiga. Si hubiese podido hablarle en italiano, le habría dicho que era un futura carmelita; pero por culpa de los constructores de la torre de Babel, no pude hacerlo.

Después de visitar también Pisa y Génova, volvimos a Francia.

En el trayecto, [67rº] el panorama era magnífico. A veces bordeábamos el mar, y la vía del tren pasaba tan cerca de él, que me parecía que las olas iban a llegar hasta nosotros (aquel espectáculo fue debido a una tempestad, y era de noche, lo que hacía que la escena fuese aún más impresionante). Otras veces atravesábamos llanuras cubiertas de naranjos con su fruta ya madura, o de verdes olivos de escaso follaje, o de esbeltas palmeras... A la caída de la tarde, veíamos los numerosos puertecitos de mar iluminarse con multitud de luces, mientras en el cielo empezaban a brillar las primeras *estrellas*...

Y a la vista de todas aquellas cosas, que yo miraba por primera y por última vez en mi vida, ¡mi alma se llenaba de poesía...!
Pero las veía desvanecerse sin la menor pena. Mi corazón aspiraba a otras maravillas. Había contemplado ya bastante las *bellezas* de la tierra, y sólo las del *cielo* eran ya el objeto de sus deseos. Y para ofrecérselas a las almas, ¡quería convertirme en *prisionera* ...!

Tres meses de espera

Mas antes de ver abrirse ante mí las puertas de la bendita prisión por la que suspiraba, tenía aún que luchar y que sufrir. Lo presentía al volver a Francia. Sin embargo, mi confianza era tan grande, que no perdí la esperanza de que me permitieran entrar en el Carmelo el 25 de diciembre...

Apenas llegamos a Lisieux, nuestra primera visita fue para el Carmelo. ¡Qué encuentro aquél...! ¡Teníamos tantas cosas que decirnos después de un mes de separación, mes que me pareció larguísimo y en el que aprendí más que en muchos años...!

¡Qué dulce fue para mí, Madre querida, volverte a ver y abrirte mi pobre alma herida! ¡A ti, que sabías comprenderme tan bien; a ti, a quien bastaba una palabra o una mirada para adivinarlo todo!

Me abandoné con entera confianza. Había hecho todo lo que dependía de mí, todo, hasta hablarle al Santo Padre; por lo que ya no sabía qué más tenía que hacer. Tú me dijiste que escribiese a Monseñor, recordándole su promesa. Lo hice enseguida lo mejor que supe, pero en unos términos que a nuestro tío le parecieron demasiado [67vº] ingenuos. El rehízo la carta. Cuando yo iba a echarla al correo, recibí una tuya, diciéndome que no escribiese, que esperase unos días más. Obedecí enseguida, pues estaba segura de que ésa era la mejor forma de no equivocarme.

Por fin, diez días antes de Navidad, ¡salió mi carta! Plenamente convencida de que la respuesta no se haría esperar, todas las mañanas iba a correos con papá después de misa, pensando encontrar allí el permiso para echarme a volar; pero cada mañana me traía una nueva decepción, que sin embargo no hacía vacilar mi fe...

Pedía a Jesús que rompiese mis ataduras. Y las rompió, pero de una forma totalmente diferente a como yo esperaba... Llegó la fiesta de Navidad, y Jesús no despertó... Dejó en el suelo a su pelotita, sin echarle siquiera una mirada...

Al ir a la Misa de Gallo llevaba roto el corazón. ¡Tenía tantas esperanzas de asistir a ella tras las rejas del Carmelo...!

Esta prueba fue muy dura para mi fe. Pero Aquel cuyo corazón vela mientras él duerme me hizo comprender que él obra auténticos *milagros* y cambia la montañas de lugar en favor de quienes tienen una fe como un *grano* de *mostaza*, pero que con sus *íntimos*, con su *Madre*, él no hace milagros *hasta haber probado su fe*. ¿No dejó morir a Lázaro, a pesar de que Marta y María le habían hecho saber que estaba enfermo...? Y en las bodas de Caná, cuando la Virgen le pidió que ayudara a los anfitriones, ¿no le contestó que todavía no había llegado su hora...? Pero después de la prueba, ¡qué recompensa! ¡El agua se convierte en vino...! ¡Lázaro resucita...!

Así actuó Jesús con su Teresita: después de haberla probado durante *mucho tiempo*, colmó todos los deseos de su corazón...

Por la tarde de aquel radiante día de fiesta, que yo pasé llorando, fui a visitar a las carmelitas. Me llevé una gran sorpresa cuando, al abrir la [68rº] reja, vi un precioso Niño Jesús que tenía en la mano una pelota en la que estaba escrito mi nombre. Las carmelitas, en lugar de Jesús, que era demasiado pequeño todavía para hablar, me cantaron una canción compuesta por mi Madre querida. Cada una de sus palabras derramaba en mi alma un dulce consuelo. Jamás olvidaré aquella delicadeza del corazón maternal que siempre me colmó de los más exquisitos detalles de ternura...

Después de dar las gracias derramando dulces lágrimas, les conté la sorpresa que me había dado mi querida Celina al volver de la Misa de Gallo. En mi habitación, en medio de una preciosa jofaina, había encontrado un *barquito* que llevaba al *Niño* Jesús dormido con una *pelotita* a su lado. En la blanca vela Celina había escrito estas palabras: «Duermo, pero mi corazón vela», y en el barco esta sola palabra: «¡Abandono!»

¡Ay!, si Jesús no hablaba todavía a su pequeña prometida, si sus ojos divinos seguían cerrados, por lo menos se revelaba a ella por medio de otras almas que comprendían todas las delicadezas y todo el amor de su corazón...

El primer día del año 1888, Jesús me hizo una vez más el regalo de su cruz. Pero esta vez la llevé yo sola, pues fue tanto más dolorosa cuanto menos la comprendía... Una *carta de Paulina* me comunicaba que la respuesta de Monseñor había llegado el 28, fiesta de los Santos *Inocentes*, pero que no me lo había hecho saber porque se había decidido que mi entrada no tuviera lugar hasta *después* de la *cuaresma*. Al pensar en una espera tan larga, no pude contener las lágrimas.

Esta prueba tuvo para mí un carácter muy particular. Veía mis *ataduras rotas* por parte del mundo, pero ahora era el arca santa la que negaba la entrada a la pobre palomita...

Convengo en que debí parecer poco razonable al no aceptar gozosa esos tres meses de destierro. Pero creo también que esta prueba, aunque no lo pareciese, fue *muy grande* y me ayudó a *crecer* mucho en el abandono y en las demás virtudes.

[68vº] ¿Cómo trascurrieron estos *tres meses* tan ricos en gracias para mi alma...?

Al principio me vino a la cabeza la idea de no molestarme en llevar una vida tan ordenada como solía. Pero pronto comprendí el valor de aquel tiempo que se me concedía, y decidí entregarme con más intensidad que nunca a una vida *seria* y *mortificada*.

Cuando digo mortificada, no es para hacer creer que hiciera penitencias, pues *nunca las he hecho*111. Lejos de parecerme a esas almas grandes que desde la niñez practicaron toda serie de mortificaciones, yo no sentía por ellas el menor atractivo. Esto se debía, sin duda, a mi flojedad, pues hubiera podido encontrar, como Celina, mis pequeños recursos para mortificarme. En vez de eso, siempre me dejé mecer entre algodones y cebar como un pajarito que no necesita hacer penitencia...

Mis mortificaciones consistían en doblegar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar cualquier palabra de réplica; en prestar pequeños servicio sin hacerlos valer; en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc., etc...

Con la práctica de estas *naderías* me fui preparando para ser la prometida de Jesús, y no sabría decir cuan dulces recuerdos me ha dejado esta espera...

Tres meses se pasan muy pronto, y por fin llegó el momento tan ardientemente deseado.

NOTAS AL CAPÍTULO VI

97 Peregrinación (del 7 de noviembre al 2 de diciembre de 1887) organizada por la diócesis de Coutances con ocasión de las bodas de plata sacerdotales de León XIII y como «testimonio de fe» frente a las «expoliaciones anticlericales» (en Italia). La diócesis de Bayeux se había asociado a ella, y el Sr. Révérony iba representando a Mons. Hugonin.

98 Ciento noventa y cinco peregrinos, setenta y tres de los cuales eran eclesiásticos y numerosas familias nobles de Normandía.

99 *Imitación*, II, 24, 2.

100 El viernes 4/11/1887.

101 Al bajar del tren, un estudiante se precipitó sobre ella, y la cogió en brazos diciéndole piropos. Ella se libró ágilmente de él, lanzándole una mirada furiosa.

102 Teresa, al igual que la mayor parte de los católicos de su tiempo, no pone en tela de juicio ni por un instante la leyenda de la casa de José y María transportada milagrosamente por los ángeles a Loreto.

103 Teresa se burla del guía del Coliseo. [Ese guía italiano, hablando en francés, empleaba la palabra «cornichons» (que significa «pepino» y también «persona de cortos alcances») en vez de «corniches» (= cornisas) y la palabra «cupides» (que significa «codiciosos») en vez de «cupidons» (= cupidos). N. del T.]

104 Teresa no había hecho un viaje tan largo para dar marcha atrás en el último momento (cf Cta 32), tanto más cuanto que todo el Carmelo la animaba.

105 En realidad, los caballeros fueron presentados después de las señoras y de los sacerdotes.

106 El silencio de Jesús: una de las angustias de Teresa. Cf Ms C 9vº y Ms A 51rº. Pero reacciona valerosamente (Cta 111); toda su vida es como una preparación para la prueba de la fe.

107 Tema importante en el simbolismo teresiano (unido aquí al de la *pelotita*), que aparece aquí cuatro veces. Cf Cta 34; 36; 74; 78; 79; 176.
108 Un hermano de las Escuelas Cristianas, personaje muy bien considerado entre la colonia francesa de Roma, que ya conocía al señor Martin. El enviará a Teresa la bendición del papa, el 31/8/1890, para su profesión, y en su última enfermedad (el 12/7/1897).

109 Un corresponsal en Roma de *L'Univers* había difundido la noticia (24/11/1887).

110 Teresa pone aquí de manifiesto, de manera brillante, su feminismo. Su argumentación es fuerte, y la condición de mujer se convierte casi en una especie de privilegio para asemejarse a Jesús.

111 Teresa habla de las penitencias corporales, que sabemos que practicará en el Carmelo.

A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO VII

PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO (1888―1890)

El lunes 9 de abril, día en que el Carmelo celebraba la fiesta de la Anunciación, trasladada a causa de la cuaresma, fue el día elegido para mi entrada.

La víspera, toda la familia se reunió en torno a la mesa, a la que yo iba a sentarme por última vez. ¡Ay, qué desgarradoras son estas reuniones íntimas...! Cuando una quisiera pasar inadvertida, te prodigan las caricias y las palabras más tiernas, y te hacen más duro el sacrificio de la separación...

Mi rey querido apenas hablaba, pero su mirada se posaba en mí con amor... Mi tía lloraba de vez en cuando, y mi tío me dispensaba mil atenciones de cariño. También Juana y María me colmaban de delicadezas, sobre todo María, que, [69rº] llevándome aparte, me pidió perdón por todo lo que creía haberme hecho sufrir. Y finalmente, mi querida Leonia, que había vuelto de la Visitación hacía algunos meses, me colmaba como nadie de besos y caricias.

Sólo de Celina no he dicho nada. Pero ya puedes imaginarte, Madre querida, cómo transcurrió la última noche en que dormimos juntas...

En la mañana del gran día, tras echar una última mirada a los Buissonnets, nido cálido de mi niñez que ya no volvería a ver, partí del brazo de mi querido rey para subir a la montaña del Carmelo...

Al igual que la víspera, toda la familia se reunió para escuchar la santa Misa y recibir la comunión. En cuanto Jesús bajó al corazón de mis parientes queridos, ya no escuché a mi alrededor más que sollozos. Yo fui la única que no lloró, pero sentí latir mi corazón *con tanta fuerza*, que, cuando vinieron a decirnos que nos acercáramos a la puerta claustral, me parecía imposible dar un solo paso. Me acerqué, sin embargo, pero preguntándome si no iría a morirme, a causa de los fuertes latidos de mi corazón... ¡Ah, qué momento aquél! Hay que pasar por él para entenderlo...

Mi emoción no se tradujo al exterior. Después de abrazar a todos los miembros de mi familia querida, me puse de rodillas ante mi incomparable padre, pidiéndole su bendición. Para dármela, también *él* se puso de *rodillas*, y me bendijo llorando...

¡El espectáculo de aquel anciano ofreciendo su hija al Señor, cuando aún estaba en la primavera de la vida, tuvo que hacer sonreír a los ángeles...!

Pocos instantes después, se cerraron tras de mí las puertas del arca santa112 y recibí los abrazos de las *hermanas queridas* que me habían hecho de *madres* y a las que en adelante tomaría por modelo de mis actos...

Por fin, mis deseos se veían cumplidos. Mi alma sentía una PAZ tan dulce y tan profunda, que no acierto a [69vº] describirla. Y desde hace siete años y medio esta paz íntima me ha acompañado siempre, y no me ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones.

Como a todas las postulantes, inmediatamente después de mi entrada, me llevaron al coro. Estaba en penumbra, porque estaba expuesto el Santísimo, y lo primero que atrajo mi mirada fueron los ojos de nuestra santa Madre Genoveva, que se clavaron en mí. Estuve un momento arrodillada a sus pies, dando gracias a Dios por el don que me concedía de conocer a una santa, y luego seguí a nuestra Madre María de Gonzaga a los diferentes lugares de la comunidad. Todo me parecía maravilloso. Me creía transportada a un desierto. Nuestra113 celdita, sobre todo, me encantaba.

Pero la alegría que sentía era una alegría *serena*. Ni el más ligero céfiro hacía ondular las tranquilas aguas sobre las que navegaba mi barquilla, ni una sola nube oscurecía mi cielo azul... Sí, me sentía plenamente compensada de todas mis pruebas... ¡Con qué alegría tan honda repetía estas palabras: «Estoy aquí, para siempre, para siempre...»!

Aquella dicha no era efímera, no se desvanecería con las ilusiones de los primeros días. ¡Las *ilusiones*! Dios me concedió la gracia de *no llevar* NINGUNA al entrar en el Carmelo. Encontré la vida religiosa *tal* como me la había imaginado. Ningún sacrificio me extrañó. Y sin embargo, tú sabes bien, Madre querida, que mis primeros pasos encontraron más espinas que rosas...

Sí, el sufrimiento me tendió los brazos, y yo me arrojé en ellos con amor... A los pies de Jesús―Hostia, en el interrogatorio que precedió a mi profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: «He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes».

Cuando se quiere alcanzar una meta, hay que poner los medios para ello. Jesús me hizo comprender que las almas quería dármelas por medio de la cruz; y mi anhelo de sufrir creció a medida que aumentaba el sufrimiento.

Durante cinco años, éste fue mi camino. Pero, [70rº] al exterior, nada revelaba mi sufrimiento, tanto más doloroso cuanto que sólo yo lo conocía. ¡Qué sorpresas nos llevaremos al fin del mundo cuando leamos la historia de las almas...! ¡Y cuántas personas se quedarán asombradas al conocer el camino por el que fue conducida la mía...!

Confesión con el P. Pichon

Esto es tan verdad, que dos meses después de mi entrada, cuando vino el P. Pichon para la profesión de sor María del Sagrado Corazón, se quedó sorprendido al ver lo que Dios estaba obrando en mi alma, y me dijo que, la víspera, al verme hacer oración en el coro, mi fervor le pareció totalmente infantil y muy dulce mi camino.

Mi entrevista con el Padre fue para mí un consuelo muy grande, aunque velado por las lágrimas a causa de la dificultad que encontré para abrirle mi alma.

Hice, no obstante, una confesión general, como nunca la había hecho. Al terminar, el Padre me dijo estas palabras, las más consoladoras que jamás hayan resonado en los oídos de mi alma: «En presencia de Dios, de la Santísima Virgen y de todos los santos, declaro que nunca has cometido ni un solo pecado mortal». Y luego añadió: Da gracias a Dios por todo lo que hace por ti, pues, si te abandonase, en vez de ser un pequeño ángel, serías un pequeño demonio.

¡No, no me costó nada creerlo! Sabía lo débil e imperfecta que era. Pero la gratitud embargaba mi alma. Tenía tanto miedo de haber empañado la vestidura de mi bautismo, que una garantía como aquélla, salida de la boca de un director espiritual como los quería nuestra Madre santa Teresa -es decir, que uniesen la *ciencia* y la *virtud*114-, me parecía como salida de la misma boca de Jesús...

El Padre me dijo también estas palabras que se me grabaron dulcemente en el corazón: «Hija mía, que Nuestro Señor sea siempre tu superior y tu maestra de novicias».

Teresa y sus superioras

De hecho, lo fue. Y también «mi director espiritual». No quiero decir con esto que mi alma estuviese cerrada a cal y canto para mis superioras. No, más bien siempre he procurado que fuese para ellas un *libro* [70vº] *abierto*. Pero nuestra Madre estaba enferma con frecuencia y tenía poco tiempo para ocuparse de mí115. Sé que me quería mucho y que hablaba muy bien de mí. Sin embargo, Dios permitió que, *sin darse cuenta*, fuese MUY DURA. No podía cruzarme con ella sin tener que besar el suelo116. Y lo mismo ocurría en las escasas conferencias espirituales que tenía con ella...

¡Qué gracia inestimable...! ¡Cómo actuaba Dios visiblemente a través de la que estaba en su lugar...! ¿Qué habría sido de mí si, como pensaba la gente del mundo, hubiese sido «el juguete» de la comunidad...? Quizás, en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superioras, no me hubiera fijado más que en las personas; y entonces mi corazón, que había estado tan *protegido* en el mundo, se habría atado humanamente en el claustro... Gracias a Dios, no caí en esa trampa. Cierto, que *yo quería mucho* a nuestra Madre, pero con un afecto *puro* que me elevaba hacia el Esposo de mi alma...

Nuestra maestra de novicias era una *verdadera santa*, el tipo acabado de las primitivas carmelitas. Yo pasaba todo el día a su lado, pues era la que me enseñaba a trabajar.

Su bondad para conmigo no tenía límites, y, sin embargo, mi alma no lograba expansionarse con ella... Me suponía un gran esfuerzo hacer con ella la conferencia espiritual. Como no estaba acostumbrada a hablar de mi alma, no sabía cómo expresar lo que sucedía en mi interior. Una Madre ya mayor intuyó un día lo que me pasaba y me dijo, sonriendo, en la recreación: -«Hijita, me parece que tú no debes de tener gran cosa que decir a las superioras». -

«¿Por qué dice eso, Madre...?» -«Porque tu alma es extremadamente *sencilla* ; y cuando seas perfecta, serás más *sencilla todavía*, pues cuanto uno más se acerca a Dios, más se simplifica».

Aquella anciana Madre tenía razón. No obstante, la dificultad que yo tenía para abrir mi alma, aun cuando proviniese de mi sencillez, era un auténtico problema para mí. Lo reconozco hoy que, sin dejar de ser sencilla, [71rº] expreso con gran facilidad lo que pienso.

He dicho que Jesús había sido «mi director espiritual». Cuando entré en el Carmelo, conocí al que podía haberlo sido. Pero apenas me había admitido entre el número de sus hijas, tuvo que partir para el exilio... Así que sólo lo conocí para perderle enseguida... Reducida a no recibir de él más que una carta al año, por doce que yo le escribía, pronto mi corazón se volvió hacia el Director de los directores, y él fue quien me instruyó en esa ciencia escondida a los sabios y a los prudentes, que él quiere revelar a los *más pequeños*...

La Santa Faz

La florecita trasplantada a la montaña del Carmelo tenía que abrirse a la sombra de la cruz; las lágrimas y la sangre de Jesús fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el llanto fue su sol...

Hasta entonces todavía no había yo sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz117. Fuiste tú, Madre querida, quien me enseñó a conocerlos. Lo mismo que, hacía años, nos habías precedido a las demás en el Carmelo, así también fuiste tú la primera en penetrar los misterios de amor ocultos en el rostro de nuestro Esposo. Entonces tú me llamaste, y comprendí...

Comprendí en qué consistía la *verdadera gloria*. Aquel cuyo reino no es de este mundo me hizo ver que la verdadera sabiduría consiste en «querer ser ignorada y tenida en nada», en «cifrar la propia alegría en el desprecio de sí mismo»118.

Sí, yo quería que «mi rostro», como el de Jesús, «estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese». Tenía sed de sufrir y de ser olvidada...

¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha llevado siempre Dios! *Nunca* me ha hecho desear algo que luego no me haya concedido. Por eso, su cáliz amargo siempre me ha parecido delicioso...

Pasadas las fiestas radiantes del mes de mayo -las fiestas de la profesión y de la toma de velo [71vº] de nuestra querida María, la *mayor* de la familia, a quien la *más pequeña* tuvo la dicha de coronar el día de sus bodas-, tenía que visitarnos la tribulación...

Ya el año anterior, en el mes de mayo, papá había sufrido un ataque de parálisis en las piernas, y la cosa nos preocupó mucho. Pero la fuerte constitución de mi querido rey hizo que se recuperara pronto, y nuestros temores desaparecieron. Sin embargo, durante el viaje a Roma, notamos más de una vez que se cansaba fácilmente y que no estaba tan alegre como de costumbre...

Lo que yo observé, sobre todo, fueron los progresos que papá hacía en la perfección. A ejemplo de san Francisco de Sales, había llegado a dominar su impulsividad natural hasta tal punto, que parecía tener el temperamento más dulce del mundo... Las cosas de la tierra apenas parecían rozarle, y se sobreponía fácilmente a las contrariedades de la vida.

En una palabra, Dios lo *inundaba* de *consuelos*. Durante sus visitas diarias al Santísimo, se le llenaban con frecuencia los ojos de lágrimas y su rostro reflejaba una dicha celestial...

Cuando Leonia salió de la Visitación, no se disgustó ni se quejó a Dios porque no hubiera escuchado las oraciones que le había dirigido para obtener la vocación de su querida hija. Hasta fue a buscarla con cierta alegría...

Y he aquí con qué fe aceptó papá la separación de su reinecita. Se la anunció en estos términos a sus amigos de Alençon: «Queridísimos amigos: ¡Teresa, mi reinecita, entró ayer en el Carmelo...! Sólo Dios puede exigir tal sacrificio... No me tengáis lástima, pues mi corazón rebosa de alegría.»

Había llegado la hora de que un servidor tan fiel recibiera el premio de sus trabajos. Y era justo que su salario fuera parecido al que Dios dio al Rey del cielo, a su Hijo único... Papá acababa de hacer a Dios ofrenda de un *altar*119, y él fue la víctima escogida para ser inmolada en él con el Cordero sin mancha.

[72rº] Tú ya conoces, Madre querida, nuestras amarguras del *mes* de *junio* -y, sobre todo, las del día 24- del año 1888120. Esos recuerdos han quedado demasiado grabados en el fondo de nuestros corazones para que haga falta escribirlos... ¡Cuánto sufrimos, Madre querida...! ¡Y aquello no era más que el *principio* de nuestra tribulación...!

Toma de hábito

Entretanto, había llegado la fecha de mi toma de hábito. Fui aprobada por el capítulo conventual. Pero ¿cómo pensar en una ceremonia solemne? Ya se hablaba de darme el santo hábito sin hacerme salir de la clausura121, cuando se optó por esperar.

Contra toda esperanza, nuestro padre querido se repuso de su segundo ataque, y Monseñor fijó la ceremonia para el día 10 de enero.

La espera había sido larga, pero, también, ¡qué hermosa fue la fiesta...! No faltó nada, nada, ni siquiera la *nieve*...

No sé si te he hablado ya de mi amor a la nieve... Cuando aún era muy pequeña, me fascinaba su blancura. Uno de mis mayores deleites era pasearme bajo los copos de nieve. ¿De dónde me venía esta afición a la nieve...? Tal vez de que, siendo yo una *florecita invernal*, el primer ropaje con que mis ojos de niña vieron adornada a la naturaleza debió ser su manto blanco...

Lo cierto es que siempre había deseado que, el día de mi toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco como yo. La víspera de ese hermoso día, yo miraba tristemente el cielo plomizo, del que de vez en cuando se desprendía una lluvia fina; pero la temperatura era tan suave, que ya no esperaba que nevase.

A la mañana siguiente, el cielo no había cambiado. Sin embargo, la fiesta resultó maravillosa, y la flor más bella, la más preciosa de todas, fue mi rey querido. Nunca había estado tan guapo y tan *digno*... Fue la admiración de todo el mundo. Aquel día fue su *triunfo*, su última fiesta aquí en la tierra. Había entregado *todas* sus hijas a Dios, pues cuando Celina le confió su vocación, él había *llorado* de *alegría*, y había ido a dar gracias a Quien «le hacía el honor de tomar para sí a todas sus hijas».

[72vº] Al final de la ceremonia, Monseñor entonó el Te Deum. Un sacerdote trató de advertirle que aquel cántico sólo se cantaba en las profesiones, pero ya estaba entonado, y el himno de *acción de gracias* se cantó hasta el final.

¿No debía *ser completa* aquella fiesta, si en ella se resumían todas las demás...? Después de abrazar por última vez a mi rey querido, volví a entrar en la clausura. Lo primero que vi en el claustro fue a «mi Niño Jesús color rosa122» sonriéndome en medio de flores y de luces. Inmediatamente después mi mirada se posó sobre los *copos* de *nieve*... ¡El patio estaba blanco, como yo!

¡Qué delicadeza la de Jesús! En atención a los deseos de su prometida, le regalaba nieve... ¡Nieve! ¿Qué mortal, por poderoso que sea, puede hacer caer nieve del cielo para hechizar a su amada...? Tal vez la gente del mundo se hizo esta pregunta; lo cierto es que la nieve de mi toma de hábito les pareció un pequeño milagro y que toda la ciudad se extrañó. Les pareció rara mi afición por la nieve... ¡Tanto mejor! Eso hizo resaltar aún más la *incomprensible condescendencia* del Esposo de las vírgenes..., de ese Dios que siente un cariño especial por los *lirios blancos* como la NIEVE...

Monseñor entró en clausura después de la ceremonia, y estuvo conmigo muy paternal. Creo que estaba orgulloso de que lo hubiera conseguido, y decía a todo el mundo que yo era «*su* hijita». Siempre que Su Excelencia volvió a visitarnos después de aquella hermosa fiesta, se mostró muy bueno conmigo. Me acuerdo muy especialmente de su visita con ocasión del centenario de N. P. san Juan de la Cruz. Me tomó la cabeza entre sus manos y me acarició de mil maneras. ¡Nunca me había visto tan honrada! En aquel momento Dios me hizo pensar en las caricias [73rº] que un día él me prodigará delante de los ángeles y los santos, de las que me daba ya en este mundo una tenue imagen. Por eso, fue muy grande el consuelo que sentí...

Enfermedad de papá

Como acabo de decir, la jornada del *10* de enero fue el triunfo de mi rey. Yo la comparo a la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. Su gloria de *un día*, como la de nuestro divino Maestro, fue seguida de una pasión dolorosa, y esa pasión no fue sólo para él. Así como los dolores de Jesús atravesaron como una espada el corazón de su divina Madre, así también se desgarraron nuestros corazones ante los sufrimientos de aquel a quien más tiernamente amábamos en la tierra...

Recuerdo que en el mes de junio de 1888, cuando empezaron nuestras primeras angustias, yo decía: «Sufro mucho, pero creo que puedo soportar todavía mayores sufrimientos». No sospechaba entonces los que Dios me tenía reservados... No sabía que el *12* de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro padre querido bebería el *más amargo*, el *más humillante* de todos los cálices123...

¡¡¡No, ese día ya no dije que podía sufrir todavía más...!!! Las palabras no pueden expresar nuestras angustias; por eso, no intentaré describirlas. Algún día, en el cielo, nos gustará hablar de nuestras *gloriosas* tribulaciones, ¿no nos alegramos ya ahora de haberlas sufrido...? Sí, los tres años del martirio de papá me parecen los más preciosos, los más fructíferos de toda nuestra vida. No los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los santos. Mi corazón rebosa de gratitud al pensar en ese *tesoro* que debe de despertar una santa envidia en los ángeles de la corte celestial...

Mi deseo de sufrir se vio colmado. No obstante, mi amor al sufrimiento no decreció, por lo que pronto mi alma participó también en los sufrimientos de mi [73vº] corazón. La sequedad se hizo mi pan de cada día. Mas aunque estaba privada de todo consuelo, era la más feliz de las criaturas, pues veía cumplidos todos mis deseos...

¡Madre mía querida, qué hermosa ha sido nuestra gran tribulación, ya que de todos nuestros corazones no brotaron más que suspiros de amor y de gratitud...! No era ya caminar por los senderos de la perfección: ¡volábamos las cinco! Las dos pobres desterraditas de Caen124, aunque estaban en el mundo, no eran ya del mundo... ¡Y qué maravillas operó el dolor en el alma de mi Celina querida...! Todas las cartas que escribió en esas fechas están impregnadas de resignación y de amor... ¿Y quién será capaz de describir las conversaciones que teníamos juntas en el locutorio...? Las rejas del Carmelo, lejos de separarnos, unían todavía más estrechamente nuestras almas. Teníamos las dos los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo *amor* a *Jesús* y a las *almas*...

Cuando hablaban Celina y Teresa, ni una sola palabra de las cosas de la tierra se mezclaba nunca en sus conversaciones, que eran ya totalmente del cielo. Como tiempo atrás en el *mirador*, soñaban con las realidades *eternas*. Y para poder gozar cuanto antes de esa dicha sin fin, elegían aquí en la tierra por único lote «el sufrimiento y el desprecio».

Así transcurrió el tiempo de mis esponsales..., ¡que se le hizo muy largo a la pobre Teresita!

Al terminar mi año de noviciado, nuestra Madre me dijo que ni soñara en pedir la profesión, pues con toda seguridad el superior rechazaría mi petición. Tuve que esperar ocho meses más...

En un primer momento se me hizo muy difícil aceptar ese gran sacrificio; pero pronto se hizo la luz en mi alma. Estaba meditando, aquellos días, los «Fundamentos de la vida espiritual» del P. Surin. Un día, durante la oración, comprendí que mi deseo tan intenso de hacer la profesión iba mezclado con un gran amor propio. Si me había *entregado* a Jesús para agradarle y consolarle, [74rº] no debía obligarle a hacer mi *voluntad* en lugar de la suya.

Comprendí también que una prometida debería estar engalanada para el día de sus bodas, y que yo no había hecho nada para ello... Y entonces le dije a Jesús: «Dios mío, no te pido pronunciar los santos votos, *esperaré todo el tiempo que quieras*. Lo único que deseo es que mi unión contigo no se vea diferida por mi culpa. Por eso, voy a poner todo mi empeño en prepararme un hermoso vestido recamado de piedras preciosas. Cuando tú creas que ya está lo suficientemente rico y adornado, estoy segura de que ni todas las criaturas juntas podrán impedirte bajar hasta mí para unirme a ti para siempre, Amado mío...»

Pequeñas virtudes

A partir de la toma de hábito, yo había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, especialmente respecto al voto de pobreza. Durante el postulantado, me gustaba tener cosas bonitas para mi uso y encontrar a mano todo lo que necesitaba. «Mi *Director*» soportaba aquello con paciencia, pues no es amigo de enseñárselo todo a las almas de una vez. Normalmente va dando sus luces poco a poco.

(Al principio de mi vida espiritual, hacia los 13 ó los 14 años, me preguntaba qué progresos tendría que hacer más adelante, pues creía que no podría comprender ya mejor la perfección. Pero no tardé en convencerme de que cuanto más adelanta uno en este camino, más lejos se ve del final. Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría...)

Vuelvo a las enseñanzas de «*mi Director*». Una noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lamparita en los estantes destinados a ese fin. Era tiempo de silencio riguroso, por lo que no podía reclamarla... Supuse que alguna hermana, creyendo coger su lámpara, había cogido la nuestra, que, por cierto, yo necesitaba mucho. En vez de disgustarme por verme privada de ella, me alegré mucho, pensando que la pobreza consiste en verse una

privada, no sólo de las cosas superfluas, sino también [74vº] de las indispensables. Y de esa manera, en medio de las *tinieblas exteriores*, fui iluminada interiormente...

En esa época me entró un verdadero amor a los objetos más feos e incómodos. Y así, sentí una gran alegría cuando me quitaron de la celda el precioso *cantarillo* que tenía y me dieron en su lugar un cántaro tosco y *todo desportillado*...

Hacía también grandes esfuerzos por no disculparme, lo cual me resultaba muy difícil, sobre todo con nuestra maestra de novicias, a la que no quería ocultarle nada.

He aquí mi primera victoria, que no fue grande, pero que me costó mucho. Se encontró roto un vasito colocado detrás de una ventana. Nuestra maestra, creyendo que había sido yo quien lo había tirado, me lo enseñó, diciendo que otra vez tuviera más cuidado. Sin decir nada, besé el suelo y prometí ser más cuidadosa en adelante.

Debido a mi poca virtud, estos actos de vencimiento me costaban mucho, y tenía que pensar que en el juicio final todo saldrá a la luz. Me hacía también esta reflexión: cuando uno cumple con su deber, sin excusarse nunca, nadie lo sabe; las imperfecciones, por el contrario, se dejan ver enseguida...

Me aplicaba, sobre todo, a la práctica de las virtudes pequeñas, al no tener facilidad para practicar las grandes. Así, por ejemplo, me gustaba plegar las capas que dejaban olvidadas las hermanas y prestarles todos los pequeños servicios que podía.

También se me concedió el amor a la mortificación, que era tanto mayor cuanto que no me permitían hacer nada para satisfacerlo... La única mortificación que yo hacía en el mundo, que consistía en no apoyar la espalda cuando me sentaba, me la prohibieron, debido a la propensión que tenía a encorvarme. Claro, que si me hubiesen dado permiso para hacer muchas penitencias, seguramente ese entusiasmo no me habría durado mucho... Las únicas que podía hacer sin pedir permiso consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me aprovechaba mucho más que las penitencias corporales125...

[75rº] El refectorio, que fue mi oficio nada más tomar el hábito, me ofreció más de una ocasión para poner mi amor propio en su lugar, es decir, debajo de los pies... Es cierto que para mí era una gran alegría, Madre querida, estar en el mismo oficio que tú y poder ver de cerca tus virtudes. Pero esa misma cercanía era para mí motivo de sufrimiento. No me sentía libre, *como antaño*, para decírtelo todo. Teníamos que observar la regla, y no podía abrirte mi alma. En una palabra, ¡yo estaba ya en el Carmelo, y no en los *Buissonnets* bajo el *techo paterno*...!

Entretanto, la Santísima Virgen me ayudaba a preparar el vestido de mi alma; y en cuanto ese vestido estuvo terminado, los obstáculos desaparecieron solos. Monseñor me envió el permiso que había solicitado, la comunidad me aprobó, y se fijó la profesión para el *8 de septiembre*...

Todo lo que acabo de escribir en pocas palabras requeriría muchas páginas de pormenores y detalles, pero esas páginas no se leerán nunca en la tierra. Pronto, Madre querida, te hablaré de todo ello en *nuestra casa paterna*, ¡en ese hermoso cielo hacia el que se elevan los suspiros de nuestros corazones...!

Mi traje de bodas estaba listo. Se hallaba recamado con las *antiguas* joyas que mi Prometido me había regalado; pero aún no era suficiente para su generosidad. Quería regalarme un *nuevo* diamante de innumerables destellos.

Las *antiguas* joyas eran la tribulación de papá, con todas sus dolorosas circunstancias; el *nuevo* diamante fue una prueba, muy pequeña en apariencia, pero que me hizo sufrir mucho.

Desde hacía algún tiempo, a nuestro pobre papaíto, que estaba un poco mejor, lo sacaban a pasear en coche. Incluso se pensó en hacerle tomar el tren para venir a vernos.

Y, naturalmente, *Celina* pensó enseguida que había que escoger para ese viaje el día de mi toma de velo. Para que no se canse, decía, no le haré [75vº] asistir a toda la ceremonia; sólo al final iré a buscarle y le llevaré muy despacito hasta la reja para que Teresa reciba su bendición.

¡Qué bien retratado estaba ahí el corazón de mi Celina...! ¡Qué gran verdad es que «al amor nada le parece imposible, porque para él todo es posible y permitido...!» La *prudencia humana*, por el contrario, tiembla a cada paso y no se atreve, por así decirlo, a posar el pie en el suelo.

Así, Dios, que quería probarme, se sirvió de *ella* como de un instrumento dócil en sus manos, y el día de mis bodas estuve realmente huérfana de padre en la tierra, pero pudiendo mirar con confianza al cielo y decir con toda verdad: «*Padre* nuestro, que estás en el cielo».

NOTAS AL CAPÍTULO VII

112 Ni la más mínima alusión a la amonestación que el Sr. Delatroëtte hizo a la comunidad, ante el señor Martin, mientras estaba abierta la puerta de la clausura: "Bien, Reverendas Madres, ¡pueden cantar un *Te Deum*! Como delegado del señor Obispo, les presento a esta niña de quince años, cuya entrada ustedes han querido. Espero que no defraude sus esperanzas; pero les recuerdo que, si no es así, sólo ustedes serán las responsables". Toda la comunidad se quedó helada ante estas palabras (Madre Inés, PA p. 141).

113 *Nuestra*, porque todos los objetos se atribuyen sin distinción a toda la comunidad.

114 *Camino de perfección*, VI. [Así se dice en la edición francesa. La cita exacta es, más bien, *Camino de perfección*, 5,2. N. del T.]

115 Es difícil evaluar con precisión las relaciones de Teresa con la madre María de Gonzaga, debido a las verdaderas requisitorias que contra ella dirigieron en los Procesos la madre Inés y varias religiosas más (cf sobre todo PA pp. 142―148). Los textos de Teresa manifiestan una gran admiración, una cierta confianza, y una reserva ante los excesos de afecto (Ms C 22rº); en definitiva, un juicio sumamente agudo, moderado por la caridad.

116 Subrayado por tres veces. El estilo duro era propio de la época; en las circulares de otros Carmelos, uno se queda también asombrado de las «pruebas del noviciado», que casi se parecen a novatadas (cf también Ms C 23rº).

― *Besar el suelo* era un gesto de humildad que se practicaba en varias comunidades.

117 Devoción muy cultivada en el seno de la familia Martin después de las revelaciones que hizo Nuestro Señor a sor María de San Pedro, del Carmelo de Tours, en el siglo XIX. Teresa profundizó la meditación sobre la misma de forma muy personal, con la ayuda de Isaías, principalmente durante la enfermedad de su padre. El día de su toma de hábito (10/1/1889), firma por primera vez: *Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz* (Cta 80).

118 Citas de la Imitación, I,2,3 y III,49,7. Cf Ms A 47rº.

119 Había pagado él solo el altar mayor de la catedral (unos 10.000 francos de oro). Más tarde perderá 50.000 francos en el préstamo de Panamá. El 18/6/1889, firmará un acta de renuncia a la administración de sus bienes, a instancias de su cuñado (cf DR. CADÉOT, *op. cit.*, pp. 122―123).

120 El 23 de junio, fuga del señor Martin, que aparecerá en El Havre el día 27.

121 La postulante salía de la clausura vestida de novia y asistía a la ceremonia exterior rodeada de su familia.

122 Una estatua del Niño Jesús pintada de color rosa, que Teresa fue la encargada de adornar hasta su muerte.

123 Tras una serie de alucinaciones que llegaron a tomar un aspecto inquietante para los que lo rodeaban, el señor Martin fue trasladado a una casa de salud de Caen.

124 Leonia y Celina se hallaban hospedadas cerca del Buen Salvador (desde el 19/2 hasta el 14/5/1889).

125 Parece que Teresa minimiza mucho sus *mortificaciones* . En el Carmelo, las monjas se deban disciplina tres veces por semana, en virtud de las Constituciones; y podían también, con un permiso personal, llevar un instrumento de penitencia otros tres días a la semana durante dos o tres horas.

A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO VIII

DESDE LA PROFESIÓN HASTA LA OFRENDA AL AMOR
(1890―1895)

Antes de hablarte de esta prueba, Madre querida, debería haberte hablado de los ejercicios espirituales que precedieron a mi profesión. Esos ejercicios, no sólo no me proporcionaron ningún consuelo, sino que en ellos la aridez más absoluta y casi casi el abandono fueron mis compañeros. Jesús dormía, como siempre, en mi navecilla.

¡Qué pena!, tengo la impresión de que las almas pocas veces le dejan dormir tranquilamente dentro de ellas. Jesús está ya tan cansado de ser él quien corra con los gastos y de pagar por adelantado, que se apresura a aprovecharse del descanso que yo le ofrezco. No se despertará, seguramente, hasta mi gran retiro de la eternidad; pero esto, en lugar de afligirme, me produce una enorme alegría...

Verdaderamente, estoy lejos de ser santa, y nada lo prueba mejor que lo que acabo de decir. En vez de alegrarme de mi sequedad, debería atribuirla a mi falta de fervor y de fidelidad. Debería entristecerme por dormirme (¡después de siete años!) en la oración y durante la acción de *gracias*. Pues bien, no me entristezco... Pienso que los *niños* agradan tanto a sus padres mientras duermen como cuando están despiertos; pienso que los médicos, para hacer las operaciones, [76rº] duermen a los enfermos. En una palabra, pienso que «el Señor conoce nuestra masa, se acuerda de que no somos más que polvo».

Mis ejercicios para la profesión fueron, pues, como todos los que vinieron después, unos ejercicios de gran aridez. Sin embargo, Dios me mostró claramente, sin que yo me diera cuenta, la forma de agradarle y de practicar las más sublimes virtudes.

He observado muchas veces que Jesús no quiere que haga *provisiones*. Me alimenta momento a momento con un alimento totalmente nuevo, que encuentro en mí sin saber de dónde viene... Creo simplemente que Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento.

Unos días antes de mi profesión tuve la dicha de recibir la bendición del Sumo Pontífice. La había solicitado, a través del hermano Simeón, para *papá* y para mí, y fue para mí una inmensa alegría el poder devolverle a mi querido papaíto la gracia que él me había proporcionado llevándome a Roma.

Por fin, llegó el *hermoso día* de mis bodas126. Fue un día sin nubes. Pero la víspera, se levantó en mi alma la mayor tormenta que había conocido en toda mi vida...

Nunca hasta entonces me había venido al pensamiento una sola duda acerca de mi vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después de Maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un *sueño*, una quimera... La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la *convicción* de que no estaba hecha para mí, de que engañaba a los superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada...

Mis tinieblas eran tan oscuras, que no veía ni en―[76vº] tendía más que una cosa: ¡que no tenía *vocación*...!

¿Cómo describir la angustia de mi alma...? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía.

Hice, pues, salir del coro a la maestra de novicias, y, *llena* de *confusión*, le expuse el estado de mi alma...

Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas.

Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.

En la mañana del 8 de septiembre, me sentí *inundada* por un río de paz. Y en medio de esa paz, «que supera todo sentimiento», emití los santos votos...

Mi unión con Jesús no se consumó entre rayos y relámpagos -es decir, entre gracias extraordinarias-, sino al soplo de un *ligero céfiro* parecido al que oyó en la montaña nuestro Padre san Elías...

¡Cuántas gracias pedí aquel día...! Me sentía verdaderamente reina, así que me aproveché de mi título para liberar a los cautivos y alcanzar favores del Rey para sus súbditos ingratos. En una palabra, quería liberar a todas las almas del purgatorio y convertir a los pecadores...

Pedí mucho por mi *Madre*, por mis hermanas queridas..., por toda la familia, pero sobre todo por mi papaíto, tan probado y tan santo...

Me ofrecí a Jesús para que se hiciese en mí con toda perfección su voluntad, sin que las criaturas fuesen nunca obstáculo para ello...

[77rº] Pasó por fin ese hermoso día, como pasan los más tristes, pues hasta los días más radiantes tienen un mañana. Y deposité sin tristeza mi corona a los pies de la Santísima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no me quitaría mi felicidad...

¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de *María* para convertirme en esposa de Jesús! Era la *Virgencita* recién nacida quien presentaba su *florecita* al *Niño* Jesús... Todo fue pequeño, excepto las gracias y la paz que recibí y excepto la alegría *serena* que sentí por la noche al ver titilar las estrellas en el firmamento mientras pensaba que *pronto* el cielo se abriría ante mis ojos extasiados y podría unirme a mi Esposo en una alegría eterna...

Toma de velo

El 24 tuvo lugar la ceremonia de mi toma de *velo*127. Fue un día totalmente *velado* por las lágrimas... Papá no estaba allí para bendecir a su reina... El Padre estaba en Canadá... Monseñor, que iba a ir a comer en casa de mi tío, estaba enfermo, y tampoco vino. Todo fue tristeza y amargura... Sin embargo, en el fondo del cáliz había *paz*, siempre la *paz* ...

Aquel día Jesús permitió que no pudiese contener las lágrimas, y mis lágrimas no fueron comprendidas... De hecho, ya había soportado pruebas mucho mayores sin llorar, pero entonces me ayudaba una gracia muy poderosa; en cambio, el día 24 Jesús me abandonó a mis propias fuerzas, y demostré lo escasas que éstas eran.

Ocho días después de mi toma de velo tuvo lugar la boda de Juana. Me sería imposible decirte, Madre querida, cuánto me enseñó su ejemplo acerca de las delicadezas que una esposa debe prodigar a su esposo. Escuchaba ávidamente todo lo que podría aprender al respecto, pues no quería hacer yo por mi amado Jesús128 menos de lo que Juana hacía por Francis, una criatura ciertamente muy perfecta, ¡pero a fin de cuentas una *criatura*...!

[77vº] Hasta me divertí componiendo una tarjeta de invitación para compararla con la suya. Estaba concebida en los siguientes términos:

TARJETA DE INVITACIÓN A LAS BODAS
DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS DE LA SANTA FAZ

No habiendo podido invitaros a la bendición nupcial que les fue otorgada en la montaña del Carmelo, el 8 de septiembre de 1890 (a la que sólo fue admitida la Corte Celestial), se os suplica que asistáis a la Tornaboda, que tendrá lugar Mañana, Día de la Eternidad, día en que Jesús, el Hijo de Dios, vendrá sobre las Nubes del Cielo en el esplendor de su Majestad, para juzgar a vivos y muertos.

Dado que la hora es incierta, os invitamos a estar preparados y velar.

Madre Genoveva de Santa Teresa

[78rº] Ahora, Madre querida, ¿qué me queda por decirte?

Creía haber terminado, pero aún no te he dicho nada sobre la suerte que tuve de haber conocido a nuestra santa madre Genoveva... Ha sido una gracia inestimable. Pues Dios, que ya me había dado tantas, quiso que viviese con una *santa*, no de ésas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y ordinarias...

Más de una vez he recibido de ellas grandes consuelos, especialmente un domingo. Ese día fui, como de costumbre, a hacerle una breve visita, y encontré a otras dos hermanas con la madre Genoveva. La miré sonriendo, y me disponía a salir, pues no nos está permitido estar tres con una enferma, pero ella, mirándome con aire inspirado, me dijo: «Espera, hija mía, sólo quiero decirte unas palabritas. Siempre que vienes a verme, me pides que te dé un ramillete espiritual. Bueno, pues hoy voy a darte éste: Sirve a Dios con paz y con alegría. Recuerda, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz».

Le di las gracias con sencillez y salí emocionada hasta las lágrimas y convencida de que Dios le había revelado el estado de mi alma: aquel día me encontraba duramente probada, casi triste, en una noche tal, que no sabía ya si Dios me amaba. ¡Puedes, pues, adivinar, Madre querida, la alegría y el consuelo que sentí...!

Al domingo siguiente, quise saber qué revelación había tenido la madre Genoveva. Me aseguró que no había tenido *ninguna*, y entonces mi admiración subió de punto al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar.

Sí, esa *santidad* me parece la más *auténtica*, la más *santa*, y es la que yo deseo para mí, pues en ella no cabe ilusión...

[78vº] El día de mi profesión recibí otra gran alegría al saber de labios de la madre Genoveva que también ella había pasado por la misma prueba que yo antes de pronunciar sus votos...

¿Te acuerdas, Madre querida, del consuelo que encontramos a su lado en los momentos de nuestros *grandes* sufrimientos?

En una palabra, el recuerdo que la madre Genoveva dejó en mi corazón es un recuerdo impregnado de fragancia...

El día de su partida para el cielo viví una emoción muy especial. Era la primera vez que asistía a una muerte, y el espectáculo fue realmente encantador... Yo estaba colocada justamente a los pies de la cama de la santa moribunda y veía perfectamente sus más ligeros movimientos.

Durante las dos horas que pasé allí, me parecía que mi alma debería estar llena de fervor; por el contrario, se apoderó de mí una especie de insensibilidad. Pero en el *momento mismo* en que nuestra santa madre Genoveva nacía para el cielo, mis disposiciones interiores dieron un vuelco: en un abrir y cerrar de ojos me sentí henchida de una alegría y de un fervor inexplicables. Era como si la madre Genoveva me hubiese dado una parte de la felicidad de que ella ya gozaba, pues estoy plenamente convencida de que fue derecha al cielo...

Cuando aún vivía, le dije una vez:

-«Usted, Madre, no irá al purgatorio».

-«Así lo *espero*», me contestó con dulzura.

Y seguro que Dios no defraudó una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido...

Todas las hermanas se apresuraron a pedir alguna reliquia, y tú ya sabes, Madre querida, la que yo tengo la dicha de poseer... Durante la agonía de la madre Genoveva, vi que una *lágrima* brillaba en uno de sus párpados como un diamante. Esa *lágrima*, la *última* de *todas* las que derramó, no llegó a desprenderse, y vi que seguía *brillando* en el coro sin que nadie pensara en recogerla. Entonces, tomando un pañito fino, me acerqué por la noche, sin que nadie me viera, y recogí como *reliquia* la *última lágrima* de una santa... Desde entonces la he llevado siempre en la [79rº] bolsita donde guardo encerrados mis votos.

No doy importancia a mis sueños. Por otra parte, rara vez tengo sueños simbólicos, e incluso me pregunto cómo es posible que, pensando como pienso todo el día en Dios, no ocupe él un mayor lugar en mis sueños...

Normalmente sueño con bosques, con flores, con arroyos, con el mar; casi siempre veo preciosos niñitos, o cazo mariposas y pájaros que nunca he visto. Ya ves, Madre, que si mis sueños tienen un aspecto poético, están muy lejos de ser místicos...

Una noche, después de la muerte de la madre Genoveva, tuve uno más entrañable. Soñé que la Madre estaba haciendo testamento, y que a cada una de las hermanas le dejaba algo de lo que le había pertenecido. Cuando me llegó el turno a mí, pensé que no iba a recibir nada, pues ya no le quedaba nada. Pero, incorporándose, me dijo por tres veces con acento penetrante: «A ti te dejo mi *corazón*»129.

Epidemia de la gripe

Un mes después de la partida de nuestra santa Madre, se declaró la gripe en la comunidad. Sólo otras dos hermanas y yo quedamos en pie. Nunca podré expresar todo lo que vi, y lo que me pareció la vida y todo lo que es pasajero...

El día en que cumplí 19 años, lo festejamos con una muerte, a la que pronto siguieron otras dos.

En esa época, yo estaba sola en la sacristía, por estar muy gravemente enferma mi primera de oficio. Yo tenía que preparar los entierros, abrir las rejas del coro para la misa, etc. Dios me dio muchas gracias de fortaleza en aquellos momentos. Ahora me pregunto cómo pude hacer todo lo que hice sin sentir miedo. La muerte reinaba por doquier. Las más enfermas eran cuidadas por las que apenas se tenían en pie. En cuanto una hermana exhalaba su último suspiro, había que dejarla sola.

Una mañana, al levantarme, tuve el presentimiento de que sor Magdalena se había muerto. El claustro estaba a oscuras y nadie salía de su celda. Por fin, me decidí [79vº] a entrar en la celda de la hermana Magdalena, que tenía la puerta abierta. Y la vi, vestida y acostada en su jergón. No sentí el menor miedo. Al ver que no tenía cirio, se lo fui a buscar, y también una corona de rosas.

La noche en que murió la madre subpriora, yo estaba sola con la enfermera. Es imposible imaginar el triste estado de la comunidad en aquellos días. Sólo las que quedaban de pie pueden hacerse una idea.

Pero en medio de aquel abandono, yo sentía que Dios velaba por nosotras. Las moribundas pasaban sin esfuerzo a mejor vida, y enseguida de morir se extendía sobre sus rostros una expresión de alegría y de paz, como si estuviesen durmiendo un dulce sueño. Y así era en realidad, pues, cuando haya pasado la apariencia de este mundo, se despertarán para gozar eternamente de las delicias reservadas a los elegidos...

Durante todo el tiempo que duró esta prueba de la comunidad, yo tuve el inefable consuelo de recibir *todos* los *días* la sagrada comunión... ¡Qué felicidad...! Jesús me mimó mucho tiempo, mucho más tiempo que a sus fieles esposas, pues permitió que a mí me *lo dieran*, cuando las demás no tenían la dicha de recibirle.

También me sentía feliz de poder tocar los vasos sagrados y de preparar los *corporales* destinados a recibir a Jesús. Sabía que tenía que ser muy fervorosa y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor».

No puedo decir que haya recibido frecuentes consuelos durante las acciones de gracias; tal vez sean los momentos en que menos los he tenido... Y me parece muy natural, pues me he ofrecido a Jesús, no como quien desea recibir su visita para propio consuelo, sino, al contrario, para complacer al que se entrega a mí.

Me imagino a mi alma como un terreno *libre*, y pido a la Santísima Virgen que quite los *escombros* que pudieran impedirle [80rº] esa *libertad*. Luego le suplico que monte ella una gran tienda digna del *cielo* y que la adorne con sus propias galas. Después invito a todos los ángeles y santos a que vengan a dar un magnífico concierto. Y cuando Jesús baja a mi corazón, me parece que está contento de verse tan bien recibido, y yo estoy contenta también...

Pero todo esto no impide que las distracciones y el sueño vengan a visitarme. Pero al terminar la acción de gracias y ver que la he hecho tan mal, tomo la resolución de vivir todo el día en una continua acción de gracias...

Ya ves, Madre querida, que Dios está muy lejos de llevarme por el camino del temor. Sé encontrar siempre la forma de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias... Y estoy segura de que eso no le disgusta a Jesús, pues él mismo parece animarme a seguir por ese camino...

Un día, contra mi costumbre, estaba un poco turbada al ir a comulgar; me parecía que Dios no estaba contento de mí y pensaba en mi interior: «Si hoy sólo recibo la *mitad de una hostia*, me llevaré un disgusto, pues creeré que Jesús viene como de mala gana a mi corazón». Me acerco... y, ¡oh, felicidad!, por primera vez en mi vida veo que el sacerdote ¡toma *dos hostias* bien separadas y me las da...! Comprenderás mi alegría y las dulces lágrimas que derramé ante tan gran misericordia...

Retiro del P. Alejo

Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibí grandes gracias durante los ejercicios espirituales130.

Normalmente, los ejercicios predicados me resultan más penosos todavía que los que hago sola. Pero ese año no fue así.

Había hecho con gran fervor una novena de preparación, a pesar del presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador no iba a poder comprenderme, ya que se dedicaba sobre todo a ayudar a los grandes

pecadores y no [80vº] a las almas religiosas. Pero Dios, que quería demostrarme que sólo él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este Padre, al que yo fui la única que apreció en la comunidad131...

Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo). Estaba decidida a no decirle nada acerca de mi estado interior, por no saber explicarme. Pero apenas entré en el confesonario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, incluso *adivinada*... Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la *confianza* y del *amor*, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que *mis faltas no desagradaban* a Dios, y que, como *representante suyo*, me decía de *su parte* que Dios estaba muy contento de mí...

¡Qué feliz me sentí al escuchar esas consoladoras palabras...! Nunca había oído decir que hubiese faltas que no desagradaban a Dios. Esas palabras me llenaron de alegría y me ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En el fondo del corazón yo sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. ¿No estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...? ¡Cuántas veces lo he visto por experiencia...! Ningún reproche me afectaba tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder, mientras que el *amor* no sólo me hace correr sino *volar*...

Priorato de la madre Inés

Y desde el día bendito de tu elección, Madre querida, sí, desde ese día volé por los caminos del amor... Ese día, ¡Paulina pasó a ser mi Jesús viviente... y se convirtió por segunda vez en mi «mamá»...!

[81rº] De tres años a esta parte, vengo teniendo la dicha de contemplar las *maravillas* que obra Jesús por medio de mi Madre querida... Veo que *sólo el sufrimiento* es capaz de engendrar almas, y estas sublimes palabras de Jesús se revelan como nunca en toda su profundidad: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

¡Y qué cosecha tan abundante has recogido...! Has sembrado entre lágrimas, pero pronto verás el fruto de tus trabajos y volverás llena de alegría trayendo en tus manos las gavillas...

Entre esas gavillas floridas, Madre mía, va oculta ahora la *florecilla blanca*; pero en el cielo tendrá voz para cantar tu *dulzura* y las *virtudes* que te ve practicar día tras día a la sombra y en el silencio de esta vida de destierro...

Sí, en estos últimos tres años he comprendido muchos misterios que hasta entonces estaban escondidos para mí. Dios me ha mostrado la misma misericordia que mostró al rey Salomón. No ha querido que yo tuviese un sólo deseo que no viese realizado. Y no sólo mis deseos de perfección, sino también aquellos cuya vanidad *comprendía* sin haberla experimentado.

Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi *ideal*, deseaba parecerme a ti en todo. Al verte pintar primorosamente y componer poesías tan encantadoras, pensaba: «¡Cómo me gustaría poder pintar y saber expresar en versos mi pensamiento, y hacer así el bien a las almas...!»

No quería *pedir* estos dones naturales, y mis deseos permanecían *ocultos* en el fondo de mi *corazón*. Pero *Jesús, oculto* también él en mi pobre *corazón*, tuvo a bien demostrarle que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol... Con gran extrañeza de las hermanas, me pusieron a *pintar*, y Dios permitió que supiese sacar jugo a las lecciones que mi Madre querida me dio... Y quiso también [81vº] que, a ejemplo suyo, pudiese hacer poesías y componer piezas teatrales que a las hermanas les parecieron bonitas...

Al igual que Salomón, *después de examinar todas las obras de sus manos y la fatiga que le costó realizarlas, vio que todo era vanidad y caza de viento*, así también yo conocí por EXPERIENCIA que la felicidad sólo se halla en esconderse y en vivir en la ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el *amor*, todas las obras son nada, incluso las más brillantes, como resucitar a los muertos o convertir a los pueblos...

Los dones que Dios me ha prodigado (sin yo pedírselos), en lugar de perjudicarme y de producirme vanidad, me llevan hacia *él*. Veo que sólo él es *inmutable* y que sólo él puede llenar mis inmensos deseos...

Hay también deseos de otra índole que Jesús ha querido convertirme en realidad, deseos infantiles como el de la nieve para mi toma de hábito. Tú sabes bien, Madre querida, cómo me gustan las flores. Al hacerme prisionera a los 15 años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, nunca he tenido tantas flores como desde que entré en el Carmelo...

Es costumbre que los novios regalen con frecuencia ramos de flores a sus novias. Jesús no lo echó en olvido y me mandó, a montones, gavillas de acianos, margaritas gigantes, amapolas, etc., todas las flores que más me gustan. Hay incluso una florecita, llamada la neguilla de los trigos, que yo no había vuelto a encontrar desde cuando vivíamos en Lisieux; tenía muchas ganas de volver a ver esa flor de *mi niñez* que yo cogía en los campos de Alençon. Pues también ella vino a sonreírme en el Carmelo y a mostrarme que, tanto en las cosas más pequeñas como en las grandes, Dios da el ciento por uno ya en esta vida a las almas que lo han dejado todo por su amor.

Entrada de Celina

Pero mi deseo más entrañable, el mayor de todos, el que nunca pensé [82rº] que vería hecho realidad, era la entrada de mi Celina querida en el mismo Carmelo que nosotras... Vivir bajo el mismo techo, compartir las alegrías y las penas de la compañera de mi infancia me parecía un *sueño* inverosímil132. Por eso, había hecho por completo el sacrificio. Había puesto en manos de Jesús el porvenir de mi hermana querida y estaba dispuesta a verla partir, si era necesario, para el último rincón del mundo.

Lo único que no podía aceptar era que no fuese esposa de Jesús, pues, al quererla tanto como a mí misma, se me hacía imposible verla entregar su corazón a un mortal.

Ya había sufrido mucho sabiendo que en el mundo estaba expuesta a peligros que yo no había conocido. Puedo decir que mi cariño a Celina, desde mi entrada en el Carmelo, era un amor de madre tanto como de hermana...

Un día en que tenía que ir a una fiesta nocturna, tenía yo un disgusto tan grande que supliqué a Dios que *no la dejase bailar*, y hasta derramé (contra mi costumbre) un torrente de lágrimas. Jesús se dignó escucharme y no permitió que su joven prometida *pudiese bailar* aquella noche (aunque sabía hacerlo muy bien cuando era necesario). La sacaron a bailar y no podía negarse, pero el caballero fue absolutamente incapaz de hacerle dar un solo paso de *baile*, y, con gran confusión de su parte, se vio condenado a *caminar* sencillamente a su lado para acompañarla a su sitio; luego se esfumó y no volvió a aparecer por la velada.

Aquella aventura, única en su género, me hizo crecer en confianza y en amor hacia Aquel que, al depositar *su señal* en mi frente, la estampó al mismo tiempo sobre la de mi Celina querida...

El 29 de julio del año pasado, cuando Dios rompió la ataduras de su incomparable servidor, llamándole a las recompensas eternas, rompió a la vez las que retenían en el mundo a su querida prometida. Ella había cumplido ya su primera misión: encargada de *representarnos a todas nosotras* al lado de nuestro padre, al que amábamos con tanta ternura, la cumplió como un ángel... Y los ángeles no se quedan [82vº] en la tierra: una vez que han cumplido la voluntad de Dios, vuelven enseguida hacia él, que para eso tienen alas...

También nuestro ángel batió sus blancas alas. Estaba dispuesto a volar *muy lejos* para encontrarse con Jesús, pero Jesús le hizo volar *muy cerca*... Se conformó con aceptar el gran sacrificio, que fue extremadamente *doloroso* para Teresita... Durante *dos años* su Celina le había ocultado un secreto133. ¡Y cuánto había sufrido también ella...!

Por fin, desde lo alto del cielo, mi rey querido, al que en la tierra no le gustaban las demoras, se dio prisa en arreglar los embrollados asuntos de su Celina, ¡y el 14 de septiembre se reunía con nosotras...!

Un día en que las dificultades parecían insuperables, le dije a Jesús durante mi acción de gracias: «Tú sabes, Dios mío, cuánto deseo saber si papá ha ido *derecho* al *cielo*. No te pido que me hables, sólo dame una señal. Si sor A. de J.134 consiente en la entrada de Celina, o al menos no pone obstáculos para ello, será la respuesta de que papá ha ido *derecho a estar contigo*».

Como tú sabes, Madre querida, esta hermana pensaba que tres éramos ya demasiadas, y por consiguiente no quería admitir otra más. Pero Dios, que tiene en sus manos el corazón de las criaturas y lo inclina hacia donde él quiere, cambió los pensamientos de esa hermana: la primera persona que encontré después de la acción de gracias fue precisamente a ella, que me llamó con un semblante muy amable, me dijo que subiera a tu celda y me habló de *Celina* con lágrimas en los ojos...

¡Cuántas cosas tengo que agradecer a Jesús, que ha sabido colmar todos mis deseos...!

Ahora no tengo ya ningún deseo, a no ser el de *amar* a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido. Ciertamente que aún me gusta adornar con flores al altar del Niño Jesús. Pero desde que él me dio la *flor* que yo anhelaba, mi *querida Celina*, ya no deseo ninguna más: ella es [83r] el ramillete más precioso que le ofrezco...

Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos. Pero es el *amor* lo único que me atrae... Durante mucho tiempo los deseé; poseí el sufrimiento y creí estar tocando las riberas del cielo, creí que la florecilla iba a ser cortada en la primavera de su vida... Ahora sólo me guía el abandono, ¡no tengo ya otra brújula...!

Ya no puedo pedir nada con pasión, excepto que se cumpla perfectamente en mi alma la voluntad de Dios sin que las criaturas puedan ser un obstáculo para ello. Puedo repetir aquellas palabras del Cántico Espiritual de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

«En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía;
y el ganado perdí que antes seguía.

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal, en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio».

O bien estas otras:

«Hace tal obra el AMOR,
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y al alma transforma en sí».

¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del *amor*! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, *haciéndolo todo de un sabor*, consume con asombrosa rapidez *todo* lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón...

¡Cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz...! A la edad de 17 y 18 años, no tenía otro alimento espiritual. Pero más tarde, todos los libros me dejaban en la aridez, y aún sigo en este estado. Si abro un libro escrito por un autor espiritual (aunque sea el más hermoso y el más conmovedor), siento que se me encoge el corazón y leo, por así decirlo, sin entender; o si entiendo, mi espíritu se detiene, incapaz de meditar...

En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la Imi―[83vº]tación de Cristo vienen en mi ayuda. En ellas encuentro un alimento sólido y completamente *puro*. Pero lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo, es el *Evangelio*. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...

Comprendo y sé muy bien por experiencia que «el reino de los cielos está dentro de nosotros». Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde esas luces más abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones del día...

Madre querida, después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: «El Señor es bueno, su misericordia es eterna»?

Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por *amor*...

Comprendo, sin embargo, que no todas las almas se parezcan; tiene que haberlas de diferente alcurnias, para honrar de manera especial cada una de las perfecciones divinas.

A mí me ha dado su *misericordia infinita*, ¡y a *través de ella* contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de *amor*; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de *amor*...

¡Qué dulce alegría pensar que Dios es *justo*!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la debilidad de nuestra naturaleza. Siendo así, ¿de qué voy a tener miedo? El Dios infinitamente justo, que se dignó [84rº] perdonar con tanta bondad todas las culpas del hijo pródigo, ¿no va a ser justo también conmigo, que «estoy siempre con él»...?

Fin del Manuscrito A

Este año, el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de entender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado135.

Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

«Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu *amor* misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu *amor* infinito...

«¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

«Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrasar a las almas tu amor misericordioso, pues u misericordia se eleva hasta el cielo...!

«¡Jesús mío!, que sea *yo* esa víctima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor...!»

Madre mía querida, tú que me permitiste ofrecerme a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz, me parece que el *amor* me penetra y me cerca, me parece que ese *amor misericordioso* me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella el menor rastro de pecado. Por eso, [84vº] no puedo temer el purgatorio...

Sé que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, al que sólo pueden tener acceso las almas santas. Pero sé también que el fuego del amor tiene mayor fuerza santificadora que el del purgatorio. Sé que Jesús no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría estos deseos que siento si no quisiera hacerlos realidad...

¡Qué dulce es el camino del amor...! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...!

Esto es, Madre querida, todo lo que puedo decirte de la vida de tu Teresita. Tú conoces mucho mejor por ti misma cómo es y todo lo que Jesús ha hecho por ella. Por eso, me perdonarás que haya resumido mucho la historia de su vida religiosa...

¿Cómo acabará esta «historia de una florecita blanca»...? ¿Será tal vez cortada en plena lozanía, o quizás trasplantada a otras riberas136...? No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que la misericordia de Dios la acompañará siempre, y de que nunca la florecita dejará de bendecir a la madre querida que la entregó a Jesús. Eternamente se alegrará de ser una de las flores de su corona... Y eternamente cantará con esa madre querida el cántico siempre nuevo del amor...

NOTAS AL CAPÍTULO VIII

126 El lunes 8 de septiembre de 1890.

127 La profesión (8 de septiembre), ceremonia íntima dentro de la clausura, se completó (el 24) con la toma del velo negro, ceremonia pública. ― *El Padre*: Pichon, en el Canadá.

128 Sin embargo, Teresa, metida en el *túnel* (Cta 115), no le reprocha a Jesús que él no haga tanto por ella como los *novios de la tierra*...

129 El Dr. de Cornière acababa de extraer el corazón de la madre Genoveva, para que las carmelitas pudieran tener una reliquia suya. Teresa, impresionada, sueña con él.

130 Del 8 al 15 de octubre de 1891, dirigidos por el P. Alejo Prou, franciscano de Caen.

131 La madre María de Gonzaga prohibió a Teresa volver a ver al predicador. Y Teresa, mientras tanto, que era sacristana, lo oía ir y venir por la sacristía exterior a la espera de alguna posible penitente (cf PA p. 361)... No obstante, al final de los ejercicios, pudo confesarse durante un tiempo bastante largo, con gran disgusto de su priora.

132 Debido a la previsible oposición del Sr. Delatroëtte.

133 El P. Pichon contaba con Celina para una fundación misionera en el Canadá, y le había prohibido hablar de ello. Cuando, en agosto, desveló el proyecto en el Carmelo, se produjo un clamor general de indignación y una contraofensiva relámpago; Teresa llora hasta caer enferma, y el P. Pichon se bate en retirada («Está bien, está bien, ofrezco a mi Celina al Carmelo, a santa Teresa y a la Santísima Virgen»). El Sr. Delatroëtte acepta con una facilidad asombrosa la entrada de Celina en el Carmelo de Lisieux, y, gracias a la intercesión del señor Martin, *el 14 de septiembre se reunía con nosotras.*

134 Sor Amada de Jesús, que pensaba que «en la comunidad no se necesitaban artistas». Pero apreciaba sinceramente a Teresa (PO pp. 572―575 y PA p. 407).

135 Día en que Teresa hizo su *Ofrenda al Amor misericordioso*.

136 A uno de los Carmelos de Indochina (cf Ms C 9rº; Cta 207; 221,2vº/3rº; UC, pp. 197, 311).

ESCUDO DE ARMAS Y SU EXPLICACIÓN [85Vº]

El blasón JHS es el que Jesús se dignó entregar como dote a su pobre esposa. La huérfana de la Bérésina se ha convertido en Teresa del NIÑO JESÚS de la SANTA FAZ. Estos son sus títulos de nobleza, su riqueza y su esperanza.

La vid que divide en dos el blasón es también figura de Aquel que se dignó decirnos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, quiero que deis mucho fruto»

Las dos ramas que rodean, una a la Santa Faz y la otra al Niño Jesús, son la imagen de Teresa, que no tiene otro deseo aquí en la tierra que el de ofrecerse como un racimito de uvas para refrescar a Jesús niño, para divertirlo, para dejarse estrujar por él a capricho y poder así apagar la sed ardiente que sintió durante su pasión.

El arpa representa también a Teresa, que quiere cantarle incesantemente a Jesús melodías de amor.

El blasón FMT es el de María Francisca Teresa, la florecita de la Santísima Virgen. Por eso, esa florecita aparece representada recibiendo los rayos bienhechores de la dulce Estrella de la mañana.

La tierra verde representa a la familia bendita en cuyo seno creció la florecita.

Más a lo lejos se ve una montaña, que representa al Carmelo. Este es el lugar bendito que Teresa ha escogido para representar en su escudo de armas el dardo inflamado del amor que ha de merecerle la palma del martirio, en espera de que un día pueda dar verdaderamente su sangre por su Amado. Pues para responder a todo el amor de Jesús, ella quisiera hacer por él lo que él hizo por ella...

Pero Teresa no olvida que ella no es más que una débil *caña*, y por eso la ha colocado en su blasón.

El triángulo luminoso representa a la adorable Trinidad, que no cesa de derramar sus dones inestimables sobre el alma de la pobre Teresita, que, agradecida, no olvidará jamás esta divisa: «El amor sólo con amor se paga».

A.M.D.G.
[Image]

CARTA A SOR MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN
Manuscrito «B»

CAPÍTULO IX

MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1rº]
J.M.J.T.

+ Jesús

Querida hermana, me pides que te deje un recuerdo de mis ejercicios espirituales, ejercicios que quizás sean los últimos...

Puesto que nuestra Madre lo permite, me alegro mucho de ponerme a conversar contigo que eres dos veces mi hermana; contigo, que me prestaste tu voz cuando yo no podía hablar, prometiendo en mi nombre que no quería servir más que a Jesús...

Querida madrinita, aquella niña que tú ofreciste a Jesús es la que te habla esta noche1, la que te ama como sólo una hija sabe amar a su madre2... Sólo en el cielo conocerás toda la gratitud de que rebosa mi corazón...

Los secretos de Jesús

Hermana querida, tú querrías escuchar los secretos que Jesús confía a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confía también a ti, pues fuiste tú quien me enseñó a acoger las enseñanzas divinas. Sin embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar...

No creas que estoy nadando entre consuelos3. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): «Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del amor».

¡La ciencia del amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina . Ese camino es el *abandono* del niñito4 que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea *pequeñito*, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los *corderitos* y los estrechará contra su pecho». Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré».

Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento [1vº] y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud, como dijo en el salmo XLIX: «No aceptaré un becerro de tu casa ni un cabrito de tus rebaños, pues las fieras de la selva son mías y hay miles de bestias en mis montes; conozco todos los pájaros del cielo... Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y cuanto lo llena es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?... *Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias*».

He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en *mendigar* un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el *amor* de su pobre criatura. Tenía sed de amor...

Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está *sediento*. Entre los discípulos del mundo, sólo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus *propios discípulos* ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!

Hermana querida, ¡dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo! Si tú quisieras escribir todo lo que sabes acerca de ellos, ¡qué hermosas páginas podríamos leer! Pero ya lo sé, prefieres guardar «los secretos del Rey» en el fondo de tu corazón, mientras que a mí me dices que «es bueno publicar las obras del altísimo». Creo que tienes razón en guardar silencio, y sólo por complacerte5 escribo yo estas líneas, pues siento mi impotencia para expresar con palabras de la tierra los secretos del cielo; y además, aunque escribiera páginas y más páginas, tendría la impresión de no haber empezado todavía... Hay tanta variedad de horizontes, matices tan infinitamente variados, que sólo la paleta del Pintor celestial podrá proporcionarme, después de la noche de esta vida, los colores apropiados para pintar las maravillas que él descubre a los ojos de mi alma.

Hermana querida, me pedías que te escribiera mi sueño y «mi doctrinita», como tú la llamas... Lo he hecho en las páginas que siguen; pero tan mal, que me parece imposible que consigas entender nada. Tal vez mis expresiones te parezcan exageradas... Perdóname, eso se debe a mi estilo demasiado confuso. Te aseguro que en mi *pobre alma* no hay exageración alguna: en ella todo es sereno y reposado...

(Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos... Lo cual, ¡ay!, no impide que vayan horriblemente expresados) [2rº].

J.M.J.T.

8 de septiembre de 1896

(A mi querida sor María del Sagrado Corazón.)

¡Jesús, Amado mío!, ¿quién podrá decir con qué ternura y con qué suavidad diriges tú mi *pequeña alma*6, y cómo te gusta hacer brillar el rayo de tu gracia aun en medio de la más oscura tormenta7...?

Jesús, la tormenta rugía muy fuerte en mi alma desde la hermosa fiesta de tu triunfo -la fiesta radiante de Pascua-, cuando un sábado del mes de mayo, pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mí misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños; pero no lo pedía.

Por la noche, mi alma, observando las nubes que encapotaban su cielo, se repitió a sí misma que aquellos hermosos sueños no estaban hechos para ella, y se durmió bajo el vendaval...

La Venerable Ana de Jesús

El día siguiente era el 10 de mayo, segundo *domingo* del mes de María, quizás aniversario de aquel día en que la Santísima Virgen se dignó *sonreírle* a su florecita...

A las primeras luces del alba, me encontraba (en sueños) en una especie de galería. Había en ella varias personas más, pero alejadas. Sólo nuestra Madre estaba a mi lado.

De pronto, sin saber cómo habían entrado, vi a tres carmelitas, vestidas con capas blancas y con los grandes velos echados. Me pareció que venían por nuestra Madre, pero lo que entendí claramente fue que venían del cielo.

Yo exclamé en lo hondo del corazón: ¡Cómo me gustaría ver el rostro de una de esas carmelitas! Y entonces la más alta de las santas, como si hubiese oído mi oración, avanzó hacia mí. Al instante caí de rodillas.

Y, ¡oh, felicidad!, la carmelita se quitó el velo, o, mejor dicho, lo alzó y me cubrió con él8. Sin la menor vacilación, reconocí a la Venerable Ana de Jesús9, la fundadora del Carmelo en Francia.

Su rostro era hermoso, de una hermosura inmaterial. No desprendía ningún resplandor; y sin embargo, a pesar del velo que nos cubría a las dos, yo veía aquel rostro celestial iluminado con una luz inefablemente suave, luz que el rostro no recibía sino que él mismo producía...

Me sería imposible decir la alegría de mi alma; estas cosas se sienten, pero no se pueden expresar... Varios meses han pasado desde este dulce sueño; pero el recuerdo que dejó en mi alma no ha perdido nada de su frescor ni de su encanto celestial... Aún me parece estar viendo la mirada y la sonrisa *llenas* de *amor* de la Venerable Madre. Aún creo sentir las caricias de que me colmó ...

... Al verme tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: «Madre, te lo ruego, dime si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra... ¿Vendrá pronto a buscarme...?» Sonriendo con ternura, la santa murmuró: «Sí, pronto, pronto... Te lo prometo». «Madre, añadí, dime también si Dios no me pide tal vez algo [2vº] más que mis pobres acciones y mis deseos. ¿Está contento de mí?» El rostro de la santa asumió una expresión *incomparablemente más tierna* que la primera vez que me habló. Su mirada y sus caricias eran ya la más dulce de las respuestas. Sin embargo, me dijo: «Dios no te pide ninguna otra cosa. Está contento, ¡muy contento...!»

Y después de volver a acariciarme con mucho más amor con que jamás acarició a su hijo la más tierna de las madres, la vi alejarse... Mi corazón rebosaba de alegría, pero me acordé de mis hermanas y quise pedir algunas gracias para ellas. Pero, ¡ay!..., me desperté...

¡Jesús!, ya no rugía la tormenta, el cielo estaba en calma y sereno... Yo *creía, sabía* que hay un cielo, y que ese cielo está poblado de almas que me quieren y que me miran como a hija suya...

Esta impresión ha quedado grabada en mi corazón. Lo cual es tanto más curioso, cuanto que la Venerable Ana de Jesús me había sido hasta entonces *del todo indiferente*, nunca la había invocado, y su pensamiento sólo me venía a la mente cuando oía hablar de ella, lo que ocurría raras veces.

Por eso, cuando comprendí hasta qué punto *me quería ella a mí*, y qué lejos estaba yo de serle *indiferente*, mi corazón se deshizo en amor y gratitud, y no sólo hacia la santa que me había visitado, sino hacia todos los bienaventurados moradores del cielo...

¡Amado mío!, esta gracia no era más que el preludio de otras gracias mayores con que tú querías colmarme. Déjame, mi único amor10, que te las recuerde hoy..., hoy, sí, sexto aniversario de *nuestra unión*... Y perdóname, Jesús mío, si digo desatinos al querer expresarte mis deseos, mis esperanzas que rayan el infinito, ¡¡¡perdóname y cura mi alma dándole lo que espera...!!!

Todas las vocaciones

Ser tu *esposa*, Jesús, ser *carmelita*, ser por mi unión contigo *madre* de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre.

Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones : siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Siento en mí la vocación de *sacerdote* . ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! Pero, ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciado a la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo hermanar estos contrastes? [3rº] ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi *pobrecita alma*?

Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores.

Tengo vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero *Amado* mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera se misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear *una sola* clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos *todos*...

Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi

hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús... Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras *tu libro de la vida*, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por ti...

Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma *pequeña* y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis *pequeños deseos infantiles*, y hoy quieres colmar otros *deseos* míos más *grandes* que el universo...

Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios...

Leí en el primero que no *todos* pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser *al mismo tiempo* mano.

... La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz...

Al igual que Magdalena, inclinándose sin cesar sobre la tumba vacía, acabó por encontrar [3vº] lo que buscaba, así también yo, abajándome hasta las profundidades de mi nada, subí tan alto que logré alcanzar mi intento...

Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: «Ambicionad los *carismas mejores*. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apóstol va explicando cómo los *mejores carismas* nada son sin el amor... Y que la caridad es ese *camino inigualable* que conduce a Dios con total seguridad.

Podía, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocerme en *todos* ellos...

La caridad me dio la clave de mi *vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!

Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado11... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!

¿Por qué hablar de alegría delirante? No, no es ésta la expresión justa. Es, más bien, la paz tranquila y serena del navegante al divisar el faro que ha de conducirle al puerto... ¡Oh, faro luminoso del amor, yo sé cómo llegar hasta ti! He encontrado el secreto para apropiarme tu llama.

No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecerme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! Antiguamente, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la *justicia* divina, se necesitaban víctimas perfectas. Pero a la ley del temor le ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura, como holocausto... ¿No es ésta una elección digna del amor...? Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en *fuego* esa nada...

[4rº] Lo sé, Jesús, el amor sólo con amor se paga12. Por eso he buscado y hallado la forma de aliviar mi corazón devolviéndote amor por amor.

«Ganaos amigos con el dinero injusto, para que os reciban en las moradas eternas». Este es, Señor, el consejo que diste a tus discípulos después de decirles que «los hijos de las tinieblas son más astutos en sus negocios que los hijos de la luz».

Y yo, como hija de la luz, comprendí que mis *deseos* de *serlo todo*, de abarcar todas las vocaciones, eran riquezas que podían muy bien hacerme injusta; por eso me he servido de ellas para ganarme amigos...

Acordándome de la oración de Eliseo a su Padre Elías, cuando se atrevió a pedirle *su doble espíritu*, me presenté ante los ángeles y los santos y les dije: «Yo soy la más pequeña de las criaturas. Conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuánto les gusta a los corazones nobles y generosos hacer el bien. Os suplico, pues, bienaventurados moradores del cielo, os suplico que *me adoptéis por hija*. *Sólo vuestra* será *la gloria* que me hagáis adquirir, pero dignaos escuchar mi súplica. Ya sé que es temeraria, sin embargo me atrevo a pediros que me alcancéis: *vuestro doble amor* ».

Jesús, no puedo ir más allá en mi petición, temería verme aplastada bajo el peso de mis audaces deseos...

La excusa que tengo es que soy *una niña*, y los niños no piensan en el alcance de sus palabras. Sin embargo sus padres, cuando ocupan un trono y poseen inmensos tesoros, no dudan en satisfacer los deseos de esos *pequeñajos* a los que aman tanto como a sí mismos; por complacerles, hacen locuras y hasta se vuelven *débiles*...

Pues bien, yo soy la HIJA de la *Iglesia*, y la Iglesia es Reina, pues es tu Esposa, oh, divino Rey de reyes...

Arrojar flores

No son riquezas ni gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que pide el corazón del niñito... El entiende muy bien que la gloria pertenece a sus hermanos, los ángeles y los santos... La suya será un reflejo de la que irradia de la frente de su madre.

Lo que él pide es el amor... No sabe más que una cosa: amarte, Jesús... Las obras deslumbrantes le están vedadas: no puede predicar el Evangelio, ni derramar su sangre... Pero ¿qué importa?, sus hermanos trabajan en su lugar, y él, *como un niño pequeño*, se queda muy cerquita del *trono* del Rey y de la Reina y ama por sus hermanos que luchan...

¿Pero cómo podrá demostrar él su amor, si es que el amor se demuestra con obras? Pues bien, el niñito *arrojará flores*, aromará con sus *perfumes* el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor...

Sí, Amado mío, así es como se consumirá mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, [4vº] ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor...

Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor. Así arrojaré flores delante de tu trono. No encontraré ni una sola en mi camino que no deshoje para ti. Y además, al arrojar mis flores, cantaré (¿puede alguien llorar mientras realiza una acción tan alegre?), cantaré aun cuando tenga que coger las flores entre las espinas, y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

¿Y de qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos...? Sí, lo sé muy bien: esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin valor alguno, esos cánticos de amor del más pequeño de los corazones te fascinarán.

Sí, esas naderías te gustarán y harán sonreír a la Iglesia triunfante, que recogerá mis flores deshojadas *por amor* y las pasará por tus divinas manos, Jesús. Y luego esa Iglesia del cielo, queriendo *jugar* con su hijito, arrojará también ella esas flores -que habrán adquirido a tu toque divino un valor infinito- arrojará esas flores sobre la Iglesia sufriente para apagar sus llamas, y las arrojará también sobre la Iglesia militante para hacerla alcanzar la victoria13...

¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que «el más pequeño movimiento de *puro amor* es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas»14.

¿Pero hay de verdad *puro amor* en mi corazón...? Mis inmensos deseos ¿no serán un sueño, una locura...? ¡Ay!, si así fuera, dame luz tú, Jesús. Tú sabes que busco la verdad15... Si mis deseos son temerarios, hazlos tú desaparecer, pues estos deseos son para mí el mayor de los martirios...

Sin embargo, Jesús, siento en mi interior que, si después de haber ansiado con toda el alma llegar a las más elevadas regiones del amor, no llegase un día a alcanzarlas, habré saboreado una mayor *dulzura en medio de mi*

martirio, en medio de mi locura, que la que gozaría en el seno de los *gozos de la patria*; a no ser que, por un milagro, me dejes conservar allí el recuerdo de las esperanzas que he tenido en la tierra.

Así pues, déjame gozar durante mi destierro las delicias del amor. Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio...

Jesús, Jesús, si tan delicioso es el *deseo* de *amarte*, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor...?

¿Cómo puede aspirar un alma tan imperfecta como la mía a poseer la plenitud del Amor...?

El pajarillo

¡Oh, Jesús, mi *primer* y *único amigo*, el UNICO a quien yo *amo*!, dime qué misterio es éste. ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las almas grandes, para las águilas16 que se ciernen en las alturas...? Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, sólo tengo de águila los *ojos* y el *corazón*, pues, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las [5rº] aspiraciones del águila...

El pajarillo quisiera *volar* hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero, ¡ay,! lo más que puede hacer es *alzar* sus *alitas*, ¡pero eso de volar no está en su *modesto* poder!

¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente...? No, no, el pajarillo ni siquiera se desconsolará. Con audaz abandono, quiere seguir con la mirada fija en su divino Sol. Nada podrá asustarlo, ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes llegaran a ocultarle el Astro del amor, el pajarito no cambiará de lugar: sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando y que su resplandor no puede eclipsarse ni un instante.

Es cierto que, a veces, el corazón del pajarito se ve embestido por la tormenta, y no le parece que pueda existir otra cosa que las nubes que lo rodean. Esa es la hora de la *alegría perfecta*17 para ese *pobre* y débil *ser*. ¡Qué dicha para él *seguir* allí, a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe...!

Jesús, hasta aquí puedo entender tu amor al pajarito, ya que éste no se aleja de ti... Pero yo sé, y tú también lo sabes, que muchas veces la imperfecta criaturita, aun siguiendo en su lugar (es decir, bajo los rayos del Sol), acaba distrayéndose un poco de su único quehacer: coge un granito acá y allá, corre tras un gusanito...; luego, encontrando un charquito de agua, *moja* en él sus plumas apenas formadas; ve una flor que le gusta, y su espíritu débil se entretiene con la flor... En una palabra, el pobre pajarito, al no poder cernerse como las águilas, se sigue entreteniendo con las bagatelas de la tierra.

Sin embargo, después de todas sus travesuras, el pajarillo, en vez de ir a esconderse en un rincón18 para llorar su miseria y morirse de arrepentimiento, se vuelve hacia su amado Sol, expone a sus rayos bienhechores sus alitas *mojadas*, gime como la golondrina; y, en su dulce canto, confía y cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando, en su temerario abandono, adquirir así un mayor dominio, atraer con mayor plenitud el amor de Aquel que no vino a buscar a los justos sino a los pecadores...

Y si el Astro adorado sigue sordo a los gorjeos lastimeros de su criaturita, si sigue *oculto*..., pues bien, entonces la criaturita seguirá allí *mojada*, aceptará estar aterida de frío, y seguirá alegrándose de ese sufrimiento que en realidad ha merecido...

¡Qué feliz, Jesús, es tu *pajarito* de ser *débil* y *pequeño*! Pues ¿qué sería de él si fuera grande...? Jamás tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de *dormitar* delante de ti...

Sí, ésta es también otra debilidad del pajarito cuando quiere mirar fijamente al Sol divino y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo: a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se duerme creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Pero al despertar, no se desconsuela, su corazoncito sigue en paz. Y vuelve a comenzar su oficio de *amor*19. Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de sus anhelos, [5vº] y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, le protegen y defienden y ponen en fuga a los buitres que quisieran devorarlo.

El pajarito no teme a los buitres, imágenes de los demonios, pues no está destinado a ser su *presa*, sino la del *Aguila* que él contempla en el centro del Sol del amor.

El águila divina

¡Oh, Verbo divino!, tú eres el Aguila adorada que yo amo, la que *atrae* . Eres tú quien, precipitándote sobre la tierra del exilio, quisiste sufrir y morir a fin de *atraer* a las almas hasta el centro del Foco eterno de la Trinidad bienventurada. Eres tú quien, remontándote hacia la Luz inaccesible que será ya para siempre tu morada, sigues viviendo en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia...

Aguila eterna, tú quieres alimentarme con tu sustancia divina, a mí, pobre e insignificante ser que volvería a la nada si tu mirada divina no me diese la vida a cada instante.

Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura... ¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo va a conocer límites mi confianza...?

Sí, ya sé que también los santos hicieron *locuras* por ti, que hicieron obras grandes porque ellos eran *águilas*...

Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer obras grandes..., y mi *locura* consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima... Mi *locura* consiste en suplicar a las águilas mis hermanas que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Aguila divina...

Durante todo el tiempo que tú quieras, Amado mío, tu pajarito seguirá sin fuerzas y sin alas, seguirá con los ojos fijos en ti. Quiere ser *fascinado* por tu mirada divina, quiere ser *presa* de tu amor...

Un día, así lo espero, Aguila adorada, vendrás a buscar a tu pajarillo; y, remontándote con él hasta el Foco del amor, lo sumergirás por toda la eternidad en el ardiente Abismo de ese amor al que él se ofreció como víctima

Fin del Manuscrito B

¡Que no pueda yo, Jesús, revelar a todas las *almas pequeñas* cuán inefable es tu condescendencia...!

Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita.

¿Pero por qué estos deseos, Jesús, de comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú, y nadie más que tú, el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, entonces, revelárselos también a otros...?

Sí, lo sé muy bien, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que hagas descender tu mirada divina sobre un gran número de *almas pequeñas...* ¡Te suplico que escojas una legión de *pequeñas* víctimas dignas de tu AMOR...!

La *insignificante* sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. Faz,

rel. carm. ind.

NOTAS AL MANUSCRITO B

1 Sin duda, el 13/9. El tono de Teresa es rico en circunloquios y como investido de una especie de misterio.

2 María fue su madrina y su tercera madre (tras la entrada de Paulina en el Carmelo).

3 Teresa pone las cosas en su punto, aunque sin revelar a su hermana María que desde Pascua ha entrado en la noche de la fe.

4 Uno de los temas fundamentales en Teresa. Es precisamente la «doctrinita» que María le pidió a su hermana que le enseñara.

5 Aun cuando el detonante haya sido, ciertamente, la petición de María, lo que Teresa ha escrito es evidentemente una «carta de amor» a Jesús (cf el final).

6 Las siete veces que aparece esta expresión, Teresa la *subraya*. El adjetivo *pequeño* se utiliza treinta y ocho veces en diez páginas.

7 La prueba de la fe, evocada de forma explícita, aunque velada.

8 Gesto de protección y de bendición, frecuente en las Poesías y en las Recreaciones Piadosas. Dos días antes había tenido lugar la toma de velo negro de una novicia a la que Teresa quería mucho, María de la Trinidad.

9 Ana Lobera, consejera de santa Teresa de Jesús, y a la que san Juan de la Cruz dedicó el *Cántico Espiritual*. Ella fue quien introdujo en Francia la reforma teresiana (1604).

10 En el dintel de su celda Teresa grabó (¿quizás en esta época?) esta frase: *Jesús es mi único amor*.

11 Todos los *je voudrais* [*quisiera*] (dieciséis veces en 2vº/3rº) reflejaban los deseos de Teresa. Ahora es Dios quien le da *ese puesto*. ― *La Iglesia, mi Madre*: el Ms B es el gran escrito de Teresa sobre la Iglesia (se la cita quince veces).

12 *Cántico Espiritual*, canc. 9, 7. En consonancia con esa divisa de su escudo de armas, Teresa busca y halla la forma de devolver *amor por amor*. Cf también SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, canc. 38, 3.

13 Descripción sumamente florida de la comunión de los santos.

14 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, canc 29, 2.

15 Una constante en Teresa; cf CA 21.7.4; UC p. 410s. Ella desconfía de las *ilusiones* (Ms A 78rº), pero a la vez es consciente de las luces que ha recibido (Ms A 32º). Y establece un vínculo muy estrecho entre *verdad* y *humildad,* hasta en su propio lecho de muerte: *Sí, me parece que nunca he buscado más que la verdad. Sí, he comprendido la humildad del corazón* (CA 30.9.1897).

16 La imagen del águila y el pajarillo provienen, en primer lugar, sin duda alguna, de la *Vida* de Teresa de Avila (cap. 20, nn. 3.28.29; [ver también, para el «ligero plumón», *Vida*, cap. 13,2; 19,14; 20.22].

17 La de Francisco de Asís en su total desnudez.

18 Que es lo que hizo Adán después de la caída (Gen 3,10). Actitud que Teresa acaba de desaconsejar a Leonia, en términos idénticos (Cta 191, 1vº).

19 Cf Ms A 83rº; y SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, canc. 28 y el comentario a la misma.

A.M.D.G.
[Image]

MANUSCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

MANUSCRITO DIRIGIDO A LA MADRE MARIA DE GONZAGA
Manuscrito «C»

CAPÍTULO X

LA PRUEBA DE LA FE

(1896―1897) [1rº]

J.M.J.T.

Madre mía querida, me ha manifestado el deseo de que termine de cantar con usted las misericordias del Señor.

Este dulce canto había empezado a cantarlo con su hija querida, Inés de Jesús, que fue la madre a quien Dios encomendó la misión de guiarme en los años de mi niñez. Con ella, pues, tenía que cantar las gracias otorgadas a la florecita de la Santísima Virgen en la primavera de su vida.

Pero ahora que los tímidos rayos de la aurora han dado paso a los ardientes rayos del mediodía, es con usted con quien debo cantar la felicidad de esa florecilla.

Teresa y su priora

Sí, Madre querida, con usted. Y para responder a su deseo, intentaré expresar los sentimientos de mi alma, mi gratitud a Dios y también a usted que lo representa visiblemente a mis ojos. ¿No me entregué toda a El precisamente entre sus manos maternales?

¿Se acuerda, Madre, de aquel día...? Sí, yo sé que su corazón no lo olvida... En cuanto a mí, tendré que esperar a estar en el cielo, pues aquí abajo en la tierra no encuentro palabras para traducir lo que aquel día bendito pasó en mi corazón.

Madre querida, hay otro día en que mi alma se unió aún más, si es posible, a la suya. Fue el día en que Jesús volvió a poner sobre sus hombros la carga del priorato1. Aquel día, Madre querida, usted sembró entre lágrimas, pero en el cielo rebosará de alegría [1vº] al ver sus manos cargadas de preciosas gavillas.

Perdóneme, Madre, mi sencillez infantil. Yo sé que me va a permitir hablarle sin andar rebuscando lo que a una joven religiosa le está permitido decirle a su priora. Tal vez no siempre me mantenga dentro de los límites prescritos a los súbditos; pero, Madre, me atrevo a decir que la culpa será suya, pues yo la trato como una hija2, ya que usted no me trata como priora sino como madre...

Sé muy bien, Madre querida, que a través de usted me habla Dios.

Muchas hermanas piensan que usted me ha mimado, que desde mi entrada en el arca santa no he recibido de usted más que halagos y caricias. Sin embargo, no es así.

En el cuaderno que contiene mis recuerdos de la infancia, podrá ver lo que pienso sobre la educación *recia* y maternal que usted me dio. Desde lo más hondo de mi corazón le agradezco que no me haya tratado con miramientos. Jesús sabía muy bien que su florecita necesitaba el agua vivificante de la humillación, que era demasiado débil para echar raíces sin esa ayuda, y quiso prestársela, Madre, por medio de usted.

De un año y medio a esta parte, Jesús ha querido cambiar la forma de hacer crecer a su florecita; sin duda pensó que estaba ya suficientemente *regada*, pues ahora es el *sol* quien la hace crecer. Jesús no quiere ya para ella más que su sonrisa divina, y esa sonrisa se la da también por medio de usted, Madre querida. Y ese dulce sol, lejos de ajar a la florecita, la [2rº] hace crecer de una manera maravillosa. En el fondo de su cáliz conserva las preciosas gotas de roció que recibió, y esas gotas le recuerdan incesantemente que es pequeña y débil...

Ya pueden todas las criaturas inclinarse hacia ella, admirarla, colmarla de alabanzas. No sé por qué, pero nada de eso lograría añadir ni una gota de falsa alegría a la verdadera alegría que saborea en su corazón al ver lo que es en realidad a los ojos de Dios: una pobre nada, y sólo eso.

Digo que no sé por qué, ¿pero no será porque hasta tanto que su pequeño cáliz no estuvo lo suficientemente lleno del rocío de la humillación, se vio privada del agua de las alabanzas? Ahora ya no existe ese peligro; al contrario, a la florecita le parece tan delicioso el rocío que la llena, que no lo cambiaría por el agua insípida de los halagos.

No quiero hablar, Madre querida, de las muestras de amor y de confianza que usted me ha dado3. Pero no piense que el corazón de su hija sea insensible a ellas. Lo que pasa es que sé muy bien que ahora no tengo nada que temer; al contrario, puedo gozarme de ellas, atribuyendo a Dios todo lo bueno que él ha querido poner en mí. Si a él le gusta hacerme parecer mejor de lo que soy, no es cosa mía, es muy libre de hacer lo que quiera...

¡Por qué caminos tan diferentes, Madre, lleva el Señor a las almas! En la vida de los santos, vemos que hay muchos que no han querido dejar nada de sí mismos [2vº] después de su muerte: ni el menor recuerdo, ni el menor escrito; hay otros, en cambio, como nuestra Madre santa Teresa, que han enriquecido a la Iglesia con sus sublimes revelaciones, sin temor alguno a revelar los secretos del Rey, a fin de que sea más conocido y más amado de las almas.

¿Cuál de estos dos tipos de santo agrada más a Dios? Me parece, Madre, que ambos le agradan por igual, pues todos ellos han seguido las mociones del Espíritu Santo, y el Señor dijo: Decid al justo que *todo* está bien. Sí, cuando sólo se busca la voluntad de Jesús, todo está bien. Por eso, yo, pobre florecita, obedezco a Jesús tratando de complacer a mi Madre querida.

Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma:

Dios no puede inspirar deseos irrealizables4; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo.

El ascensor divino

Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una [3rº] escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente.

Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de Sabiduría eterna: El que sea *pequeñito*, que venga a mí.

Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el que pequeñito que responda a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré.

Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más.

Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias: «Me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas, y las seguiré publicando hasta mi edad más avanzada». Sal. LXX.

¿Cuál será para mí esta edad avanzada? Me parece que podría ser ya ahora, pues dos mil años no son más a los ojos de Dios que veinte años..., que un solo día...

No piense, Madre querida, que su hija quiera dejarla... No crea que estime como una [3vº] gracia mayor morir en la aurora de la vida que al atardecer. Lo que ella estima, lo único que desea es *agradar* a Jesús... Ahora que él parece acercarse a ella para llevarla a la morada de su gloria, su hija se alegra. Hace ya mucho que ha comprendido que Dios no tiene necesidad de nadie (y mucho menos de ella que de los demás) para hacer el bien en la tierra.

Perdóneme, Madre, si la estoy poniendo triste..., me gustaría tanto alegrarla... Pero si sus oraciones no son escuchadas en la tierra, si Jesús separa durante *algunos días* a la Madre de la hija, ¿cree que esas oraciones no serán escuchadas en el cielo...?

Yo sé que su deseo es que yo realice junto a usted una misión muy5 dulce y muy fácil. ¿Pero no podría concluirla desde el cielo...? Como un día Jesús dijo a san Pedro, también usted le dijo a su hija: «Apacienta mis corderos». Y yo me quedé atónita, y le dije que «era demasiado *pequeña*...», y le pedí que apacentase usted misma a sus corderitos, y que me cuidase también a mí y me concediera la gracia de pastar con ellos. Y usted, Madre querida, respondiendo *en parte* a mi justo deseo, cuidó de los corderitos a la vez que de las ovejas6, encargándome a mí de llevarlos a ellos con frecuencia a pacer a la *sombra*, de enseñarles las hierbas mejores y las más nutritivas, y también de mostrarles las flores de brillantes colores que nunca deben tocar a no ser para aplastarlas con sus pies...

Usted no ha temido, Madre querida, que yo extraviase a sus corderitos. Ni mi inexperiencia ni mi [4rº] juventud la han asustado. Tal vez se acordó de que el Señor se suele complacer en conceder la sabiduría a los pequeños, y de que un día, exultante de gozo, bendijo a su Padre por haber escondido sus secretos a los sabios y entendidos y habérselas revelado a los más pequeños.

Usted, Madre, sabe bien que son muy pocas las almas que no miden el poder divino por la medida de sus cortos pensamientos y que quieren que haya excepciones a todo en la tierra. ¡Sólo Dios no tiene derecho alguno a hacerlas! Sé que hace mucho tiempo que entre los humanos se practica esta forma de medir la experiencia por los años, pues ya el santo rey David en su adolescencia cantaba al Señor: «Soy *joven* y despreciado». Sin embargo, no teme decir en ese mismo salmo 118: «Soy más sagaz que los ancianos, porque busco tu voluntad... Tu palabra es lámpara para mis pasos... Estoy dispuesto para cumplir tus mandatos, y *nada me turba*...»

Madre querida, usted no tuvo reparo en decirme un día que Dios iluminaba mi alma, que hasta me daba la experiencia de los *años*... Madre, yo soy *demasiado pequeña* para sentir vanidad, soy *demasiado pequeña* también para hacer frases bonitas con el fin de hacerle creer que tengo una gran humildad. Prefiero reconocer con toda sencillez que el Todopoderoso ha hecho obras grandes en el alma de la hija de su divina Madre, y que la más grande de todas es haberle hecho ver su *pequeñez*, su impotencia.

[4vº] Madre querida, usted sabe cómo Dios ha querido que mi alma pasara por muchas clases de pruebas. He sufrido mucho desde que estoy en la tierra. Pero si en mi niñez sufría con tristeza, ahora ya no sufro así: lo hago con alegría y con paz, soy realmente feliz de sufrir.

Madre, muy bien tiene que conocer usted todos los secretos de mi alma para no sonreír al leer estas líneas. Pues, a juzgar por las apariencias, ¿existe acaso un alma menos probada que la mía? Pero ¡qué extrañada se quedaría mucha gente si la prueba que desde hace un año vengo sufriendo apareciese ante sus ojos...!

Usted, Madre querida, conoce ya esta prueba. Sin embargo, quiero volver a hablarle de ella, pues la considero como una gracia muy grande que he recibido durante su bendito priorato.

Primeras hemoptisis

El año pasado, Dios me concedió el consuelo de observar los ayunos de cuaresma en todo su rigor. Nunca me había sentido tan fuerte, y estas fuerzas se mantuvieron hasta Pascua.

Sin embargo, el día de Viernes Santo7 Jesús quiso darme la esperanza de ir pronto a verle en el cielo... ¡Qué dulce es el recuerdo que tengo de ello...! Después de haberme quedado hasta media noche ante el monumento, volví a nuestra celda. Pero apenas había apoyado la cabeza en la almohada, cuando sentí como un flujo que subía, que me subía borboteando hasta los labios.

Yo no sabía lo que era, pero pensé que a lo mejor me iba a morir, y mi alma se sintió inundada [5rº] de gozo... Sin embargo, como nuestra lámpara estaba apagada, me dije a mí misma que tendría que esperar hasta la mañana para cerciorarme de mi felicidad, pues me parecía que lo que había vomitado era sangre.

La mañana no se hizo esperar mucho, y lo primero que pensé al despertarme fue que iba a descubrir algo muy hermoso. Acercándome a la ventana, pude comprobar que no me había equivocado..., ¡y mi alma se llenó de una enorme alegría! Estaba íntimamente convencida de que Jesús, en el aniversario de su muerte, quería hacerme oír una primera llamada. Era como un tenue y lejano murmullo que me anunciaba la llegada del Esposo...

Asistí con gran fervor a Prima y al capítulo de los perdones8. Estaba impaciente porque me llegara el turno, para, al pedirle perdón, Madre querida, poder confiarle mi esperanza y mi felicidad. Pero añadí que no sufría lo más mínimo (lo cual era muy cierto), y le pedí, Madre, que no me diese nada especial. Y, en efecto, tuve la alegría de pasar el Viernes Santo como deseaba. Nunca me parecieron tan deliciosas las austeridades del Carmelo. La esperanza de ir al cielo me volvía loca de alegría.

Cuando llegó la noche de aquel venturoso día, nos fuimos a descansar. Pero, como la noche anterior, Jesús me dio la misma señal de que mi entrada en la vida eterna no estaba lejos...

La mesa de los pecadores

Yo gozaba por entonces de una fe tan viva y tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad. No me cabía en la cabeza [5vº] que hubiese incrédulos que no tuviesen fe. Me parecía que hablaban por hablar cuando negaban la existencia del cielo, de ese hermoso cielo donde el mismo Dios quería ser su eterna recompensa.

Durante los días tan gozosos del tiempo pascual, Jesús me hizo conocer por experiencia que realmente hay almas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las única alegrías puras y verdaderas.

Permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, sólo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento...

Esta prueba no debía durar sólo unos días, o unas semanas: no se extinguirá hasta la hora marcada por Dios..., y esa hora no ha sonado todavía...

Quisiera poder expresar lo que siento, pero, ¡ay!, creo que es imposible. Es preciso haber peregrinado por este negro túnel para comprender su oscuridad. Trataré, sin embargo, de explicarlo con una comparación.

Me imagino que he nacido en un país cubierto de espesa niebla, y que nunca he contemplado el rostro risueño de la naturaleza inundada de luz y transfigurada por el sol radiante. Es cierto que desde la niñez estoy oyendo hablar de esas maravillas. Sé que el país en el que vivo no es mi patria y que hay otro al que debo aspirar sin cesar. Esto no

es una historia inventada por un habitante del triste país donde me encuentro, sino que es una verdadera realidad, porque el Rey de aquella patria del sol radiante ha venido a vivir 33 años [6rº] en el país de la tinieblas.

Las tinieblas, ¡ay!, no supieron comprender que este Rey divino era la luz del mundo... Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar...

¡Oh, Jesús!, si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... La única gracia que te pido es la de no ofenderte jamás...

Madre querida, esto que le estoy escribiendo no tiene la menor ilación. Mi pequeña historia, que se parecía a un cuento de hadas, se ha cambiado de pronto en oración.

Yo no sé qué interés pueda usted encontrar en leer todos estos pensamientos confusos y mal expresados. De todas maneras, Madre, no escribo para hacer una obra literaria, sino por obediencia. Si la aburro, verá al menos que su hija ha dado pruebas de su buena voluntad. Voy, pues, [6vº] a continuar con mi comparación, sin desanimarme, desde el punto en que la dejé.

Decía que desde niña crecí con la convicción de que un día me iría lejos de aquel país triste y tenebroso. No sólo creía por lo que oía decir a personas más sabias que yo, sino porque en el fondo de mi corazón yo misma sentía profundas aspiraciones hacia una región más bella. Lo mismo que a Cristóbal Colón su genio le hizo intuir que existía un nuevo mundo, cuando nadie había soñado aún con él, así yo sentía que un día otra tierra me habría de servir de morada permanente.

Pero de pronto, las nieblas que me rodean se hacen más densas, penetran en mi alma y la envuelven de tal suerte, que me es imposible descubrir en ella la imagen tan dulce de mi patria. ¡Todo ha desaparecido...! Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descanse con el recuerdo del país luminoso por el que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: «Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión *eterna* del Creador de todas esas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada».

[7rº] Madre querida, la imagen que he querido darle de las tinieblas que oscurecen mi alma es tan imperfecta como un boceto comparado con el modelo. Sin embargo, no quiero escribir más, por temor a blasfemar... Hasta tengo miedo de haber dicho demasiado...

Que Jesús me perdone si le he disgustado. Pero él sabe muy bien que, aunque yo no goce de la alegría de la fe, al menos trato de realizar sus obras. Creo que he hecho más actos de fe de un año a esta parte que durante toda mi vida. Cada vez que se presenta el combate, cuando los enemigos vienen a provocarme, me porto valientemente: sabiendo que batirse en duelo es una cobardía, vuelvo la espalda a mis adversarios sin dignarme siquiera mirarlos a la cara, corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo aquí en la tierra para que él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad.

Así, a pesar de esta prueba que me roba *todo goce*, aún puedo exclamar: «Tus acciones, Señor, son mi *alegría*» (Sal XCI). Porque ¿existe *alegría* mayor que la de sufrir por tu amor...? Cuanto más íntimo es el sufrimiento, tanto menos aparece a los ojos de las criaturas y más te alegra a ti, Dios mío. Pero si, por un imposible, ni tú mismo llegases a conocer mi sufrimiento, yo aún me sentiría feliz de padecerlo si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado contra la fe...

[7vº] Madre querida, quizás le parezca que estoy exagerando mi prueba. En efecto, si usted juzga por los sentimientos que expreso en las humildes poesías que he compuesto durante este año, debo de parecerle un alma llena de consuelos, para quien casi se ha rasgado ya el velo de la fe. Y sin embargo, no es ya un velo para mí, es un muro que se alza hasta los cielos y que cubre el firmamento estrellado...

Cuando canto la felicidad del cielo y la eterna posesión de Dios, no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que *quiero creer*. Es cierto que, a veces, un rayo pequeñito de sol viene a iluminar mis tinieblas, y

entonces la prueba cesa *un instante*. Pero luego, el recuerdo de ese rayo, en vez de causarme alegría, hace todavía más densas mis tinieblas.

Nunca, Madre, he experimentado tan bien como ahora cuán compasivo y misericordioso es el Señor: él no me ha enviado esta prueba hasta el momento en que tenía fuerzas para soportarla; antes, creo que me hubiese hundido en el desánimo... Ahora hace que desaparezca todo lo que pudiera haber de satisfacción natural en el deseo que yo tenía del cielo... Madre querida, ahora me parece que nada me impide ya volar, pues no tengo ya grandes deseos, a no ser el de amar hasta morir de amor... (9 de junio)9.

[8rº] Madre querida, estoy completamente asombrada de lo que le escribí ayer. ¡Qué garabatos...! Me temblaba tanto la mano, que no pude continuar, y ahora lamento hasta haber intentado seguir escribiendo. Espero poder hacerlo hoy de manera más legible, pues ya no estoy en la cama, sino en un precioso silloncito todo blanco.

Veo, Madre, que todo esto que le digo no tiene la menor ilación; pero antes de hablarle del pasado, siento la necesidad de hablarle de mis sentimientos actuales, pues más tarde quizás los haya olvidado

Quiero, ante todo, decirle cómo me conmueven todas sus delicadezas maternales. Créame, Madre querida, el corazón de su hija desborda de gratitud y nunca olvidará lo mucho que le debe...

Madre, lo que más me ha emocionado de todo es la novena que está haciendo a nuestra Señora de las Victorias, son las Misas que ha encargado decir para obtener mi curación. Siento que todos esos tesoros espirituales hacen un gran bien a mi alma.

Al empezar la novena, yo le decía, Madre, que la Santísima Virgen tenía que curarme o bien llevarme al cielo, pues me parecía muy triste para usted y para la comunidad tener que cargar con una joven religiosa enferma. Ahora acepto estar toda la vida enferma, si eso le agrada a Dios, y me resigno incluso a que mi vida sea muy larga. La única gracia [8vº] que deseo es que mi vida acabe rota por el amor.

No, no temo una vida larga, no rehúso el combate, pues el Señor es la roca sobre la que me alzo, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea, él es mi escudo, yo confío en él (Sal CXLIII). Por eso, nunca he pedido a Dios morir joven10, aunque es cierto que siempre he esperado que fuera ésa su voluntad.

Muchas veces el Señor se conforma con nuestros deseos de trabajar por su gloria, y usted sabe, Madre mía, que mis deseos son muy grandes. También sabe que Jesús me ha presentado más de un cáliz amargo y que lo ha alejado de mis labios antes de que lo bebiera, pero no sin antes darme a probar su amargura.

Madre querida, tenía razón el santo rey David cuando cantaba: Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Es verdad, y yo lo he experimentado muchas veces, pero esa unión tiene que realizarse en la tierra a base de sacrificios. Yo no vine al Carmelo para vivir con mis hermanas, sino sólo por responder a la llamada de Jesús. Intuía claramente que vivir con las propias hermanas, cuando una no quiere hacer la menor concesión a la naturaleza, iba a ser un motivo de continuo sacrificio,

¿Cómo se puede decir que es más perfecto alejarse de los suyos...? ¿Se les ha reprochado alguna vez a los hermanos que combatan en el mismo campo de batalla? ¿Se les ha reprochado el volar juntos a recoger la palma del martirio...? Al contrario, se ha pensado, [9rº] y con razón, que se animaban mutuamente, pero también que el martirio de cada uno de ellos se convertía en el martirio de todos los demás.

Lo mismo ocurre en la vida religiosa, a la que los teólogos llaman martirio. El corazón, al entregarse a Dios, no pierde su cariño natural; al contrario, ese cariño crece al hacerse más puro y más divino.

Madre querida, con este cariño la amo yo a usted y amo a mis hermanas. Soy feliz de combatir *en familia*11 por la gloria del Rey de los cielos. Pero estoy dispuesta también a volar a otro campo de batalla, si el divino General me expresa su deseo de que lo haga. No haría falta una orden, bastaría una mirada, una simple señal.

La vocación misionera

Desde mi entrada en el arca bendita, siempre he pensado que si Jesús no me llevaba muy pronto al cielo, mi suerte sería la misma que la de la palomita de Noé: que un día el Señor abriría la ventana del arca y me mandaría volar muy lejos, muy lejos, hacia las riberas infieles, llevando conmigo la ramita de olivo.

Este pensamiento, Madre, ha hecho que mi alma creciera, y me ha hecho cernerme por encima de todo lo creado. Comprendí que incluso en el Carmelo podía haber separaciones y que sólo en el cielo la unión será completa y

eterna. Y entonces quise que mi alma habitase en el cielo y que sólo de lejos mirase las cosas de la tierra. Acepté no sólo desterrarme yo a un pueblo desconocido, sino que también -lo cual me resultaba *mucho más amargo*- acepté el destierro [9vº] de mis hermanas.

Nunca olvidaré el 2 de agosto de 1896. Aquel día, que coincidió precisamente con el de la partida de los misioneros12, se trató muy en serio de la partida de la madre Inés de Jesús. Yo no hubiera movido un solo dedo para impedirle partir; sin embargo, sentía una gran tristeza en mi corazón. Me parecía que su alma, tan sensible y delicada, no estaba hecha para vivir entre unas almas que no sabrían comprenderla. Otros mil pensamientos se agolpaban en mi mente. Y Jesús callaba, no increpaba a la tempestad... Y yo le decía: Dios mío, por tu amor lo acepto todo. Si así lo quieres, acepto sufrir hasta morir de pena.

Jesús se contentó con la aceptación. Pero algunos meses después se habló de la partida de sor Genoveva y de sor María de la Trinidad. Aquélla fue otra clase de sufrimiento, muy íntimo, muy profundo. Me imaginaba todos los trabajos y todas las decepciones que iban a tener que sufrir. En una palabra, mi cielo estaba cargado de nubarrones... Sólo el fondo de mi corazón seguía en calma y en la paz.

Su prudencia, Madre querida, supo descubrir la voluntad de Dios, y en su nombre prohibió a las novicias pensar por el momento en abandonar la cuna de su infancia religiosa.

No obstante, usted comprendía sus aspiraciones, pues usted misma, Madre, había pedido en su juventud ir a Saigón. Ocurre con frecuencia que los deseos de las madres hallan eco en el alma [10rº] de sus hijas. Y usted sabe, Madre querida, que su deseo apostólico halla en mi alma un eco fiel. Permítame confiarle por qué he deseado, y aún sigo deseándolo, si la Santísima Virgen me cura, cambiar por una tierra extranjera el oasis donde vivo tan feliz bajo su mirada maternal.

Para vivir en los Carmelos extranjeros -usted, Madre, me lo dijo- hay que tener una vocación muy especial. Muchas almas se creen llamadas a ello sin estarlo en realidad. Usted también me dijo que yo tenía esa vocación, y que el único obstáculo para ello era mi salud. Sé que, si Dios me llamara a tierras lejanas, ese obstáculo desaparecería. Por eso, vivo sin la menor inquietud.

Si un día tuviese que dejar mi querido Carmelo, no lo haría, no, sin dolor. Jesús no me ha dado un corazón insensible; y justamente porque mi corazón es capaz de sufrir, deseo que le dé a Jesús todo lo que puede darle. *Aquí*, Madre querida, vivo sin la menor preocupación por las cosas de esta tierra miserable; mi único quehacer es cumplir la dulce y fácil misión que usted me ha encomendado.

Aquí me veo colmada de sus atenciones maternales; no sé lo que es la pobreza, pues nunca me ha faltado nada.

Pero, sobre todo, *aquí* me siento amada, por usted y por todas las hermanas, y este afecto es muy dulce para mí.

Por eso sueño con un monasterio donde nadie me conociese, donde tuviese que sufrir la pobreza, la falta de cariño, en una palabra, el destierro del corazón.

No, la razón para abandonar todo esto que tanto amo no sería la de prestar una serie de servicios al Carmelo que [10vº] quisiera recibirme. Ciertamente, haría todo lo que dependiese de mí; pero conozco mi incapacidad13 y sé que, aun haciendo todo lo posible, no lograría hacer nada de provecho, pues, como decía hace un momento, no tengo el menor conocimiento de las cosas de la tierra. Mi único objetivo sería, pues, hacer la voluntad de Dios y sacrificarme por él de la manera que a él más le agradase.

Estoy segura de que no sufriría la menor decepción, pues cuando se espera un sufrimiento puro y sin mezcla de ninguna clase, la menor alegría resulta una sorpresa inesperada. Y además, usted sabe, Madre, que el mismo sufrimiento, cuando se lo busca como el más preciado tesoro, se convierte en la mayor de las alegrías.

No, tampoco quiero partir con la intención de gozar del fruto de mis trabajos. Si eso fuera lo que busco, no sentiría esta dulce paz que me inunda, e incluso sufriría por no poder hacer realidad mi vocación en las lejanas misiones.

Hace ya mucho tiempo que no me pertenezco a mí misma, vivo totalmente entregada a Jesús. Por lo tanto, él es libre de hacer de mí lo que le plazca. El me dio la vocación del destierro total, y me hizo *comprender todos* los *sufrimientos* que en el iba a encontrar, preguntándome si quería beber ese cáliz hasta las heces. Yo quise coger sin tardanza esa copa que Jesús me ofrecía; pero él, retirando la mano, me dio a entender que se conformaba con mi aceptación.

[11rº] ¡De cuántas inquietudes nos libramos, Madre mía, al hacer el voto de obediencia! ¡Qué dichosas son las simples religiosas! Al ser su única brújula la voluntad de los superiores, tienen siempre la seguridad de estar en el buen camino. No tienen por qué temer equivocarse, aun cuando les parezca seguro que los superiores se equivocan.

Pero cuando dejamos de mirar a esa brújula infalible, cuando nos separamos del camino que ella nos señala, bajo pretexto de cumplir la voluntad de Dios, que no ilumina bien a los que sin embargo están en su lugar, entonces el alma se extravía por áridos caminos en los que pronto le faltará el agua de la gracia.

Madre queridísima, usted es la brújula que Jesús me ha dado para guiarme con seguridad a las riberas eternas. ¡Qué bueno es para mí fijar en usted la mirada y luego cumplir la voluntad del Señor! Desde que él permitió que sufriese tentaciones contra la fe, ha hecho crecer enormemente en mi corazón el espíritu de fe, que me hace ver en usted, no sólo a una madre que me ama y a quien amo, sino que, sobre todo, me hace ver a Jesús que vive en su alma y que me comunica por medio de usted su voluntad.

Sé muy bien, Madre, que usted me trata como a un alma débil, como a una niña mimada; por eso, no me resulta pesado cargar con el yugo de la obediencia. Pero, a juzgar por lo que siento en el fondo del corazón, creo que no cambiaría de conducta y que el amor que le tengo no sufriría merma alguna aunque [11vº] me tratase con severidad, pues seguiría pensando que era voluntad de Jesús que usted actuase así para el mayor bien de mi alma.

La caridad

Este año, Madre querida, Dios me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. Es cierto que también antes la comprendía, pero de manera imperfecta. No había profundizado en estas palabras de Jesús: «El segundo mandamiento es *semejante* al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios. Y amándolo, comprendí que mi amor no podía expresarse tan sólo en palabras, porque: «No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios». Y esta voluntad, Jesús la dio a conocer muchas veces, debería decir que casi en cada página de su Evangelio. Pero en la última cena, cuando sabía que el corazón de sus discípulos ardía con un amor más vivo hacia él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristía, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamientos nuevo. Y les dijo, con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que *os améis unos a otros, que os améis unos a otros igual que yo os he amado*. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros.

[12rº] ¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? No, no eran sus cualidades naturales las que podían atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. El era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos eran unos pobres pescadores, ignorantes y llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, Jesús los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Madre querida, meditando estas palabras de Jesús, comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas y vi que no las amaba como las ama Dios. Sí, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les veamos practicar. Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a *todos* los de la casa.

Yo pienso que esa lámpara representa a la caridad, que debe alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a *todos* los que están en la casa, sin exceptuar a nadie.

Cuando el Señor mandó a su pueblo amar al prójimo [12vº] como a sí mismo, todavía no había venido a la tierra. Por eso, sabiendo bien hasta qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir a sus criaturas un amor mayor al prójimo. Pero cuando Jesús dio a sus apóstoles un mandamiento nuevo -*su mandamiento*, como lo llama más adelante-, ya no habla de amar al prójimo como a uno mismo, sino de amarle como *él, Jesús, le amó* y como le amará hasta la consumación de los siglos...

Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si *tú mismo*, Jesús mío, no las *amaras* también *en mí*. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento *nuevo*...

¡Y cómo amo este mandamiento, pues me da la certeza de que tu voluntad es *amar tú en mí* a todos los que me mandas amar...!

Sí, lo se: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas. Cuando quiero hacer que crezca en mí ese amor, y sobre todo cuando el demonio intenta poner ante los ojos de mi alma los defectos de tal o cual hermana que me cae menos simpática, me apresuro a buscar sus virtudes y sus buenos deseos, pienso que si la he visto caer una vez, puede haber conseguido un gran [13rº] número de victorias que oculta por humildad, y que incluso lo que a mí me parece una falta puede muy bien ser, debido a la recta intención, un acto de virtud. Y no me cuesta convencerme de ello, pues yo misma viví un día una experiencia que me demostró que no debemos juzgar a los demás..

Fue durante la recreación. La portera tocó dos campanadas, había que abrir la puerta de clausura a unos obreros para que metieran unos árboles destinados al belén. La recreación no estaba animada, pues faltaba usted, Madre querida. Así que pensé que me gustaría mucho que me mandasen como tercera; y justo la madre subpriora me dijo que fuese yo a prestar ese servicio, o bien la hermana que estaba a mi lado. Inmediatamente comencé a desatarme el delantal, pero muy despacio para que mi compañera pudiese quitarse el suyo antes que yo, pues pensaba darle un gusto dejándola hacer de tercera. La hermana que suplía a la procuradora nos miraba riendo, y, al ver que yo me había levantado la última, me dijo: Ya sabía yo que no eras tú quien iba a ganarse una perla para tu corona, ibas demasiado despacio...

Toda la comunidad, a no dudarlo, pensó que yo había actuado siguiendo mi impulso natural. Pero es increíble el bien que una cosa tan insignificante hizo a mi alma y lo comprensiva que me volvió ante las debilidades de las demás.

Eso mismo me impide también tener vanidad cuando me juzgan favorablemente, pues razono así: Si mis pequeños actos de virtud los toman por imperfecciones, lo mismo pueden [13vº] engañarse tomando por virtud lo que sólo es imperfección. Entonces digo con san Pablo: Para mí, lo de menos es que me pida cuentas un tribunal humano; ni siquiera yo me pido cuentas. Mi juez es el Señor. Por eso, para que el juicio del Señor me sea favorable, o, mejor, simplemente para no ser juzgada, quiero tener siempre pensamientos caritativos, pues Jesús nos dijo: No juzguéis, y no os juzgarán.

Madre, al leer lo que acabo de escribir, usted podría pensar que la práctica de la caridad no me resulta difícil. Es cierto que, desde hace algunos meses, ya no tengo que luchar para practicar esta hermosa virtud. No quiero decir con esto que no cometa algunas faltas. No, soy demasiado imperfecta para eso. Pero cuando caigo, no me cuesta mucho levantarme, porque en un cierto combate conseguí la victoria, y desde entonces la milicia celestial viene en mi ayuda, pues no puede sufrir verme vencida después de haber salido victoriosa en la gloriosa batalla que voy a tratar de describir.

Hay en la comunidad una hermana que tiene el don de desagradarme en todo. Sus modales, sus palabras, su carácter me resultan *sumamente desagradables*. Sin embargo, es una santa religiosa, que debe de ser *sumamente agradable* a Dios.

Entonces, para no ceder a la antipatía natural que experimentaba, me dije a mí misma que la caridad no debía consistir en simples sentimientos, sino en obras, y [14rº] me dediqué a portarme con esa hermana como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero. Cada vez que la encontraba, pedía a Dios por ella, ofreciéndole todas sus virtudes y sus méritos.

Sabía muy bien que esto le gustaba a Jesús, pues no hay artista a quien no le guste recibir alabanzas por sus obras. Y a Jesús, el Artista de las almas, tiene que gustarle enormemente que no nos detengamos en lo exterior, sino que penetremos en el santuario íntimo que él se ha escogido por morada y admiremos su belleza.

No me conformaba con rezar mucho por esa hermana que era para mí motivo de tanta lucha. Trataba de prestarle todos los servicios que podía; y cuando sentía la tentación de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la más encantadora de mis sonrisas y procuraba cambiar de conversación, pues, como dice la Imitación: Mejor es dejar a cada uno con su idea que pararse a contestar.

Con frecuencia también, fuera de la recreación (quiero decir durante las horas de trabajo), como tenía que mantener relaciones con esta hermana a causa del oficio14, cuando mis combates interiores eran demasiado fuertes, huía como un desertor.

Como ella ignoraba por completo lo que yo sentía hacia su persona, nunca sospechó los motivos de mi conducta, y vive convencida de que su carácter me resultaba agradable.

Un día, en la recreación, me dijo con aire muy satisfecho más o menos estas palabras: «¿Querría decirme, hermana Teresa del Niño Jesús, qué es lo que la atrae tanto en mí? Siempre que me mira, la veo sonreír». ¡Ay!, lo que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma... Jesús, que hace dulce hasta lo más amargo... Le respondí que sonreía porque me alegraba verla (por supuesto que no añadí que era bajo un punto de vista espiritual).

[14vº] Madre querida, como le he dicho, mi *último recurso* para no ser vencida en los combates es la deserción. Este recurso lo empleaba ya durante el noviciado, y siempre me dio muy buenos resultados. Quiero, Madre, citarle un ejemplo que la va a hacer sonreír.

Durante una de sus bronquitis, fui una mañana muy despacito a dejar en su celda las llaves de la reja de la comunión, pues era sacristana. En el fondo, no me disgustaba aquella ocasión que tenía de verla a usted, incluso me agradaba mucho, aunque trataba de disimularlo. Una hermana, animada de un santo celo, pero que sin embargo me quería mucho, al verme entrar en su celda, pensó, Madre, que iba a despertarla, y quiso cogerme las llaves; pero yo era demasiado lista para dárselas y *ceder de mis derechos*. Le dije, lo más educadamente que pude, que yo tenía tanto interés como ella en no despertarla, y que me tocaba *a mí* entregar las llaves...

Ahora comprendo que habría sido mucho más perfecto ceder ante aquella hermana, joven, es cierto, pero al fin más antigua que yo15. Pero entonces no lo comprendí; y por eso, queriendo a toda costa entrar a su pesar detrás de ella, que empujaba la puerta para no dejarme pasar, pronto ocurrió la desgracia que las dos nos temíamos: el ruido que hacíamos le hizo a usted abrir los ojos...

Entonces, Madre, toda la culpa recayó sobre mí. La pobre hermana a la que yo había opuesto resistencia se puso a echar un discurso, cuyo fondo sonaba así: Ha sido sor Teresa del Niño Jesús la que ha hecho ruido... ¡Dios mío, qué hermana tan antipática...!, etc. [15rº] Yo, que pensaba todo lo contrario, sentía unas ganas enormes de defenderme. Afortunadamente, me vino una idea luminosa: pensé en mi interior que, si empezaba a justificarme, no iba a poder conservar la paz en mi alma; sabía también que no tenía la suficiente virtud como para dejarme acusar sin decir nada. Así que mi única tabla de salvación era la huida. Pensado y hecho: me fui sin decir ni mus, dejando que la hermana continuase su discurso, que se parecía a las imprecaciones de Camila contra Roma.

Me latía tan fuerte el corazón, que no pude ir muy lejos, y me senté en la escalera para disfrutar en paz los frutos de mi victoria. Aquello no era valentía, ¿verdad, Madre querida? Pero creo que, cuando la derrota es segura, vale más no exponerse al combate.

¡Ay!, cuando vuelvo con el pensamiento al tiempo de mi noviciado, me doy cuenta de lo imperfecta que era... Me angustiaba por tan poca cosa, que ahora me río de ello. ¡Qué bueno es el Señor, que hizo crecer a mi alma y le dio alas...! Ahora ya ni todas las redes juntas de los cazadores me dan miedo, «pues de nada sirve tender redes a la vista de las aves» (Prov.).

Seguramente que más adelante el tiempo en que ahora vivo me parecerá también lleno de imperfecciones, pero ahora no me sorprendo ya de nada ni me aflijo al ver que soy la *debilidad* misma; al contrario, me glorío de ello y espero descubrir cada día en mí nuevas imperfecciones. Acordándome de que la caridad cubre la multitud de los [15vº] pecados, exploto esta mina fecunda que Jesús ha abierto ante mí.

El Señor explica en el Evangelio en qué consiste su mandamiento nuevo. Dice en san Mateo: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen».

La verdad es que en el Carmelo una no encuentra enemigos, pero sí que hay simpatías. Se siente atracción por una hermana, mientras que ante otra darías un gran rodeo para evitar encontrarte con ella, y así, sin darse cuenta, se convierte en motivo de persecución. Pues bien, Jesús me dice que a esa hermana hay que amarla, que hay que rezar por ella, aun cuando su conducta me indujese a pensar que ella no me ama: «Pues si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman». San Lucas, VI.

Y no basta con amar, hay que demostrarlo. Es natural que nos guste hacer un regalo a un amigo, y sobre todo que nos guste dar sorpresas. Pero eso no es caridad, pues también los pecadores lo hacen. Y Jesús nos dice también: «A *todo el que* te pide, dale, y *al que* se lleve lo tuyo no se lo reclames».

Dar a todas las que *pidan* gusta menos que ofrecer algo una misma por propia iniciativa. Más aún, cuando se nos pide algo amablemente, no nos cuesta dar. Pero si, por desgracia, no se emplean palabras bastante delicadas, enseguida el alma se rebela si no está firmemente afianzada en la caridad. Encuentra mil razones para negar [16rº] lo que le piden y sólo después de haber convencido de su falta de delicadeza a la que pide acaba dándole *como un*

favor lo que reclama, o le presta un ligero servicio16 que le habría exigido veinte veces menos tiempo del que le llevó hacer valer sus derechos imaginarios.

Si es difícil dar a todo el que nos pide, lo es todavía mucho más dejar que nos cojan lo que nos pertenece, sin reclamarlo. Digo, Madre, que es difícil, pero debería más bien decir que *parece* difícil, pues el yugo del Señor es suave y ligero. Cuando lo aceptamos, sentimos enseguida su suavidad y exclamamos con el salmista: «*Corrí* por el camino de tus mandatos cuando me ensanchaste el corazón».

Sólo la caridad puede ensanchar mi corazón. Y desde que esta dulce llama lo consume, Jesús, corro alegre por el camino de tu mandato *nuevo*... Y quiero correr por él hasta que llegue el día venturoso en que, uniéndome al cortejo de las vírgenes, pueda seguirte por los espacios infinitos cantando tu cántico *nuevo*, que será el cántico del amor.

Decía que Jesús no quiere que reclame lo que me pertenece. Y debería parecerme fácil y natural, pues no tengo nada mío. Por el voto de pobreza he renunciado a los bienes de la tierra. No tengo, pues, derecho a quejarme si me quitan algo que no me pertenece; al contrario, debería alegrarme cuando se me ofrece la ocasión de vivir la pobreza.

Tiempo atrás creía no estar apegada a nada. Pero desde que comprendí las palabras de Jesús, veo que, cuando llega la ocasión, [16vº] soy aún muy imperfecta.

Por ejemplo, en el oficio de pintura nada es mío, lo sé muy bien. Pero si, al ponerme a trabajar, encuentro los pinceles y las pinturas en completo desorden, si ha desaparecido una regla o un cortaplumas, ya me pongo en un tris de perder la paciencia y tengo que armarme de todo mi valor para no reclamar con aspereza los objetos que me faltan.

A veces, ¿cómo no?, hay que pedir las cosas indispensables; pero si se hace con humildad, no se falta al mandamiento de Jesús, al contrario, se obra como los pobres, que tienden la mano para recibir lo que necesitan, y, si son rechazados, no se extrañan, pues nadie les debe nada.

¡Y qué paz inunda el alma cuando se eleva por encima de los sentimientos de la naturaleza...! No, no existe alegría comparable a la que saborea el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desprendimiento algo que necesita, y no sólo se lo niegan sino que hasta intentan quitarle lo que tiene, está siguiendo el consejo de Jesús: «Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa...» Darle también la capa es, creo yo, renunciar una a sus últimos derechos, considerarse como la sierva y la esclava de las demás.

Cuando se ha entregado la capa, es más fácil caminar, correr. Por eso Jesús añade: «Y al que te exija caminar con él mil pasos, acompáñale dos mil».

Así que [17rº] no basta con dar a quien me pida; debo adelantarme a su deseos, mostrarme muy agradecida y muy honrada de poder prestarle un servicio; y si me cogen una cosa que tengo a mi uso, no he de hacer ver que lo siento, sino, por el contrario, mostrarme contenta de que me hayan *quitado de en medio ese estorbo*.

Madre querida, estoy muy lejos de practicar lo que entiendo tan bien, pero el simple deseo que tengo de hacerlo me da paz.

Me doy cuenta, más aún que los días anteriores, que me he explicado rematadamente mal. He hecho una *especie* de *discurso* sobre la caridad, cuya lectura ha tenido que cansarla.

Perdóneme, Madre querida, y piense que en este momento las enfermeras17 están practicando conmigo lo que acabo de escribir: no les importa caminar dos mil pasos cuando veinte bastarían. ¡He podido, pues, contemplar la caridad en acción18! Sin duda que mi alma debe sentirse perfumada por ello. Pero mi mente confieso que se ha paralizado un poco ante semejante abnegación, y mi pluma ha perdido agilidad.

Para poder trasladar al papel mis pensamientos, tendría que estar como el pájaro solitario19, y pocas veces tengo esa suerte. En cuanto cojo la pluma, aparece una hermana que pasa junto a mí con la horca al hombro y que cree que me distraerá dándome un poco de palique: el heno, los patos, las gallinas, la visita del médico, todo sale a relucir.

A decir verdad, la escena no dura mucho; pero hay *más de una hermana caritativa*, y de pronto otra heneadora me deja unas flores sobre las rodillas, pensando quizás inspirarme pensamientos poéticos. Y yo, que en ese momento no los busco, [17vº] preferiría que las flores siguieran meciéndose en sus tallos.

Por fin, cansada de abrir y cerrar este famoso cuaderno, abro un libro (que no quiere quedarse abierto), y digo muy decidida que estoy copiando algunos pensamientos de los salmos y del Evangelio para el santo de nuestra Madre. Y es muy cierto, pues no economizo precisamente las citas...

Madre querida, creo que la divertiría mucho si le contase todas mis aventuras en los bosquecillos del Carmelo. No sé si habré podido escribir diez líneas sin verme interrumpida. Esto no debería hacerme reír, ni divertirme; pero, por amor a Dios y a mis hermanas (tan caritativas conmigo), trato de parecer contenta, y sobre todo de *estarlo*...

Ahora mismo acaba de irse una heneadora después de decirme con tono compasivo: -«Pobre hermanita, ¡cómo tiene que cansarte estar escribiendo así todo el día! -«No te preocupes, le contesté, parece que escribo mucho, pero en realidad no escribo casi nada». -«Me alegro, me dijo ya más tranquila; de todas formas, me alegro de que estemos con la siega, pues eso no dejará de distraerte un poco».

Y, en efecto, es una distracción tan grande la que tengo (sin contar las visitas de las enfermeras), que no miento cuando digo que no escribo casi nada.

Por suerte, no me desanimo fácilmente. Para demostrárselo, Madre, voy a terminar de explicarle lo que Jesús me ha hecho comprender acerca de la caridad.

Hasta aquí sólo le he hablado de lo exterior. Ahora quisiera decirle cómo entiendo yo la [18rº] caridad puramente espiritual.

Estoy segura, Madre, de que no tardaré en mezclar una con otra. Pero como es a usted a quien le hablo, sé que no le será difícil captar mi pensamiento y desenredar la madeja de su hija.

No siempre es posible en el Carmelo practicar al pie de la letra las enseñanzas del Evangelio. A veces una se ve obligada, en razón de su oficio, a negarse a hacer un favor. Pero cuando la caridad ha echado hondas raíces en el alma, se manifiesta al exterior. Hay una forma tan elegante de negar lo que no se puede dar, que la negativa agrada tanto como el mismo don. Es cierto que cuesta menos pedir un favor a una hermana que está siempre dispuesta a complacernos. Pero Jesús dijo: «Al que te pide prestado, no lo rehuyas». Así pues, no debemos huir de las hermanas que tienen la costumbre de estar siempre pidiendo favores, con el pretexto de que tendremos que negárselos. Ni debemos tampoco ser serviciales por *parecerlo*, o con la esperanza de que en otra ocasión la hermana a la que ahora ayudamos nos devolverá el favor, pues Nuestro Señor nos dice también: «Y si prestáis a aquellos de los esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestar a otros pecadores con intención de cobrárselo. No, vosotros *prestad sin esperar nada*, y tendréis un gran premio».

Sí, el premio es grande, incluso en esta tierra... En este camino, sólo cuesta dar el primer paso. *Prestar* sin *esperar nada* a cambio parece duro a la naturaleza; preferiríamos *dar*, pues lo que damos [18vº] ya no nos pertenece.

Cuando alguien viene a decirnos con aire muy sincero: «Hermana, necesito tu ayuda durante unas horas; pero no te preocupes, que ya tengo permiso de nuestra Madre, y en otra ocasión te *devolveré* el tiempo que me dediques, pues sé lo ocupada que estás», como realmente sabemos muy bien que ese tiempo que *prestamos* nunca se nos devolverá, preferiríamos decir: Te lo regalo

Esto satisfaría nuestro amor propio, pues dar es un acto más generoso que prestar, y además así hacemos saber a la hermana que no contamos con sus servicios...

¡Qué contrarias a los sentimientos de la naturaleza son las enseñanzas de Jesús! Sin la ayuda de su gracia, no sólo no podríamos ponerlas por obra, sino ni siquiera comprenderlas.

NOTAS AL CAPÍTULO X

1 La difícil elección de la madre María de Gonzaga para el priorato, el 21/3/1896. A pesar de que la madre Inés no fue reelegida, Teresa mostró una lealtad a toda prueba hacia la nueva (y antigua) priora.

2 Teresa define en pocas palabras su relación con la madre María de Gonzaga, a la que conoce desde la edad de nueve años, y que creyó en su vocación (Ms A 26vº). La priora la trató como a una hija, aunque durante sus primeros años en el Carmelo se mostró con ella muy severa (cf Ms A 70vº).

3 Al encargar a Teresa de la formación de las novicias (sin el título de maestra) y al pedirle que escribiera sus pensamientos.

4 Uno de los grandes pilares en el pensamiento y en la vida de Teresa (Ms A 71rº; Ms C 22vº, 31rº).

5 La de cuidar a las novicias.

6 La novicias y las profesas.

7 Primera hemoptisis en la noche del 2 al 3 de abril de 1896; segunda, en la noche del viernes 3.

8 El Viernes Santo, la priora hacía en la sala capitular una plática sobre la caridad, y las hermanas se pedían perdón dándose un abrazo.

9 Segundo aniversario de la *Ofrenda al Amor misericordioso*. Esa fecha, escrita a lápiz por Teresa, parece tardía.

10 A Teresa siempre le gustaron los santos y los mártires jóvenes: Cecilia, Inés, Juana de Arco, Teófano Vénard, Tarsicio, Estanislao Kostka, los Santos Inocentes.

11 El subrayado de *en familia* muestra bien a las claras que Teresa quiere insistir en el hecho de que su familia no son las hermanas Martin, sino todas las hermanas del monasterio.

12 El P. Roulland embarcaba en Marsella rumbo a China.

13 Teresa pasaba por ser lenta y poco hábil; cf, por ejemplo, CA 15.5.6 y 13.7.18. Si desea partir, no es para predicar o para *prestar servicios*; en tierras de misión, el ideal carmelitano sigue siendo el mismo: amar, *sacrificarse*.

14 En la sacristía.

15 Sor Marta tenía siete años y medio más que Teresa, y había entrado en el Carmelo cuatro meses antes que ella.

16 La forma de *prestar un servicio*, cosa tan importante en la vida comunitaria, atraviesa muchas páginas del Ms C (14rº, 17rº, 18rº, 28rº, 29rº, 29vº).

17 Sor San Estanislao y sor Genoveva.

18 Teresa cuenta lo que está viendo desde su silla de ruedas de enferma en el paseo de los castaños.

19 Alusión a san Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, canc. 14―15, nº 24.

A.M.D.G.
[Image]

CAPÍTULO XI

LOS QUE USTED ME DIO

(1896―1897)

Madre, Jesús ha concedido a su hija la gracia de penetrar en las profundidades misteriosas de la caridad. Si ella pudiese expresar todo lo que se la ha dado a entender, usted escucharía una melodía de cielo. Pero, ¡ay!, lo único que puedo hacerle oír son simples balbuceos infantiles... Si no vinieran en mi ayuda las propias palabras de Jesús, me sentiría tentada de pedirle disculpas y de dejar la pluma... Pero no, he de terminar por obediencia lo que comencé por obediencia.

Novicias y hermanos espirituales

Madre querida, yo escribía ayer que, al no ser míos los bienes de aquí abajo, no debería resultarme difícil no reclamarlos nunca si alguien me los quita.

Tampoco los bienes del cielo me pertenecen. Me han sido *prestados* por Dios, que puede [19rº] quitármelos sin que yo tenga ningún derecho a quejarme.

Sin embargo, los bienes que vienen directamente de Dios, las intuiciones de la inteligencia y del corazón, los pensamientos profundos, todo eso constituye una riqueza a la que solemos apegarnos como a un bien propio que nadie tiene derecho a tocar...

Por ejemplo, si durante la licencia comunicamos a una hermana alguna luz recibida en la oración, y poco después esa hermana, hablando con otra, le dice lo que le habíamos confiado como si lo hubiese pensado ella misma, parece que se apropia de algo que no era suyo.

O bien, cuando en la recreación decimos por lo bajo a nuestra compañera una frase ingeniosa o que viene como anillo al dedo, si ella la repite en voz alta sin decir la fuente de donde procede, parece también un robo a la propietaria, que no reclama nada pero que tiene muchas ganas de hacerlo y que aprovechará la primera ocasión para hacer saber sutilmente que se han apropiado de sus pensamientos.

Instrumentos de Dios

Madre, yo no sabría explicarle tan bien estos tristes sentimientos de la naturaleza si yo misma no los hubiese experimentado en mi propio corazón. Y me gustaría mecerme en la dulce ilusión de que sólo han visitado el mío, si usted no me hubiese mandado escuchar las tentaciones de sus queridas novicias.

En el cumplimiento de la misión que usted me confió he aprendido mucho. Sobre todo, me he visto obligada a practicar yo misma lo que enseñaba a las demás. Y así, ahora puedo decir que Jesús me ha concedido la gracia de no estar más apegada a los bienes del espíritu y del corazón que a los de la tierra.

Si alguna vez me ocurre pensar y decir algo [19vº] que les gusta a mis hermanas, me parece completamente natural que se apropien de ello como de un bien suyo propio. Ese pensamiento pertenece al Espíritu Santo y no a mí, pues san Pablo dice que, sin ese Espíritu de amor, no podemos llamar «Padre» a nuestro Padre que está en el cielo. El es, pues, muy libre de servirse de mí para comunicar a un alma un buen pensamiento. Si yo creyera que ese pensamiento me pertenece, me parecería al «asno que llevaba las reliquias», que pensaba que los homenajes tributados a los santos iban dirigidos a él.

No desprecio los pensamientos profundos que alimentan el alma y la unen a Dios. Pero hace mucho tiempo ya que he comprendido que el alma no debe apoyarse en ellos, ni hacer consistir la perfección en recibir muchas iluminaciones. Los pensamientos más hermosos no son nada sin las obras.

Es cierto que los demás pueden sacar mucho provecho de las luces que a ella se le conceden, si se humillan y saben dar gracias a Dios por permitirles tomar parte en el festín de un alma a la que él se digna enriquecer con sus gracias. Pero si esta alma se complace en sus *grandes pensamientos* y hace la oración del fariseo, entonces viene a ser como una persona que se muere de hambre ante una mesa bien surtida mientras todos sus invitados disfrutan en ella de comida abundante y hasta dirigen de vez en cuando una mirada de envidia al personaje poseedor de tantos bienes.

¡Qué gran verdad es que sólo Dios conoce el fondo de los corazones...! ¡Y qué cortos son los pensamientos de las criaturas...! Cuando ven un alma con más luces que las otras, enseguida [20rº] sacan la conclusión de que Jesús las ama a ellas menos que a esa alma y de que no las llama a la misma perfección.

¿Desde cuándo no tiene *ya derecho* el Señor a servirse de una de sus criaturas para conceder a las almas que ama el alimento que necesitan? En tiempos del faraón el Señor aún tenía *ese derecho*, pues en la Sagrada Escritura le dice a este monarca: «Te he constituido rey para mostrar en ti mi poder y para hacer famoso mi nombre en toda la tierra». Desde que el Todopoderoso pronunció estas palabras han pasado siglos y siglos, y su forma de actuar sigue siendo la misma: siempre se ha servido de sus criaturas como de instrumentos para realizar su obra en las almas.

El pincelito

Si el lienzo que pinta un artista pudiera pensar y hablar, seguramente no se quejaría de que el *pincel* lo toque y lo retoque sin cesar; ni tampoco envidiaría la suerte de ese instrumento, pues sabría que la belleza que lo adorna no se la debe al pincel sino al artista que lo maneja.

El pincel, por su parte, no puede gloriarse de haber hecho él la obra de arte. Sabe que los artistas no se atan a un instrumento, que se ríen de las dificultades, que a veces les gusta escoger instrumentos débiles y defectuosos...

Madre querida, yo soy un pincelito que Jesús ha escogido para pintar su imagen en las almas que usted me ha confiado. Un artista no utiliza solamente un pincel, necesita al menos dos. El primero es el más útil, con él da los colores comunes, [20vº] y cubre totalmente el lienzo en muy poco tiempo; del otro, del más pequeño, se sirve para los detalles.

Madre querida, usted representa el precioso pincel que la mano de Jesús toma con amor cuando quiere hacer un *gran trabajo* en el alma de sus hijas; y yo soy el *pequeñito* del que luego quiere servirse para los detalles menores.

La primera vez que Jesús se sirvió de su pincelito fue hacia el 8 de diciembre de 1892. Siempre recordaré aquella época como un tiempo de gracias. Voy a confiarle, Madre querida, aquellos dulces recuerdos.

Cuando, a los 15 años, tuve la dicha de entrar en el Carmelo, me encontré con una compañera de noviciado que había ingresado unos meses antes. Tenía ocho años más que yo; pero su temperamento infantil borraba la diferencia de los años, así que pronto usted, Madre, tuvo la alegría de ver que sus dos postulantes se entendían a las mil maravillas y se hacían inseparables.

En orden a propiciar aquel afecto naciente, que le parecía que había de dar buenos frutos, nos permitió que tuviéramos juntas, de vez en cuando, algunas charlas espirituales.

Mi querida compañera me encantaba por su inocencia y por su carácter abierto. Pero, por otro lado, me extrañaba ver cuán distinto era el afecto que ella le tenía a usted del que le tenía yo. Había también, en su comportamiento con las hermanas, muchas otras cosas que yo hubiera deseado que cambiase...

Ya en aquella época Dios me hizo [21rº] comprender que hay almas a las que su misericordia no se cansa de esperar, a las que no concede su luz sino paso a paso. Por eso, yo me cuidaba muy bien de adelantar su hora y esperaba pacientemente a que Jesús tuviese a bien hacerla llegar.

Reflexionando un día sobre el permiso que usted nos había dado para hablar y así inflamarnos más en el amor de nuestro Esposo, como dicen nuestras santas Constituciones, me di cuenta con tristeza de que nuestras conversaciones no alcanzaban el fin deseado. Entonces Dios me dio a entender que había llegado el momento y que ya no tenía por qué tener miedo a hablar, o que, de lo contrario, debería poner fin a unas conversaciones que tanto se parecían a las de dos amigas del mundo

Aquel día era sábado. Al día siguiente, durante la acción de gracias, le pedí a Dios que pusiera en mi boca palabras tiernas y convincentes, o, más bien, que hablase él mismo por mi boca. Jesús escuchó mi oración y permitió que el resultado colmase ampliamente mi esperanza, pues los que vuelvan su mirada hacia él quedarán radiantes (Sal XXXIII) y la luz brillará en las tinieblas para los rectos de corazón. Las primeras palabras se aplican a mí y las segundas a mi compañera, que realmente tenía un corazón recto...

Cuando llegó la hora en que habíamos quedado para encontrarnos, al poner los ojos en mí la pobre hermanita se dio cuenta enseguida de que yo no era la misma. Se sentó a mi lado, sonrojada, y yo, apoyando su cabeza en mi corazón, le dije, con llanto en [21vº] la voz, *todo lo que pensaba de ella*, pero con palabras tan tiernas y manifestándole tanto cariño, que pronto sus lágrimas se mezclaron con las mías.

Reconoció con gran humildad que todo lo que le decía era verdad, me prometió comenzar una nueva vida y me pidió, como un favor, que le advirtiese siempre sus faltas. Al final, en el momento de separarnos, nuestro afecto se había vuelto totalmente espiritual, no había ya en él nada de humano20. Se hacía realidad en nosotras aquel pasaje de la Sagrada Escritura: «Hermano ayudado por su hermano es como una plaza fuerte».

Lo que Jesús hizo con su pincelito se hubiera borrado pronto si él, Madre, no hubiese echado mano de usted para consumar su obra en aquella alma que él quería toda para sí.

A mi pobre compañera la prueba le pareció muy amarga, pero la firmeza que usted usó con ella acabó por triunfar. Y entonces fue cuando yo, tratando de consolarla, pude explicarle a quien usted me había dado por hermana entre todas las demás en qué consiste el verdadero amor. Le hice ver que era *a sí misma* a quien amaba, y no a usted. Le conté cómo la amaba a usted yo, y los sacrificios que me había visto obligada a hacer en los comienzos de mi vida religiosa para no encariñarme con usted de manera puramente material, como el perro se encariña con su dueño. El amor se alimenta de sacrificios; y de cuantas más satisfacciones naturales se priva el alma, más fuerte y desinteresado se hace su cariño.

Recuerdo que, siendo postulante, me venían a veces tan fuertes [22rº] tentaciones de entrar en su celda por mi satisfacción personal, por encontrar algunas gotas de alegría, que me veía obligada a pasar a toda prisa por delante

de la procura21 y a agarrarme fuertemente al pasamanos de la escalera; me venían a la cabeza un montón de permisos que pedir. En una palabra, encontraba mil razones para dar gusto a mi naturaleza...

Poder de la oración y el sacrificio

¡Cuanto me alegro ahora de todas las renuncias que me impuse desde el comienzo de mi vida religiosa! Ahora gozo ya del premio22 prometido a los que luchan valientemente. Siento que ya no necesito negarme todos los consuelos del corazón, pues mi alma está afianzada en el Unico a quien quería amar. Veo feliz que, amándolo a él, el corazón se ensancha y que puede dar un cariño incomparablemente mayor a los que ama que si se encerrase en un amor egoísta e infructuoso.

Madre querida, le he recordado el primer trabajo que usted y Jesús quisieron llevar a cabo sirviéndose de mí. No era más que el preludio de los que iban a serme confiados.

Cuando me fue dado penetrar en el santuario de las almas23, vi enseguida que la tarea era superior a mis fuerzas. Entonces me eché en los brazos de Dios como un niñito, y, escondiendo mi rostro entre sus cabellos, le dije: Señor, yo soy demasiado pequeña para dar de comer a tus hijas. Si tú quieres darle a cada una, por medio de mí, lo que necesita, llena tú mi mano; y entonces, sin separarme de tus brazos y sin volver siquiera la cabeza, [22vº] yo entregaré tus tesoros al alma que venga a pedirme su alimento. Si lo encuentra de su gusto, sabré que no me lo debe a mí, sino a ti; si, por el contrario, se queja y encuentra amargo lo que le ofrezco, no perderé la paz, intentaré convencerla de que ese alimento viene de ti y me guardaré muy bien de buscarle otro.

Madre, desde que comprendí que no podía hacer nada por mí misma, la tarea que usted me encomendó dejó de parecerme difícil. Vi que la única cosa necesaria era unirme cada día más a Jesús y que todo lo demás se me daría por añadidura. Y mi esperanza nunca ha sido defraudada. Dios ha tenido a bien llenar mi manita cuantas veces ha sido necesario para que yo pudiese alimentar el alma de mis hermanas.

Le confieso, Madre querida, que si me hubiese apoyado lo más mínimo en mis propias fuerzas, pronto le hubiera entregado las armas...

De lejos, parece de color de rosa eso de hacer bien a las almas, hacerlas amar más a Dios, en una palabra modelarlas según los propios puntos de vista y los criterios personales. *De cerca* ocurre todo lo contrario: el color rosa desaparece..., y una ve por experiencia que hacer el bien es algo tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en plena noche... Se comprueba que hay que olvidarse por completo de los propios gustos y de las ideas personales, y guiar a las almas por los caminos que Jesús ha trazado para ellas, sin pretender hacerlas ir [23rº] por el nuestro.

Pero esto no es todavía lo más difícil. Lo que más me cuesta de todo es tener que estar pendiente de las faltas y de las más ligeras imperfecciones y declararles una guerra a muerte. Iba a decir: por desgracia para mí; pero no, eso sería cobardía. Así que digo: por suerte para mis hermanas.

Desde que me puse en brazos de Jesús, soy como el vigía que observa al enemigo desde la torre más alta de una fortaleza. Nada escapa a mis ojos. Muchas veces yo misma me sorprendo de ver tan claro, y me parece muy digno de excusas el profeta Jonás por haber huido en vez de ir a anunciar la ruina de Nínive. Preferiría mil veces ser reprendida que reprender yo a las demás. Pero entiendo que es muy necesario que eso me resulte doloroso, pues cuando obramos por impulso natural, es imposible que el alma a quien queremos hacer ver sus faltas entienda sus errores, ya que no ve más que una cosa: la hermana encargada de guiarme está enfadada, y pago los platos rotos yo, que estoy llena de la mejor voluntad.

Sé muy bien que a tus corderitos les parezco severa. Si leyeran estas líneas, dirían que no parece costarme lo más mínimo correr detrás de ellos, hablarles en tono severo mostrándoles su hermoso vellón manchado, o bien traerles algún ligero mechón de lana que han dejado prendido en los espinos del camino.

Los corderitos pueden decir lo que quieran. En el fondo, saben que les amo con verdadero amor y que yo nunca imitaré al mercenario, que, al ver venir al lobo, abandona el rebaño y [23vº] huye. Yo estoy dispuesta a dar mi vida por ellos. Pero mi afecto es tan puro, que no deseo que lo sepan. Nunca, por la gracia de Jesús, he tratado de granjearme sus corazones. Siempre he tenido muy claro que mi misión consistía en llevarlos a Dios y en hacerles comprender que, aquí en la tierra, usted, Madre, era el Jesús visible a quien deben amar y respetar.

Le he dicho, Madre querida, que yo misma había aprendido mucho instruyendo a las demás. Lo primero que descubrí es que todas las almas sufren más o menos las mismas luchas, pero que, por otra parte, son tan diferentes

las unas de las otras, que no me resulta difícil comprender lo que decía el P. Pichon: «Hay mucha más diferencia entre las almas que entre los rostros».

Por tanto, no se las puede tratar a todas de la misma manera. Con ciertas almas, veo que tengo que hacerme pequeña, no tener reparo en humillarme confesando mis luchas y mis derrotas. Al ver que yo tengo las mismas debilidades que ellas, mis hermanitas me confiesan a su vez las faltas que se reprochan a sí mismas y se alegran de que las comprenda *por experiencia*. Con otras, por el contrario, he comprobado que, para ayudarlas, hay que tener una gran firmeza y no dar nunca marcha atrás de lo que se ha dicho. Abajarse no sería humildad, sino debilidad.

Dios me ha concedido la gracia de no temer el combate. Tengo que cumplir con mi deber al precio que sea. Más de una vez he oído decir esto: «Si quieres conseguir algo de mí, tendrás que ganarme por el camino de la dulzura; por [24rº] el de la fuerza no conseguirás nada». Sé que nadie es buen juez en propia causa, y que un niño al que el médico somete a una operación dolorosa no dejará de chillar y de decir que es peor el remedio que la enfermedad; sin embargo, cuando a los pocos días se encuentre curado, se sentirá feliz de poder jugar y correr.

Lo mismo ocurre con las almas. No tardan en reconocer que, en ocasiones, un poco de acíbar es preferible al azúcar, y no tienen reparo en confesarlo.

A veces no puedo dejar de sonreír en mi interior al ver qué cambio se opera de un día para otro. ¡Parece cosa de magia...! Vienen a decirme: «Tuviste razón ayer al ser tan severa. En un primer momento me sublevó lo que me dijiste, pero luego fui recordándolo todo y vi que tenías razón... Ya ves, cuando me fui de tu lado, pensé que todo había terminado, y me decía: Iré a ver a nuestra Madre y le diré que ya no volveré más con sor Teresa del Niño Jesús. Pero me di cuenta de que era el demonio quien me inspiraba esas cosas. Además, me pareció que tú estabas rezando por mí. Entonces recobré la paz y la luz empezó a brillar. Pero ahora necesito que me acabes de iluminar, y por eso he venido».

Y enseguida entablamos conversación. Y me siento feliz de seguir los dictados de mi corazón no teniendo ya que servir ningún plato amargo.

Sí, pero... no tardo en darme cuenta de que no debo precipitarme, de que una sola *palabra* podría derribar todo el edificio construido entre lágrimas. Si tengo la mala suerte de decir una palabra que pueda atenuar lo que dije la víspera, veo que mi hermanita [24vº] intenta agarrarse a ella como a un clavo ardiendo; entonces rezo interiormente una oracioncita, y la verdad acaba triunfando.

Sí, toda mi fuerza se encuentra en la oración y en el sacrificio; son las armas invencibles que Jesús me ha dado, y logran mover los corazones mucho más que las palabras. Muchas veces lo he comprobado por experiencia. Pero hay una, entre todas ellas, que me ha dejado una grata y profunda impresión.

Fue durante la cuaresma. Yo me encargaba por entonces de la única novicia que había en el convento, pues era su ángel. Un mañana vino a verme toda radiante: «Si supieras, me dijo, lo que soñé anoche... Estaba con mi hermana e intentaba desasirla de todas las vanidades a que está tan apegada. Para lograrlo, me puse a explicarle esta estrofa del *Vivir de amor*: «¡Jesús, amarte es pérdida fecunda! / Tuyos son mis perfumes para siempre». Yo veía que mis palabras penetraban en su alma, y estaba loca de alegría. Esta mañana, al despertarme, pensé que quizás Dios quería que le ofreciera esta alma. ¿Y si le escribiera después de la cuaresma contándole mi sueño y diciéndole que Jesús la quiere toda para sí?»

Yo, sin pensarlo demasiado, le dije que podía muy bien intentarlo, pero que antes tenía que pedir permiso a nuestra madre.

Como la cuaresma estaba todavía lejos de tocar a su fin, usted, Madre querida, se quedó muy sorprendida de semejante petición, que le parecía demasiado prematura. Y, ciertamente inspirada por Dios, le contestó que las carmelitas no [25rº] tienen que salvar las almas con cartas, sino con la oración.

Al conocer su decisión, vi enseguida que era la de Jesús, y le dije a sor María de la Trinidad: «Pongamos manos a la obra, recemos mucho. ¡Qué alegría *si al final de la cuaresma* hubiésemos sido escuchadas...!»

Y ¡oh, misericordia infinita del Señor, que se digna escuchar la oración de sus hijos...!, *al final de la cuaresma*, una nueva alma se consagraba a Jesús. Fue un verdadero milagro de la gracia24, ¡un milagro alcanzado por el fervor de una humilde novicia!

¡Qué grande es, pues el poder de la oración! Se diría que es como una reina que en todo momento tiene acceso libre al rey y que puede alcanzar todo lo que pide.

Para ser escuchadas, no hace falta leer en un libro una hermosa fórmula compuesta para esa ocasión. Si fuese así..., ¡qué digna de lástima sería yo...! Fuera del *Oficio divino*, que *tan indigna* soy de recitar, no me siento con fuerzas para sujetarme a buscar en los libros *hermosas* oraciones; me produce dolor de cabeza, ¡hay tantas..., y cada cual más *hermosa*...! No podría rezarlas todas, y, al no saber cuál escoger, hago como los niños que no saben leer: le digo a Dios simplemente lo que quiero decirle, sin componer frases hermosas, y él siempre me entiende...

Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría25. En una palabra, es algo [25vº] grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús.

No quisiera, sin embargo, Madre querida, que pensara que rezo sin devoción las oraciones comunitarias en el coro o en las ermitas. Al contrario, soy muy amiga de las oraciones comunitarias, pues Jesús nos prometió estar en medio de los que se reúnen en su nombre; siento entonces que el fervor de mis hermanas suple al mío.

Pero rezar yo sola el rosario (me da vergüenza decirlo) me cuesta más que ponerme un instrumento de penitencia... ¡Sé que lo rezo tan mal! Por más que me esfuerzo por meditar los misterios del rosario, no consigo fijar la atención... Durante mucho tiempo viví desconsolada por esta falta de atención, que me extrañaba, pues *amo tanto* a la *Santísima Virgen*, que debería resultarme fácil rezar en su honor unas oraciones que tanto le agradan. Ahora me entristezco ya menos, pues pienso que, como la Reina de los cielos es mi Madre, ve mi buena voluntad y se conforma con ella.

A veces, cuando mi espíritu está tan seco que me es imposible sacar un solo pensamiento para unirme a Dios, rezo *muy despacio* un «Padrenuestro», y luego la salutación angélica. Entonces, esas oraciones me encantan y alimentan mi alma mucho más que si las rezase precipitadamente un centenar de veces...

La Santísima Virgen me demuestra que no está disgustada [26rº] conmigo. Nunca deja de protejerme en cuanto la invoco. Si me sobreviene una inquietud o me encuentro en un aprieto, me vuelvo rápidamente hacia ella, y siempre se hace cargo de mis intereses como la más tierna de las madres. ¡Cuántas veces, hablando a las novicias, me ha ocurrido invocarla y sentir los beneficios de su protección maternal...

Con frecuencia me dicen las novicias: «Tú tienes respuesta para todo. Creía que esta vez iba a ponerte en un apuro... ¿De dónde sacas lo que nos dices?» Hay incluso algunas tan cándidas, que creen que leo en sus almas porque me ha sucedido anticiparme a decirles lo que pensaban.

Una noche, una de mis compañeras había decidido ocultarme una pena que la hacía sufrir mucho. La encuentro por la mañana, me habla con cara sonriente, y yo, sin contestar a lo que me decía, le digo muy segura: Tú tienes una pena. Creo que si hubiese hecho caer la luna a sus pies, no me habría mirado con mayor asombro. Su estupor era tan grande, que se me contagió también a mí: por un instante, se apoderó de mí una especie de pavor sobrenatural. Estaba segura de no poseer el don de leer en las almas, y por eso me sorprendía más haber dado tan en el clavo. Sentí que Dios estaba allí muy cerca y que, sin darme cuenta, había dicho, como un niño, palabras que no provenían de mí sino de él.

Madre querida, usted sabe muy bien que a las novicias todo les está permitido. [26vº] Tienen que poder decir lo que piensan con total libertad, lo bueno y lo malo. Conmigo esto les resulta más fácil, pues a mí no me deben el respeto que se tiene a una maestra de novicias.

No puedo decir que Jesús me lleve *externamente* por el camino de las humillaciones. Se conforma con humillarme en lo *hondo* del alma. A los ojos de las criaturas todo me sale bien, sigo el camino de los honores, en cuanto es posible en la vida religiosa. Comprendo que si tengo que marchar por este camino que parece tan peligroso, no es por mí, sino por las demás. En efecto, si pasase por ser una religiosa llena de defectos, inepta, poco inteligente y alocada, usted, Madre, no podría dejarse ayudar por mí. Por eso Dios ha echado un velo sobre todos mis defectos, exteriores e interiores.

A veces ese velo me vale algunos cumplidos por parte de las novicias. Yo sé que no me los hacen por adularme, sino que son una expresión de sus sentimientos inocentes. Y la verdad es que no me producen la menor vanidad, pues traigo siempre presente en la memoria el recuerdo de lo que soy.

No obstante, a veces siento un gran deseo de escuchar algo que no sean alabanzas. Usted, Madre querida, sabe que prefiero la vinagreta al azúcar. También mi alma se cansa de los alimentos demasiado azucarados, y entonces Jesús permite que le sirvan una buena ensaladita, [27rº] con mucha vinagre y muchas especias, y en la que nada falta excepto el *aceite*, lo cual le da un nuevo sabor...

Esta buena ensaladita me la sirven las novicias cuando menos lo espero. Dios levanta el velo que oculta mis imperfecciones, y entonces mis queridas hermanitas, al verme tal cual soy, ya no me encuentran totalmente de su agrado. Con una sencillez que me encanta, me cuentan todas las luchas que les produzco y lo que no les gusta de mí. En una palabra, no se muerden más la lengua que si se tratara de cualquier otra y no de mí, sabiendo que me producen un gran placer actuando así.

Y verdaderamente es más que un placer, es un festín delicioso que me llena el alma de alegría. No puedo explicarme cómo algo que desagrada tanto a la naturaleza puede producir tanta felicidad; si no lo hubiese experimentado, no podría creerlo...

Un día en que deseaba particularmente ser humillada, una novicia26 se encargó de colmar tan bien mis deseos, que me acordé de Semeí maldiciendo a David, y pensé: Sí, es el Señor quien le ordena decirme todo eso... Y mi alma saboreaba con verdadero deleite la amarga comida que le servían en tanta abundancia.

Así es como Dios cuida de mí. No siempre puede darme el pan reconfortante de la humillación exterior; pero de vez en cuando me permite alimentarme de las migajas que caen de la mesa *de los hijos*. ¡Qué grande es su misericordia! Sólo podré [27vº] cantarla en el cielo.

Madre querida, ya que trato de empezar a cantar con usted aquí en la tierra esa misericordia infinita, debo contarle otra gran ganancia que saqué de la misión que usted me confió.

Antes, cuando una hermana hacía algo que no me gustaba y que me parecía contrario a la ley, pensaba: ¡qué tranquila me quedaría si pudiese decirle lo que pienso, hacerle ver que está actuando mal! Desde que vengo ejercitando un poco ese oficio, le aseguro, Madre, que he cambiado por completo de parecer. Cuando me acontece ver que una hermana hace algo que me parece imperfecto, lanzo un suspiro de alivio y me digo a mí misma: ¡Qué suerte!, no es una novicia, no estoy obligada a reprenderla. Y luego, trato enseguida de disculpar a la hermana y de atribuirle unas buenas intenciones, que seguramente tiene.

Madre querida, desde que estoy enferma, los cuidados que usted me prodiga me han enseñado también mucho sobre la caridad. Ningún remedio le parece demasiado caro; y si no da resultado, prueba con otro sin cansarse.

Cuando yo iba todavía a la recreación, ¡cómo se preocupaba porque estuviera en un buen lugar, al abrigo de las corrientes de aire! En una palabra, si quisiera contarlo todo, no acabaría nunca.

Pensando en todo esto, me dije a mí misma que yo debía ser tan compasiva con las enfermedades espirituales de mis hermanas como usted, Madre querida, lo es cuidándome con tanto amor.

He observado (y es muy natural) que las hermanas más santas son también las [28rº] más queridas. Se busca su conversación, se les hacen favores sin que los pidan. En una palabra, estas almas, tan capaces de soportar faltas de consideración o de delicadeza, se ven rodeadas del afecto de todas. A ellas puede aplicarse esta frase de nuestro Padre san Juan de la Cruz: «Cuando con propio amor no lo quise, dióseme todo sin ir tras ello».

Por el contrario, a las almas imperfectas no se las busca; se las trata, ciertamente, conforme a las reglas de la educación religiosa; pero, por miedo a decirles alguna palabra menos delicada, se evita su compañía.

Al decir almas imperfectas, no me refiero solamente a las imperfecciones espirituales, pues ni las más santas serán perfectas hasta que lleguen al cielo. Quiero decir faltas de discreción, de educación, la susceptibilidad de ciertos caracteres, cosas todas que no hacen la vida muy agradable.

Sé muy bien que estas enfermedades morales son crónicas y que no hay esperanza de curación; pero sé también que mi Madre no dejaría de cuidarme y de tratar de aliviarme aunque siguiera enferma toda la vida.

Y ésta es la conclusión que yo saco: en la recreación y en la licencia, debo buscar la compañía de las hermanas que peor me caen y desempeñar con esas almas heridas el oficio de buen samaritano. Una palabra, una sonrisa amable bastan muchas veces para alegrar a un alma triste.

Pero no quiero en modo alguno practicar la caridad con este fin, pues sé muy bien que pronto cedería al desaliento: una palabra dicha con la mejor intención puede ser interpretada completamente al revés. Por eso, para no perder el tiempo, quiero ser amable con todas [28vº] (y especialmente con las hermanas menos amables) por agradar a Jesús y seguir el consejo que él da en el Evangelio, poco más o menos en estos términos: «Cuando des un banquete, no invites a tus parientes ni a tus amigos, porque corresponderán invitándote y así quedarás pagado. Invita a pobres, cojos, paralíticos; dichoso tú, porque no pueden pagarte: tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará».

¿Y qué banquete puede ofrecer una carmelita a sus hermanas sino un banquete espiritual compuesto de caridad atenta y gozosa? Yo no conozco ningún otro, y quiero imitar a san Pablo, que se alegraba con los que estaban alegres. Es cierto que también lloraba con los tristes, y que las lágrimas han de aparecer también algunas veces en el banquete que yo quiero servir; pero siempre intentaré que al final esas lágrimas se conviertan en alegría, pues el Señor ama a los que dan con alegría.

Sor San Pedro

Recuerdo un acto de caridad que el Señor me inspiró hacer siendo todavía novicia. No fue nada importante, pero nuestro Padre, que ve en lo escondido y que mira más a la intención que a la importancia de la obra, ya me lo ha pagado sin esperar a la otra vida.

Era en la época en que sor San Pedro iba todavía al coro y al refectorio. En la oración de la tarde se ponía delante de mí. Diez minutos antes de las seis, una hermana tenía que encargarse de llevarla al refectorio, pues las enfermeras tenían en aquel entonces demasiadas enfermas para venir a [29rº] buscarla a ella.

Me costaba mucho ofrecerme para prestar ese pequeño servicio, pues sabía que no era fácil contentar a la pobre sor San Pedro, que sufría tanto que no le gustaba andar cambiando de conductora. Sin embargo, no quería perder una ocasión tan hermosa de practicar la caridad, recordando que Jesús había dicho: Lo que hagáis al más pequeño de los míos, a mí me lo hacéis. Me ofrecí, pues, con mucha humildad a conducirla, ¡y no me costó poco trabajo conseguir que aceptara mis servicios! Al fin puse manos a la obra, y fue tanta mi buena voluntad, que el éxito fue completo.

Todas las tardes, cuando veía que sor San Pedro comenzaba a agitar su reloj de arena, sabía que eso quería decir: Vamos. Es increíble lo que me costaba hacer aquel esfuerzo, sobre todo al principio. Sin embargo, acudía inmediatamente, y a continuación comenzaba toda una ceremonia.

Había que mover y llevar la banqueta de una determinada manera, y, sobre todo, no ir de prisa. Luego venía el paseo. Había que ir detrás de la pobre enferma, sosteniéndola por la cintura. Yo lo hacía con toda la suavidad posible; pero si, por desgracia, ella daba un paso en falso, ya le parecía que la sostenía mal y que se iba a caer. «¡Dios mío, vas demasiado deprisa, voy a romperme la crisma!» Si trataba de ir más despacio: «¡Pero sígueme, no siento tu mano, me has soltado, me voy a caer! Ya decía yo que tú eras demasiado joven para acompañarme»

Por fin, llegábamos sin contratiempos al refectorio. Allí surgían nuevas dificultades. Había que sentar a sor San Pedro y actuar hábilmente para [29vº] no lastimarla; luego, había que recogerle las mangas (también de una manera determinada); y entonces ya quedaba libre para marcharme.

Con sus pobres manos deformadas, echaba el pan en la escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna tarde me iba sin haberle prestado ese pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, esa atención la conmovió mucho, y gracias a esa atención, que yo no había buscado intencionadamente, me gané por completo sus simpatías, y sobre todo (lo supe más tarde) porque, después de cortarle el pan, le dirigía antes de marcharme mi más hermosa sonrisa.

Madre querida, quizás le extrañe que le haya escrito este pequeño acto de caridad que tuvo lugar hace tanto tiempo. Si lo he hecho, es porque, gracias a él, tengo que cantar las misericordias del Señor. Dios ha querido que conserve este recuerdo como un perfume que me mueve a practicar la caridad. A veces recuerdo ciertos detalles que son para mi alma como una brisa de primavera. He aquí uno que me viene a la memoria.

Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacía frío y era de noche... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodía, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, [30rº] veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita.

No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad...

No, no cambiaría los diez minutos que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas...

Si ya en el sufrimiento y en medio de la lucha es posible gozar un instante de una dicha que excede a todas las alegrías de la tierra sólo con pensar que Dios nos ha sacado del mundo, ¡qué será en el cielo cuando, abismadas en un júbilo y en un descanso eternos, veamos la gracia incomparable que el Señor nos ha concedido al elegirnos para habitar en su casa, verdadero pórtico del cielo...!

No siempre he practicado la caridad entre estos transportes de júbilo. Pero en los comienzos de mi vida religiosa Jesús quiso hacerme sentir qué dulce es verle a él en el alma de sus esposas. Así, cuando llevaba a la hermana sor San Pedro, lo hacía con tanto amor, que no hubiera podido hacerlo mejor si hubiese tenido que llevar al mismo Jesús.

No, la práctica de la caridad no me ha sido siempre tan dulce, como acabo, Madre, de decirle. Para demostrárselo, voy a contarle algunos pequeños combates que seguramente la harán sonreír.

Durante mucho tiempo, en la oración de la tarde, yo me colocaba delante de una hermana que tenía una curiosa manía, y pienso que también... muchas luces interiores, pues rara vez se servía de algún libro. Verá cómo [30vº] me di cuenta.

En cuanto llegaba esa hermana, se ponía a hacer un extraño ruido, parecido al que se haría frotando dos conchas una contra otra. Sólo yo lo notaba, pues tengo un oído extremadamente fino (demasiado a veces).

Imposible decirle, Madre, cómo me molestaba aquel ruidito. Sentía unas ganas enormes de volver la cabeza y mirar a la culpable, que seguramente no se daba cuenta de su manía. Era la única forma de hacérselo ver. Pero en el fondo del corazón sentía que era mejor sufrir aquello por amor de Dios y no hacer sufrir a la hermana. Así que seguía quieta y trataba de unirme a Dios y de olvidar el ruidito...

Todo inútil. Me sentía bañada de sudor, y me veía forzada a hacer sencillamente una oración de sufrimiento.

Pero a la vez que sufría, buscaba la manera de hacerlo sin irritarme, sino con alegría y paz, al menos allá en lo íntimo del alma. Trataba de amar aquel ruidito tan desagradable: en vez de procurar no oírlo (lo cual era imposible), centraba toda mi atención en escucharlo bien, como si se tratara de un concierto maravilloso, y pasaba toda la oración (que no era precisamente de quietud) ofreciendo aquel concierto a Jesús.

En otra ocasión, en la lavandería, tenía enfrente de mí a una hermana que, cada vez que golpeaba los pañuelos en la tabla de lavar, me salpicaba la cara de agua sucia. Mi primer impulso fue echarme hacia atrás y [31rº] secarme la cara, con el fin de hacer ver a la hermana que me estaba asperjando que me haría un gran favor si ponía más cuidado. Pero enseguida pensé que sería bien tonta si rechazaba unos tesoros que me ofrecían con tanta generosidad, y me guardé bien de manifestar mi lucha interior. Me esforcé todo lo que pude por desear recibir mucha agua sucia, de manera que acabé por sacarle verdadero gusto a aquel nuevo tipo de aspersión e hice el propósito de volver otra vez a aquel venturoso sitio en el que tantos tesoros se recibían.

Madre querida, ya ve que yo soy una *alma muy pequeña* que no puede ofrecer a Dios más que *cosas muy pequeñas*. Con todo, muchas veces me ocurre que dejo escapar algunos de esos pequeños sacrificios que dan al alma tanta paz. Pero no me desanimo por eso: me resigno a tener un poco menos de paz, y procuro poner más cuidado la próxima vez.

El Señor es tan bueno conmigo, que no puedo tenerle miedo. Siempre me ha dado lo que deseaba, o, mejor dicho, me ha hecho desear lo que quería darme27.

Así, poco tiempo antes de que comenzase mi prueba contra la fe, yo pensaba en mi interior: Realmente, no tengo grandes pruebas exteriores, y para tenerlas interiores Dios tendría que cambiar mi camino. No creo que lo haga. De todas formas, no puedo vivir siempre así, en el sosiego... ¿Cómo se las arreglará, pues, Jesús para probarme?

La respuesta no se hizo esperar, y me hizo ver que mi Amado no es pobre en recursos. Sin cambiar mi camino, me envió una prueba que iba a mezclar una saludable amargura en todas mis alegrías.

Los misioneros

Pero Jesús no se limita [31vº] a hacérmelo presentir y desear cuando quiere probarme.

Desde hacía mucho tiempo, yo venía deseando algo que me parecía totalmente irrealizable: el de tener *un hermano sacerdote*. Pensaba con frecuencia que, si mis hermanitos no hubiesen volado al cielo, yo tendría la dicha de verles

subir al altar. Pero como Dios los escogió para convertirlos en angelitos, ya no podía esperar ver mi sueño hecho realidad.

Y he aquí que Jesús no sólo me ha concedido la gracia que deseaba, sino que me ha unido con los lazos del alma a *dos* de sus apóstoles, que se han convertido en hermanos míos...

Quiero contarle detalladamente, Madre querida, cómo Jesús colmó mi deseo, e incluso lo superó, pues yo sólo deseaba *un* hermano sacerdote que se acordase de mí a diario en el altar santo.

Fue nuestra Madre santa Teresa quien, en 1895, me envió como ramillete de fiesta a mi primer hermanito28. Estaba yo en el lavadero, muy ocupada en mi faena, cuando la madre Inés de Jesús me llamó aparte y me leyó una carta que acababa de recibir. Se trataba de un joven seminarista que, inspirado por santa Teresa -decía él-, pedía una hermana que se dedicase especialmente a la salvación de su alma y que, cuando fuese misionero, le ayudase con sus oraciones y sacrificios a salvar muchas almas. Por su parte, él prometía tener siempre un recuerdo por la que fuese su hermana cuando pudiera ofrecer el santo sacrificio. Y la madre Inés de Jesús me dijo que quería que fuese yo la hermana de ese futuro misionero.

[32rº] Imposible, Madre, decirle la dicha que sentí. El ver mi deseo colmado de manera inesperada hizo nacer en mi corazón una alegría que yo llamaría infantil, pues tengo que remontarme a los días de mi niñez para encontrarme con el recuerdo de unas alegrías tan intensas que el alma es demasiado pequeña para contenerlas.

Hacía muchos años que no saboreaba esta clase de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma estaba sin estrenar. Era como si alguien hubiese pulsado por primera vez en ella unas cuerdas musicales hasta entonces olvidadas.

Sabía las obligaciones que asumía, así que puse manos a la obra, tratando de redoblar mi fervor. Tengo que confesar que al principio no conté con ningún consuelo que estimulara mi celo. Mi hermanito, tras escribir una carta preciosa, muy emotiva y llena de nobles sentimientos, para darle las gracias a la madre Inés de Jesús, no dio más señales de vida hasta el mes de julio siguiente, excepto una tarjeta que envió en el mes de noviembre para decirnos que se incorporaba al servicio militar.

Dios le reservaba a usted, Madre querida, la consumación de la obra comenzada. Es muy cierto que a los misioneros podemos ayudarlos por medio de la oración y el sacrificio. Pero a veces, cuando Jesús quiere unir dos almas para su gloria, permite que de tanto en tanto puedan comunicarse sus pensamientos y animarse así mutuamente a amar más a Dios.

Pero para ello se requiere la *voluntad expresa* de la autoridad, pues me parece que de lo contrario esa correspondencia haría más mal que bien, si no al misionero, sí al menos a la carmelita, llamada de continuo por su género de vida [32vº] a vivir replegada sobre sí misma. Y entonces esa correspondencia (incluso esporádica) pedida por ella, en vez de unirla a Dios, ocuparía su espíritu; imaginándose el oro y el moro, no haría otra cosa que buscarse, bajo color de celo, una distracción inútil.

A mi modo de ver, ocurre con esto como con todo lo demás. Creo que, para que mis cartas hagan provecho, he de escribirlas por obediencia y experimentar, al escribirlas, más repugnancia que placer.

De la misma manera, cuando hablo con una novicia, procuro hacerlo mortificándome y evito hacerle preguntas que puedan satisfacer mi curiosidad. Si ella empieza a hablar de una cosa interesante y luego, sin terminar la primera, pasa a otra que me aburre, me guardo muy bien de recordarle el tema que ha dejado a un lado, pues creo que no se puede hacer bien alguno cuando uno se busca a sí mismo.

Madre querida, veo que nunca me corregiré. Una vez más, con mis disertaciones, me he ido muy lejos del tema que estaba tratando. Le ruego que me perdone, y disculpe si a la primera ocasión vuelvo a caer otra vez, pues no lo puedo remediar....

Usted hace como Dios, que nunca se cansa de escucharme cuando le cuento con sencillez mis penas y mis alegrías como si él no las conociera ya... Usted, Madre, también conoce desde hace mucho tiempo lo que pienso y todos los acontecimientos un poco señalados de mi vida, por lo que no puede contarle nada nuevo.

Cuando pienso que le estoy escribiendo pormenorizadamente tantas cosas que usted conoce tan bien como yo, no puedo evitar la risa. [33rº] En fin, Madre querida, no hago más que obedecerla. Y si ahora no le encuentra el menor interés a leer estas páginas, quizás le sirvan de distracción en los días de su vejez y la ayuden también a avivar el fuego del amor, y así no habré perdido el tiempo... Pero me divierto hablando como un niño. No crea, Madre, que me

pregunto por la utilidad que pueda tener mi humilde trabajo. Lo hago por obediencia, y eso me basta. Y si usted lo quemase ante mis ojos antes de leerlo, no lo sentiría lo más mínimo.

Es hora ya de que reanude la historia de mis hermanos, que ocupan ahora un lugar tan importante en mi vida.

Recuerdo que el año pasado, un día de finales del mes de mayo, usted me mandó llamar antes de ir al refectorio. Cuando entré en su celda, Madre querida, me latía muy fuerte el corazón; me preguntaba a mí misma qué sería lo que tenía que decirme, pues era la primera vez que me mandaba llamar de esa manera. Después de decirme que me sentara, me hizo esta propuesta: «¿Quieres encargarte de los intereses espirituales de un misionero29 que se va a ordenar de sacerdote y que partirá dentro de poco»? Y a continuación, me leyó la carta de ese joven Padre para que supiera exactamente lo que pedía.

Mi primer sentimiento fue un sentimiento de alegría, que inmediatamente dio paso al de miedo. Yo le expliqué, Madre querida, que, al haber ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, no creía poder ofrecerlos también por las intenciones de otro, y que, además, había muchas hermanas mejores que yo, que podrían responder a sus deseos.

Todas mis objeciones fueron inútiles. Usted [33vº] me contestó que se podían tener varios hermanos. Entonces yo le pregunté si la obediencia no podría duplicar mis méritos. Usted me respondió que sí, añadiendo varias razones que me hicieron ver que debía aceptar sin ningún escrúpulo un nuevo hermano.

En el fondo, Madre, yo pensaba igual que usted. Es más: ya que «el celo de una carmelita debe abarcar el mundo entero», espero, con la gracia de Dios, ser útil a más de *dos* misioneros y nunca me olvidaré de rezar por todos, sin dejar de lado a los simples sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predican a los infieles.

En una palabra, quiero ser hija de la Iglesia30, como nuestra Madre santa Teresa, y rogar por las intenciones de nuestro Santo Padre el papa, sabiendo que sus intenciones abarcan todo el universo.

Esta es la meta global de mi vida. Pero esto no me habría impedido rezar y unirme de una manera muy especial a la actividad de mis angelitos queridos si ellos hubiesen sido sacerdotes.

Pues bien, así es como me he unido espiritualmente a los apóstoles que Jesús me ha dado por hermanos: todo lo mío es de cada uno de ellos. Sé muy bien que Dios es demasiado *bueno* para andarse con repartos. Es tan rico, que me da sin medida todo lo que le pido... Pero no vaya a creer, Madre, que me pierdo en largas enumeraciones.

Atráeme, y correremos

Si desde que tengo a estos dos hermanos y a mis hermanitas, las novicias, quisiera pedir para cada alma lo que cada una necesita y detallarlo todo bien, los días se me harían demasiado cortos y temería olvidarme de alguna cosa importante.

Las almas sencillas no necesitan usar medios complicados. Y como yo soy una de ellas, una mañana, durante la acción de gracias, Jesús me inspiró un medio muy *sencillo* de cumplir mi misión. Me hizo [34rº] comprender estas palabras del Cantar de los Cantares: «*Atráeme, y correremos* tras el olor de tus perfumes».

¡Oh, Jesús!, ni siquiera es, pues, necesario decir: Al atraerme a mí, atrae también a las almas que amo. Esta simple palabra, «Atráeme», basta.

Lo entiendo, Señor. Cuando un alma se ha dejado fascinar por el perfume embriagador de tus perfumes, ya no puede correr sola, todas las almas que ama se ven arrastradas tras de ella. Y eso se hace sin tensiones, sin esfuerzos, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Como un torrente que se lanza impetuosamente hacia el océano arrastrando tras de sí todo lo que encuentra a su paso, así, Jesús mío, el alma que se hunde en el océano sin riberas de tu amor atrae tras de sí todos los tesoros que posee...

Señor, tu sabes que yo no tengo más tesoros que las almas que tú has querido unir a la mía. Estos tesoros tú me los has confiado. Por eso, me atrevo a hacer mías las palabras que tú dirigiste al Padre celestial la última noche que te vio, peregrino y mortal, en nuestra tierra. Jesús, Amado mío, yo no sé cuándo acabará mi destierro... Más de una noche me verá todavía cantar en el destierro tus misericordias. Pero, finalmente, también para mí llegará la última noche, y entonces quisiera poder decirte, Dios mío: «Yo te he glorificado en la tierra, he coronado la obra que me encomendaste. He dado a conocer tu nombre a los que me diste. Tuyos eran y tú me los diste. Ahora han conocido

que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido y han creído que tú me has enviado. Te ruego por éstos que tú me diste y que son tuyos.

[34vº] Yo no voy a estar ya en el mundo, pero ellos están en el mundo mientras yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me has dado. Ahora voy a ti, y digo esto mientras estoy en el mundo para que ellos puedan participar plenamente de mi alegría. No te ruego que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Pero no sólo por ellos ruego, sino también por los que creerán en ti gracias a su palabra.

Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo y que el mundo sepa que tú los has amado como me has amado a mí».

Sí, Señor, esto es lo que yo quisiera repetir contigo antes de volar a tus brazos. ¿Es tal vez una temeridad? No, no. Hace ya mucho tiempo que tú me has permitido ser audaz contigo. Como el padre del hijo pródigo cuando hablaba con su hijo mayor, tú me dijiste: «*Todo* lo mío es tuyo». Por tanto, tus palabras son mías, y yo puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que están unidas a mí las gracias del Padre celestial.

Pero, Señor, cuando digo que deseo que los que tú me diste están también donde yo esté, no pretendo que ellos no puedan llegar a una gloria mucho más alta de la que quieras darme a mí. Quiero simplemente pedir que un día nos veamos todos reunidos en tu hermoso cielo.

Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte. No ambiciono otra gloria. [35rº] Tu amor me ha acompañado desde la infancia, ha ido creciendo conmigo, y ahora es un abismo cuyas profundidades no puedo sondear.

El amor llama al amor. Por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia ti y quisiera colmar el abismo que lo atrae. Pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano... Para amarme como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. Sólo entonces encontraré reposo.

Jesús mío, tal vez sea una ilusión, pero creo que no podrás colmar a un alma de más amor del que has colmado la mía. Por eso me atrevo a pedirte que ames a los que me has dado como me has amado a mí. Si un día en el cielo descubro que los amas más que a mí, me alegraré, pues desde ahora mismo reconozco que esas almas merecen mucho más amor que la mía. Pero aquí abajo no puedo concebir una mayor inmensidad de amor del que te has dignado prodigarme a mí gratuitamente y sin mérito alguno de mi parte.

Madre querida, vuelvo a estar con usted. Estoy asombrada de lo que acabo de escribir, pues no tenía intención de hacerlo. Ya que está escrito, habrá que dejarlo.

Pero antes de volver a la historia de mis hermanos, quiero decirle, Madre, que las primeras palabras que he tomado del Evangelio -«Yo les he comunicado las palabras que tú me diste», etc.- no se las aplico a ellos, sino a mis hermanitas, pues no me creo capaz de enseñar nada a un misionero. ¡Gracias a Dios, todavía no soy tan orgullosa como para eso! Ni hubiera sido tampoco capaz [35vº] de dar ningún consejo a mis hermanas si usted, madre, que representa a Dios, no me hubiese confiado esa misión.

Pero sí que pensaba en sus queridos hijos, que son ya mis hermanos, cuando escribía estas palabras de Jesús y las que va a continuación de ellas: «No te ruego que los saques del mundo... Te ruego también por los que creerán en ti gracias a su palabra». En efecto, ¿cómo podría yo dejar de rezar por las almas que ellos salvarán en sus misiones lejanas mediante el sufrimiento y la predicación?

Madre, creo necesario darle alguna explicación más sobre aquel pasaje del Cantar de los Cantares: «Atráeme y correremos», pues me parece que no quedó muy claro lo que quería decir.

«Nadie puede venir a mí, dice Jesús, si no lo trae *mi Padre* que me ha enviado». Y a continuación, con parábolas sublimes -y muchas veces incluso sin servirse de este medio, tan familiar para el pueblo-, nos enseña que basta llamar para que nos abran, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir lo que pedimos...Dice también que todo lo que pidamos al Padre en su nombre nos lo concederá. Sin duda, por eso el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, dictó esta oración profética: Atráeme y correremos.

¿Qué quiere decir, entonces, pedir ser *atraídos*, sino unirnos de una manera íntima al objeto que nos cautiva el corazón? Si el fuego y el hierro tuvieran inteligencia, y éste último dijera al otro «Atráeme», ¿no estaría demostrando que quiere identificarse con el fuego de tal manera que éste lo penetre [36rº] y lo empape de su ardiente sustancia hasta parecer una sola cosa con él?

Fin del Manuscrito C

Madre querida, ésa es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a él que sea él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré «Atráeme»; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado.

Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva. Es cierto que, como santa María Magdalena, permanece a los pies de Jesús, escuchando sus palabras dulces e inflamadas. Parece que no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase.

Lo que Jesús censura no son los trabajos de Marta. A trabajos como ésos se sometió humildemente su divina Madre durante toda su vida, pues tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Lo único que Jesús quisiera corregir es la inquietud de31 su ardiente anfitriona.

Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás de Aquino, san Francisco, santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella ciencia divina que cautivaba a los más grandes genios?

Un sabio decía: «Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo».

Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y porque la hacía desde un punto de vista material, los santos lo lograron [36vº] en toda su plenitud. El Todopoderoso les dio un punto de apoyo: *El mismo, El solo*. Y una palanca: la oración, que abrasa con fuego de amor. Y así levantaron el mundo. Y así lo siguen levantando los santos que aún militan en la tierra. Y así lo seguirán levantando hasta el fin del mundo los santos que vendrán.

Madre querida, quisiera decirle ahora lo que yo entiendo por el olor de los perfumes del Amado.

Dado que Jesús ascendió al cielo, yo sólo puedo seguirle siguiendo las huellas que él dejó. ¡Pero qué luminosas y perfumadas son esas huellas! Sólo tengo que poner los ojos en el santo Evangelio para respirar los perfumes de la vida de Jesús y saber hacia dónde correr... No me abalanzo al primer puesto, sino al último; en vez de adelantarme con el fariseo, repito llena de confianza la humilde oración del publicano. Pero, sobre todo, imito la conducta de la Magdalena. Su asombrosa, o, mejor dicho, su amorosa audacia, que cautiva el corazón de Jesús, seduce al mío.

Sí, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesús, pues sé cómo ama al hijo pródigo que vuelve a él.

Es cierto que Dios, en su misericordia *preveniente*, ha preservado mi alma del pecado mortal. Pero no es ésa la razón de que yo me eleve a él [37rº] por la confianza y el amor.

NOTAS AL CAPÍTULO XI

20 Naturalmente, Teresa se abstiene de añadir aquí lo que dijo a su compañera: *Si nuestra Madre nota que has llorado, y te pregunta quién te ha disgustado, puedes contarle, si quieres, todo lo que acabo de decirte. Prefiero ser mal mirada por ella y que me eche, si quiere, del convento, antes que faltar a mi deber* (PO p. 430).

21 El despacho de la priora (en realidad de la administradora).

22 En el Ms C Teresa (una vez que ha dejado de lado la terrible confidencia de la prueba de la fe) aparece relajada y distendida, con la misma naturalidad con que se expresa en las Ultimas Conversaciones, paradoja viva y muy teresiana de una enferma grave enfrentada a los más duros sufrimientos (a los que no hace en todo el manuscrito ni una sola alusión directa).

23 De 1893 a 1896 Teresa cuidó de sus compañeras de noviciado, primero de sor Marta y sor María Magdalena y después de sor María de la Trinidad y sor Genoveva (que entraron el 1894) y de sor María de la Eucaristía (agosto de 1895). En un primer tiempo, en 1893, fue ayudante, más o menos oficiosamente, de la madre María de Gonzaga, para convertirse, a partir de marzo de 1896, en maestra de novicias, aunque sin llevar ese título.

24 Teresa no podía prever que, después de su muerte, Ana Castel se saldría del convento y se casaría.

25 Discreta llamada de atención, pues, en efecto, tres meses más tarde esta joven carmelita tan serena estará muerta: el 22 de junio aún estaba en el jardín en su coche; el 2 de julio está al límite de sus fuerzas cuando va por última vez al oratorio; el 6 de julio volverán a aparecer las hemoptisis; el 8, la bajan a la enfermería; por esas fechas dejará inconcluso el Ms C.

26 Su propia hermana Celina.

27 Idéntica frase unos días después en Cta 253, 2vº. Cf SAN JUAN DE LA CRUZ: «Cuanto más quiere dar, tanto más hace desear» (Carta a la madre Leonor de San Gabriel, del 8/7/1589), que encontramos también en el Acto de ofrenda.

28 El abate Mauricio Barthélemy―Bellière (1874―1907), que el 15/10/1895 había escrito a la madre Inés «en nombre y en la fiesta de la gran santa Teresa». Huérfano de madre, seminarista de Bayeux y aspirante a misionero, la víspera de la muerte de Teresa se embarcó para ingresar en Argel en el noviciado de los Padres Blancos.

29 El P. Adolfo Roulland (1870―1934), seminarista de las Misiones Extranjeras de París. Una de sus primeras misas la celebró en el Carmelo el 3/7/1896, y se embarcó para China.

30 Teresa de Jesús repetía en su lecho de muerte: «Soy hija de la Iglesia».

31 A partir de esta palabra el texto está escrito a lápiz. El 8 de julio bajan a Teresa a la enfermería. Escribe todavía algunas líneas, pero la debilidad le impide terminar el manuscrito.

A.M.D.G.
[Image]

CARTAS

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS

1. Durante cincuenta años

A diferencia de la *Historia de un Alma* (1898), cuya difusión alcanzó en quince años cerca de los doscientos mil ejemplares, las Cartas de sor Teresa del Niño Jesús tuvieron que esperar cincuenta años (1948) para ser publicadas en su totalidad. Hasta entonces el público tan sólo había tenido acceso a un número reducido de fragmentos selectos.

«Las hermanas de Teresa, considerando estos textos simplemente como útiles complementos al que era -y sigue siendo- el libro fundamental, la *Historia de un alma*, los trataron como un repertorio de ideas edificantes del que les pareció que podían muy bien extraer diversos pasajes que sirvieran para ilustrar y precisar las ideas expresadas en la autobiografía. Desde este punto de vista, la cronología, el tenor original o la integridad rigurosa de cada carta no tenía apenas importancia. Nada parecía tampoco oponerse a unir, a veces bajo una misma fecha, frases provenientes de cartas distintas pero relativas al mismo tema» (ANDRÉ COMBES, *Lettres*, 1948, Préface, p. XXII).

De esta manera, en 1898 se publicaron dieciocho fragmentos de cartas dirigidas a Celina; en las ediciones posteriores se enriqueció la colección, llegando a cuarenta y siete fragmentos en 1907 y a cincuenta y uno en 1910. Poca cosa, si se piensa que la Copia auténtica de los Escritos, realizada ese mismo año para el Proceso de canonización, suma no menos de ciento ochenta y cuatro folios tan sólo para las cartas. Durante treinta años, la situación apenas cambiará por lo que a la publicación se refiere.

2. La primera edición de las Cartas

El cincuentenario de la muerte de Teresa en 1947 y su promoción a patrona de Francia en 1944 suscitaron una renovación de fervor en torno a su figura. Y aparece un historiador, el abate Combes1, deseoso de desentrañar el alcance doctrinal de esa devoción. Pero no de una doctrina separada de la vida, ni de una teología desconectada de la historia.

Solicita, pues, al Carmelo la documentación apropiada y, a través de la archivera, abrirá con sor Genoveva, que en 1946 cuenta 77 años de edad, en un camino común -con frecuencia difícil, pero siempre fecundo-, la importante etapa de la publicación de las Cartas.

Muy pronto se da cuenta de que le faltan elementos para establecer una cronología, base indispensable para cualquier itinerario espiritual: «En la mente de la mayor parte de los admiradores de santa Teresa de Lisieux reina una gran imprecisión acerca del orden de los acontecimientos y de la relación real entre la vida y las obras, mientras que los textos editados permiten fijar esa relación con mucha mayor precisión de la que se suele creer» (Carta del 25/1/1946). La publicación íntegra de las Cartas le parece, pues, una condición indispensable para cualquier progreso ulterior.

«A lo que pretendo llegar -escribe también- es a la dinámica misma del pensamiento de Teresa en sus reacciones vitales, tanto al contacto con los influjos que le venían del exterior como ante la experiencia íntima de su desarrollo natural, de sus gracias personales, de sus pruebas. Esta es la única forma, creo yo, de encontrarnos con Teresa *en sí misma*, tal como ella fue haciendo realidad en el tiempo la idea que Dios tenía de ella desde toda la eternidad. (...) La única manera de lograrlo, en la medida en que podemos esperar llegar a ello, es recoger toda la información para analizarla desde este ángulo. Todo lo que ella ha escrito. Todo lo que se ha escrito sobre ella. Verla como se veía ella misma. Verla como la veían los demás. Completar estas dos fuentes, una con otra. Respetar todos los matices» (Carta del 2/10/1946).

El abate Combes logrará convencer a sor Genoveva, tras una lenta lucha, de que le entregue *todas* las cartas de Teresa, incluidos los billetes de la infancia, para hacer una edición «exacta y completa», según una estructura cronológica. Ese libro, que representa un avance decisivo, verá la luz el 30 de septiembre de 1948, medio siglo exactamente después de la primera *Historia de un Alma*.

3. La «sinfonía teresiana»

En una carta muy sustanciosa a sor Genoveva (del 11/9/1947), el abate Combes señalaba la importancia de publicar íntegramente las Cartas (y en general todos los escritos) de Teresa de Lisieux:

«Precisamente porque Teresa es *santa* y porque, a partir de este año jubilar, va a ocupar un lugar cada vez más grande en la historia de la espiritualidad, le ocurre lo que sucede a todos los seres excepcionales. La historia se interesa por todos los aspectos de su vida y de sus obras, y puede publicar todo lo que ha salido de su pluma... Esto es algo inevitable y muy fácil de comprender. Al tratarse de una santa, toda su vida tiene un valor de ejemplaridad, y para estar seguros de entender bien toda su vida necesitamos conocer todos sus detalles. Por eso todas esas publicaciones de obras *completas*. De ahí mi insistencia en ver publicadas todas las cartas y todos los billetes de su santa hermanita. Debería ser tratada como los más grandes santos (...).

«1º. En un santo, nada es banal. En la misma Sagrada Escritura, ¡cuántas cosas habríamos eliminado nosotros si el Señor nos hubiese consultado! ¡Y cómo nos habríamos equivocado! Debemos tomar la obra de Dios tal cual es, y meditarla hasta que seamos capaces de entenderla a fondo y de sacar las lecciones oportunas.

«2º. En el caso de Teresa, hay que estar muy atentos. Lo que parece banal (sobre todo a Celina, que lo sabe todo, que conoce muchísimo más que todo lo que se ha escrito) puede ser de una enorme utilidad para la historia y para edificación de las almas sencillas que serán muy sensibles a lo que encuentren "a su altura". En eso descubrirán de inmediato que Teresa vivió como ellas, que no siempre se estaba cerniendo sobre las alas del Aguila, y poco a poco se dejarán arrastrar.

«3º. Es más, de esas cartas que a usted la desconsuelan porque "no dicen nada", la historia podrá hacer un uso imprevisto. Pienso en concreto en esa serie de cartas de Italia o de Roma que no contienen nada de vivo o de pintoresco sobre el viaje o los personajes con que trataron. ¿Deberemos lamentarlo? Muy al contrario. Es un documento sumamente importante para refutar la vieja tesis del P. Ubald y que acaba de desenterrar Van der Meersch2. En ellas Teresa aparece hasta tal punto desasida de todo lo accidental, de todo lo que habría podido distraerla, tan centrada en su único deseo, en su vocación y en su audiencia, que yo voy a poder replicar con una enorme fuerza a todos esos aficionados: El autor de esas cartas no era, a buen seguro, "la jovencita vaporosa, el potrillo salvaje que no tan alegremente describís. Era un alma reflexiva y profunda en quien ninguna distracción podía hacer mella". Al ser la *Historia de un Alma* un relato más coloreado y pintoresco, podrá restablecerse el equilibrio, y será reivindicada la verdad. (...)

«¿Qué hay de extraño en que una niña escriba cartas de niña? ¡Lo que sería grave es lo contrario! (...) Verá usted que cuando todo esté terminado, las perlas recobrarán su brillo. (...) Si interrumpimos una melodía después de los primeros compases, nos quedamos desorientados y sin saber adónde quiere llevarnos el autor... Pero si sabemos esperar hasta el final, si dejamos que el músico vaya introduciendo y desarrollando todos sus temas hasta el *final*, entonces comprendemos, nos sentimos arrebatados, transportados de admiración.

«El autor de la Sinfonía teresiana es Teresa, pero lo es sobre todo el mismo Jesús. Hay que dejarle tiempo para afinar su "lira" y ajustarla a las vibraciones de su Corazón... Y cuando la lira esté afinada, ¡qué acordes! Pero ¿qué puede haber de más conmovedor, qué puede haber incluso de más divino, que los preludios? Cuanto más humildes parecen, más *verdaderos* son.

«Finalmente, no olvidemos que las *Cartas* son parte de un todo. Es preciso completarlas con la *Historia de un Alma* y con las *Poesías*. Entonces yo le aseguro que cada cosa estará en su lugar y que no habrá peligro de engañarse acerca del esplendor de esta alma incomparable»3.

4. La «Correspondencia General»

Cuando en 1962 hubo que hacer una nueva edición de las *Cartas* -por haberse agotado la primera-, el principio de la fidelidad literal a los originales no constituía ya dificultad alguna (en 1956 el P. François de Saint-Marie había publicado los *Manuscritos autobiográficos* en facsímil, al año siguiente en una edición para el gran público, y en 1961 las fotos auténticas del rostro de Teresa en *Visage de Thérèse de Lisieux*).

El proyecto inicial era modesto: una simple «edición revisada y corregida». Pero el inventario de las fuentes iba a presentar, respecto a las cartas de Teresa, un problema crítico no menos complejo que el del texto de la autobiografía (cf *supra*, Introducción a los *Manuscritos autobiográficos*).

Además, la distancia que ofrecía a la historia la muerte de la madre Inés (1951) y de sor Genoveva (1959), y el poder así acceder a una documentación familiar de lo más rica, nos hacían posible preparar una edición de gran amplitud, uniendo a las Cartas de Teresa -minuciosamente cotejadas con los originales, a los que el abate Combes apenas había tenido acceso- las de sus destinatarios y las de éstos entre sí.

Nació así la *Correspondance Générale*, que apareció en 1972, un año antes del centenario del nacimiento de Teresa de Lisieux. Así la santa volvía a encontrarse situada en la red de sus relaciones vivas y directas, donde su

personalidad, vista en su contexto cercano, alcanza su verdadera dimensión. La sección de las Cartas del presente volumen es fruto de ese trabajo crítico.

5. Teresa y los destinatarios de sus cartas

La correspondencia de Teresa comprende 266 cartas y billetes -que hayamos encontrado-, de los cuales se han conservado 227 autógrafos4. Apenas veinte años -del 4 de abril de 1877 al 28 de agosto de 1897- separan el primer billete desmañado de una chiquilla de la última carta -patética- escrita por una santa en su lecho de muerte.

Por preciosa que pueda ser esta colección, no coincide con la actividad epistolar real de Teresa. La proporción de cartas desaparecidas puede estimarse alrededor de una tercera parte: cálculo hecho en base a la evidencia, a la tradición o a la hipótesis. Entre las pérdidas más lamentables, hay que citar un mínimo de cincuenta cartas perdidas que la santa envió al P. Pichon al Canadá, a quien escribía todos los meses.

Educada en un medio familiar bastante cerrado en sí mismo, ingresada a los quince años en una Orden religiosa en la que la «separación del mundo» estaba muy acentuada, muerta a los veinticuatro años, esta joven a quien Pío XI llamará un día «la niña querida por todo el mundo» conoció durante su vida un universo relacional más bien restringido. Su correspondencia refleja esa situación. Sólo la familia absorbe ya un 78%; la familia religiosa -excluyendo a sus tres hermanas carmelitas- totaliza apenas un 10%. El resto se reparte entre doce destinatarios: siete eclesiásticos, tres religiosas y dos amigas.

Estimulada por el ejemplo de su madre, de sus hermanas mayores e incluso de Celina, que tiene una pluma fácil, Teresa manifiesta muy pronto el deseo de comunicarse por escrito, e importuna a quienes la rodean para que vengan en su ayuda (Cta 3, 6, 7).

Con la entrada de Paulina en el Carmelo, el 2 de octubre de 1882, y el repliegue sobre sí misma que de ello se deriva para la niña, la comunicación parece bloquearse. Teresa, al decir de la señora Guérin, tiene que «romperse la cabeza buscando» (LD 514 del 4/5/1885, CG p. 188), y recurre habitualmente a un borrador, incluso para escribir a su prima carnal, María Guérin (cf Cta 19).

Esa inhibición persiste incluso tras la extraordinaria liberación de Navidad de 1886 cuando se trata de poner por escrito su vida profunda (Cta 28, 36). Ya en el Carmelo, en 1888-1890, un sencillo borrador de sor Inés de Jesús puede serle de gran utilidad para los casos más difíciles (Cta 70, 112).

Donde primero empieza a manifestarse la soltura es en la correspondencia con Celina (cf Cta 96 y los años 1891-1892). Pero habrá que esperar al año 1893 para que Teresa llegue a ese don de expresión que no cesará de irse perfeccionando hasta su muerte. Entonces, y dentro de las limitaciones que le imponen la Regla del Carmelo y las disposiciones de la priora (cf Ms C 32vº, 6), escribe de buen grado y largamente.

Señalemos que, a excepción de los billetes intercambiados al interior del Carmelo -para los que se necesitaba el consentimiento de la priora-, pocas cartas de Teresa fueron leídas únicamente por el destinatario. En los Buissonnets, no existe la correspondencia reservada. En el Carmelo, cualquier mensaje para el exterior es leído por la superiora, según la costumbre de aquel tiempo, y en más de un caso por sus hermanas mayores. ¿Influyó esta injerencia en la redacción de las cartas? En los primeros tiempos de su vida religiosa, es probable que sí: de hecho, se nota en algunos billetes a sor Inés de Jesús (Cta 54, 55, 76, 78, 95, etc.). Pero muy pronto, sin duda alguna como consecuencia de haberse situado en su verdad ante Dios, y sólo ante él, alcanza tal autonomía, que no parece afectarle en absoluto la intromisión de una tercera persona.

En una época en que el uso del teléfono (inventado en 1886) está aún poco extendido, las cartas juegan un papel importante en familias tan unidas como las Martin/Guérin. Unas cortas vacaciones en el campo o en el mar, o *a fortiori* el viaje a Italia en 1887, dan pie a una asidua actividad epistolar. Teresa se ajusta al ejemplo familiar.

Pero la clausura del Carmelo trazará una línea divisoria entre los destinatarios, a medida que la sucesiva entrada de las cuatro hermanas Martin y de María Guérin vayan separando o reuniendo a los miembros de la familia.

Por esa razón, a partir del 9 de abril de 1888, Teresa ya no tendrá que escribir a sus hermanas mayores, con las que se ha reunido en el Carmelo. La madre María de Gonzaga le da permiso para enviarles billetes durante sus ejercicios espirituales para la toma de hábito (10 de enero de 1889) y para la profesión (8 de septiembre de 1890), o durante sus retiros privados (1888-1890); luego entrará en un silencio casi total hasta finales de 1896. A partir de ahí, se esforzará por despistarlas, con billetes joviales, acerca de su estado físico.

Con el *señor Martin*, la situación es diferente. Si todas las cartas de Teresa carmelita a su padre corresponden a la época de su postulantado, ello se debe a que la enfermedad de su *«Rey querido»* viene a interrumpir bruscamente el diálogo. A partir de 1888, sus misivas se dirigen ya a un hombre disminuido. ¿No dice en mayo de 1889: *«Papá es el hijito de Dios»* (Cta 91)?

Celina es la destinataria privilegiada de las cartas de Teresa durante los seis años de su «destierro», antes de su entrada en el Carmelo (14/9/1894). Al acercarse su santo y su cumpleaños, se abstiene de la visita semanal al locutorio para asegurarse el derecho a «su» carta. Los meses críticos de febrero-mayo de 1889 y el verano de 1893 marcan unos tiempos fuertes en sus relaciones.

Hasta los dos años de su estancia en la Visitación (1893-1895), durante los cuales recibe once cartas, *Leonia* podría considerarse como la gran olvidada si ella misma no nos hubiese hecho saber que había roto varias cartas de su hermana. Es cierto también que a Teresa le *«falta tiempo»* para escribirle (Cta 105, 122), o que le hace llegar sus *«recuerdos»* sirviéndose de intermediarios (Cta 85). Pero en 1896-1897 tratará por igual a esta cliente ideal del *«caminito»* evangélico.

Las tradicionales felicitaciones de onomástico o de año nuevo a la *familia Guérin* no inspiran apenas a Teresa. En cambio, las necesidades espirituales de María la vuelven elocuente (1889-1890). Tras la entrada de ésta en el Carmelo (15/8/1895), la correspondencia con sus tíos se va distanciando.

En 1896-1897, su círculo familiar se ve aumentado con una familia espiritual: las *novicias* (seis cartas) que le ha confiado la madre María de Gonzaga, y los dos *misioneros*, los PP. Roulland y Bellière (once cartas), con los que se escribirá también la priora. La joven carmelita escribirá para ellos hermosas misivas, y sobre todo con el seminarista Bellière su entrega en las últimas semanas llegará al heroísmo.

6. Guiada por el Espíritu

Uno se queda realmente impresionado por los contrastes que se dan en esta correspondencia. La novicia de dieciséis años puede escribir lo mismo unas líneas incoloras a su prima María para felicitarla por su santo, que enviarle una carta de dirección espiritual que pronto provocará la admiración del papa Pío X. A los veinte años, y enferma, a los ojos de su tío sigue siendo «una buena jovencita», que escribe cartas sin ningún relieve, mientras que en realidad está enseñando a sus novicias y a sus hermanos espirituales el camino de *«la confianza y del amor»* que ella sola ha descubierto, guiada por el Espíritu.

Nada más engañoso que esa sencillez que se desliza en la monotonía de la vida cotidiana para pasar desapercibida. A nosotros nos gustaría que la santidad fuese algo sublime. Nada es así en esos billetes, muchas veces escritos a toda prisa. Pero hay que saber descifrar lo que realmente está ocurriendo en esa vida escondida y descubrir qué capacidad de amor puede esconderse en las cosas más anodinas, confiriéndoles una dimensión de eternidad. Mientras que las Ultimas Conversaciones nos ponen ante los ojos a alguien que ha alcanzado ya su plenitud, y que está encarando la muerte, las Cartas de Teresa manifiestan el dinamismo de una vida en busca del amor absoluto.

«¡¡¡Precioso tesoro, estas cartas, y complemento de su historia!!!», escribía el abate Bellière a la madre María de Gonzaga el 24 de noviembre de 1898. El seminarista había comprendido muy bien que la *Historia de un Alma* tenía que completarse con un buen número de cartas que cubren diversos períodos sobre los que Teresa pasa rápidamente en sus recuerdos. El propio Manuscrito B está compuesto de dos cartas, una de ellas dirigida a sor María del Sagrado Corazón y la otra a Jesús. El *corpus* de las Cartas de Teresa nos ofrece así los elementos de una verdadera biografía, inseparable de los *Manuscritos autobiográficos*.

En ellas se inscribe una *«carrera de gigante»*, una trayectoria perfecta que no excluye las esperas, los deseos, los sufrimientos, pero que traduce sobre todo una audacia inflexible animada por la esperanza de alcanzar su objetivo: ese Amor misericordioso del que Teresa ha hecho la experiencia en cada etapa de su vida y que quiere difundir a su alrededor.

NOTAS A LA «INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS»:

1 André Combes (1899-1969), doctor en Teología y doctor en Letras, profesor de teología ascética y mística en el Instituto Católico de París, maestro de investigaciones en el CNRS; nombrado prelado doméstico en 1960.

2 En *La petite Sainte Thérèse* (Paris, 1947).

3 Texto más completo de esta carta en CG pp. 46-48.

4 Para la complicada historia de las cartas de Teresa, sus fuentes y su publicación, puede verse la Introducción general de la *Correspondance générale*, pp. 20-88.

A.M.D.G.
[Image]

PRIMER PERÍODO - LA INFANCIA

(abril 1877-noviembre 1886)

Cta 1 A Luisa Magdelaine
4 de abril de 1877

Querida Luisita1:

No te conozco, pero es igual, te quiero mucho [1vº]. Paulina me ha dicho que te escriba; me tiene sobre sus rodillas, pues yo no sé ni siquiera sostener el palillero. Quiere que te diga que [2rº] soy una perezosilla, pero no es cierto, porque trabajo todo el día haciendo travesuras a mis pobres hermanitas; en una palabra, que soy un diablillo que está siempre riéndose [2vº].

Adiós, Luisita. Te mando un beso muy fuerte. Saluda de mi parte a la Visitación, es decir a sor María Luisa2 y a sor Luisa de Gonzaga3, pues no conozco a nadie más.

Teresa

NOTAS Cta 1

1 Luisa Magdelaine (1860-1939), amiga de internado de Paulina en la Visitación de Le Mans.

2 Sor María Luisa Vallée (1841-1903), una de las profesoras preferidas de Paulina. Cf Cta 160.

3 Sor María Luisa de Gonzaga Vétillart (1849-1884), directora del internado.

Cta 2 A Juana y María Guérin
12-17 de abril de 1877

Queridas primitas:

Ya que os escribe Celina, yo también quiero escribiros para deciros que os quiero [1vº] con todo mi corazón. Me gustaría mucho veros y daros un beso.

Adiós, queridas primitas. María ya no quiere seguir llevándome la mano, [2rº] y yo no sé escribir sola.

Teresa

Cta 3 A María
10-17 de junio de 1877

Querida Mariíta1:

Un abrazo de todo corazón, y a Paulina también.

Teresa

NOTAS Cta 3

1 María está haciendo un retiro con un grupo de antiguas alumnas en Le Mans. Celina, de ocho años, es quien guía la mano de su hermana.

Cta 4 A María Guérin
16 de septiembre de 1877

Querida Mariíta1:

Un abrazo con todo mi corazón. Tu carta me ha gustado mucho. Me alegra mucho ir a Lisieux.

Tu primita,

Teresa

NOTAS Cta 4

1 Paulina anota al margen: «Ha sido Teresa quien puso *las palabras* de esta carta; yo le guié la mano».

Cta 5 A Paulina
Lisieux, 26 de junio de 1878

Querida Paulina1:

María Guérin está en el campo2 desde el lunes, pero yo me lo paso bien, sola mi tía. Estuve comprando medias grises con mi tía, y la señora me dio unas perlas. Me he hecho una sortija con ellas.

Adiós, Paulinita querida. Muchos besos a papá y a María de mi parte. Un abrazo de todo corazón.

Tu hermanita,

Teresa

NOTAS Cta 5

1 Paulina y María se encuentran en París con su padre, para visitar la Exposición. Teresa quedó confiada a los cuidados de su tía Guérin.

2 En Saint-Ouen-le-Pin, a unos diez kilómetros de Lisieux. En ese marco campestre pasará Teresa más de una vez sus vacaciones.

Cta 6 A Paulina
1 de diciembre de 1880

Querida Paulina:

Me alegro mucho de escribirte1, he pedido permiso a nuestra tía. Cometo muchas faltas, pero tú conoces bien a tu Teresita y sabes muy bien que no soy nada hábil.

Dale un gran beso a papá de mi parte.

He sacado cuatro puntos buenos el primer día, y cinco el segundo.

[vº] Un abrazo de mi parte a la señorita Paulina2.

Estoy muy contenta, porque ya sabes que estamos en casa de nuestra tía. Mientras María hace las cuentas, yo me divierto pintando unas láminas muy bonitas que me ha dado nuestra tía.

Hasta la vista, querida Paulinita. Tu Teresita que te quiere.

NOTAS Cta 6

1 Paulina está de viaje con su padre. Esta carta es, de todas las que conservamos, la primera que Teresa escribió sola. De ahí la ortografía infantil. [Así, por ejemplo, escribe *abile* en lugar de *habile, segon* en vez de *second*, *cienc* por *cinq, tu sait* por *tu sais*, *contes* por *comptes*, *himages* por *images*, *pendre* en lugar de *peindre*, etc. N. del T.]

2 Paulina Romet (1829-1889), una amiga de la familia, madrina de Paulina.

Cta 7 A Paulina
4 (?) de julio de 1881

Querida Paulina1:

Me alegro mucho de escribirte. Te deseo un feliz día de tu santo, pues no te pude felicitar el miércoles, día de tu santo2.

Espero que lo pases muy [1vº] bien en Houlgate. Quisiera saber si has montado en burro.

Te agradezco mucho que me hayas dado vacaciones mientras estás en Houlgate. Me gustaría mucho que, si escribes a María, me pongas también a mí unas letritas.

¡Si supieras! El día de santa Domitia, nuestra tía me puso un cinturón de color rosa, y eché [2rº] flores a santa Domitia.

No enseñes mi carta a nadie.

Adiós, querida Paulinita. Un abrazo con todo mi corazón. Da un beso de mi parte a María Teresa y a la pequeña Margarita3.

Tu Teresita que te quiere.

NOTAS Cta 7

1 Paulina se encuentra de vacaciones en Houlgate (Calvados), en casa de una amiga del internado, María Teresa Pallu du Bellay (1862-1951).

2 Miércoles 29 de junio, fiesta de san Pedro y san Pablo.

3 Hermana de la anterior.

Cta 8 A Celina (Fragmentos)
Domingo, 23 de abril de 1882

Querida Celinita:

Te quiero mucho, bien lo sabes...

Adiós, querida Celinita.

Tu Teresita que te quiere con toda el alma.

Teresa Martin

Cta 9 A la madre María de Gonzaga
noviembre-diciembre de 1882(?)

Querida Madre:

Hace mucho tiempo que no la he visto; por eso me alegro mucho de escribirle para contarle mis cosillas.

Paulina me ha dicho que usted estaba de ejercicios, y quiero pedirle que ruegue al Niño Jesús por [1vº] mí, pues tengo muchos defectos y quisiera corregirme.

Tengo que confesarme con usted. De un tiempo acá, contesto siempre que María me manda hacer alguna cosa. Parece que cuando Paulina era pequeña y se excusaba ante mi tía de Le Mans1, ésta le decía: «Tantos agujeros, tantas clavijas», pero yo soy todavía mucho peor. Por eso, quiero corregirme y en cada agujerito poner [2rº] una linda florecilla que ofreceré al Niño Jesús para prepararme a mi primera comunión. ¿Verdad, querida Madre, que usted pedirá eso a Dios para mí? Sí, ese hermoso momento llegará muy pronto, y cuando el Niño Jesús venga a mi corazón, ¡qué feliz me sentiré de tener tantas flores hermosas para ofrecerle!

Adiós, querida Madre. La abrazo con la misma ternura con que la amo.

Su hijita,

Teresita2

NOTAS Cta 9

1 Sor María Dositea Guérin.

2 Diminutivo que las carmelitas daban a Teresa en recuerdo de Teresita de Jesús, sobrina de santa Teresa de Avila, que entró en el convento a los nueve años. [Siempre que aparezca la firma «Teresita», es porque se encuentra así en el original. N. del T.]

Cta 10 A Celina

A mi Celinita querida de parte de su hermanita que la quiere muy tiernamente.

Teresa

Domingo 29 de abril de 18831.

NOTAS Cta 10

1 Líneas a lápiz en el dorso de un Sagrado Corazón pintado por Teresa. Celina había cumplido la víspera catorce años.

Cta 11 A sor Inés de Jesús
1-6 de marzo de 1884

Querida Paulinita:

Había pensado escribirte para darte las gracias por tu precioso librito1; pero creía que no estaba permitido hacerlo durante la cuaresma. Ahora que sé que está permitido, te doy las gracias de todo el corazón.

No sabes la dicha que sentí cuando María me enseñó tu hermoso librito. Me pareció precioso; no había visto nunca nada tan bello, y no me canso de mirarlo. ¡Qué oraciones tan bonitas trae al principio! Se las he rezado de todo corazón al Niño Jesús. Procuro hacer todos los días el mayor número de prácticas2 que puedo, y hago todo lo posible por no dejar escapar ninguna ocasión. Rezo desde lo hondo de mi alma las jaculatorias que representan el olor de las rosas, y lo hago lo más frecuentemente que puedo.

¡Qué estampa tan bonita la que trae al principio! Una palomita que ofrece su corazón al Niño Jesús. Pues bien, yo también quiero adornar el mío con todas las lindas flores que encuentre, para ofrecérselo al Niño Jesús el día de mi primera comunión; pues quiero, como se lee en la breve oración que hay al principio del libro, que el Niño Jesús se encuentre tan a gusto en mi corazón, que no piense ya en volverse al cielo...

Dale las gracias en mi nombre a sor Teresa de San Agustín por su precioso rosario de prácticas y por haberme bordado la hermosa cubierta del libro. Muchos besos de mi parte a la madre María de Gonzaga, y dile que su hijita la quiere con todo el corazón.

Leonia y Celina te envían un fuerte abrazo. Adiós, querida Paulinita. Un abrazo con todo mi corazón.

Tu hijita que te quiere mucho.

Teresita

NOTAS Cta 11

1 Librito de preparación para la primera comunión, preparado enteramente a mano por sor Inés de Jesús: cf Ms A 33rº.

2 Sacrificios o actos de virtud. Cf Ms A 11rº.

Cta 12 A María1
8 de mayo de 1884

Para mi querida Mariíta, recuerdo de la primera comunión de

Tu hijita

Teresa

NOTAS Cta 12

1 Dedicatoria en el dorso de una estampa orlada: «La Pastorcita».

Cta 13 A Celina1
8 de mayo de 1884

Recuerdo de 1ª comunión para mi querida Celinita, de parte de tu hermanita

Teresa

NOTAS Cta 13

1 Dedicatoria al dorso de una estampa pintada por sor Inés de Jesús.

Cta 14 A María Guérin1

1883-1885

A mi Mariíta, de parte de su hermanita2 Teresa.

NOTAS Cta 14

1 Dedicatoria al dorso de una estampa en color.

2 El trato de «hermana» es frecuente entre las hermanas Martin y las Guérin, primas carnales.

Cta 15 A Celina1
1883-1885

A mi querida Celinita, recuerdo *cariñoso* de su hermanita que la quiere con todo el corazón

Teresa

NOTAS Cta 15

1 Dedicatoria al dorso de una estampa del Sagrado Corazón.

Cta 16 A la señora Guérin (Fragmentos)
10-17 de mayo de 1885

Querida tía:

Me ha pedido que le escriba para darle noticias de mi salud. Estoy mejor que el domingo, pero me sigue doliendo mucho la cabeza. Espero que usted se encuentre bien, lo mismo que Juana, y que María acabe de curarse del todo.

Pienso en usted con frecuencia, y recuerdo lo buena que ha sido conmigo1. No olvido tampoco a mis queridas primitas, y le ruego que diga a María que no le escribo hoy, pero que le escribiré la próxima vez para tener más cosas que contarle.

Entro en retiro el domingo por la tarde2, pues la primera comunión sigue fijada para el 21; es ya seguro que no se cambiará la fecha.

Adiós, querida tía. Un abrazo muy fuerte mi parte para Juana y María, y guarde para usted el beso más fuerte,

Teresa

Hija de los Stos. Angeles3

NOTAS Cta 16

1 Durante las vacaciones en Deauville, del 3 al 10 de mayo.

2 Retiro preparatorio para la «segunda comunión» de Teresa.

3 Asociación a la que pertenece Teresa desde el 31/5/1882.

Cta 17 A María1

Para mi querida Mariíta,

recuerdo de la segunda Comunión de tu hijita,

el 21 de mayo de 1885.

Teresa

NOTAS Cta 17

1 Dedicatoria al dorso de una estampa pintada por Teresa.

Cta 18 Al señor Martin
25 de agosto de 1885

Querido papaíto1:

Si estuvieras en Lisieux, deberíamos felicitarte hoy tu santo. Pero, como no estás, quiero igualmente, y más que nunca, desearte en el día de tu santo una gran felicidad, y sobre todo que lo pases muy bien en el viaje2. Espero, papaíto querido, que te diviertas mucho y que te guste mucho el viaje. Pienso continuamente en ti, y pido a Dios que te conceda pasarlo bien y que vuelvas pronto con buena salud.

Querido papá, para tu santo Paulina me había compuesto unos versos preciosos para que te los recitase el día [1vº] de tu santo3; pero ya que no puedo hacerlo, te los voy a escribir:

FELICITACIÓN DE UNA REINECITA A SU PAPÁ-REY EN EL DÍA DE SU SANTO

Si fuera una palomita,
¿sabes, papá, adónde iría?
En tu pecho, nido y tumba,
por siempre me quedaría.

Si fuera una golondrina,
estos días de calor,
iría a cerrar mis alas
a la sombra de tu amor.

Si fuera yo un petirrojo,
me estaría en tu jardín.
Con sólo un grano, tu mano
me daría un gran festín.

Si fuera yo un ruiseñor,
pequeño cantor salvaje,
pronto mi bosque dejara
[2rº] por cantar en tu boscaje.

Si yo fuera una estrellita,
de noche siempre saldría,
y cuando el día se oculta
nunca oscuro se te haría.

A través de tu ventana
encendiera mil destellos,
y nunca me ocultaría
sin decirte algo del cielo.

Si fuera yo un angelito,
querubín de alas doradas,
hacia ti dirigiría,
papá, el vuelo de mis alas.

Te mostraría mi Patria
en un sueño misterioso;
te diría: «Tras la vida
te espera un brillante trono».

[2vº]Si quisieras alas blancas,
te las traería del cielo,
y hacia la eterna ribera
alzaríamos el vuelo.

Mas no tengo alas brillantes,
yo no soy un serafín,
soy tan sólo una niñita
a la que hay que conducir.

Sólo soy débil aurora,
simple capullo de flor,
y el rayo que me entreabre
es, papá, tu corazón.

Al crecer, veo tu alma
repleta del Dios de amor;
tu santo ejemplo me inflama
y quiero imitarte yo.

Quiero, Rey mío, en la tierra
ser tu alegría mayor:
imitarte, padrecito,
amar como tú al Señor.

[3rº]Más tendría que decirte,
pero es preciso acabar.
Sonríeme, padre amado,
y ven mi frente a besar.

Adiós, queridísimo papá. Tu Reina que te ama con todo su corazón,

Teresa

NOTAS Cta 18

1 Teresa adorna su carta con una flor cosida y rodeada de estas palabras: *«Reseda cogida en mi jardín»*.

2 Viaje turístico de unas seis semanas por los Balcanes.

3 San Luis, el 25 de agosto.

Cta 19 A María Guérin

Los Buissonnets, sábado 26 de junio de 1886.

Querida Mariíta:

Te agradezco mucho que hayas tenido la delicadeza de no reñirme por no haberte escrito; por eso me apresuro a contestar enseguida a tu amable cartita. No puedes imaginarte cómo me ha gustado.

Estoy muy contenta de que sigas mejor y de que te diviertas mucho. No sé nada nuevo de Lisieux que pueda contarte; sólo que estamos todos bien.

Me pedías en tu carta que [vº] te diera noticias de la señora de Papinau1; está muy bien y me pregunta con frecuencia por tu salud. Las clases siguen marchando muy bien; desde hace algún tiempo han aumentado2, y por eso no te pude escribir el domingo.

Estoy muy contenta porque mañana me pondré de blanco para la procesión3; María me ha probado el vestido y me sienta muy bien.

Querida Mariíta, te encargo que des un abrazo muy fuerte de mi parte a mi tía y a mi querida Juanita.

Adiós, querida primita. Perdona si mi carta va mal redactada y mal escrita: es que andaba muy deprisa y no he tenido tiempo para hacer [vºtv] un borrador. Celina me encarga que te mande un fuerte abrazo, lo mismo que a Juana y a mi tía. Todavía no he dado tu recado a Paulina, pero se lo daré esta tarde.

Tu primita, que te quiere con todo el corazón,

Teresa

NOTAS Cta 19

1 Valentina Papinau (1835-1898), institutriz de Teresa desde marzo de 1886 hasta febrero de 1888. Cf Ms A 39vº.

2 Es decir, son más numerosas.

3 De la fiesta del Corpus (24 de junio), que se celebraba el domingo 27.

Cta 20 María Guérin

Los Buissonnets, jueves 15 de julio de 1886

Querida María:

Muy amable de tu parte el escribirme; tu carta me ha gustado mucho. Me alegra que te des hermosos paseos como los que me cuentas; me parecen muy interesantes.

Vengo de columpiarme; María tiene miedo que me lastime y ha pedido a papá que pinte las argollas y el columpio; las argollas me [1vº] gustan menos que el columpio y tengo las manos todas rojas de estar en ellas.

Ayer fuimos a pasar la tarde en casa de la señora Maudelonde, y me lo pasé muy bien con Celina y Elena. La señora de Papinau me ha dado vacación mañana en honor de la fiesta de nuestra Señora del Carmen, para que pueda asistir al sermón1.

Ya ves, María, que no tengo nada interesante que contarte. No me he dado, como tú, un [2rº] paseo maravilloso del que poder hablarte, pero, no obstante, espero que mi pobre cartita te guste un poco.

Adiós, querida Mariíta. Da un fuerte abrazo de mi parte a mi tía y a Juana.

Tu hermanita que te quiere mucho

Teresa

NOTAS Cta 20

1 En la capilla del Carmelo.

Cta 21 A María
Sábado, 2 de octubre, 6 de la tarde

Fiesta de los Santos Angeles

Querida Mariíta:

Acabamos de recibir el telegrama y estoy muy contenta, pues creo que esto quiere decir que has visto al Padre en Douvres1. El te envió el miércoles una carta en la que te decía que fueses a esperarle hoy. No te puedes imaginar nuestro apuro. Celina envió [1vº] cartas a Douvres y a Calais, a la lista de correos.

La Santísima Virgen ha tenido todos los días una vela encendida, y le he pedido y suplicado tanto, que no puedo creer que no sepas que el Padre llegaba hoy. También el señor Pichon2 ha enviado una carta a papá; no nos atrevíamos a abrirla. Paulina nos dijo que era mejor hacerlo, pues podría haber dentro alguna cosa urgente; pero sólo decía que el señor Pichon todavía no sabía cuándo llegaría el Padre [2rº], y que iba a escribir al superior para saberlo.

¡Si supieras, María, qué gran verdad me parece lo que nos dices! Dios nos mima, sí, pero no te figuras lo que es estar separada de una persona a quien se quiere como yo te quiero a ti. ¡Si supieras todo lo que pienso! Pero no puedo decírtelo: es demasiado tarde y he escrito la carta toda torcida, porque no veía nada.

Madrinita querida, he preguntado a Paulina si los frasquitos oro-bronce servían para pintar a la acuarela, y me ha dicho que no, que eran para pintar santos y estatuas. Te lo digo para que no me los compres como recuerdo. Por favor, no me traigas nada, me disgustaría de verdad. Leonia te manda un fuerte abrazo y otro para papá.

Adiós, queridísima María. Dale un beso muy fuertemente de mi parte a mi papaíto querido.

Tu verdadera hijita que te quiere todo lo que se puede querer,

Teresita

[2vºtv]Sobre todo, no olvides nuestros encargos y el taburete para nuestra tía. Felicidad3 te manda muchos recuerdos; desde que te marchaste, está de un humor fantástico. Nuestra tía, nuestro tío, Juana y María os mandan muchos recuerdos. Todavía no hemos llevado el telegrama al Carmelo.

NOTAS Cta 21

1 El P. Pichon, director espiritual de María desde 1882, volvía del Canadá tras dos años de ausencia. María quería volverlo a ver antes de entrar en el Carmelo el 15 de octubre.

2 Alfonso Pichon, hermano del religioso.

3 Su verdadero nombre era María Hubert, y era criada de los Martin.

A.M.D.G.
[Image]

SEGUNDO PERÍODO - LA ADOLESCENCIA

(Navidad de 1886-Abril 1888)

Cta 22 A Celina1
31 de marzo de 1887

Guardaré mi diadema hasta mañana temprano,
mas luego a tu cabeza pasará mi hado,
¡pececito de abril...!

Mañana tendrás una peineta que te regalará el pez de abril.

NOTAS Cta 22

1 Anota sor Genoveva: «En los Buissonnets, Teresa me regaló una peineta para ponerme en el pelo. La víspera de un primero de abril recibí un pliego en cuyo interior Teresa había dibujado un pez con tinta roja, verde y violeta. Este pez tenía como diadema: ¡una peineta!».

Los textos están dispuestos encima y debajo del pez; la última frase se encuentra oculta por unas tiras transversales de papel, pegadas en los extremos.

Cta 23 A María Guérin1

Los Buissonnets, lunes 27 de junio de 1887

Querida enfermita:

¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Has dormido bien anoche? ¿Te duele ya menos la muela...? Ya ves, querida Mariíta, cuántas preguntas me hago esta mañana, pero nadie me puede contestar y me veo obligada a resolverlas yo misma; así, lo hago a mi favor y veo que te encuentras mucho mejor.

[vº] Me veo obligada a volver la página, pues acabo de darme cuenta de que estaba escribiendo todo torcido. Hace tanto tiempo que no cojo una pluma, que me parece rarísimo.

Acabo de llegar del Carmelo. He contado a María y a Paulina cuánto sufrías, y van a pedir mucho a Dios para que te cure y puedas disfrutar de tu estancia en Trouville...

Tendría muchas más cosas que decirte, querido Lulú2, pero no tengo tiempo pues quiero escribir también unas letras a Juana. Además, tengo miedo a estropearte la vista, pues mi carta es un verdadero borrador y no sé ni cómo me atrevo a mandártela así.

Te dejo, besándote no en las dos mejillas, [vºtv] por no hacerte daño en las muelas, sino en tu preciosa frentecita.

Teresa, *h.m.*

[rºtv] Sobre todo, recomiendo a mi queridito Lulú que no se moleste en escribirme; esto no me impedirá enviarle muchas cartas. Lo que hace falta es que mi Lulú haga honor a su nombre y coma como un verdadero lobo.

NOTAS Cta 23

1 Que estaba de vacaciones en Trouville. Teresa acaba de pasar también allí unos días.

2 *Lulú* [en el original *«Louploup»*, que podría traducirse familiarmente por *lobezno*: N. del T.], uno de los sobrenombres de María Guérin, cuyo segundo nombre de pila era Luisa.

3 Abreviatura de *«Hija de María»*. Teresa había sido recibida en esa asociación el pasado 31 de mayo.

Cta 24 A Juana Guérin
27 de junio de 1887

(Aquí hay un barco de vela dibujado a pluma)

Querida Juanita:

Como no tengo al artista Darel (1) para que me pinte un barco, y como quería poner uno al principio de esta carta, he tenido que ponerme yo misma a garabatearlo. Voy a aburrirte durante unos momentos, querida Juana. Espero que se te haya pasado del todo la jaqueca. Ahora que la gran Inglesa (2) se ha marchado, estarás más tranquila, y seguro que todos se encontrarán mucho mejor.

Creo que te alegrarás mucho de no tener que escuchar mis sermones sobre la muerte, de no ver ya mis ojos que te fascinan, y de no [vº] verte obligada a ir a casa de las señoritas Pigeon3...

Tengo que comunicarte la muerte de *ocho* de mis queridos gusanos de seda; ya no me quedan más que *cuatro*. Celina les prodigó tantos cuidados, que consiguió hacérmelos morir a casi todos de pena o de una apoplejía fulminante, y mucho me temo que los cuatro que quedan no hayan atrapado también el virus de la enfermedad de sus hermanos y les sigan al reino de los topos.

Se me hace muy raro encontrarme de nuevo en los Buissonnets. Esta mañana estaba toda extrañada de verme al lado de Celina. Hemos hablado a papá de la amable propuesta que nos hizo mi tía, pero es absolutamente imposible, porque papá se va el miércoles y esta vez estará muy poco tiempo en Alençon.

Adiós, querida Juana, sigo queriéndote con todo el corazón.

Teresa, *h.m.*

NOTAS Cta 24

1 Muy probablemente la propia Juana.

2 Se trata sin duda de la propia Teresa.

3 Josefina y Clemencia Pigeon, amigas de los Guérin.

Cta 25 A María Guérin

Los Buissonnets, 14 de julio de 1887

Mi Mariíta preciosa:

Acabo de recibir tu cariñosa cartita, y todavía me sigo riendo pensando en lo que me dices. Vamos a ver, campesina feúcha. Ante todo, tengo que empezar por regañarte: ¿por qué has [1vº] llevado otra vez tu cara al escultor1? ¡Pues sí que te la ha arreglado bien...! Me he quedado desolada al enterarme de que tus pícaras mejillas habían tomado

otra vez la forma de un balón. La experiencia debiera haberte enseñado; me parece que ya tenías bastante con la primera vez.

Me alegro mucho de que mi tía está mejor, me quedé consternada cuando supe que [2rº] estaba mala; la verdad es que Dios os envía muchas pruebas este año.

Tampoco esta semana es muy alegre en los Buissonnets, pues es la última que nuestra querida Leonia pasa con nosotros. Los días corren muy deprisa, ya no le quedan más que dos de estar con nosotros2.

Pero ¿qué quieres que te diga, cariño?, a mi pena se mezcla una cierta alegría: me [2vº] alegra ver por fin centrada a mi querida Leonia. Sí, creo que sólo allí será feliz. En la Visitación hallará todo lo que le falta en el mundo.

Celina está de luto por sus dos pajarillos azules3: el macho fue a juntarse con su compañera al día siguiente por la mañana. Ahora sus despojos mortales están en casa del disecador.

Te deseo que el final de tu estancia en Trouville sea más alegre que el principio. Espero que Dios, que tanto os ha probado, os conceda ahora muchas alegrías.

Celina está apenada por no poder escribir a Juana, pero está tan ocupada con todos los preparativos de Leonia, que le es absolutamente imposible. Dile a Juana que no puede imaginarse cómo se emocionó Leonia con su carta, lo mismo que con la tuya. Os abraza con todo el corazón, así como también a nuestra querida tiíta.

Dale a Juana un abrazo muy fuerte de mi parte. Dile a mi tía que la quiero mucho, y guarda para ti una gran parte de mis besos (He oído hablar de la carta del Carmelo, parece que era muy divertida). Papá os manda recuerdos, en particular a su querida ahijada4.

Teresa

NOTAS Cta 25

1 El dentista.

2 Leonia va a entrar en la Visitación de Caen el 16 de julio.

3 Pájaros de las islas, que Teresa había comprado para Celina el mes anterior en la Exposición de El Havre.

4 María Guérin.

Cta 26 A María Guérin

Los Buissonnets, 18 de agosto de 1887

Querida Mariíta:

Acaba de decirme mi tío que estás enferma, feúcha. Ahora que podías disfrutar un poco, no se te ocurre otra cosa que ponerte enferma. Tienes [1vº] suerte que estoy lejos, pues de lo contrario puedes estar segura que tendrías que vértelas conmigo...

¿Y qué tal sigue mi tía? Espero que ya estará mejor. ¡Qué distinto sucede todo a como nos lo imaginamos! Yo te veía desde lejos correr alegremente por el parque1, mirar los peces, [2rº], divertirte mucho con Juana; en una palabra, te veía llevar una vida de castellana. Pero en vez de una vida de castellana, es una vida de enferma la que estás llevando ahí. Mi pobre amiguita, te compadezco de corazón. Pero no debes desanimarte, pues te queda aún mucho tiempo para pasear y disfrutar. No tienes más que abandonar rápidamente la habitación, que, aunque sea [2vº] hermosa y dorada, para el pajarillo que quisiera dar saltitos al sol que divisa a través de la ventana no es más que una jaula.

(Me doy cuenta de que acabo de poner el carro delante de los bueyes, y estoy segura de que entenderás las crucecitas que he puesto en la frase anterior (2).

Sí, hermanita QUERIDA, tú tienes tanta necesidad del aire libre del parque como los [2vºtv] pajarillos. Cuando vuelvas a nuestro lado, tienes que estar fresca como una rosa lozana que acaba de abrirse. Cariño, al hablar de

rosas, me vienen ganas de besar tus preciosas mejillas. Ya sé que no están rosadas, pero las rosas blancas me gustan tanto como las rojas. Procura que [2rºtv] tus mejillas se pongan menos blancas, y pídele a Juana que te las bese por mí. Dile que también pienso mucho en ella y que le mando un beso de todo corazón.

Querida María, he dejado correr la pluma como a una loca, y ha escrito cosas que no son nada fáciles de leer ni de entender. Te ruego que sólo la [1vºtv] culpes a ella de esas maldades; lo que no quiero que le atribuyas es el cariño que te tiene tu hermanita.

Dale un beso muy fuerte de mi parte a mi querida tía, a quien quiero con todo mi corazón.

[1rºtv] Adiós, hermanita querida. Te envío un fuerte beso, con la recomendación de que te cures muy pronto para que disfrutes un poco.

Tu hermana que te quiere

Teresa, *h.m.*

NOTAS Cta 26

1 En La Musse.

2 Se refiere a dos crucecitas que había puesto en vez de *más*. *«El carro delante de los bueyes»*: por el orden que dio a la frase, poniendo «jaula» al final. N. del T.

Cta 27 A sor Inés de Jesús
Sábado, 8 de octubre de 1887

Hermanita querida:

Desde el miércoles estoy buscando la ocasión de hablar a nuestro tío; esta mañana se ha presentado. Nuestro tío ha estado muy afable. Yo tenía miedo que, al ser sábado, no estuviese de buen humor, pues ese día está muy ocupado1; pero, al contrario, en cuanto le pedí estar con él dejó su lectura con aire solícito.

Me dijo que hacía algún tiempo ya que sospechaba que yo tenía algo [1vº] que decirle. Después me echó un sermoncito *muy* CARIÑOSO, con el que ya contaba2. Me dijo que estaba muy seguro de mi vocación, que no sería eso lo que le impidiese dejarme marchar. Creo que no hay más que un obstáculo: el mundo. Sería un verdadero *escándalo público* ver entrar a una niña en el Carmelo, yo sería la única en toda Francia, etc... Sin embargo, si Dios lo quiere así, ya encontrará la forma de hacérnoslo saber. Mientras tanto, mi tío me ha dicho que, según las reglas de la prudencia humana, no debo pensar en entrar antes de los diecisiete o dieciocho años; y que aun esto sería demasiado pronto.

[2rº] Me dijo, además, muchas otras cosas por el estilo, pero sería demasiado largo contártelas. Como puedes suponer, no le he hablado de fechas. Querida Paulinita, por el momento estoy muy contenta de que nuestro tío no encuentre más obstáculos que el mundo; creo que a Dios no le costará mucho mostrarle a nuestro tío, cuando él quiera, que no será el mundo lo que le impida tomarme para el Carmelo. ¿Sabes, hermanita querida?, nuestro tío me ha dicho muchas otras cosas muy amables, pero yo sólo te cuento los obstáculos que ha encontrado. Por fortuna, para Dios esos obstáculos no existen.

[2vº] Paulina querida, hoy no puedo decirte todas las cosas que llenan mi corazón, no puedo coordinar mis ideas. A pesar de todo, me siento llena de ánimo, y estoy completamente segura de que Dios no me abandonará. Ahora, como me decía nuestro tío, va a empezar mi tiempo de prueba. Pide por mí, pide por tu Teresita. Tú sabes cuánto te quiere, tú eres su confidente. Necesitaría mucho verte, pero es un sacrificio más que ofreceré a Jesús. ¡No quiero negarle *nada*! Aun cuando me sienta triste y sola en la tierra, aún me queda él. ¿Y no dijo santa Teresa. «sólo Dios basta»...?3.

Perdóname, Paulina querida, por enviarte esta carta, o mejor este borrador, donde las ideas [2vºtv] ni siquiera van hilvanadas. No sé si vas a poder leerla, tan mal escrita está; pero mi corazón tenía tantas cosas que decirte, que la pluma no podía seguirlo. Dile a mi querida madrina que pienso mucho en ella durante sus ejercicios4, y pídele que no se olvide de su ahijada.

Hasta pronto, hermana querida. Una vez más, no te enfades conmigo por enviarte esta carta; pero no me siento con ánimos para volverla a empezar.

Tu pequeña Teresita

Te envío tu palillero.

[2rºtv] Dile a mi querida Madre5 que su Teresita la quiere con todo su corazón.

NOTAS Cta 27

1 Día de mercado en Lisieux; por eso la afluencia de gente en la farmacia Guérin.

2 Sobre esta entrevista, cf Ms A 50vº.

3 Ultima frase en un registro de breviario de Teresa de Avila.

4 Ejercicios espirituales de la comunidad predicados por el P. Pichon, director espiritual de María del Sagrado Corazón.

5 Madre María de Gonzaga.

Cta 28 Al P. Pichon
23 de octubre de 1887

Reverendo Padre1:

He pensado que, como usted atiende a mis hermanas, tal vez pudiera encargarse también de la última.

Quisiera poder darme a conocer a usted, pero yo no soy como mis hermanas, no sé decir bien en una carta todo lo que siento. A pesar de todo, Padre, creo que usted sabrá adivinarme.

Cuando venga a Lisieux, espero poder verlo en el Carmelo para abrirle mi corazón.

Padre, Dios acaba de concederme una gracia muy grande: hace mucho tiempo deseo que entrar en el Carmelo, y creo que ha llegado el momento. Papá está de acuerdo en que entre para Navidad. ¡Qué bueno es Jesús, Padre, **[vº]** al tomarme tan joven! No sé cómo agradecérselo.

A mi tío le parecía que soy demasiado joven, pero ayer me dijo que quería hacer la voluntad de Dios.

Padre, le pido que ruegue por esta su última hija. Acabo de llegar del Carmelo, y mis hermanas me han dicho que podía escribirle para decirle con toda sencillez lo que pasa en mi corazón. Ya ve, Padre, que lo hago, esperando que no se niegue a recibirme por hija.

Bendiga a su segundo corderito2,

Teresa

NOTAS Cta 28

1 Borrador. ¿No fue enviada la carta? Si lo fue, ¿por qué no contestó el P. Pichon y por qué no conservó Teresa su respuesta?

2 El primer cordero era sor Inés de Jesús.

Cta 29 A Leonia
23-30 (?) de octubre de 1887

Querida hermanita:

No sé cómo decirte cuánto me ha gustado tu carta. Gracias por haberme felicitado tan puntualmente para mi santo. Hubiera querido escribirte enseguida, pero ahora estamos tan ocupadas1 que me ha sido imposible hacerlo. Celina no puede escribirte porque tiene mucho que hacer, pero eso no le impide pensar en su hermanita a quien tanto quiere; me encarga que te mande un abrazo.

Me dices en tu carta que ruegue a la beata Margarita María para que te alcance la gracia de ser una santa salesa. No dejo de hacerlo ni un solo día.

Gracias por avisarme de que me preocupe por mi precioso Niño Jesús. No está abandonado, está tan nuevo como cuando **[vº]** tú lo dejaste. He besado por ti su piececito, y su manita parecía bendecirte desde lejos.

Hermanita querida, tengo muchas cosas que decirte, pero2

Cta 29

1 Con los preparativos del viaje a Roma.

2 Borrador sin terminar.

Cta 30 A sor Inés de Jesús y sor María del Sagrado Corazón
6 de noviembre de 1887

París, Hotel de Mulhouse

Queridas hermanitas:

Celina no quiso que os escribiese ayer; sin embargo, no quiero que recibáis carta suya sin unas letras de vuestra Teresita. Ya veo que tengo una auténtica letra de gato, mas espero que no me **[1vº]** riñáis, pues estoy muy muy cansada, todo da vueltas a mi alrededor.

Mañana ya no estaremos en Francia. No salgo de mi asombro ante todo lo que veo. En París hemos visto cosas muy hermosas, pero nada de eso da la felicidad. Celina os contará, si quiere, las maravillas de París; yo sólo os sé decir que pienso *muchísimo* en vosotras y que todas las maravillas de París no cautivan en manera alguna mi corazón.

[2rº] Me parezco un poco a mi querida madrina, siempre tengo miedo a verme atropellada1, me veo continuamente rodeada de coches... Queridas hermanitas, ninguna de las cosas tan bellas que veo me da la felicidad, y no la tendré hasta que no esté donde vosotras estáis ya...

Me he sentido muy feliz en Nuestra Señora de las Victorias2; recé mucho por vosotras y por mi *querida Madre*.

Quisiera escribir a mis primitas, pero **[2vº]** otra vez será, pues tengo que escribir todavía a Leonia. ¡Pobre Leonia! ¿Qué es de ella? Decidles, por favor3, que las recuerdo mucho. En el Sagrado Corazón de Montmartre he pedido *la gracia* para Juana. Creo que ella lo entenderá. No os olvidéis tampoco de *mi tío* y mi querida tía.

Adiós, QUERIDA madrina y QUERIDA *confidente*4. Rogad por vuestra Teresita.

Espero que tengáis en cuenta que estoy escribiendo esta carta por la noche y muy cansada; la verdad es que, si no, **[2 vºtv]**, no me atrevería a enviárosla.

Un abrazo de mi parte a mi querida Madre.

NOTAS Cta 30

1 Alusión a tres cortas estancias de María en París.

2 Cf Ms A 56vº. La familia Martin tenía especial devoción a este santuario desde hacía mucho tiempo.

3 A sus primas Juana y María Guérin.

4 Sor Inés de Jesús.

Cta 31 A María Guérin
10 de noviembre de 1887

Venecia, jueves 10, noche

Querida Mariíta:

Por fin tengo un momento para poder escribirte; esta noche no saldremos de paseo, prefiero descansar un poco a tu lado.

Dile, por favor, a mi querida tía que no puede imaginarse cómo me ha EMOCIONADO su carta; **[1vº]** quisiera escribirle para darle las gracias, pero espero que sabrá disculpar a su hijita y adivinará lo que quiere decirle mi corazón. Además, tengo muy poquito tiempo, porque Celina no quiere que me acueste tarde.

No puedes hacerte una idea, querida hermanita, de todo lo que estamos viendo; es realmente maravilloso, nunca me habría imaginado que veríamos cosas tan bellas. Y son tantas, que tengo que renunciar a contártelas; lo haré mucho mejor cuando esté **[2rº]** en mi querido Lisieux, al que todas las bellezas de Italia no podrán hacerme olvidar.

Querida hermanita, ¿cómo te encuentras, qué tal estáis todos? Espero que bien. ¿Estás tan alegre como cuando nos fuimos?

¡Si supieras, María, lo mucho que os recuerdo a todos! En las preciosas iglesias que visitamos no os olvido. Me he acordado también de vosotros ante las maravillas de la naturaleza, junto a aquellas montañas de Suiza que atravesamos1. ¡Qué bien se ora allí! Se siente que Dios está cerca.

¡Qué pequeña me veía ante aquellas montañas gigantescas!

[2vº] Este país de Italia es muy bonito, y ahora estamos gozando de su hermoso cielo azul. ¡Esta tarde hemos visitado en góndola los monumentos de Venecia! ¡Fue algo de ensueño2!

Me resulta muy divertido oír hablar a nuestro alrededor el italiano. Es una lengua muy bella y muy armoniosa. En el hotel me llaman «Signorella»; pero no entiendo más que esta palabra, que quiere decir «señorita».

Quisiera escribir con más frecuencia, pero es increíble lo llenas que están nuestras jornadas; sólo queda tiempo para escribir de noche, muy tarde.

Estoy totalmente avergonzada de mi carta, pues la he escrito a toda prisa y las ideas van deshilvanadas. **[2vºtv]** Veo que aún no he empezado a decirte lo que hubiera querido. ¡Tengo tantas cosas que contarte y tantas que preguntarte...! Por las ganas, continuaría un buen rato todavía, pero Celina no me dejaría terminar; me ha obligado a darme prisa.

Dale las gracias a nuestro tío por las amables letritas que nos ha enviado y que nos han gustado mucho a todos. Dale un abrazo *muy* FUERTE de mi parte. Y no olvides a mi Juanita, me acuerdo mucho de ella.

[2vºtv] Adiós, mi querida hermanita. Acuérdate alguna vez de tu Teresita, que tanto se acuerda de ti. (Ya sabes que no he olvidado lo que hiciste por mí un domingo).

Tu Teresita

Papá sigue bien; os manda a todos muchos recuerdos... P.C.T.3. Saludos a María4 y a Marcelina5...

NOTAS Cta 31

1 Cf Ms A 57vº.

2 Estos son, según Celina, los lugares que visitaron los Martin: Plaza e Iglesia de San Marcos, Palacio de los Duces, Palacio de los Chambord, vidriería, fábrica de encaje en la que trabajaban 5.000 obreros, Iglesia de Santa María de los Franciscanos, con mausoleos de Canova y de Titien, iglesia de los dominicos, iglesia de los carmelitas junto a la estación, etc. - Con la perspectiva que da el tiempo, Teresa parece conservar de Venecia una impresión de tristeza: cf Ms A 59rº.

3 Léase, seguramente: P.D., ¿o quizás: *«Para Celina y Teresa»*?

4 La criada de los Buissonnets (no se consigna el apellido).

5 Marcelina Husé, criada de los Guérin. Cf Cta 120.

Cta 31 B A María Guérin
14 de noviembre de 1887

[1rºtv] Lunes 14.

Querida hermanita:

Ya ves la fecha de mi carta1. Creía que Celina la había enviado hace tiempo, y creía que ya la habrías recibido... Verdaderamente, vas a creer que te tengo olvidada.

¡Si vieras, hermanita, cómo me ha gustado tu carta! He vuelto a encontrar en ella a mi Mariíta...

GRACIAS... Y adiós... Te mando esa *vieja* carta; piensa que tenía que haber salido hace cuatro días.

NOTAS Cta 31 B

1 Teresa prosigue y completa la carta que empezó en Venecia el 10 de noviembre. Cf 31 A.

Cta 32 A la señora de Guérin
14 de noviembre de 1887

Lunes, 14 noche

Querida tiíta:

¡Si supiera lo feliz que se sentiría su hijita si pudiese estar a su lado para felicitarle su santo1! Pero como no tiene esa dicha, quiere al menos que una palabrita de su corazón vaya a través de los mares2 para reemplazarla. ¡Pobre palabrita, qué insuficiente va a **[1vº]** ser para decirle a mi tía querida todo el cariño que le tengo!

¡Cómo nos hemos alegrado esta mañana al recibir sus entrañables cartas! ¡Si supiera, tía, qué buena me parece usted...!

Hemos recibido todas las cartas del Carmelo, ni una sola se ha perdido. Haré lo que Paulina me dice en su carta (Hotel de Milán). No sé cómo me las arreglaré para hablar al Papa. La verdad es que, si Dios no se encarga de todo, no sé cómo lo haré. Pero tengo una confianza tan grande en él, que no podrá **[2rº]** abandonarme; lo dejo todo en sus manos.

Todavía no sabemos el día de la audiencia. Parece que, para poder hablar a todos, el Santo Padre pasa por delante de los fieles, pero no creo que se detenga. No obstante, yo estoy totalmente decidida a hablarle, pues antes de que Paulina me escribiese, ya pensaba hacerlo; pero me decía a mí misma que, si Dios quería que le hablase al Papa, él me lo haría saber...

Querida tía, quisiera que usted pudiese leer en mi corazón: allí vería mucho mejor que en mi carta todo lo que le deseo para su santo. **[2vº]** Estoy lejos, muy lejos, querida tiíta, pero es increíble cuán cerca de usted me parece estar esta noche. Quisiera decirle cuánto la quiero y cómo me acuerdo de usted. Mas hay cosas que no pueden decirse, que sólo pueden adivinarse...

Querida tía, le ruego le dé las gracias a mi querida Mariíta por su preciosa y tan CARIÑOSA carta, que me ha gustado muchísimo. Gracias también a mi QUERIDA Juanita por acordarse de su hermanita.

Adiós, querida tía. Déle, por favor, un abrazo de mi parte a mi querido tío. Le envío, querida tía, la mejor felicitación que le haya dirigido nunca, pues cuando **[2vºtv]** uno está separado de los que ama, es cuando más siente todo el cariño que les tiene.

Su hijita

Teresa,

e.m.

NOTAS Cta 32

1 Santa Isabel de Hungría, el 19 de noviembre.

2 Lapsus por *«a través de los montes»*.

Cta 33 A sor María del Sagrado Corazón
14 de noviembre de 1887

Querida madrina:

Has hecho un verdadero juicio temerario al pensar que leería la carta de Paulina antes que la tuya; ha ocurrido precisamente todo lo contrario...

¡Sí, sí, María, me has dicho muchas cosas en el billetito de esta noche! Mi corazón lo ha comprendido todo... ¡Cuánto me han gustado tus letritas!

Cuando leo las cartas que me enviáis, siento un no sé qué de muy dulce que se derrama en mi corazón.

Papá sigue bien y disfruta mucho con vuestras cartas.

He preguntado en el monasterio de los monjes si podía obtener reliquias de santa Inés. *No es posible*1.

Tu Teresita que te quiere con todo su corazón.

NOTAS Cta 33

1 Teresa conseguirá su propósito de otra manera: cf MS A 62rº.

Cta 34 A sor Inés de Jesús
14 de noviembre de 1887

Querida Paulina:

No puedo, realmente, dejar de darte las gracias por todo lo que haces por mí. ¡Encomiéndame mucho a Dios! Puesto que Monseñor no quiere1, no me queda más remedio que hablar al Papa; pero no sé si podré hacerlo. Tendrá que ser el Niño Jesús quien se encargue de disponer las cosas de tal forma, que su pelotita2 no tenga que hacer más que rodar adonde él quiera.

¡Si supieras cuánto me ha gustado y consolado lo que me decías en la carta de Loreto! ¡Paulina, sigue protegiéndome! ¡Estoy tan lejos de ti...! No puedo decirte todo lo que pienso, es imposible...

El juguetito de Jesús,

Teresita

NOTAS Cta 34

1 Sobre la respuesta dilatoria de Mons. Hugonin cf Ms A 62rº.

2 El símbolo de la *pelotita*, sugerido por sor Inés al hilo de una poesía (publicada en CG, pp. 1169s), ocupará un lugar importante en la vida y en los escritos de Teresa en esta época. Cf Cta 36, 74, 76, 78, 79, 176; Ms A 64rº; RP 5, estr. 12. Véase también CG p. 288.

Cta 35 A María Guérin
Sábado, 19 de noviembre de 1887

Querida Mariíta:

Mañana domingo hablaré al Papa. Cuando recibas mi carta, la audiencia habrá pasado ya. Me parece que el correo no lleva las cartas lo bastante deprisa, pues cuando te llegue ésta mía aún no sabrás nada de lo que haya ocurrido.

Esta noche no voy a escribir al Carmelo, pero mañana les diré lo que **[1vº]** me diga el Papa.

¡Si supieses, hermanita querida, cuán fuerte late mi corazón cuando pienso en mañana!

¡Si supieses todo lo que pienso esta noche! Quisiera pode decírtelo, pero no, me es imposible. Veo la pluma de Celina correr sobre el papel; la mía se detiene, tiene demasiadas cosas que decir...

¡Oh, Mariíta querida!, no sé qué pensarás de tu pobre Teresa, pero esta noche no puede contarte su viaje, va a dejarle ese cuidado a Celina.

Espero que estés bien y que sigas ejercitándote en la buena música. **[2rº]** En Italia se oye mucha, ya sabes que es el país de los artistas; tú podrías apreciar mucho mejor que yo la belleza, porque yo no soy artista. Y Juana podría ver bellísimas pinturas.

Ya ves, hermanita, que en Roma no hay nada para mí. Todo es para los artistas. Si pudiese obtener una sola palabra del Papa, no pediría nada más.

Hoy es el santo de mi querida tía, me acuerdo mucho de ella; espero que haya recibido nuestras cartas.

Hermanita querida, da un fuerte abrazo de mi parte a todos los que amo. Me acuerdo mucho de **[2vº]** mi querida Juanita. Gracias por tu carta, no sabes lo que me ha gustado, fue como un rayo de alegría.

Adiós, hermanita, ruega por mí.

Tu Teresita

Cta 36 A sor Inés de Jesús
20 de noviembre de 1887

Querida Paulina:

Dios me está haciendo por muchas pruebas antes de entrar en el Carmelo. Voy a contarte cómo se ha desarrollado la visita del Papa. ¡Paulina del alma!, si hubieses podido leer en mi corazón, habrías visto en su interior una gran confianza. Creo haber hecho lo que Dios quería **[1vº]** de mí. Ahora lo único que me queda es rezar.

Monseñor no estaba allí1, el Sr. Révérony hacía sus veces. Para hacerte una idea de la audiencia, sería necesario que hubieses estado allí.

El Papa estaba sentado en un sillón muy alto. El Sr. Révérony estaba muy cerca de él, miraba a los peregrinos que pasaban ante el Papa besándole el pie, y luego decía al Santo Padre unas palabras sobre algunos de ellos. Puedes imaginarte cuán fuertemente me latía el corazón al ver que me llegaba el turno, pero yo no quería volverme sin haber hablado al Papa. Dije lo que tú me decías en tu carta, pero no todo, porque el Sr. Révérony no me dio tiempo. Dijo enseguida: «Santísimo Padre, se trata de **[2rº]** una niña que quiere entrar en el Carmelo a los quince años, pero los superiores se están ocupando ya de ello». (El Papa es tan anciano, que se diría que está muerto. Yo nunca lo había imaginado así. Y no puede decir casi nada: es el Sr. Révérony quien habla.) Yo hubiera querido poder explicar mi problema, pero no hubo forma de poder hacerlo. El Santo Padre me dijo simplemente: «Si Dios lo quiere, entrarás». Después me hicieron pasar a otra sala2.

¡Ay, Paulina!, no puedo decirte lo que sentí, estaba como aniquilada, me sentía abandonada, y, además, estoy tan lejos, tan lejos... Luego lloraría mucho al escribir esta carta, tengo el corazón destrozado. Sin embargo, Dios no puede mandarme **[2vº]** pruebas que estén por encima de mis fuerzas. Él me ha dado valor para soportar esta prueba, ¡que es muy grande! Pero, Paulina, yo soy la pelotita del Niño Jesús; si él quiere romper su juguete, es muy dueño de hacerlo. Sí, acepto todo lo que él quiera.

No he escrito, en absoluto, lo que quería, no puedo escribir estas cosas: necesitaría hablar, y, además, tú no leerás mi carta hasta dentro de tres días. ¡Paulina, no tengo más que a Dios, sólo a Dios, sólo a Dios...!

Adiós, Paulina querida, no puedo decirte más, tengo miedo a que venga papá y me pida leer mi carta, y eso es imposible3. Ruega por tu hijita

Teresita

[2vºtv] Me gustaría escribir a mi Madre querida, pero esta noche no puedo. Pídele que rece por su pobre Teresita.

Dale un fuerte abrazo de mi parte a mi querida María; escribo esta carta también para ella, pero prefiero hablar sólo a una persona, espero que ella sabrá comprender a su Teresita.

[2rºtv] No tengo tiempo para repasar la carta; seguro que va llena de faltas, perdóname.

NOTAS Cta 36

1 Mons. Germain, de Coutances, que presidía la peregrinación de las dos diócesis.

2 Cf Ms A 63vº.

3 Teresa teme apenar a su padre.

Cta 37 A María Guérin

Florencia1, viernes 25 de noviembre de 1887

Mi querida Mariíta:

El tiempo pasa veloz, unos días más y volveremos a estar juntas; de hoy en ocho días espero estar con vosotros.

Te aseguro que dejaré atrás muy a gusto todas las maravillas de Italia. Todo esto es muy hermoso, pero no puedo olvidar a los que dejé en Lisieux, hay en él como un imán que me **[1vº]** atrae. Así que volveré con *mucho* gusto.

¡No sabes la alegría que me produjo tu carta! Me alegré mucho de que me hablases del santo de mi querida tía. Yo estaba en espíritu cerca de vosotros. En aquel momento no existían las distancias Roma y Lisieux.

Has hecho bien en decirme el regalo que te hizo mi tía, pues yo nunca hubiera podido adivinarlo, ¡qué sorpresa!

No te hablo de mi visita al Sumo Pontífice, creo que ya habrás tenido noticias por el Carmelo. Lo pasé muy mal, pero si ésa es la voluntad de Dios...

[2rº] Espero, querida hermanita, que seguirás rezando por mí. Tengo mucha confianza en tus oraciones, me parece que Dios no puede negarte nada.

Te quejabas de que tu carta estaba mal escrita. Realmente, si eres tan exigente, no me atreveré a enviarte las mías, que son verdaderos garabatos. Pienso mucho en ti y en todos, tanto, que hasta sueño de noche con vosotros. Quisiera estar ya a vuestro lado.

Hace mucho tiempo que no tenemos noticias del Carmelo; me temo que se hayan perdido algunas cartas.

Ayer estuvimos en Asís. **[2vº]** Al salir de una iglesia, me encontré completamente sola y sin coche; no había más que el del Sr. Révérony. Me hizo subir con él, estuvo muy amable y no me dejó pagar mi plaza2. No me habló en absoluto de mi asunto, no sé lo que pensará de la audiencia. Me doy cuenta de que no hago más que poner *«Il»*3. Esta carta no tiene ni pies ni cabeza.

Dale las gracias a mi tía por su carta; me emocionó tanto, que no sé cómo decirlo. Da un abrazo de mi parte a todos los que amo.

Adiós, hermanita querida. Hasta pronto,

Teresa

NOTAS Cta 37

1 Sobre la visita a Florencia cf Ms A 66rº.

2 Cf Ms A 65vº.

3 Se refiere a que en el último párrafo ha repetido continuamente ese pronombre, cosa que, evidentemente, no se aprecia en la traducción. N. del T.

Cta 38 B A Mons. Hugonin1

3-8 (?) de diciembre de 1887

Monseñor:

Me dirijo a Su Excelencia para suplicarle tenga a bien darme la contestación que desde hace tanto tiempo deseo.

Monseñor, lo espero todo de su paternal bondad. Sí, creo que Jesús quiere realizar por medio de Usted su promesa.

Monseñor, dicen que las pruebas son señal de vocación. Y realmente, Usted sabe que Dios no me las ha escatimado; pero pensaba que sufría por Jesús, y no he dejado de esperar ni un solo instante. El Niño Jesús me ha hecho sentir tan claramente que me quiere para Navidad, que no puedo resistir a su gracia.

Es verdad que soy muy joven; pero, Monseñor, si Dios me llama y papá lo quiere...

Confío en que el Sr. abate Révérony se haya dignado hablar de mí a Su Excelencia, me lo prometió durante el viaje a Roma; nunca olvidaré su bondad para conmigo.

Monseñor, Navidad está ya cerca, pero espero con gran confianza su respuesta. No olvidaré jamás que sólo a Su Excelencia deberé el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Dignaos bendecir a vuestra hija, Monseñor.

Soy de Su Excelencia la más pequeña y agradecida hija,

Teresa Martin

NOTAS Cta 38 B

1 Esta carta es la reconstrucción que se hizo, durante el Proceso de los Escritos (1910), de dos borradores autógrafos con muchas tachaduras (LT 38 A y 38 B: ver CG p. 325s). Finalmente, el señor Guérin hizo, sirviéndose de ellos, una redacción definitiva que Teresa transcribió tal cual (LT 38 C en CG p. 331) para enviarla a Mons. Hugonin el 16 de diciembre.

Cta 39 Al abate Révérony

Lisieux, 16 de diciembre de 1887

Señor Vicario General:

Acabo de escribir a Monseñor. Papá y mi tío me han dado permiso para hacerlo. Sigo esperando con confianza el «sí» del Niño Jesús.

Señor Abate, no faltan más que ocho días para navidad. Pero cuando más se acerca la fecha, mayor es mi esperanza; tal vez sea temeridad, pero, no obstante, me parece que es realmente Jesús quien habla en mi interior.

[vº] Todas las distracciones del viaje a Roma no lograron apartar ni un solo instante de mi espíritu el deseo ardiente de unirme a Jesús. ¿A qué llamarme tan fuerte para luego dejarme languidecer lejos de él?

Señor Abate, espero que usted haya abogado en favor mío ante Monseñor, como me prometió. Si Jesús me consoló en mis pruebas, fue por medio de usted; y si entro en el Carmelo para Navidad, sé que a usted se lo deberé. Pero no soy ingrata, y toda mi vida lo recordaré.

Le pido humildemente, Señor Vicario General, que se digne bendecir a

Su respetuosísima y agradecida servidora,

Teresa Martin

Cta 40 A Mons. Hugonin

Principios de enero de 1888

Monseñor:

He tardado mucho en agradecer a Su Excelencia el hermoso aguinaldo que ha tenido a bien enviarme1. Todas las bellezas del mundo, juntas, no habrían podido producirme mayor alegría.

¡El Niño Jesús no me he engañado! Me ha dicho sí desde su cuna.

Monseñor, no creo que2

NOTAS Cta 40

1 El permiso para entrar en el Carmelo.

2 Texto sin terminar.

Cta 41 Al canónigo Delatroëtte1

13-30 de enero de 1888

Señor Canónigo:

Le agradezco mucho la preciosa estampa que me ha enviado por medio de sor Inés. La conservaré con el mayor cuidado, como un primer recuerdo suyo que siempre apreciaré.

Señor Canónigo, dígnese bendecir desde lejos a la más pequeña de sus hijas; en estos momentos se dedica a preparar su alma para la vida del Carmelo. Yo sé que es una gracia muy grande el haber sido llamada tan joven, pero no seré ingrata y **[vº]** Dios, así lo espero, me dará los medios para serle fiel, como lo deseo con toda el alma.

Le pido humildemente, Señor Canónigo, que no me olvide en sus oraciones.

La menor de sus hijas

T

(P.D.) Le incluyo unas breves letras de Mons. Révérony que he pedido a Celina que le haga llegar.

NOTAS Cta 41

1 Borrador escrito por sor Inés, que Teresa se limita a copiar.

Cta 42 A sor María del Sagrado Corazón

Martes, 21 de febrero de 1888

Mi querida madrina:

No me he olvidado de que mañana es tu cumpleaños. Hace mucho ya que pienso en él. Me encantaría poder verte para felicitarte tus veintiocho años; pero como estamos en cuaresma, hay que hacer algún sacrificio1.

Querida Mariíta, el miércoles de ceniza papá me hizo un regalo. Sería inútil preguntarte, **[1vº]** no lograrías adivinarlo ni a la de cien ni a la de mil. Figúrate, querida María, en el fondo del gran bolso de papá un corderito precioso y todo rizado. Nuestro buen papaíto me dijo, al dármelo, que quería que antes de entrar en el Carmelo tuviese el gusto de tener un corderito. Todo el mundo se sentía feliz. Celina estaba loca de contenta por tener un corderito de un día; lo que más me emocionó fue la bondad de papá al regalármelo. Y además, un cordero es algo tan simbólico... Me hacía pensar en Paulina2.

Hasta aquí todo va bien, todo es fantástico, pero espera al final.

Ya nos hacíamos castillos en **[2rº]** el aire a cuenta del corderito y esperábamos verlo retozar a nuestro alrededor al cabo de dos o tres días. Pero, ¡ay, dolor!, el precioso animalito se murió por la tarde; había cogido mucho frío en el carro donde nació. ¡Pobrecito!, apenas nacido ya tuvo que sufrir, y luego se murió.

Era tan lindo el corderito y tenía un aire tan inocente, que Celina hizo su retrato en un trozo de lienzo. Después papá cavó una pequeña fosa en la que metimos al corderito, que parecía dormir. No quise que lo cubriera la tierra: le echamos nieve encima, y asunto concluido...

[2vº] No sabes, querida madrina, cuánto me ha hecho pensar la muerte de ese animalito. No, no hay que apegarse a nada en la tierra, ni siquiera a las cosas más inocentes, pues nos faltan en el momento que menos se piensa. Sólo lo que es eterno puede llenarnos.

Querida María, veo que no te he hablado en todo el tiempo más que del cordero, y Leonia3 quiere que le deje un huequecito en mi carta. Adiós, pues, madrina querida. Tu hijita te quiere mucho más de lo que puedes imaginarte.

Teresita

[2rºtv] Mañana ofreceré la comunión por mi madrina querida... Dale un fuerte abrazo de mi parte a la Madre, y otro a Paulina, y dile que estoy bien.

He rezado mucho por el señor de Virville (4).

NOTAS Cta 42

1 Durante la cuaresma se suprimen las visitas al locutorio.

2 *Cordero* en francés es *agneau*, y el nombre francés de Paulina en el Carmelo era *Agnès* (Inés) de Jesús. N. del T.

3 Leonia había abandonado la Visitación el pasado 6 de enero.

4 Hermano de la madre María de Gonzaga.

Cta 43 B A sor Inés de Jesús1

18 (?) de marzo de 1888

Querida Paulina:

Me hubiera gustado escribirte enseguida para darte las gracias por tu carta, pero me fue imposible, he tenido que esperar hasta hoy.

¡Si supieras, Paulina, qué verdad tan grande es que en todos los cálices ha de mezclarse una gota de hiel! Pero creo que las tribulaciones ayudan mucho a despegarse de la tierra y nos hacen mirar **[1vº]** más allá de este mundo. Aquí abajo nada puede llenarnos, sólo podemos gustar un poco de reposo cuando estamos dispuestos a cumplir la voluntad de Dios.

A mi navecilla le cuesta mucho llegar a puerto. Hace ya mucho tiempo que diviso la orilla, y aún me encuentro lejos de ella; pero es Jesús quien guía mi barquilla, y estoy segura de que el día que él quiera la hará arribar felizmente a puerto.

Paulina querida, cuando Jesús me deje en la ribera bendita del Carmelo, quiero entregarme a él por entero, no quiero vivir más que para él. No, **[2rº]** no temeré sus golpes, porque, hasta en los más amargos sufrimientos, siento siempre que es su dulce mano la que golpea. Lo experimenté muy bien en Roma, en el momento mismo en que hubiera creído que la tierra se iba a hundir bajo mis pies.

Sólo deseo una cosa para cuando esté en el Carmelo: sufrir siempre por Jesús. La vida pasa tan deprisa que, realmente, vale más lograr una corona muy bella con un poco de dolor, que una ordinaria sin dolor. ¡Cuándo pienso que por un solo sufrimiento soportado con alegría se amará mejor a **[2vº]** Dios durante toda la eternidad! Además, con el sufrimiento podemos salvar almas. Paulina, ¡qué feliz me sentiría si en el momento de la muerte pudiese yo tener un alma que ofrecer a Jesús! Habría un alma arrancada al fuego del infierno que bendeciría a Dios por toda la eternidad.

Querida hermanita, veo que aún no te he hablado de tu carta, que, sin embargo, me gustó muchísimo. Paulina, me siento muy dichosa de que Dios me haya dado una hermana como tú. Espero que rezarás por tu pobre hijita, para que corresponda a las gracias que Jesús tiene a bien concederle. Necesita mucho de tu ayuda, pues está MUY LEJOS de ser lo que *quisiera*.

[2vºtv] Dile a mi querida madrina que me acuerdo mucho de ella; quisiéramos saber cuándo va a hacer su profesión en el interior2.

Celina te manda un fuerte abrazo. A esta pobre hermanita nuestra le duele mucho un pie, creo que no va a poder ir a vísperas. En casa de nuestro tío, casi todos están enfermos. Verdaderamente, la vida no es alegre, resulta muy difícil apegarse a ella.

Adiós, Paulina querida, mi *confidente*. Hasta el lunes de Pascua3, pero sobre todo hasta el 9 de abril4... Un abrazo de mi parte para nuestra QUERIDA Madre5.

NOTAS Cta 43 B

1 Redacción definitiva. En el borrador (43A, en CG p. 341s) había una frase que falta aquí: *«Creo que Dios me envía estas pruebas para que no desee nada, ni siquiera lo que a mí me parece lo mejor...»*.

2 Sor María del Sagrado Corazón hará la profesión «en el interior», es decir en la sala capitular, el día 22 de mayo.

3 El 2 de abril, primer día de locutorio después de la cuaresma.

4 Fecha de su entrada en el Carmelo.

5 Madre María de Gonzaga.

Cta 44 A Mons. Hugonin

27 de marzo de 1888

Monseñor:

Me permito pedirle su bendición en la víspera de mi entrada en el Carmelo. No olvido que soy la hijita de Su Excelencia1, y sé cuánto debo a su bondad de padre. Ahora vuestra pequeña2

NOTAS Cta 44

1 Cf Ms A 72vº.

2 Copia inacabada de un borrador proporcionado por sor Inés de Jesús. Desconocemos el resto del texto.

Cta 45 A sor Inés de Jesús

Martes, 27 de marzo de 1888

Querida hermanita:

Acabo de escribir a Monseñor la carta que tú me redactaste1. Te lo agradezco mucho. ¡Qué bonita es la estampa! Es una maravilla.

Te envío a toda prisa estas letras para saber si quieres que diga en casa de nuestro tío que pintaste la estampa y que he escrito. Si luego se enteran, no les gustará2, pero prefiero preguntártelo. Les diré también que es para el nueve. Como **[1vº]** el jueves iremos a casa de nuestro tío, quisiera que pasases unas letras por el torno3 para que papá las recoja mañana por la mañana.

¡Sí, Paulina, quiero ser siempre un GRANITO de arena4...!. ¡Cuánto bien me ha hecho tu carta! ¡Si supieras cómo me ha llegado al corazón! Quisiera decirte muchas cosas a propósito del granito de arena, pero no tengo tiempo... (Quiero ser santa...).

El otro día encontré una frase que me gustó mucho. No me acuerdo ya del santo que la dijo. Era ésta: «No soy perfecto, **[2rº]** pero *quiero* llegar a serlo»5.

¡Cuántas palabras deshilvanadas! Perdóname, hermanita querida, escribo muy deprisa.

¡Hasta el 9 de abril!

Teresita

NOTAS Cta 45

1 Cta 44.

2 *«No les gustará»*. Se sobreentiende: que no se lo hayamos dicho.

3 Portería del Carmelo.

4 Esta imagen del ocultamiento (inspirada en la oración del general de Sonis: cf CG p. 1170) se alterna con la del juguetito (Cta 34) en las cartas de Teresa. Cf Cta 49, 54, 74, 82, 85, 86, 95, 103, 114. Y lo mismo en Ms C 2vº, Or 2 y CG p. 349+d.

5 Atribuido a san Agustín.

A.M.D.G.

[Image]

TERCER PERÍODO - EL POSTULANTADO

(9 de abril de 1888-10 de enero de 1889)

Cta 46 Al señor Martin

J.M.J.T.1

Domingo, 29 de abril de 1888

Querido papaíto:

¡Qué bueno eres con tu Reinecita2! No pasa casi un día sin que ella reciba un presente de su Rey.

Gracias por todo, papaíto. ¡Si supieras cuánto te quiere la Huerfanita de la Berezina! **[1vº]** Pero no, sólo en el cielo lo sabrás. Allí es donde veremos bellas *estatuas* sobre bellas *cornisas*, y entonces sí que podremos, realmente, caer en *éxtasis*3. Y además, ¡qué guía para hacernos visitar las maravillas del cielo! Pienso que muchos santos tendrán en su *nimbo* una cruz *bizantina*. Lo único que no veremos serán *sarcófagos*, porque en el cielo ya no habrá tumbas.

Papaíto querido, veo que ya va a ser la hora y te tengo **[2rº]** que dejar, pero antes quiero abrazarte desde lejos con todo el corazón.

También la Perla fina te manda un fuerte abrazo. ¡Si supieras, papá, lo preciosa que es tu Perla fina! El brillante Diamante, la Bohemia, te abraza también de todo corazón.

Adiós y gracias, papaíto. Tu Reinecita, que por fin ha sido «sacada de debajo de la carreta»4,

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 46

1 Iniciales de Jesús, María, José, Teresa (de Avila).

2 En esta primera carta que Teresa envía a su padre después de su entrada en el Carmelo el 9 de abril, acumula a placer los sobrenombres cariñosos que el señor Martin daba a sus hijas: *«Reinecita»* (que aparece cincuenta veces en las cartas de la postulante); *«Huerfanita de la Berezina»* (sacado de una novela que leían en los Buissonnets: cf Cta 63, 66, 72, 116); *«Perla fina»*, que era Paulina (cf Cta 48, 52, 58, 61, 63); *«Diamante»*, María (del Sagrado Corazón: cf Cta 48, 51, 52, 58, 61, 63); *«Bohemia»*, que es también María.

3 *«estatuas sobre bellas cornisas ... en éxtasis»*: Teresa parodia algunas expresiones del guía turístico de Roma. Cf Ms A 61rº y CG p. 362+d.

4 Expresión local que quería decir: «Ya estás a salvo de los peligros del mundo» (Nota de la madre Inés).

Cta 47 A Celina

J.M.J.T:

8 de mayo de 1888

Te envío, Celina mía, dos mantelitos para coser a máquina. Sé que estás muy ocupada, pero no negarás este favor a tu Teresita. Creo que bastará con dos costuras. Uno de los manteles tiene el dobladillo demasiado pequeño, procura alargar la segunda costura. Quisiera tenerlos, a más tardar, para mañana después de comer, porque el jueves es la Ascensión.

Hoy hace cuatro años que hice la primera comunión, ¿te acuerdas...? ¡Cuántas gracias me ha concedido Dios de entonces acá!

Celina querida, hay momentos en que me pregunto si es verdad que estoy en el Carmelo, ¡a veces no puedo creerlo! ¿Qué he hecho yo por Dios para que me colme de tantas gracias?

[vº] Mañana hará un mes que estoy lejos de ti, pero no me parece que estemos separadas, ¿qué importa el lugar en que estemos...? Aun cuando nos separase el océano, seguiríamos unidas, porque nuestros deseos son los mismos y nuestros corazones laten al unísono... Estoy segura de que me comprendes. (¿Qué importa, en realidad, que la vida sea alegre o triste? No por eso dejaremos de llegar al término de nuestro viaje aquí en la tierra.) Un día de carmelita pasado sin sufrir es un día perdido1. Y esto vale también para ti, porque tú eres carmelita de corazón.

Un abrazo a Leonia de mi parte.

Tu Teresita del Niño Jesús

NOTAS Cta 47

1 Probable reminiscencia de una máxima de santa María Magdalena de Pazzi.

Cta 48 Al señor Martin

8 de mayo de 1888

Querido papaíto:

Tus preciosas velitas me han gustado tanto, que no puedo menos de ponerte unas letras para darte las gracias. El recadero de Jesús1 es muy bueno al proporcionarle así a su Reinecita los medios para hacer *bonitas* iluminaciones2.

[1vº] La Reina piensa continuamente en su Rey. Además, el recadero de Jesús viene con tanta frecuencia a traer recados, que sería imposible olvidarlo.

Querido papaíto, verdaderamente casi creo que te vas a arruinar; pero voy a sorprenderte diciéndote que eso no me inquieta demasiado. Y es que tienes tantos recursos, que no llegarás a verte en apuros..., ni siquiera el hambre te asustaría. ¿Te acuerdas cuando me decías: «Cuando haya hambre, comeremos tal cosa o tal otra», o «Cuando

estemos arruinados, haremos aquello o lo de más allá»? Con estas disposiciones, ninguna **[2rº]** adversidad podrá atemorizarte.

Gracias por el pescado, papaíto querido. Gracias, gracias, nos regalas tantas cosas, que me veo obligada a darte las gracias por todo en general, aunque cada cosa nos causa un placer especial.

Adiós, mi Rey querido. Tu Diamante y tu Perla te dan las gracias igual que tu Reina.

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 48

1 El propio señor Martin.

2 Ante la imagen del Niño Jesús que había en el claustro. Cf Ms A 72vº.

Cta 49 A sor María del Sagrado Corazón

12-20 de mayo de 1888

¡La Solitaria del Corazón de Jesús ha dado una alegría muy dulce a su hijita, ha leído en su corazón...! ¿Así que Jesús habla cuando se está en retiro...? Estoy tan *llena del perfume* de tu cartita y de la forma tan encantadora de presentármela1, que no puedo menos de contestarla esta misma noche. Pronto va a tocar la campana, ya to...2.

Interrumpí mis letras justo en el momento en que hubiera querido decirte muchas cosas...

La vida está llena de sacrificios, es cierto. Pero ¡qué dicha! ¿No es mejor que nuestra vida -que es una noche pasada en una mala posada3- se pase en un hotel *completamente* malo que no en uno que lo sea sólo a medias...?

¡Si supieras cuánto te quiero! Cada vez que **[vº]** me encuentro contigo, me parece que eres un ángel... Tú que eres un AGUILA llamada a cernerte en las alturas y a clavar tu mirada fijamente en el sol, reza por esta cañita4 tan débil que está en el fondo del valle; el menor soplo la hace doblarse. ¡Sí, ruega por ella el día de tu profesión!

Pide que tu hijita sea siempre un granito de arena muy oscuro, muy escondido a los ojos de todos, que sólo Jesús pueda verlo. Que se haga cada vez más pequeño, que se vea reducido a *nada*...

Perdóname todos los disgustos que te he dado. ¡Si supieras cómo me arrepiento de haberte dicho que me llamabas demasiadas veces la atención!5. Después de tu profesión ya no te daré más disgustos. Adiós..., perdóname.

Ruega por esta TU hijita.

He dejado secar cuidadosamente tu violeta.

NOTAS Cta 49

1 Iba acompañada de una violeta.

2 Por sentido de obediencia, Teresa deja de escribir cuando suena la campana, sin terminar siquiera la palabra que había comenzado.

3 SANTA TERESA DE JESUS, *Camino de perfección*, c. 42. [Así en la edición francesa. En realidad, la cita exacta es C 40,9. N. del T.]

4 Sobre este símbolo, cf Cta 54, n. 3.

5 Sor María del Sagrado Corazón era el «ángel» de Teresa, la encargada de iniciarla en las costumbres del Carmelo.

Cta 50 A María Guérin

13 de mayo de 1888

Domingo, mayo 1888

Querida hermanita:

Si tienes el Pott1 en la punta de la lengua, no lo tienes ciertamente en el *espíritu* ni en la punta de los dedos. ¡Qué carta tan preciosa...!

Si querías hacerme reír, no has perdido el tiempo, diablillo. **[1vº]** ¿Así que, feúcha, tienes un pie malo? ¡Qué raro!, porque tus pies son tan pequeños que realmente no hay sitio para el dolor...

Gracias a Dios, pronto será Pentecostés, y el Espíritu Santo corregirá, sin duda alguna, un gran olvido que tuvo el día de tu confirmación. Te dio todos sus dones, pero por desgracia se olvidó de uno que te sería muy útil. ¿Adivinas cuál...? Se lo voy a pedir tanto durante **[2rº]** los ejercicios espirituales2, que el día de Pentecostés estarás tan *fuerte* como Sansón. Como te siga doliendo el pie, tendrás que vértelas con tu *Lulú*3.

Esta noche he soñado mucho CON Juana; desde que estoy en el Carmelo, es increíble las veces que sueño con ella. Dale un fuerte abrazo de parte de su Teresita.

¡Qué tiempo tan hermoso! Luce un sol radiante, más brillante incluso que el que está dibujado en el encabezamiento de tu carta, pues ése apenas si alumbra la tierra; y si el de hoy fuese igual al tuyo, me vería obligada a utilizar tu **[2vº]** lámpara4.

Tengo suerte de haber escrito en esta cara la palabra «lámpara»5; de lo contrario, me habría visto obligada a cometer contigo una descortesía, al hacerte volver la página sólo para decirte adiós.

Hasta pronto, querida hermana, así lo espero. Da un abrazo de mi parte a mi tío y dile que no olvidaremos su consejo. Mil besos para mi querida tía.

(No tienes que tener la fuerza en los cabellos6, sino en el pie.)

Diablillo querido, un abrazo de todo corazón. Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús

p.c.in.7

[2vºtv] Nuestra hermana mayor8 está haciendo los ejercicios espirituales para la profesión. Lleva echado el gran velo blanco, y parece un ángel. Pedirá mucho por su Mariíta.

NOTAS Cta 50

1 La enfermedad de Pott.

2 Ejercicios espirituales de la comunidad entre la Ascensión y Pentecostés.

3 Sobrenombre que María Guérin daba a Teresa.

4 Lamparilla rudimentaria a gasolina mineral, que María había regalado a su prima.

5 Lo dice porque, al dar vuelta a la hoja en que escribía, puso allí esa palabra. N. del T.

6 Alusión a Sansón.

7 Abreviatura de «postulante carmelita indigna».

8 Sor María del Sagrado Corazón.

Cta 51 Al señor Martin

17 de mayo (?) de 1888

J.M.J.T.

Mi querido Rey:

Sé que el Diamante te ha escrito unas letras; por eso no te escribiré yo mucho, porque tu pobre Reina quedaría eclipsada por el esplendor del Diamante... Sólo siento necesidad de repetirte que te quiero, como si tú no lo supieras ya. Además, ¿cómo no iba una Reina a querer **[vº]** a su Rey, y a un Rey como tú, tan santo y tan bueno? Porque la verdad es que tú eres tan santo como el mismo san Luis...

Gracias, papaíto querido, por todo lo que me has regalado: la preciosa pala1, etc... etc... y todo lo demás...

¿Te acuerdas, papá, de cuando en Génova seguíamos de lejos al Sr. Benoit2 y a los demás? ¡Cómo nos divertíamos! El recuerdo de aquel hermoso viaje que hice con mi papaíto querido me acompañará siempre.

Un abrazo, querido Rey mío.

Tu Reina de Francia y de Navarra,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 51

1 Habían prescrito a la postulante un poco de trabajo en la huerta.

2 El Sr. Félix Benoît, magistrado de Caen.

Cta 52 Al señor Martin

Mayo-junio (?) de 1888

J.M.J.T.

¡Qué bueno es el recadero del Niño Jesús! Le mando todo mi cariño y mis besos. Tomaré feliz el vino que me manda1, pensando que procede de las bodegas del Niño Jesús.

Querido papaíto, tú eres el recadero de Jesús **[1vº]**, qué bien lo sé yo. Gracias, gracias..., ¡qué bueno eres conmigo!

Sí, yo siempre seré tu reinecita y trataré de labrar tu gloria haciéndome una gran santa.

Teresa del Niño Jesús, el Diamante brillante y la Perla *extra*-fina te mandan un abrazo muy fuerte.

Acaban de enseñarme los pájaros2, ¡qué bueno eres, papaíto querido! Hay tres pájaros, uno para el Diamante, otro para la Perla fina y otro para **[2rº]** la Reinecita de papá. Esta tratará de hacer todo lo posible por parecerse un poco a su Rey.

NOTAS Cta 52

1 Vino reconstituyente.

2 Pollas de agua.

Cta 53 A Celina

17 de junio de 1888

J.M.J.T.

Domingo, junio de 1888

Querida Celina:

Me harías un gran favor si me enviases lo ANTES posible la tela que compraste para hacerte un delantal. Necesito también la falda escocesa que tenías para disfrazarte. Envíame también todas las cintas blancas *aprovechables* que tengas; hay una que yo llevaba en la cabeza el día de mi primera comunión; puedes coger también la del sombrero1... Es para representar a santa Inés2...

Hermanita querida, ¡qué bueno es Dios contigo! ¡Si pudieses comprender qué gracia tan grande recibiste el viernes3! Creo, realmente, que es la gracia que estabas esperando. ¿Recuerdas que me decías: «Pero yo no he recibido la gracia decisiva»4? Estoy convencida de que es ésa. Ahora tienes que ser toda de Jesús. Él es más que nunca todo tuyo. Él ha puesto ya en tu dedo el anillo misterioso de los esponsales5. Él quiere ser el único dueño de tu alma.

Hermana querida, tú y yo somos verdaderamente HERMANAS en el sentido *más hondo* de esta palabra.

Adiós. Desde lejos mi corazón lee en el tuyo.

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

[tv] Dale un beso de mi parte a mi incomparable Rey.

NOTAS Cta 53

1 El sombrero de su primera comunión.

2 En la fiesta de la madre María de Gonzaga, el 21 de junio. Se trata de un sainete compuesto por sor Inés de Jesús; se encuentra publicado en VT nº 71 (cf *Poésies* II, pp. 180-183).

3 El 15 de junio Celina había anunciado a su padre su vocación al Carmelo.

4 El 9 de abril, día de la entrada de Teresa en el Carmelo, Celina había recibido una propuesta de matrimonio que la dejaba indecisa sobre el camino a seguir.

5 Cf **PN** 26,3,2.

Cta 54 A sor Inés de Jesús

4 (?) de julio de 1888

J.M.J.T.

El balido del cordero amado de Jesús ha resonado en los oídos del corderito1 como una dulce música... ¿Dónde ha aprendido el cordero la melodía de Cecilia2?

¡La eternidad! Sí, el corderito vive sumergido en ella. Quiere lanzarse a ella de un salto detrás del cordero, pero necesita que la música de su dulce cordero le abra el camino.

El grano de arena, a pesar de su pequeñez, *quiere* construirse hermosas eternidades, y quiere construirlas también para las almas de los pecadores; pero, ¡ay!, todavía no es **[vº]** lo bastante pequeño ni suficientemente insignificante.

El cordero y el corderito tienen que alcanzar la palma de Inés; si no es por la sangre, habrá de serlo por el amor... ¡He ahí el sueño del grano de arena!

¡Sólo Jesús! Nada más que él. El grano de arena es tan pequeño, que si quisiese meter en su corazón a alguien que no sea Él, ya no habría sitio para Jesús...

Que el blanco cordero ruegue por el oscuro grano de arena, para que llegue a ser brillante y luminoso en la eternidad.

La cañita3 de Jesús

NOTAS Cta 54

1 Acerca de este sobrenombre de Teresa, cf CG p. 378+b. «El cordero», sor Inés, está haciendo desde el 1 de julio unos ejercicios espirituales de diez días.

2 Alusión al oficio litúrgico de santa Cecilia: «La virgen Cecilia cantaba en su corazón a su único Señor» (primer responsorio de Maitines). Esta es la primera vez que se menciona en los Escritos a esta santa.

3 La «caña» es un símbolo importante para Teresa, que aparece en su escudo de armas (Ms A 85vº). Lo volvemos a encontrar en Cta 49 y 55 y en LC 84, 85, 120; cf CG p. 379+g. En su toma de hábito, Teresa recibirá una caña como signo con el que marcar algunas de sus ropas.

Cta 55 A sor Inés de Jesús

5-9 de julio de 1888

Gracias al cordero querido por haber hecho escuchar una vez más al corderito la música del cielo. El dulce céfiro ha agitado suavemente a la cañita...

Eran las 9 pasadas cuando la caña descubrió el papelito1. No lucía ya la luz de la tierra2, pero su corazón supo descifrar mejor que sus ojos la música de santa Cecilia, ¡y no perdió ni una sola palabra...!

Sí, yo deseo esas angustias del corazón, esos alfilerazos de los que habla el cordero. A la cañita no le importa en absoluto doblarse, no tiene miedo de romperse, pues ha sido plantada al borde de las aguas; en **[vº]** vez de quedarse allí en el suelo, cuando se dobla, sólo encuentra una onda bienhechora que la fortalece y le hace desear que una nueva tormenta vuelva a desatarse sobre su frágil cabeza. Toda su confianza reside en su debilidad, y no puede quebrarse porque, le ocurra lo que le ocurra, sólo quiere ver en ello la mano de Jesús...

A veces, a la caña, una débil ráfaga de viento puede resultarle más insoportable que las grandes tormentas; y entonces va a remojarse en su arroyo querido. Pero tampoco esas débiles ráfagas de viento consiguen que se doble demasiado hacia la tierra, son los alfilerazos...

Mas ningún sufrimiento es excesivo para conquistar la palma3...

NOTAS Cta 55

1 Un billete que sor Inés había deslizado bajo la puerta de la celda de Teresa.

2 Eran las 9 de la noche, hora solar.

3 La palma de santa Inés: cf Cta 54

Cta 56 A sor Inés de Jesús

11 de julio de 1888

¡Qué dicha volver a ver mañana el dulce rostro del cordero!1.

Pero el corderito suplica al cordero que no dé todavía el salto hacia el cielo. Si su sitio está ya preparado para él, que piense en el pobre corderito, que espere un poco más para que el corderito pueda saltar también, y entonces se irán los dos juntos a su patria. Sus corazones, que nunca pudieron saciarse en la tierra, irán a abrevarse en las mismas fuentes del amor.

¡Ah, el dulce festín! ¡Qué alegría ver a Dios2, ser juzgados por Aquel a quien **[vº]** hemos amado sobre todas las cosas3!

He soñado que el cordero volaría pronto hacia su patria, pero espero que se quede todavía un poco más en el exilio para guiar al pobre corderito...

NOTAS Cta 56

1 Durante los ejercicios espirituales, las hermanas llevaban el velo echado sobre el rostro, en señal de soledad, cuando estaban en comunidad.

2 El deseo de *«ver a Dios»*, aunque menos acentuado que el deseo de *amar*, no está ausente ni es tampoco secundario en Teresa, como en ocasiones se ha querido deducir erróneamente de CA 15.5.7. Cf **PN 5**,5, y 13; **17**,15; **18**,54; 22,17; (**23**,3); **24**,27; **33**,2; **36**,4; RP 3,12v (3f); 19 rº/vº; Ms C 4vº; Cta 95, 96, 186, 254.

3 SANTA TERESA DE JESUS, *Camino de perfección*, c. 42. [Así en la edición francesa. En realidad es C 40,8. N. del T.]

Cta 57 A Celina

J.M.J.T.

Sólo Jesús + Lunes, 23 de julio de 1888

Querida hermana:

Tu Teresa ha comprendido toda tu alma; incluso ha leído mucho más de lo que le has escrito. He comprendido la tristeza del domingo, yo misma la he vivido toda entera... A medida que iba leyendo, me parecía que nos animaba la misma alma; entre nuestras almas hay algo tan sensible, que nos asemeja tanto... Siempre hemos estado juntas; nuestras alegrías, nuestras penas, todo ha sido común. Y siento que esto continúa en el Carmelo... Nunca, nunca jamás nos separaremos. ¿Sabes?, sólo el lirio amarillo1 habría podido alejarnos un poco. Te lo digo porque estoy segura de que tu lote será siempre un Lirio blanco, puesto que tú le has escogido y él te escogió a ti primero... ¿Comprendes el lenguaje de los lirios...?

[1vº] Alguna vez me he preguntado por qué Jesús me había escogido a mí la primera. Ahora lo comprendo: mira, tu alma es un lirio *siempreviva*2. Jesús puede hacer con él lo que quiera. Importa poco que esté en un lugar o en otro. Siempre será *siempreviva*. La tempestad no puede hacer caer el amarillo de los estambres en su blanco cáliz perfumado: Jesús lo ha hecho así. Él es libre, y nadie puede pedirle cuentas de por qué concede sus gracias a un alma en vez de a otra3.

Al lado de ese lirio Jesús colocó a otro, su compañero fiel4. Crecieron juntos, pero uno era *siempreviva* y el otro no lo era, y Jesús tuvo que coger su lirio antes de que se abriese la flor se entreabriera, para que los dos lirios fuesen para él... El uno era débil, el otro fuerte. Y Jesús cogió al débil y dejó al fuerte para que se embelleciese con un brillo nuevo... Jesús les pide TODO a sus dos lirios, no quiere dejarles nada más que su blanca vestidura... ¡TODO! ¿Comprende la *siempreviva* a su hermanita...?

[2rº] La vida, a menudo, resulta pesada. ¡Cuánta amargura, pero cuánta dulzura también! Sí, la vida cuesta, es duro comenzar un día de trabajo; tanto el débil capullo como el hermoso lirio lo han comprobado... ¡Y si al menos se sintiese a Jesús...! ¡Por él, todo se haría a gusto! Pero no, él parece estar a mil leguas, estamos solas con nosotras mismas. ¡Y qué enojosa resulta la compañía cuando no está Jesús!

¿Pero qué hace, entonces, este dulce amigo? ¿No ve nuestra angustia y el peso que nos oprime? ¿Dónde está? ¿Por qué no viene a consolarnos, puesto que no tenemos otro amigo?

Pero no..., él no está lejos. Está muy cerca y nos mira y nos *mendiga* esta tristeza, esta agonía... La *necesita* para las almas, para nuestra alma: ¡quiere darnos tan hermosa recompensa, es tan grande lo que él anhela para nosotras!

Pero ¿cómo podrá él decir un día: «Ahora me toca a mí»5 si aún no ha llegado nuestro turno, si todavía no le hemos dado nada? A él le cuesta mucho abrevarnos de **[2vº]** tristezas, pero sabe que ésa es la única forma de prepararnos a «conocerle como *él se conoce* y a convertirnos *nosotras mismas en dioses*». ¡Oh, qué destino! ¡Qué grande es nuestra alma...! Elevémonos por encima de lo que es pasajero, mantengámonos a distancia de la tierra. Allá arriba el aire es puro. Jesús se esconde, pero se le adivina... Derramando lágrimas, enjugamos las suyas, y la Santísima

Virgen sonríe. ¡Pobre Madre! ¡Ha sufrido tanto por causa nuestra! Justo es que nosotros la consolemos un poco llorando y sufriendo con ella...

Esta mañana leí un pasaje del Evangelio donde se dice: «No he venido a traer paz, sino espada». No nos queda, pues, más que luchar. Cuando no tenemos fuerzas para ello, Jesús combate por nosotras... Pongamos juntas el hacha a la raíz del árbol...6.

¡Pobre borrador de Teresa! ¡Qué carta, qué confusión! Si hubiese podido decir todo lo que pienso, Celina **[2vºtv]** tendría lectura para rato...

Jesús es muy bueno al habernos concedido encontrar una madre como la que tenemos7. ¡Qué tesoro! Si la hubieses visto, hermanita, traerme tu carta esta mañana a las seis8...! Me emocionó...

Jesús te pide TODO, TODO, TODO, como se lo puede pedir a los más grandes santos.

Tu pobre hermanita,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 57

1 «El *lirio amarillo* en nuestro lenguaje íntimo significaba el matrimonio», anota sor Genoveva.

2 *«Siempreviva»* [*«immortelle»* escribe Teresa: N. del T.]: flor simbólica que sor Inés de Jesús aplicaba a Celina. Esto explica que Teresa escriba *«immortelle»* en femenino, sin preocuparse de hacerlo concordar con *«lis»* [*lirio*, masculino: id.].

3 Cf Ms A 2rº/3rº.

4 La propia Teresa.

5 Cita de Arminjon, *Fin du monde présent*..., p. 290. Respuesta a Celina, que acaba de citar: «Ahora me toca a mí» (LC 86), frase que había encontrado en un cuaderno escolar en el que Teresa había copiado varios pensamientos de Arminjon en 1887. La lectura de ese libro ejerció un influjo considerable en Teresa adolescente (cf Ms A 47rº/vº; Cta 94, 107, 157, 169, todas ellas dirigidas a Celina). La cita de san Pablo [en 2vº] está también en Arminjon.

6 Cf Im I, 11, 4.

7 La madre María de Gonzaga.

8 Al terminar la oración de la mañana.

Cta 58 Al señor Martin

J.M.J.T.

El Carmelo, 31 de julio de 1888

Mi querido Rey:

¡Si supieras cómo nos gustó tu carpa, tu *monstruo*! Hubo que retrasar la comida media hora. María del Sagrado Corazón hizo la salsa. Estaba delicioso, sabía a cocina de mundo. Era incluso mejor que la suntuosa cocina de Italia, lo cual no es poco decir, porque ¡vaya banquetes...! ¡Y vaya compañía! ¿Te acuerdas, **[1vº]** papaíto...? Pero no siempre es eso lo que abre el apetito, al menos a mí, pues nunca he comido tanto como desde que estoy en el Carmelo. Me siento totalmente en mi centro. Si la señorita Paulina1 estuviese ahí, diría que «he encontrado mi camino».

Tu Diamante no puede escribirte porque está de colada general, pero eso no le impide pensar en ti, papaíto querido; te abraza con todo su corazón, y tú sabes que el corazón de tu hija mayor no es precisamente pequeño.

Pienso en lo que tú tantas veces nos decías: «Vanidad de vanidades y todo vanidad2, vanidad de la vida que pasa», etc. Cuanto más vivo, más verdad me parece que todo es vanidad sobre la tierra.

[2rº] Siempre que pienso en ti, papaíto querido, pienso naturalmente en Dios, pues me parece imposible encontrar a alguien más santo que tú en la tierra.

Cuando pienso que dentro de ocho días hará cuatro meses que estoy en el Carmelo, no me lo puedo creer. Me parece que he estado siempre aquí, y por otra parte me parece que fue ayer cuando entré. ¡Cómo pasa todo...!

Cuanto más vivo, papaíto querido, más te quiero. No sé cómo puede ser eso, pero es la pura verdad; me pregunto lo que será al final de **[2vº]** mi vida...

Me siento muy orgullosa de mi título de Reina de Francia y de Navarra, y espero merecerlo siempre. Jesús, el Rey del cielo, al tomarme para sí, no me ha quitado a mi santo Rey de la tierra. ¡No!, si mi papaíto querido así lo quiere y no me encuentra demasiado indigna, yo seré siempre: la Reina de Papá.

La Perla fina te manda un abrazo *muy fuerte*.

Adiós y hasta pronto, mi querido Rey. Tu Reinecita,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 58

1 Paulina Romet.

2 Im I, 1, 3.

Cta 59 Al señor Guérin

Jesús + J.M.J.T.

El Carmelo, 22 de agosto de 1888

Querido tío:

Acabamos de recibir una carta de nuestra tía donde nos cuenta todo lo que usted está pasando. Aunque lejos de usted, también su sobrinita comparte su dolor y quisiera estar cerca de su tío para consolarle; pero ¿qué podría hacer ella, en realidad...? No, es preferible que esté en el Carmelo; aquí, al menos, puede pedir todo lo que quiera al único que puede dar el consuelo, **[1vº]** que lo derrame abundantemente en el corazón de su querido tío.

El estado del señor David1 nos apena mucho. Comprendo, querido tío, cuánto deben estar sufriendo ustedes, pues no hay nada tan doloroso como ver sufrir a los que amamos. Sin embargo, doy gracias a Dios con todo el corazón por la gracia tan grande que ha tenido a bien conceder a esa hermosa alma. ¡Qué disposiciones para comparecer ante él! Es verdaderamente admirable. Todo lo que nos ha contado nuestra querida tía me ha llegado muy hondo.

Era imposible, tío, que Dios no le concediese a usted este consuelo después de todo lo que hace **[2rº]** por su gloria. ¡Qué hermosa me parece la corona que Dios le tiene reservada! No puede ser de otra manera, pues toda su vida no es más que una perpetua cruz, y Dios no obra así más que con los grandes santos.

¡Qué dicha pensar que en el cielo nos reuniremos para no separarnos ya más! Verdaderamente, sin esta esperanza la vida sería insoportable...

Querido tío, no sé lo que usted pensará de su pobre sobrinita, que deja correr la pluma sin pensar mucho en lo que dice; si su corazón pudiese escribir, DIRIA cosas muy distintas, pero se ve obligado a confiarse a esta fría pluma, **[2vº]** que no sabe expresar lo que él siente. Lo pongo en manos de mi ángel de la guarda, creo que un mensajero celestial cumplirá bien mi encargo; le envío al lado de mi tío querido para que vierta en su corazón tanto consuelo cuanto nuestra alma puede contener en este valle de lágrimas...

Adiós, querido tío. Le pido que salude de mi parte a la señora de Fournet, me asocio de corazón a su dolor. A usted le envío toda la ternura que encierra mi corazón, y continuaré rogando sin cesar por el señor David.

Su sobrinita, que quisiera disminuir un poco su dolor,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 59

1 El señor David, primo carnal de la señora Journet, madre de la señora Guérin, estaba muy grave.

Cta 60 A la señora de Guérin

Jesús + J.M.J.T.

El Carmelo, 28 de agosto de 1888,

6 de la mañana

Querida tía:

Ayer tarde nos enteramos de la muerte del señor David. Aunque esperábamos recibir en cualquier momento la triste noticia, me conmoví mucho al saber el desenlace. Ruego a Dios que acoja en su paraíso a esa alma tan santa; tal vez esté ya allí, pues con unas disposiciones tan perfectas como las suyas se puede ir derecho al cielo.

[1vº] Pido a Dios, querida tía, que derrame en su alma el consuelo. Ya se mostró muy bondadoso al escuchar todas las oraciones que ustedes le dirigieron para ofrecerle el alma de su querido pariente. Si desde lo hondo de su soledad, su hijita pudiese esperar haber tenido una pequeña parte en ello, se sentiría muy dichosa.

Pienso, querida tía, que en los momentos de gran tristeza necesitamos de mirar al cielo; allí, en lugar de llorar, todos están alegres porque nuestro Señor posee un elegido más, un nuevo sol1 ilumina con sus rayos a los ángeles del cielo, todos viven ya el rapto del éxtasis divino y se extrañan de que nosotros podamos **[2rº]** llamar muerte al comienzo de la vida. Para ellos, nosotros estamos en un estrecho sepulcro, mientras que su alma puede trasladarse hasta el confín de las «playas celestes, de horizontes infinitos»2... Querida tía, cuando se piensa en la muerte del justo, no se puede por menos de envidiar su suerte. Para él ya no existe el tiempo del destierro; para él ya no hay más que Dios, nada más que Dios.

¡Cuántas cosas, querida tía, tendría para decirle esta su hijita! ¡Piensa tanto, tanto, su corazón! Esta mañana está toda ella perdida en la inmensidad y en la añoranza de la muerte de los santos. Pero me falta tiempo para terminar este borrador, y tengo que cortar, porque la campana acaba de advertirme que es hora de terminar. Ofrezco este pequeño sacrificio a Jesús, para que se digne consolarles con su mano bondadosa.

Su hijita, que está con el corazón cerca de usted y de sus queridas hermanitas3,

Teresa del Niño Jesús
p.c.ind.

NOTAS Cta 60

1 Cf Arminjon, *op. cit.*, p. 312.

2 Lamennais, *Une voix de prison*. A la señora de Martin le gustaba citar este texto.

3 Sus primas Juana y María Guérin.

Cta 61 Al señor Martin

J.M.J.T.

Jesús + Carmelo, 25 de agosto de 1888

Querido papaíto:

Por fin, ha llegado el día en que tu Reina puede felicitarte tu santo en todos los *tonos*, ya que está en el Carmelo en compañía de tus joyas: el Diamante y la Perla fina...

¡Pobre Reinecita! Debiera hacerse a un lado para dejar paso a las espléndidas alhajas de su Rey; pero la verdad es que no puede, resignarse a ello. También ella tiene su título y puede mostrarlo **[1vº]** a quien quiera verlo, está sellado por la mano misma de su Rey: Reina de Francia y de Navarra. No tiene otra cosa, pero creo que basta para ser admitida a la presencia de su Rey. Por lo demás, nadie intenta disputarle su derecho, que hasta en el extranjero le reconocen: en Italia, en Roma, todos sabían que la Reina estaba allí...

Mi querido Rey, tu reinecita querría tener magníficos presentes que ofrecerte, pero no tiene nada. Además, ella no es nada fácil de contentar. Todos los palacios del Vaticano, cargados de regalos, no le parecerían lo bastante bellos para su Rey. Ella sueña con algo más **[2rº]** regio, necesita tesoros inmensos, horizontes infinitos1. Lo que ella quisiera dar a su Rey no se encuentra aquí en la tierra, sólo Jesús lo posee. Por eso va a pedirle que colme a su Rey de alegrías celestiales. A un padre que no es de la tierra nada terreno puede llenarlo.

Ya ves, querido papaíto, que aunque parece que no te ofrezco nada, te hago un magnífico regalo; si no cautiva tus ojos, cautivará al menos tu corazón, porque espero que Dios escuche mi plegaria.

Sin embargo, papaíto querido, aun diciéndote que sólo deseo cautivar tu corazón, te mando **[2vº]** una estampita pintada por tu reina. Espero que, a pesar de mi escaso talento, te guste; la Perla fina ha querido ayudarme con sus consejos de artista y compuso el precioso dibujo, pero se empeñó en que la pintase *yo sola*. El mérito no es mucho; pero mi impericia es tan grande y mi Rey tan indulgente, que espero darle un poquito de gusto enviándole esta estampita.

Hasta pronto, papaíto querido. Si tu Reina no está hoy a tu lado, no te quepa la menor duda de que lo está con el pensamiento y con el corazón, te desea la mejor de las fiestas que hayas tenido nunca en tu vida, y te abraza con todo su corazón.

Tu Reinecita,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 61

1 Cf Cta 60, n. 2.

Cta 62 A María Guérin

septiembre de 1888

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, jueves.

Querida hermanita:

Empecé a escribirte el martes por la noche, y hace un momento quise continuar la carta; pero las cosas que entonces te decía no son las que hoy quiero decirte, así que he preferido volver a empezar.

Gracias por tu preciosa carta. Si me hubiese escrito Mme. de Sevigné, seguro **[1vº]** que no me habría dado mayor alegría.

Si mi primita se acuerda mucho de mí, también yo estoy con mucha frecuencia espiritualmente con ella. Igual que tú, yo también necesito oír hablar a menudo de mi Mariíta, y sobre todo hablar yo misma de ella. Me desahogo hablándole a Dios de mi querida hermanita, no temo nunca que a él le parezca que le hablo demasiado de ti, pues estoy segura de que a mi Mariíta Dios la tiene muy dentro de su corazón.

Querido diablillo, ¡cuántas cosas tendría que decirte! **[2rº]** Pero el tiempo se pasa volando, veo que se me escapa con asombrosa rapidez. Es tarde y te estoy escribiendo a la luz de tu lamparilla; ya ves que mi escritura se resiente de mi prisa. Lo que me consuela de tener tan mala letra es pensar que en el cielo no tendremos necesidad de este medio para comunicarnos nuestros pensamientos, ¡será una suerte para mí...!

Ayer recibí una visita. Te apuesto que no la adivinas ni a la de cien... Una elegante dama *de* MUNDO, su querido marido, una señorita de dieciséis años y un señorito de catorce... ¿Vas cayendo...? Era la madrina **[2vº]** que plantaba verbenas1... Venía acompañada de su sobrina Th. Gilbert y de su sobrino Pedro. ¡Ay, mundo, mundo! ¡Si la hubieras visto en el locutorio! Al verme tras de la reja, casi cantaba: «¡Cuánto pena mi corazón, mi corazón!»

Es hora de acabar con mi cháchara, y, sin embargo, no he dicho nada interesante a mi querida primita. Pero ¿qué puede esperarse de una persona como yo, que escribe sin pensar que su papel se va llenando de trivialidades, teniendo tantas cosas serias que decir...? Perdóname...

[2rºtv] Termino, querida Mariíta, pidiéndote un favor: serías muy amable si, mientras te paseas por ese hermoso parque2, pudieses encontrar algunos musgos secos, cortezas de árboles, etc. Es para hacer trabajitos, belenes por ejemplo. Si es molestia, no me lo envíes, sólo si lo encuentras paseándote.

Siento mucho que mi tía esté enferma. Me acuerdo mucho de ella y no dejo de rezar por su pronta curación. Dale un beso muy FUERTE de parte de su hijita, ¡pero sin hacerle daño...!

[2vºtv] Dale un beso también a mi QUERIDA Juanita, y a Celina y Elena3. De ellas, que no están enfermas, no tengo compasión: así que te pido que las beses lo más fuerte que puedas.

Veo, querida Mariíta, que mis besos no tienen fin, pero todavía no he terminado, pues no te los he dado a ti, que eres la encargada de repartirlos. Así que a todas las personas a quienes se los vas a dar les pido que te devuelvan todos los que puedan. Y como dudo que mi petición sea cumplida, te mando yo un beso yo con todo el corazón, pero muy fuerte, tan fuerte que si tuvieses un flemón, se reventaría, como pasó antes del viaje a Roma.

Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 62

1 Madamme Tifenne, madrina de Leonia.

2 En el castillo de La Musse, que acababan de heredar los Guérin a la muerte del señor David.

3 Celina y Elena Maudelonde, primas carnales de Juana y María.

Cta 63 Al señor Martin

30 de septiembre de 1888

J.M.J.T.

El Carmelo, 30 de septiembre

Mi rey querido:

Tu Reinecita se siente abrumada bajo el peso y la magnificencia de tus regalos1, ya se ve que es un Rey quien se los ofrece a su Reina.

Lo primero que vi llegar fue el encaje de punto de Alençon; es, de verdad, absolutamente regio. No sé cómo darte las gracias [1vº] por tan hermosos regalos. ¿Dónde quedan ya los tiempos en que tu Reinecita saltaba de alegría ante una chuchería de CINCO CENTIMOS que su Rey le regalaba?2. También ahora su corazón se sentiría dichoso, pero el del Rey necesita dar más, por eso ofrece a su Reina un encaje *digno* de LA REINA DE FRANCIA Y DE NAVARRA.

Es verdad, querido papaíto, que si tu Reina no es digna de tantas riquezas, éstas nunca serán demasiado hermosas para el Esposo divino a quien tú la has entregado; por eso, [2rº] seré feliz llevándolas; de lo contrario, realmente no me atrevería a llevarlas, pues todavía no soy más *la Huerfanita de la Berezina*, y hasta el día de mi toma de hábito no mereceré llevar mi título de Reina.

Todavía tengo una dulce misión que cumplir: la de darte las gracias, en mi nombre de Reina y en nombre del Diamante de y la Perla fina, por el alud de peras, cebollas, ciruelas y manzanas que salió del torno como de una cornucopia. ¿De dónde venía todo aquello? Un viejecito dijo que se trataba de un señor que vivía por el jardín de la Estrella3. [2vº] No podía ser nadie más que tú. Por eso, papaíto querido, la provisión fue bien recibida y se le dispensó un buen recibimiento sin hacernos de rogar. Tiene gracia la cosa: le costó menos entrar que a tu Reina, que tuvo que ir a Roma para conseguir que le abrieran la puerta...

Las enormes cebollas me alegraron el corazón, me hicieron pensar en las de Egipto, no las echaremos de menos como los israelitas. Pensé también en las de Lion4, que costaban 0'50 céntimos y eran tan gordas.

Bueno, Rey mío, creo que tu Reina te está aburriendo con su cháchara, pero está tan contenta que no puede menos de decírtelo. Te da las gracias por *todo*, y te abraza con todo su corazón.

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 63

1 En previsión de la toma de hábito de Teresa, el señor Martin le manda ya una pieza de encaje de punto de Alençon.

2 Cf Ms A 14rº.

3 Parque privado situado en las proximidades de los Buissonnets.

4 Teresa había visitado Lyon al regreso de su viaje a Roma.

Cta 64 Al señor Martin

8-15 de octubre (?) de 1888

Mi querido Rey:

Me gustaría escribirte una larga carta, pero no puedo, porque estoy de retiro. ¡No sabes cuánto te quiere tu Reinecita...!

Como tengo que enviar una carta a la hija del Rey -la princesa Leonia-, he pensado que la mejor forma de [vº] hacerle llegar mi mensaje era por medio del mismo Rey. Y por esa razón me dirijo a «Su Majestad el Rey de Francia y de Navarra". Si no brilla su dignidad a los ojos de los hombres, yo sé muy bien que en el cielo se manifestará a los ojos de Dios. Y entonces, el menor de los elegidos será como el jefe de un pueblo numeroso1, y, Rey mío, ¡qué dignidad...!

Tu Reinecita,

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 64

1 Citado en Im III, 58, 9.

Cta 65 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 20 de octubre de 1888

Mi querida Celina:

Así que mañana es tu santo1. ¡Cómo me gustaría ser yo la primera en felicitarte! Pero si no es posible, puedo hacerlo al menos en mi corazón.

¿Qué quieres que te regale para tu santo? Si escuchase a mí corazón, le pediría a Jesús que me enviase a mí todas las penas, todas las tristezas, todos los problemas de la vida de mi querida Celina; pero, ya ves, no lo escucho,

porque tengo miedo a que [1vº] Jesús me diga que soy una egoísta, pues entonces querría que me diese a mí lo mejor que él tiene, sin dejar ni siquiera un poco para su prometida, a quien tanto ama.

Si le hace sentir la *separación*2, es para demostrarle su amor; por tanto, no puedo pedirle eso a Jesús. Y, además, él es tan rico, tan rico, que tiene de sobra para enriquecernos a las dos...

¡Y pensar que, si Dios nos diese el universo entero con todos sus tesoros, eso no sería comparable con el más *ligero* sufrimiento! ¡Qué gracia tan grande cuando por la mañana nos sentimos sin ánimo y sin fuerzas para practicar la virtud! Ese es el momento de poner el hacha a la raíz del árbol3. En vez de perder el tiempo en reunir unas pocas pepitas de oro, extraemos [2rº] diamantes, ¡y qué ganancia al final de la jornada...! Es cierto que a veces nos despreocupamos durante algunos instantes de acumular nuestros tesoros. Ese es un momento peligroso, pues se ve una tentada de mandarlo todo a paseo; pero con un acto de amor, aun *no gustado*, todo queda reparado, y con creces: Jesús sonríe, nos ayuda sin parecer que lo hace, y nuestro y débil amor enjuga las lágrimas que los malos le hacen derramar. El amor todo lo puede: las cosas más imposibles no le parecen difíciles4. Jesús no mira tanto la grandeza de las obras, ni siquiera su dificultad, cuanto el amor con que se hacen5...

Hace algún tiempo encontré una frase que me parece muy hermosa. Es ésta, creo que te va a gustar: «La resignación es todavía distinta de la aceptación de la voluntad [2vº] de Dios; existe entre ellas la misma diferencia que entre la unión y la unidad. En la unión hay todavía dos, en la unidad no hay más que uno»6. ¡Sí, no seamos más que uno con Jesús! Despreciemos todo lo que es pasajero. Nuestros pensamientos deben dirigirse al cielo, pues allí está la morada de Jesús. Pensaba hace unos días que no debemos apegarnos a lo que nos rodea, pues podríamos vivir en otro lugar distinto de éste en que vivimos, y entonces nuestros afectos y nuestros deseos ya no serían los mismos... No sé explicarte mi pensamiento, soy demasiado torpe para hacerlo, pero cuando te vea te lo diré de palabra.

¿Por qué te habré dicho todas estas cosas que tú sabes *mucho* MEJOR que yo? Perdóname. Necesitaba tener contigo una conversación como las que teníamos antaño. Pero ese tiempo no pasó, seguimos siendo las dos una MISMA ALMA, y nuestros pensamientos siguen siendo los *mismos* que eran en las ventanas del mirador7...

Me llena de alegría pensar que un día celebraremos tu santo en la ciudad celestial.

Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús

[2vºtv] Sí, es muy triste pensar que el Padre8 se va para el Canadá. ¡Pero nos queda Jesús...!

NOTAS Cta 65

1 Santa Celina, virgen, patrona de Meaux y compañera de santa Genoveva.

2 La separación de Teresa.

3 Im I, 11, 4.

4 *Ibid.*, III, 5, 4.

5 SANTA TERESA DE JESÚS, M7,4,15.

6 Mme. Swetchine: cf CA 23.7.5.

7 Cf Ms A 48rº.

8 El P. Pichon. Se embarcaba el 3 de noviembre en El Havre. Teresa ya no volvería a verlo en esta vida.

Cta 66 Al señor Martin

15 de noviembre de 1888

Mi querido Rey:

¡Qué bueno es Dios por haberte curado!1 Te aseguro que tu Reinecita estuvo muy preocupada, y realmente había motivos para ello, pues estuviste [1vº] muy enfermo. Todo el Carmelo estaba en oración, y por eso Dios acabó por escuchar sus plegarias y me devolvió a mi Rey. Pero ya sabes, querido papaíto, que ahora que Dios ha hecho lo que deseábamos, te toca a ti hacernos completamente felices. La *Huérfana de la Berezina* [2rº] te suplica que te cuides MUCHO, todo lo que haga falta, ya sabes que la *Intrépida* nº 22 entiende de eso. Así que te ruego que *respetes* ese *título* (que le ha dado el mismo Rey) y que te cuides cuanto sea necesario.

Tu Reinecita está siempre a tu lado [2vº] con el corazón. ¿Cómo va a olvidar a su Rey tan bueno...? Y, además, me parece que el cariño se agranda, si es posible, cuando se ha sufrido tanto...

Adiós, mi Rey querido. Y sobre todo, cuídate mucho para dar gusto a tu Reina,

Teresa del Niño Jesús

p.c.ind.

NOTAS Cta 66

1 Cf Ms A 72rº. [El señor Martin había sufrido un nuevo ataque de parálisis. N. del T.].

2 Sobrenombre que el señor Martin había puesto a Celina. La Intrépida nº 1 era María.

Cta 67 A la señora de Guérin

18 de noviembre de 1888

J.M.J.T.

Querida tía:

Permítale a su hijita ir también ella a ofrecerle su humilde felicitación. Le va a parecer bien poca cosa, comparada con las que ya habrá recibido; pero no importa, su corazón no puede dejar de decir a su tía querida cuánto la quiere.

[1vº] Esta mañana, en la comunión, he pedido mucho a Jesús que la colme de sus alegrías. ¡Ay, no es eso precisamente lo que él nos está enviando desde hace algún tiempo! Es la cruz, sólo la cruz, lo que él nos ofrece para descansar... Si yo fuera la única que sufriese, querida tía, no me importaría; pero sé muy bien hasta qué punto ustedes comparten nuestro dolor1.

Yo quisiera, en este día de su santo, quitarle todas las tristezas y cargar sobre mí todas sus penas. [2rº] Así se lo pedía hace un momento a aquel cuyo corazón late al unísono con el mío; y comprendí que lo mejor que él podía darnos era el sufrimiento, que no lo da más que a sus amigos *predilectos*. Y esta respuesta me hacía ver que no estaba siendo escuchada, pues veía que Jesús amaba demasiado a mi querida tía para quitarle la cruz...

Me ha emocionado mucho, querida tía, con la hermosa tarta que nos ha mandado. En vez de [2vº] felicitarle nosotras su santo, es usted quien nos lo felicita a nosotras. La verdad, ¡es demasiado! ¡Yo no tengo para regalarle a mi querida tía más que una pobre estampita, pero confío que sólo mirará a la intención de su hijita!

Adiós, querida tía, me parece que en la tribulación usted está más cerca aún de su hijita,

Teresa del Niño Jesús

post. carm.ind.

La carta de sor María del Sagrado Corazón estaba ya terminada cuando recibimos la tarta. Me encarga que se lo agradezca mucho.

NOTAS Cta 67

1 La enfermedad del señor Martin.

Cta 68 Al señor Martin

J.M.J.T.

El Carmelo, 25 de noviembre de 1888

Querido papaíto:

Tu Reina piensa constantemente en ti y reza todo el día por su Rey. Soy muy feliz en el dulce nido del Carmelo, y lo único que deseo ya en la tierra es ver a mi Rey completamente curado. Pero sé muy bien por qué nos manda Dios esta prueba: para que ganemos el [1vº] cielo. Él sabe que nuestro padre es lo que más amamos en la tierra; pero sabe también que es necesario sufrir para alcanzar la vida eterna, y por eso nos prueba en aquello que nos es más querido.

Presiento también que Dios va a dar a mi Rey, en el reino del cielo, un trono magnífico; tan bello y tan por encima de todo pensamiento humano, que se puede decir con san Pablo: «Ni el ojo del hombre [2rº] vio, ni su oído oyó, ni su corazón puede comprender lo que Dios tiene reservado para los que ama".

¿Y hay alguien a quien Dios ame en la tierra más que a mi querido papaíto...? La verdad es que no puedo creerlo... Hoy, además, él nos está dando la prueba de que no me equivoco, pues Dios prueba siempre a los que ama. Y estoy convencida de que Dios hace sufrir tanto en la tierra, a fin de [2vº] el cielo les parezca mejor a sus elegidos. Él dice que, en el último día, enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Y, sin duda alguna, cuantas más lágrimas haya que enjugar, tanto mayor será la alegría...

Adiós, querido Rey mío, tu Reina se regocija pensando en el día en que reine *contigo* en el hermoso y único verdadero *reino* del cielo.

Teresa de Jesús
post. carm. ind.

Cta 69 A María Guérin

Noviembre (?) de 1888

Jesús M.J.T.

Mi preciosa Muñeca:

No puedo resistir al deseo de darte las gracias por tu carta; me ha gustado mucho. No puedes imaginarte cómo me acuerdo de ti. Mi Mariíta está siempre presente en mi pensamiento. Además, aunque quisiera olvidar a mis primitas, no lo conseguiría, ¡me alumbra tan bien mi linda lamparilla...!

[1vº] Teresa va a pedirte un nuevo favor. Acaba de decirme sor Inés que necesito un par de zapatos forrados, como los que te vi muchas veces en invierno; son una especie de botas forradas de astracán. Si mi tía quisiera comprármelos, me daría una gran alegría. Se los podría probar Juana, que tiene exactamente el mismo pie que yo.

Tengo muchas cosas que decirle a mi Muñeca, pero esperan estas letras y tengo que dejarte, el jueves podré contarle muchas cosas a mi querida hermanita. Mientras tanto, dale un fuerte abrazo a mi QUERIDA tía, a mi tío y a mi querida Juanita.

[2rº] En cuanto a mi *Lulú*, me es imposible decirle cuánto la quiero, mi corazón está demasiado lleno de cariño hacia él.

Me alegraría mucho poder tener los zapatos para esta tarde. No puedes imaginarte lo bien que nos cuidan en el Carmelo: siempre tengo que estar comiendo y calentándome los pies1...

Hasta el jueves, mi preciosa muñeca viviente. Me siento *muy muy* feliz, en el colmo de mis deseos.

Teresa del Niño Jesús

Muchos recuerdos a mi querida Marcelina.

NOTAS Cta 69

1 Hasta los veintiún años, Teresa estuvo dispensada del ayuno. Y en este primer invierno, le dieron sin duda a la postulante un infiernillo de brasas.

Cta 70 A la madre San Plácido

Primeros de diciembre de 1888

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, diciembre de 1888

Querida Profesora:

Su atento detalle me ha emocionado profundamente. Con mucho gusto recibí la circular de las Hijas de María1. Puede estar segura de que no dejaré de asistir con el corazón a tan hermosa fiesta. Porque ¿no fue en esa capilla bendita donde la Santísima Virgen tuvo a bien adoptarme como hija suya en el hermoso día de mi primera comunión y en el de mi ingreso en la Congregación de las Hijas de María?

Nunca podré olvidar, querida Maestra, lo buena que fue usted conmigo en esas fechas tan importantes de mi vida. Y no dudo que la gracia insigne de mi vocación religiosa [1vº] germinó aquel día feliz2 en que, rodeada de mis santas profesoras, me consagré a María al pie de su altar, escogiéndola especialmente por Madre, después de recibir a Jesús aquella mañana por primera vez. Me gusta pensar que la Virgen no miró entonces mi indignidad y que, en su gran bondad, tuvo a bien poner los ojos en la virtud de aquellas profesoras que con tanto esmero habían preparado

mi corazón para recibir a su divino Hijo. Me gusta pensar que por esa razón la Virgen quiso hacerme todavía más perfectamente hija suya concediéndome la enorme gracia de traerme al Carmelo.

Creo, querida Profesora, que habrá estado usted al corriente de la enfermedad de mi queridísimo. Durante algunos días temí que Dios le arrebatase a mi ternura; pero Jesús se dignó concederme la gracia de que se restableciese para el momento de [2rº] mi toma de hábito.

Todos estos días estaba pensando escribirle, para comunicarle que había sido aprobada por el capítulo3; pero como no sabía le fecha que Monseñor tendría a bien fijar, seguía esperando. Confío, querida Profesora, que no haya tomado esta demora por indiferencia. No, mi corazón sigue siendo el mismo, y creo que después de mi entrada en el Carmelo se ha hecho todavía más tierno y más capaz de amar. Por eso, me acuerdo con frecuencia de mis santas profesoras, y me gusta nombrarlas a todas en particular delante de Jesús durante las horas benditas que paso a sus pies. Me atrevo a pedirle, querida Profesora, que tenga a bien ser mi intérprete ante ellas, encomendándome a sus fervorosas oraciones; en particular a las de la Madre priora, hacia quien conservo el más filial y agradecido afecto. No me olvide tampoco antes mis afortunadas compañeras, de quienes sigo siendo siempre su hermanita en María.

Adiós, querida Profesora. Espero que no olvide en sus santas oraciones a la que es y será siempre su agradecida hija,

Sor Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 70

1 Como antigua alumna en el internado de las benedictinas e hijas de María, Teresa había recibido la tarjeta de invitación para el 25º aniversario de la erección de la Asociación, el 13 de diciembre. Según una tradición, sor Inés redactó le borrador de esta carta, que Teresa se limitó a copiar.

2 Interpretación gratuita por parte de sor Inés, para «agradar» a la destinataria.

3 Admisión a la toma de hábito por parte del capítulo conventual.

Cta 71 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + 28 de diciembre de 1888

Querida tiíta:

Tengo una gran pena porque ayer noche, al no saber que mis hermanas iban a escribirle, me dormí como una perezosa1. Esta mañana tengo ya muy poco tiempo, y hasta tengo que quitárselo al Oficio2.

Querida tía, quisiera ser la primera en desearle un feliz año nuevo para 1889...

[1vº] Cuando pienso, querida tía, que pronto hará nueve meses que su hijita está en el Carmelo, no me lo acabo de creer; me parece que fue ayer cuando estaba todavía a vuestro lado... ¡Qué deprisa pasa la vida! Hace ya dieciséis años que estoy en la tierra. ¡Pronto estaremos todos reunidos en el cielo! Me gusta mucho esta frase de los Salmos: «Mil años a los ojos del Señor son como el día de ayer que ya pasó". ¡Qué rapidez! Pero yo quiero trabajar mientras luzca todavía el día de la vida, porque enseguida vendrá [2rº] la noche, en la que no podré ya hacer nada3. Ruegue por su hijita, querida tía, para que no abuse de las gracias que Dios le prodiga en el fértil valle del Carmelo.

No puedo por menos de reír al ver mi carta. Porque no se parece en nada a una carta de felicitación del año nuevo. Lo que pasa es que a usted, querida tía, yo le hablo como una niña que da rienda suelta a su corazón sin pensar en lo que va a decir...

¡Si supiera, querida tía, lo mucho que voy a pedir por usted y [2rº] por mi tío el día de año nuevo...! No, usted no lo sabe, y no voy a intentar decírselo, la aburriría porque sería demasiado largo.

¿Y mis primitas (mis *hermanitas queridas*)? ¡Cómo rezaré por ellas...!

Adiós, querida tía, y, por favor, dígale a mi tío cuánto le quiero; debería haberle escrito a la vez que a usted, querida tía, pero soy demasiado boba para hablar a dos personas a la vez... Le pido que me perdone, y les mando a los dos el mejor beso de su más pequeño benjamín4,

Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

[2vºtv] Acabo de acordarme de que aún no le he dado las gracias a mi querida tía por la corona que piensa regalarme para mi toma de hábito5. ¡Si supiese lo agradecida que le estoy y cuán grato será ese recuerdo para el corazón de su hijita...!

NOTAS Cta 71

1 Durante la hora de tiempo libre antes de Maitines, de 8 a 9 de la noche, estaba permitido acostarse a descansar.

2 En aquella época, una postulante podía ser dispensada con bastante facilidad del rezo coral de las horas menores (prima, tercia, sexta y nona), que se rezaban a las 7 de la mañana.

3 Cf Im I, 1, Reflexiones.

4 Acerca de este sobrenombre de Teresa, cf CG p. 423+e.

5 Una corona de lirios artificiales: cf Cta 73.

Cta 72 Al señor Martin

J.M.J.T.

Jesús + 30 de diciembre de 1888

Mi Rey querido:

¡Qué dicha poder enviarte este año desde el *Reino* del Carmelo mis felicitaciones de año nuevo! Nunca tu Reinecita pudo ofrecerte su cariño con mayor alegría; se siente *tan cerca* de su Rey, tan cerca, que nada podrá alejarla de él.

Los reyes de la tierra se sienten completamente felices cuando logran hacer contraer a sus [1vº] hijas nobles alianzas. ¡Y qué gratitud sienten esos hijos hacia sus padres...! Con tu Reinecita sucede algo totalmente distinto: tú, *como padre* y *como* verdadero *Rey*, no has querido entregarla a nadie más que al *Rey del cielo*, al mismo Jesús; de Huérfana de la Berezina he pasado al título nobilísimo de carmelita.

¡Cómo tengo que querer a un padre que me ha deparado una dicha tan grande, y cuánto lo quiero...! Si el guía de Roma estuviera aquí, podría decir: «Señores Abades, voy a presentaros [2rº] un padre como nunca habéis visto otro, razón hay para caer en *éxtasis*»1. ¿No es verdad, querido papaíto, que no podrías hacer más por tu Reinecita? Si no es santa, será por su culpa, porque con un padre como tú no será por falta de medios...

Querido padre, cae el día, es ya hora de dejarte, pero para encontrarte al lado de Jesús, que es tu verdadero lugar.

Pronto lucirá para nosotros el día sin sombras, ¡y entonces [2vº] no terminaremos nunca nuestro coloquio...!

¡Feliz año nuevo, querido Rey, y gracias por todas las delicadezas que has tenido con nosotras esta semana... y durante TODO el año...!

Que Jesús te colme de sus bendiciones. Que te dé, como lo ha prometido, el céntuplo en esta vida y su HERMOSO cielo en la otra. Esa es la felicitación de tu Reinecita, que te quiere más que nunca reina alguna amó a su rey.

Sor Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 72

1 Cf Cta 46, n. 3. [Imitando al guía francés, Teresa escribe *«émerveillaison»* N. del T.]

Cta 73 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + 2 de enero de 1889

Querida tía:

¡Su hijita está en el colmo de su alegría...! ¡Qué buena es usted con ella! Realmente, es demasiado... ¿Cómo se lo podré agradecer...? Pero ¿acaso una madre no sabe leer en el corazón de su hijita? Por eso, no quiero preocuparme, segura de que usted adivinará mi gratitud.

Los lirios son PRECIOSOS, se diría que acaban de ser cortados. ¡Qué buenas son mis *hermanitas* al [1vº] regalármelos! Será para mí una gran alegría, el día de mi toma de hábito, pensar que son ellas quienes me han engalanado para ir al encuentro de mi divino prometido. Esas flores hablarán por ellas a Jesús, quien, estoy segura, las colmará de sus gracias, y a usted también, querida tía.

¡Si supiera qué feliz me sentí de recibir el *enorme* jugo de manzana para ofrecérselo a nuestra Madre! Es todo un retrato de mi tía querida, que busca siempre lo que más gusto pueda darle a su hijita. Y no fue menor mi alegría [2vº] al ver el hermoso paquete de alajú1. Me sentí muy orgullosa en el refectorio cuando nuestra Madre dijo a la comunidad que usted nos había hecho ese regalo en honor de mis 16 años.

Gracias, querida tía, ¡si supiera qué buena me parece! El día de mi toma de hábito rezaré mucho por usted, y también por mi querido tío, a quien doy las gracias de todo corazón, pues sé que también él me ha hecho todos esos regalos tan hermosos que he recibido [2vº] esta tarde.

A nuestra Madre le parece muy bonita la corona, lo mismo que a toda la comunidad. Nunca he visto unas flores que me hayan gustado tanto, ¡son tan puros los lirios! Quisiera que mi alma estuviese adornada toda ella de lirios para ir al encuentro de Jesús, pues no basta con llevarlos sólo en el pelo: lo que los ojos de Jesús miran siempre es el corazón...

Adiós y gracias, querida tía. Rece para que su hijita esté tan bien adornada en lo interior como lo va a estar en lo exterior...

Sor Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 73

1 «Pasta de almendras, nueces y, a veces, piñones, pan rallado y tostado, especia fina y miel bien cocida». N. del T.

Cta 74 A sor Inés de Jesús

6 de enero de 1889

J.M.J.T.

Corderito querido de Jesús, ¡gracias...! ¡Si supieras cómo me gustaron tus letras...!

Pídele a Jesús que sea muy generosa durante mis ejercicios espirituales. ¡Él me ACRIBILLA *a alfilerazos*, la pobre pelotita ya no puede más, por todas partes está llena de pequeños agujeros que la hacen sufrir más que si sólo tuviera uno grande...! Al lado de Jesús, nada, ¡sequedad...!, ¡sueño...! ¡Pero al menos, hay silencio...! El silencio hace bien al alma...Pero las criaturas, ¡ay, las criaturas...! ¡La pelotita se estremece a su contacto...!

¡Comprende a este juguetito de Jesús...! Cuando es él, el dulce amigo, quien pincha a su pelota, el sufrimiento no es sino dulzura, ¡es *tan dulce* su mano...! Pero las criaturas... Las que me rodean son muy buenas, pero [1vº] hay en ellas un no sé qué que me repele... No sé explicártelo, comprende tú a esta tu pobre alma. Sin embargo, me siento MUY *dichosa*, dichosa de sufrir lo que Jesús quiere que sufra. Si no es él quien pincha directamente a su pelotita, sí que es él quien guía la mano que la pincha1... Si Jesús quiere dormir, ¿por qué se lo voy yo a impedir? Yo ya soy muy dichosa con que no se moleste por mí; tratándome así, me demuestra que no soy para él una extraña [2rº], pues te aseguro que él no hace el menor gasto por darme conversación...

¡Si supieras qué indiferente quiero ser con las cosas de la tierra! ¿Qué me importan todas las bellezas creadas? Sería desdichada poseyéndolas, ¡estaría tan vacío mi corazón...! Es increíble lo grande que me parece mi corazón cuando contemplo todos los tesoros de la tierra, pues veo claro que todos juntos no podrían llenarlo; ¡pero qué pequeño me parece cuando contemplo a Jesús...! ¡Quisiera amarle tanto...! ¡Amarle como nunca lo ha amado nadie...! Mi único deseo es hacer siempre la voluntad de Jesús, enjugar las lágrimas que le hacen derramar los [2vº] pecadores... ¡No, no QUIERO que Jesús sufra el día de mis esponsales, quisiera convertir a *todos* los pecadores de la tierra y salvar a todas las almas del purgatorio2...!

El Cordero de Jesús se va a reír al ver este deseo del *granito* de arena... Ya sé que es una locura, pero no obstante quisiera que fuese así, para que Jesús no tuviese que derramar ni una sola lágrima.

¡Ruega para que el grano de arena se convierta en un ATOMO, visible únicamente a los ojos de Jesús!

Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 74

1 Esa mano, por ahora, es la de sor San Vicente de Paul. Cf Cta 76.

2 Esos mismos deseos aparecerán al año siguiente, en el billete de su profesión, 8 de septiembre de 1890: cf Or 2.

Cta 75 A sor María del Sdo. Corazón

6 ó 7 de enero de 1889

J.M.J.T.

Jesús +

León1 querido de Jesús, el corderito necesita pedirte prestado un poco de fuerza y de ánimo, ese ánimo que hace que el León lo supere todo... El pobre corderito no puede decir nada a Jesús, y sobre todo Jesús no le dice absolutamente nada a él. Pide por él, para que al menos su retiro agrade al corazón del UNICO que sabe leer en lo más profundo de su alma...

¿Por qué buscar felicidad en la tierra? Te confieso que mi corazón tiene una sed ardiente de ella, pero ve muy claro este pobre corazón que ninguna criatura es capaz de apagar su sed. Al contrario, cuanto más bebe de esa fuente encantada, más ardiente se hace su sed2...

Yo conozco otra fuente, de la que, después de haber bebido, se tiene todavía sed; pero una sed que no es ansiosa, sino, al contrario, muy sosegada, porque tiene donde satisfacerse. ¡Esta fuente es el sufrimiento conocido sólo por Jesús...!

León querido, tengo muchas cosas que decirte, pero no tengo tiempo. ¡Lee en el corazón de TU *hijita*, como sólo tú sabes hacerlo...!

Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 75

1 Sobrenombre que daba el P. Pichon a sor María del Sagrado Corazón.

2 Alusión a su afecto demasiado intenso hacia la madre María de Gonzaga: cf Ms C 22rº.

Cta 76 A sor Inés de Jesús

7 de enero de 1889

J.M.J.T.

Jesús +

Esta mañana he sufrido con sor San Vicente de Paul1 y me fui con el corazón destrozado...

¿Qué tienes tú que atrae tanto a mi alma? No puedes imaginarte cómo siento no poder hablarte2...

¿Entiendes algo de la forma de actuar de Jesús...? Yo te decía que los niños no saben lo que quieren. Pues así se comporta Jesús con su pelotita. Sin duda ha creído que la fecha del 9 era demasiado maravillosa3, ¡y no quiere nada maravilloso para ella...! Sé muy bien por qué: es porque sólo él es maravilloso en toda la FUERZA de esa palabra, y quiere hacer ver a su pelotita cómo se engañaría si buscase en otra parte una sombra de belleza que podría tomar [1vº] por la misma belleza...

¡Qué bueno es conmigo el que pronto será mi prometido! ¡Qué divinamente amable es al no permitir que yo me apegue a NINGUNA cosa criada! Él sabe muy bien que si me concediese una sola *sombra* de felicidad, me apegaría a ella con toda la energía y con toda la fuerza de mi corazón. Y me niega esa sombra. Prefiere dejarme en las tinieblas a darme un falso resplandor que no sería *él*... Y ya que no puedo encontrar *ninguna* criatura que me satisfaga, quiero dárselo todo a Jesús, no quiero dar a las criaturas ni un solo *átomo* de mi amor. ¡Ojalá que Jesús me conceda siempre comprender que sólo él es la felicidad perfecta, incluso cuando parece ausentarse...!

Hoy aún más que ayer, si es que esto es posible, he estado privada de todo consuelo. [2rº] Le doy gracias a Jesús, que piensa que eso es bueno para mi alma; además, si me consolase, quizás yo me detendría en esas dulzuras, y él quiere que *todo* sea para él... Pues bien, será *todo* para él, todo. Aun cuando sienta que no tengo nada para poder ofrecerle, le daría esa *nada*, como esta tarde...

Si Jesús no me da consolaciones, me da una paz tan grande que me hace un bien mucho mayor...

¿Y la carta del Padre4...? Me pareció celestial, y mi corazón encontró en ella muchas cosas hermosas, pero ¿y la felicidad...? ¡Pues no!, la felicidad no..., la felicidad sólo se encuentra en el [2vº] sufrimiento, ¡y en el sufrimiento sin ningún consuelo...!

Hermanita, *mamaíta* querida6, ¿qué estarás pensando de tu hijita? Si no fueras tú, no me atrevería a escribir estos pensamientos, los más íntimos de *mi alma*... POR FAVOR, rompe estos papeles una vez que los hayas leído...

Pide que tu hijita no niegue a Jesús ni un solo *átomo* de su corazón.

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 76

1 Sin duda con motivo de una prueba de alpargatas (sandalias de tela basta con suelas de esparto). Sor San Vicente de Paul multiplicaba los comentarios punzantes hacia Teresa, que se contentaba con responderle con una sonrisa.

2 Teresa está en ejercicios espirituales. Sólo puede hablar con la priora y con la maestra de novicias.

3 Fecha prevista en un principio para la toma de hábito: cf CG p. 433.

4 El P. Pichon.

5 Sobre este apelativo «mamá», cf Ms A 13rº y 80vº; Cta 106, 110, 252; CA 30.7.12.

Cta 77 Al señor Martin1

J.M.J.T.

Jesús + 8 de enero de 1889

Mi incomparable Rey:

¡Si supieras cómo me ha conmovido tu bondad...! ¡Un melón2...! ¡Champán...! Me darían unas enormes ganas de llorar, si no me contuviera. Pero me contengo, y me alegro enormemente de la hermosa fiesta del jueves.

Normalmente las bodas de una reina se celebran con grandes festejos. Seguramente por eso, la Reina de Francia y de Navarra tendrá [1vº] fuegos artificiales... Es el Rey quien hace el gasto para la Reina ¡y él se las pinta solo para dar sorpresas! ¡Al pequeño *abejorro rubio*3 sólo le queda darle las gracias...!

Si el jueves va a haber una gran fiesta en la tierra, pienso que será todavía más suntuosa la del cielo: los ángeles estarán asombrados de ver a un padre tan grato a Dios, y Jesús preparará una corona para añadirla a todas las que mi Rey tiene ya reunidas.

No, las fiestas de la tierra nunca serán tan maravillosas como las del [2rº] cielo. No obstante, me parece imposible encontrar una fiesta más celestial que ésta que se está preparando. Sin embargo, yo nada he hecho para ser digna de una gracia tan grande; pero Dios ha querido fijarse en los méritos de mi padre querido, y por eso me concede este insigne favor.

Ahora estoy en ejercicios espirituales y durante ellos no está permitido escribir; pero nuestra Madre me ha dado permiso para enviarte estas letras para darte las gracias. ¡Eres tan bueno con tu Reina! Y además, si [2vº] está prohibido escribir, es para no turbar el silencio del retiro, pero ¿puede turbarse la paz escribiendo a un santo...?

Hasta el jueves, querido Rey. Tu Reinecita te abraza de corazón, mientras espera poder hacerlo de verdad4.

La Reina de Francia y de toda Navarra,

Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 77

1 Ultima carta que Teresa escribió a su padre a los Buissonnets. Todas las que le escribió después han sido destruidas.

2 Fruta sorpresa que hacía explosión por medio de una mecha encendida, arrojando una lluvia de bombones.

3 Sobrenombre que el señor Martin daba a Teresa, debido a su cabellera rubia.

4 En aquella época, la postulante podía salir de clausura, el día de su toma de hábito, para una parte de la ceremonia.

Cta 78 A sor Inés de Jesús

8 de enero de 1889

J.M.J.T.

Jesús +

No he visto al cordero *en todo el día*, pero sé que le *duele mucho* la cabeza. Esto apena al corderito, que tiene mucho miedo de que Jesús haga nacer alas al cordero...

¡Qué líneas más maravillosas...! ¡Son algo celestial, tienen sabor a la Patria...! El cordero se equivoca al creer que el juguete de Jesús no vive en tinieblas: está sumido en ellas. Tal vez, y el corderito está de acuerdo, esas tinieblas sean luminosas; pero, a pesar de todo, son tinieblas... Su *único* consuelo son una fortaleza y una paz muy grandes; y además, espera estar como Jesús quiere que esté, y ésta es toda su alegría, pues de otra manera todo sería tristeza...

En la celda de nuestra Madre, me veo continuamente interrumpida1; y luego, cuando tengo un momento, no puedo decirle lo que pasa en mi interior. ¡Me voy sin alegría, después de haber entrado sin alegría...!

Creo que el trabajo de Jesús durante estos ejercicios ha consistido en despegarme de todo lo que no es él mismo...

[vº] ¡Si supieras qué grande es mi alegría por no haber tenido ninguna en complacer a Jesús...! Es ésta una alegría refinada (pero en absoluto sentida).

Cordero querido, ¡no falta más que un día para ser la prometida de Jesús...!

No te mueras todavía, espera a que el corderito tenga alas para seguirte...

Teresa del Niño Jesús
juguetito de Jesús
post. carm. ind.

¿Quieres, por favor: 1º dejarme tu tinta china y la de oro; 2º decirme si para las estampitas de la toma de hábito quedarán bien las respuestas de santa Inés; 3º entreabrir nuestra puerta a las 6 si estás allí, si no, ya me despertaré yo sola? Si todas estas cosas te causan alguna molestia, déjalo, puedo pasarme bien sin ellas.

NOTAS Cta 78

1 Por las hermanas que vienen a hablar con la priora.

Cta 79 A sor María del Sdo. Corazón

8 de enero de 1889

J.M.J.T.

Jesús +

Querido León, tus letritas han DADO UNA GRAN ALEGRÍA al corazón de tu hijita... Gracias... ¡Qué buena eres...! ¡Cómo me gustaría parecerme a ti! Pero el juguete de Jesús es la debilidad en persona. Si Jesús no lo lleva, o si no lanza él mismo su pelotita, ella permanecerá allí inerte, en el mismo lugar...

Un día más, ¡y seré la Prometida de Jesús! ¡Qué gracia tan grande...! ¿Qué hacer para agradecérselo, para hacerme menos indigna de un tal favor...?

[vº] ¡Ah, la patria..., la patria1... ¡Qué sed tengo del cielo, donde amaremos a Jesús sin reservas...! Pero para llegar allá, hay que sufrir y llorar... Pues bien, yo quiero sufrir todo lo que le plazca a Jesús, quiero dejarle hacer lo que quiera con su pelotita.

Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.

NOTAS Cta 79

1 Exclamación habitual del señor Martin: cf CG p. 441+c.

Cta 80 A sor Marta de Jesús1

10 de enero de 1889

Recuerdo de mi toma de hábito obsequiado a mi querida hermanita.

Pronto el divino Prometido de Teresa del Niño Jesús será también el de sor Marta de Jesús2.

Pídele a Jesús que yo llegue a ser una gran santa. Yo pediré esa misma gracia para mi querida compañera.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz3
nov. carm. ind.4

NOTAS Cta 80

1 Dedicatoria al dorso de una estampa.

2 Sor Marta tomará el hábito el 2 de mayo de 1889.

3 Aparece aquí por vez primera, en la firma de Teresa, el apellido *«de la Santa Faz»*. Cf Ms A 71rº; y Cta 87, n. 5.

4 Abreviatura de «novicia carmelita indigna».

A.M.D.G.

[Image]

CUARTO PERÍODO - EL NOVICIADO

(enero de 1889-septiembre de 1890)

Cta 81 A Celina

23-25 (?) de enero de 1889

J.M.J.T.

¡Jesús y su cruz...!

Hermana querida:

Sí, *querida* de mi corazón, ¡Jesús está ahí con su cruz1! Al privilegiarte con su amor, quiere hacerte semejante a él. ¿Por qué te vas a asustar de no poder llevar esa cruz sin desfallecer? Jesús cayó hasta tres veces camino del Calvario, y tú, pobre niñita, ¿no vas a parecerte a tu *esposo*, no querrás caer 100 veces, si es necesario, para demostrarle tu amor levantándote con más fuerzas que antes de la caída...?

Celina, Jesús tiene que amarte con un amor muy especial para probarte de esa manera. ¿Sabes que casi estoy celosa? A los que más aman, *más* les da, a los que aman menos les da menos2...

Pero tú no sientes tu amor hacia TU ESPOSO; quisieras que tu corazón fuese una llama que subiese hacia él sin el más ligero humo3. Ten muy presente que el humo que te rodea es humo sólo para ti, para quitarte por completo la visión de tu amor a Jesús; la llama sólo Jesús la ve, al menos se la reserva toda entera para sí, pues, si nos la mostrase un poco, vendría enseguida el amor propio como un viento fatal que todo lo apaga...

[vº] En estos momentos me das la impresión de una persona que está rodeada de inmensas riquezas... cuya vista se pierde en el horizonte... Esta persona quiere volverles la espalda porque, dice, las excesivas riquezas le estorban, no sabe qué hacer con ellas, vale más dejar que se pierdan, ¡o bien dejar que *algún otro* se las lleve...! Ese otro no vendrá, pues esas riquezas están preparadas para la prometida de Jesús..., ¡y sólo para ella...!

Dios daría la vuelta al mundo para encontrar el sufrimiento, a fin de dárselo a un alma sobre la que su DIVINA mirada se ha posado con un *amor* indecible4...

¿Qué nos importan a nosotras... las cosas de la tierra...? ¿Podrá ser nuestra patria ese *lodo*, tan poco digno de un alma inmortal? ¿Y qué nos importa que hombres mezquinos corten el *moho* que crece en ese lodo? Cuanto más en el cielo esté nuestro corazón, tanto menos sentiremos esos *alfilerazos*5...

Pero no creas que no es una *gracia*, y de las *grandes*, el sentirlos, pues así nuestra vida es un *martirio* y un día Jesús nos entregará la palma. ¡Padecer y ser *despreciado*6! ¡Qué *amargura*, pero qué gloria también! He aquí la divisa del lirio *siempreviva*... Ninguna otra le sentaría bien.

Mi corazón te sigue en la *noble tarea* que Jesús te ha encomendado. ¡Tú no eres un soldado, sino un general...! Sufrir ahora y siempre... Pero todo pasa7.

NOTAS Cta 81

1 La enfermedad del señor Martin.

2 TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, c. 33. [Así en la edición francesa. En realidad, C 32,7. N. del T.]

3 Cf Im III, 49, 2.

4 Pensamiento del P. Pichon.

5 Palabras humillantes relativas a la enfermedad de su padre.

6 Palabras de san Juan de la Cruz. Cf Ms A 48rº, 73vº; Cta 183, 185 y 188. Nótese que, mucho antes del verano de 1887, Teresa había podido leer en la *Imitación* (que muy pronto aprendió de memoria): «Jesucristo quiso sufrir y ser despreciado» (Im II, 1, 5).

7 Cf registro del breviario de santa Teresa de Jesús.

Cta 82 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 28 de febrero de 1889

Jesús +

Mi querida Celina:

¿Es posible que te esté escribiendo a Caen1...? Me pregunto si estoy soñando o despierta... Pero no, ¡es una realidad...!

Te vas a asombrar, hermanita querida, si te digo que estoy lejos de compadecerte; pero, ya ves, tu suerte me parece envidiable. Jesús tiene sobre ti miras de un amor indecible, quiere que su lirio-*siempreviva* sea todo para él, y es él mismo quien se encarga de que haga su primer noviciado, es su mano divina la que adorna a su esposa para el día de sus bodas, y su mano amorosa no se equivoca de aderezos... Jesús es un esposo de *sangre*2... Quiere para sí *toda* la sangre del corazón...

¡Ay, cuánto cuesta darle a Jesús lo que pide...! ¡Y qué suerte que cueste...! ¡Qué alegría inefable es llevar nuestras cruces EN DEBILIDAD! ¿Comprende el Lirio-*siempreviva* al pobre grano de arena...? Tu noviciado es el del **[vº]** dolor, ¡qué privilegio tan inexplicable...!

Sí, hermanita querida, lejos de quejarme a Jesús por la cruz que nos envía, no logro entender el amor *infinito* que lo ha movido a tratarnos así... Jesús tiene que amar mucho a nuestro padre querido para que sufra de esta manera. ¿Pero no te parece que la desgracia que le aflige es realmente la coronación de su hermosa vida...? Mi querido Lirio-*siempreviva*, creo que te es estoy diciendo auténticas locuras, pero no importa; pienso muchas otras cosas sobre el amor de Jesús, que son quizás mucho más fuertes que lo que te acabo de decir...

¡Qué dicha ser humilladas! Es el único camino que hace santos... ¿Podemos dudar ahora de la voluntad de Dios para nuestras almas...? La vida no es más que un *sueño*3; pronto nos despertaremos, ¡y entonces que alegría...! Cuanto mayores sean nuestros sufrimientos, más infinita será nuestra gloria... ¡No, no perdamos la prueba que Jesús nos envía! Es una mina de oro sin explotar, ¿perderemos la ocasión...? El grano de arena quiere poner manos a la obra sin *alegría*, sin *ánimo*, sin *fuerzas*, y precisamente estos títulos le facilitarán la empresa, quiere trabajar por amor.

Comienza el *martirio*, entremos juntas en la lid si el Lirio-*siempreviva* no desdeña al pobre *grano de arena*.

NOTAS Cta 82

1 Tras una grave crisis, el señor Martin fue hospitalizado en el *Bon Sauveur* de Caen el 12 de febrero.

2 Expresión del P. Pichon: cf Cta 112 y 165.

3 Cf SANTA TERESA DE JESÚS, *Exclamaciones* 13,2.

Cta 83 A Celina

5 de marzo de 1889

J.M.J.T

Jesús +

Querida Celina:

¡Imposible decirte cuánto bien me han hecho tus letras...! Ahora sí que eres de verdad el *Lirio-siempreviva* de Jesús. ¡Y qué contento está él de su lirio! ¡Con qué amor mira a esa su flor querida que no ama a nadie *más que a él*, que no tiene otro deseo que el de consolarlo...!

Cada nuevo sufrimiento, cada angustia del corazón es como un ligero céfiro que lleva hasta Jesús el perfume de su lirio. Entonces él sonríe con amor y prepara enseguida una nueva amargura y llena el cáliz hasta los bordes, pensando que cuanto más crezca su lirio en el amor tanto más debe crecer también en el sufrimiento...

¡Qué privilegio nos concede Jesús enviándonos un *dolor* tan grande! ¡No bastará toda una ETERNIDAD para agradecérselo! Nos colma de sus favores como colmó a los más **[vº]** grandes santos, ¿Por qué tan gran predilección...? Es un secreto que Jesús nos revelará en nuestra patria el día en que «enjugue todas las lágrimas de nuestros ojos»...

Tiene que ser a *mi alma*1 a quien hablo así, pues de otro modo no sería comprendida; pero es a ella a quien me dirijo, y ella adivina todos mis pensamientos. Sin embargo, lo que tal vez ella ignora es el amor que Jesús le tiene, un amor que lo pide TODO. Nada hay imposible para él, y no quiere poner límite alguno a la SANTIDAD de su lirio... ¡Su límite es no tenerlos...! ¿Y por qué los habría de tener...? Nosotros somos más grandes que todo el universo, y un día tendremos incluso una existencia divina...

¡Y cómo agradezco a Jesús que haya plantado un lirio al lado de nuestro padre querido! Un lirio que no tiene miedo a nada, un lirio que prefiere *morir* antes que abandonar el campo *glorioso* donde el amor de Jesús le ha colocado...

Ya no tenemos nada que esperar sobre la tierra, nada más que el sufrimiento y siempre el sufrimiento. Y cuando hayamos terminado, el sufrimiento seguirá aún allí tendiéndonos los brazos. ¡Qué suerte tan envidiable...! Los querubines en el cielo envidian nuestra dicha.

[vºtv] Pero no era para esto para lo que yo quería escribir a mi Celina querida, sino para decirle que comunique a la señorita Paulina2 la desgracia que nos ha golpeado con la enfermedad de papá. ¡Ríete ahora de tu pobre Teresa que aborda el tema al final de la carta!

¡Pobre Leonia! También a ella la quiero mucho, y sufre mucho más que nosotras, pues Jesús le ha dado menos. Pero a quienes ha dado mucho, *mucho* les pedirá.

Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús
post. carm. ind.3.

NOTAS Cta 83

1 Celina.

2 Paulina Romet.

3 Ha de leerse: «novicia», en vez de «postulante».

Cta 84 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

El Carmelo, 12 de marzo de 1889

Jesús +...

Querida tiíta:

Me veo en la imposibilidad de obedecerla, pues me sería demasiado difícil no decirle: *gracias*... ¡Cuán poca cosa son esas siete letras para expresarle mi gratitud! Pero ojalá que mi tía sepa comprender todo lo que su hijita no acierta a decirle. ¡Qué buena es usted, querida tía...! ¡Cuánto voy a rezar **[1vº]** por usted! ¡Qué verdad es que soy incapaz de hacer cosa buena! En vez de ganar dinero, no hago más que perderlo; por eso la delicadeza de mi tiíta querida me ha llegado tan a lo hondo1. No salía de mi asombro al verme de golpe tan rica, sin haber hecho nada para ganar tanto dinero... No puedo menos de sonreír al pensar que, gracias a mis generosos parientes, soy *yo* quien va a suministrar el pescado a toda la comunidad...

Por favor, querida tía, **[2rº]** dé las gracias a mi querido tío de mi parte y exprésele todo mi agradecimiento.

Querida tía, mucho tiene que amarla Dios para hacerla sufrir tanto. Sin embargo, si él me escuchase, usted ya no estaría nunca enferma, pues yo sería feliz de que me enviase a mí todos los sufrimientos que le reserva a usted.

Querida tía, ¡qué poco y qué mal va traducirle mi carta los sentimientos de mi corazón...! ¡Quisiera poder demostrarle toda mi gratitud, que es enorme...!

[2vº] ¡Qué bueno es Jesús al dejarnos, en la prueba cruel que nos envía, el consuelo de ver que nuestros parientes comparten y comprenden nuestro dolor!

Un abrazo con todo el corazón para mi Juanita y para mi *amita* de casa2.

Adiós, querida tía. Gracias de nuevo, a usted y a mi querido tío. Un abrazo muy tierno para los dos. Su hijita muy agradecida,

Sor Teresa del Niño Jesús
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 84

1 «Mi tía había pagado una obra hecha por Teresa», indica sor Genoveva.

2 María Guérin, encargada de vigilar los Buissonnets en ausencia de Celina y de Leonia, que se habían instalado en Caen.

Cta 85 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 12 de marzo de 1889

«¡Viva Jesús...! ¡Qué bueno es entregarse a él y sacrificarse por su amor1...!».

¡Celina...! Este nombre querido resuena dulcemente en el fondo de mi corazón... ¿No sintonizan a la perfección nuestros dos corazones...?

Esta noche necesito ir a hundirme con mi Celina en el infinito... Necesito olvidar la tierra... Todo me cansa aquí abajo, todo me pesa... Sólo encuentro una alegría: la de sufrir por Jesús. Pero esta alegría *no gustada* supera a toda alegría...

La vida pasa... La eternidad se acerca a grandes pasos... Pronto viviremos de la vida misma de Jesús... Después de haber sido abrevadas en la fuente de todas las amarguras, seremos deificadas en la fuente misma de todas las alegrías y de todas las delicias... Pronto, hermanita, con una sola mirada podremos comprender lo que pasa en lo más íntimo de nuestro ser...

La representación de este mundo PASA... Pronto veremos unos cielos nuevos, y un sol más radiante iluminará con sus esplendores mares celestiales y horizontes infinitos2... La inmensidad será nuestra heredad..., ya no estaremos prisioneros en esta tierra de destierro... ¡*todo* habrá PASADO...! Bogaremos con nuestro esposo celestial sobre lagos sin riberas... ¡El infinito no tiene límites, ni fondo, ni orillas3...! «Animo, Jesús escucha hasta el último eco de nuestro dolor»4. Nuestras arpas, en este momento, están colgadas en los sauces que bordean el río de Babilonia..., pero **[vº]** el día de nuestra liberación ¡qué armonías haremos escuchar..., con qué gozo haremos vibrar todas las cuerdas de nuestros instrumentos...!

El amor de Jesús a Celina sólo Jesús puede comprenderlo... Jesús ha hecho locuras por Celina... Que Celina haga *locuras* por Jesús... El amor sólo con amor se paga y las heridas de amor sólo con amor se curan5.

Ofrezcamos nuestros sufrimientos a Jesús para salvar almas. ¡Pobres almas...! Ellas tienen menos gracias que nosotras, y sin embargo toda la sangre de un Dios se derramó por salvarlas... Y Jesús quiere hace depender su salvación de un suspiro de nuestro corazón... ¡Qué gran misterio...! Si un solo suspiro puede salvar *un alma*, ¿qué no podrán hacer sufrimientos como los nuestros...? ¡No rehusemos nada a Jesús...!

La campana está tocando y todavía no he escrito a mi pobre Leonia. Dale mis recuerdos y un abrazo y dile que la quiero... Que sea *muy fiel* a la gracia, y Jesús la bendecirá. Que pregunte a Jesús lo que quiero decirle, le doy a él mis encargos...

¡Hasta pronto...! ¡El cielo, el cielo! ¿Cuándo estaremos ya en él?

El *granito de arena de Jesús*

NOTAS Cta 85

1 De una carta del P. Pichon a Teresa.

2 Lamennais, *Une voix de prison*.

3 Arminjon, *op. cit*., p. 300.

4 De una carta del P. Pichon a sor María del Sagrado Corazón.

5 SAN JUAN DE LA CRUZ, CE 9,7; 11,11.

Cta 86 A Celina

J.M.J.T.

15 de marzo de 1889

Jesús +

Gracias por tu carta. Al granito de arena le ha *gustado* mucho...

En una de tus cartas me decías últimamente que eras mi sombra. ¡Huy, qué triste sería si fuese verdad! Pues ¿qué puede ser la sombra de un pobre granito de arena...?

Yo pienso en algo mejor para mi Celina querida. Esa idea de la sombra me ha gustado, y me he dicho a mí misma que, en efecto, Celina debería ser la sombra de algo, ¿pero de qué...? No he podido encontrar nada en toda la creación que pueda reflejar la idea que me he formado de esa realidad de la que mi Celina deba ser sombra fiel: ¡Jesús mismo ha de ser esa *divina realidad*...!

Sí, Celina debe ser la humilde sombra de Jesús... ¡Qué título tan humilde **[vº]**, y, sin embargo, tan glorioso...! Porque ¿qué es una sombra...? Pero ¡qué gloria ser la sombra de Jesús...!

¡Cuántas cosas tendría para decir sobre este tema a la humilde sombra de Jesús! Pero tengo muy poco tiempo, y me es imposible...

El sueño de mi Celina es muy bonito, quizás un día se haga realidad1... Pero, mientras tanto, comencemos nuestro martirio, dejemos que Jesús nos *arranque* todo lo que nos es más querido, y no le neguemos nada... Antes de morir a espada, muramos a alfilerazos... ¿Comprende Celina...?

El granito de arena se une en el sufrimiento a la humilde *sombra* de Jesús.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 86

1 Este fue el sueño de Celina: «¡Si supieras lo que he soñado la otra noche! Tú acababas de morir mártir. Un hombre te había llevado a un bosque para matarte. Yo te había visto con envidia partir para el martirio... Estaba esperando lo que iba a ocurrir, cuando de pronto vimos que una humareda se elevaba hacia el cielo. Luego cantó un pájaro y nos dijimos: ¡El sacrificio ha terminado! Teresa es mártir... Ante esta noticia, mi corazón se estremeció de alegría. ¿Y yo? ¿Voy a quedar separada de mi Teresa querida? ¡No!, eso no podía ser. Algo había que me hacía esperar la misma dicha. Y en efecto, mientras yo erraba por el campo, un muchachito aprendiz de zapatero se echa sobre mí y me hunde varias veces su lezna en el cuello. Yo me sentía tan feliz, que no pensaba en huir; pero como el muchacho estaba sin duda demasiado débil, no me moría. Sin embargo, su rabia aumentaba más y más, y acabó arrancándome los ojos (...) Me desperté con gran pesar de que el sueño no hubiese sido realidad» (A Teresa, LC 110, 13/3/1889).

Cta 87 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 4 de abril de 1889

¡Jesús...!

Celinita querida:

Tu carta me ha dejado una gran tristeza en el alma... ¡Pobre papaíto! No, los pensamientos de Jesús no son nuestros pensamientos, ni sus caminos son nuestros caminos...

El Señor nos presenta un cáliz tan amargo como nuestra débil naturaleza puede soportar. No retiremos los labios de ese cáliz preparado por la mano de Jesús... Veamos la vida bajo su verdadera luz... Es sólo un instante entre dos *eternidades*1... Suframos en *paz*2.

Confieso que esta palabra «paz» me parecía un poco fuerte; pero el otro día, reflexionando sobre ello, encontré el secreto para sufrir en paz... Quien dice *paz* no dice alegría, o al menos alegría *sensible*... Para sufrir en paz, basta con querer todo lo que Jesús quiere... Para ser la esposa de Jesús, es *necesario* parecerse a Jesús. ¡Y Jesús está todo él sangrante3, está coronado de espinas...!

¡Mil años en tu presencia, Señor, son un ayer que PASÓ...!

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión... En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras... Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar: «Cantadnos un cantar de Sión...» ¿Cómo cantar un **[vº]** cántico del Señor en tierra extranjera...? (Salmo de David).

No, no cantemos a las criaturas los cánticos del cielo..., sino, como Cecilia, cantemos en nuestro corazón un canto melodioso para nuestro amado4...

El canto del sufrimiento unido a sus sufrimientos es lo que más cautiva su corazón...

Jesús arde de amor por nosotras... ¡Mira su Faz adorable...! ¡Mira esos ojos apagados y bajos...! Mira esas llagas... Mira a Jesús en su Faz5... Allí verás cómo nos ama.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 87

1 Cf P. d'Argentan, *Conférences sur les grandeurs de Dieu*, t. II, cap. XI.

2 Cf Im III, 47, *Réflexions* de Lamennais.

3 Ese jueves 4 de abril se celebraban las primeras Vísperas de la fiesta de la Preciosísima Sangre de Jesús, que en aquella época estaba fijada para viernes de la cuarta semana de cuaresma.

4 Cf Cta 54, n. 2.

5 Son muchas las cartas de este período en que Teresa evoca la Faz de Cristo (en 1889: Cta 87, 95, 98; en 1890: 102, 105, 108, 110, 117), las más de las veces con referencia a la imagen de la Santa Faz difundida por el Oratorio de Tours; cf Ms A 71rº y CG p. 488s. Para la devoción de Teresa en el último tramo de su vida, cf Or 12 (*Consagración a la Santa Faz*) y *Prières*, pp. 118s.

Cta 88 A María Guérin

24 de abril de 1889

J.M.J.T.

Miércoles, abril de 1889

Jesús +

Querida hermanita:

Voy a pedirte un favor, y me dirijo a ti porque sé que los Buissonnets, que ahora, ¡ay!, están desiertos, eran en otro tiempo tus dominios.

¿Te acuerdas de un libro que la señora Tifenne me regaló para mi primera comunión? Se titulaba. «El ramillete de la joven». Ese libro debe de estar en uno de los cajones de la cómoda de mi pobre papaíto. Me alegraría mucho poderlo tener lo antes posible **[1vº]**, así como otro más *pequeño* que me regalaron las señoritas Primois1. Es un libro marrón, orlado con una viñeta dorada; creo que son meditaciones sobre la Eucaristía. Este libro está en uno de los estantes del armario de la habitación de Celina (el de junto a la puerta). Querida hermanita, perdona que te pida este favor... Si fuera posible, podrías quizás explicarle a la sirvienta lo que quieres, sin ir tú misma a los Buissonnets.

Es increíble cómo se han estrechado ahora nuestros lazos. Me parece que, tras nuestra terrible prueba, somos más *hermanas* aún que antes.

[2rº] ¡Si supieras cómo *te quiero* y cuánto pienso en todos vosotros...! ¡Cuánto bien hace, cuando se sufre, el tener corazones amigos cuyo eco responde a nuestro dolor...! ¡Cómo agradezco a Jesús que nos haya dado unos parientes tan buenos..., unas hermanitas tan cariñosas! Nuestras pobres hermanitas de *allá lejos*2 no se cansaban el otro día de contarnos todas las atenciones que les prodigáis. Me di cuenta de que el *corazón* de mi Mariíta había conmovido el *corazón* de mi Celina, y esto trajo una gran alegría a mi pobre *corazón*, ¡pues quiero tanto a mi María...! Todos los elogios que se hicieran de ella **[2vº]** serían muy poco comparados con lo que yo *pienso de ella* en mi interior.

Escribo a toda prisa, como una locuela, sin pensar que mi pobre pluma no es capaz, ni mucho menos, de seguir a mi corazón y que, a no dudarlo, voy sufrir el bochorno de que no se me pueda leer.

Hermanita querida, da un abrazo de mi parte a *todos* los que quiero tanto, y dales las gracias por habernos mimado por Pascua con rico chocolate y buen pescado... ¡Dios mío, no puedo pensar en el *pescado*3..., mi tío tenía aquel día un algo tan PATERNAL, un algo tan fuera de lo común..., que nunca olvidaré aquella visita!

Tu hermanita que te quiere,

Sor Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 88

1 María y Juana Primois, amigas de la familia Martin.

2 Celina y Leonia, las «desterradas de Caen» (Ms A 73vº), que se hospedaban en una pensión cerca del *Bon Sauveur*.

3 Ese regalo emocionó a Teresa al recordarle a su padre, que antaño era tan feliz cuando regalaba el pescado a las carmelitas.

Cta 89 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 26 de abril de 1889

¡Jesús...! +

Jesús mismo se va a encargar de decir FELIZ CUMPLEAÑOS a su prometida al cumplir los 20 años1.

¡Qué vigésimo año tan fecundo en *sufrimientos*, en gracias de elección...! Veinte años, edad llena de *ilusión*, dime: ¿qué ilusión dejas en el corazón de mi Celina...?

¡Cuántos recuerdos entre nosotras...! ¡Todo un mundo de ellos...! Sí, Jesús tiene sus preferencias; en su jardín hay frutos que el Sol de su amor hace madurar casi casi en un abrir y cerrar de ojos... ¿Por qué somos nosotras de ese número...? Pregunta llena de misterios... ¿Qué razón puede darnos Jesús? **[1vº]** ¡Su razón es que no hay ninguna...! ¡Celina...!, aprovechémonos de esa predilección de Jesús que en tan pocos años nos ha enseñado tantas cosas, no descuidemos nada que pueda agradarle... Dejémonos dorar por el sol de su *amor*..., ese sol abrasador..., ¡consumámonos de amor...!

Dice san Francisco de Sales: «Cuando el fuego del amor anida en un corazón, todos los muebles vuelan por las ventanas»2. ¡No, no dejemos nada..., nada en nuestro corazón, más que a Jesús...!

Y no pensemos que podremos amar sin sufrir, sin sufrir mucho... Nuestra pobre naturaleza está ahí, ¡y está para algo...! Ella es nuestra riqueza, nuestro medio de ganarnos la vida... Y es tan preciosa, que Jesús vino a la tierra expresamente para poseerla.

[2rº] ¡Suframos con amargura, sin ánimos...! «Jesús sufrió con *tristeza*. Sin tristeza, ¿cómo iba a sufrir el alma?»3 ¡Y nosotras quisiéramos sufrir generosamente, grandiosamente...! ¡Celina, qué ilusión...! ¿Quisiéramos no caer nunca...? ¡Qué importa, Jesús mío, que yo caiga a cada instante! En ello *veo* mi debilidad, y eso constituye para mí una gran ganancia... *Tú ves* ahí lo que yo soy capaz de hacer, y por eso te vas a sentir más inclinado a llevarme en tus brazos... Si no lo haces, señal de que te gusta verme *por el suelo*..., y entonces no tengo por qué inquietarme sino que tenderé siempre hacia ti mis brazos suplicantes y llenos de amor... ¡No puedo creer que me abandones...!

[2vº] «Los santos encontraban la cruz *precisamente* cuando estaban a los pies de Nuestro Señor»4.

¡Celina querida, dulce eco de mi alma...! ¡Si conocieras mi miseria...! ¡Si supieras...! La santidad no consiste en decir cosas hermosas, ni consiste siquiera en pensarlas o en sentirlas... Consiste en *sufrir*, y en sufrir *toda clase de sufrimientos*. «¡La santidad hay que conquistarla a punta de espada! ¡Hay que *sufrir*..., hay que *agonizar*...!»5.

Vendrá un día en que las sombras desaparecerán, y entonces no quedará ya nada más que la alegría, la embriaguez...

¡Aprovechémonos de nuestro único momento de sufrir...! No miremos más que al instante presente... Un instante es un tesoro... Un solo acto de amor nos hará conocer mejor a Jesús..., nos acercará a él por toda *la eternidad*...

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 89

1 Celina iba a cumplir 20 años el 28 de abril.

2 Cf CAMUS, *Esprit de saint François de Sales*, II, 27: sentencia citada por el P. Pichon en su plática del 13 de octubre de 1887.

3 P. Pichon, charla de los ejercicios espirituales de octubre de 1887.

4 *Ibid.*, mayo de 1888.

5 *Ibid.*, mayo de 1888.

Cta 90 A Celina

17 (?) de abril de 1889

J.M.J.T.

Para el *28* de abril

Quiero desear una vez más un feliz cumpleaños a mi querida Celina. Y le mando un pequeño ramillete de parte del Niño Jesús1, que le agradece todas las preciosas flores que ella le ha regalado.

Cierto que esas flores no son esplendorosas: el Niño Jesús del Carmelo es pobre, pero en el cielo **[1vº]** nos mostrará sus riquezas, y yo sé bien a quién colmará de ellas...

Mañana recibiré a Jesús2. ¡Y cuánto le hablaré de mi Celina, de ese *otro yo*! Tendré muchas cosas que decirle, pero no me resultará difícil, un solo suspiro se lo dirá todo.

¡Menudo desorden! Pero voy tan de prisa, que tendrás que perdonarme. Quisiera que conocieses mi corazón y todo lo que en él se encierra para ti; pero hay cosas que no pueden escribirse y que sólo comprende el corazón.

[2rº] (El ramillete de Jesús ha pasado varias horas delante de él ¡en un vaso aún más pobre que él...!)

Celina querida, un día iremos al cielo para siempre. Y allí ya no habrá ni día ni noche como en la tierra... ¡Qué alegría! Caminemos en paz mirando al cielo, UNICA meta de nuestros trabajos. La hora del descanso está ya cerca3.

Dale un fuerte abrazo de mi parte a Leonia, a quien quiero tanto. No me olvido de la fecha de sus 25 años4; **[2vº]** desde que estoy en el Carmelo tengo mucha memoria para las fechas.

Hasta pronto, Celina, *siempreviva* de Jesús... Te quiero mucho más de lo que sé decirte.

Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 90

1 Una estatua del Niño Jesús que había en el claustro.

2 La comunión del domingo. En aquella época, la comunión diaria no se estilaba en el Carmelo.

3 Cf Im III, 47, *Reflexiones*; y Cta 173.

4 Teresa comete una equivocación: Leonia cumplirá 26 años el 3 de junio.

Cta 91 A sor María del Sgdo. Corazón

Finales de mayo de 1889

J.M.J.T.

Jesús +

León querido, ¡gracias, gracias...! ¿Qué quieres que te diga el pobre corderito1...? ¿No fuiste tú quien lo educó...? Recuerda aquellos tiempos en los que, sentada en la *silla alta* y teniéndome tú en tu regazo, me hablabas del cielo2... Todavía te oigo decir: «Mira cuánto trabajan los comerciantes para ganar dinero. Y nosotras podemos amontonar tesoros para el cielo a cada instante sin tantos trabajos; lo único que tenemos que hacer es recoger diamantes con un RASTRILLO».

[vº] Y yo me iba con el corazón desbordante de alegría y de buenos propósitos... ¡Sin ti, tal vez yo no estaría en el Carmelo...!

Mucho tiempo ha pasado desde aquellas horas felices que vivimos en nuestro dulce nido... Jesús ha venido a visitarnos... Y nos ha hallado dignas de pasar por el crisol del sufrimiento...

Antes de mi entrada en el Carmelo, nuestro *incomparable* decía al entregarme a Dios: «Quisiera tener algo mejor que ofrecer a Dios». Jesús ha escuchado su oración: ese algo mejor era ¡*él mismo*...! ¡Qué alegría por un *instante* de sufrimientos...!

Es el Señor quien lo ha hecho..., y el Señor ama a papá incomparablemente más de lo que le amamos nosotras: Papá es el hijito de Dios; **[vºtv]** y Dios, para ahorrarle *grandes* sufrimientos, ¡quiere que suframos nosotras por él...! ¡A nosotras nos toca darle las gracias...!

León querido, la vida pasará muy pronto. En el cielo nos dará completamente igual ver que todas las *reliquias* de los Buissonnets hayan sido desparramadas3. ¿Qué importa la tierra...?

Tu hijita, a quien tú educaste...,

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 91

1 Sor María del Sagrado Corazón le había escrito: «Unas palabritas para tu pobre hermana mayor. Sor María de los Angeles me ha dado permiso. Consuélame un poco. A pesar de todo, mi corazón está muy triste cuando pienso en nuestro querido papaíto» (LC 112).

2 Cf Ms A 33rº.

3 Estaban comenzando a dispersar el mobiliario de los Buissonnets, ya inútil. Ver CG p. 484+d.

Cta 92 A María Guérin

J.M.J.T.

Jueves 30 de mayo de 1889

Jesús +

Querida hermanita:

Has hecho bien en escribirme. Lo he comprendido *todo... todo, todo, todo*1... No has cometido ni *sombra* de *pecado*. Conozco tan bien lo que son esa clase de tentaciones, que puedo asegurártelo sin temor a equivocarme. Además, Jesús me lo dice en el fondo del corazón... Hay que despreciar todas esas tentaciones y no hacerles ningún caso.

¿Quieres que te diga una cosa que me ha dado *mucha* pena...? Que mi Mariíta dejara de comulgar... el día de la Ascensión2 y el último día del mes de María... ¡Qué pena tan grande le habrá dado eso a Jesús...!

Muy astuto tiene que ser el demonio para engañar así a un alma3... ¿Pero no ves, cariño, que ésa es la meta que persigue? Sabe muy bien el pérfido que no puede hacer pecar a un alma que quiere ser toda de Jesús, **[1vº]**, y por

eso sólo intenta hacérselo creer. Ya es mucho para él llevar la turbación a esa alma; pero su rabia necesita algo más: quiere privar a Jesús de un tabernáculo amado; y al no poder entrar él en ese santuario, quiere al menos que se quede *vacío* y sin dueño... ¿Y qué será de ese pobre corazón...? Cuando el diablo consigue alejar a un alma de la sagrada comunión, lo ha *ganado todo*... ¡Y Jesús llora...!

¡Cariño!, piensa, pues, que Jesús está allí en el sagrario expresamente para ti, para *ti sola*, y que arde en deseos de entrar en tu corazón... ¡Anda, no escuches al demonio, búrlate de él y vete a recibir sin miedo al Jesús de la paz y del amor...!

Pero ya te estoy oyendo decir: «Teresa dice esto porque no sabe..., no sabe que lo hago muy adrede..., que eso me divierte..., y además no puedo comulgar porque creo que cometo un sacrilegio, *etc. etc. etc.*». Sí, tu pobre Teresita lo sabe muy bien, **[2rº]** te digo que lo adivina *todo,* y te asegura que puedes ir sin temor a recibir a tu único amigo verdadero... También ella ha pasado por el martirio de los escrúpulos4, pero Jesús le concedió la gracia de comulgar incluso cuando ella creía haber cometido *grandes pecados*... Pues bien, te aseguro que ella se convenció de que ése era el único medio para desembarazarse del demonio, pues cuando él ve que está perdiendo el tiempo nos deja tranquilos...

No, es IMPOSIBLE que un corazón «que sólo encuentra descanso mirando a un sagrario» ofenda a Jesús hasta el punto de no poderle recibir. Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su corazón ¡es la falta de confianza...!

Hermanita, ya antes de recibir tu carta presentía tus angustias. Mi corazón estaba unido a tu corazón. Anoche, en sueños, intentaba consolarte, pero no podía conseguirlo..., y no seré hoy más afortunada a no ser que Jesús y la Virgen Santísima vengan a ayudarme. Espero que mi **[2vº]** deseo se convierta en realidad y que la Santísima Virgen, el último día de su mes, cure a mi hermanita querida. Pero para eso, es necesario orar, *orar mucho*. Si pudieras ponerle una vela a Nuestra Señora de las Victorias..., ¡tengo tanta confianza en ella...!

Tu corazón está hecho para amar a Jesús, para amarlo apasionadamente. Pídele que *los años más hermosos de tu vida* no transcurran entre miedos quiméricos.

No tenemos más que los breves instantes de nuestra vida para amar a Jesús. El diablo lo sabe muy bien, y por eso procura consumirla en trabajos inútiles...

Hermanita querida, *comulga con frecuencia*, con mucha frecuencia... Este es el *único remedio* si quieres curarte. No en vano ha puesto Jesús esos deseos en tu alma. (Yo creo que a él le gustaría que pudieses recuperar las dos comuniones que dejaste, pues así la victoria del demonio sería menor al no haber logrado alejar a Jesús de tu corazón).

No temas amar *demasiado* a la Santísima Virgen, *nunca* la amarás lo suficiente, y Jesús estará muy contento pues la Virgen es su Madre.

Adiós, hermanita, y perdona este rompecabezas que es mi carta; no puedo volverla a leer por falta de tiempo. Da un abrazo de mi parte a todos los míos,

[vºtv] Sor Teresa del Niño Jesús
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 92

1 He aquí un extracto de la carta de María, que por esas fechas se encontraba en la Exposición de París: «Vengo a molestarte una vez más, y sé de antemano que no vas a estar contenta de mí. Pero ¿qué quieres?, sufro tanto que me hace bien volcar todas mis penas en tu corazón. París no está hecho para curar los escrúpulos, ya no sé adónde volver la mirada: si huyo de una desnudez, me encuentro con otra, y así de continuo todo el día. Es para morirse de pena. Me parece que lo hago por curiosidad, tengo que mirarlo todo, me parece que es por ver el mal. No sé si me vas a entender: tengo tal lío en la cabeza, que no acierto a desenredarlo. El demonio no cesa tampoco de recordarme todas esas cosas feas que he visto durante el día, y ése es otro motivo de tormento. ¿Cómo quieres que comulgue mañana y el viernes? Me veo obligada a abstenerme, y ésta es la prueba más dura, nunca había sentido tanto amor a la comunión; pienso que estaría inundada de consuelos, que me sentiría fortalecida si pudiese tener a Dios dentro de mi corazón; de otro modo, está tan vacío mi pobre corazón, está lleno de tristeza, nada puede distraerme. ¡Qué ciudad, París! ¡Cuánto más feliz es uno en nuestra casita de la calle Condorcet! ¿Sabes cuándo me siento más feliz? Cuando estoy en la iglesia. Al menos allí puedo posar mis ojos en el sagrario, y entonces siento que estoy en mi centro, todo lo demás no está hecho para mí. Yo no sé cómo la gente puede vivir aquí; para mí esto es un verdadero infierno» (A Teresa, LC 113, 29 de mayo de 1889).

2 Ese mismo día, 30 de mayo.

3 Cf la documentación sobre el demonio; TrH, pp. 128ss.

4 Cf Ms A 39rº y 44rº.

Cta 93 A María Guérin

J.M.J.T.

Domingo 14 de julio de 1889

Jesús +

Querida hermanita:

Ya que tienes la humildad de pedir consejos a tu Teresita, ésta no te los puede negar1. Pero como es una pobre novicia sin experiencia, tiene miedo de equivocarse, y tú misma podrías tener también dudas acerca de lo que ella te dice. Pero hoy no tengas miedo: la que te envío es la respuesta misma de Jesús. ¡Y qué feliz me siento al transmitírtela...!

Esta mañana pregunté a nuestra Madre qué debía contestarte acerca de lo que le dijiste a Celina. Si haces lo que nuestra querida Madre me ha dicho para ti, no tienes por qué tener miedo a equivocarte, pues Dios ha puesto en su corazón un profundo conocimiento de las almas y de todas sus miserias. Ella lo sabe *todo*, *nada* se le oculta, conoce perfectamente tu alma.

Y esto es lo que me ha dicho que te diga *de parte de Jesús*: «*Hiciste muy bien* en contárselo todo a Celina; sin embargo, es mejor no hablar de esas cosas, es preferible no hacerles ningún caso, porque nuestra Madre está segura de que no pecas».

Bueno, ¿estás ya tranquila...? Me parece que yo, en tu lugar, si me hubiesen dicho eso, me habría curado del todo y me habría dejado conducir **[vº]** a ciegas, pues ése es el único camino para tener paz y sobre todo para agradar a Jesús.

Aun cuando estuvieses segura de haber pecado, no hay peligro alguno de ello, pues *nuestra Madre*, que tiene (¡digo yo!) más experiencia que *tú*, te dice que no pecas...

¡Qué afortunada eres, María, de tener un corazón que sabe *amar* de esa manera...! Da gracias a Jesús por haberte dado un don tan precioso y entrégale *todo entero* tu corazón. Las criaturas son demasiado pequeñas para llenar el *vacío inmenso* que Jesús ha abierto en ti, no les des cabida en tu alma...

Dios no te cogerá en sus lazos, pues estás ya bien aprisionada en ellos...

Sí, es una gran verdad que nuestro afecto no es de la *tierra*. Es demasiado fuerte como para eso, y ni la misma muerte será capaz de romperlo...

No te aflijas por no sentir ningún consuelo en tus comuniones. Es una prueba que hay que soportar con amor. No pierdas ni una sola de las *espinas* que encuentres a diario: ¡con una sola de ellas puedes *salvar* un *alma*...!

¡Ay, si supieras cuánto se ofende a Dios! ¡Tu alma está tan bien hecha para consolarle...! ¡Ámale hasta la *locura* por todos los que no le aman...!

Hermanita, mi pluma, después de su loca carrera, tiene que detenerse. Tengo que escribir hoy cinco cartas, pero he empezado por mi Mariíta..., ¡la quiero tanto, y tan *poco naturalmente*...!

Da un abrazo de mi parte a mis tíos y a mi querida Juana, y diles que les quiero.

Y tú, pequeña preferida de Jesús, ruega para que tu indigna hermanita pueda amar, si es posible, tanto como tú...

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm.ind.

NOTAS Cta 93

1 María acababa de escribirle: «Hermanita querida, voy a decirte una cosa que va a gustarte mucho: ya soy mucho menos escrupulosa. Sin embargo, hay un punto en el que he sido muy atormentada. Fue la víspera de una de mis comuniones. Tenía miedo, o, mejor, estaba segura de haber cometido mi pecado (me comprendes, ¿no?). Me parecía que no era digna de acercarme a recibir a Dios, y no había podido encontrar a mamá para comentar con ella mis inquietudes, y entonces se lo conté todo a Celina. ¿He hecho bien? No lo sé. Siempre he pensado mucho sobre este tema, temía que ello trajese malos pensamientos a Celina, creía que quizás no hubiese que contar los propios pecados a todo el mundo, y además, como el Sr. abate Domin me había prohibido hablar de mis escrúpulos a Juana, ¿no valdría también esa prohibición para Celina? En fin, Teresa de mi vida, si quieres darme alguna luz sobre este punto, será un gran peso menos sobre mi conciencia» (LC 114, 10/7/1889).

Cta 94 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 14 de julio de 1889

Jesús +

Querida Celina:

Mi alma no te abandona..., ¡sufre el destierro1 contigo...! ¡Ay, cómo cuesta vivir, seguir en esta tierra de amarguras y de angustias...! Pero mañana..., dentro de nada, estaremos en el puerto, ¡qué felicidad! ¡Qué maravilloso será contemplar a Jesús *cara a cara* por *toda* la eternidad! ¡Siempre, siempre más amor, siempre alegrías cada vez más más embriagadoras..., una felicidad sin nubes...!

¿Cómo se las habrá arreglado Jesús para desligar así nuestras almas de todo lo creado? Sí, nos ha infligido un golpe muy duro, pero es un golpe de amor. Dios es digno de admiración, pero sobre todo es digno de amor. Amémosle, pues..., amémoslo lo bastante como para sufrir por él todo lo que él quiera, *incluso* los dolores del alma, las arideces, las angustias, las frialdades aparentes... ¡Es gran amor amar a Jesús sin sentir la dulzura de este amor...! ¡Es un verdadero martirio...! Pues bien, *¡muramos mártire*s! Celina, Celina mía, dulce eco de mi alma, ¿entiendes? Es el martirio ignorado, sólo conocido por Dios, que el ojo de la criatura no puede descubrir, martirio sin honor, sin **[vº]** triunfos...

He ahí el amor llevado hasta el heroísmo... Pero un día Dios, agradecido, exclamará: «Ahora me toca a mí»2 ¿Y qué veremos entonces...? ¿Qué será esa vida que nunca tendrá fin...? Dios será el alma de nuestra alma..., ¡misterio insondable...! El ojo del hombre no ha visto la luz *increada*, su oído no ha escuchado las incomparables armonías, y su corazón no puede soñar lo que Dios tiene reservado a los que ama. Y todo esto llegará *pronto*, sí, pronto. Démonos prisa en tejer nuestra corona, tendamos la mano para recoger la palma, y si amamos mucho, si amamos a Jesús con pasión, no será lo bastante cruel como para dejarnos mucho tiempo en esta tierra de destierro...

Celina, durante los CORTOS INSTANTES QUE *nos quedan,* no perdamos el tiempo..., salvemos almas... Las almas se pierden como copos de nieve3, y Jesús llora, y nosotras pensamos en nuestro dolor sin consolar a nuestro prometido... Sí, Celina, vivamos para las almas..., seamos apóstoles..., salvemos sobre todo las almas de los sacerdotes4. Esas almas debieran ser más transparentes que el cristal... Pero, ¡ay!, ¡cuántos malos sacerdotes, cuántos sacerdotes que no son lo bastante santos...! Oremos y suframos por ellos, y en el último día Jesús estará *agradecido*. ¡Nosotras le daremos almas...!

¿Comprendes, Celina, el grito de mi corazón...? Juntas..., siempre juntas.

Celina y Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz,
nov. carm. ind.

[vºtv] Sor María del Sagrado Corazón no te puede escribir porque la carta pesaría demasiado.

NOTAS Cta 94

1 Celina y Leonia se encuentran en La Musse.

2 Cf Cta 57, n. 5.

3 Cf P. d'Argentan, *op. cit.*, t. II, p. 83-84; y CG p. 495+e.

4 Cf Ms A 56rº y 69vº. Es la primera vez que aparece en los escritos de Teresa la preocupación por los sacerdotes; en la correspondencia de 1889-1890 con Celina vuelve a aparecer el «leitmotiv»: *«Oremos por los sacerdotes»* (Cta 94, 96, 101, 108, 122). Cf CG p. 496+g.

Cta 95 A sor Inés de Jesús

Julio-agosto (?) de 1889

J.M.J.T.

Jesús +

Querido cordero, deja que bale un poco tu pobre corderito... ¡El cordero me hizo mucho bien el domingo...!

Hay sobre todo una frase que fue luminosa para mí. Era ésta: «Callemos la palabra que pudiera enaltecernos». Es verdad, hay que guardarlo todo para Jesús con *celoso* cuidado... Cordero querido, ¡cuánto bien hace trabajar *sólo* por Jesús, absolutamente SÓLO por él...! ¡Cómo se llena entonces el corazón y qué ligero se siente...!

Benoní1 de Jesús, reza por el pobre granito de arena. Que el grano de arena se mantenga siempre en su lugar, es decir bajo los pies de todos; que nadie piense en él; que su existencia sea, por decirlo así, *ignorada*. El grano de arena no desea ser *humillado*, eso sería todavía **[1vº]** demasiado glorioso, pues los demás se sentirían obligados a ocuparse de él. Tan sólo desea una cosa: ¡ser OLVIDADO, ser tenido en *nada*...!2. Pero desea ser *visto* por *Jesús*. Si las miradas de las criaturas no pueden abajarse hasta él, que al menos la Faz ensangrentada de Jesús3 se vuelva hacia él... No desea más que una mirada, ¡una sola mirada...!

Si a un grano de arena le fuese posible consolar a Jesús, enjugar sus lágrimas4, ¡aquí hay uno que quisiera hacerlo...! Que Jesús tome al pobre grano de arena y lo esconda en su Faz adorable... Allí el pobre átomo nada tendrá ya que temer, estará *seguro* de *no volver a pecar...*

[2rº] El grano de arena quiere a toda costa salvar almas, y Jesús tiene que concederle esta gracia... Pequeña Verónica, ¡pide para mí esta gracia a la Faz *luminosa* de Jesús...! Sí, la Faz de Jesús *luminosa*; pero si aun en medio de las heridas y de las lágrimas es ya tan hermosa, ¿qué será cuando la veamos en el cielo...?

¡Ah, el cielo..., el cielo...! Sí, para ver un día la Faz de Jesús, para contemplar eternamente **[2vº]** la maravillosa belleza de Jesús, el pobre grano de arena desea ser despreciado en la tierra...

Cordero querido, pide a Jesús que su grano de arena se apresure a salvar muchas almas en poco tiempo para volar más rápidamente hacia *su Faz* adorada...

¡Sufro...! Pero la esperanza de la patria me da ánimos: ¡pronto estaremos en el cielo...! Allí no habrá ya ni día ni noche, sino que la Faz de Jesús hará que reine una luz sin igual...

Cordero querido, comprende al grano de arena. El no sabe lo que ha dicho esta noche, pero a buen seguro que no tenía intención de escribir ni una sola palabra de todo lo que ha garabateado...

NOTAS Cta 95

1 [Teresa escribe «*Belloni*»: N. del T.,] deformación de Benoní, cf Gen 35, 18.

2 Im I, 2, 3. Cf Ms A 71rº.

3 Cf la estampa que Teresa dará a Celina para su santo (Cta 98).

4 Cf Cta 94 y 98; Ms A 71rº.

Cta 96 A Celina

J.M.J.T.

15 de octubre de 1889

Jesús +

Querida Celina:

¡Si supieras qué hondo le has llegado al corazón de tu Teresa...! Tus macetas1 son realmente PRECIOSAS, ¡NO SABES cómo me han gustado...!

Celina, tu carta me ha gustado mucho, muchísimo. He sentido hasta qué punto nuestras almas están hechas para comprenderse, para marchar por el mismo camino... La vida... Es cierto que, para nosotras, no tiene ya el menor encanto... Pero me equivoco: es verdad, **[1vº]** los atractivos del mundo se han desvanecido para nosotras, pero eso es humo..., y nos queda la *realidad*. Sí, la vida es un tesoro..., cada instante es una *eternidad*, una eternidad de gozo para el cielo2: ¡una eternidad ver a Dios *cara a cara*3 y ser una sola cosa con él...! No *hay* más que Jesús, todo lo demás *no existe*... Amémosle, pues hasta la locura, salvémosle almas.

Sí, Celina, siento que Jesús nos pide a *nosotras dos* que apaguemos *su sed* dándole almas, sobre todo almas de sacerdotes. **[2rº]** Siento que Jesús quiere que yo te diga esto, porque nuestra misión es *olvidarnos* de nosotras mismas, anonadarnos..., ¡somos tan poca cosa...! Y no obstante, Jesús quiere que la salvación *de las almas* dependa de nuestros sacrificios y de nuestro amor. Él nos mendiga almas. ¡Comprendamos su *mirada*!, ¡son tan

pocos los que saben comprenderla! Jesús nos concede la gracia insigne de instruirnos él mismo, de revelarnos una *luz escondida*... Celina..., la vida será corta, la eternidad sin fin... Hagamos de nuestra vida un sacrificio continuado, un martirio de amor, para consolar a **[2vº]** Jesús. El no quiere más que *una mirada, un suspiro*, ¡pero una mirada y un suspiro que sean *sólo para él*...! Que todos los instantes de nuestra vida sean *sólo para él*. Que las criaturas sólo nos rocen al pasar...

Sólo tenemos que hacer una cosa durante la noche, la única noche de la vida, que no vendrá más *que una vez*: amar, amar a Jesús, con todas las fuerzas de nuestro corazón y salvarle almas para que sea *amado*... ¡Sí, hacer amar a Jesús! Celina, ¡qué a gusto hablo contigo...! Es como si hablase con mi propia alma... Celina, me parece que a ti te lo puedo decir todo...

(Gracias de nuevo por tus lindas macetas. El Niño Jesús tiene un aire *radiante* por estar tan bien adornado.)

Sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. Faz
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 96

1 Una macetas para estatua del Niño Jesús.

2 P. d'Argentan, *op. cit.*, II, p. 13.

3 Cf CG I, p. 505+c.

Cta 97 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

15 de octubre de 1889

Jesús +

Querida tía:

¡Imposible decirle cómo me emocionaron sus golosinas..! Pido a mi santa patrona que se lo agradezca ella, colmándola de todos sus dones, lo mismo que a mi tío querido. Le encomiendo que dé las gracias de mi parte a mis hermanitas Juana y María por los preciosos ramos de flores y por esas uvas tan deliciosas.

[1vº] He tenido que interrumpir la carta por la llegada de un nuevo regalo: dos magníficas plantas para el Niño Jesús... Realmente, me siento abrumada, me sentiría avergonzada si todo eso no fuese para adornar el altar del Niño Jesús. Él, sin duda alguna, se encargará de pagar la deuda que tengo contraída con mis queridos parientes.

Desconozco el nombre de la persona que hace este atento regalo al Jesús de Teresa... Si usted la conoce, querida tía, exprésele, por favor, mi gratitud...

Querida tía, ¡con cuánto fervor pido **[2rº]** hoy a santa Teresa que le devuelva el céntuplo de todo lo que hace por nosotras! Celina, en su carta de felicitación, me habla de todas sus bondades para con ella; me ha llegado muy al alma, pero no me ha sorprendido, pues conozco todas las *delicadezas* maternales que usted tiene con nosotras.

Querida tía, tengo el corazón muy lleno de dulces cosas que quisiera decirle una y mil veces, pero tengo que dejarla para ir a Vísperas.

Le mando mis mejores besos, lo mismo que a mi tío y a mis cuatro hermanitas1.

Su hijita enormemente agradecida,

Sor Teresa del Niño Jesús
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 97

1 Sus dos hermanas, Leonia y Celina, y sus dos primas Guérin.

Cta 98 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 22 de octubre de 1889

Jesús +

Mi querida Celina:

¡Si supieras la pena que tengo al pensar que he dejado pasar el 21 sin felicitar el santo a mi Celina..! ¿Habrá dudado Celina del corazón de su Teresa...? Y sin embargo, hacía mucho tiempo que pensaba en esa fiesta tan querida; pero la vida del Carmelo es tan eremítica, que la pobre solitaria nunca sabe en qué día vive...

Celina, este olvido me ha dolido en el alma. Pero, ya ves, pienso que este año Jesús ha querido que nuestro santo sea el mismo día: ¿no es hoy la octava de santa Teresa? Sí, Celina, santa Teresa es también tu patrona, pues tú eres ya su hija querida... ¿Sabes una cosa? Esta pena que tengo hoy, yo la miro como algo dispuesto por Jesús. Porque él se complace en sembrar así de pequeñas penas nuestra vida...

Te envío una hermosa estampa de la Santa Faz que nuestra querida Madre me dio hace algún tiempo. Creo que le cuadra tan bien a María de la Santa Faz1, **[vº]** que no puedo guardarla para mí. Hace ya mucho tiempo que pensaba regalársela a mi Celina..., a mi Celina del alma... Que María de la Santa Faz sea otra Verónica que enjugue toda la sangre y las lágrimas de Jesús, su *único* amado; que le gane almas, sobre todo las almas que ella *ama*2; que se empeñe con toda el alma en desafiar a los soldados, es decir al mundo, para llegar hasta Él... ¡Qué feliz será cuando un día pueda contemplar en la gloria la bebida *misteriosa* con que habrá apagado la sed de su Prometido celestial, cuando vea que sus labios, antes resecos, se abren para decirle la palabra *única* y *eterna* del *amor*..., el *gracias* que no tendrá fin...!

Hasta pronto, pequeña Verónica del alma. Mañana, sin duda, el Amado nos pedirá un nuevo sacrificio, un nuevo alivio para su sed. Pero ¿qué importa? Muramos con él...

Felicidades, Celina querida...

Tu pobre hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

[vºtv] No te olvides de coger una florecita-Celina3, es mi corazón quien te la ofrece...

NOTAS Cta 98

1 Nombre dado espontáneamente por Teresa a Celina. Cf Cta 149, 174 y 183; Or 12, *infra*, n. 1.

2 Las almas de los sacerdotes.

3 El áster, que florece en octubre. Cf Cta 124 y 132.

Cta 99 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

El Carmelo, 18 nov. de 1889

¡Jesús...!

Querida tiíta:

¡Cómo pasa el tiempo...! Hace ya dos años que le enviaba desde Roma mi felicitación para su santo1, y sin embargo me parece que fue ayer.

Durante estos dos años han pasado muchas cosas y Dios me ha concedido grandes gracias... También nos ha visitado con su cruz, **[1vº]**, y al mismo tiempo nos ha revelado toda la ternura que había encerrado en el corazón de nuestra querida tía...

¡Cuántos recuerdos para mí en esta fecha del *19* de noviembre! ¡Qué alegría cuando veía llegar ese momento...! Y con la misma alegría de siempre, vengo hoy a decirle una vez más a mi tía querida todos los votos que formulo para ella. Pero digo mal: no voy a perder el tiempo enumerándolos, pues creo que un volumen entero **[2rº]** no me bastaría...

¡Si supiese, querida tiíta, cuánto va a rezar por usted esta su hija el día de su santo! Pero soy tan imperfecta, que no creo que mis pobres oraciones tengan mucho valor; pero hay mendigos que, a fuerza de importunar, consiguen los que desean. Yo haré como ellos, y Dios no podrá despedirme con las manos vacías...

Están dando las cuatro y tengo que dejarla, mi **[2vº]** querida tiíta, pero le aseguro que mi corazón se queda junto a usted.

Le pido, querida tiíta, que dé mis saludos a la señora Fournet2, pues no olvido que también es su santo. Ni que decir tiene que abrazo con todo el corazón a mi querido tío y a mis queridas hermanitas.

Para usted, querida tía, le mando el mejor beso del corazón de la *menor* de sus siete hijitas,

Sor Teresa del Niño Jesús
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 99

1 Cta 32.

2 Madre de la señora de Guérin.

Cta 100 A los señores Guérin

J.M.J.T.

30 de diciembre de 1889

Jesús +

Queridos tíos:

También vuestro benjamín quiere felicitaros, a su vez, el año nuevo... Igual que cada día tiene su última hora, así también cada año ve llegar su última noche. Y en la noche de este año me **[1vº]** siento llevada a echar una mirada sobre el pasado y sobre el futuro.

Mirando al tiempo que acaba de pasar, creo que tengo que dar gracias a Dios, pues si su mano nos ha presentado un cáliz de amargura, su corazón divino ha sabido sostenernos en la prueba y nos ha dada la fuerza necesaria para beber su cáliz hasta las heces... ¿Qué nos reserva para el año que va a empezar...? No me es dado penetrar este misterio, pero pido **[2rº]** a Dios que recompense al ciento por uno a mis familiares queridos por todas las conmovedoras bondades que tienen con nosotras...

El primer día del año es para mí todo un mundo de recuerdos... Aún veo a papá llenándonos de caricias... ¡Era tan bueno...! ¿Pero a qué evocar esos recuerdos? Nuestro padre querido ha recibido ya la recompensa de sus virtudes: Dios le ha enviado una prueba digna de él.

Están dando las nueve, **[2vº]** y tengo que terminar esta carta sin haber dicho nada de lo que hubiera debido. Espero que mis queridos parientes perdonarán a su Teresita, y sobre todo que sabrán *disculpar su letra*, que no hay quien la lea...

¡Feliz Año Nuevo a mis queridas hermanitas...! Sobre todo, que María se ponga buena muy pronto. Me enfadaré con ella si la GRIPE le impide venir a vernos...

Adiós, queridos tíos, su hijita les desea un *feliz Año Nuevo* y les abraza con todo su corazón,

Sor Teresa del Niño Jesús
nov. carm. ind.

Cta 101 A Celina

J.M.J.T.

31 de diciembre de 1889

Querida Celina:

¡Mi último adiós de este año va a ser para ti...! ¡Dentro de unas horas habrá pasado ya para siempre..., pertenecerá a la eternidad...!

Como mi Celina ya está acostada1, me toca a mí ir a su encuentro para desearle un *feliz Año Nuevo*...

¿Te acuerdas de otros tiempos...? **[1vº]** El año que acaba de pasar ha sido bueno; sí, ha sido un año precioso para el cielo. ¡Ojalá que el que le sigue se le pueda parecer...!

Celina, no me extraña verte en la cama después de un año así. Al final de un *día* como ése, ¡hay mucho de qué descansar...! ¿Me comprendes...? ¡¡¡Tal vez el año que va a comenzar sea el último!!! ¡Aprovechémonos, aprovechemos sus **[2rº]** más breves momentos, hagamos como los avaros, vivamos celosas de los más pequeños detalles por el Amado...!

Nuestro último día del año es muy triste esta vez... Con el corazón lleno de recuerdos, quiero velar a la espera de la media noche... Lo evoco todo... Ahora somos huérfanas2, pero podemos decir con amor: «Padre nuestro, que estás en el cielo»3. ¡Sí, nos queda todavía el único *todo* de nuestras almas...!

[2vº] ¡Un año más que ha pasado...! ¡Celina!, ha pasado, pasado, y ya no volverá más. Como ha pasado este año pasará también nuestra vida, y pronto podremos decir también de ella: «Ha pasado». ¡No perdamos el tiempo, pronto la eternidad brillará para nosotras...!

Celina, si quieres, convirtamos almas. ¡Tenemos que forjar este año muchos *sacerdotes* que sepan amar a Jesús...!, ¡que le *toquen* con la misma *delicadeza* con que le *tocaba* María en la cuna...!3.

Tu hermanita,

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

[2vºtv] Deseo también un feliz año nuevo a *Loló*4, pero creo que la veré... [1rºtv] Da un montón de gracias a mis tíos y diles que sus regalos me han llegado muy a lo hondo del alma. Dales también muchas gracias a Juana y a María, que son realmente demasiado bondadosas.

NOTAS Cta 101

1 Teresa escribe después de Maitines, antes de la hora santa, de once a doce de la noche, que las carmelitas pasaban ante el sagrario la víspera del primer día del año.

2 Ya apenas existe posibilidad de comunicación entre el señor Martin y sus hijas, debido a su estado mental.

3 Cf *Prière à Jésus Prêtre et Hostie*, de Th. Durnerin (CG pp. 516s); véase también RP 2, 7vº y Or 8.

4 Leonia.

Cta 102 A Celina

27 de abril de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

Querida Celina:

Yo que me las prometía felices con la idea de escribirte una larga carta para tus *21 años*, apenas tengo unos momentos para ello...

Celina, ¿pensabas que tu Teresa podía olvidarse del *28 de abril*...? Celina, mi corazón está lleno de recuerdos..., me parece que hace siglos que te quiero y sin embargo aún no hace 21 años... Pero ahora tengo la eternidad por delante...

Celina, la lira de mi corazón cantará para ti el 28, tu nombre resonará repetidamente en los oídos de mi Jesús... Y ya que nuestro corazón es SOLO UNO, ¡démoselo todo entero a Jesús! Tenemos que caminar siempre *juntas*, ¡pues Jesús no puede habitar en *medio corazón*...! Pídele que tu Teresa no se quede atrás...

[vº] Al ver la estampa de la Santa Faz1, los ojos se me han llenado de lágrimas, ¿no es ésa la imagen de nuestra familia? Sí, nuestra imagen es un *ramo de lirios,* y el *Lirio sin nombre*2 está en medio, y está como rey, y nos hace compartir los honores de su realeza. Su sangre divina rocía nuestras corolas, y sus espinas, al desgarrarnos, exhalan el perfume de nuestro amor.

Adiós, Celina, vienen a interrumpir nuestra charla. Compréndelo *todo*.

Teresa

NOTAS Cta 102

2 Una miniatura en pergamino, pintada por sor Inés a petición de Celina: un lienzo de la Verónica sostenido por una rama de nueve lirios.

2 Jesús.

Cta 103 A sor Inés de Jesús

4 (?) de mayo de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

Corderito querido, mi corazón te sigue a la soledad1. ¿Sabes, «*alondra* ligera», que tienes un hilo atado a tu pata y que, por alto que subas, tendrás que arrastrar tu carga...? Pero un grano de arena no pesa mucho, y, además, será más ligero si así se lo pides a Jesús...

¡Y cómo desea ser reducido a la nada, ser ignorado por todas las criaturas! El pobrecito no desea ya nada, nada más que el OLVIDO...2; ni siquiera el desprecio o las injurias, pues eso sería demasiado glorioso para un grano de arena. Si lo despreciasen, tendrían que verlo. **[vº]** ¡Pero el OLVIDO...! Sí, deseo ser olvidada, y no sólo por las criaturas sino también por *mí misma*. Quisiera ser reducida a la nada de tal modo, que no tuviera ya ningún deseo... La gloria de mi Jesús, ¡sólo eso! La mía, a él se la entrego. Y si parece olvidarme, pues bien, es muy libre de hacerlo, pues yo ya no soy mía sino suya... ¡Antes se cansará él de hacerme esperar que yo de esperarlo a él3...!

Cordero querido, ¿me comprendes...? Compréndelo todo, incluso lo que no logra expresar mi corazón. Tú, que eres una antorcha luminosa que Jesús me ha dado para alumbrar mis pasos por los senderos tenebrosos del exilio, compadécete **[vºtv]** de mi debilidad y escóndeme bajo tu velo4 para que participe de tu luz... Dile a Jesús que me *mire*, que sus *dondiegos*5 penetren con sus rayos luminosos el corazón del grano de arena. Y, si no es demasiado, pídele también que la Flor de las flores entreabra su corola y que el sonido melodioso que sale de ella haga vibrar en mi corazón sus misteriosas enseñanzas...

Cordero querido, ¡no olvides al grano de arena...!

NOTAS Cta 103

1 Sor Inés de Jesús está haciendo desde el 1 de mayo unos ejercicios espirituales de diez días.

2 Cf Cta 95 y Or 2.

3 Probable alusión al aplazamiento de la profesión de Teresa.

4 Cf Cta 56, n.1.

5 «*Belle de nuit*», escribe Teresa, aludiendo a los ojos divinos de Jesús. «*Dondiego*: Planta exótica de la familia de las nictagináceas ... Es originaria del Perú y se cultiva en nuestros jardines por la abundancia de sus fragantes flores, que se abren al anochecer y se cierran al salir el Sol» (Dicc. de la Lengua Española, de la Real Academia). N. del T.

Cta 104 A sor Inés de Jesús (Fragmentos1)

5-6 de mayo de 1890

J.M.J.T.

Gracias por tu carta2. ¡Sí, gracias...!

[rº] No me sorprende que no tengas consuelo, pues Jesús es tan poco consolado que es feliz al encontrar un alma en la que pueda descansar sin cumplidos...

¡Qué orgullosa me siento de ser tu hermana! Y también tu hijita, ya que fuiste tú quien me enseñó a amar a Jesús y a buscarlo sólo a él.

[rº] (...) y a menospreciar a todas las criaturas...

De Celina no sé más que tú, e incluso menos, pues no sabía que lo está pasando mal3; si no es en (...) **[vº]** molesto. Celina nos habló de nuestro pobre papaíto y ha señalado que es

(...)

nos (...) de Juana. Nos dijo también que rezáramos mucho por Leonia, pues lo está pasando mal a causa de su enfermedad4; creo que a mi tío le parece peligroso pues lo tiene hinchado todo alrededor.

Celina nos ha hablado de nuestro pobre papaíto, e indica que fue el sábado, día de la Invención de la Santa Cruz, cuando también nosotras encontramos nuestra cruz. Leonia estaba allí. Espera obtener la curación en la Santa Faz5 o en Lourdes. Bajará a la piscina. ¡Pobre Leonia! Fue muy buena: quería privarse de venir al locutorio por complacer a Celina. .. Como tocaron a Vísperas, me marché. No sé cuándo llegarán a Tours, pero creo que la semana que viene estarán en Lourdes. Hay que escribir el lunes o el martes antes del mediodía para que la carta llegue el sábado.

¡Ah, qué destierro es la tierra...! No debemos buscar en ella apoyo alguno fuera de Jesús, pues sólo él es *inmutable*. ¡Qué dicha pensar que él no puede cambiar...! ¡Qué alegría para nuestro corazón pensar que nuestra familia ama tan tiernamente a Jesús! Ese pensamiento me produce siempre gran consuelo: ¿no es nuestra familia una familia virginal, una familia de lirios...6? Pídele a Jesús que el más pequeño, que el *último* de todos, no sea el *último* en amarlo con toda su capacidad de amor...

NOTAS Cta 104

1 Sólo quedan algunos fragmentos autógrafos de este billete. El resto del texto ha sido establecido de acuerdo a la Copia del Proceso de los Escritos y a la edición de 1948; cf CG p. 528s, notas a, d, e, h.

2 He aquí el texto completo de ese billete: «Mi querido granito de arena, ¡no digas que yo soy tu antorcha! ¡Si supieses qué tinieblas! Pide mucho por mí, no me encuentro turbada, sino ¡sin un solo rayo de luz! Es como un cielo sin tormentas, sin relámpagos, pero cubierto de nubes... ¡Ni una estrella! ¿Y sabes lo que es un cielo sin estrellas?

«En el pie de la Cruz del P. Faber he leído que Nuestro Señor, la noche de la Pasión, fue tan maltratado por sus enemigos, que, sobre todo, las bofetadas que recibió fueron tan violentas, que luego le costaba trabajo abrir sus bellos ojos de lo dolorosa que le resultaba la luz del día... Granito de arena, en este amargo detalle encuentro yo un poco de consuelo: si nada brillante puede dar en los ojos lastimados de Jesús sin hacerlo sufrir, podrá muy bien pasearse por entre mis tinieblas sin demasiado sufrimiento... Querido granito de arena, tú estás muy cerca de mí; recordémonos las dos que en la tierra no puede haber más que sufrimiento para los que aman y buscan ardientemente el dulce Rostro de Jesús sufriente... ¡No seamos tan cobardes que queramos gozar llevando un amor tan grande en el corazón...!

«Pero, Dios mío, ¡qué dulce será la Patria después de este destierro de luchas y de lágrimas! ¡Qué felicidad nos aguarda! ¡Qué esperanza la nuestra! ¡Contemplar la gran Visión de la eternidad iluminada, no por las antorchas de este mundo, sino por el Cordero divino!

«Dame noticias de Celina. Nuestra Madre me dice que está sufriendo mucho. Y el itinerario del viaje. ¿Qué día llegan a Lourdes? ¿Y a la Santa Faz? ¿No es mañana?» (De sor Inés, LC 127, 5/5/1890).

3 Celina presenta algunos problemas cardíacos.

4 Sin duda el eccema que Leonia padece desde la infancia.

5 En el Oratorio de la Santa Faz, en Tours.

6 Cf Cta 102, n. 1; Ms A 3vº/4rº.

Cta 105 A Celina

10 de mayo de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

Querida Celina:

¿Estás contenta del viaje...? Espero que la Santísima Virgen te colme de sus gracias; si no son gracias de consuelo, serán sin duda gracias de luz... ¡Y la Santa Faz1...! ¿Sabes, Celina, que es una gracia muy grande el visitar todos esos lugares benditos...? Mi corazón querría seguirte **[1vº]** a todas partes, pero, ¡ay!, no conozco el itinerario del viaje; incluso pensaba que no estaríais en Lourdes hasta la semana que viene.

Celina, debes disfrutar mucho contemplando la hermosura de la naturaleza, las montañas..., los ríos plateados, ¡todo eso es tan grandioso, tan a propósito para elevar nuestras almas...! ¡Sí, hermanita querida!, despeguémonos de la tierra, volemos a la montaña del amor donde se encuentra el hermoso Lirio de nuestras almas... ¡Despeguémonos **[2rº]** de los *consuelos* de Jesús para adherirnos sólo a *Él*...!

¿Y la Santísima Virgen? Celina, escóndete a la sombra de su manto virginal para que ella te virginice... ¡Es tan blanca y tan hermosa la pureza...! ¡Dichosos los corazones puros, porque ellos verán a Dios...! Sí, le verán incluso en la tierra, donde nada es puro, pero donde todas las criaturas se vuelven límpidas cuando se las mira a través de la Faz del más bello y más blanco de los lirios2...

[2vº] Celina, los *corazones puros* están a veces rodeados de espinas..., viven con frecuencia en tinieblas. Entonces esos lirios creen haber perdido su blancura, piensan que las espinas que los rodean han llegado a desgarrar su

corola... ¿Entiendes, Celina...? Los lirios entre espinas son los predilectos de Jesús, ¡en medio de ellos encuentra él sus delicias...! ¡Dichoso el que ha sido hallado digno de sufrir la tentación!

T. del Niño Jesús de la santa Faz
nov. carm. ind.

[2vºtv] Hubiera querido escribir a mi querida Leonia, pero me es imposible por falta de tiempo. Dile que rezo mucho por ella y que pienso mucho en mi madrina querida3. Pensaba escribir también a Mariíta, pero no puedo; pido mucho a la Santísima Virgen que haga de ella un *pequeño lirio* que piense mucho en Jesús y se *abandone*, con todas sus miserias, en manos de la obediencia4... No me olvido de mi Juana...

[1rºtv] No hemos recibido nada del Canadá5. Sor Inés de Jesús no puede escribir, debido a su retiro.

Si no has comprado nada para nuestra Madre, podrías traerle una Virgen de Lourdes *sin pintar*, de 4 ó 5 francos.

NOTAS Cta 105

1 En Tours.

2 Alusión a la estampa mencionada en Cta 102.

3 Madrina de confirmación, cf Ms A 37rº.

4 Alusión a los escrúpulos de María Guérin. Cf Cta 92 y 93.

5 Del P. Pichon.

Cta 106 A sor Inés de Jesús

10 de mayo de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

Cordero querido, un día más1 y volverás a luchar en la llanura... Y el pobre corderito volverá a encontrar por fin a su *mamá*...

¡Qué feliz soy de estar para *siempre prisionera* en el Carmelo!2.No tengo ganas de ir a Lourdes para tener éxtasis, **[vº]** ¡prefiero «la monotonía del sacrificio»! ¡Qué dicha estar tan bien escondida que nadie piense en ti..., ser *desconocida* incluso de las personas que viven con nosotras...!

Cordero querido, ¡cuántas gracias doy a Jesús por haberme *puesto en tus manos*, por hacer que tú comprendas tan bien a mi alma...! No acierto a decirte todo lo que pienso. ¡Ah, el CIELO! Allí, una sola **[vºtv]** mirada, ¡y todo estará dicho y comprendido...!

El *silencio*. Ese es el único lenguaje que puede decirte todo lo que pasa dentro de mi alma...

NOTAS Cta 106

1 Sor Inés salía de ejercicios en la mañana del 12 de mayo.

2 Cf Ms A 58rº, 67rº, 81vº; **PN** 18, 32; Cta 201; Or 17.

Cta 107 A Celina

19-20 de mayo de 1890

J.M.J.T.

Mayo de 1890

Jesús +

Celinita querida:

Me han encargado que te escriba unas letras para decirte que no vengas a darnos noticias de papá durante el retiro de Pentecostés. Si pudieras escribirnos unas letras, sería un lindo detalle, y luego podrías venir **[1vº]** a vernos el lunes1.

Celina querida, me alegro mucho de que me hayan encomendado esta misión, pues necesito decirte que creo que Dios te ama enormemente y te trata como a una privilegiada... Sí, realmente puedes decir que tu *recompensa* es *grande* en el *cielo*, pues está escrito: «Dichosos vosotros cuando os *persigan* y os *calumnien* de cualquier modo». **[2rº]** Así que alégrate y salta de alegría...

Celina, ¡qué privilegio ser desconocida en la tierra...! Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos. Si lo fuesen, toda nuestra vida sólo sería un himno de gratitud...

Celina, ¿crees que santa Teresa recibió más gracias que tú...? Yo no te diría **[2vº]** que te fijaras en su santidad *seráfica*, sino que ¡seas perfecta como tu Padre celestial es perfecto2...! Sí, Celina, nuestros *deseos infinitos*3 no son sueños ni quimeras, ya que Jesús mismo nos ha dado este *mandamiento*4...

Celina, ¿no te parece que ya no nos queda *nada* en la tierra? Jesús quiere hacernos beber su cáliz hasta las heces dejando a nuestro padre *querido allá abajo*. No le neguemos nada. ¡Tiene tanta *necesidad de amor* y está tan *sediento*, que espera de nosotras esa gota de agua que pueda refrescarlo...! Demos sin medida, **[2vºtv]** un día él dirá: «Ahora me toca a mí»5.

Dale muchísimas gracias a mi querida Mariíta por su precioso ramo de rosas; dile que se lo ofrezco a Jesús de su parte y que a cambio le pido que adorne su alma con tantas virtudes como capullos de rosas hay en él...

Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.

NOTAS Cta 107

1 El 26 de mayo.

2 Cf Im I, 17, *Réflexions*.

3 Cf RP 2, 6vº; Or 6.

4 Cf CG p. 533s.

5 Cf Cta 57, n. 5.

Cta 108 A Celina

J.M.J.T.

El Carmelo, 18 de julio de 1890

Jesús... +

Celina querida:

¡Si supieras lo mucho que tu carta ha hablado a mi alma...! ¡La alegría inundaba mi corazón como un océano inmenso...! Celina, todo lo que te tengo que decir tú ya lo sabes, porque tú eres yo misma... Te mando una hoja1 que ha hablado mucho mucho a mi alma; me parece que la tuya se va a abismar también en ella...

Celina, hace ya *tanto tiempo*..., y ya entonces el alma del profeta Isaías se *abismaba* como la nuestra en las BELLEZAS ESCONDIDAS de Jesús... Celina, cuando leo estas cosas, me pregunto: ¿qué es el tiempo...? El tiempo no es más que un espejismo, un sueño... ¡Dios *nos ve ya en la* gloria y SE GOZA de nuestra bienaventuranza eterna...! ¡Cuánto bien hace a mi alma este pensamiento! Comprendo entonces por qué Dios no regatea con nosotros... Sabe que nosotras le *entendemos*, y nos trata como a sus amigos, como a sus esposas más queridas...

Celina, ya que Jesús ha estado «solo pisando el vino» que nos da a beber, no nos neguemos nosotras a llevar los vestidos teñidos **[1vº]** de sangre..., pisemos para Jesús un vino nuevo que apague su sed, que le devuelva amor por amor. No nos guardemos ni una sola gota del vino que podamos ofrecerle..., y entonces él, mirando a su alrededor, verá que nosotras venimos a ayudarle...

Su rostro estaba como escondido... Celina, hoy también lo sigue estando, pues ¿quién comprende las lágrimas de Jesús...?

Celina querida, hagamos de nuestro corazón un pequeño sagrario donde Jesús pueda refugiarse. Así, él se verá consolado y olvidará lo que nosotras no podemos olvidar: «la ingratitud de las almas que lo abandonan en un sagrario desierto...»2.

«Ábreme, hermana mía, esposa mía, que tengo la cabeza cubierta de rocío y mis rizos del relente de la noche» (Cantar de los Cantares). Eso es lo que Jesús nos dice al alma cuando se encuentra abandonado y olvidado. *¡El olvido*, Celina! Creo que eso es lo que más pena le produce...

¡Papá...! No puedo, Celina, decirte todo lo que pienso, sería demasiado largo, y además ¿cómo decir ciertas cosas que el mismo pensamiento apenas puede traducir, profundidades que se encuentran en los abismos más íntimos del alma...?

Jesús nos ha enviado la cruz más escogida que, en su amor inmenso, ha podido inventar... ¿Cómo quejarnos, cuando él mismo fue considerado como un hombre herido por Dios y humillado...?

El hechizo divino3 hechiza mi alma y la consuela de una forma maravillosa en todos los momentos del día. ¡*Qué sonrisas, las lágrimas de Jesús...!*

[1vºtv] Da a todos un abrazo de mi parte, y diles *todo lo que se te ocurra*... Me acuerdo mucho de mi Leonia querida, de mi querida salesa4. Dile a María del Santísimo Sacramento5 que Jesús le pide mucho amor, que espera de ella la reparación de las frialdades que recibe, ¡su corazón ha de ser una hoguera donde Jesús pueda calentarse...! ¡Tiene que olvidarse por completo de sí misma, para no pensar más que en él...!

Celina, oremos por los sacerdotes, ¡sí, oremos por ellos! Consagrémosles nuestras vidas. Jesús me hace sentir a diario que espera esto de nosotras dos.

C.T.6

[2rº]

J.M.J.T.

Del profeta Isaías (cap. 53)7

¿Quién creyó nuestro anuncio?, ¿a quién se reveló el brazo del Señor? El Cristo creció ante el Señor como un retoño, como raíz en tierra árida. No había en él belleza ni esplendor; lo vimos sin aspecto atrayente. Despreciado, rechazado por los hombres, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos... Su rostro estaba como escondido... Parecía despreciable y no lo reconocimos. Él soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores. Nosotros lo tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado... Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. El castigo que nos iba a traer la paz cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

Capítulo 538

¿Quién es ese que viene de Edóm y de Bosrá, con vestidos teñidos de rojo...? ¿Quién es ese que resplandece por la hermosura de sus vestidos y que camina con una fuerza todopoderosa...? Soy yo, y mi palabra es palabra de **[2vº]** justicia, y vengo para defender y para salvar. ¿Por qué están rojos tus vestidos, y tu ropa como la de los que pisan el vino en el lagar? Yo solo pisé el vino, ningún pueblo me ayudó. Miré a mi alrededor, y no había nadie que me ayudase; busqué, y no hallé quien me socorriera...

Esos que están vestidos con blancas vestiduras ¿quiénes son y de dónde han venido? Esos son los que vienen de la *gran tribulación*, los que han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del cordero. Por eso están ante el trono de Dios sirviéndole día y noche...9

Mi amado es un ramillete de mirra, descansará sobre mi corazón... Mi amado brilla por la blancura y el resplandor de su rostro, los cabellos de su cabeza se parecen a la púrpura real. Mi amado es adorable, su rostro inspira amor, y su *faz* inclinada me urge a darle amor por amor10.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

(Fragmento de un cántico de Nuestro Padre san Juan de la Cruz11).

NOTAS Cta 108

1 Los textos extraídos de la Sagrada Escritura que le copia al final de la carta.

2 Celina acababa de escribirle: «El otro día fuimos por casualidad a una pobre iglesita. Creí que las lágrimas iban a traicionar mis sentimientos, y me costó Dios y ayuda contenerlas. Fíjate: un sagrario sin su velo, auténtico agujero negro, quizás un nido de arañas, un copón tan pobre que me pareció de cobre, ¿y qué lo recubría?, un trapo sucio que ya ni conservaba la forma de velo de un copón... En ese copón, una sola hostia. Claro, que no se necesitan más en esa parroquia: ¡ni una sola comunión durante el año, excepto por Pascua! Y luego, en estas parroquias rurales, unos sacerdotes incultos que tienen cerrada la iglesia durante todo el día; además, son viejos y sin recursos. ¡Teresa, me quedé hundida ante ese espectáculo, se me hizo jirones el alma!» (LC 129, 17/7/1890).

3 Poesía compuesta por Celina.

4 Leonia deseaba volver a la Visitación, de donde había salido en enero de 1888 tras seis meses de vida religiosa.

5 María Guérin. Cf Cta 109. En realidad, ese nombre de carmelita dejará lugar, como es sabido, al de «María de la Eucaristía».

6 Iniciales de Celina y Teresa.

7 Citado según la 1ª lectura del Oficio de las Cinco Llagas de N. S. y la 1ª lectura del oficio de los Siete Dolores de la Virgen Santísima, que entonces se celebraban los dos en cuaresma.

8 En realidad, Is 63,1-3.5, citado según la 3ª lectura del oficio de las Cinco Llagas.

9 Teresa cita las tres primeras antífonas de Laudes del oficio de la Preciosísima Sangre.

10 Cita de las antífonas 4 y 2 de Vísperas de los Siete Dolores y del primer responsorio de Maitines de esa misma fiesta.

11 *Noche Oscura*, canción 8. Es la primera vez que Teresa se refiere explícitamente a san Juan de la Cruz; cf CG p. 543+r.

Cta 109 A María Guérin

27-29 de julio de 1890

J.M.J.T.

El Carmelo, julio de 1890

Jesús +

Querida Mariíta:

Da gracias a Dios por todos los dones que te ha concedido y no seas tan *ingrata* que no los reconozcas. Me haces el efecto de una joven aldeana a quien un rey poderoso viniera a pedir en matrimonio y que no se atreviera a aceptar bajo el pretexto de que ella no es lo suficientemente rica ni educada en las costumbres de la corte, sin reparar en que su prometido real conoce su pobreza y su debilidad mucho mejor que ella misma... María, si tú no eres nada, no debes olvidar que Jesús lo es *todo*; y por tanto, tu pequeña nada tiene que perderse en su *infinito todo* y no pensar más que en ese *todo*, el único digno de ser amado1... Tampoco tienes que desear ver el fruto de tus esfuerzos: Jesús quiere guardar para sí solo esas pequeñas nadas que lo consuelan...

Te equivocas, amiga mía, si crees que tu Teresita recorre siempre ilusionada el camino de la virtud. Ella es débil, muy débil, y experimenta a diario esa triste realidad. Pero, María, Jesús se complace en enseñarle, como a san Pablo2, la ciencia de gloriarse en sus enfermedades. Es ésta una gracia muy grande, y pido a Jesús que te la enseñe, porque sólo ahí se encuentra la paz y el descanso del corazón. Cuando una se ve tan miserable, no quiere ya preocuparse de sí misma y sólo mira a su único Amado...

[vº] Mi querida Mariíta, yo no conozco otro camino que «el amor» para llegar a la perfección... ¡Amar! ¡Qué bien hecho está para eso nuestro corazón...! A veces busco otra palabra para expresar el amor, pero en esta tierra de exilio las palabras son incapaces de emitir todas las vibraciones del alma, y tenemos que limitarnos a esa única palabra: «¡Amar!»...

¿Pero a quién podrá prodigarlo nuestro pobre corazón, hambriento de amor...? ¿Quién será lo suficientemente grande para eso...? ¿Podrá un ser humano comprenderlo..., y, sobre todo, saber corresponderle...? María, no hay más que un ser capaz de comprender toda la profundidad de esa palabra: ¡amar...! No hay nadie, fuera de Jesús, que pueda darnos infinitamente más de lo que nosotros le damos a él...

¡María del Santísimo Sacramento...! Tu nombre te está diciendo tu misión... Consolar a Jesús, hacer que las almas le *amen*... Jesús está enfermo3, y hay que tener en cuenta que la enfermedad del amor sólo se cura con amor4... María, entrega todo tu corazón a Jesús. Él tiene sed de él, está hambriento de él. Tu corazón, he ahí lo que él ambiciona, hasta el punto de que, por poseerlo, consiente en alojarse en un cuartucho sucio y oscuro5... ¿Cómo no amar a un amigo que se reduce a tan extrema indigencia? ¿Cómo atreverse a seguir alegando la propia pobreza, cuando Jesús se hace semejante a su prometida...? Era rico y se hizo pobre para unir su pobreza a la pobreza de María del Santísimo Sacramento... ¡Qué gran misterio de amor...!

[vºtv] Todos mis recuerdos a mi querida colonia.

Mi corazón está siempre con María del Santísimo Sacramento. El sagrario es la casa del amor en la que nuestras dos almas están encerradas...

Tu hermanita, que te pide que no la olvides en tus oraciones,

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. (ind.)

NOTAS Cta 109

1 «Todo ... nada»: dialéctica de san Juan de la Cruz en la *Subida del Monte Carmelo*.

2 Sor Genoveva añadió la enmienda: «de amor».

3 Cf SAN JUAN DE LA CRUZ, CE 11,11.

4 Véase Cta 108, n. 2.

Cta 110 A sor Inés de Jesús

30-31 de agosto de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

Mamaíta querida, ¡gracias, sí, gracias...! ¡Si supieras todo lo que tu carta le dice a mi alma...!

Pero la pequeña solitaria tiene que decirte el itinerario de su viaje. Helo aquí:

Antes de partir, su Prometido pareció preguntarle a qué país quería viajar y qué ruta deseaba seguir, etc. etc. Su pequeña prometida le contestó que ella no tenía más que un deseo: dirigirse a la cima de la *montaña del amor*1. Para llegar allá se le ofrecían muchos caminos, y había tantos perfectos entre ellos, que se sentía incapaz de elegir. Entonces dijo a su guía divino: «Tú ya sabes adónde quiero llegar, tú sabes *por quién* deseo escalar la montaña **[1vº]** y por quién quiero llegar a la meta, tú sabes a quién amo y quién es el único a quien quiero contentar. Sólo por él emprendo este viaje; guíame, pues, por los senderos que a él más le gusta recorrer. Con tal que él esté contento, yo me sentiré en el colmo de la felicidad».

Entonces Jesús me tomó de la mano y me hizo entrar en un subterráneo donde no hace ni frío ni calor, donde no luce el sol y al que no visitan ni el viento ni la lluvia. Un subterráneo donde no veo nada más que una claridad semivelada, la claridad que difunden a su alrededor los ojos bajos de la Faz de mi Prometido...

Mi Prometido no me dice nada, ni yo le digo tampoco nada a él; tan sólo que *le amo* más *que a mí misma*. Y en el fondo de mi corazón siento que es verdad, ¡pues soy más de él **[2rº]** que mía...!

No veo que avancemos hacia la cumbre de la montaña, pues nuestro viaje se hace bajo tierra; pero, con todo, me parece que nos acercamos a ella sin saber cómo. La ruta que sigo no tiene ningún consuelo para mí, y sin embargo me trae todos los consuelos, porque es Jesús quien la ha elegido y yo quiero consolarlo sólo a él, ¡sólo a él...! ¡Ay, qué verdad tan grande es que, si yo le ofrezco las uvas de mi corazón, lo hago entre la B y la A2, porque ni yo misma entiendo nada!

[2vº] ¿Tengo que escribir al Sr. Lepelletier3 y al Sr. Révérony que voy a hacer la profesión...?

Sobre todo no te olvides de ir a la bodega a tomar tu sorbito de vino4; y al beberlo, piensa en tu hijita que, a buen seguro, tampoco está bebiendo los vinos azucarados de Engaddi... Pide que ella sepa dárselo a su Esposo, salvando almas, y se sentirá consolada...

NOTAS Cta 110

1 Cf SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*. Volvemos a encontrar esa misma expresión en Cta 105, 112 y Cta 196 (Ms B 1vº).

2 Alusión hermética para nosotros.

3 Confesor de Teresa de 1886 a 1888.

4 Vino quinado prescrito a sor Inés.

Cta 111 A sor María del Sdo. Corazón

30-31 de agosto de 1890

Querida madrinita:

¡Si supieras cómo ha embelesado el alma de tu hijita tu canto del cielo...! Yo te aseguro que ella no escucha en absoluto armonías celestiales. Su viaje de bodas es tremendamente árido. Es cierto que su prometido le hace recorrer países fértiles y de ensueño, pero la *noche* le impide admirar cosa alguna y sobre todo disfrutar de todas esas maravillas.

Tal vez pienses que tu hijita se aflige por ello. **[vº]** Pero no; al contrario, es feliz siguiendo a su Prometido *únicamente* por amor a *él*, y no por sus regalos... ¡Sólo él! ¡Es tan hermoso, tan encantador! ¡Incluso cuando *se calla*...! ¡Incluso cuando *se esconde*...!

¿Comprendes a tu hijita...? Está cansada de los consuelos de la tierra, y no quiere más que a su Amado, sólo a él...

No te olvides de rezar mucho por la hijita que tú *educaste*1 y que es tuya.

NOTAS Cta 111

1 Cf CA 23.9.6.

Cta 112 A sor Inés de Jesús

1 de septiembre de 1890

J.M.J.T.

Jesús + Lunes

Te paso la carta que he escrito para papá. Si te parece que no puede ir así, hazme tú un borrador; pero creo que no la va a entender... ¡Qué misterio el amor de Jesús a nuestra familia...! ¡Qué misterio las lágrimas y el amor de este esposo de sangre1...!

Mañana estaré con el Sr. Youf2. Me ha dicho que le haga una breve relación3, pero sólo desde que estoy en el Carmelo. Reza mucho para que Jesús me conserve la *paz* que ME HA DADO.

Me sentí muy feliz al recibir la absolución el sábado... Pero no comprendo el retiro **[vº]** que estoy haciendo, no pienso en nada. En una palabra, ¡me encuentro en un subterráneo muy oscuro...! Pídele a Jesús, tú que eres mi luz, que no permita que las almas se vean privadas por mi culpa de las luces que necesitan, sino que mis tinieblas sirvan para iluminarlas a ellas... Pídele también que haga unos buenos ejercicios espirituales y qué él esté tan contento como sea posible. Así, también yo estaré contenta y aceptaré, si ésa es su voluntad, caminar toda mi vida por la ruta oscura que estoy siguiendo, con tal que un día pueda llegar a la cima de la montaña del amor, aunque creo que esto no será aquí en la tierra.

(Voy a tomar mi sorbito de vino; también esta mañana me habría apetecido, pero no pude encontrar a nuestra Madre4.)

[vºtv] ¿Tengo que escribir a la señora Papinot...? Me parece que no vale la pena, no lo entendería, ¿no sería quizás mejor esperar a la toma de velo...?

NOTAS Cta 112

1 Cf Cta 82, n. 2.

2 Capellán del Carmelo.

3 Es decir, una confesión general.

4 Se sobrentiende: para pedirle permiso.

Cta 113 A sor María del Sdo. Corazón

2-3 de septiembre de 1890

J.M.J.T.

Jesús

¡Si supieras el bien que me hacen tus palabras...! Son para mí como una música de cielo, me parece escuchar la voz de un ángel...

¿Pero acaso no eres tú el ángel que me condujo y me guió en la ruta del destierro hasta mi entrada en el Carmelo? Y aun ahora sigues siendo para mí el ángel que consoló mi niñez, **[vº]** y veo en ti lo que las demás no pueden ver, pues sabes esconder tan bien lo que eres en realidad, que el día de la eternidad muchas personas se quedarán sorprendidas.

Pero tu hijita no se sorprenderá de nada; y por muy bellos que sean tu trono y tu diadema, ella no se asombrará de lo que el amor del esposo divino dará a quien modeló en su corazón el mismo amor al esposo de las vírgenes. Y tu hijita espera ser también, en tu corona, una florecilla muy pequeñita que prestará su humilde brillo a la gloria de su ángel visible en la tierra.

Cta 114 A sor Inés de Jesús

3 de septiembre de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

Cordero querido:

Sí, para nosotras las alegrías irán siempre mezcladas con el sufrimiento. La gracia de ayer1 exigía un broche final, y Jesús te lo ha dado a ti primero, y luego a mí a la vez, ¡porque todo lo que a ti te hace sufrir me duele a mí en lo más hondo...! Quisiera saber si nuestra Madre te ha consolado o si sigues apenada.

Me parece que tendríamos que dar las gracias al «santo anciano Simeón»2 y decirle que llegó su carta. ¿Qué opinas tú?

Te paso esas líneas de sor Teresa de Jesús3. Me las entregó esta mañana. ¿He de hacerle todo eso...? No tengo modelos, y además me parece que la ropa y la Santísima Virgen4 corren más prisa, pero haré lo que me digas.

¿Crees realmente que Celina se va a morir5...? Ayer le prometí hacer la profesión por las dos, pero no me atreveré a pedirle a Jesús que la deje en **[vº]** la tierra si no es ésa su voluntad. Me parece que el amor puede suplir a una larga vida... Jesús no mira al tiempo, pues en el cielo el tiempo ya no existe. No debe de mirar más que al amor.

Pídele que me dé mucho amor también a mí. No pido amor sensible, sino un amor conocido sólo de Jesús. Amarle y hacerle amar, ¡qué dulzura...! Dile también que me lleve el día de mi profesión si voy a ofenderle después, pues quisiera llevarme al cielo sin mancha alguna6 la blanca estola de mi segundo bautismo. Pero creo que Jesús puede concederme la gracia de no volver a ofenderlo, o bien la de no cometer más que faltas que no le OFENDAN7 sino que nos humillan y que hacen más fuerte el amor.

¡Si supieras lo mucho que te hablaría de eso si tuviese palabras para expresar lo que pienso, o, mejor, que *no pienso* pero que siento...! ¡Qué misteriosa es la vida...! Es un desierto y un destierro... Pero en lo más hondo del alma sabemos que habrá un día de LEJANIAS infinitas, de LEJANIAS que harán olvidar para siempre las tristezas del desierto y del destierro...

El granito de arena

[rºtv] El Sr. abate Domin8 no sabe que voy a hacer la profesión, ¿se lo tengo que decir? Me parece que si nuestra Madre aún no ha escrito a la Abadía, podría decir a esas señoras que se lo comuniquen.

NOTAS Cta 114

1 La bendición de León XIII que Teresa había pedido para su profesión al Hno. Simeón. Cf Ms A 76rº.

2 El Hno. Simeón de Roma, de las Escuelas Cristianas.

3 Sor Teresa de Jesús, que a menudo pedía a Teresa trabajos de pintura de difícil ejecución.

4 La ropa que había que arreglar y una estatua de la Santísima Virgen que había que adornar.

5 Cf Cta 104; y Cta 115, n. 2.

6 Cf Or 2.

7 Cf Ms A 80vº.

8 Capellán de las benedictinas de Lisieux.

Cta 115 A sor Inés de Jesús

4 de septiembre de 1890

J.M.J.T.

Te paso la carta de Roma1 para que, si quieres, se la hagas llegar a Celina. Tal vez papá no la entienda, pero no será difícil conseguirlo, y si algún día lograse entenderla, ¡se sentiría tan dichoso! ¿Tengo que mandarle también mis votos para que él los bendiga? Si te parece que sí, dímelo mañana por la mañana para escribirlos cuanto antes. Los pondríamos en medio de la corona, ¿pero no será quizás mejor no hacer nada...?

Gracias por tu cartita, ¡si supieras cómo me ha gustado2...! Mi alma sigue en el túnel, **[vº]** pero es *muy feliz* allí; sí, feliz de no tener ningún consuelo, porque pienso que así su amor no es como el amor de las prometidas de la tierra, que están siempre mirando las manos de su prometido para ver si les trae algún regalo, o su rostro para sorprender en él una sonrisa de amor que las cautive...

Pero la pobre prometida de Jesús sabe que ella ama a Jesús *sólo por él,* y sólo quiere mirar al rostro de su amado para sorprender en él las lágrimas que corren de los ojos que la han cautivado con sus *secretos encantos*... Y quiere enjugar esas lágrimas para hacer con ellas su aderezo el día de sus bodas. Un aderezo que *será* también *secreto*, pero que su Amado sabrá entender.

NOTAS Cta 115

1 La Bendición Apostólica, que recibió por mediación del Hno. Simeón. Celina la llevará cuando vaya a ver a su padre el 5 de septiembre.

2 Sor Inés le decía, entre otras cosas: «Querido granito de arena, no creo que Celina se muera enseguida, sin embargo, no sería muy extraño. ¡Pero qué feliz sería...! ¡Qué dicha ir a ver ese «Rostro desconocido» del que Job nos hablaba esta noche...! Dejemos actuar a Dios en nuestra familia, ¡que no se moleste por nosotros...! ¿No está en su casa...? Jesús se quejaba en sus tiempos de no tener ni siquiera una piedra donde reposar su cabeza divina. Ahora le iba a resultar muy difícil quejarse, pues nuestros corazones quieren servirle de almohadas muy suaves y muy cálidas. (...)

«Granito de arena tan querido, ya no estoy apenada por la minucia de ayer tarde... No hemos vuelto a hablar de ello, y yo me he guardado muy bien de decir una sola palabra. ¡Dios mío, cómo se pasa todo aquí en la tierra! Y esto nos da ánimos. Hoy estás sumida en la tristeza, mañana ésta se disipa, y pasado mañana el cielo se oscurece. ¡Feliz mil veces el alma que se eleva por encima de todas estas pequeñeces...! Es difícil, pero la gracia hace maravillas en el corazón fiel...

«Hija querida, dale gracias a tu Prometido, porque desde tus más tiernos años te ha hecho seguir este camino de fidelidad... Si no te consuela, es porque estás entre sus brazos; no caminas, es él quien te lleva... El niño en brazos de su Padre ¿tiene necesidad de otro consuelo...? Yo me imagino a Jesús llevando a su granito de arena y cargando con esa carga ligera, corriendo en busca de almas» (LC 137, 3/9/1890).

Cta 116 A sor María del Sdo. Corazón

7 de septiembre de 1890

J.M.J.T.

Me gustaría que las velas del Niño Jesús estuvieran encendidas cuando me dirija a la sala capitular1, ¿quieres ir tú a encenderlas...? Por favor, no te olvides... No he puesto las velas color rosa, porque las otras le dicen mucho más a mi alma: empezaron a lucir el día de mi toma de hábito. Entonces estaban rosadas y nuevas. Papá (que me las había regalado) estaba allí, y todo era alegría... Pero ahora el color *rosa* se ha ido. ¿Hay todavía aquí en la tierra alegrías color **[vº]** *de rosa* para la huerfanita de la Berezina...? ¡No!, para ella ya no hay más que alegrías celestiales..., alegrías en las que todo lo creado, que no es nada, cede el paso a lo increado, que es la realidad...

¿Comprendes a tu hijita...?

Mañana será la esposa de Jesús. Mañana será la esposa de aquel cuyo rostro estaba oculto y a quien nadie conocía... ¡Qué alianza y qué porvenir...! Sí, lo sé muy bien, mis bodas estarán rodeadas de ángeles, sólo el cielo se alegrará, y también la pequeña esposa y sus hermanas queridas2...

NOTAS Cta 116

1 Al dirigirse a la sala capitular, donde Teresa emitirá los votos a la salida de misa, la comunidad pasará en procesión ante la estatua del Niño Jesús del claustro.

2 Sor María del Sagrado Corazón le responderá: «Mi querida hijita, tus letras han hablado muy hondo a mi alma... ¡Cómo ha hecho Jesús crecer en pocos años a la «Huerfanita de la Berezina»! ¡Con qué amor de predilección ha amado a aquella reina de largos cabellos rubios a la que nuestro pobre papaíto tanto quería! También hoy sigue siendo su alegría, sigue siendo su gloria, encorvado como está bajo la prueba, y mañana el cielo contemplará maravillado la nueva aureola que brillará sobre su frente venerable. (...)

«Pide por tu madrina para que llegue a ser santa y para que también ella sepa responder a ese don con que Dios la ha agraciado en su hijita. ¡Familia bendita! ¡Familia colmada por Jesús...!» (LC 138, 7/7/1890).

Cta 117 A María del Sdo. Corazón1

Recuerdo del 8 de septiembre de 1890

Día de eterno recuerdo, en el que tu hijita se ha convertido como tú en la esposa de aquel que dijo: «Mi reino no es de este mundo», y en otro lugar: «Además, pronto veréis al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo a la derecha de Dios». Ese es el día que nosotras esperamos... Día de las bodas eternas, en que nuestro Jesús enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos y en que nos sentará con él en su trono...

Ahora su rostro está como escondido a los ojos de los mortales; pero a nosotras, que comprendemos sus lágrimas en este valle de destierro, pronto se nos mostrará en la patria su Faz resplandeciente, y entonces llegará el éxtasis, la eterna unión gloriosa con nuestro esposo...

Pídele que yo, a quien tú iniciaste en los caminos de la virtud, pueda estar un día muy cerca de ti en la patria.

Tu hijita.

NOTAS Cta 117

1 Dedicatoria al dorso de una estampa.

Cta 118 «Carta de invitación a las bodas de sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz»1

8-20 de septiembre (?) de 1890

J.M.J.T.

El Dios todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, Dueño y Soberano del mundo, y la gloriosísima Virgen María, Reina y Princesa de la Corte Celestial, tienen a bien participar a Vd. el matrimonio de su hijo Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, con la señorita Teresa Martin, ahora Señora y Princesa de los reinos aportados en dote por su esposo, a saber: la Infancia de Jesús y su Pasión, siendo sus títulos de nobleza: del Niño Jesús y de la Santa Faz.

El señor Luis Martin, Propietario y Dueño de los Señoríos del sufrimiento y de la humillación, y la señora de Martin, Princesa y Dama de honor de la Corte Celestial, tienen a bien participarle a Vd. el matrimonio de su hija Teresa con Jesús, el Verbo de Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad, que, por obra del Espíritu Santo, al hacerse hombre nació de la Virgen María.

No habiendo podido invitarle a Vd. a la bendición nupcial que se les dio en la montaña del Carmelo (sólo fue admitida la corte celestial), le pedimos que acuda a la tornaboda, que tendrá lugar mañana, día de la Eternidad, en que Jesús, el Hijo de Dios, vendrá sobre las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. (Por ser la hora todavía desconocida, le invitamos a Vd. a estar preparado y a velar).

NOTAS Cta 118

1 Tenemos tres versiones de esta participación simbólica: a) el borrador que transcribimos a continuación; b) una copia de sor Inés, muy semejante, entregada a Celina (cf CG p. 581ss); c) el texto del Ms A 77vº, casi idéntico a la copia de sor Inés.

Cta 119 A sor Marta de Jesús1

23 de septiembre de 1890

A mi querida compañera, en recuerdo del día más hermoso de tu vida2, de ese día sin igual en que te consagraste a Jesús.

Consolemos juntas a Jesús de todas las ingratitudes de las almas, hagamos con nuestro amor que se olvide de sus dolores.

Tu indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.3

NOTAS Cta 119

1 Dedicatoria al dorso de una estampa.

2 Teresa escribe: «*de tu día*».

3 Abreviatura de «*religiosa carmelita indigna*».

Cta 120 A Celina

23 de septiembre de 1890

J.M.J.T.

Jesús +

¿Cómo decirte, Celina, lo que está pasando dentro de mi alma...? Se siente desgarrada, pero sé que esta herida está hecha por una mano amiga, ¡por una mano *divinamente celosa*...!

Todo estaba dispuesto para mis bodas, ¿pero no te parece que le faltaba algo a la fiesta? Es cierto que Jesús había puesto ya muchas joyas en mi canastilla, pero faltaba todavía una de belleza incomparable, y ese diamante precioso Jesús me lo ha regalado hoy... Celina..., mis lágrimas han corrido al recibirlo..., y siguen todavía corriendo, y casi me las reprocharía si no supiera «que existe un amor cuya única prenda son las lágrimas»1.

Sólo Jesús ha dirigido este asunto, sólo él, y yo he reconocido su toque *de amor*...

Tú sabes muy bien cómo deseaba volver a ver esta mañana a nuestro papá querido2. Pues bien, ahora veo claramente que la voluntad de Dios es que no esté aquí. Él lo ha permitido sencillamente para probar nuestro amor... Jesús me quiere *huérfana*, quiere que yo esté sola con él solo para unirse mas íntimamente a mí; y quiere también darme en la Patria las alegrías tan *legítimas* que me negó en el destierro...

Consuélate, Celina, nuestro esposo es un esposo de lágrimas y no de sonrisas. Démosle nuestras lágrimas para consolarle, y un día esas lágrimas se cambiarán en sonrisas de una dulzura inefable...

Celina, no sé si conseguirás entender mi carta, apenas puedo sostener la pluma... **[vº]** Cualquiera otra te daría muchas explicaciones sobre la visita de nuestro tío en el locutorio, pero tu Teresa tan sólo sabe hablarte el lenguaje del cielo. Celina, ¡comprende a tu Teresa...!

La prueba de hoy es un dolor difícil de entender. Ves que se te ofrece una alegría, que es una alegría posible, una alegría natural, adelantas la mano... y no puedes coger ese consuelo tan deseado... Pero, Celina, ¡qué misterioso es

todo esto...! No tenemos ya asilo aquí en la tierra, o por lo menos tú puedes decir como la Santísima Virgen: «¡Qué asilo!». Sí, ¡qué asilo...! Pero no es una mano humana la que ha hecho esto. Ha sido Jesús. ¡Es su «mirada velada» la que ha caído sobre nosotras...!

He recibido una carta del Padre desterrado3, y te copio un pasaje: «Mi aleluya está impregnado de lágrimas. Ninguno de tus padres estará ahí para ofrecerte a Jesús. ¿Habrá que compadecerte aquí abajo, cuando allá arriba los ángeles te felicitan y los santos te envidian? Tu corona de espinas los vuelve celosos. Ama, pues, esos pinchazos como prendas de amor de tu divino esposo».

Celina, aceptemos de buen grado la espina que Jesús nos ofrece. La fiesta de mañana será una fiesta de lágrimas para nosotras4, ¡pero estoy segura de que Jesús se va a sentir tan consolado...!

Quisiera decirte muchas más cosas, pero me faltan las palabras... Me encargaron que te escribiera para consolarte, pero seguro que he cumplido muy mal el encargo... ¡Si al menos pudiese comunicarte la paz que Jesús ha infundido en mi alma en lo más recio de mis lágrimas! ¡Eso es lo que le pido para ti, que eres yo misma...!

Celina... Las sombras declinan y la apariencia de este mundo pasa. Pronto, sí, pronto contemplaremos ese rostro desconocido5 y amado que nos fascina con sus lágrimas.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 120

1 Cita de una poesía de Celina. Cf Cta 108.

2 Para su toma de velo. Cf Ms A 75rº/vº.

3 El P. Pichon.

4 Cf Ms A 77rº.

5 Ver Cta 115, n. 2.

A.M.D.G.

[Image]

QUINTO PERÍODO - EN EL NOVICIADO. LOS AÑOS OSCUROS

(septiembre de 1890-febrero de 1893)

Cta 121 A María Josefa de la Cruz1

J.M.J.T.

Jesús + Monasterio del Carmelo,

28 de septiembre de 1890

Querida Hermana:

Su carta me ha llegado muy a lo hondo, y le agradezco las oraciones que ha hecho por mí. Yo tampoco la he olvidado a usted y he encomendado a Dios todas sus intenciones.

Por fin ya soy toda de Jesús. A pesar de mi indignidad, él ha querido tomarme por esposa. Ahora tengo yo que darle pruebas de mi amor, y cuento con usted, querida Hermana, para ayudarme a dar gracias a Nuestro Señor.

Las dos hemos recibido grandes **[vº]** gracias, y espero que pronto un mismo lazo nos una a Jesús para siempre.

He tenido la dicha de recibir la bendición del Santo Padre para el día de mi profesión. El religioso que me la consiguió me escribía cuán numerosos son los enemigos de la Iglesia. En Roma, la lucha contra nuestro Santo Padre el Papa no cesa un instante. ¡Es desolador...!

¡Qué bueno es ser religiosas para orar y aplacar la justicia de Dios! Sí, la misión que se nos ha confiado es muy hermosa, y la eternidad no será lo suficientemente larga para agradecer a Nuestro Señor la porción que nos ha asignado.

Querida Hermana, encomiendo a sus oraciones a mi querido padre, tan probado por la cruz y tan admirable en su resignación. Me atrevo también a encomendarme a las oraciones de su santa comunidad.

Reciba, querida Hermana, el religioso afecto de quien se siente extremadamente feliz de llamarse

Su menor hermana,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 121

1 Marcelina Husé, sirvienta de los Guérin, que había entrado en las benedictinas de Bayeux en julio de 1889.

Cta 122 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 14 de octubre de 1890

Querida Celina:

No quiero dejar que salga la carta de María sin añadir yo unas letras para ti. Nuestra querida Madre me da permiso para hacer la oración contigo... Celina, ¿no es eso lo que hacemos *siempre* juntas...?

Celina querida, lo que tengo que decirte es *siempre* lo mismo: ¡oremos por los sacerdotes1! Cada nuevo día nos muestra cuán raros son los amigos de Jesús... Me parece que lo que más debe de dolerle es precisamente eso: la ingratitud. **[1vº]** Sobre todo el ver que las almas que se han consagrado a él dan a otros el corazón que le pertenece a él de una manera tan absoluta...

Celina, hagamos de nuestro corazón un pequeño jardín de delicias donde Jesús pueda venir a descansar... No plantemos más que lirios en nuestro jardín. Sí, lirios. Y no admitamos en él otras flores, pues éstas pueden ser cultivadas por otros, mientras que los lirios sólo las vírgenes pueden ofrecérselos a Jesús...

«La virginidad es un silencio profundo de todas las preocupaciones de la tierra». No sólo de las preocupaciones inútiles, sino de *todas las preocupaciones*. Para ser virgen, no hay que pensar más que en el Esposo, que no admite a su lado nada que no sea virgen, «pues quiso nacer de una madre virgen, tener un precursor virgen, un tutor virgen, un amigo predilecto virgen, **[2rº]** y finalmente un sepulcro virgen». Él quiere también una esposa virgen, ¡su CELINA...!

Alguien ha dicho también que «cada uno ama lógicamente a su tierra natal; y como la tierra natal de Jesús es la Virgen de las vírgenes, y él nació por su voluntad de un Lirio, le gusta encontrarse entre corazones vírgenes».

¿Y tu viaje2? Parece que lo olvido..., pero no, mi corazón te está siguiendo hasta allá y comprendo todo lo que sientes... ¡lo comprendo todo...! Todo pasa: el viaje a Roma, con sus desgarrones, *ha pasado*..., nuestra vida de antes ha pasado... También *la muerte* pasará, y entonces gozaremos de la vida, no por siglos, sino que millones de años serán **[2vº]** para nosotras como un día, y otros millones de años les sucederán llenos de descanso y de felicidad3... ¡Celina...!

Rézale mucho al Sagrado Corazón. Tú bien sabes que yo no veo al Sagrado Corazón como todo el mundo4. Yo pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de este delicioso corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara...

No te olvides allí de tu Teresa. Simplemente susurra su nombre, y Jesús comprenderá. ¡Hay tantas gracias vinculadas a ese santuario, sobre todo para los corazones que sufren...!

Me gustaría escribir a Leonia, pero me es imposible, ni siquiera tengo tiempo para repasar esta carta. Dile que me acuerdo mucho de ella, etc. etc. Estoy segura **[2vºtv]** de que el Corazón de Jesús va a concederle muchas gracias, etc. etc. Dile todo eso, ¿me entiendes...?

Tu Teresa del Niño Jesús
de la Santa Faz,
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 122

1 Cf Cta 94, n. 4.

2 Peregrinación a Paray-le-Monial, acompañada de Leonia, con ocasión del segundo centenario de la muerte de la beata Margarita María, el 17 de octubre de 1890.

3 Cf Arminjon, *op. cit.*, p. 316.

4 Cf **PN** 23, introducción.

Cta 123 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

15 de octubre de 1890

Jesús +

Querida tía:

Me ha emocionado enormemente todo lo que me ha enviado para mi santo. No sé cómo agradecérselo ni por dónde empezar.

En primer lugar, querida tiíta, me mandó a su encantadora María, que me ha felicitado mi santo en nombre de todos los que amo.

[1vº] Los dos preciosos tiestos que me regalaron mis hermanitas queridas, Juana y María, me han gustado mucho. Los he colocado al lado del Niño Jesús, y a todas las horas del día imploran para mis dos hermanitas tantas gracias y bendiciones como florecillas tiene cada planta...

Y finalmente, querida tiíta, sus deliciosos pasteles han venido a coronar la fiesta y a llenar el corazón de su Teresa de gratitud hacia usted que me da todos estos mimos.

Y me hace sentirme mucho más emocionada, querida tiíta, el saber lo mucho que usted está sufriendo y que, a pesar de **[2rº]** ello, todavía se acuerda de su Teresita. Pero si usted se acuerda de ella, también ella se acuerda mucho de usted y no cesa de pedirle a Dios que le devuelva el céntuplo de todo lo que hace por nosotros. También rezo mucho por mi querida Juanita: que Dios la haga tan feliz como se puede serlo en la tierra. Le pido también que la consuele del gran vacío que ha debido de dejarle la partida de mi hermana querida1. **[2vº]** Tampoco me olvido de mi querido tío, y le pido que le dé un abrazo muy fuerte de mi parte.

La dejo, querida tiíta; o, mejor, dejo la pluma, que tan mal sabe cumplir la misión que mi corazón le confía. Este no se aleja de usted ni un solo instante.

Su hijita

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 123

1 Tras su casamiento con el Dr La Néele, el 1 de octubre, Juana Guérin vive en Caen, a unos cincuenta kilómetros de Lisieux.

Cta 124 A Celina

J.M.J.T.

20 de octubre de 1890

Jesús +

Querida Celina:

Tu Teresa quiere felicitarte tu santo... Hace ya mucho tiempo que está pensando en él, así que este año no va a ser la última en hacerlo.

Celina, quizás ésta sea la última vez que se festeje tu santo en la tierra1... ¡Quizás...! ¡Qué esperanza tan dulce...! Tal vez el año que viene la humilde **[1vº]** *flor Celina*, desconocida en la tierra, esté ya colocada sobre el corazón del Cordero divino; y entonces los ojos extasiados de los ángeles contemplarán, en vez de una pobre florecilla sin belleza, un lirio de una blancura deslumbrante...

Celina, ¡qué misteriosa es la vida!, no sabemos nada... no vemos nada... Y sin embargo, Jesús ha revelado ya a nuestras almas lo que el ojo del hombre no vio... Sí, nuestro corazón intuye lo que el corazón no puede comprender, pues a veces carecemos de *pensamientos* para expresar un no sé qué que sentimos dentro de nuestra alma...

[2rº] Celina, te mando *dos Celinas*2 para tu santo. Tú sabrás comprender su lenguaje... Un mismo tallo las sostiene, un mismo sol las ha hecho crecer juntas, el mismo rayo hizo que se abrieran, y sin duda alguna ¡un mismo día las verá morir...!

Los ojos de las criaturas no se dignan fijarse en una humilde *flor Celina*, y sin embargo su blanca corola está llena de misterio: en su corazón lleva encerrado un gran número de otras flores, los hijos de *su alma* (las almas), y además su cáliz blanco es rojo por dentro, ¡cual si estuviese empurpurado por su propia sangre...!

[2vº] Celina, el sol y la lluvia pueden caer sobre esa florecilla ignorada, sin ajarla. Nadie se preocupa por cogerla... Pero ¿acaso no es virgen también ella...? Sí, porque sólo Jesús la ha mirado, porque él la ha creado sólo para él... ¡Por eso es más feliz que la rosa brillante, que no es sólo para Jesús...!

Celina, te estoy felicitando tu santo de una manera poco común, se puede decir. Pero sé que comprenderás las palabras incoherentes de tu Teresa...

Celina, me parece que Dios no tiene necesidad de muchos *años* para realizar su obra de amor en un alma. Un rayo de su corazón puede, en un instante3, hacer que su flor se abra para la eternidad...

Tu Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 124

1 Celina tiene problemas cardíacos. Cf Cta 104.

2 Dos flores de áster común (cf Cta 98) sostenidas por un mismo tallo. Aun se conservan prendidas encima de la palabra «Jesús» en el encabezamiento del autógrafo.

3 Cf Cta 114; Or 6; Cta 224.

Cta 125 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 17 de noviembre de 1890

Querida tía:

¡Con cuánta ilusión vengo a felicitarle su santo! Hace ya mucho tiempo que pienso en este hermoso día, y me alegro de poder acercarme a mi tiíta querida para decirle cuánto la quiere la última y la más pequeña de sus hijas. Ella quiere ser en todo la última y la más pequeña, pero en el afecto y en la ternura nunca se [1vº] dejará ganar por sus hermanas mayores... Además, ¿no tiene derecho el benjamín a amar más que los otros...?

¡Cuántos recuerdos me trae esa fecha del 19! Mucho tiempo antes de que llegara, ya me llenaba yo de alegría: primero, porque ese día era la fiesta de mi tía querida; y luego también por las ricas golosinas de que ese día me llenaban. Ahora aquellos años ya han pasado, los pajarillos han crecido, después abrieron sus alas y volaron de aquel nido tan dulce de su niñez. Pero, querida tiíta, al crecer

Cta 126 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 3 de abril de 1891

Querida Celinita:

Esta tarde hemos visto a Margarita M.1. No tengo tiempo para hablarte detalladamente de esta visita, pero no puedo decirte el bien que ha hecho a mi alma... ¡Felices nosotras que hemos sido escogidas por el esposo de las vírgenes...! Marg. nos ha confiado secretos íntimos que no cuenta a nadie. Tenemos que rezar [1vº] mucho por ella, pues se halla muy expuesta... Dice que ningún libro la ayuda. He pensado que los «Misterios de la vida futura»1 podrían tal vez ayudarla y afianzar su fe que está en mucho peligro... Nos dijo que puede leer libros sin que lo sepa su marido.

Sería bueno que le dieses ese libro, diciéndole que hemos pensado que podría interesarle; pero que lo comience por el capítulo tercero, donde hay una estampita, pues los tres primeros no creo que tengan interés para ella. Creo que sería mejor [2rº] que hicieses como si no conocieras este libro y que simplemente cumples nuestro encargo, pues se molestaría si supiese que hemos dicho una sola palabra de sus confidencias. Preferiríamos que ni la señora Maudelonde ni nuestra tía supiesen que prestamos este libro a Marg. En fin, hazlo lo mejor que puedas, y dile que lo tenga todo el tiempo que quiera... Si no puedes dárselo sin ser vista, tal vez sería mejor no hacer nada. En fin, procura al menos hablarle de él. Yo, por mi parte, tengo unos deseos [enormes] [2vº] de que lea algún libro en el que pueda encontrar respuesta a muchas de sus dudas... Creo que ésta podría ser una obra muy agradable a Dios. Él me ha dado a mí la idea, pero ya sabes que Teresa nada puede sin Celina, se necesitan las dos para hacer un

trabajo completo. Por eso, ¡ahora le toca a Celina acabar lo que Teresa ha comenzado...! Celina, ¡si supieras cuánto te quiero, y cuán puro es el amor que te tengo...!

Celina querida, tu Teresita está siempre contigo, porque tú estás en su corazón y eres la mitad de su corazón...

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 126

1 Margarita María Maudelonde, sobrina de la señora de Guérin, casada con René Tostain, un magistrado ateo, cf CA 2.9.7.

2 La obra de Arminjon.

Cta 127 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 26 de abril de 1891

Querida Celina:

Por cuarta vez tu Teresa te felicita el cumpleaños desde la soledad del Carmelo... ¡Y qué poco se parecen estas felicitaciones a las del mundo...! Lo que Teresa le desea a su Celina no es la salud, la felicidad, la fortuna, la gloria, etc. ¡No, no es nada de eso...!

Nuestro pensamiento no está puesto en la tierra del destierro, nuestro corazón está donde está nuestro tesoro, y nuestro tesoro está allá arriba, en la patria, donde Jesús nos prepara un sitio junto a él. Y digo *un sitio*, y no unos sitios, porque no me cabe la menor duda de que, a quienes en la tierra no han sido más que un alma, les está reservado un mismo trono en el cielo... Juntas crecimos, juntas nos instruyó Jesús en sus secretos, en esos secretos sublimes que oculta a los poderosos y revela a los humildes, juntas también sufrimos en *Roma*; nuestros corazones estaban entonces estrechamente unidos, y la vida hubiera sido en la tierra el ideal de la felicidad si Jesús no hubiera venido de nuevo a estrechar más aún nuestros lazos. Sí, al separarnos, él nos unió de una manera que hasta entonces mi alma no conocía, pues desde aquel momento no puedo desear nada para mí sola sino todo para las dos...

¡Ay, Celina...!, hace tres años nuestras almas no habían sido rotas todavía, aún era posible para nosotras la felicidad en la tierra. Pero Jesús nos dirigió una mirada [vº] de amor, una mirada velada por las lágrimas, y esa mirada se convirtió para nosotras en un océano de sufrimiento, pero también en un océano de gracias y de amor. Nos arrebató a aquel a quien amábamos con tanta ternura, de una manera aún más dolorosa que cuando nos llevó a nuestra madre querida en la primavera de nuestra vida. ¿Pero no fue para que pudiéramos decir con verdad: «Padre nuestro, que estás en el cielo»? ¡Qué consoladoras son estas palabras! ¡Y qué horizontes infinitos abren ante nuestros ojos...!

Celina, la tierra extranjera no tiene para nosotras más que plantas silvestres y espinas, ¿pero no es eso mismo lo que ofreció a nuestro divino Esposo? Por eso, ¡qué hermosa es también para nosotras la parte que nos ha tocado! ¿Y quién podrá decirnos lo nos reserva la eternidad...?

Celina querida, tú que me hacías tantas preguntas cuando éramos pequeñas, me pregunto cómo es posible que nunca me hayas hecho ésta: «¿Y por qué Dios no me ha creado ángel?» Celina, voy a decirte lo que pienso: si Jesús no te ha creado ángel del cielo, es que quiere que seas un ángel en la tierra. ¡Sí, Jesús quiere tener su corte celestial aquí en la tierra, como la tiene allá en el cielo! Quiere tener ángeles-mártires, quiere tener ángeles-apóstoles, y con esa misma intención ha creado también una florecita que se llama Celina. Quiere que su florecita le salve almas, y para eso no quiere más que una cosa: que su flor le *mire* mientras sufre su martirio... Y ese misterioso intercambio de miradas entre Jesús y su florecita hará maravillas y dará a Jesús una multitud de otras flores (sobre todo un cierto Lirio marchito y ajado1, que habrá que cambiar en rosa de amor y de arrepentimiento...)

[rºtv] Celina querida, no te enfades porque te haya dicho que allá arriba en el cielo ocuparemos un mismo sitio las dos, pues, ¿sabes una cosa?, pienso que una pobre margarita puede brotar en la misma tierra que un lirio resplandeciente de blancura, y que una perlecita puede ser engastada al lado de un diamante y pedirle prestado su brillo...

¡Celina, amemos a Jesús hasta el infinito, y de nuestros dos corazones hagamos uno solo para que sea más grande en amor...!

Celina, contigo no terminaría nunca. ¡Ojalá comprendas todo lo que quisiera decirte para tus 22 años...!

Tu hermanita, que no es más que una sola cosa contigo...

(¿Sabes que, entre las dos, tenemos ahora *40* años? No es extraño que tengamos ya experiencia de tantas cosas, ¿no te parece?)

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
nov. carm. ind.2

NOTAS Cta 127

1 El P. Jacinto Loyson. Cf Cta 129.

2 Teresa firma, por distracción, «novicia» en vez de religiosa.

Cta 128 A sor María del Sdo. Corazón1

5 de julio de 1891

Recuerdo ofrecido a mi hermana querida en la fiesta
de la Preciosísima Sangre, para su salida del noviciado.

Sor Teresa del Niño Jesús
de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 128

1 Dedicatoria al dorso de una estampa. María deja a Teresa, con la que acaba de pasar más de tres años en el noviciado.

Cta 129 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 23 de julio de 1891

Querida Celina:

Tus letras dijeron muchas cosas a mi alma; fueron para mí como un eco fiel que repitiera todos mis pensamientos...

Nuestra querida Madre está todavía sufriendo mucho. Es muy triste ver sufrir así a los que se ama. Sin embargo, no te preocupes demasiado, que aunque Jesús tenga muchas ganas de gozar en el cielo de la presencia de nuestra Madre querida, no podrá negarse a dejarnos aún en la tierra a aquella cuya mano maternal sabe guiarnos tan bien y consolarnos en el destierro de la vida...

¡Y qué triste destierro es el destierro de este mundo, sobre todo en esas horas en que todo parece faltarnos...! Pero entonces precisamente es cuando ese destierro es precioso, entonces es cuando brillan los días de la salvación. Sí, Celina querida, sólo el sufrimiento puede engendrar almas para Jesús... ¿Qué tiene de extraño que nademos en sufrimientos, nosotras, cuyo único deseo es salvar un alma que parece perdida para siempre1...?

Los detalles me interesaron mucho, aunque hicieron latir muy fuertemente mi corazón... Pero voy a darte yo también algunos otros que no son más consoladores. El desdichado pródigo ha ido a Coutances, donde [vº] ha repetido las conferencias de Caen. Parece que tiene idea de recorrer así toda Francia... Celina... Además dicen también que es fácil observar que los *remordimientos* lo roen por dentro: recorre las iglesias con un gran crucifijo y parece hacer grandes gestos de adoración... Su mujer le sigue a todas partes.

Celina querida, él es muy culpable, más culpable tal vez de lo que lo ha sido nunca un pecador que se haya convertido; ¿pero no puede hacer Jesús lo que todavía no ha hecho nunca? Y si no desease hacerlo, ¿habría puesto en el corazón de sus pobres esposas un deseo que no pudiese convertir en realidad...? No, una cosa es cierta: que él desea todavía más que nosotras volver al redil a esta pobre oveja descarriada. Llegará un día en que Jesús le abrirá los ojos, y entonces ¡quién sabe si no recorrerá toda Francia con un fin completamente distinto del que hoy se propone! No nos cansemos de orar. La confianza hace milagros, y Jesús dijo a la beata Margarita María:

«*Un alma* justa tiene tanto poder sobre mi corazón, que puede alcanzar de él el perdón para miles de *criminales*»2. Nadie sabe si es justo o pecador. Pero, Celina, a nosotras Jesús nos concede la gracia de sentir en lo hondo del corazón que preferiríamos morir antes que ofenderle. Y además, no son nuestros méritos, sino los de nuestro esposo, que son *nuestros*, los que ofrecemos a nuestro Padre del cielo, para que nuestro hermano, un hijo de la Santísima Virgen, vuelva, vencido, a arrojarse bajo el manto de la más misericordiosa de todas las madres...

[vºtv] Celina querida, tengo que terminar, adivina tú el resto, ¡hay *volúmenes enteros* para adivinar...!

Salúdalos a todos en mi nombre, y todo lo que quieras decirles de mi parte yo lo hago mío.

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 129

1 El P. Jacinto Loyson, ex-carmelita; cf CG p. 641s.

2 *Vie et Oeuvres de la Bienheureuse Marguerite-Marie Alacoque*, t. I., p. 159.

Cta 130 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 23 de julio de 1891

Querida Celina:

Una vez más soy yo la encargada de contestarte... A la madre Genoveva le emocionó mucho tu carta y ha pedido mucho por su Celinita. ¡Qué gracia tan grande contar con las oraciones de un alma tan santa y ser amada por ella...!

La fiesta de ayer1 fue preciosa, fue realmente un preludio del cielo... Todos los regalos nos gustaron mucho: el pescado, las cerezas, los pasteles. Dale muchas gracias a nuestra tía y dile todo lo mejor que se te ocurra...

Celina querida, tus dos cartas han hablado [1vº] muy hondo a mi alma y me han hecho derramar lágrimas... Lo de la *declaración*2 me hizo reír mucho; hay que *reconocer* que no se quedó corto [el galán] al ir a buscar a la prometida del rey del cielo. Sin duda que el pobre no vio «la señal que el Esposo ha puesto sobre tu frente»3, esa señal misteriosa que sólo Jesús puede contemplar y con él los ángeles que forman su corte real...

Celina, ¿por qué este privilegio extraordinario? ¿Por qué...? ¡Qué gracia más grande ser virgen, ser la esposa de Jesús! Tiene que ser algo muy bello, muy sublime, cuando la más pura y la más inteligente de todas las criaturas prefería permanecer virgen a ser Madre de todo un Dios... Y ésta es precisamente la gracia que Jesús nos otorga a nosotras; [2r] quiere que seamos sus esposas, y luego nos promete también que seremos su madre y sus

hermanos. Así lo dice en su Evangelio: «El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo ése es mi madre y mi hermano y mi hermana». Sí, quien ama a Jesús es toda su familia y encuentra en ese corazón *único*, que no tiene IGUAL, todo lo que desea. ¡Encuentra allí su cielo...!

Celina querida, seamos siempre los lirios de Jesús. La gracia que yo le pido es que los saque de este mundo antes que el viento pernicioso de la tierra haga desprenderse uno solo de los polvillos de sus estambres, polvillo que podría amarillear un poco el brillo y la blancura del lirio. Jesús tiene que poder encontrar en sus lirios todo lo que [2vº] desea encontrar en ellos, la pureza que no busca nada fuera de él y que no descansa más que en él...

¡Ay, nada más fácil de manchar que un lirio...! Pues bien, yo digo que si Jesús dijo a la Magdalena que a quien más se le perdona más ama, esto puede decirse con mucha más razón cuando Jesús ha perdonado *de antemano* los pecados4... ¿Comprendes, Celina...? Y además, cuando las lágrimas de Jesús son la sonrisa de un alma, ¿qué puede temer? Pienso que esas perlas misteriosas tienen el poder de blanquear los lirios y de hacer que su brillo se conserve. Celina querida, la apariencia de este mundo pasa, las sombras declinan, pronto estaremos en nuestra tierra natal, pronto las alegrías de nuestra infancia, las veladas del domingo, las charlas íntimas..., pronto todo eso nos será devuelto para siempre y con creces. Jesús nos devolverá las alegrías de las que [2vºtv] nos privó por un instante... ¡y entonces, de la cabeza radiante de nuestro padre querido veremos salir oleadas de luz, y cada uno de sus blancos cabellos será como un sol que nos colmará de alegría y de felicidad...!

¿Es, pues, un sueño la vida5...? ¡Y pensar que con este sueño podemos salvar a las almas...! Sí, Celina, no olvidemos a las almas, sino olvidémonos de nosotras por ellas, y un día Jesús, mirándonos, nos dirá: «¡Qué hermosa es la casta generación de las almas vírgenes!»

[1rºtv] Un abrazo muy fuerte a mi Mariíta, a Leonia y a todos. En cuanto a ti, Celina, ¡ya sabes el lugar que ocupas en mi corazón...!

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 130

1 Los sesenta años de profesión religiosa de la madre Genoveva.

2 La de Enrique Maudelonde.

3 Oficio litúrgico de santa Inés, antífona 3ª de Maitines. Cf **PN** 26, 7.

4 Cf Ms A 38vº.

5 SANTA TERESA DE JESÚS, *Exclamaciones*, 13,2.

6 Texto de oficio de Vírgenes.

Cta 131 A la señora de La Néele (Juana Guérin)

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 17 de octubre de 1891

Querida Juanita:

No sé cómo agradecerte tu delicadeza.

Me ha emocionado mucho el ver que el nombre de Francis acompañaba al de Juana para felicitarme; por eso, os envío a los dos mi agradecimiento.

Y le encargo a mi divino Esposo que pague él mi deuda. Puesto que [1vº] yo soy pobre por su causa, es muy justo que él no me niegue lo que le pido para los que amo.

Te aseguro, mi querida Juana, que si tú no olvidas a la más pequeña de tus hermanas, ella también se acuerda mucho de ti, y tú sabes bien que para una carmelita acordarse, y sobre todo amar, es rezar. Mis pobres oraciones no valen, ciertamente, gran cosa; espero, sin embargo, que Jesús las escuche, y que en vez de mirar a quien se las dirige, pose su mirada sobre quienes son objeto de las mismas. De esta manera, [2rº] se verá obligado a acceder a todas mis peticiones.

Espero que Dios os mande pronto un Isidorito tan perfecto como su papá, o una Juanita que se parezca en todo a su mamá... También pido que pueda venderse, por fin, la farmacia1. Quisiera que no faltase nada a la plena felicidad de mi querida hermanita y a la de mi primo. Pero en la tierra siempre habrá alguna nubecilla, ya que la vida no puede transcurrir sin algo de eso y solamente en el cielo será perfecta la alegría. Sin embargo, deseo que, en cuanto sea posible, Dios ahorre [2vº] a los que amo los sufrimientos inevitables de la vida, aun a costa de tomar sobre mí, si fuere necesario, las pruebas que a ellos les tiene reservadas.

Sor María del Sagrado Corazón me encarga que te dé muchas gracias por lo que has enviado para el joyero. Ha sido muy amable de tu parte, tanto más cuanto que nuestra Madre tenía ilusión de regalarte ese trabajito. No me queda espacio más que para decirte una vez más gracias en mi nombre y en el de mis hermanas, y enviarte, lo mismo que a nuestro querido primo, la seguridad del cariño de la última de tus hermanas, que no es la más pequeña en la ternura que siente por ti...

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 131

1 La farmacia del Dr. Le Néele, en Caen.

Cta 132 A Celina

J.M.J:T.

Jesús + El Carmelo, 20 de octubre de 1891

Querida Celina:

Es la cuarta vez que te felicito tu santo desde que estoy en el Carmelo... Me parece que estos cuatro años han apretado más aún los lazos que nos unían ya tan estrechamente. Cuanto más avanzamos en la vida, más amamos a Jesús. Y como nos amamos en él, nuestro afecto se hace tan fuerte, que es más *unidad* que unión lo que existe entre nuestras dos almas...

Celina, ¿qué puedo decirte, no lo sabes ya todo...? Sí, pero quiero decirte por qué las *Celinas* han florecido antes este año. Jesús me lo hizo comprender esta mañana con ocasión de tu santo. Sin duda te habrás dado cuenta de que el invierno nunca había sido tan riguroso como este año pasado; por consiguiente, todas las flores han tardado en abrirse. Era algo completamente natural, y nadie se extrañó de ello. Pero hay una florecita misteriosa que Jesús se ha reservado para instruir nuestras almas. Esa flor es la flor-Celina... A diferencia de las demás, se abrió un mes antes de la época de su floración... ¡¡¡¿Comprendes, Celina, el lenguaje de mi florecita querida..., la flor de mi infancia..., la flor de los recuerdos...?!!! Las escarchas y el rigor del invierno, en vez de [vº] retrasarla, la hicieron brotar y florecer... Nadie se fijó en ello, ¡es tan pequeña esta flor, tan poco brillante...! Tan sólo las abejas conocen los tesoros que encierra su cáliz misterioso, compuesto de una multitud de pequeños cálices, a cuál más rico... Al igual que las abejas, Teresa ha comprendido este misterio: el invierno es el sufrimiento, el sufrimiento incomprendido, desconocido, tenido como inútil a los ojos de los profanos, pero fecundo y poderoso a las miradas de Jesús y de los ángeles que, cual abejas vigilantes, saben recoger la miel contenida en los misteriosos y múltiples cálices que simbolizan a las almas, o, mejor, a los hijos de la florecilla virginal...

Celina, necesitaría volúmenes enteros para escribir todo lo que pienso acerca de esta florecita. Para mí ¡es una imagen tan perfecta de tu alma! Sí, Jesús ha hecho caer sobre ella las escarchas, en lugar del cálido sol de sus consuelos, pero el efecto que él esperaba se ha producido: la humilde plantita ha crecido y florecido casi de golpe… Celina, cuando una flor se abre, no hay más que cortarla, ¿pero cuándo y cómo cortará Jesús su florecilla...? ¡Tal vez el color rosado de su corola esté indicando que lo hará por el martirio...! Sí, siento renacer mis deseos1. Quizás Jesús quiera, después de habernos pedido, por así decirlo, amor por amor, pedirnos también sangre por sangre y vida por vida... Mientras tanto, tenemos que dejar que las abejas liben toda la miel de los pequeños cálices, no guardarnos nada para nosotras, dárselo todo a Jesús, y luego decir, como la flor, en la tarde de nuestra vida: «¡La tarde, ha llegado la tarde!»2. Entonces, todo habrá terminado..., y a las escarchas les sucederán los dulces [vºtv] rayos del sol, y a las lágrimas de Jesús las sonrisas eternas...

¡No, no nos neguemos a llorar con él durante un día, pues gozaremos de su gloria durante una eternidad...!

Querida florecita, ¿entiendes a tu Teresa...?

NOTAS Cta 132

1 Cf Or 2, n. 5.

2 Cita de una poesía de Celina, «La Rosée».

Cta 133 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 16 de noviembre de 1891

Querida tía:

Es un placer para la más pequeña de sus hijas ir con sus hermanas mayores a felicitarle su santo.

Todos los años veo con alegría la llegada de esa fecha del 19 de noviembre, que, si está llena para mí de dulces recuerdos, es también rica en esperanzas para el futuro...

Cuanto más avanzo en la vida, más saboreo lo dulce que es la fiesta de una madre. ¡Desde mi infancia, Dios parecía haberme arrebatado para siempre una alegría que nunca había gustado! [1vº] Pero desde lo alto del cielo, la madre que no podía ya prodigarme sus caricias inspiró a un corazón maternal, al que tanto quería, la ternura de una madre hacia su pobre hijita; y desde entonces yo también he podido saborear las dulces alegrías que se experimentan al felicitar a una madre querida...

Querida tiíta, desde que está en la montaña del Carmelo, su Teresita es todavía, si cabe, más consciente del cariño que le profesa; cuanto más aprende a amar a Jesús, más crece también su amor hacia sus familiares queridos.

El regalito1 que nuestra Madre ha tenido el gusto de hacer confeccionar para su santo le dirá mejor que yo, querida tiíta, lo que yo no acierto a [2rº] decirle. Mi corazón se llena de emoción al contemplar esos pobres cabellos, que indudablemente no tienen otro valor que el delicado trabajo y la gracia con que han sido colocados, pero que le eran tan queridos a aquel que Dios nos ha arrebatado2... Querida tiíta, ¿verdad que me comprende...? Me siento feliz al ver que esos cabellos le han sido obsequiados a la persona a quien más quiero en esta vida después de mi padre querido, ¡esos cabellos que a él tanto le hubiera gustado recibir!

Querida tiíta, esta carta no se parece en nada a una carta de felicitación, en la que sólo se debe hablar de alegría y de felicidad. Pero yo no sé hablar más que con el corazón, sólo él guía mi pluma y estoy completamente segura de que el [2vº] corazón maternal al que mi dirijo sabrá entenderme e incluso adivinar lo que yo no acierto a expresar...

Querida tía, tengo que poner punto final a esta carta, pero antes quiero enviarle todos mis besos y le pido que diga a sus hijitas que a ellas les encargo que se los den por mí; estoy segura de que estarán encantadas de la misión que les confío y de que la van a cumplir a la perfección...

Su hijita le envía de nuevo todas sus felicitaciones y le pide, querida tiíta que cuente con toda la ternura de su corazón de hija...

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 133

1 Un cuadro que contenía parte de los cabellos de Teresa, cortados tras su toma de hábito.

2 El señor Martín estaba orgulloso de la cabellera de su «pequeño abejorro rubio»; cf Cta 77.

Cta 134 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 26 de abril de 1892

Celina querida:

Este año la pradera del Carmelo me ofrece un presente simbólico que me siento feliz regalándote para tus 23 años... Un día, entre la hierba, que blanqueaba toda ella de sencillas margaritas, me pareció ver una de tallo más esbelto y que excedía en belleza a todas las demás. Acercándome, vi sorprendida que, en vez de una margarita, había dos bien distintas. Dos tallos tan estrechamente unidos, que me hicieron pensar enseguida en los misterios de *nuestras almas*... Y comprendí que si, en el orden de la naturaleza, Jesús se complace en sembrar a nuestros pies maravillas tan encantadoras, no es sino para ayudarnos a adivinar los misterios, más ocultos y de un orden superior, que él opera a veces en las almas...

Celina, creo que ya has comprendido a tu Teresa, creo que ya tu corazón ha adivinado lo que pasa en este otro corazón al que el tuyo está tan estrechamente unido, ¡que una misma savia es que los nutre...! Sin embargo, quiero hablarte de algunos de esos misterios escondidos en mi florecita.

Jesús, para alegrar nuestra vista e instruir nuestras almas, ha creado una gran multitud de pequeñas margaritas. Y veo con asombro cómo, al amanecer, sus corolas rosadas están vueltas hacia la aurora: esperan la salida del sol. Tan pronto como este astro radiante envía sobre ellas uno de sus cálidos rayos, las tímidas florecillas entreabren sus cálices y sus lindas hojas forman una especie de corona que, dejando al descubierto sus corazoncitos amarillos, dan de pronto a estas flores un gran parecido con el sol que las hiere con su luz. Durante todo el día las margaritas no cesan de mirar fijamente al sol, y van girando como él hasta la tarde; luego, cuando [vº] él desaparece, ellas cierran enseguida sus corolas, que, de blancas, se tornan de nuevo rosadas...

Jesús es el sol divino, y las margaritas son sus esposas, las vírgenes. Cuando Jesús mira a un alma, le da inmediatamente su parecido divino, pero es preciso que esa alma no deje de fijar en *él solo* su mirada.

Para explicar los misterios de las margaritas, tendría que escribir todo un volumen, pero mi Celina lo comprende todo. Pero eso, quiero hablarle ahora de los caprichos de Jesús...

Jesús, en su pradera, tiene muchas margaritas, pero están separadas, y cada una recibe independientemente de las otras los rayos del sol. Un día, el esposo de las vírgenes se asomó a la tierra y unió estrechamente dos pequeños capullos apenas abiertos; sus tallos se fundieron en uno solo, y una sola mirada los hizo crecer. Esas dos florecitas, hechas *una sola flor*, se abrieron juntas, y ahora la doble margarita, con la mirada fija en su sol divino, cumple su misión, que es única...

Celina, sólo tú puedes comprender mi lenguaje. A los ojos de las criaturas, nuestra vida parece muy diferente, muy distanciada; pero yo sé que Jesús ha unido nuestros corazones de una manera tan maravillosa, que lo que hace latir a uno hace también estremecerse al otro...

«Donde está vuestro tesoro allí está vuestro corazón». Nuestro tesoro es Jesús, y nuestros corazones no forman más que una sola cosa en él. La misma mirada ha cautivado nuestras almas, una mirada velada de lágrimas que la doble margarita ha decidido enjugar. Su humilde y blanca corola será el cáliz que recogerá los diamantes preciosos, para luego verterlos sobre otras flores que, menos privilegiadas, no habrán fijado en Jesús las primeras miradas de sus corazones... Tal vez, al atardecer de su vida, la margarita presente al esposo divino su corola teñida de rosa1...

Adiós, Celina querida. La florecita que te envío es una reliquia, pues reposó entre las manos de nuestra santa madre Genoveva2, que bendijo a Celina y a Teresa...

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 134

1 Alusión a la posibilidad del martirio, cf Cta 132.

2 La madre Genoveva falleció el 5 de diciembre de 1891. El hallazgo de la margarita data, pues, de la primavera de 1891.

Cta 135 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 15 de agosto de 1892

Celina querida:

No puedo dejar salir la carta1 sin añadirle unas letras. Para ello, tengo que robar unos instantes a Jesús. Pero él no se enfada por eso, pues es de él de quien hablamos juntas y sin él ninguna conversación puede el menor atractivo para nuestros corazones2...

Celina, las vastas soledades y los horizontes maravillosos que se abren ante ti3 deben de hablar mucho a tu alma. Yo no contemplo todo eso, pero digo con san Juan de la Cruz:

«Mi Amado las montañas,
los valles solitarios, nemorosos, etc»...4.

Y este Amado instruye a mi alma, le habla en el silencio, en las tinieblas...

Ultimamente me ha venido [1vº] un pensamiento que necesito transmitirle a mi Celina. Un día, mientras pensaba qué podría hacer para salvar almas, unas palabras del Evangelio me llenaron de luz. Una vez, Jesús decía a sus discípulos, mostrándoles los campos de mieses maduras: «Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya blancos para la siega». Y un poco más tarde: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores».

¡Qué gran misterio...! ¿No es Jesús todopoderoso? ¿No son las criaturas de quien las ha hecho? Entonces, ¿por qué dice Jesús: «Rogad al Señor de la mies que envíe trabajadores»? ¿Por qué...? ¡Ah!, es que Jesús siente por nosotras un amor tan incomprensible, que quiere que tengamos [2rº] parte con él en la salvación de las almas. El no quiere hacer nada sin nosotras. El creador del universo espera la oración de una pobre alma para salvar a las demás almas, rescatadas como ella al precio de toda su sangre.

Nuestra vocación no consiste en ir a segar en los campos de mieses maduras. Jesús no nos dice: «*Bajad* los ojos, mirad los campos e id a segar». Nuestra misión es más sublime todavía. He aquí las palabras de nuestro Jesús: «*Levantad* los ojos y mirad». Mirad cómo en mi cielo hay sitios vacíos, a vosotras os toca llenarlos, vosotras sois mis Moisés orando en la montaña, pedidme trabajadores y yo los enviaré, ¡no espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón...!

El apostolado de la oración ¿no es, [2vº] por así decirlo, más elevado que el de la palabra? Nuestra misión, como carmelitas, es la de formar trabajadores evangélicos que salven millares de almas, cuyas madres seremos nosotras...

Celina, si no fueran éstas las palabras mismas de nuestro Jesús, ¿quién se atrevería a creerlas...? ¡Me parece tan hermoso nuestro destino!, ¿qué tenemos que envidiar a los sacerdotes...? ¡Cómo me gustaría poder decirte todo lo que pienso! Pero no tengo tiempo, ¡comprende tú todo lo que no puedo decirte por escrito...!

El día del santo de Juana5 felicítala de nuestra parte con un ramito de flores; la Regla no nos permite a nosotras hacerlo, pero dile que, precisamente por eso, pensaremos aún más en ella. Da a todos un abrazo de mi parte y diles todo lo mejor que se te ocurra. Si encuentras brezo, me encantaría.

Tu Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 135

1 Una carta de sor Inés de Jesús.

2 Cf Im II, 8, 1 y III, 34, 1.

3 Celina está de vacaciones en la Musse con los Guérin.

4 CE, canción 14. Cf **PN** 18, 22+.

5 La señora de Néele, cuyo santo se celebraba el 21 de agosto.

Cta 136 A María Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 16 de octubre de 1892

Mi querida Mariíta:

Ya que has sido tú la encargada de felicitarme para mi santo de parte de toda la familia, creo que a ti es a quien debo confiar la misión de dar las gracias, y ante todo a mi querida tía. En primer lugar, por su cartita y por el gran paquete de chocolate, que ha alegrado mucho a nuestra procuradora1; después, [1vº] por la deliciosa crema de café; y luego, y sobre todo, por la querida y cariñosa cartita de su enfermera, que no dudo que va a devolver rápidamente la salud a mi tiíta querida. Le pido también al doctorcito2 de la calle del Oratorio que haga presente mi agradecimiento al gran doctor y a su querida Juanita, que, a pesar de su convalecencia, ha pensado en mi santo, lo cual me ha llegado al alma...

La leve recaída que, gracias a Dios, no ha tenido consecuencias para la salud de Juana, me ha sugerido un pensamiento que quiero confiar a mi querido doctorcito. Creo que [2rº] a la buena santa Ana le parecía que la tenían ahora un poco olvidada3, y por eso se apresuró a atraer sobre sí la atención... Te aseguro que desde entonces me acompaña constantemente su recuerdo. Cuando estoy con el pensamiento al lado de mi querida hermanita de Caen, me viene automáticamente santa Ana a la memoria y le encomiendo a la que amo.

Veo con agrado, mi querida Mariíta, que el aire de la ciudad de Caen no te lleva a la melancolía. No dudo que tu alegre talante (mucho más que tu ciencia de doctor) va a hacer que nuestras dos queridas enfermas se restablezcan muy pronto.

[2vº] Los bocados de reina, hechos por un pastelero tan distinguido como tú, me parecen un plato muy delicado para unas carmelitas, ¿no podrías mostrar tu talento haciendo pastas tan ligeras, que Juana pudiese, no sólo devorarlas con los ojos, sino también comerlas sin que le hagan daño...?

Termino, querido doctorcito, pidiéndote que perdones mi mala letra. Da un abrazo muy fuerte de mi parte a toda la familia y dales las gracias por todas las golosinas que me han enviado en tan gran abundancia que temo haberme olvidado de alguna.

Dile a mi querida tía que le ruego deposite de mi parte un fuerte beso en tu mejilla, y recibe el cariño de tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 136

1 Sor Inés de Jesús. La procuradora era la encargada de las compras.

2 María Guérin. El gran doctor es Francis La Néele.

3 El Dr. y la señora La Néele habían hecho en mayo una peregrinación a Santa Ana de Auray, para alcanzar la gracia de tener un hijo.

Cta 137 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo 19 de octubre de 1892

Querida Celina:

Hace años, en los días de nuestra infancia, nos alegrábamos de que llegase nuestro santo por los regalitos que nos hacíamos una a otra. El objeto más insignificante tenía entonces a nuestros ojos un valor inigualable... Bien pronto la escena cambió. Al más joven de los pájaros le salieron alas y voló lejos del dulce nido de su infancia, ¡y entonces todas las ilusiones se desvanecieron! El verano sucedió a la primavera, y a los sueños de la juventud la realidad de la vida...

Celina, ¿no fue en ese momento decisivo cuando se estrecharon todavía más los lazos que encadenaban ya nuestros corazones? Sí, la separación nos unió de una manera que las palabras no pueden expresar. Nuestro cariño infantil se trocó en unión de sentimientos, en unidad de almas y de pensamientos. ¿Quién pudo realizar esta maravilla...? Sólo aquél que cautivó nuestros corazones. «El amado escogido entre millares. El solo aroma de sus perfumes basta para atraer tras de sí». «A zaga de tu huella, / las jóvenes discurren al camino»1 (Cant. de los Cant.)

[1vº] Jesús nos ha atraído a las dos juntas, aunque por caminos diferentes. Juntas nos ha elevado sobre todas las cosas quebradizas de este mundo, cuya apariencia pasa. Él ha puesto, por así decirlo, *todas las cosas* bajo nuestros pies. Como Zaqueo, nos hemos subido a un árbol para ver a Jesús... Por eso, podemos decir con san Juan de la Cruz: «Todo es mío, todo es para mí; la tierra es mía, los cielos son míos, Dios es mío y la Madre de mi Dios es mía»2.

A propósito de la Santísima Virgen, quiero confiarte una de las simplezas que tengo con ella. A veces me sorprendo diciéndole: «Querida Virgen Santísima, me parece que yo soy más dichosa que tú, porque yo te tengo a ti por Madre, mientras que tú no tienes una *Virgen Santísima a quien amar*3... Es cierto que tú eres la Madre de Jesús, pero ese Jesús nos lo has dado por entero a nosotros..., y él, desde la cruz, te nos ha dado a nosotros por Madre. Por eso, nosotros somos más ricos que tú, pues poseemos a Jesús y tú eres nuestra también. Tú, en otro tiempo, en tu humildad, deseabas ser un día la humilde esclava de la Virgen feliz que tuviera el honor de ser Madre de Dios; y ahora yo, pobre criaturita, soy no ya tu esclava sino tu hija. Tú eres [2rº] la Madre de Jesús y eres mi Madre».

Seguro que la Santísima Virgen se ríe de mi ingenuidad, y, sin embargo, lo que le digo es una gran verdad...

Celina, ¡qué gran misterio es nuestra grandeza en Jesús! Ya ves todo lo que Jesús nos ha enseñado al hacernos subir al árbol simbólico del que te hablaba hace poco. Y ahora ¿qué ciencia va a enseñarnos? ¿No nos lo ha

enseñado ya todo...? Escuchemos lo que él nos dice: «Bajad enseguida, porque hoy tengo que alojarme en vuestra casa».

¿Pero cómo...? Jesús nos dice que bajemos... ¿Adónde tenemos que bajar? Celina, tú lo sabes mejor que yo; sin embargo, déjame que te diga hasta dónde debemos ahora seguir a Jesús. Una vez, los judíos le preguntaron a nuestro divino Salvador: «Maestro, ¿dónde vives?», y él les respondió: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, yo no tengo donde reclinar la cabeza». He ahí hasta dónde tenemos que bajar nosotras para poder servir de morada a Jesús: hacernos tan pobres, que no tengamos donde reposar la cabeza.

Ya ves, querida Celina, lo que Jesús ha obrado en mi alma durante estos ejercicios... Ya entiendes que se trata del interior. Por lo demás, el exterior ¿no ha sido [2vº] ya reducido a la nada con la dolorosísima prueba de Caen...? En nuestro padre querido, Jesús nos ha golpeado en la parte externa más sensible de nuestro corazón. Ahora dejémosle obrar, él sabrá llevar a feliz término su obra en nuestras almas...

Lo que Jesús desea es que lo recibamos en nuestros corazones. Estos, qué duda cabe, están ya vacíos de criaturas, pero yo siento que lamentablemente el mío no está totalmente vacío de mí misma, y por eso Jesús me manda bajar... Él, el Rey de reyes, se humilló de tal suerte, que su rostro estaba escondido y nadie lo reconocía... Pues yo también quiero esconder mi rostro, quiero que sólo mi amado pueda verlo, que sólo él pueda contar mis lágrimas..., que al menos en mi corazón sí que pueda reposar su cabeza querida y sentir que allí sí es conocido y comprendido...

Celina, no puedo decirte todo lo que quisiera, mi alma es incapaz de ello... ¡Ay, si pudiera...! Mas no, no está en mi poder... ¿Pero por qué desconsolarme? ¿No piensas tú siempre lo mismo que yo...? Por eso, adivinas todo lo que no te digo. Jesús se lo hace sentir a tu corazón. Además, ¿no ha establecido en él su morada para consolarse de los crímenes de los pecadores? Sí, allí, en el retiro íntimo del alma, es donde nos instruye a las dos juntas, y un día nos mostrará el [1rºtv] día que ya no tendrá ocaso...

¡Feliz día de tu santo! ¡Qué feliz será un día tu Teresa cuando lo celebre en el cielo...!

NOTAS Cta 137

1 SAN JUAN DE LA CRUZ, ce canción 25; cf Ms A 47vº/48rº.

2 *Oración del alma enamorada.*

3 Cf CA 11.8.4.

Cta 138 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 17 de noviembre de 1892

Querida tía:

La más pequeña de sus hijas se siente incapaz de expresarle su ternura y todos los votos que formula por usted. Pero el corazón de una madre adivina fácilmente lo que ocurre en alma de su hija. Por eso, querida tiíta, no voy a tratar de expresar unos sentimientos que usted conoce ya desde hace mucho tiempo.

[1vº] Este año, Dios ha hecho rebosar de una alegría muy dulce mi corazón al llamar del destierro a mi querido papaíto1. Al repasar en mi espíritu los años dolorosos que acaban de transcurrir, mi alma desborda de gratitud. No puedo quejarme de esos sufrimientos, que han pasado ya, y que han rematado y embellecido la corona que Dios se dispone a colocar pronto en la frente venerable de quien lo ha amado tanto y lo ha servido con tanta fidelidad...

Y además, esos sufrimientos me han enseñado a conocer mejor los tesoros de ternura escondidos en el corazón de los familiares tan queridos que Dios me dio... [2rº] «La obra maestra más hermosa del corazón de Dios es el corazón de una madre»2. Yo sé bien qué gran verdad se encierra en esa frase, y doy gracias al Señor de habérmelo hecho conocer por experiencia.

Querida tiíta, le aseguro que si usted tiene un corazón maternal para nosotras, su hijita tiene uno que es enormemente filial, y por eso le pide a Jesús que la colme de todas las gracias que un corazón de hija puede soñar para su madre querida. Muchas veces, sólo el silencio es capaz de expresar mi oración, pero el huésped divino del sagrario lo comprende todo, incluso el silencio del alma de una hija [2vº] que está llena de gratitud...

Si no puedo estar presente el día del santo de mi querida tía, mi corazón estará muy cerca de ella, y nadie la colmará más que yo de ternura.

Le ruego, querida tía, que dé un abrazo de mi parte a mi tío y a mis hermanitas queridas.

La dejo, querida tía, quedando muy unida a usted, como una hija a su madre.

Su hija que la quiere

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 138

1 El señor Martin fue traído de vuelta a Lisieux el 10 de mayo de 1892.

2 Mons. Dupanloup, *Conférences aux femmes chrétiennes.*

Cta 139 A los señores Guérin

Jesús + El Carmelo, 30 de diciembre de 1892

Queridos tíos:

Es un verdadero placer para su benjamín ir a ofrecerles sus felicitaciones para el nuevo año que va a empezar.

No quiero intentar decir aquí todos los deseos que formulo para mis familiares queridos. Sería demasiado largo, y además con frecuencia el corazón encierra aspiraciones que la palabra es incapaz de expresar. Hay [1vº] deseos que sólo Dios puede comprender, o, mejor dicho, adivinar. A él, pues, quiero confiarle los votos que eleva mi corazón por mis seres queridos.

Muchas veces, cuando estoy a los pies de Nuestro Señor, siento que mi alma desborda de gratitud pensando en la gracia que él me hecho al darme unos familiares como los que tengo la dicha de tener.

No me olvido de que el dos de enero será el cumpleaños [1rº] de mi querido tío. Me siento orgullosa de haber nacido el mismo día que él, y espero que no se olvide de rezar por su Teresita, que pronto va a ser una viejecita de veinte años. ¡Cómo pasa el tiempo...! Me parece que fue ayer cuando mi tío me hacía saltar sobre sus rodillas cantándome la romanza de Barba Azul con aquellos ojos terribles que casi me hacían morir de miedo1... La *tonadilla de Mirlitir* me gustaba mucho más... El solo recuerdo de esta canción todavía hoy me hace reír.

[2vº] Ya ven, queridos tíos, que el peso de los años no le ha quitado todavía a su hijita la memoria; al contrario, se encuentra en una edad en que los recuerdos de la infancia tienen un encanto del todo especial...

Les ruego, queridos familiares, que feliciten de mi parte a los que amo. No nombro a nadie porque el papel que me queda no me bastaría, pero en mi corazón están escritos todos los nombres y ocupan en él un espacio muy grande.

Su VIEJA sobrina, que les quiere con todo el corazón,

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 139

1 Cf Ms A 18rº.

A.M.D.G.

[Image]

SEXTO PERÍODO - EL PRIORATO DE LA MADRE INES DE JESUS

(febrero de 1893-marzo de 1896)

Cta 140 A la madre Inés de Jesús

J.M.J.T.

Jesús + 20 de febrero de 1893

Madre querida:

¡Qué dulce es para mí poder darte ese nombre...! Hace ya mucho tiempo que tú eres mi *madre*. Pero ese dulce nombre sólo en el secreto de mi corazón se lo daba yo a quien era a la vez mi *ángel de la guarda* y mi *hermana*. Hoy, Dios te ha *consagrado*... Hoy tú eres verdaderamente mi Madre y lo serás ya por toda la eternidad...

¡Sí, qué hermoso es este día para tu hija...! El velo que Jesús ha echado sobre este día1 lo hace más luminoso aún a mis ojos: el sello de su Faz adorable ha quedado impreso en ti, el perfume del ramillete misterioso2 se ha derramado sobre ti. Y, sin duda, siempre será así: «Aquel cuyo rostro estaba escondido», Aquel que aún sigue escondido en una pequeña hostia blanca y que no se comunica a las almas sino *velado*, echará sobre la vida entera del *apóstol* amado de su Faz divina un velo misterioso que sólo Él podrá atravesar...

Sí, el espíritu de la madre Genoveva reside plenamente en ti3, y su palabra profética se ha hecho realidad4. A los *treinta* años, comenzaste tu vida pública, ¿no fuiste tú quien proporcionó a todos los Carmelos y a tantas otras almas piadosas el consuelo de conocer los detalles emocionantes y *poéticos* de la vida de nuestra santa...? Pero ya entonces Jesús había posado sobre mi Madre querida su *mirada velada*, y no [vº] permitió que fuese conocida5, «¡porque su rostro estaba escondido...!»

Si este día es ya tan bello en la tierra, ¿qué no será en el cielo? Me parece estar viendo a nuestra santa mamaíta mirando feliz a su Paulina (la que ella más amaba, su preferida6); ahora la ve convertida también ella en Madre, Madre de muchas vírgenes, entre las cuales se encuentran sus hermanas. ¡Qué gran misterio...!

Ahora vas a poder penetrar en el santuario de las almas, vas a poder derramar sobre ellas los tesoros de gracias de que te ha colmado Jesús. Ciertamente sufrirás... Los vasos serán demasiado pequeños para contener el perfume precioso que querrás verter en ellos; pero el propio Jesús no tiene sino muy pobres instrumentos musicales para interpretar su melodía de amor, y, sin embargo, él sabe servirse de todos los que se le presentan. ¡Tú has de ser como Jesús...!

Hermanita, Madre querida, mi corazón, el corazón de tu hija, es una lira *muy pequeñita*: cuando estés cansada de hacer vibrar las arpas, podrás venir a tomar tu *pequeña* lira y, apenas la pulses, ella producirá los sonidos que tú deseas... Al simple contacto de tus dedos *consagrados*, ella COMPRENDERÁ, y su débil melodía se mezclará con el canto de tu corazón...

¡Madre querida, qué de cosas quisiera decirte...! Pero no, tú ya lo sabes *todo*... Un día, cuando las sombras hayan pasado, descansaré sobre tu corazón y repetiré este dulce nombre: *Madre*.

NOTAS Cta 140

1 Ese velo son, en primer lugar, las lágrimas de la nueva priora, debidas a su emotividad; y quizás también a ciertas circunstancias de su elección.

2 Alusión a la oración simbólica a la Santa Faz, compuesta por sor Inés de Jesús en 1890.

3 Teresa evoca aquí la exhortación del canónigo Delatroëtte a la nueva priora, ante toda la comunidad, enseguida después de la elección. Cf *Escritos Varios*.

4 No hemos podido hallar ningún texto escrito referente a esta «profecía».

5 Teresa hace alusión a la circular sobre la madre Genoveva (+1891), firmada por la priora, madre María de Gonzaga, pero escrita en realidad por la madre Inés de Jesús.

6 La señora de Martin tenía una predilección especial por su hija Paulina, mientras que María era la preferida de su padre.

Cta 141 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 25 de abril de 1893

Querida Celina:

Voy a decirte un pensamiento que tuve esta mañana; o, mejor, te voy a transmitir los deseos de Jesús sobre tu alma...

Cuando pienso en ti junto al amigo único de nuestras almas, es siempre la sencillez la que se me presenta como la nota característica de tu corazón... ¡Celina...!, *sencilla* florecita-*Celina*, no envidies a las flores de los jardines. Jesús no nos ha dicho: «Yo soy la flor de los jardines, la rosa cultivada», sino: «Yo soy la *flor* de los *campos* y el lirio de los valles»1.

Pues bien, esta mañana, junto al sagrario, yo pensé que mi Celina, la florecita de Jesús, debía ser -y serlo siempre- una *gota* de *rocío* escondida en la corola divina del Lirio de los valles. Una gota de rocío, ¿qué hay de más sencillo y de más puro? No son las *nubes* las que la han formado, pues el rocío desciende sobre las flores cuando el azul del cielo está estrellado. Ni puede tampoco compararse con la lluvia, a la que supera en belleza y en frescor. El rocío sólo existe por la noche; en cuanto el sol empieza a lanzar sus cálidos rayos, hace destilar las preciosas perlas que brillan en las puntas de las briznas de hierba de la pradera, y el rocío se torna en un ligero vapor. Celina es una gotita de rocío que no ha sido formada [1vº] por las nubes, sino que ha caído de ese hermoso cielo que es su patria. Durante *la noche* de la vida, su misión es esconderse en el corazón de *la Flor* de los *campos*. Ninguna mirada humana debe descubrirla, sólo el cáliz que contiene la pequeña gotita conocerá su frescor.

¡Dichosa gotita de rocío, tan sólo conocida de Jesús...!, no te pares a contemplar el curso sonoro de los ríos que causan la admiración de las criaturas; no envidies ni siquiera al claro arroyo que serpentea por la pradera. Cierto que es muy dulce su murmullo... Pero pueden oírlo las criaturas..., y además el cáliz de la flor de los campos no puede contenerlo. No puede ser sólo de Jesús. Para ser suyos, es preciso ser pequeños, ¡pequeños como gotas de rocío...! ¡Y qué pocas son las almas que aspiran a ser así de pequeñas2...! Pero tal vez digan: ¿acaso no son mucho más útiles el río y el arroyo que la gota de rocío? ¿Para qué sirve ésta? No sirve más que para refrescar durante unos instantes a una flor de los campos que hoy es y mañana ha desaparecido...

Sin duda, estas personas tienen razón: la gota de rocío sólo sirve para eso. Pero esas personas no conocen a la Flor de los campos que ha querido habitar en nuestra tierra de destierro y vivir en ella la breve noche de la vida. [2rº] Si la conociesen, entenderían el reproche que Jesús hizo una vez a Marta... Nuestro amado no tiene necesidad de nuestros grandes pensamientos ni de nuestras obras deslumbrantes; si quisiera pensamientos sublimes, ¿no tiene a sus ángeles, a sus legiones de espíritus celestiales cuyos conocimientos están infinitamente por encima de los más grandes genios de nuestra triste tierra...?

No es, pues, el ingenio ni los talentos lo que Jesús vino a buscar a la tierra. Si se convirtió en la Flor de los campos, sólo fue para mostrarnos cómo le gusta la sencillez. El Lirio del *valle* no aspira más que a una gotita de rocío... Y justo por eso se ha creado una ¡que se llama Celina...! Durante la noche de la vida, ella deberá vivir oculta a toda mirada humana; pero cuando las sombras comiencen a declinar y la Flor de los campos se convierta en el Sol de la justicia cuando venga a consumar su carrera de gigante, ¿podrá entonces olvidar a su gotita de rocío...? ¡De ninguna manera! Cuando él aparezca en su gloria, su compañera de destierro aparecerá también gloriosa. El Sol divino posará sobre ella uno de sus rayos de amor, y de pronto la humilde gotita de rocío aparecerá ante los ojos maravillados de los ángeles y los santos, y brillará como un diamante precioso que, reflejando al Sol de la justicia, se tornará semejante a él. Pero esto no es todo. El Astro divino, al mirar a su gota de rocío, la atraerá hacia sí, y ella ascenderá como un [2vº] ligero vapor3 e irá a clavarse por toda la eternidad en el seno del foco ardiente del amor increado, y vivirá para siempre unida a él. Así como en la tierra fue la fiel compañera de su destierro y de sus desprecios, así también en el cielo reinará eternamente con él...

¡Y qué asombrados quedarán entonces los que en este mundo tuvieron por inútil a la gotita de rocío...! Sin duda, tendrán una disculpa: no se les había revelado el *don* de *Dios*, no habían acercado su corazón al de la *Flor de los campos* y no habían escuchado estas palabras irresistibles: «Dame de beber». Jesús no llama a todas las almas a ser gotas de rocío. Quiere que haya licores preciosos que las criaturas puedan apreciar y que las alivien en sus necesidades; pero para él se reserva una gota de rocío, ésa es su mayor ilusión...

¡Qué privilegio ser llamada a tan alta misión...! Mas para responder a ella, es absolutamente necesario ser *sencillas*... Jesús sabe bien que es difícil mantenerse puros en la tierra; por eso quiere que sus gotas de rocío se ignoren a sí mismas. Le gusta contemplarlas, pero sólo él las mira. En cuanto ellas, al no conocer su propio valor, se consideran por debajo de las demás criaturas... Y esto es lo que desea el Lirio de los valles.

La gotita de rocío, Celina, ha comprendido... Este es el fin para el que Jesús la ha creado. Pero no debe olvidarse de su pobre hermanita; tiene que alcanzarle la gracia de hacer realidad lo que Jesús le hace comprender, para que, un día, el mismo rayo de amor evapore a las dos gotitas de rocío [2vºtv] y juntas puedan, después de no haber sido más que una sola cosa en la tierra, estar unidas por toda la eternidad en el seno del Sol divino4.

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 141

1 La expresión bíblica «Flor de los campos» aparece ocho veces en esta carta; la de «Lirio de los valles» cuatro veces.

2 «*Ser pequeña*»: es la primera vez que aparece en la pluma de Teresa esta expresión, destinada a ser una de las líneas de fuerza de su espiritualidad; cf Ms C 3rº, *supra*, n. 33. Hasta 1895 (Cta 178) y sobre todo hasta 1896 (Cta 182) Teresa no inventará su fórmula definitiva: «*ser siempre niños, ser siempre niñitos*».

3 Cf Ca 7.4.1. La misma idea en san Juan de la Cruz, CE canc. 31.

4 Desde Caen, Celina le da las gracias a su hermana el 28 de abril. He aquí un extracto de su respuesta: «Teresa, mi Teresa querida, ¡si supieras todo lo que pienso y cuántas veces a lo largo del día medito en eso que tú susurras al corazón de tu Celina...

«Ser el rocío, la gota de rocío del Lirio de los campos...» ¡Ay, Teresa, qué bien lo comprendo, y cómo se hunde mi alma en abismos de profundidad...! Si supieras... No, nunca sabré decirte todo lo que pasa dentro de mí a ese respecto. Actualmente no ansío nada más, nada me atrae más que ser la gota de rocío que refresque el cáliz de la Flor de los campos. Cada palabra de tu carta abre todo un mundo a mi corazón...

«Pero voy a callarme, pues prefiero meditar en silencio a hablar acerca de algo sobre lo que no existen palabras. La gotita de rocío es siempre, y en todo, incapaz, excepto para dar de beber a la Flor de los campos... Pero, Teresa, nosotras dos ¿no somos dos gotas de rocío en el cáliz de la Flor de los campos? Y tú sabes que dos gotas de rocío no pueden estar una junto a otra, muy cerquita la una de la otra, sin mezclarse y formar así *una sola* gota de rocío. Y entonces, el cáliz de la Flor de los campos se satisface con la gota de rocío «Teresa-Celina», ¡con esa *única gota* que es para él todo un océano!

«Paulina me dice en su carta que «el amor de Celina es más precioso para Jesús de lo que le es amargo el odio de los malvados, y que una sola gota del gemido de su alma le hace olvidar las blasfemias de los pecadores». Sí, es gran verdad que *una sola* gota de rocío le *basta* a Jesús, ¡una sola! Y él se siente consolado y apaga su sed... Teresa, mi Teresa querida, no acierto a decirte todo lo que siento. Es demasiado. Y yo me explico muy mal. Pero ¡adivíname!» (A Teresa, LC, 152).

Cta 142 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 6 de julio de 1893

Querida Celina:

Tus dos cartas han sonado como una dulce melodía en mi corazón... Me siento feliz al ver la predilección de Jesús hacia mi Celina. ¡Cómo la quiere, y con qué *ternura* la *mira*...!

Ahora ya estamos las cinco en nuestro camino1. ¡Qué suerte poder decir: «Estoy segura de hacer la voluntad de Dios»! Y su santa voluntad se ha manifestado claramente respecto a mi Celina. Es a ella a quien Jesús ha *escogido* entre todas para ser la corona y la recompensa del santo patriarca que ha cautivado al cielo por su fidelidad. ¿Cómo te atreves a decir que has sido olvidada o menos amada que las otras? Yo te digo que has *sido* ESCOGIDA de manera privilegiada, que tu misión es tanto más bella cuanto que, siendo el ángel visible de nuestro padre querido, eres a la vez la esposa de Jesús.

«Es verdad -piensa tal vez mi Celina-, pero en definitiva yo hago por Dios menos que las otras, tengo muchos menos consuelos, y por lo tanto menos méritos». «Mis planes no son vuestros planes», dice el Señor. El mérito no consiste en hacer mucho ni en dar mucho, sino más bien en recibir, en amar mucho... Se ha dicho que hay más felicidad en dar que en recibir, y es verdad; pero cuando Jesús quiere reservarse *para sí* la *felicidad de dar*, no sería educado negarse. Dejémosle tomar y dar todo lo que quiera. La perfección consiste en hacer su voluntad2 y al alma que se [1vº] entrega enteramente a él el mismo Jesús la llama «su madre y su hermana» y toda su familia. Y en otra parte: «Si alguien me ama, guardará mi palabra (es decir, cumplirá mi voluntad), y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada»

¡Ay, Celina, qué fácil es agradar a Jesús, cautivar su corazón! Lo único que hay que hacer es amarle sin mirarse uno a sí mismo y sin examinar demasiado los propios defectos...

Tu Teresa no se encuentra en este momento en las alturas, pero Jesús le enseña a «sacar provecho de todo, *del bien* y del *mal* que halla en sí»3. Le enseña a jugar a la banca del amor, o, mejor, no, él juega por ella sin decirle cómo se las arregla, pues eso es asunto suyo y no de Teresa. Lo que ella tiene que hacer es abandonarse, entregarse sin reservarse nada para sí, ni siquiera la alegría de saber cuánto rinde su banca4. Pero, después de todo, ella no es el hijo pródigo, y por tanto no vale la pena que Jesús le ofrezca un festín, porque «ella está siempre con él».

Nuestro Señor quiere dejar «las ovejas fieles en el desierto». ¡Cuánto me dice esto...! Él está *seguro de ellas*: no pueden descarriarse, porque están cautivas del amor. Por eso Jesús las priva de su presencia sensible para ofrecer sus consuelos a los pecadores; y si las lleva al Tabor, es por breves instantes: los valles son, por lo regular, el lugar de su descanso. «Allí es donde él sestea a mediodía».

La mañana de nuestra [2rº] vida ya ha pasado, hemos gozado de las brisas perfumadas de la aurora, todo entonces nos sonreía, Jesús nos hacía sentir su dulce presencia. Pero cuando el sol cobró fuerza, el Amado «nos condujo a su jardín y nos hizo recoger la mirra» de la tribulación separándonos de *todo* y hasta de sí mismo. La colina de la mirra nos fortaleció con sus perfumes amargos, por eso Jesús nos hizo bajar de nuevo y ahora estamos en el valle y él nos conduce suavemente a lo largo de las aguas.

Celina querida, no sé muy bien lo que te digo, pero creo que comprenderás, que adivinarás lo que quisiera decirte. ¡Seamos siempre la *gota* de rocío de Jesús! Ahí está la dicha, la perfección... Afortunadamente es a ti a quien estoy hablando, pues otras personas no sabrían comprender mi lenguaje, y confieso que a muy pocas almas les suena a verdadero. En efecto, los directores hacen progresar en la perfección a base de un gran número de actos de virtud, y tienen razón; pero mi director, que es Jesús5, no me enseña a llevar la cuenta de mis actos, él me enseña a hacerlo *todo* por amor, a no negarle nada, a estar contenta cuando él me ofrece una ocasión de demostrarle que le amo; pero esto se hace en la paz, en el *abandono*6, es Jesús [2vº] quien lo hace todo y yo no hago nada.

Me siento muy unida a mi Celina. Creo que no es frecuente que Dios haya hecho dos almas que se comprendan tan bien, sin que haya nunca entre ellas una nota discordante. La mano de Jesús, al tocar una de las liras, hace vibrar al mismo tiempo la otra... ¡Vivamos escondidas en nuestra Flor divina de los campos hasta que declinen las sombras; dejemos que las gotas de *licor* sean apreciadas por las criaturas! Puesto que nosotras le gustamos a *nuestro Lirio*, sigamos siendo gustosas ¡su gota *exclusiva* de rocío...! Y a cambio de esta gota, que habrá sido su consuelo durante el destierro, ¿qué no nos dará él en la patria...? El mismo nos lo dice: «Quien tenga sed, que venga a mí y beba» Así pues, Jesús es y será siempre nuestro *océano*... Como el ciervo sediento, nosotras suspiramos por ese agua que se nos promete; pero nuestro mayor consuelo es ser también nosotras el océano de Jesús, el océano del Lirio de los valles.

Sólo tu corazón podrá leer esta carta, pues a mí misma me cuesta descifrarla. Se me acabó la tinta, he tenido que *echar saliva* en el tintero para arreglármelas, ¿no es para reírse...?

Abrazos a toda la familia, pero sobre todo a mi Rey querido, que recibirá un beso de su Celina de parte de su reina,

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 142

1 Leonia ha entrado de nuevo en la Visitación de Caen el 24 de junio.

2 Cf Ms A 2vº.

3 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Glosa a lo divino*; cf Ms A 83rº y **PN** 30.

4 Cf CSG, p. 71.

5 Cf Ms A 71rº y80 vº.

6 Es la primera vez que esta palabra aparece en los escritos.

Cta 143 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 23 de julio de 1893

Mi querida Celinita:

No contaba con responder yo esta vez a tu carta1, pero nuestra Madre quiere que añada unas palabras a la suya.

¡Cuántas cosas tendría que decirte! Pero como no tengo más que unos momentos, quiero, ante todo, asegurar a la gotita de rocío que su Teresa la comprende... Después de leer tu carta, me fui a la oración. Tomando el evangelio, pedí a Jesús encontrar un pasaje para ti, y mira el que me salió: «Fijaos en la higuera o en cualquier árbol: cuando veis que comienzan a echar brotes, os dais cuenta de que está próximo el verano. Pues cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios»

Cerré el libro. Ya había leído bastante. En efecto, *«estas cosas»* que suceden en el alma de mi Celina demuestran que el reino de Jesús se ha establecido ya en su alma... Ahora quiero decirte lo que sucede en *la mía*, que sin duda es lo mismo que sucede en la tuya.

Es cierto lo que dices, Celina: las frescas mañanas2 han pasado ya para nosotras, ya no quedan flores que cortar, Jesús las ha cogido para sí. Tal vez algún día haga brotar otras nuevas; pero mientras tanto, ¿qué debemos hacer? Celina, Dios no me pide ya nada... Al principio me pedía una infinidad de cosas. Durante algún tiempo pensé que ahora, como Jesús no me pedía nada, tendría que caminar dulcemente en la paz y en el amor, haciendo solamente lo que él me pedía3... Pero tuve una inspiración.

Dice santa Teresa que [vº] es necesario alimentar el amor4. Cuando estamos en tinieblas, en sequedades, *la leña* no se encuentra a nuestro alcance; pero ¿no tendremos que echar en él al menos unas pajitas? Jesús es lo bastante poderoso para alimentar él solo el fuego; sin embargo, le gusta vernos echar en él algo que lo alimente. Es éste un *detalle* que le agrada, y entonces arroja él al fuego mucha leña. A él nosotras no le vemos, pero sentimos *la fuerza* del calor del amor.

Yo lo he visto por experiencia: cuando no *siento* nada, cuando soy INCAPAZ de *orar* y de practicar la virtud, entonces es el momento de buscar pequeñas ocasiones, *naderías* que agradan a Jesús más que el dominio del mundo e incluso que el martirio soportado con generosidad. Por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tendría ganas de callarme o de mostrar un semblante enojado, etc., etc.

¿Comprendes, Celina querida? No es para labrar mi corona5, para ganar méritos, es por agradar a Jesús... Cuando no tengo ocasiones, quiero al menos decirle muchas veces que le amo. Esto no resulta difícil, y alimenta *el fuego; aun cuando* me pareciese que está apagado ese fuego del amor, me gustaría echar en él alguna cosa, y Jesús podría entonces reavivarlo.

Celina, temo no haber dicho lo que debiera. Tal vez pienses que yo hago siempre esto que digo. Pues no, no siempre soy fiel. Pero no me desanimo nunca6, me abandono en los brazos de Jesús. La gotita de rocío se hunde más adentro en el cáliz de la Flor de los campos y allí encuentra todo lo que ha perdido, y mucho más.

Tu hermanita

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz.
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 143

1 La del 12 de julio (LC 154). En su respuesta a la Cta 142, Celina decía entre otras cosas: «Tu hermosa carta me ha gustado mucho y es todo un alimento para mi alma. (...) En mi interior, todo es la nada, todo es noche oscura. ¿Dónde queda el tiempo en que yo -tan transportada, tan fuerte, tan animosa- leía a san Juan de la Cruz y, con el

alma dilatada de alegría, volaba tan alto? Ha pasado ya el tiempo en que cantaba: «De flores y esmeraldas, / en las frescas mañanas escogidas, / haremos las guirnaldas...».

«Teresa querida, ¡tu me comprendes tan bien, y tu alma es un eco tan fiel de la mía...! Sí, la mañana de nuestra vida ha pasado, y ahora ha llegado el mediodía, tan pesado y agobiante...

«Sin embargo, me viene a la mente un pensamiento: y es que san Juan de la Cruz no dice que el alma trence las guirnaldas *en* las frescas mañanas, sino con flores escogidas en las frescas mañanas. Es, por tanto, ahora, en el mediodía, cuando el alma trenza las flores que antes escogió en las frescas mañanas...

«Ahora ya no tiene para ofrecer a su Amado más que el ramillete ya escogido; ahora ya no puede hacer otra cosa que anudarlo en uno solo de sus cabellos»...

«Teresa querida, ¿así que tú crees que basta con un solo cabello de nuestro amor...? ¿Crees que Dios no me pide que escoja nuevas flores y nuevas esmeraldas, que practique muchas virtudes, que produzca «emisiones de bálsamo divino», sino únicamente que trence con amor las flores de las frescas mañanas...? ¿Así que tú crees que ahora sólo basta el amor? ¡Cuánto bien me hace este pensamiento! ¡Me ha venido de pronto al escribirte, pues yo interpretaba de otra manera esas palabras!. (LC 154, 12/7/1893).

2 SAN JUAN DE LA CRUZ, CE, can. 30.

3 En el autógrafo: «lo que me pedía en otro tiempo». El añadido es de sor Genoveva y quedó registrado en los Procesos (CE II) y en la edición de 1948.

4 SANTA TERESA DE JESÚS, V 30,20.

5 Cf Cta 43 y 94; **PN** 13, 17; el Acto de Ofrenda (Or 6); Cta 182; carta de María de la Eucaristía a la señora de Guérin del 10/7/1897.

6 El rechazo del desaliento es una actitud muy teresiana, ya desde su niñez; cf el propósito de su primera comunión: «*Nunca me desanimaré*» (VT nº 74, p. 134) y *supra*, Ms C n. 50.

Cta 144 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 23 de julio de 1893

Querida Celinita:

No me sorprende que no entiendas nada de lo que ocurre en tu alma. Un *niño* PEQUEÑO *completamente solo* en el mar, en una barca perdida en medio de las olas borrascosas ¿podrá saber si está cerca o lejos del puerto? Mientras sus ojos divisan todavía la orilla de donde zarpó, sabe cuánto camino lleva recorrido y, al ver alejarse la tierra, no

puede contener su alegría infantil. ¡Pronto -se dice a sí mismo- llegaré al final del viaje! Pero cuanto más se aleja de la playa, más vasto parece también el océano. Entonces la CIENCIA del niñito se ve reducida a nada, y ya no sabe hacia dónde va su navecilla. Como no sabe manejar el timón, lo único que puede hacer es abandonarse, dejar flotar la vela a merced del viento...

Celina mía, la *niñita* de Jesús se encuentra completamente sola en una barquichuela, *la tierra* ha desaparecido a sus ojos y no sabe a dónde va, ni si avanza o retrocede... Teresita sí lo sabe: *está segura* de que su Celina está en *alta mar*, de que la navecilla que la lleva boga a velas desplegadas hacia el puerto, de que el timón, que Celina ni siquiera puede ver, no está sin piloto. Jesús está allí, *dormido*, como antaño en la barca de los pescadores de Galilea. Él duerme... y Celina no lo *ve* porque la noche ha caído sobre la navecilla... Celina *no oye* la voz de Jesús. El viento sopla y ella *lo oye* soplar, *ve* las tinieblas... y Jesús sigue *durmiendo*. Sin embargo, [1vº] si se despertara solamente un instante, sólo tendría que «ordenar al viento y al mar, y vendría una gran calma», y la noche sería más clara que el día. Celina *vería* la *mirada divina* de Jesús, y su alma quedaría consolada... Pero entonces Jesús ya no dormiría, ¡y está tan CANSADO...! Sus pies divinos están cansados de buscar a los pecadores, y en la navecilla de Celina Jesús descansa tan a gusto...

Los Apóstoles le habían dado una *almohada*, el Evangelio nos cuenta este detalle. Pero en la barquilla de su *esposa* querida Nuestro Señor encuentra otra almohada mucho más suave: el *corazón* de Celina. Allí lo olvida todo, allí está como en su casa... No es una piedra lo que sostiene su cabeza divina (aquella piedra por la que suspiraba durante su vida mortal): es un corazón de *hija*, un corazón de *esposa*. ¡Y qué contento está Jesús! ¿Pero cómo puede estar contento cuando su esposa sufre, cuando *vela* mientras él duerme dulcemente? ¿No se da cuenta de que Celina no ve más que la noche, de que su rostro divino está escondido para ella, y de que a veces hasta la carga que siente sobre su corazón le parece pesada...?

¡Qué gran misterio! Jesús, el niñito de Belén, a quien María llevaba como una «carga ligera», se vuelve pesado, tan pesado que san Cristóbal se queda sorprendido... También la esposa de los Cantares dice que su «Amado es un ramillete de mirra que descansa sobre sus senos». La mirra es el sufrimiento, y así es como Jesús reposa sobre el corazón de Celina... Y sin embargo, Jesús está contento de verla entre sufrimientos, se siente feliz de recibirlo todo de ella durante la *noche*... Espera la aurora, y entonces... sí, entonces ¡¡¡qué despertar el de Jesús...!!!

Celina querida, ten la seguridad de que tu barca está en alta mar, tal vez muy *cerca ya del puerto*. El viento del dolor que la empuja es *un viento de amor*, y ese viento es más rápido que el relámpago...

[rºtv] ¡Cómo me *emocionó* saber que Jesús te había inspirado la idea de los pequeños sacrificios! Yo se lo había pedido, no contando con escribirte tan pronto. Hasta ahora, nunca Nuestro Señor se me ha negado a inspirarte lo que le he pedido que te diga1. Siempre nos concede las mismas gracias a las dos. Hasta me veo obligada a llevar un rosario de prácticas2. Lo hago por caridad hacia una de mis compañeras3. Ya te lo contaré detalladamente, es muy divertido... Estoy presa entre unos hilos que no me gustan, pero que me son muy útiles en la situación en que se encuentra mi alma4.

NOTAS Cta 144

1 Cf Cta 137, párr. 4; Cta 149, párr. 2; CA 13.7.9.

2 Rosario de cuentas móviles para contar los actos de virtud o los sacrificios. De niña, Teresa se había servido de este sencillo medio ascético: cf Cta 11.

3 Sor Marta de Jesús, Cf Or 3.

4 Celina responde a esta carta el 27 de julio. Tu carta, escribe, «me ha hecho tanto bien, que he dado gracias por ella a Nuestro Señor. No lo entiendo, pero siempre me dices justamente lo que necesito que me digan...

«La imagen del niño en alta mar me ha dado mucho que pensar, y también esto otro: «Jesús se siente feliz de recibirlo todo durante la noche... Espera la aurora, y entonces..., sí, entonces ¡¡¡qué despertar el de Jesús...!!!». Esto, Teresa, me transporta.

«Me ha emocionado, me ha emocionado mucho nuestra coincidencia en los pequeños sacrificios. Sí, Jesús me los pide y yo no los rechazo. Me siento inclinada a, «ya que Jesús no me da», dar yo sin medida y aprovechar las ocasiones» (LC 155, 27/7/1893).

Cta 145 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 2 de agosto de 1893

Querida Celinita:

Tu carta me ha llenado de alegría. El camino que sigues es un camino real. No es un camino trillado, sino un *sendero* que ha sido trazado por el mismo Jesús. La esposa de los Cantares dice que, al no encontrar a su Amado en el lecho, se levantó para buscarle por la ciudad, pero en vano; y que en cuanto salió de la ciudad, encontró al que amaba su alma...

Jesús no quiere que encontremos en el reposo su presencia adorable; él se esconde, se rodea de tinieblas. No se comportaba así con la *muchedumbre* de los judíos, pues vemos en el Evangelio que «el pueblo estaba PENDIENTE de sus labios». Jesús cautivaba a las almas débiles con sus divinas palabras y trataba de hacerlas fuertes para el día de la prueba... ¡Pero qué pequeño fue el número de los amigos de Nuestro Señor cuando SE CALLABA delante de sus jueces...! ¡Y qué melodía es para mi corazón ese silencio de Jesús...! El se hace pobre para que nosotras podamos darle limosna, nos tiende la mano como un *mendigo*, para que cuando aparezca en su gloria el día del juicio, pueda hacernos oír aquellas dulces palabras: «Venid vosotros, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve enfermo y en la cárcel y me socorristeis».

El mismo Jesús que pronunció estas palabras es quien busca nuestro amor, quien lo *mendiga*... Se pone, por así decirlo, a nuestra merced. No quiere tomar nada sin que se lo demos, y hasta la cosa más insignificante es preciosa a sus ojos divinos...

[vº] Celina querida, alegrémonos de la porción que nos ha tocado, ¡es tan hermosa! ¡Demos, demos a Jesús, seamos avaras con los otros, pero pródigas con él!

Jesús es un tesoro *escondido*, un bien inestimable que pocas almas saben encontrar porque está *escondido* y el mundo ama lo que brilla. ¡Ah!, si Jesús hubiera querido mostrarse a todas las almas con sus dones inefables, ciertamente ni una sola lo hubiera desdeñado. Pero él no quiere que le amemos por sus dones: *él mismo* quiere ser nuestra *recompensa*1. Para encontrar una cosa escondida, hay que esconderse también uno mismo2. Nuestra vida ha de ser, pues, un *misterio*. Tenemos que parecernos a Jesús, al Jesús cuyo *rostro estaba escondido*... «¿Queréis aprender algo que os sea útil? -dice la Imitación-. Gustad de ser ignorados y tenidos en *nada*»3. Y en otra parte:

«Después de haberlo dejado todo, es necesario dejarse, sobre todo, a sí mismo»4. «Que éste se gloríe de una cosa, aquél de otra. En cuanto a vosotros, no pongáis vuestro gozo sino en el desprecio de vosotros mismos»5.

¡Qué paz dan al alma estas palabras, Celina! Tú las conoces, ¿pero no sabes ya todo lo que quisiera decirte...? Jesús te ama con un amor tan grande, que, si lo vieras, caerías en un éxtasis de felicidad que te causaría la muerte. Pero no lo ves y sufres...

¡*Pronto* Jesús «se levantará para salvar a todos los mansos y humildes de la tierra»...!

NOTAS Cta 145

1 Cf Cta 182, n. 15.

2 SAN JUAN DE LA CRUZ, CE 1,9.

3 Im I,2,3,.

4 Im II,11,4.

5 Im III,49,7; cf Cta 176 y Ms A 71rº.

Cta 146 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 10 de agosto de 1893

Querida tía:

He visto gustosa cómo usted supo leer en el corazón de su hijita. No quiero, sin embargo, que mi *hermosa* letra pierda el honor de ser admirada en el castillo de La Musse... Por eso me he sentido muy feliz cuando nuestra Madrecita me confió la dulce misión de contestar a su carta.

Querida tía, todas y cada una de las líneas que nos ha escrito me revelan su corazón, que es el [1vº] de la más tierna de las madres. Pero también el de su Teresita es un corazón de hija, lleno de amor y de gratitud...

Pido a Dios que cure a mi querido tío1. Y la verdad es que me parece que esta súplica no puede dejar de ser escuchada, puesto que Nuestro Señor mismo está interesado en esa curación. ¿No trabaja, acaso, el brazo de mi tío, escribiendo incansablemente páginas admirables, destinadas a salvar almas y a hacer temblar a los demonios2?

Creo que Dios nos está escuchando ya, y espero que disfruten en paz de los últimos días que les [2rº] quedan por pasar en su hermoso castillo3. ¡Qué feliz debe de sentirse Juana al poder gozar a sus anchas de la presencia de Francis, al que tiene tan poco a su lado en Caen4! He rezado mucho para que desaparezca por completo ese dichoso esguince, pues tiene que ser un negro nubarrón en el azul del cielo de mi Juana.

Me acuerdo también de mi hermanita María. Me parece que desde que plantó su morada en las *copas de los árboles*5, yo le debo de parecer muy pequeña y despreciable. Cuando uno se acerca al cielo, descubre maravillas que no existen en [2vº] los humildes valles. Me llamará mala, pero eso no me impedirá ofrecer la sagrada comunión por *Su Alteza* el día de su santo...

No acierto a expresarle, querida tía, lo feliz que me siento cuando pienso que mi querido papaíto está con ustedes, rodeado de cariño y de cuidados. Dios ha hecho con él lo mismo que con su servidor Job: después de haberlo humillado lo colma de favores, y todos esos bienes y ese cariño le llegan por medio de ustedes.

Querida tiíta, tengo todavía muchas cosas que decirle, pero no me queda espacio, y no es respetuoso terminar así [2vºtv] una carta escribiendo de través. Perdóneme, querida tía, y ojalá sepa intuir todo lo que quisiera escribirle, lo mismo que al resto de la familia.

La madre María de Gonzaga y nuestra Madre les mandan muchos y muy cariñosos saludos. Se sienten encantadas de saber que os va a ser presentada la señora de Virville6.

Un abrazo con todo el corazón, querida tía, y siempre seré

Su respetuosa hijita,

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 146

1 El señor Guérin sufría de reumatismo en un brazo.

2 Desde octubre de 1891, el señor Guérin sostenía con su pluma y con su fortuna el periódico conservador *Le Normand*.

3 El regreso de La Musse a Lisieux estaba fijado para el 18 de agosto.

4 El ejercicio de su profesión obligaba al Dr. La Néele a frecuentes ausencias.

5 María Guérin le había tomado un cariño especial a uno de los robles del parque.

6 Cuñada de la madre María de Gonzaga.

Cta 147 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 13 de agosto de 1893

Querida Celinita:

Sentimos mucho todos esos problemas que tienes con la sirvienta1.

Nuestra Madre no pensaba escribirte antes de que volvieras, pero es tan buena y quiere tanto a su *Celinito*, que, al saber que estaba triste, ha querido darle un pequeño consuelo permitiendo a tu Teresa escribirte unas letras.

No sabemos lo que debes hacer con la casa2. Deberías preguntarle a nuestro tío, nosotras daremos por bueno lo que él decida; de todas formas, ya hablaremos de ello de viva voz.

Tu pobre sirvienta es bien desgraciada con tener ese vicio tan feo, y sobre todo de ser mentirosa; ¿no podrías convertirla, como a su marido3? No hay pecado sin perdón, y Dios es [1vº] poderoso para dar *conciencia* aun a las personas que no la tienen. Voy a rezar mucho por ella. Tal vez, en su lugar, yo fuese todavía peor que ella, y tal vez también ella sería ya una gran santa si hubiese recibido la mitad de las gracias de que Dios me ha colmado a mí.

Creo que Jesús es muy bueno al permitir que mis pobres cartitas te sirvan de ayuda. Pero te aseguro que no caigo en el error de pensar que tengo en ello el menor mérito. «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles». Los más bellos discursos de los más grandes santos no lograrían hacer brotar un *solo* acto de amor de un corazón si Jesús no estuviese adueñado de él. Sólo él sabe servirse de su lira, nadie más puede hacer vibrar sus notas armoniosas. Pero Jesús se sirve de todos los medios, todas las criaturas [2rº] están a su servicio y a él le gusta utilizarlas durante la noche de la vida para ocultar su presencia adorable. Mas no se oculta tanto que no se deje adivinar. En efecto, veo que muchas veces me da luces, no para mí, sino para su Palomita desterrada, para su esposa querida. Esto es muy cierto, y en la misma naturaleza encuentro un ejemplo de ello.

Imagínate un hermoso melocotón4 rosado y tan dulce, que todos los confiteros juntos no lograrían imaginar un sabor tan dulce como el suyo. Dime, Celina, ¿acaso creó Dios *para el melocotón* ese precioso color rosa tan aterciopelado y tan agradable a la vista y al tacto? ¿Gastó por él tanto azúcar...? La verdad que no. Fue para nosotras y no para él. Pero lo más propio suyo, lo que forma *la esencia* de su vida es el *hueso*; podemos quitarle toda su belleza, sin [2vº] quitarle *su ser*.

De la misma manera, Jesús se complace en prodigar sus dones a algunas de sus criaturas, pero muchas veces es para atraer hacia sí a otros corazones; y luego, cuando ha logrado su objetivo, hace desaparecer esos dones exteriores y despoja completamente a las almas que le son más queridas. Al verse en tan gran pobreza, esas pobres almas tienen miedo, les parece que no sirven para nada, puesto que lo reciben todo de los demás y ellas no pueden dar nada. Pero no es así: la *esencia* de su *ser* trabaja en secreto. *Jesús* va formando en ellas ese germen que ha de desarrollarse allá arriba en los jardines del cielo. Se complace en hacerles ver su nada y su propio poder. Para llegar a ellas, se sirve de los instrumentos más *viles*, demostrándoles así que es él solo quien trabaja. Se da prisa en perfeccionar su obra para el día en que, desvanecidas las sombras, no se comunicará ya a través de intermediarios, sino en un *cara a cara eterno*...

(Nuestra Madre agradece a María5 su cartita, lo mismo que la madre María de Gonzaga; les ha encantado.)

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 147

1 María, la esposa de Désiré, se daba a veces a la bebida.

2 La casa de la calle Labbey, alquilada por Celina en 1892, tras el regreso del señor Martin a Lisieux.

3 Désiré había vuelto a la práctica religiosa después de una novena de Celina a San José, en marzo de 1893.

4 Una de las frutas preferidas de Teresa; cf CA 24.7.1.

5 María Guérin, que deseaba entrar en el Carmelo.

Cta 148 A Leonia

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 13 de agosto de 1893

Querida Leonia:

¿Piensas, tal vez, que tu Teresa te tiene olvidada? ¡En absoluto! Tú conoces demasiado bien su corazón para pensar eso. Me habría gustado escribirte al mismo tiempo que nuestra Madre y que sor María del Sagrado Corazón, pero hubo un malentendido y su carta salió antes de lo que yo pensaba. Hoy voy a desquitarme pasando un rato contigo.

¡Si supieras, querida hermanita, las acciones de gracias que elevo al cielo por el don que Dios te ha concedido! [1vº] Por fin tus deseos se han realizado. Como la paloma que salió del arca, tampoco tú podías hallar sobre la tierra del mundo un lugar donde posar el pie, y volaste durante mucho tiempo tratando de entrar en la mansión bendita donde tu corazón había fijado para siempre su morada. Jesús se hizo esperar, pero al fin los gemidos de su paloma lo conmovieron, extendió su mano divina y, tomando a su prometida, la colocó sobre su corazón, en el tabernáculo de su amor.

Se ha realizado así ya la predicción de nuestra santa tía1. La hija de la beata Margarita María2 está en la Visitación y será ya para siempre la esposa de Nuestro Señor.

Claro, que mi alegría es completamente espiritual, pues ya no volveré a ver aquí en la tierra a mi querida Leonia, ya no volveré a escuchar su voz ni a desahogar mi corazón en el suyo... Pero sé que la tierra es el [2rº] lugar de nuestro destierro, somos viajeras que caminamos hacia la patria. ¿Qué importa la ruta que seguimos no sea la misma, si nuestra meta común es el cielo? Allí nos reuniremos para no separarnos jamás. Allí saborearemos eternamente las

alegrías de la familia, volveremos a encontrar a nuestro padre querido, aureolado de gloria y honor por su fidelidad a toda prueba y sobre todo por las humillaciones en las que fue abrevado; veremos a nuestra madre, que se alegrará de las tribulaciones que fueron nuestra heredad durante del destierro de la vida, gozaremos de su dicha al contemplar a sus cinco hijas religiosas, y con los cuatro angelitos que nos esperan allá arriba formaremos una corona que ceñirá para siempre la frente de nuestros padres queridos.

Querida hermanita, ya ves que también yo participo de tu alegría, que sé [2vº] que es muy grande, pero que sé también que los sacrificios no dejan de acompañarla. ¿Sería meritoria, sin ellos, la vida religiosa? No, ¿verdad que no? Por el contrario, las pequeñas cruces son las que constituyen toda nuestra alegría. Esas pequeñas cruces no son más corrientes que las grandes, y preparan nuestro corazón para recibir éstas cuando así lo quiera nuestro Maestro.

Te ruego, querida Leonia, que des mis respetuosos saludos a tu Reverenda Madre, hacia la que conservo un afecto muy filial desde el día que tuve el honor de conocerla3. ¿No pertenezco yo ya también un poco a su familia, al ser tú su hija y yo tu indigna hermanita...?

Nuestra Madre, la madre María de Gonzaga y sor María del Sagrado Corazón presentan también sus respetuosos saludos a la Madre superiora, y envían a su querida Leonia sus mejores deseos de felicidad.

No olvides en tus oraciones, querida hermana, a la más pequeña de las carmelitas, que tan unida está contigo en el corazón de la Santísima Virgen.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 148

1 Sor María Dositea Guérin, salesa en Le Mans, escribía el 28 de abril de 1869: «En cuanto a la pequeña Leonia, no puedo menos de pensar que será salesa».

2 Alusión a la curación de Leonia, cuando era niña, después de una novena que sor María Dositea hizo a la beata Margarita María, en marzo de 1865.

3 La madre María de Sales Lefrançois, a quien Celina y Teresa habían conocido con ocasión de una visita que hicieron a Leonia durante su primera estancia en la Visitación (julio de 1887-enero de 1888).

Cta 149 A Celina

20 (?) de octubre de 1893

J.M.J.T.

Jesús +

Celina querida:

He encargado a *Jesús* que felicite en mi nombre a mi hermanita sor María de la *Santa Faz*1... Sólo *Jesús* debe ser el vínculo divino que nos una. Sólo él tiene derecho a penetrar en el santuario de su esposa... Sí, *él, y sólo él*, escucha cuando nada nos responde2... Sólo *él* dispone los acontecimientos de nuestra vida de destierro. Él es quien a veces nos ofrece el cáliz amargo. Pero nosotras no le vemos, él se esconde, oculta su mano divina, y no logramos ver más que a las criaturas. Entonces sufrimos, porque la voz de nuestro Amado no se deja oír y la de las criaturas parece despreciarnos...

Sí, el sufrimiento más amargo es el de no ser comprendidas... Pero nunca será ése el sufrimiento de Celina y de Teresa. Nunca, pues sus miradas están puestas más allá de la tierra y se elevan por encima de lo creado. Cuanto más se esconde Jesús, tanto más sienten ellas que Jesús está cerca. En su *delicadeza exquisita*, él marcha por delante, apartando las piedras del camino y alejando a los reptiles. Pero no es nada todavía: él hace resonar en nuestros oídos voces amigas, y esas voces nos advierten que no caminemos demasiado seguras... ¿Y por qué? ¿No es acaso el mismo Jesús quien ha trazado nuestra ruta? ¿No es él quien nos alumbra y se revela a nuestras almas...? Todo nos lleva a él, las flores que crecen al borde del camino no cautivan [1vº] nuestros corazones3. Las miramos, las amamos, porque nos hablan de Jesús, de su poder, de su amor, pero nuestras almas permanecen libres. ¿Por qué turbar, pues, nuestra dulce paz? ¿Por qué temer la tormenta cuando el cielo está sereno...?

¡Celina, querida Celina...! No son los precipicios lo que hay que evitar. Estamos en brazos de Jesús; y si voces amigas nos aconsejan temer, es nuestro Amado en persona quien así lo *quiere*. ¿Y por qué...? Porque, en su amor, ha escogido para sus esposas el mismo camino que escogió para sí. Quiere que las alegrías más puras se cambien en sufrimientos, a fin de que nuestro corazón, no teniendo, por así decirlo, ni siquiera tiempo para respirar a gusto, se vuelva hacia él, que es nuestro único sol y nuestra única alegría...

Las *flores del camino* son los *placeres puros* de la vida. No hay mal alguno en disfrutar de ellos. Pero Jesús está *celoso* de nuestras almas, y desea que para nosotras todos los placeres estén mezclados con amargura... Y aunque las *flores del camino* conducen al Amado, son, sin embargo, un camino indirecto; son la placa o el espejo que reflejan al sol, pero no son el sol...

No estoy diciendo a mi Celina querida lo que quisiera decirle, me explico tan mal... Tal vez ella me entienda con medias palabras, ¡se las arregla tan bien Jesús para cumplir los encargos de su pobre Teresa...!

Hay en el Cantar de los Cantares un pasaje que le cuadra a la perfección a la pobre Celinita desterrada. Es éste: «¿Qué veis en la esposa sino coros musicales en un campo de batalla?» ¡Sí, la vida de mi Celina es realmente un campo de batalla...! Como pobre palomita, gime junto a los canales de Babilonia, ¿y cómo podrá cantar los cánticos del Señor [2rº] en tierra extranjera...? Y sin embargo, tiene que cantar, su vida tiene que ser una *melodía* (un coro musical). Es Jesús quien la retiene cautiva, pero él está a su lado... Celina es la humilde lira de Jesús4... ¿Es completo un concierto cuando nadie canta...? Si Jesús toca, ¿no tiene Celina que *cantar*...? Cuando el aire sea triste, ella *cantará* el cántico del destierro, y cuando el aire sea jubiloso, su voz dejará oír los acentos de la *patria*... Todo lo que pueda suceder, todos los acontecimientos de la vida no serán más que ruidos lejanos que no harán vibrar a la pequeña lira, sólo Jesús tiene derecho a posar en ellas sus dedos divinos. Las criaturas son *peldaños*, instrumentos, pero es la mano de Jesús la que lo dirige *todo*. En *todo* hay que verlo sólo a él...

No puedo pensar sin extasiarme en mi querida santa *Cecilia*. ¡Qué modelo para la humilde lira de Jesús...! En medio del mundo, metida entre toda clase de peligros, en el momento de unirse a un joven pagano que no respira más que amor profano, me parece que Cecilia hubiese debido temblar y llorar... Pero no: al oír el sonido de los instrumentos que festejaban sus bodas, Cecilia *cantaba en su corazón*5... ¡Qué abandono...! *Escuchaba*, sin duda, unas melodías que no eran de la tierra; su esposo divino *cantaba* también; los ángeles hacían resonar en el corazón de Cecilia el sonido de sus conciertos celestiales... Cantaban como [2vº] en otro tiempo junto al pesebre de Jesús: «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama».

¡La gloria de Dios! Cecilia adivinaba que su esposo divino tenía sed de almas y anhelaba ya la del joven romano que sólo soñaba en la gloria de la tierra; pronto hará de él un mártir, y las multitudes marcharán en pos de sus huellas... Cecilia no teme, porque los ángeles cantaron: «*Paz* a las almas que el Señor ama»; ella sabe que Jesús está obligado a guardarla, a proteger su virginidad. Por eso, ¡qué recompensa...!

Sí, es preciosa la casta generación de las almas vírgenes, canta frecuentemente la Iglesia, y esta palabra sigue siendo hoy tan verdadera como en los tiempos de la virgen Cecilia...

Celina querida, ¡qué contento está Jesús con su pequeña lira! ¡Tiene tan pocas en el mundo! Déjale descansar a tu lado, no te canses de *cantar*, pues Jesús no se cansa nunca de tocar... Un día, allá arriba en la patria, verás los frutos de tus trabajos... Después de haber sonreído a Jesús en medio de las lágrimas, gozarás de los rayos de su Faz divina y él seguirá tocando en su pequeña lira. ¡Tocará durante toda la eternidad aires nuevos que *nadie*, excepto Celina, podrá cantar...!

NOTAS Cta 149

1 A propósito de este nombre, cf Cta 98, n. 1.

2 San Agustín.

3 Cf CE 3,5.

4 Teresa se siente a gusto con este instrumento «*melodioso*», cuyo simbolismo le es familiar: cf Cta 102, 140, 142, 147, 161; **PN** 3(3f); **PN** 5,14; **PN** 17,14; **PN** 18,40; **PN** 20,4; **PN** 47,1; **PN** 48,5; RP 1,19vº; RP 2(4 f.); RP 3,13rº; RP 5, estr. 5; RP 7,5vº; Or 4.

5 Oficio litúrgico de santa Cecilia; cf Cta 54, n. 2.

Cta 150 A la señora de la Néele

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 22 de octubre de 1893

Querida Juana:

Ahora me toca a mí pedirte disculpas, pues he tardado mucho en agradecerte todas esas golosinas1. Pero tenía una cierta esperanza de expresarte mi gratitud de palabra, y por esta razón he tardado en escribirte.

No, no he tenido el mal pensamiento de que mi hermanita me tuviese olvidada, sino que me parecía de lo más natural que se contentase con rezar una oración por su Teresita. [1vº] Por eso, me emocioné mucho más de lo que

sé decirte al recibir tu amorosa carta. También la felicitación de mi querido primo me emocionó mucho. Y por último, los tarros de mermelada vinieron a colmar todas tus delicadezas para conmigo...

Nuestra Madre santa Teresa era tan agradecida, que decía graciosamente «que le ganaban el corazón con una sardina»2. ¿Qué habría dicho si hubiese conocido a Francis y a Juana...? Pero el cielo no está tan lejos de la tierra que ella no pueda verlos y bendecirlos. Tengo incluso la seguridad de que le tiene un cariño espe[2rº]cial a mi querida Juana. Nuestra santa Madre tenía también una hermana que se llamaba Juana, y, al leer su vida, me conmovió mucho ver con qué ternura velaba por sus sobrinitos. Por eso, sin dejar a un lado a santa Ana3, me dirijo a santa Teresa para alcanzar por su intercesión la gracia de ser tía también yo4. No dudo de que me escuchará enviando a mi querida Juana una familia bendita, que dará a la Iglesia grandes santos y grandes santas5.

El retraso no me desanima, pues sé que en la curia de Roma se necesita mucho [2vº] tiempo para hacer santos, y no puedo enfadarme con Dios porque ponga todo su cuidado y todo su amor en la preparación de esas almas infantiles que un día confiará a mi Juana.

Te pido, hermanita, que invoques a santa Teresa; estoy segura de que santa Ana estará contenta de que lo hagas. La unión hace la fuerza, y las dos, juntas, nos alcanzarán la gracia que pedimos.

Querida Juana, te ruego que seas mi intérprete ante Francis, dándole las gracias por su felicitación. Un abrazo cordial, con todo el cariño de esta hermanita,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

[2vºtv] Nuestra Madre y sor María del Sagrado Corazón te envían todo su cariño y no cesan de rezar para que los deseos de su querida Juanita se vean plenamente escuchados.

NOTAS Cta 150

1 Con ocasión del santo de Teresa, el 15 de octubre.

2 Carta a María de San José, septiembre de 1578.

3 Cf Cta 136, n. 3.

4 Tía al estilo de la Bretaña...

5 Cf Cta 152, n. 2.

Cta 151 A Leonia

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 5 de noviembre de 1893

Querida Leonia:

Me siento enormemente feliz con tu felicidad. Tus cartas son para mí una verdadera alegría. Veo, sin ningún género de duda, que estás verdaderamente donde te quiere el Señor.

¡Qué bueno ha sido el Señor con nuestra familia! No ha permitido que ningún mortal se convirtiera en esposo de ninguna de nosotras.

Acabamos de hacer unos hermosos ejercicios espirituales como preparación para la [1vº] fiesta de nuestra Santa Madre. El Padre1 nos ha hablado, sobre todo, de la unión con Jesús y de la belleza de nuestra vocación. Nos ha hecho ver todas las ventajas de la vida religiosa, y en especial de la vida contemplativa. Nos ha puesto una comparación que me ha encantado. «Mirad -nos decía- los robles de nuestros campos, cómo crecen a lo ancho: echan ramas a derecha e izquierda, nada los contiene, por eso no alcanzan nunca gran altura. Por el contrario, mirad los robles de los bosques que están presionados por todos los lados: no reciben luz más que *desde arriba*, por eso su tronco está desprovisto de todas esas ramas disformes [2rº] que les roban la savia que necesitan para elevarse hasta lo alto. No ven más que el cielo, y, así, toda su fuerza se dirige hacia allá y pronto alcanzan una altura asombrosa. En la vida religiosa, el alma, al igual que el joven roble, se encuentra presionada por todos los lados por la regla, y todos sus movimientos se ven cohibidos, obstaculizados por los árboles del bosque...; pero ve *luz* cuando mira al CIELO, sólo allí puede descansar su mirada, nunca debe tener miedo de elevarse demasiado hacia allá».

Querida hermanita, creo que te gustará que te hable de estas cosas. Nuestra felicidad está en hablar de los asuntos del alma, en sumergir nuestros [2vº] corazones en el infinito...

Te pido perdón por enviarte unas cartas tan *mal escritas*; pero, hermanita querida, prefiero dejar correr la pluma a impulsos del corazón a redondear las frases y escribirte una *página literaria*.

Te ruego que saludes respetuosamente de mi parte a la Madre superiora.

No me olvides en tus oraciones, acuérdate de mí junto a Jesús tanto como yo me acuerdo de ti.

Te dejo, querida Leonia, quedando muy unida a ti en el corazón de nuestro divino Esposo.

Tu indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 151

1 El P. Armando Lemonnier, de los Misioneros de la Liberación (Calvados). Volverá a predicar en 1894 y 1895, y revisará el Acto de Ofrenda (Or 6).

Cta 152 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 17 de noviembre de 1893

Querida tía:

¡Qué delicia para su Teresita, poder felicitarla cada año en el día de su santo! Sin embargo, no tengo nada nuevo que decirle, pues hace ya mucho tiempo que sabe cuánto la quiero.

Querida tiíta, no tengo miedo de aburrirla repitiéndoselo una vez más, y ésta es la razón que me hace pensar así: cuando estoy junto al sagrario, yo no sé decirle a Nuestro Señor más que una cosa: «Dios mío, tú [1vº] sabes que te quiero». Y siento que mi oración no le cansa a Jesús. Como conoce la impotencia de su pobre esposa, se conforma con su buena voluntad. Yo sé también que Dios ha derramado en el corazón de las madres algo del amor del que desborda su propio corazón... Y la madre a quien me dirijo ha recibido el amor maternal en tan larga medida, que no puedo tener miedo a verme incomprendida...

Por lo demás, mi impotencia no durará eternamente: en la patria celestial podré decirle a mi querida tiíta muchas cosas que no pueden expresarse con palabras humanas.

Mientras tanto, pido a Nuestro Señor que deje *mucho mucho tiempo* en la tierra a quien [2rº] sabe trabajar tan bien por su gloria, y le deseo que pueda ver «a los *hijos* de sus *nietos*»1. Tal vez mi hermanita Juana sonreiría si leyese estas líneas, pero yo tengo mucha más confianza que ella y sigo esperando «al *gran santo* y al *gran pontífice*»2, seguido de un gran número de otros angelitos.

Querida tía, mañana ofreceré la sagrada comunión por usted y por la señora Fournet; me acuerdo mucho de ella y pido a Nuestro Señor que se la conserve todavía mucho tiempo3.

Le ruego, querida tía, que dé un abrazo de mi parte a mi tío, y a él y a mis hermanitas les encargo que la colmen a usted de mi parte de las más tiernas caricias.

Su *benjamín*, que está orgullosa de su título,

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 152

1 Salmo incorporado, en aquella época, a la liturgia del matrimonio.

2 Alusión a un sueño que había tenido Juana, poco después de su peregrinación a Auray. Soñó que sus oraciones eran escuchadas y que una voz misteriosa le hacía escuchar estas palabras: «Será un gran santo y un gran pontífice». Cf PN 38, 6.

3 La señora Fournet se estaba reponiendo de una crisis cardíaca.

Cta 153 Al señor Guérin

Diciembre (?) de 1893

J.M.J.T.

Querido tío:

Nuestra Madre está mucho mejor1, pero se encuentra muy *débil*, aunque ella diga lo contrario.

Gracias, gracias por todos los cuidados que usted le dispensa. Espero que sea muy obediente, pues estaría muy mal no obedecer a un tío *tan paternal*...

A la madre María de Gonzaga le han conmovido mucho sus atenciones; le da las gracias prodigando toda serie de atenciones a su querida priora.

[vº] Perdóneme, querido tío, voy tan de prisa que no sé lo que le digo, pero espero que usted sabrá adivinar nuestro *agradecimiento*. Rezamos *mucho* por la señora Fournet.

Un abrazo a usted y a mi tía en nombre de sus tres carmelitas,

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 153

1 La madre Inés de Jesús.

Cta 154 A Leonia

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 27 de diciembre de 1893

Querida Leonia:

Me alegro mucho de poder enviarte mi felicitación para el año 94. La súplica que hago junto a la cuna de Jesús es la de verte pronto revestida con la santa librea de la Visitación. Digo verte, pero sé que sólo tendré esta dicha en el cielo. ¡Qué alegría entonces de volvernos a encontrar tras el exilio de la vida...! ¡Cuántas cosas tendremos para decirnos! Aquí abajo la palabra es impotente, pero allá arriba bastará una sola mirada para entendernos, y creo que nuestra felicidad será todavía mayor que si no nos hubiéramos separado.

Tu cartita me ha gustado mucho, veo que eres realmente [vº] feliz y no dudo de que Dios te concederá la gracia de quedarte para siempre en el arca santa. Estamos leyendo en el refectorio la vida de santa Chantal; para mí es un verdadero placer escucharla, pues eso me acerca todavía más a la Visitación, a la que quiero tanto. Además, veo la íntima unión que siempre existió entre ella y el Carmelo, y eso me hace bendecir a Dios por haber escogido a estas dos Ordenes para nuestra familia. La Santísima Virgen es verdaderamente nuestra Madre, ya que nuestros monasterios están especialmente dedicados a ella.

Querida hermanita, no dejes de rezar por mí durante el mes del Niño Jesús. Pídele que yo sea siempre pequeña, *¡muy pequeña...!* Yo le haré para ti la misma súplica, pues conozco tus deseos y sé que tu virtud preferida es la humildad.

Querida Leonia, no olvides presentar mis respetuosos saludos a la venerada Madre, y recibe el sincero cariño de la última y más *pequeña* de tus hermanas,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz.
rel. carm. ind.

Cta 155 A los señores Guérin

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 29 de diciembre de 1893

Queridos tíos:

Sólo tengo unos minutos para enviarles mi felicitación de Año Nuevo. Nuestra Madre acaba de decirme que su carta la van a llevar mañana por la mañana. Pero no necesito mucho tiempo para expresar a mis queridos parientes los votos que formula mi corazón por su felicidad. Quisiera, si fuese posible, que el nuevo año no les reservase más que alegrías. Pero a Dios, que sabe [1vº] la recompensa que tiene reservada para sus amigos, suele gustarle hacerles ganar sus tesoros a través de sacrificios. Nuestra santa Madre Teresa decía, bromeando, estas palabras tan verdaderas a Nuestro Señor: «Dios mío, no me extraña que tengas tan pocos amigos, ¡los tratas tan mal...!»1.

Sin embargo, aun en medio de las pruebas que envía, Dios está lleno de delicadezas. La enfermedad de mi querido papaíto es para mí una prueba evidente de ello. Esta cruz es la más grande que yo hubiera podido imaginar; pero después de habernos hecho probar su amargura, Nuestro Señor quiso endulzar, por la mano de nuestros queridos [2rº] parientes, el cáliz de dolor que nos había presentado y que yo esperaba beber hasta las heces...

¡Si supiesen, queridos tíos, qué amoroso y agradecido es el corazón de su Teresita...! No acierto a decirles todo lo que querría, y es ya hora de Maitines. Perdonen lo deslavazado de mi carta y mi *letra de gato*1..., miren sólo el corazón de su hija,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

Les ruego que den a la señora Fournet la más sincera felicitación de parte de su hijita.

NOTAS Cta 155

1 Cf *Histoire de sainte Thérèse* par les Carmélites de Caen, d'après les Bollandistes, t. II, p. 366. Cf Cta 178. [Santa Teresa, en carta del 10/11 de marzo de 1578 al P. Gracián, escribía, hablando de san Juan de la Cruz: «De fray Juan tengo harta pena no lleven alguna culpa más contra él. Terriblemente trata Dios a sus amigos; a la verdad no les hace agravio, pues se hubo así con su Hijo» (SANTA TERESA, *Cartas*, 3ª ed., Burgos, Monte Carmelo, 1983, p. 304) . Es también conocida la leyenda popular que resume así el P. Otilio: «Dícese que en cierta ocasión en que la Santa se quejaba a Dios nuestro Señor porque deseando ella servirle, todo fuesen contradicciones y dificultades, nuestro Señor se le apareció y le dijo: -¡Hija, así trato yo a mis amigos! -¡Por eso tenéis tan pocos!, dicen que le respondió la Santa» (OTILIO RODRIGUEZ, *Leyenda áurea teresiana*, Madrid, Espiritualidad, 1970, p. 39ss, donde habla también de las diversas versiones de dicha leyenda). N. del T.]

2 Ultima carta que escribe Teresa con la letra ladeada. La madre Inés de Jesús le permitió, por fin, la escritura derecha.

Cta 156 A la madre Inés de Jesús

21 de enero de 1894

J.M.J.T.

El sueño del Niño Jesús1.

Mientras juega con las flores que su esposa querida le ha llevado a la cuna, Jesús piensa qué podrá hacer para agradecérselo... Allá arriba, en los jardines del cielo, los ángeles, servidores del divino Niño, trenzan ya las coronas que su corazón tiene reservadas para su amada.

Mientras tanto, ha llegado la noche. La luna envía su resplandor de plata, y el Niño Jesús se duerme... Su manita no suelta las flores con que se ha divertido a lo largo del día su corazón continúa soñando con la felicidad de su esposa querida.

Muy pronto, allá en la lejanía, divisa unos objetos extraños que no tienen ningún parecido con las flores primaverales. ¡Una cruz...! ¡Una lanza...! ¡Una corona de espinas! Y sin embargo, el divino Niño no tiembla. ¡Eso es lo que él escoge para demostrar a su esposa cuánto la ama...! Pero esto no basta todavía. Su rostro infantil y tan hermoso, lo ve desfigurado, ¡sangrante...!, ¡irreconocible...! Jesús sabe muy bien que su esposa siempre lo reconocerá, y que cuando todos lo abandonen ella seguirá a su lado. Por el eso el divino Niño sonríe ante esa imagen sangrante, y sonríe también ante el cáliz lleno del vino que hace germinar a las vírgenes. Sabe que en la eucaristía los ingratos lo van a abandonar, pero Jesús piensa en el amor de su esposa y en sus delicadezas. Ve cómo las flores de sus virtudes perfuman el santuario, y Jesús niño sigue durmiendo dulcemente... Espera a que las sombras declinen..., a que la noche de la vida sea reemplazada por el día radiante de la eternidad...

En ese día Jesús devolverá a su amada esposa las flores que ella le dio, para consolarlo, en la tierra... En ese día inclinará hacia ella su Faz divina, toda radiante de gloria, ¡¡¡y hará gustar eternamente a su esposa la dulzura inefable de su beso divino...!

[vº] Madre mía querida, acabas de leer el *sueño* que tu hija quería reproducir para el día de tu santo. ¡Pero sólo tu pincel de artista podría pintar tan dulce misterio...! Espero que sólo mires a la buena voluntad de quien se sentiría dichosa de haberte agradado.

Eres tú, Madre mía, son tus virtudes lo que he querido representar en las florecitas que Jesús aprieta contra su corazón. Las flores son todas sólo para Jesús. Sí, las virtudes de mi Madre querida permanecerán siempre escondidas con el Niñito del pesebre. Sin embargo, y a pesar de la humildad que quisiera ocultarlas, el perfume misterioso que se desprende de esas flores me hace ya presentir las maravillas que un día veré en la patria eterna, cuando me sea dado contemplar los tesoros de ternura que ahora prodigas a Jesús2.

Tú lo sabes, Madre mía. Nunca podré expresarte toda mi gratitud por haberme guiado como un ángel del cielo3 por entre los senderos de la vida. Tú fuiste quien me enseñó a conocer a Jesús y a amarlo. Ahora que eres doblemente mi Madre, sigue conduciéndome hacia el Amado, enséñame a practicar la virtud, para que en el cielo no me vea colocada demasiado lejos de ti y puedas reconocerme por hija y por hermanita tuya.

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 156

1 Teresa comenta aquí el cuadro que había pintado para la primera celebración del santo de la madre Inés de Jesús como priora.

2 Alusión a los choques que se habían producido ya entre la antigua y la nueva priora, que exigen de ésta mucha humildad.

3 Cf PN 22, introducción.

Cta 157 A Celina

Marzo o mayo de 1894

J.M.J.T.

Los «codfiches»1 le han *gustado mucho* a nuestra Madre, y querría escribir unas letras para darle las gracias a su *Celino* querido, pero no puede hacerlo. Está también muy contenta por la carta de María2.

Que la pequeña desterrada esté triste *sin estar triste*, pues si no se centran en ella las caricias de las criaturas, la *ternura* de Jesús sí que está CENTRADA toda en ella. Ahora que Celina está sin albergue3, él, Jesús, está bien alojado, y está contento de ver *errante* a su esposa querida, ¡eso le gusta! ¿Y por qué...? Yo no lo sé... Es un secreto de Jesús. Pero creo que está preparando muchas cosas hermosas en su casita... Tiene que trabajar tanto, que parece olvidar a su pobre Celina... Pero no, sin que ella lo vea, él la mira por la ventana... Le gusta verla en el desierto, sin otro oficio que el de amar4, sufriendo ¡sin siquiera *sentir* que *ama*...! Jesús sabe muy bien que la vida es sólo un sueño, y por eso se alegra de ver a su esposa llorando junto a los canales de Babilonia. Pronto llegará el día en que Jesús tomará a su Celina de la mano y la hará entrar en su casita, que se habrá convertido en un [vº] palacio eterno... Y entonces dirá: «¡Ahora me toca a mí...!» Tú me diste en la tierra el *único albergue* al que ningún corazón humano quiere renunciar -es decir te me diste a *ti misma*-, y ahora yo te doy por morada mi sustancia eterna5, es decir, «a mí mismo». Esta será tu mansión por toda la eternidad. Durante la noche de la vida tú anduviste errante y solitaria, ahora tendrás un compañero: yo, Jesús, tu esposo, tu amigo, a quien se lo sacrificaste todo, ¡un compañero que te colmará de alegría por los siglos de los siglos...!

NOTAS Cta 157

1 De la palabra inglesa *cod-fish* (bacalao), que se usaba impropiamente en la Normandía para designar las conchas de Santiago.

2 María Guérin.

3 El señor Guérin proyectaba llevarse a su casa a su sobrina y a su cuñado, que no estaban seguros en la calle Labbey. El traslado estaba previsto para junio.

4 Cf SAN JUAN DE LA CRUZ, CE canc. 28.

5 Cf Arminjon, *op. cit.*, p. 290; pasaje copiado por Teresa el 4 de junio de 1887.

Cta 158 A Leonia

Marzo (?) de 1894

J.M.J.T.

Querida Leonia:

¡No puedo expresar la alegría que sentí al saber que has sido aprobada para la toma de hábito...! Comprendo lo feliz que debes de sentirte y comparto enormemente tu alegría.

Querida hermanita, ¡qué bien ha sabido Dios recompensar tus esfuerzos! Me acuerdo de lo que me decías en el locutorio antes de tu entrada en el arca santa. No te importaba ser siempre la última, tomar el hábito sin solemnidad... No buscabas más que a Jesús, y por él renunciabas a todo consuelo. Pero, como nos repetía a menudo nuestro padre querido: «Dios nunca se deja ganar [1vº] en generosidad». Por eso no ha querido que te vieras privada de la dicha de convertirte públicamente en su prometida, en espera de que seas su esposa. Creo que los años de destierro que has pasado en el mundo han servido para adornar tu alma con una vestidura preciosa para el día de tus esponsales. A los tristes días del invierno han seguido para ti los días radiantes de la primavera, y Jesús te dice, como a la esposa del Cantar de los Cantares: «Ya ha pasado el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Levántate, amada mía, paloma mía, y ven... Estoy a la puerta, ábreme, hermana mía, amada mía, que tengo la cabeza cubierta de rocío, mis rizos del relente de la noche». Hacía mucho tiempo que suspirabas por la visita de Jesús y le decías, como la esposa: «¿Quién me dará, amado mío, poderte encontrar *a solas allá afuera*?. Te podría *besar* sin que ya nunca [2rº] me criticara la gente...»

Al fin llegó ese día tan deseado... Tú, hermanita querida, aún no habías encontrado a Jesús ante los ojos del mundo; pero después de haberlo buscado con mil desvelos, he aquí que él mismo viene hacia ti... Tú te conformabas con encontrarle *fuera a solas*, pero él desea *besarte* delante de *todo el mundo*, para que ya nadie ignore «que él ha puesto su sello sobre tu frente y que nunca tendrás otro amador que él»1...

Querida Leonia, me olvidaba de darte las gracias por tu carta. Debería haber empezado por ahí, pero ¿verdad que entiendes que la alegría que siento por tu inmensa felicidad es lo que me ha hecho cometer este olvido?

Espero que tus deseos se vean pronto cumplidos y que vuestro capellán se cure rápidamente. [2vº] Te ruego, querida hermanita, que des mis respetuosos saludos a tu buena y venerada Madre2. Me alegro, como tú, de que sea ella quien te dé el santo hábito.

Te dejo, pero siguiendo unida a ti en el divino Corazón de Jesús.

Tu indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 158

1 Cf Oficio litúrgico de santa Inés, antífona 3ª de Maitines; y PN 26.

2 Madre María de Sales; cf Cta 148, n. 3.

Cta 159 A Celina Maudelonde

J.M.J.T.

El Carmelo, 29 de marzo de 1894

Querida Celina:

Hubiera querido contestar antes a tu carta, que me causó mucha alegría. La cuaresma me lo impidió; pero ya estamos en el tiempo de Pascua y puedo decirle a mi querida primita1 que comparto su felicidad2.

La gran paz que experimentas es para mí una señal manifiesta de la voluntad de Dios, pues sólo él puede derramarla en tu alma, y la dicha que gustas bajo su mirada divina no puede venir más que de él.

[1vº] Querida Celina, no puede manifestarte mi cariño como lo haría si estuviese aún en el mundo. Sin embargo, no por eso es menos intenso; al contrario, pienso que te seré más útil en la soledad que si tuviera el consuelo de estar cerca de ti. Las rejas del Carmelo no están hechas para separar corazones que sólo se aman en Jesús; antes bien, sirven para hacer más fuertes los lazos que los unen.

Mientras tú sigues el sendero que Dios te ha trazado, yo rezaré por mi Celina, mi compañera de la niñez. Pediré para ella que todas sus alegrías sean tan puras, que pueda saborearlas bajo la mirada de Dios. [2rº] Pediré, sobre todo, que pueda saborear la alegría incomparable de encaminar a un alma hacia Nuestro Señor, y que esta alma sea la que pronto formará una sola con la suya. No dudo de que Dios te concederá pronto esta gracia, y me sentiría muy dichosa si mis pobres oraciones contribuyesen algo a ello.

Espero que mi querida Elenita esté ya restablecida, pues habría elegido un mal momento para estar enferma... Por favor, dale un fuerte abrazo de mi parte, y a ella le encargo que le dé a mi querida Celina mis besos más tiernos, estoy segura de que no puedo escoger a nadie mejor para llevar a cabo esta grata misión...

La madre María de Gonzaga se une a tus tres primas del Carmelo en la [2vº] alegría por tu felicidad, y te rogamos, querida Celina, que des nuestros respetuosos saludos al señor y la señora Maudelonde.

Te dejo, querida Celina, quedando siempre muy unida a ti con el corazón. Tu primita, que te querrá durante toda su vida y que no dejará de rezar por tu felicidad,

Sor Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

P.D. - La madre priora del Carmelo de Saigón3 nos ha enviado un gran número de objetos chinos, entre otros un mueblecito de salón que es una monada. Nuestra Madre ha pensado hacer con ellos una rifa a beneficio de nuestra comunidad. Las papeletas son a 0'50 francos, y estamos ofreciéndolas a todas las personas amigas de nuestro Carmelo. Si deseas algunas, te las enviaremos con mucho gusto.

NOTAS Cta 159

1 Término afectuoso. No existía ningún parentesco entre las familias Martin y Maudelonde, si bien las hijas de ambos estaban muy unidas desde la infancia; cf Ms A 23rº.

2 Su próximo matrimonio con Gaston Pottier.

3 La madre Filomena de la Inmaculada Concepción, una de las carmelitas de Lisieux, que había fundado en Saigón el primer Carmelo en tierras de misión en 1861.

Cta 160 A sor María Luisa Vallée

J.M.J.T.

Jesús + 3 de abril de 1894

Muy querida Hermana:

Me resulta imposible decirle cómo me ha llegado al corazón su atenta carta. Ya fue para mí una gran alegría saber que le había gustado el cuadro del Niño Jesús1. Me sentía recompensada por encima de todas mis esperanzas... Querida *tía*2 -permítame seguir dándole este nombre-, en usted precisamente pensaba yo al tratar de imaginarme qué podría regalar a nuestra Reverenda Madre para la celebración de su primer santo como priora.

Sabía que a ella le gustaría mucho enviarle a usted un pequeño recuerdo; por eso, puse toda mi alma en la composición de «El [1vº] sueño del Niño Jesús». Pero, ¡ay!, al no saber reproducir mi inhábil pincel lo que mi alma había *soñado*, *regué* con mis *lágrimas* el vestido blanco de mi Niño Jesús, ¡lo cual, sin embargo, no hizo bajar un rayo del cielo sobre su carita...! Entonces, en mi pena, me prometí a mí misma no decir nada acerca de la intención que tenía al emprender mi trabajo. Y, en efecto, sólo al ver la indulgencia de nuestra Madre, le confié mi secreto. Ella tuvo a bien mirar el corazón y la intención, más que el arte de su hija, y, con gran alegría de mi parte, mi Niño Jesús ha ido*, en mi lugar,* a trabar conocimiento con *mi santa tía* de Le Mans.

He pintado al divino Niño de [2rº] manera que represente cómo se comporta él conmigo... En efecto, él casi siempre *está dormido*... El Jesús de la pobre Teresa no la acaricia como acariciaba a su Santísima Madre3. Eso es completamente natural, ¡pues la hija es tan indigna de la Madre...! Sin embargo, los ojitos cerrados de Jesús hablan mucho a mi alma, y, ya que él no me acaricia, yo trato de agradarle. Yo sé muy bien que su corazón está siempre en vela, y que en la patria de los cielos se dignará abrir sus divinos ojos... Y entonces, al mirar a Jesús, tendré también la dicha de contemplar junto a él a mis santas Madres de la Visitación. Espero que ellas querrán reconocerme como hija. ¿No son ellas, de hecho, mis madres, las que formaron el corazón de los *dos ángeles* visibles que me hicieron de [2vº] verdaderas *madres*4...?

Me acuerdo perfectamente de mi viaje a la Visitación de Le Mans a la edad de tres años5. Lo he revivido muchas veces con el corazón, y las rejas del Carmelo no constituyen un obstáculo que me impida visitar a menudo a mi querida tía y a todas esas venerables Madres que tienen a bien amar, sin conocerla, a la pobre Teresa del Niño Jesús.

Le ruego, *querida tía*, que pague la deuda de gratitud de su *sobrinita*, dando las gracias en su nombre a su Reverenda Madre y a todas las Hermanas, en especial a sor Josefa de Sales6, cuyo afectuoso recuerdo me ha conmovido mucho.

QUERIDÍSIMA TÍA, me gustaría seguir hablando mucho más tiempo con usted, pero estoy al final del papel y me veo precisada a dejarla, pidiéndole perdón...

Sor Teresa del Niño Jesús
su indigna sobrinita

NOTAS Cta 160

1 Cf Cta 156. La madre Inés de Jesús obsequió a su antigua profesora de la Visitación el cuadro pintado por Teresa.

2 Paulina llamaba «tía» a su antigua profesora en recuerdo de su tía salesa, sor María Dositea. Teresa hace otro tanto, por deseo de Paulina.

3 Cf Cta 162, n. 1.

4 María y Paulina, las dos educadoras de Teresa, conservaron una fuerte impronta de sus años de internado en la Visitación de Le Mans.

5 El 29 de marzo de 1875; cf Ms A 7vº.

6 Luisa Gasse, compañera y amiga de Paulina en el internado.

Cta 161 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 26 de abril de 1894

Querido liriecito de Jesús:

Para cantar tus 25 años, te mando una pequeña poesía1 que he compuesto pensando en ti...

Celina, estoy segura de que comprenderás todo lo que mi canto quisiera decirte. Claro, que haría falta una lengua distinta de la lengua de la tierra para expresar la belleza del abandono de un alma en las manos de Jesús; mi corazón no ha logrado más que balbucir apenas lo que siente...

Celina, la historia de *Cecilia* (la santa del ABANDONO) ¡es también tu propia historia! Jesús ha puesto ahí a tu lado a un ángel del cielo que te guarda siempre y que te lleva de la mano para que tu pie no tropiece en ninguna piedra. Tú no lo ves, y, sin embargo, es él quien desde hace 25 años ha preservado tu alma y quien le ha conservado su *blancura virginal*, es él quien aleja de ti las ocasiones de pecado... Fue él quien se te mostró en aquel sueño misterioso que te envió cuando eras niña: veías a un ángel que llevaba una antorcha y que caminaba delante de nuestro padre querido. Sin duda, quería darte a conocer la misión que más tarde ibas a cumplir. ¡Ahora eres tú el ángel visible de quien pronto irá a unirse a los ángeles de la ciudad celestial!

Celina, no temas las tormentas de la tierra... Tu ángel de la guarda te cubre con sus alas, y en tu corazón reposa Jesús, pureza de las vírgenes. Tú no ves tus tesoros. Jesús duerme y el ángel permanece en su misterioso silencio. Sin embargo, están ahí, con María, que te esconde, también ella, bajo su manto...

No temas, Celina querida. Mientras *tu lira* no deje de cantar para Jesús, nunca se *romperá*... Es frágil, sin duda alguna, más frágil [vº] que el cristal; si se la dejases a un músico inexperto, pronto se rompería; pero es Jesús quien hace vibrar la lira de tu corazón... El se goza de que sientas tu debilidad: es *él* quien imprime en tu alma los sentimientos de desconfianza en sí misma.

Celina querida, dale gracias a Jesús. El te *colma* de sus *gracias* de elección. Si eres siempre fiel en agradarle en las cosas *pequeñas*, él se verá OBLIGADO a ayudarte en las GRANDES...

Los apóstoles, sin Nuestro Señor, trabajaron toda la noche y no cogieron ni un solo pez; pero su trabajo era grato a Jesús. Él quería demostrarles que sólo él puede darnos algo. Quería que los apóstoles se *humillasen*... «Muchachos -les dice-, ¿tenéis algo que comer?» «Señor -respondió san Pedro-, nos hemos pasado toda la noche bregando y no hemos *cogido nada*» Tal vez si hubiese cogido algunos *pececillos*, Jesús no hubiese hecho el milagro; pero no tenía *nada*; por eso Jesús le llenó enseguida la red, de suerte que casi se rompía.

Así es Jesús2: da como Dios, pero exige la *humildad* del *corazón*...

El mundo entero es ante él como un *granito de arena* que apenas si hace inclinarse a la balanza, o como gota de rocío mañanero que cae sobre la tierra (Sb, cap. 11).

(Celina querida, si logras leerme será un milagro, pero no tengo tiempo para volver a leer lo que he escrito...)

El tiempo pasa como una sombra, pronto nos reuniremos allá arriba. ¿No dijo Jesús durante la Pasión: «Y pronto veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo»...?

¡Nosotras estaremos allí...!

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Cta 161

1 *Santa Cecilia*, cf **PN** 3 y el fascículo *Mes Armes* (Cerf-DDB, 1975).

2 Cf CR p. 93.

Cta 162 A Celina1

26 de abril de 1894

(Texto de la estampa)

Jesús, ¿quien te ha hecho tan pequeño? El amor2.

(Texto del sobre)

Estampita
pintada por
Teresita
para los 25 años
de *Celinita*
con el permiso de
la *Madrecita* priora

NOTAS Cta 162

1 Para los 25 años de Celina, Teresa adjunta a la carta precedente una estampa a color, de formato muy reducido: una viñeta que representaba a santa Teresa de Avila acariciada por el Niño Jesús.

2 San Bernardo.

Cta 163 A sor Teresa Dositea (Leonia)

J.M.J.T.

Jesús + Domingo, 20 de mayo de 1894

Querida hermanita Teresa:

¡Qué alegría me ha dado tu carta...! Nunca daré suficientes gracias a Dios por todos dones de que te colma.

Celina nos ha contado hasta los menores detalles de la hermosa fiesta del 6 de abril1. ¡Cómo se habrá alegrado ese día nuestra mamaíta del cielo...! ¡Y con qué amor habrá posado en ti su mirada nuestra tía de Le Mans2!

Me alegro mucho de que mi santa Madre Teresa se haya convertido también en la tuya. Me parece que ése es un lazo que nos va a unir más estrechamente todavía.

No puedo decirte, querida hermanita, todas las cosas que quisiera. Mi corazón no puede expresar sus sentimientos íntimos en [vº] el frío lenguaje de la tierra... Pero un día, en el cielo, en nuestra hermosa patria, te *miraré*, y en mi

mirada podrás ver todo lo que querré decirte, porque el *silencio* es el lenguaje de los bienaventurados habitantes del cielo3...

Mientras tanto, hay que ganar esa patria de los cielos... Hay que sufrir, hay que luchar... Por favor, pide por tu Teresita, para que se aproveche del destierro de la tierra y de los medios tan abundantes que tiene para merecer el cielo.

Celina nos ha comunicado el resultado de vuestras elecciones. He sufrido al ver que perdías una Madre a quien amabas, pero me consolé pensando que la que la reemplaza es verdaderamente digna de su santa predecesora4, y estoy absolutamente segura de que ahora tienes, para guiarte hacia Jesús, a *dos madres* realmente merecedoras de ese dulce nombre.

Te dejo, querida hermanita, pero sin alejarme nunca de ti con el corazón. Te ruego que des mis respetuosos saludos a tus dos Madres.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 163

1 La toma de hábito de Leonia.

2 Sor María Dositea, de la que la novicia ha tomado en parte el nombre.

3 «¡El silencio es el lenguaje de los ángeles!»: sentencia pintada por la madre Inés a la entrada del claustro donde duerme Teresa.

4 La madre María de Sales, superiora desde hace seis años, ha sido reemplazada por la madre Juana Francisca, ex-maestra de novicias.

Cta 164 A sor Teresa Dositea (Leonia)

J.M.J.T.

Jesús + 22 de mayo de 1894

Querida hermanita:

Mis letras del domingo te llegarán al mismo tiempo que éstas, y por ellas verás que ya entonces me alegraba de tu felicidad... Gracias por tu cartita, que me ha gustado mucho, mucho...

Tienes mucha suerte, querida hermanita, [vº] de que Jesús esté tan celoso de tu corazón. A ti te dice, como a la esposa del Cantar de los Cantares: «Me has robado el corazón, hermana mía, esposa mía, me has robado el corazón con una sola mirada de tus ojos, con uno solo de los cabellos que vuelan sobre tu cuello».

Jesús está muy contento de ti, lo sé. Si aún te deja ver algunas infidelidades en tu corazón, estoy segura de que son todavía más numerosos los actos de amor que cosecha.

¿Cuál de las dos Teresas será más fervorosa...? La que sea más humilde, la que esté más unida a Jesús, la que sea más fiel en hacerlo todo por amor... [2rº] Recemos la una por la otra para que seamos igual de fieles las dos... Robémosle a Jesús el corazón con una mirada de nuestros ojos y con uno de nuestros cabellos, es decir, con la cosa más grande y con la más pequeña. No le neguemos el más pequeño sacrificio, ¡es tan grande todo en la religión...! Recoger un alfiler por amor puede convertir a un alma. ¡Qué gran misterio...! Sólo Jesús puede dar un valor tan grande a nuestras acciones. Amémosle, pues, con todas nuestras fuerzas...

[2vºtv] Tu hermanita que te quiere,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

Cta 165 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 7 de julio de 1894

Celina querida:

La carta de Leonia1 nos preocupa mucho...

¡Ah, qué desdichada será si vuelve al mundo! Pero te confieso que espero que no sea más que una tentación. Hay que rezar mucho por ella. Dios puede darle muy bien lo que le falta...

Nuestra Madre está de retiro, y por eso no te escribirá. Piensa mucho en ti y en María, y va a rezar mucho por sus dos hijitas.

No sé si sigues aún en el mismo estado de ánimo que el otro día, pero, no obstante, quiero citarte un pasaje del Cantar de los Cantares que expresa a las mil maravillas lo que es un alma hundida en la sequedad y a quien nada puede alegrar ni consolar:

«Bajé a mi nogueral a contemplar los brotes del valle, a ver si la viña ya verdeaba, a ver si florecían los granados... Y ya no *supe* dónde *estaba*... Y mi alma se turbó a causa de los carros de Aminadab» (cap. 6, vers. 10 y 11).

Esta es la imagen de nuestras almas. Muchas veces bajamos a los fértiles valles, donde nuestro corazón gusta de alimentarse -*el vasto campo de las Escrituras*2 que tantas veces se ha abierto ante nuestros ojos para derramar sobre nosotras sus ricos tesoros-, y ese *vasto campo* nos parece un *desierto* árido y sin agua..., *ni siquiera sabemos ya* dónde *estamos*. En vez de la paz y de la luz, sólo encontramos turbación, o, al menos, tinieblas...

Pero, al igual que la esposa, también nosotras sabemos la causa de nuestra prueba: nuestra alma está turbada a causa de los carros de Aminadab... No estamos todavía en nuestra patria, y la *prueba* tiene que purificarnos como el oro [1vº] en el crisol. A veces nos creemos abandonadas. Los carros, los vanos ruidos que nos afligen, ¿están dentro de nosotras o están fuera? No lo sabemos..., pero Jesús sí que lo sabe. La ve nuestra tristeza y de repente se deja oír su voz, una voz más dulce que el soplo de la brisa de primavera3: «¡Vuelve, vuelve, Sulamita, vuelve, vuelve para que te *veamos*!» (Cant, cap. 6, 5.12).

¡Qué llamada, ésta de nuestro Esposo...! ¿Cómo? Nosotras no nos atrevemos ni siquiera a *mirarnos*, de tan sin brillo y sin adornos como pensamos estar, y Jesús nos llama, quiere *mirarnos* a placer. Pero no está solo: las otras dos Personas de la Santísima Trinidad vienen con él a tomar posesión de nuestra alma... Jesús lo prometió en otro tiempo cuando estaba para subir a su Padre y nuestro Padre. Dijo, con una ternura inefable: «Si alguien *me ama, guardará* mi *palabra*, y mi Padre lo *amará*, y vendremos a él y haremos en él *nuestra* morada».

Guardar la *palabra* de Jesús. Esa es la única condición para nuestra felicidad, la prueba de nuestro amor a él. ¿Pero qué palabra es ésa...? Me parece que la *palabra* de Jesús es *él mismo*..., él, *Jesús*, el *Verbo*, ¡la *Palabra* de *Dios*...! Nos lo dice más adelante en el mismo evangelio de san Juan cuando ora al Padre por sus discípulos. Se expresa así: «Santifícalos con tu *palabra*, tu palabra es la *verdad*». Y en otra parte Jesús nos enseña que él es el camino, la *verdad* y la vida. Sabemos, pues, cuál es la *Palabra* que tenemos que guardar. Nosotras no preguntaremos a Jesús, como Pilato: «¿Qué es la verdad?» Nosotras poseemos la *Verdad*, *guardamos* a Jesús en nuestros *corazones*...

Con frecuencia podemos decir, como la esposa, «que nuestro Amado [2rº] es un ramillete de mirra», que él es para nosotras un esposo de sangre... ¡Pero qué dulce nos sonará un día, cuando salga de su boca, aquella palabra de Jesús: «Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el Reino como me lo transmitió mi Padre a mí» (Evangelio)

Las tribulaciones de Jesús. ¡Qué misterio! ¿O sea, que también él tiene tribulaciones? Sí, claro que las tiene, y a menudo se encuentra solo pisando el vino en el lagar. Busca consoladores y no los encuentra... Muchos sirven a Jesús cuando los consuela, pero pocos se avienen a hacer compañía a *Jesús cuando duerme* sobre las olas o cuando sufre en el huerto de la agonía... ¿Quién, pues, querrá servir a Jesús por él mismo...? ¡Lo haremos nosotras...! Celina y Teresa se unirán cada vez más, en ellas se cumplirá esta oración de Jesús: «Padre, que sean uno, como nosotros somos uno». Sí, Jesús nos *prepara* ya su Reino, como su Padre se lo ha preparado a él. Nos lo prepara dejándonos en la *tribulación*. Quiere que *nuestro rostro sea visto* por las criaturas, pero que esté *como escondido* para que nadie más que él nos *reconozca*... Pero también ¡qué felicidad pensar que *Dios*, la *Trinidad* entera nos está mirando, que vive en nosotras y se complace en *contemplarnos*! ¿Y qué es lo que quiere ver en nuestro corazón, sino «coros musicales en un campo de batalla»? (Cant, cap.7, v. 1). «¿Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera...? Nuestras arpas llevan ya mucho tiempo colgadas en los sauces de sus orillas», ¡ya no sabemos utilizarlas...! Nuestro *Dios*, el *huésped* de nuestras almas, lo sabe, y por eso viene a nosotras con la intención de encontrar una morada, una *tienda* VACÍA en medio [2vº] del campo de batalla de la tierra. No pide más que esto, y él mismo es el músico divino que se encarga del *concierto*... ¡Ah, si escuchásemos esa inefable armonía, si una sola de sus vibraciones llegase a nuestros oídos...!

«Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (san Pablo). Lo único, pues, que tenemos que hacer es rendir nuestra alma, *abandonársela* a nuestro gran Dios. ¿Qué importa, entonces, que carezca de los dones que brillan a exterior, si dentro de ella resplandece el Rey de reyes con toda su gloria?

¡Qué grande tiene que ser un alma para contener a Dios...! Y, sin embargo, el alma de un niño *recién nacido* es para él un paraíso de delicias4. ¿Qué serán, pues, las nuestras, que han luchado y sufrido por conquistar el corazón de su Amado...?

Celina querida, te aseguro que no sé lo que estoy diciendo; esta carta no debe de tener ni pies ni cabeza, pero creo que, a pesar de ello, tú me vas a comprender... ¡Quisiera decirte tantas cosas...!

No me contestes con una larga carta para hablarme de tu alma, unas pocas palabras bastarán, prefiero que escribas una carta muy *divertida* para *todas*. Dios quiere que me olvide de mí misma por dar gusto a las demás.

Abrazos a mi tío, a mi querida tía y a mi hermanita5. En cuanto a mi *papá* querido, le *sonrío* y le *cuido* valiéndome de su *ángel* VISIBLE6, al que estoy tan íntimamente unida que no formamos más que una sola cosa...

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz.
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 165

1 Esa carta hacía temer que Leonia no pudiera, tampoco esta vez, seguir en la Visitación.

2 Im III,51,2.

3 Cf Soumet, citado en RP 3,5vº.

4 Cf RP 2,6vº.

5 María Guérin.

6 Celina.

Cta 166 A la señora de Pottier (Celina Maudelonde)

J.M.J.T.

Jesús + El Carmelo, 16 de julio de 1894

Querida Celina:

Tu carta me ha producido verdadera alegría; me admiro de cómo la Santísima Virgen se ha dignado escuchar todos tus deseos. Aun antes de tu matrimonio, ella quiso que el alma a la que vas a unirte no forme sino una sola con la tuya por la igualdad de sentimientos. ¡Qué gracia tan grande para ti el sentirte tan bien comprendida, y, sobre todo, el saber que vuestra unión será eterna, que después de esta vida podrás seguir amando al esposo a quien tanto quieres...!

Ya han pasado, para nosotras dos, los días benditos de nuestra infancia. Ahora estamos en lo serio de la vida. El camino que seguimos es muy distinto, pero nuestro destino es el mismo. [1vº] No debemos tener ambas sino una misma meta: *santificarnos* en el camino que Dios nos ha trazado.

Me parece, querida amiga, que contigo puedo hablar con libertad, pues tú entiendes el lenguaje de la fe mejor que el del mundo y el Jesús de tu primera comunión sigue siendo el dueño de tu corazón; en él amas a esa hermosa alma que ya no forma sino una con la tuya, y a él se debe el que vuestro amor sea tan tierno y tan fuerte. ¡Qué hermosa es nuestra religión! En vez de encoger nuestros corazones (como cree el mundo), los eleva y los hace capaces de *amar, de amar* con un amor *casi infinito*, ya que está llamado a continuar después de esta vida mortal, que no se nos ha dado sino para alcanzar la patria del cielo, donde volveremos a encontrar a los seres queridos a los que hemos amado en la tierra.

Yo ya había pedido para ti, querida Celina, a Nuestra Señora la Virgen del Carmen la gracia que obtuviste en Lourdes. ¡Cuánto me alegro de que te hayas impuesto el santo escapulario! Es una señal segura de predestinación, y además ¿no estás [2rº] así por él más íntimamente unida a tus hermanitas del Carmelo...?

Me encomiendas, querida primita, que rece por tu querido esposo, ¿piensas que podría dejar de hacerlo...? No, ya no os puedo separar en mis pobres oraciones. Pido a Nuestro Señor que se muestre tan generoso con vosotros como se mostró en otro tiempo con los esposos de las bodas de Caná. Que él convierta siempre el agua en vino..., es decir, que continúe haciéndote feliz y que suavice, en la medida de lo posible, las adversidades que encontréis en la vida.

Las adversidades. ¿Cómo he podido poner esta palabra en mi carta, cuando sé que para ti todo es felicidad...? Perdóname, querida amiga, goza en paz de la alegría que Dios te concede, sin inquietarte por el porvenir. El porvenir te reserva, estoy segura, nuevas gracias y muchas alegrías.

La madre María de Gonzaga aprecia mucho el que la recuerdes con cariño, y tampoco ella olvida [2vº] a su Celinita. Nuestra Madre y sor María del Sagrado Corazón comparten también tu felicidad y me encargan que te salude cariñosamente.

Me atrevo a pedirte, querida *primita*1, que presentes mis respetuosos saludos al Sr. Pottier, a quien no puedo dejar ya de considerar también como *primo* mío.

Te dejo, querida prima, quedando siempre muy unida a ti de corazón, y toda mi vida me sentiré dichosa de llamarme

Tu hermanita en Jesús,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 166

1 Cf Cta 159, n. 1.

Cta 167 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 18 de julio de 1894

Celina querida:

No me extrañan tus pruebas, yo misma pasé por ellas el *año pasado*, y sé lo que son1... Dios quiso que hiciese el sacrificio, lo hice, y luego, igual que tú, sentí la calma en medio del sufrimiento.

Pero también experimenté otra cosa, y es que muchas veces Dios se conforma con *nuestra voluntad*. Él lo pide todo, y si le negamos la más mínima cosa, nos ama demasiado para forzarnos; pero cuando nuestra voluntad se ajusta a la suya, cuando ve que sólo le buscamos a él, entonces se comporta con nosotras como se comportó en otro tiempo con Abraham...

Esto es lo que Jesús me da a entender en lo más íntimo; pienso que estás en la PRUEBA, que *ahora* se está realizando ya en ti ese cercenamiento que dices que necesitas... (Jesús *quebranta ahora* tu *naturaleza*, te da la cruz y la tribulación.) Cuanto más tiempo pasa, más segura estoy en mi interior de que un día vendrás aquí. La madre María de Gonzaga me encarga que te lo diga2; estaba muy bien dispuesta al leer tu carta; si la hubieras visto, te habrías emocionado...

[1vº] No tengas ningún miedo, ¡aquí encontrarás, más que en ninguna otra parte, la cruz y el *martirio*...! Sufriremos juntas, como antiguamente los cristianos, que se juntaban para darse ánimos unos a otros en el momento de la prueba3... Y luego, vendrá Jesús y tomará a una de nosotras, y las demás se quedarán por un *poco más de tiempo* en el destierro y en las lágrimas... Dime, Celina, ¿sería tan grande el sufrimiento si estuviésemos una en Lisieux y la otra en Jerusalén...? ¿Habría sufrido tanto la Santísima Virgen si no hubiese estado al pie de la cruz de su Jesús...?

¿Crees quizá que no te comprendo? Pues te aseguro que leo en tu alma... Leo que eres fiel a Jesús; si no quieres más que su *voluntad*, si no buscas más que su amor, nada temas. Con *esta prueba* Dios purifica todo lo que pudiera haber de demasiado sensible en nuestro afecto; pero el *fondo* mismo de este afecto es demasiado puro para que él lo rompa... Escucha bien lo que voy a decirte: nunca, nunca nos separará Jesús. Si yo muero antes que tú, no creas que me alejaré de tu *alma*, ¡nunca habremos estado más unidas...! ¿Es eso, tal vez, lo que Jesús quiere hacerte sentir al hablarte de separación...? Pero, sobre todo, no sufras, no [2rº] estoy enferma, al contrario4, tengo una salud de hierro; sólo que Dios puede romper el hierro como la arcilla... Todo esto son niñerías, no pensemos en el porvenir (es de mí de quien hablo, pues no considero una niñería la prueba que visita el alma de mi Celina querida.)

¿Qué son las cruces exteriores...? Podríamos alejarnos la una de la otra sin sufrir, si Jesús consolara nuestras almas... Lo que sí es una verdadera cruz es el martirio del corazón, el sufrimiento íntimo del alma, y esa cruz que nadie ve nosotras podemos llevarla sin separarnos jamás.

Sé muy bien que todo esto que te estoy diciendo, y nada, son exactamente la misma cosa: tu prueba interior no cesará hasta el día señalado por Jesús. Pero como él quiere servirse a veces de mí para hacer bien a tu alma, tal vez mis palabras sean la expresión de su voluntad... ¡Es increíble cómo siempre tenemos las dos las mismas pruebas! Más tarde o más temprano tenemos que beber de la misma copa.

Cuando la tormenta es muy fuerte en tierra, todo el mundo dice: «No hay que temer por los barcos, pues la tormenta no ruge ahora en el mar»5. Pues bien, yo le digo a Celina: la tormenta pasó sobre mi alma y ahora visita la tuya; pero no temas, pronto renacerá la calma (a la tempestad seguirá una gran calma.)

¿Quieres saber noticias de mi hija6? Pues bien, creo que PERSEVERARA. No ha sido educada como nosotras, desgraciadamente para ella, y su educación es la causa de sus modales tan poco *atrayentes*, pero en el fondo es buena. Ahora me quiere mucho, pero procuro no tocarla sino con *guantes de seda blanca*... Sin embargo, tengo un título que me perjudica mucho7: soy un «perrito de caza», soy yo quien corre todo el día detrás de la pieza. ¿Sabes?, los cazadores (las maestras de novicias y las prioras) son demasiado grandes para meterse entre los matorrales, pero un perrito... tiene *fino el olfato* y además ¡*se cuela por todas partes*...! Así, velo de cerca por mi hija y los *cazadores* no están descontentos de su perrito... Yo no quiero hacerle daño a mi conejito, sino que le *lamo* diciéndole con *ternura* que su pelo no está lo suficientemente *liso*, que su *mirada* es todavía demasiado la de un *conejo montés*, en una palabra, trato de convertirlo en lo que mis cazadores desean: un conejito muy sencillo que sólo se ocupe de la hierbecilla que debe pacer. Estoy bromeando, pero en el fondo pienso que el conejo vale más que el perrito...; en su lugar, yo hace tiempo que me habría *perdido* para siempre en el vasto bosque del mundo.

Te agradezco las dos fot.8. Son *preciosas*.

Teresa del Niño Jesús

[2rºtv] Te ruego que des cariñosos recuerdos de mi parte a todos los inolvidables viajeros9 que se lo están pasando tan bien ahí. Comprendo lo que sientes con los muchachos... Pero sólo es cosa de un momento, vendrá un día en que no verás a muchos, ¡consuélate...!

Te mando dos cancioncitas que he compuesto, enséñaselas a mi querida Mariíta, dile que la quiero y que rezo por ella..., ¡cómo agranda su alma el sufrimiento y cómo la acerca a la meta...! La madre María de Gonzaga no le escribe porque la carta va dirigida a nuestra tía, la próxima vez será... Pídele a nuestra tía «Mi caótico de hoy», sor María del Sagrado Corazón ha querido dedicárselo a ella.

NOTAS Cta 167

1 Esta frase de Teresa alude a su deseo persistente de partir para el Carmelo de Saigón; cf Ms C 9rº. Pero responde, sobre todo, a las confidencias de Celina, que, a espaldas de sus hermanas, proyecta partir para el Canadá. Es necesario escuchar a Celina exponer sus problemas a Teresa: «Teresa querida, no acierto a decirte cómo me pesa esta vida... Cuando recibí tu carta, todo en mi alma era oscuridad. Y gocé con tu carta, la saboreé... Pero ahora estoy como un tronco seco, nada se puede sacar ya de mí. (...) Teresa querida, he estado meditando sobre ti y sobre el cariño que nos tenemos... Y me ha parecido, no sé expresártelo muy bien, me ha parecido que tú eras para mí demasiado..., que eras para mí un apoyo que me permitía apoyarme demasiado..., que me cimentaba demasiado en ti y me basaba demasiado en ti, que tú me eras demasiado indispensable..., en fin, adivina tú el resto... Y he pensado que, para ser toda de Dios, tendría que dejarte... He oteado el porvenir y creo que tendría que separarme de ti para no volverte a ver más que en el cielo... En una palabra, mi Teresa querida, he sentido miedo y he tenido algo así como el presentimiento de un sacrificio que supera a todos los sacrificios... Pasan los días, y el corazón todo él se me estremece; pero siento el alma tan inundada de gracias, que necesito hacerme a esta idea. Desde la última vez que te vi, he tenido pensamientos muy profundos sobre infinidad de temas... La cruz se me presenta totalmente desnuda..., y, con ella, multitud de realidades... Ciertamente, Dios hace a mi alma extrañas llamadas allá en lo más íntimo de ella, y lo hace en medio de una paz y una serenidad de alma realmente increíbles. Teresa querida, ¡no poder hablar...! Y sin embargo, no te diría nada, no tengo nada que decirte...

«Teresa querida, ¡comprende a tu Celina sin necesidad de que te hable, sin necesidad de que te diga una sola palabra...! ¡Ay, la vida, la vida! ¡Qué corta me parece la vida, y qué felices seremos al volver a encontrarnos allá arriba...! Todo me parece un sueño, y no lo entiendo...

«¡Teresa!, tu carta ha sido para mí un cántico del cielo, una dulce melodía... ¡Entiende todo lo que yo he comprendido! Pero, ¿sabes?, te quiero demasiado... Teresa querida, mi corazón me molesta, y justo por eso tengo una especie de certeza íntima de que Dios, para reinar sobre mi naturaleza, necesitará aún romperla. ¡Necesito la cruz y la tribulación más amargas..., Teresa...!

«Estos días he estado fuera, y estoy sufriendo mucho por ello. Es una desazón continua. Cuanto más pasamos los días entre risas alocadas hasta morirnos de risa, más sufro de soledad; no puedo respirar. Además, me siento desdichada... Al no estar acostumbrada a vivir con muchachos, me parece extraño pasar los días en su compañía; y por santos y puros y limpios que sean, no logro acostumbrarme a ello. ¡Ay, Teresa de mi vida, ojalá comprendas lo que quiero decirte...! Estos días he tenido escrúpulos, y todo eso junto, unido a la privación de mis prácticas piadosas, me vuelve árida y triste...!» (LC 159, 17/7/1894).

2 El ascendiente de la madre María de Gonzaga sobre los superiores y sobre la comunidad será determinante en favor de Celina.

3 Cf Ms C 8vº/9rº.

4 Teresa sufre una ronquera pertinaz.

5 Refrán local.

6 Sor María de la Trinidad, que había entrado el 16 de junio.

7 La madre María de Gonzaga es la maestra titular; la función de Teresa está mal definida y es delicada.

8 «Fotografías»: probablemente de Celina con María Guérin.

9 Celina se encuentra en La Musse con los Guérin, el Dr. La Néele y su esposa, y José de Cornière, amigo de la familia. «Nos disfrazamos y representamos toda una historia de viajeros en cuadros vivientes» (LC 159, a Teresa).

10 Cf **PN** 5.

Cta 167 bis A la señora de Guérin1

19 de julio de 1894

Nuestra Madre no tiene tiempo de escribir a su querida Juanita. Le agradece mucho su carta y sus *preciosos* modelos2

Teresa envía todo su cariño a sus inolvidables *viajeros*...

NOTAS Cta 167 bis

1 Postdata a una carta de sor María del Sagrado Corazón a la señora de Guérin.

2 Modelos de flores pedidos por la madre Inés.

Cta 168 A Celina

5-10 de agosto de 1894

J.M.J.T.

Jesús +

Querida Celina:

Tu carta es *preciosa*1, y nos ha hecho derramar lágrimas muy dulces...

No tengas miedo, Jesús no te engañará, ¡si supieras cómo le encantan tu *docilidad* y tu *candor* de niña...! Yo tengo el corazón *desgarrado*... He sufrido tanto por ti, que espero no ser un obstáculo a tu vocación, ¿no ha sido depurado nuestro afecto como el oro en el crisol...? Esparcimos, llorando, las semillas, y ahora pronto volveremos *juntas* trayendo en nuestras manos las gavillas.

No le escribiré hoy al Padre, creo que será mejor [1vº] esperar su carta para ver lo que dice él2... Si prefieres que escriba yo para *justificarte*, dímelo cuando vengas y no tendré *inconveniente* en hacerlo...

¡¡¡Tengo el corazón *destrozado*...!!! Pero doy gracias a Dios por esta prueba que él mismo ha *querido*; de esto estoy segura, pues es imposible que Jesús engañe a un *niñito* como *tú*.

Las tres te queremos aún más que antes, si es posible, ¡nos dijo tanto tu mirada...! Si oyeses a sor María del Sagrado Corazón, te aseguro que quedarías asombrada... No vacila en decir que su amado Padre se ha equivocado... Pero él sólo ha sido el instrumento dócil de Jesús, por eso Teresita no está enfadada con él...

[2rº] Dale las gracias a nuestra tía por su carta. *Si se entera* de que te he escrito, dile que estamos profundamente apenadas.

(También la madre María de Gonzaga ha llorado mucho al leer tu carta. ¡Pobre Madre!, no sabe absolutamente nada3..., ya ves lo discretas que somos.)

NOTAS Cta 168

1 Carta (no conservada) escrita poco después de la inhumación del señor Martin (2 de agosto). En ella Celina desvelaba por fin a sus hermanas sus proyectos y sus temores respecto a su futuro.

2 El P. Pichon respondía el 20 de agosto: «Sí, sí, entrego a mi Celina al Carmelo, a santa Teresa, a la Santísima Virgen».

3 Paréntesis oscuro hoy.

Cta 169 A Celina

J.M.J.T.

Jesús + 19 de agosto de 1894

Mi querida hermanita:

Esta será la última vez que te escribo al mundo... No podía decir mayor verdad en la carta que te envié a La Musse cuando te prometía que pronto estarías en el Carmelo.

No me extraña la tormenta que ruge en Caen. F. y J. han escogido un camino tan distinto del nuestro, que no pueden comprender la sublimidad de nuestra vocación1... Pero el que ríe el último ríe mejor... Después de esta vida de un día, comprenderán quiénes fueron los más privilegiados, si *nosotras* o *ellos*...

¡Cómo nos emocionó tu pesca milagrosa!2... ¡Cómo nos hacen sentir esas pequeñas delicadezas que nuestro padre está cerca de nosotras! Tras una *muerte* de cinco años, ¡qué alegría volver a encontrarle el mismo de siempre, buscando como [1vº] antes la forma de complacernos! ¡Y cómo va a devolverle a su Celina los cuidados que ella le prodigó...! Él es quien ha logrado en tan poco tiempo que se aclarase tu vocación3. Ahora que es un puro espíritu, le es fácil ir a estar con los sacerdotes y con los obispos, y así ¡no ha tenido que tomarse tantas molestias por su Celina querida como por su pobre reinecita...!

Me alegro mucho, querida hermanita, de que no sientas ningún atractivo sensible al venir al Carmelo; eso es una delicadeza de Jesús, que quiere recibir de ti un *obsequio*. Él sabe que hay más dicha en dar que en recibir. Sólo tenemos el breve instante de la vida para *dar* a Dios..., y él se apresta ya a decir: «Ahora me toca a mí...» ¡Qué dicha sufrir por quien nos ama hasta la *locura* y pasar por *locas* a los ojos del mundo! Se juzga a los demás por uno mismo, y, como el mundo es insensato, ¡piensa naturalmente que las insensatas somos nosotras...!

Pero, a fin de cuentas, no somos nosotras las primeras: [2rº] el único crimen que Herodes echó en cara a Jesús fue el de estar *loco*4, ¡y yo pienso como él...! Sí, fue una verdadera *locura* venir a buscar a los pobres corazoncitos de los mortales para convertirlos en sus *tronos*. Él, el Rey de la gloria, que se sienta sobre los querubines... Él, cuya presencia no pueden contener los cielos... Nuestro Amado tenía que estar *loco* para venir a la tierra a buscar a los pecadores para hacer de ellos sus amigos, sus íntimos, sus *semejantes*. ¡Él, que era perfectamente feliz con las otras dos personas de la Trinidad, dignas de adoración...! Nosotras no podremos nunca hacer por él las locuras que él hizo por nosotras, y nuestras acciones no merecerán nunca ese nombre, porque no son sino hechos muy razonables y muy por debajo de lo que nuestro amor quisiera realizar. Es, pues, el mundo el insensato, pues ignora lo que Jesús hizo por salvarlo; es él el *acaparador* que seduce a las almas y las lleva a fuentes sin agua...

No somos tampoco ni *holgazanas* ni pródigas. Jesús nos [2vº] defendió en la persona de la Magdalena. Él estaba a la mesa, Marta servía, Lázaro comía con él y con los discípulos. ¿Y María? María no pensaba en tomar alimento,

sino en *agradar* al que amaba; por eso, tomó un vaso lleno de un perfume muy costoso y, *rompiendo el vaso*, lo derramó sobre la *cabeza* de Jesús, y toda la casa se llenó del perfume del ungüento; pero los APOSTOLES *murmuraban* contra la Magdalena...

Lo mismo ocurre con nosotras: los *cristianos* más fervorosos, los *sacerdotes* piensan que *exageramos*, que deberíamos *servir* con Marta en vez de *consagrar* a Jesús los *vasos* de nuestras *vidas* con los perfumes que en ellos se encierran... Y sin embargo, ¿qué importa que se rompan nuestros *vasos*, si Jesús recibe *consuelo* y el mundo, aun a pesar suyo, se ve obligado a *sentir* el perfume que de ellos se desprende y que sirve para purificar el aire envenenado que respira sin cesar?

La enfermera quiere que busques en Caen *medio frasco* de agua antihemorrágica de Tisserand, de 2'50 francos. Si no hay más que frascos enteros, no lo compres, pues también los hay aquí en Lisieux.

Sor María del Sagrado Corazón querría siete u ocho cascanueces.

NOTAS Cta 169

1 Desde Caen, donde estaba pasando unos días con la familia Guérin en casa de sus primos La Néele, Celina escribía a Teresa: «Juana y Francis están de uñas contra mí y usan un lenguaje lleno de amargura. Me reprochan un montón de cosas, y cuando María les tapa la boca encuentran otro motivo de reproche. Lo primero que dicen es que no tengo vocación, que mi destino es ser madre de familia, que tendría que haber hablado mucho antes sobre mi inclinación a la vida religiosa, que soy una alocada al decidirme tan deprisa, que si se me presentase un buen partido lo aprovecharía, que es por una cabezonada y por desesperación por lo que entro en un convento, etc. Luego se meten con vosotras: que sois unas acaparadoras y que vosotras y yo hemos perdido muchos puntos en su estima, etc. Después, que soy una ingrata, ¡irme tan rápido tras la muerte de papá!, que tendría que terminar el luto en el mundo, madurar en él mi vocación y dedicar al menos un año a mis tíos por sentido de gratitud, etc., etc. Es el nunca acabar..., y no alcanzo a decirte lo enfadados que están. Nunca pensé que mi vocación, tan probada ya, fuese a encontrar tan violenta oposición. Tengo 25 años, ya sé lo que hago, y nunca di señales de inclinarme hacia el matrimonio. Hubieran debido adivinar que, inmediatamente después de la muerte de nuestro padre querido, mi primera preocupación sería la de orientar mi vida, en vez de reprochármelo. En fin, ¡tendrá que ser así! ¡Pero son despiadados con las almas que se consagran a Dios! Es como si para ellas todos los sufrimientos y todos los desprecios fueran pocos. Por eso Juana preferiría verme en Jerusalén que en Lisieux» (LC 160, 19/8/1894).

2 Los Guérin llevaban todos los días a Celina de excursión a la orilla del mar: Luc, Saint-Aubin, Lion, etc. En esa misma carta a Teresa leemos: «Todos los días voy al mar. Ayer pescamos cangrejos de mar; yo no veía ni uno solo, le recé a papá y apareció una enorme cantidad de ellos. Fue una verdadera pesca milagrosa, más de 100» (LC 160).

3 Cf Ms A 82vº.

4 Cf *Récréations*, p. 336 (21rº, 25-27).

Cta 170 A sor Teresa Dositea (Leonia)

J.M.J.T.

Jesús + 20 de agosto de 1894

Querida hermanita:

Quisiera escribirte una larga carta, pero no dispongo más que de unos minutos, pues están esperando estas líneas para llevarlas al correo.

Desde que nuestro padre querido se fue al cielo, pienso en ti más que nunca, y supongo que a ti te pasa lo mismo que a nosotras. La muerte de papá no me parece una muerte, sino una verdadera *vida*. [1vº] Vuelvo a encontrarle después de seis años de ausencia, lo siento en torno a *mí* mirándome y protegiéndome...

Querida hermanita, ¿no estamos todavía más unidas, ahora que miramos al cielo para descubrir en él a un padre y a una madre que nos han ofrecido a Jesús...? Pronto se verán realizados sus deseos, y todos los hijos que Dios les dio estarán unidos a Él para siempre...

Comprendo el vacío que va a producirte la partida de Celina, pero sé lo generosa que eres con Nuestro Señor, y, además, ¡la vida pasa tan pronto...! Después, nos reuniremos para no separarnos ya más y nos alegraremos [2rº] de haber sufrido por Jesús...

Querida hermanita, perdóname esta horrible carta y no mires más que al corazón de tu Teresa, que quisiera decirte tantas cosas que no sabe expresar...

Saluda, por favor, respetuosamente a la madre superiora y a tu maestra.

Quisiera que dieras la carta a Celina1 lo antes posible, cuando vaya a verte.

Adiós, querida hermanita, no te olvides de rezar por las más *pequeña* y la más *indigna* de tus hermanas,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 170

1 La carta anterior, Cta 169.

Cta 171 A sor Teresa Dositea (Leonia)

J.M.J.T.

Jesús + 11 de octubre de 1894

Querida hermanita:

¡Cuánto me alegro de que tu santo caiga ahora el mismo día que el mío...! Estoy segura de que, el día 15, santa Teresa te va a colmar de sus gracias; voy a pedirle mucho por ti, lo mismo que a la beata Margarita María...

¡Si supieras, querida hermanita, cuánto rezamos por ti..., y sobre todo cuántos *sacrificios* ofrecemos, creo que te emocionarías mucho...! Desde que sabemos de tus pruebas, nuestro fervor ha aumentado, te lo aseguro; todos nuestros pensamientos y nuestras oraciones son para ti.

Yo tengo una gran confianza en que mi querida salesita va a salir victoriosa de [vº] todas esas *grandes pruebas* y en que un día será una religiosa modelo. ¡Dios ya le ha concedido tantas gracias!, ¿podrá abandonarla ahora que parece haber llegado a puerto...? No, Jesús duerme, mientras su pobre esposa lucha contra las olas de la tentación. Pero nosotras lo llamaremos tan tiernamente, que se despertará enseguida, increpará al viento y a la tempestad, y se restablecerá la calma...

Hermanita querida, ya verás cómo a la prueba le sucederá la calma, y cómo más tarde te alegrarás de haber sufrido. Además, Dios te sostiene visiblemente en la persona de esas SANTAS Madres que no cesan de prodigarte sus cuidados y sus consejos, tiernos y maternales...

Por favor, hermana *querida*, encomiéndame a sus oraciones, y tú, querida *Teresa*, recibe el cariño cada vez mayor de tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

Cta 172 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + 17 de noviembre de 1894

Querida tía:

Con el alma todavía aromada por la hermosa carta de mi tío a sor María Magdalena1, vengo a felicitarle su santo.

¡Si supiese, querida tiíta, lo orgullosa que estoy de tener unos parientes como ustedes...! Me siento feliz de ver qué bien sirven a Dios los que amo, y me preguntó por qué razón me concedió la gracia de pertenecer a una familia tan maravillosa.

Me parece que Jesús se va a gusto a descansar en vuestra casa, como lo hacía en otro tiempo en Betania. Es [1vº] «el divino Mendigo de amor»2, que pide posada y que dice «gracias», y que pide siempre más, en proporción a las dádivas que recibe. Él sabe muy bien que los corazones a los que se dirige comprenden «que el honor más grande que Dios puede hacer a un alma, no es darle mucho, sino pedirle mucho»3.

Por eso, ¡qué dulce será para usted, querida tía, oír un día que el mismo Jesús le da el título de *madre*..! Sí, usted es verdaderamente su *madre*, él nos lo asegura en el Evangelio con estas palabras: «El que cumple la voluntad de mi Padre, ése es mi madre». ¡Y usted no sólo cumple su voluntad, sino que le entrega a seis de sus hijas para que sean sus esposas...! De modo que usted es *seis* veces su madre, y los ángeles del cielo podrían dirigirle estas hermosas palabras: «Y tú te alegrarás en tus hijos, porque *todos* serán bendecidos y se reunirán con el Señor». Sí, *todos* son bendecidos, y en el cielo, querida tía, usted tendrá una corona trenzada de rosas y de lirios...

Y las *dos* rosas4 que brillarán entre ellas no serán su ornato menor. Ellas reproducirán en la tierra las virtudes de mi tía y aromarán así a nuestro triste mundo, de manera que Dios pueda seguir encontrando aquí en la tierra algunas flores que seduzcan su mirada y detengan su brazo, dispuesto a castigar a los malvados...

Querida tiíta, quería decirle muchas más cosas, pero vienen a buscar carta y sólo tengo tiempo para repetirle una vez más mi cariño. Pienso también en el onomástico de nuestra querida abuelita5, y le ruego que le dé un abrazo muy fuerte de mi parte.

Su hijita

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 172

1 El señor Guérin era el «padrino» de toma de hábito de sor María Magdalena. La «madrina» de toma de hábito era la señora de Virville, cuñada de la madre María de Gonzaga.

2 Cf RP 5.

3 P. Pichon.

4 Francis y Juana.

5 La señora Fournet.

Cta 173 A sor Teresa Dositea (Leonia)

enero de 1895

J.M.J.T.

Jesús +

Querida hermanita:

Con gran alegría te envío mi felicitación al comenzar este año nuevo. El que acaba de pasar ha sido muy fructífero para el cielo: nuestro padre querido ha visto lo que «el ojo del hombre no puede ver», ha escuchado la armonía de los ángeles..., y su corazón comprende y su alma goza ya de las recompensas que Dios tiene preparadas para los que le aman.

Un día nos llegará también el turno a nosotras..., ¡quizás no veamos terminar el año que comienza!, ¡tal vez una de nosotras oiga pronto la llamada de Jesús...!

¡Oh, qué hermoso es pensar que [1vº] bogamos hacia la ribera eterna...!

Querida hermanita, ¿no te parece, como a mí, que la partida de nuestro padre querido nos ha acercado más al cielo? Más de la mitad de la familia goza ya de la visión de Dios, y las cinco desterradas de la tierra no tardarán en volar hacia su Patria. Este pensamiento de la brevedad de la vida me da ánimos y me ayuda a soportar las fatigas del camino. ¿Qué importa (dice la *Imitación de Cristo*1) un poco de trabajo aquí en la tierra... Estamos de paso y no tenemos aquí morada permanente? Jesús ha ido delante para prepararnos un sitio en la casa de su Padre, y después volverá y nos llevará con él, para que donde está él estemos también nosotras... Esperemos y suframos [2rº] en paz, la hora del descanso se acerca, las ligeras tribulaciones de esta vida que dura un momento producen en nosotras un peso eterno de gloria...

Querida hermanita, ¡cómo me gustan tus cartas, y, sobre todo, cuánto *bien* hacen a mi *alma*! Me lleno de gozo al ver cómo te ama Dios y cómo te colma de sus gracias... Te halla digna de sufrir por su amor, y ésa es la mayor prueba de ternura que puede darte, pues el sufrimiento nos hace semejantes a él...

Hermanita querida, no olvides a la última y más *pobre* de tus hermanas. Pídele a Jesús que sea *muy fiel*, que sea feliz, como tú, de ser en todas partes la más pequeña y la última de todas2...

Te ruego que presentes mis mejores deseos a tus santas Madres y que les asegures que estoy muy unida a ellas en el Corazón de Jesús.

Tu pobre hermanita,

(Teresa del Niño Jesús)
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 173

1 Im III,47, *Réflexions*. La cita continúa hasta el final del párrafo.

2 Cf CG p. 801s.

Cta 174 A sor Genoveva (Celina)

Finales de enero de 1895

Sor Genoveva de Santa Teresa.

¡Teresita es la primera que lo ha escrito...!1

NOTAS Cta 174

1 En 1889 (cf Cta 98, n. 1), Teresa había dado a Celina el nombre de «María de la Santa Faz». A finales de enero de 1895, el Sr. Delatroëtte expresaba el deseo de que se perpetúase el nombre de la madre Genoveva de Santa Teresa (+ 1891). El asunto se aprueba una noche en la recreación. Al salir de la reunión, Teresa, muy decepcionada, escribe estas palabras para consolar a su hermana. Esta tomará el hábito el 5 de febrero.

Cta 175 A sor Teresa Dositea (Leonia)

J.M.J.T.

Jesús + 24 de febrero de 1895

Querida Leonia:

Me he sentido muy feliz al recibir tus noticias. Espero que sigas bien de salud y que tus hermanas estén en vías de recuperación1.

Es muy poco el tiempo que puedo dedicarte, pero quiero encomendarme a tus oraciones antes de la cuaresma, y prometerte que yo, por mi parte, me acordaré todavía más de ti, si es posible, y que luego iré a cantar [1vº] contigo sin prisas el aleluya, para resarcirme de no haber podido hacerlo hoy...

Quiero decir después de Pascua, pero me explico tan mal, que podrías creer que voy a cantar el aleluya en cuaresma... No, me contentaré con seguir a Jesús en su vía dolorosa, y suspenderé mi arpa en los sauces junto a los canales de Babilonia... Pero después de la Resurrección, volveré a tomar mi arpa, olvidando por un momento que estoy desterrada, y cantaré contigo la dicha de servir a Jesús y de habitar en su casa, la dicha de ser su esposa en el [2rº] tiempo y para toda la eternidad...

Querida hermanita, presenta, por favor, mis saludos respetuosos a esas santas Madres, y tú recibe mi *enorme* cariño.

Tu hermanita *más pequeña*,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

P.D. Cuando escribas, dime el *año* de tu primera comunión, ¿quieres2?

NOTAS Cta 175

1 La gripe acaba de someter a prueba a la Visitación de Caen.

2 Leonia hizo la primera comunión el 23 de mayo de 1895. Cf Ms A 6vº.

Cta 176 A sor Teresa Dositea (Leonia)

Jesús + Domingo, 28 de abril de 1895

Querida hermanita:

Hubiera querido agradecerte antes tu carta, que me gustó mucho; pero como nuestra Madre te contestó enseguida, no pude escribirte al mismo tiempo que ella.

Querida hermanita, estoy íntimamente convencida de que has encontrado tu vocación, y no sólo como salesa, sino también como salesa de *Caen*. Dios nos ha dado tantas pruebas de ello, que no podemos dudarlo... Esa idea (de ir a Le Mans) me parece una tentación, y pido a Jesús que te libre de ella. Sí, comprendo muy bien que el retraso de la profesión debe ser una prueba para ti; pero es una gracia tan grande, que cuanto más [1vº] tiempo se tenga para prepararse a ella, más hay que alegrarse. Yo recuerdo con alegría lo que pasó en mi alma algunos meses antes de mi propia profesión. Veía acabarse mi año de noviciado, y nadie se ocupaba de mí (debido a nuestro Padre superior, que me consideraba demasiado joven). Te aseguro que me sentía muy apenada1, pero un día Dios me hizo comprender que en ese mi deseo de pronunciar los sagrados votos había una búsqueda muy grande de mí misma, y entonces me dije: Para la toma de hábito me vistieron un hermoso vestido blanco guarnecido de encajes y de flores, ¿y quién ha pensado en proporcionarme uno para mis bodas...? Ese vestido debo preparármelo *yo solita*. Jesús quiere que nadie me ayude, fuera de *él*; por lo tanto, con su ayuda, voy a poner manos a la obra y a trabajar con ardor... Las criaturas no verán mis esfuerzos, que [2rº] quedarán ocultos en mi corazón. Procuraré que me *olviden* y no buscaré otra mirada que la de Jesús... ¿Qué importa si parezco pobre y carente de espíritu y de talentos...? Quiero poner en práctica este consejo de la Imitación de Cristo: «Que éste se gloríe de una cosa, aquél de otra, tú no pongas tu gozo más que en el *desprecio* de *ti mismo*, en mi voluntad y en mi gloria»2. O bien: «¿Quieres aprender algo que te sea útil? ¡Gusta de ser ignorado y tenido en nada...!»3.

Al pensar en todo esto, sentí una gran paz en mi alma, ¡sentí que allí estaba la *verdad* y la *paz*! Y ya no volví a preocuparme por la fecha de mi profesión, pensando que el día en que mi traje de novia estuviese terminado Jesús vendría a buscar a su pobre esposa...

Querida hermanita, no me equivocaba; es más, Jesús se conformó con mis deseos, con mi abandono total, y se dignó unirme a él mucho antes de lo que yo me hubiera atrevido a esperar...

Ahora Dios [2vº] me sigue conduciendo por el mismo camino, no tengo más que un deseo: el de hacer su voluntad. Tal vez te acuerdes de que antes me gustaba llamarme a mí misma «el juguetito de Jesús»4. Todavía ahora soy feliz de serlo, sólo que he pensado que el divino Niño tiene muchas otras almas llenas de virtudes sublimes que se dicen también «sus juguetes»; y entonces pensé que ellas eran sus *juguetes lujosos* y que mi pobre alma no era más que un *juguetito* sin valor... Y para consolarme, me dije a mí misma que muchas veces los niños se divierten más con los *juguetitos* que pueden *tirar* o *coger*, *romper* o *besar* a su antojo, que con otros de mayor valor que casi ni se atreven a tocar... Entonces me alegré de ser *pobre* y deseé serlo cada día más, para que a Jesús le gustase cada vez más *jugar* conmigo.

Querida hermanita, ahora que he hecho de director espiritual, reza mucho por mí para que ponga en práctica las luces que Jesús me da.

(Saluda, por favor, respetuosamente de mi parte a esas tus santas Madres.)

Tu *pequeñísima* hermana que te quiere

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 176

1 Cf Ms A 73vº.

2 Im III,49,7.

3 Im I,2,3.

4 Cf Cta 34, n. 2.

Cta 177 A María Guérin

7 de julio (?) de 1895

A mi querida hermanita1, de parte de su Teresita ¡que *se acuerda mucho* de ella...! Y que, sobre todo, espera (temblando) que su querida María mantenga sus promesas viviendo tan tranquila como un niñito en los brazos de su madre...

Pido mucho por ti, hermanita querida, y por todos los inolvidables parientes de La Musse, que en estos momentos deben de estar haciendo grandes progresos en la perfección pues aceptan con tanta generosidad el sacrificio de la separación...

[vº] *Quiero* y *rezo cada vez más* por mis *queridos tíos*. Y no sé hasta dónde llegará este amor, ¡pues mi cariño aumenta cada día...!

NOTAS Cta 177

1 María pasa en La Musse sus últimas vacaciones en familia, antes de entrar en el Carmelo el 15 de agosto.

Cta 178 A la señora de Guérin

20-21 de julio de 1895

J.M.J.T.

Jesús + 20 de julio de 1895

Querida tiíta:

Me ha emocionado mucho el ver que se acuerda de su Teresita; también ella se acuerda mucho de usted, y si todavía no ha escrito a su tía querida, no ha sido por indiferencia, sino porque su corazón está tan repleto de cariño y de veneración, que no acierta a traducir sus pensamientos...

Sin embargo, tengo que intentarlo, aun a riesgo de decir a mi tiíta cosa que van a disgustarla, ¿no sale la verdad de la boca de los niños? Pues bien, tendrá que perdonarme si digo la verdad, pues soy y quiero ser siempre una niña...

Voy a darle una leccioncita espiritual y a mostrarle cuán *bueno* es Dios conmigo. A mí me gusta mucho leer las vidas de los santos; el relato de sus acciones heroicas me inflama el ánimo y me impulsa a imitarlos. Pero confieso que a veces me ha ocurrido envidiar la suerte feliz de sus parientes, que han tenido la dicha de vivir en su compañía y de gozar de sus santas conversaciones. Ahora ya no tengo nada que envidiar, pues estoy en situación de contemplar de cerca las acciones de los santos y de observar sus luchas y la generosidad con que se someten a la voluntad de Dios1.

Querida tiíta, sé muy bien que le disgustaría que le dijese que es una santa. Sin embargo, tengo muchas ganas de hacerlo... Pero si no se lo digo, puedo decirle una cosa que no hay que decirle a mi tío, pues entonces ya no me seguiría queriendo. Y esa cosa usted la sabe mejor que yo, y es [1vº] que mi tío es un santo como hay pocos en la tierra y que su fe puede compararse con la de Abraham... ¡Si supiese qué dulce emoción llenó ayer mi alma al ver a mi tío con su angelical Mariíta2...! Nosotras estábamos sumergidas en un gran dolor a causa de nuestra pobre Leonia; era una verdadera agonía. Dios, que quería probar nuestra fe, no nos enviaba ningún consuelo, y yo no podía rezar otra oración que la de Nuestro Señor en la cruz: «¡Dios mío, Dios mío, por qué nos has abandonado!», o como en el Huerto de la agonía: «Dios mío, que se haga tu voluntad y no la nuestra». Por fin, para consolarnos, nuestro divino Salvador no nos envió al ángel que lo sostuvo a él en Getsemaní, sino a uno de sus *santos*, peregrino aún en esta tierra y lleno de su fuerza divina. Al ver su serenidad y su resignación, nuestras angustias se disiparon y experimentamos el apoyo de una mano paternal...

Tiíta querida, ¡qué grandes son las misericordias de Dios para con sus pobres hijas...! Si usted supiese las dulces lágrimas que derramé al escuchar la conversación celestial de mi santo tío... Me parecía ya transfigurado, su lenguaje no era ya el de la fe que espera, sino el del amor que posee. Precisamente cuando la prueba y la humillación venían a visitarlo, él parecía olvidarlo todo para no pensar más que en bendecir la mano divina que le arrebataba su *tesoro* y que, en *recompensa*, lo probaba como a un santo... Santa Teresa tenía mucha razón cuando decía a Nuestro Señor, que la colmaba de cruces cuando emprendía por él grandes trabajos: «Señor, no me extraña que tengas tan pocos amigos, ¡los tratas tan mal...»3. [2rº] Y en otra ocasión decía que a las almas a las que Dios ama con un amor ordinario les manda algunas pruebas, pero a las que ama con amor de predilección les prodiga las cruces como la señal más cierta de su ternura4.

21 de julio

Había dejado ayer la carta sin terminar porque llegaron María y Leonia. Nuestra emoción, al verla, fue muy grande; no logramos hacerle decir una sola palabra, de tanto como lloraba. Finalmente acabó por mirarnos, y ya todo fue bien. No le doy más detalles, tiíta, porque ya los sabrá todos por María, que se portó como una verdadera *mujer fuerte* en las dolorosas circunstancias que acaban de producirse. Así se lo dijimos, pero me di cuenta muy bien de que ese cumplido no le gustaba; entonces la llamé «angelito» y ella me dijo, riendo, que esto le gustaba más que lo de «mujer fuerte». Es de un humor, que hace reír hasta a las piedras, y eso distrae a su pobre compañera. Les servimos en platos de barro, como a las carmelitas, lo cual les divirtió mucho5.

¡Cuánta virtud tiene su Mariíta...! Es asombroso el dominio que tiene de sí misma. No es precisamente *energía* lo que le falta para hacerse santa, y ésa es la virtud más necesaria: con la energía se puede llegar fácilmente a la cumbre de la perfección. Si pudiese darle un poco a Leonia, todavía le quedaría bastante a nuestro *angelito* y no le vendría mal a la otra...

Querida tiíta, me estoy dando cuenta de que mis frases no son claras, me doy prisa por entregar la carta a María, que no quería que le escribiese, diciendo que ella cumpliría todos mis encargos o que me daría [2vº] *quince céntimos* para un sello; pero no he querido esperar más tiempo para enviar a mi tía querida tan sólo *«una mirada»*, que, por expresiva que sea, no podría verla de tan lejos.

Quería hablarle de Juana y de Francis, pero no tengo tiempo. Todo lo que puedo decir es que los cuento entre el número de *santos* que se me ha concedido contemplar de cerca en la tierra, y que me alegrará verlos pronto en el cielo en compañía de *sus hijos*6, cuyas resplandecientes coronas aumentarán su propia gloria...

Querida tiíta, si no logra leerme, la culpa es de María. Déle como castigo un abrazo de mi parte, y dígale que le dé a usted un abrazo muy fuerte en lugar mío.

Su *hija más pequeña*

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 178

1 El señor y la señora Guérin acababan de escribir el 18 de julio dos cartas realmente admirables a la madre Inés de Jesús a propósito de la próxima partida de su hija.

2 Se dirigían a Caen para recoger a Leonia, que había salido de nuevo de la Visitación.

3 Cf Cta 155, n. 1.

4 SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. 34. [Así cita la edición francesa. Sin embargo, en todo ese capítulo no se encuentra ese pensamiento de la Santa castellana. Sí hay en sus obras no pocos pasajes en esa dirección; sin salirnos del *Camino de perfección*, véase, por ejemplo, el cap. 18,1: «... a los que Dios mucho quiere, lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores...»; o cap. 32,7, al que seguramente se refiere la cita de la edición francesa. N. del T.]

5 Leonia y María comieron, de manera excepcional, en el refectorio de las hermanas torneras.

6 Los señores La Néele no pudieron tener hijos, lo que constituyó su gran sufrimiento.

Cta 179 A sor Genoveva

Después del 8 de septiembre de 1895

¿La Señorita1 está contenta...?

El pobre Señor se ha dado mucha prisa en complacerla2.

NOTAS Cta 179

1 La *«Señorita Lili»* (Celina) y el *«Señor Totó»* (Teresa). Acerca de este apelativo, reminiscencia de los Buissonnets, cf CG p. 817+a.

2 Teresa había pintado en unos zuecos el monograma IHS, marca simbólica de la fundadora, que en adelante se le asignará a Celina.

Cta 180 A la señora de La Néele

J.M.J.T.

Jesús + 14-15 y 17 de octubre de 1895

Querida Juana:

Al leer tu carta, me parecía estar viéndote y oyéndote. Me ha producido una enorme alegría comprobar la agradable enfermedad que mis tíos fueron a llevarte de Lisieux; espero que aún no te hayas curado de tu crisis de alegría...; lo cual es muy probable, ya que el célebre miembro de la Facultad1, a pesar de toda su ciencia universal, no puede encontrar ningún remedio para su querida Juanita. Si por casualidad descubriese alguno, por favor, que no se olvide de nuestro Carmelo: desde que entró «el *duendecillo* que abrió las arrugas y encaneció el cabello» de su querida *Fifine*2, todo el noviciado sufre ese contagio.

Es un gran consuelo para mí, la *vieja* decana del noviciado3, ver mis últimos días rodeados de tanta alegría; eso me rejuvenece, y, a pesar de mis siete años y medio de vida religiosa, muchas veces me falta la gravedad en presencia de ese gracioso diablillo que alegra a toda la comunidad. ¡Si la hubieras visto el otro día con tu fotografía y la de Francis, te habrías divertido mucho...! Nuestra Madre las había traído a la recreación y las hacía pasar de mano [1vº] en mano; cuando le llegó el turno a sor María de la Eucaristía, tomó las fotografías una después de otra, dirigiéndoles sus más *graciosas sonrisas* y diciéndoles por turno: «Buenos días, *Fifine*... Buenos días, *Serafín*». Estas expresiones de cariño hicieron reír a todas las carmelitas, que están muy contentas de tener una postulante tan simpática. Su hermosa voz constituye nuestra dicha y el encanto de nuestras recreaciones. Pero, sobre todo, lo que alegra mi corazón mucho más que todos los talentos y las cualidades exteriores de nuestro ángel querido, son sus buenas disposiciones para la virtud.

Es muy grande, querida Juana, el sacrificio que Dios acaba de pedirte. ¿Pero no ha prometido «a quien deje por él padre o madre o *hermana* cien veces más en esta vida»? Pues bien, ¡por él, tú no has vacilado en separarte de una hermana a la que quieres mucho más de lo que se puede decir! ¡Y Jesús se va a sentir muy obligado a mantener su promesa...! Yo sé bien que, normalmente, esas palabras se aplican a las almas religiosas; sin embargo, en lo hondo de mi corazón, yo siento que han sido pronunciadas para los padres generosos que hacen el sacrificio de sus hijos, a quienes quieren más que a sí mismos...

¿Y no has recibido tú ya ese céntuplo que Jesús prometió...? Sí, la paz y la felicidad de tu Mariíta han traspasado las rejas de la clausura para ir a derramarse en tu alma... Y tengo la íntima convicción de que pronto recibirás un céntuplo más abundante: de que un angelito vendrá a alegrar tu hogar y a recibir tus besos de madre...

[2rº] Querida hermanita, tendría que haber comenzado agradeciéndote el regalo que quieres hacerme para mi santo. Me he emocionado mucho, te lo aseguro; pero perdóname si te digo sinceramente lo que me gustaría. Ya que deseas darme gusto, preferiría, en vez de *pescado*, un modelo de flores4. Pensarás que soy una egoísta, pero, ¿sabes?, mi tío mima a sus queridas carmelitas, que están muy seguras de que no se van a morir de hambre... A Teresita, a quien nunca *le gustaron las cosas de comer*5, sí que le gustan mucho las cosas útiles para su comunidad, y sabe que, con los modelos, podemos ganar dinero para comprar *pescado*. Esto parece un poco la historia de la lechera, ¿no? En fin, si me regalas un ramo de agavanzos, estaré muy contenta. Si no los hay, mándame vincapervincas o capullos de oro, incluso cualquier otra flor *corriente* me gustaría igual.

Temo pecar de indelicadeza. Si es así, no hagas caso a mi petición y recibiré muy agradecida el pescado que me regales, sobre todo si quieres añadirle las *perlas* de que me hablaste el otro día...

Ya ves, querida Juana, cómo he cambiado y que, lejos de guardar silencio, hablo como una *cotorra* y soy demasiado atrevida al pedir... ¡Es tan difícil guardar el justo medio...! Por suerte, una hermana lo perdona todo, incluso las inoportunidades del pequeño benjamín...

He interrumpido tantas veces la carta, que no tiene ilación. Había pensado muchas cosas hermosas acerca del *ciento por uno* de que te hablaba al princi[2vº]pio, pero me veo obligada a guardar esas *cosas hermosas* en lo hondo de mi corazón y a pedir a Dios que las haga realidad en ti, pues no tengo tiempo de enumerártelas. Tengo que ir «al lavado», a escuchar, mientras froto la ropa, a mi querido diablillo que seguramente cantará que «Este lavado nos llevará a la ribera sin tempestad...»6.

Nuestras dos Madres y todas tus hermanitas te mandan un millón de recuerdos cariñosos, lo mismo que a Francis. No me olvido que mañana se celebra la fiesta de san Lucas, uno de sus patronos7, así que ofreceré por él la

sagrada comunión y pediré a Jesús que lo recompense por las molestias que se tomó en encontrarme las medicinas...

Un abrazo de corazón, querida Juanita, y cuenta con el afecto y la gratitud de tu *más pequeña* hermanita

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 180

1 Francis, médico.

2 El *«duendecillo»* es María Guérin, convertida ahora en sor María de la Eucaristía; *Fifine*, Juana; y más abajo, *Serafín* es Francis.

3 Teresa tendría que haber dejado el noviciado el 8 de septiembre de 1893.

4 Con vistas a los trabajos de pintura, que se vendían en beneficio de la comunidad.

5 Cf CA 31.8.5.

6 Copla compuesta por sor María de la Eucaristía.

7 Patrono de los médicos.

Cta 181 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + 16 de noviembre de 1895

Querida tiíta:

La más pequeñita de sus hijas quiere unir su débil voz al maravilloso concierto que sus hermanas mayores le harán oír con ocasión de su santo.

¿Qué me queda por desearle, querida tía...? Pienso que, después de todas las felicitaciones que le habrán sido dirigidas, a mí no que queda más que decir con todo el corazón: «¡Así sea...!»

Todos los años le repito lo mismo: en la tierra no encuentro palabras que puedan expresar los sentimientos de mi alma. Por eso, me siento dichosa de unirme [vº] a mis tres hermanas mayores, y sobre todo a nuestro querido benjamín1, para ofrecerle mi felicitación en el día de su santo.

No tengo tiempo de escribirle más largamente, querida tiíta, pero estoy muy segura de que usted sabrá adivinar todos los sentimientos de cariño de que rebosa mi corazón.

El día de su santo ofreceré la comunión por usted y por nuestra querida abuela.

Le ruego, querida tía, que colme de besos a todos los que amo, en especial a mi tío querido, y a él le encomiendo que le dé a usted un millón de besos de parte de su hijita,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 181

1 Sor María de la Eucaristía.

Cta 182 A sor Genoveva1

J.M.J.T.

Jesús + 23 de febrero de 1896

Querida hermanita:

Me pediste que te dijera lo que va a pasar en el cielo el día de tus bodas. Voy a intentar de hacerlo, pero siento, de entrada, que no voy ni siquiera a poder esbozar unas fiestas que no pueden describirse, pues ni el ojo del hombre vio, ni su oído oyó, ni su corazón puede imaginar lo que Dios tiene reservado para los que ama...

El 24 de febrero, a medianoche, san Pedro abrirá las puertas del cielo. Inmediatamente después, saldrán los ángeles y los santos, con una alegría sin igual, para formar la corte del Rey y de su prometida.

La Virgen Santísima, inmediatamente delante de la adorable Trinidad, avanzará, llevando el aderezo real de la esposa, su hija querida. Con delicadeza enteramente maternal, antes de bajar a la tierra, abrirá los abismos del purgatorio. Inmediatamente, multitudes innumerables de almas se abalanzarán sobre su liberadora para darle las gracias y para conocer de sus labios el motivo de su inesperada liberación. La dulce Reina les responderá: «Hoy es el día de las bodas de mi Hijo. Allá abajo, en la tierra del exilio, él se ha escogido desde toda la eternidad a un alma que le fascina y le cautiva entre millones y millones de otras almas que él ha creado también a su imagen. Esta alma privilegiada me ha dirigido esta oración: "En el día de mis bodas, yo quisiera que se aleje todo sufrimiento del reino de mi Esposo". Y en respuesta a su llamada, yo he venido a liberaros... Ocupad un lugar en nuestro cortejo y cantad con los bienaventurados las glorias de Jesús y de Celina».

Entonces todo el cielo bajará a la tierra y encontrará a la feliz prometida postrada ante el sagrario2; al acercarse el cortejo, ésta, levantándose, saludará atentamente a las falanges angélicas y a la multitud de los santos, y luego, acercándose a María, le presentará su frente para que su beso maternal la prepare a recibir la señal y el beso del Esposo... Jesús tomará de la mano a su amada Celina y la conducirá a la pobre celdita del claustro de San Elías3 para que descanse allí unas horas. Toda la corte celestial vendrá a alinearse en ese estrecho recinto, los ángeles querrán comenzar su concierto, pero Jesús les dirá: «No despertéis a mi amada, dejadme solo con ella, pues no puedo separarme de ella ni un instante».

La dulce Reina del cielo comprenderá los deseos de su divino Hijo y hará salir al luminoso cortejo y los llevará hacia la sala de bodas4.

Inmediatamente comenzarán los preparativos para la fiesta. Miríadas de ángeles trenzarán coronas como nunca se han visto en la tierra, los querubines prepararán blasones más resplandecientes que los diamantes y sus primorosos pinceles pintarán con trazos imborrables el escudo de armas de Jesús y de Celina5. Lo pondrán por todas partes, en las paredes, en los arcos de los claustros, en le refectorio, en el coro, etc., y los pintores serán tan numerosos que muchas obras maestras no habrá dónde colocarlas; entonces un numeroso ejército de niñitos vendrá a ofrecerse a sostenerlas durante todo el día ante el Esposo y la esposa. Los ángeles, sonriendo, [1vº] se negarán a entregar sus blasones, pues los necesitarán para *adornar* a todos los santos y para adornarse a sí mismos y así demostrar que ellos son los humildes servidores de Jesús y de Celina. Para consolar a los niñitos, darán a cada uno de ellos un precioso *blasoncito* para que también ellos participen de la fiesta; luego los enviarán a deshojar rosas y lirios y continuarán con los espléndidos preparativos para la fiesta...

Los pontífices y los doctores tendrán una gran misión que cumplir. A petición suya, el *Cordero* abrirá el Libro de la Vida. De este *libro*, ellos extraerán preciosos documentos sobre la *Vida de Celina*, y, para honrar a su Esposo, escribirán todas las gracias de *elección* y todos los sacrificios *escondidos* que encontrarán escritos en letras de oro por la mano de los ángeles. Quedará así compuesto, por obra de los doctores, un gran número de estandartes, que ellos mismos se reservarán el honor de llevar delante del cortejo real...

Los apóstoles reunirán a todas las almas que Celina ya engendró para la vida eterna, y reunirán también a todos los hijos espirituales que aún debe engendrar en el futuro para su divino Esposo.

Los santos mártires se guardarán muy bien de estar ociosos. Palmas sin igual y flechas inflamadas se dispondrán con conmovedora delicadeza a lo largo de todo el recorrido del cortejo real. Rendirán así homenaje al martirio de *amor*6 que deberá consumar en poco tiempo la vida de la feliz esposa...

Necesitaría mucho tiempo para describir las múltiples ocupaciones de los santos confesores, ermitaños, etc., y de todas las santas mujeres. Baste con decir que cada uno de ellos desplegará todo su talento y toda su exquisitez para festejar dignamente tan hermoso día...

Sin embargo, no puedo dejar en el olvido los cánticos de las *vírgenes*, las palmas y los lirios que con alegría indecible presentarán a Celina, su hermana querida. Ya veo a Cecilia, a *Genoveva*, a Inés, con su compañera Juana, la pastora, vestida con su traje de guerra. Veo a *Celina*, la patrona de nuestra prometida, ofreciéndole un ramo de las flores que llevan su nombre7...

Veo sobre todo a toda la Orden del Carmen, resplandeciente con una nueva gloria. A la cabeza aparecerán santa Teresa, san Juan de la Cruz y la madre Genoveva. Estas bodas son verdaderamente su fiesta, ya que Celina es su hija querida...

¿Y podrá ser ajena a la gloria de un día tan hermoso la alegre multitud de los niños inocentes...? No, los veo jugando con sus *coronas*, que no se han *ganado,* y que se disponen a colocar sobre la cabeza de la que quiere parecérseles

y no *ganar corona* alguna. Están orgullosos como reyes y mueven graciosamente a un lado y a otro sus rubias cabezas, pues se sienten triunfadores al ver que su hermana mayor los toma por modelo...

De pronto, se acerca una *madre* de una belleza indecible y se coloca en medio de ellos, se detiene y, tomando de la mano a *cuatro* de los preciosos querubines, los viste con [2rº] vestidos más blancos que los lirios y con diamantes que brillan como el rocío al darle el sol... También se encuentra allí un venerable anciano de cabellos plateados, que los colma de caricias. Todos los demás niños, al ver esto, se quedan maravillados de semejante preferencia, y uno de ellos se acerca tímidamente a Teresita9 y le pregunta por qué esa hermosa señora los viste con tanta riqueza. «Es -responde Teresita con su voz argentina-, es que nosotros somos las hermanas y los hermanos de la feliz prometida del Rey Jesús. Elena y yo vamos a ser las damas de honor junto a los dos pequeños Josés, que nos llevarán de la mano10. Papá y mamá, a quienes veis aquí junto a nosotros, nos llevarán con nuestras hermanitas que aún están desterradas en la tierra, y cuando toda la familia se encuentre reunida gozaremos de una felicidad inigualable». En el colmo de su alegría, la pequeña Teresita se pondrá a aplaudir con sus lindas manitas más blancas que las alas de los cisnes, y luego exclamará, saltando al cuello de su papá y de su mamá: «¡Qué hermosura! ¡Sí, qué hermosura, las bodas de nuestra hermana querida...! Ya hemos venido aquí otras tres veces para fiestas como ésta, la de María, la de Paulina y la de *Teresa* (esa ladronzuela que me quitó el nombre), pero nunca he visto tan grandes preparativos, ¡bien se ve que *Celina* es la última...!»

La pequeña Elena y los dos Josés harán también preciosos comentarios sobre su dicha de pertenecer a la familia de la reina de una fiesta tan hermosa. Y entonces, otros niñitos que los estaban escuchando, con la cabeza gravemente apoyada en su manita, se levantarán con mucha gracia y declararán que también ellos son *hermanos* de *Celina*. Y para demostrarlo, explicarán cómo y por parte de quién les viene este ilustre parentesco. Y sólo se escucharán gritos de alegría, y la Virgen Santísima se verá obligada a venir para restablecer la calma entre la tropa infantil. Acudirán también todos los santos. Y al conocer el motivo de ese extraordinario alborozo, les parecerá tan fascinante la idea, que se apresurarán todos ellos a hacer una genealogía con la que demostrar que son todos *parientes cercanos* de Celina. Y así, todos los pontífices, los gloriosos mártires, los guerreros (con san Sebastián11 a la cabeza), en una palabra toda la nobleza del cielo se sentirá orgullosa de dar el nombre de hermana a la esposa de Jesús, y la boda estará formada por una sola y gran familia.

Pero volvamos al noble anciano, a la hermosa señora y a los cuatro querubines. Una vez hayan acabado de vestirse, entrarán en la sala capitular, los ángeles se inclinarán al verlos pasar, y les indicarán los magníficos tronos preparados para ellos, a ambos lados de la humilde silla destinada a la *querida* Madrecita. Entre sus manos, dentro de unas horas, se formarán los lazos indisolubles que deben unir a Jesús y a Celina. Y así, esta *Madre*, *pequeña* a los ojos de las criaturas12 pero grande a los ojos de Dios, cuyo lugar ocupa, recibirá las más abundantes bendiciones de sus padres queridos para derramarlas sobre la cabeza de su hermana e hija querida...

Los santos y todos los ángeles vendrán, uno a uno, a felicitar al venerable patriarca y a su feliz esposa, que resplandecerán con una gloria totalmente nueva; y sus [2vº] queridos hijitos exclamarán llenos de asombro: «¡Papá! ¡Mamá!. ¡Qué guapos que estáis! ¡Qué pena que Celina no os vea...! Aunque sólo sea por hoy, mostradle vuestra gloria». «*Dejadme actuar a mí*, hijos míos -responderá papá-, vosotros no sabéis que si hoy me escondo es porque sé cuán gran premio sacará mi *valiente*13 de vivir sin consuelo en el destierro. Hace tiempo yo he sufrido mucho, y entonces Celina era mi único apoyo; ahora quiero ser yo el suyo. Pero no penséis que quiero quitarle el mérito del sufrimiento. No. Conozco muy bien el premio... Dios no se deja vencer en generosidad14. Él es ya mi gran recompensa15 y pronto será la de mi *fiel* Celina». «Es cierto -dirá a su vez mamá-, es mejor no mostrarnos a ella en *tierra extranjera*, pues Celina tan sólo está *desterrada* por un *instante, para luchar y morir*16. Pronto llegará el día en que Jesús será realmente su Señor y mi hijita la *Señora*. Así me lo decía ella cuando pequeñita17, y veo que tenía toda la razón».

Esta conversación familiar será interrumpida por los ángeles, que vendrán a anunciar con gran solemnidad que la novia está ya lista para dirigirse a la Misa de Bodas. Entonces se formará el cortejo en un orden perfecto, e irán delante Jesús y *Celina,* rodeada de su familia del cielo y de la de la tierra.

No puedo describir los transportes de amor de Jesús por Celina y la belleza radiante de ésta (pues estará vestida con las ropas que *la misma Virgen María* preparó para ella). Yo no sé si los habitantes del cielo habrán visto jamás una fiesta tan hermosa, pero no lo creo. Por lo que a mí respecta, sí le digo a mi hermana *querida* que ¡nunca he visto nada tan dulce para mi corazón...!

No hablaré del *momento mismo* de la *unión*, pues las palabras no pueden expresar este misterio incomprensible que sólo en el cielo nos será revelado... Yo sólo sé que en ese momento la Trinidad bajará al alma de mi Celina querida y la *poseerá* totalmente, confiriéndole un resplandor y una inocencia *superiores* a las del bautismo... Yo sé que la Santísima Virgen se convertirá en la *mamá* de *su* hija predilecta de una forma más íntima y más *maternal* aún que en el pasado...

Yo sé que la pobre Teresita siente ya en su corazón una alegría tan grande al pensar en el hermoso día que pronto va a empezar, que se pregunta qué sentirá cuando llegue de verdad...

Hermanita querida, mi alma ha traducido muy mal sus sentimientos... Pensaba tantas cosas sobre las fiestas en el cielo, que apenas he podido esbozar el tema...

Yo no tengo un regalo de bodas que ofrecer a mi Celina; pero mañana tomaré en mis brazos a los *preciosos querubines* de los que le hablado, y ellos serán mi regalo. Puesto que queremos ser siempre niñas, tenemos que unirnos a ellos, y así yo seré la dama de honor de la *señorita*18 y llevaré un hermoso ramo de lirios.

Todo es *nuestro*, todo es *para nosotras*, ¡pues en Jesús lo tenemos todo19...!

La *hermanita* de Celina

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz

[2vºtv] Me olvidé de decir que, al despertar, Celina encontrará a su lado a Jesús, a María y a *san José*, a quien tanto ama, con papá, mamá y los angelitos. Ellos serán quienes la arreglen. Y me olvidé también de hablar de la alegría de Jesús cuando oiga a Celina pronunciar por [2rºtv] vez primera las palabras del Oficio divino20, que ese día serán su *oficio*, el de ella, el de la esposa de su alma, la encargada de hechizarle en medio de los campos...

NOTAS Cta 182

1 La profesión de sor Genoveva estaba fijada para el 24 de febrero. La novicia pidió a su hermana que le describiese la «fiesta del cielo» con esa ocasión. Teresa responde a su deseo, adaptándose a los gustos de Celina, en lo maravilloso y en la ornamentación recargada, también a su estilo.

2 En la víspera de la profesión se acostumbraba hacer oración en el coro hasta la medianoche.

3 La celda que ocupaba sor Genoveva.

4 A la sala capitular.

5 Cf Cta 183.

6 Cf el *Acto de Ofrenda* (Or 6).

7 Los asteres: cf Cta 98.

8 Cf **PN** 44.

9 María Melania Teresa Martin, muerta a los dos meses (1870).

10 Evocación de los otros tres hijos: Elena, José Luis y José Juan Bautista, muertos en temprana edad.

11 «Yo quería mucho a san Sebastián», observa sor Genoveva. Cf Or 18.

12 Alusión a las dolorosas circunstancias que precedieron a la profesión de sor Genoveva, debido al temperamento de la madre María de Gonzaga. Cf CG p. 1182.

13 Uno de los sobrenombres de Celina.

14 Máxima que le gustaba mucho al señor Martin; cf Cta 158.

15 Texto bíblico muy familiar a Teresa (cf Ms A 74º; Ms C 5vº; Cta 145vº; 183; **PN** 17,15; RP 4,4vº; NPPA/AJ y G; en BT, pp. 52s), siguiendo al señor Martin, de quien escribe sor Genoveva: «Muchas veces sorprendíamos a nuestro padre querido en el mirador, y lo veíamos repetir, con la mirada perdida en el infinito y con un profundo acento, esta frase de la Sagrada Escritura, que le encantaba: «Ego sum merces tua magna nimis»» (...) Por eso hicimos imprimir este texto en la estampa de su recordatorio» (G/NPHF, p. 214).

16 Cf LAMARTINE, «Réflexion» en *Recueillements poétiques*.

17) Cf carta de la señora de Martin a Paulina, del 9 de julio de 1873.

18 Cf Cta 179, n. 1.

19 Cf SAN JUAN DE LA CRUZ, *Oración del alma enamorada*.

20 Según la costumbre de la época, la nueva profesa presidía el Oficio coral el día de su profesión.

Cta 183 A sor Genoveva1

24 de febrero de 1896

CONTRATO DE ALIANZA DE JESÚS CON CELINA

YO, JESÚS, el VERBO ETERNO, el HIJO ÚNICO DE DIOS y de la VIRGEN MARÍA, me desposo hoy con CELINA, princesa desterrada, pobre y sin títulos. Me entrego a ella bajo el nombre de: EL CABALLERO del AMOR, del SUFRIMIENTO y del DESPRECIO2.

No es mi intención todavía devolver a mi amada su Patria, ni devolverle sus títulos y su riqueza. Quiero que comparta conmigo la suerte que quise elegir para mí en la tierra... Aquí abajo mi rostro está escondido, pero ella sabe reconocerme cuando que los demás me desprecien. Yo, a cambio, coloco hoy en su cabeza el yelmo de la salvación3 y de la gracia, para que su rostro esté escondido como el mío... Yo quiero que esconda los dones que ha recibido de mí, dejándome dárselos o quitárselos a mi antojo, sin apegarse de ninguno de ellos, e incluso olvidando todo lo que puede engrandecerla a sus ojos o a los de las criaturas.

En adelante, mi amada se llamará GENOVEVA DE SANTA TERESA (su título más glorioso, el de MARÍA DE LA SANTA FAZ, permanecerá escondido en la tierra4, para brillar en el cielo con incomparable resplandor). Será pastora del único Cordero5 que hoy se convierte en su Esposo. Nuestra unión engendrará almas más numerosas que las estrellas del firmamento, y la familia de la Seráfica Teresa se alegrará con el nuevo esplendor que le será dado.

Genoveva soportará pacientemente la ausencia de su Caballero, dejándole combatir solo para que sólo él tenga el honor de la victoria; ella se conformará con manejar la espada del amor6. Su voz me hechizará, cual dulce melodía, en medio de los campos de batalla. El más leve de sus suspiros de amor abrasará con ardor renovado a mis tropas más escogidas.

El alimento que yo, la Flor de los campos y el Lirio de los valles, quiero dar a mi amada será el Trigo de los elegidos y el vino que hace germinar a las vírgenes... Recibirá este alimento de las manos de la Humilde y Gloriosa Virgen María, Madre de los dos...

Yo quiero vivir en mi amada, y, en prenda de esta vida, le doy mi Nombre7, y ese sello real será la señal de su omnipotencia sobre mí corazón.

MAÑANA, DÍA DE LA ETERNIDAD8, me alzaré el casco... Mi amada verá el resplandor de mi Faz adorable... Oirá el NOMBRE NUEVO que le tengo reservado... ¡Y recibirá, como Gran Recompensa a la BIENAVENTURADA TRINIDAD! Después de haber compartido la misma Vida escondida, gozaremos en nuestro Reino de las mismas GLORIAS, del mismo TRONO, de la misma PALMA y de la misma CORONA... Y nuestros dos corazones, unidos para toda la eternidad, ¡¡¡se amarán con un mismo AMOR ETERNO...!!!

Dado en la Montaña del Carmelo, bajo nuestra firma y con el sello de nuestras armas, en la fiesta de mi Agonía9, el día veinticuatro de febrero del año de gracia de mil ochocientos noventa y seis.

T. DEL NIÑO JESÚS, EDITORA DEL CABALLERO DIVINO

NOTAS Cta 183

1 La víspera de su profesión, sor Genoveva encuentra en su celda un sobre sellado con la efigie de la Santa Faz y con esta dirección: «Envío del Caballero Jesús. A mi queridísima esposa, Genoveva de Santa Teresa, que vive de amor en la montaña del Carmelo, Tierra de destierro»; En el ángulo superior derecho, efigie de la Santa Faz imitando un sello de correos; en el ángulo superior izquierdo: «Pergamino precioso»; en el ángulo inferior izquierdo: «Certificada»; en el inferior derecho: «Valor inestimable». Al dorso del sobre, un gran sello de cera parda, con las armas del Carmelo y matasellos en tinta negra: «Montaña del Carmelo. 26 febrero 96. Tierra de destierro». Dentro del sobre, un pergamino iluminado, en el que figuraba el escudo de armas de Celina con su divisa: «El que pierde, gana», y el texto que sigue.

2 Cf Ms A 73vº y Cta 185.

3 Según la traducción de la *Regla del Carmelo*.

4 Cf Cta 174, n. 1. En 1916 sor Genoveva recuperará el apellido «de la Santa Faz», convirtiéndose definitivamente en «Genoveva de la Santa Faz».

5 Cf **PN** 10,4,4+.

6 Cf Or 17.

7 Alusión al monograma IHS; cf Cta 179, n. 2.

8 Cf Cta 118 y Ms A 77vº.

9 El lunes 24 de febrero de 1896, al haber sido trasladada la fiesta de san Matías al 25 debido al año bisiesto, se celebró el Oficio de la Agonía de Nuestro Señor.

Cta 184 A sor Genoveva

24 febrero de 1896

J.M.J.T.

A ti, hija mía querida, te ofrezco como regalo de bodas la *última lágrima*1 que derramé en esta tierra de destierro. Llévala sobre tu corazón y recuerda que para una sor Genoveva de Santa Teresa el camino para llegar a la santidad es el sufrimiento. No te costará amar la cruz y las lágrimas de Jesús si piensas frecuentemente en estas palabras: «¡Él me amó y se entregó por mí!»

Madre Genoveva

NOTAS Cta 184

1 En la tarde del 5 de diciembre de 1891, Teresa había recogido la «última lágrima» de la madre Genoveva (cf Ms A 78vº). Esta reliquia se la ofrece hoy a su hermana en nombre de la fundadora.

Cta 185 A sor Genoveva1

24 de febrero-27 de marzo de 1896

(Al recto, en góticas:)

POSUIT SIGNUM IN FACIEM MEAM...!2

Santa Inés, v. m.

(Al dorso:)

Recuerdo del más hermoso de los días... Del día que encierra y confirma todas las gracias de que Jesús y María colmaron a su amada Celina...

Por amor, Celina apretará en adelante contra su corazón las espinas del sufrimiento y del desprecio. Pero no tiene miedo, pues sabe por experiencia que María puede cambiar en leche la sangre que se escapa de las heridas producidas por el amor...

Con la mano izquierda, Celina aprieta las espinas, pero con la derecha no cesa de abrazar a Jesús, el divino ramillete de mirra que descansa sobre su corazón.

Sólo para él engendrará Celina almas, regará con sus lágrimas las semillas y Jesús estará siempre feliz de llevar manojos de lirios en sus manos...

Los cuatro querubines, cuyas alas apenas rozaron la tierra3, acuden y contemplan embelesados a su hermana querida; acercándose a ella, esperan participar de los méritos de sus sufrimientos, y, a cambio, proyectan sobre ella el resplandor inmaculado de la inocencia y de todos los dones que el Señor les prodigó gratuitamente.

24 de febrero-17 de marzo de 1896.

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel.carm.ind.

NOTAS Cta 185

1 Estampa-recuerdo para su profesión y su toma de velo.

2 «Puso su señal en mi rostro»: responsorio del Oficio de santa Inés, recogido por el Ceremonial para la imposición del velo. Cf **PN** 26,7.

3 Los hermanitos y hermanitas de que hablaba en la Cta 182.

A.M.D.G.

[Image]

SEPTIMO PERÍODO - NUEVO PRIORATO DE LA MADRE MARÍA DE GONZAGA

(21 de marzo de 1896-30 de septiembre de 1897)

Cta 186 A Leonia

11 de abril de 1896

J.M.J.T.

Querida Leonia:

Tu hermanita más pequeña no puede tampoco dejar de decirte cuánto te quiere y cómo se acuerda de ti, sobre todo en este día de tu santo.

No tengo nada para regalarte, ni siquiera una *estampa*. Pero no, digo mal, te ofreceré mañana la divina *Realidad*, a Jesús-Hostia, TU ESPOSO y el mío...

Querida hermanita, ¡qué hermoso es poder las cinco llamar a Jesús «nuestro Amado»! Pero ¿qué será cuando le veamos en el cielo y le sigamos a todas partes, cantando el mismo cántico, el que sólo a las vírgenes les está permitido repetir...? [vº] Entonces comprenderemos el valor del sufrimiento y de las pruebas, y repetiremos como Jesús: «Verdaderamente, era necesario que nos probase el sufrimiento para hacernos entrar en la gloria».

Hermanita querida, no puedo decirte todos los profundos pensamientos referentes a ti que encierra mi corazón. Lo único que quiero repetirte es esto: «que te quiero mil veces más tiernamente de los que se quieren las hermanas normales y corrientes, ya que yo puedo amarte con el *Corazón* de nuestro Esposo celestial».

En él vivimos de la misma vida, y en él seguiré siendo por toda la eternidad

Tu hermana más pequeña,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

Cta 187 A sor María de la Trinidad

30 de abril de 1896

Querida hermanita:

Quisiera tener flores inmortales para ofrecerte en recuerdo de este hermoso día1, pero sólo en el cielo nunca se marchitarán las flores... Estas miosotis, al menos, te dirán que en el corazón de tu hermanita quedará siempre grabado el recuerdo del día en que Jesús te dio el beso de una *unión* que debe terminarse, o, mejor, consumarse en el cielo...

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm.

NOTAS Cta 187

1 La profesión de sor María de la Trinidad, el 30 de abril de 1896. Este billete fue colocado sobre el lecho de la joven profesa, que Teresa había cubierto de miosotis. *«Me figuro ser Juana de Arco asistiendo a la coronación de Carlos VII»*, dirá Teresa de esta profesión (Circular de sor María de la Trinidad, p. 7). De hecho, la perseverancia de la joven carmelita fue, en gran medida, obra suya.

Cta 188 A sor María de la Trinidad

7 de mayo de 1896

(En el anverso:)

Padecer y ser despreciada por amor1

(En el reverso:)

Pensamientos de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

Cuando la afición [a las criaturas] es puramente espiritual, creciendo ella, crece la de Dios, y cuanto más se acuerda de ella, tanto más se acuerda de Dios y le da gana de Dios, y creciendo en lo uno crece en lo otro.

Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y a sí mismo en su voluntad por Dios.

A la tarde te examinarán en el amor; aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición2.

Recuerdo del 7 de mayo, del año de gracia de 18963. Obsequiado a mi querida hermanita María de la Trinidad y de la Santa Faz.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 188

1 Palabras de san Juan de la Cruz (cf Cta 81 [y Ms A n. 340]), con la adición de Teresa: *«por amor»*. Los textos de esta carta 188 figuran en una estampa del Santo.

2 Sentencias 129, 130 y 70, extraídas de las *Maximes et Avis spirituels de notre Bienheureux Père Saint Jean de la Croix*, uno de los pocos libros que Teresa tuvo al alcance de su mano. [En realidad, en los escritos del Santo, esos tres textos se encuentran: el primero, en *Noche Oscura* 1,4,7; el segundo, en *Cántico Espiritual* (B), 29,11; y el tercero, en *Dichos de Luz y amor*, 60. N. del T.]

3 Toma de velo de sor María de la Trinidad.

Cta 189 Al P. Roulland

J.M.J.T.

23 de junio de 1896

Jesús + Carmelo de Lisieux

Reverendo Padre:

He pensado que le daría una alegría a nuestra Madre regalándole para el 21 de junio, que es su santo, un corporal y un purificador con una palia, para que ella tuviese el gusto de enviárselo a usted para el día *29*1. A esta venerada Madre le debo la dicha íntima de estar unida a usted por los lazos apostólicos de la oración y la mortificación; por eso le pido, Reverendo Padre, que me ayude en el altar a pagar mi deuda de gratitud.

Me siento muy indigna de estar especialmente asociada a uno de los misioneros de nuestro adorable Jesús; pero como la obediencia me confía esta dulce tarea2, estoy segura de que mi celestial Esposo suplirá mis pobres méritos (sobre los que no me apoyo lo más mínimo) y de que escuchará los deseos de mi corazón, fecundando su apostolado. Me sentiré verdaderamente feliz de trabajar con usted por la salvación de las almas. Para eso me hice carmelita: al no poder ser misionera por la acción, quise serlo por el amor y la penitencia como santa Teresa, mi seráfica Madre... Le ruego, Reverendo Padre, que pida para mí a Jesús, el día en que se digne bajar del cielo por vez primera al conjuro de su voz, que le pida que me abrase con el fuego de su amor para que luego pueda yo ayudarle a usted a encenderlo en los corazones3.

Hace tiempo que deseaba conocer a un apóstol que quisiese pronunciar mi nombre en el altar el día de su primera Misa... Deseaba prepararle yo misma los lienzos sagrados y la blanca hostia destinada a ocultar al Rey del Cielo... Ese Dios de bondad ha querido hacer realidad mi sueño y mostrarme una vez más cómo le gusta colmar los deseos de las almas que le aman sólo a él.

Si no temiese ser indiscreta, le pediría también, Reverendo Padre, que tuviese cada día en el altar un [vº] recuerdo para mí... Cuando el océano le separe de Francia, al mirar la palia que tan gustosamente he pintado, recuerde que en la montaña del Carmelo un alma ruega sin cesar al divino Prisionero del amor por el éxito de su gloriosa conquista.

Desearía, Reverendo Padre, que nuestra unión apostólica sólo fuese conocida por Jesús4, y pido una de sus primeras bendiciones para quien se sentirá feliz de llamarse eternamente

Su indigna hermanita en Jesús-Hostia

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 189

1 Fecha de la primera Misa del P. Roulland, ordenado el 28 de junio.

2 Cf Ms C 33vº, 32rº y CA 8.7.16.

3 Cf **PN** 17,10; 24,17; 35,5; 47,5; RP 4,4vº.

4 La madre María de Gonzaga había pedido a Teresa que guardase secreto respecto a esta correspondencia. Para la comunidad, el P. Roulland es «el misionero de nuestra Madre» (Cf Cta 221).

Cta 190 A la madre María de Gonzaga

J.M.J.T.

29 de junio de 1896

Leyenda de un pequeño corderito1.

En una risueña y fértil pradera vivía feliz una pastora. Amaba a su rebaño con toda la ternura de su corazón, y las ovejas y los corderos querían también a su pastora2...

Pero la felicidad perfecta no se encuentra en este valle de lágrimas. Un día, el hermoso cielo azul de la pradera se cubrió de nubes, y la pastora se puso triste; ya no encontraba alegría en cuidar a su rebaño y, ¿habrá que decirlo?, a su espíritu se asomó el pensamiento de alejarse de él para siempre3... Felizmente, amaba todavía a un corderito, muchas veces le tomaba entre sus brazos, le acariciaba y, como si el cordero fuese su igual, la pastora le confiaba sus penas y a veces lloraba con él...

El pobrecito, al ver llorar a su pastora, se afligía y buscaba en vano en su corazoncito la forma de consolar a su pastora, a la que amaba *más que a sí mismo*.

Una tarde, el corderito se durmió a los pies de su pastora, y entonces la pradera... las nubes... todo desapareció de su vista. Se encontró en una campiña infinitamente más amplia y más hermosa. En medio de un rebaño más blanco que la nieve divisó a un Pastor resplandeciente de gloria y de serena majestad... El pobre cordero no se atrevía a acercarse, pero el buen Pastor, el divino Pastor, vino hacia él, lo sentó en su regazo, lo beso como antes hacía su dulce pastora..., y le dijo: «Corderito, ¿por qué brillan las lágrimas en tus ojos? ¿Por qué tu pastora, *a quien yo amo*, vierte tantas lágrimas...? Habla, que yo quiero consolaros a los dos».

«Si lloro -respondió el cordero-, es sólo porque veo llorar a mi pastora querida. Escucha, Pastor divino, el motivo de sus lágrimas. En otro tiempo ella se creía amada por su querido rebaño y habría dado su vida por hacerlo feliz; pero un día, por orden tuya, se vio obligada a ausentarse durante algunos años. A su vuelta, le pareció que ya no reconocía el mismo espíritu que ella tanto había amado en sus ovejas. [1vº] Tú sabes, Señor, que tú mismo has dado al rebaño el poder y la libertad de elegir a su pastora. Pues bien, en vez de verse elegida por unanimidad como otras veces, sólo después de siete votaciones fue colocado en sus manos el cayado4... Tú, que antaño *lloraste* en nuestra tierra, ¿no comprendes cómo debe de sufrir el corazón de mi pastora querida...?

(El buen Pastor sonrió, e inclinándose sobre el cordero:) «Sí, dijo, lo comprendo..., pero que se consuele tu pastora. Soy yo quien, *no sólo ha permitido*, sino quien *ha querido* la gran prueba que tanto la ha hecho sufrir». «¿Es posible, Jesús?, replicó el corderito. Yo pensaba que tú eras tan bueno, tan dulce... ¿No podías haber dado a otra el cayado, como lo deseaba mi Madre querida5? O si querías volverlo a poner a toda costa en sus manos, ¿por qué no haberlo hecho a la *primera* votación...?» «¿Que por qué, corderito? ¡Porque *amo* a tu pastora! Durante toda su vida la he guardado con celoso cuidado, y ella había sufrido ya mucho por mí en su alma y en *su corazón*; pero aún le faltaba esta *prueba exquisita* que acabo de enviarle después de habérsela *preparado* desde *toda* la eternidad».

«Ya veo, Señor, que tú no sabes cuál es la pena mayor de mi pastora..., o que no quieres confiármela... También tú piensas que el espíritu primitivo de nuestro rebaño está desapareciendo..., ¿cómo no lo va a pensar mi pastora...? ¡Son tantas las pastoras que deploran esos mismos desastres en sus apriscos...!»

«Es cierto, respondió Jesús, el espíritu del mundo se infiltra aun en medio de las más apartadas praderas, pero es fácil equivocarse en el discernimiento de las intenciones. Yo, que lo veo todo y que conozco hasta los pensamientos más secretos, te digo: el rebaño de tu pastora me es muy *querido entre todos* los demás, y no ha hecho más que servirme de *instrumento* para llevar a cabo mi obra de santificación en el alma de tu Madre querida».

«Señor, yo te aseguro que mi pastora no comprende todo eso que me estás diciendo... ¿Y cómo lo va a comprender, si nadie juzga las cosas [2rº] de esa forma en que tú me las acabas de mostrar...? Conozco ovejas que hacen sufrir mucho a mi pastora con sus razonamientos *a ras de tierra*6... Jesús, ¿por qué no comunicas a esas ovejas los secretos que me confías a mí? ¿Por qué no hablas tú al corazón de mi pastora...?»

«Si le hablase, su *prueba desaparecería*, y su corazón se llenaría de una alegría tan grande, que nunca le habría parecido tan ligero el cayado... Pero no quiero *quitarle su prueba*, sólo quiero que *comprenda* la *verdad* y que reconozca que su *cruz* le viene del *cielo* y no de la tierra».

«Señor, entonces háblale tú a mi pastora. ¿Cómo quieres que *comprenda* la *verdad*, si a su alrededor sólo escucha la mentira...?»

«Corderito, ¿no eres tú el preferido de tu pastora...? Pues entonces repítele las palabras que he hablado a tu corazón».

«Lo haré, Jesús. Pero preferiría que dieses ese encargo a una de las ovejas cuyos razonamientos están *a ras de tierra*... Yo soy tan pequeño..., es tan débil mi voz..., ¿cómo me va a creer mi pastora...?»

«Tu pastora sabe bien que a mí me gusta esconder mis secretos a los sabios y a los entendidos y que se los revelo a los *más pequeños*, a los simples corderos, cuya lana blanca no se ha manchado con el polvo del camino... Ella te creerá, y si todavía corren lágrimas de sus ojos, esas lágrimas no tendrán ya la misma amargura y embellecerán su alma con el austero resplandor del sufrimiento amado y recibido con gratitud».

«Te entiendo, Jesús. Pero hay todavía un misterio que quisiera penetrar. Dime, por favor, por qué has escogido precisamente a las *ovejas queridas* de mi pastora para probarla... Si hubieses escogido ovejas extrañas, la prueba hubiese sido más suave...»

Entonces el buen Pastor, mostrando al cordero sus pies, sus manos y su corazón hermoseados con luminosas llagas, respondió: «Mira estas llagas, ¡son [2vº] las que *recibí en casa* de los que me amaban...! Por eso son tan bellas y gloriosas, y su resplandor arrobará de alegría a los ángeles y a los santos por toda la eternidad...

«Tu pastora se pregunta que ha hecho para alejar de sí a sus ovejas. ¿Y yo?, ¿qué le había hecho yo a mi pueblo? , ¿en qué lo había ofendido...7?

«Tu pastora tiene, pues, que alegrarse de tomar parte en mis dolores... Si le quito los apoyos humanos, ¡es para llenar yo solo su *amante* corazón...!

«Dichoso el que pone en mí su apoyo; es como si pusiera peldaños en su corazón para elevarse hasta el cielo8. Fíjate bien, corderito..., no digo separarse *por completo* de las criaturas, despreciar su amor y sus atenciones, sino,

al contrario, *aceptarlas* para darme gusto a mí, servirse de ellas como de otros tantos *peldaños*, porque alejarse de las criaturas no serviría más que para una cosa: para *caminar* y extraviarse por los senderos de la tierra... Para elevarse, es necesario *posar* el *pie* sobre los *peldaños* de las criaturas y no apegarse más que a mí... ¿Entiendes, corderito...?»

«Así lo creo, Señor, pero sobre todo *siento* que tus palabras son la verdad, pues ponen *paz* y alegría en mi *pobre* corazón. ¡Y ojalá puedan penetrar suavemente en el *gran* corazón de mi pastora...!

«Jesús, antes de volver a su lado, tengo que hacerte una súplica... No nos dejes languidecer mucho tiempo en la tierra del destierro, llámanos a los gozos de la pradera celestial donde conducirás eternamente a nuestro querido rebañito a través de senderos floreados.»

«Querido corderito (respondió el buen Pastor), escucharé tu petición. *Pronto*, sí, pronto9 tomaré a la pastora y a su cordero, y entonces bendeciréis por toda la eternidad el venturoso sufrimiento que os habrá merecido tan gran felicidad, ¡y yo mismo enjugaré todas las lágrimas de vuestros ojos...!»

NOTAS Cta 190

1 Desde la laboriosa elección del 21 de marzo, la madre María de Gonzaga sufre por la actitud de algunas hermanas. Teresa recoge, a su pesar, las confidencias, las quejas y las lágrimas de su priora. Y sirviéndose de una parábola, intenta hacerle comprender *«que su cruz le viene del cielo y no de la tierra»*.

2 Es fácil repartir los papeles: la pastora es María de Gonzaga; las ovejas, las hermanas profesas; los corderos, las jóvenes hermanas del noviciado; el corderito, Teresa. Cf Ms C 3vº.

3 La madre María de Gonzaga había pensado, sin duda, en dimitir e irse a otro Carmelo.

4 Se trata, evidentemente, de los siete escrutinios que se necesitaron para que saliese por fin una mayoría suficiente de votos.

5 ¿Tal vez la madre María de Gonzaga había deseado la reelección de la madre Inés?

6 Ningún documento nos ha permitido identificar a las religiosas aquí aludidas.

7 Cita bíblica, recogida en los Improperios del Viernes Santo.

8 Esta sentencia estaba escrita en la pared, al pie de la escalera que Teresa subía a diario para ir a su celda. Cf también **PN** 30.

9 Cf Ms B 2rº: *«Dime si Dios me dejará mucho tiempo en la tierra... ¿Vendrá pronto a buscarme?» (...) «Sí, pronto, pronto... Te lo prometo»*.

Cta 191 A Leonia

J.M.J.T.

Jesús + 12 de julio de 1896

Querida Leonia:

Habría respondido a tu *preciosa* carta el domingo pasado, si me la hubiesen dado; pero somos cinco, y ya sabes que yo soy la más pequeña1..., por lo que estoy expuesta a no ver las cartas sino mucho después que las demás, o incluso a no verlas en absoluto... Hasta el viernes no pude ver tu carta; por eso, querida hermanita, no me he retrasado por mi culpa...

¡Si supieras lo feliz que me siento de verte con tan buenas disposiciones2... No me sorprende que el pensamiento de la muerte te resulte tan dulce, ya tú no estás apegada a nada en la tierra.

Te aseguro que Dios es mucho mejor de lo que piensas. El se conforma con una mirada, con un suspiro de amor... Y creo que la perfección es algo muy fácil de practicar, pues he comprendido que [1vº] lo único que hay que hacer es *ganar a Jesús por el corazón*... Fíjate en un niñito que acaba de disgustar a su madre montando en cólera o desobedeciéndola: si se mete en un rincón con aire enfurruñado y grita por miedo a ser castigado, lo más seguro es que su mamá no le perdonará su falta; pero si va a tenderle sus bracitos sonriendo y diciéndole: «Dame un beso, no lo *volveré a hacer*», ¿no lo estrechará su madre tiernamente contra su corazón, y olvidará sus travesuras infantiles...? Sin embargo, ella sabe muy bien que su pequeño *volverá a las andadas* en la primera ocasión; pero no importa: si vuelve a ganarla otra vez *por el corazón*, nunca será castigado3...

Ya en tiempos de la ley del temor, antes de la venida de Nuestro Señor, decía ya el profeta Isaías, hablando en nombre del Rey del cielo: «¿Podrá una madre olvidarse de su hijo...? Pues aunque ella se olvide de su hijo, yo no os olvidaré jamás». ¡Qué encantadora promesa! Y nosotros, que vivimos en la ley del amor, ¿no vamos a aprovecharnos de los amorosos anticipos que [2rº] nos da nuestro Esposo...? ¡Cómo vamos a temer a quien se deja prender en uno de los cabellos que vuelan sobre nuestro cuello...!

Sepamos, pues, hacer prisionero a este Dios que se hace mendigo de nuestro amor. Al decirnos que un solo cabello puede obrar este prodigio, nos está mostrando que los más *pequeños actos*, hechos por amor, cautivan su corazón... Si hubiera que hacer grandes cosas, ¡cuán dignos de lástima seríamos...! ¡Pero qué dichosas somos, ya que Jesús se deja prendar por las *más pequeñas*...!

No son pequeños sacrificios lo que te falta, querida Leonia, ¿no está tu vida tejida de ellos...? Me alegro de verte ante semejante tesoro, y sobre todo de pensar que sabes aprovecharte de él, no sólo para ti, sino también para las almas... ¡Es tan hermoso *ayudar a Jesús* con nuestros pequeños sacrificios, ayudarle a salvar las almas que él rescató al precio de su sangre y que sólo esperan nuestra ayuda para no caer en el abismo...!

[2vº] Me parece que si nuestros *sacrificios* son cabellos que hechizan a Jesús, nuestras *alegrías* lo son también. Para ello, basta con no encerrarse en una felicidad egoísta, sino *ofrecer* a nuestro esposo las *pequeñas alegrías* que él siembra en el camino de la vida para cautivar nuestras almas y *elevarlas* hasta sí...

Pensaba escribir hoy a nuestra tía, pero no tengo tiempo, lo haré el domingo que viene. Dile, por favor, cuánto la quiero, y a nuestro tío también. Me acuerdo también mucho de Juana y de Francis.

Me pides noticias acerca de mi salud4. Pues bien, querida hermanita, ya no toso absolutamente nada. ¿Estás contenta...? Pero eso no le impedirá a Dios tomarme cuando quiera. Como hago todo lo que puedo por ser un niño

pequeñito, no tengo que hacer ningún preparativo. Jesús mismo deberá pagar todos los gastos del viaje y el precio de la entrada en el cielo...

Adiós, hermanita querida. Creo que te quiero cada día más...

Tu hermanita

Teresa del Niño Jesús
rel. carm.

[2vºtv] Sor Genoveva está muy contenta con tu carta; te contestará la próxima vez. Las cinco te mandamos un abrazo...

NOTAS Cta 191

1 Cf CA 2.9.4: *«¡Así de importante en la familia!»*.

2 Leonia escribía el 1 de julio: «¡Si supieras cuánto pienso siempre en ti y cuán dulce me es tu recuerdo! Me acerca a Dios, y comprendo tus deseos de ir pronto a verlo para perderte eternamente en Él. También yo lo deseo como tú, me gusta oír hablar de la muerte y no entiendo a la gente que ama esta vida de sufrimiento y de muerte continua.

«Tú, querida mía, estás lista para ir a ver a Dios, y seguro que serás bien recibida. Pero yo, ¡pobre de mí!, llegaré con las manos vacías. Sin embargo, tengo la temeridad de no tener miedo, ¿lo puedes entender? Es algo increíble, lo sé, y estoy de acuerdo, pero no puedo evitarlo» (LC 164).

3 Cf Cta 258, que retoma y desarrolla esta comparación.

4 Leonia le preguntaba: «¿Qué tal estás, hermanita querida? Sólo en este tema no me fío de ti, pues siempre me dices que estás bien, o que estás mejor, y yo no creo absolutamente nada de eso. Cuando me escribas, sobre todo, dime llanamente la verdad» (LC 164).

Cta 192 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + 16 de julio de 1896

Querida tía:

Hubiera querido ser la primera en dirigirme a usted; pero ya sólo me queda el dulce y grato deber de agradecerle la hermosa carta que he recibido. ¡Qué buena es usted, querida tía, al acordarse de su Teresita! Pero le aseguro que no está tratando con una ingrata...

Quisiera contarle algo nuevo, pero, por más que me devano los sesos, no me sale absolutamente nada más que el cariño que siento por mis familiares queridos..., y eso dista mucho de ser nuevo, pues es tan *viejo como yo*...

Me pide, querida tía, que le dé noticias de mi salud como a [1vº] una mamá, y lo voy a hacer así. Pero si le digo que estoy de maravilla, no me va a creer; por eso, cederé la palabra al célebre doctor de Cornière1, al cual tuve el *insigne honor* de ser presentada ayer en el locutorio. Este ilustre personaje, después de haberme *honrado* con una mirada, declaró que: «¡Tenía buena cara...!» Esta *declaración* no me impidió pensar que pronto se me permitiría «ir al cielo con los angelitos»2, no por causa de mi salud, sino por causa de otra *declaración* que hoy hizo en la capilla del Carmelo el señor abate Lechêne... Tras habernos presentado los ilustres orígenes de nuestra sagrada Orden, y habernos comparado con el profeta Elías luchando con los profetas de Baal, *declaró* «que iban a empezar de nuevo unos tiempos parecidos a los de la persecución de Baal». Nos parecía estar volando ya hacia el martirio...

¡Qué dicha, tiíta querida, si toda [2rº] nuestra familia fuese al cielo el mismo día! Me parece verla sonreír..., tal vez piense que no nos está reservado este honor... Lo que sí es cierto es que, todos juntos o uno después de otro, un día dejaremos el desierto por la patria, y entonces nos alegraremos de todas esas cosas, cuyo *premio* será el cielo3... Tanto de haber *tomado* la poción el día de visita, como de haber ido a Maitines a pesar de nuestra cara triste, o de haber cazado conejos4 o recogido la avena...

Con gran pesar de mi parte, me estoy dando cuenta de que esta noche no logro decir nada que tenga sentido. Seguro que se debe a que deseaba escribir muchas cosas a mi tiíta, a quien tanto quiero... Gracias a Dios, sor María de la Eucaristía va a suplir mi pobreza, y esto es lo único que me consuela en mi extrema indigencia... Seguimos juntas en el mismo oficio5 [2vº] y nos entendemos muy bien. Le aseguro que a ninguna de las dos nos ataca la melancolía. Tenemos que poner mucho cuidado en no decir palabras inútiles, porque, después de cada frase *útil*, se presenta siempre alguna frasecilla divertida que hay que dejar para la recreación.

Querida tía, salude, por favor, a todos los queridos habitantes de La Musse, en especial a mi querido tío, a quien le encargo que le dé un abrazo muy fuerte de mi parte.

Su hijita que la quiere,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 192

1 El médico de la comunidad.

2 Cf **PN** 34: *«Arrojar flores»*, poesía del 28 de junio.

3 Alusión a una canción humorística compuesta unos días antes por sor María de la Eucaristía (cf «Poésies supplémentaires», PS 4).

4 Esto se refiere a Francis, hábil cazador.

5 En la sacristía.

Cta 193 Al P. Roulland

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux 30 de julio de 1896

Jesús +

Hermano:

¿Verdad que me va a permitir no darle en adelante otro nombre, ya que Jesús se ha dignado unirnos con los lazos del apostolado? Me encanta pensar que, desde toda la eternidad, Nuestro Señor ha concebido esta unión, llamada a salvarle almas, y que me ha creado para ser su hermana...

Ayer recibimos sus cartas; y nuestra Madre *le* introdujo a usted con gran alegría en la clausura. Me ha dado permiso para conservar la fotografía de mi hermano1; lo cual es un privilegio *del todo especial*, pues una carmelita no tiene ni siquiera los retratos de sus familiares más cercanos. Pero nuestra Madre sabe bien que el de usted, lejos de recordarme el mundo y los afectos terrenos, elevará mi alma a regiones más altas y la hará olvidarse de sí misma para gloria de Dios y salvación de las almas. De esta manera, hermano mío, mientras yo atravieso el mar en su compañía, usted se quedará junto a mí, muy escondido en nuestra pobre celda...

Todo lo que me rodea me evoca su recuerdo. He colocado el mapa de Su-Tchuen en la pared del lugar donde trabajo, y la estampa que me regaló3 descansa siempre sobre mi corazón en el libro de los evangelios que nunca me abandona. La metí al azar, y cayó en este pasaje: «El que deje todo por seguirme, recibirá cien veces más en este mundo y en la edad futura la vida eterna». Estas palabras de Jesús se han [1vº] realizado ya en usted, puesto que me dice: «Parto feliz».

Entiendo que esa alegría será totalmente espiritual: es imposible dejar a su padre, a su madre, a su patria sin sentir los desgarros de la separación... Yo, hermano mío, sufro con usted, ofrezco con usted su gran sacrificio, y pido a Jesús que derrame sus abundantes consuelos sobre sus queridos padres, en espera de la unión celestial donde los veremos alegrarse de su gloria, la cual, secando para siempre sus lágrimas, los colmará de alegría por toda una eternidad feliz...

Esta noche, en la oración, he meditado unos pasajes de Isaías que me han parecido tan apropiados para usted, que no puedo dejar de copiárselos:

«Ensancha el espacio de tus tiendas..., porque te extenderás a derecha e izquierda, tu descendencia heredará naciones y poblará ciudades desiertas... Alza la vista y mira a tu alrededor: todos ésos se reúnen y vienen a ti; tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos de todas partes. Entonces lo verás, radiante de alegría, palpitará y se ensanchará tu corazón porque volcarán sobre ti las riquezas del mar y te traerán los tesoros de las naciones».

¿No es ése el céntuplo que Jesús prometió? Usted también puede exclamar: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para anunciar su palabra, para curar los corazones desgarrados, para

anunciar la liberación a los cautivos y consolar a los afligidos... Desbordo de gozo con el Señor, porque me ha vestido un traje de salvación y me ha cubierto con un manto de liberación. Como la tierra hace germinar la semilla, así el Señor hará germinar para mí su justicia y su gloria ante las naciones... Mi pueblo será un pueblo de justos, serán el renuevo que yo planté... Iré a las islas más remotas, a los que nunca oyeron hablar del Señor. Y anunciaré su gloria a las naciones y se las ofreceré como ofrenda a mi Dios».

Si quisiera copiar todos los pasajes que más hondo me han llegado, necesitaría mucho tiempo. Termino, pero antes quisiera pedirle algo. Cuando tenga usted un momento libre, me gustaría que me escribiese las fechas más importantes de su vida; así, podría unirme a usted de manera más especial para agradecer a Dios las gracias que le ha concedido.

Adiós, hermano mío..., la distancia nunca podrá separar nuestras almas, y la muerte misma hará más íntima nuestra unión. Si voy pronto al cielo, pediré permiso a Jesús para ir a visitarlo a Su-tchuen y proseguiremos juntos nuestro apostolado. Mientras tanto, estaré unida siempre a usted por la oración, y pido a Nuestro Señor que no me deje nunca gozar mientras usted esté sufriendo. Incluso quisiera que mi hermano tuviese siempre los consuelos y yo las pruebas. Tal vez esto sea egoísmo..., pero creo que no, porque mi única *arma* es el amor y el sufrimiento, y la espada de usted es la de la palabra3 y los trabajos apostólicos.

Adiós una vez más, hermano. Dígnese bendecir a la que Jesús le ha dado por hermana,

Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 193

1 Teresa conservará esta foto en su escritorio, cf CG pp. 877s+a.

2 Estampa-recuerdo de su ordenación.

3 Citado en la Regla del Carmelo.

Cta 194 A sor María de San José1

(Fragmento)

8-17 de septiembre (?) de 1896

(...) Estoy encantada con el niñito2, y *el que* lo lleva en brazos está más encantado todavía que yo...

¡Qué hermosa es la vocación del niñito! No es sólo *una misión* la que tiene que evangelizar, sino *todas las misiones*3. ¿Y cómo lo hará...? *Amando, durmiendo*, ARROJANDO FLORES a Jesús mientras él duerme. Entonces, Jesús tomará esas flores, y, comunicándoles un valor inapreciable, las arrojará a su vez, y las hará volar sobre todas

las riberas del mundo y salvará a las almas con las flores, con el *amor* del *niñito*, que no verá nada, ¡pero que seguirá sonriendo incluso a través de sus lágrimas...! (Un niño misionero y guerrero, ¡qué maravilla!)

NOTAS Cta 194

1 Los billetes de Teresa a sor María de San José no están fechados. Para su datación aproximada, cf CG p. 886.

2 Sor María de San José.

3 Cf Ms B 3rº. Nótense los numerosos puntos de contacto de este billete y el siguiente con el Ms B.

Cta 195 A sor María de San José

(Fragmentos)

8-17 de septiembre (?) de 1896

J.M.J.T.

El hermanito1 piensa igual que el niñito...

El martirio más *doloroso* y el más AMOROSO es el nuestro, pues sólo Jesús lo ve.

Nunca será revelado a las criaturas en la tierra; pero cuando el Cordero abra el *libro de la vida*, ¡cuál no será el asombro en la corte celestial al oír proclamar, junto al nombre de los misioneros y de los mártires, el de unos pobres niñitos que nunca hicieron hazañas deslumbrantes...!

(...) [vº] Sigo cuidando las tocas2, que están muy enfermas.

NOTAS Cta 195

1 Teresa.

2 Griñones de tela blanca.

Cta 196 A sor María del Sagrado Corazón1

13 (?) de septiembre de 1896

J.M.J.T.

[1rº]

Jesús +

¡Querida hermana!, me pides que te deje un recuerdo de mis ejercicios espirituales, unos ejercicios que quizás sean los últimos...

Puesto que nuestra Madre lo permite, me alegro de ponerme a conversar contigo que eres dos veces mi hermana; contigo, que me prestaste tu voz cuando yo no podía hablar, prometiendo en mi nombre que no quería servir más que a Jesús...

Querida madrinita, aquella niña que tú ofreciste al Señor es la que te habla esta noche2, la que te ama como sólo una hija sabe amar a su madre... Sólo en el cielo conocerás toda la gratitud de que rebosa mi corazón...

Hermana querida, tú querrías escuchar los secretos que Jesús confía a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confía también a ti, pues fuiste tú quien me enseñó a acoger las enseñanzas divinas. Sin embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar...

No creas que estoy nadando entre consuelos. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): «Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del Amor»3.

¡La ciencia del Amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Este camino es el *abandono* del niñito que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea *pequeñito*, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los *corderitos* y los estrechará contra su pecho». Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre mis rodillas os acariciaré».

Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento [1vº] y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud, como dijo en el salmo XLIX: «No aceptaré un becerro de tu casa ni

un cabrito de tus rebaños, pues las fieras de la selva son mías y hay miles de bestias en mis montes; conozco todos los pájaros del cielo... Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y cuanto lo llena es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?... *Ofrece* a *Dios sacrificios de alabanza y* de *acción de gracias*».

He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro *amor*. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en *mendigar* un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el *amor* de su pobre criatura. Tenía sed de amor...

Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está *sediento*. Entre los discípulos del mundo, sólo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus *propios discípulos* ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!

Hermana querida, ¡dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo! Si tú quisieras escribir todo lo que sabes acerca de ellos, ¡qué bellas páginas podríamos leer! Pero ya lo sé, tú prefieres guardar «los secretos del Rey» en el fondo de tu corazón, mientras que a mí me dices «que es bueno publicar las obras del Altísimo». Creo que tienes razón en guardar silencio, y sólo por complacerte escribo yo estas líneas, pues siento mi impotencia para expresar con palabras de la tierra los secretos del cielo; y además, aunque escribiera páginas y más páginas, seguiría teniendo la impresión de no haber empezado todavía... Hay tal diversidad de horizontes, matices tan infinitamente variados, que sólo la paleta del Pintor celestial podrá proporcionarme, después de la noche de esta vida, los colores apropiados para pintar las maravillas que él descubre a los ojos de mi alma.

Hermana querida, me pedías que te escribiera mi sueño y mi «doctrinita», como tú las llamas... Lo he hecho en las páginas que siguen4; pero tan mal, que me parece imposible que consigas entender nada. Tal vez mis expresiones te parezcan exageradas... Perdóname, ello se debe a mi estilo demasiado confuso. Te aseguro que en mi *pobre alma* no hay exageración alguna: en ella todo es sereno y reposado...

(Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos... Lo cual, ¡ay!, no impide que vayan horriblemente expresados.)

NOTAS Cta 196

1 Esta carta constituye la primera parte del Manuscrito B (1rº/vº).

2 Sor María del Sagrado Corazón acababa de enviarle este billete: «Querida hermanita: te escribo, no porque tenga algo que decirte, sino para tener yo algo de ti. De ti, que estás tan cerca de Dios. De ti, que eres su esposa privilegiada a quien confía todos sus secretos... Son muy dulces los secretos de Jesús con Teresa, y yo quisiera volverlos a escuchar. Escríbeme unas letras, quizás éstos sean tus últimos ejercicios espirituales, pues Jesús debe tener ya ganas de cortar su *racimo dorado* (...) Nuestra Madre me ha dado permiso para que me contestes *a vuelta de correo*» (LC 169, 13/9/1896). Teresa contesta, sin duda, esa misma noche.

3 *Petit bréviaire du Sacré-Coeur de Jésus*, p. 58.

4 Las «páginas que siguen» designan los cuatro folios del Ms B propiamente dicho, escritos el 8 de septiembre. Las expresiones empleadas al final de esta carta muestran con total evidencia que ésta fue escrita después de la «segunda parte» del Ms B.

Cta 197 A sor María del Sagrado Corazón

J.M.J.T.

Jesús + 17 de septiembre de 1896

Querida hermana:

No encuentro la menor dificultad en responderte1... ¿Cómo puedes preguntarme si puedes tú amar a Dios como le amo yo...?

Si hubieses entendido la historia de mi pajarillo, no me harías esa pregunta. Mis deseos de martirio *no son nada*, no son ellos los que me dan la confianza ilimitada que siento en mi corazón. A decir verdad, son las riquezas espirituales las que *hacen injusto al hombre* cuando se apoya en ellas con complacencia, creyendo que son *algo grande*2...

Esos deseos son un *consuelo* que Jesús concede a veces a las almas débiles como la mía (y de estas almas hay muchas); pero cuando no da este *consuelo,* es una gracia *privilegiada*. Recuerda aquellas palabras del Padre3: «Los mártires sufrieron con alegría, y el Rey de los mártires sufrió con tristeza». Sí, Jesús dijo: «Padre, aparta de mí este cáliz». Hermana querida, ¿cómo puedes decir, después de esto, que mis deseos son la señal de mi amor...? No, yo sé muy bien que no es esto, en modo alguno, lo que le agrada a Dios en mi pobre alma. Lo que le agrada *es verme amar mi pequeñez* y mi *pobreza, es la esperanza ciega* que *tengo en su misericordia*... Este es mi único tesoro. Madrina querida, ¿por qué este tesoro no va a ser también el tuyo...?

¿No estás dispuesta a sufrir todo lo que Dios quiera? Yo sé muy bien que sí. Pues entonces, si deseas sentir alegría o atractivo por el sufrimiento, es tu propio consuelo lo que buscas, pues cuando se ama una cosa desaparece el dolor4. Te aseguro que si fuésemos las dos juntas al martirio con las disposiciones que hoy tenemos, tú tendrías un gran mérito y yo no tendría ninguno, a menos que Jesús tuviese a bien cambiar mis disposiciones.

Hermana querida, comprende a tu hijita, por favor. Comprende que para amar a Jesús, para ser su *víctima de amor*5, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de este Amor consumidor y transformante6... Con el solo *deseo* de ser víctima ya basta; pero es necesario aceptar ser siempre pobres y sin fuerzas, y eso es precisamente lo difícil, pues «al verdadero pobre de espíritu ¿quién lo encontrará? Hay que buscarle muy lejos», dijo el salmista7... No dijo que hay que buscarlo entre las almas grandes, sino «muy lejos», es decir, en la *bajeza*, en la *nada*... Mantengámonos, pues, *muy lejos* de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a [vº], buscarnos, *por lejos* que nos encontremos, y nos transformará en llamas de amor... ¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento...! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor... El temor ¿no conduce a la justicia... (1)?

Ya que sabemos el *camino*, corramos juntas. Sí, siento que Jesús quiere concedernos las mismas gracias a las dos, que quiere darnos *gratuitamente* su cielo.

Hermanita querida, si no me comprendes, es que eres un alma demasiado grande..., o, mejor, es que yo me explico mal, pues estoy segura de que Dios no te daría el deseo de ser POSEIDA por él, por su *Amor misericordioso*, si no te tuviera reservada esa gracia... O mejor dicho, ya te la ha concedido, puesto que te has entregado a *El*, puesto que *deseas* ser consumida por *El*, y Dios nunca da deseos que no pueda convertir en realidad...

Dan las 9 y tengo que dejarte8. ¡Cuántas cosas quisiera decirte! Pero Jesús mismo te hará comprender todo lo que yo no acierto a escribir...

Te quiero con toda la ternura de mi *corazoncito de hija* AGRADECIDA.

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

(1) A la *justicia severa*, tal como se la presentan a los pecadores; pero no es ésta la *justicia* que Jesús usará con los que le aman9.

NOTAS Cta 197

1 Esta «contestación» de Teresa representa una puntualización importante en su doctrina. Es, pues, indispensable, leer entero el billete que le había escrito sor María del Sagrado Corazón después de recibir el Ms B: «Hermanita querida, he leído tus páginas ardientes de amor a Jesús. Tu madrinita se siente *felicísima* de poseer este tesoro y está muy agradecida a su hijita querida por haberle desvelado así los secretos de su alma. ¿Y qué puedo yo decirte acerca de estas líneas marcadas con el sello del amor? Tan sólo una palabra, que me concierne a mí personalmente. Como el joven del Evangelio, también se apodera de mí un sentimiento de tristeza ante tus deseos extraordinarios de martirio. Ahí está, bien clara, la prueba de tu amor. Sí, tú estás en posesión del amor. ¿Pero yo...? No, jamás me harás creer que yo podré llegar a esa meta tan deseada. Pues yo temo todo lo que tú amas.

«Y te voy a dar una prueba bien clara de que yo no amo a Jesús como tú. Tú dices que no haces nada, que eres sólo un pobre y endeble pajarillo. ¿Pero tus deseos no cuentan nada para ti? Para Dios sí, para Dios cuentan tanto como las obras.

«No puedo decirte nada más. Comencé estas líneas esta mañana, y no he tenido ni un minuto para terminarlas. Ahora son las cinco. Me gustaría que le dijeses por escrito a tu madrinita si puede ella amar a Jesús como tú. Pero dos palabras nada más, pues con lo que tengo ya me basta para labrar mi dicha y mi aflicción. Mi dicha, al ver hasta qué punto eres amada y privilegiada; mi aflicción, al presentir el deseo de Jesús de cortar su querida florecita. Al leer esas líneas, que no son de la tierra sino un eco del corazón de Dios, me entraron ganas de llorar... ¿Quieres que te diga una cosa? Pues bien, tú estás poseída por Dios; pero lo que se dice absolutamente poseída..., como los malvados lo están por el maligno

«También yo desearía estar poseída así por Jesús. Pero te quiero tanto, que, a fin de cuentas, me alegro de ver que tú eres más privilegiada que yo.

«Unas letras para tu madrinita» (LC 170, 17/9/1896).

2 Cf Im II, 11, 5.

3 El P. Pichon, retiro de octubre de 1887 en el Carmelo de Lisieux, charla del día 7º.

4 Cf SAN AGUSTÍN, *De bono viduitatis*.

5 Sor María de Sagrado Corazón fue la tercera, después de Teresa y de Celina, que hizo su ofrenda al Amor misericordioso, durante el verano de 1895. Cf CG p. 896s.+f y *Prières*, p. 87s.

6 Esta afirmación hay que situarla en el contexto de Cta 196 y 197, y especialmente en el del Ms B: *«Es mi misma debilidad la que me da la audacia de ofrecerme»* (3vº). Estamos aquí en el mismo corazón del caminito».

7 En realidad, Im II, 11, 4, citando a Pr 31,10.

8 Para ir al oficio de Maitines.

9 Nota añadida por Teresa. En el texto (1), tachó «a la justicia».

Cta 198 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Jesús + Carmelo de Lisieux,

21 de octubre de 1896

Señor abate:

Como nuestra Reverenda Madre está enferma, me ha confiado a mí la misión de contestar a su carta. Lamento que usted se vea privado de las santas palabras que nuestra Madre le habría dirigido, pero me siento feliz de ser su intérprete y de comunicarle su alegría de saber la obra que Nuestro Señor acaba de operar en su alma. Ella continuará rezando para que él lleve en usted a su término su obra divina.

Pienso que es inútil decirle, señor abate, hasta qué punto comparto yo también la dicha de nuestra Madre. Su carta del mes de julio me había apenado mucho1. Atribuyendo a mi poco fervor los combates que usted estaba librando, no cesaba de implorar para usted el auxilio maternal de la dulce Reina de los apóstoles. Por eso, mi consuelo fue muy grande al recibir, como ramo de flores para mi santo, la certeza de que mis pobres oraciones [vº] habían sido escuchadas2...

Ahora que ha pasado la tormenta, doy gracias a Dios por haberle hecho pasar por ella, pues en los libros sagrados leemos estas hermosas palabras: «Dichoso el hombre que ha soportado la prueba», y también: «Quien no ha sido probado, poco sabe...». En efecto, cuando Jesús llama a un alma a dirigir y a salvar a multitud de otras almas, es muy necesario que le haga experimentar las tentaciones y las pruebas de la vida. Y ya que a usted le ha concedido la gracia de salir victorioso de la lucha, espero, señor abate, que el buen Jesús hará realidad sus grandes deseos. Yo le pido que usted sea, no solamente un *buen* misionero, sino un *santo* totalmente abrasado de amor a Dios y a las almas. Y le suplico que me alcance también a mí ese amor, a fin de poder ayudarlo en su labor apostólica. Usted sabe que una carmelita que no fuese apóstol se apartaría de la meta de su vocación3 y dejaría de ser hija de la seráfica santa Teresa, la cual habría dado con gusto mil vidas por salvar una sola alma4.

No dudo, señor abate, que querrá unir también sus oraciones a las mías para que Nuestro Señor cure a nuestra venerada Madre.

En los corazones sagrados de Jesús y de María, me sentiré siempre dichosa de llamarme

Su indigna hermanita

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 198

1 El 21/7/1896, Mauricio Bellière había enviado desde Caen, donde había entrado en el cuartel en noviembre de 1895, un mensaje desesperado a la priora del Carmelo: «Estoy sumergido en una situación lamentable, y es preciso a toda costa que mi querida hermana, Teresa del Niño Jesús, me saque de ella; es preciso que haga violencia al cielo» (CG p. 871).

2 El 14 de octubre, víspera de la fiesta de santa Teresa de Jesús, el abate Bellière escribía a la madre María de Gonzaga: «Gracias, Madre, por el auxilio que me prestó en un momento de angustia. La tormenta ya ha pasado, ha retornado la calma, y el pobre soldado ha vuelto a ser el seminarista de antes». Y añadía en un papel, hablando de Teresa: «Mañana es su santo» (CG p. 903).

3 Cf SANTA TERESA DE JESÚS, C 3,10.

4 *Ibid*. 1,2. Teresa copió esta frase en el rollo que tenía en la mano para la fotografía de julio de 1896 (VTL nº 29; cf CG p. 873+e). Y la volvió a usar en esa misma época en PN 35, estr. 4.

Cta 199 A sor María de San José

20-30 de octubre de 1896

J.M.J.T.

¿Robar tiempo al sueño1, hermanito2 bribón? *¡No, y mil* veces no...!

No me extraño de los combates del hermanito, sino sólo de que desperdicie sus escasas fuerzas entregando las armas al primer cabo furriel que encuentre en el camino, y de que hasta lo persiga por las escaleras del cuartel para obligarle a coger hasta la última pieza de su armadura.

¿Qué hay, entonces, de extraño en que un fuerte rayo de sol (normalmente soportado con valentía), al caer sobre el hermanito *desarmado*, le abrase y le produzca fiebre...?

[vº] Como castigo, su hermanito lo condena a encerrarse en la cárcel del amor y a *dormir* como un bendito; pero antes, tendrá que usar, *esta noche*, el instrumento de penitencia *musical*3... Si no lo hace, el hermanito sufrirá.

(Y sobre todo, ¡nada de robar tiempo al sueño! ¡Mañana trabajaremos de firme las dos juntas4...!

NOTAS Cta 199

1 Para trabajar en la ropería; ver n. 4.

2 [En el original *«p. f.»*] abreviatura de «petit frère» [«hermanito»]. El otro «hermanito» es Teresa; cf Cta 195.

3 Es decir, cantar.

4 Sin duda, para estirar la ropa todavía húmeda, lo cual servía de planchado.

Cta 200 A sor María de San José

Finales de octubre (?) de 1896

J.M.J.T.

Todo va bien, el niñito es un valiente que merece unas charreteras *doradas*. Pero que nunca más se *rebaje* a combatir con piedrezuelas1, eso es indigno de él... Su arma debe ser «la caridad».

Lo demás también va bien, pues el niñito se burla de Don Satanás y sigue durmiendo sobre el corazón del Gran General... Junto a ese corazón se aprende a ser valientes, y sobre todo a *confiar*. La metralla, el ruido del cañón, ¿qué puede significar todo eso cuando nos conduce el General...?

NOTAS Cta 200

1 Probable alusión al incidente de *«las escaleras del cuartel»* (Cta 199).

Cta 201 Al P. Roulland

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux 1 de noviembre de 1896

Hermano:

Su interesante misiva, que llegó bajo el patrocinio de todos los santos, me ha producido una gran alegría. Le agradezco que me trate como a una *verdadera hermana*. Con la gracia de Jesús espero hacerme digna de ese título que tanto me gusta.

Le agradezco también que nos haya enviado «El alma de un misionero»1. Este libro me ha resultado muy interesante y me ha permitido seguirlo a usted durante su largo viaje. La vida del P. Nempon tiene un título muy apropiado: revela muy bien el alma de un misionero, o, mejor aún, el alma de todo apóstol verdaderamente digno de ese nombre.

Me dice (en la carta escrita en Marsella) que pida a Nuestro Señor que aleje de usted la cruz de que lo nombren director de un seminario, y también la de volver a Francia. Comprendo que esa perspectiva no sea de su agrado; pido a Jesús con toda el alma que se digne dejarle desempeñar su laborioso apostolado tal como su alma siempre lo soñó. Sin embargo, añado con usted: «Que se haga la voluntad de Dios». Sólo en ella se encuentra el descanso, y fuera de esa amorosa *voluntad* no haríamos *nada*, ni para Jesús ni para las almas.

No acierto a decirle, hermano mío, lo feliz que me siento al verlo tan enteramente abandonado en manos de sus superiores. Me parece que eso es una prueba evidente de que un día mis deseos se verán hechos realidad, es decir, que usted sea un gran santo.

Permítame confiarle un secreto que acaba de revelarme la hoja en que me escribió las fechas más memorables de su vida.

El 8 de septiembre de 1890, su vocación misionera fue salvada por María, la Reina de los apóstoles y los mártires2; ese mismo día una humilde carmelita se convertía en esposa del Rey de los cielos. Al dar al mundo un eterno adiós, su único objetivo era el de salvar almas, sobre todo almas de apóstoles. Y pidió muy especialmente a Jesús, su Esposo divino, un alma apostólica: al no poder ser ella sacerdote, quería que, en su lugar, un sacerdote recibiese las gracias del Señor, que tuviese las mismas aspiraciones y los mismos deseos que ella...

Hermano mío, usted conoce a la indigna carmelita que hizo esta oración. ¿No piensa usted, igual que yo, que nuestra unión, confirmada el día de su ordenación sacerdotal, comenzó el día 8 de septiembre...?

[1vº] Yo pensaba que sólo en el cielo llegaría a encontrarme con el apóstol, con el hermano que había pedido a Jesús; pero mi amado Salvador, levantando un poco el velo misterioso que oculta los secretos de la eternidad, se ha dignado darme la alegría de conocer, ya desde el destierro, al hermano de mi alma y de trabajar con él por la salvación de los pobres infieles.

¡Ah, qué grande es mi gratitud cuando pienso en las delicadezas de Jesús...! ¿Qué nos tendrá reservado en el cielo, si su amor nos dispensa ya aquí abajo tan deliciosas sorpresas?

Comprendo mejor que nunca que hasta los más pequeños acontecimientos de nuestra vida están dirigidos por Dios, que es él quien inspira y quien colma nuestros deseos... Cuando nuestra Madre me propuso convertirme en su auxiliar, le confieso, hermano, que vacilé3. Pensando en las virtudes de las santas carmelitas que me rodean, me pareció que nuestra Madre habría servido mejor a sus intereses espirituales eligiendo para usted a cualquier otra hermana, y no a mí. Sólo el pensamiento de que Jesús no tendría en cuenta mis obras imperfectas, sino mi buena voluntad, me hizo aceptar el honor de compartir sus trabajos apostólicos. Yo no sabía entonces que era Nuestro Señor quien me había escogido, él que se sirve de los instrumentos más débiles para hacer maravillas... Yo no sabía que desde hacía seis años tenía *un hermano* que se preparaba para ser misionero. Ahora que este hermano es

verdaderamente apóstol suyo, Jesús me revela este misterio, sin duda para aumentar todavía más en mi corazón el deseo de amarle y de hacerle amar.

¿Sabe usted, querido hermano, que si el Señor *continúa* escuchando mi oración, obtendrá una gracia que su humildad le impide solicitar? Esta gracia incomparable, usted ya lo adivina, es el martirio... Sí, tengo la esperanza de que, después de *largos años* pasados en medio de los trabajos apostólicos, después de haber dado a Jesús amor por amor, usted acabará dándole también sangre por sangre...

Mientras escribo estas líneas, me estoy dando cuenta de que le llegarán en el mes de enero, mes en que la gente se intercambia deseos de felicidad. Y creo que los de esta su hermanita van a ser únicos en su género... A decir verdad, al mundo unos deseos como éstos le parecerán una locura, pero para nosotros el mundo ya no cuenta, «nosotros somos ciudadanos del cielo»4 y nuestro único deseo es el de asemejarnos a nuestro adorable Maestro, a quien el mundo no quiso conocer porque se anonadó a sí mismo tomando la forma y la condición de esclavo. Hermano querido, ¡feliz usted que sigue tan de cerca el ejemplo de Jesús...! Al saber que ha adoptado la forma de vestir de los chinos, pienso espontáneamente en nuestro Salvador que se revistió de nuestra pobre humanidad y que se hizo semejante a uno de nosotros a fin de rescatar nuestras almas para la eternidad.

Tal vez le parezca que soy una niña, pero no importa: le confieso que he cometido un pecado de envidia al leer que se iba a cortar los cabellos y sustituirlos por una trenza china. No es ésta última lo que deseo tener, sino simplemente un mechoncito de esos cabellos que ya no van a servir para nada. Seguramente, usted me preguntará, [2rº] riendo, lo que voy a hacer con él. Pues muy sencillo, esos cabellos serán para mí *reliquias* cuando usted esté en el cielo con la palma del martirio en la mano. Sin duda le parecerá que me adelanto mucho a los acontecimientos; lo que pasa es que yo sé que ésa es la única manera de lograr mi objetivo, pues a la hora de repartir *sus reliquias* su hermanita (sólo conocida como tal por Jesús5) será seguramente olvidada. Estoy completamente segura de se está riendo de mí, pero no me importa. Si acepta *pagar* con «los cabellos de un futuro mártir» esta recreación que le estoy proporcionando, quedaré bien recompensada.

El 25 de diciembre no dejaré de enviarle a mi ángel de la guarda para que deposite mis intenciones junto a la hostia que usted consagrará6. Le agradezco desde lo más profundo del corazón ese detalle de ofrecer por nuestra Madre y por mí su Misa de la aurora; mientras usted está en el altar, nosotras estaremos cantando los Maitines de Navidad que preceden inmediatamente a la Misa de Gallo.

Hermano mío, no se ha equivocado al decir que seguramente mis intenciones serían «agradecerle a Jesús este día de gracias, único entre todos». Pero no fue ese día cuando recibí la gracia de la vocación religiosa. Como Nuestro Señor quería para sí solo mi primera mirada, se dignó pedirme el corazón desde la cuna, si puedo expresarme así.

Es cierto que la *noche* de Navidad de 1886 fue, realmente, decisiva para mi vocación; pero si quiero calificarla con mayor claridad, la deberé llamar: la noche de mi conversión7. En esa noche bendita, de la cual está escrito que esclarece las delicias del mismo Dios, Jesús, que se hacía niño por mi amor, se dignó sacarme de los pañales y de las imperfecciones de la niñez y me transformó de tal suerte que ni yo misma me reconocía. Sin este cambio, yo hubiera seguido todavía muchos años en el mundo. Santa Teresa, que decía a sus hijas. «Quiero que no seáis mujeres en nada, sino que en todo igualéis a los hombres fuertes»8, santa Teresa no hubiera querido reconocerme por hija suya si el Señor no me hubiese revestido de su fuerza divina, si no me hubiese armado él mismo para la guerra.

Le prometo, hermano, encomendar a Jesús de manera especial a la joven de la que me habla y que encuentra obstáculos en su vocación. Me compadezco sinceramente de su sufrimiento, pues sé por experiencia cuán amargo es no poder responder inmediatamente a la llamada de Dios. Le deseo que no se vea obligada, como yo, a ir hasta Roma... Porque seguramente usted no sepa que su hermana tuvo la audacia de hablar al Papa9... Sin embargo, es verdad, y si no hubiese tenido ese atrevimiento, tal vez estaría todavía en el mundo.

Jesús ha dicho que «el reino de los cielos sufre violencia y sólo los violentos lo arrebatan». Lo mismo me ocurrió a mí con el reino del Carmelo. Antes de ser la prisionera de Jesús, tuve que viajar muy lejos para conquistar la prisión que yo prefería a todos los palacios de la tierra. La verdad es que no me apetecía lo más mínimo hacer un viaje para

mi recreo personal, y cuando mi incomparable padre me propuso llevarme a Jerusalén si quería retrasar [2vº] dos o tres meses mi entrada en el Carmelo, no vacilé en escoger el descanso a la sombra de aquel a quien había deseado (a pesar del atractivo natural que me empujaba a visitar los lugares santificados por la vida del Salvador). Comprendía que, verdaderamente, vale más un día pasado en la casa del Señor que mil en cualquier otra parte.

Tal vez, hermano, desee usted saber cuál era el obstáculo que encontraba para la realización de mi vocación. El obstáculo no era otro que mi juventud. Nuestro Padre superior10 se negó terminantemente a recibirme antes de los 21 años, diciendo que una niña de 15 años no estaba capacitada para saber a qué se comprometía. Su forma de actuar era prudente, y no dudo de que, al probarme, estaba cumpliendo la voluntad de Dios que quería hacerme conquistar la fortaleza del Carmelo a punta de espada. Tal vez, también, Jesús permitió al demonio obstaculizar una vocación que no debía, creo yo, ser del gusto de ese miserable *privado de amor*, como lo llamaba nuestra santa Madre11.

Gracias a Dios, todos sus ardides se volvieron contra él y no sirvieron más que para hacer más clamorosa la victoria de una niña. Si fuese a contarle todos los detalles del combate que tuve que sostener, necesitaría mucho tiempo, tinta y papel. Contados por una pluma hábil, creo que esos detalles podrían resultarle interesantes, pero la mía no sabe darle encanto y atractivo a un relato largo. Le pido, pues, perdón por haberle quizás aburrido ya.

Me prometió, hermano, seguir diciendo cada mañana en el altar: «Dios mío, abrasa a mi hermana en tu amor». Le estoy profundamente agradecida, y no tengo dificultad en asegurarle que acepto y aceptaré *siempre* sus condiciones12. Todo lo que pido a Jesús para mí, lo pido también para usted; y cuando ofrezco mi flaco amor al Amado, me permito la libertad de ofrecerle a la vez también el suyo.

Al igual que Josué, usted combate en la llanura, y yo soy su pequeño Moisés, y mi corazón está elevado incesantemente hacia el cielo para alcanzar la victoria. Mas ¡qué digno de compasión sería mi hermano si Jesús mismo no sostuviese los brazos de su Moisés...! Pero con la ayuda de la oración que usted dirige por mí a diario al divino Prisionero del Amor, espero que nunca será *digno de compasión*, y que, después de esta vida, durante la cual los dos habremos sembrado juntos con lágrimas, nos volveremos a encontrar, felices, llevando gavillas en las manos.

Me ha gustado mucho el sermoncito que usted dirige a nuestra Madre exhortándola a permanecer aún en la tierra; no es largo, pero, como usted dice, no tiene réplica. Ya veo que no le costará mucho convencer a sus oyentes cuando predica, y espero que recoja y ofrezca al Señor una abundante cosecha de almas.

Veo que se me termina el papel, lo cual me obliga a poner fin a mis garabatos. Quiero, no obstante, decirle que celebraré fielmente todos sus aniversarios. Le tendré un cariño muy especial al *3 de julio*, ya que en ese día usted *recibió a Jesús* por primera vez y en esa misma fecha yo *recibí a Jesús* de su mano y asistí a su primera Misa en el Carmelo.

Bendiga, hermano, a su indigna hermana,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

[2vºtv] Encomiendo a sus oraciones a un joven seminarista que quiere ser *misionero*. Su vocación acaba de ser puesta a prueba por causa del servicio militar13.

NOTAS Cta 201

1 *Vie du P. Nempon, Missionnaire apostolique du Tonkin occidental*, por G. Monteuuis (Victor Retaux et Fils, Paris 1895).

2 E. P. Roulland testimoniará más tarde: «El 8 de septiembre de 1890, tenía dudas acerca de mi vocación y de mi entrada en el seminario mayor. Mientras oraba en la capilla de Nuestra Señora de la Liberación, me sentí súbita y definitivamente seguro». Ese mismo día hacía Teresa su profesión en el Carmelo.

3 Cf Ms C 33rº.

4 Citado en Im I, 8, *Réflexions*.

5 Cf Cta 189, n. 4.

6 El 26 de septiembre, el P. Roulland escribía a Teresa: «El 25 de diciembre envíeme sus intenciones. Las adivino: agradecerá al Señor este día de gracias único entre todos, probablemente el día en que Dios la llamó a usted al Carmelo» (LC 171). La enfermedad impidió al misionero celebrar esta Misa de Navidad; cf CA 1.8.9.

7 Cf Ms A 44vº/45rº.

8 SANTA TERESA DE JESÚS, C 8. [Las palabras genuinas de la Santa son: «...es muy de mujeres, y no querría yo, hijas mías, lo fueseis en nada, ni lo parecieseis, sino varones fuertes». Y la cita se encuentra en el cap. 7, nº 8. N. del T.]

9 Cf Cta 36 y Ms A 63rº.

10 El canónigo Delatroëtte.

11 Esa expresión no es de Teresa de Jesús, sino de san Francisco de Sales. Cf RP 7,1rº e *infra* n. 6.

12 Durante la travesía, en agosto-septiembre de 1896, el P. Roulland había leído un cuaderno de poesías compuestas por Teresa. Y le escribe al respecto: «Le ruego, hermana, que deposite con frecuencia a los pies de Jesús, en nombre de su hermano, algunos de los sentimientos que abrasan su corazón. Con esta condición yo seguiré diciendo todas las mañanas: «Dios mío, abrasa a mi hermana en tu amor»» (LC 171).

13 El abate Bellière.

Cta 202 A la señora de Guérin

J.M.J.T.

Jesús + 16 de noviembre de 1896

Querida tía:

Es muy triste para su hijita tener que confiar a una fría pluma la misión de expresarle los sentimientos de su corazón... Tal vez me diga, sonriendo: «Pero, Teresita de mi alma, ¿me los expresarías más fácilmente con palabras...?» Querida tía, tengo que confesarlo, no, es verdad, no encuentro palabras que puedan expresar satisfactoriamente los deseos de mi corazón. El poeta que se atrevió a decir:

«Lo que bien se concibe claramente se enuncia;
para expresarlo,
las palabras acuden fácilmente»1,

ese poeta, digo, ¡¡¡no sentía seguramente lo que yo [1vº] siento en lo hondo de mi alma...!!!

Por suerte, tengo para consolarme al profundo P. Faber; él comprendía bien que las palabras y las frases de aquí abajo no son capaces de expresar los sentimientos del corazón, y que los corazones *llenos* son los que se encierran más en sí mismos.

Querida tía, voy a aburrirla con mis citas, tanto más cuanto que las cartas de mis cuatro hermanas2 están ahí para desmentir mis palabras. De todas formas, querida tía, puede estar segura de que, a pesar de toda su elocuencia, ellas no la quieren más que yo, aunque yo no sepa decírselo en términos escogidos... Si ahora no me cree, un día, cuando estemos todos reunidos en el cielo, comprobará cómo la *más pequeña* de sus hijas no lo era en cariño y en gratitud y que sólo era la *más pequeña* en edad y en sabiduría.

Le ruego, querida tía, que pida a Dios que yo crezca en sabiduría, como [2rº] el divino Niño Jesús. No es eso precisamente lo que hago, se lo aseguro; pregúnteselo, si no, a nuestra querida Mariíta de la Eucaristía, y ella le dirá que no miento. Cada día que pasa soy más torpe, y eso que pronto hará ya *nueve años* que estoy en la casa del Señor. Debería estar, pues, ya muy avanzada en los caminos de la perfección, pero estoy todavía al pie de la escalera. Eso no me desalienta, y estoy tan alegre como la cigarra; estoy siempre cantando, igual que ella, esperando participar al final de mi vida de las riquezas de mis hermanas, que son mucho más generosas que la hormiga. Espero también, querida tía, ocupar un buen sitio en el banquete celestial, y le diré por qué: cuando los santos y los ángeles sepan que yo tengo el honor de ser su hijita, no querrán darme el disgusto de colocarme lejos de usted... Así, gracias a sus virtudes, gozaré de los bienes eternos. La verdad es que nací con buena estrella y mi corazón se deshace de gratitud hacia Dios, que me ha dado unos parientes [2vº] como no hay otros en la tierra.

Y como soy una *pobre* cigarra, querida tiíta, que no tiene más que sus cantos (y que, además, por ser su voz muy poco melodiosa3, sólo puede cantar en lo hondo de su corazón), cantaré mi canción más hermosa el día de su santo, y trataré de hacerlo con un acento tan conmovedor, que los santos, compadecidos de mi miseria, me darán tesoros de gracias que estaré encantada de ofrecerle. Tampoco me olvidaré de festejar con las riquezas de los santos a mi querida abuelita; y ellos serán tan generosos, que mi corazón no tendrá nada más que desear, y le aseguro, tía, que no es poco decir, pues mis deseos son muy grandes.

A mi tío le pido que le dé a usted un abrazo muy tierno de mi parte. Si Francis, Juana y Leonia quieren hacer otro tanto, cantaré una tonadilla para agradecérselo (y ni que decir tiene que no olvidaré a mi tío en mi alegre canción).

Perdóneme, tía querida, que le diga tantas cosas sin pies ni cabeza, y créame que la quiero con todo el corazón.

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 202

1 BOILEAU, *Art poétique*.

2 Sus tres hermanas y su prima, María Guérin.

3 ¿Habrá que concluir de ahí que Teresa no tenía buena voz? Es bastante probable; cf CG p. 917+e.

Cta 203 A la madre Inés de Jesús1

4 de diciembre de 1896

J.M.J.T.

¡Mi Madrecita es todo un encanto...! Si ella no *sabe* lo que *es*, yo sí lo sé muy bien, ¡y la QUIERO...! Sí, ¡pero qué puro es mi *cariño*...! Es el de una hija que admira la *humildad* de su *madre*. ¡Tú me haces mayor bien que todos los libros del mundo...!

NOTAS Cta 203

1 Se puede suponer que este billete fue escrito tras el incidente del vegigatorio relatado en los Cuadernos verdes; cf UCII, p. 42.

Cta 204 A la madre Inés de Jesús

18 de diciembre de 1896

La Santísima Virgen está tan contenta de tener un borriquillo y una criadita, que los hace correr de derecha a izquierda *para divertirse*1. Por eso, no es de maravillar que la Madrecita caiga algunas veces...

Sí, pero2 cuando el Niño Jesús sea mayor y no tenga ya necesidad de aprender «el humilde oficio de tendero»3, preparará un *lugarcito* para la *Madrecita* en su reino que no es de este mundo, y entonces será él quien «irá y vendrá para servirla».

Y más de uno tendrá que levantarse para mirar a la que no tuvo otra ambición que la de ser el borriquillo del Niño Jesús.

NOTAS Cta 204

1 Teresa hace aquí alusión a todas las vueltas que el oficio de ecónoma hacía dar a la madre Inés. Varias expresiones de este billete están tomadas de la vida de sor María de San Pedro, de Tours, a quien la madre Inés tenía gran devoción.

2 Expresión característica de Teresa durante sus últimos meses; cf UC pp. 346s.

3 Reminiscencia de un villancico de Auvernia que les gustaba cantar en los Buissonnets.

Cta 205 A sor María de San José

Diciembre (?) de 1896

¡Qué lástima pasar el tiempo aburrida como una ostra, en vez de quedarse dormida sobre el corazón de Jesús...!

Si la noche le da miedo al niñito, si se queja de *no ver* al que le lleva, que *cierre los ojos*, que haga VOLUNTARIAMENTE el sacrificio que le piden, y luego a esperar el sueño... Quedándose así, tranquilo, la noche, a la que ya no mirará, no podrá asustarlo, y pronto la calma, si no la alegría, [vº] renacerá en su corazón.

¿Es demasiado pedirle al niñito que cierre los ojos..., que no luche contra las quimeras de la noche...? No, no es demasiado, y el niñito va a *abandonarse*, va a creer que lo lleva Jesús, va a aceptar el no verlo y va a dejar muy lejos ese miedo estéril a ser infiel (miedo impropio de un niño).

(Un embajador)

Cta 206 A sor María de san José

Diciembre (?) de 1896

El pequeño E.1 no tiene ganas de saltar de la navecilla, sino que sigue en ella para mostrar el cielo al niñito. Quiere que todas sus miradas y todas sus delicadezas sean para Jesús. Por eso estará muy contento si ve que el niñito se priva de consuelos demasiado infantiles e indignos de un misionero y de un guerrero... Yo quiero mucho a mi niñito, y Jesús lo quiere todavía más.

NOTAS Cta 206

1 *El pequeño Embajador*; cf Cta 205.

Cta 207 A sor Genoveva

Diciembre (?) de 1896

J.M.J.T.

¡Pobre, pobre1, no hay que entristecerse porque el Sr. T.2 haya caído en la trampa...! Cuando le salgan alas3, por más que le tiendan lazos, no caerá en ellos, ni tú tampoco, pobre S.4. El te tenderá la mano, te pegará dos alitas blancas y las dos juntas volaremos muy alto y muy lejos; iremos incluso hasta Saigón5 batiendo nuestras alitas plateadas... Es lo mejor que podremos [vº] hacer por él, pues Jesús quiere que seamos dos querubines y no dos fundadoras. En este momento, esto es así; si él cambia de idea, cambiaremos también nosotras, ¡eso es todo...!

NOTAS Cta 207

1 Uno de los sobrenombres de sor Genoveva, sacado de una copla que se cantaba en los Buissonnets.

2 *«Señor Totó»*; cf Cta 179, n. 1,

3 Después de su muerte.

4 *«Señorita Lili»*.

5 Al Carmelo de Saigón, que pide «fundadoras» para el de Hanoi recientemente fundado. Poco antes, según parece, sor Genoveva había pensado en esa partida para Asia, para ella misma y para Teresa. Véase su billete inédito (LC 172 *bis*), en *Lettres: Une course de géant*, p. 481.

Cta 208 A sor Genoveva1

Invierno 1896-1897

J.M.J.T.

Te suplico con toda humildad que dispenses mañana2 al pobre Sr. de usar la estufita... Pero también te suplico que *procures* que se *despierte* para las Horas3. Teme que su papel4 no sirva para nada, pues la encargada de despertar está acostumbrada a ver a la Señorita venir a almohazar al Sr. todas las mañanas para sacarlo suavemente de sus sueños5.

No te aflijas, pobre Señorita, de tener que llevar tacitas a *diestro y siniestro*6. Un día *será* Jesús quien «irá y vendrá para servirte» a ti, y ese día llegará pronto.

NOTAS Cta 208

1 Este billete y los dos siguientes traen de nuevo a escena al *«Sr. Totó»* y a la *Señorita Lili»*.

2 Infiernillo de brasas, que la madre María de Gonzaga había obligado a usar a Teresa durante el invierno 1896-1897. Sor Genoveva, en su calidad de segunda enfermera, estaba autorizada para *«dispensar»* o no a su hermana.

3 El Oficio de las Horas menores, que en invierno se rezaba a las siete de la mañana.

4 Las hermanas que estaban dispensadas de levantarse por la mañana con la comunidad dejaban colgado un papel en el pestillo de la celda. Para la segunda llamada, hacia las siete menos veinte, una religiosa golpeaba a las puertas provistas de ese papel.

5 Sor Genoveva friccionaba a Teresa con una faja de crin. Cf CA 27.7.17.

6 A las hermanas enfermas.

Cta 209 A sor Genoveva

Invierno 1896-1897 (?)

No te olvides de despertar mañana al Sr. T., pobre Srta. L. humillada por todos1, pero AMADA por Jesús y por el Sr. T.

NOTAS Cta 209

1 Sor Genoveva ha señalado que sus «defectos (la) tenían en una constante humillación», pues, dice ella misma, «con mi temperamento impetuoso me sucedía con frecuencia tener pequeñas salidas de tono con las hermanas, salidas de tono que después me dolían mucho a causa de mi gran amor propio.

Cta 210 A sor Genoveva

Invierno 1896-1897 (?)

¿Quieres fijarte mañana por la mañana si el Sr. Totó ha oído las tablillas1...?

NOTAS Cta 210

1 Instrumento de madera provisto de una especie de matraca, que se agitaba en los claustros y pasillos para el primer turno de levantarse, a las 6 menos cuarto de la mañana en invierno.

Cta 211 A sor Genoveva1

24 de diciembre de 1896

Navidad 1896

Hijita querida:

Si supieras cómo alegras mi corazón y el de mi pequeño Jesús, ¡qué feliz serías...!

Pero no lo sabes, no lo ves, y tu alma está triste. Quisiera [1vº/2rº] poder consolarte; si no lo hago, es porque conozco el valor del sufrimiento y de la angustia del corazón. Hija mía querida, si supieras qué hundida estaba yo en la amargura al ver a mi tierno esposo san José volver triste hacia mí sin haber encontrado posada...

Si aceptas soportar en paz la prueba de no agradarte a ti misma2, me darás un dulce asilo. Es verdad que sufrirás, pues estarás a la puerta de tu propia casa; pero no temas, cuanto más pobre seas, más te amará Jesús. E irá lejos, muy lejos, para buscarte3 si a veces te extravías un poco. Le gusta más verte tropezar en la noche con las piedras del camino que caminar en plano día por una ruta esmaltada de flores que podrían retrasar tu marcha. Te quiero, Celina mía, te quiero mucho más de lo que puedes imaginarte...

[2vº] Me alegro de verte desear grandes cosas y te las estoy preparando todavía mayores... Un día vendrás con tu *Teresa* al cielo, te sentarás en el regazo de mi amado Jesús4 y yo también te tomaré en mis brazos y te colmaré de caricias, porque soy tu madre, tu mamá querida.

(María, la Reina de los ángeles5)

NOTAS Cta 211

1 El sobre llevaba esta dirección: «Envío de la Santísima Virgen a mi hija querida sin asilo en tierra extranjera».

2 Cf Cta 109, n. 1.

3 Cf Im II,11,4.

4 El *«regazo de Jesús»* o el *«regazo de Dios»*: sitio codiciado por Totó y Lili para cuando estén en el paraíso; Cf UC pp. 520 y 526.

5 Cf Cta 192 y su nota 2.

Cta 212 A sor María de la Trinidad1

24 de diciembre de 1896

Noche de Navidad de 1896

Mi querida esposa2:

¡Qué contento estoy de ti...! Durante todo el año me has divertido mucho jugando a los bolos3. He disfrutado tanto, que la corte celestial estaba sorprendida y encantada; más de un querubín llegó a preguntarme por qué no lo había hecho niño..., y más de uno también me preguntó si la [1vº] melodía de su arpa no me agradaba más que tu risa cantarina cuando haces caer un bolo con la bola de tu amor. Yo les contesté a mis querubines que no debían apenarse por no ser niños, pues un día podrían jugar contigo en las praderas del cielo; y les dije que sí, que tu sonrisa era para mí más dulce que sus melodías, porque tú sólo podías jugar y sonreír [2rº] *sufriendo* y olvidándote de ti misma.

Querida esposa mía, tengo algo que pedirte, ¿me lo negarás...? No, tú me amas demasiado para eso. Pues bien, voy a confesarte que me gustaría cambiar de juego. Los bolos me divierten mucho, sí; pero ahora quisiera jugar al trompo, y, si quieres, *tú* serás mi trompo. Te doy uno como modelo; ya ves que no es bonito, quien no sepa usarlo lo rechazará a puntapiés, pero [2vº] un niño saltará de alegría al verlo y dirá: «¡Qué divertido que es! ¡Puede estar girando todo el día sin pararse!»4

Yo, el Niño Jesús, te quiero, aunque no tengas encantos, y te pido que estés siempre girando para divertirme... Pero para hacer que el trompo gire, hacen falta latigazos... Pues bien, deja que tus hermanas te presten este servicio, y muéstrate agradecida con las que sean más asiduas en no dejarte aminorar la marcha. Y cuando me haya divertido ya bastante contigo, te llevaré allá arriba y allí podremos jugar sin sufrir...

(Tu hermanito Jesús)

NOTAS Cta 212

1 Sor María de Trinidad explica así el origen de esta carta: «La Sierva de Dios seguía las inclinaciones naturales de mi alma para conducirla a Jesús. (...) En esa época, como yo tenía un carácter muy infantil, me servía de un método bastante original para practicar la virtud: la de divertir al Niño Jesús jugando con él a toda clase de juegos espirituales. Sor Teresa del Niño Jesús me animó a ello con la carta siguiente...».

2 Quien habla es el Niño Jesús. El sobre llevaba esta dirección: «*Personal*. A mi pequeña y querida esposa *Jugadora de Bolos* en la montaña del Carmelo».

3 Estos bolos, explica sor María de la Trinidad, «yo me los representaba de todos los tamaños y de todos los colores, para personificar a las almas que quería conquistar».

4 Teresa recoge las palabras de su novicia, de algunos días antes: «En el mes de diciembre de 1896, las novicias recibieron, a beneficio de las misiones, diversas chucherías para un árbol de Navidad. Y hete aquí que en el fondo del cajón se encontró por casualidad (...) *un trompo*. Mis compañeras dijeron: «¡Qué cosa tan fea! ¿Para qué puede servir esto?» Yo, que conocía bien el juego, cogí el trompo exclamando: «¡Pero si es muy divertido! ¡Puede estar girando un día entero sin pararse a fuerza de buenos latigazos!» Y allí mismo me comprometí a hacerles una demostración que las dejó asombradas. Sor Teresa del Niño Jesús me observaba sin decir nada» (Recuerdos de sor María de la Trinidad).

Cta 213 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux 26 de diciembre de 1896

Señor abate:

Hubiese querido contestarle antes, pero la Regla del Carmelo no permite escribir ni recibir cartas durante el tiempo de adviento. Sin embargo, nuestra Madre me permitió, por excepción, leer la suya, comprendiendo que usted necesitaba ser ayudado especialmente con la oración.

Le aseguro, señor abate, que hago todo lo que está en mis manos para alcanzarle las gracias que necesita; y esas gracias ciertamente le serán concedidas, pues Nuestro Señor no nos pide nunca sacrificios superiores a nuestras fuerzas1. Es cierto que a veces Nuestro Salvador nos hace sentir toda la amargura del cáliz que presenta a nuestro espíritu. Y cuando pide el sacrificio de todo lo que nos es más querido en este mundo, es imposible, a no ser por una gracia especialísima, no exclamar como él en el huerto de la agonía: "¡Padre, aparta de mí este cáliz!... Pero que [1vº] no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Es muy consolador pensar que Jesús, el Dios fuerte2, conoció nuestras debilidades y tembló a la vista del cáliz amargo, ese cáliz que poco antes había deseado tan ardientemente beber...

Señor abate, verdaderamente es hermosa la parte que le ha tocado, pues Nuestro Señor la escogió para sí y fue el primero en mojar sus labios en la copa que a usted le ofrece.

Un santo ha dicho: ¡El mayor honor que Dios puede hacer a un alma no es darle mucho, sino pedirle mucho3! Jesús lo trata, pues, como a un privilegiado. Quiere que usted comience ya su misión y que por medio del sufrimiento le salve ya almas. ¿No fue por el sufrimiento y por la muerte como él mismo redimió al mundo...? Yo sé que usted aspira a sacrificar su vida por el divino Maestro, pero el martirio del corazón no es menos fecundo que el derramamiento de sangre, y este martirio es desde ahora ya el suyo. Tengo, pues, mucha razón al decir que es hermosa la parte que le ha tocado y que es digna de un apóstol de Cristo.

Señor abate, usted viene a buscar consolaciones junto a la que Jesús le ha dado por hermana, y tiene derecho a hacerlo. Y ya que nuestra Reverenda Madre me da permiso para escribirle, quisiera responder a la grata misión que se me ha confiado; pero siento que el medio más seguro para lograrlo es orar y sufrir...

[2rº] Trabajemos juntos en la salvación de las almas, no tenemos más que el único día de esta vida para salvarlas y dar así al Señor pruebas de nuestro amor. El mañana de este día será la eternidad, y entonces Jesús le devolverá centuplicadas las alegrías tan dulces y legítimas que usted hoy le sacrifica. Él conoce el alcance de su sacrificio, él sabe que el sufrimiento de sus seres queridos aumenta aún más el suyo propio. Pero él también sufrió este martirio: por salvar nuestras almas, abandonó a su Madre, vio a la Virgen Inmaculada de pie junto a la cruz con el corazón traspasado por una espada de dolor. Pero eso, espero que nuestro divino Salvador consuele a su madre de usted, y así se lo pido encarecidamente. Si a quienes usted va a abandonar por su amor, el divino Maestro les dejase entrever la gloria que le tiene reservada, la multitud de almas que formarán su cortejo en el cielo, se verían ya recompensados del enorme sacrificio que su alejamiento les va a producir.

Nuestra Madre sigue enferma, aunque de unos días a esta parte se encuentra un poco mejor; espero que el divino Niño Jesús le devuelva las fuerzas, que ella gastará en su servicio. Esta Madre venerada le envía esa estampa de san Francisco de Asís, que le enseñará la forma de encontrar la alegría en medio de las pruebas y las luchas de la vida.

Espero, señor abate, que [2rº] siga rezando por mí, que no soy un ángel, como usted parece creer, sino un pobre carmelita cargada de imperfecciones, que, sin embargo, a pesar de su pobreza, tiene igual que usted el deseo de trabajar por la gloria de Dios.

Sigamos unidos por la oración junto al pesebre de Jesús.

Su indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 213

1 El 28 de noviembre de 1896, el abate Bellière escribía a Teresa: «El Maestro me envía una dura prueba, como hace con los que ama. Y yo soy muy débil. Dentro de unos días me enviará seguramente al Seminario de Misiones Africanas. Mi deseo se va a ver al fin realizado. Pero tengo que luchar mucho, tengo que romper con grandes y muy queridos afectos y con hábitos de bienestar que me resultan también muy queridos y agradables. Todo un pasado risueño y feliz que me tienta todavía fuertemente. Necesito fuerzas, queridísima hermana» (LC 172). Se conserva el sumario de la respuesta de Teresa en borrador, que muestra su manera de actuar (cf CG p. 934).

2 Versículo que se repite con frecuencia en la liturgia de Navidad.

3 P. Pichon; cf Cta 172.

Cta 214 A sor Genoveva

3 de enero de 1897 (?)

¡¡Feliz día de tu santo..!!

El Sr. Totó desea un feliz onomástico a la Señorita Lilí1.

NOTAS Cta 214

1 Observa sor Genoveva: «Este billete me lo ofrecía un bebé, en colores intensos, y que llevaba una florecita».

Cta 215 A sor María del Sdo. Corazón

Comienzos de 1897

J.M.J.T.

¡¡¡Jesús te ama con todo su corazón, y yo también, madrina querida...!

Teresa del Niño Jesús
rel. carm.

Cta 216 A la madre Inés de Jesús

J.M.J.T.

Jesús + 9 de enero de 1897

Querida Madrecita, si supieras cómo me emociona ver cuánto me quieres... Nunca podré demostrarte mi gratitud aquí en la tierra... Espero irme pronto allá arriba1. Y puesto que "*Si hay un cielo, es para mí"*2, seré rica, tendré todos los tesoros de Dios, y él mismo será *mi bien*, y entonces podré devolverte centuplicado todo lo que te debo. ¡Qué alegría de sólo pensarlo...! Me duele mucho recibir siempre y nunca dar.

Hubiera querido no ver correr las lágrimas de mi Madrecita, pero me ha encantado ver el buen fruto que esas lágrimas produjeron, fue algo fantástico.

No, yo guardo rencor a nadie cuando miran a mi Madrecita con malos ojos, pues tengo muy claro que las hermanas no son más que instrumentos puestos ahí adrede por Jesús para que el camino de la *Madrecita* (al igual que el de *Teresita*) se parezca al que Él escogió para sí cuando fue peregrino en la tierra de destierro... Entonces su rostro estaba escondido, [vº], nadie lo reconocía, era objeto de desprecios... Mi Madrecita no es objeto de desprecios, ¡pero qué pocos la reconocen desde que Jesús ha escondido su rostro3...!

¡Qué hermosa, Madre mía, es la parte que te toca...! Es verdaderamente digna de *ti*, la privilegiada de nuestra familia; de ti, que nos muestras el camino como esa golondrina que vemos siempre a la cabeza de sus compañeras y que traza en el aire la ruta que debe conducirlas a su nueva patria.

¡Ojalá sepas comprender el cariño de TU hijita que quisiera decirte *tantas tantas* cosas!

NOTAS Cta 216

1 Primera alusión explícita a su muerte próxima en la correspondencia de Teresa.

2 Probable alusión a este verso de SOUMET: «¿Para quién serían los cielos si no fuesen para mí?» (*Jeanne d'Arc martyre*). La variante introducida por Teresa: «Si hay un cielo» es una alusión velada a su prueba de la fe. Cf RP 3, 22rº/vº, que atribuye erróneamente este verso a d'Avrigny.

3 Es decir, desde que la madre Inés ya no es priora.

Cta 217 A sor María de San José

Enero de 1897 (?)

J.M.J.T.

¡Preciosas las coplillas...! ¡Qué mezquindad ir a mendigar a casas de otros2 teniendo llena la propia bolsa!

Pero lo que no es mezquindad es dormir, ser amables y alegres; éste el "humilde oficio del tendero"3, que nunca puede cerrar la tienda, ni siquiera los domingos y las fiestas, es decir, los días que Jesús se reserva para probar nuestras almas...

Canta como un pinzón tus graciosos coplas4, que yo, como pobre gorrioncillo, gimo en mi rincón, cantando como el judío errante: "La muerte no puede nada contra mí, lo sé muy bien5..."

[vº] Ya no oigo hablar del famoso mantel6, ¿se sigue hablando aún de él?

NOTAS Cta 217

1 Coplillas compuestas por sor María de San José.

2 La propia Teresa, a quien sor María de San José le había pedido que le compusiese una poesía.

3 Cf Cta 204, n. 3.

4 Alusión a la voz armoniosa de sor María de San José.

5 Endecha del Judío Errante, 15ª estrofa.

6 Trabajo del arreglo de la ropa, del que estaban encargadas las roperas: sor María de San José y Teresa.

Cta 218 Al Hermano Simeón

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux, 27 de enero de 1897

Jesús +

Señor Director:

Me siento feliz de unirme a mi hermana sor Genoveva para darle las gracias por la preciosa gracia que consiguió para nuestro Carmelo1.

No sé cómo expresarle mi gratitud; por eso, quiero, a los pies de Nuestro Señor, mostrarle con mis pobres oraciones cómo me ha conmovido su bondad para con nosotras...

A mi alegría se ha mezclado un sentimiento de tristeza al saber que su salud se había quebrantado. Por eso, pido a Jesús con todo el corazón que prolongue el mayor tiempo posible su vida, tan preciosa para la Iglesia. Yo sé que nuestro divino Maestro debe de tener prisa [1vº] por coronarle en el cielo; pero espero que lo deje todavía en el destierro para que, trabajando por su gloria como lo ha hecho desde su juventud, el peso inmenso de sus méritos supla al de otras almas que se presentarán ante Dios con las manos vacías.

Yo me atrevo a esperar, queridísimo Hermano, ser una de esas almas afortunadas que participarán de sus méritos. Creo que mi carrera aquí abajo no va a ser larga... Cuando comparezca ante mi amado Esposo, no tendré para ofrecerle más que mis deseos; pero si usted me ha precedido ya en la patria, espero que venga a mi encuentro y que presente en mi favor el mérito de sus obras, tan fecundas... Ya ve que sus carmelitas nunca pueden escribirle sin pedirle algún favor y sin apelar su generosidad...

Señor Director, usted es tan *poderoso* para *nosotras* en la tierra, nos ha obtenido ya tantas veces la bendición [2rº] del Santo Padre León XIII, que no puedo dejar de pensar que en el cielo Dios le dará un enorme poder sobre su corazón. Le suplico que no me olvide ante él si tiene la dicha de verlo ante que yo... Lo único que le ruego que pida para mi alma es la gracia de *amar* a Jesús y de *hacerle amar* todo lo que pueda.

Si el Señor viene a buscarme a mí primero, le prometo orar por sus intenciones y por todas las personas que usted ama. De todas formas, yo no espero a estar en el cielo para hacer esta oración: desde ahora me siento ya feliz de poder probarle así mi profunda gratitud.

En el Sagrado Corazón de Jesús, me sentiré siempre dichosa, señor Director, de llamarme

Su humilde y agradecida carmelita,

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 218

1 La bendición del Santo Padre para el Carmelo, con ocasión de las bodas de oro de la más anciana de las carmelitas, sor San Estanislao.

Cta 219 A la madre Inés de Jesús

22 de febrero de 1897

Querida Madrecita, te has roto la nariz... Sí, pero ¡LA TIENES LARGA...! Siempre te quedará suficiente, mientras que la mía, si la rompo, no me quedará nada2...

¡Qué felices somos de saber reírnos de todo...! *Sí, sí*..., en esto no hay *peros*...

NOTAS Cta 219

1 Contrariedad cuyas circunstancias ignoramos.

2 Sobre la nariz larga de la madre Inés, cf CA 8.7.5, y sobre la *«nariz pequeña»* de Teresa cf CA 31.7.3.

Cta 220 Al abate Bellière

(Carmelo de Lisieux) Miércoles noche

24 de febrero de 1897

Jesús +

Señor abate:

Antes de entrar en el silencio de la santa cuarentena1, quiero añadir unas letras a la carta de nuestra venerada Madre para darle las gracias por la que usted me envió el mes pasado2.

Si a usted le consuela pensar que en el Carmelo una hermana ora por usted sin cesar, mi gratitud hacia Nuestro Señor no es menor que la suya, pues él me ha dado un hermanito destinado por él a ser su sacerdote y su apóstol... Verdaderamente, sólo en el cielo sabrá usted cuánto le quiero. Siento que nuestras almas fueron hechas para comprenderse. Esa su prosa, que usted llama "ruda y pobre", me revela que Jesús ha puesto en su corazón unas aspiraciones que sólo concede a las almas que él llama a la más alta santidad. Puesto que él mismo me ha elegido para ser su hermana, espero que no mirará mi debilidad, o, mejor dicho, que se servirá de esta misma debilidad para llevar a cabo su obra, pues al Dios fuerte le gusta mostrar su poder sirviéndose de lo que no es nada.

Unidas a él, nuestras almas podrán salvarle [1vº] muchas almas, pues el buen Jesús ha dicho: ""Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, mi Padre del cielo se lo concederá". Y lo que nosotros le pedimos es trabajar por su gloria, amarle y hacerle amar... ¿Cómo no van a ser bendecidas nuestra unión y nuestra plegaria?

Señor abate, ya que el cántico sobre el amor3 le ha gustado, nuestra Madre me ha dicho que le copie algunos más, pero no los recibirá hasta dentro de algunas semanas, porque tengo pocos momentos libres, incluso los domingos, debido a mi oficio de sacristana. Estas pobres poesías le revelarán, no lo que soy, sino lo que quisiera y debiera ser... Al componerlas, he atendido más al fondo que a la forma. Por eso, no siempre se respetan las reglas de la versificación, pues lo que buscaba era expresar mis sentimientos (o, mejor, los sentimientos de una carmelita) a fin de responder a los deseos de mis hermanas. Esos versos responden mejor a la sensibilidad de una religiosa que a la de un seminarista; no obstante, espero que le gusten. ¿No es acaso su alma la prometida del Cordero de Dios y no será pronto su esposa, el día bendito de su ordenación de subdiácono?

Le agradezco, señor abate, el haberme escogido para madrina del primer niño que tenga el gozo de bautizar4. Me toca, pues, a mí escoger el nombre de mi futuro ahijado. Quiero darle por protectores a la Santísima Virgen, a san José y a san Mauricio, patrono de mi querido hermanito. Es cierto que ese niño no existe todavía más que en el pensamiento de Dios, pero ya ruego por [2rº] él y cumplo por adelantado mis deberes de madrina. También ruego por todas las almas que le van a ser confiadas, y sobre todo pido a Jesús que hermosee la suya con toda clase de virtudes, en especial con su amor.

Me dice usted que reza también mucho por su hermana. Ya que me hace esta caridad, me gustaría mucho que rezase todos los días esta oración en la que se encierran todos mis deseos: "Padre misericordioso, en el nombre de

nuestro buen Jesús, de la Virgen María y de los santos, te suplico que abrases a mi hermana en tu Espíritu de amor y que le concedas la gracia de hacerte amar mucho5..."

Usted me ha prometido rezar por mí *durante toda su vida*, que, sin duda, será más larga que la mía, y no le será dado cantar como a mí: "Mi destierro, lo espero, será breve6..."; pero tampoco le estará permitido olvidarse de su promesa. Si el Señor me lleva pronto con él, le pido que continúe rezando todos los días esa breve oración, pues en el cielo desearé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar.

Señor abate, debo de parecerle muy rara, y quizás hasta lamente tener una hermana que, al parecer, quiere ir gozar del descanso eterno y dejarlo a usted solo trabajando... Pero tranquilícese, que lo único que deseo es la voluntad de Dios, y le confieso que si en el cielo no pudiese seguir trabajando por su gloria, preferiría el destierro a la patria.

Desconozco el futuro, pero si Jesús convierte en realidad [2vº] mis presentimientos, le prometo seguir siendo su hermanita allá en el cielo. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más estrecha; allí ya no habrá ni clausura ni rejas, y mi alma podrá volar con usted a las lejanas misiones. Nuestros papeles seguirán siendo los mismos: el suyo, las armas apostólicas, el mío, la oración y el amor...

Señor abate, me doy cuenta de que me estoy olvidando del tiempo, es ya tarde y dentro de unos minutos tocarán al Oficio divino7; sin embargo, tengo que hacerle todavía una petición. Me gustaría que me escribiese las fechas importantes de su vida, a fin de poderme unir a usted de una manera muy especial para agradecerle a nuestro Salvador las gracias que le ha otorgado.

En el Sagrado Corazón de Jesús Hostia, que pronto será expuesto a nuestra adoración8, me siento dichosa de poder llamarme siempre:

Su menor y humilde hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 220

1 La cuaresma, que comenzaba el 3 de marzo.

2 Transcribimos aquí algunos pasajes de esa carta: «Mi muy querida hermana en N.S. La bondad que Dios usa conmigo es realmente conmovedora, y la que a usted le ha concedido actúa profundamente en mi alma, que se siente plenamente reconfortada por las atenciones que su caridad le inspira. Cada vez que me llega un poco de la piedad de que se vive en el Carmelo, siento que soy mejor y quisiera amar a Jesús como ahí lo aman. Usted, hermana, lo tenía en el corazón cuando compuso ese cántico de amor que tuvo a bien enviarme. En él se respira un aliento divino que hace a uno puro y fuerte. (...) Yo quisiera poder cantar como usted, querida hermana, para poder decirle a Jesús los sentimientos que los suyos me inspiran. Pero él es tan bueno, que se digna también aceptar mi ruda y pobre prosa. Su corazón es tan tierno, que no presta demasiada atención a las formas y su gracia baja siempre a nosotros. Sí, sí, hermana, «Vivamos de amor»» (LC 174, 31/1/1897).

3 Su poesía *Vivir de amor*, del 26 de febrero de 1895.

4 El abate Bellière está seguro ya de que partirá para Africa en octubre: «El próximo año será un año de noviciado, de preparación inmediata, y después = Dios y el trabajo. Cuando bautice a mi primer negrito, pediré a vuestra Madre que sea usted la madrina, pues será suyo ya que usted lo habrá conquistado para Dios más que yo» (LC 174).

5 Cf una petición parecida al P. Roulland, Cta 189.

6 Poesía *Vivir de amor*, estr. 9.

7 Oficio de Maitines, a las 9 de la noche.

8 Por los tres días llamados de las Cuarenta Horas.

Cta 221 Al P. Roulland

Jesús + 19 de marzo de 1897

Querido hermano:

Nuestra madre acaba de entregarme sus cartas, no obstante estar en cuaresma (tiempo durante el cual no se escribe en el Carmelo). Y me ha dado permiso para contestarle hoy, pues mucho nos tememos que nuestra carta de noviembre haya ido a visitar las profundidades del río Azul. Las de usted, fechadas en septiembre, hicieron una feliz travesía y vinieron a alegrar a su Madre y a su hermanita en la fiesta de Todos los Santos. La del 20 de enero nos llegó bajo la protección de san José. Y ya que usted sigue mi ejemplo escribiéndome en todas las líneas, no quiero perder yo esta buena costumbre, que, no obstante, hace que mi mala letra sea todavía más difícil de descifrar...

¡Ay, cuándo llegará el día en que no tengamos ya necesidad de tinta ni de papel para comunicarnos nuestros pensamientos...! Usted, hermano, a punto estuvo de ir a visitar ese país encantado donde es posible hacerse comprender sin escribir e incluso sin hablar1; doy gracias a Dios con toda el alma por haberle dejado en el campo de batalla para que pueda ganar para él numerosas victorias. Ya sus sufrimientos han salvado muchas almas. San Juan de la Cruz dijo: "Es más precioso (...) un [1vº] poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, (...) que todas esas otras obras juntas"2. Si eso es así, ¡cuán provechosos para la Iglesia han de ser sus sufrimientos y sus pruebas, dado que sólo por amor a Jesús usted los sufre *con alegría*!

Verdaderamente, hermano, no puedo compadecerlo, pues se cumplen en usted estas palabras de la Imitación de Cristo: "Cuando el sufrimiento te parezca dulce y lo ames por amor a Jesucristo, habrás hallado el paraíso en la tierra"3. Este paraíso es, en verdad, el del misionero y el de la carmelita. La alegría que los mundanos buscan en medio de los placeres no es más que una sombra fugitiva; pero nuestra alegría, la que buscamos y saboreamos en los trabajos y en los sufrimientos, es una realidad extremadamente dulce, un disfrute anticipado de la felicidad del cielo.

Su carta, toda ella impregnada de santa alegría, se me ha hecho muy interesante. Siguiendo su ejemplo, me reí de buena gana a costa de su cocinero, al que veo desfondando su olla... También su tarjeta de visita4 me ha divertido mucho; no sé ni siquiera de qué lado volverla, me parezco a un niño que quiere leer un libro poniéndolo al revés.

Pero volviendo a su cocinero, ¿creerá que en Carmelo también nosotras tenemos a veces aventuras divertidas? El Carmelo, al igual que el Su-Tchuen, es un país extraño al mundo, donde uno pierde sus costumbres más primitivas. Lo voy a poner un ejemplo. Una persona caritativa nos regaló hace poco una *pequeña langosta* bien atada en una cesta. Seguramente hacía mucho tiempo que no se había visto en el monasterio semejante maravilla. Sin embargo,

nuestra buena hermana cocinera se acordó de que había que poner en agua al animalito para cocerlo. Y así lo hizo, lamentando tener que someter a tamaña crueldad a una inocente criatura. La inocente criatura parecía dormida y [2rº] y se dejaba manejar a capricho; pero en cuanto sintió el calor, su dulzura se cambió en furia y, consciente de su inocencia, no pidió permiso a nadie para saltar en mitad de la cocina, pues su caritativo verdugo no había puesto la tapa a la olla. La pobre hermana se arma enseguida de unas tenazas y corre tras la langosta que da saltos desesperados. La lucha continúa por mucho tiempo, hasta que la cocinera, cansada de luchar y todavía armada de sus tenazas, se va toda desconsolada a buscar a nuestra Madre y le declara que la langosta está endemoniada. Su aspecto era aún más elocuente que sus palabras (¡pobre criaturilla -parecía decir-, tan dulce y tan inocente hace un momento, y ahora endemoniada! ¡Verdaderamente, no hay que creer en los cumplidos de las criaturas!). Nuestra Madre no pudo menos de echarse a reír al escuchar las declaraciones del severo juez que pedía justicia, se dirigió inmediatamente a la cocina, cogió la langosta -que, al no haber hecho voto de obediencia, opuso alguna resistencia- y, metiéndola de nuevo en su prisión, se fue, no sin antes haber cerrado bien la puerta, es decir la tapa. Por la noche, en la recreación, toda la comunidad rió hasta las lágrimas a cuenta de la langosta endemoniada, y al día siguiente todas pudimos saborear *un bocado*. La persona que quería regalarnos no erró el blanco, pues la famosa langosta, o. mejor dicho, su historia, nos servirá más de una vez de festín, no ya en el refectorio, pero sí en la recreación.

Tal vez mi historieta no le parezca a usted muy divertida, pero puedo asegurarle que, si hubiese asistido al espectáculo, no habría podido conservar su gravedad... En fin, hermano, si le aburro, le ruego que me perdone. Ahora voy a hablar más en serio.

Después de su partida, he leído la vida de varios misioneros (en mi carta, que quizás no haya recibido, le daba las gracias por la vida del P. Nempon). He leído, [2vº] entre otras, la de Teófano Vénard5, que me interesó y me emocionó mucho más de lo que pueda decir. Bajo esta impresión, he compuesto algunas estrofas, totalmente personales; no obstante, se las envío6, pues nuestra Madre me ha dicho que cree que estos versos le agradarán a mi hermano de Su-Tchuen. La penúltima estrofa requiere algunas explicaciones: en ella digo que partiría feliz para Tonkín si Dios se dignase llamarme allá. Tal vez esto le sorprenda, ¿pues no es acaso un sueño el que una carmelita piense en partir para Tonkín? Pues bien, no, no es un sueño, y hasta puedo asegurarle que si Jesús no viene pronto a buscarme para el Carmelo del cielo, algún día partiré para el de Hanoi, pues ahora en esa ciudad hay un Carmelo, fundado hace poco por el de Saigón. Usted ha visitado hace poco este último, y sabe bien que en Cochinchina una Orden como la nuestra no puede sostenerse sin vocaciones francesas; pero, por desgracia, las vocaciones son muy escasas, y con frecuencia las superioras no quieren dejar partir a las hermanas que a su entender pueden prestar servicios en la propia comunidad. Así, nuestra Madre, en su juventud, se vio impedida, por la voluntad de su superior, de ir a ayudar al Carmelo de Saigón. No soy yo quien deba lamentarlo, antes bien doy gracias a Dios por haber inspirado tan acertadamente bien a su representante; pero pienso que los deseos de las madres se realizan a veces en los hijos7, y no me sorprendería de ir yo a la rivera infiel a orar y a sufrir como nuestra Madre hubiese querido hacerlo... Hay que confesar, no obstante, que las noticias que nos envían de Tonkín no son nada tranquilizadoras: a finales del año pasado, entraron unos ladrones en el pobre monasterio y penetraron en la celda de la priora, que no se despertó, pero a la mañana siguiente no encontró a su lado el crucifijo (por la noche, el crucifijo de una carmelita descansa siempre junto a su cabeza, sujeto a la almohada), un pequeño armario estaba roto y el poco dinero que constituía todo el tesoro material de la comunidad había desaparecido. Los Carmelos de Francia, [3rº] conmovidos por la miseria del de Hanoi, se unieron para proporcionarle los medios de levantar un muro de clausura lo bastante elevado para impedir que los ladrones entren en el monasterio.

NOTAS Cta 221

1 En su carta del 20 de enero, contaba así el P. Roulland su llegada a la misión: «Como usted lo ha hecho, voy a escribir en todas las líneas para no desperdiciar papel. Y con el permiso de nuestra Madre, le diré dos palabras nada más sobre mi querido Su-Tchuen oriental. Llego a las fronteras de esta provincia, recito el Te Deum y ofrezco a Dios todo lo que soy y lo que tengo; pienso en santa Teresa, que decía: o padecer, o morir. ¿Por qué han venido estas palabras a mi mente? No tardé en tener la explicación. Le contaré lo ocurrido, y verá cómo me da la razón. En cuanto acabé de hacer mi ofrenda, tuve que acostarme. Después de dos días, bajamos a Kouy-Fou, a casa de un compañero. Mi malestar iba en aumento, así que llamamos al médico chino, pues europeos aquí no hay más que el Padre. Se me declara incapaz de continuar el viaje; adiós, pues, a mis compañeros de viaje. Diez días después se declara la fiebre, una fiebre muy alta, especie de tributo que tengo que pagar al clima. Me paso diez días delirando, pero, al parecer, lo que dije sólo fueron cosas de hacer reír. El primer médico me desahucia; viene un segundo médico, que había sido perseguido por la fe, y me administra una fuerte dosis de quinina. La fiebre, que, si es

continua, suele ser mortal, en mí se hace periódica y comienza a notarse una mejoría. Hoy estoy ya casi curado. Estos fueron los hechos. Y ésta es mi conclusión: a la oración de las personas que se preocupan por mí, y sobre todo a las suyas, debo yo el no haber cantado mi Nunc dimittis al llegar a mi misión. (...) Le había dicho que el día de Navidad celebraría un Misa a su intención, y ése día estaba en cama. Cumpliré mi promesa lo antes que pueda» (LC 173).

2 CE 29,2.

3 Im II,12,11; cf CA 29.5.

4 «Tarjeta de visita» escrita en caracteres chinos.

5 *Vie et correspondance de J. Théophane Vénard*. Esta lectura está en el origen de una de las «grandes amistades» de Teresa. De ella dimanará un verdadero consuelo y un motivo de aliento para la carmelita enferma y moribunda; cf CA 21/26.5.1.

6 Poesía *A Teófano Vénard* (**PN** 47, 2/2/1897).

7 Cf Ms C 9vº/10rº.

8 SANTA TERESA DE JESÚS, C 3,6.

9 «Usted desea que una de las niñitas que yo bautice se llame María (Ma ly ia) Teresa (Te le sa). Elija uno de los dos nombres, pues los chinos sólo se ponen uno» (LC 173). Teresa había expresado este deseo en su carta del 27 ó 28/7/1896, que no se conserva, cf CG p. 874.

10 Cf Cta 189, n. 4.

Cta 222 A la madre Inés de Jesús

19 de marzo de 1897

J.M.J.T.

Gracias, Madrecita. ¡Sí, Jesús te ama y yo también...! El te da pruebas de ello todos los días, y yo no... Sí, pero cuando yo esté allá arriba, será como si mi bracito se alargase, y mi Madrecita tendrá noticias de ello.

Cta 222 bis Al señor Guérin

3 de abril de 1897

Teresa del Niño Jesús, que es la más pequeña de todas, ¡¡¡pero no la que tiene menos amor!!!

Eso no es verdad, es la fiebre que tengo todos los días a las 3, hora militar.

Teresita

Nuestro Padre2 desea que Teresa Pougheol entre aquí en plan de prueba.

NOTAS Cta 222 bis

1 Teresa puso su firma y esta nota en una carta de sor María de la Eucaristía a su padre; cf LD en CG p. 967.

2 El canónigo Maupas, superior.

Cta 223 A la madre Inés de Jesús

4-5 de abril de 1897

Temo haber hecho sufrir a mi Madrecita1. Sin embargo, ¡la quiero! ¡Sí! Pero no puedo decirle todo lo que pienso, tendrá que adivinarlo ella.

NOTAS Cta 223

1 Desconocemos por qué.

Cta 224 Al abate Bellière

J.M.J.T.

25 de abril de 1897

Alleluia

Querido Hermanito1:

Mi pluma, o, más bien, mi corazón se niega a llamarle en adelante «señor abate», y nuestra Madre me ha dicho que, al escribirle, puedo utilizar el mismo nombre que empleo cuando le hablo de usted a Jesús. Creo parece que nuestro divino Salvador se ha dignado unir nuestras almas para trabajar por la salvación de los pecadores, como unió en otro tiempo la del venerable Padre de la Colombière y la de la beata Margarita María. Hace poco leía en la vida de esta santa2: «Un día, al acercarme a Nuestro Señor para recibirle en la sagrada comunión, me mostró su Sagrado Corazón como una hoguera ardiente, y otros dos corazones (el suyo y el del Padre de la Colombière) que iban a unirse y a abismarse en él, y me dijo: Así es como mi amor puro une a estos tres corazones para siempre. Me dio a entender también que esta unión era toda ella para su gloria, y que, por eso, quería que fuéramos los dos como hermano y hermana, participantes por igual de los bienes espirituales. Y como yo le representase al Señor mi pobreza y la desigualdad que había entre un sacerdote de tan gran virtud y una pobre pecadora como yo, me dijo: [1vº] Las riquezas infinitas de mi Corazón lo suplirán todo y lo igualarán todo».

Tal vez, hermano mío, la comparación no le parezca acertada. Es verdad que usted no es aún un Padre de la Colombière, pero no dudo que algún día usted será, como él, un verdadero apóstol de Cristo. En cuanto a mí, ni siquiera me pasa por el pensamiento la idea de compararme con la beata Margarita María; simplemente, me limito a constatar el hecho de que Jesús me ha escogido para ser la hermana de uno de sus apóstoles, y las palabras que aquella santa amante de su Corazón le dirigía por *humildad* se las repito *yo* con *toda verdad*. Por eso, espero que sus riquezas infinitas suplirán todo lo que a mí me falta para llevar a cabo la obra que me confía.

Me alegro enormemente de que Dios se haya servido de mis pobres versos para hacerle un poco de provecho. Me hubiera avergonzado de enviárselos si no hubiese recordado que una hermana no debe ocultar nada a su hermano. Y usted los ha acogido y juzgado, ciertamente, con un corazón fraternal... Seguramente que se habrá sorprendido de volver a encontrar «Vivir de amor». No era mi intención enviársela dos veces. Ya había empezado a copiarla cuando me acordé de que usted ya la tenía, y era demasiado tarde para volverme atrás.

Querido Hermanito, debo confesarle que en su carta hay algo que me ha apenado, y es que usted no me conoce como soy en realidad. Es cierto que, para encontrar almas grandes, hay que venir al Carmelo: al igual que en las selvas vírgenes, germinan en él flores de un aroma y de un brillo desconocidos para el mundo. Jesús, en su misericordia, ha querido que, entre esas flores, crezcan otras más pequeñas. Nunca podré agradecérselo bastante, pues, [2rº] gracias a esa condescendencia, yo, pobre flor sin brillo alguno, me encuentro en el mismo jardín que esas rosas, mis hermanas. Por favor, hermano mío, créame: Dios no le ha dado por hermana a un alma *grande*, sino a una *muy pequeñita* e imperfecta.

No crea que sea humildad lo que me impide reconocer los dones de Dios; yo sé que él ha hecho en mí grandes cosas, y así lo canto, feliz, todos los días3. Recuerdo con frecuencia que aquel a quien más se le ha perdonado debe amar más; por eso procuro que mi vida sea un acto de amor, y no me preocupo en absoluto por ser un alma *pequeña*, al contrario, me alegro de serlo. Y ése es el motivo por el que me atrevo a esperar que «mi destierro será breve»4. Pero no es porque esté *preparada*, creo que nunca lo estaré si el Señor no se digna, él mismo, transformarme. Él puede hacerlo en un instante, y después de todas las gracias de que me ha colmado, espero también ésta de su misericordia infinita.

Me dice, hermano mío, que pida para usted la gracia del martirio. Esta gracia la he pedido muchas veces para mí, pero no soy digna de ella, y verdaderamente se puede decir con san Pablo: No es cosa del que quiere o del que corre, sino de Dios que es misericordioso5. Y como el Señor parece no querer concederme otro martirio que el del amor, espero que me permita recoger, *gracias a usted*, esa *otra palma* que los dos ambicionamos.

Veo, gustosa, que Dios nos ha dado las mismas inclinaciones y los mismos deseos. Le he hecho sonreír, querido hermanito, con el cántico «Mis armas». Pues bien, le haré sonreír de nuevo diciéndole que [2vº] desde mi niñez he soñado con combatir en los campos de batalla... Cuando comencé a estudiar la historia de Francia, el relato de las

hazañas de Juana de Arco me entusiasmaba; sentía en mi corazón el deseo y el ánimo de imitarla; me parecía que el Señor me destinaba a mí también a grandes cosas6. Y no me engañaba. Sólo que, en lugar de una voz del cielo invitándome al combate, yo escuché en el fondo de mi alma una voz más suave y más fuerte todavía: la del Esposo de las vírgenes, que me llamaba a otras hazañas y a conquistas más gloriosas. Y en la soledad del Carmelo he comprendido que mi misión no era la de hacer coronar a un rey mortal, sino la de hacer amar al Rey del cielo, la de someterle el reino de los corazones.

Es hora de terminar, y, sin embargo, todavía tengo que darle las gracias por las fechas que me ha enviado; me gustaría que añadiese también los años, pues no sé su edad. Para que disculpe mi simplicidad, le envío las fechas importantes de mi vida; lo hago también con la intención de que en esos días benditos estemos más especialmente unidos por medio de la oración y la acción de gracias.

Si Dios me concede una ahijadita, me sentiré feliz de responder a su deseo, dándole por protectores a la Santísima Virgen, a san José y a mi santa patrona.

En fin, querido hermanito, termino pidiéndole que disculpe mis interminables garabatos y lo deshilvanado de mi carta.

En el Sagrado Corazón de Jesús, soy para toda la eternidad

Su indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

[2rºtv] (Quede bien entendido, ¿no?, que nuestras relaciones permanecerán secretas. Nadie, excepto su director, debe conocer la unión que Jesús ha establecido entre nuestras almas.)

NOTAS Cta 224

1 El abate Bellière acaba de escribir una larga carta, para Pascua, a la madre María de Gonzaga y a Teresa. Transcribimos aquí algunos párrafos de su carta a ésta última: «Mi buena y muy querida hermanita: (...) Aquí me tiene también usted para decirle la enorme alegría que me dio con las poesías que tuvo la bondad de copiarme. Han tenido que quitarle mucho tiempo de recreación, y casi casi le pido perdón por haber sido la causa de todo ese trabajo. Sin embargo, no quiero insistir demasiado, porque realmente me han gustado mucho. No espere, querida hermana, que se las alabe; ni siquiera se me ocurre, pues creo con toda razón que me quedaría muy por debajo de lo que realmente merecen. Sólo le digo que me he sentido encantado y feliz. Y esto no son simples cumplidos que le dirijo, sino la expresión de lo que siento. Usted las compuso para las carmelitas, pero los ángeles deben cantar con usted, y los hombres, por burdos que sean, como yo, encuentran un auténtico placer al leer y cantar esta poesía que nace del corazón. Todas me han gustado, y tal vez en especial: «Mi cántico de hoy», «A T. Vénard» (¡y con razón!), «Acuérdate», «A mi ángel de la guarda», etc. Perdón, me estoy dando cuenta de que las nombraría todas. Sí, todas me gustan y me parecen preciosas. Gracias, sencilla pero muy sinceramente, por su bondad. Usted sabe captar todos los matices, la dulzura de las sacristanas del Carmelo, y, junto a ella, los acentos viriles del guerrero en «Mis armas» Me gusta verla hablar de la lanza, del casco, de la coraza, del atleta, y me sonrío al imaginármela armada de esa manera. Sin embargo, Juana de Arco, -a quien usted tanto ama, y a la que yo mismo invoco *a diario* bajo ese título con el que la he saludado al final del cántico: ¡SANTA Juana de Francia!-, Juana de Arco llevó también esas mismas armas que usted canta y que son sin duda alguna su adorno más hermoso. Yo, hermana, soy y seguiré siendo fiel a la breve oración que usted me ha indicado; es algo sagrado para mí, y la rezaré siempre, incluso aunque... su destierro sea breve. Ya le había adivinado el pensamiento, hermana mía: en el Cántico del Amor había subrayado este verso: «Mi destierro, así lo espero, será corto», y este otro: «*Siento* que mi destierro *va a* acabar». Comprendo sus deseos y su impaciencia: usted, hermanita, está ya lista para entrar en el cielo, y su Esposo Jesús puede en cualquier momento extender la mano que la colocará en el trono de la gloria; usted está impaciente, como

la esposa del Cantar de los Cantares. «Atráeme» hacia ti, dice, arrojándose a los pies de su Amado, totalmente consumida por la llama que la devora. Al estudiar y meditar este libro del Cantar de los Cantares, yo lo aplicaba a la carmelita y a su Esposo Jesús, y sin duda por eso lo he escrito ahora en ese sentido de manera casi natural, y por eso también han venido a caer juntos algunos versos de «Vivir de amor» y otros varios. Y tiene usted mucha razón cuando me dice que a mí no me está permitido cantar como usted. No, la verdad es que no, pues antes tengo que lograr, con un duro trabajo y una verdadera penitencia, que Dios olvide un pasado de pecado, y después hacer algo por Dios, trabajar en su viña. Antes de paladear los honores, Juana de Arco conoció los trabajos, y yo tengo que expiar mucho más que ningún otro. Y si alguna vez llego a conseguirlo, entonces le diré: Hermana mía, pídale a Dios *que yo sucumba de dolor*, pídale -¿por qué no?- que muera *mártir* (!). Este ha sido el sueño de toda mi vida. Antes, ambicionaba morir por Francia; hoy, por Dios, y usted lo sabe: «Si morir por su príncipe es una ilustre suerte», «cuando uno muere por su Dios, ¡cuál será la muerte!». (...)

«Le agradezco también sus intenciones como madrina, ¿pero no querrá también dar nombre, en recuerdo suyo, al pequeño Beduino, en el caso de que el 1º sea una niña? Le ruego que tenga esta amabilidad». (LC 177, 17-18/4/1897).

2 Texto que Teresa sacó de un *Bulletin du Sacré-Coeur* de diciembre de 1896; cf *Vie et Oeuvres de la Bienheureuse Marguerite-Marie Alacoque. Sa vie inédite par les Contemporaines*, Poussièlgue, 1867, t. 2, p. 347.

3 Cf Ms C 4rº.

4 Poesía *Vivir de amor* (**PN** 17, estr. 9), del 26/2/1895.

5 Ms A 2rº.

6 Cf Ms A 32rº.

Cta 225 A sor Ana del Sgdo. Corazón

J.M.J.T.

Jesús + 2 de mayo, Fiesta del Buen Pastor, de 1897

Queridísima hermana:

Seguro que le va a sorprender mucho recibir carta mía. Para que me perdone que vaya a turbar el silencio de su soledad, le diré a qué se debe que tenga el gusto de escribirle. La última vez que tuve conferencia espiritual con nuestra madre, hablamos de usted y de ese querido Carmelo de Saigón. Y nuestra Madre me dijo que, si quería, podía escribirle. Acepté esta proposición con alegría y aprovecho la licencia1 del Buen Pastor para conversar un momento con usted.

Espero, querida hermana, que no me haya ol[1vº]vidado; yo me acuerdo mucho de usted, recuerdo feliz los años que pasé en su compañía, y usted sabe que para una carmelita recordar a una persona a la que ama es orar por ella. Pido a Dios que la llene de sus gracias y que aumente cada día en su corazón su santo amor, aunque no dudo que usted posee ya ese amor en un grado eminente. El ardiente sol de Saigón no es nada en comparación con el

fuego que arde en su alma. Por favor, hermana, pida a Jesús que yo también le ame y le haga amar. Quisiera amarle, no con un amor normal y corriente, sino como los santos, que hacían locuras por él. ¡Pero qué lejos estoy de parecerme a ellos...! Pídale también a Jesús que yo haga siempre su voluntad; por hacerla, estoy dispuesta a atravesar el mundo2..., ¡estoy dispuesta incluso a morir!

El silencio3 va a terminar de un momento a otro, tengo que poner fin a mi carta y veo que [2rº] aún no le he dicho nada interesante; por suerte, están ahí las cartas de nuestras Madres, que le darán todas las noticias de este nuestro Carmelo. Nuestra licencia ha sido muy corta, pero si no le molesta, ya iré otro día a pasar un rato más largo con usted.

Querida hermana, dé mis filiales y respetuosos saludos a la Reverenda Madre4. No me conoce, pero yo oigo hablar mucho de ella a nuestra Madre, la quiero y pido a Jesús que la consuele en sus trabajos.

La dejo ya, querida hermana, quedando muy unida a usted en el Corazón de Jesús. En él me siento feliz de llamarme siempre

Su más pequeña hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 225

1 Día de recreo extraordinario durante el cual las hermana tenían permiso -«licencia»- para hablar libremente unas con otras.

2 «Para ir a Cochinchina»; cf CA 21/26.5.2.

3 Hora de siesta libre, desde mediodía hasta la 1 en verano.

4 Madre María de Jesús, que había sucedido a la madre Filomena de la Inmaculada Concepción, fundadora procedente de Lisieux en 1861.

Cta 226 Al P. Roulland

J.M.J.T.

Jesús + 9 de mayo de 1897

Hermano:

He recibido con alegría, o, mejor, con emoción las reliquias que ha tenido a bien enviarme1. Su carta es casi una carta de despedida para el cielo. Al leerla, me parecía estar escuchando el relato de los sufrimientos de sus antepasados en el apostolado.

En esta tierra, en la que todo cambia, sólo una cosa se mantiene estable: el comportamiento del Rey del cielo respecto a sus amigos. Desde que él levantó el estandarte de la cruz, a su sombra deben todos combatir y alcanzar la victoria. «La vida de todo misionero es fecunda en cruces», decía T. Vénard, y también: «La verdadera felicidad consiste en sufrir. Y para vivir, tenemos que morir».

Hermano mío, los comienzos de su apostolado están marcados con el sello de la cruz, el Señor lo trata como a un privilegiado. Él quiere afianzar su reinado en las almas mucho más por la persecución y el sufrimiento que por medio de brillantes predicaciones. Usted dice: «Yo soy todavía un niñito que no sabe hablar»2. El P. Mazel, que fue ordenado sacerdote el mismo día que usted, tampoco sabía hablar, y, sin embargo, ya recogió la palma3...

¡Cuán por encima de los nuestros están los pensamientos de Dios...! Al conocer la muerte de este misionero, al que yo oía nombrar por primera vez, me sentí movida a invocarle, me parecía verlo en el cielo en el glorioso coro de los mártires. Sí, lo sé, a los ojos de los hombres su martirio no lleva nombre de tal; pero a los ojos de Dios, ese sacrificio sin gloria no es menos fecundo que los de los primeros cristianos que confesaron su fe ante los tribunales. La persecución ha cambiado de forma, los apóstoles de Cristo no han cambiado de sentimientos; por eso su divino Maestro no cambiará tampoco sus recompensas, a menos que no sea para aumentarlas en comparación con la gloria que se les niega aquí abajo.

No comprendo, hermano, cómo puede usted dudar de su entrada inmediata en el cielo si los infieles le quitasen la vida [1vº]. Yo sé que hay que estar muy puros para comparecer ante el Dios de toda santidad, pero sé también que el Señor es infinitamente justo. Y esta justicia, que asusta a tantas almas, es precisamente lo que constituye el motivo de mi alegría y de mi confianza. Ser justo no es sólo ejercer la severidad para castigar a los culpables, es también reconocer las intenciones rectas y recompensar la virtud. Yo espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia. Precisamente porque es justo, «es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. Pues él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles...»4. Al escuchar, hermano, estas hermosas y consoladoras palabras del profeta rey, ¿cómo dudar de que Dios pueda abrir las puertas de su reino a esos hijos suyos que lo han amado hasta sacrificarlo todo por él, que no sólo han dejado su familia y su patria para darle a conocer y hacerlo amar, sino que incluso desean entregar su vida por el que aman...? ¡Jesús tenía mucha razón cuando decía que no hay amor más grande que ése!

¿Cómo, pues, se va a dejar vencer él en generosidad? ¿Cómo va a purificar en las llamas del purgatorio a unas almas que viven consumidas por el fuego del amor divino? Es cierto que ninguna vida humana está exenta de faltas, que sólo la Virgen Inmaculada se presenta absolutamente pura delante de la Majestad divina. ¡Y qué alegría pensar que esta Virgen es nuestra Madre! Puesto que ella nos ama y conoce nuestra debilidad, ¿qué podemos temer?

¡Cuántas frases para expresar mi pensamiento, o, más bien, para no llegar a hacerlo! Sencillamente quería decir que me parece que todos los misioneros son *mártires* de deseo y de voluntad, y que, por consiguiente, ni uno solo debería ir al purgatorio. Si en el momento de comparecer ante Dios aún queda en su alma alguna huella de la debilidad humana, la Santísima Virgen les obtendrá la gracia de hacer una acto de amor perfecto y después les entregará la palma y la corona que tan bien han merecido.

Esto es, hermano mío, lo que yo pienso acerca de la justicia de Dios. Mi camino es todo él de confianza y de amor, y no comprendo a las almas que tienen miedo de tan tierno amigo. A veces, cuando [2rº] leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta rodeada de mil estorbos y mil trabas y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios.

Dejando para las grandes almas y para los espíritus elevados esos brillantes libros que yo no puedo comprender, y menos aún poner en práctica, me alegro de ser pequeña, pues sólo los niños y los que se hacen como ellos serán admitidos al banquete celestial. Me alegro enormemente de que en el reino de Dios haya muchas moradas, porque si no hubiese más que ésa cuya descripción y cuyo camino me parecen incomprensibles, yo no podría entrar en él. No obstante, no quisiera estar muy alejada de *la de usted*; espero que Dios, en consideración a sus méritos, me conceda la gracia de participar de su gloria, de igual modo que aquí en la tierra la hermana de un conquistador, aunque carezca de dones naturales, participa, a pesar de su pobreza, de los honores tributados a su hermano.

El primer acto de su ministerio en China me ha parecido encantador. El alma cuyos despojos mortales usted bendijo ha tenido, ¿cómo no?, que sonreírle y prometerle su protección, lo mismo que a los suyos. ¡Cuánto le agradezco que me cuente entre ellos! Estoy también profundamente emocionada y agradecida por el recuerdo que usted tiene de mis queridos padres en la santa Misa. Espero que estén ya en posesión del cielo, hacia el que tendían todos sus actos y deseos. Eso no me impide rezar por ellos, pues creo que las almas de los bienaventurados reciben gran gloria con las oraciones que se hacen a su intención y de las que ellas pueden disponer en favor de otras almas que sufran.

Si, como creo, mi padre y mi madre están el cielo, deben de mirar y bendecir al hermano que Jesús me ha dado. ¡Habían deseado tanto tener un hijo misionero...! Me han contado que, antes de nacer yo, mis padres esperaban que al fin su deseo iba por fin a realizarse. Si hubiesen podido penetrar el velo del futuro, habrían visto que, en efecto, por medio de mí, su deseo se haría realidad. Puesto que un misionero se ha convertido en hermano mío, él es también su hijo, y en sus oraciones ya no pueden separar al hermano de su indigna hermana.

[2vº] Usted, hermano, reza por mis padres, que están ya en el cielo, y yo rezo con frecuencia por los suyos, que están todavía en la tierra. Es éste un deber muy dulce para mí, y le prometo cumplirlo siempre fielmente, incluso si dejo el destierro, e incluso entonces tal vez más, pues conoceré mejor las gracias que necesiten. Y luego, cuando terminen su carrera aquí en la tierra, yo vendré a buscarlos en nombre de usted y los introduciré en el cielo. ¡Qué dulce será la vida de familia que gozaremos durante toda la eternidad! Mientras esperamos esta bienaventurada eternidad, que dentro de poco tiempo se abrirá para nosotros, pues la vida no es más que un día, trabajemos juntos por la salvación de las almas. Yo bien poca cosa puedo hacer, o, mejor, absolutamente nada si estuviese sola. Lo que me consuela es pensar que a su lado puedo servir para algo. En efecto, el cero por sí solo no tiene valor, pero colocado junto a la unidad se hace poderoso, ¡con tal de que se lo coloque en *el lugar debido*, detrás y no delante...! Y ahí precisamente es donde Jesús me ha colocado a mí, y espero estar ahí siempre, siguiéndole a usted de lejos con la oración y el sacrificio.

Si hiciese caso al corazón, no terminaría hoy la carta; pero van a tocar a final del silencio5 y tengo que llevar la carta a nuestra Madre, que la está esperando. Le ruego, pues, hermano, que envíe su bendición a *este cero* que Dios ha colocado a su lado.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. F.
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 226

1 El 24 de febrero, el P. Roulland escribía a Teresa: «Querida hermana: no le escribo por extenso porque estoy a punto de subir a Tchoug-Kin, ni siquiera respondo a su larga carta que me ha hecho mucho bien. Sólo quiero enviarle unas reliquias de un futuro mártir. Ya dejé también unas a mis padres el día que abandoné a mi familia; se las envié desde Shangai. ¿Por qué no enviarle también alguna a mi hermana? En este momento no estamos en peligro inminente de morir, pero el día menos pensado podemos recibir una cuchillada; no seríamos mártires en el sentido propio de la palabra, pero si dirigimos bien nuestra intención -por ejemplo, diciendo: Dios mío, por tu amor hemos venido aquí, acepta el sacrificio de nuestra vida y convierte a las almas-, ¿no es cierto que seríamos lo bastante mártires como para ir al cielo...? (...) En fin, estamos en manos de Dios, y si los bandidos me asesinan y no soy digno de entrar inmediatamente en el cielo, usted me sacará del purgatorio e iré a esperarla en el paraíso. (...) Me dice usted, hermana, que ofrece a Jesús mi amor junto con el suyo; pues bien, en la santa Misa yo ofrezco el

suyo con el mío después de la comunión. Estoy seguro de que Jesús, al ver esta ofrenda, me perdonará por el poco amor que *yo* le tengo a él. En el memento de los difuntos pienso en sus padres ya difuntos» (LC 175, 24/2/1897).

2 El P. Roulland estaba aprendiendo el chino; cf su carta a Teresa del 20 de enero de 1897: «¿Cuándo haré mi primer bautismo, mi primera conversión? Desgraciadamente, no soy más que un niñito, no sabe hablar. Voy a pasar varios meses con una familia cristiana para aprender la lengua, las costumbres, etc., y luego el apostolado con un antiguo compañero de abordo» (LC 173).

3 El 1 de mayo acaban de enterarse en el Carmelo de Lisieux del asesinato de este misionero de veintiséis años, perpetrado por unos bandidos por ser europeo; cf CA 1.5.2.

4 Cf Ms A 3vº y 76rº.

5 Cf Cta 225, nota 3.

Cta 227 A sor Genoveva

13 de mayo de 1897

Jesús está contento de su Celina, a quien se entregó por vez primera hace 13 años1. Está más orgulloso de lo que él obra en su alma, [vº] de su pequeñez y de su pobreza, que de haber creado los millones de soles y la inmensidad de los cielos...

NOTAS Cta 227

1 En realidad diecisiete años (13/5/1880); cf Ms A 25rº.

Cta 228 A sor Genoveva

abril-mayo de 1897 (?)

J.M.J.T.

Temo que nuestra Madre no esté contenta, está preocupada con las fricciones1, *sobre todo las de la espalda*.

Si el Sr. Clodion2 viene el domingo a agitar en mi espalda su larga cabellera, se preguntará por que no hemos hecho lo que él dijo... Quizás fuera preferible esperar al lunes. En fin, *Pobre, Pobre*3, haz lo que te parezca mejor, mañana

todo estará listo. Y sobre todo, no hables a este pobre Sr4. Actúa como creas mejor, y recuerda que debemos ser *ricas, ¡muy ricas las dos* 5...!

NOTAS Cta 228

1 Cf Cta 208, nota 5.

2 Sobrenombre del Dr. Cornière; cf UC p. 636.

3 Cf Cta 207, nota 1.

4 «Sr. Totó» (Teresa). Sor Genoveva le daba las fricciones por la mañana, antes del rezo de Prima, durante el tiempo del silencio de Regla.

5 Cf CR, p. 212s.

Cta 229 A la madre Inés de Jesús

23 de mayo de 1897

J.M.J.T.

Mucho me temo haber hecho sufrir a mi Madrecita1... Yo, que quisiera ser su alegría, veo que soy, por el contrario, su dolor...

Sí, pero... cuando esté lejos de esta triste tierra, donde las flores se marchitan y los pájaros se van, yo estaré muy cerca de mi Madre querida, del ángel que Jesús envió delante de mí para prepararme el camino, la senda que conduce al cielo, el ascensor2 que debía elevarme sin cansancios hacia las regiones infinitas del amor... Sí, estaré cerquita de ella, y sin dejar la Patria, pues no seré yo la que *baje*, sino que será mi Madrecita la que *suba* adonde yo esté... ¡Ah!, si yo supiera expresar como ella lo que pienso, si supiera decirle cómo rebosa mi corazón de gratitud y de amor hacia ella, creo que sería ya su alegría aun antes de alejarme de esta triste tierra.

Madrecita querida, todo el bien que has hecho a mi alma, a Jesús se lo has hecho, pues él dijo: «Lo que hicisteis al *más pequeño* de mis hermanos, a mí me lo hicisteis...» ¡Y el *más pequeño* soy yo...!3

NOTAS Cta 229

1 Desconocemos el motivo; seguramente a causa de su estado de salud.

2 Primera vez que aparece esta palabra en la pluma de Teresa. El Ms C 3rº desarrollará pronto el tema del ascensor; cf CG p. 989+c.

3 Esta fue la respuesta de la madre Inés a este billete: «En el mismo momento en que iba a tomar la pluma para exhalar un suspiro, recibí tus letras, ¡mi ángel querido! Esto ha hecho desbordar mi vasito. Sí, pero... ha hecho también que se produjera una especie de cambio físico, pues el vasito, lleno de agua muy amarga, sólo pudo ya rebosar en el acto un licor muy dulce y muy suave. Poco antes yo me decía a mí misma: me gustaría que, antes de partir, mi ángel me dijese lo que hará por mí allá arriba en el cielo, necesito tener éste entre mis consuelos, ¡y mira por dónde sus letras vienen a decirme justamente eso! Pues bien, ahora puedes ya morir, yo sé que allá arriba seguirás ocupándote de tu Madrecita; muérete ya enseguida para que mi corazón no tenga ya aquí abajo ningún apoyo, para que todo lo que amo esté ya allá arriba. Ya ves, mientras escribo esto me he puesto a derramar gruesas lágrimas y ya no veo..., no sé lo que hoy me está pasando, NUNCA había estado tan segura de tu final cercano. ¡Pobre angelito, o, mejor, feliz angelito, si supieras lo que allí te está esperando! ¡Sí, qué bien recibida vas a ser!, ¡qué fiesta para toda la asamblea de los santos! ¡Qué tiernamente te estrechará contra su corazón la Virgen Inmaculada! Serás como un niñito al que todos querrán pasarse de uno a otro para mecerlo y acariciarlo; y luego los santos inocentes irán, orgullosos, a tomarte de la mano, y te enseñarán a servirte de tus alas, y te enseñarán a jugar con ellos. ¡Pídeles que me dejen un lugarcito a mí también entre sus filas!» (LC 179, 23/5/1897).

Cta 230 A la madre Inés de Jesús

28 de mayo de 1897

J.M.J.T.

Querida Madrecita:

Tu hijita ha vuelto a derramar hace un momento dulces lágrimas; lágrimas de arrepentimiento, pero más aún de gratitud y de amor... ¡Sí, esta noche te he demostrado mi *virtud*, mis TESOROS de *paciencia*...! ¡¡¡Yo, que predico tan bien a las demás!!! Me alegro de que hayas visto mi imperfección1. ¡Sí, cuánto bien me hace el haber sido mala...! Tú no reprendiste a tu hijita, y, sin embargo, se lo merecía; pero la niña está ya acostumbrada a eso, tu dulzura le dice mucho más que las palabras severas, tú eres para ella la imagen de la *misericordia* de Dios.

Sí, pero... sor San Juan Bautista es, por el contrario, *ordinariamente*, la imagen de la *severidad* de Dios. Pues bien, acabo de encontrarme con ella, y, en vez de pasar fríamente a mi lado, me ha abrazado, diciéndome (exactamente como si yo hubiese sido la criatura más linda del mundo): «¡Pobre hermanita, me has dado lástima, no quiero cansarte, he obrado mal, etc., etc.» Yo, que sentía en mi corazón una contrición perfecta, no acababa de creerme que no me hiciese ningún reproche. Sé muy bien que, en el fondo, le debo de parecer imperfecta, y si me ha hablado así es porque cree que me voy a morir; pero no importa, no he oído salir de su boca más que palabras dulces y tiernas, y por eso he pensado que ella es muy buena y yo muy mala...

Al volver a mi celda, me preguntaba qué pensaría Jesús de mí, y al instante me acordé de aquellas palabras que un día dirigió a la mujer adúltera: «¿Ninguno te ha condenado?» Y yo, con lágrimas en los ojos, le contesté: «Ninguno, Señor... Ni mi Madrecita, imagen de tu ternura, ni mi hermana sor San Juan B., imagen de tu justicia, y sé muy bien que puedo irme en paz ¡porque tú tampoco me condenarás...!»

Madrecita, ¿por qué será Jesús tan *bueno* conmigo? ¿Por qué no me riñe nunca...? ¡Sí, verdaderamente es como para morir de gratitud y de amor...!

[vº] Estoy mucho más contenta de haber sido imperfecta que si, sostenida por la gracia, hubiese sido un modelo de bondad... ¡Me hace tanto bien ver que Jesús es siempre tan dulce y tan tierno conmigo...! Sí, desde ahora lo reconozco: sí, todas mis esperanzas se verán colmadas; sí, el Señor hará en nosotras maravillas que rebasarán infinitamente nuestros *inmensos deseos*...

Madrecita, Jesús hace bien en esconderse, en no hablarme más que de tarde en tarde, y esto «a través de las rejas» (Cant. de los Cant.), pues siento claramente que no podría soportar más, que mi corazón estallaría, incapaz de contener tanta felicidad... Tú, dulce eco de mi alma, tú comprenderás que esta noche el vaso de la misericordia divina se ha desbordado sobre mí..., tú comprenderás que has sido y serás siempre el ángel encargado de guiarme y de anunciarme las misericordias del Señor...

Tu *insignificante* hija,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 230

1 La madre Inés presenta así los hechos: «Un día (estaba ya enferma de continuo), vino una hermana a pedirle su ayuda inmediata para un trabajo de pintura. Yo estaba presente, y por más que objeté que estaba con fiebre y extremadamente cansada, la hermana insistía. Entonces en el rostro de Teresa apareció su tensión interior. Por la noche me escribió estas líneas».

Cta 231 A la madre Inés de Jesús

30 de mayo de 1897

J.M.J.T.

No sufras, Madrecita querida, porque *parezca* que *tu* hijita te haya ocultado algo. Y digo *parezca*, porque tú sabes muy bien que si te ha ocultado una esquinita del *sobre*1, jamás te ocultó una sola línea de la *carta*, pues ¿quién conoce mejor que tú esta cartita que tanto amas? A las demás se les puede perfectamente enseñar el sobre por todos los lados, pues no pueden ver más que eso, ¡¡¡pero a ti...!!!

Ahora ya sabes, Madrecita, que fue el Viernes Santo2 cuando Jesús empezó a rasgar un poco el sobre de *tu* cartita. ¿¡No estás contenta de que él se disponga a leer esta carta que tú estás escribiendo desde hace 24 años!? Si supieses qué bien sabrá ella decirle tu amor por toda la eternidad3...

NOTAS Cta 231

1 Sor María del Sagrado Corazón anota: «Había ocultado a la madre Inés de Jesús, que ya no era priora en esa época, el vómito de sangre que había tenido».

2 El 3 de abril de 1896.

3 Mientras Teresa escribía el billete que acabamos de leer, la madre Inés trazaba estas líneas: «Mi pobre angelito querido: Seguro que te he hecho sufrir. Y sin embargo, te aseguro que considero una gracia de Dios para mí el saber lo que te ocurrió, pues, si me hubiese enterado de esos detalles después de tu muerte, creo que nunca me habría consolado. Tengo un temperamento tan extraño, que siempre habría pensado que, debido a mis luchas, tú te habías escondido de mí y, por tanto, habría creído ya para siempre que nuestra intimidad, tan dulce y tan ENTERA a mis ojos durante tu vida, no lo era tanto como yo suponía. ¿Qué quieres que haga?, yo no soy dueña de estas impresiones dolorosas, es éste el punto débil de mi carácter. Por eso, ¡cuántas gracias le doy a Dios por la recreación de esta noche! Sí, comprendo que me ama y que tiene compasión de mi pobre corazón. No me importa sufrir las luchas que sean durante tu vida, pero después todos los recuerdos que tenga de ti tienen que ser agradables y no tengo que *enterarme* de nada nuevo. No me parece mal que no me digan las cosas en el momento, pero ten compasión de mi debilidad maternal y, otra vez, pide que me lo digan todo. La verdad, angelito mío, es que tienes una extraña Madrecita... Fíjate, durante Completas su corazón se parecía a un auténtico abismo de amargura, y de un género del todo especial, de un género que yo nunca había experimentado todavía. ¡Qué lástima me da de Dios cuando las almas no tienen confianza en él! Este es mayor ultraje que se puede hacer a la ternura de un padre. En tu caso, ángel querido, tus razones eran TOTALMENTE DE TERNURA. Sí, no lo dudo. Y termino este billetito diciéndole una vez más a Jesús: ¡Gracias!, has tenido compasión de mi debilidad; no, no hubiese podido soportar una cosa así después de la muerte de mi angelito, me habría muerto de dolor...

«Y sobre todo, no te atormentes, pues lo he adivinado todo» (LC 180, 30/5/1897).

Cta 232 A la madre Inés de Jesús

30 de mayo de 1897

(2º billete) J.M.J.T.

Deposité mi primer billetito en manos de sor Genoveva1 a la vez que ella me daba el tuyo. Ahora lamento2 haber echado mi misiva al «correo», pues voy a tener que pagar portes dobles para decirte que comprendo tu pena. Yo deseaba seguramente más que tú no ocultarte nada, pero me pareció que era mejor esperar. Si he obrado mal, perdóname, y créeme que *nunca* dejé de tener confianza en ti. ¡Te quiero demasiado para eso...!

Me alegro mucho de que lo hayas adivinado tú sola. No recuerdo haber ocultado ninguna otra cosa del *sobre* a mi Madrecita, y le suplico que después de mi muerte no crea lo que puedan decirle.

Sí, Madrecita, *la carta es tuya*, y te pido por favor que sigas escribiéndola hasta el día en que Jesús rasgue totalmente el sobrecito que tantos pesares te ha causado desde que fue formado3.

NOTAS Cta 232

1 El billete 231 que sor Genoveva le había pasado en su calidad de enfermera.

2 [En el original francés: *«gai raigrette»*, N. del T.] en lugar de «Je regrette»: transcripción fonética que hace alusión a la pronunciación del P. Baillon, confesor extraordinario de la comunidad, que decía a sus penitentes: «*Rai*grettez-vous» [en vez de «Regrettez-vous». N. del T.].

3 Nuevo desentendimiento: mientras Teresa escribe su «2º billete», la madre Inés está escribiendo a su vez el suyo: «Aún sigo temiendo, angelito mío, haberte apenado con mi desafortunado billetito. El tuyo, por el contrario, ¡es tan tierno! Pídele a Jesús que me haga como tú.

«Pronto te escaparás lejos de la tierra, y mi corazón en el fondo se estremece con una alegría sobrenatural; mientras mis ojos derraman lágrimas, interiormente me siento transportada por un sentimiento indecible de felicidad. ¡Oh, blanca paloma, ya ha llegado la hora de que el Dueño del palomar te vuelva a poner en el sitio que te corresponde! Ya es hora de que los angelitos no se vean privados por más tiempo de tu compañía. Ya es hora de que Dios reciba nueva gloria con tu entrada en la patria celestial. Después de eso, yo quiero sufrir en la tierra todo lo que Dios quiera, quiero gemir yo también como una tórtola lastimera desterrada en los valles de esta tierra, quiero para mí las lágrimas. Sí, soy MUY FELIZ, por fin mi angelito va a volver a su país, va a prepararle un sitio a su Madrecita, y la hará santa, y le enseñará desde allá arriba a dominar sus tensiones tan desoladoras, y le proporcionará toda clase de bienes, al vivir ella ya para siempre en tan gran abundancia...

«Jesús mío, ¡te amo! También yo iré pronto a verte; mientras tanto, te envío TODO LO QUE AMO» (LC 181, 30/5/1897).

Cta 233 A la madre Inés de Jesús

1 de junio de 1897

J.M.J.T.

¡Es demasiado emocionante, demasiado melodioso...! ¡Prefiero callarme a tratar en vano de cantar lo que está ocurriendo en mi alma...! ¡Gracias, Madrecita1...!

NOTAS Cta 233

1 Con esas pocas palabras, Teresa respondía a un billete de la madre Inés, del que transcribimos aquí una parte: «Esta noche he rezado todo el rosario de rodillas ante la Santísima Virgen del mes de María, y me parece que, al terminarlo, la Virgen tenía una sonrisa muy especial. Angelito mío, creo que, si rezas por mí, voy a empezar realmente una vida nueva, creo que he recibido una gracia muy grande. No quiero tampoco entristecerme si nuestra Madre te rechaza, la Santísima Virgen me ha hecho comprender que las más hermosas vidas de los santos no valen lo que un acto de obediencia y de renuncia. Incluso aunque nuestra Madre, después de tu muerte, rasgase tu vida, me parece que, si estoy como esta noche, no sentiría nada más que una atracción más fuerte hacia el cielo. Volaría más alto, eso es todo: *Mas allá de las nubes, el cielo es siempre azul. Pisamos las riberas en las que reina Dios...*

«No sufras por mí, nuestra unión nunca ha sido más íntima, no, lo sé. Esta noche, junto a la Santísima Virgen, había una velita muy luminosa que se estaba consumiendo, y la cera formaba, a un lado, *la auténtica figura de un corderito*

suplicante. Y pensé que tú eras la luz y que ese corderito era yo, que, apoyándome en tu claridad y volviendo mis ojos hacia María, alcanzaría su compasión. No sé lo que te estoy diciendo, ángel querido. Mi corazón y mi alma, toda mi persona es un mundo esta noche. Espero que me comprendas y que, después de tu partida de este valle de lágrimas, vuelvas muchas veces a embellecer este mundo nuestro, a pasearte por él con los angelitos, y a convertirlo, *con un soplo luminoso, en un pequeño sol*...» (LC 182, 31/5/1897).

Cta 234 A sor María de la Eucaristía

J.M.J.T.

2 de junio de 1897

A mi hermanita querida1, recuerdo del hermoso día en que el Esposo de su alma se dignó poner su señal en la frente2 que se dispone a coronar un día ante todos los elegidos...

En otra ocasión, el cielo se reunió el 2 de junio para contemplar este misterio de amor: Jesús, el dulce Jesús de la Eucaristía, entregándose por primera vez a María3. Hoy está de nuevo ahí ese hermoso cielo, compuesto de ángeles y de santos, está ahí contemplando, extasiado, cómo María se entrega a Jesús ante el mundo, extrañado ante un sacrificio que no entiende. ¡Ah!, si hubiese comprendido la *mirada* que Jesús posó sobre María el día de su primera visita, comprendería también la *señal misteriosa* que ella quiere recibir hoy de quien la hirió de amor...

Ya no es el velo vaporoso de pliegues nevados el que envolverá a María de la Eucaristía; es un velo oscuro, que recuerda a la esposa de Jesús que está desterrada y que su Esposo no es un Esposo que la va a llevar a fiestas, sino a la montaña del Calvario. De ahora en adelante, María ya no debe mirar *nada* aquí abajo, *nada* más que al *Dios misericordioso*, al *Jesús* de la EUCARISTIA...

La pequeña

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 234

1 En su imposición de velo.

2 Alusión a uno de los responsorios de la ceremonia, tomado del oficio litúrgico de santa Inés.

3 María Guérin había hecho la primera comunión el 2 de junio de 1881.

Cta 235 A sor María de la Eucaristía1

2 de junio de 1897

Recuerdo del hermoso día de la imposición de velo a mi hermanita querida: 2 de junio de 1897.

Que el Niño Jesús de Teresa acaricie siempre a María de la Eucaristía.

NOTAS Cta 235

1 Estampa adjunta al billete anterior.

Cta 236 A sor María de la Trinidad

2 de junio de 1897

Dios *quiere* que soportes sola tu prueba1, y lo demuestra de muchas maneras... Pero, querida m.2, ¡¡¡yo sufro contigo...!!! y te quiero mucho...

[vº] No te preocupes, mañana por la mañana iré a verte unos minutos, y al día siguiente del lavado iré contigo a las hostias3.

NOTAS Cta 236

1 Sor María de la Trinidad no dejó ninguna aclaración al respecto.

2 Abreviatura de «muñeca»; cf Cta 249; CA 22.9.4.

3 A la oficina donde se hacían las hostias.

Cta 237 A la madre Inés de Jesús

2 de junio de 1897

No, la palomita no quiere dejar a su Madrecita1. Quiere seguir volando y descansando en el mundo fascinante [vº] de su corazón.

Mañana le daré las gracias a mi Madrecita, no le digo nada esta noche para no hacerle *estallar* el *corazón* y porque es demasiado tarde. El bebé2 se va a dormir.

NOTAS Cta 237

1 La madre Inés acababa de escribirle: «¡Angelito mío! Ya no tengo palabras para expresarte mi cariño. No te enfades conmigo, mira qué tristes se pusieron los apóstoles cuando Jesús les dijo que iba a dejarlos pronto... *Sí, pero*... una vez que pasó el golpe, volvieron *llenos de alegría*... Así ocurrirá con la Madrecita. (...) Levántate, paloma querida, el invierno ya ha pasado para ti, la fuente de tus lágrimas se ha secado, vete a gustar los hechizos de la primavera del amor.

«Y *sobre todo*, no me contestes, eso me rompería el corazón» (LC 183, 2(?)/6/1897).

2 Sobre esta expresión cf UC pp. 374-376. Volverá a aparecer en Cta 254, 255, 257.

Cta 238 A Leonia 1

3 de junio de 1897

Querida hermanita, ¡qué hermoso es pensar que un día seguiremos juntas al Cordero durante toda la eternidad...!

Recuerdo del 3 de junio de 1897

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 238

1 Dedicatoria al dorso de una estampa.

Cta 239 A la madre Inés de Jesús1

3 de junio (?) de 1897

Tengo que caminar hasta mi último momento, - que marcará el final de mi tormento, -como el pobre judío errante2.

NOTAS Cta 239

1 Teresa responde a estas líneas de la madre Inés: «No puedo decirte todo lo que ocurre en mi alma respecto a ti. ¡Es inefable! ¿Podré hablarte durante un cuarto de hora, a pesar de tus paseos vagabundos?» (LC 184, 3(?)/6/1897).

2 Endecha del Judío Errante, estrofa 22; cf Cta 217, nota 5.

Cta 240 A sor María de la Trinidad

3 (?) de junio de 1897

J.M.J.T.

Florecita querida de Jesús, lo he comprendido todo muy bien. No hace falta que me digas nada más. El *ojito* que hay en tu cáliz me está indicando lo que debo pensar de esa florecita que eres tú1... Estoy muy contenta y muy reconfortada, pero ya no hay que tener *ganas* de *comer* de la *tierra*. Lo que tiene que hacer la miosotis es abrir, o, mejor, elevar su corola para que el *Pan* de los *ángeles* venga, como un rocío divino, a fortalecerla y a darle todo lo que le falta2.

Buenas noches, pobre florecilla, ¡y créeme que te quiero mucho más de lo que tú te puedes imaginar...!

NOTAS Cta 240

1 Este billete desarrolla el simbolismo de la miosotis, que tanto le gustaba a sor María de la Trinidad (cf Cta 187). Se comprende aquí que la sola mirada de la novicia ya le decía a Teresa en qué estado de ánimo se encontraba aquélla.

2 Sor María de la Trinidad quería privarse de la comunión en castigo por una falta.

Cta 241 A sor Marta de Jesús

Junio de 1897 (?)

J.M.J.T.

Querida hermanita, sí, lo he comprendido todo... Pido a Jesús que haga lucir sobre tu alma el sol de su gracia. No, no temas decirle que *le amas, aun cuando no le sientas*. Ese es el modo de *obligar* a Jesús a socorrerte y a que te lleve como a un niñito que es demasiado débil para caminar.

Es una prueba muy grande verlo todo *negro*. Pero eso no depende en absoluto de ti. Tú haz lo que *puedas*. Despega tu corazón de las *preocupaciones* de la tierra, y sobre todo de las criaturas; y luego ten la seguridad de que Jesús hará lo *demás*. El no permitirá que caigas en el temido *lodazal*... Consuélate, hermanita querida, que en el cielo ya no lo verás *todo negro*, sino *todo blanco*... Sí, todo estará revestido de la *blancura* divina de nuestro Esposo, el Lirio de los valles. *Juntas* le seguiremos adondequiera que vaya... Aprovechémonos del *breve instante* de la vida..., agrademos *juntas* a Jesús, salvémosle almas con nuestros sacrificios... Y sobre todo, seamos *pequeñas*, tan pequeñas que todo el mundo pueda pisarnos con sus pies1, sin siquiera aparentar que lo notamos y que sufrimos por ello...

Hasta pronto, hermanita querida, me alegro de verte...

NOTAS Cta 241

1 Cf Im III,13,3 y Or 20 del 16/7/1897.

Cta 242 A sor María de la Trinidad

J.M.J.T.

Jesús + 6 de junio de 1897

Querida hermanita:

Tu hermosa cartita me alegró el alma. Ya veo que no me he equivocado al pensar que Dios te llama a ser una gran santa, aún siendo *pequeña* y siéndolo cada día más.

Comprendo muy bien que sientas no poder hablarme, pero puedes estar segura de que también yo sufro por no poder hacerlo, y que nunca como ahora he comprendido que tú ocupas un *lugar inmenso* en mi *corazón*...

Algo que me alegra mucho es comprobar que la tristeza no te quita el buen humor: no he podido [vº] por menos de reírme al leer el final de tu carta: ¿de modo que así te burlas de mí? ¿Quién te ha hablado de mis *escritos*1? ¿A qué infolios te refieres? Ya veo que sueltas una mentira para sacar la verdad. Bueno, algún día la sabrás, si no es en la tierra, será en el cielo; pero seguro que no te preocupará demasiado, pues entonces tendremos otras cosas en que pensar...

¿Quieres saber si estoy contenta de ir al paraíso? Lo estaría enormemente *si* fuese a ir, pero... para ello no cuento con la enfermedad, es una conductora muy lenta. *Sólo cuento* ya con el *amor*. Pídele a Jesús que todas las oraciones que se hacen por mí sirvan para aumentar el fuego que ha de consumirme...

[vºtv] Me parece que no vas a poder leerme, lo siento2, pero sólo disponía de unos minutos.

NOTAS Cta 242

1 La reanudación de la biografía de Teresa (Ms C). La madre Inés había obtenido para ello el consentimiento de la madre María de Gonzaga en la noche del 2 al 3 de junio.

2 Cf Cta 232, nota 2.

Cta 243 A sor Genoveva1

J.M.J.T.

7 de junio de 1897

Queridísima hermanita, no busquemos nunca lo que parece grande a los ojos de las criaturas. Salomón, el rey más sabio que hubo jamás en la tierra, después de observar todos los afanes que ocupan a los hombres bajo el sol, la pintura, la escultura y todas las demás artes, comprendió que *todas* esas *cosas* estaban *carcomidas* por la *envidia* recíproca, y exclamó que no eran más que vanidad y aflicción de espíritu...

La sola cosa que nadie *envidia* es el último lugar. Este *último lugar* es, pues lo único que no es vanidad y aflicción de espíritu...

[vº] Sin embargo, «el hombre no es dueño de su camino», y a veces comprobamos con sorpresa que estamos deseando lo que brilla. Entonces, coloquémonos humildemente entre los imperfectos, considerémonos *almas pequeñas* a las que Dios tiene que sostener a cada instante. Cuando él nos ve profundamente convencidas de nuestra nada, nos tiende la mano; pero si seguimos tratando de hacer algo *grande*, aunque sea so pretexto de celo, Jesús nos deja solas. «Cuando parece que voy a tropezar, tu misericordia, Señor, me sostiene» (Salmo XCIII). Sí, basta con humillarse, con soportar serenamente las propias imperfecciones. ¡He ahí la verdadera santidad2!

Cojámonos de la mano, hermanita querida, y corramos al último lugar... Nadie vendrá a disputárnoslo...

NOTAS Cta 243

1 Sor Genoveva fotografió a su hermana en este 7 de junio, lunes de Pentecostés. A pesar de su agotamiento, Teresa tuvo que posar durante mucho tiempo para satisfacer las exigencias de Celina. Esta (según una tradición oral) se impacientó. Este billete parece ser una respuesta a las quejas que le había expresado la novicia.

2 Cf Ms C 2vº, escrito en estos mismos días. Sor María de la Trinidad comenta así esta frase de la Cta 243: «¿Qué santo canonizado ha hablado nunca así? «Nosotras, me decía, no somos santos que lloremos nuestros pecados; nosotras nos alegramos de que nuestros pecados sirvan para glorificar la misericordia de Dios» (Billete a la madre Inés, 8/3/1925).

Cta 244 Al abate Bellière1

J.M.J.T.

9 de junio de 1897

Querido hermanito:

Esta mañana recibí su carta2, y aprovecho un momento en que la enfermera está ausente para escribirle unas últimas palabras de adiós; cuando las reciba, ya habré dejado el destierro... Su hermanita estará unida a su Jesús para siempre; entonces podrá alcanzarle gracias y volar con usted a las lejanas misiones.

¡Qué contenta estoy de morir, querido hermanito...! Sí, estoy contenta, no porque vaya a verme libre de los sufrimientos de aquí abajo (al contrario, el sufrimiento es la única cosa que me parece deseable en este valle de lágrimas), sino porque veo muy claro que ésa es la voluntad de Dios.

Nuestra Madre querría retenerme en la tierra. En este momento se está diciendo por mí un novenario de misas a Nuestra Señora de las Victorias3, que ya me curó una vez en mi niñez4; pero creo que el milagro que ahora haga no va ser otro que [vº] el de consolar a nuestra Madre, que me ama tan tiernamente.

Querido hermanito, en el momento de comparecer delante de Dios, comprendo mejor que nunca que sólo una cosa es necesaria: trabajar *únicamente* por *él* y no hacer nada por uno mismo ni por las criaturas.

Jesús quiere adueñarse por entero de su corazón, quiere que sea usted un gran santo. Para ello tendrá que sufrir mucho, pero también ¡qué alegría inundará su alma cuando llegue al momento feliz de su entrada en la vida eterna...!

Hermano mío, pronto iré a ofrecer su amor a todos sus amigos del cielo y a pedirles que le protejan. Quisiera decirle, querido hermanito, un montón de cosas que comprendo ahora que estoy a las puertas de la eternidad. Pero no muero: entro en la vida, y todo lo que no puedo decirle aquí abajo se lo haré entender desde lo alto de los cielos...

Hasta Dios, hermanito, rece por su hermanita que le dice: *Hasta pronto, ¡hasta vernos* en el *cielo...!*

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind

NOTAS Cta 244

1 Este billete no fue enviado, debido sin duda a una mejoría pasajera. Teresa desarrollará algunas de esas ideas en Cta 253.

2 Cf Cta 247, nota 1.

3 Santuario de París, muy querido por los Martin y los Guérin; cf Ms C 8rº y UC p. 608s.

4 El 13 de mayo de 1883; cf Ms A 30rº,

Cta 245 A la madre Inés de Jesús, sor María del Sgdo. Corazón y sor Genoveva1

Junio (?) de 1897

Al verso

arriba: No lloréis por mí, pues estoy en el cielo con el Cordero y las vírgenes santas...2.

abajo: Veo lo que creí.
Poseo lo que esperé.
Estoy unida a Aquel a quien amé
con toda mi capacidad de amar3.

A ambos lados: Un poquito de este puro amor más provecho hace a la Iglesia que todas esas otras obras juntas4. Por eso es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque, consumándose en breve, no se detengan mucho acá o allá sin ver a Dios5 (San Juan de la Cruz).

Al dorso

Nada encuentro en la tierra que me haga feliz; mi corazón es demasiado grande, nada de lo que en este mundo se llama felicidad puede llenarlo. Mi pensamiento vuela hacia la eternidad, ¡el tiempo va a terminarse...! Mi corazón está sosegado, como un lago tranquilo o un cielo sereno. No añoro la vida de este mundo, mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna... Un poco más, y mi alma dejará la tierra, concluirá su destierro, terminará su lucha... ¡Subo al cielo... llego a la patria..., consigo la victoria...! Voy a entrar en la morada de los elegidos, voy a ver bellezas que el ojo del hombre nunca vio, a escuchar armonías que el oído nunca escuchó, a gozar de alegrías que el corazón nunca gustó... ¡He llegado a esta hora que todas nosotras tanto hemos deseado...! Es gran verdad que el Señor escoge a los pequeños para confundir a los grandes de este mundo... No me apoyo en mis propias fuerzas, sino en las fuerzas de Aquel que en la cruz venció el poder del infierno. Soy una flor primaveral que el dueño del jardín corta para recrearse... Todas nosotras somos flores plantadas en esta tierra y que Dios corta a su tiempo, un poco antes o un poco después... ¡Yo, pequeño efémero, me voy la primera! Un día, nos encontraremos en el paraíso y gozaremos de la verdadera felicidad...!

(Teresa del Niño Jesús copió los pensamientos del angelical mártir Teófano Vénard)6.

NOTAS Cta 245

1 Textos escritos por Teresa en una estampa, como recuerdo de despedida.

2 Adaptación de la tercera lectura de Maitines de la segunda fiesta de santa Inés (28 de enero).

3 Antífona del cántico *Benedictus* de ese mismo oficio.

4 SAN JUAN DE LA CRUZ, cf Cta 221, nota 2; Ms B 4vº; Or 12 rº.

5 ID, Ll 2,34. Esta frase cierra el tercer pasaje que Teresa había señalado con una cruz en el ejemplar que guardaba como libro de cabecera durante su enfermedad. Cf UC pp. 149-422; *Prières*, p. 121).

6 Copiado de la correspondencia que escribió el mártir durante su encarcelamiento, entre el arresto (30/11/1860) y la decapitación (2/2/1861). Teresa había copiado éstos y otros pasajes en su libreta de apuntes. Al transcribirlos para sus hermanas, introdujo algunas mínimas variantes, apropiadas a su propio caso.

Cta 246 A sor María de la Trinidad

13 de junio de 1897

Que el divino Niño Jesús encuentre en tu alma una morada totalmente perfumada por las rosas del amor; que encuentre también en ella la lámpara ardiente de la caridad fraterna1, que hará entrar en calor a sus miembrecitos helados y que alegrará su corazoncito haciéndole olvidar la ingratitud de las almas que no le aman lo suficiente.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
r.c.i.

(13 de junio de 1897)2

NOTAS Cta 246

1 Cf Ms C 11vº y s., palabras escritas alrededor del 12-15 de junio; especialmente 12rº.

2 Domingo de la Santísima Trinidad, onomástico de sor María de la Trinidad. Este texto estaba escrito al dorso de una estampa.

Cta 247 Al abate Belliére

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux

21 de junio de 1897

Jesús +

Querido hermanito:

He dado gracias a Nuestro Señor con usted por la gracia tan señalada que se dignó concederle el día de Pentecostés1. En esa misma hermosa fiesta (hace 10 años) obtuve yo, no de mi director sino de mi padre, el permiso para hacerme apóstol en el Carmelo2. Un motivo más de parecido entre nuestras almas.

Por favor, querido hermanito, ni se le ocurra nunca pensar que «me aburre o me distrae" hablándome mucho de usted. ¿Cómo iba a ser posible que una hermana no tuviese interés *por todo* lo que se refiere a su hermano? Y en cuanto a distraerme, no tiene nada que temer: sus cartas, por el contrario, me unen más a Dios al hacerme [1vº] contemplar de cerca las maravillas de su misericordia y de su amor.

A veces Jesús quiere «revelar sus secretos a los más pequeños". Prueba de ello es que, después de haber leído su primera carta del 15 de oct. del 95, yo pensé lo mismo que su director: usted no puede ser un santo a medias, tendrá que serlo del todo o no serlo en absoluto. Comprendí que usted debía de tener un alma valiente, y por eso me sentí feliz de ser su hermana.

No crea que me asusta al hablarme de «sus años más hermosos desperdiciados". Agradezco a Jesús que lo haya mirado con una *mirada* de *amor* como en otro tiempo miró al joven del Evangelio. Usted, más afortunado que él, ha respondido fielmente a la llamada del Maestro y lo ha dejado todo para seguirlo, y en la *edad más hermosa* de la vida, a los 18 años...

Usted, hermano, igual que yo, puede cantar las misericordias del Señor3, que brillan en usted en todo su esplendor... Usted ama a san Agustín y santa María Magdalena, esas almas a las que «se les han perdonado muchos pecados [2rº] porque amaron mucho". También yo les amo, amo su arrepentimiento, y sobre todo... ¡su amorosa audacia4! Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que *su corazón* ha comprendido los abismos de amor y de misericordia *del corazón de Jesús* y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación.

Querido hermanito, desde que se me ha concedido a mí también comprender el amor del corazón de Jesús, le confieso que él ha desterrado todo temor de mi corazón. El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; pero sobre todo, ese recuerdo me habla de misericordia y de amor. Cuando uno arroja sus faltas, con una confianza enteramente filial, en la hoguera devoradora del Amor, [2vº], ¿cómo no van a ser consumidas para siempre5?

Sé que ha habido santos que pasaron su vida practicando asombrosas mortificaciones para expiar sus pecados. Pero, ¿qué quiere?, «en la casa del Padre celestial hay muchas estancias". Lo dijo Jesús, y por eso yo sigo el camino que él me traza. Procuro no preocuparme ya de mí misma en nada y dejar en sus manos lo que él quiera obrar en mi alma, pues no he elegido una vida de austeridad para expiar mis faltas sino las de los demás.

Acabo de releer estas líneas, y me pregunto si usted me entenderá, porque me he explicado muy mal. No crea que censuro el arrepentimiento que usted tiene de sus faltas y sus deseos de expiarlas. En absoluto, ¡estoy muy lejos de hacerlo! Pero mire, ahora que somos *dos*, el trabajo se hará más rápidamente (y a mí, a *mi estilo*, me cundirá más el trabajo que a usted); por eso espero que algún día Jesús lo hará caminar por el mismo camino que a mí6.

Perdón, querido hermanito, no sé lo que me pasa hoy, pues realmente digo lo que no quisiera decir. No me queda ya sitio para contestar a su [2vºtv] carta. Lo haré en otra ocasión. Gracias por las fechas. Ya he festejado sus 23 años7. Ruego por sus queridos padres, a los que Dios se llevó ya de este mundo, y no olvido a la madre a la que tanto ama8.

Su indigna hermanita,

T. del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 247

1 El 7 de junio, lunes de Pentecostés, el abate Bellière escribía a Teresa: «Ayer, mi muy querida hermana, a la misma hora en que el Espíritu Santo descendía sobre los apóstoles con su luz y con su fuerza, recibía yo sus órdenes de labios de mi Director. Dicho de otra manera, recibía una confirmación casi decisiva de mi vocación y escuchaba esto: Usted tiene una vocación seria, en la que yo creo firmemente y en la cual Dios manifiesta de manera singular su Providencia. Por mil ocasiones de perderse, Dios le ha concedido diez mil de salvarse. Es más, él quiere que sea misionero. El camino está abierto, vaya.

«Y voy a partir, querida hermanita. Pasaré estas vacaciones con mi familia, y el 1 de octubre llegaré a Argel para hacer el noviciado en Maison-Carrée con los Padres Blancos. (...) Si más tarde me ocurre sentir desmayo o desaliento, (...) sabré, hermana, que usted está cerca de mí con su caridad fraternal, y no será ése el menor sostén de mi pobre alma. Usted me ha prometido que, incluso después del destierro, estará a mi lado, y no tengo miedo.

«Adoremos a Dios, hermana mía, ayúdeme a darle gracias. Yo menos que nadie, créame, merecía este honor, en el que no puedo pensar si no es temblando, y este amor de Dios me asusta un poco. Sin embargo, quiero que venza la confianza y entregarme sin reservas, que, por otra parte, es lo que me han pedido. El Padre me ha dicho: Tiene que entregarse enteramente a Dios, que se lo pide todo. Usted no puede estar a su servicio sólo a medias; o es un buen sacerdote, o no es nada. Estos son también mis sentimientos y quiero darme sin cálculos (...)

«Usted me decía no hace mucho: «Siento que nuestras almas fueron hechas para comprenderse». También a mí me lo parece, y, como soy un poco supersticioso respecto a la Providencia, no puedo dejar de establecer algunas semejanzas (pero también ¡cuántas diferencias!).

«Permítame transmitirle algunas con toda sencillez. Unos mismos deseos: almas, apostolado... -usted es ante todo un apóstol, creo yo-. Esa necesidad de entrega a una causa santa. (...)

«Siendo aún muy joven, usted, querida hermanita, se vio privada de las caricias de una madre. Pues ya ve, yo no llegué a conocer a la mía; es más, ella murió por causa mía. Hasta los 10 ó los 11 años yo ignoraba esta desgracia, pues estaba recibiendo de una tía el afecto y las caricias que yo creía eran caricias de una madre, tan dulces y

bienhechoras eran para mí. Por eso siempre llamé «madre» a esta hermana de mi madre, y mi corazón sufrirá [al separarme de ella] tanto como hubiese sufrido si me despidiese de mi madre para ir al lejano apostolado. (...)

«No me sorprendería que tuviésemos también las mismas devociones. A mí me ha convertido el Sagrado Corazón, después de muchas necedades y cobardías. Los años más hermosos de la vida, los que más ama Jesús, yo los he despilfarrado, sacrificando al mundo y a sus locuras los «talentos» que Dios me había prestado. Pero la Santísima Virgen, Nuestra Señora de la Liberación, a la que usted seguramente conoce, me ha ayudado también mucho. San José me ha recibido en su guardia de honor. Y espero mucho de la amistad de los santos Pablo, Agustín, Mauricio, Luis Gonzaga, Francisco Javier, y de las santas Juana de Arco, Celina e Inés (a quienes usted ha cantado), Genoveva, que era una valiente y cuya fiesta está enmarcada entre su nacimiento de usted y su bautismo (3 de enero), Teresa, sobre todo desde que sé que es la santa patrona de mi querida hermanita, María Magdalena, la pecadora a la que Jesús llegó a amar tanto. (...)

«¡Cómo debo de aburrirla y distraerla, mi valiente y querida hermanita, con toda esta palabrería en la que me parece que hablo de mí más de la cuenta! Perdóneme. La verdad, se lo aseguro, es que soy un miserable, y gracias a que usted está ahí Dios me sigue amando todavía. Estoy seguro de que se lo recompensará, y así se lo pido ardientemente.

«Mi muy querida y genial hermanita, yo seré para siempre su agradecido, aunque indigno hermano,

M. Barthélemy Bellière

«No tenga miedo, hermana mía, estoy demasiado celoso de la gracia de Dios que me concede el favor de sus cartas, para que ningún profano penetre en su secreto» (LC 186, 7/6/1897).

2 El 29 de mayo de 1887; cf Ms A 50rº.

3 Tema fundamental del Ms A, que se retoma al principio del Ms C, en curso de redacción.

4 Cf Ms C 36vº.

5 Cf CA 11.7.6 y CG p. 1022+g.

6 El 15 de julio, el abate Bellière escribía a este respecto: «¿Sabe que me abre horizontes nuevos? En su última carta, especialmente, encuentro una serie de reflexiones sobre la misericordia de Jesús, sobre la familiaridad a que él nos invita, sobre la sencillez en las relaciones del alma con nuestro gran Dios, que hasta el presente no me habían conmovido mayormente, sin duda porque nadie me las había presentado con esa sencillez y esa unción que su corazón prodiga. Y pienso como usted. Pero yo sólo llego imperfectamente a esa sencillez exquisita que me parece asombrosa, porque soy un pobre orgulloso y me apoyo todavía demasiado en las cosas creadas.

«No, querida hermanita, no se ha explicado mal, tiene toda la razón. He comprendido bien sus ideas. Y como usted dice tan bien y tan acertadamente, ya que en la práctica somos dos, me fío enteramente de Nuestro Señor y de usted, que es el camino más seguro. Todo lo que me dice lo considero como proveniente del mismo Jesús, tengo plena confianza en usted y me acomodo a su estilo, que quisiera hacer mío» (LC 188, 15/7/1897).

7 El 10 de junio.

8 Su tía, la señora Barthélemy.

Cta 248 A Leonia

Finales de junio (?) de 1897

J.M.J.T.

Mi querida Leonia:

Me *emocionó a más no poder* tu rapidez en complacerme. Te lo agradezco de todo corazón y estoy encantada de la colcha que me has hecho. Es exactamente como yo la quería...

Mañana ofreceré por ti la comunión...

Te *quiero* y te abrazo. Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

Cta 249 A sor María de la Trinidad1

(Fragmentos)

Mediados de julio (?) de 1897

J.M.J.T.

Querida hermanita:

No quiero que estés triste. Sabes bien qué perfección sueño yo para tu alma,

(...)

Compadezco tu debilidad (...), contigo hay que decir *enseguida* lo que se piensa.

(...)

enfermería, debería haberte hecho comprender que te sería más difícil conseguir permiso para venir después de Maitines

(...)

el demonio se aleja

Ahora no me

(...)

comprendido tu lucha y te habría consolado bondadosamente si no lo hubieses dicho en voz alta, sino que

(...)

Adiós, pobre m.2, a quien tendré que llevar muy pronto al cielo. Quiero tenerlo todo entero

NOTAS Cta 249

1 Un día -cuenta la interesada- en que ya no podía más de pena y de luchas porque me tenían alejada de ella (de Teresa) como si fuese una extraña, fui a la enfermería y desahogué mis quejas delante de una de sus hermanas (...). Mi amarga queja apenó a la Sierva de Dios, que me despidió reprochándome severamente mi falta de virtud. ¡Por la noche, me hizo llegar este billete! (Cf CG p. 1024).

2 *«Muñeca»*; cf Cta 136, nota 2.

Cta 250 A sor María de San José

Julio (?) de 1897

J.M.J.T.

Espero que sor Genoveva te haya consolado1. El pensamiento de que ya no estás triste hace desaparecer mi tristeza... ¡Y que *felices* seremos en el cielo! Allí participaremos de las perfecciones divinas y podremos dar a todo el mundo sin vernos obligados a dejar sin nada a nuestros amigos más queridos...

Dios ha [vº] hecho bien en no darnos este poder en la tierra, pues quizás no hubiéramos querido abandonarla. Y además, ¡nos hace tanto bien reconocer que sólo él es perfecto, que sólo él debe bastarnos cuando quita la rama que sostiene al pajarillo! ¡El pájaro tiene alas, está hecho para volar2!

NOTAS Cta 250

1 Seguramente, de no poder entrar en la enfermería, ¿de la que sor Genoveva era la «guardiana»?

2 La rama es evidentemente Teresa, y el pájaro sor María de San José. Esta sufrirá por tener que conformarse con raras y silenciosas visitas a la enfermería. Cf UC p. 479.

Cta 251 A sor Marta de Jesús

Junio-julio (?) de 1897

J.M.J.T.

La pequeña esposa de Jesús no tiene que estar triste, pues Jesús lo estaría también. Debe cantar siempre en su corazón el cántico del amor. Tiene que olvidar sus *pequeñas* penas para consolar las *grandes* penas de su Esposo...

Hermanita querida, no seas una *chiquilla triste* pensando ver que no te comprenden, que te juzgan mal, que te olvidan, sino ríete de todo el mundo procurando actuar como las demás [vº], o, mejor, tratándote a ti misma como [dices que] te tratan las demás, es decir, *olvidándote de todo* lo que no es Jesús y olvidándoTE a ti misma por su amor...

Hermanita querida, no me digas que eso es difícil. Si te hablo así, la culpa es tuya: me has dicho que amas *mucho* a Jesús, y al alma que ama nada le parece imposible1...

Puedes estar segura de que tu billetito me ha *agradado* mucho2...

NOTAS Cta 251

1 Cf Im III,5.4.

2 Cf CA 15.6.2 y 8.7.6.

Cta 252 A la madre Inés de Jesús

13 de julio de 1897

Te quiero mucho, mamaíta, ¡pronto lo verás! ¡Sí, sí...!

Cta 253 Al abate Bellière1

J.M.J.T.

Jesús + 13 de julio de 1897

Querido hermanito:

Cuando lea estas letras, quizás yo no esté ya en la tierra, sino en el seno de las delicias eternas. No conozco el futuro, pero puedo decirle con seguridad que el Esposo está a la puerta. Se necesitaría un milagro para retenerme en el destierro, y no creo que Jesús haga ese milagro inútil.

Querido hermanito, ¡qué contenta estoy de morir! Sí, estoy contenta, no por verme libre de los sufrimientos de aquí abajo (al contrario, el sufrimiento unido al amor es lo único que me parece deseable en este valle de lágrimas). [1vº] Estoy contenta de morir porque veo que ésa es la voluntad de Dios y porque seré mucho más útil que aquí abajo a las almas que amo, y muy especialmente a la suya.

En su última carta a nuestra Madre me pedía que le escribiese a menudo durante las vacaciones. Si el Señor quiere prolongar todavía algunas semanas más mi peregrinación y nuestra Madre lo permite, podría garabatearle aún algunas palabras como éstas. Pero lo más probable es que haga algo más que escribirle a mi querido hermanito, incluso más que hablarle el lenguaje fastidioso de la tierra: estaré *muy cerca* de él, veré todo lo que [2rº] necesita y no dejaré en paz a Dios hasta que me conceda todo lo que quiero... Cuando mi hermanito querido parta para Africa, yo le seguiré, y no ya con el pensamiento o con la oración: mi alma estará siempre con él, y su fe le hará descubrir la presencia de una hermanita que Jesús le dio, no para que le sirviera de apoyo durante apenas dos años, sino *hasta el último día de su vida*.

Todas estas promesas, hermano, tal vez puedan parecerle un tanto quiméricas; sin embargo, debe empezar a saber que Dios siempre me ha tratado como a una niña mimada. Es verdad que su cruz me ha acompañado desde la cuna, [2vº] pero Jesús me ha hecho amar apasionadamente esa cruz y me ha hecho siempre desear lo que él quería darme2. ¿Va a empezar entonces en el cielo a no colmar ya mis deseos? La verdad, no puedo creerlo, y le digo: «Pronto, hermanito, estaré cerca de usted".

Se lo suplico, pida mucho por mí, ¡necesito tanto las oraciones en este momento! Pero *sobre todo*, pida por *nuestra Madre*; ella quisiera retenerme todavía mucho tiempo aquí abajo, y para conseguirlo esta venerada Madre ha mandado decir un novenario de Misas a Nuestra Señora de las Victorias que ya me curó en la niñez; pero yo, sabiendo que el milagro no se realizará, he pedido y alcanzado de la Santísima Virgen que ella consuele un poco el corazón de mi Madre, o, mejor, que le haga consentir en que Jesús me lleve al cielo.

[2rtv] *Hasta Dios*, hermanito, *hasta pronto*, hasta que *volvamos a vernos* en el hermoso cielo.

T. del Niño Jesús y de la Santa Faz
rel. carm.

NOTAS Cta 253

1 Esta carta retoma varias ideas del billete de despedida del 9 de junio (Cta 244), que no fue enviado.

2 Cf CA 13.7.15, frase idéntica a la de ese día, y Ms C 31rº; cf UC p. 400.

Cta 254 Al P. Roulland

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux

14 de julio de 1897

Jesús +

Hermano:

Me dice en su última carta (que me ha gustado mucho): «Soy como un *bebé* que está aprendiendo a hablar"1. Pues bien, desde hace cinco o seis semanas, también yo soy como un bebé, pues sólo vivo de *leche*2, pero pronto iré a sentarme en el banquete celestial, pronto iré a apagar mi sed en las aguas de la vida eterna. Para cuando usted reciba esta carta, seguramente yo habré dejado ya la tierra. El Señor, en su infinita misericordia, me habrá abierto ya su reino y podré disponer de sus tesoros para prodigarlos a las almas que amo.

Puede estar seguro, hermano, de que su hermanita mantendrá sus promesas, y que su alma, libre ya del peso de su envoltura mortal, volará feliz hacia las lejanas regiones que usted está evangelizando. Lo sé, hermano mío: le voy a ser mucho más útil en el cielo que en la tierra; por eso vengo, feliz, a anunciarle mi ya próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que usted compartirá mi alegría y dará gracias al Señor por darme los medios de ayudarlo a usted más eficazmente en sus tareas apostólicas.

Tengo la confianza de que no voy a estar inactiva en el cielo. Mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas. Así se lo pido a Dios, y estoy segura de que me va a escuchar. ¿No están los ángeles continuamente ocupados de nosotros, sin dejar nunca de contemplar el rostro de Dios y de abismarse en el océano sin orillas del amor3? ¿Por qué no me va a permitir Jesús a mí imitarlos?

Ya ve, hermano, que si abandono el campo de batalla, no es con el deseo egoísta de irme a descansar. El pensamiento de la felicidad eterna apenas si hace estremecerse a mi corazón: desde hace mucho tiempo, el sufrimiento se ha convertido en mi cielo aquí en la tierra, y realmente me cuesta entender cómo voy a poder aclimatarme a un país en el que reina la alegría sin mezcla alguna de tristeza. Será necesario que Jesús transforme mi alma y le dé capacidad para gozar; de lo contrario, no podré soportar las delicias eternas.

Lo que me atrae hacia la patria del cielo, es la llamada del Señor, es la esperanza de poder amarle al fin tanto como he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar por una multitud de almas que lo bendecirán eternamente.

Hermano mío, ya no va a tener tiempo para hacerme sus encargos para el cielo, pero los adivino. Además, sólo tiene que decírmelos muy bajito, y yo le escucharé y llevaré fielmente sus mensajes al Señor, a nuestra Madre Inmaculada, a los ángeles y a los santos que usted ama. Yo pediré para usted la palma del martirio y estaré cerca de usted sosteniéndole la mano para que pueda recoger sin esfuerzo esa palma gloriosa, y luego volaremos juntos jubilosos a la patria celestial, rodeados de todas las almas que usted ha conquistado.

Adiós, hermano, rece mucho por su hermanita, rece *por nuestra Madre*, a cuyo corazón sensible y maternal le cuesta tanto aceptar mi partida. Cuento con usted para consolarla.

Soy, para toda la eternidad, su hermanita

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 254

1 «Aquí estoy como un bebé, sin saber hablar y aprendiendo la lengua en una familia cristiana», escribía el P. Roulland a Teresa (LC 178, 29/4/1897).

2 Desde la semana de Pentecostés Teresa sigue un régimen lácteo.

3 Cf ARMINJON, *op. cit.*, p. 302 y CA 17.7.

Cta 255 A los señores Guérin

J.M.J.T.

Jesús 16 de julio de 1897

Mis queridos tíos:

Me siento enormemente feliz de poder demostrarles que su Teresita no ha abandonado todavía el destierro, pues sé que esto les llenará de alegría. Sin embargo, creo, queridos familiares, que su alegría será todavía mucho mayor cuando, en vez de leer unas pocas líneas trazadas con mano temblorosa, sientan mi alma cerca de la suya.

Sí, estoy segura de que Dios me permitirá derramar a manos llenas sus gracias sobre ustedes y sobre mi hermanita Juana y su Francis. Escogeré para ellos el querubín más hermoso del cielo [1vº] y pediré a Jesús que se lo regale a

Juana para que llegue a ser «un gran pontífice y un gran santo"1. Si no soy escuchada, mi querida hermanita tendrá realmente que renunciar al deseo de ser madre aquí en la tierra, pero podrá alegrarse pensando que en el cielo «el Señor le dará el gozo de ver que es *madre* de *muchos hijos*"2, como lo prometió el Espíritu Santo al cantar por boca del rey profeta esas palabras que acabo de escribir. Esos hijos serán las almas que su sacrificio, aceptado con entereza, hará nacer a la vida de la gracia; pero confío que le podré alcanzar *mi querubín*, es decir, un alma que sea su *copia* fiel, pues un querubín no va a querer desterrarse ni siquiera para recibir las dulces caricias de una madre...

Me doy cuenta de que no voy a tener espacio en esta carta para decir todo lo que quisiera. [2rº] Quería, queridos tíos, contarles detalladamente mi comunión de esta mañana3, que ustedes hicieron que fuese tan emocionante, o, mejor dicho, tan triunfante, con sus ramos de flores. Dejo que mi querida hermanita sor M. de la Eucaristía les cuente los detalles, y sólo quiero decirles que ella cantó antes de la comunión una coplilla que yo había compuesto para esta mañana4. Cuando Jesús estuvo en mi corazón, volvió a cantar esta estrofa de «Vivir de amor": ¡Morir de amor, dulcísimo martirio! No acierto a decirles lo digna y hermosa que era su voz. Me había prometido no llorar por complacerme, y mis esperanzas se vieron rebasadas. Jesús debió *escuchar* y comprender perfectamente lo que espero de él, y eso era justamente lo yo que quería...

[2vº] Ya sé que mis hermanas les han hablado de mi alegría. Es verdad que soy como un pinzón, excepto cuando tengo fiebre; por suerte, la fiebre sólo viene a visitarme al anochecer, a la hora en que los pinzones duermen, con la cabeza escondida bajo el ala. No estaría tan alegre como estoy si Dios no me enseñase que la única alegría posible en la tierra es cumplir su voluntad. Un día creo estar a las puertas del cielo, al ver el aire consternado del Sr. de Cornière, y al día siguiente se va muy contento, diciendo: Estás en vías de curación... Lo que pienso yo (pobre *niñito* de *leche*5) es que no me curaré, pero que podría *ir tirando* así todavía mucho tiempo.

Hasta Dios, queridos tíos, sólo en el cielo podré expresarles todo mi cariño; mientras *vaya tirando*, mi lápiz será incapaz de hacerlo.

Su hijita,

T. del Niño Jesús
r.c.i.

NOTAS Cta 255

1 Cf Cta 152, nota 2.

2 Cf Cta 178, nota 6.

3 Cf CA 15.7.3 y UC p. 631.

4 «Tú que conoces mi infinita nada» (PS 8); UC p. 398.

5 Cf Cta 254, nota 2.

Cta 256 A sor Marta de Jesús

16 (?) de julio de 1897

J.M.J.T.

Querida hermanita:

En este momento me acuerdo de que no te he felicitado el cumpleaños1. Créeme que este olvido me *parte el corazón*, tenía mucha ilusión por hacerlo: quería regalarte la oración sobre la humildad2. Aún no he terminado de copiarla, pero pronto la tendrás.

Tu gemela3, que no puede dormirse sin [vº] enviarte este billete,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 256

1 Ese día 16 de julio sor Marta cumplía treinta y dos años.

2 «Oración para obtener la humildad», compuesta por Teresa (Or 20).

3 Teresa y Marta son casi gemelas de profesión, con una diferencia de apenas quince días: 8 y 23 de septiembre de 1890.

Cta 257 A Leonia

J.M.J.T.

Jesús + 17 de julio de 1897

Querida Leonia:

Me siento feliz de poder conversar contigo una vez más. Hace unos días no pensaba volver a tener ya este consuelo en la tierra, pero parece que Dios quiere prolongar un poco más mi destierro. No me aflijo por ello, pues no quisiera entrar en el cielo ni un minuto antes por mi propia voluntad. La única felicidad que hay en la tierra es esforzarnos por encontrar siempre deliciosa la porción que Jesús nos ofrece, y la tuya es muy bella, querida [vº] hermanita: si quieres ser santa, a ti te resultará muy fácil, pues en lo hondo de tu corazón el mundo no es nada para ti. Tú puedes, por tanto, igual que nosotras, ocuparte de «la única cosa necesaria", es decir, que, aun entregándote con entusiasmo a las obras exteriores, tu *único* objetivo sea: agradar a Jesús y unirte más íntimamente a él.

Quieres que en el cielo ruegue por ti al Sagrado Corazón. Puedes estar segura de que no me olvidaré de darle tus encargos y de pedirle encarecidamente todo lo que necesites para llegar a ser una *gran santa*.

Hasta Dios, hermana querida. Yo quisiera que el pensamiento de mi entrada en el cielo te llenase de alegría, ya que allí podré amarte todavía más.

Tu hermanita,

T. del Niño Jesús

[vºtv] Ya te escribiré más despacio otra vez, ahora no puedo, pues el bebé necesita irse a dormir1.

NOTAS Cta 257

1 Cf CG p. 1037+c.

Cta 258 Al abate Bellière

18 de julio de 1897

Jesús +

Mi pobre y *querido* hermanito:

Su dolor me *llega al alma*1, pero mire qué bueno es Jesús, que permite que pueda volver a escribirle para tratar de consolarle, y seguro que no será la última vez. Nuestro buen Salvador escucha sus quejas y sus oraciones, y por eso me deja todavía en la tierra. No crea que me aflijo por ello. No, querido hermanito; al contrario, pues en esta forma de obrar de Jesús veo cuánto le quiere a usted...

No cabe duda que me he explicado mal en mi última cartita, ya que me dice, queridísimo hermanito, que «no le pida esa *alegría* que yo siento al acercarse la *Felicidad*". Si por unos instantes pudiera usted leer en mi alma, ¡qué sorprendido quedaría2! El pensamiento de la felicidad del cielo no sólo no me produce ninguna alegría, sino que a veces incluso me pregunto cómo voy a poder ser feliz sin sufrir. Jesús, sin duda, cambiará mi naturaleza; de lo contrario, echaré de menos el sufrimiento y este valle de lágrimas. Nunca he pedido a Dios morir joven, [1vº] me habría parecido cobardía; pero él ha querido darme, desde mi más tierna infancia, la íntima convicción de que mi carrera aquí abajo sería corta. Así pues, lo único que constituye toda mi alegría es el pensamiento de hacer la voluntad de Dios.

Querido hermanito, ¡cómo me gustaría verter en su alma el bálsamo del consuelo! Pero lo único que puedo es hacer mías las palabras de Jesús en la última cena. No creo que se ofenda, pues soy su esposa y, por consiguiente, sus bienes son míos3. Le digo, pues, como él decía a sus íntimos: «Me voy a mi Padre. Pero por haberos dicho esto, la

tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, lo que os digo es la verdad: os conviene que yo me vaya. Vosotros ahora sentís tristeza, pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría".

Sí, estoy segura: después de mi entrada en la vida, la tristeza de *mi querido hermanito* se cambiará en una *alegría serena* que ninguna criatura podrá arrebatarle.

Estoy segura: tenemos que ir al cielo por el mismo camino, por el del sufrimiento unido al amor. Cuando llegue a puerto, querido hermanito de mi alma, le enseñaré cómo navegar por el mar tempestuoso del mundo con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre lo ama [2rº] y no puede dejarlo solo en la hora del peligro.

¡Cómo me gustaría hacerle comprender la ternura del Corazón de Jesús y lo que él espera de usted! Su carta del día 144 hizo que mi corazón se estremeciera de alegría: comprendí mejor que nunca hasta qué punto nuestras almas son gemelas, pues también la suya está llamada a elevarse hacia Dios por el ASCENSOR del amor, en vez de tener que subir la dura *escalera* del temor... No me extraña en absoluto que el trato familiar con Jesús le parezca algo difícil de realizar, no se puede llegar a ello en un día; pero estoy segura de que le ayudaré mucho más a caminar por este camino deleitoso cuando me vea liberada de mi envoltura mortal, y que pronto podrá decir con san Agustín: «El amor es el peso que me arrastra5".

Quisiera tratar de hacerle comprender con una comparación muy sencilla6 cómo ama Jesús a las almas que confían en él, aun cuando sean imperfectas. Supongamos que un padre tiene dos hijos traviesos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que uno de ellos se echa a temblar y se aleja de él aterrorizado, llevando en el corazón el sentimiento de que merece ser castigado; y que su hermano, por el contrario, se arroja en los brazos de su padre diciendo que lamenta haberlo disgustado, que lo quiere y que, para demostrárselo, será bueno en adelante; si, además, este hijo pide a su padre [2vº] que lo *castigue* con un *beso*, yo no creo que el corazón de ese padre afortunado pueda resistirse a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce. Sin embargo, no ignora que su hijo volverá a caer más de una vez en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez por el corazón... Sobre el primer hijo, querido hermanito, no le digo nada, usted mismo comprenderá si su padre podrá amarle tanto y tratarle con la misma indulgencia que al otro...

¿Pero por qué hablarle de la vida de confianza y de amor? Me explico tan mal, que tendré que esperar al cielo para hablarle de esta vida tan feliz. Lo que yo quería hoy hacer era consolarlo. ¡Qué feliz me sentiría si usted aceptase mi muerte como la acepta la madre Inés de Jesús! Usted seguramente no sabe que ella es dos veces mi hermana y que es quien me hizo de madre en mi niñez. Nuestra Madre temía mucho que su temperamento sensible y el gran cariño que me tiene le hiciesen muy amarga mi partida. Ha ocurrido lo contrario: habla de mi muerte como de una fiesta, y eso es un gran consuelo para mí. Por favor, querido hermanito, trate de convencerse, como ella, de que, en vez de perderme, me *va a encontrar* y de que ya nunca lo abandonaré. Y pida esta misma gracia para la Madre, a quien usted ama y a quien yo amo aún más que usted, pues es mi Jesús visible.

Le daría gustosa lo que me pide7 si no hubiese hecho voto de pobreza; pero, por haberlo hecho, no puedo disponer ni siquiera de una estampa. La única que puede complacerle es nuestra Madre, y sé que ella [2vºtv] cumplirá sus deseos. Precisamente en vista de la proximidad de mi muerte, una hermana me ha hecho una fotografía el día del santo de [1vºtv] nuestra Madre. Las novicias, al verme, exclamaron que había adoptado un aire solemne8, por lo visto ordinariamente estoy más sonriente. Pero, créame, hermanito, que si mi foto no le sonríe, mi [2rºtv] *alma* no cesará de *sonreírle* cuando esté cerca de usted.

Hasta Dios, mi *querido* y *muy amado hermano*. Esté seguro de que por toda la eternidad seré su *verdadera hermanita*,

T. del Niño Jesús
r.c.i.

NOTAS Cta 258

1 Tras recibir la carta 253 y otra carta «desolada» de la madre María de Gonzaga, el abate Bellière escribía a esta última: «¡Vaya!, estoy llorando como cuando nos golpea una gran desgracia» (17/7/1897). Y dirigía a Teresa esta carta llena de dolor: «¡Pobre hermanita mía, qué golpe para mi pobre corazón! ¡Estaba tan poco preparado para eso! No le pida la alegría que usted siente al acercarse la Felicidad: sigue atado a su pesada cadena y remachado fuertemente a su cruz. Usted va a partir, querida hermanita, y él se queda solo una vez más. Sin madre, sin familia, se había concentrado en la caridad de su hermana, había convertido en dulce costumbre esa santa intimidad, era feliz (sí, muy feliz) al sentir cerca de sí esa mano amiga que lo consolaba, lo fortalecía o lo levantaba. Avanzaba sonriente por el camino de la cruz porque ya no se sentía solo. Era feliz y esperaba con impaciencia el momento de lanzarse al desierto, porque tenía la confianza de que iba a ser apoyado. El único afecto terreno que le quedaba lo iba a romper, contando para compensarlo con el que Jesús le había brindado en la persona de un ángel de la tierra. Y he aquí que Jesús le quita este bien en el momento en que más parecía desearlo. ¡Qué duro es esto y qué penoso para un alma mal afianzada en Dios! Sin embargo, ¡fiat! ¡fiat!, ya que usted, hermana, va a ser feliz para siempre. Sí, es justo, y yo soy un egoísta. Parta, hermanita, no haga esperar más a Jesús, que está impaciente por llevársela. Déjeme a mí batallar, llevar la cruz, caer bajo su peso y morirme de pena. Usted, sin embargo, estará allí a mi lado, me lo ha prometido y cuento con ello; ésta es mi última esperanza para el presente y para el porvenir. Usted estará conmigo, cerca de mí; su alma guiará la mía, le hablará y la consolará, a menos que Jesús, enfadado por mis quejas, no lo quiera así. Pero usted, hermanita, su niña mimada, convertida en su esposa y reina con él, ganará mi causa y me atraerá hacia él en el último día, usted sabrá por qué camino, por el más rápido, el martirio, si él lo quiere. - A pesar de todo, doy gracias al Maestro: con esta nueva lección, él me enseña a desapegarme de todo lo que es pasajero y a no poner los ojos más que en él.

«Parta, pues, querida hermanita de Dios, y hermanita mía también. Dígale a Jesús que yo quisiera amarle, mucho, con todo mi ser. Enséñeme a amarle como usted. Dígale a María que la quiero con toda el alma. A mis santos, a los que usted ya conoce, dígales también mi amor. Y usted, que va a convertirse en mi santa predilecta, usted, hermanita mía, ¡bendígame y sálveme (...)!» (LC 189, 17/7/1897).

2 La prueba de la fe, que Teresa padece desde hace quince meses, no afloja: «Todo carga sobre el cielo» (CA 3.7.3).

3 Cf Ms C 34vº.

4 Del 15 de julio en realidad; véase Cta 247, nota 6.

5 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 13, 9.

6 Cf Cta 191.

7 El abate Bellière escribía también a Teresa el 17 de julio: «Déjeme, por favor, alguna cosa suya, el crucifijo, si quiere» (LC 189).

8 *Visage de Thérèse de Lisieux*, nº 43, foto tercera del 7 de junio. Teresa se enderezó para dominar su agotamiento; cf Cta 243, nota 1.

Cta 259 A sor Genoveva

J.M.J.T.

22 de julio de 1897

Fiesta de Sta. María Magdalena

Jesús +

«Que el justo me golpee por compasión hacia los pecadores, pero que ungüento del impío no perfume mi cabeza».

Yo sólo puedo ser golpeada y probada por los justos, pues todas mis hermanas son gratas a Dios. Es menos amargo ser golpeada por un pecador que por un justo; pero por compasión hacia los pecadores y para obtener su conversión, [vº] yo te pido, Dios mío, ser golpeada en su favor por las almas justas que me rodean. Te pido también que el *ungüento* de las alabanzas, tan dulce para la naturaleza, no perfume mi cabeza, es decir, mi espíritu, haciéndome creer que tengo unas virtudes que apenas he practicado algunas veces.

¡Oh, Jesús!, tu nombre es como *ungüento* derramado, y en ese divino perfume quiero yo bañarme toda entera, lejos de la mirada de las criaturas...

Cta 260 A los señores Guérin

24-25 (?) de julio de 1897

J.M.J.T.

Teresita agradece mucho a su tía querida la preciosa carta que le ha enviado; y le da gracias también a su tío querido por el deseo que tenía de escribirle; y a su hermanita Leonia, que la embelesa por su abandono y por su cariño *a toda prueba*.

Teresita envía regalos a todos los suyos (¡por desgracia, unas flores tan efímeras como ella...!)

(*Importantísimas explicaciones* para la distribución de las flores):

Va *un pensamiento* para mi tío y *otro pensamiento* para mi tía (sin contar todos los que brotan para ellos en el jardincito de mi corazón).

Los dos capullos de rosa son para Juana y Francis, y el que va solo es para Leonia.

Junto con las flores, Teresita quisiera enviar a sus queridos familiares todos los frutos del Espíritu Santo, ¡y muy especialmente el de la *Alegría*!

Cta 261 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Jesús + 26 de julio de 1897

Querido hermanito:

¡Cómo me ha gustado su carta1! Si Jesús escuchó sus plegarias y por ellas prolongó mi destierro, también escuchó, en su amor, las mías, puesto que usted está resignado a perder «mi presencia y mi acción sensible», como dice.

Déjeme, hermanito, que le diga una cosa: Dios le tiene reservadas a su alma sorpresas muy agradables. Su alma, así me lo escribe, «está poco acostumbrada a las cosas sobrenaturales»; pues yo, que para algo soy su hermanita, le prometo hacerle saborear, después de mi partida para la vida eterna, la dicha que puede experimentarse al sentir cerca de sí a un alma amiga. Ya no será esta correspondencia, más o menos espaciada, siempre demasiado incompleta y que usted parece echar en falta, sino una conversación fraterna que maravillará a los ángeles, una conversación que las criaturas no podrán censurar porque estará escondida para ellas.

¡Y qué estupendo me parecerá verme libre de estos despojos mortales que me harían ver a mi hermanito como a un extraño y como a un indiferente, si *por un imposible* me encontrase delante de él entre muchas personas...! Por favor, hermano, no imite a los hebreos, que añoraban «las cebollas de Egipto». [1vº] Demasiado le he servido, de un tiempo acá, esas hortalizas que hacen *llorar* si las acercamos sin cocer a los ojos.

Ahora mi sueño es compartir con usted «el maná *escondido*» (Apocalipsis) que el Todopoderoso prometió dar «al vencedor». Este *maná* celestial le atrae a usted menos que las «cebollas de Egipto» sólo porque está *escondido*; pero estoy segura de que, en cuanto yo pueda ofrecerle un alimento totalmente espiritual, no echará ya más en falta el que le habría dado si me hubiese quedado todavía mucho tiempo en la tierra.

Sí, su alma es demasiado grande para apegarse a ningún consuelo de aquí abajo. Tiene que vivir por anticipado en el cielo, pues Jesús nos dijo: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». ¿Y no es *Jesús* su *único tesoro*? Pues si él está en el cielo, allí debe morar su corazón. Y se lo digo con toda sencillez, querido hermanito: me parece que le va a ser más fácil vivir con Jesús cuando yo esté ya junto a él para siempre.

Muy mal tiene que conocerme para temer que una relación detallada de sus faltas pueda disminuir el cariño que siento por su alma. Créame, hermano, que no necesitaré «tapar con la mano la boca a Jesús». Hace ya mucho tiempo que tiene olvidadas sus infidelidades, y sólo tiene presentes sus deseos de perfección para alegrar su corazón. Se lo ruego, no se *arrastre* a sus *pies*, siga ese «primer impulso que lo lleva a sus brazos». [2rº] Ese es su sitio, y en esta carta he comprobado más aún que en las demás que le está *prohibido* ir al cielo por otro camino que no sea el de su pobre hermanita.

Estoy completamente de acuerdo con usted: «al Corazón de Dios le entristecen más las mil pequeñas indelicadezas de sus amigos que las faltas, incluso graves, que cometen las personas del mundo». Pero, querido hermanito, yo pienso que eso es *sólo* cuando los suyos, sin darse cuenta de sus continuas indelicadezas, hacen de ellas una costumbre y no le piden perdón; sólo entonces Jesús puede decir aquellas palabras conmovedoras que la Iglesia pone en nuestra boca durante la semana santa: «Esas llagas que veis en mis manos son las que me hicieron en

casa de mis *amigos*». Pero cuando sus *amigos*, después de cada indelicadeza, vienen a pedirle perdón echándose en sus brazos, Jesús se estremece de alegría y dice a los ángeles lo que el padre del hijo pródigo dijo a sus criados: «Sacad enseguida el mejor traje, y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y hagamos una fiesta».

Sí, hermano mío, ¡qué poco conocida es la *bondad* y el *amor misericordioso* de Jesús...! Es cierto que, para gozar de estos tesoros, hay que humillarse, reconocer la propia nada, y eso es lo que muchas almas no quieren hacer. Pero, hermanito, ésa no es su manera de actuar. Por eso el camino de la confianza sencilla y amorosa está hecho a la medida para usted. Yo quisiera que usted fuese *muy llano* con Dios, pero también... conmigo. ¿Le sorprende la frase? Lo digo, [2vº] querido hermanito, porque me pide *perdón* «por su *indiscreción»*, consistente en desear saber si en el mundo esta *su hermana* se llamaba Genoveva. A mí esa pregunta me parece completamente natural, y para demostrárselo voy a darle algunos detalles acerca de mi familia, pues no ha sido bien informado.

Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que [de] la tierra. Pidieron al Señor que les diese muchos hijos y que los tomara para sí. Su deseo fue escuchado: cuatro angelitos volaron al cielo, y las 5 hijas que quedaron en la arena tomaron por esposo a Jesús. Mi padre, como un nuevo Abraham, subió por *tres veces*, con un valor heroico, la montaña del Carmelo para inmolar a Dios lo que tenía de más querido. Primero fueron las dos mayores; después la tercera de sus hijas2, por consejo de su director y conducida por nuestro incomparable padre, hizo una prueba en un convento de la Visitación (Dios se contentó con la aceptación; *más tarde* volvió al mundo, donde vive como si estuviera en el claustro). Al Escogido de Dios no le quedaban ya más que dos hijas, una de 18 años y la otra de 14. Esta «*Teresita*», le pidió volar al Carmelo, lo que obtuvo sin dificultad de su buen padre, que llevó su condescendencia hasta acompañarla primero a Bayeux y después a Roma, con el fin de remover los obstáculos que retardaban la inmolación de la que él llamaba su reina. Y una vez que la condujo al puerto, dijo a la *única hija* que le quedaba3: «Si quieres seguir el ejemplo de tus hermanas, tienes mi consentimiento, no te preocupes por mí». El ángel que debía sostener la ancianidad de ese santo le contestó que, *después de su partida para el cielo*, ella volaría también hacia el claustro, lo que llenó de alegría a quien no vivía ya más que para Dios4.

Pero una vida tan hermosa debía ser coronada con una prueba digna de ella. Poco tiempo después de mi partida, el padre a quien tan merecidamente amábamos sufrió un ataque de parálisis en las piernas, que se repitió varias veces; pero no podía quedarse todo ahí, pues entonces la prueba habría sido demasiado suave, ya que aquel heroico patriarca se había ofrecido a Dios como víctima5. Por eso la parálisis cambió su curso y afectó a la cabeza venerable de la víctima que el Señor había aceptado...

Ya no me queda espacio para contarle algunos detalles conmovedores. Sólo quiero decirle que tuvimos que beber el cáliz hasta las heces y separarnos de nuestro adorado padre durante tres años, confiándole a manos religiosas, pero extrañas. [2vºtv] Él aceptó esta prueba, aun comprendiendo toda la humillación que entrañaba, y llevó su heroísmo hasta no querer que pidiésemos su curación.

[2rºtv] Hasta Dios, querido hermanito, espero volver a escribirle si el temblor de mi mano no va en aumento, pues me he visto obligada a escribir la carta en varias veces.

Su hermanita, no *«Genoveva»*, sino *«Teresa»* del Niño Jesús de la Santa Faz.

NOTAS Cta 261

1 Una carta larga y de una gran confianza, de la que entresacamos algunos párrafos: «Mi santa y querida hermanita: ¡Lo he logrado! ¡Y qué fácil ha sido! Tengo su fotografía (...) A pesar de que haya «adoptado un aire solemne», como usted dice, querida hermana, yo la he encontrado igualita a como la conocía, muy buena, muy cariñosa, y -sí, sí- sonriente, diga usted lo que diga. Gracias por su condescendencia al darme esta alegría de tenerla casi realmente junto a mí, siempre conmigo. ¿Qué será cuando su propia alma anime esos rasgos, sonriéndole a la mía y viviendo de su vida? Eso será ya el cielo. ¿Y aún encontraré yo la manera de ser desdichado? ¿Cómo puede ser posible el menor sufrimiento cuando un rincón del cielo ilumina toda una vida? Pero, ¿sabe una cosa?, tengo miedo a que Jesús le cuente todas las penas que yo le he causado, toda mi miseria, y que entonces se enfríe su cariño. ¡Si supiera lo miserable que soy...! Si llega a ocurrir eso, ciérrele la boca desde el primer momento y venga, pues sin

usted yo no puedo mantenerme en pie. (...) ¿Así que va a embarcarse conmigo para Africa? Primero, al noviciado (...) Y después de tres años, saldremos para el desierto, seremos misioneros. Allí usted se encontrará como pez en el agua. No nos faltará el sufrimiento, pero entonces yo seré su representante, porque usted ya no sufrirá. (...)

«Doy gracias a Jesús que ha querido dejarla un poco más entre nosotros. ¡Sí, cierto, cómo nos ama! Yo le he rezado mucho, le he exigido, le he gritado, y él se ha dejado vencer por nuestro dolor y nuestras lágrimas. Sin embargo, yo estaba resignado. En un primer momento la impetuosidad del dolor se desahogó en voz alta, luego vino la calma, y al final acabé pensando como usted. Sí, es bueno que se vaya. Además, así estará más cerca de mí. Pero mire una cosa: su presencia -o al menos su acción- ya no será sensible como ahora, y yo, que estoy poco acostumbrado a las cosas sobrenaturales, no logro hacerme a la idea de que usted estará realmente más presente en mi acción. No importa, ya no protesto, estoy preparado para su partida, quizás en parte debido a que no me parece tan inminente, ya que usted aún sigue viva.

[Me dice], «hermanita, que se siente feliz de saber que he entrado en el Amor por el camino de la confianza. Creo, igual que usted, que ése es el único camino que puede conducir al puerto. En mis relaciones con los hombres nunca he hecho nada por temor. Nunca pude obedecer a la fuerza; los castigos de los profesores me dejaban frío, mientras que las reprensiones hechas con cariño y con dulzura hacían que se me saltasen las lágrimas y me inducían a pedir disculpas y a hacer promesas que ordinariamente cumplía. Con Dios me ocurría casi lo mismo. Si me presentaban a un Dios airado, con la mano siempre armada para descargarla, me entraba el desaliento y no hacía nada. Pero si miro a Jesús esperando pacientemente mi regreso y concediéndome una nueva gracia después de haberle pedido yo perdón por una nueva falta, me siento vencido y reanudo la marcha. Lo que ahora a veces me retiene no es Jesús, sino yo mismo: tengo vergüenza de mí mismo y, en vez de arrojarme en los brazos de este amigo, apenas me atrevo a arrastrarme a sus pies. Con frecuencia, un primer impulso me lanza a sus brazos, pero me detengo enseguida a la vista de mi miseria, y no me atrevo. Dígame, hermanita, ¿me equivoco? Pienso que al Corazón de Dios le entristecen mucho más las mil pequeñas cobardías e indelicadezas que le hacen sus amigos, que otras faltas, incluso graves, que escapan al control de la naturaleza. Usted me comprende y me hará generoso, irreprochable con Jesús.

«(...) Gracias a usted y a su familia supe yo que había un Carmelo en Lisieux. Unos compañeros míos de Lisieux hablaban un día entre ellos de una tal familia Martin que había dado tres hijas al Carmelo, y de otros parientes más lejanos. Una de las hijas había entrado a los 15 quince años, y otra después de haber cuidado de una manera admirable hasta el final al afortunado de su padre. Yo me encontraba presente, y más tarde, cuando pensé en pedir una hermana al Carmelo, buscando adónde podría dirigirme, me acordé de que había un Carmelo en Lisieux. Y ya ve qué coincidencia: su hermana me recibió y usted, la única de la que yo había oído hablar, me fue dada por hermana. Cuando recibí sus «fechas», me impresionaron las semejanzas, y saqué algunas conclusiones. ¿Me he equivocado? ¿No es usted la que en el mundo se llamaba la señorita Genoveva Martin? Le pido perdón por mi indiscreción, pero usted me ha enseñado a no tener nada oculto. Eso es. Sin embargo, una vez más perdón». (LC 191, 21/7/1897).

2 Leonia.

3 Celina.

4 Cf en *Histoire d'un âme* (ed. 1989, p. 347, nota 23) el añadido de la madre Inés: «Ven (dijo), vamos juntos ante el Santísimo Sacramento para dar gracias al Señor por las gracias que ha concedido a nuestra familia y por el honor que hace escogiendo a sus esposas en mi casa. Sí, (...) si yo tuviese algo mejor, me apresuraría a ofrecérselo». Ese algo mejor *¡era él mismo!* Y el Señor lo aceptó como hostia de holocausto, lo probó como al oro en el crisol y lo encontró digno de sí. (Sb 3, 6).

5 *Ibid*., p. 347, nota 19: «Madre mía, ¿te acuerdas de ese día, de esa visita al locutorio en que nos dijo: «Hijas, vengo de Alençon, donde he recibido en la iglesia de Nuestra Señora gracias tan grandes y tales consuelos, que he hecho esta oración: ¡Dios mío, es demasiado! Sí, soy demasiado feliz, no se puede ir al cielo así, quiero sufrir algo por ti. Y me he ofrecido...»? La palabra *víctima* expiró en sus labios, no se atrevió a pronunciarla delante de nosotras, pero nosotras comprendimos».

Cta 262 A sor Genoveva

3 de agosto de 1897

¡Dios mío, qué bueno eres con la pequeña víctima de tu Amor misericordioso! Ni siquiera ahora que añades el sufrimiento exterior a las pruebas de mi alma1, puedo decir: «Me cercaban olas mortales», sino que exclamo agradecida: «Aunque camine por las cañadas oscuras de la muerte, nada temo, porque tú, Señor, vas conmigo2».

(A mi queridísima hermanita sor Genoveva de Santa Teresa)

3 de agosto de 1897 - Salmo 22, 4

NOTAS Cta 262

1 Cf CA 3.8.8: «Desde el 28 de julio, los sufrimientos son grandes».

2 Cf Ms A 3rº/vº, donde este texto se citaba en futuro.

Cta 263 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux

Jesús + 10 de agosto de 1897

Querido hermanito:

Ahora sí estoy a punto de partir. He recibido mi pasaporte para el cielo, y ha sido mi padre querido quien me ha alcanzado esta gracia: el 29, me dio la garantía de que pronto iré a reunirme con él1. Al día siguiente, el médico, extrañado de los progresos que en dos días había hecho la enfermedad, le dijo a nuestra Madre que había llegado el momento de satisfacer mis deseos, administrándome la unción de los enfermos. Así pues, el 30 tuve esa dicha, y también la de ver que Jesús Hostia, a quien recibí en viático para mi *largo* viaje, dejaba el sagrario para venir a mí... Ese Pan del cielo me ha fortalecido: ya ve, parece que mi peregrinación no quiere acabarse; pero lejos de quejarme,

me alegro de que Dios me permita sufrir un poco más por su amor. ¡Y qué dulce es abandonarse entre sus brazos, sin temores ni deseos!

Le confieso, hermanito, que usted y yo no entendemos el cielo de la misma manera2. Usted piensa que, al participar yo de justicia y de la santidad de Dios, no podré disculpar sus faltas, como lo hacía en la tierra. ¿No se está olvidando de que participaré también de la *misericordia infinita* del Señor? Yo creo que los bienaventurados tienen una enorme compasión de nuestras miserias: se acuerdan de que cuando eran frágiles y mortales como nosotros, cometieron las mismas faltas que nosotros y sostuvieron los mismos combates3, y su cariño fraternal es todavía [vº] mayor que el que nos tuvieron en la tierra, y por eso no dejan de protegernos y de orar por nosotros.

Ahora, hermanito querido, voy a hablarle de la *herencia* que recogerá después de mi muerte. Esta es la parte que nuestra Madre le dará:

1º. El relicario que recibí el día de mi toma de hábito, y que desde entonces nunca se ha separado de mí.

2º. Un pequeño crucifijo, al que le tengo un cariño incomparablemente mayor que al grande, pues el que tengo ahora no es el primero que me dieron. En el Carmelo nos cambian de vez en cuando los objetos de piedad, lo cual es una buena medida para impedir que nos apeguemos a ellos.

Vuelvo al pequeño crucifijo. No es bonito, la cara de Cristo ha desaparecido casi por completo; no se sorprenderá cuando sepa que, desde la edad de 13 años, este recuerdo de una de mis hermanas4 me ha seguido a todas partes. Sobre todo en mi viaje a Italia ese crucifijo fue precioso para mí. Lo hice tocar a todas las reliquias insignes que tuve la dicha de veneraSans MS">No cabe duda que me he explicado mal en mi última cartita, ya que me dice, queridísimo hermanito, que «no le pida esa *alegría* que yo siento al acercarse la *Felicidad*". Si por unos instantes pudiera usted leer en mi alma, ¡qué sorprendido quedaría2! El pensamiento de la felicidad del cielo no sólo no me produce ninguna alegría, sino que a veces incluso me pregunto cómo voy a poder ser feliz sin sufrir. Jesús, sin duda, cambiará mi naturaleza; de lo contrario, echaré de menos el sufrimiento y este valle de lágrimas. Nunca he pedido a Dios morir joven, [1vº] me habría parecido cobardía; pero él ha querido darme, desde mi más tierna infancia, la íntima convicción de que mi carrera aquí abajo sería corta. Así pues, lo único que constituye toda mi alegría es el pensamiento de hacer la voluntad de Dios.

Querido hermanito, ¡cómo me gustaría verter en su alma el bálsamo del consuelo! Pero lo único que puedo es hacer mías las palabras de Jesús en la última cena. No creo que se ofenda, pues soy su esposa y, por consiguiente, sus bienes son míos3. Le digo, pues, como él decía a sus íntimos: «Me voy a mi Padre. Pero por haberos dicho esto, la tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, lo que os digo es la verdad: os conviene que yo me vaya. Vosotros ahora sentís tristeza, pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría".

Sí, estoy segura: después de mi entrada en la vida, la tristeza de *mi querido hermanito* se cambiará en una *alegría serena* que ninguna criatura podrá arrebatarle.

Estoy segura: tenemos que ir al cielo por el mismo camino, por el del sufrimiento unido al amor. Cuando llegue a puerto, querido hermanito de mi alma, le enseñaré cómo navegar por el mar tempestuoso del mundo con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre lo ama [2rº] y no puede dejarlo solo en la hora del peligro.

¡Cómo me gustaría hacerle comprender la ternura del Corazón de Jesús y lo que él espera de usted! Su carta del día 144 hizo que mi corazón se estremeciera de alegría: comprendí mejor que nunca hasta qué punto nuestras almas son gemelas, pues también la suya está llamada a elevarse hacia Dios por el ASCENSOR del amor, en vez de tener que subir la dura *escalera* del temor... No me extraña en absoluto que el trato familiar con Jesús le parezca algo difícil de realizar, no se puede llegar a ello en un día; pero estoy segura de que le ayudaré mucho más a caminar por este camino deleitoso cuando me vea liberada de mi envoltura mortal, y que pronto podrá decir con san Agustín: «El amor es el peso que me arrastra5".

Quisiera tratar de hacerle comprender con una comparación muy sencilla6 cómo ama Jesús a las almas que confían en él, aun cuando sean imperfectas. Supongamos que un padre tiene dos hijos traviesos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que uno de ellos se echa a temblar y se aleja de él aterrorizado, llevando en el corazón el sentimiento de que merece ser castigado; y que su hermano, por el contrario, se arroja en los brazos de su padre diciendo que lamenta haberlo disgustado, que lo quiere y que, para demostrárselo, será bueno en adelante; si, además, este hijo pide a su padre [2vº] que lo *castigue* con un *beso*, yo no creo que el corazón de ese padre afortunado pueda resistirse a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce. Sin embargo, no ignora que su hijo volverá a caer más de una vez en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez por el corazón... Sobre el primer hijo, querido hermanito, no le digo nada, usted mismo comprenderá si su padre podrá amarle tanto y tratarle con la misma indulgencia que al otro...

¿Pero por qué hablarle de la vida de confianza y de amor? Me explico tan mal, que tendré que esperar al cielo para hablarle de esta vida tan feliz. Lo que yo quería hoy hacer era consolarlo. ¡Qué feliz me sentiría si usted aceptase mi muerte como la acepta la madre Inés de Jesús! Usted seguramente no sabe que ella es dos veces mi hermana y que es quien me hizo de madre en mi niñez. Nuestra Madre temía mucho que su temperamento sensible y el gran cariño que me tiene le hiciesen muy amarga mi partida. Ha ocurrido lo contrario: habla de mi muerte como de una fiesta, y eso es un gran consuelo para mí. Por favor, querido hermanito, trate de convencerse, como ella, de que, en vez de perderme, me *va a encontrar* y de que ya nunca lo abandonaré. Y pida esta misma gracia para la Madre, a quien usted ama y a quien yo amo aún más que usted, pues es mi Jesús visible.

Le daría gustosa lo que me pide7 si no hubiese hecho voto de pobreza; pero, por haberlo hecho, no puedo disponer ni siquiera de una estampa. La única que puede complacerle es nuestra Madre, y sé que ella [2vºtv] cumplirá sus deseos. Precisamente en vista de la proximidad de mi muerte, una hermana me ha hecho una fotografía el día del santo de [1vºtv] nuestra Madre. Las novicias, al verme, exclamaron que había adoptado un aire solemne8, por lo visto ordinariamente estoy más sonriente. Pero, créame, hermanito, que si mi foto no le sonríe, mi [2rºtv] *alma* no cesará de *sonreírle* cuando esté cerca de usted.

Hasta Dios, mi *querido* y *muy amado hermano*. Esté seguro de que por toda la eternidad seré su *verdadera hermanita*,

T. del Niño Jesús
r.c.i.

NOTAS Cta 258

1 Tras recibir la carta 253 y otra carta «desolada» de la madre María de Gonzaga, el abate Bellière escribía a esta última: «¡Vaya!, estoy llorando como cuando nos golpea una gran desgracia» (17/7/1897). Y dirigía a Teresa esta carta llena de dolor: «¡Pobre hermanita mía, qué golpe para mi pobre corazón! ¡Estaba tan poco preparado para eso! No le pida la alegría que usted siente al acercarse la Felicidad: sigue atado a su pesada cadena y remachado fuertemente a su cruz. Usted va a partir, querida hermanita, y él se queda solo una vez más. Sin madre, sin familia, se había concentrado en la caridad de su hermana, había convertido en dulce costumbre esa santa intimidad, era feliz (sí, muy feliz) al sentir cerca de sí esa mano amiga que lo consolaba, lo fortalecía o lo levantaba. Avanzaba sonriente por el camino de la cruz porque ya no se sentía solo. Era feliz y esperaba con impaciencia el momento de lanzarse al desierto, porque tenía la confianza de que iba a ser apoyado. El único afecto terreno que le quedaba lo iba a romper, contando para compensarlo con el que Jesús le había brindado en la persona de un ángel de la tierra. Y he aquí que Jesús le quita este bien en el momento en que más parecía desearlo. ¡Qué duro es esto y qué penoso para un alma mal afianzada en Dios! Sin embargo, ¡fiat! ¡fiat!, ya que usted, hermana, va a ser feliz para siempre. Sí, es justo, y yo soy un egoísta. Parta, hermanita, no haga esperar más a Jesús, que está impaciente por llevársela. Déjeme a mí batallar, llevar la cruz, caer bajo su peso y morirme de pena. Usted, sin embargo, estará allí a mi lado, me lo ha prometido y cuento con ello; ésta es mi última esp

[Image]

POESIAS

Publicamos aquí una amplia *selección* de las Poesías de la Santa.

Y lo hacemos en la última traducción que de las mismas he hecho el P. Emeterio García Setién, O.C.D., TERESA DE LISIEUX, *Obras Completas*, 8ª ed., Burgos, Monte Carmelo, 1994. Unicamente nos hemos permitido algunos ligeros retoques y adiciones, con el fin de ofrecer, de acuerdo a la edición francesa, el texto original de la Santa (es sabido cómo la madre Inés de Jesús, al publicarlas, introdujo diversas modificaciones en el texto de su hermana).

Agradecemos cordialmente al P. Emeterio la amabilidad de permitirnos utilizar su traducción para esta nueva edición de las Obras completas, así como el detalle de traducir para nosotros dos nuevas poesías (la 5 y la 25), a pesar de su edad avanzada y su delicada salud.

Las *Recreaciones Piadosas*, con las que se completa la obra poética de Teresa, las publicará nuestra Editorial en volumen aparte.

INTRODUCCIÓN A LAS POESÍAS

Las *Poesías* son, sin duda alguna, junto con las *Recreaciones Piadosas*, la parte más desconocida de los escritos de Teresa de Lisieux. En ellas se han concentrado numerosos prejuicios y tópicos, y han contribuido a crear en torno a su figura una cierta reputación de amaneramiento que aún la rodea, aun cuando los estudiosos de su pensamiento -Mons. André Combes, el P. Francisco de Santa María, Hans Urs von Balthasar, Jean Guitton, Jean-François Six, Conrad de Meester, y, desde el principio, el P. Godefroid Madelaine- hayan insistido en la importancia que revisten las poesías para el conocimiento y la interpretación de su mensaje.

Desconocidas, sí. Pero, sobre todo, mal conocidas. Quince de ellas han permanecido inéditas hasta 1979 (1), pero sólo cuatro de estas quince tienen verdadero interés (PN 6, 22, 29 y sobre todo la 50). Todas las demás habían aparecido y en las antiguas ediciones de la *Historia de un alma*, en versión retocada de la madre Inés de Jesús, que con frecuencia modificaba el pensamiento de Teresa. Además, entre 1953 y 1979 no fueron ya reeditadas.

Por poco que se las examine con atención, se revelan de hecho mucho más ricas de lo que a primera vista puede parecer. Pues ésta es la verdadera problemática de sus poesías: que hay que traspasar la apariencia ingenua de la expresión para descubrir los tesoros que tras ella se esconden.

Para Teresa, la poesía no es «un arte de pasatiempo». Ella no compone sus versos por gusto personal; lo hace, si no por obligación, sí al menos con el deseo de servir, de ayudar, de animar a las demás (cf Cta 220, por ejemplo). Al

hacerlo, sigue una tradición, la del Carmelo. Ese pequeño talento que las demás le reconocen, tiene que emplearlo, y esto, sin ser nunca un objetivo en sí mismo, jugará un papel importante en su vida.

Si se quiere apreciar adecuadamente la obra poética de Teresa, no conviene olvidar que ha sido escrita entre febrero de 1893 y mayo de 1897, por una joven entre los veinte y los veinticuatro años, y sin ninguna preparación para ello. Su cultura literaria es evidentemente mediocre, al igual que su cultura general y su ortografía. Su hermana Celina ha hecho, de palabra, interesantes precisiones (2) sobre estas composiciones poéticas:

1º Sor Teresa del Niño Jesús no aprendió de nadie las reglas de la versificación, que desconocía. Tan sólo aprovechó los escasos conocimientos que le proporcionaron sus estudios escolares, de los que retuvo, por ejemplo, algunos pasajes de *L'Art poétique* de Boileau.

2º Nunca utilizó ningún «diccionario de rimas», pues no lo había en el Carmelo.

3º Antes de entrar en el Carmelo no había escrito ninguna poesía, y en el Carmelo sólo las escribió para responder, la mayoría de las veces, a los deseos de las hermanas.

4º Muchas veces componía por el día, durante el trabajo o en ciertos momentos de recogimiento; pero, excepto los días festivos, como los domingos, tenía que esperar a la hora del tiempo libre de la noche para *escribir* sus versos. No tenía ningún poeta preferido, pero le gustaron algunas de las poesías que leyó en colecciones de fragmentos escogidos; le gustaba también leer las *Fábulas* de Lafontaine, y sabía muchas de memoria.

5º Normalmente hacía un borrador de su primera inspiración, y luego lo elaboraba mejor hasta que quedaba a su gusto. Pero, evidentemente, lo que contaba para ella eran las ideas profundas del tema que desarrollaba, mucho más que la expresión poética que les iba a dar, y decía con frecuencia que le costaba expresar exactamente el fondo de su pensamiento.

De hecho, junto con algunos escritores románticos -Lamartine, Mousset, Chateaubriand-, los «modelos poéticos» de Teresa son los cantos que se cantan en el Carmelo, las imágenes piadosas de que vive rodeada, las poesías de sus hermanas (especialmente las de la madre Inés de Jesús) y los textos, muy pobres en general, de las canciones sobre las que calcará sus versos. Léanse, después de esto, poemas como *Vivir de amor, Al Sagrado Corazón de Jesús, Sólo Jesús, Mis armas* o *Una rosa deshojada*, y se comprobará hasta qué punto son la expresión de un genio espontáneo en que el material poético se ve sublimado por la intensidad espiritual. Pero las fuentes más importantes de la inspiración de Teresa son los textos bíblico y litúrgicos que constituyen su alimento cotidiano, así como las obras de san Juan de la Cruz; de ellos saca lo esencial de su inspiración.

Géneros literarios

No todas las poesías de Teresa tienen el mismo valor, ni mucho menos. De entre su abundante producción, que fue naciendo al hilo de la vida de su convento, ella misma seleccionó algunas, entre otros para sus «hermanos espirituales» Mauricio Bellière y Adolfo Roulland; y al final de su vida, aceptaba la posibilidad de su publicación.

Estas composiciones poéticas tienen muy diversas finalidades. Algunas están escritas «por cortesía», sin ninguna otra pretensión, y en ellas, por diversas razones, es poco lo que Teresa se entrega personalmente; otras son poemas nacidos de circunstancias concretas o de acontecimientos comunitarias, y a veces no carecen de cierto encanto. Muchas de ellas están escritas *por encargo* de las hermanas, y en ellas a veces Teresa versifica

dócilmente siguiendo la inspiración de la hermana que se le encargó, a veces se entrega un poco más ella misma (*Mi cielo, El abandono, Un lirio entre espinas*), y en otras se entrega por entero (*Mi cántico de hoy, Al Sagrado Corazón de Jesús, Acuérdate, Sed de amor, Mi esperanza, Mi paz y mi alegría*) pero sin olvidar en el curso de las mismas a la destinataria (cf *Sólo Jesús*).

Muy semejantes a éstas últimas son los poemas *dedicados* a una o otra de las hermanas (*Santa Cecilia, Cántico a la Santa Faz*, etc.) y a veces no resulta fácil hacer la distinción. Con frecuencia Teresa aprovecha una circunstancia concreta para ofrecer una lección (*Acuérdate*), o una palabra de aliento (*Historia de una pastora*), moduladas con gran delicadeza, y estos poemas requieren una exégesis cuidadosa pues hay que evitar interpretarlas únicamente en función de su autora (*Mi cielo*).

Finalmente, hay algunos poemas de libre expresión personal (aun cuando respondan a una petición o lleven dedicatoria), y tienen también géneros literarios diferentes:

- Recuerdos de infancia, a los que se encuentran asociadas sus hermanas Martin (sobre todo *Plegaria de la hija de un santo*);

- himnos de inspiración litúrgica (*Arrojar flores*), exaltación de los santos a los que se siente más cercana y que son sus modelos (*Santa Cecilia, Cántico de santa Inés, A Juana de Arco*) o de la Santísima Virgen (*Por qué te amo, María*);

- poemas de lucha y de apostolado (*Mis armas*);

- y sobre todo, poemas de contemplación y de amor a Jesús, a la Santa Faz, al Sagrado Corazón: toda una gama de poemas de amor y de esponsales, que se van haciendo más y más luminosos y trágicos a medida que cae la noche de la fe (*Vivir de amor, Al Sagrado Corazón, Acuérdate, Sed de amor, Mi esperanza, Sólo Jesús, Mi paz y mi alegría, Una rosa deshojada*).

El «oficio» de poeta

Si es cierto que Teresa no tuvo ningún maestro y que escribió sus versos sin pretensión poética alguna, no lo es menos procuró respetar las reglas normales de la versificación, cosa que por otro lado no cesaba de recordarle su hermana Inés, cuyas numerosas correcciones estaban muchas veces inspiradas por esta honrosa preocupación (al volver a los textos auténticos de Teresa, encontramos naturalmente numerosas faltas de prosodia y de sintaxis).

Y aun cuando le preocupaban más las ideas que la forma, Teresa se esforzó denodadamente por dominar su oficio de poeta, convencida de que lo que quería decir adquiriría mayor fuerza si acertaba a formularlo en una expresión más elaborada. Los borradores y las numerosas versiones de sus poemas están ahí para probarlo.

El soporte musical

Al enviar al Hno. Simeón, de Roma, una selección de las poesías de su hermana, de entre «las más características», sor Genoveva pone cuidado en indicarle las melodías, ya que, según dice, «cantado es más bonito». Esta era, sin duda, también la opinión de Teresa, que generalmente suele indicar la melodía elegida (3).

Hoy nos resulta difícil ratificar esta opinión, tanta es la distancia entre nuestro ambiente cultural y el de hace un siglo, tan cerrado además en sí mismo. La mayoría de estas melodías están tremendamente anticuadas, algo así como los sombreros de las damas en las antiguas fotos de familia. Ahora bien, lo que importa es el rostro, y no los sombreros. Y esa «música», en vez de beneficiar a la poesía de Teresa, más bien corre el riesgo de ridiculizarla, como un adorno anticuado.

Los modelos musicales que elige no eran precisamente, las más de las veces, los más adecuados para formar su gusto. La adaptación rítmica no le preocupa mayormente. Las sílabas mudas recaen en tiempos musicales fuertes, y *vice versa*. Es probable que, una vez elegida la melodía, Teresa ya sólo tiene en cuenta el número de sílabas, y entonces el ritmo y la melodía se suceden mal que bien.

Sus melodías preferidas las iremos indicando en nuestro repertorio. Para sus creaciones más personales, Teresa las elige de manera espontánea, sin duda porque descubre en ellas un eco de su propio canto. Ofrecen un ritmo lento, una expresión ferviente o nostálgica que responde a sus sentimientos. Y en algunos casos más bien desafortunados, se produce entonces una coincidencia entre el texto y la música; pero hay que reconocer que esos casos son raros. En realidad, su armonía es ante todo espiritual, una «melodía del cielo» que trasciende a todo estilo literario.

Lo que canta Teresa de Lisieux

Y es que la vida de Teresa es un canto de amor. Ya en la primera página de los *Manuscritos autobiográficos* anuncia: *«No voy a hacer más que una cosa: comenzar a cantar lo que he de repetir eternamente: ¡¡¡las Misericordias del Señor!!!»* (Ms A 2r). Esta cita del salmo 88 aparece también en lo alto del *«escudo de armas de Jesús y de Teresa»*, en el que junto a la Santa Faz está representada un arpa con esta leyenda: *«El arpa representa a Teresa que quiere cantar incesantemente a Jesús melodías de amor»* (Ms A 85v). Así es como ella quedará en el recuerdo de sus hermanas antes de que se imponga la imagen de Teresa con las rosas: la madre Inés había escogido, como primer título para la *Historia de un alma*, «Un cántico de amor»; María del Sagrado Corazón decía de su hermana, ya el 14 de julio de 1897; «su vida no habrá sido más que una melodía celestial» (*Ultimas Conversaciones*, Burgos, Monte Carmelo, 1973, p. 632); y el primer cuadro de Celina (1899) representaba a Teresa con el Evangelio sobre el corazón y tocando las cuerdas de un arpa (una santa Cecilia en carmelita).

Ese canto es un canto eminentemente «cristiano»: cuando se canta, se canta *para* alguien, *en nombre de* alguien, *a* alguien. Y el canto de Teresa, que nunca es egoísta, se dirige a su familia, a sus hermanas, a sus hermanos misioneros, a los santos del cielo, a la Santísima Virgen, a Dios; y, sobre todo, es un diálogo espiritual o místico con Jesús.

Teresa pone así en diálogo a la tierra con el cielo. Su poesía es, fundamentalmente, un «canto del destierro» en tierra extranjera al borde de la *rivera*, con una frecuente referencia al salmo 136, *Super flumina Babylonis* (4), un canto que se dirige al cielo (la Patria) o que habla del *cielo*. De ahí, el movimiento tan continuo de vaivén entre el *cielo* y la *tierra*, y el papel de los *ángeles*, del vuelo, de las *alas*.

Esta escala de Jacob, este puente aéreo que Teresa establece entre la tierra y el cielo es una exaltación de *«las misericordias del Señor»*: su poesía canta un asombro perpetuo, su acción de gracias ante el Todopoderoso que se hizo hombre y se desposó con la pobre humanidad. De ahí esas numerosas imágenes y esos enlaces de palabras paradójicas que hacen el efecto de saltos de amor en tantos de sus poemas.

Y es que, para Teresa, la más grande de las maravillas, el tema inagotable de sus poesías, es el amor de Jesús (a veces identificado con toda la Trinidad), el Señor del mundo que es su prometido, su esposo; un amor al que ella responde con un amor apasionado, cada vez más desasido y más ardiente, martirizado y combatiente, hasta la oblación total y absoluta de *Una rosa deshojada*. Es el canto de una gran enamorada, casi casi «posesiva», y esta característica (tan fuertemente presente también en san Pablo o en Pascal) será una constante en sus poemas, que en ocasiones hará dar marcha atrás a sus hermanas.

Un notable *«alegría»* (sentida o no sentida) refina aún más la dicha de amar y acentúa la vibración poética. El sufrimiento físico o moral, la abnegación de una vida austera, la misma prueba de la fe están vistas en una perspectiva profundamente positiva, porque detrás de ellas está el amor de Dios al que amor de Teresa no hace más que responder.

Bajo esta óptica, las *Poesías* son además sumamente reveladoras de la gran dinámica de la *oración* de Teresa. El «Tú» (y, en sentido inverso, el «Yo» divino) son una constante. Teresa la contemplativa, que nunca pasa más de tres minutos sin *pensar* explícitamente *«en Dios»* (Cf CSG, p. 77), ora mientras compone sus poemas a lo largo de su jornada de trabajo. El «Tú» hace que se liberen los recursos de familiaridad que en ella estaban encerrados. Si, según sus confidencias a Celina (cf CSG, p. 82), Teresa tutea a Jesús en la oración -cosa que no osa hacer cuando habla o cuando escribe-, se atreve a hacerlo en las poesías.

La forma poética le permite expresar toda la ternura de su ser de mujer y de esposa. ¡Cuántas veces no la vemos en los *«brazos»* del Amado, descansando sobre su corazón, leyendo en su mirada, acariciando su rostro, aspirando a recibir de él el beso del amor! Pocas son las personas que han creído tan profundamente, tan carnalmente podríamos decir, en la Encarnación del Hijo de Dios. Si algo de «satisfacción natural» encontraba todavía, será totalmente depurado por la prueba de la fe, como ella misma lo asegura en el Manuscrito C (7vº), justo después de haber hablado de sus poesías. El Resucitado irá educando la ternura natural de esta nueva Magdalena (Ms A 38vº/39rº) haciéndola cada día *«más pura y más divina»* (Ms C 9rº; *Cántico de santa Inés*).

Importancia de las poesías

Cuanto más se leen las *Poesías*, más uno se convence de son imprescindibles para conocer a Teresa de Lisieux. Pues el lenguaje poético -con su reclamo a la música, a la sensibilidad, al inconsciente- y la misma dificultad de buscar un ritmo y unas rimas, que en cierta medida neutralizan el control de la reflexión, la obligan a decir ciertas cosas, a utilizar determinadas imágenes, a desvelar el fondo de su ser en una manera que la prosa pone de lado o disimula con mayor facilidad. Ese mismo lenguaje le permite también, en las poesías que dirige a sus hermanas, franquear ciertas barreras (*Historia de una pastora*), deslizar no pocos consejos, no pocas verdades que en la vida normal de cada día le resultaría difícil decir sin lastimar.

Pero, más aún, las *Poesías* nos informan sobre la evolución interior de Teresa, sobre su proceso de maduración, sobre su irradiación, sobre su amor, y quizás más que nada sobre la dureza de su lucha en la prueba de la fe.

Al concluir esta introducción, alguien podría temerse que hemos elogiado en demasía lo que en definitiva no son más que unos «pobres versos» de carmelita con unas imágenes muchas veces convencionales. Pero lo que a primera vista parece insignificante revela en realidad un riqueza y una fuerza desconocidas, que brotan de la

santidad de Teresa, que lo mismo sabía transfigurar con un gran sueño de amor los gestos más humildes de la vida cotidiana que ensanchar a escala cósmica las fronteras de su horizonte humano (5).

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

(1) PN 2, 6, 7 (= P 5), 9, 11, 12, 15, 19, 22, 29, 37, 38, 39, 50, a las que hay que añadir las ocho PS (Poésies supplémentaires).

(2) Recogidas por sor María Enriqueta hacia 1953.

(3) En total, son treinta y nueve melodías diferentes las que hemos podido identificar para las poesías. Las nuevas melodías introducidas en las *Recreaciones Piadosas* hacen ascender el total a sesenta y ocho. Cf *Poésies* I, pp. 31-32 y II, pp. 22-25; *Récréations*, pp. 411ss.

(4) Cf *La Bible avec Thérèse de Lisieux*, Cerf-DDB, 1979.

(5) En el volumen de las *Poesías* de la Nueva Edición del Centenario podrán encontrarse todas las precisiones necesarias acerca de los manuscritos, las copias, la datación, los destinatarios, las variantes, el «oficio» poético, las melodías, las correcciones de la madre Inés y las ediciones sucesivas.

A.M.D.G.

[Image]

POESIAS

P 1 - EL ROCIO (1) **DIVINO O LA LECHE** (2) **VIRGINAL**

J.M.J.T.

2 de febrero de 1893

1 Envuelto en luz de amor,
en el blando regazo de tu Madre,
¡oh, mi dulce Jesús!, te muestras a mis ojos,
radiante de amor (3).
El amor:
misteriosa razón
que te alejó (4) de tu mansión celeste
y te trajo al destierro.
Deja que yo me esconda bajo el velo (5)
que a la humana mirada te disfraza.
Solamente a tu lado, ¡oh Estrella matutina!,
mi corazón pregusta un avance del cielo.

2 Cuando al nacer de cada nueva aurora
aparecen del sol los rayos de oro,
la tierna flor que empieza a abrir su cáliz
espera de lo alto un bálsamo precioso:
la rutilante perla matutina,
misteriosa y henchida de frescura,
es la que, produciendo rica savia,
hace abrirse a la flor muy lentamente.

3 Tú eres, Jesús, la flor que acaba de entreabrirse,
contemplando aquí estoy tu despertar primero.
Tú eres, Jesús, la encantadora rosa,
el capullito fresco, gracioso y encarnado.
Los purísimos brazos de tu Madre querida
son para ti tu cuna y trono real.
Es tu sol dulce el seno de María,
tu rocío, la leche virginal.

4 Divino Amado y hermanito mío,
columbro en tu mirada tu futuro:
¡pronto a tu Madre dejarás por mí,
pues ya el amor te empuja al sufrimiento!
Pero sobre la cruz, ¡oh flor abierta!,
reconozco tu aroma matinal,
reconozco las perlas de María:
¡es tu sangre la leche virginal!

5 Este rocío se esconde en el santuario,
hasta el ángel quisiera poder beber de él:
al ofrecer a Dios su plegaria sublime,
como san Juan repite: «¡Hele aquí!».
¡Oh sí!, miradle aquí a este Verbo hecho Hostia,
eterno Sacerdote, sacerdotal Cordero.

El que es Hijo de Dios es hijo de María...
¡Se ha hecho pan de los ángeles la leche virginal!

6 El serafín se nutre de la gloria,
del puro amor y del perfecto gozo;
yo, pobre y débil niña, sólo veo
en el copón sagrado
de la leche el color y la figura.
Mas le leche es un bien para la infancia.
Del corazón divino el amor no halla igual...
¡Oh tierno amor, potencia incalculable!
¡Mi hostia blanca es la leche virginal!

NOTAS P 1 - EL ROCÍO DIVINO

Fecha: 2 de febrero de 1893. - *Compuesta para:* sor Teresa de San Agustín. - *Publicación:* HA 98 (once versos corregidos) - *Melodía: Minuit, chrétiens*.

Un capullo de rosa que se abre con los primeros rayos del sol, bajo el efecto del rocío de la mañana: a nadie puede sorprender el encontrarse en el umbral de las *Poesías* con un símbolo tan teresiano.

Con la audacia serena de un niño, y como quien se siente a gusto en el misterio, Teresa va siguiendo el itinerario de ese *«rocío celestial»*. Reconoce su *«aroma matinal»* en la Flor sangrante del Calvario; vuelve a encontrar su sabor en el *Pan de los ángeles»*, el Cuerpo eucarístico del Señor, el *«Verbo hecho Hostia»* después de haberse hecho carne por la mediación de María. En definitiva, Teresa canta, en su propio tono, y aunque sea balbuciendo, el mismo *Ave verum* que santo Tomás de Aquino.

Para quien nunca había compuesto un solo verso era una empresa temeraria hacer sus primeros pinitos abordando un tema tan difícil. Detrás de la inexperiencia, especialmente en la continuidad y la apropiación de las imágenes, se revela la capacidad de la autora para hacernos entrar, a través de la modalidad poética, en *«misterios más ocultos y de un orden superior»* (Cta 134).

Sor Teresa de San Agustín ha contado cómo pidió a Teresa esta poesía (*Souvenirs d'une sainte amitié*, publicados en VT nº 100, pp. 241-255), antes de hacerla practicar la caridad de manera heroica al final de su vida (cf Ms C 14rº)...

La lactación del Hijo de Dios por una Madre Virgen es un aspecto de la Encarnación que ha sido cantado por la Iglesia a través de lo siglos. Teresa recibió esa tradición de la liturgia y de diversos autores espirituales (entre otros, a través de *El Año Litúrgico* de Dom Guéranger). Es también innegable el influjo de la Vida de sor María de San Pedro, de la que Teresa de San Agustín era una ferviente lectora.

(1) Esta palabra aparece cincuenta veces en los escritos. Como buena normanda, Teresa toma en un principio sus imágenes de las riquezas de la naturaleza (cf Cta 141). El *rocío* será una metáfora de la Sangre de Jesús (P 15; RP 2, 8rº), del Bautismo (P 28; RP 2, 6vº), o de la Eucaristía (Cta 240).

(2) Uso más bien escaso: catorce veces (de las cuales siete aquí); Teresa nunca digirió la leche...

(3) «Jesús, ¿quién te ha hecho tan pequeño? El amor» (San Bernardo, citado en Cta 162).

(4) Cf P 8,9, 2+.

(5) Cf P 8,4+.

P 3 SANTA CECILIA

«Mientras sonaban los órganos,
Cecilia cantaba en su corazón»
(Oficio divino)

¡Oh santa del Señor, yo contemplo extasiada
el surco luminoso (1) que dejas al pasar;
aún me parece oír tu dulce melodía
y hasta mí llega tu celeste canto.
De mi alma desterrada escucha la plegaria,
déjame que descanse
sobre tu dulce corazón de virgen,
inmaculado lirio
que brilla en las tinieblas de la tierra
con claro resplandor maravilloso
y casi sin igual.

Castísima paloma, pasando por la vida,
no buscaste a otro esposo que no fuera Jesús.
Habiendo él escogido por esposa a tu alma,
se había unido a ella,
hallándola aromada y rica de virtud.

Sin embargo, otro amante,
radiante de hermosura y de virtud,
respiró tu perfume, blanca y celeste flor.
Por hacerte flor suya y ganar tu ternura,
el joven Valeriano
quiso darte, sin mengua, todo su corazón.
Preparó sin demora, bodas maravillosas,
retembló su palacio de cantos melodiosos;
pero tu corazón de virgen repetía
cánticos misteriosos,
cuyo divino eco se elevaba hasta el cielo.
Tan lejos de tu patria
y viendo junto a ti a este frágil mortal,
¿qué otra cosa podías tú cantar?
¿Deseabas, acaso, abandonar la vida
y unirte para siempre con Jesús en el cielo?
¡Oh no, que no era eso! Oigo vibrar tu lira,
la seráfica lira de tu amor,
la de las dulces notas,
cantando a tu Señor este sublime cántico:
«Conserva siempre puro
mi corazón, Jesús, mi tierno Esposo».

¡Inefable abandono, sublime melodía!
Revelas el amor en tu celeste canto,
el amor que no teme, que se duerme y olvida
como un niño pequeño en los brazos de Dios (2)...

En la celeste bóveda brilló la blanca estrella
que a esclarecer venía con sus tímidos rayos
la noche luminosa que nos muestra, sin velo,
el virginal amor
que en el cielo se tienen los esposos...

Entonces Valeriano se iluminó de gozo,
pues todo su deseo, Cecilia, era tu amor.
Mas halló mucho más en tu noble alianza:
¡le mostraste la vida que nunca acabará!

«¡Oh, mi joven amigo -tú misma le dijiste-,
cerca de mí está siempre un ángel del Señor
que me conserva puro el corazón!
Nunca de mí se aparta, ni aun cuando estoy dormida,
y me cubre gozoso con sus alas azules.
Yo veo por la noche brillar su amable rostro
con una luz más suave que el rayo de la aurora,
su cara me parece la transparente imagen,
el purísimo rayo de la cara de Dios».

Replicó Valeriano: «Muéstrame ese ángel bello,
así a tu juramento podré prestar yo fe;
de lo contrario, teme desde ahora
que mi amor se transforme
en terribles furores y en odio contra ti».

¡Oh paloma escondida
en las hondas cavernas de la piedra (3),
no temiste la red del cazador!
El rostro de Jesús (4) te mostraba sus luces,
el sagrado Evangelio reposaba en tu pecho (5)...,
y con dulce sonrisa al punto le dijiste:

«Mi celeste guardián escucha tu deseo,
tú le verás muy pronto, se dignará decirte
que tienes que ser mártir para volar al cielo.
Mas antes que tú veas a mi ángel,
es cosa necesaria que el bautismo
derrame por tu alma una santa blancura,
que el verdadero Dios habite en ella,
que el Espíritu Santo
le dé a tu corazón su propia vida.

El Verbo, Hijo del Padre, y el Hijo de María,
con un inmenso amor se inmola en el altar;
tienes que ir a sentarte
al sagrado convite de la vida,

para comer a Cristo, que es el pan de los cielos (6).
El serafín, entonces, te llamará su hermano,
y al ver tu corazón ya convertido
en trono de su Dios,
hará que tú abandones las playas de la tierra,
tú verás la morada
de este celeste espíritu de fuego».

«Mi corazón se quema en una nueva llama
-exclamó, transformado, el ardiente patricio-,
quiero que el Señor venga y que habite en mi alma,
¡oh, Cecilia, mi amor será digno del tuyo!»

Vestido con la blanca vestidura,
emblema de inocencia,
Valeriano vio al ángel hermoso de los cielos,
y contempló, extasiado, su sublime potencia,
vio el dulcísimo brillo que irradiaba su frente.
El serafín brillante sostenía en sus manos
frescas y bellas rosas, y blanquísimos lirios,
flores abiertas, todas, en el jardín del cielo
bajo el rato de amor del Astro creador.

«¡Oh, queridos esposos, a los que el cielo ama
-así les dijo el ángel del Señor (7)-,
las rosas del martirio
servirán de corona a vuestras frentes,
y no hay lira ni voz que cantar pueda
este inmenso favor.
Yo que vivo abismado
en mi Dios y contemplo sus encantos,
no puedo ni inmolarme ni sufrir por su amor,
ofrecerle no puedo la sangre de mis venas
ni el llanto de mis ojos,
yo no puedo morir para expresar mi amor.
La pureza es del ángel brillante patrimonio,
su inabarcable gloria nunca terminará;
¡mas vosotros, mortales,
sobre el ángel tenéis la gran ventaja
de poder ser muy puros y de poder sufrir!

.....

«En estos blancos lirios perfumados
estáis viendo vosotros
el misterioso símbolo de la virginidad,
que es el dulce presente del Cordero.
Coronados seréis con la blanca aureola,
por siempre y para siempre vuestro canto
será el cántico nuevo.

Vuestra unión casta engendrará a otras almas (8)
que por único esposo buscarán a Jesús;
junto al trono divino, y entre los elegidos,
vosotros las veréis alzar su lumbre
cual purísimas llamas».

¡Oh, préstame, Cecilia, tu dulce melodía!
Quisiera conquistarle a Jesús corazones,
y, como tú, quisiera sacrificar mi vida,
darle toda mi sangre y el llanto de mis ojos...
Haz que yo guste en la extranjera playa (9)
el perfecto abandono, del amor dulce fruto.
¡Oh, mi santa querida, haz que vuele a tu lado,
muy pronto y para siempre, muy lejos de la tierra...!

28 de abril de 1894

NOTAS P 3 - SANTA CECILIA

Fecha: 28 de abril de 1894. - *Compuesta para:* Celina al cumplir los veinticinco años, unida a la Cta 161. - *Publicación:* HA 98 (diez y siete versos corregidos). - *Melodía: Himno a la Eucaristía: Dieu de paix et d'amour*, o bien *Prends mon coeur, le voilà, Vierge, ma bonne Mère*.

Este primer poema espontáneo de Teresa es también una especie de «Primera Sinfonía» por su extensa composición, el entrelazado de los temas, un cierto aire de nobleza y la disposición en grandes estrofas. Es un mensaje para Celina, que se ha quedado sola junto a un padre anciano y casi inconsciente. Aunque se ha consagrado a Dios con un voto privado, Celina se siente tentada por el matrimonio. Teresa acaricia el sueño de tenerla a su lado en el Carmelo (Ms A 82rº). Para seducirla sin violentarla, recurre al lenguaje poético: *«la historia de Cecilia»* ¿no es acaso una parábola profética de *«la historia de Celina»* (cf Cta 161)?

Teresa intenta *«balbucir»* las relaciones que descubre entre virginidad, matrimonio y martirio. No desprestigia la admiración de su hermana por el matrimonio; sin embargo, la orienta hacia una fecundidad espiritual todavía mayor: la de la virginidad consagrada.

Pero este poema es también un canto personal en el que Teresa quiere expresar su *«ternura de amiga»* hacia Cecilia, su *«santa predilecta»* (Ms A 61vº; cf Cta 149), que es por encima de todo *«la santa del abandono»*. Pronto hará Teresa de ese abandono una de las componentes fundamentales de su *«caminito»*.

Teresa toma los elementos históricos de su poema del Oficio propio del *Breviario romano* (22 de noviembre) y de *Sainte Cécile et la société romaine aux deux premiers siècles* de Don Guéranger (1875).

(1) Cf Ms A 22rº; P 11, 3o; y VT nº 61, p. 74.

(2) Los versos *«¡Inefable abandono ... en los brazos de Dios»* son ya una especie de anticipo del *«caminito»*.

(3) Cf el comentario de san Juan de la Cruz a la canción 35 del *Cántico Espiritual*.

(4) En 1889 Teresa descubrió ya, no sólo la Faz *dolorosa*, sino también la Faz *luminosa* de Jesús; cf Cta 95. Veintiún veces la menciona en sus Poesías. Cf P 13.

(5) Cf Ms A 61vº. Teresa seguirá el ejemplo de Cecilia llevando constantemente el Evangelio sobre su corazón.

(6) En estos once versos condensa Teresa lo esencial de la iniciación cristiana.

(7) Estas palabras del ángel desarrollan una idea muy querida de Teresa, la de la superioridad del hombre sobre el ángel (P 7,9,1; P 8,2,2; Cta 83; RP 2, final, nota; RP 5,1rº; CA 16.8.4); de ahí una cierta envidia en los ángeles.

(8) Esta pincelada delicada y muy teresiana precisa la índole específica del apostolado de Cecilia y Valeriano: al elegir la castidad perfecta, engendran espiritualmente una posteridad a imagen de sí mismos, enamorada de la virginidad (cf la exclamación de Teresa en el borrador de PN 26: *Poésies* II. p. 178).

(9) Estos cuatro últimos versos datan sin duda de mayo de 1897.

P 4 CÁNTICO PARA OBTENER LA CANONIZACIÓN DE LA VENERABLE JUANA DE ARCO

1 Dios vencedor, tu Iglesia, toda entera,
rendir pronto quisiera honor en los altares
a una virgen y mártir, a una niña guerrera,
cuyo nombre resuena ya en el cielo.

Estrib. 1 Por tu poder,
¡oh Rey del cielo!,
dale a Juana de Francia }
aureola y altar. } bis

2 Para salvar a Francia, a la Francia culpable,
no desea tu Iglesia ningún conquistador.
A Francia solamente Juana puede salvarla:
¡todos los héroes juntos pesan menos que un mártir!

3 Juana es obra maestra de tus manos, Señor.
Un corazón de fuego y un alma de guerrero
diste a la virgen tímida,
coronando su frente de lirio y de laurel.

4 En su humilde pradera oyó voces del cielo
que a los campos de lucha la llamaban.
Partió rápidamente para salvar la patria,
y, tierna jovencita, a soldados mandó.

5 De los fieros guerreros Juana ganó las almas:
el resplandor divino de este ángel de los cielos
y su mirada pura y su palabra en llamas
hicieron que las frentes atrevidas
al suelo se inclinaran.

6 Por un prodigio,entonces, que es único en la historia,
un monarca cobarde y tembloroso
reconquistó su gloria y su corona
valiéndose del brazo de una débil doncella.

7 Mas no son éstas las victorias grandes
que de Juana hoy queremos celebrar;
la verdaderas glorias que en ella celebramos
son y serán por siempre, ¡oh Dios!,
sus virtudes, su amor.

8 Salvó a Francia en los campos de batalla,
mas su grandes virtudes
necesitaban el divino sello
del sufrimiento amargo,
que fue el sello bendito de su Esposo, Jesús.

9 Sobre la pira en llamas sacrificó su vida,
y en aquel mismo instante
ella escuchó las voces de los santos,
abandonó el destierro por la Patria,
el ángel salvador se remontó a los cielos...

10 Tú eres, pura doncella, nuestra dulce esperanza,
escucha nuestras voces, ven de nuevo a nosotros.
Baja y convierte a Francia,
y por segunda vez ven a salvarla.

Estrib. 2 Por el poder
del Dios de las victorias,
¡salva, salva a tu Francia, }
ángel libertador! } bis

11 Hija de Dios, bellos fueron tus pasos,
arrojando al inglés de tu nación.
Mas no eches en olvido
que en los días primeros de tu infancia
te dedicabas a cuidar corderos.

Estrib. 3 Sé tú la defensora
de los que nada pueden,
conserva la inocencia }
en las cándidas almas }
de los niños. } bis

12 Tuyos, ¡oh dulce mártir!, son nuestros monasterios,
tú sabes que las vírgenes hermanas tuyas son;
y sabes que el objeto de sus ruegos
es, como fue el objeto de los tuyos,
ver que en todas las almas reina Dios.

Estrib. 4 Salvar las almas
es su deseo,

de apóstol mártir }
dales tu llama. } bis

13 Muy lejos de nosotros huirán temor y miedo
cuando la Iglesia ensalce la figura
de Juana, nuestra Santa,
coronando su frente, limpia y pura.

Entonces cantaremos:

Estrib. 5 En ti tenemos puesta
toda nuestra esperanza.
¡Oh, ruega por nosotros, }
santa Juana de Francia! } bis

NOTAS P 4 - CÁNTICO PARA OBTENER LA CANONIZACIÓN DE LA VENERABLE JUANA DE ARCO

Fecha: 8 de mayo de 1894. - *Compuesto para* sí misma y dedicado a Celina. - *Publicación:* HA 98 (quince versos corregidos). - *Melodía: Pitié, mon Dieu*.

Poesía patriótica y religiosa en la que la expresión es casi trivial. Teresa pone el acento en las virtudes cristianas y profundas de su heroína. En algunas estrofas reúne los principales temas de sus dos obras teatrales dedicadas a Juana de Arco: la vocación (estr. 3 y 4), tema de RP 1 (21 de enero de 1894); la misión y la pasión (estr. 5-6 y 8-9), tema de RP 3 (21 de enero de 1895), y la misión póstuma (estr. 10-11). La estrofa 3 recoge una estrofa de RP 1, 5rº. Sobre las circunstancias de esta composición, véanse las introducciones a estas dos *Recreaciones*.

Del entusiasmo de Teresa nos ofrecen variados matices los títulos que ella misma puso en la copia original de su cántico - *«Un soldado francés, defensor de la Iglesia y admirador de Juana de Arco»*-, que dedica a su hermana, el *«Valeroso caballero C. Martin»*.

P 5 MI CANTO DE HOY

1 Mi vida es un instante (1), una efímera hora,
momento que se evade y que huye veloz.
Para amarte, Dios mío, en esta pobre tierra
no tengo más que un día:
¡sólo el día de hoy!

2 ¡Oh, Jesús, yo te amo! A ti tiende mi alma.
Sé por un solo día mi dulce protección,
ven y reina en mi pecho, ábreme tu sonrisa
¡nada más que por hoy!

3 ¿Qué me importa que en sombras esté envuelto el futuro?
Nada puedo pedirte, Señor, para mañana.

Conserva mi alma pura, cúbreme con tu sombra
¡nada más que por hoy!

4 Si pienso en el mañana, me asusta mi inconstancia (2),
siento nacer tristeza, tedio en mi corazón.
Pero acepto la prueba, acepto el sufrimiento
¡nada más que por hoy!

5 ¡Oh Piloto divino, cuya mano me guía!,
en la ribera eterna pronto te veré yo.
Por el mar borrascoso gobierna en paz mi barca
¡nada más que por hoy!

6 ¡Ah, deja que me esconda en tu faz adorable (3),
allí no oiré del mundo el inútil rumor.
Dame tu amor, Señor, consérvame en tu gracia
¡nada más que por hoy!

7 Cerca yo de tu pecho, olvidada de todo,
no temo ya, Dios mío, los miedos de la noche.
Hazme un sitio en tu pecho, un sitio, Jesús mío,
¡nada más que por hoy!

8 Pan vivo, Pan del cielo, divina Eucaristía,
¡conmovedor misterio que produjo el amor!
Ven y mora en mi pecho, Jesús, mi blanca hostia,
¡nada más que por hoy!

9 Uneme a ti, Dios mío, Viña santa y sagrada,
y mi débil sarmiento dará su fruto bueno,
y yo podré ofrecerte un racimo dorado (4),
¡oh Señor, desde hoy!

10 Es de amor el racimo, sus granos son las almas,
para formarlo un día tengo, que huye veloz.
¡Oh, dame, Jesús mío, el fuego de un apóstol
nada más que por hoy!

11 ¡Virgen inmaculada, oh tú, la dulce Estrella
que irradias a Jesús y obras con él mi unión!,
deja que yo me esconda bajo tu velo, Madre,
¡nada más que por hoy!

12 ¡Oh ángel de mi guarda, cúbreme con tus alas,
que iluminen tus fuegos mi peregrinación!
Ven y guía mis pasos, ayúdame, ángel mío,
¡nada más que por hoy!

13 A mi Jesús deseo ver sin velo, sin nubes.
Mientras tanto, aquí abajo muy cerca de él estoy.
Su adorable semblante se mantendrá escondido
¡nada más que por hoy!

14 Yo volaré muy pronto para ensalzar sus glorias,
cuando el día sin noche se abra a mi corazón.
Entonces, con la lira de los ángeles puros,
¡yo cantaré el eterno, interminable hoy!

NOTAS P 5 - MI CANTO DE HOY

Fecha: 1 de junio de 1894. - *Compuesto para:* María del Sagrado Corazón, a petición suya, para su santo. - *Publicación:* HA 98 (veintiún versos corregidos). - *Melodía: Himno a la Eucaristía «Dieu de paix et d'amour»*, o bien *Une religieuse à son crucifix*.

Esta poesía nació de una conversación con María del Sagrado Corazón en la primavera de 1894. Teresa expresa los pensamientos de ambas con ocasión del onomástico de su hermana mayor. La imagen, la actitud del alma, se va desarrollando de manera armoniosa y sin violencias a lo largo de todo el poema: la de un ser débil que nada puede prometer ni pedir para mañana, pero que vive entregado totalmente a Dios, confiado en su gracia. Esta poesía, de una gran riqueza, reúne como en un manojo varios de los grandes temas preferidos de Teresa.

El lenguaje es sencillo, con imágenes que le son familiares a Teresa, y el entusiasmo va creciendo poco a poco, conservando sin embargo su sencillez, gracias al estribillo: *«Nada más que por hoy»*. La última estrofa es típicamente teresiana con su vuelo potente y definitivo.

Es innegable una tonalidad lamartiniana, que refleja los gustos de María del Sagrado Corazón. Pero a la observación negativa del poeta: «Sólo tenemos el día de hoy» (*L'Homme*), Teresa responde de forma positiva: «Lo que cuenta para nosotras es el día de hoy», ese día de hoy que nos trae su gracia. Hay que subrayar la coherencia de esta poesía con toda la vida de Teresa (cf Cta 89, 96, 169, 241 y CA 19.8.10).

Además de Lamartine, puede notarse también el parentesco con una hoja, «Mi hoy», que Teresa conservaba en un libro de uso corriente. Pero el enfoque supera aquí la perspectiva de paciencia en el sufrimiento a que se limita el texto de esa hoja.

(1) Palabra muy teresiana, que encontramos ciento diez veces en sus escritos.

(2) Unica vez que aparece en Teresa.

(3) Este versículo bíblico (Sal 30,21) volverá a repetirse cuatro veces más en las *Poesías* (PN 11,3; 12,8; 16,1; 20,5 = P 12,5) y lo elegirán para el recordatorio del señor Martin.

(4) Cf P 36,8+.

(5) Acerca de María como Estrella, cf RP 1,11rº/vº; RP 3,12vº; Ms A 85vº+.

P 7 CANTO DE GRATITUD A LA VIRGEN DEL CARMEN

1 Desde el primer instante de mi vida
me tomaste en tus brazos,
y desde aquel momento,
amada Madre mía,
me das tu protección aquí en la tierra.
Para guardar intacta mi inocencia,
me escondiste en un blando y dulce nido,
custodiaste mi infancia
a la sombra bendita
de un retirado claustro.

2 Y más tarde, al llegar
mi juventud a sus primeros días,
escuché la llamada de Jesús.
Me mostraste el Carmelo
con ternura inefable.
«Ven a inmolarte por tu Salvador
-me decías entonces con dulzura-.
Cerca de mí te sentirás dichosa,
ven a inmolarte con tu Salvador».
.....

3 Cerca de ti, oh tierna Madre mía,
he encontrado la paz del corazón;
en esta tierra nada más deseo,
sólo Jesús es toda mi ventura.
Si alguna vez me asaltan
la tristeza o el miedo,
en mi debilidad tú me sostienes
y siempre, Madre mía, me bendices.

4 Otórgame la gracia
de mantenerme fiel
a mi divino Esposo,
Jesús.
Para que un día
su dulce voz yo escuche,
cuando a volar me invite y a sentarme
entre sus elegidos.
Entonces ya no habrá
ni más destierro ni más sufrimiento.
Ya en el cielo,
yo volveré a cantarte
mi amor y gratitud,
amable y dulce Reina del Carmelo.

16 de julio de 1894

NOTAS P 7 - CANTO DE GRATITUD A LA VÍRGEN DEL CARMEN

Fecha: 16 de julio de 1894. - *Compuesta para:* sor Marta de Jesús, con motivo de sus veintinueve años. - *Publicación: Poésies*, 1979.

Unos versos sencillos, cuyo interés es más histórico que poético. Destacan la delicadeza de Teresa para con su novicia (huérfana desde los ocho años) y nos ofrecen mas información acerca de la personalidad de ésta última que acerca de la vida mariana de la autora. Notemos, no obstante que ya aquí María aparece como «más Madre que Reina».

P 8 PLEGARIA DE LA HIJA DE UN SANTO

1 Recuerda que en la tierra, en otro tiempo,
en querernos cifrabas tu delicia.
Dígnate ahora oír nuestra plegaria,
protégenos, y sigue bendiciéndonos.
Hoy vuelves a encontrar allá arriba, en el cielo,
a nuestra amada madre (1),
que hace tiempo llegó a la patria santa.
Allí reináis los dos (2).
Velad por vuestras hijas.

2 Acuérdate de tu María ardiente (3),
de tu fiel corazón la más querida.
Recuerda que su amor
llenó toda tu vida de encanto, gozo y gracia.
Por Dio s tú renunciaste a su dulce presencia,
y bendijiste la divina mano
que el sufrimiento en pago te ofrecía.
De tu *Diamante* (4) bello,
cuyos reflejos cada vez más brillan,
¡acuérdate!

3 Acuérdate de tu maravillosa *Perla fina* (5),
a quien tú conociste
tierno, débil y tímido cordero.
Mírale ahora fuerte, divinamente fuerte,
y conduciendo del Carmelo santo
al pequeño rebaño (6).
Hoy es ella la madre de tus hijas,
ven y conduce a la que tanto quieres...
Y, sin dejar el cielo,
de tu amado Carmelo
¡acuérdate!

4 Acuérdate de la oración ferviente
que un día formulaste por tu tercera hija (7).
¡Dios la escuchó!
Ella es, igual que sus hermanas,
un lirio que brilla sin igual.
Ya la Visitación la esconde y cela
a los ojos del mundo y su malicia.
Ama al Señor, y ya su paz la inunda,
su dulce paz y su quietud divina.
De sus ardientes

suspiros y deseos
¡acuérdate!

5 Acuérdate de tu leal Celina,
de la que fue tu ángel, como un ángel del cielo (8)
cuando en tu rostro de elegido insigne
se posó la mirada de la faz divina <9 y 10>.
Tú reinas ya en el cielo...,
su tarea a tu lado está cumplida,
y ahora (11) a Jesús consagra ella gozosa
su servicio, su amor, toda su vida.
Protege a tu hija,
que con frecuencia dice:
¡acuérdate!

6 Acuérdate también de tu *Reinecita*,
de la que fue «la Huérfana de la Bérézina» (12).
Recuerda que tu mano
en su camino incierto le fue guía.
Recuerda que en las horas de su infancia
para Dios conservaba su alma limpia.
De sus bucles de oro
que encantaban tus ojos,
¡acuérdate!

7 Recuerda que en la paz del mirador (13)
gustabas de sentarla en tus rodillas,
y en ellas, murmurando una plegaria,
con tus dulces canciones la mecías.
En tu rostro un reflejo del cielo ella veía
cuando, al mirar tus ojos
en el lejano espacio se perdían...
y de la eternidad
cantabas la belleza.
¡Acuérdate!

8 Recuerda aquel domingo luminoso:
unida a ti tu *Reina*,
en apretado y paternal abrazo,
le diste aquella florecilla blanca,
y con ella, el permiso de volar al Carmelo.
Recuerda, ¡oh padre!, que en sus grandes pruebas,
del más sincero amor pruebas le diste.
En Bayeux, luego en Roma,
le mostraste los cielos.
¡Acuérdate!

9 Recuerda que la mano del Santo Padre, en Roma,
sobre tu noble frente se posó;
mas no pudiste comprender entonces
el oscuro misterio doloroso
que aquel sello divino en ti imprimía...
Ahora tus hijas te alzan su plegaria,
y bendices tu cruz y tu dolor amargo.
En tu frente gloriosa
nueve rayos de cielo se iluminan,
¡nueve lirios (14) en flor!

NOTAS P 8 - PLEGARIA DE LA HIJA DE UN SANTO

Fecha: agosto de 1894. - *Compuesta para:* ella misma, en recuerdo de su padre (fallecido el 29 de julio). - *Publicación:* HA 98 (veinticinco versos corregidos). - *Melodía: Rappelle-toi*.

Primera poesía de Teresa para su uso personal y exclusivo. Durante las semanas que siguen a la muerte de su padre, hay un largo fluir de recuerdos, en medio de una gran paz (cf Cta 170). Teresa se encuentra con él en la oración y va hojeando con él el álbum familiar.

»Recuerda», «Acuérdate» es un término importante en su vocabulario, expresión de un temperamento apto para grabarlo todo de manera indeleble.

En esta poesía histórico-biográfica, pequeño exvoto en el santuario familiar, Teresa dedica una estrofa a los papás Martin, otra a cada una de las cuatro hijas, otra a sí misma, y termina con la pasión y la glorificación del señor Martin. No se trata de una simple evocación. el recuerdo se desdobla ya en una interpretación, como volverá a hacerlo pronto en su primer Manuscrito.

La desafortunada falta de sintaxis (se rappeller *de*), que irá repitiendo hasta el final, desfigura algunos versos [en el original francés, naturalmente]. En cambio, apenas hay «escoria» en esta meditación lírica, que fluye con soltura.

Un año más tarde, Teresa retomará la misma melodía y la misma métrica para un gran poema contemplativo en el que recuerda a Jesús todo lo que él ha hecho por ella (P 15).

(1) La señora de Martin había fallecido diez y siete años antes, el 28 de agosto de 1877.

(2) Sobre la certeza que tiene Teresa de que su padre está en el cielo, cf Ms A 82vº.

(3) Que María, la hermana mayor, sea la preferida de su padre no es un secreto para ninguna de sus hermanas.

(4) Sobrenombre que el señor Martin daba a María y que Teresa usa con frecuencia en las cartas que escribe a su padre.

(5) Sobrenombre que el señor Martin daba a Paulina.

(6) Inés había sido elegida priora el 20 de febrero de 1893.

(7) Leonia, entonces en la Visitación de Caen.

(8) Cf Cta 142, 161, 165 y Ms A 82rº.

(9) Para Teresa, el sufrimiento nace de una *«elección gloriosa»*, de una *mirada* de la Santa Faz a una persona, una *«mirada velada»* (Cta 120, 127, 134, 140; Or 12), que imprime en ella la imagen del Siervo sufriente.

(10) [En el original francés, *«glorieux»*] que en el Ms A se aplica cuatro veces a la enfermedad del señor Martin (20vº, 21rº, 49vº, 73rº; cf Cta 83 y CA 27.5.6).

(11) Así pues, la decisión está tomada: Celina entrará en el Carmelo un mes más tarde: el 14 de septiembre.

(12) Dos sobrenombres que el señor Martin daba a Teresa.

(13) El mirador de los Buissonnets; cf Ms A 18rº y P 11, estr. 12 y 13.

(14) Dado que el cabeza de familia está ya en la gloria, todos los miembros de la misma están también potencialmente allí (cf Cta 173).

P 10 HISTORIA DE UNA PASTORA CONVERTIDA EN REINA

A sor María Magdalena
en el día de su profesión
en manos de la madre Inés de Jesús.

1 En este día feliz,
¡oh Magdalena!, a tu lado
venimos a celebrar
el maravilloso enlace,
el dulce enlace que une
con tu celestial Esposo.
Escucha con embeleso
esta encantadora historia
de una pastorcita humilde
a la que un gran Rey llamó
para colmarla de honores,
y ella respondió a su voz.

Estrib. Cantemos a la pastora,
pobrecita de la tierra,
a quien el gran Rey del cielo
en el Carmelo hoy escoge
por esposa.

2 Erase una pastorcita
que guardaba sus corderos
mientras hilaba la rueca.
Admiraba a cada flor
y escuchaba a cada pájaro,
y comprendía muy
el dulcísimo lenguaje
del bosque y del cielo azul.
en todo hallaba la imagen
que le revelaba a Dios.

3 Ella a Jesús y a María
amaba con gran ardor,
y ellos, amando a *Melania*,
le hablaron al corazón.
La dulce Reina divina
le dijo amorosamente:

«¿Quieres, Melania, venir
conmigo al Monte Carmelo,
y llamarte Magdalena
y no ganar más que el cielo?

4 «¡Oh, niña, deja tus campos,
tu rebaño deja, nena!
Allá arriba en mi montaña
mi Jesús y tu Jesús
será tu único Cordero» (1).

Jesús, a su vez, le dijo:
«¡Oh, ven pronto, que tu alma
ha cautivado a la mía!
Por prometida te tomo,
serás mía para siempre».

5 Dichosa, la pastorcita
oyó la dulce llamada,
y tras la Virgen, su Madre,
llegó a la cumbre del Monte

.....

¡Oh pequeña Magdalena!,
en este dichoso día
es a ti a quien festejamos.
Hoy la pastora es ya reina,
y reina junto a Jesús,
que es su Rey y que es su amor.

6 Tú lo sabes, hermanita:
servir a Dios es reinar (2).
Jesús, durante, su vida,
nos lo enseñó claramente:

«Si en la celeste patria
quieres ser el primero,
procura ser el último
en el destierro».

7 Magdalena, estás contenta
con el lugar que te toca
en este Monte Carmelo.

¿Cómo no habías de estarlo,
si estás tan cerca del cielo?

A Marta y María imitas (3):
orar y servir a Cristo.
Esta es toda nuestra vida,
nuestra dicha verdadera.

8 Si, tal vez, el sufrimiento,
el amargo sufrimiento,
visita tu corazón,
haz de él tu dicha y tu gozo:
¡qué dulce es sufrir por Dios!

Y las ternuras divinas
te harán muy pronto olvidar
que caminas sobre espinas,
te parecerá volar...

9 Hoy hasta el ángel te envidia (4),
¡quisiera gustar la dicha
que tú posees, María,
siendo esposa del Señor!

Muy pronto podrás cantar,
en el concierto glorioso
de los Tronos y Virtudes,
del Rey Jesús los loores,
del Rey Jesús, que es tu Esposo.

Estr. final Muy pronto la pastorcita,
pobrecita de la tierra,
volando, al cielo se irá
a reinar con el Eterno.

A nuestras Reverendas Madres

10 A vosotras, nuestras Madres,
a vuestro orar y desvelos,
nuestra hermana Magdalena
debe su dicha y su paz.
Ella sabrá agradeceros
vuestro tierno amor materno,
pidiéndole a su Maestro
que os dé sus dones del cielo.

Estribillo Y en vuestras coronas,
Madres tan buenas,
brillará la flor
que hoy a él ofrecéis.

NOTAS P 10 - HISTORIA DE UNA PASTORA CONVERTIDA EN REINA

Fecha: 20 de noviembre de 1894. - *Compuesta para:* sor María Magdalena del Ssmo. Sacramento, para su profesión. La última estrofa está dedicada a la madre Inés y a la madre María de Gonzaga. - *Publicación:* HA 98 (doce versos corregidos); la última estrofa y último estribillo, en *Poésies*, 1979. - *Melodía: Tombé du nid*.

Teresa había evocado ya, siendo novicia, la historia de *«una joven aldeana a quien un rey poderoso viniera a pedir en matrimonio»* (Cta 109). *«La pastora convertida en reina»* es uno de los temas más clásicos del folclore universal en el campo de las novelas del corazón. La imagen es de lo más apropiada para seducir a Teresa, sensible como es a la alianza del más pequeño con el más grande, del menos-que-nada con el eterno. Y en este caso, esa imagen se impone por sí misma, ya que María Magdalena (antes Melania) fue efectivamente pastora (cf RP 7, escena 1).

Había que ser Teresa para escribir un poema tan libre y lleno de chispa dedicado a una novicia de temperamento tan tenso, que se encierra en sí misma ante la perspicacia de la Santa. Y sin embargo, María Magdalena la quiere: su deposición en el Proceso Ordinario es uno de los más bellos retratos de Teresa.

Esta, por su parte, nunca perdió la paciencia. En este poema no hay ni una sombra de reticencia, nada que deje adivinar la menor irritación o el menor esfuerzo. El poema es un misterio de amor: el del gran Rey hacia una pobre pastora, el de Teresa hacia su prójimo a quien ama *«como la amó Jesús»*.

Pero es también ella misma que canta sus propias bodas: asume ya el tono de quien va a cantar *«eternamente las misericordias del Señor»* en el manuscrito A.

(1) Cf P 11, estr. 35-36; RP 5, 26; Cta 183. Teresa se acuerda de san Juan de la Cruz: «Ya no guardo ganado» (*Cántico Espiritual*, canción 28), pero la consagración exclusiva al *«único cordero»* es una explicitación propia de Teresa que nos recuerda a Apocalipsis 14, 3,4.

(2) Cita de san Agustín.

(3) A Marta *y* a María: Teresa no se para en las distinciones de «clases», tan marcadas en su época. *«Orar y servir»* es el patrimonio de toda carmelita. (cf RP 4).

(4) Idea que gustaba mucho a Teresa.

P 13 LA REINA DEL CIELO A SU HIJA QUERIDA MARÍA DE LA SANTA FAZ

1 Yo buscando estoy a un niño
que a mi Jesús se parezca,
a mi único Cordero (1),
para esconder a los dos
en una misma cunita.

2 Los ángeles de la patria
envidiarían tal suerte (2);

mas yo te la doy a ti:
María, este niño Dios
tu Dios y esposo será.

3 Te escojo para que seas
de mi Jesús hermanita.
¿Deseas acompañarle?
¡Posarás en mi regazo!

4 Te esconderá bajo el manto
que cubre al Rey de los cielos.
Para tus ojos, mi Hijo
será ya brillante estrella.

5 Para que mi manto pueda
cubrirte junto a Jesús,
tienes que ser pequeñita,
con virtudes infantiles (4).

6 Quiero que en tu frente brillen
la dulzura y la pureza.
Mas sobre todo te doy
por virtud la sencillez.

7 El Dios Uno en Tres personas,
que el ángel temblando adora,
quiere que sólo le des
por nombre «Flor de los campos».

8 Como blanca margarita
que vive mirando al cielo,
tú has de ser la flor sencilla
del Niño de navidad.

9 El mundo desconocía (5)
los encantos de este Rey
que se desterró del cielo (6).
Muchas veces tú verás
cómo en sus dulces ojitos
las lágrimas brillan ya.

10 Tendrás que olvidar tus penas
para alegrar a mi Niño,
bendecir con alegría
los nobles lazos que te atan
y cantar muy suavemente...

11 El Dios todopoderoso
que calma a al mar rugiente,
tomando rasgos de niño
se ha hecho débil y pequeño.

12 El Verbo, que es la palabra,
Palabra eterna del Padre,
que por ti aquí se destierra,
mi dulce Cordero, que es
también tu pequeño hermano,
¡oh, niña, no te hablará!

13 El silencio es la primera
prenda del amor callado.
Comprendiendo su lenguaje,
deberás siempre imitarle.

14 Y si alguna vez se duerme,
cerca de él descansarás.
Su corazón vela siempre
y te servirá de apoyo
para poder descansar.

15 No te inquiete la labor
que has de cumplir cada día;
tu solo quehacer, María,
en la vida es el amor.

16 Puedes decir a quien diga
que tus obras no se ven:
«amo mucho, y en la vida
el amor es mi quehacer».

17 Jesús hará tu corona (7)
si sólo buscas su amor.
Un día te hará reinar
si le das tu corazón.

18 Tras la noche de esta vida
verás su dulce mirada,
y a aquella cumbre de arriba
volará tu alma veloz...

Noche de Navidad de 1894

(Melodía: Sur le grand mât d'une corvette)

NOTAS P 13 - LA REINA DEL CIELO A SU HIJA QUERIDA MARÍA DE LA SANTA FAZ

Fecha: 25 de diciembre de 1894. - *Compuesta para:* Celina, postulante con el nombre de María de la Santa Faz; composición espontánea. - *Publicación:* HA 98 (diecisiete versos retocados). - *Melodía: Le petit mousse noir*.

La frescura de una canción de Navidad, pero también una poesía estructurada, meticulosa, de palabras escogidas, un pequeño tratado sobre la infancia y la omnipotencia. Teresa compone esta poesía para consolar a su hermana,

cuyas cualidades no parecían reconocerse demasiado en el Carmelo; el éxito será completo (cf los seis relatos de Celina, especialmente CSG, pp. 50 y 151).

En realidad, Teresa apunta mucho más alto: después de María de la Trinidad, quiere arrastrar a «María de la Santa Faz» por el camino de la infancia. Este canto de Navidad es también un canto de Nazaret, de la vida escondida. La presencia de María es un elemento primordial para la iniciación en la *sencillez*, en el *silencio* del *amor*, en el *parecido* (1,1) con *«el único cordero»*, con el Verbo hecho niño.

(1) Cf P 7,4+.

(2) Cf P 2+.

(3) El *velo* -o el *manto*- de la Santísima Virgen, bajo el que podemos cubrirnos (4,2; 51), o escondernos (P 1,1; aquí estr. 4; Cta 161; RP 8, 6rº), o descansar (PN 5,11,3 = P 4,11,3), o dormirse (P 27,8; 35,12) es el símbolo de la completa seguridad para el niño, el lugar del perfecto abandono. Pero después de una gracia como la que Teresa recibió en el verano de 1889 (cf CA 11.7.2), este velo pasa a tener un sentido místico. Al igual que el manto, también el velo *«virginiza»* (Cta 105), sitúa a la persona en un *«silencio profundo de todos los cuidados de la tierra»* (Cta 122). Bajo este velo, el alma encuentra solo a Jesús, lo mira, se une a él. Teresa está en perfecta armonía con la tradición de la Orden: la vida escondida del Carmelo es algo así como un desierto mariano.

(4) La estrofa 6 hablará de grandes virtudes, pero de unas virtudes que son las de la infancia. El vocabulario no debe llamarnos a engaño: estas *«virtudes infantiles»* exigen un abandono total de sí mismo. Cf Or 14, nota 4+.

(5) Las estrofas 9-14 presentan un entramado de temas bastante sutil y una prosecución de ideas polifónicas que, tras las imágenes de la infancia, anuncian ya el futuro trágico de Jesús. *Desconocer:* cf RP 2,3rº y 7vº; 4,1vº; 5,2rº; Cta 108 (Is 53,2).

(6) Excepto en P 15,5 (huída a Egipto), *destierro* en Teresa designa la Encarnación (P 1,1; 15,1; 19,1; Cta 141; Ms B 5vº; RP 2,1rº; RP 5,1rº; RP 6,2vº). Teresa, al parecer, nunca tiene en cuenta que Jesús, al encarnarse, vino *a su casa*.

(7) Cf Cta 143, nota 5.

P 14 A SAN JOSÉ

1 Vuestra admirable vida
en la sombra, José, se deslizó
humilde y escondida,
¡pero fue augusto privilegio vuestro
contemplar muy de cerca la belleza
de Jesús y María!

Estribillo José, tierno Padre,
protege al Carmelo.

Que en la tierra tus hijos }
gocen ya la paz del cielo } bis

2 ¡Más de una vez, el que es Hijo de Dios,
y entonces era niño
y sometido en todo a la obediencia vuestra,
sobre el dulce refugio de vuestro pecho amante
descansó con placer!

3 Y como vos, nosotros,
en la tranquila soledad, servimos
a María y Jesús,
nuestro mayor cuidado es contentarles,
no deseamos más.

4 A vos, Teresa, nuestra santa Madre,
acudía amorosa y confiada
en la necesidad,
y asegura que nunca su plegaria
dejasteis de escuchar.

5 Tenemos la esperanza de que un día,
cuando haya terminado la prueba de esta vida,
al lado de María iremos, Padre, a veros.

Estribillo Bendecid, tierno Padre,
nuestro Carmelo,
y tras el destierro de esta vida }
¡reunidnos en el cielo! }bis

NOTAS P 14 - A SAN JOSÉ

Fecha: 1894. - *Compuesta para:* sor María de la Encarnación (Josefina Lecouturier), a petición de ésta. - *Publicación:* HA 98 (cinco versos corregidos). - *Melodía: Nous voulons Dieu*.

No sabemos nada acerca de las circunstancias de esta composición, pero data con seguridad de 1894. La vida escondida de san José, hecha de contemplación y de servicio a Jesús y a María, en pobreza y en soledad, es un buen ejemplo para las carmelitas (cf TERESA DE JESUS, *Vida*, cap. 6).

P 17 VIVIR DE AMOR

1 En la última noche, la noche del amor,
hablando claramente y sin parábolas,
Jesús decía así:

«Si alguno quiere amarme, que guarde mi palabra (1),
que la guarde fielmente. Mi Padre le amará,
y vendremos a él, moraremos en él,
será para nosotros una morada viva,
será nuestro palacio.
Pero también queremos que more él en nosotros,
lleno de paz, que more en nuestro amor.»

2 ¡Vivir de amor quiere decir guardarte
a ti, Verbo increado, Palabra de mi Dios!
Lo sabes, Jesús mío, yo te amo,
me abrasa con su fuego (2) tu Espíritu de Amor.
Amándote yo a ti, atraigo al Padre,
mi débil corazón se entrega a él sin reserva.
¡Oh augusta Trinidad,
eres la prisionera, la santa prisionera (3)
de mi amor!

3 Vivir de amor vivir es de tu vida,
glorioso Rey, delicia de los cielos.
Por mí vives oculto en una hostia,
por ti también, Jesús, vivir quiero escondida.
Soledad necesitan los amantes (4),
que hablen sus corazones noche y día.
Me hace feliz tan sólo tu mirada,
¡vivo de amor!

4 Vivir de amor
no es en la cima del Tabor su tienda
plantar el peregrino de la vida.
Es subir al Calvario
a zaga de las huellas de Jesús,
y valorar la cruz como un tesoro (5)...
En el cielo, mi vida será el gozo,
y el dolor será ido para siempre.
Mas aquí desterrada, quiero, en el sufrimiento,
¡vivir de amor!

5 Vivir de amor es darse sin medida (6),
sin reclamar salario aquí en la tierra.
¡Ah, yo me doy sin cuento, bien segura
de que en amor el cálculo no entre!
Lo he dado todo al corazón divino,
que rebosa ternura.
Nada me queda ya... Corro ligera (7).
Ya mi única riqueza es, y será por siempre
¡vivir de amor!

6 Vivir de amor es disipar el miedo,
aventar el recuerdo de pasadas caídas.
De aquellos mis pecados no veo ya la huella,
junto al fuego divino se han quemado (8)...
¡Oh dulcísima hoguera, sacratísima llama,
en tu centro yo fijo mi mansión.
Y allí, Jesús, yo canto confiada y alegre:
¡vivo de amor!

7 Vivir de amor guardar es, en sí misma,
en un vaso mortal, un inmenso tesoro.
Mi flaqueza es extrema, Amado mío,
disto mucho de ser un ángel de los cielos.
Mas si es verdad que caigo a cada paso,
lo es también que tú vienes en mi ayuda (9)
y me levantas
y tu gracia me das.
¡Vivo de amor!

8 Vivir de amor es navegar (10) sin tregua
en las almas sembrado paz y gozo.
¡Oh mi Piloto amado!, la caridad me urge,
Pues te veo en las almas, mis hermanos (11).
La caridad me guía, ella es mi estrella,
bogo siempre a su luz.
en mi vela yo llevo grabada mi divisa:
¡Vivir de amor!

9 Vivir de amor es mientras Jesús duerme
permanecer en calma
en medio de la mar aborrascada.
No temas, ¡oh Señor!, que te despierte,
espero en paz (12) la orilla de los cielos...
Pronto la fe desgarrará su velo
y habrá sido mi espera sólo un día.
La caridad me empuja, ella hinche mi vela,
¡vivo de amor!

10 Vivir de amor, Maestro amado mío,
es pedir que derrames tu luz y tu calor
del sacerdote (13) en el alma santa,
en su alma elegida.
¡Pueda ser él más puro que un serafín del cielo!
Y protege también a tu Iglesia inmortal (14),
no cierres tus oídos, Jesús, a mi clamor.
Hija suya soy yo, por mi Madre me inmolo,
¡vivo de amor!

11 Vivir de amor es enjugar tu rostro (15),
es a los pecadores (16) alcanzar el perdón.
¡Oh Dios de amor!, que vuelvan a tu gracia,
que bendigan tu nombre eternamente.
Hasta el alma me llega la blasfemia (17),
para borrarla yo canto cada día:
¡Oh nombre de mi Dios, te adoro y amo,
vivo de amor!

12 Vivir de amor
es imitar, Jesús, la hazaña de María
cuando bañó de lágrimas y perfumes preciosos
tus fatigados y divinos pies y los besó arrobada,
enjugándolos luego con sus largos cabellos...
Y alzándose del suelo, rompió el frasco
y tu cabeza María perfumó.

¡Oh Jesús, el perfume (18) que yo doy a tu rostro
es y será mi amor!

13 «¡Vivir de amor, oh qué locura extraña
-me dice el mundo-, cese ya tu canto!
¡No pierdas tus perfumes, no derroches tu vida,
aprende a utilizarlos con ganancia!»
¡Jesús, amarte es pérdida fecunda!
Tuyos son mis perfumes para siempre.
Al salir de este mundo cantar quiero:
¡muero de amor!

14 ¡Morir de amor (19), dulcísimo martirio,
y es el martirio que sufrir quisiera!
Acordad, querubines, vuestras liras,
siento que mi destierro va a acabar...
Llama de amor (20), consúmeme sin tregua.
¡Oh vida de un momento,
muy pesada tu carga se me hace!
¡Oh divino Jesús!, haz realidad mi sueño:
¡morir de amor!

15 Morir de amor, es ésta mi esperanza,
cuando vea romperse mis cadenas.
Mi Dios será mi recompensa grande (21),
otros bienes no quiero poseer.
Quiero ser abrasada por su amor,
quiero verle (22) y unirme a él para siempre.
Este será mi cielo y mi destino:
¡¡¡Vivir de amor...!!!

NOTAS P 17 - VIVIR DE AMOR

Fecha: 26 de febrero de 1895. *Composición* espontánea. - *Publicación:* HA 98 (veintiún versos corregidos). - *Melodía: Il est à moi*.

Uno no puede por menos de sentirse impresionado por los acentos de gravedad dentro del tono de fervor de este poema de amor, rico, profundo, extenso. Una verdadera «declaración» que contempla toda la envergadura de ese amor, como se contemplan todas las consecuencias de un acto antes de tomar una grave resolución. «Vivir de amor - morir de amor» (cf un billete de la madre María de Gonzaga a Teresa de 1890, LC 144): ése es el núcleo de esta gran meditación, hecha en un momento en que Teresa adquiere la certeza de que morirá pronto y en que comienza su autobiografía, un punto de vista privilegiado sobre el presente, el pasado y el futuro. El hecho de que escriba espontáneamente un poema así es significativo.

Teresa habla *«sin parábolas»* al menos en diez estrofas (de quince). No es que no haya aquí imágenes simbólicas; pero son más raras que en los demás poemas. Las ideas y las intuiciones prevalecen a veces sobre la poesía, o al menos el pensamiento teológico es en ocasiones tan fuerte que encuentra mayor dificultad en encarnarse en una forma poética; la «violenta» o incluso la supera.

Vivir de amor brotó de un solo tirón durante los largos ratos de oración ante el Santísimo Sacramento, expuesto los tres días de las Cuarenta Horas (domingo, lunes y martes que preceden al miércoles de ceniza) para reparar los excesos del carnaval antes de entrar en la Cuaresma.

Las monjas se turnan cada hora de dos en dos ante la custodia. Sólo está iluminado el altar de la capilla, mientras el coro de las carmelitas permanece en penumbra. Prácticamente no pueden leer. Y en este clima de ferviente intimidad es donde el canto *Vivir de amor* fluye del alma de Teresa: un río de paz, inmenso, tranquilo, que cada estrofa va engrosando como un afluente sin perturbar su curso.

Las copias B y C de este poema tienen como epígrafe: *«Si alguien me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amara, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada... Mi paz os doy... Permaneced en mi amor... San Juan, c. 14, v. 23 y 27; 15, v. 9*.

(1) Cf Cta 142, y sobre todo la larga paráfrasis de Cta 165.

(2) Primera de las imágenes del *fuego*, que darán vida al poema (estr. 6, 10, 14, 15). Cf *infra*, nota 8. La palabra *fuego* aparece diez y siete veces en las Poesías.

(3) Probable reminiscencia de san Juan de la Cruz (*Cántico Espiritual*, declaración a la canción 32). Cf P 20,5,2.

(4) Posible alusión al *Cántico Espiritual*, declaración a la canción 36.

(5) Cf P 30,5 y PN 50,5.

(6) El amor gratuito, generoso, es un tema que encontramos con frecuencia en Teresa; cf, por ejemplo, Cta 142; Or 6; CSG, p. 62; CA 9.5.3; 6.8.4; 6.8.7; etc.

(7) Cf el comentario de san Juan de la Cruz en el *Cántico Espiritual*, canción 25: «Las jóvenes discurren al camino», que Teresa retomará (poco más tarde) en el Ms A 47vº/48rº. Piénsese también en el salmo 118,32 (cf Ms C 16rº). Recordemos finalmente *Imitación* III, 5: «El que ama corre, vuela, es alegre, es libre..., todo lo entrega», etc., que preanuncia directamente al Ms A 80vº.

(8) La estrofa del *fuego*; cf Ms A 84vº. Otros textos completan e ilustran más esta estrofa del «purgatorio»: Ms A 84rº/vº; P 14,8; Cta 226; CA 8.7.15 y 30.7.3; *Ultimas Conversaciones* (Burgos, Monte Carmelo, 1973) p. 615; VT nº 99, pp. 185, 187.

(9) Cf P 29,4.

(10) Sobre el vocabulario de la navegación en Teresa puede verse un repertorio en VT nº. 61, enero 1976, p. 80.

(11) Cf Ms C 30rº.

(12) Sobre la espera serena del cielo en 1895, cf también P 13,3; 15,32; PN 22,11.

(13) Cf Cta 94+.

(14) Cf Acto de Ofrenda, Or 6.

(15) La imagen de la Verónica *«enjugando el rostro de Jesús»*: símbolo del amor que *«borra»* las blasfemias, y que da un bello ritmo a la estrofa; cf RP 2,4rº; Ms A 66vº; Or 12.

(16) Cf P 13,1. Primera mención de los *pecadores* en las Poesías.

(17) Cf RP 2,8rº; Ms A 52rº; P 15,29. En 1885, siendo todavía una niña, Teresa fue inscrita en la Archicofradía reparadora de las blasfemias y de la profanación del domingo. Ya de carmelita, pudo volver a encontrar en la *Vie de soeur Marie de Saint-Pièrre* la invitación constante a la reparación de las blasfemias. Pero en sus escritos sólo aquí encontramos un eco de ello.

(18) Cf P 23,E1+.

(19) Es ésta la primera vez que en sus escritos se manifiesta este impulso hacia la *«muerte de amor»*. Lo volveremos a encontrar enseguida en P 11,52; Or 6; P 15,26; 20,6; Cta 242; Ms C 7vº y 8rº; Cta 255, y más tarde en las *Ultimas Conversaciones*. María de la Eucaristía cantará esta estrofa en la enfermería el 16.7.1897 después de la comunión de Teresa: cf Cta 255. El *martirio* de amor aparece evocado de nuevo en Or 6; PN 29,12; P 20,última estr.; 22,4; Cta 182 y 224.

(20) Clara alusión a la *Llama de amor viva*, cuya operación consumante y transformadora canta san Juan de la Cruz. (cf Cta 197).

(21) Cf Cta 182+, nota 15.

(22) Cf Cta 56+, nota 2.

P 18 EL CÁNTICO DE CELINA

1 ¡Hoy me gusta evocar
los recuerdos benditos de mi infancia!
Para guardar la flor de mi inocencia
siempre pura y sin mancha,
Dios puso en torno mío una cerca de amor (1),

2 A pesar de ser yo tan pequeña,
me hallaba rodeada de ternura,
y de mi corazón en lo más hondo
nació la fiel promesa de desposarme un día
con Jesús, Rey de los cielos, Rey de los elegidos.

3 Desde la primavera de mi vida
a la Virgen María y a san José yo amaba.
Y ya mi alma se abismaba (2) entera,
extasiada y feliz, cuando en mis ojos
el cielo reflejaba su belleza.

4 Me gustaban los campos, los trigales,
la colina lejana y la llanura.
Y era tanta mi dicha cuando con mis hermanas
cogíamos las flores,
que hasta el aliento a veces me faltaba.

5 Me gustaba coger las hierbezuelas,
las florecillas todas, los acianos.
Me gustaba muchísimo el perfume
de las moradas violetas claras,
y el de las primaveras, sobre todo.

6 Me gustaban la blanca margarita,
los hermosos paseos del domingo,
el pájaro ligero gorjeando en la rama
y el radiante color azul del cielo.

7 Me gustaba poner todos los años
junto a la chimenea mis zapatos,
y apenas despertaba, iba corriendo
y cantando canciones
de la fiesta del cielo. ¡Navidad!

8 De mamá me encantaba la sonrisa,
su mirada profunda parecía decir:
«La eternidad me atrae, me cautiva,
al cielo azul iré ¡para ver allí a Dios!

9 «Encontraré en la patria
a la Virgen María y a *mis ángeles* (3)...
¡Y de las hijas que en la vida dejo,
los corazones y también las lágrimas
ofreceré a Jesús.

10 Amaba a Jesús Hostia,
que vino en la mañana de mi vida (4)
a prometerse a mi alma enajenada.
¡Oh, con cuánta alegría el corazón le abrí!

11 Y más tarde amé a la criatura
que yo veía más pura,
a Dios buscando en su creación.
Y en *El*, sólo en él hallé la paz.

12 Y también me gustaba, en aquel mirador
inundado de luz y de alegría,
recibir de mi padre los besos y caricias,
y acariciar yo misa sus cabellos
blancos como la nieve.

13 Sentada con Teresa (5) en sus rodillas,
durante las veladas, largo rato
a las dos nos mecía, lo recuerdo muy bien,

y aún me parece oír de sus tonadas
y de su voz el dulce y grave acento.

14 ¡Recuerdos dulces, que entrañáis sosiego
y me hacéis revivir tantas cosas lejanas...,
las cenas, el perfume de las rosas,
los Buissonnets, henchidos de una limpia alegría,
y los claros veranos!

15 Al llegarse la noche,
cuando todo rumor vano se apaga,
me sentía feliz expansionando mi alma
con mi Teresa en dulce desahogo.
Mi corazón y el suyo
formaban, confundidos, uno solo.

16 Entonces se mezclaban nuestras voces,
las manos se enlazaban,
y cantábamos juntas
nuestras futuras y sagradas bodas,
soñando en el Carmelo...
y soñando en el cielo.

17 En Suiza y en Italia me encantaron (6)
los frutos de oro bajo el cielo azul.
Me gustó, sobre todo, la mirada,
toda llena de vida,
que el santo anciano, el papa,
el Pontífice Rey, me dirigió.

18 Con amor te besé,
¡oh tierra bendita del Coliseo augusto!
La bóveda sagrada y silenciosa
de las santas y oscuras catacumbas
repitió dulcemente el eco de mi canto.

19 Tras mi dicha vinieron el dolor y las lágrimas (7).
¡Muchas y amargas lágrimas!
Me vestí la armadura de mi Esposo,
y fue su cruz mi escudo y mi consuelo.

20 Durante largo tiempo estuve desterrada,
lejos, ¡ay, si, qué lejos!, de mi familia amada;
y sin tener siquiera, cual pobre cierva herida,
el refugio de un simple agavanzo en flor.

21 Mas un atardecer, mi alma enternecida
percibió la sonrisa de María (8),
y una gota bendita de su sangre
se tornó (¡ah, qué dicha!) en leche para mí

22 Gustaba, por entonces,
de apartarme del mundo y de sus ruidos,

para oír cómo el eco, desde lejos,
respondía a mi voz,
y en el fecundo, en el umbroso valle (9),
en medio de mis lágrimas, yo recogía flores.

23 Me gustaba escuchar
de la lejana iglesia la campana
tañendo vagamente.
Me sentaba en el campo
para oír el susurro de la brisa
al caer de la tarde.

24 Me embobaba mirando
las golondrinas en su raudo vuelo,
y escuchando, callada,
el plañidero canto de las tórtolas.
Me gustaba sentir el ruido de alas
y el bronco bordoneo del insecto.

25 Me gustaba la gota de rocío,
la cantora cigarra,
la virginal abeja preparando la miel
desde su mismo despertar.

26 Gustaba yo de recoger el brezo,
corriendo sobre el leve y blando musgo;
cazar las mariposas,
en frágil vuelo sobre los helechos
y pintado en sus alas el puro azul del cielo.

27 Amaba a las luciérnagas en la sombra,
y amaba las estrellas incontables.
Y, sobre todo, el disco plateado
de la luna en la noche (10).

28 En su última vejez
me gustaba rodear a mi padre de ternura.
El lo era para mí todo en la vida:
hijo, dicha, riqueza.
¡Ah, cuántas veces y con qué cariño
le estrechaba en mis brazos!

29 Nos gustaba escuchar el dulce ruido de las olas
y el retumbo encendido de la oscura tormenta,
y en la quietud profunda de la tarde
del ruiseñor la voz en el fondo del bosque.

30 Pero su hermoso rostro una mañana
la imagen, con sus ojos, buscó del crucifijo...
Al marchar, me dejó su postrera mirada,
la prenda de su amor. ¡Aquella era mi parte!

31 Con su divina mano, con su amorosa mano,
a Celina Jesús le arrebató
el único tesoro que tenía,
¡y llevándolo lejos, lejos de la colina,
lo colocó en el cielo, cerca del Dios eterno!

32 Ahora estoy prisionera (11),
muy lejos de la tierra y de sus bosques.
vi que todo es en ella efímero y caduco (12),
¡toda mi dicha, en ella, vi apagarse y morir!

33 Bajo mis pies se magulló la hierba,
y en mis manos la flor se marchitó...
Jesús, por tu pradera (13) correr quiero,
no dejarán en ella mis pies huella.

34 Como un ciervo sediento
va suspirando por las aguas vivas,
así, desfallecida, ¡oh Jesús!, a ti corro.
Para calmar mi sed y mis ardores
hacen falta tus lágrimas...

35 Sólo tu amor me arrastra. En la llanura
mi rebaño dejé, ya no lo cuido (14).
Complacer sólo quiero
a mi nuevo Cordero, a mi Cordero único.

36 El Cordero a quien amo eres tú, mi Jesús.
Me bastas, ¡bien supremo!, todo lo tengo en ti (15),
tengo la tierra y hasta tengo el cielo.
Tú eres la flor, Rey mío, que yo corto (16).

37 Jesús, Lirio del valle, me cautivó tu aroma.
Ramillete de mirra, corola perfumada,
dentro del corazón quiero guardarte
y en él darte mi amor.

38 Junto a mí va tu amor, siempre conmigo.
En ti tengo los bosques y campiñas,
los ríos, las montañas, la pradera,
la lluvia de los cielos y la nieve.

39 Todo lo tengo en ti:
los trigos y las flores entreabiertas,
los botones de oro, las miosotis y rosas.
El perfume poseo y la frescura de los blancos lirios (17).

40 En ti tengo la lira melodiosa (18),
la soledad sonora, los ríos y las rocas,
la graciosa cascada, el gamo saltador,
la gacela, los corzos y la ardilla.

41 En ti tengo también
el arco iris y la nieve pura,
el inmenso horizonte y la verdura,
las ínsulas extrañas y las maduras mieses,
las leves mariposas,
los campos y la alegre primavera.

42 En tu amor, ¡oh Jesús!, también encuentro
las palmeras esbeltas que el sol dora,
la noche en par de los levantes de la aurora (19),
las aves y el suave murmullo del arroyo.

43 Tengo en ti los racimos deliciosos,
las graciosas libélulas,
la selva virgen llena de flores misteriosas.
Tengo a todos los niños, rubios, pequeñitos,
con sus alegres cantos.

44 Tengo en ti las colinas y las fuentes,
Tengo vincapervincas, madreselvas,
agavanzos, bejucos,
flores blancas de espino y los frescos nenúfares.

45 Tengo la avena, loca y tembladora,
la voz grave y potente de los vientos,
el hilo de la Virgen,
la llama ardiente, el céfiro ligero,
los zarzales floridos y los nidos.

46 Tengo el hermoso lago,
el valle solitario, oscuro de árboles,
la ola plateada del océano,
peces dorados
y los raros tesoros de los mares.

47 Yo tengo en ti la nave que navega
por alta mar y lejos de la playa,
el surco de oro (20) y la tranquila costa.
Tengo el fuego del sol cuando se va del cielo
festoneando con su luz las nubes.

48 En ti, Jesús, yo tengo la palmera pura;
y bajo el burdo sayal de que me visto,
valiosas joyas, ricos aderezos,
anillos y diamantes, brillantes y collares.

49 Tengo en ti la brillante y clara estrella.
Muchas veces tu amor se me descubre,
y entonces yo percibo, como a través de un velo,
al declinar el día,
la caricia divina de tu mano.

50 Tú sostienes los mundos con tu mano,
tú plantas las profundas, las oscuras florestas,
y en un volver de ojos las fecundas (21).
Con mirada de amor (22) me sigues siempre.

51 Tengo tu corazón y tu adorado rostro,
y esa mirada tuya que me ha herido.
De tu sagrada boca el beso tengo.
Te amo, Jesús, y nada más deseo.

52 Iré a cantar al cielo con los ángeles
de tu sagrado amor las alabanzas.
Haz que yo vuele pronto a formar en sus filas,
¡que yo muera de amor (23), Jesús, un día.

53 La mariposa se lanza contra el fuego,
fuertemente atraída
por su encendida y clara transparencia.
De ese modo tu amor es mi esperanza,
quiero volar a él y en él quemarme 24>...

54 ¡Oigo ya que se acerca, mi Dios, tu eterna fiesta!
Tomaré de los sauces mi arpa muda
y en tus rodillas (25) a sentarme iré,
¡para allí verte...!

55 Y muy cerca de ti veré a María,
a los santos veré y a mi familia amada.
Después de este destierro de la vida,
yo volveré a encontrar allá en el cielo
el hogar (26) paternal...

NOTAS P 18 - CÁNTICO DE CELINA

Fecha: 28 de abril de 1895. - *Compuesta para:* sor Genoveva, a petición de ésta, para su cumpleaños (veintiséis). - *Publicación:* HA 98, cincuenta y una estrofas, dos de las cuales fueron modificadas, y treinta y cuatro versos corregidos. - *Melodía: Combien j'ai douce souvenance*.

Es el «Cántico de las criaturas» de Celina, pero más aún de Teresa. Tras la cúspide de su *Vivir de amor*, Teresa va recorriendo con verdadero júbilo las riquezas de la creación, que luego volverá a descubrir, trascendidas, en su Amado.

Esta sinfonía de flores, de perfumes, de verdor, de pájaros es toda una orquestación a dos versos de Celina. Un domingo de 1895, cuando sor Genoveva está a punto de cortar el primer narciso, su hermana la detiene: «¡Hace falta permiso!» Al volver a su celda, la novicia intenta consolarse recordando a Jesús, en una poesía, lo que ha dejado por él. Sólo una pocas palabras consiguen traspasar la capa de tristeza:

La Flor que yo corto, Rey mío,
¡eres Tú!

Teresa viene en ayuda de Celina y, con certero instinto de maestra espiritual, se esmera por que no quede en la sombra ninguna de las alegrías del pasado, aun cuando esto la lleve a desleir demasiado la poesía, que es la más larga de todo su repertorio en cuanto al número de estrofas (cincuenta y cinco).

Y serán sus recuerdos comunes de la infancia y de la juventud (el Ms A está en vías de redacción) lo que Teresa rememorará en este poema de amor, de familia y sobre todo de la naturaleza. Un poema que se divide en dos grandes partes: antes de la entrada en el Carmelo (estr. 1 a la 31), y el *«ahora»* (estr. 32 hasta el final).

El influjo de san Juan de la Cruz es innegable (*Cántico Espiritual*, canc. 14-15), y la propia Teresa lo indica así en una carta de 1892 (Cta 135). La gran similitud entre los dos santos reside en una intuición fundamental común: en Cristo se recapitula la profusión de todas las riquezas creadas.

Estrofas 1 a 9: Alençon

(1) Cf Ms A 4vº.

(2) *Se plonger* o *être plongé* (*abismarse*), usado de forma incorrecta, sin complemento (lo mismo que en Cta 54; Ms A 31vº; o PN 54,18,3 = P 36,18,3) es una expresión de la familia Martin que indica asombro, recogimiento admirativo.

(3) Sus cuatro hijos, muertos muy pequeñitos.

Estrofas 10 a 18: Los Buissonnets

(4) Primera comunión de Celina, el 13 de mayo de 1880.

(5) Teresa se pone a sí misma en escena en el mirador; cf P 6,7.

(6) El viaje a Roma en noviembre de 1887.

Estrofas 11 a 31: Celina y su padre

(7) Una secuencia propia de la vida de Celina: la enfermedad del señor Martin (19-20) y su muerte (30-31), con los recuerdos felices de las vacaciones en La Musse en el intervalo (22-27), y sobre todo con su padre (28-29).

(8) Dos gracias de María a la desterrada: cf *Poésies*, II, pp 126s.

(9) Lugar privilegiado en la topografía teresiana; cf P 36,3; RP 3,14vº; RP 5,7; Cta 142, 146, 165; aquí se percibe una reminiscencia del *Cántico Espiritual* de san Juan de la Cruz, canc. 14.

(10) Teresa, hija del sol, y que concede tanto espacio a las estrellas, muy pocas veces habla de la luna (Ms A 48rº; Ms C 26rº; P 15,6 y 17,4).

Estrofas 32 a 36: Celina en el Carmelo

(11) El Carmelo es una *«prisión bendita»* (Ms A 67rº); cf Cta 106. Celina, al igual que Teresa, se constituye voluntariamente prisionera en él (Ms A 58rº, 81vº); pero no prisionera de las rejas, sino prisionera del amor a Jesús (P 20,E5; Cta 201), como Jesús lo está del nuestro; cf Or 17.

(12) Cf Ms A 69vº; Cta 245 y 260; P 11,32; 29,1; 31,2; PN 50,2.

(13) Cf las *praderas del cielo* de 24.9.4. Como hija que es de la Normandía, es lógico que Teresa conceda mucho espacio a la *pradera* (veintitrés veces en sus escritos), que pertenece también a su imaginería celestial. También san Juan de la Cruz compara el cielo a un «prado de verduras, de flores esmaltado» (*Cántico Espiritual*, canc. 4).

(14) Cf P 7,4+.

(15) Cf *Oración del alma enamorada*, de san Juan de la Cruz: «Míos son los cielos y mía es la tierra (...) y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí». Cf *infra*, el título de PN 18 bis [«Quien tiene a Jesús lo tiene todo»].

(16) Los dos versos de Celina que dieron origen a la poesía; cf *supra*, introducción a la misma.

Estrofas 38 a 51: Quien tiene a Jesús lo tiene todo

(17) Esta es la única vez que Teresa menciona el *«muguet»*, el lirio de los valles, con esa palabra, al que Celina atribuye el sentido de «amor escondido».

(18) Símbolo que le gustaba mucho a Celina; cf Cta 149+.

(19) Cf *Cántico Espiritual*, canc. 15.

(20) Cf P 2,2+.

(21) Cf LAMARTINE: «Tú, que con una mirada vuelves fecunda la inmensidad» (*La Prière*).

(22) La *mirada* de Dios, que se posa con amor sobre la criatura y le da vida y belleza, es uno de los grandes temas sanjuanistas; cf Or 6, nota 11. ¡Qué lejos está esto de un «vigilante» airado por el pecado! Esa mirada de amor recíproca e incesante está en el corazón mismo de la vida contemplativa de Teresa.

Estrofas 52 a 55: Pronto... el cielo

(23) Cf P 10,14+.

(24) Cf Ms A 38vº; estrofa que sintetiza en pocas palabras todo este largo poema.

(25) Cf Cta 211+.

(26) El *hogar* [*toit* en el original] es una palabra rara en los escritos de Teresa (Ms A 59vº, 65 rº, 75rº, 82rº). Pero la idea del cielo como *casa* y como *hogar [foyer] paterno* les es familiar a los dos hermanas: cf Ms A 41º, muy cercano a esta estrofa, y Ms A 75rº.

P 20 MI CIELO EN LA TIERRA

1 Es tu imagen inefable (1)
astro que guía mis pasos.
Tu dulce rostro, Jesús,
bien lo sabes,
es en la tierra mi cielo.
Mi amor descubre el encanto (2)
de tu rostro
embellecido de llanto.
Y a través de mis lágrimas
yo sonrío
contemplando tus dolores.

2 Quiero, para consolarte (3),
vivir ignorada (4) y sola
aquí en la tierra.
Tu hermosura,
que tan bien sabes velar,
me descubre
todo su inmenso misterio,
y a ti quisiera volar.

3 Tu faz es mi sola patria,
ella es mi reino (5) de amor,
es mi riente pradera
y mi sol de cada día.
Ella es el lirio del valle,
cuyo aroma misterioso (6)
a mi alma desterrada
en su destierro consuela,
dándole a gustar la paz
de los cielos.

4 Es mi descanso y dulzura
y mi lira melodiosa...
Es tu rostro,
¡oh mi dulce Salvador!,
el ramillete divino
de mirra, que guardar quiero
prendido sobre mi pecho (7).

5 Es tu faz
mi única y sola riqueza,
ninguna otra cosa pido.
En ella, escondida siempre (8),
a ti me pareceré (9).

Deja en mí, Jesús, la huella
de tus dulcísimos rasgos,
y muy pronto seré santa,
y hacia ti los corazones
atraeré.

6 A fin de poder juntar
abundante mies dorada,
con tu fuego quémame.
No tardes, Amado mío,
en darme tu eterno beso.
¡Con tus labios bésame!

12 de agosto de 1895

NOTAS P 20 - MI CIELO EN LA TIERRA

Fecha: 12 de agosto de 1895. - *Compuesta para:* sor María de la Trinidad (entonces María Inés de la Santa Faz), para sus veintiún años. - *Publicación:* HA 98, cinco versos corregidos. - *Melodía: Les regrets de Mignon*.

Al día siguiente de la Transfiguración, en ese clima de resplandor del Tabor, Teresa siente que todo su ser se dilata, seducido por el Rostro divino. Y al igual que en la santa montaña, sus versos evocan los *«dolores»* de la pasión, pero para *embellecerlos* enseguida y bañarlos de *dulzura*. En pleno corazón del verano de 1895, este poema es como un anticipo del *Cara a cara* del que hablara algunas semanas antes en el Acto de ofrenda.

Sin embargo, no tenemos que buscar en esta composición toda la riqueza que este tema tiene en Teresa. También otros escritos suyos aportan o aportarán elementos complementarios, por ejemplo las Or 11, 12, 14, 16, ó RP 2, centrada toda ella en el carácter gozoso, doloroso y glorioso de la Faz de Jesús. También las *Ultimas Conversaciones* ofrecen datos del mayor interés (por ejemplo, CA 5.8.9). Cf *Poésies*, II, p. 135.

(1) La representación de la Santa Faz según el modelo de Tours.

(2) Cf 15,24.

(3) *Consolar* es la forma teresiana de la reparación (PN 19,2,3; 41,1,6; P 15,31; 29,5). Y se manifiesta sobre todo con la «semejanza».

(4) Cf Im I,2,3: «querer ser ignorada y tenida en nada», citado en Ms A 71rº (escrito unas semanas después de P 12), en Cta 145 y 176. Según María de la Trinidad, esa era la constante aspiración de Teresa: «Muchas veces, en la recreación o en otras partes, cuando yo le decía: ¿En qué piensas?, dime algo: -*¿Que qué pienso?*, respondía con un profundo suspiro, *Que quisiera ser ignorada y tenida en nada...*» (PO 466).

(5) Cf Ms A 77vº.

(6) Ese *aroma* designa la patria con la que *sueña* Teresa (Ms C 6vº).

(7) Cf en Or 11 la reproducción de la Santa Faz (según el modelo de Tours) que pronto Teresa *«llevará sobre su pecho»* permanentemente.

(8) Cf PN 11,3 y 12,8, compuestas para esta misma novicia.

(9) Sobre el deseo y la necesidad de *parecerse a Jesús*, sobre todo en su humildad y en su anonadamiento, cf Cta 87, 145 y 201; P 8,1 y 20,E2.

P 21 CÁNTICO DE UN ALMA QUE HA ENCONTRADO EL LUGAR DE SU REPOSO

1 ¡Hoy rompes, Jesús mis lazos <1>!
En la Orden de María
podré hallar todos los bienes
de verdad.
Si abandono a mi familia
entrañable,
de tus celestes favores tú la sabrás colmar.
Y a mí el perdón me darás de los pobres pecadores...

2 En el Carmelo, Jesús,
debo vivir, pues tu amor
a este oasis me ha llamado.
Aquí te quiero seguir,
amarte, y pronto morir <2>.
¡Aquí, mi Jesús, aquí!

3 En este día, Señor, colmas todos mis deseos.
En adelante podré, cerca de la Eucaristía <3>,
inmolarme noche y día, inmolarme silenciosa,
y esperar en paz y en calma tu llegada para el cielo.
Exponiéndome a los rayos de la hostia inmaculada,
en esta hoguera de amor pronto me iré consumiendo,
y te amaré, Jesús mío, como un serafín del cielo.

4 Cuando terminen, Señor,
mis días aquí en la tierra,
que será pronto, a la playa
eterna <4> te seguiré.
¡En el cielo vivir siempre!
¡Amarte y nunca morir!
¡Para siempre! ¡Para siempre...! <5>

NOTAS P 21 - CÁNTICO DE UN ALMA QUE HA ENCONTRADO EL LUGAR DE SU REPOSO

Fecha: 15 de agosto de 1895. - *Compuesta para:* María Guérin, a su entrada en el Carmelo (sor María de la Eucaristía). - *Publicación:* HA 98, un verso corregido. - *Melodía: «Connais-tu le pays» de Mignon.*

Era costumbre que la postulante cantase «algo» a la comunidad la noche de su entrada. María Guérin está dotada de una hermosa voz de soprano; y Teresa quiere que se luzca eligiendo para ello una romanza apropiada. Y, cosa muy extraña, la poesía plagia muy de cerca a su modelo, al menos en el estribillo. Teresa realiza con destreza la transposición del amor humano al amor místico. A pesar del título [según el original, *Cántico de un alma que ha encontrado el lugar de su reposo*], un impulso profundo atraviesa este poema, que presuntamente iba a ser de *«reposo»*.

Esta palabra aparece cinco veces en las Poesías entre 1895 y 1896 (P 10,9; 12,4; aquí; 15,20 y 32; PN 27,4), y describe acertadamente el clima espiritual de Teresa en esta época; pero a comienzos de 1896 ella misma escribirá extrañada: *«No puedo vivir siempre así, en el sosiego»* (Ms C 31rº).

Teresa dedicará dos poesías más a su prima: *Sólo Jesús* (P 24, el 15 de agosto de 1896) y *Mis armas* (P 32, para su profesión, el 25 de marzo de 1897).

<1> Partiendo de un versículo que le ofrece el salmista, Teresa juega con una anfibología: tristeza por la separación de la familia, pero liberación del mundo y libertad para Jesús (cf Ms A 67vº).

<2> Acerca de esta profunda aspiración de María Guérin, cf LC 114 (CG, p. 491), Cta 92 y 190.

<3> Esta estrofa -breve compendio teológico sobre la adoración ante la hostia- demuestra la fuerte atracción de María por la Eucaristía; cf LC 113 y 130 (CG, pp. 485 y 546), Cta 109 y 234.

<4> La *rivera eterna*, expresión tan frecuente en Teresa (cf Ms A 41r+), es importante en esta poesía, que habla de *travesía* más que de *reposo*.

<5> Cf Ms A 69vº, de redacción casi contemporánea.

P 23 AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

1 Junto al sepulcro santo,
María Magdalena, en lágrimas deshecha,
se arrodilló en el suelo, buscando a su Jesús.
Los ángeles vinieron a suavizar su pena,
pero no consiguieron suavizar su dolor.
Luminosos arcángeles,
Mas no era vuestro brillo, luminosos arcángeles
lo que esta alma ardiente venía aquí a buscar.
Ella quería ver al Señor de los ángeles,
tomarle en sus brazos y llevarle muy lejos.

2 Junto al sepulcro santo ella quedó la última,
y al sepulcro volvió antes de amanecer.
Su Dios se hizo también
presente, aunque velando su presencia,
no pudo ella vencerle en la lid del amor...

Cuando llegó el momento,
desvelándole él su faz bendita
envuelta en propia luz,
brotóle de los labios una sola palabra,
fruto del corazón.
Jesús el dulce nombre murmuró de: «¡María!»
y devolvió a María la alegría y la paz.

.....

3 Un día, mi Señor, como la Magdalena,
quise verte de cerca, y me llegué hasta ti.
Se abismó mi mirada por la inmensa llanura
a cuyo Dueño y Rey yo iba buscando.
Al ver la flor y el pájaro,
el estrellado cielo y la onda pura,
exclamé arrebatada:
«Bella naturaleza, si en ti no veo a Dios,
no serás para mí más que un sepulcro inmenso.

4 «Necesito encontrar
un corazón que arda en llamas de ternura,
que me preste su apoyo sin reserva,
que me ame como soy, pequeña y débil,
que todo lo ame en mí,
y que no me abandone de noche ni de día».
No he podido encontrar ninguna criatura
capaz de amarme siempre y de nunca morir.
Yo necesito a un Dios que, como yo, se vista
de mi misma y mi pobre naturaleza humana,
que se haga hermano mío <2> y que pueda sufrir.

5 Tú me escuchaste, amado Esposo mío.
Por cautivar mi corazón, te hiciste
igual que yo, mortal,
derramaste tu sangre, ¡oh supremo misterio!,
y, por si fuera poco,
sigues viviendo en el altar por mí.
Y si el brillo no puedo contemplar de tu rostro
ni tu voz escuchar, toda dulzura,
puedo, ¡feliz de mí!,
de tu gracia vivir, y descansar yo puedo
en tu sagrado corazón, Dios mío.

6 ¡Corazón de Jesús, tesoro de ternura,
tú eres mi dicha, mi única esperanza!
Tú que supiste hechizar mi tierna juventud,
quédate junto a mí hasta que llegue
la última tarde de mi día aquí.
Te entrego, mi Señor, mi vida entera,
y tú ya conoces todos mis deseos.
En tu tierna bondad, siempre infinita,
quiero perderme toda, Corazón de Jesús.

7 Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos
carecen de valor a tus divinos ojos.

Para darles un precio,
todos mis sacrificios echar quiero
en tu inefable corazón de Dios.
No encontraste a tus ángeles sin mancha.
En medio de relámpagos tú dictaste tu ley
¡Oh corazón sagrado, yo me escondo en tu seno
y ya no tengo miedo, mi virtud eres tú <3>!

8 Para poder un día contemplarte en tu gloria,
antes hay que pasar por el fuego, lo sé.
En cuanto a mi me toca, por purgatorio escojo
tu amor consumidor <4>, corazón de mi Dios.
Mi desterrada alma, al dejar esta vida,
quisiera hace un acto de purísimo amor,
y luego, dirigiendo su vuelo hacia la patria,
¡entrar ya para siempre
en tu corazón...!

NOTAS P 23 - AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Fecha: 21 de junio o de octubre de 1895. - *Compuesta para:* sor María del Sagrado Corazón, a petición de ésta. - *Publicación:* HA 98, nueve versos corregidos. - *Melodía: Le petit soulier de Noël*.

Para no alterar la nueva numeración de las *Poésies* de 1975, se ha conservado en la Edición del Centenario la fecha que se conjeturaba como más probable -octubre de 1895- y que desde 1907 atribuía generalmente a este texto (HA 07, p. 388). Sin embargo, la fecha del 21 de junio parece más probable. (cf *Poésies*, II, p. 147), lo cual nos llevaría a colocar *Al Sagrado Corazón* después del *Cántico de Celina*.

La cuestión de este pequeño problema cronológico estriba en que la contemplación del Sagrado Corazón -tal como la *«ve»* Teresa- habría preparado y acompañado la iluminación del domingo de la Trinidad. Sea como fuere, es innegable la similitud entre el Acto de Ofrenda (Or 6), P 14 y Ms A 84rº/vº.

Teresa no se queda en el *símbolo*, entonces tan en boga, del Corazón herido por la lanza. Ella ve directamente a la *realidad*: al amor personal de Jesús, a sus sentimientos profundos, al amor que llena su Corazón. Y la manifestación suprema de este amor, Teresa la encuentra, no en la escena de Getsemaní o en el Corazón traspasado por la lanza en el Calvario, sino en la respuesta del Resucitado a la búsqueda apasionada de María Magdalena: en el *murmullo de su nombre*.

Fortalecida con esa respuesta, que le garantizaba que *«el corazón de su Esposo era sólo para ella, como el suyo era sólo para él»*, la confianza de la esposa ya no conocerá barreras. Irá cada vez más lejos en su audacia, hasta entrar ya *«sin reserva»* alguna en el Corazón de su Dios. Este extraordinario dinamismo es lo que da unida al poema. Un cuadro de gran fuerza expresiva en el que se ve plasmado un amor a la vez humano y sobrenatural de enorme intensidad.

<1> Cf P 15,15 y 30,3.

<2> Aquí Jesús es el Hermano-Amigo, es decir, el Esposo del Cantar de los Cantares (Ct 4,9 ó 5,2); cf, por ejemplo, Cta 158, 164; RP 3,23rº bis; P 20,5; Or 12. Pero el sentido de nuestra fraternidad con Jesús reviste muchos matices.

<3> Cf Ms A 32rº y Cta 197.

<4> ¿Alusión (que sólo ella entiende) a la herida de amor que ha sufrido poco tiempo antes (14/6/1895, cf CA 7.7.2)? Es conocida la insistencia con que san Juan de la Cruz recuerda la fuerza purificadora de la *Llama de amor viva*, semejante a la del purgatorio (canción 2, explicación del verso 5). Cf P 10,6+.

P 24 JESÚS, AMADO MÍO, ACUÉRDATE

«Hija mía, busca entre mis palabras las que respiren más amor; escríbelas, y luego, guardándolas como preciosas reliquias, procura leerlas con frecuencia. Cuando un amigo quiere reavivar en el corazón de su amigo el fuego de su primer afecto, le dice: Acuerdate de lo que sentiste al decirme un día tal o cual palabra. O bien: ¿Te acuerdas de tus sentimientos en tal época, en tal día, en tal lugar...? Créeme, hija: las reliquias más preciosas que de mí quedan en la tierra son las palabras de mi amor, las palabras salidas de mi dulcísimo Corazón».

(Nuestro Señor a santa Gertrudis <1>)

1 Acuérdate, Jesús, de la gloria del Padre,
del esplendor divino que dejaste en el cielo
al bajar a esta tierra, al desterrarte
de aquella eterna patria
por rescatar a todos los pobres pecadores.
Bajando a las entrañas de la Virgen María,
velaste tu grandeza y tu gloria infinita.
Del seno maternal
de tu segundo cielo
¡acuérdate!

2 Acuérdate que el día en que naciste
los ángeles bajaron a la tierra
y cantaron a coro:
«¡Gloria, honor y potencia a nuestro Dios,
y la paz a los hombres de buena voluntad!»
Tras diecinueve siglos,
sigues cumpliendo siempre tu promesa.
La paz es la riqueza de tus hijos.
Para gustar por siempre
la inefable paz tuya,
¡yo vengo a ti!

3 Yo vengo a ti, en tu cuna
quiero, Niño, quedarme para siempre,
entre esos tus pañales <2> escóndeme contigo.
Ahí podré cantar a coro con los ángeles,
recordarte las fiestas de estos días.
Acuérdate, Jesús, de los pastores,
y de los Reyes Magos,
que con gozo sus dones te ofrecieron,
corazón y homenaje.
Del cortejo inocente
que por ti dio su sangre
¡acuérdate!

4 Acuérdate de que los dulces brazos
de María, tu Madre, preferiste
a tu trono de rey.
Para sostener tu vida, pequeño Niño mío,
sólo tenías la leche virginal.
A ese festín de amor que tu madre te da,
invítame, Jesús, tú que eres mi hermanito.
De tu pequeña hermana,
que te hizo palpitar,
¡acuérdate!

5 Acuérdate de que llamaste padre
al humilde José, quien por orden del cielo
supo, sin despertarte del materno regazo,
arrancarte a las iras de un mortal.
Verbo de Dios, acuérdate de aquel misterio extraño:
¡Tú guardaste silencio e hiciste hablar a un ángel!
Del lejano destierro
a la orilla del Nilo
¡acuérdate!

6 Acuérdate, Jesús, de que en otras riberas
los mismos astros de oro y la luna de plata
que yo contemplo en el azul sin nubes
tus ojitos de niño
encendieron de gozo y maravilla.
Con la misma manita
con que a tu dulce Madre acariciabas
sostenías el mundo y le dabas la vida.
Y pensabas en mí <3>,
¡oh mi pequeño Rey!,
¡acuérdate!

7 Acuérdate, Señor, de que en la soledad
con tus divinas manos trabajaste.
Vivir en el olvido fue tu mayor cuidado,
despreciaste la ciencia de los hombres.
Tú que con sola una palabra dicha
por tu divina boca
sumir podías en asombro al mundo,
te complaciste en esconder a todos
tu profundo saber, ciencia infinita.
Pareciste ignorante,
siendo el Omnipotente,
¡acuérdate!

8 Acuérdate de haber vivido errante,
extranjero en la tierra, ¡oh Verbo eterno!
Ni una piedra tuviste ni un abrigo,
ni tan siquiera el nido que los pájaros tienen...
Ven, ¡oh Jesús!, a mí, reclina tu cabeza,
ven..., para recibirte tengo dispuesta el alma.
Sobre mi corazón
descansa, Amado mío,
¡mi corazón es tuyo!

9 Acuérdate de qué ternura inmensa
tú colmaste a los niños pequeñitos.
¡Yo deseo también recibir tus caricias,
dame tus deliciosos, suaves besos!
Para gozar un día
de tu dulce presencia allá en el cielo,
practicaré en la tierra
las pequeñas virtudes de la infancia.
Muchas veces dijiste:
«El cielo es de los niños...»,
¡acuérdate!

10 Acuérdate, Jesús: junto al brocal de un pozo,
un viajero, cansado del camino,
hizo que rebosaran <4> sobre cierta mujer samaritana
los raudales de amor que encerraba su pecho.
¡Yo sé quién es aquel que pidió de beber <5>:
él es el Don de Dios, la fuente de la gloria!
Es él,agua que brota,
Es él, que nos ha dicho:
«¡Venid a mí!

11 Venid a mí vosotras, pobres almas cargadas,
vuestras pesadas cargas pronto se harán ligeras,
y, saciada la sed ya para siempre,
de vuestro seno fuentes manarán».
YO tengo sed, Jesús, esa agua pido,
que me inunden el alma sus divinos torrentes.
Por fijar mi morada
en el mar del amor
¡yo vengo a ti!

12 Acuérdate, Jesús, de que, a pesar de ser
hija yo de la luz <6>,
¡ay!, de servir a mi Rey me olvido con frecuencia.
De mi miseria inmensa ten piedad
y en tu infinito amor perdóname.
En las cosas del cielo, Señor, hazme una experta,
muéstrame los secretos que tu Evangelio esconde.
Haz que este libro de oro
sea mi gran riqueza,
¡acuérdate!

13 Acuérdate, Jesús, del poder asombroso
que tu divina Madre tuvo y tiene
sobre tu corazón.
Acuérdate de haber cambiado un día
el agua clara en delicioso vino <7>,
obedeciendo a su sencilla súplica.
Dígnate transformar mis mortecinas obras
y a la voz de tu Madre, dales vida.
De que yo soy tu hija,
mi Jesús, con frecuencia
¡acuérdate!

14 Acuérdate, Señor: muchas veces subías
a las altas colinas al caer de la tarde.
Recuerda tu oración, tus divinas plegarias
y tus himnos de amor mientras todos dormían.
Y yo en mis oraciones, en mi oficio divino,
ofrezco con delicia mi oración, ¡oh Dios mío!
Junto a tu corazón
canto entonces gozosa,
¡acuérdate!

15 Acuérdate de que al mirar los campos,
tu corazón divino presagiaba la siega,
con los ojos alzados <8> a la santa Montaña,
murmurabas los nombres de tus predestinados...
Para que tu cosecha recoger pronto puedas,
mi Dios, todos los días me inmolo y te suplico.
Son mi llanto y mi gozo
para tus segadores,
¡acuérdate!

16 Acuérdate, Jesús, del gozo de los ángeles,
del júbilo que habrá en tu reino del cielo
entre sus elegidos moradores,
al ver que un pecador alza hacia ti sus ojos.
Yo quiero acrecentar esa gran alegría,
y por los pecadores rogaré sin cesar.
Porque al Carmelo vino
para poblar tu cielo,
¡acuérdate!

17 Acuérdate de aquella dulce llama
que hacer arder querías en nuestros corazones.
En mi alma has encendido ese fuego del cielo <9>,
y yo quiero, también, derramar sus ardores.
Una débil centella, ¡oh misterio de vida!,
levantar puede sola un grandísimo incendio <10>.
Muy lejos quiero llevar
¡oh Dios mío!, tu fuego <11>,
¡acuérdate!

18 Acuérdate de la grandiosa fiesta
que te dignaste <12> da al hijo arrepentido.
Acuérdate igualmente de que al alma que es pura
tú mismo la alimentas día a día.
Recibes con amor al hijo pródigo,
mas las olas de amor
que de tu corazón al mío vienen,
ésas no tienen número ni dique.
Tus bienes míos son,
mi Rey, Amado mío,
¡acuérdate.

19 Acuérdate de que al, obrar milagros,
despreciaste la gloria y exclamaste:
«¿Cómo podéis creer
los que buscáis la estima de los hombres?
Halláis maravillosas las obras que yo hago,

mayores las harán los que son mis amigos».
¡Qué humilde y dulce fuiste,
Jesús, mi tierno Esposo!,
¡acuérdate!

20 Acuérdate de que, en un trance santo
de divina embriaguez, tu apóstol virgen
descansó su cabeza sobre tu corazón.
¡Señor, en su descanso
conoció tu ternura, comprendió sus secretos!
No me siento celosa del discípulo amado,
también yo tus secretos conozco, soy tu esposa.
Duermo sobre tu pecho,
divino Salvador,
¡él es mío! <13>,
¡acuérdate!

21 Acuérdate de aquella triste noche,
noche de tu agonía,
en la que con tu sangre se mezclaron tus lágrimas.
¡Perlas de amor, cuyo infinito precio
hizo que germinaran
en esta tierra virginales flores!
Un ángel, al mostrarte esta mies escogida,
renacer hizo el gozo de tu bendita alma.
Mas tú, Jesús, me viste
en medio de tus lirios,
¡acuérdate!

22 Acuérdate, Señor, que tu rocío fecundo,
virginizando el cáliz de las flores,
capaces las volvió, ya en esta vida,
de engendrar multitud de corazones.
Soy virgen, ¡oh Jesús! No obstante, ¡qué misterio!,
al unirme yo a ti, soy madre de almas <14>.
De las vírgenes flores
que salvan pecadores,
¡acuérdate!

23 Acuérdate: un Condenado a muerte,
abrevado de amargo sufrimiento,
alzó al cielo los ojos y exclamó:
«¡Un día me veréis aparecer con gloria
nimbado de poder sobre las nubes!»
Nadie creer quería que el Hijo de Dios fuese,
pues su gloria inefable permanecía oscura.
Príncipe de la paz,
yo sí te reconozco,
¡yo creo en ti...!

24 Acuérdate de que hasta entre los tuyos
siempre desconocido fue tu divino rostro.
Pero a mí me dejaste tu dulce y pura imagen,
y bien sabes, Señor, que siempre
yo te reconocí...
Te reconozco, sí, ¡oh rostro eterno!,
aun a través del velo de tus lágrimas

descubro tus encantos.
De todos los corazones
que recogen tus lágrimas, Jesús,
¡acuérdate!

25 Acuérdate de la amorosa queja
que, clavado en la cruz, se te escapó del pecho.
¡En el mío quedó, Señor, grabada,
y por eso comparte el ardor de tu sed <15>!
Y cuanto más herido se siente por tu fuego,
más sed tiene, Jesús, de darte almas.
De que una sed de amor
me quema noche y día
¡acuérdate!

26 ¡Acuérdate, Jesús, Verbo de vida,
de que tanto me amaste, que moriste por mí!
También yo quiero <16> amarte con locura,
también por ti vivir y morir quiero yo.
Bien sabes, ¡oh Dios mío!, que lo que yo deseo
es hacer que te amen y ser mártir un día.
Quiero morir de amor.
Señor, de mi deseo
¡acuérdate!

27 Acuérdate de aquello que dijiste
el día de tu triunfo:
«¡Dichoso el que sin ver en plenitud de gloria
al Hijo del Altísimo, sin embargo creyó!»
Desde la oscura noche de mi fe
yo te amo ya y te adoro.
Para verte, Jesús, espero en paz la aurora.
De que no es mi deseo
aquí en la tierra verte <17>
¡acuérdate!

28 Acuérdate de que, subiendo al Padre,
no podías dejarnos aquí huérfanos,
y haciéndote en la tierra prisionero
supiste velar bien tu resplandor divino.
Pero es pura y radiante la sombra de tu velo,
Pan vivo de la fe, alimento celeste.
¡Oh misterio de amor!
¡Mi pan de cada día
Jesús, eso eres tú!

29 No obstante las sacrílegas blasfemias
con que insultarte intentan
los enemigos que en el mundo tiene
el dulce Sacramento de tu amor,
tú me muestras, Jesús, cuánto me amas,
pues en mi corazón a morar vienes.
¡Oh Pan del desterrado! ¡Hostia santa y divina!
Ya no soy yo quien vive,
sino que vivo de tu propia vida.
¡Tu dorado copón <18>

preferido entre todos,
Jesús, soy yo!

30 Soy para ti un santuario vivo,
que los malvados profanar no pueden.
Quédate siempre en mí, ¿no es, acaso, un parterre
mi corazón
donde todas las flores se vuelven hacia ti?
Mas si tú te alejaras, blanco Lirio del valle,
tú lo sabes muy bien, mis flores
serían prestamente deshojadas.
¡Siempre, Jesús, mi Amado
y perfumado Lirio,
florece en mí!

31 Acuérdate de que en la tierra quiero
consolarte, Señor, del negro olvido
al que los pecadores te condenan.
¡Amor único mío, escucha mi plegaria,
para amarte, Jesús, dame mil corazones!
Pero no basta aún,
¡oh Belleza suprema! ¡Para amarte
dame tu propio corazón divino! <19>
De mi deseo ardiente,
Señor, a cada instante
¡acuérdate!

32 Acuérdate, Señor,
de que es tu santa voluntad mi dicha
y mi único reposo <10>.
Sin temor en tus brazos me duermo y abandono,
divino Salvador.
Si mientras ruge el huracán tú duermes,
yo seguiré sumida en una paz profunda.
Mas, Jesús, mientras duermes,
para tu despertar
¡prepárame!

33 Acuérdate, Señor,
de que vivo en la espera del gran día.
Que, por fin, aparezca
el ángel
y nos convoque a todos:
«¡El tiempo se acabó, despertad ya!»
Yo hendiré entonces rápida el espacio
y muy cerca de ti ocuparé un lugar.
En la morada eterna
mi cielo serás tú,
¡acuérdate!

NOTAS P 15 - JESÚS, AMADO MÍO, ACUÉRDATE

Fecha: 21 de octubre de 1895. - *Compuesta para:* sor Genoveva, con ocasión de su santo (Celina), a petición de ésta. - *Publicación:* HA 98, cuarenta y tres versos corregidos. - *Melodía: Rapelle-toi*.

El noviciado de Celina sigue su curso desde el 5 de febrero de 1895. Suficientemente generoso para que Teresa proponga a su hermana, el 9 de junio, que se entregue totalmente al Amor. Y suficientemente laborioso para que Celina sienta la necesidad de animarse haciendo un recuento de sus méritos pasados. Y acude al genio poético de Teresa para «recordar a Jesús (...) los inmensos sacrificios que ha hecho por él». Pero Teresa invierte la perspectiva, enumerando «los sacrificios de Jesús» por Celina...

No por espíritu de contradicción, sino sencillamente para dar una «pequeña lección» a su novicia (CSG, p. 73). Pero, sobre todo, porque su inspiración la lleva en una dirección completamente distinta. El nervio vital de su existencia se encuentra ahora en una convicción extremadamente fuerte del amor *preveniente* y gratuito de Jesús hacia su criatura. En treinta y tres estrofas (¿número intencionado para recordar los treinta y tres años de Cristo?) va desarrollando una vida de Jesús a partir del Evangelio, en el que *«cada día descubre luces nuevas, sentidos ocultos y misteriosos»* (Ms A 83vº). Junto con P 35, este poema es un lugar privilegiado para un estudio escriturístico en Teresa.

En esa época Teresa vive en un baño de luz. Su fe es viva y transparente. Y sus versos son una clara expresión de su inteligencia de la fe, por la forma tan personal de leer y releer los textos evangélicos.

<1> Este epígrafe (añadido por Teresa en julio de 1896) proviene de *L'Année de Sainte Gertrude* del P. Cros (Toulouse, 1871).

<2> Cf RP 1,12rº; RP 2,2rº y 7vº; RP 5,3rº; RP 6,2vº; Or 8, de octubre de 1895; P 36,10.

<3> Teresa no habla *de* Jesús en tercera persona, sino en segunda persona del singular, como lo hace habitualmente en su oración (CSG, p. 82). En todas las estrofas, salvo alguna rara excepción, el Tú y el yo se van conjugando en una exquisita reciprocidad de ternura. Tal vez pueda parecer extraño que «acapare» de esa manera a su Señor; pero lo único que hace es apropiarse las palabras de san Pablo: «*Me* amó hasta entregarse *por mí*» (Gal 2,20).

<4> Cf estr. 18 y Or 6.

<5> En 1889-1890, la sed de Jesús que Teresa deseaba apagar era sobre todo la del Crucificado (Jn 19,28; cf LC 145 en CG, p. 631). En 1893, pensaba más en el episodio de la Samaritana (Cta 141). En 1895, combina los dos temas en el Ms A (45vº y 46vº) y aquí (estr. 10 y 25). Finalmente, en 1896 los escribirá, junto con otros textos evangélicos, en una estampa de Cristo en la cruz, con referencias explícitas (Est 1). Cf también Cta 196 (= Ms B 1vº).

<6> Expresión que sólo se encuentra aquí y en Ms B 4rº.

<7> Junto con una furtiva alusión a la tempestad calmada, es éste el único milagro que se menciona en la poesía. Teresa usa siempre una gran discreción al referirse a los milagros.

<8> Teresa recoge aquí de nuevo, aplicándola a Jesús, su exégesis tan personal, de 1892, de la invitación a «levantar los ojos»: *«Levantad los ojos y ved. Ved cómo en mi cielo hay sitios vacíos, a vosotros os toca llenarlos...»* (Cta 135).

<9> Posible alusión a la herida de amor de junio de 1895 (CA 7.7.2).

<10> Unica vez que emplea en este sentido esa expresión en sus escritos, no obstante la importancia del *fuego* en el vocabulario de Teresa.

<11> La madre Inés escogió en un primer momento estos dos versos para adornar la cruz de la tumba de Teresa y definir así su misión póstuma, netamente apostólica; cf CSG, p. 200. Cf también RP 4,4vº y P 31,6.

<12> El padre del hijo pródigo, para Teresa, es el propio Jesús en seis de los ocho pasajes en que ella menciona (RP 2,3rº; Cta 142; aquí; Ms C 34vº y 36vº; Cta 261).

<13> Cf Cta 122: *«El corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él»*.

<14> Los escritos de Teresa evocan con frecuencia este *«misterio»* de la maternidad espiritual de la virgen consagrada que se une a Jesús; cf, por ejemplo, Cta 124 (la flor Celina); Cta 129, 135, 182, 183, 185; Ms A 81rº y Ms B 2vº; P 29,6; etc.

<15> De las siete palabras de Cristo en la cruz, la que más veces cita Teresa es la queja «Tengo sed» (Ms A 45vº, 46vº, 85vº; P 20, estr. 5 y 6. Cf *supra*, nota 5.

<16> *«También»* sugiere que la muerte de Jesús es ya una *locura de amor*, que justifica el deseo de Teresa: *«amarte con locura»*. Y esta aspiración no es nueva: cf Cta 85, 93, 96, 169; Ms A 39rº, 82rº (finales de 1895). Y se hace más acuciante en 1896: cf Ms B (en el que la palabra *«locura»* recurre hasta diez veces) y Cta 25.

<17> A pesar de la fuerza de su amor, Teresa prefiere amar a Jesús de acuerdo al estilo que ha elegido para sí (cf RP 7,1vº). Muy poco antes de morir, reafirmará su deseo de *«no ver»* a Dios o a los santos aquí abajo (cf CA 4.6.1; 5.8.4; 11.8.5; 11.9.7).

<18> La misma idea en Ms A 48vº y en P 16,6.

<19> Amar a Dios no sólo con *«mil corazones»*, sino con su propio Amor, con su *«propio Corazón divino»*, es una aspiración que va creciendo en Teresa hasta el final (cf Ms B 3vº y Ms C 35rº; PN 41,2,7-8).

<20> El *«reposo»* saboreado únicamente en la *«voluntad»* de Jesús, el deseo de cumplir siempre su voluntad, es un tema teresiano del que encontramos huellas en todos sus escritos, y muy temprano (cf *Poésies*, II, p. 169). En la enfermería, Teresa repetirá esta estrofa 32 «con semblante y acento celestiales»: cf CA 14.7.3. En ese mismo sentido, véase también CA 10.6; 10.7.13; 14.7.9; 30.8.2.

P 25 MIS DESEOS JUNTO A JESÚS ESCONDIDO EN SU PRISIÓN <1> DE AMOR

Compuesta a petición de sor San Vicente de Paul. La misma melodía que la anterior, o bien la de la glosa de santa Teresa.

1 *Llavecita*, yo te envidio,
porque puedes cada día
abrir y cerrar la puerta

de la cárcel donde mora
el Dios hecho Eucaristía.
Mas ¡oh dichoso milagro!,
por la virtud de mi fe
y de mi amor también puedo
el tabernáculo abrir
y en él esconderme yo <2>
cerca de mi amado Rey.

2 Quisiera en el santuario
junto a mi Dios consumirme,
y, como tú, *lamparilla*,
brillar siempre en el misterio.
¡Oh qué dicha!, yo también
unas llamas tengo en mí,
y con ellas ganar puedo
para Jesús muchas almas
y abrasarlas en su amor...

3 En cada aurora te envidio,
piedra santa del altar.
Como un día en el establo,
veo en ti nacer a Dios.
Atiende mi humilde ruego,
ven a mi alma, mi Señor.
Lejos de hallar piedra fría,
en ella hallarás el eco
de tu propio corazón.

4 *Corporales*, rodeados
de ángeles, también yo
envidia os tengo a vosotros.
Como los limpios pañales,
envolvéis a mi Jesús,
mi único y solo tesoro.
Mi corazón cambia, ¡oh Virgen!,
en corporal puro y bello,
para poder recibir
la hostia blanca do se esconde
tu amado y dulce Cordero.

5 *Patena* santa, te envidio.
En ti viene a reposar
Jesús, el Verbo hecho carne.
¡Que su infinita grandeza
se digne abajarse a mí...!
Jesús colma mi esperanza
sin esperar a que llegue
la tarde de mi destierro.
¡Viene a mí! Con su presencia
me hace su *custodia* viva...

6 Yo quisiera ser el *cáliz*
en el que adoro la sangre
de mi Dios y Salvador.
Mas puedo en la santa Misa
recogerla cada día.

A Jesús le gusta mi alma
más que los vasos de oro.
El altar es un Calvario
donde por mí y para mí
se derrama gota a gota
toda su sangre divina.

7 ¡Oh Jesús, viña sagrada!,
lo sabes, mi Rey divino:
soy un *racimo dorado* <3>
que han de arrancar para ti.
Exprimida en el lagar
del oscuro sufrimiento,
yo te probaré mi amor.
Mi único gozo será
inmolarme cada día.

8 ¡Oh qué suerte para mí!
Fui contada entre los granos
de maduro y puro *trigo*
destinados a perder
por Jesús su ser y vida.
¡Oh exquisito arrobamiento!
Tu esposa querida soy,
ven, mi Amado, vive en mí.
¡Ven, tu belleza me encanta,
ven a transformarme en ti!

NOTAS P 25 - MIS DESEOS JUNTO A JESÚS ESCONDIDO EN SU PRISIÓN DE AMOR

Fecha: otoño (?) 1895. - *Compuesta para:* sor San Vicente de Paúl, a petición suya. - *Publicación:* HA 98 con el título «Mis deseos al pie del tabernáculo»), siete versos corregidos. - *Melodía: Par les chants les plus magnifiques*, o bien la Glosa de santa Teresa *«Je meurs de ne point mourir»*.

En este poema eucarístico-litúrgico, Teresa no deja volar la inspiración. Es una meditación en un tono sumamente sobrio, centrada en los objetos de culto, de los que habla como si fueran palabras o imágenes de la Sagrada Escritura. Tan sólo en la última estrofa da rienda suelta al amor y al entusiasmo.

La fe de Teresa la lleva a descubrir la forma de hacer realidad sus *«deseos»*: *«Mas yo puedo...»* No tiene ningún motivo para *«envidiar»* a la llave del sagrario, a la lámpara, a la piedra del altar, o a los vasos sagrados. Ella tiene más valor, ella *es* incomparablemente más valiosa que esos objetos inanimados. La *«esposa»* se asocia al sacrificio como víctima, aun cuando esta palabra no se pronuncia, y con *«arrobamiento»*.

<1> Cf Ms A 31vº; PN 19,1; P 15,28; Cta 189 y 201; Or 7.

<2> *Jesús escondido* en la hostia, en el sagrario, es uno de los temas favoritos de la santa del Dios escondido: cf Cta 140; numerosas referencia en las Poesías y en RP.

<3> Primero de los tres anuncios de la «pasión» de Teresa bajo el símbolo del *«racimo»*, junto con RP 5,2rº y Ms A 85vº (escudo de armas).

P 26 RESPONSORIO DE SANTA INÉS

1 Cristo es mi amor, él es toda mi vida,
él es el prometido
que enamora mis ojos.
Oigo vibrar la nota melodiosa
de su armonía suave.

2 Engalanó mi mano
con perlas nunca vistas
y colgó de mi cuello
collares de gran precio.
Los diamantes preciosos
que veis en mis orejas
regalo son de Cristo.

3 Estoy toda adornada
de rica pedrería
y fulgura en mi dedo
el anillo nupcial.
El quiso recubrir de perlas luminosas
mi manto virginal.

4 Yo soy la prometida
de aquel a quien los ángeles,
temblando, servirán eternamente,
cuya alabanza cantan sol y luna
y su belleza admiran

5 Es el cielo su imperio
y su ser es divino.
Una virgen por madre
escogió aquí en la tierra.
Su padre es el Dios vivo
que no tiene principio
y es espíritu puro.

6 Cuando amo a Cristo y cuando yo le toco,
se hace mi corazón más puro y limpio
y me vuelvo más casta.
El beso de su boca
me da el dulce tesoro
de la virginidad.

7 Sobre mi frente ha impreso ya su sello,
a fin de que otro amante
no se acerque ya a mí.
Mi amable Rey sostiene

con su divina gracia
mi débil corazón.

8 De su sangre preciosa
me siento empurpurada,
y gusto ya en mi alma
las delicias del cielo.
De sus labios sagrados
recojo leche y miel.

9 A nada tengo miedo,
ni al hierro ni a las llamas,
nada turbar ya puede
mi inexpresable paz.
Y este amor, cuyo fuego
el alma me consume,
nunca se apagará...

NOTAS P 26 - RESPONSORIO DE SANTA INÉS

Fecha: 21 de enero de 1896. - *Compuesto para:* madre Inés de Jesús, priora, para su santo. *Publicación:* HA 98 («Cántico de santa Inés»), once versos corregidos. - *Melodía: Le Lac*, o bien *Himne à l'Eucharistie*.

Resplandeciente como una novia que se adorna para su Esposo: así se nos muestra Teresa a través de este poema. Con él termina un año de paz, de amor y de luz. Ese mismo 21 de enero, entrega a la madre Inés su primer cuaderno autobiográfico. Aunque en estilos diferentes, el Manuscrito y el este poema no cantan sino un mismo Magnificat.

Poema de *esponsales*. Al leerlo, uno piensa de inmediato en la página maravillada del Ms A en que Teresa reproduce la profecía de Ezequiel (que ella toma del *Cántico Espiritual* de san Juan de la Cruz, canción 23): *«Cuando llegó para mí el tiempo de ser amada* -era en 1887-*, hizo alianza conmigo y fui* suya*... Extendió su manto sobre mí... Me vistió con bordados, dándome collares y aderezos inestimables... Sí, todo eso hizo Jesús conmigo»* (Ms A 47rº).

En 1887, no era más que el comienzo de los esponsales. Hoy, en 1896, después de un año de plenitud que toca a su fin, los esponsales se realizan en secreto. Pronto se va a escuchar la *«primera llamada»*, trágica, ¿qué duda cabe?, pues se trata de una hemoptisis, pero gozosa *«como un dulce y lejano murmullo que me anunciaba la llegada del Esposo»* (Ms C 5rº).

Teresa lo indica expresamente en el título: quiere traducir los *Responsorios* del Oficio de santa Inés [El título original del poema reza así: «Responsorios de santa Inés». N. del T.]. La liturgia de la joven mártir (muerta hacia el 305) se remonta a una gran antigüedad: siglos VII-VIII. Teresa asimiló el texto hasta el punto de revitalizar su simbolismo desde el interior, como puede comprobarse haciendo una sinopsis lineal del poema con sus diversos modelos (cf *Poésies*, II, p. 180ss). La transcripción de Teresa es de especial calidad. Habría que observar cómo se transforman las palabras al pasar del modelo al poema; como, gracias a una admirable organización poética, Teresa va elaborando su miel sirviéndose de todas las imágenes dispersas en el texto latino, para desplegar esa gran visión de un movimiento armónico.

P 28 EL CÁNTICO ETERNO CANTADO EN EL DESTIERRO

1 Tu esposa, ¡oh Señor mío!, en tierra extranjera
puede cantar el cántico eterno del amor,
porque en el seno mismo de su oscuro destierro
la abrasas con el fuego de tu amor,
como lo harás un día allá en el cielo.

2 ¡Oh belleza suprema y dulce Amado mío!,
tú te entregas a mí, y yo pago tu entrega
amándote, Jesús.
Haz que toda mi vida sea un acto de amor.

3 Olvidándote tú de mi inmensa miseria,
vienes a hacer morada aquí en mi corazón.
¡Ah qué misterio grande, mi débil amor basta
para tenerte mío y encadenarte a mí!

4 Amor que me inflamas,
penetra mi alma.
Ven, yo te reclamo,
ven, consúmeme.

5 Tu llama me urge,
y quiero sin tregua
¡oh divino horno!,
abismarme en ti.

6 El sufrir me es gozo
cuando en raudo vuelo
a ti para siempre
se alza el amor.

7 ¡Oh patria celeste,
dulzura infinita,
tú día tras día
encantas mi alma!

8 ¡Oh celeste patria,
oh gozo infinito,
no eres más que Amor!

NOTAS P 28 - EL CÁNTICO ETERNO CANTADO EN EL DESTIERRO

Fecha: 1 de marzo de 1896. - *Compuesta para:* sor María de San José, a petición suya (?) para su santo. - *Publicación:* HA 98, siete versos corregidos. - *Melodía: Mignon regrettant sa patrie*.

Sin fijarse en los problemas psicológicos de su compañera (igual que Jesús lo hace con ella, ella olvida también la *«inmensa miseria»* de esta hermana), Teresa no habla más que de *«amor»* a esta discípula de buena voluntad, de la que pronto será «segunda» en la lavandería.

El poema es pobre, aunque resulte precioso saber que Teresa vive al pie de la letra lo que canta en nombre de la destinataria del mismo.

P 30 GLOSA A LO DIVINO

Compuesta por N.P. san Juan de la Cruz y puesta en verso por la más pequeña de sus hijas para la profesión de su querida hermana sor María de la Trinidad y de la Santa Faz.

«Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y a oscuras viviendo,
toda me voy consumiendo».

1 Al mundo, ¡oh dicha suprema!,
yo le di un eterno adiós...
... Elevándome sobre él,
mi corazón ya no tiene
fuera de Dios otro arrimo.
Y voy a decir ahora
lo que, cerca de él, estimo:
es ver que mi corazón
y mi alma viven ya
con arrimo y sin arrimo.

2 Y aunque padezco sin luz
en este vivir de un día,
en la tierra, por lo menos,
poseo al Astro celeste
del Amor.
En el camino que sigo
los peligros no me faltan.
Pero por amor yo quiero
vivir sin luz y en destierro.

3 El amor, tengo experiencia,
el bien y el mal que halla en mí
lo aprovecha, ¡qué poder!,
y mi alma transforma en sí.
Y este fuego que arde en mí
penetra mi alma sin tregua.
Por eso, en su llama viva
toda me voy consumiendo
en el amor y de amor.

30 de abril de 1896.

Teresa del N. Jesús y de la S. Faz
rel. carm. ind.

NOTAS P 30 - GLOSA A LO DIVINO

Fecha: 30 de abril de 1896. - *Compuesta para:* sor María de la Trinidad, para su profesión. - *Publicación:* HA 98, seis versos corregidos. - *Melodía:* ninguna indicación.

Nadie como María de la Trinidad ha hablado del amor de su maestra a su Padre san Juan de la Cruz, del cual Teresa traslada aquí, a veces literalmente, la *Glosa a lo divino* según la traducción de las carmelitas de París.

»Por amor yo quiero»: he aquí su respuesta heroica ante las pruebas más fuertes. Ayer, en aquel gran dolor familiar (*«Querer todo lo que Jesús quiere*, Cta 87); hoy, al entrar en la noche *«sin luz y en las tinieblas»*; pronto, enfrentada con la última agonía (*«Sí, Dios mío, todo lo que quieras»*, CA 30.9). Tal es la *fuerza* del *Amor*.

Semejante contexto confiere a este breve poema, por lo demás muy parecido a su modelo, un autenticidad y una intensidad realmente conmovedoras. Pero Teresa es la única que conoce por entonces su significado, pues vive su prueba «en silencio y esperanza».

Al entregárselo a su destinataria, el día de su profesión, únicamente le señala «el pensamiento que a ella más le gusta (...): que el amor sabe sacar provecho de todo: del bien y *del mal* que encuentra en nosotros» (estr. 3-4; cf Cta 142 y Ms A 83rº). Esta certeza es el potente motor de su carrera por el *«caminito»*. Las faltas de una joven carmelita todavía débil, la prueba purificadora de una santa que camina hacia su final, todo puede ser asumido y superado por una confianza absoluta en el *«Amor consumidor y transformante»* (Cta 197, eco del último verso de san Juan de la Cruz).

P 31 CÁNTICO DE SOR MARÍA DE LA TRINIDAD Y DE LA SANTA FAZ

Compuesta por su hermanita sor T. del N.J.

1 Jesús, al desterrarte a nuestra tierra,
movido por tu amor,
por mí tú te inmolaste.
Toma mi vida entera, Amado mío,
yo sufrir por ti quiero,
quiero morir por ti.

E. 1 Tú mismo, mi Señor, nos lo dijiste:
«Nadie puede hacer más por los que ama
que por ellos morir».
Pues bien: mi amor supremo
eres tú, mi Jesús.

2 Se hace ya tarde, el día ya declina,
ven, Señor, a guiarme en el camino.
Con tu cruz voy trepando
por la colina arriba.
Quédate aquí conmigo,
peregrino celeste.

E. 2 En mi alma tu voz encuentra un eco,
quiero a ti parecerme.
reclamo el sufrimiento.
Tu palabra encendida me quema el corazón.

3 Tuya es para siempre la victoria,
y extasiados los ángeles la cantan.
Antes de entrar en la celeste gloria,
el Dios-Hombre tenía que sufrir.

E. 3 ¡Cuántos desprecios por mi amor sufriste
en tierra extraña!
También yo quiero oculta y despreciada
vivir y ser en todo
la última por ti.

4 Tu ejemplo, Amado mío,
a abajarme me invita y a despreciar honores.
Para encontrarte, quiero
permanecer pequeña.
Olvidándome a mí
tu dulce corazón cautivaré.

E. 4 No ambiciono otra cosa
que en soledad vivir, donde encuentro
mi paz y mi alegría.
En complacerte es sólo mi ejercicio
y mi felicidad... eres tú, mi Jesús.

5 Tú, el Dios inmenso, a quien rendido adora
el infinito cielo,
vives dentro de mí,
hecho mi prisionero noche y día.
Tu dulce voz me implora
y a cada instante me repite quedo:
«¡Yo tengo sed! ¡Yo tengo sed de amor!»

E. 5 Yo también soy, Jesús, tu prisionera,
y a mi vez quiero repetirte siempre
tu emocionada imploración divina:
«Amado mío, hermano,
¡yo tengo sed de amor!»

6 Yo tengo sed de amor, colma mis esperanzas
y aumenta en mí, Señor, tu llama viva.

Yo tengo sed de amor, mi sufrimiento es grande,
a ti volar quisiera... ¡a ti, Dios mío...!

E. 6 Tu amor es mi martirio, mi único martirio.
Cuanto más él se enciende en mis entrañas,
tanto más mis entrañas te desean...
¡¡¡Jesús, haz que yo muera
de amor por ti...!!!

NOTAS P 31 - CÁNTICO DE SOR MARÍA DE LA TRINIDAD Y DE LA SANTA FAZ

Fecha: 31 de mayo de 1896. - *Compuesta para:* sor María de la Trinidad, en su santo. *Publicación:* HA 98 (bajo el título «Tengo sed de amor»), seis versos corregidos. - *Melodía*:ninguna indicación.

Esta poesía, de ritmo vibrante, es una especie de diálogo místico, en el que se puede percibir como en una transparencia la voz de Jesús y la respuesta de Teresa, y que deja una impresión bastante dramática que expresa muy bien el título elegido para su publicación en la *Histoire d'une âme*: «Tengo sed de amor».

Teresa sabe que su muerte está próxima, y la noche desciende sobre su alma. Pero Jesús *«está con ella»* en el oscuro camino, en esa subida a *«la colina»* del Calvario. Y como a los peregrinos de Emaús, a ella también le dice: «¿No era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria?» Y su *«palabra encendida quema el corazón»* de Teresa. Para ella no habrá otro camino: el amor y la muerte. Por eso, *«reclama»* el sufrimiento: primero el *«desprecio»*, en el cual el *«caminito»* garantiza al alma que se parecerá a Jesús; la *«sed»* del Crucificado, *«sed de amor»* inextinguible, que implora como en un estertor y que despierta en ella una sed semejante a la de él; y finalmente, el *«martirio de amor»*, que repite incansablemente la última estrofa, patética como un preanuncio de la agonía de Teresa. En ella se pueden leer, a la vez, el amor más absoluto y la angustia, una esperanza apasionada rayana en la desesperanza.

Esta estrofa apasionada y su estribillo, en su expresión llameante y dramática, hace pensar en la *Llama de amor viva* de Juan de la Cruz: «Las profundas cavernas del sentido» (Explicación del v. 3 de la 3ª canción).

P 32 MI CIELO

Festividad del Ssmo. Sacramento
7 de junio de 1896.

1 Para poder soportar el destierro
de este valle de lágrimas,
de mi amado Salvador necesito la mirada.
Esa mirada divina, llena de amor, me revela
sus inefables encantos, nuncios de la dicha eterna.
Y mi Jesús me sonríe cuando por él suspiro,
y entonces ya no siento la prueba de la fe.
La mirada de mi Dios y su inefable sonrisa
¡son mi cielo para mí!

2 Mi cielo es atraer sobre las almas,
sobre mi Madre la Iglesia <1> y mis hermanos,
las gracias de Jesús y sus divinas llamas
que abrasan y que alegran del hombre el corazón.
Todo puedo obtenerlo cuando, allá en lo secreto,
a mi divino Rey le hablo,
corazón a corazón.
Esta íntima oración cerquita del santuario
¡es mi cielo para mí!

3 Mi cielo está escondido en la pequeña hostia
en que Jesús, mi Esposo, se oculta por amor.
Y de este divino horno quiero sacar mi vida,
mi Salvador está en él y me escucha noche y día.
¡Oh dichosísimo instante, cuando en tu inmensa ternura
vienes a mí, Amado mío, para transformarme en ti!
Esta inefable embriaguez y esta unión de corazones
¡son mi cielo para mí!

4 Mi cielo es sentir en mí la semejanza de Dios,
que con un soplo potente <2> a su imagen me creó.
Mi cielo es permanecer en su presencia divina,
y llamarla Padre mío, y ser y sentirme su hija.
En sus divinos brazos no temo la tormenta.
¡Es toda y mi sola ley el abandono completo <3>!
Dormitar sobre su pecho, muy cerquita de su cara
¡es mi cielo para mí!

5 Mi cielo yo lo he encontrado en la santa Trinidad,
que, prisionera de amor, habita en mi corazón.
Contemplando allí a mi Dios, yo le repito, sin miedo,
que quiero amarle y servirle hasta mi postrer aliento.
Es mi cielo sonreír a ese Dios al que adoro
cuando él se quiere esconder para probar mi fe.
Sonreír mientras espero a que él mi mire otra vez
¡es mi cielo para mí!

*(Pensamientos de sor san Vicente de Paul,
puestos en verso por su hermanita sor Teresa
del Niño Jesús.)*

NOTAS P 32 - MI CIELO

Fecha 7 de junio de 1896. - *Compuesta para:* sor San vicente de Paul, a petición suya. *Publicación:* HA 98, tres versos corregidos. - *Melodía: Himne à l'Eucharistie*.

Poesía algo melancólica, pero iluminada por una sonrisa y llena de confianza, sin duda para responder a los *«pensamientos»* de la destinataria. La «*mirada llena de amor»* de Jesús, el *«corazón a corazón»* con él en una oración que se hace intercesión por la Iglesia, La *«unión de corazones»* en la Eucaristía transformante, la *«semejanza»* filial, el *«abandono completo»* en el Corazón del Padre, la inhabitación de la *«santa Trinidad»* en el corazón amante van siendo cantados uno tras otro en versos alejandrinos que a veces alcanzas una hermosa solidez.

Sin embargo, Teresa desliza en ellos discretamente (y con su propio nombre), al principio y al final, una evocación de su propia *«prueba de la fe»* (única mención en los escritos). Seguir, a pesar de todo, *sonriendo* al Dios que se esconde (*«redoblar las ternuras»*, P 29,4; hacerle *toda suerte de cumplidos»*, CA 6.7.3): ésta será su respuesta hasta el último atardecer.

<1> Primera vez que aparece esta expresión que hará famosa el Ms B 3vº y 4vº.

<2> Sólo aquí se encuentra esta bella expresión -*soplo*-, que para Teresa es siempre sinónimo de suavidad y frescor primaveral.

<3> Esta palabra no había vuelto a aparecer en las Poesías desde P 2 (de abril de 1894); la encontraremos luego en siete ocasiones (PN 38; P 26, 28, 34).

P 33 LO QUE PRONTO VERÉ POR VEZ PRIMERA

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús
12 de junio de 1896.

1 Me encuentro en tierra extranjera
todavía, mas presiento
la futura, eterna dicha.
Quisiera dejar la tierra
para contemplar de cerca
las maravillas del cielo.
Soñando en aquella vida,
no siento de mi destierro
ni el peso ni la medida.
Pronto volaré, Dios mío,
hacia mi única patria,
¡volaré por vez primera!

2 Dame, Jesús, blancas alas
para emprender hacia ti,
rauda y alegre, mi vuelo.
Quiero verte, mi tesoro,
quiero volar a las playas
eternas de tu azul reino.
Quiero volar a los brazos
maternales de María,
y descansar en su trono,
que para mí es su regazo,
y de mi Madre querida
el dulce beso de amor
¡recibir por vez primera!

3 No tardes en descubrirme,
¡oh, mi Amado!, la dulzura
de tu primera sonrisa.

Cumple mi ardiente delirio <1>,
déjame estar escondida
en tu corazón divino.
¡Oh dichosísimo instante,
oh felicidad cumplida,
cuando escuche el dulce acento
de tu voz, y cuando pueda
de tu rostro el claro brillo
contemplar por vez primera!

4 Lo sabes bien, mi martirio,
mi único y solo martirio,
¡oh Corazón de Jesús!,
es tu amor, y si suspiro
por verte pronto en el cielo,
es para amarte, que amarte
más y más cada vez quiero.
En el cielo, emborrachada
dulcemente de ternura,
yo te amaré sin medida,
Jesús, te amaré sin ley.
Y esta mi felicidad
constante y eternamente
me parecerá tan nueva
¡como la primera vez!

La hermanita del Niño Jesús.

NOTAS P 33 - MI ESPERANZA

Fecha: 12 de junio de 1896. - *Compuesta para:* sor María del Sagrado Corazón, a petición suya para su cumpleaños. - *Publicación:* HA 98 (bajo el título «Mi esperanza»), seis versos corregidos. - *Melodía:* ninguna indicación.

»Pronto, volar, ver, amar»: éste es el deseo apasionado de Teresa en junio de 1896, lo que exige su amor, lo que ella *«quiere»*. Hace un mes, la Venerable madre Ana de Jesús, que la visitó en sueños, le dijo: *«Sí, pronto, pronto, te lo prometo»*.

Este sueño -*«rayo de gracia en medio de la más oscura tormenta»*- encuentra un eco en esta poesía, llena de fervor, movida, orientada hacia el más allá, y con un cierto grado de angustia o de melancolía subyacente. El *«pronto, pronto»* que Teresa repite con verdadera alegría aviva el deseo de rasgar los velos. *«Pronto»* no son alas de paloma lo que ella pide, como el salmista, para *«volar y descansar»*, sino *«las propias alas del Aguila divina»* (Ms B 5vº). Y *«pronto»* podrá *ver*.

La *«sonrisa»*, el *«corazón»* el *«rostro»* del Amado: es un amor a la vez humano y sobrenatural el que aquí se expresa. Un amor que es fuente de *«martirio»*, y hay que darle toda su fuerza a esta palabra que brota de manera espontánea (estr. 4). Teresa, cual esposa impaciente, sufre un verdadero *martirio* por causa de su amor a Jesús que aún no puede abrirse en plenitud en su presencia. Y ya sólo suspira ardientemente por ese cielo en donde podrá *«amar sin medida y sin ley»* (nótese la fuerza de la expresión).

<1> Palabra rara en Teresa, que confirma el tono apasionado de esta estrofa.

<2> Reproche afectuoso a Jesús por dejarla tanto tiempo *«en tierra extrajera»*, su *«único martirio»*, pues, en su comparación, los sufrimientos de aquí abajo nada cuentan para Teresa: no es el deseo de verse liberada de ellos lo que la hace *«suspirar»* por el cielo.

P 34 ARROJAR FLORES

1 Jesús, Amado mío,
al pie de tu calvario
quiero, todas las tardes,
arrojarte mis flores,
deshojarte mi rosa
-mi rosa primavera <1>-
y enjugar con sus pétalos
tu llanto <2>, mi Señor.

E. 1 ¡Arrojarte mis flores,
ofrecerte en primicia
sacrificios pequeños,
mis suspiros más leves,
mis dolores más hondos,
y mi dicha y mis penas...,
arrojarte mis flores <3>
y mi rosa, Señor!

2 De tu inmensa belleza
se ha prendado mi alma <4>.
Yo quiero prodigarte
mis flores y perfumes,
por tu amor arrojarlos
sobre el ala del viento
e inflamar corazones
para ti, mi Señor.

E. 2 Y cuando sufro y lucho <5>
por salvar pecadores,
arrojarte mis flores.
Mis flores son el arma
que me da la victoria.
Te desarmo y te venzo
con mis flores, Señor.

3 Mis flores con sus pétalos
acarician tu rostro
y te dicen que es tuyo
todo mi corazón.
De mi rosa en deshoje
tú entiendes el lenguaje,
miras y le sonríes
a mi amor tú, Señor.

E. 3 ¡Arrojarte mis flores,
repetir mi alabanza
es mi única alegría,
es todo mi placer
en este oscuro valle
de sombras y de lágrimas!
Al cielo pronto iré,
con los pequeños ángeles
iré a arrojarte flores
¡mis flores, oh Señor!

NOTAS P 34 - ARROJAR FLORES

Fecha: 28 de junio de 1896. - *Compuesta para:* la madre Inés de Jesús para su santo (Paulina). - *Publicación:* HA 98, tres versos corregidos. - *Melodía: Oui, je le crois, elle est immaculée*.

Todas las noches del mes de junio de 1896, Teresa y las cinco jóvenes novicias se reúnen alrededor de la cruz de granito del patio. Recogen los pétalos que han caído de una veintena de rosales y los arrojan al Crucifijo. Este rito simbólico acaba gustándole a la madre Inés de Jesús.

A pesar de algunos aciertos, el texto no tiene mayores pretensiones poéticas. Su gracia virgiliana, la ternura de la expresión, el encanto de las imágenes pueden llamar un poco a engaño acerca de la fuerza real del símbolo, tan rico de por sí en el caso presente. Tal vez se sienta también excitada la sensibilidad del lector a causa de los estereotipos asociados a esa imagen de Teresa (*«arrojar flores», «rosa deshojada» «angelitos»*), para la que este poema es uno de los lugares privilegiados. Sería una pena que esto nos llevase a despreciar una poesía que es esencial en el repertorio teresiano, tanto más cuanto que ese símbolo de arrojar flores hunde sus raíces en la infancia de Teresa (Ms A 17rº).

La última etapa de toda su vida de amor la cantará nuestra carmelita en *Una rosa deshojada* (P 33). El anuncio floreado de su misión póstuma, *«una lluvia de rosas»* (CA 9.6.3) desvela -o, mejor, no debería velar- la única pretensión de Teresa para el cielo y en la tierra: amar a Jesús y hacerlo amar.

<1> Teresa cita estos cuatro versos en CA 14.9.1. La *«rosa primavera»* es entonces ya ella misma, a quince días de la muerte.

<2> Un deseo muy antiguo en Teresa (cf Cta 74, 95, 115, 134), un gesto que se asemeja al de la Verónica (cf Cta 98).

<3> Cf Ms B 4rº/vº y CA 6.8.8.

<4> Es ésta la primera de las once veces que se menciona la *lucha* en las Poesías en las Recreaciones Piadosas hasta marzo de 1897; cf *Poésies*, II, p. 260. Casi todas ellas tienen miras apostólicas. Este vocabulario guerrero es un débil eco de la obra teatral de índole muy combativa *El triunfo de la humildad* (RP 7), que había sido representada unos días antes (21/6/1896).

P 36 SÓLO JESÚS

1 Mi corazón ardiente quiere darse sin tregua,
siente necesidad de mostrar su ternura.
Mas ¿quién comprenderá
mi amor, qué corazón
querrá corresponderme?
En vano espero y pido
que nadie pague con amor mi amor.
Sólo tú, mi Jesús,
eres capaz de contentar mi alma.
Nada puede encantarme aquí en la tierra,
no se halla aquí la verdadera dicha.

¡Mi única paz, mi amor, mi sola dicha
eres tú, mi Señor!

2 Tú supiste crear un corazón de madre,
por eso encuentro en ti
al más tierno y amable de los padres.
¡Oh, Jesús, mi único amor, Verbo eterno!,
tu corazón es para mí más dulce
que el corazón más dulce de una madre.
A cada instante y paso
me sigues en mis pasos y me guardas.
Cuando te llamo, acudes prontamente.
Y si, tal vez, parece que te escondes,
tú mismo vienes en mi ayuda luego
para poder buscarte.

3 En ti solo, Jesús, mi afición pongo,
corro a tus brazos, a esconderme en ellos.
Como un niño pequeño quiero amarte,
como un bravo soldado luchar quiero.
Como un niño, te colmo de caricias,
y de mi apostolado en la palestra
como un guerrero a combatir me lanzo...

4 Tu corazón divino,
que guarda y que devuelve la inocencia,
no es capaz de frustrar mis esperanzas.
En ti, Señor, reposan mis deseos:
después de este destierro,
al cielo a verte iré.
Cuando la tempestad se alza en mi alma,
levanto a ti mis ojos,
y en tu tierna mirada compasiva
yo leo tu respuesta:
«¡Hija mía, por ti creé los cielos!»

5 Yo sé que mis suspiros y mis lágrimas
ante ti están y te encantan, mi Señor.
Los serafines forman en el cielo
tu corte, y sin embargo
tú vienes a buscar mi pobre amor...
Quieres mi corazón, aquí lo tienes,

te entrego enteros todos mis deseos.
Y por ti, ¡oh mi Rey y Esposo mío!,
a los que amo seguiré yo amando.

NOTAS P 36 - SÓLO JESÚS

Fecha: 15 de agosto de 1896. - *Compuesta para:* sor María de la Eucaristía, a petición suya, para su cumpleaños y para el primer aniversario de su entrada en el Carmelo. - *Publicación:* HA 98, dos versos corregidos. - *Melodía: Près d'un berceau*.

Teresa descuella por su capacidad de ponerse en el lugar de los demás, sin dejar de ser, cuando habla, plenamente ella misma. En *Sólo Jesús* es fácil, ciertamente, reconocer a la gran enamorada de Jesús en ese verano de 1896; pero se puede leer también ahí, con la misma facilidad, una biografía espiritual de María de la Eucaristía.

En esa época, Teresa está viviendo unas semanas de un extraordinaria densidad espiritual. Su «noche», sin ser tan oscura como llegará a serlo en 1897, la lanza con mayor fuerza que nunca hacia la persona de Jesús. El 6 de agosto, se había consagrado a la Santa Faz (junto con dos novicias) en una plegaria totalmente impregnada de amor (Or 12). Combatiente con el P. Roulland, que acaba de partir para China, descubre en Isaías, con nuevas tonalidades, los hermosos textos de la infancia espiritual (cf Cta 196). Aspira cada vez más a *«amar como un niñito»*. En su interior bulle un número incalculable de deseos vehementes y bien probados que logra integrar en la sencillez de una única vocación (cf Ms B).

El poema habla el lenguaje del amor humano, al estilo del Cantar de los Cantares. Por uno de esos cambios bruscos de dirección, tan propios de Teresa, la última estrofa incita a una actitud completamente distinta a la del punto de partida. Al comienzo, la criatura proponía su amor como para la galería: *«¿Quién comprenderá?», «¿Qué corazón querrá?»*. Ahora descubre un corazón de una ternura mucho más desbordante aún que el suyo: un amor que se hace pobre, pedigüeño, que *«mendiga»* los suspiros y las lágrimas de su criatura. A un amor así no se puede resistir, hay que *entregarse por entero*.

El amor a *«Jesús solo»* es el programa que Teresa propone a la generosidad de María de la Eucaristía, a medio camino entre el *«descanso»* del primer cántico que compone para su prima (P 13) y el violento *«combate»* del de su profesión (P 32). La antítesis *«niño-guerrero»* queda por la grafía *cursiva* que Teresa reserva para las palabras importantes. El vocabulario es el del Ms B 2vº y el de Cta 194.

P 40 LAS SACRISTANAS DEL CARMELO

1 Es nuestro dulce oficio aquí en la tierra
preparar las ofrendas del altar:
del santo sacrificio el pan y el vino
que el «cielo» aquí abajo encarnarán.

2 El cielo, ¡oh misterio soberano!,
se nos oculta en el humilde pan;
porque el cielo es Jesús, que, íntegro y vivo,
cada día nos viene a visitar.

3 Ni las reinas de nuestro pobre mundo
nos son iguales en felicidad,
porque es una oración nuestro trabajo
que a Dios nos une en honda intimidad.

4 Los más grandes honores de este mundo
no se le pueden a éste comparar:
la paz celeste y el dulzor profundo
que nos hace Jesús saborear.

5 Pero sentimos una santa envidia
de esa humilde labor de nuestras manos:
de cada pequeñita y blanca hostia
que velará a Jesús, Cordero manso.

6 Mas su divino amor nos ha elegido,
quiere ser nuestro Amigo y nuestro Esposo.
También somos nosotras hostias vivas
que quiere convertir en Sí, amoroso.

7 ¡Oh, sublime misión del sacerdote,
también en misión nuestra te conviertes!
Por el divino Maestro transformadas,
Jesús en nuestros pasos anda siempre.

8 Debemos ayudar a los apóstoles
con nuestras oraciones, nuestro amor.
Sus campos de combate son los nuestros,
y debemos luchar de sol a sol.

9 ¡Que el buen Dios escondido en el sagrario,
también latente en nuestros corazones,
a nuestra voz -¡grandísimo milagro!-
su perdón dé a los pobres pecadores!

10 Nuestra felicidad y nuestra gloria
es por Jesús sufrir y trabajar.
El copón es su cielo, ¡que nosotras
queremos de elegidos cumular...!

NOTAS P 40 - LAS SACRISTANAS DEL CARMELO

Fecha: principios de noviembre de 1896. - *Compuesta para:* sor María Filomena de Jesús, a petición suya, y las demás sacristanas. - *Publicación:* HA 98, cinco versos corregidos. - *Melodía:* ninguna indicación.

Evocaríamos aquí gustosos algo parecido a la escala de Jacob, para expresar ese intercambio misterioso entre el cielo y la tierra, cuyos agentes incansables son las sacristanas, y que viene expresado en unas estrofas llenas de ternura.

Ternura callada de la «mujer de su casa», por así decirlo: esposa *«más feliz que una reina»*, cuyo corazón está siempre atento a su esposo, mientras sus manos trabajan diligentemente por él. Ternura callada también la de la carmelita, asociada al apóstol desde el lugar que a ella le corresponde, el de acompañante escondida. En uno y otro caso, compañera que se ha hecho semejante al hombre a quien ayuda.

A estas señas responde perfectamente la primera destinataria de la poesía, sor María Filomena, que ha pedido a su antigua compañera de noviciado que le componga unas coplillas para cantarlas en la soledad.

En un tono sumamente sencillo, la segunda parte (estr. 7-10) ofrece una respuesta al aparente desafío del Manuscrito B. Allí Teresa proclamaba, entre otros ardientes anhelos, su deseo de ser sacerdote, deseo irrealizable debido a las circunstancias. Aquí canta su forma concreta de tomar parte sin demora en la *«sublime misión del sacerdote». «Transformada»* en Jesús por la eucaristía, *«convertida»* en él, ¿no acaba siendo «otro Cristo», como entonces les gustaba definir al sacerdote? Y va describiendo la parte que ella tiene en la misión, en la penitencia, en la eucaristía.

Por lo tanto, ningún complejo de inferioridad frente a los «hombres», frente a los sacerdotes. Pero tampoco la más mínima presunción: para Teresa, quien actúa es Jesús, con la colaboración de los hombres... Y de las mujeres.

Una bella imagen para concluir este hermoso poema: el copón se dilata hasta alcanzar las dimensiones infinitas del cielo, que no solamente está *«poblado»* de elegidos (p 15,16, sino incluso *«lleno»*. No hay *«sitios vacíos»* (cta 135). Teresa va a *«luchar* por ello *sin tregua ni descanso»* (p 29,6). Ni siquiera en el cielo habrá reposo hasta que esté *«completo el número de los elegidos»* (CA 17.7).

P 42 AL NIÑO JESÚS

1. Tú, Jesús, me conoces,
tú mi nombre conoces, y me llamas
con la dulce mirada de tus ojos…
Ellos me comunican tu palabra:
«Simple abandono, conducir yo quiero,
mi amada, tu barquilla».

2. Y con tu voz de niño, ¡oh maravilla!,
sólo con tu voz débil,
calmas el mar rugiente,
pones paz en el viento.

3. Si mientras brama la tormenta, ¡oh Niño!,
tú te quieres dormir,
posa tu linda cabecita blonda
sobre mi corazón.

4. ¡Qué encantador sonríes cuando duermes!
Con mi canto más dulce
yo meceré tu cuna tiernamente,
¡Oh hermoso Niño mío!

NOTAS P 42 - AL NIÑO JESÚS

Fecha: diciembre de 1896. - *Compuesta para:* sor María de San José, a petición suya. - *Publicación:* HA 98 (con el título de «Al Niño Jesús»), tres versos corregidos. - *Melodía: Où vas-tu quand tout est noir?*

Una vez más, una poesía hecha por encargo, en la que Teresa juega al equilibrio entre el *«niño»* y la *«tormenta»*, y luego Jesús que calma la tempestad... El niño que duerme (o, mejor, que no duerme...) durante la tormenta forma parte de los arquetipos de la infancia. Mientras tanto, Jesús quiere dormir, como más tarde en la barca... Un juego sutil.

Este dulce encantamiento es especialmente apropiado para la destinataria, una compañera de carácter tormentoso que Teresa se ha propuesto domesticar. Pues esta mujer tan dura es a la vez como la manteca, y unas pocas palabras infantiles logran desarmarla mejor que mil razonamientos. Y unas coplillas como éstas podían transformar un mar tempestuoso... en madre mimosa que meza *«tiernamente»* la *«cabecita rubia»* del Niño que se entrega a ella para llevarla a entregarse a él.

P 43 LA PAJARERA DEL NIÑO JESÚS

1 Para los desterrados de la tierra
Dios creó los graciosos pajarillos.
Ellos van gorjeando su plegaria
por bosques, valles, montes y laderas.

2 Los traviesos y alegres rapazuelos,
tras de escoger algunos preferidos,
los cazan y aprisionan
en lindas jaulas de doradas rejas.

3 ¡Oh Jesús, hermanito!,
tú abandonaste el cielo por nosotros,
pero sabes muy bien que es el Carmelo
Niño divino, tu bella pajarera.

4 Amamos nuestra jaula,
sin ser ella dorada.
Nunca de su prisión escaparemos
ni a la llanura azul ni al bosque oscuro.

5 Jesús, los bosques de este mundo
no pueden contentarnos.
En la profunda soledad queremos
cantar para ti solo.

6 Es tu blanca manita
la que orienta y atrae nuestro vuelo.
¡Qué bellos son, oh Niño, tus encantos!
En tu sonrisa quedan,
cautivos de su luz, los pajarillos.

7 Aquí el alma sencilla, pura y cándida
halla el motivo exacto de su amor.
Aquí la blanca y tímida paloma
no teme ya el ataque del buitre carnicero <1>.

8 En alas de una cálida plegaria
el corazón se eleva como alondra ligera,
como alondra que sube cantando
y sube altísima.

9 Se escucha aquí el gorjeo
del reyezuelo y del pinzón alegre.
Niño Jesús, tus pajarillos cantan,
en su jaula, tu santo y dulce nombre.

10 Vive siempre cantando el pajarillo,
su pan no le preocupa,
ni siembra ni recoge,
y un granito de mijo le contenta.

11 Y como al pajarillo,
en nuestra pajarera
todo, Divino Niño, nos viene de tu mano.
Sólo una cosa es necesaria, una,
y esta cosa es amarte.

12 Por eso, con los puros espíritus del cielo
contamos noche y día tus glorias y alabanzas.
Y sabemos con cuánto amor los ángeles <2>
nos miran a nosotras,
tus pobres pajarillos del Carmelo.

13 Para enjugar las lágrimas
que te hacen derramar los pecadores,
tus pajarillos cantarán tus gracias,
y el dulce canto de tus avecillas
te atraerá corazones.

14 Un día, lejos de la triste tierra,
al escuchar tu voz y tu llamada,
desde tu pajarera
tus pajarillos volarán al cielo.

15 Y allí, con las falanges
de pequeños y alegres querubines,
eternamente, Niño,
cantaremos tus glorias.

NOTAS P 43 - LA PAJARERA DEL NIÑO JESÚS

Fecha: Navidad de 1896. - *Compuesta* espontáneamente para la comunidad en la noche de Navidad. *Publicación:* HA 98, cuatro versos corregidos. - *Melodía: Au Rossignol*.

Una hermosa imagen es el punto de partida de esta «Navidad de los pájaros» que estira un poco demasiado la comparación entre la pajarera y el Carmelo. Pero para la recreación de un fiesta como Navidad, bien puede permitirse algún exceso... Cada pájaro canta aquí en su propio registro: la paloma, la alondra, el reyezuelo, el pinzón. Al igual que los pájaros del Evangelio, «que no siembran ni siegan», la carmelita lo recibe *«todo de la mano»* de Jesús; de ahí su alegría y su abandono y su consagración a *«la única cosa necesaria, amar»*. Al final, todos los pájaros, ya libres, *«volarán al cielo»*, en donde continuarán su canto de alabanza.

Diez años antes, una pajarera adornaba la *«pobre buhardilla»* de Teresa (Ms A 42vº); en el Carmelo, los pájaros seguirán poblando sus sueños (Ms A 79rº); en el verano de 1896, con el Ms B, el valor simbólico del *pájaro* adquiere una nueva dimensión: será la señal por excelencia de la unidad dinámica, y aun cuando *«no esté en su poder el volar»*, como el pájaro es *canto* tanto como vuelo, ni siquiera en el mismo corazón de la tormenta -las pruebas del cuerpo y del alma- Teresa renunciará a *cantar* (estr. 10; cf 34,15 y Ms B 5vº).

<1> Cf Ms B 5vº y P 2,53-54.

<2> Cf Ms B 5rº/vº.

P 44 A MIS HERMANITOS DEL CIELO

«El que sea pequeñito
que venga a mí» (Proverbios)

1 Venturosos pequeñines, ¡con qué amor, con qué ternura,
en otro tiempo Jesús, el Rey del cielo, os bendijo,
y de caricias y besos vuestras frentes jubilosas
él colmó!
De todos los inocentes erais vosotros figura,
y adivino las riquezas y los gozos que en el cielo,
sin medida, a manos llenas,
os dará vuestro Jesús,
Rey de reyes.

2 Contemplasteis los encantos y las bellezas del cielo,
inmensas e innumerables,
antes de haber conocido las tristezas y amarguras
del destierro,
¡lirios blancos
pequeñitos!
¡Oh capullos perfumados,

en la virgen luz del alba <1> cortados por el Señor...!
El dulce sol del amor que vuestras tiernas corolas
un día hizo estallar <2>
¡fue, sin duda, su divino
corazón!

3 ¡Oh que inefables cuidados y qué exquisitas ternuras,
cuánto amor,
oh niños recién nacidos,
os prodiga aquí en la tierra
la Iglesia, que es nuestra Madre!
En sus brazos maternales fuisteis a Dios ofrecidos
como cándidas primicias.
Eternamente seréis del hermoso y azul cielo
las delicias.

4 Componéis vosotros, niños,
el cortejo virginal que sigue al dulce Cordero,
y podéis cantar también
-¡asombroso privilegio!-
el cántico de las vírgenes
canto nuevo.
Sin combatir ni luchar como los conquistadores,
su misma gloria alcanzasteis:
el Salvador os ganó la victoria y la corona,
¡oh graciosos
vencedores!

5 No luce en vuestras cabezas luz de brillantes preciosos,
sólo el reflejo dorado de vuestros sedosos bucles,
que a los bienaventurados
embelesa...
¡Todo es vuestro <3>, los tesoros de todos los elegidos,
sus palmas y sus coronas!
En el cielo, sus rodillas <4> son vuestros más ricos tronos,
¡niños santos!

6 Junto a los angelitos jugáis al pie del altar,
vuestros cantos infantiles, ¡oh encantadoras ras falanges!,
son el encanto del cielo,
¡dulce encanto!
Dios os cuenta cómo hizo los pájaros y los vientos <5>
y las rosas.
Ningún genio hay en la tierra que sepa lo que vosotros,
pequeñines.

7 Alzando del firmamento el velo azul, misterioso,
cogéis en vuestras manitas <6> las estrellas de mil luces.
Cuando cruzáis el espacio, a vuestro paso dejáis
una hermosísima estela
argentada.
Cuando miro por la noche la brillante Vía Láctea,
me parece en ella veros
a vosotros.

8 A los brazos de María corréis tras de vuestros juegos,
y escondiendo vuestras rubias cabecitas infantiles
bajo su velo estrellado,
os dormís...
Gusta el inmenso Señor,
¡oh pequeños traviesillos!, de vuestra infantil audacia:
¡os atrevéis a llenar de besos y caricias <7>
su augusta, adorable faz!,
¡qué favor!

9 El Señor me dio en vosotros, dulces santos inocentes,
un acabado modelo.
Yo quiero en la tierra ser
vuestra imagen,
niños míos
pequeñitos.
Ayudadme a conseguir las virtudes de la infancia:
me encanta vuestro candor,
vuestro abandono perfecto y vuestra amable inocencia
cautivan mi corazón.

10 ¡Oh, mi Señor, tú conoces estos ardientes deseos
de mi alma desterrada!
Lirio hermoso de los valles,
para ti segar quisiera lirios henchidos de luz...
Busco y quiero para ti capullos de primavera,
el agua de tu bautismo <8> vierte sobre ellos, Señor,
¡y luego ven a cortarlos!

11 Quiero aumentar la falange de los santos inocentes,
mi alegría y mis dolores cambio por almas de niños.
¡Oh Rey de los elegidos!,
quiero <9> entre esos inocentes tener también yo mi
puesto:
como ellos quiero besar tu dulce rostro, Jesús,
en el cielo.

NOTAS P 44 - A MIS HERMANITOS DEL CIELO

Fecha: 28 de diciembre de 1896. - *Compuesta:* espontáneamente para ella misma. - *Publicación:* HA 98 (con el título de «A mis hermanitos del cielo, los Santos Inocentes»), cuatro versos retocados, - *Melodía: La rose mousse*, o bien *Le fil de la Vierge*.

Desde el verano de 1896, en que descubre los textos más bellos sobre la infancia, Teresa piensa mucho en los Inocentes. Durante sus ejercicios espirituales del mes de septiembre, pinta, en dos ejemplares, una estampa-recuerdo de sus cuatro hermanitos y hermanitas muertos de niños. Al dorso, escribe unos versículos de la Sagrada Escritura sumamente significativos (cf Est 5 y 6). A la luz de estos versículos, las estrofas de esta poesía proclaman la misericordia gratuita, incluso escandalosa, que Dios ha desplegado en favor de unos niños que nunca llegaron al uso de razón y para los que *«el Salvador»*, y sólo él, *«ganó la victoria»*. Diez años antes, sus *«hermanitos del cielo»* habían liberado a Teresa del tormento de los escrúpulos (Ms A 44rº); hoy su ejemplo la salva de la angustia de las *«manos vacías»* (CA 23.6).

En un *exceso de amor* (Ms A 4vº), Teresa llegará incluso a *«desear la muerte»* a muchos niños bautizados; pero no, en primer lugar, *«para que vayan al cielo»*, sino para ofrecer a Jesús esas *«frescas flores abiertas»* que son las que él prefiere....

Nótese que Teresa no se deja engañar por su imaginería,un poco exagerada (cf Ca 21/26.5.9); esas flores, esos niños y ese mundo estelar pretenden trasladarnos a un mundo espiritual, radiante de frescor, de luz y de alegría.

<1> El tema de esta poesía no es el de unos niños mártires: es Jesús, y no el perseguidor, quien corta sus lirios. La referencia de HA 98 a los Santos Inocentes es, pues, inexacta.

<2> Cf Cta 124.

<3> Cf Cta 182, que remita a la *Oración del alma enamorada* de san Juan de la Cruz.

<4> Para Teresa y Celina, habrá algo mucho mejor que las *«rodillas»* de los elegidos: las del propio Jesús... Cf Cta 211+, un billete contemporáneo de P 28; y P 11,54.

<5> Preciosa imagen poética para expresar la idea de que Dios concede su reino a los pequeños y no a los sabios...

<6> Estas imágenes cósmicas son tanto más fuertes cuanto que se está hablando de niños; cf RP 2,7rº.

<7> Cf Ca 5.7.3.

<8> Cf RP 2, 6vº.

<9> Teresa *exige* mucho en sus poesías (PN 12,8; P 10,5; 15,11; 18,4; PN 29,8; P 20,2; PN 35,4; P 24,1; PN 41,2; y aquí)...

P 45 MI ALEGRÍA

1 Hay almas en la tierra
que van, en vano, en busca de la dicha.
No es ése el caso mío:
yo llevo la alegría dentro del corazón.
No es una flor efímera, la tengo para siempre,
cada día me manda al alma su sonrisa,
lo mismo que una rosa de eterna primavera.

2 Soy, en verdad, dichosa en demasía,
hago siempre y en todo lo que deseo y quiero.
¿Cómo podría yo no estar alegre,
cómo ocultar mi júbilo?
Amar el sufrimiento es mi alegría,

sonrío cuando lloro.
Con gratitud escojo la espina entre mis flores <1>.

3 Cuando el azul del cielo se oscurece
y parece que el cielo me abandona <2>,
mi alegría es quedarme en medio de la sombra,
escondida y pequeña.
Mi alegría es cumplir siempre
la santa voluntad de mi Jesús,
mi único y solo amor.
Así, vivo sin miedo,
amo el día y la noche <3> por igual.

4 Mi alegría es ser pequeña, permanecer pequeña <4>,
así, si alguna vez en el camino caigo,
me levanto enseguida,
y mi Jesús me coge de la mano.
Y colmándole entonces de caricias,
le digo que él es todo para mí...
Redoblo mis ternuras cuando él se hurta a mi fe.

5 Mi alegría es esconder a mis hermanas,
cuando lloro, mis lágrimas,
que tiene el sufrimiento sus encantos
cuando velar sabemos con flores su aridez.
Quiero sufrir, mas sin decir palabra,
para que mi Jesús se sienta consolado,
que mi alegría es ver cómo él sonríe
mientras en el destierro está mi corazón.

6 Mi alegría es luchar siempre, sin tregua ni descanso,
por poder engendrar multitud de elegidos.
Es decir, con ternura y muchas veces,
a mi dulce Jesús:
«Por ti, hermano divino, sufro gozosamente.
Mi alegría en la tierra, mi única alegría,
es poder alegrarte».

7 Quiero seguir viviendo largo tiempo en la tierra,
si ése es tu deseo, mi Señor.
Quiero seguirte al cielo,
si te complace a ti <5>.
El fuego de la patria,
que es el amor,
sin cesar me consume.
¿Qué me importa mi vida? ¿Qué me importa la muerte?
¡Amarte, ése es mi gozo!
¡Mi única dicha, amarte...!

NOTAS P 45 - MI ALEGRÍA

Fecha: 21 de enero de 1897. - *Compuesta para:* la madre Inés de Jesús por su santo. - *Publicación:* HA 98 («Mi paz y mi alegría»), catorce versos corregidos. - *Melodía: Où vas-tu, petit oisseau?*

»Ahí está toda mi alma», dice simplemente Teresa al entregar *Mi alegría* a la madre Inés para su cumpleaños, en unos momentos en los que va a abordar los pasos más terribles de su prueba de la fe y pronto los de la agonía. Tras una expresión y unas imágenes aparentemente ingenuas, están en juego una actitud de fe y un combate místico, que se expresan sin refinamientos artísticos pero sí con una intensidad interior y una fuerza vital realmente sorprendentes. Cada palabra lleva una gran carga de experiencia y de madurez, y el fluir de las estrofas nos lleva realmente a penetrar en el *«alma»* de Teresa.

Este poema anuncia ya la famosa página de junio de 1897: *«Tú, Señor, me colmas de* alegría *con todo lo que haces»* (MS C 7rº), aun cuando en enero esta alegría sea aún un acto de fe dictado por la voluntad.

A Teresa no le basta con creer en la alegría, con aceptar el sufrimiento, con esconder las lágrimas, con sonreir a Jesús que se empeña en ocultarse: su alegría consiste en *«luchar sin tregua ni descanso»* para engendrar nuevos elegidos. Esta breve indicación ayuda a embellecer todo el poema: Teresa se deja escapar que todas sus paradojas y todas sus antítesis ella ha sabido *«velarlas con flores»* y que su alegría se cifra en una dura e *incesante lucha* avivada por el fuego del amor (estr. 6 y 7).

<1> En la segunda estrofa continúa el paisaje aparentemente idílico de la primera, pero el interrogante de los versos 3 y 4 muestra ya lo que esta alegría tiene, si no de forzado, sí al menos de voluntariamente querido. En los versos 5-7 el velo se desgarra (cf Ms C 4vº y Ms A 4vº).

<2> La prueba de la fe; cf P 21,6-8.

<3> Verso de una gran valentía, que Teresa rubricará con toda su conducta hasta la muerte. Tras la *«noche de esta vida* (PN 12,9,3; P 8,18,1), se encuentra realmente en la noche más oscura: *«noche de la tierra»* (P 32,4,4), *«noche de la fe»* (P 36,15,12 y también 36,16,2).

<4> Cf Cta 141+ y PN 11,3,5; P 8,5; 20,4; 36,6; Ms C 3rº.

<5> Cf SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, explicación de las canciones 20 y 21: «En el vivir y en el morir está conforme y ajustada con la voluntad de Dios» [Cánt Esp B, 21-22, nº 11. N. del T.]; y *Llama de amor viva*, explicación del verso «Acaba ya si quieres» [Ll A, 1,23. N. del T.]. En las *Ultimas Conversaciones* hay numerosas observaciones sobre este abandono de Teresa ante la vida o la muerte, porque *«me gusta lo que él hace»* (CA 27.5.4).

P 46 A MI ÁNGEL DE LA GUARDA

1 ¡Oh mi glorioso guardián,
guardián del cuerpo y del alma,
que en el cielo estás brillando
hecho dulce y pura llama
junto al trono del Eterno!
Por mí bajas a la tierra
y me alumbras con tu luz,
te haces mi hermano, ángel bello,
mi amigo y consolador.

2 Conociendo que soy débil,
¡gran debilidad la mía!,
tú me coges de la mano <1>,
y te veo, conmovida,
apartar de mi camino
la piedra que lo entorpece <2>.
Me invita tu dulce voz
a no mirar más que al cielo.
Y cuanto mas pequeñita
y más humilde me ves <3>,
tanto más tu clara frente
irradia de puro gozo.

3 Tú que los espacios cruzas
más rápido que el relámpago,
vuela por mí muchas veces
al lado de los que amo.
Seca el llanto de tus ojos
con la pluma de tu ala,
y cántales al oído
cuán bueno es nuestro Jesús.
¡Oh, diles que el sufrimiento
tiene también sus encantos!
Y luego, murmúrales
quedo, muy quedo, mi nombre.

4 Yo quiero en mi breve vida
salvar a los pecadores <4>,
mis hermanos.
¡Oh ángel bello de la patria!,
dame tus santos ardores,
para que en el mismo fuego
que tú te abrasas me abrase.
Fuera de mis sacrificios
y de mi austera pobreza,
nada más tengo, ángel mío.
Unelo todo a tus gracias
y ofréceselo al Dios Trino.

5 Para ti la gloria, el reino,
las riquezas del que es Rey,
Rey de los reyes del mundo.
Para mí el Pan del sagrario
y el tesoro de la cruz.
Con la cruz y con la hostia,
y con tu celeste ayuda,
espero en paz la otra vida,
la felicidad del cielo,
que nunca terminará.

(A mi querida sor Filomena,
en recuerdo de su hijita*,*
Teresa del Niño Jesús y de la S.F.,
rel. carm. ind.)

NOTAS P 46 - A MI ÁNGEL DE LA GUARDA

Fecha: enero de 1897. - *Compuesta* espontáneamente, y más tarde dedicada a sor María Filomena de Jesús. - *Publicación:* HA 98, tres versos corregidos. - *Melodía: Par les chants les plus magnifiques*.

El tono de sereno fervor de este poema es característico de la última época de su vida, menos visionaria y menos rodeada de consuelos sensibles. Son muchos los temas que se esbozan, y el centro de poema lo constituye la estrofa 3, en la que Teresa, a lo que parece, se considera ya a sí misma en otro mundo.

Tras esas primeras estrofas, marcadas por la humildad, el tono glorioso desemboca en un final casi exultante, al estilo de los salmos con esos *«Para ti... Para mí... Con... Con... Con...»* al comienzo del verso, y con esas palabras tan ricas: *«Reino, Gloria, Riquezas», Rey de los reyes, Sagrario, Cruz»*, con frecuencia rimando entre ellas [en el original francés, naturalmente. N. del T.]. El final del caminito puede quedar escondido; Teresa camina hacia él en la *«paz»*, mientras va repitiendo esta letanía gloriosa en la que se concentran en unos pocos versos una gran cantidad de bienes eternos, de alegrías y *«felicidad que nunca terminará»*.

<1> El ángel de la guarda es el compañero de Teresa a lo largo del *«caminito»*. Esta escena familiar nos trae inevitablemente el recuerdo la niñez de Teresa cuando su padre la llevaba de la mano (cf Ms A 18rº; P 6, estr. 6).

<2> Comparar con Ms A 38vº/39rº.

<3> La humildad adquiere en Teresa una tonalidad y unos nuevos desarrollos a partir del verano de 1896 y sobre todo en 1897 bajo el yugo de la prueba de la fe.

<4> Esta es la primera vez que Teresa designa a los *«pecadores»* como sus *«hermanos»*; preludio de la *«mesa de los pecadores»*del Ms C 6rº. Ver también P 36, estr. 4 y 20.

P 47 A TEÓFANO VÉNARD

Sacerdote de las Misiones Extranjeras,
martirizado en Tonkín
a los 31 años de edad.

1 Mártir angelical, ¡oh Teófano santo!,
los elegidos cantan tus loores,
y en los coros angélicos
el encumbrado serafín se siente
honrado de servirte.
No pudiendo mezclar en el destierro
mi voz con la sublime santa voz de los cielos,
quiero, al menos, tomar mi lira en tierra extraña
para cantar con ella tus virtudes.

2 Fue tu breve destierro como un canto muy dulce
que supo conmover los corazones.

Tu alma de poeta <1>
hacía, a cada instante, brotar flores,
flores para Jesús.
Y al elevarte a la celeste esfera,
hasta tu último canto
fue un canto juvenil de primavera.
Al morir, murmuraste:
«¡Yo, que soy un efémero,
me voy al cielo azul, voy el primero <2>!»

3 ¡Afortunado mártir, al borde del suplicio
tú gustaste la dicha de sufrir!
Sufrir por Dios te pareció delicia.
Tú supiste vivir y supiste morir
alegre y sonriente.
Cuando el verdugo quiso abreviar tu tormento,
replicaste enseguida:
«¡Cuanto más largos sean mi dolor y mi martirio,
mayor valor tendrán, estaré más contento <3>!»

4 ¡Oh lirio virginal!,
en la plena y hermosa primavera
de tu vivir
escuchó el Rey del cielo tu deseo.
Tú eres «la rosa abierta
que para su recreo cortó Dios» <4>.
Ya no estás desterrado,
los bienaventurados admiran tu esplendor.
Eres rosa de amor,
la inmaculada Virgen
de tu aroma respira la frescura.

5 Apréstame tus armas, ¡oh soldado de Cristo! <5>,
yo quiero aquí en la tierra,
por salvar a los pobres pecadores,
sufrir y combatir a la sombra de tu palma.
Dame tu protección, sostén mi brazo,
por ellos luchar quiero en incesante guerra
y tomar al asalto el reino de mi Dios.
El Señor a la tierra no vino a traer paz,
sino fuego y espada.

6 Yo amo esa playa infiel,
la que fue blanco de tu amor ardiente:
hacia ella volaría gozosamente yo,
si un día mi Jesús me lo pidiese.
Mas yo sé que a sus ojos se borran las distancias
y el universo entero es sólo un punto.
Mi flaco amor y mis pequeños sufrimientos,
bendecidos por El,
hacen amar a Dios más allá de los mares.

7 ¡Ah, si yo fuese flor de primavera
que cortar pronto mi Señor quisiera!
¡Oh, mi mártir glorioso, te conjuro,
baja del cielo a mí en mi postrer momento <6>!
Que de tu amor las llamas virginales

me abrasen en la vida,
y un día pueda ser yo de las almas
que forman tu cortejo...

NOTAS P 47 - A TEÓFANO VÉNARD

Fecha: 2 de febrero de 1897. - *Composición* espontánea. - *Publicación:* HA 98, diez versos corregidos. - *Melodía: Les adieux du martyr*.

«Mi alma se parece a la suya», dirá Teresa a sus hermanas (*Ultimas Conversaciones*, Burgos, Monte Carmelo, 1973, p. 355), y, como recuerdo de despedida (Cta 245), les hará entrega de una antología de las cartas de este *«santito»*, misionero mártir en Tonkín, cuya biografía le había recomendado el P. Roulland. A partir del 21 de noviembre de 1896, había ido copiando en su «libreta de apuntes» tres páginas de extractos de esas cartas (cf «Otros Escritos»).

Para *cantar* a su santo amigo, Teresa vuelve a encontrar los acentos que poco antes le inspirara su *«santa predilecta», santa Cecilia*. Cantos y flores, pero también sufrimiento y martirio y el apostolado enérgico y vigoroso, *«la espada y el fuego»*, he ahí los temas que la inspiran.

El 19 de marzo, al enviar el poema al P.Roulland (cf Cta 221), llama su atención sobre la penúltima estrofa, desvelando así su proyecto misionero: irse para la reciente fundación de Hanoi, si su salud no se lo impide. Esperanza poco razonable, pero el deseo misionero no cesa de crecer en su corazón y, en estas mismas semanas, se consolida su confianza de *«volver a la tierra»* para trabajar en ella sin respiro *«hasta el fin del mundo»* (CA 17.7).

En la enfermería, la imagen de Teófano Vénard ya no la abandonará y le servirá de mucha ayuda en la prueba (CA 10.8.1; 10.8.3; 19.8.5; 20.8.13; 6.9).

<1> Al igual que Teresa, Teófano también escribía poesías.

<2> Cita de un a carta del 20./1/1861; cf Cta 245+.

<3> Respuesta auténtica de Teófano al verdugo, un cínico jorobado, que preguntó al joven «cuánto le daría por ejecutarlo hábilmente y con rapidez». Y la cabeza no rodó por el suelo hasta el quinto golpe de sable.

<4> Otra cita de Teófano.

<5> El vocabulario guerrero anuncia ya *Mis armas*, su próxima poesía.

<6> Cf Ca 16.8.3.

P 48 MIS ARMAS

(Cántico compuesto para el día de una profesión)

«Revestíos de las armas de Dios,
para poder resistir los estratagemas
del enemigo» (San Pablo).

«La esposa del rey es terrible,
como un ejército en orden de batalla.
Se parece a un coro de música
en medio de un campamento» (Cant. de los Cant.)

1 Vestí las armas <1> del Omnipotente,
y su mano divina me adornó.
Nada me hará temer en adelante,
¿quién podrá separarme de su amor?
A su lado, lanzándome al combate,
ya ni al fuego ni al hierro temeré <2>.
Sabrán mis enemigos que soy reina,
que esposa soy de un Dios <3>.
Guardaré la armadura que me ciño,
Jesús, ante tus ojos adorados,
y hasta la última tarde del destierro
serán mis votos mi mejor adorno.

2 Eres tú, ¡oh *Pobreza*!,
mi primer sacrificio,
te llevará conmigo hasta la muerte.
Sé que el atleta, puesto en el estadio,
para correr de todo se despoja.
Gustad, mundanos, vuestra angustia y pena,
de vuestra vanidad amargos frutos;
yo, jubilosa, alcanzaré en la arena
de la pobreza las triunfales palmas.
Jesús dijo que «por la violencia
el reino de los cielos se conquista».
Me servirá de *lanza* la pobreza,
y de glorioso *casco*.

3 Hermana de los ángeles
victoriosos y puros
la *Castidad* me hace.
Formar espero un día en sus falanges;
mas debo en el destierro
como lucharon ellos luchar yo.
Luchar continuamente,
sin descanso ni tregua,
por mi Esposo adorado,
el Señor de los señores.
Porque es la castidad celeste espada <4>
que puede conquistarle corazones.
La castidad será mi arma invencible,
con ella venceré a mis enemigos.
Por ella llego a ser,
¡oh inefable ventura!,
la esposa de Jesús.

4 En medio de la luz gritó, orgulloso,
el ángel:
«¡Nunca obedeceré... <5>!»
En medio de la noche de la tierra
yo grito:
«¡Siempre obedeceré <6>!»
Siento nacer en mí
una divina audacia,
al furor del infierno desafío.
Y es mi fuerte *coraza*
y de mi corazón *escudo* fuerte,
la *Obediencia*.
¡Oh mi Dios vencedor!,
no ambiciono otra gloria
que la de someter
mi voluntad en todo,
pues será el obediente
quien cantará victoria
en el descanso de la eternidad.

5 Si tengo del guerrero
las poderosas armas
y le imito luchando bravamente,
quiero también como graciosa virgen
cantar mientras combato.
Tú haces vibrar las cuerdas de tu lira,
¡y es tu lira, Jesús, mi corazón <7>!
Por eso, cantar puedo
la fuerza y la dulzura
de tus misericordias.
Sonriendo, yo afronto la metralla,
y en tus brazos, cantando,
¡oh --divino Esposo--, mi divino Esposo!,
moriré <8> sobre el campo de batalla,
¡las armas en la mano!

NOTAS P 48 - MIS ARMAS

Fecha: 25 de marzo de 1897. *Compuesta para:* sor María de la Eucaristía con ocasión de su profesión. - *Publicación:* HA 98, tres versos corregidos. - *Melodía:* Canto de despedida a los misioneros *«Partez, hérauts de la bonne nouvelle»*.

Una poesía enérgica, aguerrida, tensa, echada sobre el papel como para entablar batalla. Una Teresa segura de sí misma y segura de Dios, que pasa por el crisol de la prueba como Juana de Arco por la hoguera. Ella sabe bien que es *reina*, una reina que lucha y que bruñe sus armas para triunfar, y cuya primera preocupación es la eficacia.

La cita de san Pablo en el epígrafe (tomada de la Regla del Carmelo) introduce directamente en la ceremonia de «armar caballeros»; la audaz yuxtaposición de dos versículos independientes del Cantar de los Cantares da la imagen de una reina imponente y de inmenso poderío, *«terrible como un ejército en orden de batalla, semejante a un coro de música en medio de un campamento»*. Hay que tener verdadera mirada de poeta para elaborar de esa manera una cita tan brillante, hermética y antitética, como fuente de inspiración capaz de animar una profesión religiosa y de bosquejar una alegoría completa de los votos, tema ingrato donde los haya para hacer una poesía.

La destinataria es María Guérin, a la vez *«angelito»* y *«mujer fuerte»*, *«niñito»* y *«valiente guerrero»* (P 24); pero también sor Genoveva, que el año anterior había quedado defraudada [porque a Teresa no se le había pedido componer para ella una poesía en nombre de la comunidad y tuvo que conformarse con entregarle casi a escondidas apenas unas migajas] (cf PN 27) y que sigue vibrando con las «imágenes de la caballería».

Pero para Teresa se trata mucho más de un romance de caballería, aunque el lenguaje alegórico pueda llamarnos a engaño (cf Cta 224); ella libra su batalla en *«la realidad de la vida»* (cf Ms A 31vº), y pronto la librará en la de la muerte. *«Sonriendo»* (como su amigo Teófano), *«cantando»* (como una esposa enamorada), Teresa lucha hasta el límite de sus fuerzas, antes de caer *«con las armas en la mano»* (nótese la fuerza de este final).

<1> Obsérvese el vocabulario tan paulino de esta poesía, inspirada en Ef 6, aun cuando las alegorías sean diferentes: en Pablo, «la verdad como cinturón, la justicia como coraza, como calzado el celo por anunciar el Evangelio, como escudo la fe, como casco la salvación y como espada la del Espíritu; en Teresa, *«la armadura»* son los *«sagrados votos: la Pobreza*, *lanza y casco; la espada de la Castidad; la coraza de la Obediencia; el escudo de mi corazón»*.

<2> Cf P 17,9.

<3> Cf RP 7, 1rº.

<4> La *espada* implica en el caso de Teresa un trasfondo bíblico en el que se mezclan Mt 10,34 y Ef 6,17; cf P 31,5 y Or 17.

<5> Cf RP 7,3rº.

<6> Teresa recobra por un momento (en estos versos) el tono de los poetas románticos (Vigni, Lamartine, Hugo), a los que les gustan los diálogos fantásticos a través de los espacios infinitos... La antítesis *luz-noche* hace que la prueba de la fe aparezca en toda su intensidad; este enraizamiento existencial del poema confiere un carácter de auténtica bravura a lo hubiera podido parecer pura literatura o una simple bravata.

<7> Tras el choque del enfrentamiento, la calma. La ternura de la femineidad recobra sus derechos, a ejemplo de santa Cecilia (la *«virgen»*, con la mención de la *lira*; cf P 2).

<8> Esta muerte en el campo del honor le habría encantado a Teresa de Avila: «Los defensores de la Iglesia (...) pueden morir; ser vencidos, jamás» (*Camino de perfección*, cap. 3). [Las palabras originales de la Santa son: «Porque, como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste a que se rindan; a morir, sí, mas no a quedar vencidos», *Camino* 3,1.]

P 51 UNA ROSA DESHOJADA

1 Jesús, cuando te veo
que abandonas los brazos de tu Madre,
y tenido por ella,
ensayas,
vacilante,

por nuestra triste tierra
tus indecisos y primeros pasos,
yo quisiera ir delante
deshojando una rosa blanca y fresca,
y así tu piececito posaría
muy suave y dulcemente
sobre una flor.

2 *La rosa deshojada*,
¡oh mi Niño divino!,
es la más fiel imagen
del corazón que quiere a cada instante
por tu amor inmolarse enteramente.
Hay muchas rosas frescas
que gustan de brillar en tus altares
y se entregan a ti.
Mas yo anhelo otra cosa:
deshojarme...

3 La rosa en su esplendor
puede, mi Niño, embellecer tu fiesta.
A la rosa en deshoje se la olvida,
se la tira y arroja
al capricho del viento.
La rosa, deshojándose,
se entrega a cada instante
con ansia de no ser.
Como ella, quiero yo buscar mi dicha
dándome, mi Jesús, del todo a ti.

4 Se pasa sobre pétalos
de rosa deshojada,
y se pisan sin pena.
Y esos muertos despojos
son un simple ornamento,
dispuestos al azar,
sin arte y sin estudio,
lo comprendo...
Yo prodigué mi vida,
prodigué mi futuro
por tu amor, ¡oh Jesús!
A los ojos profanos de los hombres,
como *rosa marchita* para siempre
un día moriré...

5 Mas *moriré por ti*, ¡oh Niño mío,
hermosura <1> suprema!
¡Oh suerte venturosa!
Deshojándome quiero demostrarte
mi amor,
¡oh, mi tesoro...!
A zaga de tus *pasos infantiles*,
escondida vivir quiero aquí abajo.
Y aun suavizar quisiera
tus últimas pisadas
camino del Calvario...

NOTAS P 51 - UNA ROSA DESHOJADA

Fecha: 19 de mayo de 1897. - *Compuesta para:* María Enriqueta, del Carmelo de París, a petición suya. - *Publicación:* HA 98 («La rose effeuillée»), cinco versos corregidos. - *Melodía: Le fil de la Vierge*, o bien *La rosse mousse*.

La verdad es que pocos místicos han llegado tan lejos como Teresa, minada por la enfermedad, en el límite de sus fuerzas y que ofrece su «nada» arrojándose a los pies de Jesús en un acto de amor puro y total. Así la descubrimos aquí: no pide nada, se entrega por entero, está casi casi al otro lado de la muerte, se diría que al otro lado del amor.

En mayo ya no está en condiciones de participar en la liturgia floral de las novicias (cf P 23). Uno tras otro va renunciando a los actos de comunidad. Ahora le queda una tarea suprema: *«Debo morir»*. Morir disolviéndose al filo de los días, como una *«rosa»* que se *«deshoja»*. En la más completa oblación: *«enteramente, a cada instante, sin pena alguna»*, sin escenografías (*«sin arte y sin estudio»*). Su generosidad sólo puede compararse con su delicadeza: que su vida así *«prodigada»* sea sólo dulzura bajo el *«piececito»* del Niño Jesús y bajo las *«últimas pisadas»* del Varón de dolores. El símbolo de la *rosa deshojada*, hoy aparentemente desgastado, surge aquí en toda su patética belleza, con la autenticidad de lo vivido.

Teresa ya no sueña siquiera con entregarse a Jesús, sino con deshojarse bajo sus pasos, con morir disolviéndose. En las estrofas 3 y 4 desarrolla esta idea hasta unos límites a los que antes aún no había llegado: *«La rosa en su esplendor puede embellecer tu fiesta, a la rosa en deshoje se la tira y arroja* (nótese la fuerza de esta palabra al final del verso) *al capricho del viento»* (es decir, a ninguna parte, no importa dónde). La rosa deshojada se entrega para ya no ser más (*«con ansias de no ser»*), lo cual es ya el colmo del abandono; ni siquiera se le presta atención (4,1-3), no es más que unos *«muertos despojos»*. Teresa *«lo comprende»*: ella *«prodigó su vida, prodigó su futuro»*, está *«marchita para siempre, un día morirá...»*. De esta manera, ofrece la prueba suprema de su amor, sin saber lo que Jesús hará de ella. Ella es sólo una rosa deshojada, es decir, nada.

Teresa responde a una petición de una carmelita de París, antigua priora, que había oído hablar maravillas de sus dotes de poeta y que quiere ponérselas a prueba: «Si es verdad que esa hermanita es una joya (...), que me envíe una de sus poesías, y lo comprobaré por mí misma»; y, según María de la Trinidad, proponía incluso el tema de la rosa deshojada.

»La madre Enriqueta quedó muy contenta (...), pensando únicamente que le faltaba una última estrofa para explicar que, a la hora de mi muerte, Dios recogería esos pétalos para volver a formar con ellos una rosa preciosa que brillaría por toda la eternidad». ¡Qué gran error! Para Teresa, *«amar es entregarse»* sin pedir nada a cambio. Y contesta: *«Que esa buena Madre haga la estrofa tal como lo dice, que yo no me encuentro en absoluto inspirada para hacerlo. Mi deseo es ser deshojada para siempre, para alegrar a Dios. Y se acabó».*

<1> Teresa tiene un sentimiento muy agudo de la *Belleza* (cincuenta y seis veces emplea esa palabra en sus escritos, y veintiocho veces ser trata de la belleza de Jesús). *Belleza suprema* en P 15,31; 18,2; RP 2,1rº y 8rº; RP 4,3rº.

P 52 EL ABANDONO ES EL FRUTO DELICIOSO DEL AMOR

1 Hay en la tierra un árbol, árbol maravilloso,
cuya raíz se encuentra,¡oh misterio!, en el cielo <1>.

2 Acogido a su sombra, nada ni nadie te podrá alcanzar;
sin miedo a la tormenta, bajo él puedes descansar.

3 El árbol inefable lleva por nombre «amor».
Su fruto <2> deleitable se llama «el abandono».

4 Ya en esta misma vida este fruto me da felicidad,
mi alma se recrea con su divino aroma.

5 Al tocarlo mi mano, me parece un tesoro.
Al llevarlo a la boca, me parece más dulce todavía.

6 Un mar de paz me da ya en este mundo,
un océano de paz,
y en esta paz profunda descanso para siempre.

7 El abandono, sólo el abandono
a tus brazos me entrega, ¡oh Jesús mío!,
y es el que me hace vivir con la vida de tus elegidos.

8 A ti, divino Esposo, me abandono, y no quiero
nada más en la vida que tu dulce mirada.

9 Quiero sonreír siempre, dormirme en tu regazo
y repetirte en él que te amo, mi Señor <3>.

10 Como la margarita de amarilla corola,
yo, florecilla humilde, abro al sol mi capullo.

11 Mi dulce sol de vida, mi amadísimo Rey,
es tu divina hostia pequeña como yo...

12 El rayo luminoso de tu celeste llama
nacer hace en mi alma el perfecto abandono.

13 Todas las criaturas pueden abandonarme,
lo aceptaré sin queja y viviré a tu lado.

14 Y si tú me dejases, ¡oh divino tesoro!,
aun viéndome privada de tus dulces caricias,
seguiré sonriendo.

15 En paz yo esperará, Jesús, tu vuelta,
no interrumpiendo nunca mis cánticos de amor.

16 Nada, nada me inquieta, nada puede turbarme,
más alto que la alondra sabe volar mi alma.

17 Encima de las nubes el cielo es siempre azul,
y se tocan las playas del reino de mi Dios.

18 Espero en paz la gloria de la celeste patria,
pues hallo en el copón el suave fruto
¡el dulcísimo fruto del amor!

NOTAS P 52 - EL ABANDONO ES EL FRUTO DELICIOSO DEL AMOR

Fecha: 31 de mayo de 1897. - *Compuesta para:* sor Teresa de San Agustín, a petición suya. - *Publicada:* HA 98 («L'Abbandon»), tres versos corregidos. - *Melodía: Si j'étais grande dame*.

Una canción, pero una canción que va más allá de ella misma, una canción para capear *«la tormenta»* y entregarse de corazón, pero tranquilos, seguros, *«en paz»* (palabra que se repite cuatro veces). La confianza de las cuatro últimas estrofas no es fingida: es el auténtico *«abandono»*, por encima de los consuelos sensibles. Aunque menos vibrante y más parco en confidencias que *Una rosa deshojada*, este poema es también un poema personal.

La destinataria, una monja tan virtuosa como severa, había hecho «voto de *abandono* a todos los deseos de Dios», no sin descontar del todo un cierto complejo «de superioridad en la perfección». Para Teresa, el *abandono* no es *«obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia»*. Al reconocer en sí misma ese abandono total ante la muerte, rendirá homenaje por ello a su único autor: *«Ahora ya estoy en él; Dios me ha hecho llegar a él, me ha tomado en sus brazos y me ha puesto en él...»* (CA 7.7.3).

<1> Bella imagen de un árbol A LA CHAGALL, *«cuya raíz se encuentra en el cielo»*. El símbolo del árbol es muy poco frecuente en Teresa (ésta es la única vez que se encuentra en las poesías, y en la Cta 137 el árbol de Zaqueo).

<2> Este fruto es la antítesis del fruto del libro del Génesis (3,6): se lo puede *tocar* sin temor (Gen 3,3) y *comer* de él; y no trae consigo el desorden del pecado y de la muerte, sino *«un mar de paz»* y la *felicidad ya en esta vida*.

<3> En estas estrofas 7-9 volvemos a encontrar el tono y el colorido de P 2, *Santa Cecilia* (vv. 29-32), *«la santa del abandono»*.

<4> Teresa *«espera en paz»*. Pero es una espera que no tiene nada de ocioso: la fuga repentina de la alondra (est. 16), en una ascensión vertical que rompe la *«espesa niebla»* (Ms C 5vº), lo dice bien claro. Y evoca irresistiblemente los actos anagógicos de san Juan de la Cruz: para el alma que se ve acosada por la tentación, lo mejor es echarse a volar de un salto hacia Dios...Y Teresa vuela incluso *«más alto que la alondra»*: la mirada puede seguir al pájaro por el cielo, pero no nos es posible ver volar a la carmelita hasta los confines de esa tierra prometida donde hunde sus raíces el Arbol de la vida.

P 53 A SOR MARÍA DE LA TRINIDAD

1 Señor, me has elegido
desde mi tierna infancia <1>;
puedo en verdad llamarme la obra de tu amor.
¡Cómo quisiera yo poder, Dios mío,
pagarte, agradecida,
devolviéndote amor.
Jesús, Amado mío, ¿qué privilegio es éste?
Yo, pobrecita nada <2>, ¿qué había hecho por ti?
¡Y me veo en el blanco cortejo de las vírgenes
que componen tu corte,
dulce y divino Rey!

2 Sabes que soy, Dios mío,
pura debilidad,
sabes también, Señor,
que no tengo virtud.
Pero igualmente sabes que mi único amigo <3>,
el único a quien yo amo, el que me ha cautivado,
eres tú, mi Jesús.
Cuando en mi joven corazón la llama
se encendió del amor,
tú viniste, Jesús, a quemarte en tu fuego.
¡Y sólo tú pudiste saciarme el alma entera,
pues mi urgencia de amar era infinita!

3 Cual tierno corderillo lejos de la majada,
jugueteaba alegre
ignorando el peligro.
Mas ¡oh Reina del cielo, mis pastora querida!,
tu blanca, tu invisible, dulce mano
sabía protegerme.
Y así, aunque yo jugaba
al borde de los hondos precipicios,
ya tú me señalabas la cumbre del Carmelo,
y ya yo comprendía
las austeras delicias que habría de abrazar
para volar al cielo.

4 Si amas, mi Señor, la pureza del ángel
-de ese brillante espíritu que nada en el azul-,
¿no amarás la blancura
del lirio que se eleva sobre el fango,
del lirio que tu amor
supo conservar limpio?
Si el ángel de alas rojas
goza de presentarse ante tus ojos
radiante de pureza,
yo me gozo también, porque ya en este mundo
el ropaje que visto al suyo se parece,
pues poseo el tesoro
de la virginidad <4>...

NOTAS P 53 - A SOR MARÍA DE LA TRINIDAD

Fecha: mayo de 1897. - *Compuesta para:* sor María de la Trinidad, a petición suya. - *Publicación:* HA 98 («Un lis au milieu des épines»), trece versos corregidos. - *Melodía: L'envers du ciel*.

A pesar de su tonalidad lamartiniana, este poema -de una firmeza que se ve confirmada por la grafía, y de una energía sorprendente en una enferma de esa índole- es sobrio, con una impronta clásica y una notable reducción de adjetivos,

Teresa ofrece a María de la Trinidad un verdadero *«canto de las misericordias»*. Esta, *«débil y sin virtudes»*, gracias al humillamiento constante a que se somete, es una candidata de primera calidad para la obra del *«amor consumidor y transformante»* (Cta 197). Y sobre todo para Teresa, ahora más que nunca, ya sólo cuenta el amor (Cf Cta 242, final).

Un toque de travesura ilumina la estrofa 3 al evocar las escapadas de la adolescencia al torbellino de las atracciones de París: estampa simpática y pintoresca, con *«el cordero lejos de la majada»*, que *«retoza alegre ignorando el peligro»*..., y la Virgen Santísima como *«pastora»*..., una antítesis alpestre de los *«precipicios»* y de la *«cumbre del Carmelo»*..., y todo ello endulzando de antemano las *«austeras delicias»* de los dos últimos versos.

<1> La elección divina; cf prólogo del Ms A, 2rº; PN 16,6; P 16,8; 25,6.

<2> La misma tonalidad de la *Rosa deshojada*. La prueba de la fe y el debilitamiento producido por la enfermedad producen en Teresa una toma de conciencia más aguda de su *«nada»*. Cf Ms B (cuatro veces) y Cta 197; y sobre todo, en la primavera de 1897: Cta 226, 243, 261 y Ms C 2rº. Lo mismo en la enfermería: CA 6.8.8; 7.8.4; 8.8.1; 13.8.1.

<3> Cf P 14,5. La *amistad* con Jesús, que implica igualdad en la confianza y en la ternura, floreció muy pronto en el alma de Teresa; cf Ms A 40vº; Cta 57 (dos veces), 74, 92, 109, 141, 157, 158, 169; Ms B 4vº; y en este mes de mayo, el *«tierno amigo»* de Cta 226. En las poesías: PN 15,5 y 9; P 14,5; 25,6.

<4> Unas brillantes imágenes (estr. 4, vv. 2, 5, 7, 9, 12-13) concurren a exaltar la *«virginidad»*, última palabra y coronación del poema.

P 54 POR QUE TE AMO, MARÍA

1 Cantar, *Madre*, quisiera
por qué te amo .
Por qué tu dulce nombre
me hace saltar de gozo <1> el corazón,
y por qué el pensamiento de tu suma grandeza
a mi alma no puede inspirarle temor.
Si yo te contemplase en tu sublime gloria,
muy más brillante sola
que la gloria de todos los elegidos juntos,

no podría creer que soy tu hija,
María, en tu presencia bajaría los ojos...

2 Para que una hija pueda a su madre querer,
es necesario que ésta sepa llorar con ella,
que con ella comparta sus penas y dolores.
¡Oh dulce Reina mía,
cuántas y amargas lágrimas lloraste en el destierro
para ganar mi corazón, ¡oh Reina!
Meditando *tu vida*
tal como la describe el Evangelio,
yo me atrevo a mirarte y hasta a acercarme a ti.
No me cuesta creer que soy tu hija,
cuando veo que mueres,
cuando veo que sufres
como yo <2>.

3 Cuando un ángel del cielo te ofrece ser *la Madre*
de un Dios que ha de reinar eternamente,
veo que tú prefieres, ¡oh asombroso misterio!,
el tesoro inefable de *la virginidad*.
Comprendo que tu alma, inmaculada Virgen,
le sea a Dios más grata
que su propia morada de los cielos.
Comprendo que tu alma, *humilde y dulce valle*,
contenga a mi Jesús, océano de amor <3>.

4 Te amo cuando proclamas
que eres la siervecilla del Señor,
del Señor a quien tú con tu humildad cautivas.
Esta es la gran virtud que te hace omnipotente
y a tu corazón lleva *la Santa Trinidad*.
Entonces *el Espíritu, Espíritu de amor,*
te cubre con su sombra,
y el Hijo, igual al Padre,
se encarna en ti...
¡Muchos habrán de ser
sus hermanos
pecadores
para que se le llame: Jesús, tu primogénito!

5 María, tú lo sabes: como tú <4>,
no obstante ser pequeña, poseo y tengo en mí
al todopoderoso.
Mas no me asuste mi gran debilidad,
pues todo los tesoros de la madre
son también de la hija,
y yo soy hija tuya, Madre mía querida.
¡Acaso no son mías tus virtudes
y tu amor también mío?
Así, cuando la pura y blanca Hostia
baja a mi corazón,
tu Cordero, Jesús, sueña estar reposando
en ti misma, María.

6 Tú me haces comprender, ¡oh Reina de los santos!,
que no me es imposible caminar tras tus huellas.

Nos hiciste visible
el estrecho camino que va al cielo
con la constante práctica de virtudes humildes.
Imitándote a ti,
permanecer pequeña es mi deseo,
veo cuán vanas son las riquezas terrenas.
Al verte ir presurosa a tu prima Isabel,
de ti aprendo, María,
a practicar la caridad ardiente.

7 En casa de Isabel escucho, de rodillas,
el cántico sagrado, ¡oh Reina de los ángeles!,
que de tu corazón brota exaltado <5>.
Me enseñas a cantar los loores divinos,
a gloriarme en Jesús, mi Salvador.
Tus palabras de amor son las místicas rosas
que envolverán en su perfume vivo <6>
a los siglos futuros.
En ti el Omnipotente obró sus maravillas,
yo quiero meditarlas y bendecir a Dios.

8 A san José, que ignora
el milagro asombroso
que en tu humildad <7> quisieras ocultar,
tú le dejas llorar cerca del *tabernáculo*
donde se oculta y vela
la divina beldad del Salvador.
¡Oh, cuánto amo, María, tu *elocuente silencio*!
Es para mí un concierto muy dulce y melodioso,
que canta a mis oídos la grandeza,
y hasta la omnipotencia,
de un alma que su auxilio sólo del cielo espera...

9 Luego, en Belén, os veo, ¡oh María y José!,
rechazados por todos.
Nadie quiere acoger en su posada
a dos pobres y humildes forasteros.
¡Sólo para los grandes tienen sitio...!
Y en un establo mísero, rudo y destartalado,
tiene que dar a luz la Reina de los cielos
a su Hijo Dios.
¡Madre del Salvador,
qué amable me pareces, qué grande me pareces
en tan pobre lugar!

10 Cuando veo al Eterno en vuelto en los pañales
y oigo el tierno vagido del Verbo entre las pajas,
¿podría yo, María, en ese instante,
envidiar a los ángeles?
¡Su Señor adorable es mi hermano querido!
¡Cómo te amo, María, cuando en nuestra ribera
abres para nosotros esa divina Flor!
¡Cómo te amo, Virgen, cuando escuchas
a los simples pastores, y a los magos,
y guardas y meditas todo eso
dentro del corazón!

11 Te amo cuando te mezclas con las demás mujeres
que dirigen sus pasos al templo del Señor.
Te amo cuando presentas al Niño que nos salva
al venerable anciano que le toma en sus brazos.
Al principio yo escucho sonriendo
su cántico, mas pronto sus acentos
hacen correr mis lágrimas.
Hundiendo en el futuro su mirada profética,
Simeón te presenta la espada del dolor.

12 ¡Oh Reina de los mártires, la espada dolorosa
traspasará tu pecho
hasta la tarde misma de tu vida!
Ya te ves obligada
a abandonar el suelo de tu patria
por escapar, huyendo,
del furor sanguinario de un envidioso rey.
Jesús duerme tranquilo
bajo los suaves pliegues de tu velo
cuando José te advierte que hay que partir aprisa.
Y es pronto tu obediencia:
tú partes sin demora y sin razonamientos.

13 En la tierra de Egipto, me parece, ¡oh María!,
que, a pesar de vivir en la suma pobreza,
lleno de gozo y paz vive tu corazón.
¿Qué te importa el destierro? *¿No es, acaso, Jesús*
la patria de las patrias, la más bella?
Poseyéndole a él, tú posees el cielo.
Mas en Jerusalén, una amarga tristeza
te envuelve y, como un mar, tu corazón inunda.
Por tres días Jesús se esconde a <8> tu ternura,
y entonces si, sobre tu vida cae
un oscuro, implacable, riguroso destierro.

14 Por fin logras hallarle, y al tenerle,
rompe tu corazón en transporte amoroso.
Y le dices al Niño, encanto de doctores:
«Hijo mío, ¿por qué has obrado así?
Tu padre y yo, con lágrimas, te estábamos buscando».
Y el Niño Dios responde, ¡oh profundo misterio!,
a la Madre querida que hacia él tiende los brazos:
«¿A qué buscarme, Madre? ¿No sabías, acaso,
que en las cosas que son del Padre mío
he de ocuparme ya?»

15 Me enseña el Evangelio que sumiso
a María y José permanece Jesús,
mientras crece en sabiduría.
¡Y el corazón me dice
con qué inmensa ternura a sus padre queridos
él obedece siempre!
Ahora es cuando comprendo el misterio del templo,
las palabras ocultas del amable Rey mío:
Tu dulce Niño, Madre,
quieres que seas tú el ejemplo vivo
del alma que le busca
a oscuras, en la noche de la fe.

16 Puesto que el Rey del cielo quiso ver a su Madre
sometida a la noche,
sometida a la angustia
del corazón <9>,
¿será, acaso, merced sufrir aquí en la tierra?
¡Oh, sí...! ¡Sufrir amando es la dicha más pura <10>!
Puede tomar de nuevo Jesús lo que me ha dado,
dile que por mí nunca se moleste.
Puede, si a bien lo tiene, esconderse de mí,
me resigno a esperarle
hasta que llegue el día sin ocaso
en el que para siempre se apagará mi fe <11>...

17 Yo sé que en Nazaret, Virgen llena de gracia,
viviste pobremente sin ambición de más.
Ni éxtasis ni raptos ni milagros
tu vida hermosearon, ¡Reina de los electos!
Muchos son en la tierra los pequeños,
y ellos pueden alzar, sin miedo, a ti los ojos.
Por *el común camino*, oh Madre incomparable,
caminas tú, guiándonos al cielo!

18 Vivir contigo quiero, Madre amada,
a la espera del cielo,
seguirte en el destierro día a día.
En tu contemplación yo me hundo absorta,
y de tu inmenso corazón descubro
los abismos de amor.
Tu maternal mirada desvanece mis miedos,
y m enseña *a llorar*, y me enseña *a reír*.
Lejos de despreciar las fiestas de la tierra,
las fiestas que son santas,
tú, Madre, las comparte y bendices.

19 Al ver que los esposos de Caná
no pueden ocultar al gran apuro
en que se encuentran por faltarles vino,
con maternal solicitud acudes
al Salvador, tu Hijo,
de su poder divino esperando la ayuda.
Jesús parece rechazar tu súplica
en un primer momento:
«Mujer, ¿qué no importa esto a ti y a mí?»
Mas de su corazón allá en el fondo
madre suya te llama,
y para ti y por ti Jesús realiza
su milagro primero.

20 Te veo un día, Madre, en la colina,
entre los pecadores <12> que escuchan la palabra
de aquel que más nadie
desea recibirles a todos en el cielo.
Alguien dice a Jesús que quieres verle.
Entonces él, Hijo divino tuyo, ante la gente
muestra lo inmensamente que nos ama:
«¿Quién es mi hermano -dice-, quién mi hermana,

y mi madre quién es, sino el que cumple
mi voluntad en todo?»

21 Al escucharle, tú, Virgen inmaculada,
¡oh Madre, la más tierna!,
no te entristeces <13>, antes bien te alegras
de que nos haga comprender entonces
que aquí abajo, en la tierra, nuestra alma
se hace *familia suya*.
¡Oh, sí, te alegras, Virgen, de que él nos dé su vida,
el tesoro infinito de su divinidad!
¿Cómo no amarte y bendecirte, viendo
en ti tanto amor, tanta humildad?

22 Tú nos amas, María, como Jesús nos ama,
por nosotros aceptas verte alejada de él.
Amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo:
quisiste demostrarlo quedando con nosotros
como fuerte y visible ayuda nuestra.
¡Conocía Jesús tus íntimos secretos
y la inmensa ternura
de tu divino corazón de madre!
Te nos dejó a nosotros,
como refugio fiel de pecadores,
cuando, para esperarnos en el cielo,
abandonó la cruz.

23 Te me apareces, Virgen,
en la sombría cumbre del Calvario,
de pie junto a la cruz,
igual que un sacerdote en el altar,
ofreciendo tu Víctima,
tu Jesús amadísimo,
nuestro dulce Emmanuel,
para desenfadar la justicia del Padre.
Un profeta lo dijo, ¡oh Madre desolada!:
«¡No hay dolor semejante a tu dolor!»
¡Oh Reina de los mártires, quedando en el destierro,
prodigas por nosotros
toda la sangre de tu corazón!

24 La casa de san Juan se hace tu único asilo,
de Zebedeo el hijo reemplaza a tu Jesús...
Y es éste ya el último detalle
que nos da el Evangelio <14,
de la Virgen María no vuelve ya a hablar más.
Pero, Madre querida, su silencio profundo
¿acaso no revela
que *el Verbo eterno -él mismo- cantar quiere*
de tu vida los íntimos secretos,
para gozosa gloria de *tus hijos*,
los santos moradores de la patria del cielo?

25 Yo escucharé muy pronto esa dulce armonía,
iré muy pronto a verte en , el hermoso cielo.
Tú que viniste a *sonreírme*, Madre,
en la suave mañana de mi vida,

ven otra vez a sonreírme ahora...,
pues ha llegado ya de mi vida la tarde.
No temo el resplandor de tu gloria suprema <16>,
he sufrido contigo,
y ahora quiero
cantar en tus rodillas, Virgen, por qué te amo
¡y repetir por siempre y para siempre
que yo soy hija tuya...!

La pequeña Teresa...

NOTAS P 54 - POR QUE TE AMO, MARÍA

Fecha: mayo de 1897. - *Compuesta* espontáneamente (pero también a petición de sor María del Sagrado Corazón). - *Publicación:* HA 98, treinta y nueve versos corregidos. - *Melodía: La plainte du mousse*.

«Todavía tengo que hacer una cosa antes de morir», le decía Teresa a Celina: *«Siempre he soñado con exponer en un canto a la Santísima Virgen todo lo que pienso sobre ella»* (PA, Roma, p. 268). En este mes de mayo comienza a vislumbrar la posible difusión de sus escritos. Y juzga que sus «pensamientos» sobre María son parte integrante de la *«obra importantísima»* que se está preparando (CA 1.8.2).

Ahora más que nunca, Teresa *«no puede alimentarse más que de la verdad»* (5.8.4). Necesita *«ver las cosas tal como son»* (CA 21.7.4). Y respecto a la Virgen María, lo único que le interesa es *«su vida real, no su vida supuesta»* (CA 21.8.3*). E instintivamente vuelve su mirada al Evangelio, su única fuente ya de inspiración.: *«Este libro me basta»* (CA 15.5.3 y cf Cta 226). Y nos informa incluso sobre el «método» que ella sigue: *«Me enseña el Evangelio ... y el corazón me dice»* (estr. 15).

Y el *corazón* le hace *«comprender»*, por connaturalidad, el sentido escondido de los hechos y el alcance de los mismos para su vida de hoy y muy pronto también para su eternidad. Estos últimos meses la mirada del corazón se ha ido afinando en ella de mil maneras, pero sobre todo en dos campos muy concretos: el misterio del sufrimiento bajo el crisol de la prueba; la amplitud de las exigencias de la caridad, gracias a luces muy intensas que recibió; y todo ello rodeado de silencio.

Este largo poema hay que acogerlo, ante todo, en actitud de oración: es, en efecto, una especie de himno litúrgico, de doscientos versos alejandrinos, que traducen a la perfección «la objetividad» a la que quiere ceñirse la autora. Pero, no obstante, una emoción contenida recorre estas estrofas que alcanzan momentos de gran altura (estr. 8, 16, 22...). Bellas imágenes vienen a enriquecerlo (3,8-9; 7,6-8...); brotan fórmulas lapidarias (10,5; 16,6, que son como el *Credo* de Teresa; y el famoso 22,3). Lo corona todo una estrofa realmente magnífica.

«La pequeña Teresa» firma estas líneas con mano desfalleciente: humilde y conmovedor punto final a toda su obra poética.

<1> Expresión fuerte que merece tanta más atención cuanto que Teresa, acrisolada por la prueba, *«ya no sabe lo que son las alegrías vivas»* (CA 13.7.17); *«El pensamiento de la felicidad eterna apenas si hace estremecerse a mi corazón»* (Cta 254). Ese verbo [*«Tressaillir» = saltar de gozo, estremecerse*. N. del T.] aparece usado catorce veces en los escritos (Ms A 60vº; Ms B 3rº; Cta 74, 107, 134, 254, 258, 261; y cinco veces en las RP), y además en CA 17.7 y 20.8.4.

<2> Ese parecido en la debilidad es como una constante que tiene el don de emocionar a Teresa; cf, por ejemplo, P 34,11. Sobre el sufrimiento de María, cf 20.8.11.

<3> Esta hermosa imagen del *«humilde y dulce valle»*, lecho del *«océano de amor»* sugiere muy a las claras la plenitud de paz y de sosiego que Dios pide y ofrece a la criatura que acepta recibirlo a él.

<4> Misterio de la *omnipotencia* que se realiza en la *pequeñez* de la criatura: éste es el *«tesoro»* que tienen en común la madre y la hija. Una y otra han recibido *«el tesoro inefable de la virginidad»* (3,4), *«tierra natal de Jesús»* (Cta 122). Las dos tienen en ellas al *«Hijo igual al Padre»* (4,8), una por el misterio único de la Encarnación (estr. 4), la otra por la inhabitación trinitaria (5,2-3, que no remite a P 10,2) y especialmente por la comunión eucarística (5,10-11). Madre e hija acogen en ellas a *«Jesús,* (el) *Cordero»* con idénticas disposiciones.

<5> Como ya ocurría en P 15, también en este poema el *corazón»* ocupa un lugar importante: catorce veces se menciones, y diez de ellas se refiere a María.

<6> Imagen profundamente teresiana, en la que el Magnificat se compara a una rosaleda que *«envuelve en su perfume»* (toda la riqueza de la *rosa* y del *perfume*, en Teresa...).

<7> Tema difícil, que viene tratado con sobriedad. Teresa expresa con bellas imágenes la dolorosa expectación de José y el *«elocuente»* silencio de la Virgen.

<8> *«Esconderse»* (13,9; 16,9; y 15,6 en el original francés), *«buscar»* (14,5 y 7; 15,10): éste es el austero drama que describen todos esos versos consagrados al *«misterio del templo»*. Y la meditación se va haciendo cada vez más profunda, hasta llegar a esa asombrosa proclama de paciencia de la estrofa 16,7-12, cúspide del poema, en que volvemos a encontrar aquel patético despojo de la *Rosa deshojada*.

<9> Estos cuatro versos (1-4) desarrollan la intuición anunciada en 15,9-12: es el propio Jesús quien *quiere* la prueba para los que más ama. Esta certeza, que es una constante en Teresa, aparece afirmada muchas veces en las cartas; cf, entre muchas otras, Cta 190.

<10> Esta alegría en el sufrimiento está ampliamente documentada en esta época de la vida de Teresa: Cf Ms C 7rº; Cta 253; P 31,3; y en las *Ultimas conversaciones*. Podrá comprobarse el progreso realizado desde enero, releyendo P 29, donde la «*alegría»* es aún un acto de fe voluntario, y se diría que no muy alegre... Después de haber alcanzado el punto más alto del abandono (*«Una rosa deshojada*), la encontraremos, en la enfermería, con una naturalidad total y con una alegría sin fisuras ya.

<11> No sólo será la fe lo que se *«apagará»* para ella, como para todo el mundo, en último día, sino también *«la angustia del corazón»*; cf Ms C 5vº. Teresa *«se resigna»* -mejor, acepta- a tener una paciencia ilimitada. Abandono realmente heroico, admirablemente expresado por la imagen de *«la fe»* (esa «*antorcha de la fe»* en el corazón de la noche, Ms C 6rº) que *«se apagará»* cuando amanezca *«el día sin ocaso»* de la visión cara a cara.

<12> La *«colina»* donde se reunirán los *«pecadores»*: una precisión que no encontramos en ninguno de los sinópticos, pero que está acorde con el espíritu del Ms C.

<13> María no se reserva codiciosamente su condición única de *«Madre»* de Jesús. Acepta ser desapropiada de ese título, a la espera de la desapropiación efectiva y real cuando Juan *«reemplace a Jesús»* (24,2).

<14> El velo vuelve a caer sobre la existencia de María. Teresa no menciona el descendimiento de la cruz. *«Ve... mira... oye... escucha»* lo que relata el evangelista, y no va más allá con la imaginación. Omite, pues, los «misterios gloriosos». El propio Jesús se reserva para sí el ser su canto en el cielo (cf estr. 24).

<15> La sonrisa de la Virgen en los Buissonnets, el 13 de mayo de 1883, cf Ms A 30rº. El 8 de julio, cuando baje a la enfermería, encontrará allí, para recibirla, a la Virgen de la Sonrisa: *«Nunca me pareció tan hermosa»* (*Ultimas Conversaciones*, Burgos, Monte Carmelo, 1973, pp. 385s). Una hora antes de morir, volverá a clavar largamente en ella su mirada (*Ib.*, p 335).

<16> El poema vuelve sobre sí mismo, y el lazo se cierra con el verso 7 que responde a la estrofa 1.

A.M.D.G.

[Image]

INTRODUCCIÓN A LAS ORACIONES

Aun cuando Teresa haya compuesto las veintiún oraciones que aquí recogemos, nunca sintió la tentación de rivalizar con la intensa creatividad de su época en este campo. Es más, ella misma confesó que no apreciaba demasiado esta superproducción: «*Fuera del Oficio divino, que* tan indigna *soy de recitar, no me siento con ánimos para sujetarme a buscar en los libros bellas oraciones; me causa dolor de cabeza. ¡Hay tantas...! ¡...Y cada cual más bella...!»* (Ms C 25rº).

Estas líneas, escritas en junio de 1897, dejan traslucir un cierto humor; y sin embargo, está ya muy enferma cuando redacta su último manuscrito. No, Teresa nunca quiso componer «*bellas»* oraciones. Se ha vuelto demasiado sencilla, demasiado niña, demasiado «*pequeña»* desde que ha entrado por el camino de la confianza y del amor. A sus ojos, lo único que cuenta es la verdad. Hay que tener mucho cuidado con la «*moneda falsa»* en materia espiritual (CA 8.7.16). La joven carmelita, siempre tan lúcida, tiene verdadero miedo a la inflación verbal: «*No desprecio los pensamientos profundos, que alimentan al alma y la unen a Dios. Pero hace mucho tiempo ya que he comprendido que no hay que apoyarse en ellos, ni hacer consistir la perfección en recibir abundantes luces. Los pensamientos más hermosos no son nada sin las obras»* (Ms c 19vº).

Ella reza de la manera más sencilla: «*Dios nunca se cansa de escucharme cuando le cuento con toda sencillez mis penas y mis alegrías como si él no las conociese...*» (Ms C 32vº).

Todo lo que brota del corazón y de la pluma de sor Teresa del Niño Jesús tiene esa misma autenticidad interior. La única «definición» que nos dejó manifiesta esa espontaneidad: «*Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural, que me dilata el alma y me une a Jesús*» (Ms C 25rº).

Evidentemente, estas veintiún oraciones no deben hacernos olvidar todas las que se encuentran en sus otros escritos. Así por ejemplo, en los *Manuscritos Autobiográficos* con frecuencia el relato se desliza hacia la oración <1>. En el simple plano literario, Teresa alcanza cotas muy altas cuando se dirige directamente a Jesús. Como ocurre en el Ms B: «*Al escribir, le hablo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos*» (Ms B 1vº). Arrastrada por su impulso interior, tropieza con las limitaciones del lenguaje y lamenta con frecuencia no poder expresar lo que siente: «*¡Cómo me gustaría saber explicar mi pensamiento!*»(Ms A 38 vº). «*A la palabra humana le es imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar...*» (Ms B 1rº). Y cuando llega a los límites de lo inefable, Teresa entra en la oración silenciosa que ya no requiere palabras: «*Muchas veces, sólo el silencio es capaz de expresar mi oración, pero el huésped divino del sagrario lo comprende todo, aun el silencio del alma de una hija que está llena de gratitud...*» (Cta 138; Cta 106).

Se comprende así la importancia de las dos horas diarias de oración en la vida de carmelita de Teresa. Basta leer la parábola del «*pajarillo*» (Ms B 4vº/5 rº) para captar en todo su realismo la actitud de la carmelita, allí quieta «*mirando fijamente a su Sol divino*», sin importarle las nubes ni las tormentas.

Por lo demás, ¿no es altamente revelador que treinta y tres de sus cincuenta y cuatro poesías sean verdaderas oraciones? Las *Recreaciones* están también salpicadas de ellas por todas partes. Y las cartas contienen también invocaciones a Jesús y numerosas citas bíblicas.

Las oraciones de Teresa

Teresa ha dejado veintiún oraciones escritas, de importancia cuantitativa muy dispar, ya que algunas no constan más que de una línea y la más larga tiene setenta y cinco.

Sin usar demasiados artificios, se las podría agrupar según unos criterios de fácil aplicación:

- oraciones espontáneas, escritas en situaciones de angustia o de alegría (Or 1, 14, 15, 16, 17, 19, 21);

- oraciones «pedagógicas», compuestas para una u otra de las novicias (Or 3, 4, 5, 7, 18, 20) y para una persona seglar (Or 10);

- oraciones mayores, en un momento decisivo de la vida de Teresa (profesión, Or 2; Acto de ofrenda, Or 6; oración por un hermano espiritual, Or 8; consagración a la Santa Faz, Or 12).

Estas oraciones van punteando a su manera el caminar de Teresa y ritmando su «*carrera de gigante*» <2>.

La importancia de las mismas no se mide por su extensión. Nada tan conmovedor como esas «oraciones-grito» (Or 1, 11, 19), o jaculatorias como entonces se las llamaba, flechas lanzadas hacia el cielo según los Padres del desierto. Tienen que haber salido de lo más hondo de un corazón angustiado para que Teresa haya querido escribirlas con el fin de poderlas repetir y volver a leer una y otra vez.

La súplica a la Virgen María (Or 1) que le había sonreído «*en la mañana de su vida*» el 13 de marzo de 1883, es sin duda un eco de aquellos dos «*sufrimientos del alma*» (Ms A 30 vº) que padeció todavía durante mucho tiempo después de su curación física.

Trece años más tarde, sumergida en una angustia todavía mayor, la Oración 19 (1897) ilustra un pasaje del Ms C: «*Creo haber hecho más actos de fe de un año a esta parte que en toda mi vida*» <3>. Estas dos líneas escritas en un pobre borrador, y que atestiguan la rudeza del combate, son más elocuentes que mil palabras.

La Oración 11, todavía más breve, escrita en la parte superior de un icono de la Santa Faz de Tours, expresa el intenso deseo de parecerse al Amado que anunciara Isaías 53. En el cara a cara Teresa-Jesús, la carmelita implora la gracia de la semejanza, según los deseos de su maestro san Juan de la Cruz: hacerse semejante al esposo del *Cantar de los Cantares* <4>. Un deseo que aparece expresado de nuevo en la Oración 16: «*Dígnate imprimir en mí tu divina semejanza*».

Menos vibrantes de angustia y de amor impetuoso aparecen las poesías de los años 1893-1894, que se pueden calificar de «pedagógicas» a condición de no pensar que Teresa las escribió únicamente para otros las usaran. Es muy cierto que pretende ayudar a las novicias que le han sido confiadas, pero cuando dice «*nosotras*» se implica también ella por entero. Al ponerse a la cabeza de aquel pequeño rebaño, lo arrastra tras de sí a un esfuerzo ascético de reparación (Or 9), sobre todo de las blasfemias (Or 4); les enseña a mantener los ojos bajos en el refectorio (Or 3), a adiestrarse en las oraciones y en los sacrificios (Or 5), a «*hacer el examen de la noche*» (Or 7), a alcanzar la humildad (Or 20).

No es, sin duda, una simple coincidencia el que las Oraciones 11 a 16 (año 1896 y principios del 1897) estén centradas en la contemplación de la Santa Faz. A partir del 10 de enero de 1889 (fecha de su toma de hábito), sor Teresa del Niño Jesús había completado su nombre con la advocación «*(y) de la Santa Faz*». Con mucha frecuencia había meditado en misterioso Siervo del Segundo Isaías. Y esta fascinación por «*la Faz adorable de Jesús*» nunca se extinguió en ella.El cántico del 12 de agosto de 1895 es una clara prueba de que esta contemplación persistía:

Tu Faz es mi sola patria...
En ella, escondida siempre,
a ti me pareceré... <5>.

La brusca entrada en la noche, en Pascua de 1896, reavivó la atracción por esta «*Faz querida*» y «*velada*». Ahí tiene su origen, el 6 de agosto de ese año, fiesta de la Transfiguración, la consagración a la Santa Faz (Or 12), cuya importancia no ha sido quizás suficientemente subrayada por los estudiosos de Teresa. Basta ver el original para observar con qué cuidado quiso ella solemnizarlo. Nótese la fuerte inspiración apostólica (*»nos hacen falta almas...»*), que coincide en este período con la ampliación de su deseo misionero.

Este había sufrido un fuerte impulso algunos meses antes debido a un acontecimiento imprevisto que la afectó profundamente: la madre Inés de Jesús le encomendó un seminarista, el abate Bellière, para que lo ayudase espiritualmente (Ms C 32rº). Una vez más uno de sus deseos más queridos -tener un hermano sacerdote- acaba de cumplirse de manera inesperada. E inmediatamente redacta para él un oración apostólica, que es también, en cierto modo, un acto de ofrenda, ya que por ese futuro misionero Teresa «*ofrece feliz* todas *las* oraciones *y* todos *los* sacrificios» de que pueda disponer (Or 8).

El 24 de febrero de 1897, le pedirá que haga «*todos los días*» esta oración por ella: «*Padre misericordioso, en el nombre de nuestro buen Jesús, de la Virgen María y de los santos, te suplico que abrases a mi hermana en tu Espíritu de amor y que le concedas la gracia de hacerte amar mucho*» <6>.

La estampa de la Santa Faz que Teresa confeccionó para su breviario (Or 15 y 16), paralela a la del Niño Jesús (Or 13 y 14), pone bien de manifiesto ese deseo acentuado de semejanza, de identificación con el Cristo niño y sufriente. El 7 de junio de 1897, posará, aunque ya muy agotada, ante la cámara fotográfica de Celina <7>, para dejar un testamento visual en dos retratos; y su nombre resumirá su vocación y su *misión*»: «*Yo soy Jesús de Teresa*», dice el Niño Jesús levantando un dedo hacia el cielo. «*Yo soy Jesús de Teresa*», susurra la Santa Faz con sus ojos bajos. «*Yo soy Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz*», responde en un eco la que pronto va a entrar en su pasión siguiendo a Jesús en Getsemaní.

Las oraciones inspiradas en Juana de Arco (Or 17) -aún no canonizada-, en san Sebastián y en los santos Inocentes (Or 18) expresan la lucha de Teresa que a finales de 1896 y comienzos de 1897 ha entrado en una fase aguda: lucha contra la enfermedad, algunos de cuyos síntomas pueden anunciar un final cercano. Al derramar también ella «*la sangre de* (su) *corazón*», quiere animar a su hermana Celina que está manteniendo también un duro combate por seguir su vocación al Carmelo (Or 17).

Y ya en la enfermería, y en el límite de sus fuerzas, Teresa redacta otra oración pedagógica para sor Marta, que cumplirá treinta y dos años en la festividad de Nuestra Señora del Carmen, «*para obtener la humildad*» (Or 20). Esta meditación sobre los «*anonadamientos*» de Jesús y sobre su propia debilidad, y el recurso a la Misericordia divina son otras tantas realidades que la enferma está viviendo. Pronto, en plena agonía, se atreverá a pronunciar esta frase audaz: «*Sí, he comprendido la humildad de corazón... Me parece que soy humilde...*» (CA 30.9).

Tres semanas antes había escrito dificultosamente su último autógrafo, una oración dirigida a María en la fiesta de la Natividad, séptimo aniversario de su profesión <8>.

Jalonando este recorrido, emergen dos oraciones espontáneas, cual dos montañas de altura sin igual desde las que se dominan alturas y colinas: el billete de su profesión del 8 de septiembre de 1890 y el Acto de ofrenda del 9 de junio de 1895.

El primero, de grafía dolorida, expresa «a la vez el miedo de una niña y la audacia de un guerrero» <9>. El nombre de Jesús -a quien Teresa tutea- aparece ocho veces en veintitrés líneas; le suplica que él, y sólo él, lo sea todo para ella y le pide el amor, «*un amor cuyo centro no sea yo, sino tú, Jesús mío*». Ese día, quiere salvar «*muchas almas*».

El segundo texto domina sobre todo el conjuntos de las Oraciones: se trata del célebre «*Ofrenda de mí mismo como víctima de holocausto al Amor misericordioso de Dios*». Las circunstancias históricas que referimos en este volumen confirman la opinión de cuantos, siguiendo a Mons. Combes, ven en esta nueva orientación de la espiritualidad «una de las revoluciones más emocionantes y grandiosas que el Espíritu Santo ha desencadenado en la evolución espiritual de la humanidad» <10>. La madre Inés de Jesús sometió el texto a la aprobación de la Iglesia antes de ofrecerlo a las carmelitas. Teresa lo había propuesto espontáneamente a Celina a algunas otras hermanas. A partir de entonces, ha sido difundido en todo el mundo en millares y millares de ejemplares en todas las lenguas.

Para comprender la Oraciones en todo su valor, es preciso situar cada una de ellas en su ámbito cronológico. Al igual que en el resto de sus escritos, Teresa se comprometió de lleno en estos textos tan variados, cuya verdad radical no puede quedar velada por un lenguaje en ocasiones convencional. Sus oraciones brotaron de la necesidad: una necesidad interior en los once texto espontáneos, y una necesidad de caridad fraterna para ayudar a sus hermanas, a un seminarista, a una mujer casada. En todas y en cada una de esas ocasiones Teresa se expresa con total veracidad.

He aquí, pues, el tesoro que nos ofrece aquella joven carmelita que escribía en su último manuscrito: «*La oración y el sacrificio constituyen toda mi fuerza y son las armas invencibles que Jesús me ha dado. Ellas pueden, mucho mejor que las palabras, mover los corazones. Muchas veces lo he comprobado*» (Ms C 24vº).

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

<1> Ms C 6rº. Cf Ms A 84rº; MS C 3rº, 9vº, 16rº, 34rº/vº, 35rº.

<2> Ms A 44vº, citando el Salmo 18,5.

<3> Entre estos actos patéticos de fe que Teresa hizo durante su prueba, hay que recordar el *Credo* que escribió con su propia sangre (AJ/PA p. 151) y la inscripción grabada en su última celda: «Jesús es mi único amor».

<4> *Cántico Espiritual*, canción 36.

<5> P 12,3.5.

<6> Cta 220. También al P. Roulland le había pedido que rezase esa misma oración (Cta 189, LC 166, 171, 175 y Cta 201). En Cta 221 (19/3/1897) modifica la fórmula.

<7> VTV, nn. 41, 42, 43.

<8> 9/9/1890, fecha de la composición de Or 2.

<9> Mss II, p. 53.

<10> *Introduction à la spiritualité de Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus*, Vrin, 1948, 2ª edición, p. 184.

Or 1 Querida Virgen Santísima

Querida Virgen Santísima, haz que tu Teresita ya nunca más se atormente.

NOTAS Or 1 - QUERIDA VIRGEN SANTÍSIMA

Documento: autógrafo. - *Fecha:* junio (?) 1894. - *Publicación: Prières* (1988).

Dos líneas a tinta, de la mano de Teresa, a continuación de una poesía copiada por sor Inés de Jesús para el 21 de junio, fiesta de la madre María de Gonzaga, después de la primera comunión de Teresa (8 de mayo de 1884, a la

que hace alusión). Sería, pues, en torno al 21 de junio cuando Teresa (de once años) escribió esta plegaria. La caligrafía es sin duda alguna la de 1884.

¿Qué sufrimiento *«atormentaba»* en esas fechas a la niña Teresa que justificase este grito dirigido a María? El primer Manuscrito puede ofrecernos la respuesta: *«... la Santísima Virgen permitió este tormento para bien de mi alma»* (Ms A 31rº). Recordemos los hechos: el 13 de mayo de 1883, Teresa se cura de una enfermedad nerviosa gracias a la sonrisa de la Santísima Virgen. En un primer momento quiere guardar el secreto. Pero María, su hermana mayor, lo descubre y se lo cuenta a las carmelitas. La niña empieza a dudar y cree *«haber mentido»*. Le han robado su *«felicidad»*. Ya no siente más que *«humillación»* y un *«profundo horror»* (*ibid.*). Su sufrimiento dura, pues, desde hace un año cuando Teresa conjura aquí a la Virgen que la libre de él. Y, en efecto, disfrutará de un período de calma *«durante casi un año»*, 1884-1885 (cf Ms A 32vº). Pero la liberación definitiva no tendrá lugar hasta el 4 de noviembre de 1887, en Nuestra Señora de las Victorias; ese día, *«la Santísima Virgen me hizo sentir que había sido realmente ella quien me había sonreído»* (Ms A 56vº). *«Querida Virgen Santísima»*: Teresa volverá a lanzar esa misma exclamación en su lecho de muerte (CA 30.9.6).

Or 2 [Billete de su Profesión]

8 de septiembre de 1890

¡Oh Jesús, divino esposo mío <1>!, que nunca pierda yo la segunda vestidura de mi bautismo <2>. Llévame antes de que cometa la más leve falta voluntaria. Que nunca busque yo, y que nunca encuentre, cosa alguna fuera de ti; que las criaturas no sean nada para mí y que yo no sea nada para ellas, sino que tú, Jesús ¡lo seas *todo* <3>...! Que las cosas de la tierra no lleguen nunca a turbar mi alma, y que nada turbe mi paz. Jesús, no te pido más que la paz, y también el amor, un amor infinito y sin más límites que tú mismo, un amor cuyo centro no sea yo sino tú <4>, Jesús mío. Jesús, que yo muera mártir <5> por ti, con el martirio del corazón o con el del cuerpo, o mejor con los dos... Concédeme cumplir mis votos con toda perfección, y hazme comprender cómo debe ser una esposa tuya. Haz que nunca sea yo una carga para la comunidad, sino que nadie se ocupe de mí, que me vea pisada y olvidada <6> como un granito de arena tuyo, Jesús.

Que se cumpla en mí perfectamente tu voluntad, y que yo llegue al lugar que tú has ido por delante a prepararme...

Jesús, haz que yo salve muchas almas, que hoy no se condene ni una sola y que todas las almas del purgatorio alcancen la salvación <8>... Jesús, perdóname si digo cosas que no debiera decir, sólo quiero alegrarte< 9> y consolarte.

NOTAS Or 2 - BILLETE DE SU PROFESIÓN

Documento: autógrafo. - *Fecha:* para el 8 de noviembre de 1890. - *Publicación:* HA 98, pp. 127s (retocada) y *Manuscrits autobiographiques*, 1957.

Sobre las disposiciones interiores de Teresa en el momento de su profesión, cf Ms A 75rº/77vº y las que cartas que escribió durante los ejercicios espirituales de diez días previos a la misma (Cta 110-117). Al escribir este billete, Teresa hace suya una tradición del Carmelo. Era costumbre en aquel tiempo que la novicia en la toma de hábito -o la profesa el día de su profesión- llevase sobre su pecho un billete de esa índole, en el que pedía para sí y para sus amigos las gracias que deseaba alcanzar. Una tradición aseguraba que todas las peticiones que se hacían en el momento de la postración solemne, con los brazos en cruz, sobre la alfombra de buriel, serían escuchadas.

<1> La profesión consagra a Teresa como «esposa» de Jesús. Este tema recurre a menudo bajo su pluma, especialmente en la correspondencia con Celina.

<2> Una larga tradición espiritual ve en la profesión religiosa un «segundo bautismo», que devuelve al alma su *«vestidura de inocencia»* (Or 5); cf Cta 114 y Ms a 70 rº.

<3> Eco, sin duda, de la *Imitación de Cristo*, pero también de san Juan de la Cruz de quien Teresa se fue impregnando a lo largo de todo el año 1890 (cf Ms A 83rº).

<4> Bajo un vocabulario muy sencillo, Teresa pide en realidad la «transformación de amor» por la que el Amado y el alma «el uno da posesión de sí al otro y cada uno se deja y trueca por el otro» (*Cántico Espiritual, B*, canc. 12, 7).

<5> Uno de los profundos deseos de Teresa desde su misma infancia; cf Ms B 3rº. En 1896 afirmará que esos *«deseos de martirio no son nada»* (Cta 197). Sin embargo, sufrirá el *«martirio del cuerpo»* por la enfermedad, y el *«martirio del corazón»* de múltiples maneras (cf Cta 167 y 213).

<6> La constante aspiración de Teresa; cf Cta 95, 103, 176; Ms A 71rº; P 15,7; etc.

<7> Uno de símbolos preferidos de Teresa desde marzo de 1888; cf Cta 45 y 111. Pero después de su profesión sólo volverá a aparecer en junio de 1897 (Ms C 2vº).

<8> Ya en su toma de hábito expresaba Teresa este mismo deseo (Cta 74). En el examen canónico, el 2 de septiembre de 1890, insiste en la orientación apostólica de su vocación: *«salvar almas»* (Ms A 69vº). Y hasta en la enfermería conservará Teresa el preocupación por las *«almas del purgatorio»*; CA 18.5.2; 6.8.4; 11.9.5, etc. En fecha desconocida, había hecho el «acto heroico» (o renuncia a sus méritos) en favor de esas almas (cf PA, pp. 178 y 286s).

<9> Ser la alegría de Jesús, agradarle, hacerle feliz, consolarle: ése es el último resorte de toda la existencia de Teresa.

Or 3 Miradas de amor a Jesús

Jesús, tus humildes esposas hacen el propósito de mantener los ojos bajos en el refectorio, a fin de honrar y de imitar el ejemplo que tú les diste en el palacio de Herodes <1>. Cuando ese príncipe impío se burlaba de ti, Hermosura infinita, ni una sola queja salió de tus divinos labios, ni siquiera te dignaste posar en él tus ojos adorables. Ciertamente, divino Jesús, Herodes no merecía que lo miraras; pero nosotras, que somos tus esposas, deseamos atraer sobre nosotras tu mirada divina; te pedimos que nos recompenses con una *mirada* de amor <2> cada vez que nos privemos de levantar los ojos; y te pedimos también que no nos niegues tampoco tu dulce *mirada* cuando caigamos, pues no llevaremos cuenta <3> de nuestros fallos <4>. Formaremos un ramillete que tú, así lo esperamos, no vas a rechazar. En esas flores verás nuestro deseo de amarte, de parecernos a ti, y bendecirás a tus pobres hijas.

¡Jesús, *míranos* con amor y danos tu dulce beso! Amén.

NOTAS Or 3 - MIRADAS DE AMOR A JESÚS

Doc.: CE II, 181 rº/vº. - *Fecha:* julio (?) de 1893. - *Compuesta para:* sí misma y para sor Marta de Jesús. - *Publ.:* HA 14, p. 267 (retocada); HA 53, p. 256.

Teresa compuso esta oración, probablemente en julio de 1893, para sor Marta de Jesús y para sí misma. Habían hecho la profesión en septiembre de 1890 y continuaban el noviciado bajo la dirección de la madre María de Gonzaga. En el Carmelo, con el fin de conservar el espíritu de soledad, incluso durante las comidas en comunidad, se recomendaba a las carmelitas que tuvieran siempre los ojos bajos. Teresa se somete a esta práctica ascética: ella vive en presencia de una persona, Jesús; por amor a él no desperdiciará *«ni una sola mirada»* (cf Ms B 4rº). Así se explica su exigencia sobre este punto, y no sólo respecto a sor Marta sino respecto a todas las novicias.

<1> Lucas sólo habla del silencio de Jesús, pero para Teresa Cristo en la Pasión se identifica con la Santa Faz, con los *«ojos bajos»* (Cta 110, Cta 87; CA 5.8.7).

<2> El tema de la *«mirada de amor»* es eminentemente teresiano, y probablemente lo tomó de san Juan de la Cruz. Esta mirada recíproca entre Jesús y el alma *«esposa»* es para Teresa como el símbolo de la vida contemplativa.

<3> A Teresa le repugna por temperamento eso de *«llevar las cuentas»*. Si en julio de 1893 coge un *«rosario de prácticas»*, lo hace «*por caridad»* con sor Marta (Cta 144); y reconoce que, en esa época, esa ascesis le es *«de gran utilidad»*.

<4> *«... nuestros fallos»*: el rasgo genial de esta oración de apariencia tan modesta, y ahí está una vez más el secreto de esa inversión teresiana que dinamizará el «caminito». Cf *Prières*, p. 66.

Or 4 Homenaje a la Santísima Trinidad

Aquí estamos, Dios mío, postradas ante ti. Venimos a implorar la gracia de trabajar por tu gloria.

Las blasfemias de los pecadores resuenan dolorosamente en nuestros oídos. Y para consolarte y reparar las injurias que te hacen sufrir las almas redimidas por ti, ¡oh adorable Trinidad!, queremos formar un *concierto* con todos los pequeños sacrificios que vamos a hacer por tu amor. Durante quince días, te ofreceremos el canto de los pajarillos <1> del cielo, que no cesan de alabarte y de reprochar a los hombres su ingratitud. Te ofrecemos también, Dios mío, la melodía de los instrumentos musicales, y esperamos que nuestra alma merezca ser una lira armoniosa que tú hagas vibrar para consolarte de la indiferencia de tantas almas que no piensan en ti. Queremos también, durante ocho días, atesorar *diamantes* y piedras preciosas que reparen el ansia de los pobres mortales por correr tras las riquezas pasajeras sin pensar en las eternas. ¡Dios mío!, concédenos la gracia de ser nosotras más diligentes en la búsqueda de los sacrificios, que las almas que no te aman en correr tras los bienes de la tierra <2>.

Por último, durante ocho días, tus hijas recogerán el *perfume* de las flores, deseando reparar así las indelicadezas que te hacen sufrir las almas sacerdotales y religiosas <3>. ¡Oh, bienaventurada Trinidad!, concédenos la gracia de ser fieles y la de poseerte cuando termine el destierro de esta vida... Amén.

NOTAS Or 4 - HOMENAJE A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Doc.: CE II, 180vº/181rº. - *Fecha:* febrero de 1894. - *Compuesta para:* sí misma y sor Marta de Jesús. - *Publ.:* HA 53, p. 255s.

Para situar esta oración de reparación, es importante encuadrarla en la gran corriente reparadora que se desarrolló en el siglo XIX, todavía bajo la fuerte impresión de las violencias antirreligiosas de la Revolución francesa. Y lo primero que tenemos que decir es que este texto, aparte su dedicatoria a la Santísima Trinidad, no tiene nada en común con las fórmulas que corrían entre manos en aquella época. En 1885, Teresa adolescente se afilió a la Archicofradía Reparadora de Saint-Dizier (1847) y a la Cofradía de la Santa Faz de Tours (1876). Es conocido el importante papel que jugaron M. Dupont, «el santo hombre de Tours», y sor María de San Pedro en la difusión y el desarrollo del movimiento reparador. Las apariciones de la Salette (19 de septiembre de 1846) vendrían a fortalecer todavía más ese movimiento. Teresa conoció sin duda el *Association de prières contre la blasphème, les imprecations et la profanation des jours de dimenche et de fête*. Estas corrientes de piedad, muchas veces explotadas sin discreción con un trasfondo apocalíptico, propiciaron la multiplicación de *«víctimas de la justicia de Dios»* (Ms A 84rº). Cf Or **6.**

<1> En dos semanas, el *«Número total de melodías cantadas por los pájaros»* (es decir, los sacrificios de Teresa y de Marta anotados en una hoja) es de 208; esa misma cuenta para los *«instrumentos musicales»*, las *«piedras preciosas»* y *«el perfume de las flores»*.

<2> Probable alusión al trabajo en domingo, profanación deplorada por la Virgen de la Salette.

<3> Cf Cta 261, donde las *«indelicadezas»* son la manera de actuar de los *«amigos»* de Jesús; las *«almas sacerdotales y religiosas»* son una de las grandes preocupaciones en la oración de Teresa; cf Ms A 69vº.

Or 5 «Flores místicas»

Cubierta: ¡Magdalena! ¡Mi queridísma esposa!
Yo soy todo tuyo y tú eres mía para siempre.

Página del título:

1rºFlores Místicas <1> destinadas a formar una Cesta de Bodas.
Se oyó una voz: «Que llega el Esposo, salid a recibirlo...» (Evangelio)

Aspiraciones <2>:

(Para el texto completo de las páginas, cf *Prières* p. 73. Omitimos aquí el enunciado del día y la palabra «*Aspiraciones»* que se repite dieciséis veces.)

2rº**Rosas blancas**.

¡Jesús, purifica mi alma para se haga digna de ser tu esposa!

2vº**Margaritas**.

¡Jesús, concédeme la gracia de realizar todos mis actos sólo por complacerte a ti!

3rº**Violetas blancas**.

¡Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo!

3vº**Lirio de los valles**.

Santa Teresa, Madre mía, enséñame a salvar almas, para que pueda ser una verdadera carmelita <3>.

4rº**Agavanzo**.

Jesús, a ti sólo sirvo <4> cuando sirvo a mis Madre y a mis hermanas.

4vº**Flores de te**.

Jesús, María y José, concededme la gracia de hacer unos buenos ejercicios espirituales y preparad mi alma para el hermoso día de mi profesión.

5rº**Campanillas blancas**.

Santa María Magdalena, obténme la gracia de que mi vida no sea más que un acto de amor.

5vº**Madreselva**.

Jesús, enséñame a renunciar siempre a mí misma para agradar a mis hermanas.

6rº**Vincapervincas blancas**.

Dios mío, yo te amo con todo el corazón.

6vº**Peonías blancas**.

Dios mío, mira el Rostro de Jesús y convierte en elegidos a los pobres pecadores <5>.

7rº**Jazmín**.

Jesús, no quiero probar ninguna alegría fuera de ti.

7vº**Miosotis blancas**.

Santo ángel de mi guarda, cúbreme siempre con tus alas, para que nunca tenga la desgracia de ofender a Jesús.

8rº**Reina de los prados**.

María, Madre mía querida, concédeme la gracia de no empañar nunca la vestidura de inocencia que me vas a dar el día de mi profesión.

8vº**Verbenas blancas**.

Dios mío, creo en ti, espero en ti, y te amo con todo el corazón.

9rº**Lirios blancos**.

Dios mío, te doy gracias por todas las gracias que me has concedido durante estos ejercicios.

9vºHa llegado el Gran Día <6>.

Flor de lis.

¡¡¡Mi Jesús amado, tú eres ya todo mío y yo soy ya para siempre tu humilde esposa...!!!

NOTAS Or 5 - FLORES MÍSTICAS

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* para el 20 de noviembre de 1894. - *Compuesta para:* sor María Magdalena. - *Publ.: Prières* (1988).

En el cuaderno (de 10/8'3 cms), conservado en un sobre, la madre Inés escribió: «Cuadernillo escrito por sor Teresa del Niño Jesús para preparar a sor maría Magdalena para la profesión». María Magdalena, primera profesa de la madre Inés y muy apegada a ella, huye de Teresa, que es muy perspicaz para con ella. Obligada a usar una gran discreción con una compañera tan desconfiada, Teresa le propone un florilegio de oraciones de lo más modesto. En él sigue exactamente el esquema que en 1884 preparó sor Inés para la primera comunión de Teresa. Señalemos por último que en 1910 sor María Magdalena tenía aún «este cuadernito en su celda» (PA, p. 591).

<1> Adjetivo raro en Teresa: Ms A 79rº; P 36,7; y aquí.

<2> Algunas llevan el sello de Teresa, pero el conjunto es convencional.

<3> Cf «*Una carmelita que no fuese apóstol dejaría de ser hija de la seráfica santa Teresa*» (Cta 198).

<4> Delicada alusión a la condición de hermana conversa de María Magdalena.

<5> Según una tradición oral, transmitida por sor Genoveva, durante la elevación de la hostia en la Misa, Teresa decía y hacía decir a las novicias: *«Padre santo, mira el Rostro de Jesús y convierte en elegidos a todos los pecadores»*. Sabemos también que, en la elevación del cáliz, Teresa decía: *«Sangre divina de Jesús, riega nuestra tierra y haz que germinen los elegidos»*, inspirándose para esto en sor María de San Pedro.

<6> La misma expresión en Ms A 25rº, para la primera comunión de Celina.

Or 6 Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso

J.M.J.T.

Ofrenda de mí misma
como víctima de holocausto
al amor misericordioso de Dios <1>

¡Oh Dios mío, Trinidad santa!, yo quiero amarte y hacerte amar <1>, y trabajar por la glorificación de la santa Iglesia salvando a las almas que están en la tierra y liberando a las que sufren en el purgatorio. Deseo cumplir perfectamente tu voluntad y alcanzar el grado de gloria que Tú me has preparado en tu reino. En una palabra, quiero ser santa. Pero siento mi impotencia, y te pido, Dios mío, que Tú mismo seas mi santidad <3>.

Ya que me has amado <4> hasta darme a tu Hijo único para que fuese mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de su méritos son míos; te los ofrezco gustosa, y te suplico que no me mires sino a través de la Faz de Jesús y en su Corazón abrasado de amor <5>.

Te ofrezco también todos los méritos de los santos (de los que están en el cielo y de los que están en la tierra), sus actos de amor y los de los santos ángeles. Y por último, te ofrezco, ¡oh santa Trinidad!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; a ella le confío mi ofrenda <6>, pidiéndole que te la presente. Su divino Hijo, mi Esposo amadísimo, en los días de su vida mortal nos dijo: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá». Por eso estoy segura de que escucharás mis deseos. Lo sé, Dios mío, cuanto más quieres dar, tanto más haces desear <7>. Siento en mi corazón deseos inmensos <8>, y te pido confiadamente que vengas a tomar posesión de mi alma. ¡Ay!, no puedo recibir la sagrada Comunión con la frecuencia que deseo,pero, Señor, ¿no eres Tú todopoderoso...? Quédate en mí como en el sagrario, no te alejes nunca de tu pequeña hostia <9>...

Quisiera consolarte de la ingratitud de los malos, y te suplico que me quites la libertad de desagradarte <10>. Y si por debilidad caigo alguna vez, que tu mirada divina purifique <11> enseguida mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego, que todo lo transforma en sí...

Te doy gracias, Dios mío, por todos los beneficios que me has concedido, y en especial por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento <12>. En el último día te contemplaré llena de gozo llevando el cetro de la Cruz. Ya que te has dignado darme como lote esta cruz tan preciosa, espero parecerme a ti en el cielo y ver brillar en mi cuerpo glorificados los sagrados estigmas de tu Pasión...

Después del destierro de la tierra, espero ir a gozar de ti en la Patria, pero no quiero acumular méritos para el cielo <13>, quiero trabajar sólo por tu amor, con el único fin de agradarte, de consolar a tu Sagrado Corazón y de salvar almas que te amen eternamente.

En la tarde de esta vida <14>, compareceré delante de ti con las manos vacías <15>, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas <16> a tus ojos. Por eso yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo. No quiero otro trono ni otra corona que Tú mismo, Amado mío...

A tus ojos, el tiempo no es nada, y un solo día es como mil años. Tú puedes, pues, prepararme en un instante para comparecer delante de ti...

A fin <17> de vivir en un acto de perfecto amor <18>, yo me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor misericordioso, y te suplico que me consumas sin cesar <19>, haciendo que se desborden sobre mi alma las olas de ternura infinita que se encierran en ti, y que de esa manera llegue yo a ser mártir de tu amor, Dios mío...

Que ese martirio, después de haberme preparado para comparecer delante de ti, me haga por fin morir <20>, y que mi alma se lance sin demora <21> al eterno abrazo <22> de tu Amor misericordioso...

Quiero, Amado mío, renovarte esta ofrenda <23> con cada latido de mi corazón y un número infinito de veces, hasta que las sombras se desvanezcan y pueda yo decirte mi amor en un cara a cara eterno...

María Francisca Teresa del Niño Jesús
y de la Santa Faz
rel. carm. ind.

Fiesta de la Santísima Trinidad
El 9 de junio del año de gracia 1895.

NOTAS Or 6 - ACTO DE OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* 9 de junio de 1895. - *Publ.:* HA 98, pp. 257-259.

En los Archivos del Carmelo de Lisieux existe una primera versión de esta Acto de Ofrenda, escrito por mano de Teresa los días 9-11 de junio de 1895. Este texto ha sido reproducido en facsímil en las «Pièces jointes» de la edición fotocopiada de los *Manuscritos autobiográficos*, 1956. En ella hay algunas ligeras divergencias con la versión definitiva, que es la que ofrecemos aquí. Esta fue redactada por Teresa para la madre Inés a finales de 1896 o principios de 1897, y luego fue ampliamente difundida y aprobada por la Iglesia. Para un estudio detallado de los documentos, ver *Prières* 1988, pp. 77s.

En cuanto a lo esencial, la ofrenda de Teresa fue escrita sin seguir ninguna fórmula, con pocas palabras, durante la misa del 9 de junio de 1895, fiesta de la Santísima Trinidad. Pero ya desde el principio Teresa piensa en comunicar esta consagración, y antes que a nadie a su hermana Celina. De ahí la necesidad de un texto escrito, que pudiera además ser sometido a la aprobación de los superiores. Escuchemos el testimonio de sor Genoveva: «Al salir de esta Misa, me arrastró tras de sí en busca de nuestra Madre. Parecía estar como fuera de sí, y no me hablaba. Por fin encontramos a nuestra Madre [Inés de Jesús] y le pidió permiso para ofrecerse conmigo como víctima al Amor misericordioso. Le dio una breve explicación. Nuestra Madre tenía prisa, no pareció comprender demasiado bien de lo que se trataba, y dio permiso para todo, tanta confianza tenía en la discreción de sor Teresa del Niño Jesús» (PO,

p. 281). El martes 11 de junio, las dos hermanas se vuelven a encontrar, de rodillas ante la estatua de la Virgen de la Sonrisa para ofrecerse «las dos juntas».

A finales de 1895, Teresa vuelve a hablar, en el Manuscrito A (84rº/vº) sobre la iluminación del 9 de junio: *«Pensaba,* escribe*, en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios a fin de desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables»* (84 rº). Podríamos preguntarnos si, el 9 de junio de 1895, Teresa no piensa más en concreto en sor María de Jesús, carmelita de Luçon, cuya circular acaba de llegar a Lisieux precisamente el 8 de junio. Esta hermana «se ofreció muchas veces como víctima a la justicia divina», decía la circular. Su agonía, el Viernes Santo de 1885, fue terrible. La moribunda dejaba escapar este grito de angustia: «Sufro los rigores de la justicia divina... ¡la justicia divina...! ¡la justicia divina...!» Y también: «No tengo suficientes méritos, y tengo que adquirirlos». El relato es realmente impresionante, y pudo muy bien impresionar a las oyentes (cf *Prières*, p. 84).

<1> A propósito de este título de Teresa, haremos tres observaciones: La palabra *«ofrenda»* figura en la agenda de sus fechas importantes: *«Ofrenda de mí misma al Amor»* (Ms A 86rº); en la enfermería: *«mi ofrenda al Amor»* (CA 29.7.9); *mi ofrenda»* (8.8.2). - La palabra *«holocausto»* significa «totalmente consumido por el fuego». En el Antiguo Testamento, la víctima de holocausto ofrecida en sacrificio era quemada totalmente en honor de Dios. Cf Ex 29. - Y finalmente, la expresión *«Amor misericordioso»* aparece aquí por primera vez como tal en los Escritos.

<2> Esta fórmula se repite con frecuencia en las cartas. Por ejemplo, en febrero de 1897 Teresa escribirá: *«En el cielo desearé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar»* (Cta 220).

<3> Nos encontramos aquí con la dinámica fundamental del «caminito»: deseo incoercible, constatación de imposibilidad, resurgir de la esperanza; compárese con Ms A 32rº y Ms C 2vº.

<4> Después de haber invocado a la Trinidad, Teresa se dirige ahora al Padre; más adelante le hablará a Jesús (*«la sagrada comunión, el cetro de la Cruz»*).

<5> *«Y en su Corazón abrasado de amor»*: estas palabras faltaban en la primera redacción y fueron añadidas a petición sor María del Sagrado Corazón (al igual que, más adelante, la expresión *«consolar a tu Sagrado Corazón»*). En realidad, ese 9 de junio, Teresa tiene los ojos muy puestos en el *«Corazón»* de Jesús: *«¡Oh Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón?»* (Ms A 84rº).

<6> El Acto de Ofrenda será leído a los pies de la estatua de María, gesto éste que expresa una realidad constante en la vida de Teresa que lo ofrece todo a Dios por las manos de María.

<7> Sobre esta cita de san Juan de la Cruz, véase Ms C 31rº, n. 150.

<8> Según el deseo de Teresa, la madre Inés hizo revisar por un teólogo el texto del Acto de Ofrenda, ya en 1895. Después de examinarlo, el P. Armando Lemmonier lo sometió al juicio de su superior (y homónimo), quien hizo cambiar la expresión *«deseos infinitos»* por *«deseos inmensos»*. Teresa obedeció, aunque ya había hablado de *«deseos infinitos»* en Cta 107 y RP 2; véase también la petición de un *«amor infinito»* en Or 2. Teológicamente, Teresa tenía razón: ella no reduce a Dios a la medida del hombre (ni a su pecado ni a sus deseos), sino que ajusta al hombre a la medida de Dios, abriéndolo al infinito (cf Tomás de Aquino y Catalina de Sena).

<9> Por más que la madre Inés de Jesús y sor María de la Trinidad hayan visto en esta expresión la petición de un milagro (la conservación de la presencia real en Teresa bajo la forma de las sagradas especies), parece que la perspectiva de Teresa era muy otra. Lo que pide en realidad que tome «posesión» de ella Aquel que si transforma el pan en su Cuerpo lo hace únicamente para transformar en Sí mismo al que comulga. Cf *Prières*, pp. 95s.

<10> Compárese con el relato de la primera comunión (Ms A 35rº).

<11> Teresa pudo leer esta idea en varios pasajes del *Cántico Espiritual*, por ejemplo: «el mirar de Dios aquí es amar» (*Cántico Espiritual, B*, canc. 32,3); ver también, del mismo san Juan de la Cruz, *Glosa a lo divino*).

<12> La acción de gracias por toda su vida pasada es también el hilo conductor de todo el Ms A. En la primavera de 1895, Teresa da gracias *«en especial»* por la *«inexpresable gracia / de haber sufrido»* (PN 16,1). No pide que se repita, pero tampoco lo rehúsa. Sobre las reacciones de sor María del Sagrado Corazón y de sor Genoveva, cf *Prières*, p. 99.

<13> Teresa, santa del momento presente y de la pobreza espiritual, no hace reservas de ninguna clase: ni deudas que expiar en el purgatorio, ni méritos para hacer valer como derecho a recompensa. Teresa no niega que tenga méritos (Ms C 33rº/vº), pero se niega a atesorar. Y, sobre todo, de lo que se trata aquí, lo mismo que en toda la ofrenda, es menos de dar que de recibir gratuitamente.

<14> Cf la *máxima* de san Juan de la Cruz citada por Teresa en Cta 188: «A la tarde te examinarán en el amor».

<15> Teresa, pues, se distancia incluso de santa Teresa de Avila, que escribía: «Cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio» (*Vida*, 21,5). Cf CONRAD DE MEESTER, *Las manos vacías. El mensaje de Teresa de Lisieux*. Burgos, Monte Carmelo, 1977.

<16> Es ésta una de las fórmulas estereotipadas con que terminaban muchas de las circulares de las carmelitas en aquella época.

<17> Desde 1923, la Iglesia ha aplicado indulgencias a la recitación de esta última parte del Acto de Ofrenda, para animar a los fieles a hacerlo suyo.

<18> En la enfermería, Teresa subrayará la repercusión de su ofrenda hasta en su actos más sencillos: *«Todo lo que hago, los gestos, las miradas, todo, desde mi ofrenda, lo hago por amor»* (CA 8.8.2).

<19> Es éste uno de los deseos más constantes en Teresa desde su juventud religiosa; y los repite hasta unas veinticinco veces en sus escritos (cf las referencias en *Prières*, p. 101).

<20> Cf P 10,14 y 15. De la «muerte de amor» habla en muchas ocasiones san Juan de la Cruz, de quien se ha impregnado Teresa. Cf CA 27.7.5 y 31.8.9.

<21> Alusión probable al purgatorio. Cf Ms A 84vº.

<22> Teresa ha encontrado con frecuencia esta expresión nupcial del «abrazo» en el *Cántico Espiritual* a propósito del matrimonio espiritual del alma con Dios.

<23> Cf CA 27.7.9.

Or 7 [Oración a Jesús en el sagrario]

Jesús +

16 de julio de 1895

¡Oh Dios escondido en la prisión del sagrario!, todas las noches vengo feliz a tu lado para darte gracias por todos los beneficios que me has concedido y para pedirte perdón por las faltas que he cometido en esta jornada, que acaba de pasar como un sueño...

¡Qué feliz sería, Jesús, si hubiese sido enteramente fiel! Pero, ¡ay!, muchas veces por la noche estoy triste porque veo que hubiera podido responder mejor a tus gracias... Si hubiese estado más unida a ti, si hubiera sido más caritativa con mis hermanas, más humilde y más mortificada, me costaría menos hablar contigo en la oración <1>.

Sin embargo, Dios mío, lejos de desalentarme a la vista de mis miserias, vengo a ti confiada, acordándome de que «no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos». Te pido, pues, que me cures, que me perdones, y yo, Señor, recordaré que «el alma a la que más has perdonado debe amarte también más que las otras...» Te ofrezco todos los latidos de mi corazón como otros tantos actos de amor y de reparación, y los uno a tus méritos infinitos. Y te pido, divino Esposo mío, que seas tú mismo el Reparador <2> de mi alma y que actúes en mí sin hacer caso de mis resistencias; en una palabra, ya no quiero tener más voluntad que la tuya. Y mañana, con la ayuda de tu gracia, volveré a comenzar una vida nueva, cada uno de cuyos instantes será un acto de amor y de renuncia <3>.

Después de haber venido así, cada noche, al pie de tu altar, llegaré por fin a la última noche de mi vida, y entonces comenzará para mí el día sin ocaso de la eternidad, en el que descansaré sobre tu divino Corazón de las luchas del destierro <4>... Amén.

NOTAS Or 7 - ORACIÓN A JESÚS EN EL SAGRARIO

Doc.: CE II, 180rº/vº. - *Fecha:* 16 de julio de 1895. - *Compuesta para:* sor Marta. - *Publ.:* HA 53, p. 261.

Esta oración fue compuesta para sor Marta, a petición suya, para sus treinta años. Como es hermana conversa, su jornada se termina con una visita al Santísimo durante el silencio nocturno que manda la Regla. En esa visita sor Marta hace el examen de conciencia, una práctica con frecuencia poco agradable, sobre todo para un temperamento proclive a la *tristeza* y al *desaliento* (Or 7 y 20).

<1> En los escritos de Teresa no encontramos, hablando con propiedad, un método de oración. Estas líneas son preciosas en extremo, pues precisan la actitud que se ha de guardar fuera de la oración: unión a Dios durante el día, caridad fraterna, renuncia habitual.

<2> Esta es la única vez que utiliza esta palabra. Considerar a Jesús como el único *«Reparador»* del hombre es algo que entronca con la más antigua tradición patrística y monástica.

<3> Palabra muy rara en Teresa (Ms A 33rº y 48rº), aunque esa realidad la vivió de continuo.

<4>Todo este final y no pocas pinceladas de esta oración han de compararse con la poesía *Al Sagrado Corazón* (P 14), que es probablemente de junio de 1895.

Or 8 [Oración para el abate Bellière]

J.M.J.T.

Jesús mío, te doy gracias por haber colmado uno de mis mayores deseos: el de tener un hermano sacerdote y apóstol...

Me siento sumamente indigna de este favor; sin embargo, ya que has querido concederle a tu pobre y humilde esposa la gracia de trabajar de manera especial por la santificación de un alma destinada al sacerdocio, te ofrezco por ella, muy contenta, *todas* <1> las *oraciones* y los sacrificios de que puedo disponer; te pido, Dios mío, que no mires a lo que soy, sino a los que debiera y quisiera ser, es decir una religiosa totalmente abrasada en tu amor <2>.

Tú sabes, Señor, que mi única ambición es hacerte conocer y amar, y ahora mi deseo se va convertir en realidad. Yo no puedo hacer más que orar y sufrir, pero el alma a la que te has dignado unirme con los lazos de la caridad irá a combatir a la llanura para conquistarte corazones, mientras yo, en la montaña del Carmelo, te pediré que le des la victoria.

Divino Jesús, escucha la oración que te dirijo por el que quiere ser tu misionero, guárdale en medio de los peligros del mundo <3>, y hazle sentir cada día más la vanidad y la nada de las cosas pasajeras y la dicha de saber despreciarlas por tu amor. Que su sublime apostolado se ejerza ya desde ahora sobre los que lo rodean, y que sea un apóstol digno de tu Sagrado Corazón <4>...

¡María, dulce Reina del Carmelo!, a ti te confío el alma de este futuro sacerdote cuya indigna hermanita soy. Enséñale ya desde ahora con cuánto amor tocabas tú al divino Niño Jesús y lo envolvías en pañales <5>, para que él pueda un día subir al altar santo y llevar en sus manos al Rey de los cielos.

Te pido también que lo guardes siempre a la sombra de tu manto virginal, hasta el momento feliz en que, dejando este valle de lágrimas <5>, puede contemplar tu esplendor y gozar por toda la eternidad de los frutos de su glorioso apostolado...

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Or 8 - ORACIÓN PARA EL ABATE BELLIÈRE

Doc.: autógrafo. - *Fecha.:* entre el 17 y el 21 de octubre de 1895. - *Compuesto para:* Mauricio Bellière, seminarista. - *Publ.:* HA 53, pp. s.

Teresa compuso esta oración de manera espontánea, dedicándosela a su nuevo hermano espiritual,que le había encomendado la madre Inés en octubre de 1895 (cf Ms C 31vº s). Esta adjuntó la oración de Teresa a su respuesta afirmativa al seminarista.

<1> El subrayado de *«todas»* responde a la petición del seminarista. Para entender adecuadamente el sentido de esta ofrenda exclusiva, véase el relato de Teresa, Ms C 33vº.

<2> Esta es la oración que Teresa pedirá a su hermano que haga por ella, cf Cta 220.

<3> Los del cuartel sobre todo, cuando las «huellas de una vida ligera» aún no se han borrado de la mente del joven, como acaba de escribirlo.

<4> Una devoción predilecta de M. Bellière, que añade tras su firma: «Guardia de Honor del Sagrado Corazón».

<5> Reminiscencia de la oración de Teresa Durnerin, cf Cta 101 y RP 2, nota 25.

<6> Reminiscencia de la *Salve Regina*.

Or 9 [Oración de Celina y de Teresa]

»Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, mi Padre del cielo se lo concederá. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

San Mateo, c. 18, vv. 19-20.

Dios mío, te pedimos que tus dos lirios nunca estén separados en la tierra <1>. Que juntas <2> os consuelen del poco amor que encuentras en este valle de lágrimas, y que por toda la eternidad sus corolas brillen con un mismo resplandor y derramen el mismo perfume cuando se inclinen hacia ti.

Celina y Teresa

Recuerdo de la noche de Navidad de 1895

Or 9 - ORACIÓN DE CELINA Y DE TERESA

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* Navidad de 1895. - *Compuesto para:* sor Genoveva. - *Publ.: Lettres 1948*, p. 305.

Es texto se encuentra al dorso de una estampa con orla de encaje que representa a un Niño Jesús segando lirios; debajo del grabado, este texto impreso: «Dichoso el lirio que llegue sin mancha a la hora de la siega, su blancura brillará eternamente en el paraíso». Bajo dos lirios segados se lee: «Teresa» y «Celina», de mano de sor Genoveva (después del 30/9/1897). Esta estampa iba a ser colocada en la sandalia de la novicia la noche de Navidad. Este gesto tan sencillo quiere subrayar que Teresa está presente y vigilante en su afecto fraternal en medio de las dificultades que sor Genoveva está encontrando para ser admitida a la profesión; cf *Prières*, pp. 110-111.

<1> Recordemos el pensamiento de Teresa a este respecto en Ms A 82rº y CA 16.7.2.

<2> Esta palabra es el centro de la oración, ya que traduce la intimidad de las dos hermanas, especialmente en los últimos ocho años; cf CG, p. 223 y 1364; Ms A 47vº y Ms C 8vº. Para el símbolo de la flor, cf Cta 134.

Or 10 [Ofrenda del día]

Dios mío, te ofrezco todas las acciones que hoy realice por las intenciones <1> del Sagrado Corazón y para su gloria. Quiero santificar los latidos de mi corazón, mis pensamiento y mis obras más sencillas uniéndolo todo a sus méritos infinitos, y reparar mis faltas arrojándolas al horno ardiente de su amor misericordioso <2>.

Dios mío, te pido para mí y para todos mis seres queridos la gracia de cumplir con toda perfección tu voluntad y aceptar por tu amor las alegrías y lo sufrimientos de esta vida pasajera, para que un día podamos reunirnos en el cielo por toda la eternidad. Amén.

NOTAS Or 10 - OFRENDA DEL DÍA

Doc.: copia MSC. - *Fecha:* 1895 (?). - *Compuesta para:* Edith de Mesmay. - *Publ.:* NS 1927, p. 212s.

Esta oración fue compuesta «para una persona del mundo», Edith de Mesmay (1860-1927), que nació en La Porte de Sainte Gemme, amiga predilecta de María Martin en el internado de la Visitación de Le Mans. Se puede tener por seguro que María del Sagrado Corazón pidió a Teresa esta oración para su amiga Edith. Como antiguas alumnas de la Visitación, las dos tenían en común una gran devoción al Sagrado Corazón.

<1> No se debe excluir que Teresa utilice un matiz entre orar «a intención de alguien», es decir, en favor de ese persona (Cta 226) y orar «por las intenciones « de alguien, es decir con ella, identificándose con sus preocupaciones y sus ilusiones, como en el caso presente. Los libros de oraciones de esa época recogen un buen número de fórmulas de ofrenda de día en unión al Sagrado Corazón.

<2> Un eco del Acto de Ofrenda (Or 6). Las semejanzas de las expresión permiten proponer la fecha del segundo semestre de 1895 para esta Or 10.

Or 11 Que yo me parezca a ti

Haz que yo me parezca a ti

*(Viñeta
de la
Santa Faz
de Tours)*

¡Jesús...!

(que significa)

¡Haz que yo me parezca a ti, Jesús...!

NOTAS Or 11 - QUE YO ME PAREZCA A TI

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* 1896 (?). - *Publ.:* DE, p, 517.

Pergamino (7/4'2 cm.) plegado a la mitad. En el interior, al lado izquierdo, una viñeta de la Santa Faz de Tours. Texto: sobre la viñeta: *«Haz que yo me parezca a ti»*; debajo: *«¡Jesús...!»*. En el sobre en que se conserva, Celina escribió tardíamente a lápiz: «Pergamino que Sta. Teresa del N. J. llevaba, con otras oraciones, en una bolsita prendida sobre el pecho».

Teresa expresó muchas veces los deseos que le inspiraba la contemplación de la Santa Faz (cf CA 5.8.9). Lo cantó en una de sus poesías: *«Mi cielo en la tierra»* (P 12). Y lo repitió en sus oraciones apasionadas (Or 12 y 16). Aquí lo resume todo en un grito de amor: aspiración a la transformación perfecta en su Amado, a la configuración con Jesús en su Pasión. Tenemos aquí algo así como la oración intemporal y fundamental de «Teresa de la Santa Faz» (sobre la «semejanza», cf *Prières*, p. 117).

Or 12 Consagración a la Santa Faz

Escóndeme, Señor, en el secreto de tu Rostro...

Sor C. Genoveva de Sta. T. - María *de la Santa Faz*.
Sor L. J. María de la Trinidad y *de la Santa Faz.*
Sor María F. T. del N. Jesús *y de la Santa Faz* <1>.

»Un poquito de este puro amor más provecho hace a la Iglesia que todas esas obras juntas» <2>. «Pro eso es gran negocio ejercitar mucho el amor, para que, comsumándose aquí el alma, no se detenga mucho acá o allá sin verle *cara a cara*» <3>...

Consagración a la Santa Faz

¡Oh Faz adorable de Jesús!, ya que has querido elegir nuestras almas de manera especial para entregarte a ellas, venimos a consagrarlas a ti... Nos parece, *Jesús*, oír que nos dices: «Abridme, hermanas mías, esposas mías

queridísimas, que tengo *la Faz* cubierta de rocío y *los cabellos* del relente de la noche». Nuestras almas comprenden tu lenguaje *de amor*, nosotras queremos enjugar tu *dulce Faz* y consolarte del olvido de los malvados. A sus ojos, tú estás todavía escondido, te consideran como objeto de desprecio...

¡*Oh Faz* más bella que los lirios y las rosas de primavera <4>, tú no estás escondida a nuestros ojos... Las *lágrimas* que velan tu *mirada divina* nos parecen *diamantes preciosos* que queremos recoger para con su valor infinito comprar *las almas* de nuestros hermanos.

De tu *boca adorada* hemos escuchado la *amorosa queja*. Y sabiendo que *la sed* <5> que te consume es *una sed de amor*, quisiéramos, para poder *apagártela*, *poseer un amor infinito... Esposo amadísimo* de nuestras almas, si tuviésemos *el amor* de todos los corazones, todo ese *amor* sería para ti... Pues bien, danos tu ese *amor* y ven a apagar tu sed en tus pobres esposas...

Almas, Señor, tenemos necesidad *de almas* <6>..., sobre todo *de almas de apóstoles y de mártires*, para que gracias a ellas podamos *iluminar con tu Amor* a la multitud de los pobres pecadores.

¡*Oh Faz adorable*, lograremos alcanzar de ti esta gracia!

Olvidándonos de que estamos desterradas junto a los canales de Babilonia, te cantaremos al *oído* las más dulces melodías, y como tú eres la verdadera, la única Patria de nuestros corazones, esos nuestros cantos no serán cantados en tierra extranjera.

¡*Oh Faz adorada de jesús!*, mientras esperamos en día eterno en que contemplaremos tu gloria infinita, nuestro único deseo es hechizar tus *divinos ojos* escondiendo también nosotras nuestro rostro para nadie aquí en la tierra pueda reconocernos...

Tu *mirada velada*: he ahí nuestro *cielo* <7>, *Jesús*.

Firmado:

T. del N. Jesús y de la Santa Faz
M. de la Trinidad y de la Santa Faz
G de Sta. T. María de la Santa Faz

NOTAS Or 12 - CONSAGRACIÓN A LA SANTA FAZ

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* 6 de agosto de 1896. - *Compuesto para:* ella misma, sor Genoveva y sor María de la Trinidad. - *Publ.:* HA 98, pp. 160-161, sin el rº; para éste último: Mss I, pp. 20s. - Las palabra en *cursiva* fueron escritas por Teresa con tinta roja.

Esta oración fue compuesta para el 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración. Teresa eligió esta fecha para consagrarse solemnemente a la «*Faz adorable de Jesús*» junto con sus compañeras de noviciado que llevaban el nombre «de la Santa Faz». Una primera versión, con importantes variantes aparece reproducida en *Prières*, pp. 124s. - La oración está escrita al dorso de un cartoncito de 13 por 9 cm. En el anverso, una reproducción de la Santa Faz de Tours, rodeada de tres medallones ovales dispuestos en semi-corona, y dentro de ellos las fotografías de las firmantes cuyos nombres se reproducen.

<1> Teresa pone las iniciales de los nombres de pila de cada una de ellas: *«C»* para sor Genoveva (Celina); *«L. J.»* (Luisa Josefina) para María de la Trinidad; *«María F.»* (María Francisca) para sí misma. Sor Genoveva de Santa Teresa se llamaba originariamente «María de la Santa Faz» (cf Cta 174), y sor María de la Trinidad «María Inés de la Santa Faz» (cf PN 11 y 12). Esta última tenía desde la infancia una marcada devoción a la Santa Faz. Teresa fue la primera carmelita de Lisieux que llevó el *«título de nobleza»* (cf Cta 118) *«de la Santa Faz»*, así como también el *«del Niño Jesús»*.

<2> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual, B*, 29,1. Es la primera vez que esta cita aparece en los Escritos. Se repetirá en Ms B 4vº; Cta 221 y 245.

<3> ID., *Llama de amor viva*, canción 1, n. 28. (Teresa señalará este pasaje con una cruz a lápiz, ya en la enfermería, en 1897; cf **UC**, pp. 419-420). Hay que hacer notar que si Teresa no cita estas palabras del Santo hasta 1896-1897, sí las está viviendo ya desde hace años; cf CA 27.7.5.

<4> Teresa se inspira aquí en las Letanías de la Santa Faz: «¡Oh Faz adorable, más fresca que las rosas de primavera!».

<5> Este versículo (Jn 19,28) está en el origen del ardor apostólico de Teresa; cf Ms A 45vº, 46vº. Algunas semanas más tarde, en el Manuscrito B (8/9/96), esta dimensión apostólica se expresará en su dimensión universal. Cf también P 20+.

<6> La mayor parte de los libros de oraciones de Tours proponen un «Grito de amor» en el que se lee: «¡Almas! ¡Almas! ¡Tenemos necesidad de almas!».

<7> Este final es como un eco de P 12: *Mi cielo en la tierra* (12 de agosto de 1895) y de P 21: *Mi cielo* (7 de junio de 1896); entre estas dos poesías se sitúa la entrada de Teresa en la noche de la fe.

Or 13 «Padre eterno, tu Hijo único»

Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá...

Padre eterno <1>, tu Hijo único, el dulce Niño Jesús, es mío, porque tú me lo diste <2>. Te ofrezco los méritos infinitos de su divina infancia, y te pido en su nombre que llames a las alegrías del cielo a innumerables falanges de niñitos que sigan eternamente al divino Cordero.

NOTAS Or 13 a 16

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* verano (?) de 1896. - *Publ.:* HA 07, p. 305 (Ora 13 y 15); HA 98, p. 260 (Ora 14 y 16).

Por exigencias del análisis, hemos separado estas cuatro oraciones (13 a 16) que Teresa había reunido en una misma estampa de su breviario. Para ella, se trata de algo así como un carnet de identidad que resume su nombre religioso. Las compuso para sí misma, sin duda durante el verano de 1896. En el dorso de la cartulina (8'6/12'8cm)

está pegada una imagen del Jesús adolescente (4'9/6'5); en los dos ángulos superiores se encuentra el texto del la Ora 13; abajo, el texto de Or 14. Al dorso, una imagen de la Santa Faz (3'1/4'4) idéntica a la de Or 12. Arriba, en los márgenes, el texto de Or 15; abajo, el texto de Or 16.

NOTAS Or 13 - PADRE ETERNO, TU HIJO ÚNICO

<1> Este calificativo es excepcional en Teresa (aquí y en Or 15); escribe más bien *«Padre celestial»* (Cta 107 y 247; Ms C 34rº/vº), *«Padre santo»* (Ms C 34vº), *«Padre misericordioso»* (Cta 220).

<2> Podemos pensar en san Juan de la Cruz y su *Oración del alma enamorada*: «Míos son los cielos y mía es la tierra (...) Cristo es mío y todo para mí». Escuchamos también un eco del Acto de Ofrenda, que Teresa repita *«con mucha frecuencia»*. Cf también Cta 137.

Or 14 [Al Niño Jesús]

Yo soy Jesús de Teresa <1>

¡Niñito Jesús <2>!, mi único tesoro, yo me abandono a tus divinos caprichos, y no quiero otra alegría que la hacerte sonreír. Imprime en mí tu gracia <3> y tus virtudes infantiles <4>, para que en el día de mi nacimiento para el cielo <5> los ángeles y los santos reconozcan a mí a tu pequeña esposa,

Teresa del Niño Jesús

NOTAS Or 14 - AL NIÑO JESÚS

<1> Es la respuesta del «niño» que un día encontró Teresa de Avila en un claustro; cf OTILIO RODRIGUEZ, *Leyenda áurea teresiana*, Madrid, Espiritualidad, 1970, p. 2.

<2> Teresa tiene ante los ojos un Niño Jesús de uno doce años. Con el dedo índice izquierdo muestra su corazón y con el derecho apunta hacia el cielo; este detalle conmueve a Teresa en plena prueba de la fe. Lo seguirá teniendo ante los ojos en la enfermería; cf CA 25.7.4.

<3> Expresión sacada del *Cántico espiritual*: «Cuando tú me mirabas, / su gracia en mí tus ojos imprimían...» Es sabido cuánto le gustaban a Teresa estas estrofas (canciones 32, 33 y 36). Una vez más hay que señalar la gran importancia de san Juan de la Cruz en el itinerario espiritual de Teresa en este verano de 1896. Es ésta, en efecto, la cuarta vez que se inspira en los pensamientos del Santo para actualizar imágenes del breviario: *Glosa a lo divino* (P 19); Cta 188, estampa con una imagen del Santo y varios pensamientos de él al dorso; la *Consagración a la Santa Faz* (Or 12); y este registro.

<4> Tenemos que recordar que no se trata de ninguna clase de amaneramiento, sino de esas *«humilde virtudes»* (PN 35,3) contrarias a la virtud orgullosa proclamada por Lucifer poco antes (RP 7, *El triunfo de la humildad*). Este texto -la Or 14- ocupa, entre las *Oraciones,* el lugar del *«niñito»*, o el del *pajarillo»* del Ms B, casi contemporáneo de aquél. Cf P 8, nota 4.

<5> Es el *«dies natalis»* del Martirologio, cuya lectura en francés Teresa escuchaba todas las noches en el refectorio. Y es éste el único lugar donde habla de su muerte en estos términos.

Or 15 «Padre eterno, ya que me has dado»

»Así como en un reino con la efigie del príncipe se obtiene todo lo que se desea, así también con la moneda preciosa de mi santa humanidad, que es mi Faz adorable, obtendréis cuanto queráis <1>».

(N.S. a sor María de San Pedro)

Padre eterno, ya que me has dado por herencia la Faz adorable de tu divino Hijo, yo te la ofrezco, y te pido, a cambio de esta Moneda infinitamente preciosa, que olvides las ingratitudes de las almas que se han consagrado a ti y que perdones a los pobres pecadores.

NOTAS Or 15 - PADRE NUESTRO, YA QUE ME HAS DADO

<1> Transcripción simplificada de unas palabras interiores que escuchó sor María de San Pedro (el 28/10/1845), citadas en su *Vie*, p. 234, y que se convirtieron en la séptimo de las «Promesas de Nuestro Señor» a quien honrare su Santa Faz. Varias de las expresiones que utiliza Teresa en este registro de su Breviario provienen de esta fuente (*«Padre eterno», imprimir... su divina semejanza»*).

Or 16 [A la Santa Faz]

Yo soy Jesús de Teresa <1>

¡Oh Faz adorable de Jesús, única Hermosura que cautiva mi corazón!, dígnate imprimir en mí tu divina semejanza, para que no puedas mirar el alma de tu humilde esposa sin contemplarte a ti mismo <2>.

¡Oh Amado mío!, yo acepto, por tu amor, no ver aquí abajo la dulzura de tu mirada ni sentir <3> el inefable beso de tu boca; pero te pido que me abrases en tu amor, a fin de que me consuma rápidamente <4> y haga aparecer pronto ante tu presencia a

Teresa de la Santa Faz

NOTAS Or 16 - A LA SANTA FAZ

<1> Teresa se apropia audazmente y hace una transposición de la palabra que atañe a Jesús niño. Y de la anécdota pasa al misterio del nombre, poniendo a la par las dos expresiones que forman su apellido: Teresa del Niño Jesús **y** de la Santa Faz.

<2> Encontramos de nuevo el *Cántico Espiritual*, canción 36, explicación del v. 2: «Que da tal manera esté yo transformada en tu hermosura, que, siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura, teniendo ya tu misma hermosura...» (**CB** 36,5).

<3> *«No ver ... ni sentir»*: actitud fundamental en Teresa, que se acentúa todavía más con la prueba de Pascua de 1896. *«Por amor»* acepta verse privada de las manifestaciones sensibles del amor.

<4> Expresión inspirada en san Juan de la Cruz, quien escribe no obstante: «consumiéndose rápidamente» (cf Or 12).

Or 17 «Señor Dios de los ejércitos»

Oración inspirada por una estampa que representa a la Venerable Juana de Arco

Señor Dios de los ejércitos, que nos dijiste en el Evangelio: «No he venido a sembrar paz, sino espadas» <1>, ármame para la lucha. Ardo en deseos de combatir por tu gloria, pero te pido que fortalezcas mi valor... Así podré exclamar con el santo rey David: «Tú solo, Señor, eres mi escudo, tú adiestras mis manos para el combate...»

¡Amado mío!, sé muy bien a qué combate me tienes destinada, y que no es en los campos de batalla <2> donde tendré que luchar...Yo soy prisionera de tu amor, voluntariamente he remachado la cadena que me une a ti y que me separa para siempre del mundo que tú maldijiste <3>... Mi espada no es otra que el Amor; con ella arrojaré del reino al extranjero y te haré proclamar Rey de las almas <4> que no quieren someterse a tu divino poder.

Es cierto, Señor, que no necesitas de un instrumento tan débil como yo; pero, como dijo Juana, tu virginal y valiente esposa: «Para que Dios dé la victoria, hay que luchar» <5>. Pues bien, Jesús mío, yo lucharé por tu amor hasta la tarde de mi vida <6>. Puesto que tú no has querido gozar de descanso en la tierra, yo quiero seguir tu ejemplo, esperando que así se realice en mí aquella promesa que salió de tus divinos labios: «El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo allí estará también mi servidor, y mi Padre lo honrará».

Estar contigo, estar en ti, ése es mi único deseo...La certeza que tú me das de que esto se realizará me hace soportar el destierro, a la espera del día radiante del cara a cara eterno...

Ora 17 - SEÑOR DIOS DE LOS EJÉRCITOS

Doc.: CE II, 175rº/vº. - *Fecha:* 1896-1897. - *Publ.:* HA 07, pp. 306-307 (retocada); *Prières* 1988, p. 50s.

La crítica interna permite fechar esta oración durante el invierno de 1896-1897 (cf *Prières*, pp. 133s). Durante este invierno, la tuberculosis avanza y va minando las fuerzas de Teresa que presiente cercana su muerte. Además, la atormentan las tentaciones contra la fe. En esta lucha solitaria, vuelve los ojos hacia Juana de Arco. ¿A qué estampa

de Juana de Arco se refiere el título (que no es de Teresa, sino de la copia de los Procesos)? Las palabras *«prisionera»* y *cadena»* inclinarían a pensar que se trata de VTL nº 13, Juana (= Teresa) en la prisión.

<1> Cf BT, pp. 164s. El texto repetirá más adelante. *«Mi espada»*. Sobre esta imagen, puede verse el fascículo *Mes Armes* (1895), pp. 102 y 121s.

<2> Cf Ms B 2vº y Cta 224. La palabra *«batalla»* aparece 13 veces en los Escritos, y se repite sobre todo en 1896-1897 (nueve veces).

<3> Unica vez que esta expresión aparece en la pluma de Teresa. Se trata del «mundo» en sentido joánico (cf Jn 17).

<4> La misma idea en Cta 224, donde Teresa hace una transposición explícita de la misión de Juana.

<5> Réplica histórica de Juana a los jueces durante su proceso.

<6> Cf la afirmación fuerte de Teresa en CA 9.8.1.

Or 18 Santos Inocentes y San Sebastián

¡Santos Inocentes <1>, que mi palma y mi corona se parezcan a las vuestras!

¡San Sebastián <2>, alcánzame tu amor y tu valor, para que yo pueda combatir como tú por la gloria de Dios...!

Glorioso soldado de Cristo <3>, tú que peleaste victoriosamente por la gloria del Dios de los ejércitos y que alcanzaste la palma y la corona del martirio, escucha mi secreto <4>: «Como el angelical Tarsicio <5>, yo también llevo al Señor». No soy más que una niña, y sin embargo tengo que luchar continuamente para conservar el Tesoro inestimable que se esconde en mi alma..... Con frecuencia debo enrojecer con la sangre de mi corazón <6> la arena del combate...

¡Poderoso guerrero!, sé tú mi protector, sosténme con tu brazo victorioso y no temeré a las fuerzas enemigas. Con tu ayuda, lucharé hasta la tarde de la vida. Entonces me presentarás a Jesús, y recibiré de su mano la palma que tú me ayudaste a conquistar...

Or 18 - SANTOS INOCENTES Y SAN SEBASTIÁN

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* finales de 1896-comienzos de 1897 (?). *Compuesto para:* sor Genoveva. - *Publ.:* NV 1927, pp. 213s e HA 53, pp. 258s.

Estampa con orla de encaje (11'9/8'2 cm) que representa a un soldado (*«San Sebastián»*) prestando auxilio a Tarsicio, y dos angelitos (*«los santos Inocentes»*) que presentan la palma y la corona. Arriba, se puede ver un copón

con una hostia resplandeciente y estos dos versos en el grabado: «A este soldado valiente, cuyo corazón conoce, / dice el niño su secreto: 'Llevo al Señor'». Esta oración fue compuesta para sor Genoveva (tal vez para el primer aniversario de su profesión, el 24 de febrero de 1897).

<1> Sobre este tema, cf RP 2,2rº; RP 6,5rº y 9rº; Cta 182; P 28 (28/12/1896).

<2> Este santo tan popular es uno de los héroes de *Fabiola*, obra muy leída en los Buissonnets. A partir de 1893, la madre Inés comparaba a Celina con san Sebastián (a quien esta última tenía especial devoción). Teresa incluye a este guerrero en el cortejo de honor de la profesión de Celina (Cta 182). Ya en su lecho de muerte, el 20 de enero de 1959 (día de la fiesta del santo), sor Genoveva cantará una vez más: «¡Oh gran san Sebastián, a quien Dios no niega nada!».

<3> Cf P 31,5, compuesta en enero de 1897.

<4> Teresa retoma por su cuenta el texto impreso en el anverso de la estampa.

<5> Adolescente de la iglesia de Roma que murió mártir (hacia el 225) mientras llevaba la eucaristía en secreto a los cristianos presos: al tropezar con unos paganos, se negó a entregársela y fue asesinado.

<6> Cf P36,23. En la estampa Teresa pintó más sangre de la que había en el modelo. Toda esa frase tiene un alcance autobiográfico: también Teresa lucha «hasta la sangre» contra la tentación; cf Or 19.

Or 19 [Acto de fe]

Dios mío, con la ayuda de tu gracia estoy dispuesta a derramar toda mi sangre por profesar mi fe

(*Otra lectura:* por todos y cada uno de los artículos del Símbolo).

NOTAS Or 19 - ACTO DE FE

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* junio-julio (?) 1897. - *Publ.: Le Triomphe de l'Humilité*, p. 114.

Fecha propuesta de acuerdo a la caligrafía y al contenido. El original de esta oración, escrita a lápiz, se encuentra en un trozo del margen de una carta (2/9 cm. aproximadamente) , rasgado de manera irregular.

Desde Pascua de 1896, la fe de Teresa en la vida eterna está sometida a una dura prueba. Durante los ejercicios espirituales del mes de octubre de 1896, se abre con el P. Godofredo Madelaine, quien le aconseja escribir el *Credo* y llevarlo sobre su pecho. Entonces, Teresa escribe, con su propia sangre, el Símbolo de los Apóstoles y lo pega al final de su evangelio.

En 1897, las tinieblas se hacen más espesas. El 9 de junio, escribe: *«Creo que he hecho más actos de fe de un año a esta parte que en toda mi vida. Cada vez que se presenta el combate (...), corro hacia Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo»* s C 7rº). Cf también CA 7.8.4 y **UC**, p. 449. Cf *Prières*, p. 142.

La madre Inés manifestó a sor Luisa de Jesús (carmelita de Lisieux desde 1919 hasta 1982) que Teresa se sentía en ocasiones asaltada con tal violencia por el espíritu de blasfemia, que se mordía con fuerza los labios para no proferir las palabras blasfemas que muy a su pesar le venían a la mente (tradición oral, DCL).

Or 20 Oración para alcanzar la humildad

16 de julio de 1897

¡Jesús!

Jesús, cuando eras peregrino en nuestra tierra, tú nos dijiste: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón <1>, y vuestra alma encontrará descanso». Sí, poderoso Monarca de los cielos, mi alma encuentra en ti su descanso al ver cómo, revestido de la forma y de la naturaleza de esclavo, te rebajas hasta lavar los pies a tus apóstoles. Entonces me acuerdo de aquellas palabras que pronunciaste para enseñarme a practicar la humildad: «Os he dado ejemplo para que lo que he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. El discípulo no es más que su maestro... Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica». Yo comprendo, Señor, estas palabras salidas de tu corazón manso y humilde, y quiero practicarlas con la ayuda de tu gracia.

Quiero abajarme con humildad y someter mi voluntad a la de mis hermanas, sin contradecirlas en nada y sin andar averiguando si tienen derecho o no a mandarme <2>. Nadie, Amor mío, tenía ese derecho sobre ti, y sin embargo obedeciste, no sólo a la Virgen Santísima y a san José, sino hasta a tus mismos verdugos. Y ahora te veo colmar en la hostia la medida de tus anonadamientos <3>. ¡Qué humildad la tuya, Rey de la gloria, al someterte a todos tus sacerdotes, sin hacer alguna distinción entre los que te amen y los que, por desgracia, son tibios o fríos en tu servicio...! A su llamada, tú bajas del cielo; pueden adelantar o retrasar la hora del santo sacrificio, que tú estás siempre pronto a su voz...

¡Qué manso y humilde de corazón me pareces, Amor mío, bajo el velo de la blanca hostia! Para enseñarme la humildad, ya no puedes abajarte más. Por eso, para responder a tu amor, yo también quiero desear que mis hermanas me pongan siempre en el último lugar y compartir tus humillaciones, para «tener parte contigo» en el reino de los cielos.

Pero tú, Señor, conoces mi debilidad. Cada mañana tomo la resolución de practicar la humildad, y por la noche reconozco que he vuelto a cometer muchas faltas de orgullo. Al ver esto, me tienta el desaliento, pero sé que el desaliento es también una forma de orgullo. Por eso, quiero, Dios mío, fundar mi esperanza *sólo en ti*. Ya que tú lo puedes todo, haz que nazca en mi alma la virtud <4> que deseo. Para alcanzar esta gracia de tu infinita misericordia, te repetiré muchas veces: «¡Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo!»

NOTAS Or 20 - ORACIÓN PARA ALCANZAR LA HUMILDAD

Doc.: CE II, 181vº/183rº. - *Fecha:* 16 de julio de 1897. - *Compuesta para:* sor Marta. - *Public.:* HA 07, pp. 307-308 (retocada); *Prières* 1988, p. 53.

Esta oración fue compuesta para sor Marta de Jesús, con ocasión de sus treinta años, el 17 de julio de 1897 (confirmado por la Cta 256). La condición de conversa de esta última la expone a que cualquiera de las hermanas le mande lo que sea, y su espíritu de contradicción le hace difícil la obediencia. Por eso Teresa la invita a mirar a «*Jesús, manso y humilde de corazón*». En esa época, Teresa no usa ya otro lenguaje con las novicias, María de la Trinidad (Cta 264), María de la Eucaristía (**UC**, p. 698) y sobre todo sor Genoveva (Cta 243).

<1> Esta frase, que se repite por tres veces en la oración, ayudaba a vivir a Teresa, especialmente en las últimas semanas (Cf CA 15.5.3).

<2> Im II,49,7 y CSG, p. 118.

<3> Unica vez que se emplea esta palabra en los Escritos.

<4> Cf CA 6.8.8 y 7.8.4.

Or 21 «Si yo fuese la Reina del cielo»

¡¡¡María, si yo fuese la Reina del cielo y tú fueras Teresa, quisiera ser Teresa para que tu fueses la Reina del cielo...!!!

8 de septiembre de 1897.

NOTAS Or 21 - SI YO FUERA LA REINA DEL CIELO

Doc.: autógrafo. - *Fecha:* 8 de septiembre de 1897. - *Publ.:* fuera de texto, HA 07, pp. 48-49 (facsímil retocado) ; *Lettres 1948*, pp. 438s.

Este 8 de septiembre es un día de calma momentánea y de tranquilidad para Teresa, enferma; cf CA 8.9. Pide «volver a ver la imagen de Nuestra Señora de las Victorias, a la que había pegado la florecita que le dio (su) padre cuando le permitió entrar en el Carmelo» (sor Genoveva, PO, p. 309). Fue en esa ocasión cuando escribió al dorso, con mano temblorosa, esta última Oración: «Fueron las últimas líneas que escribió en la tierra».

Esta Or 21, un poco alambicada a primera vista, y por tanto sorprendente en Teresa, ha sido considerada como inspirada en estas palabras atribuidas comúnmente a san Agustín: «Señor, mi alma se alegra inmensamente cuando piensa que eres Dios; pero si, por un imposible, pudiera darse que Agustín fuese Dios y que tú fueses Agustín, preferiría que tú fueses Dios a que lo fuese Agustín». Esta anécdota la cuenta el P. Ribadeneira en la *Vie des saints et fêtes de toutte l'année*. Había costumbre de leer esta *Vie des saints* en el refectorio, en tiempos de Teresa. Es probable que la madre Inés le haya vuelto a leer algo en la enfermería para la fiesta de san Agustín, el 28 de agosto. Por otra parte, esta Or 21 evoca una idea que le gustaba mucho a Teresa: *«Querida Virgen Santísima, me parece que yo soy más dichosa que tú, porque yo te tengo a ti por Madre, mientras que tú no tienes a una Santísima Virgen*

a quien amar» (Cta 137, del 19 de octubre de 1892, idea que se repite de otra forma en CA 11.8.4). Hay ahí una especie de cambio de identidad, expresado en un grito de amor.

A.M.D.G.

[Image]

INTRODUCCION A LAS ULTIMAS CONVERSACIONES

Ya desde la primera edición de la *Histoire d'une âme*, en 1898, la madre Inés incluyó en el capítulo XII, después de los «Testimonios de las novicias», un gran número de dichos de Teresa bajo el título de «Ultimas Conversaciones». Esta denominación se hará tradicional y aparecerá como subtítulo de las *Novissima Verba*, hasta que en la edición crítica del Centenario pase a ser el título de este apartado.

Estos textos los debemos, en su mayoría, a las notas tomadas por la madre Inés de Jesús, que recogió unos setecientos veinticinco dichos de su hermana durante su última enfermedad (número que asciende aproximadamente a ochocientos cincuenta si les añadimos los recogidos por otros testigos).

1. A la cabecera de Teresa. Madre Inés de Jesús

En la primavera de 1897, la salud de Teresa se ve rápidamente deteriorada. El 30 de mayo, la madre Inés siente una verdadera conmoción interior al conocer las dos hemoptisis del año anterior (Jueves y Viernes Santo de 1896; ca Ms C 4vº/5rº). Por esa razón, el 2 de junio, la madre Inés sugiere a la madre María de Gonzaga que mande a sor Teresa que continúe la redacción de sus recuerdos (cf Introducción a los *Manuscritos autobiográficos*).

Ella, por su parte, irá anotando las palabras de su hermana. ¿Pidió permiso para ello, en orden a redactar más adelante la «Circular necrológica»? Así lo afirma sor Genoveva en una nota tardía. Sea como fuere, la madre Inés,

liberada de las preocupaciones del priorato desde marzo de 1896, no había esperado al mes de junio para comenzar. ¿Por qué?

Se pueden apuntar varias razones. Que la madre Inés, ya antes del 3 de junio, haya querido conservar algunas enseñanzas de Teresa para su consuelo personal, es algo que no ofrece ninguna duda. ¿No había recogido también sor Genoveva, sus «recuerdos de una novicia» con el consentimiento de Teresa? Pero a partir del 4 de junio, la madre Inés se siente como en misión oficial. Ciertamente, ella no puede barruntar el «huracán de gloria» (para usar la expresión de Pío XI) que un día se desatará sobre Lisieux, pero se ha dado cuenta perfectamente de la madurez de su joven hermana. Es preciso mencionar también algunas razones familiares. Leonia, que se ve privada del trato directo con Teresa, escribe a Celina: «¡Cómo debe perfumarte con sus virtudes! Si pudieses poner todo eso por escrito, ¡qué consolador sería para mí el tenerlo, pues yo no tengo como vosotras, hermanitas del alma, la dicha de estar al lado de mi querida hermana!» (18/7/1897). Dos días antes, la madre Inés había ya enviado a los Guérin varios dichos de Teresa, que le había oído en la enfermería (16/7). Otro tanto hizo sor María de la Eucaristía. Todas ellas son del parecer que no hay que dejar que nada se pierda.

La madre Inés comienza, pues, su oficio de enfermera la noche de 5 de junio de 1897, mientras la comunidad canta los maitines de Pentecostés. A partir del traslado de Teresa a la enfermería, el 8 de julio, se instalará a su cabecera durante las horas del Oficio divino, de las recreaciones y siempre que las enfermeras (sor San Estanislao y sor Genoveva) estén ocupadas en otros menesteres.

Entre la enferma y su *«mamá»* se va a reavivar una gran intimidad a lo largo de estas visitas regulares. A pesar de su gran debilidad, Teresa no se refugia en una regresión infantil, sino que *«ahora»* (cf **UC** p. 48s, nota 113) Teresa se encuentra ya en tal estado de desapego, que puede vivir esa intimidad con absoluta transparencia. En el estado en que se encuentra, esas visitas son un gran consuelo para ella. Y son también de gran ayuda para la madre Inés, tan sensible y conmocionada ante la perspectiva de la muerte de su hermana más pequeña. No duda en preguntarle, a tiempo y a destiempo. Esta insistencia en provocar preguntas y respuestas ―que a veces llega a resultar molesta― tiene la ventaja de obligar a la enferma a precisar su pensamiento, a definirse y tomar posición. Una auténtica indagación que Teresa compara a los interrogatorios sufridos por su hermana querida, Juana de Arco (**CA** 20,7,6). La madre Inés va acumulando así una información inigualable, cuya importancia histórica ella no podía entonces sospechar.

2. Sor Genoveva y las otras hermanas

Después de la madre Inés de Jesús, la más asidua en visitar la enfermería es sor Genoveva. Duerme en una celda contigua. Sor San Estanislao, primera enfermera, por delicadeza y con el consentimiento de la priora, delega en ella sus poderes. En la enfermería, la enferma considera que la tarea de formar a su hermana aún no ha terminado, y las últimas conversaciones recogidas por su enfermera dan fe de esa perseverancia. Pero esto no le impide desahogarse libremente, al igual que con la madre Inés, y demostrarle su cariño. Sabiendo que la madre Inés toma abundantes notas de las palabras de Teresa, sor Genoveva se contenta con escribir las que la conciernen personalmente a ella y las que completan sus recuerdos de novicia (cf CSG, pp. 180―200).

El papel de sor María del Sagrado Corazón al lado de su ahijada aparece más desdibujado que el de sus dos hermanas. Sus diversos oficios le dejan menos tiempo libre. Gracias al permiso de la madre María de Gonzaga, también ella puede pasar al menos las recreaciones en la enfermería y anotar algunos dichos de Teresa.

Sor María de la Eucaristía ―prima carnal de Teresa e hija de farmacéutico― tomará también algunas notas; pero, sobre todo, enviará a sus padres verdaderos «boletines de salud», en los que ofrece una cantidad de informaciones de primerísimo orden. Por lo que se refiere a sor María de la Trinidad, ayudante de enfermera, es

retirada de ese oficio cuando Teresa baja a la enfermería. Y se lamenta de ello amargamente. Su maestra la riñe y la consuela al mismo tiempo.

Evidentemente, todos estos elementos conviene pasarlos por el tamiz de la crítica, dado que se trata de palabras y no de escritos.

3. Las sucesivas transcripciones de la madre Inés

Rehacer aquí la historia de las versiones transcritas por la madre Inés resultaría pesado, tan complicada es esa historia (cf **UC**, edición crítica del Centenario, Burgos, Monte Carmelo, 1973). Baste aquí con resumir sus grandes etapas.

En 1910, la madre Inés testificaba así en el Proceso Ordinario: «Lo que acabo de decir sobre la última enfermedad y la muerte de sor Teresa del Niño Jesús es tan sólo un resumen muy incompleto de mis recuerdos. Durante los últimos meses de su vida, fui anotando, día a día, a medida que iba siendo testigo de ellas, las particularidades de la jornada, y sobre todo lo que decía. Lo mejor que puedo hacer para completar esta deposición es entregar al Tribunal un ejemplar de dichas notas». Y éstas aparecen a continuación en el PO.

En ese mismo sentido deponía sor Genoveva: «la madre Inés de Jesús "escribía, en el mismo momento, lo que sor Teresa del Niño Jesús decía a las que se acercaban a su lecho; lo escribía textualmente, tal como la querida enfermita lo iba diciendo» (PO, p. 305).

Habla también de un cuaderno, pero cuarenta años más tarde, en los *Conseils et Souvenirs* (p. 171) precisó que se trataba de «hojas sueltas». Sólo se ha conservado una de esas hojas, arrancada de una agenda y que lleva la letra de la madre Inés (puede verse una reproducción, fuera de texto, en DE). Pero, más o menos rápidamente, ésta ha debido pasar a limpio sus notas en un cuaderno.

Luego las utilizará en diversas ocasiones: para el capítulo XII de la *Historia de un alma*; luego, en febrero de 1909, en los cinco «Cuadernos verdes», para Mons. de Teil, vice―postulador de la Causa de Teresa; después, para su deposición en el Proceso Ordinario (cf *supra*), que consta de 275 dichos. Esta versión, muy parecida a la de los «Cuadernos verdes», es la más hierática: de los dichos de Teresa tan sólo conserva los más edificantes y los que más se ajustan a los cánones de la santidad. Las Ultimas Conversaciones ―al menos en parte― fueron, pues, incluidas en el Proceso de beatificación, tanto más cuanto que la madre Inés dará la misma versión en el Proceso Apostólico de 1915.

En orden a conservar para sí, en una forma definitiva, estos preciosos recuerdos, la madre Inés eligió tres cuadernos idénticos. En el primero de ellos transcribió las Ultimas Conversaciones, y en los otros dos los Manuscritos autobiográficos de su hermana. Debido a su encuadernación en cuero, el primero recibió el nombre de «Cuaderno amarillo». Encima del título figura la indicación *muy íntimo.* Este cuaderno estuvo en posesión de la madre Inés hasta su muerte. Lo sacaba a menudo del cajón de su mesa y leía un pasaje a las religiosas que venían a verla. Aunque fue transcrito veinticinco años después de la muerte de la santa, goza de una máxima proximidad a los hechos, ya que sustancialmente reproduce un primer cuaderno, hoy perdido, cuyo texto fue fijado hacia 1904―1905.

En 1927, obligada en cierta medida por las circunstancias (cf **UC**, p. 89), la madre Inés publicó las *Novissima Verba, Derniers Entretiens de Sr Thérèse de l'Enfant―Jésus, Mai―Septembre 1897*, un librito que tuvo un gran éxito hasta la fecha en que dejó de publicarse en 1969 (107.000 ejemplares, y traducciones a once lenguas).

Tras los trabajos del abate Combes sobre las Cartas (que aparecieron en 1948) y del P. Francisco de Santa María sobre los Manuscritos autobiográficos (1956), se hacía sentir también la necesidad de una nueva edición, crítica, de la Ultimas Conversaciones. Este fue el primer trabajo de la edición llamada «del Centenario», en la que se optó por la versión de «Cuaderno amarillo» considerándola como la más completa; 714 dichos, de los que 327 son propios, mientras que las *Novissima Verba* sólo tenían un total de 362, los «Cuadernos verdes» 306 y el Proceso Ordinario 275. Un estudio en profundidad demostró que el «Cuaderno amarillo» es también, sin lugar a dudas, el más auténtico (cf **UC**, pp. 101―110). Esta edición recogía, en un segundo volumen, toda una serie de testimonios recogidos por la madre Inés y las carmelitas de Lisieux.

4. El testimonio de la madre Inés ante la crítica

Es evidente que la madre Inés no pudo anotarlo todo. El Cuaderno amarillo es fragmentario. Y su afecto fraternal ¿no habrá tergiversado su testimonio, aunque sólo haya sido a la hora de hacer la selección? Muchos dichos dirigidos a ella fueron para ella «pequeños consuelos» y le sirvieron para su edificación personal, sobre todo al principio. Afortunadamente, muy pronto una finalidad histórica viene a modificar el proyecto inicial, aunque sin eliminarlo por completo. El 4 de junio, la madre Inés escribía a Teresa: «Yo seré tu humilde heraldo...». Y fiel a su papel, irá anotando, «a medida que se pronuncia», no sólo lo que le conviene sino también lo que la rebasa; no sólo lo que le gusta, sino también lo que la sorprende o la cuestiona.

A veces toma sus notas a la vista de Teresa o pocos instantes después. La testigo tenía conciencia de lo que era autenticidad literal y autenticidad en cuanto al sentido. Para ayudar al trabajo crítico, podría enunciarse la siguiente «ley»: cuanto más breve, original, pintoresco, chocante es un dicho, tanta mayor posibilidad tiene de ser literal. Y a la inversa, cuanto más largo y más hermoso es un dicho, tanto mayor riesgo corre de haber sido reconstruido, lo cual no altera necesariamente su autenticidad.

Además, puede hacerse un trabajo de crítica interna comparando los dichos con los escritos de Teresa, en concreto con los de esta época (Ms C, seis poesías, cuarenta billetes y cartas); y es también, naturalmente, de gran interés confrontar entre ellos los dichos recogidos por los diversos testigos.

Por lo que se refiere a la cronología, ha de aceptarse con cautela. La madre Inés no ocultó que a veces había distribuido arbitrariamente algunos dichos. Pero se ha podido llegar a la conclusión de que el Cuaderno amarillo propone una estructura cronológica bastante consistente para aquella época que se preocupaba bastante poco por la exactitud en este ámbito.

El valor excepcional de estos dichos no puede hacernos olvidar sus limitaciones. Sería un error de método colocar absolutamente en el mismo plano los escritos de Teresa y las Ultimas Conversaciones. Hay que tener en cuenta el carácter propio del testigo. Por grandes que sean las cualidades humanas y espirituales de la madre Inés, ésta no podía por menos de verse rebasada por la excepcional madurez de su hermana y por su santidad. Sin embargo, ¡qué suerte para la posteridad que el testigo privilegiado haya sido una mujer, una carmelita y la *madrecita* de Teresa! De todas las religiosas de la comunidad, ella era la mejor situada para comprender el alma de su hermana.

5. La pasión de Teresa de Lisieux

Sólo el conocimiento del contexto médico puede permitirnos estimar en su justo valor los dichos, los hechos y los gestos de sor Teresa. Ciertamente, se sabía que había sufrido. Pero sus sufrimientos se quedaban en una especie de halo romántico: una «joven tuberculosa» sonriente muere deshojando rosas sobre un crucifijo. La realidad fue muy distinta y las *Ultimas Conversaciones* lo muestran muy a las claras: sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz tuvo que recorrer un verdadero camino de cruz. Murió asfixiándose, no respirando ya más que con medio pulmón, conoció la sed, la fiebre, sudores profusos, la gangrena en los intestinos.

Remitimos al lector a las introducciones de cada mes (antes de las notas respectivas). Desde el 9 de junio, Teresa sabe que está condenada a morir. A comienzos de junio, sigue todavía en pie, pero está en el límite de sus fuerzas. El 6 comienza el período de las hemoptisis, que se prolongará hasta el 5 de agosto. En la noche del 8 de julio es trasladada a la enfermería. Desde su lecho de hierro, rodeado de altas cortinas en las que ha hecho prender con alfileres sus estampas preferidas, puede ver la imagen de la Virgen de la Sonrisa que ha bajado con ella a este lugar.

Las diversas fases de la enfermedad desconciertan al Dr. de Cornière, de cincuenta y seis años, médico del Carmelo. Ese cuerpo tan joven conoce sorprendentes altibajos de vida. A partir del 30 de julio, comienzan los grandes sufrimientos, que el 30 por la mañana llegan al paroxismo. Se le administra la extremaunción. Con alternancias de sufrimientos *para gritar* y remisiones aparentes, la enfermedad no deja de empeorar hasta la agonía y la muerte, en el atardecer del 30 de septiembre.

6. El testamento de una vida

Cuando se recorre de un tirón las *Ultimas Conversaciones*, uno tiene la impresión de vivir en compañía de Teresa el largo calvario de su enfermedad: se nos muestra cercana y llena de vida. ¿No es eso una prueba definitiva de la veracidad de las notas de la madre Inés? ¿No resulta sorprendente que unas breves palabras sin aparente ligazón puedan hacer surgir el misterio de una persona cuyo encanto indefinible se irradia a lo largo de todas estas páginas? ¡Qué contrastes en su carácter!

Atracción por la pequeñez unida al sentido de la grandeza, ingenuidad de niña unida a una experiencia de mujer (*un bebé que es un anciano*), amor a la naturaleza coexistente con el deseo del cielo, apariencia «angelical» inseparable de un sólido sentido común enraizado en tierra normanda, esperanza audaz mezclada con angustias sumamente humanas, heroísmo en las pequeñas cosas de la vida de cada día..., todos estos contrastes se entremezclan en Teresa. Ante la muerte, los rasgos fundamentales de su ser se despliegan en una espontaneidad permeada de gracia.

Abrevada de sus sufrimientos, corporales y espirituales ―sigue viviendo en la prueba contra la fe y la esperanza-, la enferma da muestras de una alegría y de un humor (a veces negro) desconcertantes, multiplicando las bromas, los juegos de palabras y las imitaciones; con sus palabras y con sus gestos, consigue distraer y hacer reír a las que lloran su muerte inminente. Realmente resurge aquí en toda su libertad su *temperamento feliz*, con ese amor a la naturaleza (flores, frutos, estrellas, animales) constitutivo desde siempre de su personalidad.

Purificada y liberada por años enteros de fidelidad al *Amor misericordioso* (**Or** 6) que se ha abajado hasta ella, Teresa puede ahora dejar que se manifiesten abiertamente todos los dones de su exquisita humanidad. Su corazón rompe el círculo demasiado estrecho de las relaciones familiares y religiosas: se ensancha hasta alcanzar las dimensiones del mundo. Como *hija de la Iglesia* que es, Teresa ofrece todos sus sufrimientos por *las almas*,

especialmente por las de los pecadores y los ateos, con los que sigue compartiendo el *pan del dolor*, sentada voluntariamente con ellos en «la mesa de la amargura» (Ms C 6rº).

Como hermana universal, el anuncio del Evangelio en todo el mundo no cesa de atormentarla. De manera misteriosa, presiente que su misión póstuma va a tener esta escala mundial y el cielo no podrá ser para ella un remanso donde descansar, sino por el contrario el lugar de una intensa actividad salvadora que no conocerá los límites del tiempo ni del espacio: *Si Dios escucha mis deseos, mi cielo transcurrirá en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra* (**CA** 17.7).

Y finalmente, las *Ultimas Conversaciones* nos muestran a Teresa frente a la muerte. *Morir de amor no es morir entre transportes* (**CA** 4.7.2), y menos para una discípula de san Juan de la Cruz. Las notas de los testigos, en su aridez objetiva, demuestran que el *caminito* ha superado victoriosamente el último obstáculo. No al estilo de los estoicos, sino en el abandono, en la confianza y en el amor a Jesús, el Siervo sufriente.

Sólo le quedaba atravesar la agonía, Esta, según el testimonio de las religiosas que asistieron a ella, fue terrible. Pero una última palabra resumía toda la vida de Teresa, aureolándola con aquella paz repentina que, en el instante último, autentificaba la muerte de amor que tan ardientemente había deseado, en conformidad con la muerte de Cristo: *¡Dios mío..., te amo!.*

NOTA SOBRE LA FIJACIÓN DEL TEXTO

Los textos de esta edición son idénticos a los de la edición crítica. Remitiremos a ésta (con la sigla **UC**) para las informaciones y los datos más concretos relativos a cada documento. Junto al Cuaderno amarillo de la madre Inés, nos ha parecido conveniente conservar los testimonios menores de sor Genoveva y de sor María del Sagrado Corazón, que son, por cierto, los únicos en los que aparecen ciertas palabras que han llegado a ser ya célebres.

Para las Cartas de los testigos, que con frecuencia aportan detalles importantes sobre la enfermedad y el comportamiento de Teresa, remitimos al lector a **UC** (cf *supra*, nota 1).

La presentación sigue la de la edición crítica; los trazos de separación adoptados por la madre Inés para distinguir los dichos de una misma jornada, no los hemos conservado. Los dichos están numerados día por día.

SISTEMA DE REFERENCIAS

Cada uno de los dichos de una misma jornada irá numerado con 1. 2. etc. antes del texto de cada dicho. En el caso de un solo dicho en una jornada, no se pondrá esta numeración. Ejemplos (para el *Cuaderno amarillo*):

CA 12.7.3 indica el tercer dicho del 12 de julio;

CA 10.6 indica el único dicho del 10 de junio.

A.M.D.G.

[Image]

EL «CUADERNO AMARILLO» DE LA MADRE INES

Dichos recogidos durante los últimos meses de nuestra santa Teresita

Sor Inés de Jesús
c.d.i.

ABRIL, MAYO Y JUNIO DE 1897

6 de abril de 1897

6.4.1

Cuando no se nos comprende o se nos juzga desfavorablemente, ¿a qué defendernos o dar explicaciones? Dejémoslo pasar, no digamos nada, ¡es tan bueno no decir nada, dejarse juzgar, digan lo que digan...! En el Evangelio no vemos que santa María Magdalena haya dado explicaciones cuando su hermana la acusaba de estarse a los pies de Jesús sin hacer nada. No dijo: «¡Si supieras, Marta, lo feliz que soy, si escucharas las palabras que yo escucho! Además, es Jesús quien me ha dicho que me esté aquí». No, prefirió callarse. ¡Venturoso silencio, que da al alma tanta paz <1>!

6.4.2

«Que la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, esté siempre en nuestra boca y en nuestros corazones». Cuando nos encontremos con un alma poco agraciada, o nos desanimemos, no la abandonemos nunca. Tengamos siempre en la boca «la espada del espíritu» para reprenderle sus faltas, no dejemos pasar las cosas por conservar nuestra paz, luchemos siempre, aun sin esperanzas de ganar la batalla. ¿Qué importa el triunfo? Lo que Dios nos pide es que no nos detengamos por las fatigas de la lucha, que no nos desanimemos diciendo: «¡Peor para ella! No se puede conseguir nada, hay que dejarla por imposible». No, eso es cobardía, hay que cumplir con el deber hasta el final <2>.

6,4,3*

¡Qué importante es no hacer juicios sobre nada aquí en la tierra! Mirad lo que me sucedió, hace algunos meses <3>, en la recreación. Fue una nadería, pero me enseñó mucho:

Sonaron dos golpes de campana, y, como la depositaria <4> estaba ausente, sor Teresa de San Agustín necesitaba de una tercera <5>. Ordinariamente resulta enojoso hacer de tercera, pero en esa ocasión más bien me atraía porque había que abrir la puerta para recibir unas ramas de árbol para el belén.

Sor María de San José estaba a mi lado, e intuí que compartía mi deseo infantil. «¿Quién me va a servir de tercera?», dijo sor Teresa de San Agustín. Inmediatamente me puse a desatarme el delantal, pero lentamente con el fin de que sor María de San José estuviese lista antes que yo para cubrir la plaza, como ocurrió. Entonces sor Teresa de San Agustín dijo, riéndose y mirándome a mí: «Seguro que va a ser sor María de San José quien añadirá esta perla a su corona. ¡Vuestra Caridad <6> iba demasiado lentamente!». Yo sólo contesté con una sonrisa y volví a mi trabajo, pensando en mi interior: «¡Qué diferentes, Dios mío, son tus juicios a los de los hombres! Por eso nosotros nos equivocamos muchas veces en la tierra, tomando por imperfección en nuestras hermanas lo que es mérito ante tus ojos».

7 de abril

7.4

Le preguntaba de qué manera moriría yo, haciéndole ver mis aprensiones. Me contestó, con una sonrisa llena de ternura:

«Dios te absorberá como a una gotita de rocío...» <7>.

18 de abril

18.4.1

Acababa de confiarme ciertas humillaciones muy penosas que le habían infligido algunas hermanas.

Dios me proporciona así todos los medios para permanecer muy pequeña; pero eso es lo que hace falta. Yo estoy siempre contenta. Me las arreglo, aun en medio de la tempestad, para mantenerme en una gran paz interior. Si me hablan de disensiones entre las hermanas, yo procuro no excitarme a mi vez contra ésta o contra aquélla. Necesito, por ejemplo, sin dejar de escuchar, mirar por la ventana y gozar interiormente de la vista del cielo, de los árboles... Hace poco, durante mi conflicto con sor X, yo miraba con gran placer cómo retozaban las hermosas picazas en el prado, y me sentía tan en paz como en la oración... He discutido mucho con..., estoy muy cansada pero no temo la guerra. Es voluntad de Dios que luche hasta la muerte. ¡Madrecita, reza por mí!

18.4.2

Cuando rezo por ti, no digo el Padrenuestro o el Avemaría; digo simplemente, en un arranque del corazón: «Dios mío, colma a mi Madrecita de toda clase de bienes, ámala aún más si puedes».

18.4.3

Era yo todavía muy pequeña cuando nuestra tía ame dio a leer un cuento que me extrañó mucho. Pues en el se alababa a una directora de internado porque sabía salir airosamente de cualquier apuro, sin herir a nadie. Me fijé sobre todo en esta frase: «A ésta le decía: tú no tienes la culpa; a aquélla: tienes razón!». Yo pensaba para mí: eso no está bien. Aquella directora no debería haber tenido miedo de nada y tendría que haber dicho a las niñas que habían actuado mal, cuando era así.

Hoy no he cambiado de opinión. Me cuesta mucho actuar así, lo confieso, pues siempre lo más fácil es echar la culpa a los ausentes, y eso aplaca enseguida a la que se lamenta. Sí, pero... <8> yo hago todo lo contrario. Si no me quieren, ¡peor para ellas! Yo digo siempre toda la verdad; si no quieren saberla, que no vengan a buscarme.

18.4.4.

No hay que dejar que la bondad degenere en debilidad. Cuando se ha reprendido a alguien justamente, hay que mantenerse firmes, sin dejarse ablandar hasta el punto de acongojarse por haber causado dolor, por ver sufrir y llorar. Correr tras la afligida para consolarla es hacerle más daño que provecho. Dejarla consigo misma es obligarla a recurrir a Dios para reconocer sus faltas y humillarse <9>. De otra manera, se acostumbraría a recibir consuelo después de una reprimenda merecida y, en las mismas circunstancias, actuaría siempre como una niña mimada que grita y patalea hasta que su madre viene a enjugarle las lágrimas.

NOTAS - Abril

Los ocho dichos fechados en abril de 1897 son expresión principalmente de la experiencia adquirida por Teresa en la formación de las novicias. Estas palabras tienen una gran semejanza con las de los «Consejos y Recuerdos» publicados en la *Historia de un alma*.

Las escasas cartas de la familia (UC pp. 604-606) dan fe de una reiterada aplicación de vegigatorios, que no logran cortar la tos. Hacia finales de mes, se registran varias hemoptisis por la mañana. El estado general es muy precario.

1 Cf Ms C 36rº y RP 4.

2 Idéntico sentido del deber en Ms C 23vº; CA 18.4.1 y 18.4.4.

3 En diciembre de 1896; cf Ms C 13rº.

4 La hermana ecónoma, que entonces lo era la madre Inés de Jesús.

5 Religiosa que acompañaba a la procuradora cuando ésta hacía entrar obreros en clausura. Teresa fue «tercera de la procuradora» (13.7.18) en junio-julio de 1893 (CG p. 728+g).

6 Fórmula de trato que, hasta hace poco tiempo, era habitual entre las carmelitas, en vez del tú o del usted. La conservamos porque, a nuestro entender, es la que mejor traduce el sentido de la frase [N. del T.].

7 Cf Cta 141,2vº. La madre Inés morirá el 28 de julio de 1951 al cabo de varios días de coma.

8 Cf Cta 204, n. 2.

9 La misma línea de conducta en Ms C 24rº.

1 de mayo

1.5.1

No es «la muerte» quien vendrá a buscarme, será Dios. La muerte no es un fantasma ni un espectro horrible, como se la representa en las estampas. En el catecismo se dice que la «la muerte es la separación del alma y el cuerpo», ¡no es más que eso <1>!

1.5.2

Hoy he tenido el corazón totalmente inundado de paz celestial. ¡Había rezado tanto ayer noche a la Santísima Virgen, pensando que su hermoso mes iba a comenzar!

Tú no estabas esta noche en la recreación. Nuestra Madre nos dijo que uno de los misioneros <2> que se embarcaron con el P. Roulland <3> había muerto antes de llegar a la misión. Este joven misionero había comulgado en el navío con las hostias del Carmelo que le dimos al P. Roulland... Y ahora ha muerto sin haber hecho ningún apostolado, sin haberse tomado ninguna molestia, por ejemplo la de aprender el chino. Dios le ha concedido el martirio de deseo; ya ves cómo El no necesita de nadie.

Yo no sabía entonces que la madre María de Gonzaga le había dado por segundo hermano espiritual al P. Roulland. Lo que acabo de referir se lo había escrito a ella el P. R., pero como nuestra Madre le había prohibido decírmelo, sólo me habló de lo que había oído en la recreación...

Para ella constituyó un gran sacrificio este silencio, de cerca de dos años, sobre sus relaciones con dicho misionero <4>...

Nuestra Madre le había pedido que pintase para él una estampa en pergamino. Como yo era su primera de oficio en la pintura, hubiera podido aprovechar la ocasión para pedirme consejo y así hacerme adivinar todo el asunto. Pero, muy al contrario, se ocultaba de mí lo mejor que podía y venía a buscar a hurtadillas ―lo supe más tarde― el bruñidor para sacar brillo al oro, que yo guardaba en mi mesa. Luego lo devolvía cuando yo no estaba.

Sólo tres meses antes de su muerte le dijo nuestra Madre, por propia iniciativa, que me hablase libremente sobre ese tema y sobre cualquier otro.

7 de mayo

7.5.1

7 de la mañana

Hoy es día de licencia <5>. Mientras me vestía, he cantado «Mi alegría» <6>

7.5.2

Nuestra familia no permanecerá mucho tiempo en la tierra... Cuando yo esté en el cielo, os llamaré muy pronto... ¡Y qué felices seremos! Todas nosotras hemos nacido coronadas...

7.5.3.

¡Toso! ¡Toso! Hago como la locomotora de un tren cuando llega a la estación. Yo también estoy llegando a una estación: a la estación del cielo, ¡y lo anuncio!

9 de mayo

9.5.1

Podemos decir muy bien, sin vanagloria, que hemos recibido gracias y luces muy especiales. Vivimos en la verdad; vemos las cosas bajo su verdadera luz.

9.5.2

A propósito de esos sentimientos que una a veces no puede evitar, cuando, después de haber prestado un servicio, no se recibe ninguna muestra de gratitud.

Te aseguro que también yo experimento ese sentimiento de que me hablas. Pero no me dejo nunca atrapar por él, pues no espero ninguna recompensa aquí en la tierra: lo hago todo por Dios; y de esta manera, nada puedo perder y siempre me doy por bien pagada del trabajo que me tomo por servir al prójimo.

9.5.3

Si, por un imposible, ni el mismo Dios viese mis buenas acciones, no me afligiría por ello lo más mínimo. Le amo tanto, que quisiera darle gusto sin ni que él mismo supiese que soy yo <7>. Al verlo y al saberlo, está como obligado a «pagármelo», y yo no quisiera causarle esa molestia...

15 de mayo

15.5.1

Me siento muy contenta de irme pronto al cielo. Pero cuando pienso en aquellas palabras del Señor: «Traigo conmigo mi salario, para pagar a cada uno según sus obras», me digo a mí misma que en mi caso Dios va a verse en un gran apuro: ¡Yo no tengo obras! Así que no podrá pagarme «según mis obras»... Pues bien, me pagará «según sus propias obras...»

15.5.2

Me he formado una idea tan alta del cielo, que a veces me pregunto cómo se las arreglará Dios, después de mi muerte, para sorprenderme. Mi esperanza es tan grande y es para mí motivo de tanta alegría ―no por el sentimiento, sino por la fe―, que necesitaré algo por encima de todo pensamiento para saciarme plenamente. Preferiría vivir en eterna esperanza a sentirme decepcionada.

En fin, pienso ya desde ahora que, si no me siento suficientemente sorprendida, aparentaré estarlo por complacer a Dios. No habrá peligro alguno de que le haga ver mi decepción; sabré ingeniármelas para que él no se dé cuenta. Por lo demás, me las arreglaré siempre para ser feliz. Para lograrlo, tengo mis pequeños trucos, que tú ya conoces y que son infalibles... Además, con sólo ver feliz Dios bastará para que yo me sienta plenamente feliz.

15.5.3

Le había hablado de ciertos ejercicios de devoción y de perfección aconsejados por los santos y que a mí me desanimaban.

Yo ya no encuentro nada en los libros, a no ser en el Evangelio <8>. Este libro me basta. Escucho con verdadera delicia estas palabras de Jesús que me dicen todo lo que tengo que hacer: «Aprended de mí, que soy mando y humilde de corazón»; y encuentro la paz, según su promesa: «... y encontraréis descanso para vuestras almas».

Esta última frase me la dijo levantando los ojos con una expresión celestial. Añadió la palabra «pequeñas» a la frase de Nuestro Señor, lo cual le dio todavía más encanto:

«... y encontraréis descanso para vuestras *pequeñas* almas...»

15.5.4

Le habían dado un hábito nuevo (el que aún se conserva). Se lo había puesto por primera vez en Navidad de 1896. Este hábito, el segundo después de su toma de hábito, le caía muy mal. Le pregunté si eso la disgustaba:

¡Ni pizca! No más que si fuese el de un chino, allá a 2.000 leguas de nosotras.

15.5.5

Echo a mis pajaritos, a derecha y a izquierda, los granos buenos que Dios pone en mi manita. Y luego, ¡que sea lo que Dios quiera! No vuelvo a ocuparme más de ello. Unas veces, es como si no hubiera echado nada; otras, ayuda. Pero Dios me dice: «Da, da siempre, sin preocuparte del resultado».

15.5.6

Me encantaría ir a Hanoi <10> para sufrir mucho por Dios. Quisiera ir allá para estar completamente sola, para no tener consuelo alguno en la tierra. En cuanto a la idea de ser útil allí, ni siquiera se me pasa por el pensamiento, estoy completamente segura de que no haría absolutamente nada.

15.5.7

En realidad, me da igual vivir que morir. No entiendo bien qué podré tener después de la muerte que no tenga ya en esta vida. Veré a Dios, es cierto, pero en cuanto a estar con él, ya lo estoy completamente en la tierra <11>.

18 de mayo

18.5.1

Me han liberado de todos los oficios. Y pensé que mi muerte no causaría el menor trastorno a la comunidad.

¿Te apena el pasar por un miembro inútil ante las hermanas?

No, ésa es la menor de mis preocupaciones, ¡me da exactamente igual!

18.5.2

Al verla tan enferma, había hecho todo lo posible para conseguir que nuestra Madre la dispensase de rezar los oficios de difuntos.

Por favor, no me impidas rezar mis «pequeños» oficios de difuntos. Es lo único que puedo ya hacer por las hermanas que están en el purgatorio, y eso no me cansa lo más mínimo. A veces, al final del silencio <13>, tengo un momentito libre, y eso más bien me relaja.

18.5.3

Necesito tener siempre algo que hacer; de esa manera, no estoy preocupada ni pierdo nunca el tiempo.

18.5.4

Había pedido a Dios poder seguir los actos de comunidad hasta mi muerte. ¡Pero él no quiere! Estoy segura de que podría muy bien asistir a todos los oficios divinos, no moriría por ello ni un minuto antes. A veces pienso que, si no hubiera dicho nada, no me creerían enferma.

19 de mayo

19.5.

¿Por qué estás hoy tan alegre?

Porque esta mañana he tenido dos «pequeñas» penas. ¡Muy agudas, sí...! Nada como las «pequeñas» penas me produce «pequeñas» alegrías...

20 de mayo

20.5.1

Me dicen que tendré miedo a la muerte. Puede ser. No hay nadie aquí que desconfíe más que yo de sus sentimientos. Yo nunca me apoyo en mi parecer; sé muy bien cuán débil soy. Pero quiero disfrutar del sentimiento que Dios me da ahora. Siempre habrá tiempo de sufrir por lo contrario <14>.

20.5.2

Le estaba enseñando su fotografía:

Sí, pero... eso es el sobre. ¿Cuándo se podrá ver la carta? ¡Cuánto me gustaría ver la carta <15>...

Del 21 al 26 de mayo

21/26.5.1

Teófano Vénard <16> me gusta todavía más que san Luis Gonzaga, porque la vida de san Luis Gonzaga es extraordinaria, y la suya totalmente ordinaria. Además, es él quien habla, mientras que en caso del santo es otro el que escribe y el que le hace hablar; ¡y entonces, no se sabe casi nada de su «pequeña» alma!

Teófano Vénard quería mucho a su familia, y yo también quiero mucho a mi «pequeña» familia. No entiendo a los santos que no quieren a su familia... ¡Sí, a mi pequeña familia de aquí, yo la quiero mucho! Quiero mucho, mucho a mi Madrecita.

21/26.5.2

Voy a morir pronto, pero ¿cuándo? Sí, ¿cuándo...? ¡Nunca acaba de llegar! Soy como un niñito al que se le está prometiendo siempre un pastel: se lo enseñan desde lejos, y luego, cuando él se acerca para cogerlo, retiran la mano... Pero, en el fondo, estoy totalmente resignada a vivir, a morir, a recobrar la salud o a ir a Cochinchina, si Dios así lo quiere.

21/26.5.3

Después de mi muerte, no hace falta que me rodeéis de coronas, como a la madre Genoveva <18>. A las personas que quieran traerlas, podréis decirles que prefiero que empleen ese dinero en rescatar a algunos negritos. Eso sí que me gustaría.

21/26.5.4

Hace algún tiempo, sentía mucho tomar remedios caros; pero al presente no me preocupa lo más mínimo, al contrario. Es así desde que leí en la vida de santa Gertrudis que ella se alegraba en su interior, diciéndose que todo redundaría en provecho de los que nos hacen el bien. Y se apoyaba ene estas palabras de Nuestro Señor: "¡Todo lo que hicisteis con uno de mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis!".

21/26.5.5

Estoy convencida de la inutilidad de los remedios que tomo para curarme; pero me las he arreglado con Dios para que haga que se aprovechen de ellos los pobres misioneros enfermos que no tienen ni tiempo ni medios para curarse. Le pido que los cure a ellos, en vez de a mí, por medio de los medicamentos y del reposo que a mí me obligan a tomar.

21/26.5.6

Me ha repetido tantas veces que soy valiente, y esto responde tan poco a la verdad, que me he dicho a mí misma: ¡Qué se va a hacer, no hay que dejar por mentiroso a todo el mundo! Y me he puesto, con la ayuda de la gracia, a trabajar por adquirir esa valentía. He hecho como el guerrero, que, al oírse felicitar por su bravura, sabiendo muy bien que no es más que un cobarde, acaba por sentir vergüenza de los elogios y quiere merecerlos.

21/26.5.7

Cuando esté en el cielo, ¡cuántas gracias pediré para ti! Sí, importunaré tanto a Dios, que si al principio quisiera negarse a lo que le pido, mi insistencia lo obligará a satisfacer mis deseos. Esta historia está en el Evangelio.

21/26.5.8

...Si los santos me demuestran menos cariño que mis hermanitas, será muy duro para mí..., y me iré a llorar en un rinconcito...

21/26.5.9

Los santos inocentes no serán niñitos en el cielo; sólo tendrán los encantos indefinibles de la infancia <19>. Se los representa como "niños" porque nosotros tenemos necesidad de imágenes para comprender las cosas del espíritu.

...Sí, yo espero unirme a ellos. Si quieren, seré su pajecito y llevaré la cola de sus trajes...

21/26.5.10

Si no tuviese esta prueba del alma <20>, que no se puede comprender, estoy segura que moriría de alegría al pensar que pronto dejaré la tierra.

Del 21 al 26 de mayo <*>

21/26.5.11*

Esta noche estaba un poco triste, preguntándome si Dios estaría realmente contento de mí. Pensaba en que cada una de las hermanas diría de mí, si se lo preguntasen. Una diría: «Es un alma buena, puede llegar a ser santa». Otra: «Es muy amable, muy piadosa, pero esto..., y lo de más allá...». Y otras tendrían también otros pareceres; muchas me juzgarían muy imperfecta, lo cual es verdad... Mi Madrecita me quiere tanto, que el amor la ciega, así que no puedo creerla. ¿Y quién me dirá lo que piensa Dios? Estaba en estos pensamientos cuando me llegó tu billetito. Me decías que todo en mí te gustaba, que Dios me amaba de manera muy especial, que él no me había hecho subir como a las demás la áspera escalera de la perfección sino que me había puesto en un ascensor para que llegase antes a Él <21>. Todo eso me emocionaba, pero el pensamiento de que tu amor te hacía ver lo que en realidad no existía me impedía gozar en plenitud. Entonces tomé en mis manos el Evangelio, pidiendo a Dios que me consolase, que él mismo me respondiera... Y he aquí que mis ojos se posaron en este pasaje que nunca me

había llamado la atención: «El que Dios envió habla las palabras de Dios, porque no le comunicó su Espíritu con medida». Entonces derramé lágrimas de alegría, y esta mañana, al despertarme, me encontraba todavía inundada de gozo. Eres tú, Madrecita querida, la que Dios me ha enviado, eres tú quien me educó, eres tú quien me ha traído al Carmelo; todas las grandes gracias de mi vida las he recibido a través de ti. Por eso, tú dices las mismas cosas que Dios, y ahora creo que Dios está muy contento de mí, ya que tú me lo dices.

(*) Ya no recuerdo la fecha exacta.

26 de mayo

― Víspera de la Ascensión. ―

Esta mañana, durante la procesión <22>, estaba y en la ermita de san José y miraba de lejos por la ventana a la comunidad en la huerta. Era fantástica esa procesión de religiosas con capas blancas; me hacía pensar en el cortejo de las vírgenes en el cielo. Al doblar el paseo de los castaños, os veía a todas medio tapadas por las altas hierbas y por los capullos dorados del prado. Era cada vez más delicioso.

Y de pronto, entre esas religiosas veo a una, de las más elegantes, que mira hacia mí y se inclina sonriendo para hacerme una seña de que me había visto. ¡Era mi Madrecita! Inmediatamente me acordé de mi sueño: la sonrisa y las caricias de la madre Ana de Jesús <23>, y sentí que me invadía la misma impresión de dulzura que entonces. Y pensé: ¡De modo que los santos me conocen, me aman, me sonríen desde lo alto y me invitan a reunirme con ellos!

Entonces se me saltaron las lágrimas... Hace muchos años que no había llorado tanto. ¡Y qué dulces eran esas lágrimas!

27 de mayo

27.5.1

― Ascensión ―

Yo quiero un «circular» <24>, porque siempre he pensado que deberé corresponder al oficio de difuntos que cada carmelita dirá por mí. No comprendo muy bien cómo hay quienes no quieren circular; es tan hermoso conocerse, saber un poco con quiénes vamos a vivir eternamente.

27.5.2

No tengo absolutamente ningún miedo a los últimos combates, ni a los sufrimientos de la enfermedad, por grandes que sean. Dios me ha socorrido siempre, me ha ayudado y me ha llevado de la mano desde mi más tierna

infancia..., cuento con él. Estoy segura de que continuará ayudándome hasta el fin. Tal vez llegue a no poder más, pero nunca tendré demasiado, de esto estoy segura.

27.5.3

No sé cuándo moriré, pero creo que será pronto. Tengo muchas razones para esperarlo así.

27.5.4

No deseo más morir que vivir. Es decir: si tuviese que escoger, preferiría morir; pero como es Dios quien escoge por mí, prefiero lo que quiera él. Me gusta siempre lo que él hace <25>.

27.5.5

Que no piensen que, si me curo, eso me va a desconcertar o desbaratar mis humildes planes. ¡En absoluto! La edad no es nada a los ojos de Dios, y yo me las arreglaré para seguir siendo una niña aunque viva mucho tiempo <26>.

27.5.6

Siempre miro el lado bueno de las cosas. Hay quienes se lo toman todo de la manera que más les hace sufrir. A mí me ocurre todo lo contrario. Cuando no tengo más que el sufrimiento puro, cuando el cielo se vuelve tan negro que no veo ni un solo claro entre las nubes, pues bien, hago de ello mi alegría... ¡Me pavoneo <27>! Como en las humillaciones de papá <28>, que hacen que me sienta más gloriosa que una reina.

27.5.7

¿Te has fijado, en la lectura del refectorio, en esa carta dirigida a la madre de san Luis Gonzaga, en la que se dice de él que no habría podido aprender más ni ser más santo aunque hubiera llegado a la edad de Noé <29>?

27.5.8

A propósito de su muerte.

Soy como una persona que, al tener un billete de lotería, tiene más posibilidades de que le toque que otra que no lo tiene. Sin embargo, tampoco ella está segura de conseguir un premio. A fin de cuentas, yo tengo un billete, que es mi enfermedad, y puedo abrigar esperanzas.

27.5.9

Me acuerdo de una vecinita de los Buissonnets, de 3 años de edad, que, al oír que las otras niñas la llamaban, decía a su madre: "¡Mamá, me necesitan *allí*!, déjame ir, por favor..., ¡"me necesitan *allí*...!

Pues bien, me parece que hoy los angelitos me llaman, y yo te digo como aquella niñita: «¡Déjame partir, me necesitan *allí*!».

No los oigo, pero los siento.

27.5.10

Cuando hacia el mes de noviembre <30> se había proyectado mi partida para Tonkín, ¿te acuerdas que comenzamos una novena a Teófano Vénard para obtener una señal de la voluntad de Dios? En aquel entonces y volvía a asistir a todos los actos de comunidad, incluso a Maitines. Pues bien, justo durante la novena comencé de nuevo a toser, y desde entonces sólo voy de mal en peor. Es él quien me llama. Me gustaría mucho tener su retrato. Es un alma que me encanta. San Luis Gonzaga estaba serio incluso en la recreación, pero Teófano Vénard estaba siempre alegre.

Por aquellos días estábamos leyendo en el refectorio la vida de san Luis Gonzaga.

29 de mayo

29.5

Botones de fuego por segunda vez. Por la noche yo estaba triste, y abrí el Evangelio delante de ella para consolarme. Mis ojos se posaron sobre estas palabras, que le leí: «Ha resucitado, no está aquí, mirad el sitio donde lo pusieron».

¡Sí, así es! En efecto, yo ya no soy, como en mi infancia, accesible a cualquier sufrimiento. Estoy como resucitada, no estoy ya en el sitio en que me creen... ¡Pero no te aflijas por mí! He llegado a no poder ya sufrir, porque cualquier sufrimiento me resulta agradable.

30 de mayo

30.5.1

Ese día, se le dio permiso para que me contara su vómito de sangre del Viernes Santo de 1896. Como le manifesté mi gran pesar por no haber sido avisada ensegudejarse ablandar hasta el punto de acongojarse por haber causado dolor, por ver sufrir y llorar. Correr tras la afligida para consolarla es hacerle más daño que provecho. Dejarla consigo misma es obligarla a recurrir a Dios para reconocer sus faltas y humillarse <9>. De otra manera, se acostumbraría a recibir consuelo después de una reprimenda merecida y, en las mismas circunstancias, actuaría siempre como una niña mimada que grita y patalea hasta que su madre viene a enjugarle las lágrimas.

NOTAS - Abril

Los ocho dichos fechados en abril de 1897 son expresión principalmente de la experiencia adquirida por Teresa en la formación de las novicias. Estas palabras tienen una gran semejanza con las de los «Consejos y Recuerdos» publicados en la *Historia de un alma*.

Las escasas cartas de la familia (UC pp. 604-606) dan fe de una reiterada aplicación de vegigatorios, que no logran cortar la tos. Hacia finales de mes, se registran varias hemoptisis por la mañana. El estado general es muy precario.

1 Cf Ms C 36rº y RP 4.

2 Idéntico sentido del deber en Ms C 23vº; CA 18.4.1 y 18.4.4.

3 En diciembre de 1896; cf Ms C 13rº.

4 La hermana ecónoma, que entonces lo era la madre Inés de Jesús.

5 Religiosa que acompañaba a la procuradora cuando ésta hacía entrar obreros en clausura. Teresa fue «tercera de la procuradora» (13.7.18) en junio-julio de 1893 (CG p. 728+g).

6 Fórmula de trato que, hasta hace poco tiempo, era habitual entre las carmelitas, en vez del tú o del usted. La conservamos porque, a nuestro entender, es la que mejor traduce el sentido de la frase [N. del T.].

7 Cf Cta 141,2vº. La madre Inés morirá el 28 de julio de 1951 al cabo de varios días de coma.

8 Cf Cta 204, n. 2.

9 La misma línea de conducta en Ms C 24rº.

1 de mayo

1.5.1

No es «la muerte» quien vendrá a buscarme, será Dios. La muerte no es un fantasma ni un espectro horrible, como se la representa en las estampas. En el catecismo se dice que la «la muerte es la separación del alma y el cuerpo», ¡no es más que eso <1>!

1.5.2

Hoy he tenido el corazón totalmente inundado de paz celestial. ¡Había rezado tanto ayer noche a la Santísima Virgen, pensando que su hermoso mes iba a comenzar!

Tú no estabas esta noche en la recreación. Nuestra Madre nos dijo que uno de los misioneros <2> que se embarcaron con el P. Roulland <3> había muerto antes de llegar a la misión. Este joven misionero había comulgado en el navío con las hostias del Carmelo que le dimos al P. Roulland... Y ahora ha muerto sin haber hecho ningún apostolado, sin haberse tomado ninguna molestia, por ejemplo la de aprender el chino. Dios le ha concedido el martirio de deseo; ya ves cómo El no necesita de nadie.

Yo no sabía entonces que la madre María de Gonzaga le había dado por segundo hermano espiritual al P. Roulland. Lo que acabo de referir se lo había escrito a ella el P. R., pero como nuestra Madre le había prohibido decírmelo, sólo me habló de lo que había oído en la recreación...

Para ella constituyó un gran sacrificio este silencio, de cerca de dos años, sobre sus relaciones con dicho misionero <4>...

Nuestra Madre le había pedido que pintase para él una estampa en pergamino. Como yo era su primera de oficio en la pintura, hubiera podido aprovechar la ocasión para pedirme consejo y así hacerme adivinar todo el asunto. Pero, muy al contrario, se ocultaba de mí lo mejor que podía y venía a buscar a hurtadillas ―lo supe más tarde― el bruñidor para sacar brillo al oro, que yo guardaba en mi mesa. Luego lo devolvía cuando yo no estaba.

Sólo tres meses antes de su muerte le dijo nuestra Madre, por propia iniciativa, que me hablase libremente sobre ese tema y sobre cualquier otro.

7 de mayo

7.5.1

7 de la mañana

Hoy es día de licencia <5>. Mientras me vestía, he cantado «Mi alegría» <6>

7.5.2

Nuestra familia no permanecerá mucho tiempo en la tierra... Cuando yo esté en el cielo, os llamaré muy pronto... ¡Y qué felices seremos! Todas nosotras hemos nacido coronadas...

7.5.3.

¡Toso! ¡Toso! Hago como la locomotora de un tren cuando llega a la estación. Yo también estoy llegando a una estación: a la estación del cielo, ¡y lo anuncio!

9 de mayo

9.5.1

Podemos decir muy bien, sin vanagloria, que hemos recibido gracias y luces muy especiales. Vivimos en la verdad; vemos las cosas bajo su verdadera luz.

9.5.2

A propósito de esos sentimientos que una a veces no puede evitar, cuando, después de haber prestado un servicio, no se recibe ninguna muestra de gratitud.

Te aseguro que también yo experimento ese sentimiento de que me hablas. Pero no me dejo nunca atrapar por él, pues no espero ninguna recompensa aquí en la tierra: lo hago todo por Dios; y de esta manera, nada puedo perder y siempre me doy por bien pagada del trabajo que me tomo por servir al prójimo.

9.5.3

ado. No nos cansábamos de mirarla y de escuchar sus dulces palabras.

Le he pedido a la Santísima Virgen no seguir estando amodorrada y enajenada, como me encontraba todos estos días; me daba cuenta de que eso te apenaba. Y esta noche me ha escuchado.

¡Hermanitas mías, qué feliz me siento! Veo que voy a morir pronto, ahora estoy segura de ello.

No os extrañéis si no me aparezco a vosotras después de la muerte y si no veis ninguna cosa extraordinaria como señal de mi felicidad. Acordaos de que mi «caminito» es no desear ver nada <1>. Sabéis bien lo que tantas veces he dicho a Dios, a los ángeles y a los santos:

que no es mi deseo
aquí en la tierra verles <2>...

Los ángeles vendrán a buscarte, dijo sor Genoveva. ¡Cómo nos gustaría verlos!

No creo que los veáis, pero no por eso dejarán de estar allí...

Sin embargo, por complaceros, me gustaría tener una hermosa muerte. Se lo he pedido a la Santísima Virgen. No se lo he pedido a Dios porque quiero dejarle hacer lo que él quiera. Pedirle a la Santísima Virgen no es lo mismo. Ella sabe bien lo que ha de hacer con mis pequeños deseos, si tiene que decirlos o no... En definitiva, ella es la que tiene que juzgar, para no obligar a Dios a escucharme, para dejarle hacer en todo su voluntad.

Esta noche he logrado poder consolaros un poco y estar muy amable, pero no debéis esperar verme así en el momento de la muerte... ¡No lo sé! Quizás, de repente, la Santísima Virgen ha hecho esto por su cuenta, sin decírselo a Dios; y en ese caso, eso no prueba nada para más tarde.

No sé si iré al purgatorio, y no me preocupa en absoluto <3>; pero si voy, no lamentaré no haber hecho nada por evitarlo. Nunca me arrepentiré de haber trabajado únicamente por salvar almas. ¡Cuánto me alegra saber que N.M. santa Teresa pensaba lo mismo <4>!

Madrecita querida, si algún día vuelves a ser priora <5>, no te preocupes, ya verás cómo no te va a costar tanto como la otra vez. Estarás por encima de todo. Dejarás que piensen y que digan lo que quieran, cumplirás en paz con tu deber... etc. ... etc.

No hagas nunca nada por serlo, ni nada tampoco por no serlo... Por lo demás, te prometo que yo no dejaré que te elijan para serlo si eso es perjudicial para tu alma.

Cuando la abracé:

¡Ya lo he dicho todo! En especial a mi Madrecita, para más tarde...

Hermanitas, no os aflijáis si sufro mucho y si no veis en mí, como ya os he dicho, ninguna señal de felicidad en el momento de mi muerte. Nuestro Señor murió ciertamente víctima de amor, ¡y ya veis qué agonía fue la suya <6>...! Todo eso no significa nada.

(*) *Era durante la novena a Nuestra Señora de las Victorias para obtener su curación.*

4.6.2

Un poco más tarde, al verla sufrir otra vez mucho, le dije: «Bueno, deseabas sufrir; pues Dios no lo ha olvidado».

Deseaba sufrir y he sido escuchada. Desde hace varios días estoy sufriendo mucho. Una mañana, durante la acción de gracias después de la comunión, sentí unas angustias como de muerte... ¡y sin una pizca de consuelo!

4.6.3

Lo acepto todo por amor de Dios, hasta toda esa serie de pensamientos extravagantes que me vienen a la mente.

5 de junio

5.6.1

(Durante Maitines)

Madrecita, he visto que me quieres con un amor desinteresado. Pues bien, si yo sé que tú eres mi madrecita, ¡un día tú sabrás que yo soy tú hijita! ¡Sí, cuánto te quiero!

5.6.2

He vuelto a leer la obra que compuse sobre Juana de Arco <7>. En ella podrás ver cuáles son mis sentimientos sobre la muerte; todos están allí expresados. Te gustará. Pero no creas que me parezco a Juana de Arco cuando por un momento tuvo miedo... Ella se mesaba los cabellos <8>... Yo no me tiro de mis «pequeños» cabellos...

5.6.3

Madrecita, tú fuiste quien me preparó para la primera comunión <9>, prepárame ahora para morir...

5.6.4

Si una mañana me encuentras muerta, no sufras: será que papá Dios habrá venido a buscarme con la mayor sencillez. Sin duda es una gracia muy grande recibir los sacramentos; pero cuando Dios no lo permite, también está bien, todo es gracia.

6 de junio

6.6.1

Te agradezco que hayas pedido que me diesen una partícula de la sagrada hostia. Aun así me ha costado mucho pasarla. ¡Pero qué feliz me sentía de tener a Dios en mi corazón! He llorado como el día de mi primera comunión <10>.

6.6.2

El Sr. Youf <11> me ha dicho acerca de mis tentaciones contra la fe: «No se detenga usted en eso, es muy peligroso». No es muy consolador oír una cosa así, pero afortunadamente no me impresiono por ello. Pero estáte tranquila, que no voy a devanarme los «sesitos» atormentándome.

El Sr. Youf me ha dicho también: «¿Está usted resignada a morir?" Y yo le contesté: "Padre, me parece que sólo se necesita resignación para vivir; para morir, lo que yo siento es alegría».

6.6.3

Me pregunto cómo haré para morir. Sin embargo, quisiera salir de ese trance ¡«con honor»! En fin, creo que eso no depende de uno.

(Pensaba en nosotras)

6.6.4

Cuando era niña, los grandes acontecimientos de mi vida me parecían montañas inalcanzables. Al ver a las niñas hacer la primera comunión, me decía a mí misma: ¿Cómo haré yo en mi primera comunión...? Más tarde: ¿Cómo haré para entrar en el Carmelo...? Y luego: ¿para tomar el hábito?, ¿para hacer la profesión? ¡Actualmente, es para morir <12>!

6.6.5

«Voy a hacerte fotografiar para complacer a nuestra Madre»<13>. Sonrió con aire travieso:

Di más bien que es por ti... «¡Ciercecito, deja de soplar! No es por mí, es por mi compañero que no lleva chaqueta...».

Me recordaba con ello una historieta de auverneses que papá nos contaba. Le ponía entonación, y venía muy a cuento, pues el compañero, aparentemente tan caritativo, en realidad abogaba en su favor.

6.6.6

Por miedo a producirle náuseas, no queríamos decirle que el jarabe que tomaba era jarabe de caracoles, pero ella se dio cuenta y se rió de nuestros temores.

¡Qué me importa tomar jarabe de caracoles, con tal que no vea los cuernos! ¡Ahora como caracoles, como los patitos! Ayer hacía como las avestruces: ¡comía huevos crudos!

6.6.7

¡Te quiero mucho, mucho!

6.6.8

Le dije: «Los ángeles te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra». Respondió:

Sí, eso está bien para ahora mismo; pues más tarde, después de mi muerte, ¡¡¡ya no encontraré ningún obstáculo!!!

6.6.9

Tras la visita del Dr. de Cornière <14>, que la había encontrado mejor, le dije: «¿Estás triste?».

No, no... He encontrado en el Evangelio: «Pronto veréis al Hijo del Hombre sentado sobre las nubes del cielo».

Yo respondí: «¿Cuándo, Señor?». Y en la página de enfrente leí estas palabras: «Hoy mismo».

Pero todo esto... es para que no nos inquietemos por nada, ni por querer vivir ni morir...

Y unos instantes después:

¡Sin embargo, tengo muchas ganas de irme! Le digo a la Santísima Virgen que haga ella lo que quiera.

7 de junio

7.6.1

― Domingo ― <15>

Durante algún tiempo estuvo sentada a mi lado en el banco al fondo del cementerio. Al final, apoyó tiernamente la cabeza sobre mi pecho y cantó a media voz:

¿Olvidarme de ti, Madre querida?

¡No, no, jamás! <16>

Al bajar las escaleras, vio a la derecha, bajo el níspero, la gallinita blanca que tenía a todos sus polluelos recogidos bajo sus alas. Algunos sólo enseñaban su cabecita. Se paró a contemplarlos, muy pensativa. Al cabo de un poco, yo le hice señas de que era hora de volver. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dije: «¡Estás llorando!». Entonces se cubrió los ojos con la mano, llorando más todavía, y me respondió:

En este momento no puedo decirte por qué, estoy demasiado emocionada...

Por la noche, en su celda, me dijo con una expresión celestial:

He llorado al pensar que Dios escogió esa comparación para hacernos creer en su ternura. ¡Eso es lo que ha hecho conmigo durante toda mi vida! ¡Me ha escondido totalmente bajo sus alas...! Luego, al separarnos, lloraba mientras subía la escalera, sin poder ya contenerme, y tenía prisa por volver a la celda. Mi corazón rebosaba de amor y de gratitud.

7.6.2

Hoy hace diez años que papá me dio esta florecita blanca cuando le hablé por primera vez de mi vocación <17>.

(Y me enseñó la florecita).

7.6.3

Si no me hubieses educado bien, habrías visto cosas muy tristes <18>. Y no hubiera llorado hoy al ver la gallinita blanca...

8 de junio

8.6.1

Pronto vendréis todas conmigo; ¡ea, esto no durará mucho!

A sor María de la Trinidad, que le pedía que se acordase de ella en el cielo:

Aún no has visto más que el cascarón; pronto verás el pollito.

8.6.2

Le decía que yo no tenía ya apoyo alguno en la tierra.

¿Cómo que no? Sí que tienes un apoyo: me tienes a mí.

8.6.3

Habíamos hablado de esas largas enfermedades que con frecuencia cansan a las enfermeras, lo cual constituye un gran sufrimiento para las enfermas que se dan cuenta de ello.

Yo acepto seguir como estoy hasta el final de una vida muy muy larga. Y si eso le agrada a Dios, acepto incluso que «me tomen ojeriza».

9 de junio

9.6.1

Se dice en el Evangelio que Dios vendrá como un ladrón. A mí vendrá a robarme con gran delicadeza. ¡Cómo me gustaría ayudar al Ladrón!

9.6.2

¡Qué feliz me siento hoy!

― ¿Es que ha pasado ya la prueba <19>?

No, pero hay como una especie de tregua. Las serpientes malignas ya no silban en mis oídos...

9.6.3

¡Con qué paz dejo que digan a mi alrededor que estoy mejor! La semana pasada estaba levantada, y me creían muy enferma. Esta semana no puedo tenerme en pie, estoy agotada, ¡y mira por dónde me creen ya sana! ¡Pero qué importa!

― Sin embargo, ¿tú crees que morirás pronto?

Sí, espero irme pronto. La verdad es que no estoy mejor; me duele mucho el costado. Pero ―siempre lo diré― si Dios me cura, no sufriré la menor decepción.

A sor María del Sagrado Corazón, que le decía: «¡Qué tristes nos vamos a quedar cuando nos dejes!».

No, ya veréis, será como una lluvia de rosas <20>.

9.6.4

No tengo miedo al Ladrón... Lo veo a lo lejos y me guardo muy bien de gritar: ¡Al ladrón! Al contrario, lo llamo diciéndole: ¡Por aquí, por aquí!

9.6.5

Soy como un niñito en la estación del ferrocarril, que espera a sus papás para que lo suban al tren. ¡Pero ellos no vienen y el tren se va! Bueno, hay otros trenes y no todos los voy a perder...

10 de junio

10.6

Había mejorado, y le extrañaba. Tenía que esforzar por no dejarse llevar de la tristeza.

...La Santísima Virgen cumple bien mis encargos, ¡volveré a dárselos!

Le repito con frecuencia: «Dile que por mí nunca se moleste»<21>.

El ha comprendido, y eso es lo que hace. Yo ya no entiendo nada de mi enfermedad. ¡Ahora resulta que he mejorado! Sin embargo, me abandono y me siento feliz. ¡Qué sería de mí si abrigase la esperanza de morir pronto! ¡Cuántas decepciones! Pero no llevo ninguna, porque me contento con todo lo que Dios hace y sólo deseo su voluntad.

11 de junio

11.6.1

Había arrojado flores al San José de la huerta (al fondo del paseo de los castaños), diciendo con tono infantil y gracioso: «¡Toma!».

― ¿Por qué arrojas flores a san José? ¿Para obtener alguna gracia?

¡No...! Es por complacerle... Yo no quiero dar para recibir.

11.6.2

Para escribir mi «pequeña» vida <22>, no me devano los sesos. Es como si estuviera pescando a caña: escribo lo que me sale.

12 de junio

12.6.1

No me creen tan enferma como estoy en realidad. Por eso me resulta más penoso verme privada de la comunión y del oficio divino. Pero mejor que nadie se preocupe ya por eso. Yo sufría mucho por ello, y había pedido a la Santísima Virgen que arreglase las cosas para que nadie sufriese. Y me escuchó.

En cuanto a mí, no me importa que piensen o que digan lo que quieran. No veo razón para desconsolarme.

12.6.2

¡Mañana no comulgaré! ¡Y tantas niñas recibirán a Dios <23>!

(Había primeras comuniones en la parroquia de Santiago).

13 de junio

13.6

(En la huerta)

Me da la impresión de ser una tela atirantada en el bastidor para que la borden, y que nadie viene a bordarla. ¡Espero y espero! Pero en vano... En fin..., no es nada extraño: ¡los niñitos no saben lo que quieren!

Digo esto porque pienso en el Niño Jesús: él es quien me ha atirantado en el bastidor del sufrimiento para darse el gusto de bordarme y luego el de aflojarme para ir a mostrar allá arriba su precioso trabajo.

Cuando hablo del Ladrón, no me refiero al Niño Jesús, me refiero al Dios «grande».

14 de junio

14.6

Ultimo día de la novena <24>. Se encontraba mucho mejor, nuevo motivo de decepción para ella, que sin embargo me dijo con una sonrisa:

¡Soy una niña curada!

― ¿Y eso te entristece?

No..., momento a momento se puede soportar mucho.

15 de junio

15.6.1

El día 9, veía muy claramente a lo lejos el faro que me anunciaba el puerto del cielo, pero ahora ya no veo nada, tengo los ojos como vendados. Ese día veía al Ladrón; ahora ya no le veo en absoluto. Lo que me dicen sobre la muerte ya no penetra en mi interior; es como si resbalase sobre una losa. ¡Se acabó! La esperanza de la muerte se ha gastado. Sin duda es que Dios no quiere que piense en ella como antes de caer enferma. Entonces, ese pensamiento me era necesario y muy provechoso, y así lo sentía. Pero hoy ocurre lo contrario. Dios quiere que me abandone como un niñito que no se preocupa de lo que harán con él.

15.6.2

¿Estás cansada de ver que tu estado se prolonga? ¡Debes de estar sufriendo mucho!

Sí, pero «me place».

― ¿Por qué?

Porque «le place» a Dios.

(Empleaba esta palabra y algunas otras que no iban con su manera sencilla de expresarse normalmente, cuando quería encubrir su pensamiento de una manera que fuese entretenida para nosotras.

Había adoptado también ciertas expresiones ingenuas, de las que se servía en la intimidad, y que en sus labios tenían mucha gracia.)

15.6.3

No sé cuándo moriré; ya no tengo la menor confianza en la enfermedad. Aun cuando me administrasen los sacramentos, seguiría creyendo que aún puedo dar marcha atrás. No estaré realmente segura de que me ha llegado el turno hasta que haya dado el paso y me vea en los brazos de Dios.

15.6.4

(Por la noche)

¡Cómo me gustaría decirte algo agradable!

Sólo dime solamente si me olvidarás cuando estés en el cielo.

¡Si te olvidase, me parece que todos los santos me echarían del paraíso como a un búho feo! Madrecita, cuando esté allá arriba, "vendré y te llevaré conmigo, para que donde yo esté estés también tú".

15.6.5

Estoy contenta, no ofendo a Dios lo más mínimo durante mi enfermedad. Hace un poco, estaba yo escribiendo sobre la caridad (*en el cuaderno de su Vida* <25>), y con mucha frecuencia venían a interrumpirme; entonces, he procurado no impacientarme y poner en práctica lo que estaba escribiendo.

19 de junio*

19.6

Nuestra prima, la madre Margarita (superiora general en París de las religiosas Auxiliadoras del Inmaculado Corazón, enfermeras) me había enviado una preciosa canastilla repleta de lirios artificiales, para el día 21, fiesta de la madre María de Gonzaga. Le llevé la canastilla, diciéndole muy alegre: «¡Me la envía la Superiora General de las Auxiliadoras!».

Me respondió de repente, en un arranque y con cariño:

¡La Superiora General de mi corazón eres tú!

20 de junio

20.6

Le estaba enseñando las pequeñas fotografías de la Virgen Madre que yo había pintado para el santo de nuestra Madre <26>. Puso las manos sobre las miniaturas extendidas ante sus ojos y, separando los dedos, consiguió tocar todas las cabecitas del Niño Jesús. Entonces me dijo:

Los tengo a todos bajo mi dominio...

22 de junio

22.6

Estaba en la huerta, en el coche <27>. Cuando me acerqué a ella por la tarde, me dijo:

¡Qué bien que entiendo las palabras de Nuestro Señor a nuestra Madre santa Teresa! «¿Sabes, hija mía, quiénes son los que aman de verdad? Los que reconocen que todo lo que no se refiere a mí no es más que mentira» <28>.

¡Qué gran verdad me parece esto, Madrecita! Sí, fuera de Dios, todo es vanidad.

23 de junio

23.6

Le decía yo: «¡Ay, yo no tendré nada que dar a Dios a mi muerte: tengo las manos vacías! Y eso me entristece mucho.

Claro, tú no eres como «el bebé» <29> (*algunas veces se daba a sí misma este nombre*), que sin embargo se encuentra también en esas mismas condiciones... Aunque yo hubiese realizado todas las obras de san Pablo, seguiría creyéndome un «siervo inútil»; y eso es precisamente lo que constituye mi alegría, pues, al no tener nada, lo recibiré todo de Dios».

25 de junio

25.6.1

Fiesta del Sagrado Corazón.

La habíamos instalado en la biblioteca porque en su celda daba mucho el sol. Durante el sermón, había cogido un libro de la Propagación de la Fe. A continuación, me mostró un pasaje en el que se hablaba de la aparición de una hermosa Señora, vestida de blanco, al lado de un niño recién bautizado, y me dijo:

Más tarde, también yo iré así junto a los niños recién bautizados...

25.6.2

Durante el sermón he hecho novillos, sentía que era fiesta. No todos los días me puedo permitir eso. Considero mi cuaderno (*su Vida*) como mi *pequeña* tarea escolar.

26 de junio

26.6

Ayer me dolió mucho el costado, luego... ¡esta mañana cesó el dolor! ¡Ay, cuándo me iré con Dios! ¡Cómo me gustaría irme al cielo!

27 de junio

27.6

Cuando esté en el cielo, les diré a todos los santos tantas cosas hermosas sobre mi Madrecita, que les entrarán muchas ganas de llevársela. Estaré siempre con mi Madrecita; les pediré a los santos que vengan conmigo a los lóbregos sótanos para protegerla, y si no quieren, pues bueno, vendré yo solita.

Se refería con eso a una pequeña aventura que me había acaecido ese mismo día en la bodega de la sacristía.

29 de junio

29.6.1

... Mira lo que ha pasado: como yo estaba a punto de morir, los angelitos hicieron toda clase de hermosos preparativos para recibirme; pero se cansaron y se quedaron dormidos. ¡Ay, los niñitos duermen mucho!, no se sabe cuándo despertarán...

(Nos contaba con frecuencia historietas de éstas para distraernos de sus sufrimientos de alma y de cuerpo)<30>.

29.6.2

¡Me sentiré muy desdichada en el cielo si no puedo dar pequeñas alegrías en la tierra a los que amo!

29.6.3

Por la noche se acentuó más su prueba interior, y ciertos comentarios la habían hecho sufrir. Me dijo:

Mi alma está desterrada, el cielo está cerrado para mí, y aquí en la tierra, también la prueba.

... Ya veo que no me creen enferma, pero es Dios quien lo permite.

29.6.4

Estaré contenta en el cielo si compones unos bonitos versos para mí; me parece que eso les va a gustar los santos.

30 de junio

30.6.1

Le hablaba de ciertos santos que llevaron una vida extraordinaria, como san Simón Estilita <31>. Me dijo:

Yo prefiero a los santos que no tienen miedo a nada, como santa Cecilia, que se casa sin temer nada...

31.6.2

Mi tío había pedido que bajase con nosotras al locutorio, y, como de costumbre, ella no había hablado casi nada.

¡Qué acobardada me sentía con mi tío en el locutorio! Al volver, reñí mucho a una novicia, no me conocía a mí misma. ¡Qué contrastes hay en mi carácter! Mi timidez proviene del gran malestar que experimento cuando se ocupan de mí <32>.

NOTAS - Junio

Los primeros días del mes de junio están marcados por un empeoramiento brusco de la enferma. El día 5, víspera de Pentecostés, es grande la inquietud. La comunidad está consternada, y la madre priora empieza una novena a Nuestra Señora de las Victorias.

Para suplir la alimentación, que es casi nula, el médico prescribe un régimen a base de leche. Hasta el 15 de junio, Teresa habla una veintena de veces sobre su muerte como muy próxima. Luego, la situación se estabiliza: junio aparece como el mes de la espera dolorosa.

La madre Inés de Jesús consigue de la madre María de Gonzaga que Teresa complete su autobiografía. Así pues, a partir del 4 de junio la enferma consagra el resto de sus fuerzas a la redacción del Manuscrito C. Las que la rodean apenas sospechan que está redactando, a punta de pluma, su testamento espiritual que, a partir del año siguiente, llevará a cabo la conquista del mundo.

El lunes de Pentecostés, día 7 de junio, en previsión del santo de la madre María de Gonzaga, y *«en vista de la proximidad de mi muerte»* (Cta 258), sor Genoveva fotografió a su hermana en tres poses sucesivas, tres documentos de incomparable valor para la historia (cf VTL nn. 41, 42, 43). Dieciséis cartas o billetes de Teresa llevan la fecha de este mes de junio (Cta 233 a 248).

1 Cf nota 37 del mes de agosto.

2 **PN** 24,27.

3 Acerca del purgatorio cf 8.7.15; 30.7.3; Ms A 84rº/vº; Cta 226; **PN** 17,6; 23,8; UC p. 615; y deposiciones en los Procesos.

4 Cf SANTA TERESA DE JESÚS, C 3,6.

5 La madre Inés fue priora desde 1902 hasta su muerte (1951), con una interrupción de dieciocho meses en 1908-1909.

6 Cf 4.7.2. Y sobre la muerte de amor: Ms C 7vº/8rº; Cta 242 y 255; **PN** 17,14; 18,52; 24,26; 31,6; Or 6; CA 27.7.5; 15.8.1; 30.9 (Apéndice).

7 RP 3.

8 Teresa pudo leer este detalle en *Jeanne d'Arc* de H. Wallon, p. 343. Sobre el miedo de Juana de Arco ante la muerte, cf RP 3,16vº/19rº. Teresa volverá a evocar a su heroína en 20.7.6; 27.7.6; 10.8.4.

9 Cf Ms A 33rº.

10 Cf Ms A 35rº/vº.

11 El capellán del Carmelo.

12 Cf 6.6.3; 31.7.4; 29.9.2; 30.9 (Apéndice).

13 La madre María de Gonzaga, priora.

14 El médico.

15 Domingo de Pentecostés, en realidad el 6 de junio.

16 Pasaje de un canto de la época, titulado: *«Nous t'oublier, Mère cherie?»*

17 El 29 de mayo de 1887, día de Pentecostés; cf Ms A 50rº/vº.

18 Teresa escribió *«tistes»*, en vez de «tristes».

19 Cf la nota 20 del mes de mayo.

20 Comparación tomada de la *Histoire de saint Louis de Gonzaga* (que se estaba leyendo en el refectorio), p. 411.

21 **PN** 54,16.

22 El Manuscrito C.

23 Aunque todavía se levanta un poco, Teresa ya casi no asiste a Misa ni al Oficio divino (12.6.1). Pero su estado no se considera todavía lo suficientemente grave como para que el sacerdote entre en clausura a llevarle la Eucaristía.

24 En realidad, se terminó el domingo día 13.

25 Cf Ms C 17rº.

26 Fiesta de san Luis Gonzaga, el 21 de junio. Para esta ocasión Teresa compuso aún algunos versos: PS 6.

27 Coche de enfermo utilizado por el señor Martin y más tarde donado al Carmelo.

28 Sainte Thérèse d'Avila, *Vie par elle-même*, chap. XI. [Las palabras textuales de la Santa son: «¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí», y se encuentran en V 40,1. N. del T.]

29 Cf Cta 237, 254, 255, 257; CA 7.7.1; 29.7.8; 31.7.4; 2.8.5; 18.8.2; 19.8.4; 20.8.1; 21.8.2; 30.9. Pero a sor María del Sagrado Corazón Teresa le precisará: *«Un bebé que es un anciano»* (PA 231). En ese mismo sentido encontraremos *«infantil»* en **CA** 11.6.1; 10.7.3; 25.8.3; 5.9.1; 29.9.3. Pero, como se ha señalado (*Prières*, p. 129), en esa actitud no existe la más mínima cursilería.

30 Cf 9.7.9.

31 Santo del Oriente que vivió largos años en lo alto de una columna, y de ahí su nombre.

32 Cf Ms A 13rº/vº.

A.M.D.G.

[Image]

EL «CUADERNO AMARILLO» DE LA MADRE INES

JULIO DE 1897

2 de julio

Por la tarde, fue por última vez al oratorio a orar ante el Santísimo; pero estaba al límite de sus fuerzas. Yo la veía mirar largamente a la hostia, y adiviné que lo hacía sin experimentar ningún consuelo pero con una gran paz en el fondo del alma.

Recuerdo que por la mañana, después de Misa, cuando la comunidad se dirigía al oratorio para la acción de gracias, nadie pensó en sostenerla. Caminaba muy despacito, arrimada a la pared. No me atreví a ofrecerle el brazo.

3 de julio

3.7.1

Había muerto una de nuestras amigas <1>, y el doctor de Cornière había hablado delante de ella de su enfermedad, una especie de tumor que no había podido definir exactamente. Aquel caso le interesaba vivamente desde el punto de vista médico. «Qué lástima ―dijo― que no haya podido hacerle la autopsia!».

Ella me dijo más tarde:

¡Ay, así de indiferentes somos los unos con los otros en la tierra! ¿Se diría eso mismo si se tratase de una madre o de una hermana? ¡Qué ganas tengo de irme de este triste mundo!

3.7.2

Le confiaba mis sentimientos de tristeza y desaliento después de una falta.

... Tú no haces como yo. Cuando yo cometo una falta que me pone triste, sé muy bien que esa tristeza es la consecuencia de mi debilidad. ¿Pero crees que me quedo en eso? ¡No, no soy tan tonta! Corro a decirle Dios: Dios mío, sé que he merecido este sentimiento de tristeza, pero déjame que te lo ofrezca igualmente como una prueba que me envías con amor. Lamento mi pecado, pero me alegro de poder ofrecerte este sufrimiento.

3.7.3

¿Cómo es que deseas morir con esa prueba contra la fe que nunca acaba?

¡Ya! ¡Pero creo en el Ladrón! Es sobre el cielo sobre lo que recaen todas las dudas. ¡Qué extraño e incoherente!

3.7.4

Como la leche le sentaba mal y de momento no podía tomar ninguna otra cosa, el Sr. de C.<2> había prescrito una especie de leche condensada que se vendía en las farmacias con el nombre de "leche maternizada". Por diversas razones, esta prescripción la apenó, y cuando vio llegar las botellas se echó a llorar a lágrima viva.

Por la tarde sintió necesidad de desahogarse, y nos dijo con expresión triste y dulce a la vez:

Necesito un alimento para el alma; leedme la vida de un santo.

¿Quieres la vida de san Francisco de Asís? Te distraerá cuando habla de los pajarillos.

No, no para distraerme, sino para ver ejemplos de humildad.

3.7.5

Cuando estés muerta, te pondrán una palma en la mano <3>.

Si, pero tendré que poder soltarla cuando quiera, para poder dar a mi Madrecita gracias a manos llenas. Tengo que poder hacer todo lo que me guste.

3.7.6

(Por la noche)

¡Hasta los santos me abandonan! Durante Maitines le pedí a san Antonio que me ayudase a encontrar el pañuelo que había perdido. ¿Crees que me ha escuchado? ¡Se guardó <4> muy bien de hacerlo! Pero no importa: le he dicho que, a pesar de todo, lo quiero mucho.

3.7.7

Durante Maitines, veía brillar las estrellas, y además escuchaba el Oficio divino. Y me gustaba.

(La ventana de su celda estaba abierta.)

4 de julio

4.7.1

Dios me ha ayudado y he superado mi tristeza a propósito de la leche maternizada...

4.7.2

(Por la noche)

Nuestro Señor murió en la cruz entre angustias, y sin embargo la suya fue la más hermosa muerte de amor. Es la única que se ha visto; la de la Santísima Virgen no se vio. Morir de amor <5> no es morir entre arrobamientos. Te lo confieso francamente: me parece que eso es lo que yo estoy viviendo.

4.7.3

¡Presiento que vas a sufrir mucho!

¿Y qué importa? El sufrimiento podrá llegar a límites extremos, pero estoy segura de que Dios nunca me abandonará.

4.7.4

Estoy muy agradecida al P. Alejo <6>, me ha hecho mucho bien. El P. Pichon <7> me trataba demasiado como a una niña; con todo, también él me hizo mucho bien cuando me dijo que no había cometido ningún pecado mortal.

5 de julio

5.7.1

Le hablaba de mis debilidades, y me dijo:

También yo tengo debilidades, pero me alegro de ello. Tampoco yo estoy siempre por encima de las naderías de la tierra. Por ejemplo, si me da rabia por una tontería que he dicho o que he hecho, me recojo en mi interior y me digo a mí misma: ¡Vaya, sigo todavía en el mismo punto que antes! Pero me lo digo con gran suavidad y sin tristeza. ¡Es tan bueno sentirse uno débil y pequeño!

5.7.2

No estés triste por verme enferma, Madrecita, pues ya vez lo feliz que me hace Dios. Yo estoy siempre alegre y contenta <8>.

5.7.3

Después de mirar una estampa que representaba a Nuestro Señor con dos niñitos, el más pequeño de los cuales está sobre sus rodillas y el otro a sus pies, besándole la mano:

Yo soy ese pequeñito que se ha subido a las rodillas de Jesús, que estira tan graciosamente su piernecita, que levanta la cabecita y le acaricia sin temor. El otro pequeño no me gusta tanto. Se comporta como una persona mayor; le han dicho algo..., sabe que hay que tratar con respeto a Jesús...

6 de julio

6.7.1

Acababa de expectorar sangre. Yo le dije: ¿Así que vas a dejarnos?

¡Qué va! El Sr. abate <9> me ha dicho: «Será para ti un gran sacrificio dejar a tus hermanas» Yo le he contestado: «Pero, Padre, creo que no las dejaré; al contrario, después de mi muerte estaré mucho más cerca de ellas» <10>.

6.7.2

Creo que ante la muerte tendré que tener la misma paciencia que para los demás acontecimientos importantes de mi vida. Fíjate: entré joven en el Carmelo, y, sin embargo, cuando todo estaba ya decidido, tuve que esperar tres meses; para la toma de hábito, lo mismo; para la profesión, otra vez lo mismo <11>. Pues bien, para mi muerte será también lo mismo: llegará pronto, pero tendré todavía que esperar.

6.7.3

Cuando esté en el cielo, me acercaré a Dios, como la sobrinita de sor Isabel <12> ante la reja del locutorio. Ya sabes, cuando recitaba su felicitación y terminaba con una reverencia, levantando los brazos y diciendo: "Felicidad para todos los que amo".

Dios me preguntará: "¿Qué quieres, hijita?" Y yo contestaré: "Felicidad para todos los que amo". Y haré lo mismo ante delante de todos los santos.

Estás hoy muy alegre, parece que ves al Ladrón.

Sí, cada vez que me pongo peor, le vuelvo a ver. Pero aun cuando no lo viese, lo quiero tanto que estoy siempre contenta con lo que hace. No le amaría menos si no viniese a robarme, al contrario... Cuando me engaña, le hago toda suerte de cumplidos; ya no sabe qué hacer conmigo.

6.7.4

He leído un pasaje precioso en los *Comentarios sobre la Imitación* <13>. Es un pensamiento del Sr. de Lamennais ―¡mala suerte!―, pero es precioso a pesar de todo. *(Ella creía, y nosotras también, que el abate Lamennais había muerto impenitente.)*

Nuestro Señor, en el Huerto de los Olivos, gozaba de todas las delicias de la Trinidad, y si embargo su agonía no fue por eso menos cruel. Es un misterio, pero os aseguro que comprendo algo de él por lo que yo misma estoy viviendo.

6.7.5

Estaba poniendo yo una lámpara ante la Virgen de la Sonrisa <14>, para conseguir que dejase de expectorar sangre.

¿No te alegras, pues, de que me muera? Para alegrarme yo, tendría que seguir expectorando sangre. ¡Pero, por hoy, se acabó!.

6.7.6

Ocho y cuarto de la mañana. Le llevé su lámpara, que se habían olvidado de subirle. Le había prestado otros pequeños servicios. Se mostró muy emocionada y me dijo:

Siempre te has portado así conmigo... No sé expresarte mi gratitud.

Y secándose las lágrimas:

Lloro porque me siento muy conmovida por todo lo que has hecho por mí desde mi infancia. ¡Cuantísimo te debo! Pero cuando esté en el cielo, diré la verdad, diré a los santos: todo lo que os gusta de mí me lo ha dado mi Madrecita.

6.7.7

¿Cuándo llegará el juicio final? ¡Cómo me gustaría estar y en ese momento! ¡¿Y después, qué habrá...?!

6.7.8

Hago muchos pequeños sacrificios...

7 de julio

7.7.1

Después de haber vuelto a expectorar sangre:

El bebé va a ir pronto a ver a Dios...

¿Tienes miedo a la muerte, ahora que la ves tan de cerca?

¡No, cada vez menos!

¿Tienes miedo al Ladrón? ¡Esta vez está a la puerta!

No, no está a la puerta, ya ha entrado. ¿Pero qué estás diciendo, Madrecita? ¿Que si tengo miedo al Ladrón? ¡¿Cómo quieres que tenga miedo a alguien a quien amo tanto?!

7.7.2

Le pedí que me volviera a contar lo que le había ocurrido después de su ofrenda al Amor <15>. Empezó diciéndome:

Madrecita, te lo confié aquel mismo día, pero no me prestaste atención.

(En efecto, había aparentado no darle a la cosa ninguna importancia.)

Comenzaba a hacer viacrucis cuando de pronto me sentí presa de un amor tan intenso hacia Dios, que no lo puedo explicar sino diciendo que era como si me hubiesen metido toda entera en el fuego. ¡Qué fuego aquél y al mismo tiempo qué dulzura! Me abrasaba de amor, y sentía que un minuto, un segundo más, y no hubiese podido soportar aquel ardor sin morir. Entonces comprendí lo que dicen los santos sobre esos estados que ellos experimentaron tantas veces. Yo no lo probé más que una vez, y un solo instante, y luego volví a caer enseguida en mi habitual sequedad.

Un poco más tarde:

A partir de los 14 años, he tenido también otros ímpetus de amor. ¡Ay, cómo amaba a Dios <16>! Pero no era, en absoluto, como después de mi ofrenda al Amor, no era una verdadera llama que me quemase.

7.7.3

Desde niña, me encantaban estas palabras de Job: «Aunque Dios me matara, seguiría esperando en él» <17>. Pero he tardado mucho tiempo en llegar a este grado de abandono. Ahora ya estoy en él; Dios me ha introducido en él, me ha instalado en él...

7.7.4

Le pedía que dijese algunas palabras amables y edificantes al Dr. de Cornière.

Madrecita, no es ése mi estilo... Que el Sr. de Cornière piense lo que quiera. Sólo amo la sencillez y aborrezco el *«fingimiento».* Te aseguro que si hiciera lo que deseas estaría mal por mi parte.

7.7.5

En fin, tengo la impresión de que estoy realmente muy enferma. No olvidaré nunca la escena de esta mañana mientras expectoraba sangre: el Sr. de Cornière parecía consternado.

7.7.6

Ya ves, Dios me trata tan dulcemente en atención a ti. Nada de vejigatorios, sólo remedios suaves. Sufro, pero no como para gritar.

Tras un momento, con aire travieso:

Sin embargo, Dios nos ha mandado pruebas como para «gritar»..., y, no obstante, no hemos «gritado»...

(Aludía a nuestra gran tribulación familiar <19>.9

En cuanto a los «remedios suaves», no siempre lo fueron, y sus sufrimientos llegaron a ser terribles.

7.7.7

Soy como un pobre «lobito gris» que tiene muchas ganas de volver a su selva y que se le obliga a vivir en las casas.

(En los Buissonnets, nuestro padre la llamaba algunas veces «mi lobito gris»).

7.7.8

Acabo de ver sobre el muro un gorrioncillo que esperaba pacientemente, lanzando de vez en cuando un gritito de llamada, a que su padre viniera a buscarlo para darle de comer. Y he pensado que yo me parecía a él.

7.7.9

Le decía que me gustaban mucho los cumplidos.

Me acordaré en el cielo...

8 de julio

8.7.1

Se encontraba tan enferma, que se hablaba ya de administrarle la extremaunción. Aquel día, la bajaron de su celda a la enfermería. Ya no podía sostenerse y tuvieron que llevarla. Estando todavía en su celda, y viendo que se pensaba en darla la extremaunción, dijo con un tono de gozosa sorpresa:

¡Me parece estar soñando...! En fin, no están locos... *(El Sr. abate Youf y el Sr. de Cornière.)*

Sólo tengo miedo de una cosa; de que esto vaya a cambiar.

8.7.2

Quiso examinarse conmigo de los pecados que hubiese podido cometer con los sentidos, para acusarse de ellos antes de recibir la extremaunción. Estábamos en el olfato, y me dijo:

Recuerdo que en mi último viaje de Alençon a Lisieux <20>, me serví de un frasco de agua de Colonia que la Sra. Tifenne (*) me había regalado, y lo hice sintiendo placer.

(*) (Una amiga de la familia.)

8.7.3

Queríamos hablarle todas a la vez.

¡Mucha gente tiene algo que decir!

8.7.4

Estaba rebosante de alegría y se esforzaba por comunicárnosla.

Si cuando esté en el cielo no puedo volver a la tierra para haceros algunas «bromitas», me iré a llorar a un «rincón» <21>.

8.7.5

A mí:

Tienes larga la nariz, más tarde tendrás buen olfato <22>...

8.7.6

Mirando sus manos enflaquecidas:

Esto se está convirtiendo ya en un esqueleto, y «me pace» <23>.

8.7.7

¿Sabes?, pronto seré una «moribunda».

... Y eso me produce la impresión de que fuera una cucaña: he dado más de un resbalón, pero luego, de pronto, ¡ya estoy arriba!

8.7.8

Prefiero ser reducida a polvo a conservarme incorrupta como santa Catalina de Bolonia <24>. No conozco más que a san Crispín que haya salido con honor del sepulcro.

El cuerpo de este santo se encuentra admirablemente conservado en su convento de los franciscanos de Roma.

8.7.9

Hablando consigo misma:

¿"No hay más que hacer que estarse ahí agonizando..."? Pero a fin de cuentas, ¡qué importa! Ya alguna vez me he visto *cubierta de injurias* por tonterías <25>.

8.7.10

Con expresión seria y dulce a la vez, ya no me acuerdo por qué razón pero sé que había sido incomprendida:

La Santísima Virgen hizo muy guardándolo todo en su "pequeño" corazón... No se me puede reprochar a mí que quiera actuar como ella...

8.7.11

Los angelitos se han divertido mucho gastándome pequeñas bromas. Se han dedicado a esconderme la luz que me señalaba mi cercano final.

¿Han escondido también a la Santísima Virgen?

No, la Santísima Virgen nunca estará escondida para mía, pues la quiero demasiado.

8.7.12

Tengo grandes de recibir la extremaunción; si luego se ríen de mí, ¡lo siento!

(Si recobraba la salud, pues sabía que algunas hermanas no la creían en peligro de muerte.)

8.7.13

Seguro que lloraré al ver a Dios... Pero no, en el cielo no se puede llorar... O sí, ya él mismo ha dicho: «Enjugaré las lágrimas de vuestros ojos».

8.7.14

Te ofrezco los pequeños frutos de mi alegría tal como Dios me los da <26>.

En el cielo alcanzaré muchas gracias para todos los que me han ayudado. Para la Madrecita, *todo*. Aunque no todo te sirva, habrá mucho para divertirte <27>.

8.7.15

¡Si supieras lo bondadoso que va a ser Dios conmigo! Pero si es un poquito menos bondadoso, a mí me seguirá pareciendo bondadoso... Si voy al purgatorio, me sentiré muy contenta, haré como los tres hebreos en el horno: me pasearé por entre las llamas cantando el cántico del amor. ¡Qué feliz me sentiría si, yendo al purgatorio, pudiese librar a otras almas y sufrir en su lugar, pues entonces haría el bien, libertaría a los cautivos!

8.7.16

Me previno de que, más tarde, un gran número de jóvenes sacerdotes, al saber que ella había sido dada por hermana espiritual a dos misioneros <28>, nos pedirían ese mismo favor. Y me advirtió que esto podría constituir un gran peligro.

Cualquiera podría escribir lo que yo escribo, y recibiría los mismos cumplidos y la misma confianza. Nosotras sólo podemos ser útiles a la Iglesia con la oración y el sacrificio. La correspondencia epistolar debe ser muy muy rara, y no se debe permitir en absoluto a ciertas religiosas que vivirían pendientes de ella, creerían hacer maravillas, y en realidad no harían más que perjudicar a su alma y tal vez caer en los lazos sutiles del demonio <29>.

Insistiendo aún más en ello:

Madre mía, lo que acabo de decirte es muy importante, te pido por favor que no lo olvides más tarde. En e Carmelo, no se ha de acuñar moneda falsa para comprar almas... Y con frecuencia las bellas palabras que se escriben y las bellas palabras que se reciben son moneda falsa.

8.7.17

Para hacernos reír:

Quisiera que me pusiesen en una cajita de Gennin, y no en el *ataúd*.

Jugaba con la palabra «ataúd». Habían enviado al Carmelo unas preciosas flores artificiales en cajas de madera, alargadas y muy bien acondicionadas, de la Casa Gennin de París.

8.7.18

... Trae mucho bien consigo el sufrimiento. Nos lleva a ser observantes y caritativas.

9 de julio

9.7.1

No quería caras tristes a su alrededor, y tampoco en casa de mi tío.

Quiero que en La Musse estén todos «de boda». Yo lo estoy espiritualmente todo el día.

No es una boda muy alegre, que digamos.

Pues a mí me parece muy alegre.

9.7.2

Sor Genoveva me va a necesitar... Pero volveré.

9.7.3

Tras la visita de Nuestro Padre <30>, le comenté que no las había ingeniado para conseguir que le administraran los últimos sacramentos, que cuando tenía visitas no daba la impresión de estar muy enferma.

¡No conozco el oficio <31>!

9.7.4

.¡...Quisiera irme ya...!

9.7.5

Seguramente morirás el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, o el 6 de agosto, fiesta de la Santa Faz <32>.

Come todos los «dátiles» <31a> que quieras, yo no quiero ya comerlos... Ya me he engañado demasiado con las *fechas*.

9.7.6

... ¿Por qué iba a estar yo más a cubierto que cualquier otra de tener miedo a la muerte? Yo no digo, como san Pedro: «Yo nunca te negaré».

9.7.7

Hablábamos de la santa pobreza:

¡Santa Pobreza! ¡Qué curioso, una santa que no irá al cielo!

9.7.8

Yo había estado triste:

Mi amor debería consolarte.

Y a las que estaban presentes:

Ya me pondré de acuerdo con mi Madrecita.

Por la noche, a mí sola:

Vamos, yo no me engaño, sé muy bien que todo lo que haces por mí lo haces por amor...

9.7.9

Habían cogido un ratón en la enfermería. Ella nos inventó toda una historieta, pidiéndonos que le trajésemos el ratón herido, que ella lo acostaría a su lado y lo haría auscultar por el médico. Nos reímos de buena gana, y estaba contenta de habernos distraído.

10 de julio

10.7.1

... Los niñitos no se condenan.

10.7.2

Lo que has escrito <32> podría muy bien llegar un día hasta el Santo Padre.

Riéndose:

Et nunc et semper!

10.7.3

Señalándome con gesto infantil la estampa de la Santísima Virgen amamantando a Niño Jesús <34>:

¡Esa leche sí que es buena! Habrá que decírselo al Sr. de Cornière <35>.

10.7.4

Era sábado, y a medianoche noche había expectorado sangre.

El Ladrón ha convertido en ladrona a su mamá... Y entonces ella vino a medianoche para obligar al Ladrón a descubrirse... O a lo mejor vino ella sola, si el Ladrón no quiso venir.

10.7.5

No me prolongarán la vida ni un minuto más de lo que quiera el Ladrón.

10.7.6

A mí sola:

Te preocupas demasiado por cosas que no valen la pena.

10.7.7

Sonriendo:

... Cuando has hecho *algo* así, es todavía peor que temas demasiado las consecuencias...

10.7.8

Eres como un pajarillo miedoso que nunca ha vivido entre la gente, siempre tienes miedo a que te atrapen. Yo nunca he tenido miedo a nadie; he ido siempre adonde he querido... Yo me habría deslizado entre sus piernas...

10.7.9

Tenía el crucifijo entre las manos, y después de besarlo a las 3 de la tarde <36>, hizo ademán de querer quitarle la corona y los clavos.

10.7.10

Volviendo sobre el percance de la noche anterior <37>, dijo con gran salero, mirando a la estampa de la Virgen Madre que estaba prendida en la cortina al fondo de su lecho:

La Santísima Virgen no es ladrona de nacimiento... pero desde que tuvo a su Hijo él le enseñó el oficio...

10.7.11

Hablábamos de la muerte y de las contracciones que en ese momento se producen con frecuencia en el rostro. Ella replicó:

Si me ocurre a mí eso, no os entristezcáis, pues inmediatamente después no tendré más que sonrisas.

Sor Genoveva estaba mirando la tapa de una caja―regalo de bautismo, y dijo que la linda cabecita que veía en ella le podría servir de modelo para una cabeza de ángel. Nuestra Teresita mostró deseos de verla, pero a nadie se le ocurrió enseñársela, y ella no dijo nada. Yo lo supe más tarde.

10.7.12

¿Qué pensaré al mirar la ventana de tu celda cuando hayas dejado la tierra? Se me partirá el corazón.

Pensarás que soy muy feliz, que allí yo he luchado y sufrido mucho... Me habría gustado morir en ella.

10.7.13

(Durante Maitines)

Le viene a la mente que no está gravemente en enferma, que el doctor se equivoca acerca de su estado de salud. Me confía sus temores y añade:

Si mi alma no estuviese de antemano totalmente dominada por el abandono a la voluntad de Dios, si tuviese que dejarse inundar por los sentimientos de alegría o de tristeza que se suceden tan rápidamente unos a otros en la tierra, sería una oleada de dolor muy amarga y no podría soportarla. Pero estas alteraciones sólo llegan a rozar la superficie de mi alma... ¡Sin embargo, son pruebas muy duras!

10.7.14

... *Creo que no* es la Santísima Virgen la que me hace esas jugarretas... Más bien, se ve obligada a ello por Dios... Él le dice que me pruebe para que yo le dé más pruebas de abandono y de amor.

10.7.15

A mí sola:

... Tú estás siempre ahí para consolarme... Tú llenas mis últimos días de ternura.

11 de julio

11.7.1

Recita toda esta estrofa:

«Puesto que el Rey del cielo
quiso ver a su Madre
sometida a la noche,
sometida a la angustia
del corazón,
¿será, acaso, merced
sufrir aquí en la tierra»<38>?
etc.....

¿Así que ya no ves a la «Ladrona»?

¡Sí, sí que la veo! ¡Tú no lo entiendes! Ella es muy libre de no robarme... «Miro a la derecha..., y nadie me conoce» ...Sólo Dios puede comprenderme.

11.7.2

Durante Maitines.

Me habló de sus oraciones de antaño, por la noche durante el silencio del verano, y me dijo que entonces había sabido por experiencia los que es un «vuelo del espíritu» <39>. Me habló también de otra gracia de este género que recibió en la gruta de santa María Magdalena <40>, en el mes de julio de 1889, gracia a la que siguieron varios días de «quietud» <41>.

... Era como si me hubiesen corrido un velo sobre todas las cosas de la tierra... Estaba totalmente escondida bajo el mando de la Santísima Virgen. En esos días yo estaba encargada del refectorio, y recuerdo que hacía las cosas como si no las hiciese, era como si me hubiesen prestado un cuerpo. Estuve así durante toda una semana.

11.7.3

Le hablaba yo del manuscrito de su vida y del bien que iba a hacer a las almas.

...¡Pero qué bien se verá que todo viene de Dios! Y lo que a mí me quepa de gloria, será un don gratuito que no me pertenecerá. Todos lo entenderán así...

11.7.4

Me habló de la comunión de los santos, y me explicó cómo los bienes de los unos serán los bienes de los otros <42>.

... Como una madre está orgullosa de sus hijos, así lo estaremos nosotros unos de otros, sin la menor envidia.

11.7.4

¡Ay, qué poco he vivido! Siempre me ha parecido muy corta la vida. Me parece que fueron ayer los días de mi niñez <43>.

11.7.6

Podría creerse que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado <44>. Madre mía, di muy claro que, aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida. Y luego cuenta la historia de la pecadora convertida que murió de amor. Las almas comprenderán enseguida, pues es un ejemplo palpable de lo que quiero decir. Pero estas cosas no pueden explicarse (*).

(*) En las *Novissima Verba* se completa de esta manera:

Este es el dato que me dictó textualmente:

«Se cuenta en la vida de los Padres del desierto que uno de ellos convirtió a una pecadora pública cuyos desórdenes escandalizaban a toda la comarca. Esta pecadora, tocada por la gracia, seguía al santo al desierto para hacer allí una rigurosa penitencia, cuando, la primera noche del viaje, antes incluso de haber llegado al lugar de su

retiro, sus lazos mortales se rompieron por la impetuosidad de su arrepentimiento lleno de amor, y en aquel mismo instante el solitario vio cómo su alma era llevada por los ángeles al seno de Dios. Este es un ejemplo palpable de lo que quiero decir, pero estas cosas no pueden explicarse...». [Cf **UC, II, Anexos**, p. 145. El texto completo de la "historia" puede verse en SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS *Manuscritos autobiográficos*, Burgos, Monte Carmelo, 1958, Apéndice V, pp. 394―396. N. del T.]

11.7.7

Durante la charla de la noche, me repitió estos versos de «La joven tuberculosa», según creo <45>. Y lo hizo con una expresión tan dulce...

... Mis días están contados,
la tierra voy a dejar,
voy a deciros adiós
sin esperanza posible
de volver.

Tú que me amaste y que fuiste
mi buen ángel tutelar,
deja caer sobre mí
dulces miradas de amor.

Y cuando veas que caen,
que caen ya las hojas muertas,
si me amaste,
reza por mí al Señor.

11.7.8

... Una gran paz en mi alma... Mi barquilla ha sido puesta a flote. Sé que no me repondré, pero estoy resignada a seguir enferma varios meses, todo el tiempo que Dios quiera.

11.7.9

¡Cómo te ha favorecido Dios! ¿Qué piensas de esa predilección?

Pienso que «el Espíritu de Dios sopla conde quiere».

12 de julio

12.7.1

Me contó que en una ocasión había tenido que librar un duro combate interior a propósito de una lamparilla que tenía que preparar para la familia de la madre María de Gonzaga que acababa de llegar de improviso a dormir en la

casa de las hermanas torneras. La lucha fue tan violenta, y le venían tales pensamientos contra la autoridad <46>, que para no sucumbir hubo de implorar insistentemente la ayuda de Dios. Al mismo tiempo, se aplicaba lo mejor que podía a lo que le habían encomendado. Era durante el silencio nocturno. Ella era la portera, y sor San Rafael su primera de oficio.

Para vencerme, pensé que estaba preparando la lamparilla para la Santísima Virgen y el Niño Jesús. Entonces, lo hice con increíble esmero, no dejando ni una sola mota de polvo, y poco a poco fui sintiendo un gran sosiego y una gran calma interior. Tocaron a Maitines y no pude ir enseguida, pero me sentía en una tal disposición interior, había recibido una gracia tan grande, que si la hermana San Rafael, por ejemplo, hubiese venido a decirme que me había equivocado de lámpara y que había que preparar otra, la habría obedecido con la mayor alegría. A partir de aquel día, hice el propósito de no pararme nunca más a pensar si lo que me mandaban me parecía útil o no.

12.7.2

Sor María de la Eucaristía <47> decía que yo era admirable...

...¡Madre admirable! No, mejor Madre amable <48>, pues el amor vale más que la admiración.

12.7.3

A la madre María de Gonzaga:

Nada me para entre las manos. Todo lo que tengo y todo lo que gano es para la Iglesia y para las almas. Aun cuando llegue a vivir 80 años, seguiré siendo así de pobre.

13 de julio

13.7.1

Veo que tendré que, cuando esté en el cielo, tendré que vigilar la fruta; pero no tenéis que matar a los pajarillos, de lo contrario no recibiréis limosnas.

Y blandiendo graciosamente los brazos hacia la estampa del Niño Jesús:

¡Sí, sí...!

13.7.2

Dios tendrá que satisfacer todos mis caprichos en el cielo, porque yo no he hecho nunca mi voluntad aquí en la tierra.

13.7.3

Nos mirarás desde lo alto del cielo, ¿no?

No, ¡bajaré!

13.7.4

Durante la noche había compuesto para la comunión <49> la copla «Tú que conoces», etc. (*).

A propósito de eso me dijo:

Es curioso, la he compuesto con gran facilidad. Creía que ya no podría hacer versos.

(*) El Proceso Ordinario completa así:

Durante la noche del 12, compuso esta copla para prepararse para la comunión:

Tú que conoces mi infinita nada
y no vacilas en bajarte a mí,
ven a mi corazón, ¡oh blanca hostia!,
ven a mi corazón que aspira a ti.

De tu bondad, Señor, yo solicito
morir de amor tras tanta dignación.
Oye, Jesús, de mi ternura el grito.
¡Ven a mi corazón!

13.7.5

Yo no digo: «Si es duro vivir en el Carmelo, es dulce vivir en él», sino: «Si es dulce vivir en el Carmelo, más dulce aún es morir en él».

13.7.6

El médico la había encontrado mejor que de ordinario.

Tocándose luego el costado, del que sufría mucho:

¡Sí, sí, esto va mejor de que ordinario...!

13.7.7

Me parecía que tenía el alma triste, a pesar de su aire alegre y satisfecho, y le dije:

Pones esa cara y dices palabras alegres para no entristecernos, ¿no es cierto?

... Yo obro siempre sin «fingimientos».

13.7.8

Le ofrecían vino de Baudon <50>.

Ya no quiero vino de la tierra... Quiero beber el vino nuevo en el reino de mi Padre.

13.7.9

... Cuando sor Genoveva venía al locutorio, yo no podía decirle en media hora todo lo que quería. Entonces, durante la semana, cuando me venía una idea, o cuando lamentaba haberme olvidado de decirle algo, le pedía a Dios que le hiciese saber y comprender lo que yo pensaba, y en la visita siguiente ella me decía justamente lo que yo le había pedido a Dios que le hiciese saber <51>.

... Al principio, cuando ella estaba triste y yo no había logrado consolarla, me iba con el corazón desconsolado. Pero pronto comprendí que no era yo quién para consolar a un alma; y en adelante, ya no sentía pena cuando ella se iba toda triste. Le pedía a Dios que supliese él mi impotencia, y sentía que me escuchaba, me daba cuanta de ello en la visita siguiente... Desde entonces, cuando hago sufrir involuntariamente a alguien, le pido a Dios que lo arregle, y ya no me preocupo.

13.7.10

Te pido que hagas un acto de amor a Dios y una invocación a todos los santos; todos ellos son mis «pequeños» parientes en el cielo.

13.7.11

... Deseo que me compren a tres pequeños salvajes: un Luis María Martin, un Teófano María, y medio de los dos una niña que se llame María Cecilia.

Después de un momento:

Y además una María Teresa.

(En vez de que gastasen el dinero en coronas después de su muerte.)

13.7.12

Volvió a hablarme de la comunión de los santos.

... Con las vírgenes, seremos vírgenes; con los doctores, doctores; y con los mártires, mártires, pues todos los santos son parientes nuestros. Pero lo que hayan seguido el camino de la infancia espiritual conservarán siempre los encantos de la infancia.

Y me desarrolló esos pensamientos.

13.7.13

... Dios me dio desde la niñez la profunda convicción de que moriría joven <52>.

13.7.14

... Mirándome con cariño:

¡Tienes una cara...! Después <53>... la tendrás siempre así... ¡Te reconoceré muy bien, ya verás!

13.7.15

Dios me ha hecho siempre desear lo que quería darme <54>.

13.7.16

A nosotras tres:

No penséis que cuando esté en el cielo os dejaré caer alondras asadas en el pico... No es eso lo que yo he tenido ni lo que he deseado tener. Quizás tengáis grandes pruebas, pero os enviaré luces que os las harán apreciar y amar. Os veréis obligadas a decir como yo: «Tus acciones, Señor, son nuestra alegría».

13.7.17

No creáis que siento una intensa alegría de morir, como la sentía antaño, por ejemplo, cuando iba a pasar un mes a Trouville o a Alençon; ya no sé lo que es eso de las alegrías intensas. Es más, para mí la alegría no es precisamente una fiesta, no es eso lo que me atrae. No puedo pensar mucho en la dicha que me espera en el cielo; sólo una esperanza hace ya palpitar mi corazón, y es el amor que recibiré y el que yo misma podré dar. Además, pienso en todo el bien que podré hacer después de la muerte: hacer que se bauticen niñitos, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia...

... Pero, sobre todo, consolar a mis hermanas...

... Esta noche pasada escuchaba una música lejana, y pensaba que pronto escucharía melodías incomparables. Pero este sentimiento de alegría fue pasajero.

13.7.18

Le pedía que me detallase los oficios que había tenido en el Carmelo.

A entrar en el Carmelo, me destinaron a la ropería con la madre subpriora (sor María de los Angeles), y además tenía que barrer la escalera y el dormitorio.

... Recuerdo que me costaba mucho pedir permiso a la maestra de novicias para hacer mortificaciones en el refectorio, pero nunca cedí a mi penitencia; me parecía que el crucifijo del patio, que yo veía por la ventana de la ropería, se volvía hacia mí pidiéndome ese sacrificio.

Fue por esa época cuando iba a segar la hierba, a las cuatro y media, cosa que no le gustaba a nuestra Madre.

Después de la toma de hábito, me destinaron al refectorio hasta la edad de 18 años; lo barría y ponía el agua y la cerveza. En las Cuarenta Horas <55> de 1891, me pusieron en la sacristía con sor San Estanislao. A partir del mes de junio del año siguiente <56>, estuve dos meses sin oficio, es decir, durante ese tiempo pinté los ángeles del oratorio e hice de tercera de la procuradora <57>. Después de esos dos meses, me pusieron en el torno con sor San Rafael, sin dejar la pintura. Estos dos oficios duraron hasta las elecciones de 1896, fecha en que pedí ayudar a sor María de San José en la ropería, en las circunstancias que tú ya conoces...

Luego me contó cómo la consideraban lenta, poco diligente en los oficios, y yo misma lo creía así; y, en efecto, las dos juntas recordamos cuánto la reñí un día por un mantel del refectorio que ella había guardado mucho tiempo en su cesta, sin repasar. Yo la acusaba de negligencia, y me equivocaba, pues era que no le había dado tiempo. En aquella ocasión, sin excusarse en absoluto, había llorado mucho al verme enfadada y descontenta... ¡¡¡Que haya sido posible!!!

Me dijo también lo que había sufrido conmigo en el refectorio (yo era entonces su primera de oficio) al no poder hablarme de sus cosillas, como en otros tiempos, porque no tenía permiso y por otras razones...

Hasta tal punto, que tú habías llegado a no conocerme ya, *añadió*.

Me habló de lo que tenía que violentarse para quitar las telas de araña del cuarto oscuro de San Alejo, debajo de la escalera (tenía varadero horror a las arañas <58>) y otros mil detalles que me hacían ver lo fiel que había sido en todo y lo que había sufrido sin que nadie lo sospechara.

14 de julio

14.7.1

Leí una vez que los israelitas construyeron las murallas de Jerusalén trabajando con una mano y sosteniendo la espada con la otra. Eso es lo que nosotras debemos hacer: no entregarnos totalmente al trabajo..., etc.

14.7.2

Si hubiese sido rica, me habría sido imposible ver a un pobre sin darle enseguida parte de mis bienes. De la misma manera, medida que gano algún tesoro espiritual, sabiendo que en ese mismo instante hay almas que están en

peligro de perderse y de caer en el infierno, les doy todo lo que tengo, y todavía no he encontrado un solo momento para decirme: Ahora voy a trabajar por mí.

14.7.3

Se puso a repetir, con semblante y acento celestiales, la estrofa de "Acuérdate" que empieza con estas palabras:

Acuérdate, Señor,
de que es tu santa voluntad mi dicha
y mi único reposo <59>.

14.7.4

Lo importante no es que lo parezca *(morir de amor)*, sino que lo sea.

14.7.5

Siempre me ha gustado lo que Dios me daba. Hasta el punto de que, si me hubiese dado a escoger, yo habría escogido precisamente aquello, incluso las cosas que me parecían menos buenas y menos bonitas que las que tenían las demás.

14.7.6

¡Qué veneno de alabanzas he visto que servían a la madre priora! ¡Y qué desprendida y elevada sobre sí misma tiene que estar un alma para no salir de ello perjudicada!

14.7.7

En su visita, el doctor había vuelto a darnos un poco de esperanza, pero ella ya no se apenó y nos dijo:

¡Ya estoy acostumbrada! ¡No me importa seguir enferma durante mucho tiempo! Si deseo que esto se acabe pronto, es por evitaros angustias a vosotras.

14.7.8

¡Te quiero mucho, Madrecita!

14.7.9

Mi corazón está lleno de la voluntad de Dios, y así, cuando se le echa algo encima, no penetra en el interior: es como una nadería que resbala fácilmente, como el aceite, que no puede mezclarse con el agua. Allá en lo hondo vivo siempre en una paz profunda, que nada puede turbar.

14.7.10

Mirando sus manos enflaquecidas <60>:

¡Qué alegría siento al ver cómo me voy destruyendo!

15 de julio

15.7.1

Tal vez mueras mañana (fiesta de la Virgen del Carmen) después de la comunión.

No, eso no encajaría en mi caminito. ¿Voy a salirme de él para morir? Morir de amor después de la comunión es algo demasiado hermoso para mí, las almas pequeñas no podrían imitar eso.

¡Y ojalá que mañana por la mañana no me ocurra algún percance! <61>. Cosas así sólo a mí pueden ocurrirme: que sea imposible darme la comunión y que Dios se vea obligado a volverse..., ¿qué te parece?

15.7.2

Me habló del beato Teófano Vénard, que no había podido recibir la sagrada comunión en el momento de la muerte, y lanzó un profundo suspiro.

15.7.3

Habíamos hecho los preparativos para que comulgara al día siguiente. El sobrino de sor María Filomena <62> iba a entrar después de su primera Misa en el Carmelo para darle la comunión. Pero al verla peor, temíamos que escupiese sangre después de medianoche y le pedíamos que rezase para que nada desagradable viniese a estropear nuestro proyecto. Ella respondió:

Sabéis bien que yo no puedo pedir eso..., pero pedidlo vosotras por mí... Sin embargo, esta noche acabé pidiéndoselo a Dios por complacer a mis hermanas y para que la comunidad no quedara decepcionada; pero en el fondo le dije todo lo contrario, le dije que hiciese lo que quisiera...

15.7.4

Al vernos adornar la enfermería:

¡Cuánto trabajo os tomáis para preparar todo lo necesario! ¡Así son las fiestas de la tierra! A las niñas que van a hacer la primera comunión se les lleva por la mañana su hermoso vestido blanco, y sólo tienen que ponérselo <63>; nada saben del trabajo que los suyos se han tomado por ellas, sólo saben de alegría. No pasa lo mismo cuando se es mayor...

15.7.5

Me contó el siguiente episodio, cuyo recuerdo guardaba como una gracia:

Sor María de la Eucaristía quería encender las velas para una procesión. No tenía cerillas, pero al ver la lamparilla que arde ante las reliquias, se acercó; pero, ¡ay!, la encontró medio apagada, no quedaba más que un débil destello en la mecha carbonizada. Sin embargo, consiguió encender su vela, y, gracias a su vela, se fueron encendiendo todas las de la comunidad. Fue aquella lamparita medio apagada la que produjo aquellas hermosas llamas que, a su vez, hubieran podido producir infinidad de otras e incluso incendiar el universo. Sin embargo, la causa primera de ese incendio se debería siempre a aquella lamparita. ¿Podrán entonces las hermosas llamas, sabiendo esto, gloriarse de haber provocado semejante incendio, cuando ellas mismas sólo se encendieron gracias a aquella centellita...?

Lo mismo ocurre con la comunión de los santos. Muchas veces, sin que nosotros lo sepamos, las gracias y las luces que recibimos las debemos a un alma escondida, porque Dios quiere que los santos se comuniquen la gracia unos a otros por medio de la oración, para que en el cielo se amen con un gran amor, con un amor todavía mucho mayor que el amor de la familia, hasta el de la familia más ideal de la tierra. ¡Cuántas veces he pensado si no podría yo deber todas las gracias que he recibido a las oraciones de un alma que haya pedido por mí a Dios y a la que no conoceré más que en el cielo!

Sí, una centellita muy pequeña puede hacer brotar grandes lumbreras en la toda la Iglesia, como doctores y mártires, que estarán muy por encima de ella en el cielo; ¿pero quién podrá decir que su gloria no se tornará la de ella?

En el cielo no habrá miradas de indiferencia, porque todos los elegidos reconocerán que se deben mutuamente las gracias que les han merecido la corona.

(La conversación fue muy larga y no pude recogerlo todo, ni palabra por palabra.)

16 de julio

16.7.1

― Tengo miedo de que sufras mucho para morir...

― ¿Por qué tienes miedo por adelantado? Espera al menos a que ocurra, para sufrir. ¿Acaso ves que yo empiece a atormentarme pensando que si sobrevienen las persecuciones y las matanzas que dicen, quizás te arranquen los ojos?

16.7.2

Había hecho el sacrificio completo de sor Genoveva <64>, pero no puedo decir que no deseara ya tenerla aquí a mi lado. Muchas veces, en verano, durante la hora de silencio antes de Maitines, sentada en la terraza, me decía a mí misma: ¡Si estuviera aquí Celina junto a mí! ¡Pero no, esa será una dicha demasiado grande para la tierra!

... Y me parecía un sueño irrealizable. Sin embargo, no deseaba esa dicha por un sentimiento natural; era por su alma, para que caminase por nuestro mismo camino... Y cuando la vi entrar aquí, y no sólo entrar sino que me la confiaban enteramente a mí para que yo la instruyese en todas las cosas; cuando vi que Dios hacía eso, rebasando así mis deseos, comprendí la inmensidad del amor que él me tiene...

... Pues bien, Madrecita, si un deseo apenas esbozado fue escuchado de esa manera, es imposible que no sean completamente escuchados todos esos mis grandes deseos de los que hablo a Dios con tanta frecuencia.

16.7.3

Me repitió con expresión convencida esta frase que había leído en las "Florecillas", un libro del abate Bourb <65>.

Los santos de los últimos tiempos superarán a los de primeros como los cedros superan a los demás árboles.

16.7.4

Tú conoces todos los rincones de mi alma, tú sola... (*)

(+) El 28 de agosto de 1940, al final del Cuaderno amarillo, añadió este texto:

Advertencia importante

Cuando santa Teresita me dijo, el 16 de julio de 1897, "Tú conoces todos los rincones de mi alma, tú sola...", estoy segura de que, en su pensamiento, no excluía de este conocimiento completo de su alma a sor María del Sagrado Corazón y a sor Genoveva de la Santa Faz. A sor María del Sagrado Corazón, a quien debía la sonrisa de la Santísima Virgen, que la había preparado para la primera comunión, y a quien debemos además la respuesta maravillosa de su ahijada [el Manuscrito B]*, del 17 de septiembre de 1896. A sor Genoveva de la Santa Faz, su Celina, a quien ella llamaba tan tiernamente "el dulce eco de su alma".*

Pero se sintió inspirada por Dios para decirme eso a mí personalmente para que más tarde, en razón de la autoridad que se me iba a conferir, pudieran confiar plenamente en lo que yo dijese y escribiese sobre ella.

Sor Inés de Jesús
c.d.i.

28 de agosto de 1940

16.7.5

Con la expresión de un niño al que le está rondando la cabeza una graciosa travesura:

Quisiera darte una prueba de amor que nadie te haya dado nunca...

Yo me preguntaba qué iría a hacer... Y entonces... <66>

16.7.6*

Si Dios me dijera: Si mueres ahora, tendrás una gloria muy grande; si mueres a los 80 años, la gloria será mucho menor, pero eso me agradará mucho más, no dudaría en responder: "Dios mío, quiero morir a los 80 años, pues no busco mi gloria, sino tan sólo agradarte a ti.

Los grandes santos trabajaron por la gloria de Dios, pero yo, que no soy más que un alma muy pequeña, sólo trabajo por complacerle, y me sentiría feliz de soportar los mayores sufrimientos aunque sólo fuese para hacerle sonreír una sola vez.

17 de julio

17.7

Sábado. A las 2 de la mañana había expectorado sangre.

Presiento que voy a entrar en el descanso... Pero presiento, sobre todo, que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar mi caminito a las almas. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. Y eso no es algo imposible, pues, desde el mismo seno de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. <67>.

Yo no puedo convertir mi cielo en una fiesta, no puedo descansar mientras haya almas que salvar... Pero cuando el ángel diga: «¡El tiempo se ha terminado!», entonces descansaré y podré gozar, porque estará completo el número de los elegidos y todos habrán entrado en el gozo y en el descanso. Mi corazón se estremece de alegría al pensar en esto...

18 de julio

18.7.1

... Dios no me daría este deseo de hacer el bien en la tierra después de mi muerte, si no quisiera hacerlo realidad. Me daría más bien el deseo de descansar en él.

18.7.2

No tengo sufrimientos, sólo molestias.

19 de julio

19.7.1

«Esta noche voy a regar». (Era al comenzar la recreación.)

¡Tendrías que regarme también a mí!

¿Qué eres tú?

Yo soy un granito, y no sé todavía sabe lo que saldrá de él...

19.7.2

Hace un momento tenía muchas ganas de preguntarle a sor María del Sagrado Corazón, que venía de estar con el Sr. Youf en el locutorio, lo que éste había dicho acerca de mi estado después de su visita. Pensaba para mis adentros: quizás me haga bien y me consuele el saberlo. Pero, reflexionando, me dije: No, eso es curiosidad, no quiero hacer nada por saberlo; ya que Dios no permite que ella misma me lo diga, es señal de que no quiere que lo sepa. Y evité llevar la conversación a ese tema, por miedo a que sor María del Sagrado Corazón me lo dijese como a la fuerza; no me habría sentido feliz...

19.7.3

Me dijo que se había buscado a sí misma enjugándose el rostro una vez más de lo necesario, para que sor María del Sagrado Corazón se diera cuenta de que estaba sudando mucho,

20 de julio

20.7.1

(A las 3 de la mañana había expectorado sangre.)

«¿Qué harías tú si una de nosotras estuviese enferma en tu lugar? ¿Vendrías a la enfermería durante las recreaciones?».

― Iría derecha a la recreación, sin preguntar por vosotras; y lo haría con toda naturalidad, para que nadie se diese cuenta de lo que me costaba. Y si viniera a la enfermería, lo haría por complacer, nunca por darme gusto a mí misma...

... y todo por cumplir con mi deber y para alcanzaros gracias que seguramente no os conseguiría buscándome a mí misma. Y yo misma sacaría una gran fortaleza de estos sacrificios. Pero si alguna vez, por debilidad, hiciese lo contrario de lo que quisiera, no me desanimaría, sino que trataría de reparar mis fallos privándome todavía más sin que se me notase.

20.7.2

Dios se hace representar por quien quiere, pero eso no tiene importancia... Contigo, habría habido un lado humano, y yo prefiero que no haya más que el divino. Sí, lo digo de corazón, estoy contenta de morir entre los brazos de nuestra Madre, porque ella representa a Dios.

20.7.3

... El pecado mortal no me quitaría la confianza <68>.

... ¡Y, sobre todo, no te olvides de contar la historia de la pecadora! Eso demostrará que no me equivoco.

20.7.4

Le decía que temía mucho para ella las angustias de la muerte.

Si por angustias de la muerte entiendes esos sufrimientos terribles que se manifiestan en los últimos momentos con señales que causa horror a las demás, yo nunca los he visto aquí en las que han muerto en mi presencia. La madre Genoveva los tuvo en el alma, pero no en el cuerpo.

20.7.5

No sabes cuánto te quiero, y te lo demostraré...

20.7.6

Me acosan a preguntas, lo cual me hace pensar en Juana de Arco ante el tribunal... Y me parece que respondo con la misma sinceridad que ella.

21 de julio

21.7.1

Cuando te miro, Madrecita, me siento muy feliz; tú nunca me cansas, al contrario. Lo decía hace poco: cada vez que me veo obligada a dar algo, y esas veces son muchas, eres tú quien me lo proporciona...

21.7.2

Si Dios me riñe, aunque sólo sea un poquito, no lloraré lastimeramente...; pero si no me riñe en absoluto, si me acoge con una sonrisa, entonces sí que lloraré...

21.7.3

¡Cómo me gustará conocer en el cielo la historia de todos los santos! Pero no tendrán que contármela, pues resultaría demasiado largo. Cuando me acerque a un santo, tendré que poder conocer su nombre y toda su vida con una sola mirada <69>.

21.7.4

Yo nunca he obrado como Pilato, que se negó a escuchar la verdad. Yo siempre he dicho a Dios: Dios mío, yo quiero escucharte; por favor, respóndeme cuando te digo humildemente: ¿Qué es la verdad? Haz que yo vea las cosas tal cual son y que nunca me deje engañar por las apariencias <70>.

21.7.5

Le decíamos que podía sentirse muy dichosa de haber sido escogida por Dios para enseñar a las almas el camino de la confianza. Respondió:

¡Qué importa que sea yo o que sea otra quien muestre este camino a las almas! Con tal que se enseñe, ¡qué importa el instrumento!

22 de julio

22.7.1

Sor María del Sagrado Corazón le decía: «¡Vaya, se te cuida con mucho amor...!».

Sí, así es... Y es una imagen del amor que Dios me tiene. Yo nunca le he dado más que amor, por eso él me devuelve amor; y esto todavía no ha terminado, pronto me devolverá mucho más...

Estoy hondamente conmovida, es como un rayo de luz, o, mejor, como un relámpago en medio de mis tinieblas..., ¡pero sólo como un relámpago!

22.7.2

Me repitió sonriendo estas palabras que el Sr. Youf le había dicho después de la confesión:

Si los ángeles barrieran el cielo, el polvo sería de diamantes.

23 de julio

23.7.1

Le hablaban de asociaciones <71>:

Estoy tan cerca del cielo, que todo eso me parece triste.

23.7.2

Una de nosotras le había dicho y leído algo, y pensaba haberla consolado y alegrado mucho en su gran prueba.

― ¿Verdad que tu prueba ha cesado un momento?

¡No! ¡Ha sido como si cantaras!

23.7.3

Le hablaba incesantemente de ese miedo, que nunca me abandonaba, a verla sufrir todavía más.

Los que corremos por el camino del amor creo que no debemos pensar en lo que pueda ocurrirnos de doloroso en el futuro, porque eso es faltar a la confianza y meternos a creadores.

23.7.4

... Cuando las pruebas de papá, yo tenía un vehemente deseo de sufrir... Una noche en que sabía que había empeorado <72>, sor María de los Angeles <73>, al verme muy triste, intentaba consolarme lo mejor que podía; pero yo le dije: «Sor María de los Angeles, creo que puedo sufrir todavía más». Ella me miró muy sorprendida y luego me lo recordó muchas veces.

Sor María de los Angeles, en efecto, no olvidó nunca aquella noche. Nuestra santita, todavía postulante, estaba a punto de acostarse, sentada sobre el jergón, en camisón y con sus hermosos cabellos cayéndole sobre los hombros. «Su mirada, dice ella, y toda su persona tenían un algo de tan noble y de tan bello, que creí estar viendo a una virgen del cielo».

23.7.5

Recuerdo que un día, en lo más recio de nuestras pruebas, me encontré con sor María del Sagrado Corazón después de barrer la escalera del dormitorio *(del lado de la ropería)*. Teníamos permiso para hablar y me paró. Entonces yo le dije que me sentía con muchas fuerzas y que en ese momento estaba pensando en estas palabras de Mme. Swetchine que me calaban de tal manera que me sentía como abrasada: «La resignación es todavía distinta de la voluntad de Dios; existe entre ellas la misma diferencia que entre la unión y la unidad. En la unión sigue habiendo todavía dos, en la unidad ya no hay más que uno solo»<74>.

(No sé si es completamente textual.)

23.7.6

Me habían obligado a pedir la curación de papá el día de mi profesión <75>; pero no logré decir más que esto: Dios mío, por favor, que sea tu voluntad que papá se cure.

23.7.7

... «In te, Domine, speravi» <76>. En los días de nuestras grandes pruebas, ¡cómo me gustaba recitar este versículo en el coro!

24 de julio

24.7.1

Le habían mandado unas frutas preciosas, pero no podía comerlas. Las fue cogiendo una tras otra, haciendo ademán de ofrecérselas a alguien, y dijo:

La Sagrada Familia ha quedado bien servida: a san José y al Niño Jesús le han tocado un melocotón y dos ciruelas a cada uno.

Preguntándome a media voz:

Tal vez no esté bien, pero las he tocado con satisfacción. Me gusta mucho tocar la fruta, sobre todo los melocotones <77>, y verla de cerca.

Yo la tranquilicé, y prosiguió:

La Santísima Virgen también ha tenido su parte. Cuando me dan leche con ron, se la ofrezco a san José, pensando: ¡Qué bien le va a venir esto al pobre san José!

En el refectorio, pensaba siempre a quién tenía que darle cada cosa. Lo dulce era para el Niño Jesús, los platos fuertes para san José, y tampoco me olvidaba de la Santísima Virgen. Pero cuando me faltaba algo, por ejemplo cuando se olvidaban de pasarme la salsa o la ensalada, estaba mucho más contenta, pues me parecía que entonces se lo daba de verdad a la Sagrada Familia viéndome realmente privada de lo que le ofrecía.

24.7.2

... Cuando Dios quiere que nos veamos privadas de algo, no hay más remedio que aceptarlo. A veces, sor María del Sagrado Corazón ponía mi plato de ensalada tan cerca de sor María de le Encarnación, que yo no podía ya considerarlo como mío, y no lo tocaba.

¡Ay, Madrecita, y qué tortillas, duras como suelas de zapato, me han servido en mi vida! Creían que me gustaban así, totalmente resecas. Después de mi muerte habrá que poner mucho cuidado en no dar esa porquería a las pobres hermanas <78>.

25 de julio

25.7.1

Le decía yo que acabaría por desearle la muerte para no verla ya sufrir tanto.

... Sí, pero no hay que decir eso, Madrecita, porque lo que me gusta de la vida es precisamente sufrir <79>.

25.7.2

¿Es que estamos ya de lleno en la estación de los melocotones? ¿Se pregonan las ciruelas por las calles? Ya no entiendo lo que pasa.

«Cuando se llega a la tarde de la vida,
se pierden la memoria y la cabeza».

25.7.3

Nuestro tío le había mandado uvas. Comió unas pocas y dijo:

¡Qué ricas están estas uvas! Pero no me gusta lo que envía mi familia... Antes, cuando me traían de su parte ramos de flores para el Niño Jesús <80>, nunca quería recibirlos sin antes estar bien segura de que nuestra Madre lo había permitido.

25.7.4

A petición suya, le di a besar el crucifijo, y se lo presenté en la manera acostumbrada <81>.

¡... No, y lo beso en la cara!

Y mirando la estampa del Niño Jesús (que sor María de la Trinidad había traído del Carmelo de [rue] Mesina) <82>:

Ese Niño Jesús parece que me está diciendo: «Vendrás al cielo, te lo digo yo».

25.7.5

¿Y dónde está ahora el Ladrón? Ya no se habla más de él. Contestó, poniendo la mano sobre el corazón:

¡Está aquí! Está en mi corazón.

25.7.6

Le decía yo que la muerte, en apariencia, era muy triste y que sentiría mucha pena al verla muerta. Me contestó con voz enternecida:

La Santísima Virgen tuvo a Jesús muerto sobre sus rodillas, desfigurado, ensangrentado. ¡Lo que tú veas será algo bien distinto! ¡Yo no sé lo que ella habrá hecho...! Suponte que me traen a tus brazos en ese estado: ¿tú qué harías? Responde mihi <83>...

25.7.7

Después de contarme varias cosillas que se reprochaba a sí misma, me preguntó si habría ofendido a Dios. Le contesté sencillamente que todos aquellos pecadillos no lo eran en realidad, y que me había hecho mucho bien contándomelos. Entonces, pareció emocionarse mucho, y más tarde me dijo:

Al oírte, me acordé del P.Alejo. Tus palabras han calado también profundamente en mi corazón.

25.7.8

Se echó a llorar; yo recogí sus lágrimas, secándolas con un paño fino (sor Genoveva conserva esta reliquia).

Sor Genoveva le presentó una florecita de geranio, que estaba sobre la mesa desde hacía mucho tiempo, para que la arrojase a sus estampas prendidas con alfileres en la cortina de su cama.

... No arrojar nunca flores marchitas..., sólo florecitas lozanas «recién abiertas».

25.7.9

Le proponíamos una distracción, pero que era demasiado ruidosa. Y respondió sonriendo:

¡... Nada de juegos de muchachos! ...Nada tampoco de juegos de niñas. Sólo juegos de angelitos.

25.7.10

... Miro las uvas y me digo: Son bonitas, y tienen buen aspecto. Luego como un grano: éste no se lo doy yo al Niño Jesús, me lo da él a mí.

25.7.11

En mi enfermedad soy como un auténtico niño: no pienso en nada, estoy contenta de ir al cielo, y eso es todo.

25.7. 12

... La primera vez que me dieron uvas en la enfermería, le dije al Niño Jesús: ¡Qué ricas son las uvas! No entiendo por qué esperas tanto para cogerme, pues soy un pequeño racimo de uvas <84> y dicen que estoy tan madura...

25.7.13

A propósito de la dirección espiritual:

... Pienso que hay que tener mucho cuidado con no buscarse una a sí misma, pues pronto quedaría herido el corazón y podría decirse con razón: «Los centinelas me quitaron el manto y me hirieron...; pero apenas los dejé, encontré al Amor de mi alma».

Pienso que si el alma hubiese preguntado humildemente a los centinelas dónde estaba el Amor de su alma, ellos le habrían indicado dónde se encontraba; pero por haber querido atraer su admiración, cayó en la turbación y perdió la sencillez del corazón.

25.7.14

... Tú eres mi luz.

25.7.15

Escucha una historia muy divertida: Un día, después de mi toma de hábito <85>, sor San Vicente de Paúl me encontró en la celda de nuestra Madre y exclamó: «¡Pero qué cara de bienestar! ¡Qué fuerte está esta chica! ¡Y qué gorda!». Yo me fui toda confusa por el cumplido, cuando hete aquí que sor Magdalena me para delante de la cocina y me dice: «¡Pero en qué te estás convirtiendo, mi pobrecita sor Teresa del Niño Jesús! ¡Estás adelgazando a ojos vista! A ese paso, con ese semblante que hace temblar a cualquiera, no podrás guardar mucho tiempo la Regla». Yo no salía de mi asombro al escuchar, una tras otra, opiniones tan opuestas. Desde aquel momento, dejé de prestar la menor importancia a la opinión de las criaturas, y esta impresión se ha desarrollado en mí de tal manera, que actualmente tanto las censuras como los elogios resbalan sobre mí sin dejar la menor huella.

26 de julio

26.7.1

Esta noche he soñado que estaba con papá en un bazar, y veía allí unas preciosas pelotitas blancas que me hacían ilusión para clavar en ellas mis alfileres; pero finalmente me dije a mí misma que en el Carmelo las hacían parecidas y pedí una musiquilla.

26.7.2

Me dijo que alrededor del 8 de diciembre de 1892 se había encargado de sor Marta; que en 1893 había ayudado en el noviciado a la madre María de Gonzaga; y que en la última elección, la de 1896, se había visto encargada totalmente, por así decirlo, de las novicias <86>.

26.7.3

... La virtud brilla naturalmente; en cuanto desaparece, lo noto enseguida.

27 de julio

27.7.1

No quería que me olvidase de las gotas de un medicamento que me habían prescrito.

... Tienes que fortalecerte. Esta noche 30 gotas, no lo olvides.

27.7.2

¿No te cansamos?

No, porque sois gente muy amable.

27.7.3

Nos contó, riéndose, que había soñado que la llevaban al «calefactorio» <87> entre dos candeleros para el santo de Nuestro Padre <88>.

27.7.4

La comunidad estaba en la colada.

... Hacia la una de la tarde, pensé: ¡Qué cansadas estarán en la colada! Y pedí a Dios que os aliviase a todas y que el trabajo se hiciera con paz y caridad. Y al verme tan enferma, me alegré de poder sufrir como vosotras.

27.7.5

Por la noche me recordó las palabras de san Juan de la Cruz:

«Rompe la tela de este dulce encuentro» <89. Yo siempre he aplicado estas palabras a la muerte de amor que deseo para mí. El amor no gastará la tela de mi vida: la romperá de repente.

¡Y con qué deseos y con qué alegría me he repetido, desde los mismos comienzos de la mi vida religiosa, estas otras palabras de N.P. san Juan de la Cruz: «Es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque consumándose en breve, no se detenga mucho acá o allá sin ver a Dios»! <90>.

Al repetir estas últimas palabras, levantó el dedo y adoptó una expresión celestial.

27.7.6

A propósito de las dificultades que yo preveía para la publicación de su vida:

... Pues bien, yo digo como Juana de Arco: «... Y se cumplirá la voluntad de Dios, a pesar de la envidia de los hombres» <91>.

27.7.7

― ¡Ya pronto no volveré a ver tu rostro tan querido! ¡Tan sólo veré ya tu alma!

¡Que es mucho más hermosa!

27.7.8

― ¡Pensar que vamos a perderte!

― ¡Pero si no me perderéis...! *¡Qué poco agudas sois...!*

27.7.9

A sor Genoveva, que lloraba:

¡Se ve bien que es eso lo que le cuelga de la punta de la nariz *(la muerte)*! ¡Miradla ahí, sobrecogida de miedo!

27.7.10

Tras ofrecer un racimo de uvas al Niño Jesús:

Le he ofrecido ese racimo para ver si le dan ganas de cogerme, porque creo que yo soy de esa clase...

El pellejo no era duro y estaba muy dorado. Saboreando un grano:

Sí, yo soy de esa clase...

27.7.11

La Madrecita es mi teléfono. No tengo más que aguzar el oído cuando llega, y me entero de todo.

27.7.12

... No soy egoísta, es a Dios a quien amo, no a mí misma.

27.7.13

... Si escucho a mi natural, prefiero morir; pero sólo me alegro de la muerte porque ésa es la voluntad de Dios para mí.

27.7.14

Nunca he pedido a Dios morir joven; por eso estoy convencida de que en estos momentos él sólo está cumpliendo su voluntad <93>.

27.7.15

Se ahogaba <94>, y yo le manifestaba mi compasión y mi tristeza.

¡Vamos, no sufras! Si me ahogo, Dios me dará fuerzas. ¡Lo amo! El nunca me abandonará.

27.7.16

Me contó que había llevado durante mucho tiempo una crucecita de hierro y que a causa de ello había caído enferma. Me dijo que Dios no quería que ni ella ni nosotras nos entregásemos a grandes mortificaciones, y que aquello se lo había demostrado <95>.

27.7.17

A propósito de las fricciones prescritas por el médico:

¡Eso de ser «almohazada» es peor que cualquier otra cosa! <96>

27.7.18

... Desde el 9 de junio he estado segura de que moriría pronto <97>.

29 de julio

29.7.1

¡...Quisiera irme!

― ¿Adónde?

¡Allá arriba, al cielo azul <98>!

29.7.2

Una hermana le había referido este comentario que habían hecho en la recreación: «¿Por qué se habla de sor Teresa del Niño Jesús como de una santa? Es cierto que ha practicado la virtud, pero no ha sido una virtud adquirida en las humillaciones y, sobre todo, en los sufrimientos». Ella me dijo después:

... ¡Y yo, que he sufrido tanto desde mi más tierna infancia! <99> ¡Pero cuánto bien me hacer saber la opinión de las criaturas en el momento de la muerte!

29.7.3

Pensábamos darle gusto llevándole cierto objeto <100>, pero sucedió todo lo contrario. Se mostró disgustada, sospechando que habíamos dejado a alguien sin el objeto en cuestión; pero se arrepintió enseguida y pidió perdón con lágrimas en los ojos.

¡Os pido perdón, he actuado por un impulso natural, rezad por mí!

Y un poco más tarde:

¡Qué feliz me siento de verme imperfecta y con tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de la muerte!

29.7.4

Expectoró sangre por la mañana y a las tres de la tarde.

29.7.5

Le expresábamos nuestro temor de que muriese durante la noche.

No moriré durante la noche, creedme; he deseado no morir durante la noche.

29.7.6

... Dos días después de la entrada de sor María de la Trinidad <101>, me curaron la garganta... Dios permitió que las novicias me agotaran. Sor María de la Eucaristía me dijo que me sucedía lo que a los predicadores.

29.7.7

... Para ser mi historiador, habrá que entrenarte.

29.7.8

¡Pues bien, el «bebé» se va a morir! La verdad es que desde hace tres días estoy sufriendo mucho. Esta noche estoy como en el purgatorio.

29.7.9

Con mucha frecuencia, siempre que puedo, repito mi ofrenda al Amor <102>.

29.7.10

Le confiaba una turbación interior.

... Fuiste tú quien sembró en mi alma la semilla de la confianza, ¿ya no te acuerdas?

29.7.11

La sostenía mientras le arreglaban las almohadas.

Tengo apoyada la cabeza sobre el corazón de mi Madrecita <103>.

29.7.12

No había pedido cierto alivio, y creíamos que era por virtud; pero ella no había pensado en mortificarse en eso. Como admiráramos su acto:

¡Estoy cansada de la tierra! Se hacen elogios cuando no se merecen, y reproches cuando tampoco se merecen. ¡Así es...! ¡Así es...!

29.7.13

Lo que de momento constituye nuestra humillación constituye luego nuestra gloria, incluso en esta vida.

29.7.14

No tengo capacidad para gozar, siempre he sido así; pero la tengo muy grande para sufrir. Antes, cuando me apretaba el sufrimiento, tenía apetito en el refectorio, pero cuando estaba alegre me ocurría todo lo contrario: imposible comer.

30 de julio

30.7.1

El cuerpo ha sido siempre un engorro para mí, no me he encontrado a gusto dentro de él... Incluso de pequeñita, me avergonzaba de él.

30.7.2

Por haberle prestado un pequeño servicio:

¡Gracias, *mamá!* <104>.

30.7.3

No hubiera querido ni recoger del suelo un alfiler por evitar el purgatorio. Todo lo que he hecho ha sido por agradar a Dios y para salvarle almas.

30.7.4

Mirando la fotografía de los PP. Bellière y Roulland:

¡Yo soy más elegante que ellos!

30.7.5

Le prometían rescatarle algunos chinitos.

¡No son chinos lo que quiero, son negros <105>!

30.7.6

Me resulta amargo cuando no me miras.

30.7.7

Las moscas la molestaban mucho, pero no quería matarlas.

Siempre las perdono. Y eso que son las únicas que me han dado la lata durante mi enfermedad. No tengo más enemigos que ellas, y como Dios nos ha mandado perdonar a los enemigos, me alegro de tener esta pequeña ocasión de hacerlo.

30.7.8

Es muy duro sufrir tanto; eso debe impedirte pensar en nada, ¿verdad?

Pues no, todavía puedo decirle a Dios que lo amo, y creo que con eso basta.

30.7.9

Señalándome un vaso que contenía una medicina muy desagradable bajo el aspecto de un delicioso licor de grosellas:

Ese vasito es la imagen de mi vida. Ayer sor Teresa de San Agustín me decía: «¡Espero que estés bebiendo exquisitos licores!». Y yo le contesté: «¡Ay, sor Teresa de San Agustín, todo lo que bebo es de lo más desagradable!».

Pues bien, Madrecita, esto es lo que han visto los ojos de las criaturas. Siempre les ha parecido que yo estaba bebiendo licores exquisitos, y era amargura. Digo amargura, pero no, porque mi vida no ha sido amarga, ya que he sabido convertir todas las amarguras en gozo y dulzura.

30.7.10

Si quieres dar un recuerdo mío al Sr. de Cornière, hazle una estampa con estas palabras: «Todo lo que hicisteis al más pequeño de los míos, a mí me lo hicisteis».

30.7.11

Le habían dado un abanico, que había llegado del Carmelo de Saigón, y lo usaba para espantar las moscas <106>. Como hacía mucho calor, se volvió hacia las estampas prendidas con alfileres en la cortina de la cama y se puso a abanicarlas con el abanico, y luego a nosotras.

Abanico a los santos, en vez de abanicarme a mí; y os abanico a vosotras para aliviaros y porque también vosotras sois santas.

30.7.12

El Sr. de Cornière había dicho que le diésemos 5 ó 6 cucharadas de agua de Tisserand. Ella le pidió a sor Genoveva que no le diese más que 5, y luego, volviéndose hacia mí:

Siempre lo menos posible, ¿verdad, mamá?

3.7.13

No digáis al Sr. Ducellier <107> que no me quedan más que unos días; todavía no estoy tan débil como para morir, y además, mientras se vive, se encuentra una muy azarada <108>.

30.7.14

(Las 4). Después que salió una hermana me sonrió. Yo le dije: Descansa ahora, cierra los ojos.

... No, ¡me gusta tanto mirarte!

30.7.15

Yo quería coger una mosca que la estaba molestando.

¿Qué le vas a hacer?

Voy a matarla.

No, no, por favor.

30.7.16

¿Quieres prepararme para la extremaunción?

Mirándome con una sonrisa:

¡No pienso en nada!

Pídele a Dios que la reciba todo lo bien que se puede recibir.

30.7.17

Me contó lo que le había dicho Nuestro Padre antes de la ceremonia:

«... Vas a quedar como un niñito que acaba de recibir el bautismo». Y no me habló más que de amor. ¡Cómo me emocioné!

30.7.18

Después de la extremaunción nos enseñaba sus manos con respeto.

Yo solía recoger los trocitos de piel de sus labios resecos; pero ese día me dijo:

Hoy voy a tragar esos pellejitos, porque he recibido la extremaunción y el santo viático.

Era por la tarde. Apenas había hecho una breve acción de gracias, cuando varias hermanas vinieron a hablar con ella. Por la noche me dijo:

¡Cómo me molestó que vinieran después de la comunión! Me miraban como a un bicho raro... Pero para no irritarme, yo pensaba en Nuestro Señor, que se retiraba a la soledad sin poder evitar que lo siguiera allí la gente, y él no la despedía. Yo he querido imitarle recibiendo bien a las hermanas.

31 de julio

31.7.1

Seguíamos pensando en un día de fiesta para su muerte, como el 6 de agosto (la Transfiguración) o el 15 (la Asunción).

No habléis de una fecha, ¡siempre será un día de fiesta!

31.7.2

Después de contarnos la fábula de La Fontaine (*) «El molinero y sus tres hijos»:

¡Tengo las botas, pero todavía no tengo el saco! Esto quiere decir que no estoy para morir.

(Es el cuento del «Gato con botas», no una fábula de La Fontaine.)

31.7.3

Habían bajado su jergón para exponerla después de su muerte. Ella lo vio cuando abrían la puerta de la celda contigua a la enfermería, y exclamó alegremente:

¡Mira, mi jergón! Va a estar bien preparado para colocar en él mi cadáver.

... ¡Mi naricita ha tenido siempre suerte!

31.7.4

¿Cómo hará el bebé para morir? ¿Y de qué moriré?

31.7.5

... Sí, robaré... Desaparecerán muchas cosas del cielo, que yo os traeré... Seré una ladronzuela, cogeré todo lo que me plazca...

31.7.6

Mirando la estatua de la Santísima Virgen y señalándole con el dedo su platito <109>:

Cuando vino eso esta noche *(un gran vómito de sangre)*, ¡creí que me ibas a llevar!

31.7.7

Nos habíamos quedado dormidas mientras la velábamos.

... ¡Pedro, Santiago y Juan!

31.7.8

... Os aseguro que, si la Santísima Virgen no interviene, tengo para largo.

31.7.9

Amablemente:

No conversemos, basta con mirarnos unas a otras de hurtadillas <110>.

31.7.10

El Ladrón vendrá
y me llevará.
¡aleluya!

31.7.11

Discutíamos sobre los pocos días que le quedaban de vida.

Al fin y al cabo, es la enferma quien lo sabe mejor. Y me parece que tengo todavía para mucho tiempo.

31.7.12

He pensado que tendré que ser muy buenecita y esperar al Ladrón muy apuesta

31.7.13

He encontrado la felicidad y la alegría aquí en la tierra, pero únicamente en el sufrimiento, pues sufrido mucho aquí abajo. Habrá que hacerlo saber a las almas...

Desde mi primera comunión, cuando pedí a Jesús que me cambiara en amargura todas las alegrías de la tierra <111>, he tenido un deseo continuo de sufrir. Pero no pensaba cifrar en ello mi alegría; ésta es una gracia que no se me concedió hasta más tarde. Hasta entonces, no era más que una centella cubierta por la ceniza, o como las flores de un árbol destinadas a convertirse en fruto a su tiempo. Pero al ver caerse mis flores sin cesar, es decir, al abandonarme al llanto cada vez que sufría, me decía a mí misma extrañada y con tristeza: ¡Esto no pasará nunca de simples deseos!

31.7.14

Esta noche, cuando me dijiste que el Sr. de Cornière creía que tenía todavía para un mes o incluso más, no me lo podía creer: ¡había una diferencia tan grande con lo de ayer, cuando decía que había que sacramentarme ese mismo día! Pero esto me ha dejado sumida en una profunda calma. ¡Qué me importa seguir viviendo aún mucho tiempo en la tierra! Aunque sufra mucho, y cada día más, no tengo miedo: Dios me dará fuerzas y no me abandonará.

31.7.15

Si vives todavía mucho tiempo, nadie entenderá nada.

¡Y eso qué importa! ¡Que todo el mundo me desprecie, enhorabuena! Es lo que siempre he deseado <112>. ¡Lo habré conseguido al final de mi vida!

31.7.16

... Ahora que Dios ha hecho lo que quería, que los ha engañado a todos..., vendrá como un ladrón a la hora en que nadie lo espera. Esto es lo que pienso.

NOTAS - Julio

Dos fuentes nos suministran una rica información sobre el mes de julio: los 238 dichos, o sea casi una tercera parte del Cuaderno amarillo, y 34 cartas que hablan de Teresa, en su mayor parte dirigidas a la familia Guérin que estaba de vacaciones en La Musse (cf UC p. 611s). Dichas fuentes nos permiten seguir paso a paso el curso de la tuberculosis.

Tras la aparente mejoría de finales de junio, se declaran dos hemoptisis abundantes y repetidas, los días 6 y 7 de julio. Reposo absoluto, hielo y otros cuidados conjuran por el momento el peligro. Al atardecer del 8 de julio, bajan a la enferma a la enfermería de la planta baja.

Pronto vuelven las hemoptisis. El Dr. de Cornière no espera ya la curación. El 29 de julio, se agrava de tal manera, que al día siguiente administran la Unción de los enfermos a la moribunda: se piensa que no pasará de la noche.

A comienzos de mes, Teresa ha tenido que abandonar la redacción de su manuscrito. Su tarea ha terminado. Y comienza la de la madre Inés de Jesús. A la cabecera de su hijita, el futuro «historiador» (CA 29.7.7) pregunta y recibe explicaciones. Recuerdos de la infancia que evoca la enferma, comentarios espontáneos sobre su experiencia religiosa, reacciones ante los sufrimientos del cuerpo y del alma. Teresa, en su espontaneidad, es veraz. Su *«caminito»* deberá transmitirse al mayor número posible de almas. Julio es el mes de las intuiciones proféticas sobre su misión póstuma.

Trece cartas y billetes fueron redactados (a lápiz) por Teresa a lo largo de este mes (Cta 249 a 261).

1 Juana María Primois, fallecida el 1 de julio a los 43 años.

2 El Dr. de Cornière.

3 La palma puede verse en la foto VTL nº 46, y se encontró intacta a la hora de exhumarla el 6/9/1910.

4 [Teresa dice: *«bien guetté». N. del T.*], expresión normanda por «bien gardé».

5 Ver la nota 6 del mes de junio.

6 Cf Ms A 80rº/vº; y 25.7.7.

7 Cf Ms A 70rº y LC 151; para sus otras quince cartas a Teresa, véase CG p. 1438.

8 Sobre la alegría de Teresa enferma, cf 19.5; 6.7.3; 9.7.1; 13.7.7; 10.8.3; 20.8.4; 5.9.3; 6.9.2; Cta 255; UC p. 620-621, 656.

9 El abate Youf.

10 Cf 27.8.6; Cta 229 y 253; UC p. 664.

11 Sobre todos esos retrasos, cf Ms A 68rº, 72rº y 73vº.

12 Tornera del Carmelo.

13 Cf Im II, 9, *Reflexiones.*

14 La estatua que Teresa, siendo niña y estando gravemente enferma, vio que le sonreía el 13 de mayo de 1883, cf Ms A 30rº.

15 Ofrenda del 9 de junio de 1895; cf Ms A 84rº y Or 6; vuelve a evocarse en 29.7.9; 8.8.2; y el 30.9.

16 Cf Ms A 52rº.

17 Traducción de la Vulgata.

18 Cf 13.7.7; 11.8.6; 15.8.7.

19 La enfermedad del señor Martin.

20 En octubre de 1886; cf Ms A 43rº.

21 Teresa escribe *«toin»* en vez de «coin» [rincón].

22 «Papá decía esto algunas veces, era una frase conocida», anotó la madre Inés. Sobre la nariz de ésta, cf Cta 219.

23 Cf 15.6.2; sobre la delgadez de la enferma, 14.7.10; 20.9.2; 24.9.3.

24 Cf Ms A 59vº.

25 Cf Ms C 27rº. [En el original, Teresa hace un juego de palabras intraducible al español, incurriendo en un barbarismo francés: «agoniser» = agonizar, y *«agoniser»*, que, usado como barbarismo en lugar de «agonir», significa colmar, cubrir de injurias. N. del T.]

26 Cf Cta 260.

27 Teresa escribe *«éjouir»* en vez de «réjuir» [gozarte].

28 El abate Bellière (cf 30.7.4; 12.8.2; 4.9.4; 21.9.3) y el P. Roulland (cf 1.5.2; 30.7.4; 4.9.4).

29 Cf Ms C 32rº/vº.

30 El canónigo Maupas.

31 «De la astucia», precisa en otra parte la madre Inés.

31ª Teresa juega con las palabras «dattes» (= dátiles) y *«dates»* (= fechas), que se pronuncian lo mismo.

32 Cf Or 12. Y sobre los pronósticos acerca de la fecha de su muerte, cf 15.7.1; 31.7.1; 25.8.1; 2.9.1; 23.9.2.

33 Su autobiografía.

34. Reproducción de un cuadro pintado por Celina (1894); cf 10.7.10.

35 Cf 3.7.4 y 20.8.6.

36 Era costumbre en el Carmelo tocar la campana a las 3 de la tarde, en recuerdo de la muerte de Cristo. Al oírla, todas las religiosas besaban su crucifijo.

37 Una hemoptisis.

38 Cf el texto original en **PN** 54,16.

39 Cf SANTA TERESA DE JESÚS, M6, 5.

40 Una ermita en la huerta del Carmelo.

41 Cf TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. 32. [En realidad, cap. 31. N. del T.]

42 Cf 13.7.12; 15.7.5; Cta 185.

43 Cf Ms A 11vº.

44 Cf Ms A 70rº; Ms C 36vº; y 20.7.3; así como *Prières*. pp. 62 y 66.

45 En realidad, de *Las hojas muertas* de L. Abadie.

46 Esto le sucedió bajo el priorato de la madre Inés (1893-1896).

47 María Guérin.

48 Alusión a las letanías de la Santísima Virgen.

49 Cf PS 8.

50 Vino tonificante.

51 Cf Cta 144,rºtv y 149, párr. 2.

52 Cf Cta 258; CA 27.7.14.

53 Teresa escribe *«pis»* en vez de «puis».

54 Cf Cta 253, de esta misma fecha; véase también Ms A 71rº y 84vº; Ms C 31rº; Cta 201; Or 6; CA 16.7.2; 18.7.1; etc. Ya hemos indicado en otra parte el fundamento sanjuanista de esta afirmación.

55 Es decir, los tres días que precedían al miércoles de Ceniza, que en 1891 cayeron en los días 8-11 de febrero.

56 En realidad, en la primavera de 1893; cf CG p. 1172.

57 Cf nota 5 del mes de abril.

58 Cf 18.8.7.

59 Cf **PN** 24,32.

60 Cf 8.7.6.

61 Una hemoptisis.

62 El abate Troude.

63 Cf Ms A 35rº.

64 Cf Ms A 82rº.

65 Abate Bourbonne.

66 Siguen tres líneas raspadas ilegibles.

67 Cf Cta 254, párr. 2.

68 Cf 11.7.6.

69 Cf Cta 106 y 163.

70 Sobre esta exigencia de veracidad en Teresa, cf por ejemplo 9.5.1; 4.8.3; 5.8.4; 3.9.1; 30.9.

71 Asociaciones piadosas.

72 En junio de 1888; cf Ms A 73rº.

73 Su maestra de novicias.

74 La misma cita en Cta 65.

75 El 8 de septiembre de 1890; cf Ms A 76vº.

76 «A ti, Señor, me acojo».

77 Cf Cta 147; fruta preferida de Teresa.

78 Cf también 20.8.18.

79 Sobre este amor al sufrimiento, cf Ms A 36rº y 69vº; Ms C 7rº, 10vº; Cta 253, 254, 258; **PN** 10,8; 54,16; PN 50,5; CA 23.7.4; 31.7.13; 24.9.1; 25.9.2; 30.9; etc.

80 Estatua del claustro que Teresa adornó durante toda su vida religiosa; cf Ms A 72vº.

81 Se presentan los pies para besar; cf 2.8.5; 19.8.3.

82 Cf Or 13, descripción del documento.

83 «Respóndeme».

84 Cf RP 5,9; Ms A 85vº; **PN** 5,9 y 10; 25,7; CA 27.7.10.

85 El jueves 10 de enero de 1889; cf Ms A 72rº.

86 Acerca de estas fechas, cf Ms C 20rº, 3vº, 22rº.

87 Sala de recreación [en la que en invierno se encendía una estufa de leña. N. del T.]

88 El canónigo Maupas.

89 LI canción 1.

90 *Ibid.*, 1, 6, 34; cf Cta 245; Or 12 (y *Prières*, p. 121s); Or 16; y 31.8.

91 Palabras que Teresa pone en boca de Juana de Arco en RP 3,9rº.

92 [Teresa escribe, abreviando, *«point fines»*], en lugar de «Vous n'êtes point fines».

93 Cf 13.7.13; 27.7.13; Ms C 8vº; Cta 253 y 258.

94 Sobre la angustia de la asfixia, cf 20.8.10; 21.8.2; 25.8.9; 26.8.5; 29.9.5; 30.9.

95 Cf 3.8.5. Sobre la cruz de hierro (otoño de 1896), cf CG p. 1189.

96 Cf Cta 208 y CG p. 1189, +d.

97 Cf 15.6.1.

98 Poesía aprendida en su infancia; cf Ms A 11rº.

99 Cf 30.7.9; 31.7.13; Cta 253.

100 Podría tratarse de una caja de música.

101 Sor María de la Trinidad había entrado en el Carmelo el 16 de junio de 1894.

102 Cf Or 6.

103 Cf 10.9.2.

104 Cf Ms A 13 rº y 80vº; Cta 76, 106, 110, 252; CA 30.7.12; 18.8.3; 23.8.7; 23.8.10; 4.9.4; 28.9.1.

105 Cf 21/26.5.3.

106 Cf 20.8.10.

107 Este sacerdote había escuchado la primera confesión de Teresa; cf Ms A 16vº.

108 [Teresa usa la expresión *«capot»*], «Familiarmente: confuso, impedido, azarado» (Littré).

109 Platito en el suelo que servía de escupidera a Teresa.

110 [Teresa usa la expresión «*s'entre-guigner*»]. «Gigner: entrecerrar los ojos mirando por el rabillo del ojo» (Littré).

111 Cf Ms A 36vº, en que cita a Im III, 36, 3.

112 Al igual que san Juan de la Cruz; cf Ms A 73vº; Cta 81 y 188.

A.M.D.G.

[Image]

EL «CUADERNO AMARILLO» DE LA MADRE INES

AGOSTO DE 1897

1 de agosto

1.8.1

A propósito de la gracia tan señalada que había recibido tiempo atrás, cuando su misal se cerró sobre una estampa de Nuestro Señor crucificado, de la que sobresalía sólo una mano. Me repitió lo que se había dicho a sí misma en aquella ocasión:

No quiero dejar que se pierda esa sangre preciosa. Pasaré mi vida recogiéndola para las almas.

1.8.2

Durante Maitines, a propósito del manuscrito de su vida:

Después de mi muerte, no habrá que hablar a nadie de mi manuscrito antes de que se publique; únicamente a nuestra Madre habrá que hablar de él. Si no lo haces así, el demonio te tenderá más de una trampa para echar a perder la obra de Dios..., ¡una obra muy importante (*)!

(*) En las *Novissima Verba* se añade (la autenticidad de este texto es dudosa):

Algunos días más tarde, le había yo pedido que releyera un pasaje de su manuscrito que me parecía incompleto, y la encontré con los ojos arrasados en lágrimas. Al preguntarle el porqué, me respondió con sencillez angelical:

«Lo que he vuelto a leer en este cuaderno es realmente mi alma... Estas páginas, Madre, harán mucho bien. Más tarde, gracias a ellas, se conocerá mejor la ternura de Dios...».

Y añadió, con tono inspirado:

«Sí, lo sé muy bien, *todo el mundo me amará...».* [Cf **UC**, II, Anexos, p. 243. N. del T.]

1.8.3

¡... Ahora ya no escribiré más <2>!

1.8.4

¡Qué enferma estoy...! Porque ya ves..., contigo...

Porque no podía ya hablarme.

1.8.5

... Estoy totalmente entregada a su voluntad, esperaré todo lo que él quiera.

1.8.6

¡Qué bien ha hecho el Señor en decirnos: «En la casa de mi Padre hay muchas estancias!».

(Hizo este comentario a propósito de un sacerdote muy mortificado que sufría unas picazones insoportables y se privaba incluso de aliviarlas.)

Yo prefiero mortificarme de otra manera, y no en cosas tan molestas; no hubiera sido capaz de contenerme de ese modo.

1.8.7

Se había originado un disgusto a propósito del hielo <3>, y yo había llorado. Le pregunté si había actuado mal, y para consolarme me dijo:

¡Tú eres siempre un encanto!

1.8.8

¿Piensas en tus hermanos misioneros?

Pensaba mucho en ellos; pero desde que estoy enferma, ya no pienso en casi nada.

1.8.9

Uno de esos misioneros <4> le había prometido celebrar por ella una Misa el día de Navidad de 1896. Y me contaba la decepción que sufrió al enterarse de que no había podido decirla ese día.

¡... Y yo que me había unido a él tan contenta a la misma hora! ¡No hay nada seguro en la tierra!

2 de agosto

2.8.1

Me encantaría guardar tu corazón, como el de la madre Genoveva.

Haz lo que quieras.

Yo había cambiado de opinión, porque me repugnaba mucho hacer una cosa así, y se lo dije. Se puso un poco triste. Yo adiviné su pensamiento: nos privaríamos de un consuelo que ella no nos daría milagrosamente, pues sabía que no se iba a conservar incorrupta. Finalmente me dijo:

Cambias mucho de opinión, Madrecita; lo he observado muchas veces a lo largo de mi vida...

2.8.2

Habíamos hablado juntas, íntimamente, del poco caso que muchas veces se hace de la virtud escondida.

... Eso es algo que me ha llamado la atención en la vida de N.P. san Juan de la Cruz, de quien decían: «¡Fray Juan de la Cruz! ¡Pero si es un religioso mediocre!» <5>.

2.8.3

No tengo grandes deseos del cielo; simplemente estaré muy contenta de ir allá.

2.8.4

De mí no podrán decir: «Muere porque no muere» <6>. Ya te lo he dicho: por inclinación natural, sí, el cielo; pero la gracia ha adquirido en mi alma un gran dominio sobre la naturaleza, y ahora sólo puedo repetirle a Dios:

Quiero seguir viviendo largo tiempo en la tierra,
si ése es tu deseo, mi Señor.
Quiero seguirte al cielo,
si te complace a ti.
El fuego de la patria,
que es el Amor,
sin cesar me consume.
¿Qué me importa la vida? ¿Qué me importa la muerte?
¡Amarte a ti es mi única alegría! <7>.

2.8.5

A sor Genoveva:

Todo pasa en este mundo mortal <8>, incluso el «bebé». Pero él volverá.

Sor Genoveva estaba besando los pies del crucifijo.

Tú no sigues la doctrina del «bebé». Bésalo enseguida en las dos mejillas y déjate besar por él.

2.8.6

Experimento una vivísima alegría no sólo cuando me consideran imperfecta las demás, sino sobre todo cuando yo misma me veo así. Esto supera a todos los elogios, que me desagradan.

3 de agosto

3.8.1

¿Cómo has logrado llegar a esa paz inalterable que posees?

Me he olvidado de mí y he procurado no buscarme a mí misma en nada.

3.8.2

Le decía yo que mucho tenía que haber luchado ella para llegar a ser perfecta.

No, la cosa no va por ahí... (*)

Las *Novissima Verba* añaden (la autenticidad de este texto es dudosa):

Y un poco más tarde:

«La santidad no consiste en tal o cual práctica. Consiste en una *disposición del corazón* que nos vuelve humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» [Cf **UC**, II, Anexos, p. 251. N. del T.].

3.8.3

Se había disgustado con una hermana y me dijo con semblante grave y tierno a la vez:

Te lo digo francamente: necesito verte cerca de mí en los últimos días de mi vida.

3.8.4

Hermanitas queridas, rezad por los pobres moribundos. ¡Si supierais lo que se sufre! ¡Qué poco basta para perder la paciencia! Hay que ser caritativa con todas, sean quienes sean... Yo no lo hubiera creído antes.

3.8.5

Le hablaba yo de la mortificación con instrumentos de penitencia.

... En ese campo hay que ser muy moderadas, pues con frecuencia me mezcla en ello más de inclinación natural que de otra cosa (*).

(*) Las *Novissima Verba* añaden:

En otra ocasión me había dicho acerca de esto:

En la vida del beato Enrique Suson me llamó la atención un pasaje referente a las penitencias corporales. Había hecho algunas espantosas, que arruinaron su salud, cuando se le apareció un ángel que le dijo que dejara de hacerlas, y añadió: «Hasta ahora sólo has combatido como simple soldado, hoy te voy a armar caballero». E hizo comprender al santo la superioridad del combate espiritual sobre las mortificaciones corporales.

Pues bien, Madrecita, Dios no me ha querido a mí de simple soldado, yo he sido armada enseguida caballero, y partí para la guerra contra mí misma en el campo del espíritu por medio de la abnegación y de los pequeños sacrificios escondidos; y en este combate oscuro, en que la naturaleza no tiene parte alguna, he hallado la paz y la humildad [cf **CA**, II, Anexos, p. 253].

3.8.6

A nosotras tres:

Hay que poner mucho cuidado en la regularidad. Después de una visita en el locutorio, no os detengáis para hablar entre vosotras, pues eso sería como estar en la propia casa, donde no se priva una de nada.

Y volviéndose hacia mí:

Eso, Madre, es lo más acertado.

3.8.7

¡Si supieras qué doloridos tengo los hombros!

Te pondremos guata.

No, no me quitéis esta pequeña cruz.

3.8.8

Hace mucho tiempo que sufro, pero antes eran pequeños sufrimientos; desde el 28 de julio los sufrimientos son grandes.

3.8.9

Estábamos desorientadas ante el curso de la enfermedad, y una de nosotras le dijo: «Entonces, ¿de qué morirás?».

Pues moriré de muerte... ¿No le dijo Dios a Adán de qué moriría cuando le dijo: «Morirás de muerte?». Sencillamente así.

4 de agosto

4.8.1

Esta noche he tenido muchas pesadillas, unas pesadillas espantosas; pero en el peor momento, tú te acercabas a mí y ya no tenía miedo.

4.8.2

... no, no me creo una gran santa. Me creo una santa muy pequeña. Pero pienso que Dios ha querido poner en mí algunas cosas que me hacen bien a mí y a los demás <9>.

4.8.3

Le habían traído un manojo de espigas. Separó la más bonita y me dijo:

Madre, esta espiga es la imagen de mi alma: Dios me ha cargado de gracias para mí y para el bien de otros...

Luego, temiendo haber tenido un pensamiento de orgullo <10>:

¡Cómo me gustaría ser humillada y maltratada para ver si poseo realmente la humildad del corazón...! Con todo, cuando en otras ocasiones me humillaban, me sentía muy feliz... Sí, me parece que soy humilde... Dios me enseña la verdad. Sé muy bien que todo viene de él.

4.8.4

¡Qué fácil es desalentarse cuando uno está muy enfermo...! ¡Y qué bien comprendo que yo me desalentaría si no tuviese fe! O mejor, si no amase a Dios.

4.8.5

Sólo en el cielo veremos la verdad de todas las cosas. En la tierra es imposible. Por ejemplo, en la misma Sagrada Escritura, ¿no resulta triste ver tantas diferencias de traducción? Si yo hubiese sido sacerdote, habría aprendido el hebreo y el griego, y no me habría contentado con el latín, y así habría podido conocer el verdadero texto dictado por el Espíritu Santo.

4.8.6

Me quedé dormida un segundo durante la oración. Y soñé que hacían falta soldados para una guerra.

Tú dijiste: Hay que manda a sor Teresa del Niño Jesús. Yo respondí que hubiera preferido mucho más que fuera para una guerra santa. Finalmente, partí, lo mismo.

No, yo no hubiera tenido miedo de ir a la guerra. ¡Qué feliz hubiera partido, por ejemplo, en tiempos de las cruzadas para combatir a los herejes! ¡Ya lo creo! ¡No hubiera tenido miedo a toparme con una bala!

4.8.7

¿Es posible que yo, que deseaba el martirio <11>, me muera en una cama?

4.8.8

¿Y cómo llevas ahora tu vidita?

¡Mi vidita es sufrir, y nada más! No puedo decir: Dios mío, esto por la Iglesia, Dios mío, esto por Francia... etc.... Dios sabe muy bien lo que tiene que hacer con ello; yo se lo he dado todo por complacerle. Además, me cansaría demasiado diciéndole: dale esto a Pedro, dale esto a Pablo. Sólo lo hago de inmediato cuando me lo pide alguna hermana, y luego ya no vuelvo a pensar en ello. Cuando rezo por mis hermanos misioneros, no ofrezco mis sufrimientos, sino que digo simplemente: Dios mío, dales a ellos todo lo que deseo para mí.

5 de agosto

5.8.1

Hacía mucho calor, y el sacristán nos compadecía por llevar hábitos gruesos.

En el cielo Dios nos recompensará por haber llevado por su amor hábitos gruesos en la tierra.

5.8.2

Al comprobar que ya casi no podía moverse:

David decía en los salmos: «Soy como el saltamontes, que cambia continuamente de lugar». ¡Pues yo no puedo decir lo mismo! Me gustaría pasearme, pero estoy atada de pies y manos.

5.8.3

...Cuando los santos hayan cerrado tras de mí la puerta del cielo, cantarán:

Por fin te tenemos,
ratoncito gris,
por fin te tenemos
y te retendremos.

(Una cancioncilla que le vino a la memoria.)

5.8.4

Sor María del Sagrado Corazón le dijo que, a su muerte, los ángeles vendrían acompañando a Nuestro Señor, y que ella los vería resplandecientes de luz y de hermosura <12>.

... Ninguna de esas imaginaciones me hace el menor bien, sólo puedo vivir de la verdad. Precisamente por eso, nunca he deseado tener visiones. En la tierra no se puede ver el cielo ni a los ángeles tal como son. Yo prefiero esperar a después de la muerte.

5.8.5

Durante las Vísperas, Madrecita, he pensado que tú eres mi sol.

5.8.6

Me quedé dormida y soñé que tú te inclinabas sobre mí para darme un beso; yo quise devolvértelo, pero de pronto me desperté, toda extrañada de que mi beso cayera en el vacío.

5.8.7

Su cama no había sido colocada todavía en medio de la enfermería, sino al fondo, en un ángulo. Para celebrar al día siguiente, de agosto, la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor, habíamos cogido del coro la Santa Faz, que a ella le gustaba mucho, y habíamos colgado el cuadro, rodeado de flores y de luces, a su derecha, en la pared. Me dijo, mirando la imagen:

¡Qué bien hizo Nuestro Señor en bajar los ojos al dejarnos su retrato! Como los ojos son el espejo del alma, si hubiésemos entrevisto su alma habríamos muerto de alegría.

¡Y cuánto bien me ha hecho esa Santa Faz a lo largo de mi vida! Cuando componía mi cántico «Vivir de amor», me ayudó a hacerlo con gran facilidad. Durante el silencio de la noche, escribí de memoria las quince estrofas que había compuesto, sin borrador, durante el día. Ese día, al ir al refectorio después del examen de conciencia, acababa de componer la estrofa:

Vivir de amor es enjugar tu rostro,
es de los pecadores alcanzar el perdón <13>.

Al pasar junto a ella, se le repetí con gran amor. Y mirándola, lloré de amor.

5.8.8

Yo repito, como Job: «Pero la mañana no espero llegar a la noche, y por la noche no espero volver a ver la mañana».

5.8.9

... Estas palabras de Isaías. «¿Quién creyó nuestro anuncio?... Lo vimos sin belleza ni esplendor...» etc. <14>, han constituido todo el fondo de mi devoción a la Santa Faz, o, por mejor decirlo, el fondo de toda mi piedad. También yo deseaba estar sin belleza, pisar sola el vino en lagar, ignorada por todas las criaturas...

5.8.10

A propósito de una confidencia que yo le había hecho, me dijo:

Una madre priora siempre debería hacer pensar que ella está libre de toda pena. ¡Hace tanto bien y proporciona tanta fortaleza no hablar en absoluto de las propias penas! Por ejemplo, hay que evitar expresarse así: Tú tienes, sí, problemas y dificultades, pero yo tengo los mismos que tú y muchos más, etc.

6 de agosto

6.8.1

Había esperado morir durante la noche, y por la mañana me dijo:

Me he pasado toda la noche acechando, como la niña de la canción del zapatito de Navidad <15>...

No he dejado de mirar a la Santa Faz... He rechazado muchas tentaciones... ¡Y he hecho muchos actos de fe...!

Yo también puedo decir: «Miré a la derecha, me fijé, y no había nadie que me conociera...». Quiero decir: nadie que conociera el momento de mi muerte... Me imagino la derecha como el lado donde tú estás con respecto a mí.

Miró luego la estatua de la Santísima Virgen y cantó suavemente:

¿Cuándo llegará, mi tierna madre,
sí, cuándo llegará el hermoso día
en que, desde el destierro de esta tierra,
alce mi vuelo a la eternal morada? <16>

6.8.2

El intenso dolor del costado había cesado durante la noche. El Sr. de Cornière, al auscultarla, la encontró igual de mal, pero ella dudaba de la proximidad de su muerte.

Estoy como un pobre Robinson en su isla. Hasta que no me prometieron nada, estaba desterrada, es verdad, pero no pensaba en abandonar mi isla. Pero un buen día me anuncian la llegada segura de un navío que pronto me conducirá a mi patria. Entonces me quedo en la playa, miro a lo lejos, no dejo de mirar..., y, al no ver aparecer nada en el horizonte, me digo: ¡Me han engañado! ¡No voy a irme!

6.8.3

Me enseñó, en el breviario del Sagrado Corazón, estas palabras de Nuestro Señor a la beata Margarita María, que ella había encontrado allí al azar el día de la Ascensión:

«La cruz es el lecho de mis esposas, en ella te haré consumar las delicias de mi amor».

Y me contó que, un día, una hermana había abierto al azar ese mismo libro y que, al toparse con un pasaje muy exigente, le había pedido que probase ella también. Y se encontró con estas palabras:

«Abandónate en mí <17>...».

6.8.4

... No puedo apoyarme en nada, en ninguna de mis obras, para tener confianza. Por ejemplo, me habría gustado poder decirme a mí misma: he cumplido con todos mis oficios de difuntos. Pero esta pobreza fue para mí una verdadera luz, una verdadera gracia. Pensé que en toda mi vida nunca había podido pagar, una sola de mis deudas para con Dios, pero que, si quería, esto podía ser para mí una verdadera riqueza y una fuerza. Y entonces hice esta oración: Dios mío, te suplico que pagues tú la deuda que tengo contraída con las almas del purgatorio; pero hazlo a lo Dios, para que de ese modo sea infinitamente mejor que si yo hubiese rezado mis oficios de difuntos. Y me acordé con gran dulzura de estas palabras del cántico de san Juan de la Cruz: «Y toda deuda paga» <18>. Yo siempre las había aplicado al amor... Sé que esta gracia no se puede expresar con palabras... ¡Es demasiado exquisita para ello! ¡Se siente una paz tan grande al saberse uno tan absolutamente pobre y al no contar más que con Dios!

6.8.5

¡... Ay, qué pocas son las religiosas perfectas!, las que no hacen las cosas por hacerlas y de cualquier manera, diciéndose a sí mismas: «a fin de cuentas, no estoy obligada a esto...; no hay mayor mal en hablar aquí, en darme gusto en esto...». ¡Qué raras son las que lo hacen todo lo mejor posible! Y sin embargo, son las más felices. Por ejemplo, el silencio: ¡cuánto bien hace al alma, cuántas faltas de caridad evita y cuántos disgustos de toda clase! Hablo en especial del silencio porque es el punto en que más se falta!

6.8.6

¡Qué ufana me sentía cuando hacia de hebdomadaria en el Oficio divino y rezaba bien alto las oraciones en medio del coro!. Porque pensaba que el sacerdote rezaba en la Misa esas mismas oraciones y que yo tenía, igual que él, el derecho de rezar en voz alta ante el Santísimo Sacramento, de dar las bendiciones y las absoluciones, y de leer el Evangelio cuando hacía de primera cantora.

... Pero tengo que decir que el oficio divino ha sido, al mismo tiempo, mi dicha y mi martirio, por el gran deseo que tenía de recitarlo y bien y de no cometer faltas; y a veces me ocurría que, después de haber previsto un minuto antes lo que tenía que decir, lo dejaba pasar sin abrir la boca a causa de una distracción del todo involuntaria. Sin embargo, no creo que se pueda desear más de lo que yo lo he deseado recitar con toda perfección el oficio divino y asistir a él en el coro.

... Disculpo mucho a las hermanas que tienen olvidos o que se equivocan.

6.8.7

Sor San Estanislao, primera enfermera, la había dejado sola durante todo el tiempo de Vísperas, dejando la puerta y la ventana de la enfermería abiertas; la corriente de aire era muy fuerte. Al encontrarla nuestra Madre en este estado, mostró su descontento y pidió explicaciones (*). Ella me dijo:

Yo conté a nuestra Madre la verdad. Pero al hablar, me vino al pensamiento una expresión más caritativa de la que iba a emplear y que, por otra parte, seguramente no estaba mal; seguí mi inspiración, y Dios me recompensó con una gran paz interior.

Los *Cuadernos verdes* precisan:

Una de las enfermeras la había dejado durante todo el tiempo de Vísperas expuesta a una corriente de aire. Sor Teresa del Niño Jesús le había hecho señas de que cerrase la puerta. En lugar de entenderlo así, la hermana creyó que la enferma pedía una manta, y se la puso sobre los pies. Teresa trató de hablar, pero respiraba con tanto ahogo que tampoco pudo hacerse comprender, y la buena de la hermana le trajo otra manta, una almohada, etc., creyendo que tenía frío. La pobrecita se asfixiaba, pero ya no trató de seguir explicándose.

Al volver de Vísperas, sor xxx, al darse cuenta de la corriente de aire y del ahogo de la mansa enferma bajo el peso de todas aquellas mantas, expresó en voz alta su enojo. Vino nuestra Madre y pidió una explicación a sor Teresa del Niño Jesús, quien en esta ocasión dio pruebas tanto de caridad como de paciencia [Cf **UC**, II, Anexos, p. 274].

6.8.8

Por la noche, durante Maitines, le pregunté qué entendía ella por «ser siempre una niñita <20> delante de Dios». Me respondió:

Es reconocer la propia nada y esperarlo todo de Dios, como un niñito lo espera todo de su padre; es no preocuparse por nada, ni siquiera por ganar dinero. Hasta en las casas de los pobres se da al niño todo lo que necesita; pero en cuanto se hace mayor, su padre se niega ya a alimentarlo y le dice. Ahora trabaja, ya puedes arreglártelas tú solito.

Precisamente por no oír eso, yo no he querido hacerme mayor, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del cielo. Así que seguí siendo pequeñita, sin otra ocupación que la de recoger flores <21>, las flores del amor y del sacrificio, y ofrecérselas a Dios para su recreo.

Ser pequeño es también no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo <22>, sino reconocer que Dios pone ese tesoro en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro de Dios. Por último, es no desanimarse por las propias faltas <23>, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.

7 de agosto

7.8.1

Sor X., que se ha salido <24>, quería hacerme sus confidencias, aunque yo ya no soy priora.

... Ni se te ocurra escucharla, aunque fuese como un ángel.

Serías muy desdichada, porque no cumpliría así con tu deber. Sería una debilidad que, ciertamente, desagradaría a Dios.

7.8.2

¡Qué poco amado es Dios en la tierra...! Incluso por los sacerdotes y los religiosos... No, Dios no es muy amado...

7.8.3

Me enseñó la fotografía de Nuestra Señora de las Victorias en la que había pegado la florecita que la había dado papá en los Buissonnets el día que ella le comunicó su vocación <25>. La raíz estaba desprendida, y el Niño Jesús parece que la tiene en la mano y le sonríe, igual que la Santísima Virgen.

... El que la florecita haya perdido la raíz te está diciendo que yo estoy ya en el cielo... Por eso los dos me tratan tan amablemente... *(la Santísima Virgen y el Niño Jesús.)*

7.8.4

Si fuese infiel, si cometiese la más pequeña infidelidad, sé que lo pagaría con turbaciones espantosas y ya no podría aceptar la muerte. Por eso, no ceso de decirle a Dios: «Dios mío, por favor, líbrame de la desgracia de ser infiel».

¿A qué infidelidad te refieres?

A alimentar voluntariamente un pensamiento de orgullo. Si, por ejemplo, me dijese a mí misma: He adquirido tal virtud y estoy segura de poder practicarla. Pues eso sería apoyarse en las propias fuerzas, y cuando se hace eso, se corre el peligro de caer al abismo. Pero si soy humilde, si soy siempre pequeñita, tendré el derecho de hacer pequeñas travesuras hasta el día de mi muerte sin ofender a Dios. Mira a los niños: están siempre rompiendo cosas, rasgándolas, cayéndose, a pesar de querer muchísimo a sus padres. Cuando yo caigo de esa manera, compruebo todavía más mi propia nada y me digo a mí misma: ¿Qué no haría yo, a qué extremos no llegaría si me apoyase en mis propias fuerzas...?

Comprendo muy bien que san Pedro cayera. El pobre san Pedro confiaba en sí mismo, en vez de confiar únicamente en la fuerza de Dios. Y saco para mí la conclusión de que si yo dijera: «Dios mío, tú sabes que te amo demasiado para detenerme en un solo pensamiento contra la fe», mis tentaciones se harían más violentas y ciertamente sucumbiría a ellas.

Estoy convencida de que si san Pedro hubiese dicho humildemente a Jesús: «Concédeme fuerzas para seguirte hasta la muerte», las habría obtenido inmediatamente.

Estoy convencida también de que Nuestro Señor no hablaba más a sus discípulos con sus enseñanzas y con su presencia sensible, de lo que hoy nos habla a nosotros con las inspiraciones de su gracia. Él podía muy bien haber dicho a san Pedro: Pídeme fuerzas para cumplir lo que quieres. Pero no lo hizo así, porque quería hacerle ver su debilidad, y porque, antes de gobernar a toda la Iglesia, que está llena de pecadores, le convenía experimentar en su propia carne lo poco que puede el hombre sin la ayuda de Dios.

... Antes de su caída, Nuestro Señor le dijo: «Cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos». Con lo cual quería decirle: Persuádeles con tu propia experiencia de la debilidad de las fuerzas humanas.

7.8.5

Yo quisiera que estuvieses siempre a mi lado, tú eres mi sol <26>.

8 de agosto

8.8.1

Le decía que más tarde yo pregonaría sus virtudes.

Sólo a Dios hay que pregonar, pues en mi pequeña nada nada hay que pregonar <27>.

8.8.2

Estaba mirando al cielo por la ventana de la enfermería, y sor María del Sagrado Corazón le dijo: «¡Con cuánto amor miras al cielo!». En ese momento estaba más fatigada y sólo contestó con una sonrisa. Más tarde me confió lo que había pensado:

Ella cree que miro el firmamento pensando en el cielo de verdad. Pero no es así: es simplemente porque admiro el cielo material; el otro está cada vez más cerrado para mí. Pero inmediatamente después me dije a mí misma con gran paz: Sí, es una gran verdad que miro al cielo por amor; sí, lo miro por amor a Dios, puesto que, desde mi ofrenda <28>, todo lo que hago, mis gestos, mis miradas, todo lo hago por amor.

8.8.3

Hoy he estado pensando en mi vida pasada y en el acto de valor que realicé en aquella Navidad <29>, y me vino a la memoria la alabanza tributada a Judit: «Has obrado varonilmente y tu corazón se ha fortalecido». Muchas almas dicen: No tengo fuerzas para realizar tal sacrificio. Pues que hagan lo que yo hice: un gran sacrificio. Dios nunca niega esta primera gracia que da el valor para actuar; después, el corazón se fortalece y vamos de victoria en victoria.

8.8.4

Si Nuestro Señor y la Santísima Virgen no hubiesen asistido a banquetes, yo nunca habría entendido la costumbre de invitar a los amigos a comer. Me parecía que, para comer, habría que ocultarse, o por lo menos hacerlo en familia. Invitarse sí, pero sólo para conversar, para contarse viajes, recuerdos, en fin, para cosas del espíritu.

Siempre me dieron mucha lástima las personas que servían en los grandes banquetes. Si, por desgracia, les sucedía que dejaban caer algunas gotas sobre el mantel o sobre alguno de los comensales, veía al ama de casa mirarles severamente, mientras los pobrecillos enrojecían de vergüenza; y yo me decía interiormente: Estas

diferencias que existen en la tierra entre amos y criados ¡qué bien prueban que hay un cielo en el que cada cual será colocado según su valía interior y en el que todos estaremos sentados al banquete del Padre de familia! Y entonces ¡qué Servidor tendremos, pues Jesús dijo que él mismo "se pondrá a servirnos"! Ese será el momento en que sobre todo los pobres y los pequeños se verán ampliamente recompensados de sus humillaciones.

9 de agosto

9.8.1

Yo decía de ella: ¡Nuestro guerrero está derribado!

Yo no soy un guerrero que haya combatido con armas de la tierra, sino con «la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios». Por eso, la enfermedad no ha podido derribarme, y ayer tarde, sin ir más lejos, me serví de mi espada con una novicia. Le dije: Moriré con las armas en la mano <30>.

9.8.2

A propósito de su manuscrito:

Habrá en él para todos los gustos, excepto para los que van por caminos extraordinarios.

9.8.3

Has vuelto a ser para mí lo que eras en mi niñez... ¡Me es imposible decir lo que eres para mí!

9.8.4

Le decían que era una santa:

No, no soy una santa; yo nunca he realizado las acciones de los santos. Soy un alma muy pequeña a la que Dios ha colmado de gracias, eso es lo que soy. Lo que digo es la verdad, ya lo veréis en el cielo.

10 de agosto

10.8.1

Estaba mirando la estampa de Teófano Vénard, prendida con alfileres en la cortina de su lecho. Esa estampa representaba al misionero señalando el cielo con el dedo.

¿Crees que me conoce? Mira lo que me enseña... Hubiera podido muy bien no adoptar esa postura...

10.8.2

Le decían que las almas que habían llegado, como ella, al amor perfecto podían ver su propia hermosura <31>, y que ella pertenecía a ese número.

¿Qué hermosura...? Yo no veo, en absoluto, mi hermosura; lo único que veo son las gracias que he recibido de Dios. Estáis muy equivocadas, no sabéis que yo no soy más que un huesecito <32> ..., que una pepita insignificante...

(Vinieron a molestarme y no pude escuchar la explicación que siguió.)

10.8.3

Con semblante alegre y simpático, mirando el retrato de Teófano Vénard:

¡Ah..., pero...!

¡Por qué dices: ¡Ah..., pero...!, preguntó sor Genoveva.

Porque cada vez que lo miro, me mira también él a mí; y además, parece espiarme por el rabillo del ojo con aire maliciosillo.

10.8.4

Le enseñaban una fotografía de Juana de Arco en su prisión <33>.

También a mí me animan los santos en mi prisión. Me dicen: Mientras estés entre rejas, no puedes cumplir tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará la hora de sus trabajos y de tus conquistas.

10.8.5

Pienso en las palabras de san Ignacio de Antioquía: «También yo he de ser triturada por el sufrimiento para convertirme en trigo de Dios» <34>.

10.8.6

Durante Maitines:

¡Si supieras lo que eres para mí! Pero siempre te estoy diciendo lo mismo.

10.8.7

Le hablaba yo del cielo, de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, que están allí en cuerpo y alma.

Lanzó un profundo suspiro y esta exclamación:

¡Ay...!

¿Quieres darme a entender con eso que estás sufriendo mucho a causa de tu prueba <35>?

¡Sí...! ¡Que ame tanto tanto a Dios y a la Santísima Virgen, y tenga estos pensamientos...! Pero no me detengo en ellos.

11 de agosto

11.8.1

... Siempre me ha parecido, Madrecita, que te tomas demasiado a pechos la labor.

(A propósito del lavado.)

11.8.2

Le decía que después de su muerte seríamos muy buenas y que la comunidad se renovaría.

«... Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

11.8.3

No esperaba sufrir así; sufro como un niñito.

... No quisiera pedir nunca a Dios mayores sufrimientos. Si él hace que sean mayores, los soportaré gustosa y alegre, pues vendrán de su mano. Pero soy demasiado pequeña para tener fuerzas por mí misma. Si pidiese sufrimientos, serían sufrimientos míos, y tendría que soportarlos yo sola, y yo nunca he podido hacer nada sola.

11.8.4

... La Santísima Virgen no tiene una Santísima Virgen a quien amar; es menos feliz que nosotras <36>.

(Ya me había dicho eso mismo en otra ocasión en la recreación.)

11.8.5

Muchas veces rezo a los santos sin ser escuchada; pero cuanto más sordos parecen a mis ruegos, más los amo.

¿Por qué?

Porque he deseado no ver a Dios ni a los santos y vivir en la noche de la fe, con mucha mayor intensidad con que otros desean ver y comprender <37>.

11.8.6

Nos había contado una gran cantidad de cosas sobre la época de la gripe <38>. Cuando acabó, le dije: ¡Cuánto trabajo te has tomado! ¡Y qué atenta y simpática que has sido! Seguro que toda esa alegría no es sincera, pues estás sufriendo enormemente en el alma y en el cuerpo.

Riéndose:

Yo no «finjo» nunca, no soy como la mujer de Jeroboam <39>.

12 de agosto

12.8.1

(Comulgó.)

«...Adiós, hermanas queridas, parto para un largo viaje».

(Alusión a mi «partida» para mi retiro de profesión.)

12.8.2

Mirando la fotografía del P. Bellière vestido de soldado:

A ese soldado de aire tan marcial, yo le doy consejos como a una niña... Le señalo el camino del amor y la confianza <40>.

12.8.3

Desde lo de la espiga, siento más bajamente de mí misma. ¡Pero qué grande es la nueva gracia que recibí esta mañana, cuando el sacerdote comenzó a rezar el Confiteor antes de darme la comunión y todas las hermanas lo continuaron. Veía a Jesús a punto de entregarse a mí, y aquella confesión me parecía una humillación absolutamente necesaria. «Yo confieso ante Dios todopoderoso, ante la bienaventurada Virgen María y ante todos los santos, que he pecado mucho...». Sí, me decía en mi interior, hacen bien en pedir perdón por mí en este momento a Dios y a todos los santos... Al igual que el publicano, yo me sentía una gran pecadora. ¡Y Dios me parecía tan misericordioso! Era enormemente conmovedor dirigirse a toda la corte celestial para obtener por su intercesión el perdón de Dios. Poco me faltó para llorar, y cuando la sagrada hostia se posó sobre mis labios me sentí profundamente emocionada.

... ¡Qué fantástico haber experimentado aquello en el Confiteor! Creo que se debió a la situación actual de mi espíritu: ¡me siento tan miserable! Mi confianza no ha disminuido, al contrario; y «miserable» no es la palabra exacta, pues soy rica en todos los tesoros divinos; pero precisamente por eso, me humillo más. Cuando pienso en todas las gracias que Dios me ha concedido, tengo que contenerme para no derramar incesantes lágrimas de gratitud.

... Creo que las lágrimas que derramé esta mañana eran lágrimas de contrición perfecta. ¡Y qué difícil es producir una misma esa clase de sentimientos! Es el Espíritu Santo quien los da, él, «que sopla donde quiere».

12.8.4

Le hablábamos de las resistencias que en otro tiempo había opuesto cuando le insistíamos en que se cuidase, en que no se levantase a la misma hora que la comunidad, en que no fuese a Maitines. Nos dijo:

Vosotras no me comprendíais cuando yo insistía en que sí; pero lo hacía porque veía muy claro que con ello se trataba de influenciar a nuestra Madre. Yo quería decir a nuestra Madre toda la verdad, a fin de que ella decidiera libremente. Os aseguro que si ella me hubiese pedido, por propia iniciativa, incluso no ir a Misa, ni a comulgar, ni al Oficio divino, habría obedecido con gran docilidad.

12.8.5

Es increíble: ahora que ya no puedo comer, me apetece toda clase de cosas sabrosas. Por ejemplo, pollo, chuletas, arroz con acederas de los domingos, atún <41>...

12.8.6

... Podrás decir de mí: «No vivía en este mundo, sino en el cielo, donde estaba su tesoro».

13 de agosto

13.8

Le dije un pensamiento sobre el cielo, que había tenido durante Completas.

... Yo ya sólo tengo luces para ver mi nada. Y eso me hace mayor bien que las luces sobre la fe.

14 de agosto

14.8

(Comunión)

... Muchas pequeñas cruces durante la jornada... ¡Ay, cuánto trabajo os doy!

Durante Maitines le dije: Has tenido muchos sufrimientos hoy.

Sí, pero como me gustan... Todo lo que Dios me da me gusta.

15 de agosto

15.8.1

(Comunión)

Le recordaba yo lo que dice san Juan de la Cruz sobre la muerte de las almas transformadas en amor <42>. Suspiró y me dijo:

Habrá que decir que donde se dan «el gozo y los transportes» es en el fondo de mi alma. Pero eso no animaría tanto a las almas si se pensase que no he sufrido mucho.

¡Ya veo que estás muy angustiada! Y sin embargo, hace un mes me decías cosas tan bellas sobre la muerte de amor...

Pues lo que entonces te decía, volvería a decírtelo también ahora.

15.8.2

Se ahogaba mucho, y como el ahogo iba en aumento me dijo:

¡No sé qué será de mí!

¿Y te preocupa lo que será de ti?

Con acento inefable y con una sonrisa:

No, no...

15.8.3

Durante el silencio <43> soñé que me decías: Cuando venga la comunidad, va a cansarte mucho que todas las hermanas te miren y te obliguen a decirles algo a cada una. Y que yo te respondía: Sí, pero cuando esté allá arriba, descansaré de todo.

15.8.4

Anteanoche le pedí a la Santísima Virgen no toser, para que sor Genoveva pudiera dormir <44>, pero añadí: Si no lo haces, te querré todavía más.

15.8.5

Nuestras nuevas campanas tocaban a Vísperas; abrí la puerta para las oyera bien y le dije: Escucha cómo suenan nuestras flamantes campanas. Después de escucharlas:

¡No demasiado flamantes todavía <45>!

15.8.6

Dios me da el valor en proporción a mis sufrimientos. Creo que de momento no podría soportar más, pero no tengo miedo, pues si los sufrimientos aumentan, Dios aumentará al mismo tiempo mi valor.

15.8.7

Me pregunto cómo puede Dios contenerse tanto tiempo sin tomarme...

... Además, ¡se diría que quiere hacerme creer que no existe el cielo...!

... Y todos los santos, a los que tanto quiero, ¿dónde se han «metido...?».

... No, no *finjo*, la verdad es que no entiendo ni jota. Pero, en fin..., tendré que cantar muy fuerte en mi corazón:

«Después de la muerte la vida es inmortal» <46>;
de lo contrario, nada tendría sentido...

15.8.8

Después de Maitines estaba agotada, y cuando nos disponíamos a mullirle las almohadas nos dijo:

Ahora haced de mí lo que queráis.

16 de agosto

16.8.1

Ya no podía hablar, de débil y sofocada que estaba.

¡No... poder... ya hablarte... ni siquiera... a ti...! ¡Ay, si pudieran saberlo...! ¡Si no amase a Dios...! Sí, pero…

16.8.2

En el locutorio no se debe hablar de cualquier cosa, por ejemplo del aderezo personal y de vestidos...

16.8.3

«Tú no tendrás una «Teresita» que venga a buscarte».

Sonrió, y mirando la estatua de la Santísima Virgen y la estampa de Teófano Vénard, me las señaló una tras otra con el dedo.

16.8.4

Los ángeles no pueden sufrir, no son tan afortunados como yo. ¡Pero qué maravillados quedarían si sufriesen y sintiesen lo que yo siento...! Sí, se quedarían atónitos, pues yo misma lo estoy.

16.8.5

Durante Maitines, se despertó de repente, y mirándome con una dulce sonrisa:

¡Madrecita linda!

17 de agosto

17.8.1

(Comunión)

Estoy segura de que Dios quiere que sufra. Los remedios que deberían ayudarme y que alivian a los demás enfermos, a mí me perjudican.

17.8.2

Acababan de levantarla y le habían hecho daño, y como la habían hecho sufrir también al dispensarle ciertos cuidados, pidió un pañito. Dudaban si dárselo o no, por no saber para qué lo quería. Entonces, dijo mansamente:

Deberíais creerme cuando pido algo, pues soy un sol de criatura...

(Es decir, que sólo pide lo indispensable.)

Una vez vuelta a la cama, sintiéndose al límite de sus fuerzas:

Soy una "niña" muy enferma, ¡sí, muy enferma!

17.8.3

Puso una vincapervinca en la estampa de Teófano Vénard. Yo guardé esa vincapervinca.

17.8.4

Voy a rezar a la Santísima Virgen para que disminuya tu opresión.

No, hay que dejarles las manos libres allá arriba.

17.8.5

Durante Maitines, mirando la estampa de Teófano Vénard:

No sé qué me pasa, ya no puedo mirarlo sin llorar.

17.8.6

Después de Maitines se encontraba menos sofocada, y dijo a sor Genoveva señalándome a mí:

Le rezó a María, y ya no he vuelto a hipar.

(Usaba esta palabra en plan de broma y con un soniquete muy gracioso, cuando quería decir que tosía hasta ahogarse.)

18 de agosto

18.8.1

Sufro mucho, ¿pero sufro bien? Esa es la cuestión.

18.8.2

¡El "bebé" está agotado...!

Durante el silencio del mediodía, yo me había escondido un poco detrás de la cama, para escribir.

Vuélvete de lado para que te vea.

18.8.3

Mamá, tienes que leerme la carta que has recibido para mí <47>. No quise pedírtela durante la oración, para prepararme para la comunión de mañana y porque no está permitido.

(Era durante la recreación.)

Y al ver que yo cogía el lápiz para escribirlo:

¿Perderé acaso el mérito por habértelo dicho y por escribirlo tú?

¿O sea, que quieres adquirir méritos?

Sí, pero no para mí: para los pobres pecadores, por las necesidades de toda la Iglesia, en una palabra, para arrojar flores a todo el mundo, a justos y a pecadores.

18.8.4

Le decía que tenía mucha paciencia.

Todavía no he tenido ni un minuto de paciencia. Mi paciencia no es mía... ¡Siempre os equivocáis!

18.8.5

Ya que dicen que todas las almas sufren las tentaciones del demonio en el momento de la muerte, también yo tendré que pasar por ello. Pero no, yo soy demasiado pequeña. Y con los pequeñitos no puede <48>...

18.8.6

Yo le decía: ¡Qué extraño te parecería, si recobrases la salud!

Si ésa fuese la voluntad de Dios, me sentiría muy feliz de ofrecerle ese sacrificio. Pero te aseguro que me costaría mucho, porque haber ido tan lejos para tener que volver... ¡Vamos...!

18.8.7

En el estado de debilidad en que me encuentro, me pregunto qué sería de mí si viese una araña grande en la cama. Pero, en fin, quiero aceptar también ese miedo por Dios

¿... Y si tú le pides a la Santísima Virgen que no suceda eso?

19 de agosto

19.8.1

Poco faltó para que se desmayase antes de la comunión al oír salmodiar, aunque en voz baja, el Miserere. Más tarde me dijo, derramando lágrimas:

¡A ver si pierdo el conocimiento...! Si supiesen la debilidad que tengo <49>...

Esta noche ya no podía más. Le pedí a la Santísima Virgen que me cogiese la cabeza entre sus manos para poder soportar esa debilidad.

19.8.2

Quédate conmigo, Madrecita, que sólo tenerte a mi lado me resulta ya una ayuda.

19.8.3

Sor Genoveva le presentó el crucifijo, y ella lo besó tiernamente en la cara. En ese momento era hermosa como un ángel. El crucifijo tenía caída la cabeza, y ella dijo contemplándolo:

¡Está muerto... ! Prefiero que lo representen muerto, porque pienso que ya no sufre.

19.8.4

Pidió ciertos cuidados que le costaban mucho, pero que el doctor y nuestra Madre había recomendado. Sor Genoveva le dijo como a un niñito: ¿Quién ha pedido eso a la «chacha» <50>?

Ha sido el «bebé», por fidelidad.

19.8.5

Acariciaba en las dos mejillas a Teófano Vénard. (La estampa estaba prendida en la cortina, un poco lejos de ella.)

¿Por qué la acaricias así?

Porque no puedo besarle.

19.8.6

A sor María de la Eucaristía:

NO hay que sentarse así, de través, en las sillas; está escrito.

19.8.7

A sor Genoveva, que le arreglaba las almohadas sin tener cuidado con las estampas de las cortinas:

¡Cuidado con Teofanito!

19.8.8

Cuando estábamos las tres juntas a su lado, hablábamos demasiado. Esto la cansaba, porque le hacíamos demasiadas preguntas a la vez.

«¿Qué quieres que digamos hoy?».

Será mejor no decir absolutamente nada, porque a decir verdad no hay nada que decir.

«Todo está ya dicho, ¿no?».

Con una graciosa inclinación de cabeza:

Sí.

19.8.9

No importa lo que me digas, aunque sean las cosas más insignificantes. Me haces el efecto de un gracioso trovador que canta sus leyendas con melodías siempre nuevas.

Y daba sorbitos para hacerme ver que se bebía mis palabras.

19.8.10

Sólo sufro en este momento. Si alguien se desalienta y se desespera, es porque piensa en el pasado y en el futuro.

20 de agosto

20.8.1

A sor Genoveva, con tono infantil:

Tú sabes muy bien que estás cuidando a un "bebé" que se está muriendo... Así que *(mostrando el vaso)* habría que echar un buen vaso de algo bueno, pues el «bebé» tiene mal muy sabor de boca.

20.8.2

Había pedido que la besasen poco, pues, al estar tan débil, el aliento la fatigaba.

¿Podemos por lo menos hacerte una caricia?

Sí, las manos no respiran.

20.8.3

Le hablaban de la lata que daba a las enfermeras la pobre madre Corazón de Jesús <51>.

¡Cómo me habría gustado ser enfermera! No por motivos naturales, «sino por razones de gracia». Y creo que hubiera hecho muy feliz a la madre Corazón de Jesús. Sí, me hubiera gustado... Y habría puesto en ello mucho

amor, pensando en las palabras de Dios. «Estuve enfermo, y me aliviasteis». Hasta en el Carmelo es difícil encontrar ocasiones tan hermosas como éstas.

20.8.4

Con aire alegre y travieso:

¡Pronto estaré sumida en los horrores del sepulcro! Y también tú, Madrecita, estarás un día allí... Y cuando te vea llegar junto a mí, «se estremecerán de alegría mis huesos quebrantados».

20.8.5

En cuanto veo algo de beber, me pasa esto. *(Tose y le dice al vaso de agua de Bottot):* ¡No es para beber! *(Aparte:)* No me entiende... *(Más alto:)* ¡Te he dicho que no es para beber!

20.8.6

Ya no podía ni ver la leche, que, por otra parte, nunca le había gustado, y que entonces le causaba una enorme repugnancia. Yo le dije: «¿Beberías esta taza por salvarme la vida?».

¡Claro que sí...! ¿Y crees que no la tomaría por amor de Dios?

Y se bebió la taza de un trago.

20.8.7

Hacíamos comentarios acerca de la marca que tenía la capa de la enfermería: «+.F.».

No, no significa lo que decís. Quiere decir que hay que llevar la cruz (+) para poder llegar más allá del firmamento (F).

20.8.8

Cuando sufro mucho, estoy contenta de ser yo quien sufre, y me alegro de que no seáis una de vosotras.

20.89

«Contigo, Clarita, es con quien me encuentro más a gusto».

(Frase que decía a la madre Genoveva <52> su hermanito.)

20.8.10

A causa de lo mucho que sentía no poder recibir ya la comunión, y como consecuencia de los muchos comentarios que tuvo que oír a este respecto, pasó un día de angustias y de tentaciones que a mi entender debieron de ser terribles (*). Por la tarde me pidió que estuviera un rato en silencio y que ni siquiera la mirara. Me dijo muy bajito:

Si ahora mismo te contara mis pesares, no pararía de llorar, y estoy tan agotada, que sin duda me ahogaría.

Tras un silencio que duró más de una hora, me habló, pero poniendo delante de los ojos el abanico que le habían dado para las moscas, pues estaba todavía muy emocionada.

(*) Los *Cuadernos verdes* aclaran:

Aquel día sufrió angustias muy agudas. He aquí por qué:

La comunión, que tanto deseaba antes, se convirtió para ella en un motivo de tormento durante su enfermedad. A causa de los vómitos, de la opresión y de la debilidad, temía que le sobreviniese algún percance, y hubiese querido que fuéramos nosotras quienes le dijésemos que no la recibiera. Ella no quería cargar por propia iniciativa con esa responsabilidad, pero, como no decía nada, nosotras pensábamos darle gusto insistiendo en que comulgase. Ella seguía callando, pero aquel día ya no pudo más y estalló en lágrimas.

No sabíamos a qué atribuir aquel disgusto y le rogábamos encarecidamente que nos lo dijese. Pero la opresión que le producían los sollozos era tan fuerte, que no sólo no pudo respondernos sino que nos hizo señas de que no le dijésemos ni una sola palabra y de que ni siquiera la miráramos.

Al cabo de varias horas que pasé sola a su lado, me atreví a acercarme y le dije que había adivinado muy bien el motivo de sus lágrimas. La consolé lo mejor que pude; parecía estar a punto de morir de dolor. Nunca la había visto sumida en semejantes angustias.

Ya no volvió a comulgar hasta su muerte. El 19 de agosto, día de su última comunión y fiesta de san Jacinto, la había ofrecido por la conversión del desventurado P. Jacinto. A esta conversión se había dedicado durante toda su vida [Cf **UC**, II, Anexos, p. 324. N. del T.]

20.8.11

Me habló de la carta de un sacerdote que decía que la Santísima Virgen no conocía por experiencia los sufrimientos físicos.

Al mirar esta noche a la Santísima Virgen, comprendí que eso no es verdad. Comprendí que ella no sólo sufrió en el alma, sino también en el cuerpo. Sufrió mucho en los viajes, de frió, de calor, de cansancio. Ayunó muchas veces.

... Sí, ella sabe bien lo que es sufrir.

... Pero ¿acaso está mal querer que la Santísima Virgen haya sufrido? ¡Yo, que tanto la quiero!

20.8.12

Se ahogaba mucho.

Desde hacía algún tiempo, encontraba un cierto alivio para sus opresiones, tan penosas, emitiendo algo así como un gritito acompasado <53>, algo así como: «¡Oh, là là!», o bien «¡Agne! Agne!».

Cuando la opresión viene desde abajo, es cuando digo: «¡Agne! ¡Agne!». Pero eso no es de buena educación, y no me gusta. Ahora diré: «Anne! ¡Anne!».

Pondrán eso en tu circular.

¡Parecerá una receta de cocina!

20.8.13

Tú fuiste quien me dio la alegría de tener el retrato de Teófano Vénard, una alegría inmensamente grande. ¡Y eso que pudiera muy bien no haberme gustado...! Pero es *muy coquetón*, es *muy mono* (*).

(*) Expresiones que ella había oído y que le hacían gracia.

20.8.14

¡Qué hermoso será conocer en el cielo todo lo que ocurrió en el seno de la Sagrada Familia! Cuando el Niño Jesús empezó a ser mayorcito, al ver ayunar a la Santísima Virgen, tal vez le diría: «A mí también me gustaría ayunar». Y la Santísima Virgen le contestaría: «No, Jesusito, tú eres todavía demasiado pequeño, no tienes fuerzas». O quizás no se atrevía a negárselo.

¿Y san José? ¡Ay, cuánto lo quiero! El no podía ayunar, debido a su trabajo.

Lo veo acepillar, y después secarse la frente de vez en cuando. ¡Qué lástima me da de él! ¡Qué sencilla me parece que debió de ser la vida de los tres!

Las mujeres la aldea irían a charlar familiarmente con la Santísima Virgen. A veces le pedirían que dejase que el Niño Jesús fuese a jugar con sus hijos. Y el Niño Jesús miraría a la Virgen para saber si debía ir o no. Otras veces, aquellas buenas mujeres irían directamente al Niño Jesús y le dirían sin ninguna clase de ceremonias: «Ven a jugar con mi niño», etc.

... Lo que me hace mucho bien, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginármela llevando una vida totalmente ordinaria. No todo eso que se nos cuenta y todo eso que se supone. Por ejemplo, que el niño Jesús hacía pajaritos de barro y después, soplando sobre ellos, les daba la vida. No, el Niño Jesús no hacía milagros inútiles como ésos, ni siquiera por complacer a su Madre. Y si no, ¿por qué no fueron transportados a Egipto en virtud de un milagro, que, por lo demás, habría sido más necesario y tan fácil para Dios? En un abrir y cerrar de ojos habrían sido llevados allá. Pero no, en su vida todo discurrió como en la nuestra.

¡Y cuántas penas, cuántas decepciones! ¡Cuántas veces se le habrán hecho reproches al bueno de san José! ¡Cuántas veces se habrán negado a pagarle su trabajo! ¡Qué sorprendidos quedaríamos si supiésemos todo lo que sufrieron!, etc. etc.

Me habló largo y tendido sobre este tema y no pude escribirlo todo <54>.

20.8.15

Quisiera estar segura de que la Santísima Virgen me ama.

20.8.16

¡Y pensar que toda la vida me ha costado tanto rezar el rosario <55>!

20.8.17

Después de recibir la absolución, en vez de perderme en oraciones para dar gracias a Dios, pienso sencillamente con gratitud que él me ha puesto un vestido muy blanco y me ha cambiado el delantal. Ni uno ni otro estaban muy sucios, pero es igual: mis vestiditos son más brillantes y todo el cielo me mira con mejores ojos

20.8.18

No cabe duda que cuando sor María del Sagrado Corazón fue procuradora me hizo hacer muchas mortificaciones. Me quiere tanto, que yo parecía su niña mimada; pero en estos casos la mortificación mucho mayor todavía.

Me cuidaba según sus gustos, completamente opuestos a los míos...

21 de agosto

21.8.1

Sufría mucho, y yo la estaba mirando de rodillas y con el alma a los pies.

― Ojitos tristes, ¿por qué?

― Porque estás sufriendo mucho.

― Sí, pero también paz, paz...

21.8.2

Ya no hay más que cama para el bebé..., ¡todo, todo hace sufrir!

Casi enseguida empezó de nuevo a toser y no pudo dormirse.

¡Ni siquiera cama ya para el bebé! ¡Se acabó! ¡Cualquier noche me ahogaré, lo sé!.

21.8.3*

¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote para predicar sobre la Santísima Virgen! Un solo sermón me habría bastado para decir todo lo que pienso al respecto.

Ante todo, hubiera hecho ver qué poco se conoce su vida.

No habría que decir de ella cosas inverosímiles o que no sabemos; por ejemplo que de muy pequeñita, a los tres años, la Santísima Virgen fue al templo para ofrecerse a Dios con ardientes sentimientos de amor, totalmente extraordinarios, cuando tal vez fue allá sencillamente por obedecer a sus padres.

¿Y por qué decir también, al hablar de las palabras proféticas del anciano Simeón, que la Santísima Virgen, a partir de ese momento, tuvo constantemente ante los ojos la pasión del Señor? "Una espada te *atravesará* el alma", le dijo el anciano. Por lo tanto, no se trataba del presente, ¿te das cuenta, Madrecita?; era una predicción genérica para el futuro <56>.

Para que un sermón sobre la Virgen me guste y me aproveche, tiene que hacerme ver su vida real, no su vida supuesta; y estoy segura de que su vida real fue extremadamente sencilla. Nos la presentan inaccesible, habría que presentarla imitable, hacer resaltar sus virtudes, decir que ella vivía de fe igual que nosotros, probarlo por el Evangelio, donde leemos. «No comprendieron lo que quería decir». Y esta otra frase, no menos misteriosa: «Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño». Esta admiración supone una cierta extrañeza, ¿no te parece, Madrecita?

Sabemos muy bien que la Santísima Virgen es la Reina del cielo y de la tierra, pero es más madre que reina; y no se debe decir que a causa de sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los santos, como el sol al amanecer hace que desaparezcan las estrellas. ¡Dios mío, que cosa más extraña! ¡Una madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos...!Yo pienso todo lo contrario, yo creo que ella aumentará con mucho el esplendor de los elegidos.

Está bien hablar de sus privilegios, pero no hay que quedarse ahí; y si en un sermón nos vemos obligados a exclamar desde el principio hasta el final «¡oh! ¡oh!», acaba uno harto. ¡Y quién sabe si en ese caso algún alma no llegará incluso a sentir cierto distanciamiento de una criatura tan superior y a decir: «Si eso es así, mejor irse a brillar como se pueda en un rincón».

Lo que la Santísima Virgen tiene sobre nosotros es que ella no podía pecar y que estaba exenta del pecado original. Pero por otra parte, tuvo menos suerte que nosotros, porque ella no tuvo una Santísima Virgen a quien amar, y eso es una dulzura más para nosotros y una dulzura menos para ella.

Finalmente, en mi cántico «Por qué te amo, María» he dicho todo lo que predicaría sobre ella.

22 de agosto

22.8.1

Hoy es el santo del abuelito.

(San Joaquín.)

22.8.2

¿Qué sería de mí, Madrecita, si Dios no me diese fuerzas? ¡Ya no tengo más que manos <58>...!. Nadie sabe lo que es sufrir así. No, hay que pasarlo.

22.8.3

... En tal ocasión te tuvieron por imperfecta.

Con satisfacción: Bueno, ¡tanto mejor!

22.8.4

Del lado de los intestinos y... en otras partes sufría intensamente; se temió la gangrena (*).

Bueno, al fin y al cabo, es preferible sufrir mucho y en todo el cuerpo y tener varias enfermedades juntas. Es como un viaje, en el que se soportan toda clase de incomodidades sabiendo que pronto todo pasará y que, en cuanto se llegue al final, ya todo será disfrutar.

(*) Los *Cuadernos verdes* precisan (CV. I, pp. 8―9):

(...) Sufre terribles dolores en los intestinos, tiene el vientre duro como una piedra, y no puede realizar sus funciones sino entre horrorosos sufrimientos. Si la sentamos, para evitar una opresión mayor cuando tose mucho, le parece estar sentada «sobre clavos»*. Nos conjura a que recemos por ella, porque, dice,* «es como para perder la razón»*. No quiere que se dejan a su alcance los medicamentos para uso externo que contengan veneno, y aconseja que no se dejen nunca cerca de los enfermos que padezcan esas mismas torturas; y siempre por la misma razón: porque* «es como para perder la razón»*, y porque, al no saber lo que hacen, podrían incluso quitarse la vida. Y que ella misma, si no tuviese fe, no habría dudado un instante en quitarse la vida.*

22.8.5

A propósito de un comentario que le hacían (ya no recuerdo con qué motivo):

¿Tú crees que la Santísima Virgen se deshizo en contorsiones como san María Magdalena <59>? Pues no, no habría estado bien. ¡Me hace bien *hipar*!

22.8.6

Había derramado tila sobre la cama, y para consolarla le decíamos que no tenía importancia.

Como queriendo decir que tenía que sufrir por todo:

¡No tiene importancia, qué va!

22.8.7

Me miró durante la oración, y luego miró la estampa de Teófano Vénard con su mirada serena y profunda.

Poco después quiso hablar para complacerme, pues apenas podía respirar. Yo le dije que se callara.

¿No, no tengo que hablar...? Pues... yo creía... ¡Te quiero tanto...! ¡Voy a portarme bien..., Madrecita!

22.8.8

Querían impedirle que se esforzase por consolarnos.

Tenéis que dejarme hacer mis «monadas».

22.8.9

Me alegré al pensar que rezan por mí, y entonces le dije a Dios que quería que esas oraciones se aplicasen por los pecadores.

― ¿Entonces no quieres que sirvan para aliviarte a tí?

No.

22.8.10

Sufría mucho y se quejaba.

¡Madrecita...! ¡Sí...! ¡Lo acepto...!

... No tengo que quejarme más, no sirve de nada. Rezad por mí, hermanitas queridas, pero no de rodillas, sentadas.

(Estábamos de rodillas.)

23 de agosto

23.8.1

No había pasado nunca una noche tan mala. ¡Qué bueno tiene que ser Dios para que yo pueda resistir todo lo que sufro! Nunca creí que pudiera sufrir tanto. Y no obstante, creo que todavía no he llegado al límite del sufrimiento. Pero él no me abandonará.

23.8.2

Tú cantaste a la Santísima Virgen:

«Puede tomar de nuevo Jesús lo que me ha dado,
dile que por mí nunca se moleste» <60>.
Ella se lo ha dicho y él te coge la palabra.
Me alegro, y no me arrepiento.

23.8.3

No, Dios no me da el presentimiento de una muerte próxima, sino el de sufrimientos mucho mayores... Pero no me preocupo, sólo quiero pensar en el momento presente.

23.8.4

Le decía que me habían dado una manta grande para el invierno, y que la verdad es que era demasiado grande.

No, no, nunca se tiene demasiado calor en invierno.

... Tú tendrás frío cuando yo ya no tenga frío. ¡Qué lástima!

23.8.5

Bésame en la frente.

A sor Genoveva:

Reza mucho por mí a la Santísima Virgen, tú que eres mi enfermera, pues si tú estuvieses enferma, yo rezaría mucho por ti a la Santísima Virgen. Por una misma no se atreve una a hacerlo.

23.8.6

Había ofrecido sus sufrimientos por el Sr. abate de Cornière, que todavía era seminarista <61> y se encontraba muy tentado. Él lo supo y escribió una carta de lo más humilde y emotiva.

¡Qué consuelo me ha proporcionado esta carta! He visto que mis pobres sufrimientos han dado su fruto. ¿Te has fijado en los sentimientos de humildad que en ella se expresan? Eso es precisamente lo que yo esperaba.

... ¡Y cuánto bien me ha hecho ver cómo en tan poco tiempo se puede sentir tanto amor y tanta gratitud hacia un alma que te ha ayudado y a la que hasta entonces no conocías! ¡Qué será, pues, en el cielo cuando las almas conozcan a quienes las salvaron!

23.8.7

En medio de sus grandes sufrimientos:

¡Mamaíta...! ¡Mamaíta...! ¡Ah...! ¡Ah...! ¡Sí...! ¡Mamá! ¡mamá! ¡mamá!

23.8.8

Cuando se ha pedido algo a la Santísima Virgen y no nos escucha, es señal de que no quiere. Entonces hay que dejarla a su aire y no preocuparse.

23.8.9

Me decía que todo lo que había oído predicar sobre la Virgen la había dejado indiferente.

Que los sacerdotes nos presenten virtudes practicables. Está bien hablar de sus privilegios, pero sobre todo es necesario que podamos imitarla. Ella prefiere la imitación a la admiración, ¡y su vida fue tan sencilla! Por hermoso que sea un sermón sobre la Virgen, si nos vemos obligados a exclamar continuamente «¡oh! ¡oh!», acaba uno harto.

Me encanta cantarle:

«Nos has hecho visible *(ella decía:* fácil)
el estrecho camino que va al cielo
con el constante empleo de virtudes humildes» <62>.

23.8.10

¡Mamá...! ¡Ay, no paro de quejarme...! ¡Pero vamos...! Acepto, sí, estar enferma..., pero cuando toso continuamente y no puedo más...

(Hoy ha terminado el régimen de leche)

Acariciaba yo su frente después de Maitines:

¡Qué gusto da!

24 de agosto

24.8.1

¿Estás desanimada?

¡No...! Sin embargo, esto va cada vez peor. Con cada respiración sufro intensamente. De todas formas, todavía no es como para gritar.

(Aquella mañana tenía una expresión muy dulce y serena.)

24.8.2

... ¡Cómo me gustaría hablarte...! ¡Qué sacrificio...! ¡Pero me cuesta!

24.8.3

... Mamaíta, a pesar de todo, ¿quieres que te hable?

(Yo llevaba ya mucho tiempo mirándola en silencio.)

Una media hora más tarde, durante la recreación:

¡Mamaíta...!, ¡yo que te quiero tanto...!

Despertándose durante Maitines:

¡Ay, el tiempo que hace que te estoy hablando! ¡Y veo que no te has enterado de nada!

(Me había explicado su enfermedad durante una pesadilla.)

... ¡Y ahora siento que me amenaza la tos! ¡En fin...!

― Todo va peor, ¿verdad?

― No, va mejor.

24.8.4

Yo la había compadecido, y ante el comentario de sor Genoveva de que con eso no se arreglaba nada:

¡Al contrario!, es eso justamente lo que alivia a los enfermos.

25 de agosto

25.8.1

Le expresaba mi deseo de conocer la fecha de su muerte.

¡Pues yo no lo deseo! Siento una gran paz. Eso apenas me preocupa.

Durante el silencio, la puerta de la enfermería estaba abierta, y sor San Juan de la Cruz entraba todas las noches y poniéndose a los pies de la cama la miraba riéndose durante un buen rato <63>.

― ¡Qué visita más indiscreta y cómo debe de cansarte!

Pues sí, cuando se sufre resulta muy penoso que te miren riéndose. Pero pienso que a Nuestro Señor, en medio de sus padecimientos, también lo miraban así en la cruz. Y aquello era todavía peor, pues se burlaban de él de verdad: ¿no se dice en el Evangelio que lo miraban meneando la cabeza? Este pensamiento me ayuda a ofrecerle gustosa ese sacrificio.

25.8.2

¡Cuánto sufres! ¡Y qué duro es! ¿Estás triste?

No. No me siento en absoluto desdichada. Dios me da justamente lo que puedo soportar <64>.

25.8.3

Le habían traído de parte de nuestra tía unos preciosos ramos de miosotis artificiales. Los pusieron para adornar sus estampas.

Durante el silencio, con expresión infantil y muy graciosa:

Tenía ganas de que me regalaran algo, no sabía muy bien qué ni por qué, pero lo estaba deseando; y van y me regalan esto.

25.8.4

¡Pobre hija mía!, bien puedes decir: «¡Ay, qué largo es mi destierro!».

― Pues a mí no me parece largo. Porque sufra, no es más largo.

25.8.5

Gemía suavemente:

¡Ay, cómo me quejo! Y sin embargo, no quisiera sufrir menos <65>.

25.8.6

Nos pedía insistentemente que rezáramos y que hiciéramos rezar por ella.

¡Cuánto se debe rezar por los agonizantes! Si se supiera...

Creo que el demonio ha pedido permiso a Dios para tentarme con sufrimientos extremados, para hacerme faltar a la paciencia y a la fe.

A sor María del Sagrado Corazón le habló del himno de Completas, a propósito de las tentaciones del espíritu de las tinieblas y de los fantasmas de la noche <66>.

25.8.7

Era la fiesta de san Luis, y había hecho una ferviente oración a papá sin ser escuchada.

... A pesar de lo que me dolió en un primer momento, le repetí a Dios que lo amaba todavía más, y a todos los santos también.

25.8.8

Le hablaba de mi tristeza al pensar en lo que todavía tendría que sufrir:

Estoy dispuesta a todo... Sin embargo, ya ves que hasta ahora no me ha pasado nada que fuera superior a mis fuerzas.

... Hay que abandonarse. Y quisiera que tú te alegraras.

25.8.9

¡Sí, sí, lo acepto! ¡Sí! ¡Pero es eso...!

¿El qué?

¡Que me ahogaré!

26 de agosto

26.8.1

Le habían dejado toda la noche encendido el cirio bendito.

Gracias al cirio bendito no he pasado demasiado mala noche.

26.8.2

A nuestra madre, durante la oración:

Me alegro mucho de no haber pedido nada a Dios; así, él está obligado a darme valor <67>.

26.8.3

Yo le decía que estaba hecha para sufrir mucho, que su alma tenía temple para eso:

Para el sufrimiento del alma, sí, puedo mucho...; pero para los sufrimientos del cuerpo soy como un niño pequeñito. No me doy cuenta, sufro minuto a minuto <68>.

26.8.4

Tenía que confesarse:

Madrecita, tendría que hablarte, si pudiese. No sé si ser necesario que diga al Sr. Youf que he tenido pensamientos de gula, porque he pensado en cosas que me gustan, pero se las ofrezco a Dios.

26.8.5

Se ahogaba.

... ¡Ay, me ahogaré...! ¡Sí...!

(ese "sí", dicho con voz suave y lastimera, era como un gritito.)

26.8.6

Durante Maitines, le dije que se moviera a su antojo para ver si encontraba un poquito de alivio.

... ¡Qué difícil es, con lo que tengo, encontrar alivio!

26.8.7

Se le había saltado un punto en el ribete de la túnica y yo intentaba cogerlo, pero era muy difícil y no acababa de acertar, cansándola mucho; ella ya no podía más, y luego me dijo:

Madrecita, no hay que extrañarse de que una pobre enfermera se enfade a veces con las enfermas. ¡Ya ves lo difícil que soy! ¡Cuánto te quiero...! Eres muy dulce. ¡Te estoy muy agradecida, lloraría de buena gana!

26.8.8

¡Qué larga es tu enfermedad, pobrecita!

No, no, a mí no me parece larga. Cuando todo haya acabado, ya verás cómo no te parece larga.

26.8.9

Mamaíta, ¡qué necesaria es la ayuda de Dios cuando se sufre tanto!

27 de agosto

27.8.1

¡Qué desgraciado es uno cuando está enfermo!

¡Qué va!, uno no es desgraciado cuando se va a morir. ¡Qué curioso tener miedo a morir!

A fin de cuentas, cuando una está casada, cuando se tiene un marido y unos hijos, se comprende; pero yo, que no tengo nada...

27.8.2

Me gustaría mucho que Monseñor no viniera a verme. De todas formas, siempre es una gracia la bendición de un obispo.

Riéndose:

¡Si al menos fuera san Nicolás, que resucitó a tres niños...!

(Mons. Hugonin se encontraba en Lisieux.)

27.8.3

¿No estás admirada, Madrecita, de cómo llevo mis sufrimientos?

... A fin de cuentas, en el fondo del alma tengo una gran paz.

27.8.4

No has tomado nada desde esta mañana.

¿Que no he tomado nada? Tomé dos tazas de leche. Estoy atiborrada. Soy un haz de leña <69>, ya no hace falta comprarla.

27.8.5

¡Hago pasar las noches en blanco a la pobrecita sor Genoveva!

27.8.6

Durante la recreación del mediodía:

Esta mañana me decías que no tenías a nadie, y tienes unas hermanitas y una Madrecita.

No, no tengo a nadie a quien dejar, porque a ellas no las dejo.

Con aire travieso:

¡Anda, que si pensase que las dejo...!

27.8.7

¿Y si tuvieras que seguir enferma hasta la próxima primavera? Yo tengo miedo, ¿tú qué dirías?

Bueno, pues diría que tanto mejor.

27.8.8

Por la tarde pasó un rato muy aliviada y nos hizo toda clase de monerías.

27.8.9

Sufría continuamente de sed (*). Sor María del Sagrado Corazón le dijo: ¿Quieres agua bien fría?

― Sí, ¡qué ganas tengo!

― Nuestra Madre te ha mandado pedir todo lo que necesites.

― Ya pido todo lo que necesito.

― ¿No pides más que lo necesario? ¿Nunca lo que te puede aliviar?

― No, sólo lo necesario. Por eso, cuando no tengo uvas, no las pido.

Poco después de haber bebido, miraba el vaso de agua fría.

― Bebe un poco más, le dijeron.

― No, no tengo la lengua demasiado seca.

(*) Los *Cuadernos verdes* matizan:

Seguía sufriendo extremadamente a causa de la sed. "Nunca se me quita la sed, decía. Cuando bebo, la sed aumenta. Es como si echase fuego dentro". *Por las mañanas tenía la lengua tan reseca, que parecía una escofina o un pedazo de madera.*

28 de agosto

28.8.1

Le habían vuelto la cama hacia la ventana.

¡Qué contenta estoy! Ponte ahí en frente, Mamaíta, para que te vea bien.

28.8.2

Nuestra madre y otras hermanas decían que era muy guapa, y se lo contaron.

¡Y eso qué me importa! No me importa nada, me molesta. Cuando una está tan cerca de la muerte, no puede alegrarse por cosas así.

28.8.3

Durante el silencio del mediodía:

¡Fíjate!, ¿ves allá abajo aquel agujero negro *(debajo de los castaños, cerca del cementerio)* en el que no se puede distinguir nada? Pues en un agujero como ése me encuentro yo, tanto en el alma como en el cuerpo. ¡Sí, qué tinieblas! Pero siento paz.

28.8.4

Ya no aguantaba más, y se quejaba.

Creo que Dios estaría más contento si no dijese nada.

28.8.5

Mamaíta, cógeme esa preciosa cosita blanca.

¿El qué?

Ya se fue. Era una preciosa cosita de ésas que vuelan en verano.

(Un gusano de seda.)

28.8.6

Mirando por una pequeña abertura de la cortina la estatua de la Santísima Virgen, que estaba frente a ella <70>:

¡Fíjate, me está vigilando!

28.8.7

Me gustan mucho las flores, las rosas, las flores rojas y las preciosas margaritas rosadas.

28.8.8

Cuando tosía o hacía el menor movimiento en la cama, los ramos de miosotis se agitaban en torno a las estampas.

Las flores tiemblan conmigo, me gusta.

28.8.9

Querida Santísima Virgen, ¿sabes por qué tengo ganas de irme? Porque canso demasiado a mis hermanitas, y además las hago sufrir al estar tan enferma... ¡Sí, quisiera irme!

28.8.10

Después de Maitines:

Querida Santísima Virgen, ten compasión de mí... «¡por esta vez!».

29 de agosto

29.8.1

Le leía el Evangelio del domingo: la parábola del buen samaritano.

Yo estoy como ese pobre caminante "semivivo": medio viva, medio muerta.

29.8.2

Es muy duro sufrir sin ningún consuelo interior.

Sí, pero es un sufrimiento sin inquietud. Me alegro de sufrir, ya que Dios lo quiere.

29.8.3

¿Mamaíta?

(Me llamaba.)

¿Qué quieres?

Acabo de contar 9 peras en el peral que está junto a la ventana. Debe de haber muchas más. Me alegro, las comerás. ¡Qué buena es la fruta!

29.8.4

Esta noche nos dio un beso.

30 de agosto

30.8.1

Pasó la noche muy tranquila, como la noche de 6 de agosto, feliz de pensar que quizás moriría.

... Juntaba las manos con mucha gracia esperando a la muerte.

30.8.2

¿Estarías contenta si te anunciasen que ibas a morir indefectiblemente dentro de unos días a más tardar? ¿Preferirías eso a que te anunciasen que ibas a sufrir cada vez más durante meses y aun durante años?

No, no estaría en modo alguno más contenta. Lo único que me contenta es cumplir la voluntad de Dios.

30.8.3

La pusieron en la cama plegable y la llevaron hasta la puerta del coro que da al claustro. Allí la dejaron sola un largo rato. Rezaba con una mirada muy profunda hacia la reja. Luego arrojó hacia allá pétalos de rosa.

Antes de volverla a meter, la fotografiaron <71>.

Vino el doctor La Néele y le dijo: «Es para pronto, hermanita, estoy seguro». Y ella lo miró con una sonrisa de felicidad.

También vino el Sr. Youf y le dijo estas palabras que ella me refirió: «Ha sufrido más de que le queda por sufrir. ... Terminamos al mismo tiempo nuestro ministerio, usted como carmelita y yo como sacerdote».

31 de agosto

31.8.1

Nueva visita del Dr. La Néele.

31.8.2

Si murieses mañana, ¿no tendrías un poco de miedo? ¡Sería tan pronto!

No, aunque fuese esta misma noche, no tendría nada de miedo, sólo tendría alegría.

31.8.3

¡Cuánto me cuesta hacer la señal de la cruz!

... ¡Ay, hermanitas! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ... ¡Dios mío, ten compasión de mí! ... Ya no sé decir otra cosa.

31.8.4

Pronto esta cama en la que te vemos estará vacía, ¡qué dolor para nosotras!

Pues yo, en vuestro lugar, estaría muy contenta.

31.8.5

... Tengo más hambre que en toda mi vida. Siempre he comido como un pajarito, y ahora lo devoraría todo. Me parece que me estoy muriendo de hambre.

... ¡Cuánto debió de sufrir santa Verónica!

(Había leído que esta santa había muerto de hambre.)

31.8.6

Una de nosotras decía: "¡Qué ahogada está! Podría muy bien morir hoy".

¡Qué felicidad!

31.8.7

Por la tarde. Me decían que estaba dormida; ella abrió los ojos y me dijo:

Que no. Acércate, ¡me gusta tanto verte!

31.8.8

¡Qué necesidad tengo de ver las maravillas del cielo! Ya nada me impresiona en la tierra.

31.8.9

Durante Maitines:

¡Es increíble cómo se han realizado todas mis esperanzas! Cuando leía a san Juan de la Cruz <71>, le pedía a Dios que obrase en mí lo que él dice, es decir, lo mismo que si llegara a la vejez; en una palabra, que me consumara rápidamente en el amor. ¡Y he sido escuchada!

31.8.10

Tras haber mirado largamente la estatua de la Santísima Virgen:

... ¿Quién hubiera podido inventar a la Santísima Virgen?

31.8.11

A mí:

... Si es verdad que tú me quieres, ¡cuánto te quiero yo también a ti!

31.8.12

Me contó que en otro tiempo, para mortificarse, mientras comía pensaba en cosas repugnantes.

... Pero después, me pareció más sencillo ofrecerle a Dios lo que me gustaba.

31.8.13

Hace un rato quise darme un auténtico banquete: tomé un grano de uva y un sorbito de vino, y se los ofrecí a la Santísima Virgen. Luego hice lo mismo con el Niño Jesús, y se acabó mi banquete.

NOTAS - Agosto

Las hemoptisis diarias cesan el 5 de agosto. A partir de esa fecha, su estado, caracterizado por una fuerte opresión, se estabiliza. El domingo 15 marcará una nueva fase en la enfermedad. En el costado izquierdo comienza a

asentarse un dolor agudo. Al estar ausente el médico de cabecera, el 17 de agosto se llama al Dr. La Néele, quien comprueba que «la tuberculosis ha llegado al último grado» (UC p. 669). El 22 de agosto, se produce un nuevo agravamiento.

El gráfico médico de este mes se refleja en el período correspondiente del Cuaderno amarillo. La primera quincena aparece como una continuidad de julio: alusiones al manuscrito y a la misión futura de la carmelita, recuerdos biográficos, reflexiones de orden doctrinal precisando el *«caminito».* Luego, a partir del 15, declina notablemente la resistencia de Teresa. Lo que de ahí en adelante nos van a pintar las Ultimas Conversaciones será a la gran enferma: a una enferma heroica.

Hay que verla sufriendo, sonriendo, ahogándose, llorando. En cada gesto, en cada palabra, vemos a Teresa dar toda la talla de su amor. Los últimos días del mes están marcados por declaraciones de angustia física que dejan traslucir un sufrimiento extremo. En esa misma época, la prueba espiritual dura todavía.

En este contexto, se aprecia mejor la fuerza de voluntad de una Teresa que nos dejó cinco autógrafos escritos a lápiz, el último de los cuales la larga y última carta al abata Bellière, del 10 de agosto (Cta 262-266).

1 En la catedral de San Pedro; cf Ms A 45vº. — En NV 1.8.1, la madre Inés sitúa esta gracia en el mes de julio de 1887.

2 En su Manuscrito C, inconcluso.

3 Que desde el 7 de julio se utilizaba contra las hemoptisis.

4 El P. Roulland; cf Cta 221, nota 1.

5 Biografía y cita no identificadas.

6 SAINTE THERESE D'AVILA, *Poésie-Glose* [SANTA TERESA, *Obras Completas*, 7ª ed. Burgos, Monte Carmelo, 1994, «Poesías» 1, p. 1324. N. del T.]; cf 4.9.7.

7 Cf el texto original en **PN** 45,7.

8 Reminiscencia de un cántico a san José: «La gloria humana es pasajera. Todo pasa en este mundo mortal», cf UC p. 523.

9 Cf 9.8.4; 3.9.2.

10 Cf 12.8.3.

11 Sobre este deseo, cf, entre otros, Ms A 61rº; Ms B 3rº; Cta 132, 192, 197, 224; PN 35,10; RP 6,11vº; Or 2; etc.

12 Cf 4.6.1; y la nota 70 del mes de julio,

13 Cf **PN** 17,11.

14 Cf Cta 108.

15 Canción de O. Pradère, melodía utilizada para **PN** 23.

16 Cántico titulado «Suspiros de un desterrado».

17 Estas palabras aparecen en las pp. 39 y 7 del opúsculo que se cita en la Cta 196, n. 3.

18 *Llama de amor viva*, canc. 2ª, verso 5.

19 Hebdomadaria: hermana que presidía el oficio coral durante una semana.

20 Cf Ms B 3vº/4vº; Ms C 3rº; Cta 178, 226, 261; PN 11,3; **PN** 13,5; 24,9; 31,4; 36,3; 45,4; 54,6; RP 7, estr. final; Or 14; CA 27.5.5.

21 Cf Ms B 4rº/vº; Cta 194; **PN** 34.

22 Cf 7.8.4; Cta 259; SANTA TERESA DE JESÚS, C, c. 40. [Así en la edición francesa. En el texto original de la Santa, C 38, *passim*. N. del T.]

23 Cf Ms B 5rº; Ms C 31rº; Cta 143, 202; Or 7 y 20; CA 5.7.1; 7.8.4; etc.

24 Sor María de San José, que salió en 1909.

25 Cf 7.6.2; Ms A 50vº; Or 21, documento.

26 Cf 5.8.5.

27 Cf 6.8.8; 7.8.4; 13.8.1; Ms C 2rº; Cta 197; **PN** 53,1.

28 Cf Or 6.

29 En 1886; cf Ms A 45rº; Cta 201.

30 Cf **PN** 48,5 final.

31 Cf Ll 1,6,31.

32 Cf Cta 147, 2rº/vº.

33 Fotografía de Teresa en el papel de Juana de Arco consolada por santa Catalina (VTL nº 14); cf RP 3,19vº; y *Récréations*, p. 334.

34 En su Carta a los Romanos, 4,1.

35 La madre Inés señaló en otra parte (NPPA): «Una noche, en la enfermería, se encontraba más inclinada que de costumbre a hablarme de sus sufrimientos. Nunca hasta entonces se había desahogado conmigo de esta manera sobre este punto. Hasta entonces yo sólo conocía su prueba vagamente.

«*¡Si supieses* —me dijo— *los horribles pensamientos que me acosan! Pide mucho por mí, para que no haga caso al demonio que quiere convencerme de tantas mentiras. El razonamiento de los peores materialistas se impone a mi espíritu: algún día, la ciencia, haciendo sin cesar nuevos progresos, lo explicará todo naturalmente, y conoceremos la razón suprema de todo lo que existe y que sigue siendo hoy un problema, pues aún quedan muchas cosas por descubrir..., etc. etc.*

Yo quiero hacer el bien después de mi muerte, ¡pero no podré! Ocurrirá como con la madre Genoveva: esperábamos verla hacer milagros, y un silencio total cayó sobre su tumba...

¡Ay, Madrecita!, ¿cómo se puede tener esa clase de pensamientos cuando se ama tanto a Dios?

En fin..., ofrezco esos sufrimientos tan grandes para alcanzar la luz de la fe a los pobres incrédulos, y por todos los que viven alejados del credo de la Iglesia".

Y añadió que ella nunca entraba en discusión con esos pensamientos tenebrosos:

Los sufro a la fuerza —me dijo—*, pero mientras los sufro no ceso de hacer continuos actos de fe».*

36 Cf 21.8.3* final; y Cta 137.

37 Cf 4.6.1; 5.8.4; 11.8.5; 11.9.7; RP 7,1vº; Or 16; pero en cambio, Cta 56, n. 2.

38 Invierno 1891-1892; cf Ms A 79rº.

39 La mujer de Jeroboam se había disfrazado para ir a consultar al profeta Ajías.

40 Cf el final del Ms C.

41 Sobre estos antojos de enferma, cf 26.8.4; 31.8.5; 4.9.5; UC p. 687.

42 Cf Ll 1,6,30; un pasaje éste que, en la enfermería, Teresa había señalado con varias crucecitas a lápiz en su ejemplar (UC p. 419).

43 Entre el mediodía y la una de la tarde.

44 Sor Genoveva dormía en una celdita contigua a la enfermería.

45 [Teresa dice «pas *cor*»], expresión popular normanda por «pas encore».

46 Tomado del *«Credo» de Herculano*, ópera de F. David.

47 Sin duda, la carta del abate Bellière, del 17 de agosto (LC 194, en CG p. 1063s).

48 Cf 25.8.6; 29.9.3; Ms A 10vº; y el estudio sobre el demonio en TrH pp. 128-135.

49 Debido a esta debilidad, Teresa ya no volverá a comulgar hasta su muerte; cf 20.8.10 y la nota a la misma a pie de página.

50 Sobrenombre que Teresa daba, en los últimos meses de su vida, a su hermana Celina; cf 22.9.4; 23.9.3.

51 Cf 3.9.3.

52 Su nombre civil era Clara Bertrand. Sobre esa frase, cf «Escritos Varios», p. 1009.

53 Sobre estos gemidos, cf UC p. 677.

54 Teresa habla también de la vida de la Sagrada Familia en Ms A 59vº, y RP 6, Acto I.

55 Cf Ms C 25vº.

56 Cf sin embargo RP 6,2vº.

57 Cf **PN** 54.

58 «Libres», especifica en otra parte la madre Inés.

59 Alusión a las posturas atormentadas con que la iconografía presenta a menudo a esta santa.

60 **PN** 54,16; cf CA 10.6.

61 Cf Cta 167, P.D. párr. 1, y sus notas 1 y 9.

62 **PN** 54,6.

63 «Lo hacía con buena intención», señala la madre Inés.

64 Cf 14.6; 11.8.3; 15.8.6; 23.8.1; 25.8.8; 29.9.11.

65 Sobre esas «quejas» y esa aceptación, cf 22.8.10; 23.8.10; 28.8.4; 5.9.3; 20.9.1; 30.9.

66 Compárese con la escena que sor Genoveva sitúa en el 16 de agosto (*infra*).

67 Ese mismo dicho, en una carta de sor María de la Eucaristía a su padre, del 27 de agosto (UC p. 680).

68 Sobre esa capacidad de sufrimiento, cf Ms C 10rº; 29.7.14.

69 Teresa hace aquí un juego de palabras: *«Je suis bourrée»* («bourrée»: p.p. del verbo «Bourrer» = atiborrar, atracar, comer en exceso), y *«Je suis une bourrée»* («Bourrée»: sustantivo fem., que significa haz de leña menuda de baja calidad) [Nota retocada por el traductor].

70 La Virgen de la Sonrisa.

71 Foto VTL nº 45.

72 Cf Ms A 83rº; Ll 1,6,30; y nota 90 de julio.

A.M.D.G.

[Image]

EL «CUADERNO AMARILLO» DE LA MADRE INES

SEPTIEMBRE DE 1897

2 de septiembre

2.9.1

Morirás con toda seguridad en un día de fiesta.

― ¡Ese día será una fiesta muy hermosa! Nunca he deseado morir en un día de fiesta <1>.

2.9.2

... Hacía tal vez dos años que estaba aquí cuando el Señor hizo que cesase mi prueba respecto a sor María de los Angeles <2> y que pudiese abrirle mi alma... Por fin pudo realmente consolarme.

1.9.3

... Una cosa que me costaba mucho era pedir permiso para hacer mortificaciones en el refectorio, porque era muy tímida y me ponía colorada; pero lo hacía fielmente mis dos días por semana. Cuando esta prueba de la timidez se pasó, ponía menos cuidado, y seguro que más de una vez me olvidé de mis dos mortificaciones.

1.9.4

Le decíamos que ella era el jefe de la banda, que había vencido a todos los enemigos, y que sólo teníamos que seguirla. Entonces hizo el gesto, tan familiar para nosotras, de poner las manos una sobre otra a una distancia muy pequeña, diciendo:

«¡Así de encumbrada en la familia!».

Luego, haciendo ademán de sembrar algo:

¡Pulgarcito!

1.9.5

Le decía sor Genoveva: «¡Y pensar que aún te esperan en Saigón!».

Iré, iré dentro de poco; ¡si supieras qué pronto haré ese viaje!

1.9.6

Cuando una acepta el disgusto de haber sido mala, Dios vuelve enseguida.

1.9.7

He ofrecido muy especialmente mi prueba interior contra la fe por un allegado de nuestra familia que no tiene fe <3>.

(El Sr. Tostain.)

1.9.8

... ¡Sí, sí, deseo el cielo! «¡Rompe la tela de este dulce encuentro» <4>, Dios mío!

3 de septiembre

3.9.1

Le contaba lo que me había dicho acerca de los honores rendidos en Francia al zar de Rusia.

¡Nada de eso me deslumbra! Háblame de Dios, del ejemplo de los santos, de todo lo que es verdad…

3.9.2

¡Y pensar que estamos cuidando a una santita!

¡Bien, pues tanto mejor! Pero querría que fuera Dios quien lo dijese.

3.9.3

La pobre madre Corazón de Jesús <5> se volvía cada vez más exigente, y las enfermeras se quejaban de verse obligadas a ceder a sus manías.

¡Cómo me hubiera atraído todo eso!

4 de septiembre

4.9.1

Comentaban que sor San Estanislao decía de ella que era «un ángel» debido a las sonrisas y a las caricias <6> que ella le hacía a cambio del menor servicio.

... Así es como he conquistado a Dios, y por eso me va a recibir él tan bien a la hora de mi muerte.

4.9.2

Me alegro mucho de que me repugne la carne, porque así, al menos, no siento gusto al comerla.

(Se le servía un poco de carne).

4.9.3

En el momento en que yo salía de la enfermería para ir al refectorio:

¡Te quiero!

4.9.4

Tocaban al ángelus.

¿Tengo que abrir las manitas?

No, hasta para rezar el ángelus estás demasiado débil. Basta con que invoques a la Santísima Virgen diciendo: «¡Virgen María!». Ella prosiguió:

Virgen María, te quiero con todo el corazón.

Sor Genoveva le dijo: «Dile que la quieres también por mí». Entonces añadió muy bajito:

Por «la señorita Lilí», por la mamá, por la madrina, por Leonia, por Mariíta, por mi tío, por mi tía, por Juana, por Francis, por «Mauricio», por «el pequeño Roulland» y por todos los que amo <7>.

4.9.5

Le apetecía cierto plato, por cierto muy sencillo, y una de nosotras se lo hizo saber a nuestro tío.

¡Tiene gracia que hagamos saber esto a los del mundo! En fin, se lo he ofrecido a Dios.

Le dije que no era culpa mía, pues de hecho yo lo había prohibido. Ella, tomando el platito, replicó:

Ya está ofrecido a Dios. No me importa nada. Que piensen lo que quieran.

4.9.6

Durante Maitines:

Mamaíta ¡cuánto te quiero!

Con una hermosa sonrisa, haciendo esfuerzos por hablar:

Digamos algo, sin embargo, digamos...

... ¡Si supieras la paz que me produce el pensamiento de que pronto me iré al cielo! Me siento muy feliz, sí, pero no puedo decir que experimente una intensa alegría y transportes de júbilo, no.

4.9.7

No obstante, ¿prefieres morir a seguir viviendo?

No, mamaíta, no prefiero ni una cosa ni otra. Yo no puedo decir como nuestra Madre santa Teresa: «Que muero porque no muero» <8>. Lo que más me gusta es lo que Dios prefiera y elija para mí.

5 de septiembre

5.9.1

¿No sientes, entonces, dejar a "mamá"?

(con aire infantil.)

No... Si no hubiese vida eterna, entonces sí... Pero la hay, tal vez... ¡Seguro que la hay!

5.9.2

Si te dijeran que vas morir de repente, en este mismo instante, ¿sentirías algo de miedo?

... ¡Ay, qué felicidad! ¡Querría irme!

¿Entonces prefieres morir a seguir viviendo?

No, de ninguna manera. Si me curase, los médicos me mirarían boquiabiertos y yo les diría: «Señores, estoy muy contenta de haberme curado para seguir sirviendo a Dios en la tierra, ya ésa es su voluntad. He sufrido como si fuera a morir; pues bien, volveré a comenzar otra vez».

5.9.3

Señalándome con el dedo el vaso de agua un poco coloreada de vino, con semblante alegre y muy gracioso:

Dame de beber, mamaíta, por favor. Tiene hielo, está buena.

Después de un trago:

¡He bebido sin sed! Son un pequeño «bebe sin sed».

Le decía que durante el silencio había sufrido menos:

No, lo mismo. ¡Mucho, he sufrido mucho! Pero sólo me he quejado a la Santísima Virgen.

5.9.4

Visita del Dr. La Néele, que después de haberle dicho en la consulta anterior que estaba a las puertas de la muerte y que incluso podía morir de repente al darse vuelta en la cama, hoy le dijo: «Eres como un buque que ni avanza ni retrocede».

Ella, de momento, se quedó estupefacta.

¡Ya lo has oído, *me dijo*, ya ves cómo cambia esto! Pero yo no quiero cambiar, yo quiero seguir totalmente abandonada en las manos de Dios.

6 de septiembre

6.9.1

Después de lo que me pasó ayer <9>, dime algunas palabras tiernas.

¿Qué puedo hacer para consolarte, criatura? Me siento totalmente incapaz.

... con semblante apacible:

No necesito que me consuelen...

6.9.2

Por la tarde lloró de alegría cuando le llevaron una reliquia del venerable Teófano Vénard.

Me ofreció con mucho cariño una pequeña margarita por mi cumpleaños.

Durante toda la tarde estuvo muy cariñosa con nosotras tres, y extraordinariamente encantadora. Yo le dije:

He observado que en cuanto puedes, vuelves a ser la misma de siempre.

Es verdad. Sí, cuando puedo hago todo lo posible por estar alegre y por agradar.

6.9.3

Esperaba al Sr. Youf para confesarse; pero no pudo venir, lo cual fue para ella una verdadera decepción. Pero recobró enseguida su semblante sereno.

6.9.4

Le trajeron algo de comer; estaba mejor del estómago.

¡Ay!, ¿qué se ha hecho de mi enfermedad? ¡Ahora resulta que voy a comer!

7 de septiembre

7.9

No me había dicho ni una sola palabra en todo el día, y por la tarde yo pensaba: hoy no voy a tener nada que escribir.

Pero casi enseguida me dijo:

¡No hay nadie como tú!

Y a continuación comenzó a derramar gruesas lágrimas por el miedo que tenía de haberme hecho sufrir por algo en lo que yo mi siquiera me había fijado.

8 de septiembre

8.9

Entró un pequeño petirrojo y se puso a dar saltitos sobre su cama.

Leonia le envió la caja de música que aún se conserva, y las melodías, aunque profanas, son tan tiernas, que las escuchó con auténtico placer.

Por último, le trajeron un manojo de flores silvestres para festejar el aniversario de su profesión. Al verse tan colmada de atenciones, lloró de agradecimiento y nos dijo:

Lloro por las delicadezas que Dios tiene conmigo. Por fuera me veo colmada de ellas, pero por dentro sigo en la prueba..., pero también en la paz.

9 de septiembre

9.9.1

Habíamos dado demasiada cuerda a la caja de música y parecía estropeada. Augusto <10> la arregló, pero desde entonces falló (durante un tiempo) la nota más bonita. Yo estaba disgustada y le pregunté si ella también lo estaba.

En absoluto. Sólo lo estoy porque tú lo estás.

9.9.2

¡Sé muy bien lo que es sufrir!

10 de septiembre

10.9.1

En la consulta, el Sr. de Cornière quedó consternado ante su estado.

Bueno, ¿estás contenta?, le dije una vez que se fue el doctor.

Sí, pero ya estoy un poco acostumbrada. Dicen y se desdicen.

10.8.2

Mientras le arreglaban, por la noche, las almohadas, apoyó en mí la cabeza mirándome con ternura. Aquello me recordó la mirada del Niño Jesús a la Santísima Virgen cuando escucha la música del ángel, en la estampa de la que ella decía refiriéndose a la Virgen: «Es Paulina en ideal» <11>.

11 de septiembre

11.9.1

La mamaíta morirá la última. Vendremos a buscarla Teófano y yo cuando haya terminado de trabajar para mí...

... a no ser que las almas la necesiten.

11.9.2

¡Te quiero mucho, pero que mucho!

Cuando oigo abrir la puerta, siempre creo que eres tú, y si no vienes, me quedo muy triste.

Dame un beso, pero un beso que haga ruido; o sea, que los labios hagan «¡pit!».

Sólo en el cielo sabrás lo que eres para mí... Eres una lira, un cántico..., muchísimo más que una caja de música, ¡que sí!, incluso cuando estás callada.

11.9.3

Había hecho (Teresa) dos coronas de acianos para la Santísima Virgen, y ésta las tenía una a sus pies y otra en la mano. Le dije:

Seguro que piensas que la que tiene en la mano es para dártela a ti.

No, que haga con ella lo que quiera. Lo que yo le doy es para que se deleite.

11.9.4

... Temo haber tenido miedo a la muerte... Pero no tengo miedo a lo que haya después, ¡eso no! Y no lamento la vida, no. Sólo me he preguntado: ¿qué será esa misteriosa separación del alma y del cuerpo? Es la primera vez que me ha sucedido eso, pero me he abandonado enseguida a Dios.

11.9.5

¿Quieres darme el crucifijo para besarlo después del acto de contrición y ganar la indulgencia plenaria en favor de las almas del purgatorio? ¡No les doy más que eso!

Dame ahora el agua bendita. Acércame las reliquias de la madre Ana de Jesús y de Teófano Vénard, que quiero besarlas.

Luego hizo una leve caricia a la estampa de la Virgen Madre: primero al Niño Jesús y después a la Santísima Virgen.

No lograba dormirse y me dijo:

Yo sé lo que pasa, es la maldad del demonio. Está furioso porque no me he olvidado de mis devociones. Cuando por un motivo u otro no las hago, me duermo, y luego me despierto algunos minutos después de la media noche. Es como si quisiera burlarse de mí porque he dejado de ganar la indulgencia plenaria.

11.9.6

¿He de tener miedo al demonio? Me parece que no, pues todo lo hago por obediencia.

11.9.7

No, no deseo ver a Dios en la tierra. Y sin embargo, ¡le amo! También amo mucho a la Santísima Virgen y a los santos, y tampoco deseo verlos <12>.

12 de septiembre

12.9

Era la fiesta del Santísimo Nombre de María, y me pidió que le leyera el Evangelio del domingo. No tenía a mano el misal y le dije sencillamente: Es el evangelio el que el Nuestro Señor nos advierte que «nadie puede servir a dos señores». Entonces puso una vocecita de niño que recita la lección y me lo dijo de punta a rabo.

13 de septiembre

13.9.1

Estaba mucho peor y tenía los pies hinchados desde el día anterior. No se podía hacer el menor movimiento a su alrededor, como arreglarle un poco la cama y sobre todo tocarla, sin hacerle mucho daño, de débil que estaba. No suponíamos que estuviese tan mal, y sor María del Sagrado Corazón, después de mí, le había tomado el pulso durante un buen rato. Al principio, no manifestó ninguna señal de cansancio, por no apenarnos, pero al final ya no pudo más y se echó a llorar. Y luego, cuando le arreglaban las almohadas y el almohadón, sollozó diciendo dulcemente:

Quisiera... quisiera...

― ¿Qué?

No hacer sufrir a mis hermanitas, y para eso, irme muy pronto.

En ese momento, miró a sor María del Sagrado Corazón y le dirigió una sonrisa encantadora; era a ella a quien más temía haber hecho sufrir.

Como no conseguíamos poner bien el almohadón, pues no nos atrevíamos a moverla mucho, dijo con mucho salero, apoyándose en las manos y tratando de hacerlo ella misma:

Esperad, voy a correrme a los pies de la cama, saltando como un saltamontes.

13.9.2

Una hermana <13> había cogido para ella en la huerta una violeta. Se la ofreció y se retiró. Entonces Teresita me dijo, mirando a la flor:

¡Ay, el perfume de las violetas!

Luego me hizo una seña, como para saber si podía olerla sin faltar a la mortificación.

14 de septiembre

14.9.1

Le llevaron una rosa. La deshojó sobre su crucifijo con una gran piedad y amor, cogiendo uno a uno los pétalos y acariciando con ellos las llagas de Nuestro Señor.

En el mes de septiembre, *dijo*, Teresita sigue deshojando «la rosa primavera»:

Quiero...
deshojarte mi rosa
―mi rosa primavera―
y enjugar con sus pétalos
tu llanto, mi Señor <14>.

Y como los pétalos se caían de la cama al suelo de la enfermería, dijo con gran seriedad:

Recoged cuidadosamente esos pétalos, hermanitas, más tarde os servirán para hacer obsequios... No perdáis ni uno...

14.9.2

¡Ay, ahora...!
«¡Mi destierro, lo espero, será breve!» <15>.

14.9.3

El Dr. La Néele le había asegurado que no tendría agonía, y como sufría cada vez más:

... ¡Sin embargo, me habían dicho que no tendría agonía...!

... Pero, a fin de cuentas, acepto tenerla.

¿Y si te dieran a elegir entre tenerla o no tenerla?

No eligiría nada.

15 de septiembre

15.9.1

Cuando estés en el cielo, tus grandes sufrimientos de ahora te parecerán poca cosa.

Ya aquí en la tierra me parecen muy poca cosa.

15.9.2

Durante la recreación de la noche:

Cuando sor Genoveva decía hace un poco a sor Marta, que preguntaba por mí: "Está muy cansada", yo pensaba para mis adentros: ¡Qué verdad es, tiene razón! Sí, soy como un viajero cansado y agotado, que cae sin fuerzas al llegar al término de su viaje.

... Sí, ¡pero caigo en los brazos de Dios!

15.9.3

Nuestra Madre me ha dicho que no tenía que hacer nada para prepararme para la muerte, porque ya estaba preparada por adelantado <16>.

16 de septiembre

16.9

A mí sola, a preguntas que yo le hacía:

Una cosa que nos atrae las luces y la ayuda de Dios para guiar y consolar a las almas es el no contar nuestras propias penas en busca de consuelo. Y es que, además, eso no es un verdadero consuelo: en vez de calmar, excita.

17 de septiembre

17.9.1

Junto a las enfermas hay que estar alegres.

(Y es que le manifestábamos nuestra tristeza)

Vamos a ver: No tenéis que lamentaros como los que no tienen esperanza.

Con un aire un poco travieso:

Acabaréis por hacerme lamentar la vida.

― ¡No, lo sentiríamos mucho!

¡Es verdad! Lo dije para meteros miedo.

17.9.2

Hablándome de su niñez, me contó que un día le regalaron un canastillo y que había exclamado, loca de alegría:

¡Ahora ya no deseo nada más en la tierra!

Y que luego había cambiado de opinión y que había dicho a toda prisa:

Sí, todavía deseo algo: ¡el cielo!

18 de septiembre

18.9.1

Le decía yo que tenía miedo a cansarla con mi charla:

Madrecita, tu conversación me es muy agradable. No, no me cansa. Es para mí como una música... No hay dos como tú en la tierra. ¡Cuánto te quiero!

18.9.2

Mirando por la ventana la viña loca, toda roja, sobre la ermita de la Santa Faz:

La Santa Faz está en todo su esplendor. Fíjate, hay ramas de viña loca hasta por encima de los castaños.

18.9.3

Esta tarde estoy mejor.

En efecto, se interesaba por todo. Miraba con verdadero gusto el mantel que estaba haciendo sor Genoveva para el altar del oratorio, y luego los ornamentos para el señor abate Denis <7>.

Pero por la mañana, cuando sor Amada de Jesús la había cogido en brazos para arreglarle un poco la cama, creí que se moría.

19 de septiembre

19.9

Habían traído de fuera un ramo de dalias. Las miró con gusto y pasó los dedos muy delicadamente por sus pétalos.

Después de la primera Misa del señor abate Denis, pidió que le enseñaran el cáliz. Como mirara largo rato el fondo de la copa, le dijeron: ¿Por qué miras tan atentamente el fondo del cáliz?

Porque me reflejo en él. En la sacristía, me gustaba hacerlo. Me sentía feliz al pensar: mis facciones se han reflejado en el mismo lugar donde ha reposado y adonde volverá a bajar la sangre de Jesús.

¡Cuántas veces he pensado también que en Roma mi rostro se reprodujo en los ojos del Santo Padre <18>!

20 de septiembre

20.9.1

Visita del Dr. de Cornière, que nos dice que debe de estar sufriendo un verdadero martirio. Al salir, se hacía lenguas de su heroica paciencia. Le repetí a ella algo de esto.

¿Cómo puede decir que tengo paciencia? ¡Eso no es cierto! No paro de quejarme, suspiro, exclamo continuamente: ¡Ay, ay!. Y también: ¡Dios mío, no puedo más! ¡Ten compasión, ten compasión de mí!

20.9.2

Por la tarde le cambiaron la túnica, y nos impresionó su delgadez, pues la cara era la misma. Yo fui a pedirle a nuestra Madre que viniera a verle la espalda. Tardó mucho en venir, y me admiró la expresión tan dulce y paciente de nuestra enfermita mientras la esperaba. Nuestra Madre quedó penosamente sorprendida, y dijo con bondad: «¿Pero qué es una niña tan delgada?».

¡Un esqueleto!

21 de septiembre

21.9.1

Había estado yo vaciando la escupidera, sin decir nada, y la dejé a su lado, pensando en mi interior: ¡Qué feliz me sentiría si me dijese en el cielo me lo pagará! E inmediatamente, volviéndose hacia mí, me dijo:

En el cielo te lo pagaré.

21.9.2

¡Cuando pienso que se va a morir...!, dijo sor Genoveva.

¡Claro que sí! ¡Y de resultas de esto, según creo!

21.9.3

¡Y pensar que ella no tiene una Teresita a quien amar!

... ¡Él me llama su Teresita!

¿Quién?

¡Pues el P. Bellière!

El Padre acababa de escribir <19>, y quise volver a leerle su carta, pensando que le gustaría volver a encontrarse con esa expresión, pero estaba demasiado cansada y me dijo:

¡No, basta! ¡Estoy *harta* <20> de Teresita!

Luego, volviéndose hacia mí con aire zalamero:

¡Pero no *harta* de mi Paulinita! ¡Eso no!

21.9.4

Me voy a fregar los platos, tengo doble turno <21>.

¡Muy duro para mí, sí!

21.9.5

Sor Genoveva me pedía un lápiz, yo también lo necesitaba, pero no obstante le di el mío. Entonces dijo con tono claro y preciso:

Es un gesto muy bonito.

21.9.6

¡Ay! ¿Qué es la agonía? ¡Me parece estar en ella de continuo...!

21.9.7

Al secarse los ojos, se le desprendieron algunas pestañas de los párpados:

Recoge esas pestañas, sor Genoveva querida, hay que entregar lo menos posible a la tierra...

E hizo un juego de palabras con el nombre del P. Alaterre <21a> (un obrero), hermano de sor San Vicente de Paúl:

De todas formas, si eso le gusta al pobre...

Así de alegre estaba siempre, a pesar de sus grandes sufrimientos anímicos y corporales.

22 de septiembre

22.9.1

Después de recordarle varias ocasiones en las que había sido muy humillada durante su vida religiosa, añadí: ¡Cuántas veces te tuve lástima!

Te aseguro que no tenías por qué tenerme tanta lástima. ¡Si supieras cómo sobrevolaba por encima de todo eso! Salía fortalecida de las humillaciones. No había nadie más valiente que yo en la familia.

22.9.2

Quería decirme algo y no podía.

... ¡Qué duro es verse en semejante impotencia!

... ¡Y precisamente contigo! ¡Era tan bonito cuando podía hablarte! Esto es lo más duro.

22.9.3

Decía yo, mirando la estampa de Teófano Vénard: ¡Ahí lo tienes, con su sombrero en la mano, y, para colmo de males, no viene a buscarte!

Sonriendo:

Yo no me burlo de los santos... Los quiero mucho... Ellos quieren ver...

¿Qué? ¿Si vas a perder la paciencia?

Con aire travieso y profundo a la vez:

Sí..., pero sobre todo si voy a perder la confianza..., hasta dónde voy a llevar mi confianza...

22.9.4

Llamaba a sor Genoveva su "chacha", y a sor María de la Trinidad su "muñeca" porque le parecía que tenía cara de muñeca. Lo hacía por entretenernos, y nunca por disipación o por infantilismo. Pero abusábamos de esos apelativos, y nos dijo:

No hay que llamarse de cualquier forma. No es religioso <22>.

22.9.5

Se te tiene que hacer muy largo el tiempo...

No, el tiempo no se me hace largo. Me parece que fue ayer cuando todavía seguía los actos de comunidad u cuando escribía el cuaderno. *(Su vida)*.

22.9.6

¡Qué enfermedad tan terrible y cuánto llevas sufrido!

¡¡¡Sí!!! ¡Y qué gracia tener fe! Si no hubiese tenido fe, me habría quitado la vida sin dudarlo un instante <23>.

23 de septiembre

23.9.1

... ¡Cuánto te debo! ¡Por eso te quiero tanto...! Pero no quiero hablar más de ello, porque me echaría a llorar...

(Llorar la perjudicaba mucho.)

23.9.2

Mañana será el aniversario de tu toma de velo, y seguramente el día de tu muerte.

No sé cuando será, lo espero de continuo, pero sé muy bien que no puede tardar.

23.9.3

Nos sonreía con frecuencia, a una o a otra, pero no siempre nos dábamos cuenta.

... Muchas veces he dirigido radiantes sonrisas a la "chacha" y a otras, pero se han perdido...

23.9.4

Por la noche se había oído como el arrullo de un pájaro en la ventana cerrada, y nos preguntábamos qué podría ser aquello. Una decía: es una tórtola; otra: es un ave de rapiña.

Bueno, si es un ave de rapiña, ¡peor para mí! Las aves de rapiña venían precisamente a comer a los mártires.

23.9.5

A propósito de una confidencia de poca importancia que una hermana le había hecho pidiéndole que guardara el secreto:

... Cuando las hermanas lo imponen, el secreto es sagrado... Aunque se tratase de cosa más insignificante, no habría que decirlo.

23.9.6

Después de un silencio muy largo, mirándonos a sor María del Sagrado Corazón y a mí, que en aquel momento estábamos solas con ella:

¡Hermanitas queridas, vosotras me habéis educado...!

y los ojos se le llenaron de lágrimas.

24 de septiembre

24.9.1

En el aniversario de su toma de velo, yo había encargado la Misa por ella.

¡Gracias por la Misa!

Como la veía sufrir tanto, contesté con tristeza: ¿Pero ya ves que te encuentras más aliviada?

¿O sea, que has obtenido permiso para mandar decir la Misa para aliviarme?

Lo hice por tu bien.

Mi bien consiste, sin duda alguna, en sufrir <24>...

24.9.2

Me contó un disgusto que había tenido tiempo atrás, un año en que habíamos podado demasiado tarde los castaños.

Al principio fue una amarga tristeza, acompañada de grandes combates. ¡Me gustaban tanto las sombras! Y ese año no las íbamos a tener. Las ramas, ya verdes, estaban en gavillas en el suelo, ¡y no quedaban más que troncos! Luego, de pronto, me sobrepuse, diciéndome: Si estuviera en otro Carmelo, ¿qué me importaría que cortasen aunque fuera todos los castaños del Carmelo de Lisieux? Y sentí una gran paz y una alegría de cielo.

24.9.3

Visita del Sr. de Cornière, que está cada vez más edificado. Le dice a nuestra Madre: «¡Es un ángel! Tiene cara de ángel, su rostro no se ha alterado lo más mínimo, a pesar de sus enormes sufrimientos. Nunca he visto cosa igual. Dado su estado de adelgazamiento general, es cosa sobrenatural».

24.9.4

... Quisiera correr por las praderas del cielo...

... Quisiera correr por praderas donde la hierba no se aplastara, donde hubiera hermosas flores que no se marchitaran y preciosos niños que fuesen ángeles <25>.

No pareces nunca cansada de sufrir. ¿Lo estás en realidad?

Pues no. Cuando no puedo más, no puedo más, eso es todo.

24.9.5

Me daban ganas de decirle al Sr. de Cornière: Me río porque, a pesar de todo, usted no ha podido impedirme ir al cielo. Pero en castigo, cuando yo esté allá, no le dejaré a usted ir tan pronto <26>.

24.9.6

Dentro de poco ya sólo hablaré el lenguaje de los ángeles.

24.9.7

En el cielo tú estarás entre los serafines.

Puede... Pero si estoy entre ellos, no haré como ellos. Ellos se cubren con las alas delante de Dios; yo me guardaré muy bien de cubrirme con las alas.

24.9.8

... ¡Dios mío..., ten piedad de la ni... ni...ña!

(Dándose vuelta con gran dificultad.)

24.9.9

― Cuando Teresa acaricia a su "Teófano", él se siente muy honrado.

― No se trata de *honores*...

― ¿Entonces de qué se trata?

― Simplemente de caricias.

(Estaba acariciando el retrato de Teófano Vénard.)

24.9.10

¿Así que no tienes ninguna intuición sobre el día de tu muerte?

¿Intuiciones yo? ¡Si supieras la pobreza en que me encuentro! Yo no sé más de lo que sabes tú; yo no adivino nada a no ser por lo que veo y por lo que siento. Pero mi alma, a pesar de las tinieblas, goza de una paz asombrosa.

24.9.11

¡Quién te quiere como nadie en la tierra...!

25 de septiembre

25.9.1

Le conté lo que habían dicho en la recreación a propósito del Sr. Youf, que tenía mucho miedo a la muerte. Las hermanas habían estado hablando de la responsabilidad de los que tienen cura de almas y han vivido mucho tiempo.

... Los pequeños serán juzgados con gran benignidad. Y se puede muy bien ser pequeño hasta en los cargos más temibles, aun viviendo muchos años. Si yo muriese a los 80 años, si hubiese estado en China, o en cualquier otra arte, estoy segura de que moriría tan pequeña como hoy. Y está escrito que al final «el Señor se pondrá en pie para salvar a los humildes de la tierra». No dice *juzgar*, sino *salvar*.

25.9.2

Uno de estos últimos días, de terribles sufrimientos, me había dicho:

Madre, es muy fácil escribir cosas bonitas sobre el sufrimiento. Pero escribir no significa nada, ¡nada! ¡Hay que pasar por él para saber...!

Guardaba yo de estas palabras una impresión dolorosa, cuando, ese mismo día, como si recordase lo que me había dicho, me miró de una manera muy especial, y hasta solemne, y pronunció estas palabras:

Ahora sé que lo que he dicho y escrito es todo verdad... Es verdad que deseaba sufrir mucho por Dios, y es verdad que sigo deseándolo.

25.9.3

Le decían: ¡Es horroroso lo que estás sufriendo!

No, no es horroroso. A una víctima de amor no puede parecerle horroroso lo que su Esposo le envía por amor.

26 de septiembre

26.9

Estaba ya sin fuerzas.

¡Ay, qué acabada estoy...!

Mirando por la ventana una hoja muerta desprendida del árbol y suspendida en el aire por un ligero hilo:

Mira, ésa es mi imagen, mi vida sólo pende de un ligero hilo.

Después de su muerte, la noche misma del 30 de septiembre, la hoja, que hasta entonces había estado balanceándose a merced del viento, cayó al suelo, y yo la recogí con el hilo de araña que todavía estaba adherido a ella.

27 de septiembre

27.9

Entre las dos y las tres de la tarde, le ofrecimos de beber. Nos pidió agua de Lourdes, diciendo:

Hasta las tres, prefiero el agua de Lourdes; es más piadoso.

28 de septiembre

28.9.1

...¡Mamá...! Me falta el aire de la tierra, ¿cuándo me dará Dios el aire del cielo...?

¡... Nunca esto ha sido tan escaso!

(Su respiración.)

28.9.2

¡Pobrecita mía, estás como los mártires en el anfiteatro: ya no podemos hacer nada por ti!

Sí, sí, el solo hecho de veros me hace mucho bien.

Toda la tarde estuvo prodigándonos sus sonrisas.

Me escuchó con atención cuando le leí estos pasajes del Oficio de San Miguel:

«Vino el arcángel Miguel con una multitud de ángeles. A él le ha confiado Dios las almas de los santos para que las haga llegar a los gozos del paraíso».

«Arcángel Miguel, yo te he constituido príncipe entre todos los elegidos».

Me hizo una seña, extendiendo la mano hacia mí y posándola luego sobre el pecho, para darme a entender que yo estaba allí, en su corazón.

29 de septiembre

29.9.1

Desde la madrugada, parecía estar en agonía. Tenía un estertor muy penoso y no podía respirar. Fue llamada la comunidad, que se reunió alrededor de su cama para recitar las preces del Manual. Al cabo de una hora, poco más o menos, nuestra Madre despidió a las hermanas.

29.9.2

A mediodía, dijo a nuestra Madre:

Madre, ¿es esto la agonía...? ¿Cómo haré para morir? ¡No voy a saber morir...!

29.9.3

Volví a leerle algunos pasajes del Oficio de San Miguel y las preces de los agonizantes en francés <28>. Cuando mencioné a los demonios, hizo un gesto infantil, como para amenazarles, y exclamó sonriendo:

¡Oh! ¡Oh!,

con un tono de voz que quería decir: No les tengo miedo.

29.9.4

Después de la visita del doctor, le dijo a nuestra Madre:

¿Es para hoy, Madre?

―Sí, hijita.

Una de nosotras dijo entonces: Hoy Dios está muy alegre.

¡Y yo también!

¡Qué felicidad si muriese ahora mismo!

29.9.5

... ¡Cuándo me ahogaré del todo...! ¡No puedo más! ¡Que recen por mí...! ¡Jesús! ¡María!

¡Sí! Quiero..., acepto...

29.9.6

Vino sor María de la Trinidad, y, al cabo de unos instantes, ella le pidió con mucha amabilidad que se retirara. Cuando se marchó, yo le dije: ¡Pobrecita! ¡Te quería tanto!

¿He hecho mal diciéndole que se fuera?

Y su rostro cobró una expresión de tristeza, pero yo la tranquilicé inmediatamente.

29.9.7

(6 de la tarde). Se le había metido en una manga una especie de insecto, y la molestaban para sacarlo:

Dejadlo, no importa.

―Sí, que te va a picar...

No, dejadlo, dejadlo, os aseguro que conozco bien a esos animalitos.

29.9.8

Yo tenía un fuerte dolor de cabeza y cerraba los ojos, muy a pesar mío, al mirarla.

Duérmete... y yo también.

Pero ella no podía dormir, y me dijo:

¡Ay, Madre, cómo me duelen los nervios!

29.9.9

Durante la recreación de la noche:

... ¡Ay, si supierais!

(Si supierais cómo sufro.)

29.9.10

Quisiera sonreíros continuamente, ¡y os doy la espalda! ¿Os disgusta?

(Era durante el silencio.)

29.9.11

Después de Maitines, cuando nuestra Madre vino a verla, tenía las manos juntas, y dijo con voz dulce y resignada:

Sí, Dios mío, sí, Dios mío, lo acepto todo...

Es atroz lo que estás sufriendo, ¿verdad?, dijo nuestra Madre.

― No, Madre, no es atroz, pero es mucho, mucho..., justo lo que puedo soportar.

Pidió quedarse sola durante la noche, pero nuestra Madre no quiso. Sor María del Sagrado Corazón y sor Genoveva se repartieron el consuelo de velarla (*). Yo me quedé en la celda contigua a la enfermería, que da al claustro.

(*) Los *Cuadernos verdes* añaden:

No había consentido que pasasen las noches junto a ella durante su enfermedad. La noche del 29 al 30 de septiembre, que fue la última de su vida, insistió aún en que la dejaran sola. Por fin, sor María del Sagrado Corazón y sor Genoveva consiguieron compartir ese consuelo... La vieron atenta únicamente a no turbar el descanso de la que la velaba. ¡Y sin embargo, ¡qué sufrimientos soportó!

Sor María del Sagrado Corazón, después de darle una poción, se durmió, ¡y cuál no sería su enternecimiento cuando, al despertarse, vio que la pobrecita seguía sosteniendo en sus manos, temblorosas de fiebre, el vasito, esperando pacientemente a que su hermana se despertase para que volviera a ponerlo sobre la mesa!

30 de septiembre

+

Jueves,
día de su preciosa muerte.

Por la mañana, estuve velándola durante la Misa. No me decía ni una palabra. Estaba agotada, jadeante. Adivinaba que sus sufrimientos eran indecibles. Juntó un momento las manos, y mirando la estatua de la Santísima Virgen:

¡Con qué fervor la he invocado! Pero es la agonía pura, sin mezcla alguna de consuelo.

Le dije algunas palabras de compasión y de cariño, y añadí que me había edificado mucho durante su enfermedad.

― ¿Y tú? ¡Todos los consuelos que me has proporcionado...! ¡Han sido muy grandes!

Se puede decir sin exagerar que pasó todo el día, sin un solo instante de respiro, entre verdaderos tormentos.

Parecía estar al límite de sus fuerzas, y sin embargo, con gran sorpresa nuestra, podía moverse y sentarse en la cama.

... ¡Ya veis, nos decía, con cuántas fuerzas me encuentro hoy! ¡No, no estoy para morir! ¡Tengo todavía para meses, tal vez para años!

― Y si Dios así lo quisiera, dijo nuestra Madre, ¿lo aceptarías?

Comenzó a contestar, sumida en la angustia:

No habría más remedio...

Pero rehaciéndose enseguida, dijo con acento de resignación sublime, dejándose caer sobre las almohadas:

¡Lo acepto!

Pude recoger las siguientes exclamaciones, pero es imposible reproducir el acento con que las dijo:

Ya no creo en mi muerte... Ya no creo más que en el sufrimiento... Pues bien, ¡mejor que mejor!

¡Dios mío...!

¡Amo a Dios!

¡Querida Virgen Santísima, ven en mi ayuda!

Si esto es la agonía, ¿qué será la muerte?

¡Ay, mi *buen* Dios...! Sí, es muy bueno, me parece muy bueno...

Mirando a la Santísima Virgen:

¡Tú sabes que me estoy ahogando!

A mí:

¡Si supieras lo que es ahogarse!

― Dios te ayudará, pobrecita, y pronto terminará todo.

Sí, ¿pero cuándo?

... ¡Dios mío, ten compasión de tu pobre hijita! ¡Ten compasión de ella!

A nuestra Madre:

¡Ay, Madre, le aseguro que el cáliz está lleno hasta los bordes...!

... Pero Dios no me abandonará, seguro...

... Nunca me ha abandonado.

... Sí, Dios mío, todo lo que quieras, ¡pero ten piedad de mí!

... Hermanitas, hermanitas, ¡rezad por mí!

... ¡Dios mío, Dios mío! ¡¡Tú que eres tan bueno!!

... ¡Sí, eres bueno! Lo sé...

Después de Vísperas, nuestra Madre le puso sobre las rodillas una estampa de Nuestra Señora del Carmen.

La miró un instante y, cuando nuestra Madre le dijo que pronto acariciaría a la Santísima Virgen como el Niño Jesús lo hacía en aquella estampa, dijo:

Madre, preséntеme pronto a la Santísima Virgen, ¡que soy un bebé que no puede más...! Prepáreme a bien morir.

Nuestra Madre le contestó que, como ella siempre había comprendido y practicado la humildad, ya estaba preparada. Reflexionó un instante y pronunció humildemente estas palabras:

Sí, me parece que nunca he buscado más que la verdad. Sí, he comprendido la humildad del corazón... Me parece que soy humilde.

Y volvió a repetir:

Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir es, con todo, una gran verdad.

... Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor.

Con insistencia:

No, no me arrepiento, ¡al contrario!

Un poco más tarde:

¡Nunca hubiera creído que fuese posible sufrir tanto (*)! ¡Nunca! ¡Nunca! No puedo explicármelo, a no ser por los ardientes deseos que he tenido de salvar almas.

(*) No se le administró ni una sola inyección de morfina.

Hacia las cinco, yo estaba sola a su lado. Su semblante cambió de pronto y comprendí que era la última agonía.

Cuando la comunidad entró en la enfermería, acogió a todas las hermanas con una dulce sonrisa. Tenía en las manos el crucifijo y lo miraba sin cesar.

Durante más de dos horas, desgarró su pecho un terrible estertor. Tenía el rostro congestionado, las manos amoratadas, los pies helados y le temblaban todos los miembros. Un sudor abundante perlaba su frente con gotas enormes y le resbalaba por las mejillas. La opresión era creciente y de vez en cuando, para respirar, emitía débiles gritos involuntarios.

Durante todo este tiempo, tan cargado de angustia para nosotras, entraba por la ventana ―y me hacía sufrir mucho― todo un gorjeo de petirrojos y de otros pajarillos, ¡pero tan fuerte, tan cerca y tan largo rato! Yo pedía a Dios que los hiciese callar, pues aquel concierto me traspasaba el corazón y temía que fatigase a nuestra pobre Teresita.

En un determinado momento, parecía tener tan reseca la boca, que sor Genoveva, pensando aliviarla, le puso en los labios un trocito de hielo. Ella lo aceptó, dirigiéndole una sonrisa que jamás olvidaré. Era como un supremo adiós.

A las seis, cuando sonó el ángelus, miró largamente la estatua de la Santísima Virgen.

Por fin, a las siete y algunos minutos, habiendo despedido nuestra Madre a la comunidad, suspiró:

Madre, ¿no es esto aún la agonía...? ¿No me voy a morir...?

― Sí, pobrecita mía, es la agonía, pero tal vez Dios quiera prolongarla algunas horas.

Ella continuó valientemente:

Pues bien... ¡adelante...! ¡adelante...!

No quisiera sufrir menos tiempo...

Y mirando al crucifijo:

¡Lo amo...!

.....

¡Dios mío..., te amo!

.....

Y de pronto, tras pronunciar estas palabras, cayó suavemente hacia atrás, con la cabeza inclinada hacia la derecha. Nuestra Madre mandó que tocasen a toda prisa la campana de la enfermería, para llamar a la comunidad.

― «Abrid todas las puertas», decía al mismo tiempo. Estas palabras tenían un no sé qué de solemne, y me hicieron pensar que en el cielo Dios se las decía también a los ángeles.

Las hermanas tuvieron tiempo de arrodillarse en torno a su lecho y fueron testigos del éxtasis de la santa moribunda. Su rostro había recuperado el color de azucena que tenía cuando gozaba de plena salud, sus ojos estaban fijos en lo alto, refulgentes de paz y de alegría. Hacía unos movimientos de cabeza como si Alguien la hubiera herido divinamente con una flecha de amor y luego retirase la flecha para volver a herirla de nuevo...

Sor María de la Eucaristía se acercó con un cirio para ver más de cerca su sublime mirada. A la luz de aquel cirio, no se percibió movimiento alguno en sus pupilas. Este éxtasis duró aproximadamente el espacio de un credo, y exhaló el último suspiro.

Después de su muerte conservó una sonrisa celestial. La suya era una belleza encantadora. Tenía tan fuertemente asido el crucifijo, que hubo que arrancárselo de las manos para amortajarla. Sor María del Sagrado Corazón y yo

cumplimos este oficio con sor Amada de Jesús y nos dimos cuenta *al hacerlo* de que no aparentaba tener más de 12 ó 13 años.

Sus miembros permanecieron flexibles hasta su inhumación, que tuvo lugar el lunes 4 de octubre de 1897.

Sor Inés de Jesús
r.c.i.

APÉNDICE

30 de septiembre

... Todos mis pequeños deseos se han realizado... Por tanto, este gran deseo *(morir de amor)* tendrá también que realizarse.

Por la tarde:

¡Con cuántas fuerzas me encuentro hoy...! ¡Tengo para meses! ¡Y mañana, y todos los días, será todavía peor...!

... Bueno, ¡pues mejor que mejor!

¡No puedo respirar, no puedo morir...! (*)

... ¡Nunca sabré morir...!

(*) No respiró nunca con oxígeno; creo que entonces no se conocía.

... ¡Sí, Dios mío...! ¡Sí!

... Acepto seguir sufriendo…

Hacia las cinco, la madre María de Gonzaga hizo caer las reliquias del beato Teófano Vénard y de la madre Ana de Jesús, que estaban prendidas con alfileres en la cortina, a su derecha. Las recogieron, y ella les hizo una pequeña caricia.

NOTAS - Septiembre

Los comienzos de este mes ven cómo se prolonga la mejoría momentánea —muy relativa— que sucedió a los terribles sufrimientos del período comprendido entre el 22 y el 27 de agosto. Teresa come un poco y la familia Guérin se esfuerza por satisfacer sus antojos de enferma. Pero los síntomas no permiten albergar ninguna esperanza: adelgazamiento constante, debilidad extrema. Ni siquiera puede ya mover las manos y tiene muchos dolores. Ya no la pueden tocar. El 12 de septiembre comienzan a hinchársele los pies. El 14, el Dr. de Cornière no le da más de quince días de vida. A partir del 21, Teresa confiesa que le parece estar continuamente en la agonía. No entrará en ella de verdad hasta el 29, víspera de su muerte.

El contenido del Cuaderno Amarillo en este mes tiene tanto valor por los gestos que describe como por las palabras que refiere. Ahora más que nunca, Teresa es maestra experiencial. Sus breves frases llevan el sello de la autenticidad e incluso el de la literalidad. Temas dominantes: la enfermedad, el sufrimiento, la muerte. La prueba de la fe continúa presente. La oración de la enferma se apoya en las estampas y la estatua que la rodean. Teresa mira la naturaleza con verdadero placer, y a veces sigue bromeando. Aún podrá celebrar dos aniversarios: el 8, el de su profesión (ese día escribirá su último autógrafo, Or 21), y el 24 el de su toma de velo (cf Ms A 77rº).

El gran número de testimonios sobre el 30 de septiembre nos permite reconstruir casi hora a hora la agonía de Teresa.

1 Ver la nota 32 del mes de julio.

2 Su maestra de novicias; cf Ms A 70vº.

3 Cf Cta 126, n. 1.

4 SAN JUAN DE LA CRUZ, Ll 1,6.

5 La madre Hermancia del Corazón de Jesús; cf 20.8.3.

6 Sor San Estanislao era sorda. Teresa le mostraba su gratitud acariciándole la mano.

7 Es fácil identificar a los personajes de esta letanía: sor Genoveva, la madre Inés de Jesús, sor María del Sagrado Corazón, Leonia Martin, sor María de la Eucaristía, el señor y la señora Guérin, la señora de Néele y el Doctor, el abate Bellière y el P. Roulland.

8 SAINTE THERESE D'AVILA, *Poésie–Glose*. [SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*. Burgos, Monte Carmelo, 1994, «Poesías» 1, p. 1324. N. del T.]

9 Sin duda, la decepción causada por el diagnóstico del Dr. La Néele.

10 Augusto Acard.

11 Se trata de la «Sagrada Familia» de Müller; cf Cta 264.

12 Cf la nota 37 del mes de agosto.

13 Sor María de San José.

14 **PN** 34,1.

15 **PN** 17,9 según la primera versión (*Poésies*, II, pp. 102s); Cf Cta 220.

16 Cf 30.9.

17 El abate Denis, que se ordenó de sacerdote el 18 de septiembre, celebraría su primera Misa al día siguiente en el Carmelo de Lisieux.

18 En la audiencia del 20 de noviembre de 1887; cf Ms A 63vº.

19 Carta a la madre María de Gonzaga, del 19 de septiembre; puede verse un extracto en CG p. 1163.

20 [La expresión que usa la santa es *«fûtée]»*, «cansada», en lenguaje popular.

21 La madre Inés tenía que fregar los platos dos días a la semana, lo cual la privaba de la recreación con su hermana.

21a He aquí en qué basaba el juego de palabras: «à la terre» (a la tierra) — «Alaterre» (apellido del sacerdote). N. del T.

22 Sobre el apelativo «muñeca» que Teresa daba a sor María de la Trinidad, cf Cta 236 y 249; y CSM nº 56 en VT nº 77, pp. 66s.

23 Cf CG p. 1192.

24 Cf **PN** 54,16; y la nota 79 del mes de julio.

25 Cf el tema de sus sueños en Ms A 79rº; y **PN** 18, estr. 33.

26 El Dr de Cornière murió a los 80 años (1922).

27 La madre Inés; cf nota 104 de julio.

28 Traducción de las oraciones que la comunidad había rezado esa misma mañana en latín, y que se encontraban en el libro *Prières de la Recommandation de l'âme* (L.-J. Biton, 1894).

A.M.D.G.

[Image]

ULTIMAS CONVERSACIONES

ÚLTIMOS DICHOS DE TERESA A CELINA

Julio ― Septiembre de 1897

+

12 de julio

1

En medio de una conversación Teresa se interrumpió de repente mirándome con compasión y con ternura, y dijo:

«... Sor Genoveva será la que más va a sentir mi partida; y me parece que ella es ciertamente la más digna de compasión, pues, en cuanto tiene un problema, viene a buscarme, y ya no va a tener a nadie...

... Sí, pero Dios le dará fuerzas... Y además, ¡yo volveré!» <1>.

Y dirigiéndose a mí:

«Vendré a buscarte lo antes posible, y haré que papá forme parte de la comitiva; ya sabes que siempre tenía prisa... (*)».

(*) (Con eso no quería decir que fuese un precipitado, sino que aludía a su temperamento que no le permitía dejar para el día siguiente lo que podía hacer la víspera. Una vez que tomaba una decisión, nunca se le quedaba mucho tiempo entre las manos.)

2

Más tarde, mientras yo desempeñaba a su lado mi oficio de enfermera, hablando como siempre de la cercana separación, se puso a canturrear, poniéndose en mi lugar, esta coplilla que iba componiendo a medida que cantaba (melodía del cántico «Il est à moi»):

«Es mía aquella a quien el mismo cielo,
el cielo entero vino a arrebatarme.
Es mí, y yo la quiero, sí, la quiero.
Nada podrá nunca separarnos».

3

Yo le decía: «Dios no podrá llevarme inmediatamente después de tu muerte, pues no habré tenido tiempo de ser buena». Contestó:

― «Eso no importa. Acuérdate de san José de Cupertino: tenía una inteligencia mediocre, era ignorante y no conocía a fondo más que este evangelio: *Beatus venter qui te portavit*. Le preguntaron precisamente por este tema, y respondió tan bien que todos se quedaron admirados y fue admitido con grandes honores al sacerdocio, junto con sus tres compañeros, sin más examen. Pues, juzgaron, de sus sublimes respuestas, que sus compañeros debían de saber tanto como él.

Así que yo responderé por ti y Dios te dará *gratis* todo lo que me haya dado a mí».

4

Ese mismo día, mientras yo iba de acá para allá por la enfermería, dijo mirándome:

«Mi pequeño Valeriano...».

(Algunas veces comparaba nuestra unión a la de santa Cecilia y Valeriano <2>.)

Julio

1

Al mirarme, le brotaban espontáneamente comentarios como éstos:

«Seremos como dos patitos, ya sabes qué de cerca se siguen uno a otro».

«¡Qué disgusto me voy a llevar si veo a *cualquier otro* sentado en las rodillas de Dios! Me pasaré todo el día llorando...».

A mi Teresita le había impresionado mucho el pasaje del Evangelio en que Jesús niega a los hijos del Zebedeo el estar en el cielo a su derecha y a su izquierda, y decía: «Me imagino que Dios tiene reservados esos lugares para «dos niños»... Y esperaba que esos dos niños privilegiados fuésemos ella y yo... (Eso es lo que explica mis reiteradas preguntas reveladoras del temor, ¡por cierto, fundado!, de no ser nunca digna de esa merced.) La gracia del *Haec facta est mihi*, acaecida unas tres semanas después de su muerte, fue la respuesta a la siguiente pregunta íntima que le formulé de pronto durante el Oficio de Tercia: «Teresa no me ha dicho si ha recibido el sitio que esperaba: estar sobre las rodillas de Dios...». En ese preciso momento el coro estaba diciendo: «*Haec facta est mihi*»... Y no entendía estas palabras, cuya traducción busqué una vez terminado el Oficio: «Haec facta est mihi»... *«Esto es lo que a mi me toca...».*

2

Yo había dicho que, al perderla, me volvería loca. Respondió:

«Si te vuelves loca, chacha, el «Sauveur» [el Salvador] vendrá a buscarte» <3>.

(«Chacha» era un sobrenombre que ella me daba, con permiso de nuestra Madre, porque yo la atendía y porque, al tener que llamarme continuamente, la cansaba menos pronunciar ese nombre que el mío.)

3

Al ver que la madre Inés de Jesús escribía todos los preciosos dichos de nuestro Angel, mientras que yo sólo podía anotar a toda prisa los que se referían personalmente a mí, manifesté así mi pesar por no poder escribirlo todo:

«Yo no hago como las otras, no tomo nota de lo que dices». Ella respondió inmediatamente:

«Tú no lo necesitas, yo vendré a buscarte...».

(Antes de que la bajasen a la enfermería, allá por el mes de junio, viéndome un día desolada ante la perspectiva de su cercana partida, se dirigió al Niño Jesús y, apuntándole con el dedo en un gesto encantador, le dijo como si quisiera leerle la cartilla:

«Jesusito, Jesusito, si me llevas a mí, tendrás que llevarte también a la Señorita Lili (*). Estas son mis condiciones, así que mira bien lo que haces... Nada de términos medios: o lo tomas o lo dejas.

(*) Sobrenombre familiar que se remontaba a nuestra niñez y que ella me daba en la intimidad. Nos lo había inspirado un cuento infantil titulado «El señor Totó y la señorita Lilí»: ella era el Sr. Totó y yo la Srta. Lilí.

4

El 22 de julio escribía yo a mi tía, la señora de Guérin:

... El otro día le leía yo a mi enfermita un pasaje sobre la bienaventuranza del cielo (*), y me interrumpió para decirme:

«No es eso lo que me atrae...».

― ¿Pues qué es?, le contesté.

― «¡El amor! Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al amor» <4>.

(esto no está en el autógrafo.)

(*) Yo estaba sentada junto a la ventana.

5

Por la noche había expectorado sangre. De tanto en tanto, con sus modales infantiles, me enseñaba toda contenta el plato <5>. Con frecuencia, me señalaba el borde con cierto aire de tristeza que quería decir: *«yo lo quisiera lleno hasta aquí»*.

Yo le contesté también tristemente:

«¿Qué importa que haya mucho o que haya poco? El hecho en sí es ya una señal de tu muerte...».

Y luego añadí: «¡Ay, tú tienes más suerte que yo, pues yo no tengo ninguna señal de la mía!

Ella replicó de inmediato:

¡Sí, tienes una señal! Mi muerte es señal de la tuya...

21 de julio

Mientras cumplía mi oficio en la enfermería, ordenando la habitación, ella me seguía con la mirada, y de pronto rompió el silencio con una frase que nada había provocado:

«En el cielo tú te sentarás a mi lado».

Y más tarde, citando un pasaje de una hermosa poesías sobre Luis VXVII <6>:

«Pronto vendrás conmigo
... a acunar al niño que llora,
y, en su ardiente morada,
con soplo luminoso, a renovar los soles...».

«Y después te pondré las alas azul marino de un rojo querubín... *Te las sujetaré yo misma*, pues tú no vas a saber, tú te las pondrías o demasiado bajas o demasiado altas».

24 de julio

1

Conocía multitud de historietas, y recordaba cantidad de anécdotas, de las que se servía en el momento oportuno, lo cual hacía que su conversación fuera muy gráfica y aguda.

«Eres un alma de buena voluntad; no temas, tienes una "perrita" que te salvará de todos los peligros...».

(Alusión a la confesión que el demonio había hecho al P. Surin en el curso de un exorcismo: «Salgo adelante con todo; excepto con esta perra de buena voluntad, contra la que nada puedo»).

2

Yo le decía: «Tú eres mi ideal, y ese ideal no puedo alcanzarlo, ¡qué horrible! Creo que no tengo lo que se necesita para ello. Soy como un niño pequeño que no tiene conciencia de las distancias: desde los brazos de su madre tiende la manita para coger la cortina o cualquier otro objeto..., ¡sin darse cuenta de que están muy lejos!».

«Sí, pero en el último día, Jesús acercará su Celinita a todo lo que había deseado, y entonces lo cogerá todo».

3 de agosto

«Tú eres *pequeñita*, no lo olvides, y cuando uno es pequeñito no tiene grandes pensamientos» <7>.

4 de agosto

1

En mis primeros años de vida religiosa asistí a una verdadera destrucción de mi naturaleza; no veía en torno a mí más que ruinas, y esto hacía que me lamentase con frecuencia. En una de esas ocasiones, la oí cantar (melodía) (*):

«Chacha imperfecta en la tierra,
¡serás perfecta en el cielo!» (*ter*).

(*) La melodía de estas dos últimas líneas es la de un canto a san José: «José, desconocido en la tierra,

¡qué grande eres en el cielo!» (ter).

La primera estrofa de este canto comenzaba así: «Sangre noble corría por tus venas...», y el primer verso del estribillo: «La gloria del hombre es pasajera»).

2

Para aliviar un dolor muy fuerte que mi hermanita tenía en el hombro y en el brazo derechos, se me ocurrió sujetar en el dosel de su cama una larga cinta, que hice doblando una tela, dentro de la cual el brazo le quedaba suspendido en el vacío. Este alivio no duró mucho; ella, sin embargo, quedó muy agradecida y me dijo con cariño:

«Dios hará también colgaderos para la chacha».

3

Interrumpiendo una conversación, exclamé con tristeza, pensando en su muerte:

«¡Yo no podré vivir sin ella!».

«Tienes razón, *contestó con viveza*, por eso te traeré dos» <7a> ... (alas).

4

Cuando me encontré a solas con Teresa, le dije: «Quieres que de un huevo de gorrión salga un pájaro precioso como tú, y eso ¡es imposible!».

«Sí, pero haré un experimento de física para divertir a los santos. Cogeré ese huevecito y diré a los santos: Fijaos bien, voy a hacer un juego de manos:

Aquí tenéis un huevecito de gorrión; bueno, pues yo voy a hacer salir de él un hermoso pajarito como yo.

Entonces le diré muy bajito a Dios, presentándole el huevecito, pero muy bajito, muy bajito: «Cambia la naturaleza del huevecito soplando sobre él...». Luego, cuando me lo devuelva, se lo daré a la Santísima Virgen y le pediré que lo bese... Después se lo pasaré a san José y le rogaré que lo acaricie... Y por último diré muy alto a todos los santos:

― ¡Decid todos que queréis tanto como yo al pajarito que va a salir de este huevecito!

Y todos los santos exclamarán: ¡Queremos tanto como tú al pajarito que va a salir de ese huevecito!

Entonces, con aire triunfal, yo romperé el huevecito, y un precioso pajarito vendrá a ponerse a mi lado sobre las rodillas de Dios, y todos los santos estallaron en un alborozo imposible de describir, al oír cantar a los dos pajaritos...».

5 de agosto

1

Sobre este pasaje del Evangelio: «Dos mujeres estarán moliendo juntas: a una se la llevarán y a la otra la dejarán...».

«Nosotras dos llevamos juntas el negocio. Yo veré que tú no puedes moler el trigo sola, así que vendré a buscarte... Por lo tanto, estáte en vela, porque no sabes a qué hora vendrá tu Señor».

Me recordaba con frecuencia que éramos como dos socios. ¿Qué importa que uno de los dos sea insolvente? Mientras no se separen, un día participarán de los mismos beneficios.

Mi Teresita siempre me decía que en su metáfora del pajarillo que a la puerta del nido espera al Aguila Divina <8>, y que no cesa de mirarla con amor, no se imaginaba sola sino que allí había *dos* pajaritos...

2

Con dichos como éste, se esforzaba por inculcarme la pobreza de espíritu y de corazón:

«La chacha debe mantenerse en su posición social, y no tratar nunca de ser una gran dama».

Y como me faltaba por rezar una de las Horas Menores del Oficio divino, me dijo con tono infantil:

«Vete a rezar Nona. Y recuerda que eres una monja muy pequeña, la última de las monjas» <8a>.

3

― ¡Así que vas a dejarme!

― «¡Ni a sol ni a sombra!».

Y volviendo a mi tema favorito: «¿Crees que puedo seguir esperando estar contigo en el cielo? Me parece imposible, es como si se hiciera concursar a un manco para coger algo que está en lo alto de una cucaña» <9>.

Sí, pero... ¿y si hay allí un gigante que coge en brazos al manco lo levanta muy alto y él mismo le da el objeto deseado?

Pues eso es lo que Dios hará contigo. Pero no tienes que preocuparte por ello, basta que digas a Dios: «Sé muy bien que nunca seré digna de lo que espero, pero te tiendo la mano como un pobre mendigo y estoy segura de que me escucharás plenamente, ¡pues eres tan bueno...!».

8 de agosto

― Si, una vez que te vayas, se escribe tu vida <10>, yo quisiera irme antes..., ¿lo crees?

― «Sí, lo creo, pero no tendrás que perder la paciencia; mírame a mí que buenecita soy, tú tendrás que hacer lo mismo».

Agosto

[estampa]

1

Mi querida hermanita, en todas las reuniones que teníamos, se esforzaba por desasirme de mí misma y comparaba nuestra carrera a la de los dos niños pintados en esta estampa: ella camina despojada de todo, sin llevar encima nada más que una túnica, y sin nada en las manos, a no ser la mano de su hermanita a la que arrastra tras de sí; ésta opone resistencia, tiene que coger flores y cargarse con un enorme ramo que le ocupa las dos manos...

2

Un día me contó esta historieta alegórica:

«Había una vez una «señorita» que tenía muchas riquezas de esas que hacen al hombre injusto, y a las que daba mucha importancia.

Tenía un hermanito que no poseía nada y que, sin embargo, nadaba en la abundancia. El niño cayó enfermo y dijo a su hermana:

― «Señorita», si quisieras, arrojarías al fuego todas esas riquezas que no sirven más que para crearte preocupaciones, te convertirías en mi chacha renunciando a tu título de «señorita»; y cuando yo llegue al país encantador al que pronto voy a ir, volveré a buscarte pues habrás vivido pobre como yo y sin preocuparte por el día de mañana.

La «señorita» comprendió que su hermanito tenía razón, se hizo pobre como él, se convirtió en su chacha y ya nunca más se vio atormentada por la preocupación de aquellas riquezas perecederas que había arrojado al fuego...

Su hermanito cumplió su palabra y vino a buscarla una vez que llegó al país encantador en el que Dios es el Rey y la Santísima Virgen la Reina, y *los dos* vivirán eternamente sobre las rodillas de Dios, pues éste es el lugar que ellos escogieron porque, siendo tan pobres, no pudieron merecer unos tronos...».

3

En otra ocasión, haciendo de nuevo alusión a la imagen de los dos niños, y, además, a un ama de casa a la que no le falta de nada en los armarios, dijo:

«Señorita demasiado rica: varios capullos de rosa, varios pájaros cantándole al oído (*), unas enaguas, una batería de cocina, pequeños paquetes...».

(*) Tomado de un pasaje que había leído, en el que el autor ensalzaba así a su héroe: «Tenía un capullo de rosa en los labios y un pájaro cantándole al oído».

4

Una noche que me vio desnudarme, sintió lástima ante la miseria de nuestros vestidos, y sirviéndose de una expresión cómica que había oído, exclamó:

«¡Pobre, pobre! (*) ¡Estás envuelta en cuerdas (**)! Pero no siempre vas a estar así, ¡te lo digo yo!».

(*) Sobrenombre que me daba con frecuencia.

(*) *«Torée»* [dice Teresa], del latín *torus* = cuerda.

5

«Cuando esté en el cielo, iré a meter mano en los tesoros de Dios y diré:

Esto para María, esto para Paulina, esto para Leonia, esto para la *chiquitita de Celina*.... Y haciéndole señas a papá: «Ahora es *la más pequeña*, tenemos que darnos prisa por ir a buscarla».

6

Me contó este sueño que había tenido poco antes de caer enferma:

«Tú estabas a la orilla del mar con dos personas que yo no conocía. Una de ellas propuso dar un paseo, pero ella y su compañera eran muy avaras y dijeron que había que alquilar un cordero en vez de un burro para montaros las tres juntas en él. Pero cuando tú lo viste cargado con ellas dos, dijiste que tú irías a pie.

El pobre cordero fue salvando a duras penas todos los obstáculos y, no pudiendo más, cayó agotado bajo la carga.

Entonces, en un recodo del camino, se presentó ante ti un precioso corderito todo blanco que se ofreció a llevarte. Y entonces comprendiste que él te sostendría durante el viaje de la vida. Luego, el corderito añadió: *«¿Y sabes?, quiero palpitar también dentro de ti...».*

Después comprendí que aquella era la recompensa por la caridad que habías tenido con aquellas dos personas al soportarlas sin quejarte. Por eso el mismo Jesús vino a entregarse a ti».

16 de agosto

Habiéndome levantado muy de madrugada, encontré a mi querida hermanita pálida y desfigurada por el sufrimiento y por la angustia. Me dijo:

«El demonio ronda a mi alrededor. No lo veo, pero lo siento... Me atormenta, me agarra como con una mano de hierro para impedirme tener el más ligero alivio, aumenta mis dolores para que me desespere... ¡Y no puedo rezar! Sólo puedo mirar a la Santísima Virgen y decir: ¡Jesús...! ¡Cuán necesaria es la oración de Completas: «Procul recedant somnia el noctium fantasmata»! Líbranos de los fantasmas de la noche <12>.

Siento algo misterioso... Hasta ahora me dolía sobre todo el costado derecho; pero Dios me preguntó si quería sufrir por ti, y yo le contesté inmediatamente que sí... En ese mismo momento, comenzó a dolerme el costado izquierdo con increíble intensidad... *¡Sufro por ti*, y el demonio no lo quiere!».

Profundamente impresionada, encendí un cirio bendito y poco después recobró la calma, pero sin que se le pasara ese nuevo sufrimiento físico.

Desde entonces, llamaba al costado derecho *«el costado de Teresa»* y al costado izquierdo *«el costado de Celina»*.

20 de agosto

«Sí, vendré a buscarte, porque cuando eres buenecita, pones unos ojos que no son para seguir viviendo en la tierra».

21 de agosto

«Cuando yo te diga: *«Sufro»*, tú responderás: *«Me alegro»*. Yo no tengo valor para hacerlo, así que tú terminarás lo que quiero decir».

La opresión en aquel momento era muy fuerte, y, para ayudarse a respirar, decía, como si desgranase un rosario: «Sufro, sufro...»; pero pronto se lo reprochó, como si hubiera sido una queja, y me dijo eso que acabo de escribir.

22 de agosto

«¿Señorita? Te quiero mucho, y es una delicia ser cuidada por ti».

Me había llamado para decírmelo.

24 de agosto

Hablábamos entre nosotras una especie de jerga infantil que las demás no podían entender. Sor San Estanislao, la primera enfermera, dijo un día con tono de admiración: «¡Qué graciosas son estas dos jovencitas con su jerga ininteligible!».

Un poco mas tarde, yo le dije a Teresa: «Sí, ¡qué graciosas somos las dos! Pero tú eres graciosa sola, mientras que yo sólo soy graciosa contigo».

Ella replicó vivamente:

«¡Por eso vendré a buscarte!» <13>.

31 de agosto

«¡Chacha, te quiero mucho!».

3 de septiembre

1

Estaba yo delante de la chimenea de la enfermería, yendo y viniendo para arreglar la habitación y me desesperaba por algo que no marchaba como yo quería... Me dijo:

«Chacha, ¡nada de inquietud de espíritu!».

2

Ese mismo día, pero no en la misma ocasión, le hice yo este comentario: «Las criaturas nunca sabrán que nos hemos querido tanto». Me contestó:

«No vale la pena querer que lo sepan las criaturas, lo realmente importante es que sea así...».

Y en un tono de absoluta seguridad:

«Sí, pero... porque las dos estaremos sentadas en las rodillas de Dios».

(Tenía una forma deliciosa de decir ese «sí, pero...», expresión que era muy peculiar de ella.)

5 de septiembre

1

«¡Yo te protegeré!».

2

Yo era muy avara con los domingos, tiempo libre de que disponía para pasar a limpio las notas que iba tomando a toda prisa en papeles sueltos. Y dije:

«Hoy ha sido un domingo perdido. No he escrito nada en la celda» <14>.

Contestó:

«Esa es la medida de Lilí, pero no la de Jesús».

11 de septiembre

1

«Chacha, ya no eres mi chacha, eres mi nodriza..., y estás cuidando a un bebé que está para morir».

Y volviéndose hacia la estampa que representaba a su amigo Teófano, dijo hablándole a él:

«La chacha me cuida muy bien; así que, cuando yo esté allá arriba, vendremos los dos a buscarla, ¿verdad?».

2

«Quiero mucho a mi chacha, pero que mucho... Por eso, cuando me vaya, vendré a buscarla para darle gracias por haberme cuidado tan bien».

3

Mirándome con cariño:

«... ¡Pero volveré a verte y se alegrará tu corazón y nadie te quitará tu alegría!».

16 de septiembre

1

Acababa yo de cometer una imperfección, y me dijo, abriendo unos ojos como platos:

«¡A pesar de todo, estarás junto a mí!» <15>.

2

Conmovida hasta las lágrimas por los cuidados que le dispensaba, exclamó:

«¡Cuánto tengo que agradecerte, mi chacha querida...! ¡Ya verás todo lo que te voy a hacer!».

3

Temía que tuviese frío y le dije:

― «Voy a buscarte un «alivio» (*). Pero me contestó rápidamente:

― «No, mi alivio eres tú...».

(*) (Los «alivios» eran simples trozos de lana que la encargada de la ropería daba junto con las ropas de invierno.)

19 de septiembre

«¡Qué dulce es mi chacha, qué bien me cuida...! ¡Yo se lo pagaré!».

21 de septiembre

«Para amarte, estoy yo; para no amarte no está Dios..., está el diablo».

23 de septiembre

«Tú no necesitas entender, eres demasiado pequeña...».

(Entender lo que Dios hace en mí.)

25 de septiembre

«Voy a morirme, esto es seguro... No sé cuándo, ¡pero es seguro!».

Septiembre

1

Un día le dije. «Nos mirarás desde lo alto del cielo, ¿no?». Entonces respondió con total espontaneidad:

― «No, ¡bajaré!» <16>.

2

Durante la noche me levantaba varias veces, a pesar de su insistencia en que no lo hiciera. En una de aquellas visitas encontré a mi querida hermanita con las manos juntas y los ojos alzados al cielo:

«¿Qué estás haciendo así? ―le dije― Deberías tratar de dormir».

― «No puedo, sufro demasiado, así que rezo...».

― «¿Y qué le dices a Jesús?».

― «No le digo nada, *¡lo amo!*» <17>.

3

Uno de los últimos días de su vida, en un momento de grandes sufrimientos, me suplicó:

¡Ay, hermanita Genoveva, reza por mí a la Santísima Virgen! Si tu estuvieses enferma, yo le rezaría mucho. Una misma no se atreve a pedir...».

(«Una no se atreve a pedir por sí misma...», éste es el sentido.)

Y suspiró de nuevo, dirigiéndose a mí:

«¡Cuánto hay que rezar por los agonizantes! Si se supiera...» <18>.

(Yo oí estos dichos y la mayoría de los que escribió la madre Inés de Jesús a medida que los iba pronunciando; si no los escribía, era porque veía que ya los estaban anotando. Yo he sido testigo de todos ellos, a excepción de los que fueron pronunciados durante el rezo de las Horas del Oficio divino en que la madre Inés de Jesús se quedaba sola con ella.)

Para más detalles, véase también mi Deposición manuscrita <19>.

27 de septiembre

¡Chacha, mi corazón siente por ti un cariño enorme...!».

30 de septiembre

Ultimo día del destierro de mi querida Teresita...

El día de su muerte por la tarde, estando solas con ella la madre Inés de Jesús y yo, nuestra querida santita, temblorosa y deshecha, nos llamó en su ayuda... Le dolían terriblemente todos los músculos, y apoyando uno de sus brazos en el hombro de la madre Inés de Jesús y el otro en el mío, se estuvo así, con los brazos en cruz. En aquel preciso momento dieron las tres y nos vino a la mente el pensamiento de la Jesús en la cruz: ¿no era la pobrecita de nuestra mártir su viva imagen...?

A nuestra pregunta «¿para quién sería su última mirada?», nos había respondido unos días antes de morir: «Si Dios me deja elegir, será para nuestra Madre» (la madre María de Gonzaga).

Pues bien, durante su agonía, tan sólo unos minutos ante de expirar, y pasé por sus labios encendidos un pedacito de hielo, y en ese momento alzó los ojos hacia mí y *me miró con una insistencia profética*.

*

Su mirada estaba llena de cariño; tenía a la vez una expresión sobrehumana, hecha de aliento y de promesas, como si quisiese decirme:

«¡Bueno, bueno, Celina! ¡Yo estaré contigo...!».

¿Le reveló Dios en ese momento la larga y laboriosa carrera que, por su causa, tendría yo que recorrer aquí en la tierra, y quiso consolarme así de mi destierro? Pues el recuerdo de esa última mirada, que todas tanto deseábamos y que fue para mí, ese recuerdo me sigue sosteniendo y constituye para mí una fuerza indecible.)

La comunidad allí presente estaba como en suspenso ante aquel espectáculo grandioso. Pero de repente nuestra santita bajó los ojos buscando a nuestra Madre, que estaba arrodillada a su lado, mientras su mirada velada recobraba la expresión de sufrimiento que tenía antes.

Últimos dichos de nuestra querida Teresita. 30 de septiembre de 1897

«¡Sí, es el sufrimiento puro, pues no hay en él el menor consuelo! ¡No, ni el más mínimo!

¡¡¡Ay, Dios mío!!! Sin embargo, sí, lo amo a Dios... ¡Querida Virgen Santísima, ven en mi auxilio!

Si esto es la agonía, ¿qué será la muerte...?

¡Madre, le aseguro que el vaso está lleno hasta el borde!

¡Sí, Dios mío, todo lo que quieras..., pero ten compasión de mí! Hermanitas... hermanitas... ¡Dios mío, Dios mío, ten compasión de mí!

¡No puedo más..., no puedo más! Sin embargo, tengo que resistir...

Estoy... estoy vencida... No, nunca hubiera creído que se pudiese sufrir tanto..., ¡nunca, nunca!

Madre, ya no creo en la muerte para mí... ¡ya no creo más que en el sufrimiento!

¡Y mañana será todavía peor! Bueno, ,¡pues mejor que mejor!».

Por la noche

(Nuestra Madre acababa de despedir a la comunidad, diciendo que la agonía iba a prolongarse todavía, y nuestra santa enfermita contestó):

«Pues bien, ¡adelante, adelante! ¡No quisiera sufrir menos!».

«Sí, le amo...».

«¡Dios mío... te... amo!».

NOTAS ÚLTIMAS CONVERSACIONES CON CELINA (UC/G)

1 Cf CA 9.7.2.

2 Cf Ms A 61 vº; **PN** 3; Cta 149 y 161.

3 Juego de palabras con «Bon Sauveur», nombre de la casa de salud de Caen en la que estuvo ingresado el señor Martin.

4 «Para hacer amar al Amor». Sor Genoveva tachó estas palabras y añadió la frase : «(esto no está en el autógrafo)». El autógrafo quiere decir su carta del 22 de julio a la señora de Guérin. Sobre este tema puede consultarse la edición crítica de las *Ultimas Conversaciones*: UC, pp. 647-649.

5 Platito que estaba en el suelo y que le servía de escupidera; cf CA 31.7.6.

6 Poesía de Víctor Hugo.

7 Sobre los *«grandes pensamientos»*, cf Ms C 19rº/vº; Cta 89 y 141 a Celina.

7a Teresa hace un juego de palabras con la frase de Celina: «sans elle» (sin ella), que dice Celina, se pronuncia igual que «sans aille» (sin ala); por eso la santa le contesta que le traerá dos (alas). N. del T.

8 Cf Ms B 4vº/5vº.

8a Nuevo juego de palabras entre «None» (Hora litúrgica de Nona) y «nonne» (monja), que se pronuncian igual. N. del T.

9 Cf CA 8.7.7.

10 Publicando la *Historia de un alma*.

11 Evocación de la niñez vivida con Celina y afirmación de un destino común, que podemos encontrar a lo largo de todos los DE/G (*Ultimas Conversaciones con Celina)* (—.7.1; 12.7.4; 5.8.1; —.8.1; —7.3). Cf «las dos gallinitas» del Ms A 9rº.

12 Cf CA 25.8.6.

13 [Teresa dice *«vous cri»* = «buscar»], en vez de «vous quérir».

14 En «el cuaderno», escribe en otra parte sor Genoveva.

15 Se sobreentiende: «en el regazo de Dios».

16 Cf CA 13.7.3.

17 Dicho transmitido únicamente por sor Genoveva, y publicado a partir de HA 98 (p. 243).

18 Cf CA 25.8.6.

19 Las notas preparatorias para el Proceso Apostólico (NPPA).

ÚLTIMAS PALABRAS DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS
recogidas por sor María del Sagrado Corazón

8 de julio

1

Le dije, a propósito de una novicia que la cansaba mucho: «¡Menudo combate el que tienes con ella! ¿Te da miedo?».

― Un soldado nunca tiene miedo al combate, y yo soy un soldado.

(Después de haber reprendido a la novicia:)

¿No he dicho que moriré con las armas en la mano <1>?

2

El «Ladrón» <2> está muy lejos, ¡se ha ido a robar a otros niños!

3

Estamos a 8 de julio, y el 9 de junio yo veía al Ladrón. Si es así como actúa, no está a punto de robarme...

4

Me han puesto en «la cama de la mala suerte», en una cama que te hace perder el tren.

Aludía a la madre Genoveva, que en aquella misma cama había recibido por tres veces la Unción de los Enfermos.

9 de julio

Después de la visita del médico, que la había encontrado mejor.

¡El «Ladrón» se ha vuelto a marchar! ¡Que sea lo que Dios quiera!

12 de julio

Si tuvieras que empezar a vivir otra vez, ¿qué harías?

Haría lo mismo que he hecho <3>.

13 de julio

1

¡Si supieras cuántos proyectos he hecho y cuántas cosas haré cuando esté en el cielo...! Comenzaré mi misión <4>...

― ¿Y cuáles son tus proyectos?

― Los proyectos de volver al lado de mis hermanitas, y de irme allá lejos a ayudar a los misioneros, y además el de impedir que los niños salvajes mueran sin bautizar.

2

Le decía yo que, cuando ella se fuera, yo ya no tendría ánimos, a mi parecer, para dirigir a nadie una palabra, que caería en un estado de depresión.

Eso no está de acuerdo con la ley evangélica. Hay que hacerse todo a todos.

3

¡Alégrate, pronto te verás libre de los trabajos de la vida!

¿Yo, un soldado tan valiente?

4

¿Y que tendrá que hacer tu madrinita?

Elevarse por encima de todo lo que dicen las hermanas y de todo lo que hacen. Tendrás que vivir como si no estuvieras en el monasterio, como si no tuvieras que pasar aquí más que dos días. Si fuera así, te guardarías muy bien de decir lo que te desagrada, ya que tendrías que dejarlo.

(Como estaba terminando de escribir estas palabras mientras tocaban para la Salve:)

Sería mejor, muchísimo mejor, perderte eso, y ser fiel al toque de la campana. ¡Si supierais qué importante es esto!

16 de julio

Si Dios me dijese: "Si mueres ahora mismo, tendrás una gloria muy grande, pero si mueres a los 80 años tu gloria será mucho menor pero a mí me gustará mucho más", no vacilaría en contestarle: Dios mío, quiero morir a los 80 años, pues no busco mi gloria sino complacerte a ti.

Los grandes santos trabajaron por la gloria de Dios, pero yo, que no soy más que un alma pequeñita, sólo trabajo por complacerle y por satisfacer sus caprichos, y sería feliz de soportar los mayores sufrimientos ―aun cuando él no lo supiera, si eso fuese posible―, y no por darle una gloria pasajera sino únicamente por saber que sólo con ello haría aflorar a su labios una sonrisa <5>.

25 de julio

Inclinándome un poco, veía por la ventana el sol poniente que lanzaba sus últimos rayos sobre la naturaleza, y la cima de los árboles aparecía toda dorada. Y pensé: ¡Qué diferencia entre estar a la sombra o, al contrario, exponerse al sol del amor!...! En este último caso, todo parece dorado. En realidad, yo no lo soy, y dejaría inmediatamente de serlo si me alejase del Amor.

28 de julio

1

Comentábamos que nos costaría mucho perder la recreación por cualquier otra que no fuera ella. Respondió sin pensárselo dos veces:

¡Pues yo me sentiría feliz de hacer lo contrario! ¿No estamos en la tierra para sufrir? Pues entonces, cuanto más sufrimos, más felices somos... Se practica mucho mejor la caridad sirviendo a quien te cae menos simpático <6>.

¡Qué mal sabemos llevar nuestros negocios en la tierra!

2

Le decía: ¡Qué felicidad morir después de haber pasado la vida en el amor!

Sí, pero también es necesario no faltar a la caridad con el prójimo.

29 de julio

Yo le decía que una cierta musiquilla de santa Marta le había dado ocasión de merecer. Y me contestó enseguida:

¡Nada de merecer! Dar gusto a Dios... Si hubiese atesorado méritos, habría perdido muy pronto la esperanza.

1 de agosto

No sé cómo haré para morir... Pero me abandono totalmente... ¡Que sea lo que Dios quiera!

10 de agosto

Le decía: ¡Con todo lo que he pedido que no sufras mucho, y estás sufriendo tanto!

Me contestó:

Le he pedido a Dios que no escuche las oraciones que puedan suponer un obstáculo al cumplimiento de sus designios sobre mí y que haga desaparecer todos los obstáculos que se opongan a ellos.

11 de agosto

¿O sea que no podré desahogarme con la madre Inés de Jesús?

Sólo tendrías que hacerlo en el caso en que ella tenga necesidad de consuelo. Tú no debes hablarle nunca buscando tu consuelo mientras no sea ella la priora. Te aseguro que esto es lo yo he hecho siempre. Por ejemplo, nuestra Madre le había dado permiso a ella para hablar conmigo, pero yo no lo tenía, así que no le decía nada sobre mi alma. Creo que precisamente esto es lo que convierte la vida religiosa en un martirio. Sin ello, sería una vida fácil y sin méritos.

15 de agosto

1

El día 13 <8>, antes de recibir la sagrada comunión, se había emocionado mucho con el Confíteor que recitaba la comunidad. Y me dijo:

Cuando oía a todas las hermanas decir en mi lugar: Yo confieso a Dios, Padre todopoderoso, a la Bienaventurada Virgen María y a todos los santos, pensaba: Sí, es bueno pedir perdón a todos los santos... No puedo explicar mis sentimientos. Dios me hace sentir así lo pequeña que soy. ¡Y esto me hace tan feliz...!

2

Le decía: Lo que más me duele es pensar que aún vas a sufrir mucho.

Pues a mí no, porque Dios me da lo que necesito.

3

Decíamos: "Si Dios la llevase esta noche, se iría sin que nos diésemos cuenta... ¡ ¡Cómo lo sentiríamos!

¡Y a mí que me parecería muy gracioso que hiciera eso! Sería como robarme...

20 de agosto

Nadie sabe lo que es sufrir así... No, hay que pasar por ello...

Después de esta misma jornada, de continuos sufrimientos:

¡Ved qué bueno es Dios! Hoy no tenía fuerzas para toser, y casi no he tosido. Ahora que estoy un poco mejor, la tos va a empezar de nuevo.

27 de agosto

Le pregunté: ¿Quieres agua helada?

― Sí, ¡me gustaría tanto...!

― Nuestra Madre te ha mandado pedir todo lo que necesites. Hazlo por obediencia.

― Ya pido todo lo que necesito.

― ¿Y no lo que te gusta?

― No, sólo lo que necesito. Por eso, si no tengo uvas no las pediré.

― Un poco después de haber bebido, seguía mirando el vaso de agua. Yo le dije: Bebe un poco.

― No, no tengo la lengua seca <9>.

― Cuando pienso que, estando tan enferma como estás, todavía encuentras la manera de mortificarte...

― ¡Y qué quieres! Si me escuchase a mí misma, estará todo el día bebiendo.

1 de septiembre

(A propósito de la madre H. del Sagrado Corazón, a quien había que prestarle numerosos pequeños servicios.)

¡Cómo me hubiera gustado ser su enfermera! Tal vez me hubiese costado según la naturaleza, pero creo que la habría cuidado con mucho amor, porque pienso en aquello que dijo Nuestro Señor: "Estuve enfermo y me aliviasteis".

8 de septiembre

¡Ah, la Santísima Virgen...! ¡No ha venido a buscarme...!

17 de septiembre

(A propósito del cementerio):

A vosotras comprendo que os impresione un poco. ¡Pero a mí...! ¿Cómo me va a impresionar...? Meterán en la tierra algo simplemente muerto. No es como si estuviese en estado letárgico, eso sería cruel.

21 de septiembre

Yo deseaba oírle una palabra, algo así como se acordase del pasado y del cariño con que yo la había rodeado en su niñez. Apenas había cruzado por mi mente este pensamiento, cuando nos miró a la madre Inés y a mí con los ojos llenos de lágrimas, diciendo:

¡Hermanitas..., vosotras sois las que me educasteis...!

25 de septiembre

Yo la estaba mirando con ternura.

Madrina, ¡qué preciosa eres cuando tu rostro se ilumina con un rayo de amor...! ¡Es tan puro!

30 de septiembre

Sí, es el sufrimiento puro, pues no hay en él el menor consuelo... ¡No, ni el más mínimo!

¡¡¡Dios mío!!! Sin embargo, sí, lo amo a Dios... ¡Querida Santísima Virgen, ven en mi auxilio!

Si esto es la agonía, ¡qué será la muerte...!

¡Madrecita querida, te aseguro que el vaso está lleno hasta el borde!

¡Sí, Dios mío, todo lo que quieras...! ¡Pero ten compasión de mí!

Hermanitas..., hermanitas... ¡Dios mío...! ¡Dios mío, ten compasión de mí! ¡No puedo más..., no puedo más! Y sin embargo, tengo que resistir... Estoy... estoy vencida... No, nunca hubiera creído que se pudiese sufrir tanto... ¡Nunca! ¡Nunca!

Madre, ya no creo en la muerte para mí... ¡Creo en el sufrimiento!

¿Y mañana será todavía peor? Bueno, ¡pues mejor que mejor!

Ultimas palabras, mirando al crucifijo:

¡Sí!, lo amo...

¡Dios mío..., te amo!

NOTAS ÚLTIMAS CONVERSACIONES CON SOR MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN (UC/MSC)

1 **PN** 48,5,11-12.

2 Cf CA 9.6.1.

3 Dicho referido en HA 98, p. 227, y en NV 12.7.3.

4 Cf CA 13.7.17.

5 Cf CA 16.7.6*.

6 Cf Ms C 13vº/14rº.

7 Cf CA 6.6.4; 31.7.4; 1.8.5; 29.9.2; 30.9.

8 En realidad el 12 de agosto.

9 Cf CA 27.8.9.

10 Cf UC p. 573s, 19.7+a.

OTROS DICHOS DE TERESA A LA MADRE INÉS DE JESÚS

Mayo

Un día que fue a Misa y comulgó, aunque acababan de quitarle un vejigatorio, yo me eché a llorar y no pude ir a las Horas. La seguí su celda, y siempre la veré sentada en su banquito y con la espalda apoyada en la pobre pared de tablas. Estaba extenuada, y me miraba con expresión triste, ¡pero tan dulce a la vez! Mis lágrimas arreciaron, y, adivinando cómo la estaba haciendo sufrir, le pedí perdón de rodillas. Ella me respondió simplemente:

No es demasiado sufrir a cambio de una comunión...

Pero repetir la frase es lo de menos: ¡hay que haber escuchado el acento con que la pronunció <1>!

*

Tosía mucho aquellos días, sobre todo por la noche. Y en esos momentos se veía obligada a sentarse en el jergón para reducir la opresión y poner recobrar el aliento. Yo hubiera deseado que bajase a la enfermería para poder darle un colchón, pero ella insistía tanto en que le gustaba más estar en su celda, que la dejaron allí hasta que ya no había nada que hacer.:

Aquí no me oyen toser, no molesto a nadie ―decía―, y además si me cuidan demasiado *ya no disfruto*.

*

Para ponerle otro vejigatorio, la enfermera, una anciana venerable, muy bondadosa y abnegada, la había instalado esta vez en la enfermería en un sillón. Pero a fuerza de poner almohada tras almohada sobre el respaldo de aquel asiento para que estuviese más blando, la pobre enfermita pronto se encontró sentada en el borde del sillón, corriendo peligro de caerse en cualquier momento. En lugar de quejarse, le dio efusivamente las gracias a la buena de la hermana, y así estuvo todo el día escuchando los elogios de las caritativas visitas que recibía: «¡Bueno, ya veo que está cómoda! ¡Cuántas almohadas tiene! ¡Bien se ve que la cuida una verdadera mamá, etc.».

También yo caí en la trampa, hasta que una sonrisa que yo conocía muy bien me hizo comprender..., pero ya era demasiado tarde para remediarlo.

Junio

El 9 de junio de 1897, sor María del Sagrado Corazón le decía que después de su muerte nos quedaríamos muy tristes. Ella respondió:

No, no, ya veréis..., será como una lluvia de rosas...

Y añadió:

Después de mi muerte, iréis al buzón y allí encontraréis consuelos <2>.

*

(La madre Inés de Jesús anotó este recuerdo, que data de junio de 1897, relativo a las botellas de leche:)

Este dibujo (descrito aquí debajo), recortado de una hoja de periódico encontrada por casualidad, me lo trajo con una sonrisa maliciosa sor Teresa del Niño Jesús en un momento en que yo estaba desolada porque ella, que estaba muy enferma, no tomaba más que leche.

Era una manera de hacerme reír. Me dijo:

Mi botella de leche me sigue tan fielmente como la suya a este borracho, de quien no se ve más que la punta del bastón, ¡fíjate!

Así de alegre era nuestra querida Santita.

(Hoja suelta manuscrita, en la que está envuelto el dibujo en cuestión. Este representa a un perro que llega al galope, estimulado por el bastón de un amo invisible, con una botella en la boca <2b>.

Julio

El cielo, para ella, la visión y la posesión plena de Dios. A ejemplo de varios santos, particularmente de santo Tomás de Aquino, no aspiraba a otra recompensa que el mismo Dios.

Recordaba las palabras de Nuestro Señor: «La vida eterna consiste en conocerte a ti...»; y como, para ella, conocer a Dios era amarlo, podía decir:

Una única esperanza hace latir mi corazón: el amor que recibiré y el que yo podré dar <3>.

*

Le pedía yo explicaciones sobre el camino que decía que quería enseñar a las almas después de su muerte.

Madre, es el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del total abandono. Quiero enseñarles los medios tan sencillos que a mí me han dado tan buen resultado, decirles que aquí en la tierra sólo hay que hacer una cosa: arrojarle a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle a base de caricias. Así le he ganado yo, y por eso seré tan bien recibida <4>.

Agosto

Una noche, en la enfermería, se sintió animada a confiarme sus penas más que de costumbre. Nunca se había desahogado sobre ese tema de esa manera. Hasta entonces yo sólo conocía su prueba muy vagamente.

¡Si supieras ―me dijo― qué espantosos pensamientos me asedian! Pide mucho por mí para que no escuche al demonio que intenta convencerme de tantas mentiras. Se impone a mi espíritu el razonamiento de los peores racionalistas: más adelante, la ciencia, al hacer nuevos e incesantes progresos, lo explicará todo de manera natural, descubriremos la razón absoluta de todo lo que existe y que hoy aún constituye para nosotros un problema, pues quedan todavía muchas cosas por descubrir..., etc., etc.

Quiero hacer el bien después de mi muerte, ¡pero no podré! Pasará como con la madre Genoveva: esperábamos verla hacer milagros, y un completo silencio cayó sobre su tumba...

Madrecita, ¿por qué se han de tener tales pensamientos cuando se ama tanto a Dios?

En fin..., ofrezco estos tormentos tan grandes para alcanzar la luz de la fe a los pobres incrédulos y por todos los que viven alejados del credo de la Iglesia.

Y añadió que nunca discutía con esos pensamientos tenebrosos:

Los sufro a la fuerza ―dijo―, pero mientras los sufro no ceso de hacer actos de fe <5>.

*

En el Carmelo he sufrido de frío hasta morir.

Me extrañó orla hablar así, pues en invierno su porte no revelaba en absoluto su sufrimiento. Nunca, ni durante los fríos más intensos, la vi frotarse las manos o caminar más ligera o más encorvada que de costumbre, como se hace tan espontáneamente cuando se tiene frío <6>.

*

Durante este período de su enfermedad, ¡cuántas veces debió de hacer sonreír a Dios con su paciencia! ¡Qué sufrimientos tuvo que soportar! A veces se quejaba como un pobre corderito al que están inmolando:

Madre ―me dijo un día―, cuando tengas enfermas víctimas de tan violentos dolores, ten mucho cuidado con no dejar cerca de ellas medicamentos que contengan veneno. Te aseguro que, cuando se llega a este grado de sufrimiento, basta un solo momento para perder la razón. Y entonces es muy fácil envenenarse <7>.

Septiembre

Un día, la madre priora le hablaba al doctor, en su presencia, de la compra que acabábamos de hacer de un nuevo terreno en el cementerio de la ciudad, porque ya no quedaba lugar en el antiguo. Añadió que, en adelante, las fosas se excavarían lo suficientemente hondas como para poder sobreponer en ellas tres féretros.

Sor Teresa del Niño Jesús dijo riendo:

¿Entonces seré yo quien estrene ese nuevo cementerio?

El doctor, asombrado, le dijo que no pensase aún en su inhumación.

Sin embargo, es un pensamiento muy alegre ―respondió ella―. Pero me preocupa que el pozo sea tan profundo, pues podría ocurrirles alguna desgracia a los que tengan que bajarme.

Y prosiguió en son de broma:

Ya me parece estar oyendo a un sepulturero que grita: ¡No tires tanto por aquí de la cuerda!, y a otro que le responde: ¡Tira de allá! ¡Eh, cuidado! ¡Bueno, ya está! Echan tierra sobre mi féretro y todos se van.

Cuando se marchó el Sr. de Cornière, yo le pregunté si de verdad no le impresionaba la idea de que la iban a meter tan profundamente en la tierra. Me contestó, con aire de extrañeza:

¡No te entiendo! ¿Por qué me a impresionar? Ni siquiera sentiría la menor repulsión si supiese que iba a ser echada en la fosa común.

SOR GENOVEVA

Junio

Durante su enfermedad, había acompañado a la comunidad con gran dificultad a la ermita del Sagrado Corazón, y se había sentado mientras entonábamos un canto. Una hermana le hizo señas de que se uniese al coro. Estaba agotada y no podía tenerse de pie. Sin embargo, se levantó enseguida, y como yo la critiqué por ello después de la reunión, me dijo simplemente:

He cogido la costumbre de obedecerlas a todas como si fuese Dios quien me manifestase así su voluntad <9>.

*

En el curso del año 1897, sor Teresa del Niño Jesús me dijo, mucho antes de caer enferma, que esperaba morir ese año. He aquí la razón que me dio en el mes de junio: cuando se sintió presa de una tuberculosis pulmonar:

Ya ve ―me dijo-, Dios va a llevarme a una edad en que no habría tenido tiempo de ser sacerdote... Si hubiera podido ser sacerdote, habría recibido las sagradas Ordenes en este mes de junio, en esta ordenación. Pues bien, para que no tenga ningún pesar, Dios ha permitido que me encuentre enferma, así que no habría podido acudir a la ordenación y moriría antes de ejercer el ministerio <10>.

Julio

Una hermana le decía que podría tener una hora de temor antes de morir, para expiar sus pecados.

¡El temor de la muerte para expiar mis pecados...! ¡Eso no tendría más eficacia que un poco de agua cenagosa! Por eso, si llego a tener esos temores, los ofreceré a Dios por los pecadores, y como será un acto de caridad, ese sufrimiento será para los demás mucho más eficaz que el agua. A mí lo único que me purifica es el fuego del amor de Dios <11>.

*

Un día, después de la comunión.

Era como si hubiesen puesto juntos a dos niñitos, y los niñitos no se dijesen nada el uno al otro. Sin embargo, yo Le dije algunas cosillas, pero él no me contestó; seguro que estaba dormido.

*

Cuando esté muerta, no diré nada, no daré ningún consejo. Si me colocan del lado izquierdo o del derecho, no ayudaré. Dirán: está mejor de este lado; hasta podrán poner fuego cerca de mí, yo no diré nada.

*

(Un día en que se encontraba delante de una biblioteca)

― ¡Cómo me pesaría haber leído todos esos libros!

― ¿Por qué? Haberlos leído sería una riqueza que habrías adquirido. Entiendo que resulte pesado leerlos, pero no el haberlos leído.

― Si los hubiese leído, me habría roto la cabeza y habría perdido un tiempo precioso que hubiese podido emplear sencillamente en amar a Dios...

*

― Me encuentro en un estado de ánimo en que me parece que ya no sé ni pensar.

― No importa, Dios conoce tus intenciones. Cuanto más humilde seas, tanto más feliz serás.

*

Una vez, en que sonó el reloj y yo no me movía del sitio con la suficiente rapidez, me dijo:

Vete a tu *obligación*...

Y corrigiéndose:

No, a tu *amor*.

Y en otra ocasión yo le decía: Tengo que trabajar, porque, si no, Jesús se pondría triste. Y ella me respondió:

No, no, tú te pondrías triste. El no puede entristecerse por nuestras componendas. *¡Pero qué pena la nuestra, de no darle todo lo que podemos!*

*

Cuando se presentaban las hemorragias, se alegraba, pensando que estaba derramando su sangre por Dios:

No podía ser de otra manera ―decía―, yo sabía que tendría el consuelo de ver derramada mi sangre, pues muero mártir de amor.

*

En otra ocasión le decía: Ya que querías ir a Saigón, tal vez cuando estés el cielo iré yo en tu lugar para completar tu labor, y entre las dos realizaremos una obra perfecta.

Si algún día vas allá, no pienses que es para completar nada. No hace ninguna falta. Todo está bien, todo es perfecto, todo está consumado, sólo cuenta el amor... Si vas allá, será por un capricho de Jesús, nada más. No pienses que será una obra *útil*, será *un capricho* de Jesús <12>.

SOR MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

Mayo

La enfermera le había aconsejado darse todos los días un paseíto de un cuarto de hora por la huerta. Yo me la encontré caminando penosamente y, por así decirlo, al límite de sus fuerzas. "Harías mucho mejor descansando ―le dije―; en las condiciones en que estás, este paseo no puede hacerte ningún bien; te estás agotando, y basta.

Es verdad ―me contestó―, ¿pero sabes lo que me da fuerzas? Pues camino por un misionero. Pienso que allá lejos, muy lejos, tal vez alguno de ellos esté agotado en sus correrías apostólicas, y para aminorar sus fatigas ofrezco yo las mías a Dios <13>.

Julio

Su gran sufrimiento en el Carmelo fue el no poder comulgar todos los días. Un poco antes de su muerte decía a la madre María de Gonzaga, la cual tenía miedo a la comunión diaria:

Madre, cuando esté en el cielo le haré cambiar de opinión.

Y así sucedió. Después de la muerte de la Sierva de Dios, el Sr. capellán nos dio la sagrada comunión todos los días, y la madre María de Gonzaga, en lugar de rebelarse como antes, se sentía muy dichosa.

*

Un día le decía yo: ¡Si fuese yo la única que va a sufrir con tu partida...! ¿Pero cómo voy a poder consolar a la madre Inés de Jesús, que te quiere tanto?

Estáte tranquila ―me dijo―, no tendrá tiempo para pensar en su sufrimiento, pues estará ocupada conmigo hasta el fin de su vida, y no podrá dar abasto con todo <15>

*

Hacia el mes de agosto de 1897, unas tres semanas antes de su muerte, yo estaba junto a su lecho con la madre Inés de Jesús y sor Genoveva. De pronto, sin que ninguna conversación provocara esta frase, nos miró con una expresión celestial y nos dijo muy claramente:

Sabéis bien que estáis cuidando a una pequeña santa...

Interrogata a R.D. Judice Vicario Generali an Serva Dei aliquam hujusce sermonis explicationem vel correctionem addiderit? ― Respondit:

Quedé muy emocionada ante esas palabras, como si hubiese oído a un santo predecir lo que acontecería después de su muerte. Dominada por esa emoción, me alejé un poco de la enfermería, y no recuerdo haber oído nada más.

SOR MARÍA DE LA EUCARISTÍA

11 de Julio

Cuando tengas tentaciones contra la caridad, te aconsejo que leas este capítulo de la Imitación: «De cómo se han de soportar los defectos ajenos». Verás cómo tus tentaciones se desvanecen. Siempre me ha ayudado mucho; es muy bueno y muy verdadero <17>.

18 de julio

Le pedía que, cuando estuviera en el cielo, me alcanzara muchas gracias, y me respondió:

Cuando esté en el cielo, haré muchas cosas, *grandes cosas*... Es imposible que no sea Dios mismo quien me da este deseo, *¡y estoy segura de que me escuchará!* Y además, cuando esté allá arriba, te seguiré de cerca...

Y como le dijese que a lo mejor me daba miedo:

¿Te da miedo el ángel de la guarda...? Sin embargo, te sigue de continuo. Bueno, pues yo te seguiré lo mismo, ¡y mucho más de cerca todavía!, no te dejaré pasar ni una...

Julio

Siempre que se razona un poquito sobre lo que dice la madre priora, se le da a Dios un poquito de pena; y se le da mucha pena cuando se razona mucho, aunque sea interiormente.

2 de agosto

No encuentro ningún placer natural en que me quieran y me mimen, pero lo encuentro muy grande en que me humillen. Cuando hago alguna tontería que me humilla y me hace ver lo que soy, entonces sí que siento un placer natural y experimento una verdadera alegría, como la que tú experimentarás cuando te sientes amada.

11 de septiembre

Tendrías que hacerte muy dulce: nunca palabras duras, tono duro, nunca adoptes una expresión dura. Sé siempre dulce.

Por ejemplo, ayer le diste un disgusto a sor XXX; un momento después, otra hermana hizo lo mismo. ¿Y qué pasó...? ¡Pues que acabó llorando...! Si tú no la hubieses tratado con dureza, habría aceptado mejor el segundo disgusto, que le hubiera pasado desapercibido. Pero dos disgustos tan seguidos la sumieron en un estado de tristeza muy grande; mientras que si tú hubieses sido tierna con ella, nada de eso habría ocurrido.

*

Un día me hizo prometer que sería santa. Me preguntó si hacía progresos, y yo le contesté: Te prometo ser santa cuando tú te hayas ido al cielo; en ese momento pondré manos a la obra con toda el alma.

No, no esperes hasta entonces ―me contestó―. Comienza ahora mismo. El mes que precedió a mi entrada en el Carmelo se me ha quedado grabado como un dulce recuerdo. Al principio, me decía a mí misma, como tú ahora: «Seré santa cuando esté en el Carmelo; mientras tanto, no pienso molestarme». Pero Dios me hizo ver el

valor del tiempo, e hice todo lo contrario de lo que pensaba. Quise prepararme para entrar, siendo muy fiel. Y fue ése uno de los meses más hermosos de mi vida.

Créeme, nunca esperes a mañana para empezar a ser santa.

SOR MARÍA DE LA TRINIDAD

Abril

Me contó la siguiente anécdota, que ocurrió cinco meses antes de su muerte:

Una tarde, vino la enfermera a ponerme una botella de agua caliente a los pies y tintura de yodo en el pecho. Yo estaba consumida por la fiebre y una sed ardiente me devoraba. Mientras soportaba esos remedios, no pude por menos de quejarme a Nuestro Señor: «Jesús mío, le dije, tú eres testigo de que estoy ardiendo, ¡y encima me traen calor y fuego! ¡Si en vez de todo eso, me diesen medio vaso de agua...! ¡Jesús mío, tu hijita tiene mucha sed! Pero, no obstante, se siente feliz de encontrar la ocasión de que le falte lo necesario, a fin de parecerse más a ti y salvar almas». Al poco, me dejó la enfermera, y yo ya no contaba con volverla a ver hasta el día siguiente por la mañana, cuando, con gran sorpresa de mi parte, volvió pocos minutos después trayéndome una bebida refrescante... ¡Qué bueno es nuestro Jesús! ¡Y qué dulce confiar en él! <18>.

Mayo

Ayer, el canto de la «Rosa deshojada» me trajo a la memoria un grato recuerdo. La madre María Enriqueta, del Carmelo de París, avenida de Mesina, me había pedido que pidiera a santa Teresa del Niño Jesús que le compusiese una poesía sobre este tema. Como el tema respondía a los sentimientos de nuestra querida santa, puso en ello toda el alma. La madre Enriqueta quedó muy contenta; únicamente me escribió diciéndome que le faltaba una última estrofa explicando que, a la hora de la muerte, Dios recogerá esos pétalos deshojados para formar con ellos una rosa preciosa que brillará por toda la eternidad. Entonces sor Teresa del Niño Jesús me dijo:

Que esa buena Madre haga ella misma esa estrofa como quiera, pues yo no me siento inspirada en absoluto para hacerlo. Mi deseo es ser deshojada por siempre jamás, para alegrar a Dios. ¡Y punto... <19>!

Junio

Tengo siempre presentes los tres largos meses de agonía de nuestro Angel (...) Tenía prohibición de hablarle, bajo el pretexto de que, al ser joven, ¡podía contraer su enfermedad! (Sin embargo, yo estaba segura de todo lo contrario, pues sor Teresa del Niño Jesús me había asegurado que nadie cogería su enfermedad, que así se lo había pedido a

Dios.) Las noticias sobre su salud eran cada día más tristes; yo me ahogaba de pena... Un día que salí a tomar el aire a la huerta, la vi en su coche de enferma, debajo de los castaños. Estaba sola, y me hizo señas de que me acercase: "No, le dije, pueden vernos, y no tengo permiso". Entré en la ermita de Santa Faz, donde me eché a llorar. Al levantar la cabeza, vi con sorpresa a mi hermanita sor Teresa del Niño Jesús sentada en un tronco de árbol a mi lado. Me dijo:

Yo no tengo prohibido acercarme a ti, y aunque tuviese que morir, quiero consolarte.

Me secó las lágrimas, apoyando mi cabeza sobre su pecho. Le supliqué que volviera al coche, pues estaba temblando de fiebre:

Sí, pero antes tienes que sonreírme.

Lo hice inmediatamente, por miedo a que se pusiese peor, y la ayudé a llegar hasta el coche <20>.

*

Yo sentía mucha pena de verla enferma, y le repetía con frecuencia: «¡Qué triste es la vida!». Pero ella me corregía inmediatamente, diciendo:

¡La vida no es triste! Al contrario, es muy alegre. Si dijeses: «El destierro es triste», te entendería. Se comete un error al dar el nombre de vida a lo que tiene que acabar. Sólo se puede dar de verdad ese nombre a las cosas del cielo, a lo que nunca jamás morirá; y bajo este aspecto, la vida no es triste, es alegre, muy alegre <21>.

Julio―agosto

Un día de fiesta, en el refectorio, se habían olvidado de ponerme el postre. Después de comer, fui a la enfermería, a ver a sor Teresa del Niño Jesús, y al encontrar allí a mi vecina de mesa, le di a entender bastante sutilmente que se habían olvidado de mí. Cuando me oyó sor Teresa del Niño Jesús, me obligó a que fuera yo misma a decírselo a la hermana encargada del refectorio, y como yo le suplicaba que no me obligase a eso:

No, ―me dijo―, ésa será tu penitencia, no eres digna de los sacrificios que Dios te pide. El te pedía que te privaras del postre, pues fue él quien permitió que se olvidaran de ti. Te creía suficientemente generosa para hacer ese sacrificio, ¡y tú has defraudado sus esperanzas viniendo a reclamarlo!

Puedo decir que la lección dio frutos y que me curé para siempre de querer volver a las andadas <22>.

Agosto

Esto me trae a la memoria el recuerdo de un momento de intimidad con mi hermanita sor Teresa del Niño Jesús. Fue, poco más o menos, un mes antes de su muerte. Toda la comunidad estaba triste, y yo ciertamente no le iba a la zaga a nadie en la pena. Fui a verla a la enfermería y descubrí al pie de la cama un gran balón rojo que habían traído para que se entretuviese. Aquel balón me despertó las ganas de jugar, y no pude por menos de decirle: «¡Cómo me gustaría jugar con él!». Ella sonrió, pero como su debilidad era tan grande que no podía soportar el menor ruido, me dijo:

Ponte detrás de mí mientras no haya nadie, y juega con él; yo cerraré los ojos para que el ruido no me aturda.

Cogí encantada el balón, y le sacaba tanto gusto al juego, que Teresita parpadeaba una y otra vez por verme sin aparentarlo y no podía contener la risa. Entonces le dije: «¡No soporto estar triste tanto tiempo! ¡Ya no puedo más! Me vienen tentaciones de distraerme, ganas de jugar a la trompa que me regalaste por Navidad; pero si alguien me ve, es capaz de escandalizarse y de decir que no tengo corazón».

No, no ―me respondió―, yo misma te mando coger la trompa e ir a jugar durante una hora en el desván del noviciado. Allí nadie te oirá, y si alguien se da cuenta le dirás que te lo he mandado yo. Vete ya, me gusta mucho pensar que vas a divertirte <23>.

*

Cuando esté en el cielo ―me dijo―, tendréis que llenar a menudo mis manos de oraciones y de sacrificios, para darme el gusto de arrojarlos en lluvia de gracias sobre las almas <24>.

Septiembre

Ocho días antes de su muerte, yo había estado llorando durante toda la recreación de la noche, pensando en su próxima partida. Ella se dio cuenta y me dijo:

Has estado llorando. ¿Lo has hecho en la concha <25>?

No podía mentirle..., y mi confesión la entristeció. Continuó:

Me voy a morir, y no me quedaré tranquila respecto a ti si no me prometes que vas a seguir fielmente mi consejo. Lo considero de capital importancia para tu alma.

No tuve más remedio que rendirme, y le di mi palabra, pidiéndole sin embargo, como una gracia, permiso para llorar libremente su muerte <26>.

*

El día de su muerte, después de Vísperas, fui a la enfermería, donde encontré a las Sierva de Dios sosteniendo, con ánimo invencible, las últimas luchas de la más terrible agonía. Tenía las manos completamente amoratadas, las juntaba angustiosamente y exclamaba con una voz que la sobreexcitación de un intenso sufrimiento hacía clara y fuerte:

¡Dios mío..., ten compasión de mí...! ¡María, venid en mi ayuda...! ¡Ay, Dios mío, cuánto sufro...! El cáliz está lleno... ¡Lleno hasta los bordes...! ¡Nunca voy a saber morir...!

― ¡Animo!, le dijo nuestra Madre, estás llegando al final. Un poco más y todo habrá terminado.

― ¡No, Madre, todavía no ha terminado...! Estoy segura de que seguiré sufriendo así durante meses.

― Y si fuera la voluntad de Dios dejarte así un largo tiempo en la cruz, ¿lo aceptarías?

Con un acento de extraordinario heroísmo contestó:

¡Lo acepto!

Y su cabeza volvió a caer sobre la almohada con una expresión tan tranquila y resignada, que no podíamos contener las lágrimas. Era exactamente idéntica a una mártir a la espera de nuevos suplicios. Yo abandoné la enfermería, incapaz de soportar por más tiempo tan doloroso espectáculo. Ya sólo volví con la comunidad para los últimos momentos, y fui testigo de su hermosa y prolongada mirada extática en el momento en que murió, el jueves 30 de septiembre de 1897 a las 7 de la tarde <27>.

SOR TERESA DE SAN AGUSTÍN

Junio

― Dime si has tenido luchas interiores.

― Pues sí, las he tenido. Tenía un temperamento nada fácil; no lo parecía, pero yo lo sabía muy bien. Y puedo asegurarle que no he pasado un solo día sin sufrir, ni uno solo.

― Pues creen que no los has tenido.

― ¡Ay, los juicios de las criaturas! Si no ven, no creen <28>.

*

― Hay hermanas que piensan que sufrirás los espantos de la muerte.

― Todavía no han llegado. Si llegan, los soportaré; pero si los sufro, no bastarán para purificarme, no pasarán de ser una simple lejía... Lo que necesito es el fuego del amor <29>.

SOR MARÍA DE LOS ÁNGELES

La madre Inés de Jesús le decía, un día en que la comunidad estaba reunida en torno a su lecho: «¿Y si arrojaras flores a la comunidad?».

No, mamaíta ―respondió―, no me pidas eso, por favor; no quiero arrojar flores a las criaturas. Quiero, sí, arrojárselas a la Santísima Virgen y a san José, pero no a las demás criaturas <30>.

*

Algunos días antes de la muerte de la Sierva de Dios, habían llevado la cama, que tenía ruedas, al claustro.

Sor María del Sagrado Corazón, jardinera del patio, que estaba a su lado, le dijo: «Mira este retoño de rododendro que se está muriendo, voy a arrancarlo».

Sor María del Sagrado Corazón ―le contestó, con voz lastimera y suplicante―, no te entiendo... Te pido por mí, que voy a morir, que perdones la vida a ese pobre rododendro.

Tuvo que seguir insistiendo, pero su deseo fue respetado <31>.

SOR AMADA DE JESÚS

En los últimos días de septiembre de 1897, en que la debilidad de nuestra querida Santa no le permitía ya moverse, tuvimos que colocarla momentáneamente en una cama provisoria, para arreglar su cama de enferma. Viendo el apuro de las enfermeras, que temían hacerle daño, dijo:

Creo que sor Amada de Jesús podría cogerme fácilmente en brazos. Es alta y fuerte, y muy tierna con las enfermas.

Llamamos, pues, a la hermana, que levantó a la santa enfermita como si fuese una ligera carga, sin darle la menor sacudida. En aquel momento, con los brazos alrededor de su cuello, nuestro ángel le dio las gracias con tal sonrisa de cariñosa gratitud, que la hermana no olvidó nunca aquella sublime sonrisa. Y hasta llegó a ser para ella una especie de compensación por el pesar que sintió de haber sido la única que no oyó la campana de la enfermería que convocaba a las hermanas en el momento supremo de la muerte más bella que jamás se vio en el Carmelo de Lisieux <32>.

ANÓNIMO

Le preguntaban bajo qué nombre habría que invocarla cuando estuviese en el cielo.

Me llamaréis *Teresita*, respondió humildemente <33>.

NOTAS A OTRAS CONVERSACIONES DE TERESA

1 Este texto y los dos siguientes figuran en los Cuadernos verdes, en los días 21/26 de mayo; cf UC II, p. 42 y 44.

2 PA p. 199 (UC p. 371).

2ª UC p. 382.

3 NPPA Esperanza del cielo (UC II, p. 516).

4 *Novissima Verba*, 17 de julio (UC II, p. 179-180).

5 NPPA, Su prueba contra la fe (UC p. 449).

6 NPPA, Templanza (UC p. 459).

7 Cuadernos verdes, 30 de agosto (UC II, p. 374).

8 NPPA, Humildad. Un ejemplo de su desprecio de sí misma (UC p. 573s).

9 PA p. 306.

10 PO p. 305 (UC p. 539s, Varia 4).

11 Para la fuente de este texto y de los seis siguientes, cf UC p. 514, Varia 3 y 5 (texto en p. 536-540).

12 CMG II p. 73 (UC II, p. 592).

13 Cf UC p 554, Varia 2 (el texto, p. 565).

14 PO p. 249 (UC p. 372).

15 NPPO 1908, p. 14 (UC p. 572).

16 PA p. 245 (UC p. 566).

17 Cf UC p. 697.

18 NPPA (Cuaderno rojo, pp. 21-22; cf UC p. 702s..

19 Billete de sor María de la Trinidad a la madre Inés de Jesús, del 17 de enero de 1935.

20 Carta a la madre Inés de Jesús, del 27 de noviembre de 1934 (UC p. 699).

21 *Histoire d'une âme*, 1907, p. 296 (UC p. 700).

22 NPPA (Cuaderno rojo, p. 48); UC p. 700.

23 Carta a la madre Inés de Jesús, Viernes Santo 1906 (UC p. 700s).

24 NPPA (Cuaderno rojo, p. 102); UC p. 506.

25 Una concha de mejillón que Teresa utilizaba para sus trabajos de pintura. Había mandado a su novicia, sor María de la Trinidad, que cada vez que le vinieran ganas de llorar recogiera en ella las lágrimas.

26 Conseils et Souvenirs, de la *Histoire d'une âme*, 1899, pp. 280-281 (UC p. 701).

27 PO p. 472 (UC II, p. 581s).

28 *Souvenirs d'une sainte amitié*, p. 12; UC p. 706.

29 *Ibid*. (UC p. 354).

30 PO p. 415 (UC p. 708).

31 Hojas sueltas añadidas al NPPA (UC p. 466s).

32 Circular de sor Amada de Jesús, 17 de enero de 1930; cf PO p. 573 y PA p. 408 (UC p. 481s).

33 *Conseils et Souvenirs* , de la *Histoire d'une âme*, 1953, p. 248.

A.M.D.G.

[Image]

INTRODUCCION A LOS ESCRITOS VARIOS

Como la denominación de esta parte lo indica, los «Escritos Varios» reúnen una serie de textos muy diversos y de importancia muy desigual, que jalonan toda la vida de santa Teresa del Niño Jesús, desde la infancia hasta su muerte, algunos de los cuales ella conservó en el Carmelo.

Para unos fragmentos tan dispares, se podrían citar las palabras de la Sagrada Escritura: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie» (Jn 6,12; cf CA 14.9.1). Por lo que se refiere a Teresa, el abate Combes escribía a sor Genoveva: «A la historia le interesan todos los aspectos de su vida y de sus obras, y puede publicar todo lo que salió de su pluma. (...) La más pequeña palabra salida de su mano es una reliquia» (cf *supra*, Introducción a las Cartas, y CG, pp. 46 y 49).

Sin embargo, no era posible publicar aquí todos los cuadernos escolares de Teresa y todas sus redacciones <1>. La selección que hemos realizado privilegia los aspectos biográficos.

Hemos clasificado estos textos en dos categorías, siguiendo un orden cronológico.

I. ESCRITOS VARIOS EN LOS BUISSONNETS, ENTRE 1880 Y 1888

1. *Notas de tres retiros*, en los Cuadernos de niña. En ellas se puede ver lo que fueron las enseñanzas de los sacerdotes que provocaron, sobre todo en mayo de 1885, la gran crisis de escrúpulos de Teresa y que están

probablemente en el origen de sus dificultades para vivir con serenidad los retiros espirituales, tanto predicados como privados..

2. *Notas cronológicas*, extraídas de los Cuadernos de niña.

3. *Ejercicios de redacción*, sacados de los cuadernos de la alumna, a los que hemos añadido un dictado que es muy revelador de su vida diaria.

4. *Extractos de «Fin du monde présent et Mystères de la vie future»* del abate Carlos Arminjon, copiados en mayo y junio de 1889 y que marcaron profundamente la espiritualidad de Teresa.

II. ESCRITOS VARIOS EN EL CARMELO, ENTRE 1888 Y 1897

1. *Estampas bíblicas*. En 1896-1897, Teresa compuso nueve estampas para el breviario, partiendo de fotografías sacadas por sor Genoveva. Ella concedía una gran importancia a estas composiciones, y ella misma eligió las citas bíblicas.

2. *Memoria sobre la madre Genoveva de Santa Teresa*. Texto *inédito,* escrito por sor Teresa del Niño Jesús en base a las conversaciones que la benjamina del Carmelo tenía en la enfermería, los domingos, con la fundadora (Cf Ms A 78rº).

3. *Textos varios* que Teresa conservaba en la mesa de su celda o en diversos libros de su uso, lo cual indica la importancia que les daba:

- «Testamentos» de san Juan de la Cruz y de san José, que Teresa «extendió» en las fiestas de estos santos;

- Notas de los retiros del P. Pichon, una exhortación del abate Delatroëtte y algunas cartas de Teófano Vénard;

- Copias de textos que podían ser utilizados como «sentencias», un consejo espiritual del abate Baillon, etc.

4. *Selecciones bíblicas*. Tres florilegios de la Sagrada Escritura, característicos del enraizamiento teresiano:

- Concordancia pascual (1896 ó 1897);

- Estampa-recordatorio del señor Martin (1894);

- Album de fotos para la madre María de Gonzaga (21/6/1897).

Estos Escritos Varios revelan, cada uno a su manera, algunos aspectos de las preocupaciones más o menos profundas de Teresa en distintos momentos de su vida. Por eso, era de desear que no quedasen enterrados.

N.B. Dado el carácter fragmentario -la mayoría de las veces, de auténticas migajas- de estos textos, hemos preferido, en esta sección, incluir las notas a pie de página.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN:

<1> En Mss I y II, el P. Francisco de Santa María ha publicado varios textos de los Cuadernos de niña, de las narraciones, de copias de textos (tomo I, pp. 22-24; tomo II, pp. 22, 24, 26, 27), al igual que *Vie thérésienne* (nº 74, abril 1979). Pueden verse también las veintiséis redacciones de Teresa: «Thérèse écolière. Devoirs de style et narrations de Thérèse Martin (1885-1887)», en la revista *Carmel*, 1957/II, pp. 81-107.

<1> Cf CA 20.8.9 y **UC**, p. 292.

<2> Medicamento que, aplicado sobre la piel, segrega una secreción serosa que produce un levantamiento de la epidermis.

A.M.D.G.

[Image]

I. EN LOS BUISSONNETS (1880-1888)

1. Notas de retiros

5-7 de mayo de 1884. Notas del retiro

Cuaderno azul. Texto a lápiz. Acerca de este retiro, predicado por el Sr. abate Domin, capellán de las benedictinas de Lisieux, cf Ms A 33vº. «La Señora Priora» *es la madre San Exuperio (Modesta Enguchard, 1816-4 de mayo de 1884). (Texto publicado en Mss II, p. 22 y en VT, nº 74, abril 1979, pp. 132-133).*

Retiro para mi primera comunión

5 de mayo Meditación de la mañana

El Señor abate nos dijo que éramos como los servidores del Evangelio, y que al final de nuestra vida Dios nos pediría cuentas de las gracias que nos ha concedido, y que tendríamos que presentárselas en proporción a las gracias que nos ha dado. He pensado que yo tendré que dar muchas cuentas a Dios, que ha sido tan bueno conmigo y me ha concedido tantas gracias, y he prometido esforzarme por ser buena y por tener muchas obras buenas para presentar a Dios.

2ª Charla

El Señor abate nos ha hablado de la muerte, y nos *(falta una palabra)* que no había manera de hacernos ilusiones, que era segurísimo que teníamos que morir, y que quizás habría alguna que no terminase el retiro.

Nos contó que, cuando él era joven, un Padre misionero les predicó un retiro y les dijo que a lo mejor al día siguiente faltaba uno, y, en efecto, al día siguiente uno estaba muerto. Yo quiero ser muy buena, para que no me sorprenda la muerte.

3ª charla

Esta tarde la meditación fue sobre el infierno. El Señor abate nos representó las torturas que se sufren en el infierno. Nos ha dicho que de nuestra primera comunión iba a depender que fuésemos al cielo o al infierno. Yo me estoy preparando bien, y espero ir al cielo.

7 de mayo 1ª charla

El Señor abate nos ha hablado de la 1ª comunión sacrílega. Nos ha dicho cosas que me han dado mucho miedo.

Durante el retiro, nos han faltado muchas charlas, porque ha muerto la Señora Priora y el Señor abate no ha podido ocuparse mucho de nosotras.

17-20 de mayo de 1885. Notas del retiro.

Cuaderno azul. El abate Domin predicó este retiro para la segunda comunión, que desencadenó una «terrible enfermedad de escrúpulos» *(Ms A 39rº). (Texto publicado en Mss II, p. 26 y VT, nº 74, p. 133).*

2º Retiro

Domingo noche

Esta noche el Señor abate nos ha dicho que, cuando él quería convertir a un alma, la llevaba a la soledad y le hacía hacer un retiro.

Meditación Lunes mañana

Sólo hay una cosa importante, que es la salvación. Todo lo demás es inútil.

2ª charla

Lo que nos dijo el Señor abate era muy espantoso. Nos ha hablado del pecado mortal. Nos ha pintado el estado de un alma en pecado mortal y cuánto la odia Dios. La comparó a una palomita que se empapa de fango y que, a causa de eso, no puede volar. Así somos nosotros cuando estamos en estado de pecado mortal, que ya no podemos elevar nuestra alma hacia Dios.

3ª charla

La muerte.

Martes Meditación

Juicio particular.

2ª charla

Sobre la confesión. Necesidad de hacer una buena confesión.

3ª charla

El Señor abate nos ha dicho que preparemos una buena morada para Jesús y que le hagamos un lugar hermoso en nuestro corazón donde pueda descansar. Que lo primero que teníamos que hacer era barrerlo, es decir, retirar de él todo lo que desagradase al Niño Jesús; y luego, recoger todas las flores que pudiéramos, es decir, las buenas acciones, para adornar con ellas nuestro corazón y prepararle así un lugar para descansar. Y que cuantas más flores hubiese, mejor sería.

Miércoles mañana Meditación

La agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos.

2ª charla

La Santísima Virgen es nuestra Madre y no nos abandonará jamás, en cualquier situación que nos encontremos. Desanimarse sería hacerle un agravio, pues, si no la olvidamos, podemos estar seguros de nuestra salvación. El Señor abate nos ha hecho hacer propósitos; yo he mantenido los de la 1ª comunión, que son: 1º No me desanimaré; 2º Todos los días rezaré un Acordaos a la Santísima Virgen; 3º Trataré de humillar mi orgullo.

Octubre de 1885. Notas del retiro.

En el Cuaderno azul, en una hojas sueltas escritas a lápiz, se encuentras unas notas del retiro espiritual de octubre de 1885, quizás del martes 6 por la noche al sábado 10 por la mañana. El abate Domin sólo les dio la primera charla; desconocemos el nombre del predicador que le sucedió. (Texto publicado en VT, nº 74, pp. 134-135).

Retiro de 1885

La primera charla nos la ha dado el Señor abate Domin. De este retiro sólo pondré las cosas más importantes. Por la impresión, me acordaré bien.

Miércoles mañana

Sobre el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Cuando pierde una, va en su busca y no vuelve hasta que la ha encontrado.

A las 11

Sobre el Sagrado Corazón de Jesús. El deseo de una hija del Sagrado Corazón debe ser hacer latir el corazón de su Jesús.

A las 2

Los principales defectos de una joven son la frivolidad y la impresionabilidad.

A las 6

Sobre el pecado. El pecado nos vuelve horribles a los ojos de Dios. Pero Dios está deseando perdonarnos.

Jueves

Cómo meditar.

A las 11

Sobre las almas del purgatorio. Nosotros podemos liberar las almas del purgatorio, y no lo hacemos. En un sepulcro había «Hoy yo, mañana tú». ¡Cuánto me ha hecho pensar esta frase!

A las 2

Sobre el juicio. Inmediatamente después de nuestra muerte, compareceremos ante Dios que nos (¿enviará?) al cielo o al infierno o bien al purgatorio.

A las 6 de la tarde

Sobre la muerte. Podemos morir dentro de un minuto o dentro de un segundo.

Viernes mañana

Sobre el infierno.

A las 2

Somos apóstoles del Corazón de Jesús. Todas las mañanas ofreceremos todos nuestros actos, éste es el 1<er> grado; rezar todos los días una decena con los misterios es el 2º grado. Además, una comunión al mes.

A las 6

Nuestro Señor ha querido recibir un bautismo de sangre para redimir nuestros pecados.

Sábado

Contrición de los pecados. Nuestro Señor ha querido tomar sobre sí todos nuestros pecados en nuestro lugar.

2. Notas cronológicas (1884-1886)

Textos de Cuaderno gris (1884-1886), publicado en VT, nº 74, pp. 131s. Notas a lápiz. - Tom *es el perrito blanco de Teresa (cf CG, p. 202, nota d). -* Glos: *una pequeña localidad a unos 5 kms. de Lisieux. - El viaje del señor Martin durará de seis a siete semanas; cf Cronología. -* Pardillo: *cf Ms A 53rº.*

Al final de este Cuaderno gris, Teresa registró la lista de sus comuniones de 1884-1885. En aquella época no se podía comulgar sin permiso del confesor. Entre paréntesis hemos añadido las fechas necesarias. - El orden de las comuniones 21 y 22 está invertido. «Mamá» *recuerda el aniversario de la muerte de su madre.*

El 26 de junio llegó Tom a nuestra casa. Año 1884.
El 1 de octubre del 84 me dieron un dado de hueso.
El 2 de octubre del 84 fuimos en tren a Glos.
El 22 de agosto de 1885 papá partió para Constantinopla.
En el mes de julio de 1885 me trajeron un pardillo.
El 25 de mayo del 86, martes, estreno unos zapatos blandos. Heredo 20 francos.
18 de septiembre de 1884: nacen mis pececitos.

Comuniones

1ª comunión, 8 de mayo del 84
2ª, Ascensión *(22 de mayo de 1884)*
3ª, Confirmación *(14 de junio de 1884)*
4ª, aniversario de mamá *(muerta el 28 de agosto de 1877)*
5ª, triduo de la Natividad *(8 de septiembre de 1884)*
6ª, el retiro *(octubre de 1884)*
7ª, Todos los Santos
8ª, El día de los Difuntos
9ª, Inmaculada Concepción
10ª, 1º de año de 1885
11ª, Epifanía
12ª, Purificación
13ª, Anunciación
14ª, Ramos *(29 de marzo de 1885)*
15ª, Pascua *(5 de abril)*
16ª, Ascensión *(14 de mayo)*
17ª, 2ª comunión *(21 de mayo)*
18ª, Trinidad *(31 de mayo)*
19ª, Corpus *(domingo 7 de junio)*
20ª, Asunción
21ª, Natividad V. *(8 de septiembre)*
22ª, Mamá *(28 de agosto)*

3. Dictado y ejercicios de redacción

Dictado (5 de junio de 1880)

Teresa tiene siete años y medio. El interés de este «dictado» (inédito), un tanto incoherente, está en que nos ofrece informaciones acerca de varios miembros de la familia Martin y sobre la propia Teresa, sus gustos, sus temores, sus juegos, sus preocupaciones religiosas. Tal vez se trate incluso de un texto completamente improvisado por ella... - El miedo a las arañas aparecerá de nuevo en las Ultimas Conversaciones (cf CA 13.7.18 y 18.8.7). - Teresa no será curada por la Santísima Virgen (último párrafo) hasta tres años más tarde.

Ayer se confirmó Celina. Hoy he leído la historia de la resurrección de Lázaro y la curación del centurión. Me gustan las grandes margaritas, los acianos y las amapolas. Las arañas grandes me dan mucho miedo.

Hoy está lloviendo mucho, no me gusta el mal tiempo. Cuando haga bueno, nos iremos al campo. Hay un precioso nido de pardillos en el jardín, son unos pardillos brillantes. Celina y Leonia tendrán vacación el viernes, y yo también si soy buenecita.

Hay dos guindas en el jardín. Leonia está cortando cartulina. El tapiz es verde, la noche es oscura, la tinta es negra. La corbata de Paulina es roja y el cuello es blanco.

La Santísima Virgen fue al templo a la edad de tres años. Destacaba entre sus compañeras por su piedad y su dulzura angelical; todos la querían y la admiraban, pero mucho más los ángeles, que la consideraban como su hermanita.

Los cielos proclaman la gloria de Dios. Ayer fui al campo con papá y me divertí mucho. Cogí un hermoso manojo de margaritas grandes para hacer una corona y traje en mi cestita más flores bonitas para Celina. Pronto llegarán las vacaciones de verano. Me gustan las fresas, las frambuesas, las cerezas, las grosellas, las grosellas negras, las peras, las manzanas, las ciruelas, los melocotones, los albaricoques, las uvas, los higos, etc.

Tengo una muñeca grande y muy bonita, pero me gusta más el niñito que me regaló mi tía como aguinaldo. También tengo toda clase de muñequitas con las que me divierto mucho.

Quiero ser una buena muchachita. La Santísima Virgen es mi Madre querida y lo normal es que los hijos se parezcan a su madre. Papá está en Trouville y a lo mejor nos trae cangrejos de mar. Me alegro, es tan divertido ver esos animalitos negros volverse rojos cuando se les cuece...

Enero de 1885. Ejercicios de redacción

Publicado en la revista Carmel, *1975/II, pp. 89-90, con un error de fecha (1886 en vez de 1885)*.

Misa de Gallo

Querida amiga:

Me dices en tu carta que no han querido dejarte asistir a la Misa de Gallo. Para compensarte, te voy a hacer partícipe de mis impresiones con ocasión de esa hermosa fiesta. Por la tarde no estaba contenta, hablaba continuamente del día siguiente y quería que hubiera llegado ya. María quería que me acostase hasta que llegase la hora, aunque yo le aseguraba que no iba a poderme dormir; y de hecho, me costó mucho dormirme. Pero cuando María vino a despertarme a las once y medio, no me hice de rogar para levantarme; me levanté enseguida, y nos fuimos. Por el camino, yo pensaba en los pastores, que hace mil ochocientos ochenta y ocho años se habían puesto también en camino a esta hora para adorar al divino Niño Jesús, que acababa de nacer. Pero, al igual que ellos, yo no iba para verlo con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del alma y para oírle hablar a mi corazón. ¡Y qué cosas tan dulces me dijo después de la comunión! Desde el día de mi primera comunión, nunca le había oído hablar tan bien a mi corazón. Creo realmente que hacía falta que fuese Navidad y que él viniese como un niñito a mi corazón para decirme palabras tan dulces. Así que ya ves, querida Genoveva, qué hermoso es recibir al Niño Jesús el día de navidad, y sobre todo en la Misa de Gallo. Por eso, espero que este año seas muy sensata y cuides tu salud para que el año que viene te permitan ir a la Misa de Gallo

Adiós, querida amiga. Te dejo, esperando una próxima carta. Tu amiga que te quiere mucho,

Teresa, hija de los Santos Ángeles

15 de octubre de 1885. Ejercicios de redacción

Carta ficticia al señor Martin, publicada en CG, pp. 200s, con el número LTS 18a, donde podrá encontrarse un extenso comentario. Se trata del viaje del señor Martin a Constantinopla. En esta composición es difícil distinguir la ficción de la realidad. - Sobre el episodio bíblico al que Teresa se refiere, cf Tb 5,20-21 y 11,9. - Otro ejercicio de estilo (LTS 18b), del 11 de febrero de 1886, podrá encontrarse en CG, p. 202s.

Querido papaíto:

Hace ya tres semanas que nos dejaste. Tres resulta muy largo para tu hijita desde que se separó de ti. Si supieras cómo deseo que vuelvas. Me imagino muchas veces tu llegada: todos estamos contentos, nos apresuramos por llegar a la estación, tenemos miedo de no llegar a tiempo, y al fin llegamos un cuarto de hora antes. Por fin, llega el tren y de damos un abrazo. Tú estás bien y nosotras estamos encantadas.

Pero con mucha más frecuencia el cuadro es negro. Me imagino que has retrasado la vuelta y que, en vez de quince días, será un año o aún más lo que tendremos que esperar. O que estás enfermo porque no te cuidas lo suficiente.

Papaíto querido, me vas a decir que no soy juiciosa, que me invento quimeras. Quizás eso sea un poco verdad, ¡pero qué se le va a hacer!, yo soy así; y además, creo que no me falta razón, porque, en realidad, ¿no puedes retrasar el viaje?, y además tienes que reconocer, papaíto, que nunca tomas suficientes precauciones para no caer enfermo, siempre dices que no hay peligro, pero hay un proverbio que dice: A Dios rogando y con el mazo dando.

Pero me doy cuenta de que, a este paso, te voy a poner la moral por los suelos. Perdóname, querido padre, es el miedo que tiene tu hijita a que te pongas malo lo que la hace hablar así.

Todos en casa desean también que vuelvas. Te tenemos acribillado a oraciones, invocamos a no sé cuántos santos, entre otros a san Rafael para que guía tu viaje como el de Tobías y te devuelva sano a nosotras.

Estamos deseando que vuelvas lo más pronto posible, y estoy (segura) de que también Tom es de mi opinión, pues se aburre en tu ausencia y estoy segura de que se prepara para mover la cola a tu regreso como el perro de Tobías y a celebrarlo con saltos de alegría.

Hasta pronto, queridísimo papá.

Un abrazo de todo corazón. Tu hija que te quiere tanto como se puede querer a un papá como tú

Teresa,
hija de los Stos. Angeles

Finales de diciembre de 1886 - Comienzos de enero de 1887. Ejercicio de redacción

Ejercicio de redacción escrita después de la gracia de Navidad de 1886
(cf Ms A 44vº/45vº)

José Jesús
¡¡¡María!!!
¡¡¡Navidad!!!

La hermosa fiesta de Navidad es el aniversario del nacimiento de Jesús, nuestro Redentor, que vino al mundo en la noche del 25 de diciembre de 4004. Jesús, para salvar a los hombres, quiso nacer más pobre que los pobres. Aunque para salvar al género humano le habría bastado con derramar una sola gota de su sangre, quiso hacerse niño pequeñito y nacer en un establo, sin que hubiera para cubrirlo más que unos pañales prestados y para calentar sus delicados miembrecitos un buey y una mula. ¿Quién logrará nunca entender este misterio de amor? Todo un Dios baja del cielo, donde es adorado y alabado, para salvar a un criatura ingrata y culpable. ¿Cómo podremos alabar y agradecer lo suficiente a este Niñito que viene a nosotros y que, en recompensa por todo lo que hace por nosotros, no nos pide más que nos entreguemos a él sin reservas? ¿Quién, Jesús, se atreverá a negarte este corazón que tan merecidamente has conquistado y al que has amado hasta hacerte semejante a él y dejarte luego crucificar por unos verdugos despiadados?

Además, eso no te pareció todavía suficiente: tuviste que quedarte para siempre cerca de tu criatura, y desde hace diez y ocho centenares de años estás prisionero de amor en la santa y adorable Eucaristía.

Marzo (?) de 1886. Ejercicio de redacción

Publicado en la revista Carmel*, 1957/II, p. 99*

San José

¡San José! ¿Quién se atreverá a pregonar sus alabanzas? ¿Quién podrá contar su vida y sus méritos?

El Evangelio, al hablar de san José, no dice más que una cosa: que era un hombre justo y temeroso de Dios. Jesús quiso correr un velo misterioso sobre la vida de aquel a quien llamaba padre, con el fin de que las acciones de José fuesen sólo para él. Pero, con todo, a través de ese velo, Jesús nos permite distinguir algunos rasgos de la grandeza de alma de san José. San José siempre correspondió a las gracias divinas y nunca le pareció demasiado dura hacer la voluntad de Dios. ¡Qué ejemplo de fe nos da san José! Apenas el ángel le dijo que huyese con Jesús y María, se levanta y se pone en camino. Su vida está llena de acciones semejantes a ésta, obedeciendo siempre a los deseos de Dios.

¡Y qué poder no tendrá san José ante el que él alimentó durante su vida mortal...! Sí, vayamos con confianza a José. Jesús mismo nos lo recomienda, pues no puede negar nada al que durante su existencia buscó siempre agradarle.

¡Gran santo!, tú que todo lo puedes ante Jesús, ablanda su corazón en favor de la pobre Francia y pídele que no aleje de ella su gracia, recuérdale que Francia es la hija primogénita de la Iglesia.

1887. Ejercicio de redacción

Un texto muy significativo de Teresa, escrito a lápiz. Apareció en la revista Carmel*, 1957/II, p. 106. (En ese mismo número se pueden encontrar otros dos ejercicios de 1887, de cierto interés, aunque bastante convencionales, sobre* El mar *y sobre* Pascua*).*

Si mis sueños se hacen realidad, un día iré a vivir en el campo. Cuando pienso en ese proyecto, me siento transportada en el espíritu a una casita encantadora o a un chalet muy soleado. Todas las habitaciones miran al mar, pues mi casita estaría en un pueblecito a la orilla del mar. Escogería uno aislado, sin más habitantes que algunos viejos marineros y algunas pobres gentes por el estilo. Podría satisfacer mis gustos y a la vez hacer mucho bien en el pueblecito.

Me gustaría que mi casa fuese lo más pequeña posible. Tendría simplemente, Iº, en la planta baja una cocina y un comedor; en el primer piso un dormitorio, un pequeño cuarto de baño y una sala, todo para una sola persona; y finalmente, en el tercer piso, un granero y una buhardilla.

Olvidé decir que debajo de la casa me gustaría tener un bodega bien provista, para socorrer a los pobres y fortalecerlos con vino generoso; y detrás de la casa, un pequeño leñero. El jardín sería bastante grande, con un pequeño invernadero y un cobertizo al fondo. Detrás del jardín, una pradera con un establo en la que habría una vaquita bretona y un asno. Tendría también algunos corderitos, pollos y una gran pajarera. El invernadero estaría siempre lleno de hermosas flores. Tendría un barquito para poder darme de cuando en cuando un paseo por el mar.

Mi casa no estaría lejos de la iglesia, para poder ir todas las mañanas a Misa; e inmediatamente después, montada en el asno, iría a visitar a los pobres del pueblo y les llevaría provisiones y medicinas.

Junio de 1887. Ejercicio de redacción

Este «sueño de Juana de Arco» es una tarea escolar, probablemente de junio de 1887, siguiendo el borrador detallados de un Tratado de narraciones*; cf* Récréations*, p. 320, donde apareció este texto por primera vez.*

Juana de Arco está en Rouen. Está allí, en su prisión, y pide perdón para sus verdugos, para los ingleses que la han condenado tan injustamente. Pide perdón también para el rey, para aquel rey que, en vez de la gratitud que debe a la generosa heroína, sólo tiene para ella olvido e indiferencia.

¡Cómo debe de sangrar su corazón cuando, sola y abandonada en su prisión, se acuerda de sus victorias y de sus triunfos! Entonces todo el mundo la aclamaba, veía como las multitudes se apretujaban emocionadas a su paso. Pero hoy todos la abandonan, y no ve más que olvido e indiferencia. Sin embargo, Juana no pierde el valor. Su espíritu está sereno, su confianza en Dios no tiene límites, posee la paz del corazón, da muestras de una conciencia pura. Sus enemigos podrán quitarle la vida, pero aunque todos se unan contra ella no lograrán quitarle lo que tiene de más precioso en la tierra. Se duerme con la conciencia tranquila. Es la víspera de su muerte, pero ¿qué le importa a Dios la muerte?, mañana estará con él. En sus sueños, Juana no ve sus victorias, no consigue nuevos triunfos; se ve transportada a los lugares queridos de su juventud, está en Domrémy, y allí vuelve a ver su rebaño ya sus queridas compañeras, vuelve a jugar los juegos de su niñez, pasa momentos felices con sus familiares, saluda el paisaje que tantas veces contemplaron sus ojos: el vallecito, el río plateado, las verdes praderas, la iglesita donde tantas veces escuchó las voces de sus santos preferidos. En el pueblo la reciben entre transportes de alegría; sus ancianos padres yerguen orgullosos sus blancas cabezas. Juana se encuentra en el colmo de la felicidad. Pero de pronto resuenan fuertes pasos bajo las bóvedas sonoras: son los del carcelero que viene a buscar a la prisionera. Juana se levanta valerosa, fortalecida por su sueño bendito, y se va a coronar en los cielos el sueño que había comenzado en la tierra, y que ya no conocerá interrupciones. Su sueño se convertirá en realidad, durante toda la eternidad gozará de la visión de Dios y volverá a encontrar a su padres a los que tanto había amado en la tierra, y ya nunca se separará de ellos.

Marzo o abril de 1887. Ejercicio de redacción

Esta evocación de la naturaleza fue publicada en Carmel*, 1957/II, pp. 103s, y en Mss II, p. 9, a propósito del paseo al castillo de Grogny (Sarthe), en el Ms A 8vº.*

Un parque

Cuando llega abril, el hermoso mes en que las flores brotan de sus capullos color rosa y en que las violetas despliegan a porfía sus pequeñas corolas perfumadas, también los niños, al igual que las flores, sienten necesidad de aire y de movimiento.

Conozco, a la orilla del mar, un precioso castillo, rodeado de un gran parque. En ese parque retozan siete u ocho hermosos pelirrojos, semejantes a una nidada de reyezuelos. ¡Qué alegre que es ver en primavera cómo se despierta este viejo castillo! Se ve, al poco, la encantadora cabecita de un niño, mirando, inclinada, los pececitos rojos del acuario. Allí, a través de la enramada, se ven flotar al aire las cintas multicolores de las niñeras, que tienen en brazos un rorró que sonríe al sol y a la llegada de la primavera que sus ojos ven por primera vez desde que llegó al mundo. Un poco más lejos, bajo los grandes castaños seculares, otros niños que se vuelven semejantes a los pájaros y parecen volar por el aire: una hermana mayor empuja un silloncito en forma de columpio, y la niña hace resonar el aire con su risa argentina al ver que sube tan alto que sus hermanas quedan muy por debajo de ella.

En este gran parque no hay solamente niños. Hay también gacelas, gamos y corzos domesticados. Se ven pasar velozmente ante los ojos a estos preciosos animales. Al principio, uno cree estar en un bosque y contiene el aliento por miedo a asustarlos. Pero no tengáis miedo, mirad a esa gacela seguida de su cervatillo: va a comer de la mano de un niño que le ofrece un trozo de pan blanco. A la vista de esto, uno creería estar realmente en el paraíso terrenal.

Pero en este gran parque hay todavía otro entretenimiento más. Mirad, aquí más cerca, en medio de ese césped esmaltado de flores, otros niños montados en un caballo de madera que da vueltas y más vueltas alrededor de un círculo reducido; pero no por eso se les ve menos contentos, y querrían seguir cabalgando sin cesar alrededor de esa línea sin fin, si los brazos del viejo criado no se sintieran cansados por un momento.

En ese gran parque hay también muchas otras maravillas que me llevaría mucho tiempo enumerar. Las personas que deseen adquirir un mayor conocimiento de mi parque sólo tienen que dirigirse al puertecito de mar de L... La encantadora familia X... recibe todos los años muchos visitantes.

4. Notas sacadas de Arminjon

En 1887, Teresa quedó fuertemente impresionada por la lectura de un libro del abate Carlos Arminjon: *«Copié varios pasajes sobre el amor perfecto»*, etc. (Ms A 47 rº/vº). Se trataba del *Fin del mundo presente y misterios de la vida futura*, una serie de conferencias predicadas en la catedral de Chambéry (1ª ed., Palmé-Albanel, Paris/Bruxelles, 1881; Teresa conoció también, ya en el Carmelo, la 2ª ed., Imprimerie Saint-Paul, 1882; cf VT, nº 79, p. 219). La reedición de 1970, en la OCL, ofrece una concordancia entre la paginación de 1882 y la de 1970.

30 de mayo de 1887. Copia

El primer texto copiado (reproducido en Mss II, p. 32) aparece en la 165 de la edición de 1881, en la p. 149 de la edición de 1882, y en la p. 205 de la edición de 1970 (conferencia «Sobre el Purgatorio»); Teresa lo conservaba en su Manual del cristiano.

El hombre abrasado en la llama del amor divino es tan indiferente a la gloria o a la ignominia como si estuviese solo y sin testigos en la tierra. Desprecia todas las tentaciones. Los sufrimientos le preocupan tan poco como si fuese otro el que los padece.

Lo que está lleno de suavidad para el mundo no tiene ningún atractivo para él. Es menos susceptible de coger el más mínimo apego a las criaturas, que el oro refinado siete veces de coger herrumbre.

Estos son, ya en esta tierra, los efectos del amor divino cuando se apodera con fuerza de un alma.

30 de mayo del 87.

Extracto de «Fin del mundo presente y misterios de la vida futura», del abate Arminjon (Conferencias)

4-5 de junio de 1887. Copia

Estas copias, hechas en un cuaderno escolar de tapas negras, provienen de las pp. 290s y 315s de la edición de 1882 (7ª conferencia: «De la eterna Bienaventuranza y la visión sobrenatural de Dios»). Reproducidas en Mss II, pp. 32s.

4 de junio de 1887. Extracto de Fin del mundo presente y misterio de la vida futura. Conferencia sobre el cielo, del abate Arminjon.

- ...Y Dios, agradecido, exclamará: ¡Ahora me toca a mí! A la entrega que los santos me hicieron de sí mimos ¿podré yo responder de otra manera que entregándome a mí mismo sin restricción alguna y sin medida? Si pongo entre las manos de quienes me han servido con fidelidad el cetro de la creación, si los rodeo con los torrentes de mi luz, sería ya mucho, sería ir mucho más allá de cuanto se hayan encumbrado sus sentimientos y sus esperanzas; pero no es ése el último esfuerzo de mi corazón: yo les debo mucho más que el paraíso, mucho más que todos los tesoros de mi sabiduría, les debo mi vida, mi sustancia eterna e infinita. Si yo hago entrar en mi casa a mis servidores y a mis amigos, si los consuelo, si les hago estremecerse con los encantos de mi ternura, si los estrecho en un abrazo de mi amor, es para saciar sobreabundantemente su sed y sus deseos, muy por encima incluso de lo que sería necesario para el descanso total de su corazón. Pero ni aun esto es suficiente para que mi corazón se sienta conforme y mi corazón plenamente satisfecho. Es necesario que yo sea el alma de su alma, que los penetre y los impregne de mi divinidad como el fuego hace con el hierro; que, mostrándome a su espíritu sin nubes y sin velos y sin la mediación de los sentidos, me una a ellos *en un cara a cara eterno*; que mi gloria los ilumine, que transpire e irradie por todos los poros de su ser, para que, «conociéndome como yo los conozco, se vuelvan también ellos dioses».

- Padre, exclamó Jesús: «te pido que donde estoy yo estén también conmigo los que yo he amado». Que se abismen y se pierdan en las profundidades del océano de mis claridades; que deseen, que posean, que gocen, que sigan poseyendo y deseando; que desaparezcan en el seno de tu eterna felicidad, y que de alguna manera sólo quede de su personalidad el conocimiento y el sentimiento de su dicha.

5 de junio

En el cielo la felicidad es estable. Los elegidos, confirmados en gloria, son inasequibles al temor. Los siglos se sucederán unos a otros sin que disminuya su felicidad y sin que se extienda por su frente una sola nube de tristeza. La certeza de poseer eternamente los bienes que tanto aman centuplica su dulzura. ¡Qué gran motivo de júbilo cuando, después que hayan transcurrido millares y millares de siglos, contemplando en la lejanía del pasado el día en que hicieron su ascensión triunfante, digan: Nada de todo esto ha pasado, hoy reino, hoy estoy en posesión de mi dicha, y la poseeré mientras Dios se Dios, es decir, Siempre, siempre...!

A.M.D.G.

[Image]

II. EN EL CARMELO (1888-1897)

1. Estampas bíblicas

Teresa compuso nueve estampas para el breviario, las más de ellas partiendo de fotografías sacadas por su hermana Genoveva (Celina). Ateniéndonos a la escritura, podemos pensar que ninguna de ellas es anterior al verano de 1896. Teresa rodea estas estampas ce texto básicamente bíblicos, de acuerdo a unos temas bien definidos. Remitimos al lector a la presentación exhaustiva que de ellas se hace en VT, nº 77, enero 1980, pp. 68-80. Las citas se encuentran, en su punto y lugar, en *La Bible avec Thérèse de Lisieux* (BT).

Est 1 Cristo en la cruz (julio-agosto de 1896)

Un citrato representa a María Magdalena postrada a los pies del Crucificado (cuadro de Kehren o de Müller). Es la reproducción de la estampa que Teresa tenía en su misal, en el verano de 1887, y que le inspiró «la sed de almas» *(cf Ms A 45vº/46vº). La mujer allí postrada es al mismo tiempo la Samaritana, María Magdalena la pecadora y la propia Teresa que aspira a* «pasar su vida recogiéndola para las almas» *(CA 1.8.1). Esta estampa puede verse en DLTH, p. 77. Las tres estrofas al dorso están sacadas de la poesía de Teresa* Jesús, amado mío, acuérdate *(P 15, estr. 10, 25 y 26, con algunas variantes.)*

Anverso Tengo sed... Dame de beber...

Juan XIX,28 - IV,7

Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tal vez tú se lo pedirías a él y él te daría agua viva... El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed, y el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna...

Señor, dame de esa agua, y así no tendré más sed.

(Juan IV)

Señor, tú sabes que te quiero...
pero ten compasión de mí, que no soy más que un pecador.

Juan XXI,15 - Lc XVIII,13

Acuérdate, Jesús: junto al brocal de un pozo,
un viajero, cansado del camino,
hizo que rebosaran sobre cierta mujer samaritana
los raudales de amor que encerraba su pecho.

¡Yo sé quién es aquel que pidió de beber
él es el don de Dios, la fuente de la gloria!
Eres tú, el agua que brota,
eres tú, Jesús, que nos has dicho:
»Venid a mí».

Acuérdate de la amorosa queja
que, clavado en la cruz, se te escapó del pecho.
¡En el mío quedó, Jesús, grabada,
y por eso comparte el ardor de tu sed!

Y cuanto más herido se siente por tu fuego,
más sed tiene, Jesús, de darte almas.
De que una sed de amor
me quema noche y día
¡acuérdate!

¡Acuérdate, Jesús, Verbo de vida,
de que tanto me amaste, que moriste por mí!
También yo quiero amarte con locura,
también por ti vivir y morir quiero yo.

Bien sabes, ¡oh Dios mío!, que lo que yo deseo
es hacer que te amen y ser mártir un día.
Quiero morir de amor.
Señor, de mi deseo
¡acuérdate!

Est 2 Juana de Arco en prisión (julio? de 1896)

*Esta estampa doble se compone de un soporte de cartón en el que están pegadas, al dorso y en el reverso, dos fotografías de Teresa en «Juana de Arco en su prisión» (VTL, nº 13 y 14; DLTH, pp. 220-221, 285). La foto de VTL 13 lleva como leyenda: «*La Ven. Juana de Arco en su prisión», *y la de VTL 14:* «La Ven. Juana de Arco consolada en su prisión por Sta. Catalina, v.m.» (virgen y mártir). Los versículos bíblicos elegidos traducen a la vez las Pasión de Juana de Arco y la «prueba de la fe» de Teresa.

De esta estampa ha habido al menos cinco ejemplares (con tres borradores).

Ultima cita del anverso: Sal 41,6.5; la segunda del anverso: Mt 5,10; y luego, Mt 5,5 y 2 Tim 4,7-8.

Anverso:

El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.

Mt XV, 24-25

Ten piedad de mí, Señor, que soy la burla de mis enemigos, el espanto de mis conocidos... Me han olvidado como a un muerto. Pero yo confío en ti, Señor..., te digo: ¡Tú eres mi Dios...!

Sal XXX,12.13.15

Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.

Juan XII,24-25

Alma mía, ¿por qué estás triste...?, ¿por qué te me turbas...? Sí, marcharé entre la multitud de los justos y entraré con ellos en la casa de Dios, entre gritos de júbilo y cánticos de alabanza, entre la multitud de las vírgenes transportada de alegría...

Anverso:

Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos y se las has revelado a los pequeños.

Lucas X,21.

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios...

Mateo, c. V.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados...

He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta. Ahora sólo me queda recibir la corona de justicia...

San Pablo

Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa... Estad contentos y saltad de alegría, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Mateo V,11-12.

Est 3 La adoración de los pastores (segundo semestre de 1898)

Sobre un soporte de cartón, reproducción en medallón de la «Navidad» de Müller. Las citas son las siguientes: Lc 2,14; Mt 12,46-50; Jn 17,25-26.3.10.23.

Gloria a Dios en el cielo
y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...

El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo he dado a conocer tu nombre a los que me has dado, y ellos han conocido que tú me has enviado... Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, a ti y a Jesucristo tu enviado... En ellos he sido glorificado... Yo en ellos y tú en mí, porque tú los has amado como me has amado a mí...

San Juan XVII,25-3-23

Est 4 La Sagrada Familia (verano de 1896)

La misma presentación que la de la estampa anterior. En el centro, «La Sagrada Familia» de Müller. A Teresa le gustaba esta estampa (cf CA 10.9.2). La dimensión misionera del grupo está bien caracterizada. Cf Cta 264 y CG, p. 1281.

La segunda cita del anverso: P 15, estr. 15 y 17 con variantes; luego, Mt 9,37-38; Jn 4,35-37; Lc 12,49.

Anverso:

Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega...

San Juan IV,35

Para que tu cosecha recoger pronto puedas,
mi Dios, todos los días me inmolo y te suplico.
Son mi dolor y gozo
para tu segadores...
Yo quisiera, Dios mío,
llevar lejos tu fuego...

La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies...

Uno siembra y otro siega, y se alegran lo mismo sembrador y segador...

He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo...!

Mt 9 - Juan IV - Lc ,49

Reverso: (Fórmulas conclusivas de las oraciones del Oficio divino, en latín.)

Est 5 y 6 «Recuerdo del breve destierro» (agosto-septiembre de 1896)

Soporte de cartón con tres citratos ovalados, en el anverso, que representan a los hermanitos y hermanitas de Teresa muertos en temprana edad. Debajo, simbolizando a la primera «Teresita», de la que no existe ninguna foto, una delicada miniatura: una paloma que levanta el vuelo desde la tierra y se eleva hacia unos rayos dorados (cf DLTH, p. 227). La estampa 6 es muy parecida a la estampa 7, con muy pocas variantes; Teresa la guardó para sí, y la madre Inés se quedó con ella tras la muerte de su hermana.

Las citas bíblicas, al dorso, son las siguientes: Mc 10,14; Mt 18,10; Mt 18,4; Mc 10,16; Rom 4,6.4 y 3,24; Is 40,11; Ap 14,2-5.

Anverso:

Recuerdo del breve destierro de nuestros angelitos y de su nacimiento para el cielo:

María Elena, 13 oct. 18964 - 22 febr. 18970
María José Luis, 20 sept. 1866 - 14 febr. 1867
María José Juan Bautista, 19 dic. 1867 - 25 agosto 1868
María Melania Teresa, 16 agosto 1870 - 8 oct. 1870.

Reverso:

Dejad que los niños se acerquen a mí, de ellos es el reino de los cielos... Sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi Padre celestial... El que se haga pequeño como un niño, ése es el más grande en el reino de los cielos.

... Jesús abrazaba a los niños después de bendecirlos.

Evangelio.

Dichoso aquel a quien Dios otorga la justificación prescindiendo de sus obras, pues al que hace un trabajo el jornal no se le cuenta como un favor sino como algo debido... Y los que no hacen un trabajo son justificados gratuitamente por Su gracia, en virtud de la redención cuyo autor es Cristo Jesús.

Cta. de san Pablo a los Romanos.

El Señor apacentará a su rebaño. Su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos.

Isaías, c. LX

Oí una voz que bajaba del cielo; era como el son de arpistas que tañían sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo ante el trono de Dios, y nadie podía cantar este cántico excepto las vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero adondequiera que vaya... Han sido rescatados como primicias de la humanidad para Dios y el Cordero. En sus labios no hubo mentira y han sido encontrados sin mancha ante el trono de Dios.

Apoc. c. XIV

Est 7 La Navidad (agosto de 1896 - marzo de 1897)

En un soporte de cartón, citrato pegado da «La Navidad» o «Adoración de los pastores», pintada por Celina en 1882; ésta escribió a lápiz al margen: «Estampa que perteneció a sor María de la Eucaristía: los textos son de Sta. Teresa del Niño Jesús».

Referencias de las citas: Lc 2,14; san Bernardo, cf Cta 162; Pr 9,4; Mt 18,4; Is 40,11; Is 66,13.12; Sal 102,13.12.8; Mt 12,50; Jn 17,24.23. Varios textos se encuentran en el Ms B 1rº/vº. El reverso está reproducido en facsímil en CSG, p. 38, y en DLTH, p. 226.

Anverso:

Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad...

Jesús, ¿quién te ha hecho tan pequeño? El amor.

Reverso:

El que sea pequeñito, que venga a mí... (Prov.)

El que se haga pequeño como un niño, ése es el más grande en el reino de los cielos... (Ev.)

El Señor reunirá a los corderitos y los tomará en brazos.

Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo. Os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os acariciaré.

(Isaías)

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor compasión por nosotros. Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros los delitos de que somos culpables. El Señor es compasivo y misericordioso, lento para castigar y rico en misericordia. (Sal CII)

El que cumple la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre. (Ev.)

Padre, a los que me diste tú los has amado como me has amado a mí. (Ev.)

Est 8 Ecce Homo - Virgen de los Dolores (agosto de 1897?)

En el anverso, litografía del Ecce Homo *de Guido Reni, ovalada. A Teresa el gustaba esta reproducción; la pegará, muy reducida, en la parte inferior de la estampa de Teófano Vénard que tenía prendida en las cortinas de su lecho*

en la enfermería (UC, pp. 447s). En el reverso, reproducción de una Mater Dolorosa *de Carlo Dolci, ovalada (cf DLTH, p. 226). Teresa pegará también una reducción de esta imagen en la estampa de Teófano. Este montaje estaba destinada a sor Genoveva. La última cita está sacada de Lm 1,12.*

Anverso:

Y pronto veréis que el Hijo del Hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo...

San Marcos, c XIV. v. 61.62

Reverso:

Ecce Mater tua San Juan, c. XIX, v. 27

Mirad y ved si hay dolor como mi dolor...

Est 9 El Niño Jesús («de Messine» - 1897)

En un cartón está pegado un citrato que representa al Niño Jesús de Ittenbach, que sor María de la Trinidad había traído del Carmelo de la avenida de Messine (cf UC, p. 414). En el reverso, imagen de «Totó y Lilí» (Teresa y Celina: dos niños protegidos por un ángel), de los que habla sor Genoveva (UC, p. 526 y 546). Teresa será fotografiada con este Niño Jesús el 7 de junio de 1897 (VTL, nº 41, 42, 43; DLTH, pp. 289 y 291). La conservará a su lado en la enfermería (UC, p. 251 y 395).

La primera frase está sacada de la leyenda áurea de santa Teresa de Avila, que estaba escrita en una estampa que Teresa tenía en su breviario. Un niño viene hacia la Madre y le pregunta: «- ¿Cómo te llamas? - Yo soy Teresa de Jesús. - Pues yo soy Jesús de Teresa, replico el niño» (cf Or 13 a 16).

La segunda cita es de Pr 9,4; cf Est 7 y Ms C 3rº.

Yo soy Jesús de Teresa...

El que sea pequeñito, que venga a mí. Prov.

2. Memoria sobre la madre Genoveva de Santa Teresa

Estas páginas, *inéditas*, fueron escritas en base a recuerdos de la niñez que la madre Genoveva de santa Teresa confió a la joven carmelita. Ya sabemos la amistad que las unía (cf Ms A 78rº/vº). La fundadora del Carmelo de Lisieux estaba considerada como un *«santa»* (Ms A 69vº).

Es probable que Teresa haya escrito estos recuerdos a petición de sor Inés de Jesús, con miras a la circular necrológica de la antigua priora; pero no parece que hayan sido utilizados (cf *La Fondation du Carmel de Lisieux et sa Fondatrice, la R. Mère Geneviève de Sainte-Thérèse*, OCL, 1912).

Antes de entrar en el Carmelo de Poitiers, la madre Genoveva se llamaba Clara Bertrand. Murió el 5 de diciembre de 1891, y Teresa soñó que le legaba su corazón (Ms A 79rº).

Confidencias de la madre Genoveva. Relato
(después del 8 de septiembre de 1890)

J.M.J.T.

«Pues bien, hija mía, voy a confiarte un pequeño secreto. Un día, estando yo en mi celdita, había hecho una novena a nuestro bienaventurado Padre san Juan de la Cruz. Y oí una voz que, entre grandes consuelos, me dijo estas palabras: 'Ser la esposa de todo un Dios', y la voz se detuvo como para hacerme saborear mejor la dulzura de esas palabras... Y luego la voz prosiguió: '¡Qué título...!', y la voz se detuvo de nuevo, y continuó: '¡Qué privilegio!' Yo no sé, hijita, dónde estaba, pero ciertamente saboreé las alegría del éxtasis, y cuando todo hubo pasado me encontré toda bañada en lágrimas, pero eran lágrimas muy dulces...

«De esto hace ya mucho tiempo; yo tenía entonces tu edad, diecisiete o dieciocho años. Pero me quedó tan fuertemente grabado este recuerdo, que cuando en las tomas de velo oía cantar el *Amo Christum*, creía, hijita, que el corazón se me iba a salir del pecho... ¡Comprendía la gracia de nuestra vocación...!

«Cuando yo era pequeña -tenía entonces unos tres años-, el Sr. de Beauregard venía a menudo a la comunidad donde yo estaba con tres o cuatro niñas de mi edad, pero siempre se dirigía a mí: 'Bertrand, pecadorzuela, sube a mi habitación...' Y más tarde, en el momento de partir, me dijo que le parecía que desde ese mismo momento Dios había *posado su mano sobre mi cabeza*... Y no se equivocó... Reza por mí cuando me encuentre ante el que juzgará toda justicia...

«Hijita, tú puedes decir que Dios ha hecho milagros contigo al conducirte como de la mano... ¡Y tu padre que estaba allí, en tu toma de hábito...! Pero si ahora Dios lo prueba con el sufrimiento, es porque le tiene reservado un lugar muy hermoso en el cielo».

Memoria sobre la madre Genoveva. Relato
(primavera de 1892)

J.M.J.T.

Siendo todavía muy niña, en esa edad en que los niños aún no pueden sostenerse entre los brazos de sus padres, la madre Genoveva ya se mantenía erguida: a su padre le gustaba sentarla *en su mano*, y ella, en vez de tener miedo a caerse, aguantaba así sin menearse y miraba altivamente a las personas que había a su alrededor. Y cuando el Sr.Bertrand la dejaba en el suelo, no dejaba de repetir: «¡Otra vez, otra vez!»

En la casa en que vivía había muchos inquilinos, entre otros la Sra. de Messemay y otras señoras nobles; había también un joven llamado Amable. Los modales encantadores de la niña y su talento precoz hacían que todos en la casa la buscasen. Amable había pegado detrás de un puerta un gran alfabeto para enseñar a leer a la pequeña Clara, a la que gustaba mucho este ejercicio; pero en cuanto el bueno de Amable, al terminar la lección, la posaba en el suelo, la niña se escapaba corriendo. Le preguntaban por qué, y ella respondía: «Yo no quiero a Amable, porque me hace muecas». En efecto, Amable, para hacerla reír, se divertía haciéndole muecas que no le gustaban

lo más mínimo a la niña. Sin embargo, gracias a ese alfabeto, a los dieciocho meses sabía todas las letras, y poco después, cuando un señor le preguntó si sabía leer, respondió: «Sí, señor, sé leer muy bien; sólo el latín no sé leerlo todavía de corrido « (No estoy segura si era el latín o escribir cartas.)

«Había en la casa un señor que sabía varias lenguas. Imagínate lo bonito e interesante que me parecía eso. Así que iba a menudo a su encuentro y le decía: 'Señor, ¿tendría la bondad de decirme en inglés cómo tengo que pedir la merienda a mamá?' Y en cuanto me lo decía, bajaba las escaleras de cuatro en cuatro y me iba adonde mi mamá para chapurrearle lo que había aprendido. '¿Pero qué es lo que me estás diciendo?, me decía ella extrañada. ¿Quieres dejarme en paz?' 'Mamá, te estoy pidiendo la merienda en inglés...' Luego volvía a subir corriendo la escalera. 'Señor, ¿querría decirme lo mismo en español?' Y volvía a bajar más rápidamente, recitando mi lección, y cuando llegaba junto a mi mamá se la decía toda orgullosa; y como no me entendía, me apresuraba a decirle: 'Pero, mamá, te estoy hablando en español'. Y hacía lo mismo con otras lenguas, pidiendo a aquel señor que me dijese tal o cual cosa en la lengua en que lo quería saber.

«Un día que mi mamá estaba enferma, vino a visitarla el Sr. de Beauregard. Yo estaba sola abajo para recibirle. 'Pequeña, me dijo, ¿puedo ver a tu madre?' Yo, muy orgullosa de recibirlo, le respondí que sí y que yo lo acompañaría si tenía la amabilidad de subir. Pero, hijita, yo no sabía que mi madre estuviese tan enferma, pues el médico había prescrito que le pusiesen sanguijuelas, y precisamente se las estaban poniendo mientras yo subía la escalera *de cháchara con el Sr. B*. Cuando llegué a la puerta, la abrí toda decidida; entonces mi padre se volvió para ver quien había allí. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver al Sr. de B.! Yo, por mi parte, me quedé muy asustada al ver a mi madre acostada con todo aquel *collar* de sanguijuelas que le ponían alrededor del cuello. El Sr. de B. dijo a mi madre: 'Señora Bertrand, ya veo que hoy no está para visitas, volveré otro día'. Entonces mi padre se deshizo en excusas, pidiendo perdón por su hija. (Esta tendría en aquellas fechas a lo sumo unos tres años). Luego acompañé al Señor Cura a la puerta, pero ahora toda *avergonzada* y sin saber qué decirle. Entonces lo sentí mucho, pero ahora, cuando pienso en esta escena, no puedo por menos de reírme, pues la verdad es que fue cómico.

Estando un día en casa de su maestra, quiso mirar por una ventana alta. Como era muy pequeña para llegar, se izó como pudo subiéndose a algo. Pero no sabía que la gata de la maestra esta en la parte de afuera de la ventana, durmiendo sobre una almohada. Así que, al subirse, la tiró y la gata cayó allá lejos con su cama. No se hizo ningún daño, pero algunas compañeras malintencionadas, felices de tener algo que contar a la maestra, corrieron a buscar la gata y le dijeron a la maestra que Clarita le había roto una pata tirándola adrede por la ventana. Entonces la maestra le impuso a la pobre niña el castigo más severo que se estilaba en el internado y que consistía en cubrirse la cabeza con un sombrero penitencial. La actuación de las compañeras de la madre Genoveva fue tanto más ruin cuanto que, al ser mucho mayores que ella, estaban seguras de que la castigarían más fácilmente. La madre Genoveva soportó este castigo con una paciencia de ángel; no dijo nada para excusarse; únicamente, me dijo, «tenía mi corazoncito muy apenado, pero no dije nada en absoluto».

La víspera del nacimiento de su hermano pequeño, la madre Genoveva, que entonces tenía nueve años, estaba con su hermano Julio en una habitación que se hallaba en un edificio separado de aquel en el que estaba la habitación de sus padres. La madre Genoveva, que iba a ser la madrina, no paraba de hablar con su hermano de sus proyectos de futuro para su ahijada, pues estaba segura de que sería una hermanita.»Julio, la llamaré Joée...» Y añadía a este nombre muchos otros que eran sus preferidos. Pero en mitad de la noche, impaciente por ver si tenía ya una hermanita, se levantó, se puso tan sólo su faldita y se puso en camino hacia la habitación de su madre. Iba muy despacito caminando de puntillas, pero al llegar al final de su viaje tuvo una gran decepción, pues su padre, al oír un ligero ruido, salió de su habitación y, al ver a su hijita a esas horas de la noche viajando tan ligeramente vestida por la enorme casa, y con riesgo de coger una enfermedad, la riñó por ser curiosa y le dijo que, como penitencia, no sabría hasta el día siguiente si Dios le había regalado o no una hermanita.

«Al día siguiente por la mañana, dice la madre Genoveva, mientras yo desayunaba con mi hermano, vi entrar a mi padre que, poniéndose junto a Julio, se quitó majestuosamente el sombrero y le dijo saludándolo: «Julio, te anuncio que tienes un hermanito». Puedes imaginarte mi decepción... Julio estaba radiante y me decía con ironía: «Lo llamaré Joé, lo llamará así, lo llamaré asá...». Y decía todos los preciosos nombres que la madrinita había decidido poner a su ahijada.

Sin embargo, el día del bautizo estuvo contenta, pues tuvo un compañero, que se llamaba Armando, que le regaló un hermoso par de guantes y unas deliciosas almendras garrapiñadas.

«Cuando llegamos a la iglesia, el sacerdote que celebraba el bautismo, tras las ceremonias de costumbre, preguntó: '-¿Qué nombre queréis dar la niño? -Armando, me apresuré yo a responder. -No existe ningún san Armando, respondió el sacerdote, escoged otro nombre. -Se llamará Augusto, dijo mi padre. -¿Por qué, me dijo por lo bajo mi compañerito, por qué no dijiste Bonifacio? Yo me llamo también así. -Bueno, no podía adivinar que te llamases Bonifacio, tenías que habérmelo dicho antes'. Ya había sufrido muchas decepciones, pero todavía no había llegado al final: cuando llegamos a la sacristía, no dijeron que firmásemos. Armando firmó, pero cuando me llegó el turno a mí, como no sabía hacerlo, dije sin desconcertarme lo más mínimo: 'Armando, firma por mí'. Pero el sacerdote se dio cuenta y me dijo: '¿Cómo? ¡Una madrina que no sabe firmar...?' Imagínate mi confusión...

«Perdí de vista a mi compañero, pero dos años después me mandaron a hacer un recado a casa de sus padres; nos saludamos muy educadamente respeto, pero cuando terminé la visita, estando ya en la puerta del jardín, su madre, que era de una cortesía exagerada, lo riñó muy fuerte diciéndole: '¡Maleducado!, ¿cómo dejas cómo permites que esta señorita vuelva sola, sin acompañarla hasta la puerta?' Armando corrió enseguida detrás de mí *lagrimeando*: '-Perdón, señorita, discúlpeme. -Pero, *Señor*, no hay de qué, usted no me ha ofendido'»

Tras muchas ceremonias, reverencias y cortesías, la ilustre señorita de once años se separó, riéndose con todas las ganas, de su antiguo compañero convertido ahora en un señor tan cortés y bien educado.

Detrás de la casa había un espacio cubierto donde se podía caminar. El techo daba a la casa de un vecino que tenía unas magníficas acacias cuando estaban en flor. La madre Genoveva, con su primita y sus hermanos se divertían mucho pasando a través de una buhardilla para ir a cortar hermosos ramos de flores y luego hacer una solemne procesión por el tejado. Pero la cosa no le gustaba al Sr. Bertrand, que decía que los niños le rompían las pizarras; y así, en cuanto oían el menor ruido, se apresuraban a volver a entrar a toda prisa por la ventana.

El Sr. Bertrand tenía un certificado que lo autorizaba a llevar una condecoración. La madre Genoveva pensó que también ella debería llevar una; así que compró una, de plomo y se la llevó a la Sra. de Messemay, que la quería mucho; este señora le puso una preciosa cinta blanca para que la sujetase a su vestidito. Un señor, al verla así, le dijo: «Pero, criatura, ¿tienes autorización para llevar esa condecoración? No puede llevarse sin permiso». Se lo decía en bromas, pero la madre Genoveva contestó con cómica gravedad: «Señor, papá la tiene».

Al lado de la casa había un muchachito que vendía flores de lis pintadas en pedazos de tela. La madre Genoveva le compró uno y después de recortar la flor, lo pegó en un banderín blanco y se lo regaló a su hermanito; a los demás niños les parecía tan bonito, que querían comprárselo, pero ella no se lo quiso vender. Un día en que el pequeño Augusto estaba sentado en un mueble de una sala de la planta baja, y se había quedado la puerta abierta, pasaron unos locos, y, al ver a aquel niño que tenía en la mano su banderita blanca, le dieron con la hoja de su sable en las piernecitas, con peligro de rompérselas, y todo por odio a la flor de lis. El Sr. Bertrand cogió a su hijo, que por suerte no tenía más que algunas magulladuras, y se fue al ayuntamiento a enseñar las piernas del niño y pedir justicia.

Habiéndose ido la señora de Messemay para otra ciudad, la madre Genoveva y su prima se imaginaron que en el gran armario donde antes guardaba sus hermosos vestidos igual podían encontrar alguna cosa, dejada allí, para sus muñecas. Como la madre Genoveva era la más pequeña, se encargó de hacer la exploración; así que subió de estante en estante, pero no encontró ni perlas, ni cintas, ni el menor trocito de seda o de bordado. Totalmente decepcionada, bajó del gran armario. Sin duda sin darse cuenta, dio un empujón al mueble; el caso es que en cuanto la niña puso pie en tierra, apenas hubo dado un paso hacia un lado cuando el gigantesco armario cayó y se rompió con gran estrépito. La señora de Bertrand llegó toda asustada, pensando encontrar aplastada a una de las niñas, pero su hija no tenía nada, ni siquiera un solo rasguño.

La madre Genoveva no podía por menos de decir que, sin una ayuda de tipo extraordinario, el armario tenía que haber caído sobre ella y matarla.

La madre Genoveva tenía un cuervo que se llamaba Santiagón. Lo dejaba en libertad, y cuando quería hacerlo volver, se ponía a la ventana y lo llamaba: «Santiagón, Santiagón», y el pájaro se apresuraba a volver de inmediato.

«Me gustan mucho los cuervos, me dijo la madre Genoveva. En la vida de los santos se habla de ellos muchas veces: uno de ellos era el encargado de alimentar a san Pablo, el primer ermitaño, y Dios se sirvió a menudo de estos pájaros para hacer prodigios. Yo quería mucho a mi Santiagón; a mi madre no le gustaba lo mismo, y, cuando el cuervo venía a su habitación, ella se apresuraba a ahuyentarlo; pero mi amigo veía venir el golpe: con gran elegancia, volaba sobre la cama o sobre la mesa donde mi madre había dejado la labor de punto y le tiraba todas las agujas, y luego se marchaba graznando con aire burlón sin haber recibido un solo golpe.

«Vivíamos por aquel entonces en una casa alejada de la ciudad; por eso, para hacer venir al cristalero, esperábamos a que hubiese varios cristales rotos, y, en su lugar, pegábamos papel. Una mañana, encontramos en el comedor, en el que todavía no se había levantado la mesa, todos los vasos volcados. Nuestra sorpresa fue grande, pero no duró mucho, pues no tardamos en comprender que había sido obra de nuestro Santiagón. En efecto, por la noche habíamos oído ruido: era mí pájaro que había perforado valientemente los cristales de papel para entrar en la sala y luego había estado volando ágilmente por encima de la mesa; con su patita, había volcado suavemente un vaso, de manera que el vino que quedaba le cayó en el pico, que él había tenido cuidado de poner debajo de la mesa; la misma ceremonia había tenido lugar con todos los demás vasos, de los que ni uno solo se rompió.

Pero si a Santiagón le gustaba el vino, no le gustaba menos la carne. Un día, dos religiosas estaban a punto de sentarse a la mesa en una de las habitaciones de la planta baja; pero mi Santiagón lo divisó y, saltándole encima, se lo llevó, mientras las pobres religiosas se quedaban boquiabiertas. En esta ocasión, por más que lo llamé, no me respondió hasta que no hubo dejado nada de su asado, que comió cómodamente instalado sobre un tejado vecino.

«Era también muy piadoso e iba a la iglesia en compañía de las religiosas, se ponía en su reclinatorio y danzaba haciendo exactamente los mismos movimientos que ellas, (cantando): «cua-cua-cua, cua-cua» en el mismo tono en el que las hermanas decían sus rezos. Santiagón tuvo un final digno de él, pues murió en la pila de agua bendita de la iglesia.

El Sr de B(eauregard), además de reprocharle sus rizos, también la reprochó por llevar collares.

«Yo llevaba por entonces unos collarcitos, como era la moda. Eran, con todo, muy sencillos, pero, no sé por qué, al Sr. de B. no le gustaron y me dijo que no los volviera a llevar. Esta vez tuve que hacer un sacrificio, (pues), cuando se lo dije a mi madre, ésta me respondió: «Hija, tienes que obedecer a tu confesor». Desde entonces no usé más los collarcitos, que, sin embargo, eran muy monos. Tenía también un chal rojo que le desagradaba mucho; sin embargo, yo no sentía vanidad al llevarlo, pues no era más que un chal indio que yo había dado a la hija de un granjero para que me lo terminara.

En la iglesia, mi madre y yo nos colocábamos cerca del banco de los sacerdotes frente al púlpito. Había también frente a nosotras dos personas de mala catadura, a las que yo no les prestaba la más mínima atención. No ocurría lo mismo con ellas, pues, sin que yo me diera cuenta, se pasaban todo el tiempo de la misa observándome y tratando de hacerme reír haciendo muecas.

«En el banco de los sacerdotes había un joven clérigo que se llamaba Sr. Duchesne. Yo no lo conocía más que de vista y nunca había hablado con él. Un día, lo encontré en la calle donde vivían las dos personas de que te he hablado; yo estaba en una acera y él en la otra. Lo saludé, como tenía por costumbre hacer con todos los sacerdotes, y seguí mi camino; pero apenas había dado unos pasos, cuando unas personas conocidas salieron de su casa pidiéndome que entrase. 'Señorita Bertrand, me dijeron, ¿no sabe lo que se dice de usted? Pues mire enfrente'. Yo miré, y vi en la casa que me indicaban a mis dos vecinos de la iglesia que se reían, que hablaban fuerte y que hacían grandes demostraciones de alegría. Yo no entendía nada de todo aquello, pero las personas que me invitaron a en entrar en su casa me lo explicaron: 'Señorita, nos sentimos en la obligación de informarla de la calumnia que le han levantado: esas persona que está viendo reírse la llaman a usted por todas partes señorita Duchesne, dicen que en misa usted le dirige sonrisitas al joven sacerdote que está delante de usted, y van a la iglesia sólo para espiarla'.

«Yo contuve la emoción y les agradecí la advertencia; pero, cuando llegué a casa, me arrojé, deshecha en lágrimas, en brazos de mi madre. Cuando supo el motivo de mis lágrimas, se quedó tan atónita como yo ante esa negra calumnia que nada podía justificar, ya que las personas que la habían inventado nunca habían tenido relación alguna con nosotros. Inmediatamente salí con mi madre y nos fuimos directamente a su casa; su sorpresa fue grande al vernos entrar. 'Señoras, les dijo mi madre, he venido a preguntarles qué daño les ha hecho mi hija para que se hayan atrevido a atacar de esa manera su reputación...' Nuestras interlocutoras se quedaron sin decir palabra, y yo proseguí: 'Ustedes, señoras, dicen que yo le dirijo sonrisitas a un joven sacerdote que se encuentra frente a mí en la iglesia; para lograrlo, ustedes no saben ya qué muecas inventar; yo no recuerdo haber sonreído nunca, pero sepan que si me ha sucedido alguna vez, sólo han sido sonrisas de compasión'. Después de esta visita, no he vuelto a oír hablar de esas personas, ni siquiera las he vuelto a ver.

J.M.J.T.

«A mi hermano pequeño le gustaban mucho las *alcachofas crudas*, pero yo no se las daba todavía, por miedo a que le hiciesen daño. Un día, escondió una en el bolso y fue a regalarse él solo lejos de la casa. Cuando volvió, le noté, por sus dientecitos negros, que había comido del fruto prohibido: 'Augusto, ¡has vuelto a comer alcachofas!' Su sorpresa fue grande. 'Pero, querida Clarita, quién ha podido decírtelo? ¡Es increíble...! ¡Me había escondido tan bien...! ¿Es que lo sabes todo...?'

Otra vez, al volver del internado, me dijo: ¡Si tú supieras, querida Clarita, cómo nos gustan las fiestas del Santísimo Sacramento! Imagínate que todo a lo largo de los caminos del jardín has y unas estupendas plantas de fresas. Cuando suena la campanilla, inmediatamente nos prosternamos todos con tal diligencia, que nuestro superior se queda encantado; pero tú, querida Clarita, ya estás pensado, ¡y piensas bien!, que no perdemos el tiempo: nos comemos todas las fresas que nos caen al alcance de los dientes'.

«Me gustaba mucho oír cantar a las carmelitas. A menudo asistía allí el domingo a vísperas con mi hermanito. El era prudente y se mantenía muy recogido, aunque con frecuencia el oficio le parecía un poco largo. Y cuando el coro hacía una pausa -por ejemplo, para decir el *Pater noster*-, enseguida Augusto me tiraba del vestido diciéndome por lo bajo: 'Se acabó, vámonos ya, Clarita'. Pero pronto el canto volvía a comenzar, y mi pobre hermanito se veía obligado a volver a la oración, esperando una nueva pausa que le permitiese renovar su deseo de salir. Sin embargo, yo no abandonaba la capilla hasta que las vísperas habían terminado por completo.

«Tras la muerte de mi madre, yo iba con frecuencia a visitar a mi prima Teresa; sentía que su piedad y su experiencia podían serme muy provechosas. Pero a mi hermanito sus conversaciones le parecían demasiado serias: se movía, daba vueltas a mi alrededor, me tiraba del vestido y luego, acercándose, me decía muy bajito: 'Ven enseguida, Clarita, que no estoy a gusto más que contigo' <1>. Entonces mi prima me decía: '-¿Pero qué le pasa a tu hermanito? ¡Está muy inquieto! ¿Quiere algo? -No, no, prima, no es nada, va a estarse muy tranquilo'. Y luego hacía una señal a Augusto, que, al ver que no tenía nada que esperar, me esperaba pacientemente. ¡Pero qué alegría la suya cuando salíamos! 'Venga, Clarita, cuéntame un cuento, me gusta tanto escucharte...'

Cuando nombraron obispo al Sr. de Beauregard, tenía que escoger confesor. El capellán del Carmelo, Sr. de Rochemonteux, atrajo inmediatamente sus miradas; pero era joven, y la madre Genoveva, que ya sentía vocación, se decía:

«No tengo que elegirlo para confesor, pues mi prima Teresa diría: 'Fíjate, todos esos sacerdotes jóvenes no valen más que para entusiasmar a las chicas y enviarlas a un convento'. Mi prima tenía de confesor a un viejo canónigo de la catedral; sin embargo, fui a verla y le dije: -'Querida prima, quiero pedirte un favor: que me escojas un confesor. -No, no, elige el que tú quieras, ya eres lo bastante mayor, y además libre. -Querida prima, tomaré el que tú me indiques...' Estaba segura de que mi prima me orientaría hacia algún viejo canónigo de la catedral. Sin embargo, como no hacía nada sin antes aconsejarse, oyó hablar del capellán de las carmelitas como de un joven santo, y cuál no sería mi sorpresa cuando me anunció que su elección había recaído sobre el Sr. de Roche(monteux)... Yo disimulé mi alegría y simplemente le di las gracias. Ahora, pensé, ya no podrá hacerme ningún reproche cuando sepa lo de mi vocación».

(Creo que a quien fue a pedir consejo la anciana prima fue al Sr. Dulys).

La madre Genoveva fue por primera vez al Carmelo a la edad de diecisiete años. Yo no sé si fue para hablar de su vocación, pero ciertamente no fue para pedir entrar; creo que fue para agradecerle al Sr. Dulys su ayuda. Vio a varias Madres, creo que fue en el torno y no en el locutorio. Una de ellas le dijo: «-Señorita, ¿cuántos años tiene? -Soy ya muy vieja, señora, tengo diecisiete años».

La madre Genoveva debía de tener alrededor de veinte años cuando se decidió su entrada. Las cosas ocurrieron como se cuenta en su Circular. En el locutorio no dejó ver en lo más mínimo su emoción, pero cuando volvió a su habitación derramó un torrente de lágrimas.

«Cuando iba al castañar con mi padre, me gustaba enseñar el catecismo a los niños de la aldea. Comencé con unos pocos, pero pronto corrieron la voz entre ellos: '¡Sabes?, la señorita del castañar enseña el catecismo, ¿vamos también nosotros?' Así que pronto tuve a mi alrededor toda una pequeña muchedumbre. Me acuerdo especialmente que, un día, vinieron a verme dos niñas y me dijeron: '-Señ'ita, ¿*quieres* enseñarnos el catecismo? -¿Cómo no, hijitas? ¿Cómo os llamáis?' La menor, que era la más graciosa, se apresuró a contestar: 'Yo me llamo Margarita, Señ'ita, pero me llaman Gothon; usted llámeme como quiera, me da lo mismo. -Pues bien, chiquilla, te llamaré margarita.. ¿Y tú cómo te llamas?', le dije a la mayor, que era feúcha pero parecía buena y cariñosa.

'-Yo, Señ'ita, a mí me llaman Madeluche'. Margarita volvió a tomar enseguida la palabra: '¿Sabe, Señ'ita? Vengo de casa del maestro, pero no consigo aprender nada, y me gano buenos coscorrones, pero eso no me hace mejore y no hago absolutamente nada. Es verdad, Señ'ita, que soy más holgazana que una rata; pero creo que con usted sí que voy a aprender, porque no soy tonta y tengo muchas ganas de hacer la primera comunión'

«Animé a mis dos nuevas alumnas y pronto comprobé que era muy inteligentes; pero todo lo que Madeluche tenía de cariñosa y de dócil, lo tenía Margarita de vivaz y de ardiente. Durante la catequesis, yo iba a esconderme detrás de una columna de la iglesia, y cuando volvía, preguntaba a las niñas: 'Vamos a ver, Margarita, dime lo que dijo esta mañana el Señor Cura'. Margarita se levantaba, cogía un ángulo del delantal y lo enrollaba entre los dedos: '-E..., sí lo sé, Señ'ita. El Señor Cura ha dicho, e..., ha dicho..., sí, lo sé..., lo tengo casi en la punta de la lengua... Ha dicho..., ha dicho...' Y la pobre criatura se quedaba ahí. Entonces yo decía a Madeluche: '-Vamos a ver, ¿podrás decirnos tú algo? -Creo que sí, Señ'ita', y tímidamente ante el asombro de sus compañeras, iba repitiendo todo lo que había dicho el Señor Cura...

«Un día, al volver de un sermón, pude ver a Margarita en todos estos estados de ánimo: '¡Sabe, señ'ita, que Señor Cura ha dicho que todas las que vayan a la asamblea que va a haber, y *(ella misma?)* no haré la primera comunión este año? Estoy muy *enfadada*, pues me había hecho tantas ilusiones... -¿Y tú?, le dije a Madeluche, ¿siente tú no ir a la asamblea? -No, Señ'ita, a mí da igual. -Sí, replicó Margarita, yo te conozco bien, ¿qué crees?, hazte la santa todo lo que quieras, yo te digo que estoy *enfadada* por no poder ir a la asamblea'. Otra vez, margarita me dijo: 'Si supiera, Señ'ita, qué preciosa voy a estar el día de mi primera comunión... Mi mamá me ha comprado un hermoso *vestido* blanco y una hermosa cofia, todo muy bonito'. Pregunté a Madeluche cómo iría vestida ella: 'No lo sé, Señ'ita, no me preocupo lo más mínimo, mi mamá me pondrá como ella quiera'.

Sin embargo, y a pesar de este sorprendente contraste, Margarita hacía progresos reales. Se acercaba el gran día, pero, ¡ay!, la pobrecita cayó enferma. Yo me apresuré a ir a verla, y en cuanto su madre me vio a lo lejos, corrió a mi encuentro... '¡Ay!, Señ'ita, ¿cómo se lo voy a agradecer? Mi hija está irreconocible: ella, que antes no quería hacer nada, ahora busca la ocasión de ser servicial; ya no es la misma; yo no sé como lo ha hecho usted'.

«Afortunadamente, mi enfermita se puso pronto buena, y el día de su primera comunión llamó la atención de todo el mundo por su piedad y su elegancia. No ocurrió lo mismo con mi pobrecita Madeluche: '¿La has visto?, decían. Está fea y tiene un aire tonto con su boca abierta...' ¡Ay!, me decía yo por dentro al oír hablar así, si su rostro no es bonito, su alma es muy hermosa y agradable a Dios.

Más tarde, estando ya en el Carmelo, vinieron a decirme que Margarita me esperaba en el locutorio. Seguía siendo buena y atenta y se hacía querer por todos los que la rodeaban. 'Se acuerda de Madeluche, ¿no?, me dijo. Pues sigue igual que cuando usted la conoció. Se ha casado, tiene hijos y es un ejemplo para todo el pueblo'. Si hubiese querido, Margarita habría venido a verme muchas veces más; pero no hice nada por comprometerla a ello, prefiriendo ir lo menos posible al locutorio.

«Otra vez, dos niños vinieron juntos a verme. '-Señ'ita, ¿quiere enseñarnos a leer? -Sí, chiquitos, ¿cuántos años tenéis? -Yo, dijo el mayor, tengo seis años y me llamo Pedro; mi hermano tiene cinco y se llama Juan'. Me puse a explicarles la religión y, entre otras cosas, les recomendé que no dijeran nunca blasfemias, diciéndoles que eso era muy feo y que desagradaba mucho a Dios. Al día siguiente, Pedro entró en mi casa muy enfadado con su hermanito: '¿Sabe, Señ'ita?, usted nos dijo que no dijéramos blasfemias, y Juan acaba de decir una. -¿Cómo has hecho algo tan feo, Juanito? -Señ'ita, ¿no tenía motivos para hacerlo? ¡Pedro cogió polvo del camino y me lo echó en la boca...! -Pedro, tu qué eres el mayor, has hecho mal en echarlo polvo a tu hermano en la boca; pero tú, Juan, no tenías que haber dicho una blasfemia'».

«El día que se había fijado para mi entrada en el Carmelo, yo tenía que estar libre a las 6 de la tarde. Como había arreglado todos mis asuntos, mi confesor me dijo que, si quería, podía esperar al día siguiente. Pero yo le respondí: 'Padre, ya que esta tarde quedo libre a las 6, entraré a las 6'. Dígame, hija mía, si no fue una buena inspiración: al día siguiente de mi entrada, recibí una carta de la residencia en la que mi hermano pequeño estaba de interno. Me decía que mi hermano estaba enfermo y que, con mis cuidados y el aire del campo, no tardaría en restablecerse. Así que, si no hubiese entrado la víspera del día en que quedé libre, quizás habría perdido la vocación: los obstáculos que se sucedieron uno a otro me habrían hecho aplazar la fecha y tal vez habrían terminado por impedirme entrar en el Carmelo.

«En el Carmelo estaba una de mis amigas, a la que yo había conocido en el mundo (ella era entonces novicia de velo blanco). Antes de mi entrada, hablaban un día en la recreación de mí y de otra postulante que iba a entrar próximamente, pero que encontraba obstáculos a su vocación. Mi amiga dijo simplemente: '¡Bueno, con tal que entre la señorita Bertrand...! La otra no me preocupa, puede quedarse muy bien donde está! Enseguida varias religiosas comentaron entre ellas: '¡Vaya!, ya va a comenzar una amistad particular».

«Yo no sabía nada de todo esto. Por eso, cuál no sería mi sorpresa, después de mi entrada, al ver cómo había cambiado mi amiga respecto a mí. Me acompañaba a todos los lugares adonde tenía que ir, pero se mostraba reservada, e incluso fría. *Yo no le pregunté qué era lo que había motivado ese cambio*, pero más tarde, una vez admitida a pronunciar los sagrados votos, me contó durante la licencia el motivo de su conducta, y admiré su prudencia y su virtud.

.....

«El día de mi profesión, por la mañana, me encontraba tan turbada, que pedí permiso para ir a hablar con mi confesor, y sólo por orden suya pronuncié los sagrados votos.

.....

«En el monasterio había varias hermanas que usaban vejigatorios. Poco tiempo después de mi entrada, apareció una más, que no quería decirlo. Un día, durante el lavado, dijo irreflexivamente: 'Seguro que sor Genoveva tiene un vejigatorio; no quiere decirlo, por miedo a que no se la reciba'. Mi maestra, que estaba presente, al oírlo, pensó que era verdad y que se lo había ocultado, y desde entonces se mostraba muy severa conmigo. Yo, que no sospechaba nada, seguía conduciéndome con ella normalmente, sin poder explicarme su severidad, que me resultaba incomprensible. Un día, fui a su celda para pedirle permiso para lavarme los pies. '-¿No tiene nada más que pedirme?, me dijo severamente. -No, hermana, creo que no tengo nada más. -¡Cómo, hipocritilla, embustera!, ¿no tienes nada más que eso? ¿Y el vejigatorio que tienes en el brazo y que nos estás ocultando...?' Mi sorpresa fue supina. Le aseguré que yo no tenía ningún vejigatorio, pero no conseguí tranquilizarla, y tuve que acabar enseñándole los brazos para demostrarle que no la estaba engañando.

«Poco tiempo antes de mi toma de hábito, la buena de la hermana ropera me llamó y me dijo: 'Hermana Genoveva, la voy a tratar como a *privilegiada*: mire qué capa le voy a dar'. Y sacó del armario la capa en cuestión. Era una capa que había pertenecido a una monja que había muerto muy anciana. Como esta hermana había estado sentada continuamente en un sillón durante los últimos años de su vida, nadie se había dado cuenta de que su capa era extraordinariamente corta (yo creo que había encogido a fuerza de lavados) y que estaba totalmente amarilla.

«Al verla, se me encogió el corazón..., ¡yo que me había hecho tantas ilusiones con tener una hermosa capa blanca...! Me entraron muchas ganas de llorar; sin embargo, le di las gracias a la ropera, sin decirle nada de mi pena. Varios días después, una novicia que acababa de tomar el hábito, al enterarse de que yo no tendría una capa nueva, se echó a llorar, diciendo: '¡Y yo, que tanto había deseado tener una capa vieja! ¡Qué suerte la de sor Genoveva!' ¡Ay, me dije a mí misma, *qué imperfecta tengo que ser*! Mi compañera llora por que no tiene una capa vieja, ¡y yo llorando porque la tengo!

(La madre priora no permitió que la madre Genoveva llevase aquella capa, que, aunque era pequeña de estatura, no le llegaba ni a las rodillas.)

«Yo tenía el oficio de ropera, junto con una religiosa joven, y teníamos como primera de oficio a una buena viejecita. Un día, teníamos una cesta llena de túnicas para arreglar con urgencia. Mi compañera y yo nos dimos tan buena mano, que a la noche toda la cesta estaba vacía. Nos hacíamos grandes ilusiones por la sorpresa que le íbamos a dar a nuestra primera de oficio. Pero cuando llegó la buena anciana, puso manos a la obra como de costumbre, sin decirnos una sola palabra. Las dos nos miramos consternadas, pero mi joven compañera no tardó en tomar la palabra: '-Hermana, ¿no está contenta? Fíjese lo bien que hemos trabajado... -Perdón, hermanitas, no sabía que hubierais hecho por mí toda esa labor; yo creía que habíais trabajado por Dios, y por eso no os di las gracias; pero ahora que lo sé, os estoy muy agradecida... Gracias..., gracias, queridas hermanitas'. Puedes imaginarte, hijita, la impresión que nos produjeron esas palabras; tanta, que también nosotras tuvimos la tentación de volver a empezar.

«En Poitiers era costumbre que la última profesa fuese la tercera enfermera; así que, enseguida de profesar, me pusieron en esta oficio. Pero era tan torpe, que no podía tocar nada sin dejarlo caer. Un día, me pusieron en las manos un plato de ciruelas, recomendándome que lo llevara con cuidado; pero apenas hube dado tres pasos, ¡cataplún!, el plato a tierra y las ciruelas por el suelo. La madre priora, los días que yo rompía algo, como castigo, no me dejaba comulgar. Una mañana, antes de Misa, rompí un objeto. Estuve muy tentada de no decirlo hasta después de la Misa, pero pensé que no debía hacer eso, pues sabía que nuestra Madre me quitaría la comunión si se enteraba. Así que fui a decírselo: '-Madre, acabo de romper tal cosa. -Quítese la capa, hermana Genoveva'.

«En la enfermería había una hermana de velo blanco, la hermana Radegonda, que era una verdadera santa. El olor que despedía a su alrededor era tan repelente, que, la víspera de su muerte, el médico que la atendía sólo se quedó muy poco tiempo, y, al salir del monasterio, fue a pedir a las tornera algo de beber, pues le fallaba el corazón. 'Estas mujeres, dijo, tienen que ser muy santas para soportar semejante olor, ¡no se puede soportar!' Pues bien, hijita, el día de su muerte desapareció todo el mal olor. Fue un verdadero milagro, pues no esperábamos poder velarla, como nos había dicho el médico. En vez de eso, alrededor de su lecho se respiraba un auténtico perfume. Era verano y hacía mucho calor. ¡Con qué alegría y devoción me entregué a prepararle coronas de rosas y a cambiarlas enseguida cuando se marchitaban...!

«Había en la enfermería una enferma que, para cerrar las mangas de la túnica, tenía un gran número de cordoncitos (creo que eran veinticuatro). Un día, me pidió que le cambiase los cordones, que estaban ya muy gastados. Me fui enseguida a buscar a la primera enfermera para pedirle cordones; ella me indicó dónde estaban, e hice ese trabajo, que fue un poco largo. Cuando terminé, fui a llevarle mi trabajo a la enferma, que se puso muy contenta. Pero no tardó en venir a buscarme la enfermera: 'Pero, sor Genoveva, ¿qué has hecho? Has puesto cordones nuevos a la túnica. Tenías que haber dado la vuelta a los que tenía. -Gracias, hermana por decírmelo; ya voy a descoser los que he cosido y a poner los viejos'. Y volví a toda prisa al lado de la enferma, rogándole que me devolviese la túnica. -Pobrecita, me dijo, cuánto trabajo te doy. -No se preocupe, hermana, pronto se la vuelvo a traer'. Y volví a comenzar mi trabajo, pues tenía mucho miedo a cometer una falta contra la santa pobreza».

3. Textos diversos

En esta sección recogemos la mayor parte de los textos que Teresa conservaba en el cajón de la mesa de su celda o dentro de los libros que tenía a su uso, clasificados por orden cronológico. Los demás textos son de escaso interés o difícilmente comprensibles.

24 de noviembre de 1888. Testamento de san Juan de la Cruz (copia)

La primera fiesta de san Juan de la Cruz que Teresa, postulante, vive en el Carmelo. Habría tomado el hábito por estas fechas si el señor Martin no hubiese caído enfermo. Se trata, sin duda alguna, de la copia del billete que escribió Teresa ese día. Publicado en VT, nº 94, abril 1984, p. 157

Testamento de N. Padre San Juan de la Cruz

Hija mía, a ti te dejo mi pureza de intención... Me imitarás privándote por Dios de todo consuelo e inclinando tu corazón a elegir siempre preferentemente todo lo que cause menos satisfacción a tu gusto, tanto si viene de parte de Dios como si viene de las criaturas... A esto es a lo que se llama amar a Dios de verdad...

Primavera (?) de 1889. Notas del retiro (P. Pichon). Copia

Publicadas en VT, nº 30, abril 1968. Teresa copió en limpio, de su propia mano, varios extractos de dos retiros del P. Pichon: octubre de 1887 (cf VT nº 29, enero 1968, p. 68) y mayo de 1888. En Cta 89 (26/4/1889) y Cta 197 (17/9/1896) citará varios de estos textos. Su copia la había hecho sirviéndose de notas tomadas por otras hermanas. Cf CG, p. 478, notas.

«La caridad, dice san Alfonso María de Ligorio, consiste en soportar a los que nos resultan insoportables».

_____

Cuando los santos estaban a los *pies de N.S.*, era cuando encontraban la cruz.

La santidad. Es más heroica, más sublime, pero está también más a nuestro alcance. Consiste en gemir, en sufrir y en tener paciencia en nuestras miserias...

«Todos, dice el P. (de) Ravignan, tenemos distracciones en la oración; apenas si podemos, durante un minuto, rezar un *Ave María*, ni guardar la presencia de Dios. Para ello se necesita valor y una santa *energía*...

¡La santidad! Hay que conquistarla a punta de espada. Es necesario *sufrir..., es necesario agonizar*.

_____

Jesús sufrió con tristeza... ¿Podrá sufrir el alma sin tristeza...?

¡Los mártires sufrieron con alegría... y el Rey de los mártires sufrió con tristeza...! Y la primera palabra de su agonía fue: «¡Me *muero* de tristeza!» ¡N.S. tiene miedo a su cáliz amargo, tiene miedo de su santa vocación...! Esos miedos que me conturban puedo, pues, ofrecérselos... N.S. se conturba, tiene miedo... No conserva la sangre fría... ¡No permanece impasible...! Y yo me reprocho mis turbaciones..., mientras que Jesús me enseña que son meritorias... Jesús... siente rechazo... Siente rechazo y repugnancia ante su vocación sagrada... y su sangre fluirá de todos sus miembros como prueba de ese rechazo y de esas repugnancias... ¿Y me extraño yo de experimentar repugnancia ante las angustias de la naturaleza...? N.S. llega has el *tedio*, un sentimiento *bien bajo* en un alma *generosa*... Suprimamos los tedios y los sentimientos de abandono..., ¿y dónde quedarán nuestras pruebas? Y yo creía que no había que sufrir *pobremente, miserablemente*... «¡Dios nos libre, decía un santo, de sufrir noblemente, reciamente, generosamente!» Sin esta cruz íntima del desaliento, no lo olvidemos, todas las demás no serían nada...

_____

ABANDONO

¡Ensanchad el corazón...! ¡Dilatad vuestra alma...! «Amad a Jesús con locura, decía el P. de Ponlevoy, y para escapar de su brazo ¡arrojaos en su corazón...! ¡El camino de la conciencia no es el camino del corazón...!»

«Que Dios, dice el bondadoso san Francisco de Sales, que Dios sea en adelante el Dios de vuestro corazón, y no el Dios de vuestra conciencia, de vuestra inteligencia, de vuestra voluntad... ¡Los homenajes de vuestra conciencia y de vuestro respeto...! ¡Dios está ya harto de ellos...!

«Cuando en un corazón anida el fuego del amor, todos los muebles vuelan por las ventanas».

No seáis, pues, esclavos, haceos niños... Ocupad vuestro lugar en el corazón de *vuestro* Esposo... ¡En Dios, estáis en vuestra casa...!

San Francisco de S. decía: «Ponedle buena cara a vuestra alma, dirigidle una sonrisa, una palabra amable». «¡Corazón mío, amigo del alma, caminemos juntos! ¡En nombre de Dios, ten ánimo...!» Tened paciencia con Dios, pero ¡tened paciencia con vosotros mismos! Tenemos que animarnos a nosotros mismos, y mientras nos animemos, no cosecharemos más que valentía... ¡Hay que ser grande con uno mismo...!

Una gran pobreza espiritual bien aceptada es un gran tesoro.

24 de noviembre de 1891. Testamento espiritual de san Juan de la Cruz

1891 es el año del tercer centenario de la muerte de san Juan de la Cruz. Teresa hizo muchas estampas, con reliquia y sin ella, para venderlas con ocasión de esas fiestas. Texto citado en CG, p. 618.

J.M.J.T.

Testamento de N. Padre san Juan de la Cruz, 1891

Hija mía, a ti te dejo mis desasimiento interior. El alma que quiere poseer a Dios por entero debe renunciar a todo para darse por entero a este gran Dios...

19 de marzo de 1892. Testamento de san José. Copia

Se trata seguramente de la copia del «testamento» extendido por Teresa en la fiesta del Santo.

T. de N.P. José

Hija mía, a ti te dejo las llamas divinas que el santo Niño encendió con su hermosura en mi corazón, que se convirtió así en una hoguera y en un horno del más tierno y puro amor. Tú participarás de él en la medida en que no tengas ningún apego a las cosas creadas. Si tu corazón está completamente desnudo y purificado, le servirá de lecho al santo Niño Jesús, que descansará santamente en él...

19 de marzo de 1892

1892-1893. Consejo espiritual. Nota.

Respuesta, sin duda, que le dio en el confesonario el confesor extraordinario -desde comienzos de 1892, el abate Baillon-, cuando Teresa sufría aún de escrúpulos (cf CG, p. 678+e).

J.M.J.T.

Si usted no actúa contra su conciencia, aun cuando en ello haya pecado, usted no pecará. (El Sr. abate Baillon.)

1892-1895. Sentencias para estampas. Copia.

La mayor parte de estos pensamientos tenían que ser utilizadas para estampas de primera comunión, una de las fuentes de ingresos de la comunidad. La tercera cita es de Jer 3; para la séptima, cf Cta 197; la octava, cf Ms A 83vº.

¡Dulce rostro de Jesús escondido en la Eucaristía, ten compasión de nosotros!
Jesús, tu Eucaristía constituye las delicias de mi alma.
Con amor eterno te he amado.
Busco un alma recogida para comunicarle mis favores.
Que la Santísima Virgen María os colme de sus beneficios.
Busco un corazón puro para hacer en él el lugar de mi reposo.
La fe conduce a la confianza y la confianza al amor. (S. Alfonso de Ligorio).

Estamos en continua comunicación con Dios, que no cesa de hablar a nuestros corazones por medio de inspiraciones, inclinaciones e impulsos interiores. (S Francisco de Sales).

¡María, Madre mía del cielo, protege y guarda a mi madre de la tierra!
¡María, que en este día tan grande todos mis seres queridos se vean colmados de tu beneficios!
María, tu que enjugaste las primeras lágrimas de Jesús, fortalece nuestra debilidad a auxílianos en las pruebas de la vida. (Mons. de la Martinière.)

20 de febrero de 1893. Exhortación del canónigo Delatroëtte. Notas

Caligrafía muy apresurada. Parece que se trate de notas que Teresa tomó de memoria, al salir de la ceremonia de la prestación de obediencia en el coro, cuando la elección de la madre Inés. El Sr. Delatroëtte había pronunciado una exhortación en presencia de toda la comunidad. El título a lápiz fue añadido después. Algunas líneas se encuentran citadas en CG, p. 690.

J.M.J.T.

Nuestro Padre,
el día en que sor Inés fue elegida priora

... Cuando usted oyó pronunciar su nombre, sólo respondió con lágrimas. Y yo entiendo sus temores: usted es joven, sin mucha experiencia. Pero tenga ánimo, querida hija, Dios se sirve a veces de los instrumentos más débiles en apariencia para realizar su obrar y trabajar para su gloria. Además, usted tiene un alma recta y sencilla. Su santa Madre Genoveva la ayudará, esfuércese en imitar los preciosos ejemplos que ella le ha dejado. Yo puedo decirle, sin faltar a la discreción, que si la mayoría de sus hermanas han pensado en darle sus votos, es porque han observado que usted trata de imitar las virtudes que le ha visto practicar. Ella será su sostén; y además, en sus dificultades, usted podrá recurrir a la Madre a quien tanto ama, y ella la aconsejará y la orientará; usted encontrará siempre en ella una ayuda.

Ahora, querida hija, usted va a estar al frente de sus hermanas, que le darán el nombre de Madre, y a las que guiará con dulzura pero también con firmeza. Si entre ellas se encontrase alguna que le resulte poco simpática, usted se llenará aún de más amor hacia ella. La sencillez que la caracteriza le indicará lo ha de hacer. Y además, se lo repito, usted tendrá siempre a su lado a la digna Madre que usted sería tan feliz de verla continuar en su cargo de priora.

12 de junio de 1896. Deseo del Sagrado Corazón

Billete escrito por Teresa y que la madre Inés regaló en 1911 al noviciado del Carmelo de Saint-Pair (desterrado en Jersey). Lleva al dorso la certificación y la firma de la madre Inés y el sello del Carmelo. El original se encuentra en el Carmelo de Saint-Pair (Manche).

J.M.J.T.

El deseo del Sagrado Corazón es que imitéis su Amor a los hombres, y sobre todo a los pecadores. Su voluntad es que améis a vuestras hermanas tiernamente y sin cesar.

La unión de corazones, la ayuda mutua y la amistad son signos de predestinación, y también el celo or la conversión de los pecadores.

12 de junio de 1896.

Comienzos de julio de 1896. «Mil vidas...»

Pensamiento sacado del Camino de perfección, *cap. 1,de santa Teresa de Jesús. La frase está escrita , en letra redonda, en la hoja que Teresa tiene en la mano en la foto de VTL, nº 29 (DLTH, p. 267). Cf Cta 198.*

Mil vidas pusiera yo para remedio de un alma...
Santa Teresa.

Julio de 1896. Para la fotografía del P. Roulland

Nota escrita por Teresa. El P. Roulland había enviado una foto suya a la madre María de Gonzaga (cf Cta 193). Esta nota aparece citada en CG, p. 878+a.

Esta fotografía no me pertenece, nuestra Madre me ha dicho que *se la guarde* en mi mesa, y ella la cogerá cuando la necesite. T. del N. Jesús, rel. carm. ind.

Alrededor del 20 de junio de 1896. Fechas

Teresa dio siempre una gran importancia a las fechas de las gracias que había recibido. Después de las del escudo de armas, al final del Ms A, las actualizó en junio de 1896, seguramente para enviárselas al P. Roulland el 27 de julio (cf MS/NEC, 86rº, 3+) al dorso de su fotografía (VTL, nº 37): una lista idéntica a ésta. Puede comprobarse que Teresa no se acuerda del día exacto de su curación (línea 4º); en la última línea, «Unión apostólica» con su hermano espiritual, el P. Roulland (cf Cta 189, del 23/6/1896). Teresa enviará también estas fechas al abate Bellière el 25/4/1897 (cf Cta 224, CG, p. 977+h).

Días de las gracias
que el Señor concedió a su pequeña esposa
Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz

Nacimiento 2 de enero de 1873
Bautismo 4 de enero de 1873
Santa muerte de mi madre 28 de agosto de 1877
Curación milagrosa por N.S. da las Vict. mayo de 1883
Primera comunión 8 de mayo de 1884
Confirmación 14 de junio de 1884
Día especialísimo de gracias 25 de diciembre de 1886
Audiencia con S.Sant. León XIII 20 de noviembre de 1887
Entrada en el Carmelo 9 de abril de 1888
Toma de hábito 10 de enero de 1889
Profesión 8 de septiembre de 1890
Toma de velo 24 de septiembre de 1890
Santa muerte de mi padre 29 de julio de 1894
Unión apostólica 28 de junio de 1896

21 de noviembre de 1896. Cartas de Teófano Vénard

Copias publicadas en VT, nº 81, enero 1981, pp. 60-62 («Cuaderno de escritura» de Teresa, sección III). La fecha del 21 de noviembre de 1896 (67º aniversario del nacimiento de Teófano Vénard) precisa la época en que Teresa trabó conocimiento con el joven misionero mártir, uno de sus amigos predilectos hasta el final de su vida.

De esta selección de cartas sacará ella algunos de los temas de su poema de febrero de 1897 A Teófano Vénard *(P 31) y todas las citas de su carta de despedida a sus hermanas carmelitas (Cta 245).*

21 de noviembre de 1896

Extracto de las cartas que escribió en Tong-King el angélico mártir Juan Teófano Vénard

... Espero en paz el día en que me será dado ofrecer a Dios el sacrificio de mi sangre. No añoro la vida de este mundo, mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna.

Mi destierro va a concluir; ya estoy tocando el suelo de patria verdadera, la tierra se aleja, el cielo se entreabre. ¡Adiós...! Un día nos volveremos a encontrar en el paraíso y gozaremos de la verdadera felicidad en compañía de Dios, de la Virgen inmaculada, de los ángeles y de los santos...

... Mi pensamiento vuela hacia la eternidad, ¡el tiempo se está acabando...! Tengo la espada suspendida sobre mi cabeza, mi corazón está sosegado como un lago tranquilo o un cielo sereno. Dios cuida mi debilidad, no tengo miedo, me siento feliz...

Nada en la tierra me hace feliz; mi corazón es demasiado grande, nada de lo que la gente llama felicidad en esta tierra puede saciarlo.

Aquí estoy, pues, metido en la arena de los confesores de la fe; es gran verdad que el Señor elige a los pequeños para confundir a los grandes de este mundo... No me apoyo en mis propias fuerzas, sino en la fuerza de Aquel que, por la cruz, ha vencido a los poderes del infierno y del mundo.

Madre inmaculada, cuando caiga mi cabeza bajo el hacha del verdugo, recibe a tu humilde servidor, como el racimo maduro de uvas cae bajo la cuchilla, como una rosa florida cortada en tu honor.

¡Aquí estoy, rendido a esta hora que todos nosotros tanto hemos deseado! ¡El martirio...! Este ha sido el sueño de mis años jóvenes... Cuando era pequeñito, me decía a mí mismo: Yo también quiero ir a Tong-King, yo también quiero ser mártir.

¡Oh curso admirable de la Providencia, que en medio del laberinto de esta vida me ha conducido hasta Tong-King, hasta el martirio! Me habría encantado seguir trabajando, ¡he amado tanto a esta misión! En vez de mis sudores, le daré mi sangre.

Un leve golpe de sable cortará mi cabeza, como flor primaveral que el dueño del jardín corta para deleitarse. Todos nosotros somos flores plantadas en esta tierra y que Dios corta a su tiempo, un poco antes o un poco después. Uno es la rosa empurpurada, otro el lirio virginal, otro la humilde violeta. Tratemos de agradar, según el perfume y el resplandor que se nos ha dado, al soberano Dueño y Señor. Yo, humilde efémero, me marcho el primero...

Mira, pues, a tu hermano, con la corona de los mártires coronando su cabeza, con la palma de los triunfadores levantada en su mano. Un poco más, y mi alma dejará la tierra, acabará su destierro, concluirá su combate. Subo al cielo, toco ya la patria, consigo la victoria. Voy a entrar en la morada de los elegidos, voy a ver bellezas que el ojo del hombre nunca ha visto, a escuchar armonías que el oído nunca ha oído, a disfrutar de alegrías que el corazón del hombre nunca ha saboreado. Pero antes es necesario que el grano de trigo sea molido, que el racimo de uvas sea prensado. ¿Seré yo un pan y un vino que agrade al paladar del padre de familia? Así lo espero de la gracia del Salvador y de la protección de su Madre inmaculada. Y precisamente por eso, aunque esté todavía en la arena, me atrevo a entonar el cántico del triunfo, como si ya estuviese coronado como vencedor.

El bienaventurado mártir nació el 21 de noviembre de 1829 y fue bautizado ese mismo día. Recogió la palma el 2 de febrero de 1861.

Diciembre de 1896. Boletín del Sagrado Corazón

Este texto, que Teresa copió, le sirvió para su carta del 25 de abril de 1897 al abate Bellière (Cta 224, en CG, p. 977+a).

J.M.J.T.

Extracto del Boletín del Sagrado Corazón

Diciembre de 1896

En una ocasión en que yo asistía a la Misa del P. de la Colombière, N.S. le concedió grandes gracias, y a mí también. Pues cuando me acerqué a recibirlo en la sagrada comunión, me mostró su Sagrado Corazón como una hoguera encendida y otros dos corazones que iban a unirse y a abismarse en él, y me dijo: «Así une mi amor puro a estos tres corazones para siempre». - Me dio también a entender que esta unión era toda ella para gloria de su Sagrado Corazón, y que, para ello, quería que fuésemos como hermano y hermana, partícipes por igual de los bienes espirituales. - Allá arriba, al presentar a N.S. mi pobreza y la desigualdad que existía entre un sacerdote tan virtuoso y meritorio y una pobre pecadora como yo, me dijo: «Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán todo y todo lo igualarán»

Vida de la Venerable Marg. María
escrita por ella misma, p. 347
Vida escrita por los cont., p. 90

1 de mayo de 1897. P. Mazel

Texto escrito a lápiz. Fuertemente impresionada por la muerte de este joven misionero, Teresa habló de ella al P. Roulland (Cta 226, del 9/5/1897). Cf UC, p. 350-351+c.

P. Mazel, nacido en Rodelle (Aveyron) el 22 de sept. de 1871; ingresó en el seminario el 21 de oct. de 1891; ordenado sacerdote el 28 de junio de 1896; partió el 29 de julio siguiente; acaba de ser martirizado en su capilla de Lo-li. Vicario apostólico Mons. Chouzy, obispo de Kouang-Si.

¡Bienaventurado mártir, ruega por mí! (1 de mayo de 1897)

Junio de 1897. «Me colmas de alegría»

Teresa citó este salmo 91 en el Ms C 7rº, aplicándolo a su prueba de la fe. Lo escribió con tinta en la última página de su Evangelio, al final del texto de san Juan. Cf CA 13.7.16 y BT, pp. 82-83.

Tú, Señor, me colmas de alegría, con *todas* tus acciones.

(Salmo XCI) Junio de 1897.

4. Selecciones bíblicas

Concordancia pascual (1896 ó 1897)

«Teresa copiaba pasajes del Evangelio para concordar y comprender los hechos según el relato de cada uno de los evangelistas» (NPPA/G). Un ejemplo importante de esta preocupación de Teresa nos lo ofrece un folio escrito de su puño y letra en 1896 ó 1897: una «concordancia pascual», reproducida en BT (pp. 183-185) y aquí en toda su integridad. Se detiene principalmente en la aparición del Resucitado a las mujeres. No sabemos si eso es intencional o si Teresa se proponía completar su «sinopsis» con un segundo folio.

JMJ

Pasado el sábado, María la Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, llegaron al sepulcro. Y se decían unas a otras: ¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?, pues era una piedra muy grande. Al mirar (Mc 16,1-4), de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos (Mt 28, 2-4). María Magdalena, al ver la losa quitada del sepulcro, echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien tanto quería Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto (Jn 20,1-2). El ángel habló a las mujeres: Vosotras, no temáis, ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado (Mt 28,5). ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lc 24,5) No está aquí: ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde habían puesto al Señor (Mt 28,6). Acordaos de lo que os dijo estando todavía en Galilea: El Hijo del Hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar. Ellas recordaron sus palabras (Lc). El ángel añadió: Id corriendo (Lc 24,6-8) a decir a sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo. Las mujeres salieron corriendo del sepulcro (Mc 16,7-8), impresionadas y llenas de alegría (Mt 28,8), y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían (Mc 16,8). Después de oír a María Magdalena, Pedro y el otro discípulo, al que Jesús amaba, salieron camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y , asomándose, vio las vendas en el suelo, pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que El había de resucitar de entre los muertos (Jn 20,3-9). Y Pedro se volvió, admirándose de lo sucedido (Lc 24,12). Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios (Mc 16,9). Los discípulos se volvieron a casa, pero María Magdalena se quedó fuera junto al sepulcro. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les contesta: Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto... Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré. Jesús le dice: ¡María! Ella se vuelve y le dice: ¡Rabboni! (que significa Maestro). Jesús le dice: Suéltame, que todavía no he subido a mi Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro. María Magdalena fue y anunció a los discípulos (Jn 20,10-18), que estaban de duelo y llorando (Mc 16,19): He visto al Señor y ha dicho esto (Jn 20.28). Ellos, al oírla decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron (Mc 16,11). - Cuando las santas mujeres volvían del sepulcro, Jesús les salió al encuentro y les dijo: Alegraos. Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: No tengáis miedo, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán (Mt 28,9-10). Volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los once y a los demás. Fueron María Magdalena, Juana y María la madre de Santiago (Lc 24,9-10).

Recordatorio del señor Martin (1894)

Publicado en BT, p. 291s. Los textos del recordatorio de la muerte del señor Martin, realizado a finales de 1894, fueron elegidos por Teresa y sus hermanas. La estampa tiene un fina orla para enmarcar un retrato. Aunque disponían de buenas fotografías de su padre, sus hijas prefirieron poner una reproducción de la Santa Faz de Tours, en una identificación bien significativa. Transcribimos los textos bíblicos en el mismo orden en que aparecen en la imagen. Las referencias han sido añadidas por los editores.

Gn 15,1 Ego sum merces tua magna nimis (Gn ,1).

Lc 24,26 ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? (N.S. a los discípulos de Emaús).

Sal 30,21 Señor, escóndelo bajo el secreto de tu Faz.

Al dorso:

Sal 29,12 Cambiaste mi luto en danza me desataste el sayal y me has vestido de fiesta (Sal XXX,12).

Is 53,11 Veo el fruto de lo que he sufrido, y mi alma se ha saciado (Isaías).

Tb 12,13 Porque eras grato al Señor, la tribulación tenía que probarte (El ángel a Tobías).

Sb 3,5-6 ...El Señor lo recibió como sacrifico de holocausto, lo probó como oro en el crisol y lo halló dignos de sí (Sabiduría).

Tb 13,17 Y tú te alegrarás en tus hijos, que serán bendecidos y se unirán al Señor (Tobías XIII,17).

Pr 20,7 El justo procede sin tacha, ¡felices sus hijos después de él! (Prov.).

Sal 17,26 Con el misericordioso, Señor, tú eres misericordioso, con el fiel tú eres fiel (Sal XVII,26).

Sal 17, Desde el cielo alargó la mano y me agarró, me sacó a *17.20.22* un lugar espacioso, me libró porque me amaba...,porque tuve presentes sus mandamientos y no me aparté de sus preceptos (Sal 17).

Album de la madre María de Gonzaga

(21 de junio de 1897)

Este álbum de fotografías fue ofrecido por Teresa a María de Gonzaga para su santo. Los textos fueron caligrafiados, muchos de ellos en caracteres góticos, por la madre Inés, pero con toda probabilidad fueron elegidos por las dos hermanas. Esta selección (publicada en BT, pp. 292-296) ofrece un interesante relectura bíblica de la

vida carmelitana. En ella encontramos la misma atmósfera que en el Ms C. De los cincuenta y siete pie de fotos, treinta y cuatro son citas explícitas de la Sagrada Escritura, y una más se inspira en ella.

(Enmarcando una foto de la madre Genoveva, la fundadora)

Mt 5,4 Dichosos los sufridos...

Lc 1,48 El Señor ha mirado la humillación de su esclava.

Lc 1,49 El Señor ha hecho obras grandes por mí y por medio de mí.

Gn 28,17 (Presbiterio de la capilla del Carmelo) Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo...

Ap 14,13 (Madre Genoveva, muerta) Dichosos lo que mueren en el Señor, porque sus obras los acompañan. Apoc. XIV.

1 S 18 (Madre María de Gonzaga y madre Inés, priora) Y Jonatán *1-3* se encariñó con David, y los dos hicieron un pacto. I Reyes, c. XVIII.

Sal 51,10 (Sor San Estanislao) Y yo, como verde olivo en la casa de Dios. Sal LII,10.

Sal 49,5 (Un grupo de la comunidad, VTL 18) Congregad ante mí a todos los que se me han consagrado, a los que sellaron mi pacto con un sacrificio. Sal XLIV,5.

Ct 6,1 (Grupo VTL 7) Ha bajado nuestro Amado a su jardín, a los macizos de las balsameras, a apacentarse en el jardín, a cortar azucenas. Cant. VI,1.

Sal 83,11 (El monasterio, visto desde la huerta) Vale más un día en la casa del Señor que mil en las tiendas de los pecadores. Sal LXXXIII,11.

Sal 64,5 (Otra vista del monasterio) Dichoso el que tú eliges, Dios mío, para que viva en tus atrios. Sal LXIV,5.

Sal 64,5 (Claustro interior y crucifijo) Nos saciaremos de los bienes de la casa del Señor. Sal LXIV,5.

Ct 7,13 (Patio, sala capitular, celda de Teresa) A nuestras puertas tenemos toda clase de flores y de frutos exquisitos, y guardamos para el Amado los frescos y los secos. Cant VII,13.

Ct 7,12 (Claustro del coro) De madrugada iremos a las viñas y veremos si las flores han producido ya frutos. Ct VII,12.

Ez 37,13 (El cementerio de la clausura) Y cuando os saque de vuestros sepulcros y os lleve a vuestra tierra, sabréis que yo soy el Señor. Ez.

Sal 30,3 (Grupo VTL 33) Tú eres, Señor, la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve. Sal XXX,3.

Sal 132,1 (Grupo VTL 19) Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Sal.

Sal 54,15 (Grupo VTL 16) Eres tú mi amigo y confidente, juntos vamos a la casa de Dios. Sal LIV,15.

Lc 10,21 (Teresa novicia, VTL 5) Te bendigo, Padre, porque has escondido las cosas del cielo a los sabios y las has revelados a los más pequeños... Ev.

Pr 18,19 (Teresa ay Celina, VTL 26) Un hermano ayudado por su hermano es fortaleza inaccesible. Prov.

Dn 12,3 (Teresa y María de la Trinidad, VTL 27) El que enseña a su hermano la justicia brillará como un sol por toda la eternidad (Daniel).

Lc 12,32 (Grupo VTL 32) No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros su reino. Ev.

Sal 44,11 (Grupo VTL 20) Escucha, hija, mira, inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el rey de tu belleza. Sal XLIV,11.

Sal 83,7 (Grupo VTL 25) Dichosos los que, al pasar por áridos valles, los convierten en manantial y en cisterna que llenan las aguas del cielo. Sal LXXXIII,7.

Ct 2,11 (Sor Genoveva, de novia) Ha pasado el invierno, las lluvias han cesado. Levántate, amada mía, paloma mía, y ven a mí. Cant.

Sal 49,14 (Foto quitada) Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo. Sal XLIX,14.

Ap 19,7 (Sor Genoveva, profesa) Han llegado las bodas del Cordero, su esposa se ha engalanado. Apoc.

Sal 62,6 (Sor Genoveva y sor María de la Eucaristía, 17 de marzo de 1896) Me saciaré de manjares exquisitos y mis labios te alabarán jubilosos. Sal LXII,6.

Jn 4,6s (María de la Eucaristía, postulante)

Saco agua de la fuente,
recordando que un día
una Samaritana
allí encontró al Amor.

Sal 26,4 (Sor Genoveva, novicia) Una cosa pido al Señor: habitar en su casa por los días de mi vida. Sal.

Sal 15,6 (Sor Genoveva, novicia, con capa) Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad. Sal.

(Haciendo de recuadro al grupo VTL 32, profesión de María de la Trinidad.)

Sal 44,15 La llevan con séquito de vírgenes. Sal.

Ap 14,3 Cantaréis juntos el cántico nuevo.

Sal 88,2 (Sor Genoveva con lirios y Teresa con el rosario, VTL 37) Cantaremos eternamente las misericordias del Señor. Sal.

Sal 30,22 (María de la Trinidad, profesa) Bendito el Señor que ha hecho por mí prodigios de misericordia, poniéndome a salvo como en ciudad amurallada. Sal XXX,22.

A.M.D.G.